Autora seleccionada por Ciif Market 2019 para su producción audiovisual

SARA MAHER

EL DESPERTAR DE LA BRUJA DE HIELO

CAZADORES DE LEYENDA
VOL :1



Autora seleccionada por Ciif Market 2019 para su producción audiovisual

SARA MAHER

EL DESPERTAR DE LA BRUJA DE HIELO

CAZADORES DE LEYENDA
VOL. 1



El despertar de la bruja de hielo

Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

www.editoriallxl.com 04240, Almería (España) Primera edición: abril 2020

Composición: Editorial LxL

ISBN: 978-84-17763-59-6

el despertar

de la

Bruja de hielo

cazadores de leyenda vol.1

Sara Maher

Para Anabel, durante muchos años cazamos a nuestros
particulares monstruos del armario.

Indice

Agradecimientos

Son tantas las personas a las que me gustaría agradecer su apoyo constante e incondicional, que me faltarían palabras para poder expresar todo lo que siento.

Pero en este momento, en el día en que escribo estas frases, en mi pensamiento están todos esos trabajadores que salen a la calle para librar una batalla, una guerra contra un enemigo invisible que jamás imaginamos que nos golpearía tan fuerte. Confinada, y desde mi ventana, observo la lluvia caer deseando que sea una señal de tregua, y que tras esta aparezca un brillante arcoíris para indicarnos que todo ha acabado.

Gracias a todos los sanitarios del mundo, quienes se han convertido en nuestros ángeles de blanco, por ser valientes, por no renunciar a pesar de terminar exhaustos cada jornada, en especial a mis compis de la promoción XVI de enfermería, con los que compartí nervios, experiencias inolvidables y muchas alegrías. Gracias Mariluz, Nuria y Mili.

Mi gran aplauso a quienes se encuentran detrás de los teléfonos, gestionando el torrente de llamadas en esta crisis, entre ellos, el personal del 112 de Canarias. Antes de salir de casa, mi hermana Anabel, siempre nos dice «Me voy a salvar el mundo», hoy más que nunca esas palabras cobran sentido para mí. Gracias Verónica, Bety y Nacho.

También mi agradecimiento va para todos esos psicólogos que de manera gratuita, han ofrecido sus servicios, dedicando frases de aliento y ahuyentando esas emociones negativas que nos invaden con crueldad, y llegan a quebrar nuestra esencia. Gracias Luca, Ana y Lorena.

No me olvido de mis compañeros del aire, quienes con entrega e ilusión, han facilitado el regreso a casa de miles de turistas atrapados. Gracias Elsa, y a todo mi equipo de Tenerife Norte.

En mis pensamientos también están todo el cuerpo y las fuerzas de seguridad, quienes velan por nosotros en estos meses de incertidumbre. Agricultores, ganaderos, repartidores, dependientes, y a todos los que no han cesado de trabajar para que a los demás no nos falte de nada en casa. Gracias Carolina.

Gracias a mi familia y amigos, nos mantenemos distantes en el confinamiento, pero cerca en nuestros corazones. Después de esto,

todos mis cafés pendientes tienen que celebrarse más que nunca.

Gracias a todos los niños, que se están portando como campeones, y dibujan grandes arcoíris iluminando nuestros días grises. Gracias Sam, Ariadne, Daniela, Hugo y Eric.

Y a todos aquellos que con responsabilidad y sensatez han decidido quedarse en casa.

Este enemigo no conoce fronteras, ni lenguas ni razas. Nos ataca a todos por igual. Nos ha mostrado lo débiles que somos, pero también lo fuertes que podemos llegar a ser. Ya es hora de que reflexionemos y entendamos que no necesitamos armas biológicas, ni de ningún tipo. No se trata de combatir a nuestros hermanos, quienes poseen iguales derechos porque todos hemos nacido en el mismo mundo, bajo el mismo sol. Se trata de salvar juntos nuestro hogar, un lugar llamado Tierra.

«Y aunque el miedo tenga más argumentos, elige siempre la esperanza», Séneca.

Finalmente, gracias a toda mi familia de Lxl por hacer posible la edición de este libro, y a todos los lectores que cada día me brindan sus muestras de afecto. Espero que esta trilogía cale tan hondo como lo ha hecho el mundo mágico de Silbriar.

1

Niebla

El calor era sofocante, casi abrasador, tanto que percibía cómo la sangre borboteaba bajo su piel. Además, la nauseabunda mezcla de un asfalto interminable, con el inconfundible olor a carburante, no ayudaba a aligerar el ambiente cargado dentro del vehículo. Sofía bajó aún más la ventanilla trasera, esperando recibir una bocanada de aire fresco. En lugar de ello, el intenso perfume a romero la hizo marearse ligeramente y apoyarse en el respaldar. Odiaba ese viaje. Pasar unas «increíbles» vacaciones de verano en un castillo medieval junto a sus padres y su hermano pequeño no entraba en su concepto de diversión. Habría preferido tumbarse al sol en la espléndida playa de San Juan con sus inseparables amigas. ¡Tenía diecisiete años! ¡Derecho a decidir! Y por eso había protestado, vociferado y amenazado a sus padres con no volver a hablarles en la vida. Sin embargo, allí estaba, en esa carretera desértica, camino a Dios sabía qué lugar inhóspito de La Mancha.

Trató de distraerse contando los innumerables arbustos que adornaban la carretera. Pensaba que así podría calmarse, olvidar el creciente malestar que bullía en su interior y que impedía que se adormentase durante el trayecto, pero incluso ese juego estúpido la aburría. El paisaje era árido y endiabladamente tedioso. De vez en cuando, alguna encina solitaria trataba de rellenar una estampa seca y poco coloreada, en la que únicamente el violeta pálido de unas flores casi moribundas se atrevía a desafiar al dorado de las pequeñas colinas. Sofía contempló de nuevo el azul inmaculado de un cielo desértico, sin nubes, y volvió a sumirse en un profundo desasosiego.

Con los párpados entornados, observó los cabellos morenos de su madre que asomaban tras el respaldo. Ella, siempre tan seria, tan protectora… Se aferró al talismán que le pendía del cuello y recordó las palabras con las que la había agredido antes de salir: «¡Tú no eres mi madre!». Ella no le había respondido. Se había limitado a encajar el golpe y a continuar doblando las camisetas de su hermano.

Sofía era consciente de que había sido injusta con ella y de que la había herido con crueldad. Sus padres nunca le habían ocultado la verdad: la habían adoptado cuando apenas contaba con un año, desconociendo su verdadera procedencia. El único vestigio que poseía

de sus padres biológicos era aquel talismán, una especie de cruz con dos brazos horizontales, el primero más corto que el segundo, grabada a fuego en una esfera metálica. Su padre, intuyendo la importancia que este albergaría para ella, había estado alargando el sencillo cordón marrón del que pendía al mismo tiempo que crecía.

—Papá, ¿falta mucho? Tengo ganas de ir al baño.

—Ya estamos llegando, Cris.

—Más vale que sea pronto, si no, vas a tener que parar el coche —le contestó, arrugando la nariz—. No creo que aguante tanto.

La impertinencia de su hermano hizo que esbozara una sonrisa de medio lado, y él la obsequió con una mirada cómplice. Entonces, reflexionó con lo irónico que podía resultar el destino a veces. Ocho años después de su adopción, su madre había descubierto que estaba embarazada. Después de tantos abortos y de someterse a numerosos tratamientos de fertilidad, había aceptado con amargura que nunca podría engendrar un hijo. Estuvo años sumida en una profunda depresión, la tristeza había llenado su alma vacía y la culpa revoloteaba incesante sobre sus pensamientos, hasta que su padre le propuso la adopción. Al principio, ella descartó esa descabellada idea; no podría querer a un hijo que no naciera de su vientre. Pero hablaba la rabia y el resentimiento, porque en cuanto tuvo a Sofía en sus brazos, supo que iba a amarla toda la vida sin ningún tipo de condición. Y así, cuando menos lo esperaba, sucedió el milagro y llegó su hermano. «Un angelito caído del cielo», había dicho.

El parecido de Cris con su madre era innegable: labios finos, pómulos resaltados y ojos almendrados. Ella, en cambio, ignoraba el origen de sus particulares ojos añiles y de los graciosos bucles que adornaban sus cabellos ondulados.

—Ahí está el hotel —les anunció su padre con satisfacción.

El grandioso castillo se erguía solemne sobre una colina. Sus muros homogéneos le donaban el aspecto de una fortaleza impenetrable, recia, que lo obligaba a adoptar la firmeza de un guardián custodio oteando el horizonte con soberbia e interés. Desde la lejanía, Sofía pudo distinguir los seis torreones que coronaban el fuerte: seis imponentes estructuras con coloridos estandartes que desafiaban al mismísimo cielo. A medida que se acercaban al castillo, el pueblo que descendía dispar sobre una de sus laderas se hacía más visible. Los tejados eran rojizos, a dos aguas, rematados con anchas chimeneas de piedra caliza, y las gruesas paredes presumían de un blanco casi impoluto, roto únicamente por el inescrutable paso del tiempo. Parecía una villa arrebatada de un cuento infantil y ubicada en aquellas tierras solitarias con el único propósito de embellecer el paisaje.

El vehículo inició por fin el ascenso por el serpenteado camino de

tierra. Al primer bache, Sofía no pudo evitar refunfuñar. Se lamentó de que las torpes ruedas no supieran esquivar las piedras. Su madre la recriminó con una mirada de soslayo, y ella, resignada, apoyó la cabeza sobre el brazo que volaba libre en el exterior de la ventanilla. Contempló entristecida la desoladora estampa, y sintió lástima de un pequeño bosque de encinas que luchaba por sobrevivir en aquel tosco paraje.

Alzó la vista al llegar, y un escalofrío le recorrió la espina dorsal. La monumental fachada proyectaba su sombra tenebrosa sobre ellos como si quisiera atraparlos, engullirlos hasta hacerlos desaparecer de la faz de la Tierra. Tras un suspiro de resignación, subió la escalinata del hotel y, siguiendo a sus padres, se adentró en él. Esperaba encontrarse con muros grises y con fotografías tétricas colgadas sin ningún orden en sus toscas estancias. En cambio, se llevó una sorpresa grata al descubrir un espacioso y luminoso vestíbulo. Los amplios ventanales permitían la entrada a un torrente de luz que desbordaba hasta a los más recónditos rincones. Las ligeras cortinas verdes nada podían hacer para contener los rayos de un sol estival. Sofía recibió el aire acondicionado del hotel como una brizna fresca y relajante después de tantas horas de bochorno pegajoso.

Mientras su padre charlaba animosamente con el recepcionista, ella observaba a una pareja de turistas situados bajo un grandioso arco de medio punto que daba acceso al restaurante. Vestían ropa y calzado cómodos. A su lado se encontraba un chico de unos quince años, con los cabellos despeinados y cara de pocos amigos, que se limitaba a vagar con la mirada, aferrado a unos auriculares. Era evidente que tampoco quería estar allí. Como si adivinara que ella lo examinaba, posó sus ojos en Sofía. Ella le sonrió con solidaridad; al fin y al cabo, se encontraban en la misma situación. Pero él le respondió con un gesto obsceno: alzando su dedo corazón. Apartó la mirada, molesta, y atendió a las aburridas indicaciones del recepcionista.

Una vez en la tercera planta, abrió la puerta de la habitación. Debía quedarse con Cris, y por eso se sorprendió al descubrir una única cama de matrimonio con un ridículo dosel que le otorgaba un porte señorial a la estancia. El tul blanco caía a los lados del lecho como el agua fresca en un delicado manantial. Los cojines, también inmaculados, adornaban el fino edredón azul turquesa. A ambos lados había una mesa de noche con una lámpara original: la pantalla de tela era un paraguas de encajes abierto que sujetaba la figura de una dama. Volvió la vista hacia la cama, mostrando su desagrado.

—¿Y se supone que yo tengo que dormir aquí con Cris? —preguntó a regañadientes.

—¿Cuándo vas a dejar de quejarte por todo? —le reprochó su madre—. Ya nos has dejado claro que no quieres estar aquí. En esta

cama pueden dormir tres personas. No creo que tu hermano ocupe tanto espacio.

Sofía no quiso seguir discutiendo. Su madre era como un muro de acero inaccesible, y siempre tenía la última palabra. Comenzó a deshacer la maleta y a colocar varios vestidos en el armario sin ningún entusiasmo. Sí, aquellas iban a ser unas vacaciones de ensueño, en medio de la nada y compartiendo cama con su hermano. Soltó una larga exhalación. Al menos había una tele de pantalla plana con la que podría distraerse si el enano comenzaba a darle la lata.

—Ahora, mejor que todos nos demos una ducha y bajemos a cenar —les ordenó su madre—. Y vigila a tu hermano. Voy a deshacer el equipaje.

Cris entró en el baño y ella se dejó caer sobre el cómodo colchón. El viaje por carretera había sido interminable, estaba agotada y sudada, y si fuera por ella, pasaría de la cena y se metería directamente bajo las sábanas. Pero arrastró los pies hasta el tocador y observó su rostro en el pomposo espejo ovalado. Su piel blanca parecía más seca que nunca, y su larga melena castaña clara había perdido su brillo, ambas reflejo del estado de ánimo en el que estaba sumida. Se recogió el cabello ondulado en una improvisada castaña, liberando su nuca del constante sofoco. El sudor se había adueñado de todo su cuerpo. ¡Necesitaba esa ducha ya!

—Cris, ¿ya has terminado? —Atisbó el flequillo alborotado de su hermano asomar por la puerta del baño—. Ponte la ropa que te ha dejado preparada mamá sobre la cama. ¡Y después vas a dar con ellos!

—¿Puedo jugar luego a la consola?

—Después de cenar, puedes jugar todo lo que quieras. Estamos solos tú y yo en el cuarto —dijo riendo mientras le secaba la cabeza—, así que nadie va a regañarnos por no acostarnos temprano.

Cuando bajó al restaurante, sus padres ya se habían encargado de escoger mesa. Cris jugaba a los soldados con los cubiertos mientras su madre, ensimismada, leía una guía de viajes. Fue su padre quien la vio llegar a través de sus gafas de pasta, y le hizo señas con la mano. Ella se acercó y tomó asiento. Echó un vistazo a su alrededor y comprobó encantada que el restaurante era un bufé. Muchos clientes caminaban de un lado para otro con los platos a rebosar, haciendo equilibrios para llegar a sus respectivas mesas, y otros se agolpaban en la sección de cocina caliente. Sin embargo, ella, inevitablemente, clavó la mirada en la extensa selección de postres. No sabía cómo hacer hueco en el estómago para tanto dulce. Entonces observó a una curiosa camarera que contaba los trozos de tarta con detenimiento. Llevaba un sencillo vestido negro con cuello blanco y un discreto delantal, y en la cabeza portaba una cofia impoluta que le ocultaba parte de su cabello negro. Sofía permaneció atenta a sus movimientos. Iba de un lado para otro,

haciendo recuento de platos y cubiertos e ignorando a los clientes, hasta que desapareció tras la puerta que llevaba a la cocina.

—¿Ya has pensado qué quieres comer? —Su padre se levantó con el plato en la mano—. Yo voy a echar un vistazo.

—Creo que empezaré por un poco de ensalada. Hace mucho calor.

—Pues yo voy a comerme un plato lleno de patatas fritas. —Cris corrió hacia su padre—. ¿Puedo, mamá?

—Sí, pero no comas mucho, que luego tienes pesadillas.

Después de una cena ligera, Sofía regresó a la habitación. Al entrar, una brisa gélida la sobresaltó, y un repentino escalofrío volvió a adueñarse de su espina dorsal.

—Cris, ¿has estado jugando con el aire acondicionado? ¡Esto parece un congelador! —Su hermano negó con la cabeza mientras ella manipulaba la ruedecilla del aire, sin ningún éxito—. Vamos a tener que esperar a mañana para que nos resuelvan el problema.

Los dos estaban tan agotados que resistieron con los ojos abiertos pocos minutos. Ella soñó que caminaba descalza, con un largo camisón, por la orilla de un lago cristalino. Se acercó al agua e introdujo los pies; estaba fría, casi congelada. Reparó entonces en una figura enigmática que la espiaba desde el otro lado del lago. Era una mujer rubia, con el cabello largo y ondulado y unos profundos ojos azules. La disuadía de jugar con el agua y la advertía de que era muy peligroso acercarse demasiado. De improviso, su inseparable talismán comenzó a emitir destellos azulados. Sofía lo observó perpleja, ya que nunca había hecho nada parecido. Extrañada, comenzó a tiritar. Tenía mucho frío, todo su cuerpo temblaba, y por mucho que se frotara los brazos con las palmas de las manos, no conseguía entrar en calor.

Se despertó, y descubrió sorprendida que tenía la piel de gallina. Se aferró al edredón y se cubrió hasta la barbilla. «Maldito aire acondicionado», pensó. Trató de conciliar el sueño de nuevo, pero el improvisado invierno que reinaba en la estancia se lo impedía. De repente, el edredón empezó a retirarse de su cuerpo, plegándose hacia atrás sin que nadie lo tocara. Lo agarró con fuerza y tiró de él, maldiciendo a la camarera de piso que había preparado la cama. Pese a sus esfuerzos, Sofía no logró que se mantuviese quieto. Desconcertada, se sentó cruzando las piernas. La colcha continuó retirándose sola, y esa vez, al llegar al final, cayó lentamente y rodó por el suelo. Miró a su izquierda y comprobó que su hermano seguía durmiendo. Se levantó y, molesta, la recogió. Cubrió a Cris y volvió a meterse bajo las sábanas. No había pasado ni un minuto cuando el edredón repitió la misma operación. Observó esa vez cómo las sábanas lo acompañaban en una extraña maniobra de complicidad para dejarla sin cobijo.

De pronto, divisó perpleja cómo una densa neblina comenzaba a

formarse alrededor de la lámpara del techo. Aquello ya era demasiado. ¿Qué demonios estaba pasando? La insólita bruma descendía caprichosa inundando la estancia, y ella, visiblemente inquieta, ahogó un grito cubriendo su boca con la mano.

—¡Cris, despierta! —Sacudió el hombro de su hermano incesantemente—. ¡Por favor, Cris, levanta!

Estaba aterrada. Bajó de la cama sin apartar la mirada de la inquietante niebla, y entonces, tal y como había sucedido en su sueño, la esfera del colgante comenzó a girar alocadamente y a emitir destellos inauditos. Se aferró a la bola metálica, intentando frenarla, y al comprobar que era una tarea imposible, trató de recordar los rezos con los que su madre solía arroparla cuando era pequeña. Aunque no sirvieran de nada, al menos conseguirían tranquilizarla, pero a duras penas balbuceaba frases inconexas. De repente, la neblina se abalanzó sobre ella. Saltó de nuevo a la cama y retrocedió hasta que su espinilla chocó contra el espaldar. Gritó.

Desesperada, llamó a Cris una y otra vez, pero él no respondía. No comprendía cómo podía seguir durmiendo en tales circunstancias; algo estaba atacándola y él parecía ajeno a todo lo que estaba sucediendo. Tenía que salir de allí. Buscar ayuda. Divisó la puerta a pocos metros. El corazón le bombeaba tan rápido que pensó que se le saldría por la boca. Insufló aire hasta hinchar sus pulmones, cogió impulso para llegar hasta ella y corrió como si le fuera la vida. Sujetó el pomo con fuerza y lo giró varias veces, pero descubrió atemorizada que no conseguía abrirla. Estaba atascada. De reojo, comprobó cómo la neblina se precipitaba de nuevo hacia ella. Con las dos manos, manipuló una y otra vez el tirador de la puerta, sin éxito. En ese momento, la bruma llegó, rozándole la cara, y por un instante, los segundos se alargaron hasta parecer días enteros. La gélida nube acarició lentamente su piel, y percibió estupefacta cómo sus labios se tornaban violáceos casi al mismo tiempo que observaba paralizada cómo el aliento que salía de su boca entreabierta quedaba suspendido en el aire. No podía chillar, ni siquiera moverse, y cuando pensó que la extraña niebla penetraría en sus huesos hasta congelar sus órganos, la puerta se abrió.

Corrió frenética hasta la habitación de sus padres y aporreó la robusta madera con saña a la vez que pedía ayuda. Finalmente, su padre la abrió. Ella atisbó su rostro confuso mientras terminaba de colocarse las gafas. Sus ojos marrones parecieron agrandarse al verla pálida y temblando de frío en el pasillo.

—Sofía, ¿qué pasa? —le preguntó, todavía adormilado—. ¿Qué hora es? ¿Qué estás haciendo aquí?

Oyó a su madre murmurar algo desde la cama.

—No lo sé, Elena… Sofía está aquí… —le contestó él.

—Hay algo en mi habitación… —dijo por fin.

—¡¿Qué?! ¡¿Quién ha entrado?! —Su rostro sonrosado perdió el color de un plumazo.

Antes de que pudiera contestar, su madre ya abandonaba la habitación y se dirigía desesperada hacia la de ella.

—¡¿Dónde está Cris?! ¡¿Lo has dejado solo?! —gritó histérica.

Ambos se precipitaron en la estancia llamando angustiados a su hermano. Sofía entró tras ellos, sollozando. Cris continuaba durmiendo a pierna suelta, y se despertó al escuchar la voz de su madre.

—¿Qué pasa? ¿Ya es de día? —Se restregó los ojos y miró a sus padres, buscando una respuesta.

Ninguno dijo nada. Reprimiendo las lágrimas, Elena lo abrazó mientras su padre inspeccionaba el baño y las dos ventanas del cuarto. Recorrió hasta el último milímetro de la estancia sin pronunciar palabra alguna. Finalmente, rompió el silencio:

—Aquí no hay nadie —dijo, y se encogió de hombros—. ¿Qué es lo que has visto exactamente?

—No estoy segura… Había algo…, y quería atacarme —logró musitar.

Su madre se incorporó de un salto y se encaró con la chica:

—¡¿No será otra de tus tretas para fastidiarnos las vacaciones?! ¡Porque estoy empezando a cansarme! ¡Nos has dado un susto de muerte! Pensé que a tu hermano…

—¡Déjalo, Elena! Lo importante es que no ha pasado nada grave y que los chicos están bien. —La sujetó con ternura por los hombros—. Ahora, será mejor que todos volvamos a la cama.

—No pienso dormir aquí, papá… Estoy asustada… —Sofía seguía temblando.

Antes de que su madre interviniera, su padre contestó:

—Bien, entonces yo dormiré aquí con Cris. Y tú puedes ir a nuestra habitación.

Le costó conciliar el sueño de nuevo. No podía apartar de su mente la imagen de aquella misteriosa niebla, tan repentina y aterradora, mientras intentaba elaborar una explicación razonable a todo lo sucedido. El frío, las sábanas, la nube densa… ¡Era todo tan irreal! ¿Habría sido una pesadilla? ¿La habría traicionado su imaginación? Cris no se había inmutado; ni siquiera cuando ella gritó desgañitada llegó a percatarse de lo que estaba ocurriendo. ¡¿Por qué?! ¿Acaso no la habría escuchado? ¿O es que todo había sucedido en un sueño?

Le dolía la cabeza. Su madre ya dormía, mientras que ella se revolvía en la cama, incapaz de mantener los ojos cerrados dos segundos seguidos. Finalmente, tras varias horas de lucha consigo

misma, el sueño la venció.

Tuvo que hacer un esfuerzo enorme para despegar los párpados. Le pesaban como dos yunques de hierro depositados a propósito sobre la cuenca de los ojos, y sentía un martilleo continuo en las sienes que le impedía pensar con claridad. Atisbó a su madre sentada junto a ella. Tenía sus lacios cabellos morenos recogidos en una larga coleta.

—¿Qué tal estás? ¿Te encuentras mejor? —Sonreía mientras posaba la mano en su frente—. Anoche tuviste algo de fiebre.

—Solo estoy algo cansada —murmuró, incorporándose.

—Sofía, perdona… Fui algo brusca contigo. Estaba enfadada porque sabía que no querías venir aquí —le confesó consternada—. Y, en parte, tenía miedo de que ya no quisieras pasar tiempo con nosotros… Has crecido tan rápido que me parece increíble que te hayas convertido ya en una mujercita.

Su madre se levantó y continuó hablando mientras descorría las cortinas. La luz de la mañana inundó la habitación. Sofía parpadeó varias veces para adaptarse a la incómoda claridad.

—¿Tienes hambre? Nosotros hemos desayunado ya. No he querido despertarte tan temprano. Has pasado mala noche y prefería que descansaras. Pero puedes bajar a la cafetería y pedirte algo.

—Vale, me doy una ducha y bajo.

—¿Necesitas ayuda? —Ella le contestó negando con la cabeza—. De acuerdo… Tu padre y tu hermano van a bajar al pueblo y visitar la catedral. Imagino que no tienes ganas de acompañarlos. Yo me quedaré aquí contigo. Ya iremos a la catedral otro día. Voy a buscar algo de ropa a tu habitación. ¿Tienes alguna preferencia?

—Lo primero que encuentres estará bien.

—Vale, te la dejo en la cama. Estaré esperándote en la cafetería. ¡No tardes mucho!

Cuando estuvo lista, Sofía prefirió bajar los escalones anchos de piedra del castillo antes que usar el ascensor. Su madre le había preparado un vestido ligero azul celeste y unas sandalias marrones. Volvía a hacer un calor espantoso, y ni siquiera el aire acondicionado lograba mitigar esa constante sensación de asfixia. La divisó cerca de la cafetería, sentada en uno de los lujosos sofás de cuero y leyendo un libro. Al contrario que ella, Elena era una gran aficionada a la lectura. Podía pasarse horas y horas leyendo, abstraída de todo lo que sucedía a su alrededor. Sofía debía admitir que no era una gran apasionada de las letras. Prefería la música y cantar, aunque desafinase a pleno pulmón bajo la ducha.

—¿Ya estás aquí? —le preguntó, colocando cuidadosamente el

marcador por la página que leía—. Será mejor que comas algo.

Pidió un café con leche y unas tostadas. Mientras escuchaba los planes de su madre para los próximos diez días, divisó a la curiosa camarera del día anterior al fondo de la sala. Pasaba el plumero por un impresionante piano de cola. La mujer reparó en que la joven la observaba y le dedicó una sonrisa amable. Sofía seguía preguntándose por qué insistía en llevar esa cofia tan ridícula en la cabeza cuando era evidente que las demás pasaban de ella.

Devoró el desayuno y acompañó a su madre hasta el patio interior del castillo. Era enorme. Había un pozo colosal en el centro, engarzado con hierro negro y ladrillo rojo. Alrededor de él, setos de metro y medio de altura cuidadosamente podados formaban figuras concéntricas. Se abrían en los laterales, creando varios senderos estrechos. Así, todos los caminos conducían hasta el asombroso epicentro. A lo largo de aquel laberinto artificial, podías disfrutar de sus bancos de madera y sumergirte en el bello jardín que habían creado.

La joven paseaba junto a su madre, quien continuaba enumerándole los increíbles parajes naturales de la zona, impresionada por su riqueza ambiental. Sofía alzó la barbilla y observó el cielo inmaculado. El brillo del sol la cegó por un instante. A pesar del grueso muro medieval que rodeaba el patio, pudo divisar la cadena de colinas a su izquierda. Mientras, a su derecha, asomaba el esbelto campanario de la catedral.

Continuaba ensimismada en el camino hacia el pozo sin prestar mucha atención al discurso de su madre. Reparó entonces en una mujer de mediana edad que estaba sentada en el banco más próximo al pozo. Sollozaba. Vestía un largo traje blanco de mangas estrechas, con un cuello excesivamente alto y sobrecargado de encajes. Una pamela de enormes dimensiones con adornos florales violetas cubría parte de su rostro afilado. La señora secaba sus lágrimas con un delicado pañuelo de seda.

Sofía llegó al pozo sin apartar la vista de aquella mujer singular.

—¿Hay una fiesta de disfraces o algo parecido en el hotel? —le preguntó a su madre, que continuaba absorta ideando sus nuevos planes de viaje.

—No que yo sepa. ¿Por qué lo preguntas?

—Esa mujer del banco viste como si fuera del siglo pasado.

—¿Qué mujer, cariño? —Arrugó el rostro a la vez que dirigía la mirada al lugar que le señalaba su hija.

—La señora de blanco…, la que está llorando.

Elena examinó el banco que le indicó. Estaba vacío. No había nadie sentado en él. De inmediato y alarmada, posó su mano sobre la frente de Sofía para comprobar si volvía a tener fiebre. Ella la apartó con

brusquedad y la miró de forma interrogante.

—Sofía, en ese banco no hay ninguna mujer… No sé qué es lo que estás viendo, pero tu mente te está jugando una mala pasada. —Se aclaró la voz, dejando entrever su preocupación—. Cariño, ahí no hay nadie.

Sofía depositó de nuevo la mirada sobre él, y allí continuaba la mujer, sujetando el pañuelo con sus largos y finos dedos. De repente, alzó elegantemente la cabeza y la miró. Sofía sintió que se mareaba. Esa mujer le suplicaba con ojos compasivos, como si quisiera que la ayudara. ¡Existía! ¡Ella la veía! ¿Qué demonios estaba pasando?

Corrió hacia el interior del castillo sin volver la vista atrás. Podía escuchar el ritmo acelerado de su corazón. Bum, bum, bum… Apenas podía respirar; la laringe se le estrechaba y el pecho la oprimía. Escuchaba a su madre llamarla con insistencia, pero no se detuvo. Entró en el salón y buscó la salida. Tenía que escapar del castillo. Ese sitio estaba volviéndola loca.

De repente, una figura apareció ante ella y Sofía frenó su carrera. Era la misteriosa camarera de la cofia blanca. Al examinarla de cerca, reparó en su extrema palidez. Sus labios apenas tenían color y sus ojos eran opacos, como dos piedras negras carentes de brillo colocadas en su rostro a la fuerza.

La camarera acercó su boca a la oreja de la chica y le susurró:

—¡Algo oscuro se acerca! ¡Vete de aquí!

2

Sombra

Sofía abrió lentamente sus ojos índigos y, para su sorpresa, descubrió que se encontraba en la habitación. No tenía ni idea de cómo había llegado hasta allí. Trató de incorporarse y se presionó las sienes con las yemas de los dedos. Le dolía de nuevo la cabeza y le costaba mantener los párpados abiertos. Ignoraba cuánto tiempo llevaba acostada en la cama, pero imaginó que debía ser demasiado, ya que tenía el cuerpo molido y la espalda entumecida. Divisó a su padre caminando de un lado a otro mientras hablaba por el móvil. En cuanto la vio incorporarse, corrió hacia ella.

—Hola, dormilona, ¿cómo te encuentras? —Su tono cariñoso la hizo sentir todavía más vulnerable—. Te has desmayado.

—No recuerdo mucho… —contestó, todavía confusa.

—He hablado con un médico del pueblo y lo he convencido para que venga a verte al hotel. Me ha dicho que la fiebre puede haberte causado el desmayo.

—Papá, no me gusta este sitio —le confesó con apenas un hilo de voz—. ¡Quiero irme! ¡Pasan cosas raras!

Él le lanzó una mirada compasiva que la hizo sumirse aún más en un profundo pesar. A continuación, apretó los labios y aguantó la respiración unos segundos. Tras un largo suspiro, habló con un nudo que le oprimía la garganta:

—Tu madre me ha contado que has tenido alguna que otra alucinación. No debemos preocuparnos por ello. —Hizo una pausa mientras meditaba sus palabras—. Puede que se deba al mismo estado febril de las últimas horas o algún tipo de estrés. Si tenemos en cuenta que tú no querías venir con nosotros…

—¡No, no, no! —Trató de ponerse de pie; tenía que convencerlo—. Papá, había una mujer de blanco en el patio. Y la camarera me dijo que algo maligno se acercaba.

—¿Qué camarera? ¿De qué estás hablando?

—Tienes que creerme. —Comenzaba a alterarse—. Tenemos que irnos de aquí. ¡Quiero irme!

—Tranquila, no va a pasar nada. El médico vendrá a verte. —La devolvió a la cama y la arropó de nuevo—. Seguro que no es nada grave. Si nos dice cualquier cosa a tener en consideración, volveremos

a casa. —Arqueó las cejas, esperando a que respondiera, pero ella guardó silencio; no le quedaban fuerzas para discutir—. Volveremos. Te lo prometo. Ahora tienes que descansar.

Lo miró con ojos suplicantes, pero él se limitó a regalarle un beso en la frente, acariciar sus mejillas y jurarle que regresaría enseguida. En cuanto su padre salió, apoyó los pies en el suelo. Llevaba el mismo vestido azul con el que había bajado a la cafetería. Se acercó a la puerta y escuchó la voz de su madre en el pasillo. Giró entonces con mucho cuidado el pomo y la abrió unos pocos centímetros. No podía ver el rostro de su padre, que se encontraba de espaldas a ella, pero su madre sacudía la cabeza mientras contenía las lágrimas.

—Puede que esté fingiendo, intentando llamar nuestra atención… —se lamentaba con voz entrecortada—. No me malinterpretes, Roberto. Prefiero que sea eso a que tenga una enfermedad rara. ¡Dice que ve cosas!

—No vale la pena pensar en esto ahora; no hasta que le hagan las pruebas oportunas.

Sofía cerró la puerta y apoyó la espalda en ella, percibiendo el amargo frío de la madera que la separaba de sus padres. No podía evitar sentirse culpable, ni siquiera ella misma sabía lo que le estaba pasando. La niebla, la mujer de blanco, la camarera… ¿Podría ser todo producto de la fiebre? Tenía que ser eso, porque no estaba loca. Contuvo las lágrimas que querían escapar furiosas al considerar semejante insinuación. ¡Estaba cuerda! Quizá fuese el castillo, que estaba embrujado. Debía ser eso. Lo había visto en las películas. Esas cosas podían ser reales. ¡Porque a ella no le sucedía nada malo! Apretó los puños con decisión, convencida de que, si volvía a casa, toda esa pesadilla acabaría.

Su madre irrumpió en la habitación visiblemente nerviosa. Se había secado las lágrimas, pero sus ojos continuaban enrojecidos.

—¿Qué haces levantada y caminando descalza? —la increpó, dejando escapar una cansina exhalación—. Anda, vuelve a la cama. —Obedeció sin rechistar—. ¿Quieres ponerte algo más cómodo? ¿Algo más abrigado?

Elena había abierto el armario y rebuscaba entre su ropa con las manos temblorosas mientras procuraba mantener un semblante firme. Sofía había olvidado lo enérgica y protectora que se volvía su madre ante una situación estresante.

—No te preocupes, mamá, ya buscaré yo algo que ponerme —le dijo al comprobar que prácticamente había desmantelado todo el armario—. ¿Dónde está Cris?

—Jugando a ese chisme en nuestra habitación. —Ella sonrió para sus adentros. Su madre seguía siendo incapaz de usar la palabra «consola»—. Tu padre ha ido a buscarte algo de comer. Le he dicho

que fuera algo ligero. Así tu estómago no se resentirá.

—No tengo mucho apetito —le confesó, a sabiendas de que ignoraría su petición.

—Son ya las tres de la tarde. Tienes que intentar probar algo, aunque sea una sopa caliente —insistió—. Si no estás fuerte, no podrás recuperarte, ¿lo entiendes? —Ella asintió varias veces—. Ahora voy a echarle un vistazo a tu hermano.

Se encaminó hacia la puerta, bajo la atenta mirada de Sofía.

—Mamá, yo no quería arruinar las vacaciones…

Ella se volvió y le sonrió con dulzura.

—Lo sé, cariño, lo sé…

En cuanto desapareció, Sofía volvió a levantarse e investigó en el armario. Buscaba algo cómodo que ponerse, y al final se decidió por unos pantalones piratas marrones y una camiseta verde. Continuaba el calor, y se encontraba mejor, ni mareada ni extremadamente cansada. Aun así, no quería disgustar más a su madre, por lo que volvió a la cama. Se cubrió las piernas con una manta ligera, dejando libre las caderas, y encendió la televisión, decidida a entretenerse con cualquier programa que estuvieran emitiendo en ese momento.

Estaba jugando con el mando a distancia cuando notó una pequeña quemazón en el pecho. Curioseó por debajo de la camiseta y descubrió alarmada que el talismán centelleaba alterado. Brincando, intentaba desprenderse del cordón que lo mantenía sujeto. Sofía se situó rápidamente delante del espejo del tocador. Se quitó la camisa y confirmó que tenía toda la zona del tórax enrojecida. Tanto el cordón como la esfera ardían, y el brillo del metal era cada vez más intenso. Entonces, examinó espantada su rostro en el espejo. Una aureola comenzaba a perfilarse alrededor de sus cabellos, y sus ojos añiles parecieron aclararse tanto que pensó que llegaría a perderse en ellos. De repente, atisbó por encima del hombro derecho una silueta tan oscura como el carbón más puro. Tragó saliva varias veces. Luego entornó los párpados, repitiéndose a sí misma que aquello no era real. «Eres una alucinación… Nada más que una alucinación». Después se giró y, desconcertada, comprobó que la sombra inquietante había desaparecido. Debería sentirse aliviada, pero no lo estaba. ¿Y si no se trataba de una visión? ¿Y si el castillo estaba poblado de fantasmas?

Recelosa, decidió abandonar la habitación; no quería estar sola por si esa cosa regresaba. Porque algo en su interior le repetía que lo haría y que no se desvanecería la próxima vez únicamente cerrando los ojos. Sin embargo, al cruzar el umbral, volvió a sentir un ligero mareo. «Otra vez no —se dijo—. No puede estar ocurriendo de nuevo». Luchó por mantenerse erguida. La cabeza le daba vueltas y comenzaba a tener la visión borrosa. El pasillo se le antojó más largo y estrecho que nunca; no llegaría a cruzarlo en el estado en el que se encontraba. Así

que se dirigió hacia la habitación de sus padres y aporreó la puerta, esperando que alguien respondiera, pero nadie contestó. Se apoyó en el muro y aferró sus manos a la pared. No podía desmayarse, no podía desplomarse en ese pasillo, sin nadie a su lado, por lo que intentó controlar la respiración realizando inspiraciones y exhalaciones profundas y pausadas.

Caminó arrastrando la espalda por el muro. Tenía que llegar hasta los ascensores. Allí siempre había huéspedes que se aglomeraban, ansiosos por llegar antes al restaurante renegando de las escaleras, y entonces podría pedir auxilio. Solo tenía que hacer un pequeño esfuerzo: alcanzar el fondo del pasillo y doblar a la izquierda.

La alfombra roja que decoraba el pavimento le resultó molesta; brillaba con una intensidad que empequeñecía todo lo que se encontraba a su alrededor. Aun así, divisó a un niño con una impoluta camisa blanca y unos pantalones marinos hasta la rodilla saltando a la pata coja en mitad del corredor. «Quizá él pueda pedir ayuda», pensó. Abandonó la pared y, tambaleándose, llegó hasta él, quien continuaba jugando de espaldas a ella sin ni siquiera percatarse de su presencia. Sofía intentó hablar, pero entonces descubrió aterrada que su voz estaba apagada, no conseguía pronunciar ningún sonido. Se llevó la mano a la garganta en un desafortunado intento por despejar las palabras que se agolpaban en su laringe, provocándole un inoportuno embudo. De repente, el niño se dio la vuelta y ella retrocedió espantada. Su rostro acusaba la misma palidez extrema que la camarera. Tenía los labios violáceos, y sus ojos marrones eran dos rocas inertes carentes de brillo.

—¿Puedes verme? ¿Quieres jugar conmigo?

Ella quiso gritar, pero no pudo. Corrió hacia atrás sin apartar la vista del niño, y entonces alguien la frenó. Giró la cabeza lentamente mientras tragaba saliva, y descubrió a su espalda el rostro de una anciana desdentada, con los cabellos revueltos y los ojos en blanco. La vieja sonreía mientras sus dedos huesudos trataban de acariciar su larga melena.

Se retiró aterrada. Desesperada, no sabía hacia dónde huir. Estaba atrapada en un interminable pasillo con seres fantasmales. Pensó en volver a su habitación y refugiarse allí, pero desechó esa idea de inmediato. No quería recluirse sola dentro de aquellas espeluznantes cuatro paredes. Tenía que salir, volver a la realidad, porque todo aquello debía ser un mal sueño, no había otra explicación posible. Y si fuera cierto y ese castillo estaba encantado, tenía que alejarse de él, donde ninguno de sus espectros lograra alcanzarla.

Se hinchó de coraje y continuó su camino. Pero le costaba despegar los pies del suelo, parecían de plomo, y la anclaban al corredor, que ahora comenzaba a fluctuar ante ella impidiéndole avanzar. ¡Ya no

tenía ni idea de cuántos metros la separaban de los ascensores! Estaba perdiendo visión, las piernas le flaqueaban y las manos le sudaban. ¿Tendría fiebre de nuevo?

De pronto, percibió un susurro gélido que consiguió estremecerla hasta desear morir en ese instante. Se extendía invisible como el eco de las montañas, ligero y veloz. Viajaba enérgico, con un itinerario presumiblemente marcado y cuyo destino final era ella. No pudo comprender el mensaje que portaba, ya que las palabras, que resonaban lejanas, solo lograron acariciar sus oídos envueltas en un engañoso terciopelo. Asustada, apretó los ojos. Alguien la buscaba. Permaneció anclada al suelo unos segundos que se le antojaron eternos mientras escuchaba esa voz espeluznante recorrer incesante los pasillos. Cogió aire. Se atrevió a abrir un ojo y luego el otro. Entonces, espantada, atisbó la silueta de una mujer a su derecha que pronto reconoció. La camarera se aproximó a ella como si flotara; sus pies no llegaban a rozar el pavimento. Sofía observó las profundas ojeras que marcaban su rostro. Le pareció más lívida que nunca. Tenía las mejillas agrietadas, y los labios eran dos tabiques mortecinos que no dejaban pasar el aire.

—¡Ya viene! ¡Tienes que salir de aquí! —le advirtió—. ¡Corre! ¡Corre!

Un miedo descomunal recorrió todas las venas y arterias de su cuerpo, obligándola a avanzar. Desconocía quién se acercaba, pero percibía una oscuridad glacial que se propagaba como un enemigo sigiloso por todo el hotel. Corrió, deseando que sus fuerzas no volvieran a traicionarla, sin mirar atrás, con la certeza de que la enigmática camarera la acompañaba en su huida. De improviso, justo cuando estaba a punto de girar para tomar el pasillo de los ascensores, una neblina negra surgió súbita ante ella. Sofía frenó en seco, pero perdió el equilibrio y terminó cayendo al suelo. A cuatro patas, alzó la barbilla y contempló horrorizada cómo ese humo negruzco se retorcía en el aire componiendo figuras que no lograba descifrar. Poco a poco, comenzó a definirse frente a ella una silueta alargada y esbelta, con extremidades desproporcionadas y una cabeza ovalada. Buscó desesperada ayuda en la camarera, que había permanecido junto a ella, pero se desvaneció sin más.

—Sofía, ¿qué te ha pasado? ¿Qué haces aquí? —La inconfundible voz de su padre alivió de inmediato su pavor. ¡Por fin alguien aparecía para rescatarla!

Se dio la vuelta y trató de alertarlo al comprobar que él no se había percatado de la extraña presencia, pero fue demasiado tarde. La sombra se abalanzó sobre ella, le agarró las muñecas y la arrastró sin compasión. Perplejo, Roberto contempló cómo su hija se deslizaba sobre la alfombra del pasillo a gran velocidad. Dejó caer al suelo la

bandeja que portaba la comida y corrió detrás. Logró sujetarla por las piernas, frenando su avance. Tiraba de ella con el corazón agitado y sin comprender qué estaba sucediendo.

—¡Sofía, aguanta! ¡Aguanta, cariño!

—¡Papá! —Ella se sorprendió al constatar que había recuperado la voz—. ¡Papá, ayúdame! ¡No me sueltes! ¡Por favor, papá!

—¡No voy a soltarte! ¡Aguanta! —gritó desesperado.

—¡No puedo más! ¡Me tiene agarrada!

—¡¿El qué?! ¡¿Qué demonios está arrastrándote?! —le preguntó sin comprender lo que ocurría.

Atónito, inspeccionó el entorno, pero no consiguió discernir nada que pudiera estar provocando aquella situación. Algo invisible quería llevarse a su hija, y él no podría sujetarla mucho más. Esa cosa tenía una fuerza descomunal, imparable. Decidido, mantenía los labios apretados y el ceño fruncido mientras se percataba de que tenía las manos enrojecidas por el esfuerzo. Las piernas comenzaron a flaquearle sin que pudiera controlarlas. No era un hombre atlético; era un tipo alto, pero más bien delgado. Aun así, no podía rendirse, no podía abandonar a su hija, y no desistió en la lucha.

Sofía observó amedrentada cómo lianas de humo negro la sujetaban por las manos e iniciaban un ascenso vertiginoso por ambos brazos. Era consciente de que su padre no resistiría mucho, y por eso, cuando advirtió que su arrastre la abandonaba, se dejó llevar. De improviso, recuperó una verticalidad prodigiosa, y pronto cayó en la cuenta de que sus pies no tocaban el suelo, sino que levitaba a varios centímetros de él. La sombra la envolvió en su halo oscuro y el pasillo entero se ensombreció. Las tinieblas invadieron el lugar, impidiendo que pudiera distinguir a su padre. No obstante, descubrió impresionada a decenas de almas que gritaban suplicando auxilio. ¿Dónde estaba? No había abandonado el hotel, ni siquiera la planta donde se encontraba. Y, sin embargo, aquel lugar era diferente. Lúgubre. Sombrío. Había surgido de la nada como un espejismo gris de la realidad. Las paredes, las puertas de las habitaciones, incluso la alfombra, habían perdido su color. Todo poseía un aspecto plomizo. A pesar de encontrarse paralizada, desafió con la mirada a su agresor. No podía mover ningún músculo del cuerpo, estaba a merced de su sobrenatural enemigo, aun así, quiso descubrir quién iba a poner fin a su corta vida.

Vestía una túnica oscura que ocultaba la forma de su cuerpo. Era etéreo y a la vez espeso, era hielo y al mismo tiempo fuego. Quiso examinar su rostro, lo escudriñó con ojos temblorosos, y quedó horrorizada al comprobar que carecía de él, sin nariz ni boca apreciable; únicamente, un humo negruzco que deformaba sus facciones. No obstante, bajo la capucha divisó dos guijarros negros

como un pozo sin fin que parecían ser sus ojos. No había vida en ellos. Solo muerte. Así que era ella, la propia Muerte había estado atemorizándola y ahora la reclamaba.

La sombra estiró uno de los dedos, que pronto tomó la forma de una aguja alargada, y acarició su frente. El dolor que experimentó fue tan intenso que pensó que le estaba arrebatando el alma. Se retorció como pudo, intentando escapar de las garras de la Muerte, pero todo lo que hacía resultaba inútil. Y, en ese preciso momento, sin saber cómo, el talismán comenzó a brillar de nuevo, saltando enérgico sobre su pecho, hasta que una ingravidez total pareció asaltarlo, para luego detenerse y colocarse en posición horizontal. Ondeaba vigoroso mientras emitía sus inconfundibles destellos azulados. Sofía se percató de que una energía misteriosa se apoderaba de todo su cuerpo: sus ojos se tornaron más claros y su larga melena castaña clara parecía más dorada. Entornó los párpados, empujada por las decenas de palabras que se agolpaban en su mente. Y de sus labios, como un susurro melodioso, nacieron frases dinámicas y resueltas, aunque incoherentes para ella:

—Polvo al polvo, tierra a la tierra, ceniza a la ceniza… —se escuchaba a sí misma, perpleja—, te expulso de este lugar y te prohíbo regresar.

Repitió metódica, sin entender el porqué, tres veces los vocablos que florecían en su cabeza y cobraban vida en su boca. Dibujó una sonrisa instintiva en su rostro al descubrir que la sombra, poco a poco, iba retirándose y se desvanecía en el aire, sorprendida, hasta que se transformó de nuevo en una neblina indefensa.

Sofía levitaba a medio metro sobre el suelo. Tenía los brazos extendidos y la cabeza hacia atrás. En cuanto cesaron de brotar las frases de sus labios, se precipitó al suelo como una muñeca de trapo, frágil y desvalida.

—¡Sofía, Sofía! —Su padre la sostenía, abrazándola—. Despierta, mi niña… ¡Despierta!

Ella abrió con lentitud los ojos y observó su rostro angustiado.

—¿Qué ha pasado?

Roberto retiró la sangre que emanaba de su frente y, consternado, descubrió una herida en forma de triángulo que resaltaba sobre su piel con inquina.

—No lo sé, hija… —confesó acongojado—. ¡Pero nos vamos de aquí ya!

3

Huida

Elena examinaba el rostro de su marido con cierta incredulidad. Sus ojos almendrados buscaban un atisbo de cordura en su mirada, pero él continuaba introduciendo toda la ropa sin ningún orden en las maletas. «Sofía no está enferma —había dicho—. Hay algo que la persigue». Ella había creído que él se había contagiado de los desvaríos de su hija, y esperó pacientemente una explicación coherente a esa afirmación. En cambio, Roberto comenzó a correr de un lado a otro de la habitación recogiendo los zapatos, los cepillos de dientes y buscando las llaves del coche como un paranoico. Elena había permanecido impasible. Pasmada, analizaba las gotas de sudor que se deslizaban por su frente. Él nunca se había comportado de esa manera tan irracional, no era un hombre histérico, ni siquiera nervioso; es más, a veces, su excesiva pasividad conseguía exasperarla. Pero su mandíbula rígida y ese ceño fruncido confirmaban su alarmante inquietud.

Elena, tras un profundo suspiro, intentó calmarlo:

—No sé qué te ha contado Sofía…, pero no es real. —Apoyó la mano sobre el brazo de Roberto con la esperanza de que detuviese toda esa sinrazón—. El médico viene en dos horas…

—¡No tenemos dos horas! —exclamó convincente, manteniendo los dientes apretados. Ella dio un respingo al verlo tan alterado y tragó saliva—. ¡Lo he visto! Al principio no conseguía ver nada, pero después…, cuando la levantó por los aires… ¡Estaba allí! ¡Una especie de neblina negra! ¡Sujetó a Sofía, y yo no pude hacer nada! ¡Nada!

Se acercó a ella, quien continuaba negando con la cabeza mientras se mordía las uñas de una forma infantil, la estrechó entre sus brazos y la besó en los labios.

—Confías en mí, ¿verdad? —Ella asintió levemente—. Entonces, ayúdame a recoger todo esto. Tenemos que salir de aquí lo antes posible.

Ya en el vehículo, Sofía se despidió aliviada de la inquietante estampa del castillo. Por fin dejaban atrás ese maldito lugar. Reclinó la cabeza

sobre el asiento y se distrajo examinando el monótono y árido paisaje. El perfume hipnótico del romero la sumergió en un estado de sopor. Se acurrucó y entornó los párpados, ansiando caer en un reconfortante sueño. Observó a su padre, quien no apartaba la vista del espejo retrovisor, como si temiera que en cualquier momento saltara sobre ellos un grupo hambriento de zombis dispuestos a despedazarlos. En cambio, su madre, todavía reticente a creer en la historia espectral que él le había contado, se esforzaba en distraer a Cris de la atmósfera agitada que había invadido a todos los miembros de la familia.

—Estoy bien, mamá —repetía el crío—. Cuando vea a mis amigos y les cuente que he estado en un castillo encantado, no van a creérselo… Aunque yo no he visto nada.

—¡No está encantado! —le replicó tajante ella.

—Sí que lo está… Te he oído hablar con papá. ¿Verdad, papá, que está embrujado? ¿Verdad que has visto un fantasma?

Roberto evitó pronunciarse. Aferraba las manos al volante con la esperanza de alejarse con celeridad de la zona. Ignoraba cuántos kilómetros debía recorrer para distanciarse del influjo del castillo endemoniado. Él no creía en espíritus ni en el más allá. Siempre había considerado unos chalados a los que relataban sus experiencias en casas embrujadas o a los que aseguraban haber visto a su difunto tío mientras dormían. No, él no era de esas personas crédulas, ansiosas por obtener más información sobre la muerte acudiendo a médiums poco fiables. Pero debía admitir que había vivido una pesadilla nada racional. Su cerebro no lograba asimilar todavía lo que sus ojos habían presenciado: su hija flotando en mitad del pasillo y él luchando para devolverla al suelo. Y, entonces, aquella nube negra que los rodeó a ambos…

Intentó concentrarse en la larga y estrecha carretera. No podía permitirse rememorar lo acontecido. Debía mantenerse firme y seguro ante su familia. Él era el que debía protegerlos y sacarlos a todos de allí.

—Deja de fantasear, Cris —continuó Elena—. No era un fantasma. Los fantasmas no existen. Ves demasiadas películas de miedo.

—Sofi, ¿verdad que sí existen?

Cris la escudriñaba con sus pequeños ojos marrones, los cuales brillaban anhelando una respuesta afirmativa. Todo era una gran aventura a su edad. Ella acarició con desenfado sus cabellos, apartando por un instante la cascada de rizos que cubría su frente. Con una sonrisa cómplice, volvió la vista hacia la ventanilla y se regocijó contemplando el lánguido ocaso. Un suave tono rosado invadía a duras penas el cielo estivo mientras las solitarias nubes que acompañaban a la luna creciente se teñían con los últimos rayos de sol. Ese paraje desamparado, casi taciturno, se cubría inusitado con un

manto seductor. Hasta los quejigos vagabundos resultaban más fascinantes bajo el tímido atardecer. De vez en cuando, los faros de otro vehículo la devolvían a la funesta realidad, recordándole que estaba escapando de un lugar embaucador, donde nada era lo que parecía, donde las neblinas tomaban formas fantasmagóricas y las almas eran visiones terroríficas que la atormentaban.

Roberto mantenía la vista en la carretera. Estaba tan absorto en ella que apenas atendía a los consejos de su mujer. Elena le repetía una y otra vez que no corriera tanto, que podrían tener un accidente y que no había motivo para que no despegara el pie del acelerador. Había advertido que el habitual rostro dulce y afable de su marido era ahora amargo y serio. Pero él solo pensaba en abandonar la carretera secundaria y adentrarse en la autopista de una vez por todas. Allí habría más vehículos, más viajeros que iniciaban felices las vacaciones o que regresaban a casa después de un intenso día de trabajo. Daba igual, en la autopista recuperaría la normalidad.

De repente, divisó una incipiente silueta frente a ellos. Se encontraba a unos trescientos metros del vehículo, en medio de la carretera.

—¡Hay un hombre cruzando! ¡Para! ¡Para! —gritó su mujer.

Él, confuso, se dispuso a pisar el freno. Había algo inmóvil sobre el asfalto, pero no lograba distinguir el qué. ¿Podría ser un ciervo?, ¿un borracho? ¿Qué demonios era aquello?

—¡No frenes, papá! ¡No es un hombre! —Sofía, aterrada, agarró el brazo de su padre—. ¡Nos ha encontrado! ¡Acelera, acelera! ¡No pares!

Roberto distinguió entonces una silueta algo difuminada que permanecía estática en medio de la carretera. Era más oscura que una noche sin luna. Siniestra. Abominable. Sintió cómo el miedo invadía cada milímetro de su ser mientras su cerebro buscaba desesperado una respuesta. Observó de reojo a su mujer, que se aferraba al asiento mientras clavaba su atónita mirada en la sombra.

Todo sucedió en milésimas de segundos: la confusión, el miedo, la duda. No sabía cómo proceder. Y aceleró.

Temió el impacto con la sombra. Ignoraba si se trataba de un ser corpóreo, si terminaría empotrado contra el capó o, por el contrario, lo atravesaría sin más como un espectro sin esqueleto. Escuchó los gritos angustiosos de su familia mientras él mantenía los dientes apretados conteniendo un chillido que le rasgaba la garganta. No quiso cerrar los ojos, quería comprobar por sí mismo cómo acababa con esa figura negruzca. Pero al embestirla no desapareció al instante, sino que se desintegró en millones de partículas oscuras que envolvieron al coche durante un eterno segundo mientras escuchaban un alarido sobrecogedor. Clavó la mirada en el espejo retrovisor para asegurarse de que la sombra se había desvanecido. Temía que esa cosa

infernal volviera a recomponerse y continuara con su acoso.

Sofía, con el corazón desbocado, vigilaba la ventana trasera, temerosa de encontrar algún rastro del ser maligno. Impotente, escuchaba el llanto desconsolado de su hermano mientras su madre trataba en vano de calmarlo. Esta, después de unos segundos, hundió el rostro en sus manos y, angustiada, comenzó a rezar a pesar de llevar años sin pisar una iglesia.

—¡Estamos todos bien! ¡Y vamos a salir de esta! —Roberto alentaba a la familia pese a que él mismo estaba acongojado—. No nos ha pasado nada. ¡No puede tocarnos!

—¿Cómo estás tan seguro? —le replicó su mujer—. ¡Ni siquiera sabemos qué es o qué quiere de nosotros!

—Me quiere a mí —intervino Sofía, asustada—. Lo siento, mamá… Todo es culpa mía…

—No, Sofía, no es culpa de nadie. —Roberto negaba con la cabeza —. Ya nos falta poco para llegar a la autopista. Llegaremos a casa y esta pesadilla habrá acabado.

Ella esquivó la mirada incisiva de su padre, agachó la cabeza y observó el exterior. El día parecía haber nacido de nuevo. La claridad de un atardecer moribundo les devolvía el brillo a las flores, a las rocas inertes… La temprana noche en la que los había sumido la sombra se había esfumado. Aun así, se preguntaba si su padre tendría razón, si todo les parecería un mal sueño cuando llegaran a casa o si, por el contrario, aquello no era más que el principio.

Un silencio fúnebre se había instalado en el vehículo; un silencio interrumpido únicamente por los sollozos de su hermano, que había buscado refugio en sus brazos mientras ella lo acariciaba de forma instintiva y se escondía tras sus propias reflexiones.

El viaje por esa carretera sombría parecía no tener fin. Los segundos parecían minutos, y los minutos, horas interminables. Escuchaba la respiración inconstante de su madre y los repiqueteos de su padre sobre el volante mientras Cris finalmente sucumbía a un sueño profundo. Su rostro inocente descansaba sobre sus piernas. Ella lo contemplaba con ternura, envidiando la facilidad que tenía de abstraerse. ¡Cuánto habría deseado dormir! ¡Abandonarse hasta acallar sus pensamientos! Entornó los párpados en un intento desesperado por invocar a un sueño imposible. Se repetía a sí misma que debía relajarse y confiar en las palabras de su padre. Pero, entonces, oyó un crujido.

—Creo que hemos pinchado —le escuchó decir.

Alarmada, abrió los ojos.

—No pares, papá —le suplicó.

—Tranquila, no voy a bajarme. —Una mueca de desconfianza se perfiló en su rostro—. Pero tengo que reducir la velocidad. —Ella

lanzó una exhalación angustiada—. Es solo un pinchazo.

—Pero así no podemos coger la autopista. —El labio inferior de Elena temblaba como si fuese gelatina—. ¿Qué vamos a hacer?

—Hay un pueblo a diez minutos. Cogeremos el desvío —sugirió, no muy convencido—. Allí pediremos ayuda y cambiaremos la rueda. No voy a detenerme aquí.

Prosiguió el camino con mucha precaución sin levantar las manos del volante. A pesar de que había disminuido la velocidad, el vehículo continuaba dando tumbos que lo obligaban a permanecer concentrado en las líneas continuas de la carretera. Sofía escuchaba el sonido abombado de la goma al chocar contra el asfalto mientras permanecía agarrotada en el asiento trasero. Sus facciones dulces se habían endurecido. Tenía la mandíbula tan tensa que le dolían los dientes, y sus manos bañadas en un sudor frío las limpiaba continuamente frotándolas en el vestido.

El velo de la noche por fin había caído sobre ellos, silencioso, casi inapreciable, como la calma aparente antes de una gran tormenta. Su padre, al fin, anunció que estaban llegando al desvío, y Sofía respiró aliviada. Entonces, volvió a sentir un intenso calor en el pecho. Apartó ligeramente la camiseta de su cuerpo y contempló petrificada cómo su colgante comenzaba de nuevo a emitir destellos azulados.

—Algo va mal, papá… —musitó con un tenue hilo de voz.

—¿Qué pasa? —La observaba desde el espejo interior.

Antes de que pudiera responder, un golpe seco provocó que su padre perdiera el control del coche. Su madre emitió un grito agudo y Cris se despertó sobresaltado. Sofía distinguió las numerosas gotas de sudor que se adueñaban de la frente de su padre. Él manejaba el volante con destreza, evitando salirse de la carretera, y tras varios bandazos, por fin pudo detener el vehículo.

—Creo que otra rueda ha reventado —dijo con incredulidad—. Tengo que ir y mirar.

—No te bajes, Roberto, por favor —le suplicó Elena con ojos cristalinos—. Esto no tiene sentido. ¿Otra rueda? Alguien no quiere que salgamos de aquí. ¡No bajes!

Él desoyó los consejos de su mujer y se dirigió a la parte trasera del vehículo, dispuesto a abrir el maletero bajo la atenta mirada de Sofía. Ella escuchó el ruido de las herramientas y su resuello fatigado al extraer la rueda de recambio. Sin previo aviso, su hermano abrió la puerta y corrió hacia él. Sofía no tuvo tiempo de detenerlo. Su madre, desquiciada, le gritaba que volviera al coche mientras se quitaba el cinturón de seguridad. En ese momento, las ventanillas se cerraron de golpe y las puertas se bloquearon. Intercambió una mirada de desconcierto con su madre, pero esta no pudo transmitirle la calma que en ese instante necesitaba. Entonces, Sofía, sin dudarlo, aporreó el

cristal para advertir a su padre; tenía que ayudarlas a salir de allí. Él la miraba de forma interrogante, con el ceño fruncido y la nariz arrugada, sin comprender nada de lo que estaba ocurriendo. Ella le señaló la puerta sujetando el manillar e indicándole que no conseguía abrirla. Su madre, alarmada, repitió la acción, saltando de un asiento a otro y rezando para que alguna no estuviese bloqueada.

—¡Tampoco puedo abrir la mía! ¡Ninguna! —se lamentó confundida.

Sofía observó a su padre introducir la llave en la cerradura y luchar en vano contra la puerta.

—¡Sofía, ayúdame! —Prestó entonces atención a su madre—. ¡He vuelto a colocarme el cinturón de seguridad! ¡Y ahora no consigo desabrocharlo!

—¡¿Por qué has hecho eso?! —le espetó.

—No lo sé… Estaba asustada, volví a mi asiento y lo he hecho como un acto reflejo —confesó desesperada—. ¡No puedo quitármelo! ¡Estoy atrapada!

—Mamá, tranquila —dijo ella sin saber muy bien qué hacer—. No tendrás unas tijeras en el bolso, ¿verdad?

—¡Voy a reventar el cristal trasero! —oyó gritar a su padre—. ¡Sofía, aléjate!

Ella saltó a la parte delantera y se refugió en el asiento del conductor, mientras ayudaba a su madre a liberarla del cinturón presionando una y otra vez con fuerza el maldito botón rojo, que parecía haberse atascado. Un estremecedor alarido obligó a ambas a volver la vista al frente, y descubrieron que una densa niebla avanzaba con rapidez hacia ellas.

No tuvo tiempo de gritar, ni siquiera de volver a mirar a su madre. En un suspiro, el coche había quedado sumergido en la bruma fantasmal. Buscó alarmada a su padre y a Cris, pero ya no lograba ver el exterior. De pronto, el coche comenzó a dar tumbos, y ella se aferró al volante. Luchaba para que su cuerpo no bailara de un lado a otro y por mantenerse inmóvil, pero las sacudidas eran cada vez más violentas. Su madre le ordenó que se agachara y que mantuviera la cabeza pegada a las rodillas, y ella obedeció, asintiendo varias veces. Cerraba los ojos cada vez que sentía un zarandeo, y al abrirlos, siempre comprobaba que su madre permanecía allí, agarrada al cinturón de seguridad. De repente, una cruenta sacudida provocó el estallido de las ventanillas del coche y una lluvia de cristales cayó sobre ella. Escuchó los gritos desesperados de su madre. Voces. Un chillido ensordecedor. Y, al fin, silencio. Sofía entreabrió los párpados, temerosa. Había hierros retorcidos y un tremendo olor a gasolina. En ese instante, vio dos ojos llameantes que se acercaban a ella.

4

Cazadores

Un intenso aroma a café reavivó todos sus sentidos, obligándola a abrir los ojos y a desperezarse sin ninguna apetencia. Se despertó en una pequeña habitación de gruesas paredes de roca gris. Tendida sobre unas mantas desgastadas, descubrió una diminuta bombilla que hacía enormes esfuerzos por alumbrar el lugar. Era la única decoración de un empobrecido techo. La estancia no era más acogedora: un camastro con soportes de hierro y un escritorio de madera destartalado. Debajo de la cama, halló estupefacta una escupidera. Desorientada y todavía dolorida, se dirigió a la puerta y trató de abrirla. Estaba cerrada con llave. Se encaminó entonces hacia la única ventana de aquel cuartucho, pero los gruesos barrotes impedían que lograse averiguar dónde se encontraba. Sin embargo, no albergaba duda alguna: aquello no era un hospital.

El sonido creciente de unos pasos decididos la alertaron. Instintivamente, agarró la escupidera y se situó detrás de la puerta. Al abrirse, atisbó unas botas militares. Asustada, asió la escupidera con fuerza, para luego abalanzarse sobre el individuo que entraba en la estancia. Su secuestrador esquivó el golpe con suma destreza y estampó su maltrecho cuerpo contra la pared. Ahogó un grito de dolor mientras escudriñaba al tipo que la mantenía retenida. A pesar de que su mirada no parecía tan fiera, tenía una expresión dura. Sus ojos rasgados eran castaños, y poseían una misteriosa aureola dorada alrededor de las pupilas. Su cabello, también castaño, parecía sedoso y recién lavado, olía a miel con toques de limón y cubría sus orejas hasta acariciar su nuca. Presionaba su cuello sin ninguna dificultad mientras en la otra mano sujetaba la escupidera que le había arrebatado.

—¿Pensabas matarme con esto? Es un arma interesante… —señaló con aire burlón—. Pero creo que solo conseguirías provocarme arcadas. —Por fin, relajó el brazo y lo apartó de su garganta. Ella respiró aliviada—. ¿Vas a seguir pegada a la pared sin decir nada o prefieres acompañarme? —Le guiñó un ojo con descaro y abandonó la estancia. Sofía lo miró reticente—. Como quieras…

Dudó unos instantes. Ignoraba quién era y por qué había decidido retenerla bajo llave, pero si quería descubrir dónde se encontraba y

qué le había sucedido a su familia, debía seguirlo.

Avanzó insegura por un ancho pasillo poco iluminado, tratando de imitar las enormes zancadas que él marcaba. Analizó mejor al secuestrador. No era mucho mayor que ella, rondaría los dieciocho o diecinueve años. Llevaba unos vaqueros desgastados y una sencilla camiseta negra. Se ruborizó al comprobar cómo esta marcaba su ancha espalda, y sonrojada desvió la mirada al suelo. Él giró a la derecha y bajó unos gruesos peldaños de piedra, adentrándose de nuevo en otro pasillo, hasta que por fin tocó con los nudillos una puerta rojiza. Sofía accedió detrás y, al hacerlo, descubrió sorprendida una amplia biblioteca iluminada. El centro de la sala estaba despejado, únicamente decorado con una alfombra en la que pudo distinguir la figura de la diosa Diana sobre un bosque oscuro. Dos estanterías repletas de libros ocupaban los laterales, y tres estrechos peldaños situados a la izquierda la invitaban a subir a un falso piso superior, también embellecido con estantes antiguos que custodiaban con vehemencia pergaminos, manuscritos y otros libros que se le antojaron arcaicos. Al fondo de la estancia, tres hombres mantenían la mirada clavada en ella. Incómoda ante tal escrutinio, no pudo evitar tragar saliva cuando se detuvo frente a ellos.

El mayor estaba sentado tras una enorme mesa repleta de papeles. Debía rondar los cincuenta, aunque su piel curtida por el sol hacía que aparentase más edad. Decenas de arrugas se arremolinaban alrededor de unos ojos desolados y llenos de hastío. A su derecha, un hombre corpulento y con una barba descuidada descansaba sus manos sobre su cinturón de munición. Detrás de estos, apoyado en una de las repisas, un chico moreno de intensos ojos verdes mostraba sin ningún reparo su desagrado ante su presencia.

—Bienvenida. Soy Rafael Álvarez. —El violento silencio fue roto por la voz profunda del hombre mayor.

—¡¿Dónde están mis padres?! ¡Quiero verlos ahora! —exigió con una tímida valentía.

—Tu familia está bien. No debes preocuparte por ellos ahora —le confirmó él con una tranquilidad pasmosa.

Lo miró de forma interrogante. No era la respuesta que esperaba. Necesitaba abrazarlos, comprobar que no habían resultado heridos y que esa sombra oscura se había alejado de ellos finalmente.

El joven de los ojos verdes abandonó la posición de reposo y, acercándose a la mesa, la fulminó con su intensa mirada.

—¡Deberías estarnos agradecida, mocosa! —exclamó mientras golpeaba la madera con el puño.

Rafael, con un pequeño gesto, hizo callar a aquel joven, que se le antojaba un presuntuoso, y se retiró unos centímetros del escritorio. Sorprendida, Sofía comprobó que se encontraba anclado en una silla

de ruedas.

—Estás en un viejo monasterio, a unos veinte kilómetros del pueblo más cercano. Todos los aquí presentes somos cazadores. A Oriol ya lo conoces… —Sofía observó de reojo al chico que casi había golpeado con la escupidera—. Este gigantón de mi derecha es León. Y el que no para de refunfuñar es Hugo. Anoche, ellos te salvaron.

Todavía perpleja, los examinaba uno por uno. ¿Unos cazadores la habían ayudado? ¿Y por qué no la habían llevado a un hospital? ¿Por qué la retenían? Buscaba en sus miradas poco transparentes respuestas que aclarasen su confusión.

—Creo, papá, que es un poco cortita. —Hugo avanzó hacia ella y tiró de su colgante con fuerza—. Cazamos bestias. Tú nos llamaste. Mejor dicho, tu talismán.

—¡Estáis todos locos! —exclamó enojada mientras apartaba la mano del atrevido cazador de la esfera metálica—. ¡Yo me voy de aquí!

—¡¿Locos nosotros?! —le espetó, visiblemente irritado—. A ver, listilla, ¿qué fue lo que te atacó anoche?

Ella ignoró el comentario, dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta, pero Oriol la detuvo sujetándola por el brazo.

—¿Y adónde vas a ir? —le susurró con voz dulce y calmada—. Nosotros podemos protegerte. Esa sombra no parará hasta que te encuentre.

Un profundo aguijón le perforó las entrañas al escuchar cómo dejaba escapar de sus labios carnosos la palabra «sombra». Lo había hecho con convicción, con absoluto conocimiento de que su existencia era innegable y la insólita certeza de que solo ellos podrían destruirla. Dejó de resistirse y volvió la mirada hacia el hombre de la silla de ruedas. Continuaba ignorando cómo unos cazadores furtivos conocían la existencia de ese ser oscuro y cómo podrían ayudarla, pero pensó en darles una oportunidad para explicarse.

—Mi abuelo, mi bisabuelo y…, bueno, todos mis antepasados fueron grandes cazadores. Desde que nacemos, somos entrenados para la caza, aunque la tradición ha comenzado a mermarse. —Dibujó una sonrisa apática en su rostro—. Las nuevas generaciones se resisten a creer que existen entidades sobrehumanas que nos acechan.

—¿Os dedicáis a cazar… sombras? —les preguntó con cierta incredulidad, temiendo descubrir la respuesta.

—Sombras, espíritus oscuros, demonios… —Escuchó por primera vez la voz grave de León—. Una lista interminable.

—Esperad, antes habéis dicho que mi talismán os había llamado.

Hugo le dedicó una sonrisa socarrona, pero fue Oriol quien intervino:

—Tu colgante te alerta cuando algo maligno está cerca. A ti y a

todos los que estamos por los alrededores. Y nos ocupamos de esas cosas. —Escogía las palabras con sumo cuidado, evitando abrumarla con detalles innecesarios—. Los destellos de tu talismán eran tan potentes que pensamos que alguien muy poderoso estaba pidiendo ayuda.

—¡Sí, imagina nuestra sorpresa cuando nos encontramos con una chiquilla llorona!

Hugo se dejó caer sobre una silla como si la conversación lo aburriera. Sofía deseó que se partiera en dos y ese estúpido estirado se diera un buen golpe. Todo aquel torbellino de información le estaba provocando dolor de cabeza. ¿Qué era lo que pretendían decirle?

—Al principio, pensamos que habías robado el colgante —continuó Oriol—. Es evidente que no tienes ningún tipo de entrenamiento.

—Pero eso es imposible —prosiguió Rafael—. Un talismán solo se activa con su legítimo dueño. Lo llevas en la sangre.

—Entonces…, ¿soy cazadora? —preguntó con timidez.

—¡¿Tú?! —Hugo soltó una exasperante carcajada—. ¡No nos ofendas! ¡Tú eres una bruja!

Ese insulto terminó por encenderla. Una intensa llama cargada de rabia recorría las venas y arterias de su cuerpo. ¡Estaba harta de ese cretino! Sin pensarlo dos veces, se aproximó a él, dispuesta a darle un guantazo. Pero, de nuevo, Oriol la retuvo.

—¡Eres un mal bicho! —le gritó airada.

—Tiene la mano muy ligera. Antes casi me golpea con una escupidera.

—¿En serio? ¡Querría matarte con los malos olores! —Hugo reía sin piedad—. Y ya has visto que también tiene la lengua muy suelta.

Lo desafió con la mirada. Estaba mucho más que enfadada. Ya no era rabia lo que hervía bajo su piel, sino cólera. ¡Puro fuego! No podía apartar la vista de su rostro insolente ni soportar más su mortificante risa. Focalizó su creciente furia en él. Para ella, todo en la habitación se redujo a su mísera presencia.

De improviso, sus enigmáticos ojos añiles cambiaron, tornándose tan azules como un cielo transparente liberado de las ataduras de las nubes. Su cabello irradiaba un brillo inusual, semejante al reflejo de las piedras preciosas al impactar sobre ellas la luz del sol. Entonces, sucedió. La silla donde Hugo permanecía sentado vanagloriándose de su jocosidad salió despedida y terminó estrellándose contra la pared. Él, con acusada perplejidad, se incorporó y, encrespado, sacó un cuchillo de su cazadora de cuero.

—¡Basta ya! —Escuchó al jefe del grupo intervenir como si se encontrara en la lejanía. Todavía fuera de sí, entornó los párpados tratando de calmarse. Realizó varias respiraciones profundas, y al abrir los ojos de nuevo, ahogó un grito de espanto al descubrir la silla

despedazada. —Será mejor que te sientes, Sofía. —Ella obedeció, aún conmocionada—. Cuando Hugo te ha llamado bruja, lo ha hecho en un sentido literal. Y por lo que acabamos de comprobar, eres bastante buena. —Hizo una pausa, ocultando una sonrisa fugaz—. No solo los cazadores luchan contra los demonios.

Ella trataba de humedecer sus labios, desesperada. Tenía la boca seca y los ojos le escocían a rabiar. Parecía que la hidratación que los irrigaba se hubiera evaporado. Rafael se acercó y posó la mano sobre su hombro.

—Es evidente que tú misma desconoces tu procedencia. Creo que tus capacidades brotaron cuando te expusiste a la sombra —dedujo mientras analizaba la misteriosa candidez que de nuevo había envuelto su rostro—. Ahora solo tienes que aprender a controlarlas.

—Yo no sé qué decir… Lo siento… —Mantenía la cabeza gacha; no se atrevía a mirar a Hugo.

—¡Puedes guardarte tus disculpas! —Con pasos agigantados, el chico abandonó la biblioteca.

—Vamos, deberías descansar. —Alzó la barbilla y se perdió en las líneas cautivadoras del rostro de Oriol. Algo en su interior la instaba a confiar en él—. Te aseguro que tus padres están bien.

Él la acompañó a su habitación mientras observaba su figura esbelta. Carecía de una complexión atlética y de tono muscular fortalecido. Sin embargo, había conseguido sobrevivir al ataque de la sombra. Parecía tan frágil… Sus facciones eran dulces; su cabello, ondulado. Ni él mismo habría adivinado que esa chica era una bruja. Solo sus ojos la delataban. Se tornaban tan gélidos cuando conectaba con su poder que conseguía helar el aire que la circundaba. Había conocido a algunos brujos en su corta pero intensa vida. La mayoría solían ser narcisistas y bastantes desalmados. Pero esos no eran calificativos que pudiera asociar a ella.

—¿Siempre es tan desagradable? —le preguntó Sofía, intentando romper el incómodo silencio.

—¿Quién? ¿Hugo? —Él enarcó las cejas—. Mi hermano nació así, no lo tomes muy en serio.

Sofía dio un respingo. ¿Su hermano? Eran como la noche y el día, como el aceite y el vinagre. Hugo había resultado ser un grosero petulante. En cambio, Oriol era tan amable, le mostraba siempre una expresión tan tierna, y era tan… atractivo… Sacudió la cabeza varias veces para alejar ese último pensamiento. No podía distraerse con aventuras fantasiosas que emergieran de su mente. Debía centrarse en lo que apenas había descubierto: era una bruja. ¿Cómo podía ser eso posible? Nunca se sintió diferente ni especial. Ella era una chica del montón, ni la empollona ni la que suspendía todo, ni la más guapa ni la más fea, ni excesivamente tímida ni tremendamente extrovertida.

Ella era ella, sin más.

Por fin llegaron a la puerta. Oriol asió un manojo de llaves y Sofía apartó la vista con una mueca de disgusto.

—¿Sigo siendo prisionera? —le preguntó resignada.

Dubitativo, él jugaba pasando las llaves de una mano a la otra.

—No —dijo al fin, guardándolas—. Espero que entiendas que nosotros somos los únicos que podemos ayudarte… Hay muchas cosas que desconoces, y ahora mismo eres el cordero que más desea el lobo.

Observó desde el umbral cómo él se alejaba sin más aclaraciones. No, no era una prisionera, pero estaba recluida en un monasterio alejada de toda civilización, ignorando dónde se encontraba su familia, si estaban a salvo o también corrían peligro. Lanzó un prolongado suspiro. En el fondo, y aunque quisiera ignorarlo, tenía el convencimiento de que la sombra la buscaba solo a ella y que tanto sus padres como Cris estarían fuera de peligro cuanto más lejos. No tenía adónde ir ni tampoco a quién acudir. Únicamente, estaban esos extraños cazadores que decían perseguir bestias.

5

Iris

Se recostó sobre la dura almohada, buscando una posición que silenciara sus pensamientos; aunque sabía que, por mucho que lo intentara, era imposible. Y así, poco a poco, un profundo desasosiego comenzó a apoderarse de ella. Echaba tanto de menos a su familia… Deseaba que estuviesen allí, y se culpaba por lo mal que se había comportado con sus padres. Les había hecho la vida imposible, y todo porque quería ir de vacaciones con sus amigas. Ya no era una niña pequeña, ya podía tomar sus propias decisiones. Tenía diecisiete años, pronto cumpliría dieciocho. Ansiaba algo de libertad, y no entendía por qué la obligaban a pasar parte del verano en un castillo en medio de la nada. Pero todo había cambiado ahora.

Una fuerte opresión en el pecho la torturaba, apenas la dejaba respirar. Todo aquello era una locura sin sentido. Tenía que haber una explicación coherente a lo acontecido, lejos de criaturas demoníacas y espíritus. ¿Ella?, ¿una bruja? Sin embargo, y pese a todo, no podía ignorar lo que había experimentado en el hotel y después en la carretera. Algo la seguía. Y aunque no era corpóreo, era real. Sus magulladuras lo certificaban. Pero ¡¿una bruja?! La silla había volado sin llegar a tocarla. ¿Cómo podía ser? ¿Cómo no se había dado cuenta antes? ¿Por qué ahora? Su mundo, tal y como lo conocía, empezaba a desmoronarse. Y aquello era solo el comienzo.

Sujetó el colgante, y por primera vez lo observó como si se tratase de un objeto desconocido. Era evidente que esa esfera metálica no era tan solo un recuerdo familiar. El símbolo que parecía una cruz doble debía ocultar otro significado, pero ¿cuál? Lanzó un suspiro repleto de impotencia que se perdió en la habitación. Entonces, el sonido de unas leves pisadas la puso de nuevo alerta. Tocaron a la puerta, y antes de que pudiera responder, una chica de rostro afable entró con una bandeja en la mano.

—Traigo algo de comer —le dijo con una carismática sonrisa—. Te la dejo en la mesa.

Observó con cierto recelo a la delgaducha muchacha, que se movía con gracia y rebosante de energía a la vez. No era alta, más bien de mediana estatura. Su cabello era corto, pero no demasiado, y un amplio fleco azabache le cubría casi toda la frente. Al darse la vuelta,

Sofía advirtió que estaba decorado con varios mechones azulados. Cuando pudo apreciar mejor su rostro, lo que más le llamó la atención fueron sus curiosos ojos grises, los cuales, resaltados con unas largas pestañas, le otorgaban un aspecto felino. Tenía una boca diminuta, aunque unos labios perfectamente delineados, y una simpática nariz algo chata que arrugaba constantemente.

—He dejado toallas limpias en el baño que hay al final del pasillo, por si quieres darte una ducha… Ah, por cierto, soy Iris. —Hablaba de manera atropellada, sin apenas coger aliento para enlazar la siguiente frase—. También tenemos tu equipaje, por si necesitas cambiarte. Lo recuperamos del maletero. O, bueno, de lo que queda de él…

Sofía frunció el ceño, desconcertada. La mitad de las palabras se desvanecían en el aire sin llegar a sus oídos. Aun así, abrió la boca para presentarse, pero Iris se le adelantó:

—Sí, lo sé. Eres Sofía. Todos abajo hablan de ti. La bruja que lanzó a Hugo por los aires… ¡La bruja de hielo! Bueno, así te llaman… Ya sabes, por tus ojos. —Hizo un fugaz movimiento con el dedo índice, señalando sus pupilas. Sofía, atónita, trataba de seguir su discurso—. No quiero agobiarte. Ya lo entenderás… Es normal, todo es nuevo para ti.

Esa chica de grandes ojos felinos la apabullaba. Hablaba con desparpajo, y Sofía no sabía cómo intervenir en aquella extraña conversación. Tenía muchos interrogantes que deambulaban por su mente, como si fueran seres errantes en busca de una respuesta, pero Iris continuaba gesticulando mientras expresaba la enorme emoción que había sentido al encontrarla. Ella se limitaba a sonreírle con timidez. Apenas hacía unas horas que le habían revelado la existencia de seres demoníacos y sombras, y ahora descubría que ya le habían puesto un mote: ¿La bruja de hielo?

Por fin hizo una pausa. Sofía aprovechó para preguntarle lo primero que en ese momento se le pasó por la cabeza:

—¿Y tú eres cazadora o bruja? —soltó sin más.

—¡No! ¡No, qué va! —Sacudió la mano con desdén mientras ella la escudriñaba confusa—. ¡Yo soy vidente! Fui yo quien detectó tu energía a varios kilómetros de aquí. Bueno, después, tu descomunal energía se hizo perceptible para el resto… —dijo riendo—. Pero, aquí, una de mis misiones es localizar a personas.

—¿Es eso lo que hace una vidente? —le preguntó, aún más perpleja.

—También tengo sueños, premoniciones o intuiciones sobre lo que puede estar ocurriendo, y a veces hago astrales. —Se encogió de hombros—. Pero es una técnica muy difícil que requiere un largo entrenamiento y mucha concentración.

No pudo evitar pensar en lo surrealista que estaba siendo aquel día:

primero, cazadores, y ahora, videntes. ¿Qué vendría después? ¿Duendes mágicos?

Iris se acomodó junto a ella, en el borde de la cama, y Sofía admiró sus facciones dulces, nada agresivas.

—Conozco a Rafael desde que era pequeña. Nos trasladamos al monasterio con él hace unos meses, cuando empezaron las desapariciones —continuó con voz afectada—. Rafael dijo que teníamos que escondernos y reagruparnos. Y desde que estamos aquí, han llegado personas de todos los rincones de España. Ahora somos unos cincuenta, pero esperamos que acudan muchas más.

¿Meses ocultos? ¿Se escondían todos de la sombra? Sofía quería comprender qué estaba sucediendo allí y por qué ese lugar era seguro. Se acarició una de sus sienes, intentando aliviar el incipiente dolor de cabeza que comenzaba a brotar de nuevo. Recordó entonces que tenía hematomas por todo el cuerpo y que, de milagro, no se había roto ningún hueso. Soltó un suspiro trágico y decidió continuar con la conversación. Iris era la única hasta ahora que no respondía con evasivas, y tenía que aprovecharlo.

—¿Todos los que han venido son cazadores?

—No, no todos. Muchos son cazadores, pero hay también algún que otro vidente y un brujo. Y, claro, familiares de estos sin ningún tipo de don —prosiguió con una amplia sonrisa—. ¡Yo soy una cruzada! Para que lo entiendas: mi madre es vidente y mi padre…, un borracho. Nos abandonó cuando era pequeña. Bueno, en realidad, lo echamos. Le dimos un buen susto, por lo que decidió hacer las maletas. Así que Rafael ha cuidado siempre de nosotras. —Se incorporó de un salto—. Será mejor que me vaya, o se te va a enfriar la comida. Cuando termines, baja a la biblioteca, por favor.

Sofía contempló nada convencida el plato que tenía sobre el escritorio. Apenas había comido nada desde que enfermó en el hotel, sin embargo, no tenía hambre. Despuntó el insípido arroz y miró a su alrededor. Se encontraba de nuevo sola en la desapacible estancia, y reprimió las lágrimas de un llanto repentino. Todo aquello la superaba. Quería volver a casa. Recorrió el pasillo hasta el pequeño baño compartido, se despojó de la ropa ensangrentada que le recordaba una y otra vez el calvario que había vivido y, bajo la ducha caliente, se perdió en los delirios de su mente. Intentó alejar en vano la ingrata soledad que se aposentaba en su alma. Y por primera vez desde que había despertado de ese mal sueño, y atrapada por una infranqueable impotencia, Sofía se permitió llorar.

Insegura y apretando los puños repetidas veces, recordó el camino que la conducía hasta la biblioteca. Se había cambiado de ropa y secado los cabellos. Se había atrevido a examinar su rostro en el espejo, y sus labios dibujaron una mueca de disgusto al comprobar lo demacrada

que estaba. Su piel blanca había adquirido un tono amarillento, quizá por la fiebre que había padecido, y además de las profundas ojeras, tenía dos hematomas en la frente. En la boca lucía una espectacular herida que le había hundido el labio inferior. Enterró la cara entre las manos y negó con la cabeza. Tenía que coger fuerzas y llegar a la biblioteca.

Avanzaba cabizbaja, temiendo tropezarse con algunos de los extraños inquilinos que habitaban el monasterio. Titubeaba a cada paso que daba; no quería que nadie la molestase, que se dirigieran a ella dándole la bienvenida. No era una invitada ni pertenecía a la gran familia de raros cazadores. Ella estaba cautiva.

Cuando por fin llegó al umbral, vaciló unos segundos, inspiró y luego tocó la madera con prudencia. Iris la recibió con una sonrisa cómplice. Luego divisó a Rafael, que desde la mesa la invitó a pasar. Había dos personas más con él: una mujer menuda, de largos cabellos negros salpicados por algunas canas rebeldes, y un anciano algo encorvado y con gafas redondas que la examinaba sin ningún reparo.

—Así que tú eres Sofía… —La mujer se apresuró a saludarla ofreciéndole la mano—. Rafael tenía razón. Eres una chica especial. Soy Edith, la madre de Iris.

Sofía posó la mirada primero en la mujer y después en la chica. Sí, tenían un parecido asombroso: ambas eran delgadas, con sonrisas electrizantes, además de ser tremendamente efusivas. Quizá Edith fuese más menuda, pero contenía la misma energía arrolladora que su hija.

—Deberías sentarte —le indicó Rafael—. Harry, ¿tú qué opinas?

—Sin duda alguna, su linaje es puro —pronunció con un marcado acento inglés—. Es muy raro en estos tiempos. Los brujos nos diseminamos por todo el planeta. Algunos incluso rechazaron su condición y prefirieron llevar una vida más pacífica. Nunca fuimos como los cazadores, tan conscientes de nuestra misión en el mundo.

El hombre se acercó a ella y la analizó como si fuera un ratón de laboratorio a través de sus gafas. Ella se revolvió en la silla y buscó refugio en la mirada de Iris.

—Desde que puso un pie en la biblioteca, capté su energía descontrolada y abrasadora —continuó el anciano—. No, no tengo ninguna duda. Ambos progenitores eran brujos.

—¿Mis padres biológicos? ¿Sabe quiénes son? —le preguntó con los ojos abiertos de par en par.

—Querida niña, no tengo ni la más remota idea —le contestó con una excesiva elegancia—. Aunque cuento con muchos años a mis espaldas, no conozco a todos los brujos existentes.

—Harry era hasta ahora el único brujo del monasterio —le aclaró Rafael—. Es nuestro experto en conjuros, maldiciones y poderes

sobrenaturales.

—Pero mi linaje no es puro —añadió este con una sonrisa pícara—. Mi madre era bruja, y mi padre, profesor de Literatura. Digamos que soy un brujo de letras. Ahora que soy viejo me dedico a labores de investigación a través de los libros y a resucitar conjuros perdidos en el tiempo.

Ella lo miraba intrigada. Así que a eso se dedicaba un brujo: a pasar horas inmerso entre libros buscando respuestas. Arrugó el rostro, contrariada. No recordaba haber terminado en su vida un libro.

—Pensamos —continuó Rafael— que Harry podría enseñarte algunas técnicas para controlar tu energía, y Edith podría intentar descubrir tus orígenes. Ellos te ayudarán a estar preparada por si la sombra vuelve a… por ti.

—¿No es esto un lugar seguro? ¿Por qué iba a volver a por mí? —preguntó con acusado nerviosismo.

—Sofía, a esa sombra nunca se le ha escapado una presa.

6

Espiritus

Caminaba junto a Iris, quien la conducía a través de los extensos pasillos mientras le narraba cómo se habían instalado en el monasterio y todo el trabajo que habían hecho para reformarlo. A pesar de poseer una arquitectura cisterciense que databa del siglo XII, sus instalaciones en el interior eran relativamente modernas. Estuvo activo hasta los años setenta, pero la despoblación sufrida en las décadas anteriores en las aldeas de los alrededores hizo que las monjas, sus últimas inquilinas, terminaran abandonándolo para integrarse en otros conventos. Había pocos feligreses, y aún menos donativos. Con el auge de los retiros espirituales, fue utilizado para recibir a muchos viajeros que buscaban relajación y una vida más austera; así, durante su alojamiento, se dedicaban a cultivar en el huerto, meditar, practicar yoga, senderismo y estar en contacto con la madre naturaleza. Casi mantenía su estructura original intacta a pesar de que las estancias habían necesitado una auténtica remodelación. La explotación hotelera finalizó cuando la crisis azotó todo el país, y los gerentes, incapaces de pagar a los acreedores, se proclamaron insolventes; así, de nuevo, el monasterio cayó en el olvido, al igual que todas sus infraestructuras.

Rafael había conseguido transformar aquella inhóspita construcción en un hogar gracias a la ayuda inestimada del padre Carlos, quien había solicitado al obispado y a la comunidad autónoma los permisos pertinentes para su habitabilidad. Ella ignoraba cómo les habían otorgado la autorización; después de todo, no eran un grupo de monjes, como tampoco un puñado de ambiciosos empresarios ansiosos por atraer a personas de todo el mundo. Al expresar sus dudas por el motivo oficial de la reapertura, Iris le respondió con un guiño de ojo. Imaginó entonces que tendría que haber alguien poderoso al tanto de sus sobrenaturales aventuras.

Tenía tantas preguntas… Cada vez que conseguía obtener alguna respuesta, le surgían diez más. ¿Cuándo iba a acabar esa pesadilla? ¿Cuánto tiempo debía permanecer allí? ¿Cuándo volvería a casa con sus padres? ¿Por qué la perseguía esa sombra? Solo existía una gran certeza: mientras ese ente oscuro siguiese allí fuera, ella estaría en peligro.

—Vamos al pueblo —la informó Iris—. Te vendrá bien coger aire fresco y despejar las ideas.

Con una sonrisa forzada, aceleró el paso y se dispuso a salir. La intensa claridad del día la deslumbró por unos segundos, y tuvo la extraña sensación de llevar semanas recluida. Iris le señaló un *jeep* negro, y ella fue fustigada por decenas de agujas que le atravesaron el estómago cuando distinguió a sus dos ocupantes. Sentados en la parte delantera, estaban los dos hermanos cazadores, ambos con gafas de sol oscuras, como si se tratase de dos matones mafiosos. Hugo, que estaba al volante, la ignoró descaradamente, mientras que Oriol le mostró una sonrisa poco convincente.

Sofía, con una incomodidad que superaba su debilitada templanza, subió al vehículo. Durante el trayecto, fingió distraerse contemplando el paisaje a través de la ventanilla. Hugo mantenía una postura rígida, apenas hablaba, y se limitaba a contestar a las preguntas de Iris con monosílabos; en cambio, Oriol reía con desenfado y conversaba sin ningún tipo de censura. Examinó a sus obligados compañeros de viaje, y en ese instante suspiró resignada. Ella no encajaba en aquel grupo. Hugo, con su aspecto chulesco, no se desprendía de su chaqueta de cuero a pesar del calor sofocante. Oriol, de mirada enigmática, no parecía un campesino de la zona, ni siquiera se asemejaba a alguno de sus compañeros de instituto. Parecía más bien un rebelde osado que desprendía grandes dosis de picardía; aunque, claro, ella nunca había conocido a un cazador de fuerzas oscuras, y podría equivocarse. Y, por último, Iris, con sus cabellos azulados y esa energía tan desbordante como arrolladora. ¿Qué pintaba ella con aquellos chicos?

Cuando el *jeep* por fin cogió el desvío de la derecha, descubrió un pueblo pintoresco asentado a la orilla de un río. Las fachadas blancas de las casas le donaban un halo inmaculado, mientras que sus tejados, a dos aguas, rompían su simetría con las gruesas chimeneas. Un centenar de casas se agolpaban en el centro junto a la iglesia, y otras tantas se dispersaban en la lejanía hasta desaparecer tras las colinas.

—Bien, recordad las reglas —aclaró Hugo mientras aparcaba—: no confraternizar con la gente del pueblo, responder con evasivas si alguien pregunta, compramos lo que necesitamos y nos piramos. ¿Entendido? —Le dirigió una mirada inquisitiva a Sofía—. Oriol, tú te encargas de ella. Yo voy a la farmacia con Iris.

Atravesó la calle casi persiguiendo al chico, quien corría más que andaba. Se adentraron en el empedrado de unas callejuelas estrechas y empinadas. Al llegar a la plaza, se sorprendió al ver una pequeña fuente atestada de ancianos que remojaban sus pies en ella. Las señoras más remilgadas combatían el calor con sus abanicos coloridos.

—No nos tropezaremos con mucha gente hoy —le comunicó—. La mayoría están en el río disfrutando de esta tarde tan calurosa.

—¿Adónde vamos? —se atrevió a preguntar tras largos minutos de silencio.

—A una tienda no muy lejos de aquí —le respondió sin demostrarle ningún interés—. Tenemos que comprar alimentos, productos de limpieza, de aseo… Hugo se encarga de las medicinas.

Doblaron la esquina y accedieron a una venta de pocos metros cuadrados. Los artículos estaban apilados sin demasiado orden, las escasas estanterías se encontraban atiborradas de productos hasta casi alcanzar el techo, y los que no encontraban su hueco, estaban desperdigados por el pavimento. Una joven pecosa se acercó a ellos con una sonrisa de oreja a oreja.

—Puntual, como siempre —soltó mientras se mordía el labio inferior—. Una vez al mes tenemos el placer de verte por aquí, y con un poco de suerte, como hoy, hasta dos veces.

—Hola, Laura, ¿qué tal todo? —la saludó con rostro más que amable.

—Podría ir mejor si te dejaras ver con más frecuencia. —La joven pelirroja se le insinuaba con descaro: le mostraba su dentadura casi perfecta y jugaba a enroscar un mechón de pelo con su dedo índice.

Oriol le hizo una seña para que desapareciera, y ella obedeció de mal agrado. La estaba tratando como una mojigata, y eso la irritó hasta mostrar su desacuerdo con un sonoro bufido. Que no tuviera idea de sombras oscuras no implicaba que desconociera el significado de la palabra «ligar». Si eso era lo que Hugo llamaba «no confraternizar», es que ella se había perdido muchas clases de Lengua en el instituto.

Se encaminó hacia el fondo y se entretuvo observando a la clientela: todas mujeres de mediana edad que charlaban animadas comentando el extremado calor de aquel verano. Una de ellas le llamó especialmente la atención. Deambulaba con la mirada perdida y sin intercambiar una palabra con el resto, ni siquiera un escueto saludo. Andaba con las manos temblorosas. De vez en cuando, se llevaba el puño al pecho con el rostro compungido. A Sofía se le antojó que tenía una palidez extrema. Quizá estuviera enferma. De repente, la vio soltar la cesta de la compra y apoyarse en una de las estanterías. No se lo pensó dos veces y corrió a auxiliarla:

—¿Se encuentra bien?

—Sí, hija, sí… Es este endemoniado calor.

—¿Quiere que le traiga agua o azúcar? Si es una bajada de tensión, debería…

—No, no, estoy bien —la interrumpió mientras intentaba enderezarse.

Entonces, advirtió la presencia de una figura que fluctuaba junto a la mujer. Nunca había visto nada igual. Aunque le recordaba

vagamente a los seres errantes que había descubierto en el castillo, este parecía estar difuminado en una especie de halo plúmbeo. Retrocedió espantada. Tal vez debería salir corriendo de allí. No quería entremeterse en más problemas sobrenaturales, sobre todo si no le incumbían a ella. Sin embargo, esa silueta la atraía de una manera casi hipnotizadora, no podía apartar la mirada de su insólito rostro. Se trataba de un hombre con una barba desaliñada y ojeras acusadas. Su piel poseía tonos grisáceos y marcaba de forma abrupta todas las líneas de su cara. Era evidente que la mujer no era consciente de la presencia de la aparición. ¿Podría ser posible que aquella figura fuera la causa de su desvanecimiento? Sofía ignoraba cómo proceder en una situación semejante. Debía llamar a Oriol. Él era un experto cazador, y ella era incapaz de dilucidar si ese espectro era amistoso o un ser hostil, aunque en su corta experiencia se atrevería a decantarse por la segunda opción. Entonces, escuchó un susurro que se dispersaba en el aire como un retintín fastidioso.

—¡Estúpida mujer! ¡Ser inútil y fracasado! ¡No vales nada! —oyó decir con una voz grave y algo metálica.

—¡Déjala en…!

No pudo terminar la frase. El brazo de Oriol había caído sobre ella con furia divina y la arrastraba hacia la salida.

—¡Quédate aquí y no te muevas! —le ordenó, visiblemente enfadado.

Se limitó a pagar mientras le lanzaba miradas furtivas, casi podría decir que cargadas de inquina. Recogió las pesadas bolsas de la compra sin ningún tipo de esfuerzo y después le indicó que saliera sin más. Una vez que se alejaron de la calle principal, estalló en cólera:

—¡¿En qué estabas pensando?!

—¿Tú también has visto eso? ¿Qué demonios era?

—¡Te dijimos que nada de hablar con la gente! ¡Y de meterte en líos, menos! — Furioso, se encaminó hacia el vehículo dando grandes zancadas—. ¡¿Qué parte no has entendido?!

—Pero esa mujer… Había algo que la acosaba… —Ella intentaba justificarse mientras hacía esfuerzos por seguirlo—. Quería ayudarla…

—¡No es nuestro problema! ¡No nos ocupamos de eso! —zanjó tajante.

—¡¿Y puede saberse de qué nos ocupamos?! ¡Porque a mí nadie me ha explicado nada! —alzó el tono de voz, esperando que él la tomara en serio—. Todos me dicen «Ya lo comprenderás». ¡Pero no entiendo nada! ¡Estoy harta! ¡¿Por qué nadie me cuenta qué es lo que está pasando?!

—¡Porque no es el momento ni el lugar! —Frenó la marcha y se encaró con ella.

—Pues no pienso moverme de aquí hasta que me expliques qué era

eso. —Se plantó en medio de la calle, determinante.

Él reanudó la marcha sin prestarle mucha atención.

—Créeme, te conviene moverte. —Oriol comprobó de reojo que ella lo seguía de mala gana y se situaba a su lado—. Es un carroñero —le soltó por fin—, un espíritu de bajo nivel. Se alimentan de energía viva. El mundo está plagado de ellos. ¡Y no son nuestro problema!

—¿Quieres decir que andan por ahí sin que nadie los vea? —Frunció el ceño, contrariada.

—Nosotros podemos verlos, pero no les prestamos atención —la corrigió.

—¿Por qué? ¿No sois cazadores? —Cada vez entendía menos.

Oriol se detuvo por segunda vez y se aseguró de que no hubiese nadie husmeando por los alrededores.

—¡Escúchame bien, brujita! Los carroñeros fueron humanos una vez, eran asesinos o personas odiosas… ¡Hay millones! Sus almas son tan oscuras que no avanzan a un plano superior, y se quedan aquí estancados, vagando por el mundo. Para subsistir, buscan a personas frágiles y se alimentan de su luz absorbiendo su vitalidad, desgraciadamente. Y es así como terminan arrojándolas a una depresión o incluso al suicidio. —Oriol, todavía molesto, exhaló resignado—. Si estás perdida, viajas sin rumbo, totalmente a ciegas, y en tu camino te tropiezas con una linterna pero al otro lado vislumbras la luz de un faro, ¿hacia dónde te dirigirías?

—Seguiría la luz del faro —le respondió, encogiéndose de hombros.

—Bien, ahora entiende esto. Esa mujer es la linterna; tú, el faro. Ese carroñero no dudará un segundo en seguirte en busca de tu energía. —Su tono gélido hizo que Sofía se estremeciera—. ¡Así que mueve tu lindo trasero lo más rápido que puedas!

La joven inició una carrera y dejó atrás al cazador. No quería enfrentarse con ningún espíritu, aunque fuera de bajo nivel. Oriol no pudo evitar sonreír al verla correr espantada.

—Solo quería ayudar… No tenía ni idea… —se disculpó.

—Pues haznos un favor y no nos ayudes tanto. —Otra vez, sus palabras tajantes la sumieron en un terrible arrepentimiento.

Sin embargo, a pesar de los continuos reproches del chico, Sofía persistió en sus preguntas; quería estar preparada por si ese carroñero conseguía alcanzarla:

—¿Es peligroso?

—Es de bajo nivel. No me preocupa el combate, sino una lucha en medio de este pueblo. —Frunció el ceño mientras volvía la vista atrás —. Quedaríamos expuestos delante de mucha gente, y eso nunca es bueno.

Al doblar la esquina, Sofía comprobó que tanto Hugo como Iris los estaban esperando en el *jeep*. Parecían relajados. Iris descansaba

sentada sobre el capó mientras Hugo permanecía apoyado en la puerta del conductor. Ambos fueron a su encuentro en cuanto los vieron llegar.

—¿Qué pasa? —Hugo le dirigió una mirada incisiva a su hermano.

—Nada. Metamos esto en el maletero y larguémonos de aquí.

Hugo los escudriñaba sin censura. Quería buscar respuestas a esa premura en los rostros de los recién llegados. Con desconfianza, ayudó a su hermano a introducir las bolsas en el vehículo. Oriol evitaba mirarlo. Todavía estaba visiblemente irritado por la intromisión de Sofía en la pequeña tienda, pero no quería empeorar las cosas, ya que sabía que Hugo pondría el grito en el cielo.

—¿Todo bien en el pueblo?

La insistencia de su hermano lo ponía de los nervios. Tenía esa exasperante manía de controlarlo todo.

—Como siempre…, jodidamente aburrido —le respondió, dando un portazo al introducirse en el vehículo.

Iris se encogió de hombros y le indicó a Sofía que subiera. Ella, antes de hacerlo, examinó el camino por el que habían llegado. No había nadie. Ni un alma. Ni viva ni muerta. Aliviada, suspiró y tomó asiento en el *jeep*.

Un silencio sepulcral reinaba dentro del vehículo; ninguno hablaba, nadie se movía. Hugo controlaba cada gesto de su hermano. Este último era tan tozudo como transparente, y él era capaz de apostar su vida a que había algo que lo inquietaba. Pero si había decidido ocultárselo, no se lo desvelaría tan fácilmente.

De repente, Iris dio un respingo en el asiento. Entornó los párpados unos segundos y, al abrirlos, expresó su sorpresa con una mueca de desconcierto.

—¿Por qué nos sigue un carroñero? —preguntó estupefacta.

A Sofía se le encogió el estómago. Examinó el horizonte por el cristal trasero. No había nada ni nadie en la carretera.

—¡Así que es eso! —Hugo golpeó el volante repetidas veces—. ¡¿Qué demonios ha pasado en el pueblo?!

—¡Para el coche! Ya estamos lo suficientemente lejos —le ordenó Oriol sin más explicaciones—. Nos encargaremos de él y nos iremos a casa.

—No voy a parar hasta que me digas qué está pasando.

—Es culpa mía —intervino Sofía—. He sido yo la que ha atraído al espíritu. Oriol solo intentaba que nos alejásemos del pueblo.

Hugo dio un brusco frenazo y, sin mediar palabra, bajó del vehículo con cara de pocos amigos. Oriol lo siguió. Sofía buscó auxilio en el rostro de la vidente; esperaba que esta le diese algún tipo de indicación. Iris la tranquilizó cogiéndole la mano.

—Pase lo que pase, no te separes de mí.

Ambas se situaron al lado de los cazadores. Se armaban con escopetas, cinturones de munición, cuchillos y unas extrañas bolas metálicas.

—Iris, ¿en cuánto lo tendremos encima? —le preguntó Hugo, ansioso.

—¡En menos de un minuto!

—¡Démosle una buena paliza!

7

Simbolo

Los dos muchachos, con semblante aguerrido, se colocaron en primera línea de combate. Iris, a escasos centímetros por detrás de ellos, blandía una daga con una destreza pasmosa. Entretanto, Sofía buscaba algo con lo que pudiera defenderse, aunque la realidad era que no tenía ni la más remota idea sobre cómo manejar un arma. Revolvió entre las sacas y encontró un espray. Ignoraba si le sería de utilidad, pero al menos la hacía sentir más segura. Con un poco de suerte, deseó que el bote contuviese algún tipo de repelente contra espíritus.

Examinó el terreno con una creciente agitación. La estampa le resultaba de lo más absurda: el *jeep* atravesado en medio de la carretera, dos cazadores y una vidente preparados para el ataque de un ser invisible para el resto, y ella, una chica corriente que hacía apenas unas semanas se había despedido de sus compañeros para continuar su periplo en la universidad, trataba ahora de defenderse de un espíritu con un bote de pintura roja en una carretera perdida de a saber qué pueblo del interior.

Se permitió observar el cielo, que tan vasto como cristalino los acompañaba en la interminable espera. El sol se afanaba en calentar unos árboles secos que clamaban lluvia desesperados, y las hojas secas brillaban aturdidas por unos rayos gualdos que insistían en arroparlas. Volvió a comprobar la carretera. Nada. Entonces, dirigió la mirada hacia la parte delantera del vehículo y descubrió acongojada una nube gris que había aparecido de improviso sobre el asfalto. Comenzaba poco a poco a retorcerse, a tomar forma, como si se hubiera roto el cascarón que la contenía y se desperezase en su interior, agitada. Y ahí lo vio. El hombre del supermercado emergía glorioso de la espeluznante neblina. No era corpóreo. Fluctuaba. En ese momento, pensó que para qué servirían unas balas y un cuchillo; no podían ejecutar a alguien que ya estaba muerto.

—Chicos, está aquí delante —les anunció con voz temblorosa.

—¡Mierda! —Hugo avanzó hacia la parte delantera, deslizándose sobre el capó.

—¡Quédate aquí!

La orden de Oriol resonó en la atmósfera como un anhelado alivio para ella. Él corrió tras su hermano mientras Iris retrocedía

acercándose a su posición. Incluso desde la distancia, pudo distinguir el impávido rostro del espíritu. Sus ojos eran profundos y cóncavos, en los que era imposible imaginar que una vez estuvieron llenos de vida, mientras que en sus labios amoratados se dibujaba una pérfida sonrisa. Los cazadores comenzaron a disparar, y ella, perpleja, pudo constatar que no había balas en sus escopetas. Todavía estupefacta, observó cómo decenas de esferas metálicas impactaban contra el ente, abriéndose en ese momento como si se tratara de esplendorosas flores en primavera y desparramando una especie de granos blancos sobre él. ¿Qué demonios era eso? Achicó los ojos, curiosa, y de repente distinguió la lluvia blanca que caía inocua sobre el asfalto. ¡Las esferas estaban llenas de sal! ¿Cómo podía ser eso posible? ¿Sal? ¿Es que ese condimento ordinario utilizado para sazonar alimentos era en realidad una herramienta infalible contra monstruos? Fijó de nuevo la atención sobre el carroñero, quien se desplazaba a gran velocidad, esquivando las bolas con facilidad.

—¡Debe ser un espíritu muy antiguo! —gritó Oriol—. Ha tenido muchos siglos para aprender.

—¿Aprender qué? —preguntó con la habitual impaciencia de los novatos al verse desbordados por un insólito cometido.

De repente, escuchó una voz siseante dentro de su cabeza. Sonaba como un taladro perforando un muro compacto:

—No puedes huir de mí. Eres mía.

Paralizada, alzó la barbilla y clavó su intensa mirada en él, logrando atravesar sus pupilas y escudriñar así en su interior. Estaba oscuro, no había brillo ni esperanza. Era una profunda negrura que la hacía ahondar más en su vacío. Todo apestaba a muerte.

—¡Sofía, resiste! ¡Intenta manipularte!

Escuchaba la voz de Iris como un leve susurro en la lejanía, el cual no podía alcanzar porque ella no se encontraba allí, sino perdida en las imágenes de desolación y hastío que le transmitía el carroñero.

—¡Chicos, el carroñero se ha metido en la mente de Sofía!

—¡Mierda! —soltó Oriol sin volver la vista atrás. Mantenía la mirada clavada en los movimientos del espíritu—. ¡Intenta que salga del trance!

—¡No consigo un buen blanco! —maldijo Hugo—. ¡Te juro que voy a freírte y enviarte de una vez por todas al jodido purgatorio! —lo amenazó con rabia.

Iris tomó la mano de Sofía e intentó desesperada introducirse en sus pensamientos. Las voces de los espíritus eran audibles para ella como las de cualquier ser vivo. Era capaz de interceptarlas, pero muy pocas veces había logrado detenerlas. Así que lo único a lo que podía apelar era que la joven se apartara del carroñero y la escuchara a ella. Cerró los ojos e intentó canalizar toda su energía en las frases que

surgían de su mente, tratando así de conectar con ella:

—*Sofía, soy Iris. Estoy aquí, a tu lado. Concéntrate en mi voz y no en la de él. Quiere destruirte… Escucha mi voz, Sofía.*

Pero ella había caído en un mar negro y espeso. Luchaba por no ahogarse e intentaba mantenerse a flote. La risa burlona del espíritu resonaba en cada átomo de su cuerpo y la hundía poco a poco en un océano ilusorio. A pesar de que se encontraba extenuada, no desistía. No quería morir en un recóndito lugar a manos de un ser que prácticamente nadie podía ver. Pero, de pronto, sus piernas dejaron de moverse y su boca ya no escupía el agua que tragaba. Le dolían los músculos, como si todos los nervios de su cuerpo hubieran decidido activarse a la vez. Era una tortura insoportable. Ya apenas le quedaba aliento. El ritmo de su corazón se enlentecía a cada latido que daba. Y abandonó la lucha.

—*Fui pirata* —escuchaba—, *navegué por estos mares que hice míos. Ningún barco se me resistió. Ningún puerto pudo esquivar mis cañones. Ven y navega conmigo.*

Sofía se hundía en el lóbrego océano carente de vida. No había peces ni algas, ni siquiera la luz intermitente de un faro que le indicara que se encontraba a pocos kilómetros de tierra, donde pescadores y marineros realizaban sus faenas. De improviso, atisbó el osado resplandor de una pequeña candela. Había alguien más con ella. Se atrevió a seguirla con la esperanza de hallar una abertura que la apartara de esa pesadilla sombría. Entonces, distinguió con cierto alivio a la mujer de largos cabellos rubios que la había advertido en el hotel de la presencia de la niebla. Poseía una incandescencia tan deslumbrante que tuvo que entornar los párpados para no ser cegada por ella.

—*Eres una guerrera, lo llevas en la sangre* —le susurraba.

Cientos de símbolos comenzaron a perfilarse en su mente. Eran tan fugaces que apenas contaba con un segundo para admirarlos. Se desplegaban ante ella como un abanico colorido, mostrándole su auténtico esplendor. Ignoraba qué estaba sucediendo, pero cada vez se sentía más fuerte, hinchada de un vigor insólito que la empujaba a sobrevivir, a combatir hasta el final. Y por fin, bruscamente, abrió los ojos.

Iris percibió sobresaltada el fulgor de una chispa en la palma de su mano. Pronto, la corriente fue tan fuerte que la vidente salió despedida varios metros hacia atrás. Sofía estaba envuelta en un halo de energía inaudita. Avanzó hacia la parte delantera del vehículo y se centró en los cazadores. Estos descargaban una y otra vez sal sobre el carroñero, sin mucho éxito. El hombre gris desaparecía antes de que alguna de las extrañas bolas lograse impactar sobre él. Fluctuaba a gran velocidad, de aquí para allá, evitando ser golpeado. Hugo extrajo

una navaja con una hoja repleta de dientes afilados, pero si quería utilizarla, era consciente de que debía acercarse mucho más al espíritu. Oriol, con un gesto cómplice, asintió repetidas veces. Se dispuso a cubrir a su hermano.

—¡Estúpido carroñero! —Oriol se plantó ante él, desafiante—. ¡Vas a tener que enseñarnos un truquito mejor! ¡Está ya muy pasado el «Ahora me ves, ahora no»! ¡Ya es hora de que luches!

Consiguió atraer la atención del espíritu, que ahora enfocaba con saña sus dos guijarros negros sobre él. Oriol percibió cómo estos se dilataban hasta dibujarse en ellos dos intensas lenguas de fuego. El carroñero permanecía estático, apuntándolo con su mirada despiadada. Pero a él no lograría intimidarlo. Había eliminado a muchos de su especie, a esos que se dedicaban a vagar por el mundo alimentándose de los seres humanos. Con el paso del tiempo, había comprendido que esa clase de espíritus eran más frecuentes de lo que pensaba y que era imposible erradicarlos de la Tierra. ¡Al menos no a todos! Pero a este lo tenía ahora a tiro y no iba a desaprovechar esa oportunidad.

Con la escopeta en posición, se dispuso a disparar. Quiso apretar el gatillo, pero algo se lo impidió. De repente, cayó en la cuenta de que tenía los brazos paralizados. Con el ceño fruncido y los labios apretados, hacía esfuerzos en vano por recobrar el control, pero inexplicablemente el ente lo había inmovilizado. Ni siquiera lograba bajar el arma, lo mantenía encañonado sin poder descargar la munición. Entonces, advirtió un calor repentino en las manos; era abrasador. Sus dedos comenzaban a enrojecerse, le ardían, y no podía hacer nada para evitarlo. Se estaba quemando. Gritó de dolor. La temperatura de la escopeta se había elevado hasta sentir cómo hervía entre sus manos.

El espíritu sonreía maliciosamente. La soberbia era uno de los pecados más comunes de los carroñeros, pero también su punto débil. Hugo avanzaba con sigilo hacia él, empuñando la navaja ungida en santos óleos, cuando escuchó el quejido descomunal de su hermano. Había llegado el momento de actuar. Se acercó por detrás y laceró al espíritu de derecha a izquierda. Este desapareció al instante, profiriendo un alarido atronador.

Sofía luchaba por recobrar el aliento y dominar la descomunal energía que se había apoderado de ella. El espíritu había intentado arrastrarla a su oscuridad, pero había logrado escapar. Y ahora percibía el florecimiento de un arrebatador impulso que nacía de sus vísceras y se propagaba con premura por todas las venas de su cuerpo. Tenía que hacer algo, y ya. Por fin, avanzó determinante y alcanzó la posición de los cazadores.

—¡Sofía, ¿qué estás haciendo?! ¡Vuelve con Iris! —Oriol había

caído al suelo y hacía grandes esfuerzos por incorporarse. Tenía las manos repletas de llagas, y evitaba apoyarlas sobre el asfalto—. Todavía no se ha ido… Hugo solo lo ha herido. ¡Volverá con más fuerza!

Ella ignoró las advertencias del cazador y examinó el pavimento con detalle. Las líneas continuas de la carretera se tornaron difusas; bailaban entrelazándose como inciertos espejismos para engañarla, para confundir su mente. Pero era consciente de que todo era producto de su cerebro, el cual la instaba a hallar la solución. Entonces, asió el bote de espray y comenzó a dibujar un círculo rojo. Furioso, Hugo llegó hasta ella.

—Pero ¡¿qué demonios haces?! ¡¿Estás loca?! ¡Oriol tiene razón! ¡Lárgate de aquí! ¡Ese carroñero se mueve muy rápido!

—¡Estoy construyendo una trampa! —afirmó enérgica, como si se encontrara en una especie de trance que solo ella conocía.

Hugo reparó en sus ojos casi transparentes. Eran de un azul glacial, capaces de sumergirte en un crudo invierno. Atónito, contempló entonces el triángulo invertido que dibujaba en el centro del círculo y que posteriormente atravesó con una línea vertical y otra horizontal. A continuación, pintó cuatro puntos voluminosos en los segmentos fragmentados por las líneas. Hugo había ojeado ese ancestral círculo en los libros antiguos de la biblioteca. Su significado se había perdido con el tiempo y también su uso. ¿Cómo es que ella lo conocía?

—¡¿Qué es eso?! —Oriol había llegado hasta ellos y examinaba estupefacto el inquietante dibujo.

—¡Corre y coge tu arma! —le ordenó Hugo—. ¡Ya!

Sofía se retiró de inmediato y observó cómo los cazadores volvían a armarse. Oriol lo hacía a pesar de las heridas que cubrían sus manos. Entonces, sobre el círculo comenzó a aparecer de nuevo el espíritu. Al principio no era más que una bruma insustancial, pero después se transformó en el ente malvado que ansiaba poseerla. En el momento en el que completó su forma fantasmal, cayó en la cuenta de que estaba atrapado. El círculo que ella había pintado era una antigua prisión que brujas ancestrales habían ideado para capturar espíritus errantes. Colérico, se contorsionaba con brusquedad buscando una salida. Y ese fue el instante que aprovecharon los dos cazadores para descargar decenas de esferas de sal sobre él. El espíritu se retorcía desesperado mientras todos contemplaban impávidos cómo tras una larga lucha estallaba finalmente en miles de fragmentos oscuros.

—¿Está muerto? —preguntó ella con cierto alivio.

—No se puede matar lo que ya está muerto —le contestó Oriol, conteniendo una mueca de dolor—, pero lo hemos mandado muy lejos de aquí, y espero que se pudra donde quiera que esté.

Iris se aproximó acusando una ligera cojera. Había recibido un

fuerte golpe en la cadera al caer sobre el asfalto.

—¿Podemos irnos ya? Creo que tengo que pasar por la enfermería.

Todos excepto Hugo se dirigieron al *jeep*. Él se entretuvo creando garabatos sin sentido sobre el círculo. Era uno de los deberes de un cazador: borrar toda huella de lucha sobrenatural. Contrariado, subió al vehículo y observó de reojo a su hermano mientras arrancaba.

—Conque no pasaba nada… —le espetó, visiblemente irritado—. La próxima vez que te pregunte, espero que no olvides decirme que… ¡un estúpido carroñero nos persigue!

8

Demonio

Nada más pisar el monasterio, tanto Iris como Oriol se escabulleron para acudir directamente a la enfermería. Sofía no pudo evitar sentirse culpable. Había atraído a un espíritu oscuro hasta ellos, y ahora, sus inesperados amigos sufrían las consecuencias de su mal criterio. Caminaba sola, alrededor del ruinoso muro trasero infestado de numerosas enredaderas que trepaban voluntariosas hasta alcanzar el aire y así conseguir su fatídica libertad. Admiraba la belleza de aquella gloriosa construcción. El edificio se alzaba todavía imponente en las cercanías de un arroyo con un respeto sagrado, casi sobrecogedor, hacia la madre naturaleza. Más allá, cruzando el puente, un coqueto molino blanco con aspas rojizas rompía la monótona estampa dorada otorgándoles un aspecto juvenil a las exuberantes colinas. Se distraía dándole puntapiés a una insignificante piedra, como si así pudiera extinguir la llama viva de un acusado remordimiento el cual le recordaba constantemente que, desde el momento en el que atravesó el umbral de aquel castillo endiablado, todos los que se acercaban a ella terminaban malheridos.

Hastiada del aire puro que parecía concentrarse a su alrededor, cruzó un pequeño huerto y se dirigió a la entrada. Alzó la vista y contempló las infinitas ventanas estrechas del templo. ¿A cuántos viajeros había cobijado en sus austeras estancias? ¿Y cuántos habrían encontrado el sosiego que anhelaban? Resignada, suspiró. Ahora, ella era una de esos extraños visitantes en busca de refugio.

Arrugó el rostro al divisar en una de las vidrieras a Rafael. Él la observaba sin ocultar su preocupación, y al comprobar que ella reparaba en su indiscreta mirada, se retiró de la ventana sin más. Sofía exhaló un profundo suspiro y entró sin dilación, esquivando a todos los presentes, quienes cuchicheaban con descaro a su paso. Se tumbó en la cama y entornó los párpados. Allí no era más que una forastera, no encajaba en ese grupo tan dispar, a pesar de que todos se encontraban allí por la misma razón: se ocultaban de la sombra. La llamaban «la bruja de hielo». En ese momento, se sentía como el imparable iceberg que había irrumpido en sus vidas amenazando su flamante barco. Quería evadirse de toda esa locura, despertar de la pesadilla que la torturaba.

Cuando por fin su mente parecía ceder al cansancio, Iris asaltó su habitación como un flemático corsario.

—¿Estás durmiendo? —Acercó la silla hasta la cama y se sentó a horcajadas, apoyando los brazos en el respaldo—. Quería comprobar cómo estabas. Quitando las ojeras, te veo bastante bien.

—Estoy teniendo unas vacaciones infernales —confesó riendo—. Si llego a saber esto, me quedo en casa. —Se incorporó mientras aprisionaba el labio inferior entre los dientes—. ¿Cómo está la cadera?

—¡Mejor! Me han dado un ungüento que apesta a menta, y en un par de días podré correr, saltar y perseguir a sombras.

—Siento lo del carroñero, no tenía ni idea…

—Lo hecho, hecho está —afirmó con desparpajo—. Los remordimientos no son buenos en este oficio. Cuanto antes te lo metas en la cabeza, antes te sentirás mejor. —Iris sopló su flequillo y lo apartó de sus ojos—. ¿Qué fue lo que te sacó del trance? Sé que no fui yo, y mira que estuve intentándolo. Pero sentí que había alguien más en tu cabeza. Pude escuchar su voz. Era suave, melodiosa… ¿Tienes idea de quién podría ser?

—La había visto en sueños en el hotel. Sé que puede sonarte a locura… —Se perdió en sus propias reflexiones—. Creo que se trata de mi madre.

—¿Tu madre biológica? —Iris dio un respingo—. ¿Cómo puede ser? ¿Crees que está protegiéndote desde el más allá o algo así?

—No lo sé. Tú eres la vidente experta. ¿Puede ser eso posible?

Sofía examinó con detenimiento a la chica de los reflejos azules. Quizá ella pudiera resolverle algunas dudas. Todo era tan confuso: la visión de aquellos símbolos extraños, la aparición de la mujer de largos cabellos rubios en los momentos más delicados y su dibujo casi automático del círculo, sin tener conocimiento previo de brujería. Esperaba que Iris pudiera ayudarla a comprender mejor ese ovillo de lana enrevesado.

—Bueno, no es una idea tan descabellada —soltó finalmente la vidente—. Todos tenemos ángeles guardianes que de alguna manera velan por nosotros. Dicen que las personas con luz cuentan con una protección mayor. Es lo lógico, ya que nos exponemos más que el resto. —Hizo una pausa mientras fruncía el ceño—. Pero… hay algo ahí fuera que nos está eliminando uno a uno. Así que a veces me cuestiono la existencia de esos guardianes.

La constante chispa de su mirada se apagó unos segundos. Ella no conocía otra vida que no fuera la lucha. Debía haber visto a muchas personas morir a manos de entes siniestros mientras el mundo seguía girando, rotando sobre sí mismo, desconociendo su existencia. Las personas se levantaban a diario para ir a trabajar y cumplir su fastidiosa rutina, ignorando que existían otras que se arriesgaban

todos los días por ellas.

—¿Puedo preguntarte algo? —Sofía esperó a que asintiera—. ¿Qué diferencia hay entre un espíritu oscuro y una sombra?

—Es muy simple —le contestó resuelta—. Un espíritu es el alma de alguien que fue humano. Es oscuro porque se dedicaba a hacer el mal en vida, y continúa haciéndolo después de muerto, no consiguen elevarse como el resto. Pero una sombra… nunca fue un ser humano. Es invocada y manipulada por alguien. Puede que se trate de un demonio o que pertenezca a otro plano de existencia. —Soltó una carcajada al descubrir el rostro de espanto de Sofía—. No te agobies, Harry irá instruyéndote. No pretendas saberlo todo en un día. Nadie nace aprendido, eso decía mi abuela.

Sofía lanzó un resoplido. Aquello iba a ser más duro de lo que pensaba. También tendría que asistir a clase y empaparse de historia sobrenatural, probablemente de algún tratado de filosofía y, por último, alguno sobre conjuración y clasificación de seres horrendos. Contempló el triste ocaso a través de la ventana. Apenas vislumbraba las líneas naranjadas sobre el horizonte. Se volvió hacia Iris con inquietud.

—¿Están los chicos muy enfadados?

—Hugo se pasa la mayor parte del tiempo irritado —le dijo, restándole importancia—, y Oriol no es rencoroso. No te preocupes por ellos.

Reconfortada, suspiró al ver la amplia sonrisa que ella le dedicaba. Era lo más parecido a una amiga que había podido encontrar en ese recóndito lugar. Pensó entonces en Oriol. Él le había reprochado su conducta en el pueblo, y ella, sin comprender la situación a la que se enfrentaban, había discutido con él. Al final, el cazador le había ocultado su metedura de pata a su hermano hasta que fue inevitable. Y, para colmo, ahora estaba herido.

—¿Y cómo está Oriol? ¿Son graves las quemaduras? —Sofía percibió cómo se le quebraba la voz al preguntar por él.

—No tiene nada grave, le han vendado las manos y ya está. Oriol es fuerte. Y, créeme, se cura más rápido de lo que puedas imaginar. —Iris detectó que ella se sonrojaba, e inspeccionó con desvergüenza sus pupilas. Entonces, se incorporó de un salto—. ¡Te gusta Oriol!

Sofía enmudeció, azorada. No podía negar que hubiese experimentado cierta atracción por el cazador. Pero ¿gustarle? ¡No, no, eso no podía ser!

—No intentes negarlo. Recuerda que soy vidente —le dijo riendo.

Ella ni siquiera había abierto la boca, no se atrevía a hablar. Se limitaba a observar las continuas y expresivas muecas en el rostro de Iris.

—Pero siento ser yo la que te dé la mala noticia… —continuó con

cierta benevolencia—. Todo bicho viviente se siente atraído por Oriol: mujeres, hombres, ancianas, gatos, perros… ¡Todo bicho! ¡Incluso yo misma estuve coladita por sus huesos! ¡Es normal!

La perplejidad de Sofía se evidenciaba en cada poro de su piel. Iris se dejó caer a su lado y la rodeó con el brazo mientras le regalaba una sonrisa cómplice.

—Oriol es mitad íncubo. —Lanzó un suspiro enamoradizo que la desconcertó aún más.

—¿Mitad qué? —Sofía, todavía atónita, no llegaba a entender la jerga de los cazadores.

—¡Íncubo! Es un demonio con una energía sexual desbordante. Desprende feromonas por donde quiera que pasa —relató como si estuviera impartiendo una clase de Biología—, atrayendo hasta a los animales.

—¡¿Me estás tomando el pelo?! —Abrió los ojos de par en par, esperando una explicación coherente a todo aquello.

—No es una broma —continuó muy seria—. Oriol es medio demonio. Su madre era un súcubo. Es una larga historia, y no querrás que te cuente todos los detalles, pero, en resumen, se trata de una entidad demoníaca que toma la forma de una mujer de extrema belleza y gran sensualidad. Así que entenderás cómo atrajo fácilmente a Rafael. Les encanta seducir a hombres, y mucho mejor si se trata de monjes o cazadores. —Hizo una pausa para comprobar si Sofía la seguía. Sin embargo, ella se limitaba a asentir embobada—. Pero se quedó embarazada y…, bueno, no sé cómo fue exactamente… Pero no quería hacerle daño al niño ni que los suyos se lo hicieran, y como tenía una apariencia humana de lo más normal, se lo entregó a Rafael. Las malas lenguas dicen que ella fue ejecutada luego por alta traición, pero ¡vete tú a saber!

—¿Cómo Rafael pudo…? ¡Con un demonio! No me lo puedo creer… No tenía ni idea de que los demonios pudiesen engendrar —dijo asqueada—. ¿Y cómo puede ser un cazador mitad demonio? Y si es medio demonio, ¿cómo puedes fiarte de él? —Sofía se quedaba sin aire.

—Controla bastante bien su parte demoníaca…, si te refieres a eso. —Iris se recostó sobre la cama mientras Sofía recorría la estancia sin ningún rumbo decidido, intentando asimilar la información—. Tiene un sexto sentido con los demonios. ¡Los huele a kilómetros! Es muy ágil y fuerte, pero lo de las feromonas lo lleva fatal. Cada vez que pone un pie en el pueblo, se acercan a él hasta las abuelitas. ¡Eso no lo puede remediar!

Se detuvo en seco, recordando el incidente con la pelirroja de la tienda. Había sido muy efusiva. Incluso llegó a pensar que existía algún tipo de relación entre los dos. Sin embargo, ahora ya no estaba

tan segura. Puede que se tratase simplemente de una reacción natural ante esas extrañas feromonas de las que Iris hablaba. Mientras reflexionaba con el ceño fruncido, se colocó un mechón claro tras la oreja. Iris la observaba divertida. Tenía tantas cosas que aprender de su nuevo mundo…

—Aquí estamos acostumbrados, y su encanto no tiene efectos sobre nosotros — continuó, tratando de quitarle hierro al asunto—. Pero tú acabas de llegar… Y ¡zas!… ¿No me digas que no has sentido ese ardiente deseo en tu pecho? ¡Ah, venga! ¡Hasta mi madre llegó a sentirlo!

—No, yo no… —Agobiada, percibió que hasta las orejas se le habían enrojecido—. No he sentido nada de eso…

—¡Por favor! ¡Incluso mi madre me cuenta que hubo un período en el que no se lo quitaba de la cabeza! —le confesó, chasqueando la lengua—. ¡Es igual! ¡No importa si tú también sientes ese arrebato! Pero te daré un consejo: si él se da cuenta de que ha conseguido hechizar a la bruja, empezará a esquivarte. No quiere problemas con la gente del monasterio, ¿entiendes? Prefiere pasar desapercibido y dedicarse a eliminar monstruos… ¡Venga, cámbiate! Hoy vas a cenar en el comedor con todos.

Desesperada, rebuscó en la maleta y, con una mueca de desagrado, observó las prendas que contenía: vestidos, sandalias, unos *leggins* y un único pantalón vaquero con un par de camisetas. Ella se había preparado para pasar la estancia en un castillo lujoso, no para un refugio sin la mitad de las comodidades del hotel. Tras un suspiro de resignación, se decidió al final por un vestido estival con estampados en verde. Iris le echó un vistazo a la maleta, arqueó las cejas, pasmada, y no pudo evitar sonreír. Sujetó por el brazo a su nueva amiga y juntas bajaron al comedor.

Al entrar en la sala, Sofía descubrió una alargada estancia repleta de gente comiendo sobre dos enormes mesas de madera. Parecía el típico comedor de los campamentos. Iris la condujo a través del bullicio hasta llegar a varias sillas que todavía permanecían vacías y tomaron asiento frente a Hugo. Él no disimuló su malestar al ver a Sofía, gruñendo para sus adentros. Iris se levantó casi de inmediato y se dirigió a la cola, donde una mujer rolliza se encargaba de servir las raciones.

Sofía suspiró incómoda. Debía acostumbrarse a ese nuevo estilo de vida, austero y militar, y también a las continuas miradas de todos, quienes se permitían juzgarla sin ningún tipo de reparo. El único que la ignoraba era Hugo, que se limitaba a comer y a hacer algún comentario jocoso con el hombre sentado a su derecha. Entonces, una niña con una larga trenza morena se acercó corriendo y se lanzó a los brazos de él. Era la primera vez que veía sonreír al cazador. Hugo la

sentó sobre su regazo mientras besaba sus mejillas.

—Hola, soy Ariadna, la hermana de Hugo. Tú eres la nueva —se presentó con un rostro sonriente—. Eres muy guapa para ser una bruja.

—Oh, gracias. ¿Y cómo suelen ser las brujas? —le preguntó con aire infantil.

—Está siendo amable, que no se te suba la cabeza —intervino Hugo con tono agrio.

Antes de que Ariadna pudiera contestar, apareció Oriol sujetando una bandeja entre sus manos vendadas. Se sentó junto a Sofía mientras saludaba a la pequeña. Esta empezó a narrar cómo había transcurrido su día, y Sofía se sorprendió al descubrir que la niña estaba aprendiendo a usar el arco. También era una cazadora, y ya empezaban a adiestrarla en el combate. Permanecía atenta al relato de la pequeña, pero poco a poco una serie de pensamientos comenzaron a turbarla. Oriol, el chico de la espalda ancha y abdominales marcados, era mitad demonio. No había visto garras en sus manos ni pelo abundante en su torso. ¡No, no debía pensar en su pecho ni su espalda! Él podría olerla o algo parecido. Debía mantener el talante y limitarse a sonreír.

Intentó concentrarse de nuevo en el discurso de la niña. La profesora la había elogiado por su puntería y Hugo sonreía satisfecho. Sin poder evitarlo, de reojo, observó de nuevo a Oriol. El halo amarillo que rodeaba sus pupilas se agrandó. Había fuego tras ellos, puede incluso que fuera pasión. ¡No, no, ni hablar de pasión! Se revolvió en la silla y desvió la atención a su cabello lacio y suave. La verdad era que el cazador podía presumir de unas facciones casi simétricas, como la de los dioses griegos. Se ruborizó. «¡Dios mío, es verdad! ¡Su energía demoníaca me está influyendo!». Tragó saliva. No podía permitir que él se diera cuenta de su análisis anatómico. Decidió entonces concentrarse en Hugo, así no llamaría la atención de Oriol. Las manos comenzaban a sudarle. Las frotó, alejando cualquier signo de debilidad, y a continuación las escondió bajo el mantel.

—¿Qué haces? —Hugo la sacó de su ensimismamiento—. ¿Me estás haciendo mal de ojo o algo parecido? ¡No paras de mirarme, tía!

Ella quiso que en ese momento se abriera un enorme hueco a sus pies y la tragara de inmediato, pero un alboroto en el pasillo la salvó de una bochornosa explicación. Hugo dejó a su hermana en el suelo y corrió hacia la entrada sin mediar palabra. Oriol, junto con otros cazadores, lo siguieron. Iris se aproximó con pasos agigantados y cogió en brazos a Ariadna. Se había formado un tumulto en el pasillo.

—¿Qué ha pasado? —Sofía se había incorporado ante el revuelo.

—No lo sé. Pero no nos están atacando, de eso estoy segura —afirmó con convicción—. El monasterio está resguardado con un

fuerte conjuro de protección, y los pocos videntes que vivimos aquí nos habríamos dado cuenta si hubieran caído las barreras.

Excepto dos ancianas, el resto había abandonado su lugar en la mesa. Tampoco la cocinera había dejado su puesto. Permanecía rígida junto a sus calderos mientras de puntillas vigilaba el tumulto. Por fin, Sofía divisó a Edith, quien se acercaba a ellas con paso veloz.

—La sombra ha vuelto a atacar —dijo afectada—. Enrique, el hermano de León, ha muerto… Acaba de llamarnos su mujer desde Zaragoza.

9

Pureza

Los días posteriores al suceso fueron un auténtico caos en el monasterio. Poco a poco, llegaba nueva información sobre la muerte de Enrique —con cuentagotas, podría decirse—, y eso debilitaba aún más el ánimo de la comunidad allí instalada. León continuaba muy afectado y reclamaba a cada momento venganza. Se lamentaba de no haber sido más convincente y de que su hermano finalmente hubiera decidido no abandonar la ciudad y unirse a la congregación del improvisado refugio. Él había insistido en que no debía exponer a su familia de esa manera y que en cualquier momento podrían ser atacados por la sombra. ¡Los peores augurios del cazador se habían cumplido!

Aquella noche, mientras cenaba junto a su mujer y sus dos hijas, el ente oscuro había hecho aparición en su casa. Enrique no tuvo tiempo de armarse y murió casi al instante a pesar de ser un cazador aguerrido y experimentado. Pero lo que más extrañaba a todos era que la sombra apenas se había ensañado con el resto de la familia.

—Quiero saber dónde están mis padres. —Con los brazos en jarra, Sofía mantenía el ceño fruncido y una postura desafiante.

Había irrumpido en la biblioteca, dispuesta a obtener respuestas. Después del asesinato del hermano de León, se preguntaba constantemente si su familia se encontraría a salvo o si, por el contrario, también estaba expuesta al ataque del ser demoníaco. Le dirigió una mirada intimidatoria a Rafael, quien conversaba animosamente con Harry, y se plantó frente a ellos.

—El hermano de León ha muerto —continuó—. Esa sombra lo ha asesinado. Mis padres pueden estar en peligro. No paras de repetir que aquí estamos a salvo. Entonces, ¿por qué no puede venir mi familia?

—Sofía, tu familia no corre peligro —le contestó con aire condescendiente—. Puedes estar tranquila. No los quiere a ellos… Te quiere a ti.

—Pero ¡atacó a mi padre en el hotel! ¡Y nos persiguió! ¡Y casi nos mata a todos en el coche! —le espetó, reprimiendo sus enormes ganas de llorar—. ¡¿Dónde está mi familia?! ¡¿Cómo sé que están a salvo?!

El cazador buscó la aprobación del brujo, y este asintió con un ligero movimiento de la barbilla. Tras un prolongado suspiro, Rafael

la invitó a sentarse y ella aceptó de mal agrado.

—Tus padres están bien… Yo mismo fui a visitarlos al hospital —le confesó al fin.

Ella abrió los ojos de par en par mientras decenas de preguntas se agolpaban en su mente. Sin embargo, permaneció en silencio, sin poder articular palabra alguna. Rafael se adelantó a sus pensamientos:

—Tu madre sufre múltiples traumatismos. Iban a operarla cuando llegué, pero su vida no corre peligro. Tu hermano está bien. Tiene algunas contusiones y costillas rotas. Estaba en observación.

—¿Y mi padre? —El corazón le latía desbocado, como si quisiera abandonar su cuerpo y perderse en una isla desierta, lejos del sufrimiento y del sentimiento de culpabilidad que le ocasionaban conocer la verdad.

—Tu padre tenía los ojos vendados. Cuando sus gafas reventaron, algunos de los cristales le entraron en los ojos. Pero está bien.

Aliviada, suspiró al conocer que todos habían sobrevivido. Pero un creciente nerviosismo la incitaba a ir a verlos, a correr al hospital y abrazarlos. La necesitaban, y ella también a ellos.

—Hablé con tu padre —prosiguió Rafael al constatar su ansiedad —. Quería poner una denuncia por tu desaparición. Los bomberos no te encontraron en el coche e hicieron una batida por los alrededores. Estaba muy preocupado. Por eso me presenté ante él y le dije que estabas con nosotros. El padre Carlos me acompañó.

—¡¿Y ya está?! ¡¿Y se quedó tranquilo?! ¡¿Y me dejó aquí, sin más?! —Se incorporó de un salto mientras se frotaba la frente con la palma de la mano, como si así pudiera aliviar la agobiante pesadez de su cabeza.

—¡Claro que no! —Se acercó a ella y apoyó la mano en su brazo—. Pero tu padre empezó a contarles una loca historia de una sombra a los policías. Los médicos pensaban que había sufrido algún tipo de enajenación mental a causa del accidente. Nadie lo creía. Ellos seguían la pista de un segundo vehículo involucrado que supuestamente se había dado a la fuga. Pensaban que tu padre desvariaba.

—Y llegaste tú… —musitó.

—Sofía, tus padres te quieren —le dijo con una sonrisa contenida —. Y si estás con ellos, no van a dudar en protegerte con su vida, pero ahora no están en condiciones de luchar contra una sombra. Necesitan recuperarse. Si vuelves con ellos, la sombra no dudará en matarlos para llegar hasta ti.

No pudo contener más las lágrimas, que comenzaron a asomar de sus ojos añiles como las espinas escondidas tras las rosas. Rafael tenía razón. Mientras ese ente desconocido continuara actuando con total libertad, su familia estaría en peligro. Y eso significaba que debía permanecer en aquel monasterio, lejos de ellos, sin poder ayudarlos,

sin poder abrazarlos. Apretó los labios, disgustada, y enjugó su llanto para evitar que dos extraños observasen su fragilidad.

En esos días, Sofía comenzó su adiestramiento mientras todos peinaban a diario la zona en busca de señales paranormales que los llevaran hasta la sombra. Ella le mostraba a Harry uno por uno los símbolos que habían asaltado su mente cuando se habían enfrentado al carroñero. El brujo no reprimía su entusiasmo al verificar que ella había logrado retener en su memoria una cincuentena de ellos. Él le hacía pasar horas sumergida entre libros viejos, señalando los incomprensibles garabatos que llegaba a reconocer, y después se los hacía estudiar sin compasión, tanto su significado como su uso. Aun así, el bibliotecario inglés fue incapaz de localizar una decena de esos símbolos en sus antiguos ejemplares, y eso lo desconcertaba. ¿Quién le había suministrado la información a la joven? ¿Su madre? ¿Y dónde estaba ahora?

Para ello, contaba con la ayuda de Edith, quien intentaba sustraer toda la información guardada en su subconsciente. Había un enorme potencial en ella, podía percibirlo. Su energía era arrolladora, casi demencial, pero se encontraba en estado bruto, y debía aprender a canalizarla. Así, entre los dos y de una manera orgánica, estaban consiguiendo que realizara grandes progresos.

Un día después de su habitual meditación con la vidente, esta la retó a orientar su caudal de energía hacia el pomo de la puerta de la biblioteca. Debía abrirla sin tocarla. Sofía se colocó a dos metros de distancia. Primero cerró los ojos para impregnarse de ese flujo constante que emergía de su interior, y después estiró el brazo derecho, abriendo la mano para que sus dedos enfocaran el objetivo. Transcurrió un minuto y apretó aún más los ojos, luego dos, y arrugó el rostro empujando con fuerza. Al llegar al minuto tres, bajó la mano con mucha frustración. No era capaz. Era una bruja torpe, nada más.

—No te rindas tan fácilmente —la animó Edith—. Tienes que conocer primero tu ser y luego tu don. Ambos han estado ocultos durante diecisiete años y tienen que despertar… Pero dales su tiempo.

Se mordió el labio con insistencia y, profiriendo un resoplido repleto de enojo, volvió a alzar el brazo. Se situó de nuevo ante la puerta, dejando una abertura adecuada entre sus piernas, y se impregnó del aire viejo que rezumaba la biblioteca. Percibía el aroma de cientos de libros usados, y se envolvió de la misteriosa atmósfera que los rodeaba. Había magia en ellos, exquisitez, poder y una fascinante seducción que la arrojaba a descubrir lo invisible. Entornó levemente los párpados, y esa vez no pensó en su mano cargada de millones de partículas de energía. Se concentró en la madera, en su forma arrugada pero equilibrada y en el árbol que fue talado para ser construida, lleno de vida y encanto. Entonces, percibió una pequeña

chispa que corría por sus dedos. Exaltada, abrió los ojos, para constatar por sí misma cómo una corriente azulada se adueñaba de su mano. Sacudiéndola, dirigió ese flujo hacia la puerta con gran expectación, pero no se abrió, ni siquiera vibró. Derrotada, se golpeó la frente con ambas manos y se encogió de hombros al percibir que la vidente la observaba con una mueca que mostraba su absoluta incomprensión.

Al dar media vuelta y encaminarse hacia el escritorio donde la habían confinado, escuchó un ruido atronador. Desvió la mirada hacia el lugar del estruendo y, perpleja, descubrió que la estantería más próxima a la puerta había caído al suelo, partida en dos. La vidente se precipitó a recoger los libros que estaban esparcidos por el pavimento mientras ella, atónita, comprobaba que el mueble se había fragmentado en dos mitades perfectamente iguales.

—¡Oh, Dios mío! ¡Harry va a matarnos! —la escuchó decir.

Sofía terminaba exhausta tras las sesiones de videncia y brujería. Todas las horas de luz transcurrían mientras ella se ejercitaba en la biblioteca; aunque tras el incidente acontecido en esta, cualquier hechizo que conllevara un riesgo debía ejecutarse en el exterior. Recibió la noticia con una alegría apasionada, infantil, que le recordó al día en el que su padre le regaló sus primeros y únicos patines, hasta que ese gozo inicial se desvaneció al constatar a base de golpes que no estaba hecha para montar sobre ruedas. Pero en ese momento no pensó en lo fugaz que podría resultar la felicidad, y presumió de una sonrisa dichosa ante el flemático semblante del brujo. ¡Por fin podría salir de esa ratonera!

Cada noche, Iris se infiltraba en su habitación y la informaba de lo que sucedía en sus expediciones. Estaban rastreando los bosques más cercanos y buscaban pistas entre los aldeanos de los pueblos de los alrededores. Simplemente, les preguntaban si habían presenciado algo extraño, y les aconsejaban que no dudaran en llamarlos si sucedía cualquier cosa digna de mención. Pero la realidad era que estaban a ciegas, desconocían de dónde provenía la sombra y por qué actuaba de esa manera. Tras varias deliberaciones en la capilla del monasterio auspiciadas por el padre Carlos, no habían llegado a una conclusión clara. La sombra parecía atacar de forma aleatoria e imprevisible. Sus víctimas resultaban ser cazadores, videntes y brujos, sin embargo, no había constancia de muertes sobrenaturales entre los humanos, así que, en resumidas cuentas, estaban como al principio. Lo que sí había conseguido la muerte de Enrique era que llegaran más cazadores en busca de refugio, atemorizados por sucumbir a manos del ente.

Ante esa situación descontrolada, Harry había hecho un llamamiento internacional solicitando intercambiar información que pudiera resultar de utilidad para todos, pero fue desesperanzador comprobar que había más víctimas en otros países. Inglaterra, Francia, Italia, Polonia, Canadá y Japón empezaban a construir refugios para salvaguardar a su gente.

De vez en cuando, se tropezaba con los chicos en el pasillo. Hugo apenas la miraba, y ella intentaba evitar a Oriol. Le había peguntado a Harry por los íncubos, pero este había sido muy escueto en su exposición: «Demonios de nivel medio que utilizan las feromonas para manipular el cerebro de sus víctimas. Estas caen en las redes de su sugestión y pueden hacer cualquier cosa que el íncubo les pida». No imaginaba a Oriol entrando en la mente de nadie, pero estaba en su naturaleza, y aunque Iris le había asegurado que controlaba muy bien su parte demoníaca, ella no quería arriesgarse. Había caído como una colegiala en su trampa de feromonas y se martirizaba por haberse sentido atraída por él. Prefería mantenerse alejada por el momento, al menos hasta que controlara esa ansia cautivadora que golpeaba sus emociones y las hacía estallar en un continuo frenesí.

Una tarde, mientras Sofía se concentraba en el estudio cansino de los símbolos, el brujo y Rafael charlaban briosamente sobre las víctimas, intercambiaban opiniones y hacían elucubraciones sobre el porqué de las muertes. Ella se distraía escuchándolos; al menos contaba con la excusa perfecta para no enterrar la cabeza en la pila de tratados que Harry le había colocado sobre el escritorio. Mordisqueaba entretenida el bolígrafo mientras observaba a los dos hombres dibujar un desafortunado mapa de España en la pizarra, para posteriormente marcar con una X las regiones donde se habían producido las apariciones de la sombra.

—Tiene que existir algún patrón, no puede ser aleatorio —insistía Rafael.

—Ahora que tenemos información de otros países, he escrito por orden cronológico los ataques de la sombra —anunció mientras le mostraba un par de folios que sujetaba entre las manos—. ¡Es muy poderosa! Salta de un país a otro en cuestión de segundos.

—Hay muchos cazadores muertos —frunció el ceño, alarmado—, mientras que solo hay cinco videntes y dos brujos entre las víctimas. Tenemos que ser el objetivo.

—No lo creo, hay más cazadores en el mundo. Nosotros casi somos una especie en extinción —subrayó el brujo—, por lo que el porcentaje de muertes de los cazadores, indiscutiblemente, tiene que ser mayor que los otros.

—¿Y qué se nos escapa? —Rafael sabía que tenía la respuesta delante de él.

Sofía permanecía atenta a la conversación de los dos hombres mientras dibujaba monigotes en la libreta. Se aburría solemnemente buscando y estudiando símbolos en un libro de brujería del Medievo. Rafael tenía razón. Había algo que se les escapaba. Pero ¿qué? Muchas familias habían buscado refugio tras la alarma emitida por ellos mismos al difundir la noticia de la existencia de un ente maligno que asesinaba a las personas con algún tipo de don, y la muerte de Enrique había acelerado el proceso. Aquellas familias que dudaron en un principio o que llamaban a la calma habían terminado rindiéndose ante lo obvio: la amenaza era una realidad.

Pero Rafael seguía insistiendo en que la suya no corría peligro porque carecía de habilidades especiales. Ella era el objetivo; ni sus padres ni su hermano.

—¿Por qué no mató a la familia de Enrique? —intervino Sofía con descaro. Ambos la miraron sorprendidos—. Eran presa fácil, ya había matado al más fuerte. Todos dicen que Enrique poseía una fuerza descomunal pero que sus hijas no eran unas expertas. ¿Por qué entonces no acabó con el resto?

—No estaban en su lista, eso es evidente —le contestó el brujo.

—¿Y por qué no? ¿Qué hace que Enrique esté en la lista y su familia no? ¿Qué hace que yo esté en su lista y mi familia no? —se preguntó, avanzando hacia ellos.

—Enrique era más fuerte y un cazador experimentado, por lo tanto, un trofeo mayor. La mujer y las niñas no serían un premio tan significativo —continuó argumentando el brujo.

Fascinado, Rafael observaba a la joven bruja; sabía adónde quería llegar: ¿Qué tenían en común los supervivientes al ataque? Normalmente eran mujeres, y él había dado por sentado de que la sombra querría deshacerse del hombre, casi siempre mejor adiestrado en la lucha, pero ese no era el motivo real. Había más cazadores masculinos por una cuestión de cultura. En el Medievo, aunque pertenecieras a un linaje de cazadores, solo los hombres eran adiestrados en el combate, y relegaban a las mujeres a un segundo plano. A ellas las preparaban para tener nociones de enfermería y poder curar a sus maridos. No fue hasta finales del siglo diecinueve, y causando una gran controversia, cuando las mujeres comenzaron a ser instruidas para la contienda. Ese era el motivo de que actualmente hubiera una cifra mayor de hombres cazadores que de mujeres. Aun así, muchas expertas sanadoras decidieron alejarse de ese mundo caótico, se casaron con personas corrientes, sin ningún tipo de don, y sus hijos, a pesar de ser cruzados, nunca conocieron la existencia de seres sobrenaturales.

—La mujer de Enrique no era cazadora, por eso no quisieron venir aquí —dijo reflexionando—. Sus hijas eran cruzadas, y Enrique no

quería que dejaran la escuela. Habían decidido llevar una vida normal, alejados de la caza… Tú eres mujer, fuiste atacada y sobreviviste, y tu padre adoptivo también cuando intentó rescatarte, pero él no es brujo —le dijo a Sofía—. La sombra te quería a ti. Tu familia son daños colaterales. Y te persigue porque tú eres… ¡Eso es! ¡Dios mío, no puedo creérmelo! Ha estado delante de nuestras narices todo este tiempo… Harry, busca el perfil de todos los supervivientes y de todas las víctimas. ¡La sombra está asesinando a las personas de linaje puro!

10

Astral

Rafael no tardó en dar el aviso: todos aquellos que proviniesen de una estirpe de contrastada pureza debían extremar las precauciones. Ella desconocía su ascendencia, pero debía confiar en que tanto el brujo como la vidente habían ratificado que sus padres biológicos poseían el don, así que debía acatar las órdenes del cazador sin rechistar. Y aunque el recinto estaba protegido con hechizos para que nada maligno pudiese entrar, él hizo algunas recomendaciones: nunca debían salir solos y siempre informar sobre su paradero, pero, sobre todo, si decidían abandonar los dominios del monasterio, tenían que salir armados y preparados para cualquier aparición imprevisible.

A pesar de estas concisas sugerencias, dos días después, el cazador decidió reunir a toda la congregación en la capilla. Había descubierto que las muertes seguían sucediéndose, una tras otra. En los dos últimos meses, la cifra había aumentado de una víctima semanal en el mundo a una casi diaria, y cada vez que el ente mataba, su poder se intensificaba. Era su deber informar a todos sobre los últimos avances en la investigación.

Sofía permanecía sentada junto a Iris y la madre de esta, quien se frotaba las manos con creciente nerviosismo. La comparecencia de Rafael había suscitado numerosos rumores. Muchos temían que la sombra lograse penetrar en los muros del monasterio; para otros, esa probabilidad era casi imposible.

Mientras el resto se acomodaba en los bancos, clavó la mirada en la talla principal de la capilla. Era cautivadora, arrebatadora. El manto escarlata destacaba sobre el blanco de un sencillo atuendo, y el halo dorado que desprendía su triunfante rostro contrastaba con el horror que poseían los ojos saltones del demonio que se encontraba a sus pies. San Miguel alzaba la espada ante un diablo derrotado y aplastado sin piedad por la ira divina del arcángel. El patrón de los guardianes sobrenaturales se erigía en el centro de la escultura arquitectónica, vigilante, como un justiciero al acecho, dispuesto a saltar del retablo que lo acogía para detener a todo intruso abanderado de la oscuridad que desafiara sus dominios. No tendría piedad ni compasión. Todo ser maligno tenía que ser aniquilado y borrado de la faz de la Tierra.

Sofía soltó un resoplido discreto. Era consciente de que no era más que un objetivo valioso al que darle caza, y eso la acongojaba. Temía volverse a enfrentar a la sombra, sentirse de nuevo indefensa, a su merced. Así que no tenía ni la más mínima intención de protestar ante la idea de seguir asistiendo a las clases de Harry sobre armas sobrenaturales y conjuros. Allí, al menos, se encontraba a salvo.

Por fin, el cazador, con rostro cansado y visibles ojeras, apareció ante toda la congregación. Junto a él se encontraba Harry, muy poco proclive a mostrarse en público, ya que era conocido por todos su predilección por disfrutar de la compañía de sus inseparables libros. Y, por último, cerrando filas, estaba el padre Carlos, quizá porque se sentía responsable de sus feligreses o porque Rafael se disponía a utilizar el altar, su lugar sagrado, y se sentía en la obligación de permanecer de pie a su lado. No obstante, por lo que Sofía había escuchado, no se trataba de un sacerdote muy convencional. Este lo ayudó a anclar la silla de ruedas y lo acomodó antes de que tomara la palabra. Por fin, Rafael pidió silencio y, como si hablase un respetado dignatario, la capilla se sumergió en una atmósfera apacible, dispuesta a ocultar los secretos que allí se revelasen.

—No voy a andarme con rodeos ni a deteneros mucho tiempo. —Su voz firme resonó por toda la sala—. Desde que la sombra comenzó a atacar, han muerto más de cien personas en todo el mundo. En España han sido asesinadas catorce. Desconocemos quién está detrás de estas muertes, pero lo que sí sabemos con certeza, es que quieren terminar con nuestra tradición. ¡Aniquilando a todos los que tenemos un don! ¡A los que hemos nacido para luchar contra demonios! ¡Porque está en nuestros genes! —Hizo una pausa para observar la reacción de la comunidad; muchos asentían en silencio y otros lo contemplaban temerosos—. Si permitimos esta masacre, dejaremos al mundo indefenso y desprotegido. Si exterminan a cazadores, brujos y videntes, ¿quién velará por el mundo?, ¿quién luchará para que exista un equilibrio entre el bien y el mal?

Hugo, apoyado en una de las columnas laterales de la capilla, apretó con fuerza los puños. Sofía reparó en cómo hacía innumerables esfuerzos por no intervenir conteniendo una rabia que se arremolinaba en torno a sus ojos verdes. A su lado, Oriol, con un semblante más relajado, analizaba el rostro de los presentes escudriñando en sus almas, oliendo el miedo en muchos de ellos, la desmoralizadora frustración o un leve coraje que llegaba a despuntar en algunos. Pronto divisó a la joven bruja, que con cierta curiosidad lo examinaba. Al arquear las cejas, ella esquivó su mirada.

—La respuesta es… ¡nadie! ¡Si morimos nosotros, muere la tradición! —Rafael alzó la voz, propagándose esta entre las columnas como un viento vespertino, el cual loss golpeaba anunciando un cruel

e inevitable invierno—. Por eso es necesario que nos mantengamos a salvo hasta que no sepamos cómo eliminarla. Su objetivo son personas de linaje puro, y en este mundo no somos más que el veinte por ciento; la mayoría, cazadores. Quizá nos ataque porque somos más fuertes, o quizá para frustrar una posible descendencia, por eso tenemos que tomar algunas precauciones. ¡En otros países ya se están adoptando medidas! ¡Y aquí tenemos que hacer lo mismo! —El cazador lanzó una mirada de soslayo a León con cierto pesar—. Por eso he decidido… prohibir la salida del monasterio a todas aquellas personas que procedan de un linaje puro.

El silencio sagrado, apenas mancillado por el zumbido de alguna mosca, desapareció al instante como un frágil velo rasgado que deja penetrar el aire racheado del exterior, dando paso a un enorme revuelo. Algunos aplaudían la decisión de Rafael, otros protestaban profiriendo maldiciones que mostraban su desacuerdo.

—¡No puedes tomar tú solo esa decisión, Rafael! —gritó uno de los más ancianos—. ¡Existe un consejo! ¡Lo fundamos precisamente para esto!

—¡Cada uno debe decidir por sí mismo! —se incorporó un cazador, propinando un golpe en el banco—. ¡No puedes mantenernos aquí encerrados!

—¡Pues yo a mis hijos no los voy a dejar que jueguen fuera de estos muros! —vociferó otro—. ¡Los pondría en peligro! ¡Es un suicidio salir ahí fuera!

Rafael no pronunció ni una palabra más, ni siquiera rechistó a los que se oponían a su solución momentánea. Abandonó sin dilación la capilla, seguido de Harry y del sacerdote del monasterio. Era evidente que ambos apoyaban su postura.

—Creo que vas a estar un tiempito más recluida entre estas cuatro paredes —le soltó la vidente—. Por suerte, debo agradecerle a mi padre borracho que sí que pueda salir a coger aire fresco. Mi naturaleza extrovertida y poco sumisa me prohíbe el internamiento.

Sofía evitó compartir su opinión al respecto. Sin duda, no le gustaba la idea de una reclusión obligatoria, pero tenía muy presente que su familia se encontraba en un hospital por su culpa. No iba a poner en peligro a nadie más, no quería que más remordimientos la atormentaran, pero a la vez comprendía que esa orden no fuese bien acogida por todos. Unos luchadores natos acostumbrados a enfrentarse a sus propios demonios no se dejarían amedrentar ahora por una sombra.

Soltó un resoplido sonoro que volvió a llamar la atención de su amiga.

—Bah, no te deprimas —le dijo riendo Iris—, buscaremos algo que hacer en esta solitaria y desalentadora prisión.

Rafael se refugió en la biblioteca, al amparo de la sabiduría y del amplio conocimiento que los libros custodiaban. A través de la ventana, divisó una bandada de pájaros huir despavoridos del lugar. Atemorizados, batían las alas y se dispersaban en el cielo sin rumbo alguno. «Algún ave rapaz», pensó. Una sonrisa amarga se perfiló en sus labios. Él también había huido de su hogar con el único propósito de proteger a sus hijos. Hacía ya cinco años que había quedado postrado en la silla de ruedas, y ahora no se sentía en grado de defenderlos; no como él hubiese deseado.

Había sido un cazador admirado por todos. No se amilanaba ante espíritus ni demonios. Por su sangre corría la valentía y el honor, y nunca había abandonado una misión. Sin embargo, mientras investigaba las extrañas parálisis nocturnas que estaban aquejando a un pequeño pueblo de la sierra aragonesa, fue asaltado por el demonio del sueño que perseguía. Todavía recordaba su olor pestilente, a cloaca infestada de ratas; su aliento putrefacto lo había sobresaltado mientras dormía. El monstruo había apoyado su huesuda mano en su pecho, dejándolo inmovilizado. Apenas podía respirar. Las manos se le engarrotaron hasta escuchar el crujido de sus huesos, y las piernas hundidas en el colchón, invalidadas para defenderse, se sumieron en un profundo letargo del que todavía no habían despertado. ¡Un cazador incapacitado! ¡En eso lo había convertido ese maldito demonio! Pero Rafael era obstinado, y aunque tardó un año en localizarlo, acabó con él. Lo aniquiló como el que escacha a una mísera cucaracha que huye buscando el amparo del fresco en un verano mortal. Era un parásito que se alimentaba del miedo de sus presas, que las visitaba noche tras noche, sumiéndolas en un insomnio infinito y un terror sobrecogedor. Él no quería que lo considerasen una víctima más. Continuaba siendo un experto cazador, aunque ahora se dedicase a adiestrar a generaciones futuras y a enseñarles a sobrevivir en un mundo asaltado por las sombras. Había fundado el monasterio con el lema de «Juntos somos más fuertes», pero eso ya no era suficiente. Su nueva casa podría resquebrajarse en cualquier momento por culpa de una amenaza desconocida y a la que jamás se habían enfrentado.

Oteó el horizonte con la esperanza de encontrar una señal que le indicase que había tomado la decisión más justa. En cambio, atisbó un cúmulo de nubes grises que se precipitaban veloces sobre los dominios del monasterio, como una bandada de cuervos ansiosos por nutrirse de los ojos de sus víctimas. Chasqueó la lengua, contrariado. Se acercaba una tormenta.

—Haz hecho lo que debías.

—¿Tú crees? Una familia dividida no es una familia.

Conocía al sacerdote desde hacía más de treinta años. Era un

excelente cazador, pero eso no le había impedido ordenarse y consagrar su vida a la Iglesia. Quería demostrarles a los fieles la existencia de seres malignos y enseñarles cómo combatir contra ellos; una lucha personal que había sido en vano, ya que la mayoría lo tomaban por loco. Pero en su acusado optimismo siempre se repetía: «Más vale uno con los ojos abiertos que ninguno».

—Yo también provengo de un linaje puro —prosiguió—. Y puede que me tachen de extremadamente cauteloso, pero aquí se trata de salvar vidas. No quiero presidir más funerales.

—Si no descubrimos quién está detrás de todo esto, no podremos acabar con la sombra —añadió el brujo.

Rafael observó a sus dos amigos con afecto. Ambos poseían una profunda sabiduría aunque hubiesen recorrido el camino del conocimiento a través de vías diferentes: la magia y la religión; enemigas durante muchos siglos pero estrechamente ligadas a través de la historia.

—¡No vas a encerrarme aquí, Rafael!

León había irrumpido en la biblioteca seguido de Hugo. El hombre nunca había sido un gran orador. Siempre se expresaba utilizando las palabras justas, ni una más. Hugo se mantenía detrás del gigante cazador con un semblante desafiante.

—¡Mi hermano ha muerto! ¡Y voy a acabar con esa sombra! —vociferó mientras las arrugas invadían su estrecha frente, acusando aún más su enfado.

—Amigo, tendrás tu venganza. Pero deberías recapacitar un momento. —Rafael escogía las palabras con sumo cuidado—. Nadie en la historia ha conseguido derrotar a una sombra de estas características; como mucho, alejarla o impedir que entrase a lugares sagrados, pero nada más. Debemos averiguar quién está detrás de su invocación, y entonces ir a por él. Y te prometo, amigo mío, que tú serás el primero en saberlo.

—¡No voy a esperar sentado a que un brujo descubra quién es su dueño! —le reprochó enérgico—. ¡No mientras otros hermanos sigan cayendo ahí fuera!

El hombre, con un movimiento tosco, dio media vuelta y se despidió con un portazo. Hugo permaneció clavado en su rincón, examinando con ahínco a las tres personas que tenía enfrente: un sacerdote chiflado, un viejo brujo y un cazador impedido. Era conocedor de que su padre siempre les pedía consejo a los otros dos, pero también que hacía años que ninguno combatía contra un ser oscuro. Masculló para sus adentros. El monasterio no podía convertirse en una fortaleza llena de cobardes.

—Hijo, espero que seas más razonable.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Encadenarnos a todos? —le recriminó con

sarcasmo.

—No voy a hacer eso. Sé que ya no eres menor de edad. Pero sigo siendo tu padre, y no puedo permitir que salgas del monasterio.

—Tú me enseñaste a valerme por mí mismo desde que era un niño. Me adiestraste en la lucha, y sabes que soy de los mejores cazadores que has conocido en tu vida. ¡La comunidad me necesita!

—¡Escúchame, Hugo! Yo también era como tú: impetuoso y siempre henchido de valor, no evaluaba los riesgos. Pensaba que podía con todo… —La voz se le apagó unos segundos, momento que aprovechó para acercarse a él—. ¡Una lección que aprendí tarde! ¡Mi arrogancia y mi imprudencia me postraron en esta silla! —Retiró la manta que le cubría las piernas y se las mostró—. ¡Y maldita sea! ¡Perdí a tu madre! ¡No quiero perderte también a ti!

Hugo lo desafió con la mirada, incapaz de replicarle. La muerte de su madre todavía lo atormentaba en sueños. Recordaba su larga melena castaña teñida de un profundo rojo y sus ojos verdes cristalinos empañados por la lluvia que caía sin piedad aquella noche. Todavía se estremecía al rememorar cómo Oriol y él corrieron buscando ayuda entre los vecinos. Su madre yacía en el umbral de su casa, desamparada y olvidada por aquellos que juraron protegerla. Y su padre era uno de ellos. Se había adentrado en el bosque para perseguir a un espíritu vengador, dejando a su madre al cuidado de tres críos poco experimentados. Todavía lo asaltaba la imagen de su rostro inerte y el dibujo de unos labios torcidos que reflejaban el horror que ella había vivido. Era la primera vez que contemplaba la muerte, y tuvo que ser su madre la que le mostrara el abismal vacío que sacude tu cuerpo y arranca tus sentimientos hasta devorarlos. Se desplomó ante ella y lloró; un llanto agónico que se prometió no volver a experimentar, porque dolía, quemaba demasiado para que él pudiera soportarlo. Y fue Oriol el que lo levantó, el que lo abrazó y el que le susurró que nunca lo abandonaría. Su hermanastro, al que detestaba por acercar el caos a su vida, por provocar las discusiones entre sus padres y por robarle la atención de Rafael, fue el que lo consoló, el que lo impulsó —incluso paralizado por la angustia— a tocar en las puertas del barrio con la esperanza de que alguien le devolviera la vida a su madre.

—Yo no soy como tú, papá —musitó mientras el verde de sus ojos se humedecía por las lágrimas.

Giró sobre sus talones con sigilo y abandonó la sala con paso firme, enojado y frustrado; enojado porque su padre le había recordado la muerte de su madre, y frustrado porque, después de tanto esfuerzo y del valor inusitado que había despertado en él tras su terrible pérdida, él seguía pensando que todavía no estaba capacitado para enfrentarse sin niñera a una sombra descarriada.

—Deberías escuchar al viejo. —Oriol abordó a su hermano en el pasillo—. No suele equivocarse.

—¿Ahora te dedicas a espiarme, o no tienes nada mejor que hacer? —le recriminó, visiblemente enfadado.

—Lo segundo —malmetió riendo—. Sabes que mi deporte favorito es sacarte de tus casillas. —Oriol seguía las amplias zancadas de Hugo —. En serio, ¿vas a comportarte como un niñato caprichoso?

—Lo dices porque a ti te importa poco todo. ¡Tienes sangre de demonio! ¡Y siempre haces lo que te da la gana!

—¡Tú también! Y no tienes sangre de demonio. —Sujetó a su hermano por el brazo y lo frenó en su avance—. Ahora estás mosqueado. Pero piensa un segundo. Si tú eres un imán para esa sombra, pondrás en peligro a los que estén junto a ti. Y eso nos incluye a Iris y a mí.

—No te he pedido que me acompañes —Se liberó de la mano de él y lo apartó con brusquedad.

—No voy a dejarte solo. ¡Ya me conoces!

Hugo continuó por el pasillo sin mirar atrás. Lo que menos necesitaba en esos momentos era escuchar los consejos de su hermano. Debía descargar toda la adrenalina que se acumulaba en su cuerpo y que le impedía pensar con claridad. Y solo conocía un medio para conseguir un estado de relajación que lo evadiera de la insoportable frustración que lo azotaba. Así que se encaminó hacia la sala de entrenamiento. Al doblar la esquina, tropezó de frente con la bruja, lo que hizo que se irritara aún más. Ella le pidió disculpas, pero él se limitó a ignorarla con gran descaro.

Sofía observó cómo el cazador desaparecía por el fondo del pasillo, farfullando insultos a destajo. Ese día estaba siendo interminable. Después de las obligatorias clases con Harry por la mañana, en las que continuaba memorizando símbolos, debía asistir con Edith a clases de meditación cuando ya casi estaba oscureciendo.

Entró en la diminuta estancia con los pies descalzos, y pronto percibió un intenso olor a incienso que perfumaba la habitación. La escasa luz natural que penetraba por la ventana y un par de velas eran su única iluminación. Debía admitir que le otorgaban al lugar un aire misterioso y a la vez hipnótico. Encontró a la vidente ya sentada sobre la colchoneta, con la espalda recta, los pies cruzados y las palmas de las manos hacia arriba.

—Siento llegar tarde. —Se colocó frente a la mujer, imitando su posición.

—No te disculpes. Es un día con muchas energías encontradas en el monasterio —le confesó, guiñando un ojo—, y eso siempre es malo.

—¿Crees que Rafael está haciendo lo correcto? —se atrevió a preguntar.

—Creo que está siendo prudente; lo que es un suplicio para los cazadores, ya que la paciencia no es una de sus virtudes. —Edith sonrió, dejando ver su perfecta dentadura—. Pero no nos distraigamos de nuestro cometido. Debemos seguir trabajando. Hoy he pensado que podríamos empezar con las visualizaciones y dejar un poco de lado la relajación. ¿Te parece?

Sofía asintió levemente mientras fijaba la atención en sus magnéticas pupilas. Había advertido días atrás que cada vez que la vidente entraba en esa especie de trance, estas abandonaban la forma esférica y se tornaban ovaladas, como si se tratara de una gata escrutando con esmero la oscuridad que la rodeaba.

—Creo que es hora de que indaguemos un poco sobre tus orígenes —continuó con voz suave—. Yo voy a guiarte con mis palabras. Voy a acompañarte en todo momento, y voy a ver todo lo que tú veas, así que no tengas miedo… Dame tus manos. —Hizo lo que la vidente le pedía—. Vamos a navegar sobre el primer recuerdo que tengas sobre tus verdaderos padres.

—No tengo ningún recuerdo de ellos —le aseguró.

—No te preocupes por eso —repitió, calmándola—. Cierra los ojos y concéntrate. Imagina que estás en una gran mansión con cientos de habitaciones.

Sofía visualizó un gran caserío blanco con habitaciones espaciosas. La luz irrumpía en ellas alegrando sus paredes, regalándoles un halo mágico indescriptible. Se situó en la entrada, y al traspasar un resistente portón de bronce, se encontró con un vestíbulo en el que se desplegaba una larga alfombra roja. Seguía las indicaciones de la vidente con meticulosidad. Esta le pidió que avanzara hasta la primera habitación que observara, y entró sin dudar en el amplio comedor, examinando minuciosamente todos los objetos y los muebles que se encontraban en él. Había una mesa rectangular que ocupaba la mayor parte de la habitación. En ella, una vajilla y una cubertería estaban perfectamente dispuestas sobre un mantel fino bordado con sutiles encajes. Estaba preparada con suma exquisitez para unos treinta comensales. Al fondo, en un aparador antiguo, descubrió diversos jarrones y algunos trofeos, y detrás de una vasija atisbó una foto vieja. La cogió entre las manos y admiró el rostro de un bebé apoyado sobre varios cojines. Sonrió con ternura. De improviso, una luz cegadora iluminó la estancia. Perdió súbitamente la concentración, hasta que terminó abriendo los ojos.

—Ha sido un relámpago —la tranquilizó la vidente—. Ha estallado una tormenta. Vamos a incorporarla a la visualización para que no te asustes. Ibas muy bien. Estoy muy orgullosa de ti.

—Estaba viendo la foto de un bebé. ¿Crees que podría ser yo?

—Lo averiguaremos en un momento —la alentó mientras cogía de

nuevo sus manos—. Cerramos los ojos y respiramos de forma pausada, inhalando y exhalando con total percepción de lo que sucede en nuestro cuerpo.

Continuaba en el comedor de esa gran casona, y decidió entonces acercarse a la ventana y descorrer la cortina ligeramente. Fuera llovía. Apenas atisbaba el reflejo de una tímida farola que se esforzaba por alumbrar el denso jardín. Divisó una pequeña fuente en el centro cuando un nuevo relámpago irrumpió con fuerza en el lugar. No pudo evitar dar un respingo. Había algo más allí fuera, lo presentía. Otro intenso resplandor golpeó sus ojos obligándola a entrecerrarlos, pero esa vez sí que pudo advertir una misteriosa figura cerca del muro que delimitaba el jardín. Dudó un instante. ¿Qué debía hacer? ¿Permanecer en la casa o descubrir quién andaba merodeando por los alrededores? Entonces, varios golpes bruscos en la puerta de la entrada la sobresaltaron de nuevo. ¿Quién podría estar tocando?

—*Deberías abrir* —oyó decir a la vidente.

La joven no podía ver a Edith, pero sabía que de algún modo la mujer estaba con ella, y eso la tranquilizaba. Se dirigió con precaución a la entrada. El portón de bronce resplandecía y la invitaba a abrirlo. Miró atrás. La alfombra roja centelleaba y le mostraba al final del corredor una espectacular escalera de caracol que conducía a la planta superior. Contrariada, se estremeció. Al mismo tiempo, sintió unos irrefrenables deseos por descubrir qué había al final de la escalera. Alguien volvió a aporrear la puerta con más impaciencia y un desconcertante escalofrío recorrió toda su espina dorsal.

—*Aquí estás a salvo. Nadie puede hacerte daño.* —La vidente observaba sus pasos, animándola a continuar.

Sofía se dispuso a girar el pomo de la puerta y tragó saliva mientras intentaba contener su respiración agitada. Escuchaba el incesante bombeo de su corazón, y pensó que la abandonaría y se alejaría de allí despavorido. La mano le temblaba, era incapaz de abrir. Ignoraba quién tocaba con tanta insistencia, pero decidió que no quería averiguarlo, por lo que se encaminó hacia las escaleras.

—*No abras la puerta* —oyó susurrar a alguien.

Alzó la mirada, desconcertada, y descubrió a su madre en el rellano, quien le suplicaba que se apartara del portón. Apoyó el pie en el primer peldaño y pudo contemplar mejor su belleza. Vestía un largo camisón blanco que resaltaba su esbelta figura. Estaba descalza, y apreció la firmeza de sus pies. Poseía un envidiable cabello dorado que caía en cascada sobre sus pechos y que realzaban las líneas dulces de su rostro. Su piel era tan pálida como la luna, y sus expresivos ojos, tan cristalinos como el agua pura. Quiso abalanzarse sobre ella y abrazarla. Se sentía tan indefensa en ese nuevo mundo… Su habitual determinación había empequeñecido tanto que apenas se reconocía a

sí misma. Quería que le explicara por qué la había abandonado y le había ocultado su condición. Pero mientras ascendía la escalera, esta empezó a vibrar. Extrañada, la examinó. Los escalones se movían como si se encontrase en una de esas atracciones de feria cuyo objetivo es superar los obstáculos más dispares. Entonces, las sacudidas fueron en aumento y la barandilla cedió, precipitándose contra el pavimento. Peldaño tras peldaño, fueron explosionando, destruyendo así el único acceso a la segunda planta. Retrocedió alarmada. Su madre gritaba angustiada, pero ella ya no podía escuchar su voz. El incendiario estruendo le afectó los tímpanos, sumiéndola en una sordera momentánea. En ese momento, la puerta se abrió de golpe.

Contempló aterrorizada cómo una feroz ventisca arrasaba con todo lo que encontraba a su paso. Antes de que pudiera reaccionar, fue absorbida por ese vendaval fulminante que la arrastró fuera de la casa.

—*Edith, ¿qué está pasando? No consigo parar… ¡Por favor, ayúdame!* —Asustada, miraba a su alrededor, pero no lograba percibir la presencia de la vidente—. *¡Edith, ¿dónde estás?!*

Aterrizó de bruces en el fango. Tenía el rostro embarrado y las manos sumergidas en él. Se incorporó con un gran esfuerzo, acusando un dolor punzante en el brazo derecho. Examinó la herida y, espantada, descubrió que tenía una profunda laceración por encima del codo y que estaba sangrando. Algo andaba mal. Se suponía que eso no podía ocurrir. Se trataba de una visualización inocente. Su ser corpóreo no se encontraba físicamente allí. ¡Era imposible que pudiese sufrir lesiones! ¡¿Qué demonios estaba ocurriendo?!

La lluvia no cesaba, e ignoraba adónde había sido transportada. Pero estaba lejos del caserío, eso era evidente. Ya de pie, inspeccionó su entorno con recelo. Estaba en un bosque extenso, y a pocos metros de ella se abría un claro. Caminó hacia él, sujetándose el brazo para intentar aliviar el dolor. Al llegar, descubrió sorprendida que no era la primera vez que se encontraba en aquel paraje. Un pequeño lago bañaba aquellas tierras frondosas con una gratitud que sorprendía al visitante más indolente. Se trataba de las aguas con las que había soñado varias veces, gélidas y transparentes. De pronto, su talismán comenzó a emitir destellos azulados y se aferró a él asustada.

«No, no, esto no puede estar pasando… ¡Tengo que abrir los ojos! ¡Estoy en el monasterio, estoy a salvo! ¡Esto es sueño, una maldita pesadilla!».

—Sofía, tienes que salir de aquí —escuchó a su madre desde la otra orilla del lago.

La historia volvía a repetirse, pero esa vez no conseguía despertar. Observó cómo ella abría sus brazos para recibirla, pero no tenía ni idea de cómo alcanzarla. Quizá pudiera llegar hasta ella nadando. No,

aquello era imposible, el lago debía ser profundo, y aunque no era muy grande, las separaba una distancia considerable.

—Cariño, te ha transportado hasta aquí para cazarte. Tienes que volver a la casa. Vete a un lugar seguro.

—Mamá, no sé qué tengo que hacer. Estoy muy lejos.

—Concéntrate, hija, ¡tú puedes!

Sofía visualizó de nuevo la casa: el imponente portón bronce, el salón acogedor, el amplio comedor… Su mente debía devolverla allí.

—Sofía, estoy aquí. He venido ayudarte.

Ignoraba cómo lo había hecho, pero Edith estaba a su lado. ¡Había llegado al claro!

—¿Cómo es que puedo verte ahora? —le preguntó sorprendida.

—Porque esto ha dejado de ser una visualización. ¡Estamos en astral!

—He visto a mi madre. Dice que la sombra viene a por mí. Tenemos que darnos prisa.

—Esa cosa te ha empujado a viajar a través del espacio. No sé cómo lo ha logrado, pero esto no es nada normal. —Sofía percibió la agitación en su voz—. He conseguido localizarte. Ahora dame tus manos de nuevo, volveremos al monasterio.

La vidente la sujetó con convicción y, a través de ella, sobrevoló el bosque sombrío. Sofía percibió cómo dejaban atrás la enorme casona hasta que por fin atisbó aliviada los muros del monasterio. En la entrada, divisó a Oriol, que caminaba bajo la lluvia con un chubasquero endeble. Cumpliendo con su guardia, inspeccionaba el terreno en busca de señales sobrenaturales.

La tormenta no cesaba, y algunos rayos empezaron a impactar en los árboles y arbustos cercanos a ellas. La vidente guardaba silencio, pero Sofía era consciente de que debía correr. Si querían salvarse, tenían que cruzar las férreas defensas del monasterio. De repente, una densa niebla comenzó a rodearlas a la vez que su talismán saltaba con ímpetu sobre su pecho. Ambas corrieron. Sofía intentaba hacer señas con la esperanza de que el cazador consiguiera verlas, pero ignoraba si su estado astral era perceptible para él. Un nuevo relámpago la deslumbró y, por un segundo, perdió la orientación. Cerró los ojos para mitigar los efectos del fogonazo, y cuando por fin los abrió, consiguió enfocar de nuevo el camino hasta el refugio. Pero frenó en seco. ¡La sombra estaba allí, frente a ella! Su túnica negra rozaba la tierra empapada por una lluvia que no les daba tregua. De sus mangas anchas despuntaban lianas negras que se enredaban entre sí, desafiando todas las leyes físicas que conocía.

—¡Dios mío! ¡Nos ha encontrado! —oyó gritar a Edith.

—No te busca a ti —le dijo con una seguridad que hizo temblar a la mujer—. ¡Corre! ¡Entra y sácame de este trance!

Pero la vidente no se movió. Permaneció junto a ella y volvió a sujetar su mano.

—Volvamos a la sala de relajación. Concéntrate en el incienso —le dijo con voz trémula—. Los olores suelen evocar mejor los lugares. Quiero que inhales su perfume. ¡Confía en mí, niña! ¡Vamos a salir de aquí!

Sofía distinguió las refulgentes llamas de las velas. La ventana estaba apenas abierta y las cortinas ondeaban suavemente con el impulso del viento. Estupefacta, descubrió que allí también se encontraba ella, sentada sobre la colchoneta. Se preguntó cómo podía ser posible, ¡estaba viéndose a sí misma! Mantenía las manos sujetas a las de la vidente. Se acercó a Edith. Su cuerpo tremaba, a veces daba un brusco respingo que la hacía abandonar durante un incierto segundo el cojín donde se apoyaba.

—¡Suéltame las manos! ¡Suéltame, Sofía!

De improviso, fue arrastrada de nuevo al exterior del refugio, y comprobó horrorizada que la sombra había atrapado a Edith, quien se revolvía haciendo lo imposible para que no la levantara del suelo.

—¡Escapa tú, Sofía! ¡Corre! ¡Vete, tú! —gritó desesperada.

Pero ella luchaba por evitar desprenderse de la vidente. La sombra presionaba la cintura de Edith mientras sus dedos afilados se aproximaban a su cara. Lentamente, los introdujo en los ojos de la mujer, que profirió un lamento desgarrador. Sofía no resistió más y su mano dejó de tocarla. Miró al frente, desesperada. Allí estaba Oriol, que continuaba examinando rastrojos, ajeno a todo lo que estaba sucediendo.

—¡Oriol, ayúdame! ¡Oriol, estoy aquí!

La tormenta no amainaba. Odiaba hacer el turno de vigilancia en esas condiciones. Miraba continuamente el reloj. Aliviado, suspiró; pronto sería medianoche y llegaría su relevo. Estaba calado hasta los huesos a pesar del chubasquero invernal que le habían suministrado. Dio unos saltitos para desprenderse del agua que se mantenía adherida al impermeable y oteó de nuevo el horizonte. Exceptuando algún matorral chamuscado por los aparatosos rayos, todo parecía en orden. Pensó en las sábanas secas y en la cama calentita que lo esperaban impaciente en cuanto terminara la guardia. Entonces, escuchó que alguien lo llamaba. La voz no provenía del interior del monasterio, así que, extrañado, examinó los alrededores. ¿Quién podría estar fuera con la que estaba cayendo?

Repetía su nombre con insistencia. Agudizó su sentido de la vista, hasta que una aureola dorada cubrió sus pupilas y miró al frente.

Entonces, la vio. ¡Era Sofía! Pero ¡¿qué demonios hacía fuera en medio de la tormenta?! La llamó varias veces, enojado por su imprudencia, pero no obtuvo respuesta. Desconcertado, observó cómo trataba de llegar hasta él y, boquiabierto, reparó en que estaba fluctuando. ¡Como si fuera un holograma! Su instinto lo puso alerta de inmediato. ¡Aquella no era Sofía! ¡Era su espíritu! Recordó que debería encontrarse en las clases con Edith, ejercitando su visualización. Pero ¡¿cómo demonios había llegado hasta allí?! ¡Algo había salido mal!

Corrió hasta la sala y trató de abrir la puerta, la cual permanecía siempre cerrada con llave para evitar interrupciones durante la meditación. Se lanzó con todo el peso de su cuerpo sobre ella, pero no consiguió derribarla. Repitió varias veces la maniobra, hasta que, por fin, la puerta cedió.

Sofía abrió los ojos bruscamente al escuchar el estruendo de la puerta. Necesitó unos segundos para ubicarse de nuevo en la sala. No sabía qué estaba pasando allí. Descubrió a Oriol, que corría hasta ella para comprobar que se encontraba en buen estado. Después se dirigió a Edith, quien continuaba sentada manteniendo la cabeza gacha. El cazador sujetó con suavidad su barbilla y alzó la cabeza de la mujer. Sofía gritó espantada. Los ojos de la vidente sangraban.

11

Sangre

Un amanecer tímido despuntaba en el horizonte, como si los rayos de sol temiesen encontrarse de nuevo con los infranqueables cúmulos negruzcos del día anterior. La violenta tormenta que sacudió los gruesos muros del monasterio había dejado su impronta en la apacible estampa que cada mañana los acompañaba. El barro se acumulaba en los alrededores, y el río discurría con un gran caudal arrastrando ramas, troncos, algún que otro animal muerto y todo lo que recogía a su paso. Aquel día no era el espejo lúcido que bañaba con encanto el lugar. El emblemático molino también había sufrido desperfectos. Una de sus aspas colgaba medio rota esperando a que una cruel ráfaga de viento terminara estrellándola contra el suelo.

En el interior del monasterio se afanaban por secar los charcos de agua ocasionados por las numerosas goteras, y es que, a pesar de la fortaleza de sus paredes, la techumbre, en su mayor parte engarzada con maderas exquisitamente talladas, necesitaba una reparación urgente. La comunidad recibió con esperanza el canto alegre de los pájaros, el cual anunciaba un día soleado y alejaba las desoladoras nubes de la noche que habían portado con ellas el infortunio. Sonreían bendecidos al contemplar un nítido azul celeste que dominaba en el cielo de toda la región.

Sofía se aferraba a su taza caliente mientras bebía a sorbos el té de la mañana. A pesar de que su cuerpo físico no se había mojado durante la tormenta, continuaba tiritando y el frío le helaba los huesos. Ella siempre había permanecido en el interior de la sala de meditación, pero, inexplicablemente, no lograba entrar en calor. Quizá porque seguía afectada por los sucesos de la noche anterior; la imagen de Edith con los ojos ensangrentados irrumpía en su mente torturándola y había impedido que conciliase el sueño hasta bien entrada la madrugada. Ahora, con la luz del día, pensamientos descabellados se arremolinaban en su cabeza sin apenas darle tregua. La sombra había llegado hasta ella a través de lo que la vidente había denominado como «viaje astral», y temblaba con la posibilidad de que pudiera penetrar en su mente y arrastrarla de nuevo al claro de sus pesadillas, donde la acorralaba y conseguía hacerle daño. Desesperada, suspiró. La idea de no estar a salvo dentro de los muros

del monasterio la acongojó, y deseaba que toda esa locura no se alargara en el tiempo, porque no le quedaban fuerzas para seguir luchando. La indefensión que había experimentado durante el astral y el desconocimiento de lo que estaba ocurriendo en realidad habían hecho mella en su coraje. Y aun así no se había rendido. Se había enfrentado con los medios que conocía al ser oscuro, y no abandonó a la vidente cuando fue apresada. Ahora intentaba recuperar toda la energía que había consumido para defenderse del ataque, y bebía la infusión como si esta pudiera devolverle las ganas de continuar batallando.

Se cubrió sus pies descalzos con la manta y se recostó en la pared. Estaba agotada de tantas cavilaciones, y esperaba que en cualquier momento su mente dejara de trabajar para así poder, por fin, reposar. Pero apenas habían transcurrido cinco minutos cuando escuchó un revuelo en el pasillo que logró alterarla. Se revolvió en la cama, incómoda, preguntándose qué habría pasado ahora. Seguidamente, sin sospecharlo, esa algarabía se trasladó a su habitación.

Examinó con las cejas arqueadas a los presentes. Hugo y Oriol se encontraban con semblante serio junto a su padre. Habían cargado la silla de ruedas hasta el tercer piso. Este mantenía el rostro arrugado mientras con el dedo índice golpeaba sus labios. Harry, taciturno, permanecía en el umbral. Resultaba evidente que alejarse de la biblioteca, su zona de seguridad, lo contrariaba. Y León se había presentado segundos después, maldiciendo para sus adentros mientras acariciaba su poblada barba. Todos la observaban sin ningún tipo de reparo. Sofía recogió sus piernas y se abrazó a ellas como si se tratase de un escudo impenetrable, ya que comenzaba a sentirse intimidada. Y, por fin, tras unos minutos de eternas miradas, Rafael rompió el incómodo silencio:

—Pensé que podrías estar algo alterada y no quise hacerte bajar hasta la biblioteca —se justificó, lanzando un sentido resoplido—. Así que decidí venir yo, con la ayuda de estos muchachotes. —Dejó escapar una sonrisa de agradecimiento—. ¿Cómo te encuentras?

—Bien… Algo confusa —le respondió, observando a cada uno de los presentes.

—Sé que estás cansada —prosiguió el cazador—, pero tenemos que hacerte un par de preguntas.

Tragó saliva. Era consciente de que iba a enfrentarse a un interrogatorio duro. Buscó una posición más cómoda en la cama: se sentó en la orilla y cubrió con esmero sus piernas desnudas con la manta.

—Empieza contándonos que pasó exactamente —le dijo sin rodeos, yendo al meollo de la cuestión—. ¿Cómo llegó la sombra hasta vosotras?

Comenzó narrando en qué consistía el ejercicio de visualización que la vidente le había explicado. Edith quería que fuera capaz de recordar algunos momentos con su madre biológica, para así conocer mejor la procedencia de su don, cuestión que a ella, más que un reto, le pareció imposible. Lo único que poseía de sus padres era el talismán, pero ni siquiera cuando lo tocaba percibía alguna sensación cargada de nostalgia o conectaba con algún recuerdo perdido en la laguna de su cerebro. Nunca había logrado rememorar nada de su vida anterior a sus padres adoptivos. Aun así, siguió los consejos de la vidente e imaginó que estaba en una casa grande rodeada de un inmenso jardín, y comenzó a abrir las puertas de las numerosas habitaciones que poseía, con la esperanza de que la asaltara algún recuerdo. Concretamente, entró en el comedor, y allí había localizado la foto de un bebé que parecía ser ella. Fue entonces cuando todo se descontroló.

—De repente, alguien empezó a golpear la puerta —narró como si lo estuviera viviendo de nuevo—, y el espíritu de mi madre me pedía que no abriera.

—¿No era parte de la visualización? —la interrumpió el brujo—. Puede que estuvieras viendo lo que le ocurrió a tu madre años atrás. Es algo muy común recrear escenas pasadas.

—Al principio, Edith creyó eso, por eso me repetía que no tuviese miedo, que nada podía hacerme daño, que simplemente estaba recordando, y que puede que estuviera reviviendo lo que le sucedió a mi madre… Pero no era así…

Todos permanecían atentos a su relato. Hugo se mordisqueaba el labio inferior con impaciencia; León mantenía una posición rígida, apoyado sobre su cinturón de munición, del que no se desprendía ni para dormir; Harry se había relajado y sentado en la única silla del cuarto mientras entrelazaba los dedos de sus manos una y otra vez, y Oriol luchaba por aparentar un estado de relajación que no llegaba a controlar del todo, suspirando continuamente para liberar parte de su frustración. Sin embargo, el semblante desolado de Rafael desvelaba la realidad del estado del grupo.

—La sombra entró en la casa y me arrastró hasta un bosque…. Llegué hasta un lago, y allí estaba de nuevo mi madre. Me advertía. Me decía que me fuera… —Lanzó una exhalación derrotista que no pasó inadvertida para el grupo—. Y me di cuenta de que aquello no era una visualización. ¡Era real! ¡Estaba perdida en un bosque y no sabía cómo volver!

—Hiciste un viaje astral —intervino de nuevo Harry—. Tu espíritu puede viajar a través del tiempo y del espacio. Tu cuerpo permanece en reposo mientras tu alma es capaz de visitar otros lugares. Es una técnica muy frecuente que utilizan tanto los videntes como los brujos.

A veces viajamos durante el sueño sin percatarnos de que lo estamos haciendo. Controlar este método para que te proyecte adonde quieres ir es algo muy complejo.

—Pero ¡¿cómo consiguió la sombra hacerme entrar en astral? —preguntó alterada—. ¿Y ahora tengo que preocuparme también por si mi espíritu decide hacer un viaje nocturno sin mi consentimiento?

—Eso es lo que intentamos averiguar: cómo logró llevarte a su terreno —le respondió Rafael—. Y de tus sueños no debes preocuparte por ahora, ya que tu estado de nerviosismo impide que tu espíritu pueda expandirse de esa manera, así que tranquila.

—¿Qué pasó después? —intervino Oriol, ansioso por descubrir cómo fue capaz de escuchar la voz de la bruja a las afueras del monasterio.

—No sé cómo Edith consiguió dar conmigo, vino a rescatarme. —Se le quebró la voz al recordarlo—. Pero antes de que consiguiéramos entrar en el monasterio, la sombra nos interceptó. Le dije a Edith que huyera, pero no quiso dejarme. Fue cuando la sombra la atrapó.

Se le inundaron los ojos de lágrimas. Hizo un gran esfuerzo por no llorar delante de todos, cogiendo una y otra vez aire, normalizando la respiración e intercalando continuas pausas en la narración.

—Vi a Oriol en la lejanía —prosiguió—. Intenté llegar hasta él, pero no podía… Y entonces grité. —Apretó los labios, buscando las palabras justas que pudieran describir la horrenda escena que todavía la martirizaba—. La sombra perforó los ojos de Edith con saña, como si así pudiera neutralizar su don, y después se dirigió a mí… Creo que Oriol me sacó del trance cuando entró en la sala… Por eso el ente oscuro no pudo atacarme.

—¡Esto no tiene sentido! —Hugo habló por primera vez, descargando la rabia que había mantenido contenida en su interior—. Edith siempre nos ha dicho que en un astral no hay peligro. Puedes llegar a percibir olores, sensaciones, pero nadie, ¡jamás!, es capaz de hacerte daño físico. Pero… ¡sus ojos! ¡Joder!

Sofía se remangó con cuidado la sudadera que mantenía el calor en su cuerpo. Todos descubrieron perplejos la profunda herida de su brazo. El brujo se acercó, mostrando su preocupación, y la examinó mejor. Tenía una laceración del tamaño de una naranja unos centímetros más arriba del codo. Había sangre seca en ella.

—Es evidente que esta sombra tiene un poder descomunal —concluyó el anciano con su particular acento inglés.

—O que cada vez que mata se hace más fuerte —lo corrigió León.

—Puede que tengas razón —dijo Rafael, mirando al gigantón—. Cuando la sombra comenzó a matar, no tenía tanta agilidad ni se desplazaba con tanta rapidez. Y desde luego no era capaz de atacar en astrales. No tenemos ningún informe de ataques parecidos.

—¿Y si no solo mata a sus víctimas sino que también absorbe sus poderes? —Oriol no preguntaba, más bien hacía una afirmación—. ¡¿Por qué los ojos de Edith?! ¡Porque es el instrumento que más utilizan para conectar con su poder!

—Jovencito, si eso es así, tenemos un gran problema —intervino el brujo—. Pero es verdad que explicaría cómo esta chica fue arrastrada hasta un astral; eso sí que puede hacerlo una vidente poderosa. Y si su destreza, cada vez más infalible, y la fuerza con la que arremete contra sus víctimas provienen de grandes cazadores… Lo que me aterroriza pensar es qué podría hacer si suma el poder de varios brujos… ¡Sería indestructible!

Todos enmudecieron. El dormitorio de Sofía se convirtió en una tumba, en un agujero excavado en la tierra que termina albergando los secretos de los muertos, de los que ya no tienen voz en este mundo. Una sombra no solo con poderes demoníacos, sino con la adición de los tres poderes ancestrales, podría sumergir al mundo en la más profunda de las tinieblas. Buscaba la pureza, y no únicamente para aniquilar al mejor contrincante, sino para asumir un poder mayor, un poder desconocido que desafiaba sin mesura el equilibrio entre el bien y el mal.

—Sofía, ahora escúchame con atención. —Rafael casi hablaba susurrando—. ¿A cuántos metros te encontrabas del monasterio cuando viste a Oriol?

Lo observó de forma interrogante. Ignoraba adónde quería llegar el cazador. Pero ella era incapaz de aventurar una cifra, no tenía ni idea de a cuánta distancia se encontraba. Le parecieron mil kilómetros los que tuvo que recorrer. Rafael replanteó la pregunta:

—¿Vio la sombra a Oriol?

Entonces comprendió, y se le puso la carne de gallina. La sombra las había seguido hasta el monasterio, y eso no era nada bueno. La construcción estaba protegida con fuertes conjuros realizados en su mayoría por el brujo. Era prácticamente invisible para quien se ocultaba tras el ente oscuro, manipulándolo. No podría localizarla en un mapa a no ser que fuera lanzado un hechizo específico que derrumbara sus defensas mágicas. Pero en astral, las reglas del juego cambiaban. Podría ser que la sombra le trasladara todo lo que observaba a su dueño. Sofía reflexionó unos instantes, repasando de nuevo todas las imágenes que cruzaban por su mente en apenas milésimas de segundos mientras contemplaba de reojo a Oriol, quien, ansioso, esperaba la respuesta con un nudo en la garganta.

—Creo que sí…

Rafael percibió cómo se le helaba la sangre. Le pareció que su torrente sanguíneo se había detenido antes de penetrar en sus órganos vitales: el corazón le latía más despacio, los pulmones trataban de

desprenderse de todo el dióxido de carbono que habían acumulado, el hígado luchaba para liberarse de las toxinas, y las conexiones neuronales se habían enlentecido, sin darle margen a una respuesta rápida. Debía reaccionar con premura. Existía una probabilidad muy alta de que la sombra conociese la ubicación del monasterio.

—Harry, ¿resistirían las defensas un ataque de la sombra? —le consultó mientras un dolor de cabeza repentino se adueñaba de sus pensamientos.

El brujo dudó unos segundos antes de responder:

—El escudo está hecho con unos conjuros muy potentes, nada oscuro puede penetrarlo. —Hizo una pausa meditada—. Pero si ha absorbido el poder suficiente de varios brujos, podría conocer los hechizos para desactivarlo.

—¡Maldita sea! —León lanzó un puñetazo contra la pared.

—¡Estamos bien jodidos! —resumió Hugo.

—Debemos reunir al consejo —anunció Rafael, visiblemente desencajado—. ¡Tenemos que prepararnos para un ataque!

Todos abandonaron el dormitorio con presteza portando la derrota en sus rostros; todos excepto Oriol. El joven cazador se sentó en la cama junto a Sofía. Ella era incapaz de aguantar su mirada. Tenía ganas de abrazarlo, de llorar mientras él la rodeaba con sus brazos. Necesitaba su consuelo, su apoyo, ahora que Iris cuidaba de su madre, pero se mantuvo distante, ahogando sus deseos en el mar de confusión que la acompañaba, y esperó paciente a que él rompiera el silencio:

—Tienes que curarte esa herida del brazo —le dijo cariñosamente —. Escucha, no es culpa tuya que la sombra haya dado con el monasterio… Lo habría hecho tarde o temprano.

—Eso no hace que me sienta mejor, pero gracias —le contestó con la cabeza gacha.

Observó cómo el cazador jugaba impaciente con las manos. Estaba nervioso: mantenía el ceño fruncido y el mentón tenso. Se revolvía en la cama buscando una comodidad que se le resistía.

—Sofía, ¿cómo te encontró la sombra? —le preguntó con tono suave—. Quiero decir la primera vez, en el hotel.

A ella le sorprendió la pregunta. Aunque debía reconocer que se la había planteado en varias ocasiones, nunca había llegado a una conclusión que pudiera ser acertada o lógica. ¿Por qué ahora? ¿Por qué después de tantos años en los que ese poder había permanecido oculto?

—No lo sé… Al principio pensé que había sido por mi talismán, pero después deseché esa idea, ya que siempre lo he llevado conmigo. —Arrugó el entrecejo, indagando en lo acontecido en el hotel—. Solo se activa cuando algo maligno está cerca… Y cuando Rafael dijo que buscaba a presas que habían heredado el poder de ambos

progenitores, me dije: «¡Esa es la razón! ¡Soy una bruja pura!».

—Pero eras una bruja que no había descubierto todavía su poder. ¿Cómo te encontró?

Reflexionó durante unos segundos. Él tenía razón: ¿Cómo pudo seguirle el rastro hasta allí si aún no había despertado? Y si era capaz de encontrar a víctimas con un poder latente, ¿por qué no lo había hecho antes?, ¿por qué en el hotel? Sus ojos se avivaron cuando creyó encontrar una respuesta.

—¡Oh, Dios! ¡Claro! ¡Porque mi poder se activó en el castillo viendo a la camarera! Te refieres a eso, ¿verdad? —Hablaba a gran velocidad, sin digerir antes toda la información que se agolpaba en su mente—. Había muchos espíritus en ese hotel porque era muy antiguo… ¡Esa es la razón! Activé mi poder y… la sombra vino a por mí… ¡Es eso! Nunca había tenido una experiencia sobrenatural hasta entonces porque no había estado expuesta a nada que proviniese del más allá.

—Y anoche —prosiguió Oriol, reflexionando— estabas realizando un ejercicio de visualización y volviste a conectar con tus poderes interiores. ¡Así la sombra te interceptó!

—¡La sombra nos localiza cuando activamos nuestros poderes! Hay que decírselo a Rafael. —Quiso incorporarse y salir corriendo para advertir a los demás, pero él la detuvo.

—Otra cosa más. No quería preguntarte delante de todos, pero… —Oriol adoptó un tono más severo—: ¿por qué no acabó contigo cuando terminó con Edith? Es algo que no deja de rondarme por la cabeza… Ella es una vidente pura y, sin embargo, la dejó vivir, no terminó el trabajo como con los otros. Y puede que sea porque estabas tú.

—No te entiendo, no tuvo tiempo de atacarme. —Achicó los ojos mientras cavilaba y revivía los últimos segundos con el ente oscuro—. Cuando se dio cuenta de que todavía seguía allí, dejó a Edith y vino a por mí, pero no llegó a cogerme porque tú me salvaste. Me sacaste del astral.

—Sofía, tardé un par de minutos en cruzar el monasterio hasta la sala de relajación. —Arqueó las cejas mientras negaba con la cabeza —. Y tú dijiste antes que ya había soltado a Edith. ¿Que pasó en esos tres o cuatro minutos?

—¡Nada! ¡No lo sé! —le contestó desesperada—. ¡Yo gritaba y gritaba tu… nombre! —Marcó esa última palabra con cierta afección y clavó una mirada avergonzada en sus ardientes ojos con la esperanza de que no hubiera reparado en su descuido.

Oriol continuaba teniendo influencia sobre ella a pesar de que había aniquilado cualquier extraño sentimiento que pudiera albergar hacia él. Esa irresistible personalidad continuaba cautivándola.

—¿Segura? —Él cogió sus manos con ternura mientras ella

intentaba aplacar su fuego interior.

Pese al creciente sonrojo que advertía en sus mejillas, Sofía hizo enormes esfuerzos en concentrarse y en recordar una vez más la escena. Ya la había repasado varias veces y no creía que se le hubiese escapado ningún detalle. Volvió a rememorar el momento en el que la sombra agujereaba los ojos de la vidente y después la lanzaba al suelo. Ella intentó correr hasta el monasterio, pero no pudo. Había algo que se lo impedía. Pero ¿qué? De improviso, el pálido rostro de su madre le vino a la mente; una imagen que apenas duró un segundo. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? ¿La había seguido hasta allí? Dio un respingo y apartó las manos del cazador bruscamente.

—Mi madre no me dejó avanzar —reconoció ante él, y docenas de lágrimas corrieron inundando su rostro—. Si hubiera llegado hasta el monasterio, la sombra me habría seguido… Habría conseguido la manera de entrar.

Su madre le había hablado en aquel momento, pero no recordaba sus palabras. Intentaba evocar cada gesto, cada mirada, algo que pudiera darle una pista. Reparó de nuevo en ella. Su semblante parecía más severo y su mirada era determinante, no había ni pizca de delicadeza en sus ojos azules. Ella le señaló con ambas manos su vientre. ¡Había sangre en su camisón! Sofía observó con más atención la mancha roja en el abdomen de su madre. Se perdió en la profundidad de la herida y, a continuación, de ella surgió un enigmático cuenco. En él caían numerosas gotas de sangre. Distinguió un puñal en su mano, con el que atravesó el recipiente partiéndolo en varios pedazos.

—¡Sangre! ¡Veo sangre en un puñal! —exclamó sorprendida.

—Está bien. —El cazador trató de tranquilizarla—. Fuera lo que fuese, lo importante es que ya estás a salvo.

Inesperadamente, él la besó en la frente y la obligó a meterse en la cama. Todo su cuerpo se estremeció al advertir el leve roce de sus labios acariciar su piel, y de nuevo se sintió estúpida. Él seguía siendo un medio demonio con amplios poderes de seducción. Iris se lo había repetido en varias ocasiones. Muchos habían sucumbido a su encanto, y ella no podía permitirse esa clase de debilidad. Trató de convencerse una y otra vez de que todas las sensaciones que él le provocaba eran producto de algún tipo de influjo demoníaco, y debía acabar con cualquier resquicio de afecto antes de que fuera demasiado tarde.

Antes de cerrar la puerta, él la contempló desde el umbral y pensó en la valentía que había demostrado en las últimas semanas. Apenas conocía la existencia de otro mundo diferente al que ella estaba acostumbrada, uno más oscuro, más peligroso, y ya se había enfrentado a una sombra poderosa. La observó con ternura, admirando su voluntad y su tesón. Otro en su lugar se habría escapado

del monasterio desde el primer momento en el que le hubiesen revelado su condición. Se habría alejado de ellos y buscado a su familia en el hospital, pero ella había comprendido la gravedad de los hechos, los había asumido con coraje y había permanecido entre los agobiantes muros que la separaban de la libertad. Sonrió para sus adentros y se internó en el pasillo. Sin quererlo, Sofía le había revelado algunas piezas clave del rompecabezas. Y, ahora, su ágil mente ideaba a gran velocidad un plan.

12

Feromonas

Un alarmante desasosiego se apoderó lentamente del refugio como si una serpiente de cascabel hubiese logrado franquear los muros y se arrastrase por el suelo diseminando su veneno y envolviendo a la comunidad en un denso manto de conmoción. Pocos eran los que se atrevían a salir. Nadie cultivaba el floreciente huerto que había en la parte trasera y que corría el riesgo de convertirse en una tierra desamparada. Tampoco los niños jugaban a la pelota por temor a ser engullidos por la abismal sombra, y dedicaban su infinito tiempo a entrenarse y aprender técnicas de defensa, aunque todavía se desconociese cuál era la que resultaba eficaz ante el ser oscuro.

Rafael, cada vez que se aproximaba a una ventana, no podía evitar inspeccionar los dominios del monasterio. Recelaba divisar al ente vagando silencioso por los campos, esperando el momento a que ellos bajasen la guardia. Desde la biblioteca, contemplaba cómo la brisa estival agitaba las ramas de los árboles. Los mirlos amenizaban el día con su habitual canto y nada parecía perturbarlos. Aquello era una buena señal. Los animales eran los primeros en percibir la irrupción de un ser sobrenatural: los perros ladraban, a los gatos se les ponían los pelos de punta y los pájaros, alterados, huían sin rumbo alguno.

Emitió un sonoro suspiro. Toda la responsabilidad del recinto recaía sobre sus espaldas, y se maldecía por encontrarse anclado en una silla de ruedas. No podía luchar. Si sus piernas se lo permitiesen, correría él mismo tras la condenada sombra y no dudaría en enfrentarse a ella. Pero solo podía mantenerse vigilante, atento a las señales, mientras hallaba la manera de acabar con ella o de localizar a la persona que la estuviera invocando.

—Creo que hemos encontrado lo que buscábamos.

Observó con atención al brujo inglés, quien llevaba horas enfrascado en la lectura de un libro de hechizos. Sus gafas ocultaban parte de sus acusadas ojeras. El viejo estaba exhausto; aunque no quería admitirlo, todo el asunto lo sobrepasaba. A su lado, hojeando los manuscritos sagrados, se encontraba su fiel amigo. El paso de los años siempre había sido benevolente con el sacerdote, que presumía de un aspecto jovial e infatigable. Harry avanzó hasta él y le mostró orgulloso el libro.

—Podemos reforzar las barreras protectoras con este hechizo —le dijo, señalando una página llena de garabatos dorados e incomprensibles para él—. Es un poco laborioso, pero podemos intentarlo.

—¿Qué quieres decir? —Rafael arrugó el rostro y volvió la vista hacia la ventana. No quería distraerse. En cualquier momento, la sombra podría presentarse allí y cogerlos desprevenidos.

—Hay que hacer un conjuro para cada habitación del monasterio. Eso ayudaría a reforzar el escudo que hice cuando llegamos aquí. Por supuesto —añadió—, también debemos delimitar el exterior, y eso nos va a llevar un buen rato.

—Yo puedo ayudar —se ofreció el sacerdote—. Nos dividiremos el monasterio en dos, así iremos más rápido.

El brujo estalló en carcajadas mientras Rafael sonreía.

—¡Eres cazador, no brujo! —le recordó Harry—. Este conjuro es muy potente. No se trata de pintar símbolos en una pared con un horrible espray.

Rafael, inquieto, divisó cómo una pequeña neblina comenzaba a formarse en las cercanías del río. Pronto, el atardecer los avisaría de la llegada de la noche y no contarían con mucho tiempo para realizar ese ritual.

—¿Crees que Sofía está preparada?

—Tiene un don innato envidiable —contestó sin dudarlo—. ¡Claro que podría hacerlo!

Sofía recorría los parajes cercanos al monasterio junto al sacerdote, siguiendo las instrucciones del viejo brujo al pie de la letra. El hombre rociaba con agua bendita y sal todas las rocas y plantas que se encontraban en el camino mientras ella leía con fervor las frases escritas que tenía en un papel. Al mismo tiempo, pintaba en el aire con el dedo índice una cruz dentro de un círculo perfilado con el símbolo del infinito. Estaba fascinada por la estela azulada que desprendían los diseños al ser rematados con la última palabra del hechizo. ¡Era mágico! Su dibujo se hacía palpable durante un escaso pero deslumbrante segundo, para después desvanecerse y permanecer oculto en algún lugar recóndito del mundo invisible.

Llevaban más de una hora repitiendo una y otra vez la misma ceremonia, y a cada paso que daba, ella vigilaba intranquila su espalda. Temía que en cualquier momento el ente pudiera sorprenderlos. Después, suspiraba aliviada al recordar que portaba consigo el talismán, que siempre la avisaba de una amenaza inminente. El sacerdote la acompañaba ofreciéndole su protección. No parecía en absoluto un hombre fiero; andaba con talante sosegado y discreto. Sin embargo, muchos contaban que era el mejor espadachín que habían conocido, ya que manejaba el sable con elegancia y

destreza. Sofía ocultó una sonrisa al imaginar al hombre con vaqueros y alzacuellos, blandiendo el arma con una postura refinada frente a la sombra.

—Deberíamos darnos prisa —lo escuchó decir—, está empezando anochecer.

El padre Carlos apuró los pasos mientras ella contemplaba el ocaso con cierto pavor. Los últimos rayos de sol se despedían con premura, y la luna comenzaba oficialmente su reinado acompañada por su séquito de estrellas. Ambos iniciaron el camino de regreso al monasterio sin intercambiar palabra alguna. En la entrada, los faros de un coche la deslumbraron, razón por la que se protegió la vista con el brazo. Después del resplandor inicial, pudo atisbar a Iris entre los ocupantes del vehículo. No la había visto desde el incidente con su madre, así que esperó impaciente a que bajase del coche.

—¿Cómo está tu madre?

—Los médicos dicen que mejor —le contestó fríamente y sin detenerse—. Yo no lo veo igual. ¡Se va a quedar ciega! Aun así, piensan darle el alta pronto.

Iris empujó la puerta de la entrada con rabia mientras ella la seguía sin saber muy bien adónde se dirigía. Caminaba con pasos determinantes y con el ceño fruncido, ignorando que ella continuaba detrás.

—¡Lo siento mucho, Iris! Si puedo ayudarte en algo… —se aventuró a decir en un intento de llamar su atención.

—¡¿Sabes cómo aniquilar a esa sombra?! —le reprochó, encarándose con ella. Nunca la había visto así. Sus ojos grises estaban llenos de ira, como nubes negras cargadas de rayos a punto de estallar. Mantenía los dientes apretados y las manos en puños. Sofía no pudo hacer más que guardar silencio—. ¡Entonces, no puedes!

Permaneció clavada en el pavimento mientras observaba cómo se alejaba sin volver la vista atrás, sin brindarle la oportunidad de explicarse. Bajó la cabeza, dolida. Ella era la única amiga que tenía dentro de aquel odioso claustro, la única con la que podía desahogarse sin tener que meditar primero las palabras que escupía cuando el corazón se le atragantaba. Y ahora, cuanto más la necesitaba, le daba la espalda. De nuevo, reprimió las lágrimas. Estaba hartándose de ese lugar y de los excéntricos personajes que lo habitaban. Ansiaba volver a la normalidad y estar junto a sus amigos de toda la vida, porque así al menos no tendría que preocuparse de cazadores arrogantes que la miraban con desdén, de insólitas feromonas que intentaban seducirla ni de amigas que de repente decidiesen ignorarla porque a su madre le hubieran arrancado los ojos. Lanzó un resoplido que resonó en el pasillo, y en ese momento percibió cómo una gruesa mano caía como un yunque sobre su hombro. Ladeó ligeramente la barbilla y descubrió

a León, que la encañonaba con una agresiva mirada.

—Vengo a darte un recado —le soltó sin más con su habitual voz áspera—. Mañana no tienes clases con el brujo. Después del desayuno, aprenderás defensa personal con Hugo en la sala de entrenamiento.

Abrió los párpados, perpleja hasta lo inimaginable. Ahora sí que quería chillar, patalear y golpear la pared con fuerza. Crispada, se encaminó hacia su habitación sin percatarse de que cada vez que superaba una bombilla, esta parpadeaba hasta fundirse por completo. ¡¿Hugo?! ¡Por Dios, era detestable!

A la mañana siguiente, después de endosarse los únicos *leggins* negros con los que contaba, calzarse las zapatillas y recogerse el cabello en una coleta improvisada, bajó al comedor. Escogió un bocadillo de mortadela junto con una taza de café con leche y se sentó en una esquina apartada del resto. Intentaba pasar desapercibida entre los presentes, pero era evidente que no lo conseguía. La habían juzgado de antemano por lo acontecido durante la noche de la tormenta, y el veredicto había sido unánime: culpable. Ella había acercado la sombra al refugio. Se lo había mostrado porque había sido descuidada, y ahora todos temían que en cualquier momento el ente se abalanzase sobre ellos, como un buitre en busca de carroña. Y, para colmo, Edith se encontraba en el hospital después de haber pretendido rescatarla. Todos la odiaban. Había pasado de ser la rara bruja de hielo a convertirse en el fatídico cuervo portador de las desgracias.

Hundió aún más la cabeza en la mesa para ocultar su desánimo y su creciente frustración. Si su madre hubiera estado allí, habría estallado como un volcán furioso y los habría llamado a todos ignorantes por haberla arrinconado de esa manera, por señalarla con el dedo antes de argumentar sus acusaciones y porque la época de la Santa Inquisición y de los Juicios de Salem habían quedado atrás. ¡Oh, sí! Su madre la apabullaba a veces con grandes discursos sobre la marginación y el derecho a todos a expresarse, y ella aparentaba ignorarla mientras en realidad seguía con interés su cháchara exaltada. Estaba dispuesta a levantarse y abandonar la habitación cuando junto a ella se sentó la pequeña Ariadna. Esta le sonrió mientras mojaba las galletas en la leche. Sofía admiró su cabello lacio y moreno, que apenas se dejaba sujetar con una traba y caía sobre sus hombros con dulzura, resaltando sus brillantes ojos verdes.

La rolliza cocinera se aproximó a la niña mostrando cierto nerviosismo.

—Cariño, ¿no prefieres sentarte junto a los demás niños? —le preguntó mientras le lanzaba una mirada de soslayo a Sofía.

—Aquí estoy bien, gracias —le contestó, balanceando los pies bajo la mesa.

La mujer se alejó con el ceño fruncido y una mueca de desagrado

pegada a su cara y volvió a situarse tras los calderos. Sofía admiró el valor de la pequeña, y terminó con entereza el bocadillo mientras disfrutaba del café con leche.

—Gracias por acompañarme —le dijo, guiñándole un ojo.

—Mi padre dice que todos los que estamos aquí somos acogidos por el mismo motivo —afirmó con una seguridad que la hizo sonreír—. Y que no importa nuestro linaje. Todos merecemos el mismo respeto.

—Tu padre es muy sabio. Me recuerda a mi madre.

No pudo evitar volver a pensar en ella, y deseó que se encontrase ya en casa, sana y salva, junto a su padre y su hermano. La imaginaba histérica, echando humo por las orejas, preguntándose dónde se encontraba ella y si estaría bien. Y la verdad era que, a pesar de lo insufrible que podía resultar a veces, la echaba mucho de menos.

—Yo casi no conocí a la mía —murmuró, encogiéndose de hombros —. Era muy pequeña cuando murió.

—Estoy segura de que era una buena mujer y una gran madre… Yo descubrí que tenía dos madres hace unos años, y apenas hace unas semanas que una de ellas era…, o es, una bruja poderosa.

—¡Sí, me lo han contado! ¡Y es superalucinante! —exclamó, abriendo de par en par los ojos—. ¡Me habría gustado ver a mi hermanito estrellarse con la silla!

—¡Oh, Dios, Hugo! ¡Voy a llegar tarde! —Se incorporó de inmediato—. No quiero empezar sus clases con mal pie.

—¡Vete! Que es un poco gruñón.

«Gruñón» no era la palabra que ella habría utilizado. Se le ocurrían algunas mejores que no se atrevía a pronunciar delante de su hermana pequeña. Corrió cruzando el vestíbulo y atravesó el patio interior, donde algunos portentosos setos sonreían complacientes al disfrutar de los tenues rayos de sol que acariciaban sus raíces. Después se internó en otro pasillo y giró a la izquierda sin calcular muy bien la abertura de la curva. Se rozó el brazo con la pared y se maldijo a sí misma por su torpeza. Por fin, divisó la sala de entrenamientos. Detuvo su carrera e, inclinándose, apoyó las manos en los muslos para coger aliento.

La puerta estaba abierta. Entró con paso tímido, esperando encontrar a su detestable nuevo instructor, pero en vez de ello, se sorprendió al descubrir a Oriol, que sacudía con sus fuertes puños un indefenso saco de boxeo. Avanzó sin hacer ruido hasta el centro de la sala, admirando sus vigorosos brazos y su espalda ancha. Se movía con agilidad y empuje con cada pegada. Estaba concentrado en sus golpes como si el saco azul fuese el enemigo a abatir, impidiendo que cualquier distracción lo asaltase y perder así el combate. Ella permaneció en silencio, con los brazos en jarra, sin interrumpir su ceremonial entrenamiento, mientras esperaba a que Hugo llegase. Al

fin, él agarró con firmeza el saco deteniendo su brusco balanceo, se giró y le sonrió con picardía.

—Ya estás aquí —la saludó mientras se secaba el sudor con una toalla.

—¿Y Hugo? —le preguntó, cruzándose de brazos.

—No va a venir —le anunció, arrugando la nariz—. Entrenar a novatos le da pereza, y si encima no son cazadores… Así que el honor ha recaído sobre mí. —Hizo una falsa reverencia que consiguió ruborizarla, y deseó que su cara no pareciera en ese momento un farolillo rojo.

Lanzó un resoplido, agobiada, el cual no pasó desapercibido para él. La miró divertido, observando su improvisado atuendo. Él prefería el negro, tanto para el adiestramiento como para la caza, y aquel azul centelleante de su camiseta ajustada, con el dibujo de un hada colgándose de la luna, lo distraía demasiado.

—¿No tenías nada menos llamativo que ponerte? —le preguntó, señalando las tersas alas que le cubrían los pechos.

—¡Estaba de vacaciones! —protestó enojada—. ¡Tengo trajes y sandalias! Esto es lo más adecuado que encontré para hacer ejercicio.

Él destapó una botella y alzó la barbilla para beber de ella. El agua bajaba por su garganta resaltando su largo cuello. Ella apartó la mirada, evitando contemplar así la figura del cazador. ¡Iba a ser un día infernal! Las feromonas eran crueles, y la arrastraban una y otra vez a pensamientos sensuales, poco productivos en ese momento.

Él le hizo señas para que se acercara a la mesa del fondo y Sofía se aproximó decidida, dispuesta a ser una buena alumna. Al llegar, aparecieron diferentes armas sobre ella, desde arcos, escopetas, dagas, y algunas más que se aventuraría a afirmar que eran japonesas pero de las que desconocía su nombre. Entre la extraña munición que se encontraba, distinguió las esferas metálicas que había visto usar durante el enfrentamiento con el espíritu del pirata. Cogió una y la observó con más detenimiento.

—¿De verdad contienen sal? —cuestionó, todavía extrañada—. ¿Cómo puede ser posible?

—No solo tienen sal, sino también una pizca de ruda y algo de aceite esencial de lavanda —le aclaró—. Es Harry quien se encarga de estos mejunjes, y nosotros, los cazadores, de inventar los artefactos para que sean útiles. Cada ser sobrenatural tiene su debilidad, y usas un arma u otra dependiendo de la bestia a la que te enfrentes.

—¿Como las estacas para los vampiros? —le preguntó desconcertada al advertir dos palos de madera tras el arco—. ¿En serio existen los vampiros, los hombres lobos y todas esas cosas que de pequeña me decían que eran cuentos para asustar a los niños?

—Bueno, no son vampiros exactamente… Algunos se empeñan en

recrearlos con aspecto casi humano y a veces demasiado seductores, sobre todo en cierta literatura. Y después está el cine… ¡Es increíble! —Se colocó un mechón de su cabello castaño detrás de la oreja—. Pero son criaturas demoníacas sedientas de sangre, y si en algo tienen razón las leyendas, es que las estacas son eficaces contra ellos. ¡Y cortarles la cabeza también!

Sofía mostró una mueca de disgusto. Bastante tenía ya con la sombra como para centrarse en otras especies malignas. Volvió a examinar la diminuta esfera, a la que hacía girar entre sus dedos, buscando el botón de apertura.

—¿Y cómo consigue abrirse y soltar el contenido?

—Se activa al impactar con el campo energético que rodea a los espíritus. —La cogió entre las manos y la depositó en la mesa—. Su mecanismo es complicado, y para eso, vas a tener que preguntarle a Rafael. Él fue quien las inventó. —Se dirigió de nuevo al centro y colocó varias colchonetas en el suelo—. Y ahora será mejor que empecemos.

—¿Tengo que escoger una de estas armas? —le preguntó, arqueando las cejas.

—Eso es para los cazadores —dijo con seriedad—. Los brujos utilizan las manos, el pensamiento o lo que se les ocurra.

—¿Y entonces? —Se aproximó a él, desconcertada.

Oriol aprovechó para sujetar su muñeca con fuerza y tirar de ella. Sofía chocó contra él y alzó la barbilla, turbada. La apretaba demasiado y le estaba haciendo daño. Él la escudriñaba con fiereza, como la presa tonta que había caído en la trampa. Parecía divertirse mientras la controlaba.

—Hasta que no seas capaz de soltar mi mano y lanzarme por los aires con un simple pestañeo, necesitarás aprender defensa personal. —La desafió con su mirada de fuego—. Y aunque la sombra no sea corpórea, el que la controla sí que lo es. ¡Un descuido y estás muerta!

La empujó hacia atrás y le devolvió la mano. De inmediato, Sofía se apresuró a masajeársela, buscando alivio a su dolor. Estaba enrojecida y le palpitaba. La fuerza de Oriol era excesiva para ella, que jamás había participado en un combate. Ignoraba qué era lo que él ambicionaba con esa actitud agresiva, pero si pretendía asustarla, lo había conseguido. No estaba dispuesta a soportar esas tonterías; bastante tenía ya con los jueguecitos de la sombra y con los continuos desplantes de las personas del monasterio como para sufrir más humillaciones. Entonces, se prometió a sí misma que no iba a permitir que nadie la avasallara más. Le arrojó una mirada altiva y se dispuso a abandonar la estancia sin ningún tipo de explicación.

—¿Adónde vas? —Él la frenó, contrariado, interponiéndose en su camino—. ¡Ni siquiera hemos empezado el calentamiento! ¡Tienes que

dar unas cuantas vueltas al gimnasio!

—¡Me has hecho daño! —le espetó furiosa—. ¡No me he presentado aquí para pasar miedo ni para que me castiguen de esa manera! ¡Estoy harta de que todos me echéis la culpa! ¡La sombra ya existía cuando aparecí yo!

—¡Primero, relájate! —le sugirió, apoyando las manos en sus hombros—. Y respira hondo. ¡No te estoy castigando por nada! ¡Esa sombra puede aparecer en cualquier momento y, esa vez, arrancarte los ojos a ti! ¡¿No lo entiendes?! ¡Estoy intentando protegerte!

Ella continuaba tensa, con los labios apretados y el entrecejo arrugado. Escuchaba su corazón bombear a un ritmo inusual, ansioso y a la vez resignado. Aunque le costara admitirlo, él tenía razón. Era un trofeo fácil. Lo único que había hecho hasta ahora era huir, y quizá había llegado el momento de tomar el control y luchar. Clavó la mirada en sus misteriosas pupilas, que se agrandaban henchidas de esperanza mientras desprendían chispas doradas. Tenía que confiar en él, aunque eso conllevara pasar malos momentos. Bajó la cabeza, asintiendo.

—Muy bien, ¿pues a qué estás esperando? —la retó él entre susurros que volvieron a estremecerla—. ¡A correr!

Para ella era un suplicio comprometerse con cualquier tipo de ejercicio físico. Dos años atrás se había apuntado a un gimnasio con sus amigas, y el resultado había sido desastroso. En cuanto comenzó a tener agujetas en partes que jamás se habría planteado que existieran, salió corriendo y no volvió a pisar el centro. Después lo había intentado con el baloncesto, alentada por su padre, pero enseguida cambió de opinión. Coordinar los movimientos de la pelota mientras corría hacia la cancha contraria tampoco era lo suyo. Las contrincantes la intimidaban tanto que terminaba incurriendo en pasos y dobles a destajo. Y ahora, allí, procuraba mantener el ritmo de una marcha que desde el primer minuto le estaba resultando fatigosa. Evitaba mirar a Oriol, pero percibía la intensa mirada de este sobre su nuca, logrando agobiarla aún más. Cuando por fin lo escuchó decir que parara, se lanzó al suelo como si hubiera escalado una cordillera entera y la hubiera bajado rodando. Permaneció allí tumbada, en el pavimento, aprovechando el frescor de este, intentando recuperar el aliento y normalizar la respiración.

Al ver la silueta de Oriol asomarse por encima de su cabeza, le recordó que el infierno no había terminado. Él le mostró una mueca contrariada junto con una mirada de reproche. Tenía la apariencia de un sargento severo que acababa de perder el silbato, con los puños apoyados en la cintura y las piernas abiertas en el ángulo perfecto para mantener una posición autoritaria. Le tendió la mano y ella la aceptó de buen grado con el fin de poder incorporarse. Pero él volvió

a aprovechar su descuido para atraerla contra su cuerpo al mismo tiempo que la giraba y la apresaba con su brazo musculado, presionándole ligeramente el cuello.

—Vamos a ver cómo la brujita se las arregla para salir de esta situación —la desafió, dibujando una amplia sonrisa en su rostro—. No te agobies, he empezado por algo difícil porque me lo dejaste en bandeja, nada más. Solo quiero comprobar tus recursos.

Ella permaneció inmóvil. Su primera actuación la había cogido desprevenida, y ahora, la segunda delataba por completo su torpeza. Debía demostrar su valía escapando del brazo que la mantenía inmovilizada, pero apenas podía concentrarse. No estaba preocupada por terminar asfixiada, sabía que él nunca haría eso, sino por el torrente de sensaciones que la estaban invadiendo en ese preciso instante: su cuerpo pegado al de él, percibiendo cómo el aliento de este rezumaba cerca de su oreja, invadiendo su espacio y erizando todo el vello de su piel. Advertía el movimiento de su pecho rozándole la espalda con cada respiración, regalándole un falso sentido de seguridad, porque no quería apartarse de él y, sin embargo, era su captor. Pensó en esa estúpida sustancia química que él desprendía sin ninguna piedad: las feromonas. Debían actuar paralizando los sujetos, haciéndolos anhelar justo lo contrario de lo que deseaban. ¿Cómo iba entonces a escapar de su prisión si el mínimo contacto con su piel la hacía estremecer mientras su corazón bombeaba con un ritmo vertiginoso?

Pataleó varias veces intentando zafarse mientras él le susurraba en el oído un rotundo «No». Después tiró de sus brazos con fuerza hacia abajo para que dejara de hacer presión sobre su garganta. Esa vez, él rozó su mejilla al acercar sus labios y, de nuevo, le dijo que no. Entonces, desesperada, giró la cabeza hacia su codo, pensando que aquello era más que una tortura. Tenía que encontrar la manera de liberarse de esa embrujada forma de seducción. Porque no lo soportaba más. Cada vez que él pronunciaba ese «No» tan inocente y a la vez tan cargado de erotismo, le hervía el pecho. ¡No estaba preparada! ¡No podía combatir contra él!

—Nunca busques el codo de tu agresor —le recriminó—. Si lo haces, le facilitas el estrangulamiento. Busca con tu mirada mis muñecas y agárralas con ambas manos. Después, flexiona ligeramente las rodillas.

Ella se humedeció los labios y, entrecerrando los párpados, se concentró en sus palabras. Levantó los brazos y sujetó sus muñecas tal y como le había indicado.

—Muy bien —la felicitó—. Ahora tienes que buscar la manera de distraerme, y eso lo conseguirás golpeándome la cara con tu mano izquierda. —Ella dudó unos segundos—. Vamos, ¿a qué estás

esperando?

—No voy a darte en la cara.

—No tienes que darme un puñetazo. Finge que me das con el dorso de la mano. —Él sujetó sus dedos y la acompañó en el movimiento, como si se tratara de un paso de baile, lento y armonioso—. Entonces, aprovechando esa distracción, con la misma mano, desciendes con rapidez y golpeas mis genitales. ¡Es un punto estratégico de dolor! ¡Así podrás apartar mi brazo sin problema! —Sofía detuvo el arco que ambas manos dibujaban en el aire al llegar a la cintura y él soltó su mano sin objeción—. ¿Lo has pillado?

Asintió con rapidez y se alejó de él hasta situarse a una distancia prudencial. Le ardía hasta el alma. Le escocían las manos con tan solo recordar sus dedos acariciar con suavidad los suyos, y ahora era incapaz de aguantarle la mirada. Aquello era una mala idea. No podía continuar las lecciones de defensa personal con alguien que usaba sus poderes de esa manera con ella. Sí, Iris le había contado que era algo innato en él y casi inevitable, que era como su aura, pero no podía resistir más esos ataques, ya que la debilitaban y no dejaban que se concentrase.

—¿Te pasa algo? —Se acercó al ver que ella temblaba.

—No, nada —le contestó y se retiró aún más—. Lo siento, no puedo continuar con esto.

Echó a correr y abandonó la sala sin atreverse siquiera a mirarlo a los ojos. Temía que descubriera el verdadero motivo de su renuncia. Le daba vergüenza admitir que, a pesar de todo su esfuerzo, no había logrado aniquilar el influjo que sus feromonas tenían sobre ella. Por eso debía hallar la manera de que su parte demoníaca no la afectara tanto. No podía también alejar a Oriol de su vida en el monasterio; no ahora que Iris la culpaba de la ceguera de su madre. No quería perder a otro amigo.

13

Trampa

Sentada en el borde de una roca, a orillas del río, contemplaba absorta el discurrir del agua que tan serena e imperturbable sorteaba las numerosas piedras que encontraba en su larga travesía. Las esquivaba sin ninguna dificultad, dando ejemplo de su valentía y entereza, continuando así el camino perfectamente trazado, con el único objetivo de alcanzar su destino. Era admirable cómo la naturaleza no se rendía nunca. Luchaba infatigable a pesar de los continuos daños ocasionados por el ser humano. El plástico ahogaba sus mares, la deforestación amenazaba sus bosques, los glaciales se derretían como helados en un verano amarillo. Pero ella, incansable como una madre protectora, vociferaba para hacerse escuchar a través del rugido de los volcanes, de su amargo llanto que inundaba calles, del gélido lamento que sepultaba ciudades bajo la nieve…

No se sometería jamás, pero el hombre avaricioso no había escuchado sus advertencias. Este ansiaba más y más. Nada era suficiente para saciar su ego. Tenía que acumular riquezas, codiciar los bienes ajenos y alimentarse del poder. Poder… En esa mísera palabra se escudaban unos cuantos para avasallar al resto. De eso se trataba: de vanagloriarse de sus dominios, de presumir de sus logros de dudosa procedencia y de abocar a los demás a la destrucción.

Frunció el ceño, meditabunda. Ahora, un demente desconocido quería adueñarse de los dones ancestrales para utilizarlos en su propio beneficio. Una nueva amenaza silenciosa se cernía sobre el planeta sin levantar sospechas entre la gente, que continuaba levantándose cada mañana leyendo la página de sucesos sin darle más importancia. «Otro ajuste de cuentas», dirán. «Un pobre desgraciado al que han intentado robar en su casa».

Pero Enrique era más que una víctima casual que se encontraba en el lugar equivocado. ¡Era un cazador! ¡Un cazador de bestias! Y la sombra continuaba su periplo causando la desolación en diferentes lugares de la Tierra, absorbiendo poderes inimaginables ignorados por la gran mayoría de los humanos. Pero ¿para qué los querría exactamente? ¿Para algo tan antiguo como dominar el mundo o para alcanzar la ansiada vida eterna? Se lo había preguntado a Harry en más de una ocasión durante las clases. Este repetía una y otra vez el

mismo gesto: se limpiaba las gafas aplicándoles su vaho, para luego contestarle: «Únicamente desenmascarando al malhechor se puede conocer su propósito final». Después, se limitaba a negar con la cabeza y a reiterar que no podría ser para nada bueno, a lo que ella insistía en que debía existir alguna fórmula de localizarlo sin entrar en la guarida del lobo.

Se incorporó y recibió de golpe los persistentes rayos de sol sobre su rostro pálido. Había salido con la esperanza de apaciguar los ánimos después de su desconsiderada marcha del gimnasio, y en cierto modo lo había conseguido. Se había sumido en la paz del lugar, acompañándolo en su tránsito matutino. Pocos se atrevían a abandonar el recinto a pesar de que los conjuros de protección se prolongaban hasta los antiguos muros que delimitaban su territorio. Ni siquiera muchos de los cruzados, pese a haber sido descartados como víctimas, osaban acercarse al agua o pasear alrededor de su emblemático huerto, que clamaba desesperado atención.

Entró de nuevo en el refugio para ampararse en los corpulentos muros, los cuales mantenían orgullosos el frescor bajo sus piedras, y se encerró en su habitación con el propósito de estudiarse de memoria esa asombrosa cantidad de símbolos que continuaban resistiéndosele. Sobre las siete de la tarde, bajó al comedor porque las tripas enfurecidas gruñían reclamando comida. Tenía un hambre atroz. Asaltó la nevera, se preparó un sándwich que devoró en apenas un minuto y se dirigió a la capilla, dispuesta a interrogar al padre Carlos. Su talante dialogante y nada esquivo la ayudaría a comprender mejor los motivos reales de esa locura, y tal vez obtener una pista sobre quién podría ocultarse tras la sombra. Tenía que existir algo en lo que ella pudiera ayudar, más que recibir clases de brujería, videncia y, ahora, defensa personal. ¡Ah! Contuvo una mueca lastimera al pensar en aquello último. Oriol debía estar molesto con su comportamiento. Ese era otro problema que se sumaba a los muchos que tenía que resolver.

Estaba tan ensimismada enumerando todas las cuestiones que debía tratar con el sacerdote que no advirtió que ya se encontraba ocupado. Iris mantenía una conversación acalorada con él cerca del altar. Sofía ralentizó el paso y los observó mientras se aproximaba con prudencia. Él limpiaba una jarra de plata. Después abrió una botella de vino y vertió el líquido en ella mientras la vidente, visiblemente alterada, caminaba de un lado para otro, chasqueando la lengua y haciendo aspavientos.

—Pensé que estaba desvariando —dijo la joven de mirada felina—. Todavía tiene picos de fiebre… Pero creo que es algo más… Deberías visitarla.

—Y claro que lo haré, pero después de la misa. —Arrugó el rostro,

compungido—. Muchos están perdiendo la fe, y mi deber es asegurarles que tras el túnel viene la luz. —Suspiró preocupado—. Eso que me cuentas de las serpientes, ¿no podría ser una visión?

—¡No está alucinando ni tampoco teniendo una premonición! —le recriminó alterada—. ¡Está reviviendo lo que le ocurrió!

—Baja la voz —le espetó—. Ya empiezan a llegar los fieles.

Iris reparó en la presencia de varias personas en la entrada y de algunas ya sentadas en los bancos. Luego clavó la mirada en Sofía, quien continuaba detenida en el primero de los dos escalones que separaban el altar de los asientos de la congregación. Después la ignoró sin más.

—¡Dice que la atacaron las serpientes! —exclamó entre dientes, sin abandonar su tono vehemente—. ¡Si esa sombra es capaz de recrear a esos bichos, es que lo que hay detrás de ella es un demonio!

—No podemos aventurarnos a tal afirmación. —Él empezaba a impacientarse—. No es el momento para debatir esto. Deberías hablar con Rafael.

—¡Carlos, te he preguntado a ti primero como amigo de mi madre y entendido en teología!

—¿Existe otro ser que pueda presentarse con las serpientes o que sea capaz de tomar su aspecto?

Sofía subió el segundo escalón y se acercó a ellos, sigilosa. El sacerdote arqueó las cejas, sorprendido por su atrevida intervención, negando con la cabeza al mismo tiempo que descendía y comenzaba a saludar a los fieles que lo requerían. Iris bajó corriendo, maldiciendo para sus adentros, y con paso presuroso, abandonó la capilla. Sofía la seguía muy de cerca.

—Puede que Harry sepa decirnos algo más —le sugirió—. Quizá tengamos una buena pista.

—¿Decirnos? ¿Tengamos? —Resopló. Continuó la marcha sin mirar atrás—. ¡¿Quién te ha dado vela en este entierro?!

Sofía la detuvo sujetándola por el brazo.

—¡Yo no tuve la culpa de lo que le pasó a tu madre! —le reprochó con el corazón encogido—. ¡Los demás se apartan de mí como si fuera la peste! ¡Fue la sombra la que le sacó los ojos! ¡No yo!

—¡Ya sé que no fuiste tú! ¡Fue ese maldito ente oscuro! —De un tirón, se liberó de la mano que la mantenía retenida, y achicó la mirada con dureza.

—Entonces, ¿por qué me tratas así? —le preguntó, y contuvo la respiración a la espera de una respuesta que aliviara su desazón.

—¡Porque tú eres la supuesta bruja poderosa! ¡Tú pudiste con ella en el hotel! ¡Tú tenías que protegerla, no ella a ti!

Giró sobre los talones y se adentró en un nuevo pasillo mientras Sofía encajaba el golpe. ¡No, eso no era justo! Y no estaba dispuesta a

ser su saco de boxeo porque estuviera dolida, enfadada y puede que resentida, porque también ella ignoraba cómo derrotar al ser oscuro. Siguió sus pasos sin titubear. No iba a permitir que la tratara como un estropajo, así sin más. La chica amable y alegre que la había recibido el primer día se había convertido en un ser irreconocible y enojoso.

Subió las escaleras tras ella, dispuesta a hacerse escuchar. No tenía ni idea de hacia dónde se dirigía, pero en ese momento le importaba un carajo. ¡Iba a solucionar el problema ya! Al doblar la esquina, la divisó detenerse frente a una puerta. Ocultaba una de las manos en el bolsillo de los vaqueros mientras con la otra tocaba la madera varias veces de una forma rítmica. Tras unos meditados segundos, entró sin esperar respuesta. Sofía dudó un instante al situarse delante de la puerta, hasta que por fin se decidió a atravesar el umbral sin llamar. Iris tendría que escucharla, costara lo que costara. Accedió a la desconocida estancia y se sorprendió al descubrir en su interior a los dos hermanos cazadores.

—¿Por qué has traído a la bruja? —le recriminó Hugo a la vidente.

—¡Me ha seguido! —le contestó sin darle más importancia.

Sofía guardaba silencio mientras con el ceño fruncido examinaba la habitación con cierta discreción. Era evidente que se trataba del cuarto de Hugo. Había varias armas perfectamente alineadas en la pared y una pequeña estantería con libros ordenados por tamaños. A la izquierda, distinguió una cama que presumía de no poseer ni una arruga en su colcha. Ni ella misma era tan meticulosa. Y a la derecha, un armario entreabierto dejaba ver la pulcritud y exactitud con la que el cazador trataba su ropa. Hugo afilaba uno de sus cuchillos sentado junto a la ventana. A su lado, repantigado de una forma más desenfadada, se encontraba Oriol.

—Muy bien, niñata, si estás aquí, es que estás con el grupo, y no podrás contar nada de lo que se hable en esta reunión —la amenazó, dirigiendo el cuchillo hacia ella—. ¿Entiendes?

Sofía arqueó las cejas, estupefacta. Había esperado otra reacción más agresiva viniendo de él: que la echara de la habitación a patadas sin darle ningún tipo de explicación o que la insultara hasta hacerla llorar y obligarla a salir de allí. Sin embargo, no se había opuesto a su presencia en el lugar. Así que lo miró con garra y se limitó a asentir sin comprender qué era lo que estaban tramando.

—Oriol tiene un plan —continuó, autoproclamándose el cabecilla —. Hay que alejar a la sombra del monasterio. Aquí podría hacer una carnicería, y eso no vamos a permitirlo.

—¿Qué habéis pensado? —Iris había adoptado un aire de guerrera, desconocido hasta entonces para Sofía.

—La brujita me ha ayudado a atar unos cuantos cabos.

A Sofía le molestó cómo Oriol se refería a ella con tono burlón. Era

evidente que continuaba enojado por su decisión de abandonar el entrenamiento. Y en ese momento, harta de todos, quiso darle una patada en la entrepierna. En cambio, lo obsequió con descaro una sonrisa falsa.

—Si activamos un poder ancestral puro lejos de aquí, la sombra no dudará en recorrer cientos de kilómetros para cazarlo —continuó él, ignorando su gesto, que presumía infantil—. Hugo se ha prestado voluntario. Será el cebo. Estaremos preparados en cuanto llegue, así podremos tenderle una trampa y caerá en ella.

—Bien, me apunto. —La vidente dio un paso adelante, resuelta.

—¿Y cómo pensáis acabar con ella cuando ataque a Hugo? —Sofía los miraba a todos como si de repente hubieran enloquecido.

—¡A ver, niñata, o vienes o te callas!

—¡Ella no viene! —Oriol desafió a su hermano con la mirada—. ¡No está preparada! Además, es una bruja pura; por lo tanto, otra víctima potencial. A Iris y a mí no nos hará nada. Pero a ella…

—Oriol tiene razón —puntualizó Iris—. No podemos protegerla a ella y a ti también.

—¡Hola, estoy aquí! Creo que puedo hablar por mí misma. —Empezaba a exasperarse al oírlos hablar de ella como si fuera un trasto inservible—. ¡¿No me dijiste tú que era una bruja poderosa y que mi deber era proteger al resto?!

Iris, aludida, soltó un profundo resoplido que hizo oscurecer aún más sus enigmáticos ojos grises.

—¡Tú no vienes! ¡Y no hay más que hablar! —repitió Oriol, visiblemente alterado.

—Ya ves… Mi hermano no quiere que jodas la misión, así que te quedarás en el monasterio calladita y con la boquita cerrada. Y si te preguntan, no sabes nada de nosotros; te haces la tonta, que eso lo haces de maravilla. —Hugo reflexionó unos segundos—. Es más, funcionarás como nuestro enlace. Te mantendremos informada de la misión por si llegado el momento algo se tuerce y necesitamos ayuda. —Se incorporó, abandonando su fingido reposo, y los invitó a marcharse—. Y ahora, buenas noches a todos. ¡Nos vemos al alba!

Ella quiso protestar. No estaba de acuerdo con su parte de la misión, pero se quedó con la palabra en la boca mientras Hugo, ahora sí, la empujaba para sacarla de la habitación y luego cerrarle la puerta en las narices. Tanto Iris como Oriol desaparecieron por el pasillo sin ni siquiera pronunciar un mísero adiós. Estaba muy enfadada. Ninguno de ellos se había enfrentado a la sombra directamente, por lo que ignoraban lo poderosa que era. Ella había distinguido con un simple atisbo su rostro vacío, unos ojos huecos sin vida, sin alma que albergase su ser, y una boca aterradora y pestilente, como los negros agujeros de las alcantarillas, preparados para engullir la existencia de

cualquier ser que obstruyese su camino.

La sombra sembraba muerte y desolación a su paso. Era cruel con sus víctimas. ¡¿Cómo iban a luchar ellos tres contra ese ser?! No tendrían ninguna oportunidad. ¡Si ni siquiera sabían cómo destruirla! Quiso avisar a Rafael, él los detendría… Pero ¿qué ocurriría luego? La despreciarían, la arrinconarían contra la pared como había hecho el resto, y aunque ahora estuviesen furiosos con ella, eran los únicos con los que podía hablar, los únicos que la tenían en cuenta.

Resignada, cerró la puerta de su habitación y se tumbó en la cama, dejando que el cuerpo se le hundiera en el colchón mientras apoyaba la cabeza en la rígida almohada. Fijó la mirada desganada en la techumbre y se perdió en las líneas desdibujadas de la madera. Iba a ser una noche eterna. Escuchaba el fresco canto de los grillos que anunciaban un cielo estrellado y sosegado, pero temía que esa serenata se quebrara y se transformara en lamentos desgarradores. Esa absurda trampa era una idea estúpida y arriesgada. Maldijo a los tres chicos por haberla confinado en esas cuatro paredes sin la posibilidad de ayudarlos. No podía hacer nada más que esperar. Volvió a coger el libro de símbolos mágicos entre las manos, dispuesta a repasar lo aprendido, pero el cansancio acumulado del día la venció y, lentamente, entornó los párpados.

El cántico rítmico y monótono de los grillos pronto se convirtió en una salmodia escalofriante que la condujo de nuevo a la casa del ejercicio de visualización con Edith. Extrañada, subió unas estrechas escaleras hasta alcanzar una de las plantas superiores, para después dejarse guiar por las voces que provenían de una estancia que no había visitado la vez anterior. Se detuvo en el umbral al descubrir a cuatro personas con túnicas blancas que desfilaban en la penumbra alrededor de un cuadrado dibujado en el suelo. Cada una de ellas portaba un cuenco en las manos, con un desconcertante líquido en su interior que no lograba distinguir. Entonaban frases sin sentido mientras depositaban los recipientes sobre las esquinas de la simplista forma geométrica a la vez que entrelazaban los dedos. Entonces, al reparar en que de sus yemas brotaba sangre, la cual hacía caer en el cuenco con esmero, reprimió un grito de horror al mismo tiempo que un intenso repelús sacudía su cuerpo. Una de las figuras retiró la capucha de su cabeza, dejando apreciar así su rostro. Alarmada, Sofía comprobó que se trataba de su madre.

Golpes persistentes comenzaron a aporrear la puerta de la entrada, interrumpiendo el extraño ritual que se estaba realizando en la casa. Ella no quería abandonar la estancia. Tenía que averiguar qué hacía su madre con un cuenco lleno de sangre y ataviada de esa manera misteriosa. Pero los golpes no cesaban, y tras una larga lucha consigo misma, terminó despertando.

Se incorporó de inmediato al constatar que era la puerta de su habitación la que estaban tocando. Mientras se dirigía hacia ella, advirtió que un alba tempranera irrumpía descarada por la ventana. Los chicos debían haber salido ya a ejecutar su plan suicida, y ella se había dormido sin recibir más instrucciones. Se restregó los ojos. Al abrir la puerta, sorprendida, descubrió a Iris, que entró sin preguntar y con semblante apesadumbrado.

—Tenemos un problema. —Casi no podía articular palabra—. León ha desaparecido.

El glorioso amanecer que los arropaba al inicio se transformó en una sombría mañana con un indiscutible aire trágico; los vientos no eran favorables para los habitantes del monasterio. El alba rociera había impregnado el ambiente con un manto fino de gotas de agua. Así era como la naturaleza lloraba desconsolada por la pérdida de uno de sus guardianes.

Rafael había vuelto a reunirlos a todos en la capilla. Su aspecto había desmejorado mucho en los últimos días. Derrotado y sin fuerzas, se dirigió a la congregación. No podía anunciar noticias peores: un grupo de cazadores había desaparecido en el bosque; entre ellos se encontraba León. Aunque Rafael desconocía el motivo que lo había hecho internarse en las montañas, Sofía intuía que el hombre, llegando a la misma conclusión que Oriol, se había adelantado a su plan y algo había salido mal.

Observó el rostro de sus compañeros, quienes, con el ceño fruncido, escuchaban con detenimiento cada una de las palabras que se escapaban de los labios del líder. La furia de Hugo se reflejaba con suma nitidez en sus asombrosos ojos verdes. Oriol, desencajado, mantenía la mirada perdida en el infinito. Entretanto, sentada a su lado, Iris temblaba desde la cabeza hasta los pies; parecía que iba a sufrir un colapso nervioso. En cambio, ella conservaba una calma aparente. No podía apartar de sí el funesto pensamiento de que los desaparecidos podrían haber sido sus amigos.

Rafael relataba que un grupo de hombres había partido después de la medianoche, sin previo aviso, hacia el bosque situado a unos cincuenta o setenta kilómetros de allí. Insistió en que desconocía sus intenciones, aunque sospechaba que el grupo pretendía cazar a la sombra. Sobre las cinco de la mañana, había recibido una llamada. ¡Era León! Tenían problemas. La comunicación se cortó antes de que el cazador pudiera indicarle la ubicación exacta de su paradero. Ahora, Rafael se enfrentaba a una dura decisión: abandonar al grupo a su suerte o arriesgar la vida de otros para ir en su busca. Ninguna de

las dos opciones era de su agrado.

Después de exponer los hechos y tras unos minutos de reflexión, su feroz conciencia se impuso. No podía obligar a nadie a asumir semejante riesgo. Había muchos padres y madres de familia, ancianos y niños. León se había llevado a los mejores con él, y en el recinto habían quedado pocas personas que pudieran hacer frente a la sombra. Con rostro amargo, comunicó su decisión:

—Es por eso por lo que pido voluntarios. Los compañeros se fueron a una misión suicida. Han desparecido buenos cazadores y mejores personas. Sé que los que quedamos aquí tenemos hijos o contamos con una cierta edad que no nos permite ser lo suficientemente ágiles. —Contuvo el aliento mientras esperaba la aprobación del padre Carlos—. No puedo pediros que arriesguéis vuestras vidas, pero si alguien quiere ir en su busca, tampoco voy a impedirlo.

Un murmullo incómodo se instaló en el lugar sagrado. Todos parecían reacios a involucrarse en la misión; muchos sacudían la cabeza, negando. Se respiraba miedo en esa mañana estival; un miedo que helaba los corazones de los más atrevidos y paralizaba las mentes de los sagaces.

—Nadie va a presentarse —susurró Hugo entre dientes—. Tenemos que hacer algo.

—Rafael nos mataría —replicó Oriol, mordiéndose los labios—. Ya sabes lo que opina: somos demasiado jóvenes, no estamos preparados…

—Ya tenemos los dieciocho años, y yo, en breve, diecinueve, así que no podrá decir nada. ¡Tenemos que dar ejemplo!

Finalmente, y ocasionando un gran revuelo, el sacerdote dio un paso al frente ante la atónita mirada de sus feligreses. Rafael entronó los párpados mientras suspiraba resignado. Hacía años que su amigo no entraba en combate. Había sustituido la espada por la palabra. Era de la opinión de que el conocimiento era la mejor arma que un hombre podía blandir, incluso había asistido a varios cursos en Roma sobre exorcismos impartidos por el padre Amorth. Sin duda, era una persona valiente que le merecía mucho respeto, pero su capacidad guerrera había mermado. Antes de la llegada al refugio, se dedicaba a expulsar a espíritus malignos de casas poseídas únicamente con la oración y litros de agua bendita evitando utilizar las esferas de sal y las espadas de hierro candente. Decía que las armas agitaban a los dueños de las casas y que debía cumplir con su cometido sin asustarlos más de lo que ya se encontraban.

Tras el sacerdote, una mujer de cabellos castaños y de estatura media levantó la mano. Se trataba de Sandra, una treintañera soltera y sin hijos. Era la voluntaria ideal, si no fuera porque había descubierto que era cazadora tan solo tres años atrás. Su madre decidió ocultárselo

cuando su padre murió de forma trágica. Ella era una niña alegre y despreocupada que todavía no se había iniciado en el arte de la cacería, y su madre prefirió que no continuara la tradición familiar. Temía perderla a ella también. Por eso, a pesar de que era intrépida y muy intuitiva, no era una gran experta. Y, por último, otro cazador se alzó. Andrés era más experimentado, se mantenía en buena forma física, eso era indudable, pero tenía más de sesenta años y se quejaba de dolores de espalda continuamente.

Rafael les agradeció su valentía con palabras fervientes, y los animó a partir con la certeza de verlos regresar pronto. A continuación, cabizbajo, se retiró a la biblioteca y contempló meditabundo los gruesos rayos de sol que se filtraban por la ventana. ¡Ese era el grupo que había conseguido reunir! Debía depositar su total confianza en ellos porque era la única esperanza que les quedaba. Con los mejores hombres desaparecidos en el bosque, si la sombra decidía atacar y conseguía derribar las barreras mágicas, estarían perdidos.

Hugo interrumpió sus cavilaciones profiriendo un sonoro bufido. Había asaltado la biblioteca con humor agresivo y con las fosas nasales henchidas, junto con Iris y Oriol. Sofía, más rezagada, se situó detrás del trío intentando pasar desapercibida.

—¡Ese grupo de rescate es una mierda, y lo sabes bien! —le recriminó mientras soltaba un puñetazo sobre el escritorio.

—¡Modera tu lenguaje, Hugo!

—¡¿No te das cuenta?! ¡Van a morir, papá! —Se aproximó a él y sostuvo con fuerza los brazos de la silla de ruedas—. ¡Tenemos que hacer algo!

—Nadie más quiere asumir ese riesgo —le contestó abatido—. León ha cometido una imprudencia y ha dejado al monasterio desprotegido.

—Podemos ayudar —intervino Oriol—. Nosotros también iremos a buscar a León.

—¡¿Y mandar a unos críos a una muerte segura?!

—Escúchale, Rafael —dijo Iris con ojos suplicantes—, podemos evitar más asesinatos.

Clavó la mirada en su hijo, quien, a pesar de portar sangre de demonio en sus venas, siempre había sido más razonable que Hugo. Lo había educado para que fuera un cazador excepcional, porque no podía ignorar su procedencia. Poseía ciertos atributos innatos a su parte demoníaca, entre estos, su fuerza descomunal y arrolladora. Pero también existía otro menos valorado por el resto y, sin embargo, igual de eficaz. Tenía una inteligencia estratégica de la que pocos podían presumir. Tan pronto ejecutaba una serie premeditada de acciones para conseguir un resultado infalible como elaboraba un plan de fuga en cuestión de segundos. Era calculador, un gran rastreador, con una mente brillante. ¡Había nacido para la caza!

—El monasterio corre peligro, tienes razón, y todos somos conscientes de ello. La sombra atacará en cualquier momento. Puede ser esta tarde o mañana por la mañana. —Recibía toda la atención de su padre, que lo miraba con orgullo—. Y lo peor de todo es que, por mucho que nos preparemos, no somos suficientes. Papá, aquí hay niños. ¡Está Ariadna! Y otros muchos que han decidido acompañar a sus familias pero que no poseen nuestro don. Por lo tanto, son incapaces de luchar contra esa cosa. —Tomó aire antes de continuar—: Si quieres evitar una matanza, deja que salgamos.

Rafael negaba con la cabeza, aunque era consciente de que no podría impedir lo que ya era una decisión firme.

—León no tenía un plan descabellado —continuó Hugo—. Piénsalo bien, papá. Saliendo él, alejaba a la sombra del monasterio. Él era el cebo. Lo sé porque la misma idea se nos había ocurrido a nosotros, solo que él se nos ha adelantado. ¡Vamos a rescatarlos y traerlos de vuelta!

—¿Y si consigue mataros a todos? ¿No crees que luego vendrá igualmente a acabar con todos nosotros? —Trató de ocultar unos ojos húmedos que lo obligaban a cerrar los párpados de vez en cuando.

Hugo se arrodilló frente a él y apretó los labios con determinación:

—A la sombra no le interesa ni Oriol ni Iris —confesó conmovido—. Ellos te mantendrán informado de todo lo que suceda. Si viene a por nosotros, ¡pelearemos! Y si la cosa se tuerce, te prometo que te daremos el tiempo suficiente para que recojas y saques a todos del monasterio. —Cogió su mano y lo miró, conteniendo su pesadumbre—. Tienes que llevarte a Ariadna, papá… Busca otra fortaleza. Sé que puedes hacerlo, eres un gran líder… Harry puede ayudarte a levantar de nuevo todo esto.

—Hijo, no puedo perderte a ti también. —Las lágrimas empaparon el rostro del viejo cazador.

—Voy a volver, papá. Esto es solo una misión de rescate. Traeremos de vuelta al equipo. ¡Te lo prometo!

14

Rescate

El primer equipo había partido hacía ya más de tres horas. Rafael les había pedido a todos que se mantuvieran alerta, ya que cualquier cosa podría suceder. A pesar de que él insistía en que las defensas no caerían tan fácilmente y que por el momento continuaba siendo un emplazamiento seguro, muchos se apresuraban a recoger los enseres más imprescindibles. Otros, en cambio, se armaron y se diseminaron por el refugio, dispuestos a asumir el papel de centinelas oteando el horizonte en busca de señales que los advirtiesen de que el ser maligno se aproximaba.

Contrariada, Sofía comenzó a doblar la ropa. No quería salir huyendo de allí. No, otra vez no. Se sentó en la cama, acarició el talismán y un incómodo desasosiego se apoderó de ella. Ya había intentado escapar del hotel embrujado, y no había salido bien. ¿Adónde iría si Rafael hacía sonar la alarma? No podía volver con su familia, ya que los pondría en peligro de nuevo. No, no quería escuchar el tañido de las campanas anunciando que la oscuridad se abría camino. No, porque eso significaría que sus amigos habrían fracasado y que yacerían muertos bajo el incierto cobijo de los árboles, y nadie más se atrevería a adentrarse de nuevo en el bosque para buscarlos. Dejó escapar un intenso resoplido cargado de impotencia. ¿Cuándo iba a terminar esa pesadilla? ¿Cuándo podría regresar a casa?

Se incorporó de inmediato. Introdujo una rebeca y el libro de hechizos en la mochila y corrió escaleras abajo. Esperaba que no fuera demasiado tarde. Salió y divisó a Iris cargando una de las cajas de provisiones.

—Voy con vosotros —anunció sin aliento.

La vidente la miró con las pupilas agrandadas mientras Hugo, que comprobaba las ruedas, se acercó a ella con fanfarronería.

—¡¿Qué bicho te ha picado ahora?! ¡No voy a hacer de niñera contigo!

—Puedo ayudar… He estado estudiando símbolos y memorizando conjuros.

—¡No!

Oriol había surgido de la nada. Enfadado y sin ni siquiera mirarla,

lanzó una de las cajas al interior del vehículo.

—Nunca has salido a una misión, no has entrado en combate. Hay muchas cosas que desconoces y puedes retrasarnos.

Molesta, apretó los puños. No iba a permitir que la actitud déspota del joven cazador frenase sus intenciones.

—¡¿Y quién de vosotros ha visto a la sombra de cerca?! ¡¿Quién ha escapado de sus garras?! ¡¿Quién sabe cómo se mueve, cómo piensa?! ¿Alguno? Tanta experiencia en combate, ¿y ninguno ha visto una sombra? ¡Porque yo la he visto varias veces! ¡Me ha seguido! ¡Me ha torturado! ¡Y sigo aquí!

Iris agachó la cabeza y suspiró. Ella tenía razón: ninguno se había enfrentado antes a un ente de esas características. Eran expertos en espíritus, carroñeros y algún que otro demonio de bajo nivel, pero jamás habían visto a una sombra tan poderosa. Oriol clavó su intensa mirada en sus pupilas e hizo que por un instante se arrepintiera de sus palabras, pero Hugo intervino desplegando una sonrisa de medio lado:

—Tiene razón, hermanito. Puede que sea una pesada, pero conoce a la sombra. —Le dio una palmadita en la espalda a su hermano—. No perdamos más tiempo hablando. Se viene con nosotros.

Sofía trató de disimular su alegría y subió a la parte trasera del vehículo junto con Iris. Esta la observaba divertida, aplaudiendo su valentía. Era la primera vez que se había impuesto a los hermanos cazadores, tan testarudos como sobreprotectores, y todavía no daba crédito a que Hugo le hubiese permitido montar en el coche. Aunque pronto ese entusiasmo se esfumó. Se dirigían a las montañas hacia un pequeño bosque a hora y media de camino, y el silencio que se impuso durante el primer tramo del trayecto la hizo ser consciente del enorme peligro que los aguardaba.

Iris desenrolló un mapa y lo extendió sobre sus muslos al mismo tiempo que depositaba sobre él un curioso péndulo de un extraño color marrón con matices dorados. Le aclaró que se trataba de un ojo de tigre: una piedra con enormes propiedades, entre las que destacaba el encontrar objetos o personas desaparecidas a través de la radiestesia a la vez que funcionaba como un gran protector contra las energías negativas. Sofía la observaba con una creciente curiosidad. Iris asió con ligereza la cadena de plata que lo sostenía y lo pasó lentamente sobre el mapa, analizando sus posibles reacciones.

Oriol permanecía enfrascado en sus propias tribulaciones mientras de reojo prestaba atención a los gestos de Sofía. Detestaba tener que preocuparse también por ella. Ignoraba qué era lo que iban a encontrarse en el bosque. Puede que lograran descubrir qué había sucedido con el grupo de León y pudieran rescatarlos a todos sin más. Pero si la sombra continuaba pululando por el paraje, no podría dividirse para proteger a Hugo y a ella al mismo tiempo. Maldijo para

sus adentros. Sofía lo enervaba. Era la chica más contradictoria que había conocido. Parecía una montaña rusa con sentimientos dispares. De repente lo acariciaba con la mirada, y dos segundos después lo ignoraba sin más. Él, un especialista en detectar emociones en cualquier ser que habitase en el planeta, se había rendido con ella, y eso lo exasperaba aún más.

—El péndulo está girando —anunció Iris, excitada—. Nos estamos acercando. Unos cuantos de kilómetros más y llegaremos.

Un tiempo después, Hugo aparcó en el lugar que la vidente le indicó: un pequeño camino de tierra que se adentraba en el bosque. El otro equipo había partido hacía ya más de cinco horas, y barrían la cara norte del bosque muy alejados de la zona que señalaba el ojo de tigre. Llamó por teléfono a su padre, quien le confirmó que por el momento no había ninguna novedad: ni el grupo del padre Carlos había localizado a León ni había señales de la sombra por el monasterio. Aquello lo hizo respirar más aliviado y ratificar que, mientras hubiera cazadores puros fuera del influjo protector del refugio, la sombra no dudaría en atacarlos primero. Cogió su escopeta cargada con esferas de sal y examinó el lugar en busca de ramas rotas o huellas que pudieran desvelar qué camino habían seguido sus compañeros.

—Aquí nos dividimos —dijo en cuanto terminó de inspeccionar la zona—. El terreno es muy grande y no encuentro nada que nos indique hacia dónde pudieron dirigirse. No tenemos tiempo que perder. Iris, te vienes conmigo, y sigue utilizando ese chisme para ver si nos dice algo más.

—¿Crees que es buena idea que nos separemos? Juntos somos más fuertes — puntualizó su hermano, mostrando su desacuerdo con el plan.

—Lo primero es localizar si hay supervivientes. El tiempo corre en nuestra contra si hay heridos. Tú posees un gran olfato y eres un gran rastreador. Yo cuento con mi instinto, mi experiencia y el péndulo de Iris. —Arrugó la frente mostrando una seguridad pasmosa y le lanzó un cinturón de munición que parecía contener frascos en sus diferentes departamentos—. Después nos reagruparemos, los pondremos a salvo y… que sea lo que tenga que ser.

Oriol lo miró resignado mientras se fundían en un prolongado abrazo y se daban sonoras palmadas en sus respectivas espaldas. Iris le dedicó una amplia sonrisa a Sofía al tiempo que le susurraba que tuviera cuidado. Con ojos húmedos, cogió sus manos y las apretó fuerte.

—Lo siento mucho —logró musitar—. No debí tratarte de esa manera. Estaba furiosa conmigo misma porque no pude hacer nada para ayudarla. Mi madre es lo único que me queda y…

—Lo sé, no tienes que disculparte por eso ahora. Ya no tiene importancia. Todo va a salir bien. —Temía admitir que estaba muerta de miedo, porque si lo hacía, tendría que aceptar que quizá no volvería a verla.

—He sido una completa idiota —continuó con la voz quebrada—. Eres muy valiente. Hace pocas semanas ni siquiera sabías que existía este mundo, y ahora estás aquí… Podrías haberte quedado escondida en el monasterio, pero has venido, y te lo agradezco.

—Pronto nos reiremos de esta locura —bromeó con sonrisa temblorosa—. Todo lo que tiene un inicio, tiene también un final. Ya verás que saldremos de esta.

La situación volvía a repetirse. Sofía seguía los pasos de Oriol sin saber muy bien qué esperar. Era su primera misión oficial y debía admitir que no sabía cómo actuar. Iris era capaz de visualizar el bosque y localizar energía viva; ella, en cambio, carecía de esa capacidad de rastreo e ignoraba cómo serle de utilidad al cazador.

—¿Por qué me has estado esquivando? —Oriol continuaba el camino sin mirar atrás—. Te fuiste sin más del entrenamiento y has estado rara. ¿Te pasa algo conmigo? ¿Te he tratado mal?, ¿o es que no te caigo tan simpático como mi hermano?

La pregunta la cogió por sorpresa. No esperaba que él quisiera abordar su desplante en el gimnasio en un momento tan delicado. Y, sinceramente, no tenía ni idea de qué responder. No había excusas que pudieran justificarla. Cada vez que estaba junto a él, sentía una atracción irrefrenable que no podía controlar. Y temía que él descubriera esos sentimientos y se riera de ella sin piedad, porque también había caído en su influjo seductor, como les había sucedido a tantas personas.

—Tengo que centrarme más en las clases de brujería, eso es todo —intentó disimular—. Y no creo que yo esté hecha para el combate cuerpo a cuerpo. No soy cazadora. Además, has sido tú el que ha estado insistiendo para que no viniese. A lo mejor es a ti a quien le incomoda mi presencia —soltó con un ligero retintín.

—Solo intentaba protegerte. No quería que volvieses a ver a esa sombra —le confesó, arrugando el entrecejo—. No tienes mucha experiencia como bruja, y puedes resultar herida o algo peor.

—Sé cuidar de mí misma, no tienes que preocuparte por mí —le aseguró, visiblemente molesta—. No voy a ser una carga para ti.

Ella deseó que el tema quedara zanjado. No quería dar más explicaciones; no era el lugar ni el momento más adecuado. Debía estar alerta por si el ente aparecía, y no esquivando los continuos

puñales que él le arrojaba. Oriol continuaba avanzando por la estrecha vereda de tierra, apartando con la daga cualquier rama que le impidiese el camino.

—No soy tonto. Sé que Iris te ha contado que soy medio demonio. No me tendrás miedo, ¿verdad?

Antes de que Sofía buscase una excusa absurda en la que ampararse, él alzó la mano para que se detuviese. Ella dirigió la mirada hacia el lugar que él le señalaba. Tres lobos habían surgido de la espesura del bosque y les mostraban feroces sus enormes colmillos. Sofía ahogó un grito. Los animales acortaban distancias con lentitud, analizando a sus presas con una minuciosidad inverosímil. Retrocedió aterrada. Al hacerlo, perdió el equilibrio y cayó al suelo. Uno de los lobos aprovechó el momento para abalanzarse sobre ella. Oriol detuvo al animal en el salto simplemente apoyando su mano en lomo del animal. De improviso, este se encogió y comenzó a lamerlo como si fuera un cachorrito desamparado. Los otros dos lobos se le acercaron, también moviendo la cola. El cazador se agachó frente a ellos, susurrando, sin dejar de acariciarlos. Atónita, Sofía contemplaba la escena. Los lobos obedecían sus órdenes, permaneciendo apaciguados. Parecía incluso que le sonreían. De pronto, con tan solo un gesto de su brazo, se alejaron.

—Ellos también están asustados —le dijo con una mueca contrariada—. Han visto a la sombra y por eso nos han tratado como hostiles. Tienen que defender su territorio.

Oriol le tendió la mano y tiró de ella sin apenas esfuerzo para levantarla. Al incorporarse, Sofía terminó abrazada al cazador, y de nuevo volvió a sentir un intenso escalofrío recorriendo cada milímetro de su piel. Él levantó con los dedos su barbilla, clavó su ardiente mirada en ella y rozó ligeramente sus labios. Sofía permaneció inmóvil, con el corazón brincando entre pequeños suspiros. Él no dudó más: la aferró contra su cuerpo y la besó con tal frenesí que hizo que se mareara ligeramente. Entornó los párpados y se estremeció al sentir la lengua del cazador moviéndose con agilidad dentro de su boca. Se derretía por dentro. Casi no podía respirar, y pensó que se ahogaría en su propio deseo. Entonces, abrió los ojos despacio y contempló perpleja los ojos llameantes de Oriol. Sus aureolas doradas centelleaban, provocando chispas gualdas y rojizas al tiempo que ondeaban como una flama candente. ¡Esos ojos de fuego! Eran los mismos que había visto cuando estaba atrapada dentro del coche con su madre. ¡Él la había rescatado, sí! Había utilizado sus poderes para apartar los hierros del vehículo y llegar hasta ella. Ahora lo entendía todo. ¡Sus ojos ardían cuando conectaba con su don natural! ¡Y ahora lo hacía de nuevo! ¡El cazador mitad demonio!

Lo apartó bruscamente y le arreó un sonoro bofetón.

—¡¿Qué haces?! ¡¿Estás usando tus poderes para seducirme?! —Sofía estaba fuera de sí—. ¡Lo has hecho con los lobos! ¡He visto cómo los dominabas! ¡¿Y ahora quieres hacerlo conmigo?!

—Pero ¿qué estás diciendo? —Él se frotó la mejilla, sorprendido—. ¿De qué control estás hablando?

—¡Me has estado controlando mentalmente! ¡Tus ojos son de fuego! —Se apartó de él y se llevó las manos a la cabeza—. ¡Oh, Dios, tus feromonas! ¡¿Cómo he podido ser tan estúpida?! ¡Me prometí a mí misma que no caería! ¡Y lo he hecho!

—Sofía, no sé de qué coño me estás acusando —le dijo con el orgullo herido— ¡Claro que puedo controlar a los animales, es parte de mi esencia! Pero ¡por Dios, a ti no te estoy manipulando!

—¡¿Y ese beso?! ¡¿A qué ha venido?! ¡Querías aprovecharte de mí! —insistió enojada.

—¡Escúchame bien! Tengo poder, es verdad —trató de tranquilizarla—. Puede que te hayan contado historias sobre mí, y no muy buenas… Pero ¡maldita sea, eres una bruja! ¡No tengo ningún efecto sobre ti! ¿No lo sabías? No tengo ninguna influencia sobre ti… Sencillamente, ¡porque no puedo!

Ella enmudeció. Procesaba con los ojos abiertos de par en par lo que Oriol le exponía. ¿Un demonio no podía manipular a una bruja? ¿Acaso sus poderes malignos no podían afectarla? ¿Podría ser eso posible?

—Pero Iris dijo que… —comenzó, todavía desconcertada y sin saber muy bien cómo continuar.

—Iris no puede saberlo todo —trató de excusarla—. Puede que con una bruja cruzada, apelando a su parte humana, lograra entrar en su mente… ¡Pero tú eres distinta! Me cuesta llegar a ti. Y es algo bueno, porque puedo ser yo mismo, sin preocuparme de que esta jodida maldición que tengo te afecte. No tengo que estar siempre en guardia.

Sofía agachó la cabeza, intentando digerir la nueva información. Entonces, ¿todo lo que había sentido desde que había llegado al monasterio era real? ¿No estaba bajo los efectos de ningún poder demoníaco? ¿Había estado negando sus propios sentimientos? ¿Y por qué eran tan fuertes? Ya había salido con un chico en el instituto que resultó ser un completo idiota, pero nunca experimentó con él toda esa marea de sensaciones que la hacían estar al borde de un precipicio continuamente. ¿Tendría algo que ver su reciente descubrimiento de que era una bruja? Apostaba la vida a que sí. Desde que su poder había emergido como un volcán oculto bajo la superficie de las aguas más calmadas, sus emociones parecían haberse descontrolado: la ira, la tristeza, el rencor… Todo lo vivía con una exageración desproporcionada. ¿Podría ser que el amor fuera también tan desbordante que apenas podía contenerlo? «¡Oh, mierda! ¿Qué he

hecho?».

Se atrevió a mirarlo mientras él trataba de acercarse de nuevo a ella. Ahora sí que no tenía palabras. La vergüenza se dibujaba en su rostro, impidiéndole romper el silencio. Él, en cambio, no parecía ofendido. Había contemplado en sus gestos la duda, las posteriores reflexiones y la conclusión. Y había sentido la necesidad imperiosa de abrazarla. Pero entonces escucharon la voz rota de Iris pedir ayuda en la lejanía.

Ambos intercambiaron una mirada de pavor. Él, reaccionando en una milésima de segundo, la dejó anclada en el sitio y corrió con una agilidad de vértigo mientras ella, todavía confusa, inició la carrera tras él, temiendo perderlo de vista. Oriol le sacaba mucha ventaja. Su instinto innato lo hacía focalizar el lugar y abatir todo lo que encontraba a su paso sin pestañear. Sofía tenía que esforzarse más en esquivar piedras, árboles y evitar volver a caer al suelo. Después de lo que consideró una eternidad, divisó que él se detenía por fin. Al llegar a su posición, encontró a León tumbado junto a unos arbustos. Estaba consciente, pero malherido. Tenía una hemorragia en la pierna izquierda, y tanto Hugo como Iris trataban de taponarla.

—Era una trampa. La maldita nos estaba esperando —murmuró, haciendo un gran esfuerzo—. Edith había localizado un punto caliente. Desde que la sombra la atacó, tiene una extraña conexión con ella. Puede localizarla en un mapa, pasando únicamente su dedo sobre él.

A Iris le sorprendió la revelación del cazador. Su madre no le había comentado nada, a pesar de las largas horas en las que la había acompañado en el hospital. Las videntes utilizaban el péndulo como instrumento de ayuda para localizar a personas o lugares, pero les era imposible visualizar entes que se encontraran tan distantes sin un ritual previo. ¿Podría ser que su madre sintiera la presencia de la sombra a tantos kilómetros de ella con tan solo su pensamiento?

—Era una información privilegiada —prosiguió con los ojos empañados—, así que quise aprovechar la ventaja e ideé un plan. Unos cuantos quisieron acompañarme, pero… ¡nos la encontramos de frente! ¡Parecía hasta que sonreía! ¡Joder! Juro que descargué toda mi munición… ¡Y seguía allí riéndose de nosotros! ¡No pudimos hacer nada! ¡Ese bicho va a volver a atacar! ¡Y no existe nada que pueda detenerla!

—¡Tranquilo, compañero! —Hugo intentaba transmitirle una calma que a él mismo se le resistía; la vena ensanchada de la yugular lo delataba—. Ya estás a salvo. Vamos a sacarte de aquí. ¿Sabes dónde están los otros?

—Pedro no lo ha conseguido. —Se llevó las manos a la frente e intentó reprimir un puñado de lágrimas que estaban al borde de

precipitarse por sus mejillas—. Quería recuperar su cuerpo, pero esa maldita lo ha arrastrado por todo el bosque sin ninguna piedad… Javi, Inma y Felipe huyeron hacia el norte y no sé qué ha sido de ellos.

Era la primera vez que escuchaba la voz ronca de León enlazar varias frases seguidas. No era un hombre muy elocuente, evitaba grandes discursos, y quizá por eso a Sofía le impactó más su relato; tanto que sintió cómo se le removían las entrañas. Si a él, un cazador admirado por todos, la sombra lo había puesto de rodillas, ¿qué sería de los demás? León era el corazón del monasterio, siempre dispuesto a la acción, pero si regresaba en esas condiciones, con el rostro abatido y los ánimos destrozados, exterminaría la única cosa que los mantenía a todos con vida: la esperanza.

—¿Podría ser que, al igual que Edith conectó con la sombra, esta hubiera hecho lo mismo con ella, adelantándose así a vuestros planes? —preguntó, con el convencimiento de que así había sido.

Pero León no contestó. Se limitó a escudriñarla con la mirada como si todavía se tratase de una extraña para él.

—Eso no tiene importancia ahora —le respondió Hugo en su lugar —. Tenemos que salir de aquí y avisar al padre Carlos de lo ocurrido. Puede que ellos encuentren al resto del grupo, si es que han huido hacia el norte…

—Hay una cabaña a unos trescientos metros de aquí —los informó Iris—. La he visto al internarnos en el bosque. El coche está muy lejos, y León… —Se calló y apretó los dientes; no quería preocupar más al cazador—. Está anocheciendo, Hugo.

Impotente, el nombrado gruñó y, con un gesto, le indicó a su hermano que lo ayudara con León. Cargaron al fortachón cada uno pasando uno de sus brazos por sus respectivos cuellos. Iris había taponado la herida con su chaqueta, y esperaba que el improvisado apaño aguantase hasta que pudiesen llevarlo al hospital. Sofía, antes de partir, examinó los alrededores. Sabía que la sombra los estaba acechando y que no iba a desaprovechar la ocasión ahora que estaban indefensos. Debían informar al otro equipo. Ellos podrían alejar a León de las montañas, pero quizá el sacerdote no llegara a tiempo. Se encontraban muy al norte, y primero tendrían que localizar a los tres cazadores que vagaban sin rumbo entre los robustos árboles. Aun así, cogió el móvil y esperó a que el padre Carlos respondiera. Cada tono que escuchaba la sumía aún más en la angustia, en una desesperación que nublaba su juicio. Por fin, y tras varios intentos, escuchó la voz del sacerdote al otro lado.

—¡Padre Carlos! —lo llamó acongojada—. ¡Hemos encontrado a León!

—¿Dónd…? ¿…stá herido? —Su voz se entrecortaba, apenas entendía lo que el sacerdote le decía.

—¡Necesitamos ayuda! —gritó más, intentando hacerse oír mejor—. ¡Hay tres cazadores dirigiéndose hacia el norte!

—Inten… no… bien…

—¿Cómo? ¿Puede repetir? —preguntó ansiosa.

Pero la comunicación se cortó. Probó a llamar de nuevo, sin embargo, el teléfono ni siquiera daba ya señal. Miró a sus compañeros y negó con la cabeza. El rostro de Iris era tan transparente como el agua de lluvia antes de caer al suelo. Respiraba miedo; un miedo intenso que llegó a paralizarla varios minutos. Hugo chasqueaba la lengua mientras instaba a Oriol a moverse más rápido. La realidad era que ninguno de ellos estaba preparado para un eventual ataque de la sombra en esas circunstancias.

León estaba gravemente herido. De vez en cuando, soltaba algún lamento seguido de una maldición. No estaba acostumbrado a que cargaran con él, ya que nunca lo habían golpeado de esa manera tan brutal. Había sufrido rasguños, lesiones de poca importancia y una dislocación del hombro, pero ningún ente había sido capaz de levantarlo como una pelota de goma y lanzarlo veinte metros más allá. ¡Ninguno! Y sí, estaba asustado. ¿Cómo no estarlo? Pensó en su hermano Enrique y comprendió que no tuvo oportunidad alguna. Esa cosa era implacable y despiadada. ¿Cómo iban a acabar con ella? De reojo, observó a los dos chicos. Tanto Hugo como Oriol consumían muchas energías en su traslado. Él era un hombre corpulento y trataba de ayudarlos empujándose con la pierna sana, pero, aun así, ellos debían ralentizar la marcha en cuanto se tropezaban con un tronco o una piedra infranqueable. Lo alzaban en volandas como podían. Varias veces cerró los ojos, temiendo que los tres terminaran con las caras estampadas contra el suelo.

Sofía avanzaba con todos los sentidos alerta, preocupada porque la sombra apareciese en cualquier momento y la arrastrase de nuevo a otro infierno. Tenía la boca amarga y humedecía sus labios a cada segundo, como si así pudiera apartar el detestable sabor acibarado de su paladar. Sin embargo, suspiró aliviada en cuanto divisó la cabaña, y un débil rayo de esperanza le iluminó el rostro. Desde allí intentaría de nuevo llamar al otro equipo; si no, contactaría directamente con Rafael. Él sabría lo que hacer, los sacaría de aquel apuro. Esperaba que no hubieran evacuado ya el monasterio. No, probablemente no se atrevería a dar la orden sin conocer antes el estado de sus hijos.

Aceleró el paso, quería llegar lo antes posible. De pronto, su talismán comenzó a despedir sus inconfundibles destellos y en ese momento palideció. La sombra los había encontrado.

—¡Ya viene! ¡Tenemos que escondernos!

Oriol cargó a León sobre su espalda sin dudarlo y le gritó a su hermano que huyera. Este corrió desenfrenado, como la liebre que

quiere esconderse del zorro, hasta que logró situarse frente a la puerta. Sin ningún miramiento, la abrió propinándole una fuerte patada. Nada más cruzar el umbral, a Sofía se le encogió el estómago. El interior era deprimente. Se trataba de una construcción en ruinas, y no entendía cómo continuaba en pie. Todos los muebles estaban recubiertos de una gruesa capa de polvo, había varias grietas en las paredes y un desapacible olor a humedad. Oriol tumbó a León en un sofá destartalado mientras Hugo sellaba las puertas y ventanas, esparciendo después sal por cualquier abertura que dejara filtrar el aire. Iris dibujaba los símbolos de protección que Harry le había enseñado con el espray rojo. Le temblaba el pulso, pero intentaba plasmarlos con la mayor precisión posible. Aun así, Sofía sabía que todo aquello no era suficiente. Continuaba taponando la herida de León mientras inspeccionaba la estancia buscando señales que la advirtiesen de su llegada. Entonces, cayó en la cuenta. No había más que una salida, y era la puerta por la que habían entrado. Estaban en una ratonera. El ser oscuro los tenía donde siempre quiso desde el principio: atrapados.

La noche gélida y sin estrellas cayó lentamente sobre ellos, sumergiéndolos en un desasosiego anunciado. La sombra adoraba la oscuridad, se nutría de ella y avanzaba ufana alimentándose de la espesa negrura. ¡Ya estaba llegando! Sofía sentía los constantes latigazos del talismán sobre su pecho; llegaban a arderle, a sumirla aún más en la desapacible impotencia. Había intentado ponerse en contacto con Rafael, pero en esas montañas perdidas no había cobertura, o tal vez la sombra les impidiese cualquier tipo de comunicación.

De improviso, la casa comenzó a temblar como si fuera un endeble castillo de naipes. Parecía que estuviesen en medio de un seísmo controlado, y lo peor era que no había dónde refugiarse. Repisas, vasijas, viejas fotografías que retrataban un bosque iluminado y que ahora se les antojaba desconocido, caían al suelo como las piezas de ajedrez en un golpe magistral de la reina. Ellos se mantenían a cubierto como podían mientras las paredes de madera se resquebrajaban como la frágil capa de hielo que cubre un lago en invierno.

Sofía contempló el rostro desencajado de la vidente. No había rastro de los símbolos que había dibujado; estaban seccionados y apenas eran reconocibles. Sin esa protección mágica, ¡estaban perdidos!

—Esta maldita cabaña no resistirá mucho. —Hugo estaba desesperado, examinando cada rincón de la choza en busca de un artilugio mágico que los teletransportara a otro lugar, lejos de allí, a sabiendas de que todo era una quimera. Todavía no existía ningún

instrumento capaz de realizar tal hazaña.

—¿Qué hacemos? —Iris deseaba que al cazador se le hubiese ocurrido un plan brillante.

Trozos del tejado comenzaron a caer sobre la maltrecha pierna de León, quien hacía un gran esfuerzo para no gritar de dolor a la vez que reprimía unas lágrimas que apenas podía contener ya.

—¡Oriol, mueve el sillón a un lugar más seguro! —le ordenó al fin—. ¡Iris, no hay cobertura, así que intenta ponerte en contacto con tu madre usando tu conexión con ella! Y tú… —La miró de soslayo—. ¡No estorbes!

Hugo derramaba los sacos de sal en cada uno de los agujeros abiertos en la pared, consciente de que cualquier grieta podría usarla como pasaje hacia el interior. Sofía había aprendido que la sal era un gran repelente contra espíritus malignos, pero sin los símbolos que la atajasen, sabía que era un recurso insuficiente contra la sombra.

—¡Puedo intentar algo! —exclamó molesta—. Un escudo de protección…

—¡Hemos hecho eso con la cabaña y no ha funcionado!

—¡Deja que lo intente, Hugo! No tenemos nada que perder.

Oriol contemplaba cómo el techo se descomponía sobre sus cabezas; las vigas de madera no iban a aguantar mucho más. La sombra los estaba forzando a salir, así que, o decidían morían aplastados, o podrían dejar las cuatro paredes y enfrentarse sin apenas recursos al ser oscuro.

—¡Está bien! —accedió de mala gana—. ¡¿Qué has pensado?!

—Puedo crear una esfera alrededor del sillón. He estado practicando con Harry a aislar objetos pequeños —aclaró—. Necesito que os acerquéis.

Perplejo, Oriol escudriñó en su mirada, tratando de adivinar el plan de la bruja. Iris ya se encontraba junto a él y la observaba expectante. Hugo se aproximó a León a regañadientes. Las sacudidas habían cesado momentáneamente, y eso solo podía significar una cosa: la sombra iba a entrar. Sofía no contaba con mucho tiempo para lanzar el conjuro.

—Solo funciona desde fuera —aclaró ella—. Así que yo me quedo aquí.

—¡¿Estás loca?! —gritó Oriol, abandonando de nuevo el sofá—. ¡¿Vas a enfrentarte tú sola a ese monstruo?!

—¡No puedo hacer el escudo desde dentro! Este conjuro requiere que el brujo esté fuera —rechistó—. ¡No funcionaría si lo recito desde el interior! No tenéis por qué preocuparos. El hechizo resistirá aunque se caiga el tejado encima. León no puede moverse, y yo siempre puedo salir por la puerta. ¡Pero tengo que hacerlo desde aquí!

—¡Pues me quedo contigo! —Oriol se situó junto a ella—. Ya

sabemos que yo no le intereso en absoluto.

—Yo no pienso perderme esto, chicos. ¡A la mierda si soy un cazador puro! ¡Si ella puede, yo también! —Hugo saltó del sillón—. Iris, te quedas cuidando de León. ¡Y comunícate con tu madre, por Dios!

Sofía cerró los ojos y dejó fluir toda la información que había recibido de su madre, de Edith, que le había mostrado cómo rebuscar en el subconsciente, y de Harry, que la había ayudado a ponerla en práctica. Rezó para que su plan funcionase. Había experimentado aislando un bolígrafo, luego una libreta y finalmente una silla. Nunca lo había intentado con un mueble tan grande, y menos que contuviese a dos personas dentro. Pero Harry la había animado diciendo que podría hacer invisible un edificio entero si se lo proponía. Era cuestión de práctica y de canalizar su indómito poder interior.

Se concentró en la sangre que discurría pacífica en su organismo, fuerte y vital, y que bañaba sus vísceras dotándolas de una energía arrolladora. Entonces, la chispa incendiaria brotó de pronto en sus entrañas, prendiendo sus aletargadas células que corrían frenéticas contagiándoles su fervor a músculos y articulaciones. Un calor abrasador se propagó por todo su cuerpo, su cabello se aclaró hasta adquirir un tono más dorado y sus ojos se volvieron de un azul claro electrizante.

—Solo lo bueno puede tocarlo, nada maligno atravesarlo… —repetía una y otra vez—. El círculo que dibujo mantendrá intacto su interior… Solo lo bueno puede tocarlo, nada maligno atravesarlo…

Los cazadores contemplaban atónitos cómo un halo azulado comenzaba a formarse alrededor del sofá. «La bruja de hielo», pensó Oriol.

Por fin, Sofía abrió los ojos y constató que una esfera ovalada cubría los cuerpos de la vidente y del robusto cazador. Iris la miró agradecida mientras sus labios dibujaban claramente la palabra «suerte». Ahora, ella podría intentar avisar a su madre, ya que necesitaban refuerzos de inmediato. Entornó los párpados y, mentalmente, la llamó de forma incesante. León la observaba mientras continuaba profiriendo maldiciones. Él era un hombre de acción, así que no podía permitir que tres muchachos arriesgasen sus vidas por él. Trató de incorporarse. Quería entrar en combate a sabiendas de que ya no le quedaban fuerzas. Pero sintió un ligero mareo que lo hizo volver a enterrarse en los escuálidos cojines del sillón. Estaba a punto de desfallecer.

Sofía estaba extenuada. Había consumido mucha energía. No estaba acostumbrada a recitar hechizos bajo esa tremenda presión. Necesitaba unos minutos para recuperarse, pero el ente maligno no le dio la tregua esperada. El talismán comenzó a rotar sobre su cuello a

gran velocidad. ¡La sombra ya estaba allí! Giró sobre sus talones y descubrió aterrada cómo el humo negro se infiltraba a través de uno de los agujeros que había ocasionado el terremoto en la pared. Reprimió un chillido mientras volvía a contemplar el rostro vacío de la Muerte. Tan negro, tan abrumador. Entonces, y sin previo aviso, levantó a Hugo del suelo como si se tratase de una ligera pluma arrastrada por el viento, afiló el dedo índice que ahora parecía una pequeña perforadora y lo situó delante de su frente. Iba a marcarlo como había hecho con ella en el castillo. Hugo se revolvía, evitando que la sombra apoyara el dedo sobre él. Luchaba por soltarse, pero esta consiguió paralizarlo. De pronto, su cuerpo comenzó a flotar sin más sobre la estancia en ruinas, ingrávido, sin que pudiera controlarlo.

Oriol, con una daga ungida en óleo sagrado, trató de cortar las lianas negras que sujetaban a su hermano. Consiguió seccionar las que aprisionaban sus piernas, pero en cuanto intentó llegar a su cintura, fue golpeado por una de ellas en el estómago. Voló por los aires y terminó empotrándose contra la pared del fondo. Sofía corrió hasta él y lo ayudó a levantarse.

—Ni el aceite ungido ni el agua bendita ni la sal. ¡Ni la maldita lavanda! ¡Nada funciona! ¡¿Cómo demonios acabamos con ella?! —logró murmurar.

—Tenemos que pensar. Tiene que haber alguna manera…

—¡No tenemos tiempo para eso! —exclamó impotente—. ¡Va a matarlo!

Asió el revólver que tenía en la cartuchera y, aproximándose una vez más a la sombra oscura, descargó toda la munición que tenía disponible. Las esferas plateadas apenas la rozaban y la hacían retroceder, pero conseguían distraerla del extraño ritual que estaba realizando sobre Hugo. El ente gritó enfurecido y, dejando al cazador suspendido en el aire, se dirigió hacia Oriol a gran velocidad. Frenó en seco cuando lo tuvo a dos centímetros escasos. Lo contempló con una espeluznante curiosidad, como un baboso coleccionista salivando ante un tesoro preciado. Él pudo advertir su aliento fétido. Aun así no se inmutó. Ya se había enfrentado a demonios nauseabundos, por lo que permaneció desafiándolo con la mirada sin que ninguno de sus músculos se tensara lo más mínimo.

Sofía aprovechó para acercarse a Hugo e intentar devolverlo a tierra. Tiraba de él por una de las botas mientras intentaba recordar algún conjuro de antilevitación. Estaba aterrada, y la memoria le fallaba. Reparó entonces en que había dejado la mochila cerca del sillón mientras estuvo taponando la herida de León. En su interior se encontraba el libro de los hechizos. ¡No podía llegar hasta él! ¡Tenía que recordar! Pensó entonces en las palabras que había recitado de

forma automática en el hotel. Había conseguido ahuyentarla con esas frases, por lo que podría intentarlo de nuevo, pero no sabía si esa vez conseguiría engañarla.

—Polvo al polvo, tierra a la tierra… —comenzó a recitar.

Sin embargo, el ahogado quejido que profirió Oriol la apartó de su concentración. Desvió la mirada hacia él y, horrorizada, descubrió cómo las lianas de la sombra se adherían a su cuello y hacían presión sobre él. Iba a asfixiarlo. Con las manos todavía libres, trataba de hacer incisiones con el puñal en el humo negro para que retirara sus enormes garras, pero la sombra no se rendía y continuaba oprimiendo su garganta con saña.

—¡Ey, bestia oscura! ¡Él no te sirve para nada! ¡Su sangre no es pura! —Sofía trató de distraer su atención como fuera. En cuanto la sombra se giró, se arrepintió de haberla retado.

En ese momento, recogió sus aplastantes enredaderas oscuras y dejó caer a Oriol al suelo como si fuera un objeto inservible. Él tosía tratando de recuperar el aliento mientras reprimía las continuas arcadas que lo asaltaban y que evitaban que lograra normalizar la respiración. La sombra titubeó unos segundos mientras posaba sus ojos huecos en cada uno de los presentes en la cabaña. Parecía que estuviera reflexionando como un gran estratega sobre cuál sería su siguiente movimiento.

La miró.

A Sofía se le encogió el alma. Quiso correr, pero se quedó anclada al pavimento y la observó como si así pudiese amedrentarla, algo que sabía que era del todo imposible. Y aunque carecía de rostro, se le antojó que le sonreía. Era una sonrisa espeluznante. Sádica. Cruel. Inhumana. De repente, sin apartar la vista de ella, volvió a levantar a Oriol del suelo y lo lanzó contra las repisas como el que le propina una patada a una molesta piedra con la que tropieza en el camino. Sofía gritó. El cuerpo de Oriol yacía sobre la madera sin signos evidentes de que se encontrara con vida. Quiso llegar hasta él, pero la sombra se situó de nuevo junto a Hugo. Abriendo la boca, la cual parecía infestada de diminutos bichos, profirió un chillido que consiguió helarle la sangre que discurría por sus venas. El grito, tan metálico como agudo, derribó parte de la pared lateral, dejando entrever en el exterior una empinada colina coronada por numerosos árboles. A continuación, arrastró al cazador afuera, únicamente sujetándolo con una de sus uñas afiladas, la cual había enterrado en su clavícula. Hugo gritaba de dolor. Su cuerpo daba tumbos al toparse con rocas, montículos de tierra y ramas desgajadas.

15

Serpientes

Edith se revolvía incómoda en la cama mientras aprisionaba las sábanas con las manos. A veces dejaba escapar una liviana queja, la cual le recordaba que estaba inmersa en un sueño repugnante. Cada vez que intentaba descansar, la misma pesadilla la asolaba. Ni siquiera las pastillas que le había recetado el médico lograban aliviar el angustioso tormento. Era todo tan incierto… Funesto. Aunque ya no contaba con los ojos, seguía viendo con una tremenda claridad, incluso se atrevería a apostar que más acertada.

Y allí, enterrada en lo más hondo del pozo, advertía el musgo que se adhería a sus paredes resbaladizas, escuchaba el goteo incesante de un hilo de agua que mojaba sus pies y percibía cómo ellas se deslizaban con premura desde la oquedad del foso para ir a su encuentro. ¡Las odiaba! Su piel era pegajosa, y su lengua fina, su arma más letal. Las serpientes avanzaban sin tregua para luego lanzarse sobre ella y recordarle que no era más que un ser ínfimo que les pertenecía. Ella luchaba, las apartaba mientras trataban de estrangularla.

Entonces sucedió algo inaudito, algo que la alejó de la monotonía escabrosa de ese sueño. Escuchó a Iris. La llamaba sin cesar. Estaba asustada. Su voz resonaba en su cabeza entre sollozos. Edith alzó la barbilla y la descubrió en el borde del pozo, tendiéndole la mano mientras le pedía ayuda. Ella extendió la suya como si así pudiera alcanzarla, pero estaba tan lejos que apenas percibía sus débiles latidos. Aun así, se concentró en ellos, en su bombeo agitado y furioso. Atravesó bosques, montañas y ríos a una velocidad vertiginosa. Y la vio. Estaba en un viejo sillón, taponando con esmero la herida en el muslo de León, quien parecía haberse desmayado. Le acarició sus cabellos azabaches, transmitiéndole así que estaba allí. Incluso pensó que había sentido su presencia al ver que daba un respingo, pero luego volvió a concentrarse en su labor y de nuevo la llamó.

Edith percibió el calor del escudo azul bajo el que se encontraba; apenas podía dilucidar lo que había al exterior. Dio un paso al frente, dejando atrás el campo energético. Entonces, ahogó un grito de pánico al comprobar que la sombra había dado con ellos. Lanzaba por los aires a Oriol, para a continuación dirigirse hacia Hugo. El terror se

apoderó de todo su ser. No quería volver a ver a ese bicho horrendo. ¡No podía! Despertó, bañada en un sudor amargo y tratando de recobrar la respiración. Tenía que avisar a Rafael. ¡Las serpientes habían vuelto!

Sofía, paralizada por el miedo, se detuvo unos instantes para asimilar lo que estaba ocurriendo: Iris y León permanecían ajenos a lo que sucedía en la cabaña, ya que la esfera azul les impedía ver lo que sucedía en el exterior. Oriol continuaba tumbado bocabajo en el suelo, y ella ignoraba si se encontraba bien. Y, finalmente, Hugo. La sombra lo había escogido como presa y no lo iba a soltar hasta que terminara su trabajo. Tenía que hacer algo, pero ¿qué? Apretó los puños, cargados de impotencia, y miró de reojo a Oriol. Luego se concentró en el monumental boquete que había hecho la sombra en la pared.

—¡Mierda, mierda!

Corrió tras Hugo, esperando no llegar demasiado tarde. Él era quien más la necesitaba ahora. No tenía ni idea de lo que iba a hacer, pero al menos no se arrepentiría de no haberlo intentado. No podía abandonarlo y dejar que ese bicho sin alma lo despedazase sin ningún tipo de piedad.

Tras unos minutos desorientada, lo distinguió tendido sobre la tierra en la cima de la colina. La sombra estaba inclinada sobre su abdomen y lo perforaba, extrayéndole las entrañas. Vio cómo él se desvanecía. El calvario era insoportable, no le quedaban fuerzas ni para gritar. Ascendió lo más rápido que sus piernas temblorosas le permitieron y atisbó cómo la sangre manaba de su estómago, haciendo brotar un intenso río rojo a su alrededor.

—¡¡¡Baaastaaa!!! —se desahogó encolerizada mientras llegaba hasta él—. ¡¡¡Te ordeno que pares!!! —vociferó al mismo tiempo que sus cabellos parecían ser azotados por un tremendo vendaval—. ¡¡¡Paaaraaa!!!

Y, en ese momento, sucedió. Los árboles obedecieron, evitando que las ramas sacudiesen sus hojas, la brisa que la acompañó durante el ascenso desapareció, y más arriba, en el oscuro cielo sin luna, las gruesas nubes detuvieron su avance por el firmamento y contemplaron la singular escena que se desarrollaba en la Tierra. Sofía frunció el ceño, confusa, y avanzó lentamente observando cómo la sangre frenaba su carrera por llegar al suelo. Incluso la sombra parecía inmovilizada. Continuaba inclinada sobre Hugo, pero ya no le infringía dolor. ¡Todo parecía haberse detenido! Sin embargo, ella sí que podía moverse. Se arrodilló junto al cazador y, tirando de él, lo apartó del ente. Clavó la mirada en la temida sombra, que parecía un

borrón indefenso; ni su túnica vaporosa ondeaba ni sus garras afiladas parecían ser ya una amenaza. Arrugó el rostro, desesperada. Si tuviera un arma lo suficientemente poderosa para acabar con ella, lo haría sin dudar. La tenía allí, frente a ella, y no sabía a qué conjuro recurrir para destruirla. Se atrevió a examinar sus dos guijarros opacos que tanto la habían atemorizado, y entonces vio algo en ellos. En lo más profundo de su honda negrura existía una tímida luz que la desconcertó. Achicó los ojos para indagar en ella mejor y distinguió sorprendida la imagen de una especie de altar. Orando, había una figura envuelta en una túnica granate que imploraba con los brazos abiertos mientras una larga serpiente se deslizaba sobre una mesa adornada con un mantel de encajes blancos. ¿Qué demonios era lo que estaba viendo?

En ese preciso instante, el tiempo volvió a discurrir con normalidad y Sofía retrocedió espantada. La sombra se movía de nuevo. Pensó que la atacaría, pero en lugar de eso, la observó por primera vez con pavor, como si ella hubiera descubierto un gran secreto, y seguidamente desapareció.

Dirigió toda su atención al cazador, quien continuaba tumbado sobre la tierra. Hugo había recuperado la conciencia y la miraba con ojos suplicantes. Sangraba demasiado. La incisión del abdomen era larga y profunda, y la hemorragia era un torrente caudaloso que abandonaba su cuerpo moribundo buscando regar las escasas flores que proliferaban en la colina. Ella se quitó la camiseta y la colocó sobre su estómago, taponando la salida, pero era consciente de que eso no serviría de mucho si la ayuda no llegaba ya.

—Sofía, por favor, no voy a conseguirlo —logró musitar con grandes esfuerzos—. Me duele mucho… Por favor, coge la navaja que tengo en el tobillo y acaba con esto…

—¡No, no, no! —Ella lo miraba como si hubiera perdido la cabeza —. ¡No voy a dejarte morir! ¡No puedo!

—No lo soporto más… Te lo suplico… —Las lágrimas comenzaron a asomar en sus ojos—. Te prometo que no vendré a por ti como un espíritu vengador…

—¡Deja de decir tonterías! —le recriminó, sin entender qué era lo que quería decir con lo del espíritu vengador—. Ya viene la ayuda. ¡Resiste!

—Sabes que no van a llegar a tiempo. —Se permitió llorar como un niño perdido que no encuentra el camino a casa—. Te lo ruego…

Ella carecía de la valentía para cometer un acto de esa índole. ¡No podía! No quería terminar con su vida, ella no era así. No pertenecía al gremio de los cazadores, anteponiendo siempre su honor a la derrota. ¡Joder, ni siquiera era una bruja útil! Apretó lo dientes, furiosa, a la vez que presionaba la camiseta contra la herida. Hugo

chillaba hasta desgañitar sus cuerdas vocales. De repente, él comenzó a entornar los párpados.

—Dile a mi padre que lo quiero —dijo apenas con un hilo de voz—, y a Oriol que cuide de Ariadna…

—¡Abre los ojos, Hugo! ¡Ábrelos! ¡No voy a permitir que te mueras así! —gritó, rompiendo las palabras—. ¡Oriol, por Dios, ¿dónde estás?! ¡¿Dónde está todo el mundo?! —Rompió a llorar desconsolada—. ¡No te mueras, por favor! ¡No me hagas esto!

Pero estaba sola, nadie iba a socorrerlos, y ya no aguantaba más la presión. No era justo que le tocara a ella decidir. ¡Era una novata! No quería tener la vida de Hugo en sus manos. Un sinfín de ideas se le agolparon en la cabeza, impidiendo que pensara con serenidad. Se apretó las sienes para liberarlas. Tenía que haber algo que pudiera hacer. Entonces, como si se tratara de una especialista, retiró la camisa ensangrentada de su estómago y reprimió las náuseas que la obligaban continuamente a apretar los párpados, evitando así contemplar la herida fatal. Extrajo la navaja que él mantenía oculta en el tobillo y, apartando la mirada, hendió la punta en la palma de su mano para realizar un ligero corte, suficiente para que una hebra de sangre brotara de él. Apoyó la mano sobre la monumental incisión del joven y, azorada por la cantidad de sensaciones que la invadían, alzó la barbilla y contempló las escasas estrellas que las nubes dejaban brillar. Como si estuviera ausente, contó hasta tres, y entonces las frases emergieron fluidas entre sus labios:

—Mi sangre es la tuya, y tú eres la mía… Te nutro con mi ser y con mi alma para que tu equilibrio sea restablecido… Tu sangre es mi sangre… Porque no hay dos sin la unidad primaria…

De repente, Hugo abrió un ojo y después el otro. Observó desconcertado a la muchacha, que parecía estar en trance de nuevo. Tenía los ojos de hielo, y su cabello, más claro, ondeaba con rabia azotando sus mejillas.

—Sofía, ¿qué coño estás haciendo?

Pero ella ignoró la pregunta que apenas llegó a impactar en sus oídos. Las palabras salían despedidas de su boca, encontrando fuerza en el aire, que las empujaba como un flujo continuo e imparable hacia él.

—Mi sangre es tu sangre, como la unidad divina que mueve el universo.

—¡¡¡Sofía!!! —La cogió por las muñecas y la apartó con brusquedad.

Ella abandonó su estado hipnótico y, jadeando, clavó sus ojos añiles en él, que la miraba receloso.

—¿Qué has hecho? —le preguntó mientras se palpaba tembloroso el estómago.

Ya no había sangre. Se había evaporado como el efímero aliento que se confunde con el viento del norte. No había rastro de ninguna herida, ni siquiera de una marcada cicatriz que le recordara que una vez fue atacado por una sombra indestructible. Tenía el rostro desencajado, seguía sin comprender qué era lo que había sucedido allí. ¿Cómo había conseguido sanarlo? Le devolvió la camiseta, confuso, y se incorporó. Ella continuó arrodillada mientras se apresuraba a cubrir su sencillo sujetador blanco. Su ropa seguía ensangrentada, y se perdió en el rojo de las manos, examinándolas como si no le pertenecieran.

Por fin escuchó voces que la devolvieron a la realidad. Ladeó la cabeza y distinguió al padre Carlos, quien corría como una gacela colina arriba.

—¡¿Estáis bien?!

—¡Sííí! —respondió Hugo mientras la ayudaba a levantarse—. No sé qué es lo que acabas de hacer, pero nadie puede saber lo que ha ocurrido en esta colina, ¿te enteras?

16

Enemigo

Entraron en el monasterio entre vítores y felicitaciones efusivas. El vestíbulo estaba repleto de personas que los recibían como si fueran héroes. El padre Carlos había conseguido recuperar a los tres cazadores perdidos en el monte, para luego dirigirse hasta la cabaña, alertado por Rafael. Habían trasladado a León al hospital más cercano con presteza y esperaban poder salvarle la pierna. Desde que el grupo del sacerdote la había rescatado e introducido en el vehículo, ella se había sumido en un mutismo desapacible. Seguía sin comprender cómo había cortado la hemorragia de Hugo y después sanado sus heridas, no quedaba en su cuerpo rastro alguno de la contienda con la sombra. Y, sin embargo, había estado al borde de la muerte.

Entre el gentío que se aglomeraba alrededor de ellos, distinguió a Edith. Llevaba una venda alrededor de los ojos y avanzaba despacio, ayudándose con un bastón. Iris corrió hacia ella y ambas se fundieron en un largo abrazo. Hugo se abrió paso entre el alboroto para alcanzar a su padre, y allí se arrodilló ante él, enterrando la cabeza entre sus piernas mientras sollozaba. El cazador era consciente de que había estado a punto de perder la vida. Rafael trataba de consolarlo acariciando su cabello moreno y susurrándole palabras de aliento en el oído. El padre Carlos era el más solicitado por la congregación. Lo rodeaban agarrando sus manos como si fuera un salvador y apenas lo dejaban dar un paso. Por el rabillo del ojo, distinguió a Oriol, que se dirigía con decisión hasta su hermana Ariadna, a la que cogió en volandas y la envolvió entre besos cariñosos y numerosas caricias. Ella había suspirado aliviada al ver que él asomaba la cabeza por la pared derruida y la buscaba ansioso con la mirada. Había sufrido una leve conmoción, pero se negaba a ir a urgencias.

Sofía agachó la barbilla ante tanta algarabía y se encaminó hacia las escalinatas que la conducían hasta su habitación. Podía comprender la alegría de la comunidad hasta cierto punto. Les habían devuelto la esperanza, pero Pedro había muerto y, aunque ella apenas lo conocía, sabía que era un cazador que no tenía familia, por lo tanto, nadie que lo llorara dentro de esos muros; un ser invisible como ella, pero que había luchado por todos. Lanzó un resoplido mientras examinaba la sangre de su camiseta con estupor. La sombra seguía allí

fuera. No tenía nada que celebrar.

Casi llegando al primer piso, Harry la interceptó.

—Sofía, ¿estás bien? —El inglés la observaba por encima de sus gafas y con semblante preocupado.

—Sí, sí, algo cansada, nada más —le contestó sin querer entrar en detalles.

—¿Toda esa sangre es de León? —le preguntó extrañado, señalando su camiseta, pero ella apartó la mirada y guardó silencio—. Sofía, ¿quieres contarme algo?

Titubeó unos segundos, sin saber muy bien qué responder. Apretó los labios para impedir que le salieran las palabras y después lanzó un sentido suspiro el cual hizo que el bibliotecario arrugara aún más el rostro.

—Sé que es tarde, pero ¿puedes convocar una reunión en unos veinte minutos? —soltó al fin—. Y que estén presentes Edith y el padre Carlos. Tengo algo que contar, pero primero quiero quitarme esta ropa y darme una ducha. —Le mostró las manos teñidas de sangre—. Creo que tengo que frotar bien para que salga todo esto… —Se le atragantaron las frases al tiempo que las lágrimas asomaron a sus ojos.

Harry la miró conmovido. Sin previo aviso, la estrechó entre sus brazos.

—Sabes que estoy aquí para lo que necesites —dejó escapar con una voz sincera—. Puedes contar conmigo siempre.

Ella asintió, agradeciendo su disponibilidad, y se despidió de él. Entró en la estancia y, al cerrar la puerta, apoyó la espalda en ella, se dejó caer despacio y terminó sentada en el suelo. Entornó los párpados y el recuerdo de la sombra perforando a Hugo la asaltó. Abrió los ojos, se quitó desesperada la camiseta, todavía impregnada de ese olor metálico que le revolvía las tripas, y la lanzó lejos de ella, donde no pudiera verla, donde pudiera olvidar todo lo sucedido esa noche pese a saber que eso no era suficiente. Se dirigió entonces al baño y, bajo la ducha, restregó una y otra vez su piel, obligándose a desprenderse de cualquier huella que hubiera dejado la infructuosa lucha sobre ella. «La he tenido en mis manos —pensó— y no he podido hacer nada para destruirla… ¡Mierda, mierda, mieeerdaaa!».

Rebuscó entre la ropa, pero lo único que le quedaba para cubrir por entero sus piernas eran sus *leggins*. Los vaqueros estaban llenos de tierra gracias a su incursión en el bosque, y puede que también tuvieran salpicaduras de sangre. Examinó frustrada el pequeño armario y escogió un suéter que había introducido su madre por si acaso refrescara. Sonrió al rememorar cómo había discutido con ella porque siempre se entrometía en sus asuntos; ni preparar el equipaje podía sin su supervisión. Ahora la habría abrazado y agradecido que

siempre cuidara de ella, y se preguntaba cómo habría salido la operación: si ya estaba del todo recuperada o tendría que ir a rehabilitación.

Miró el reloj y se apresuró a vestirse. Iba a llegar tarde a la reunión que ella misma había convocado. Dibujó una mueca de disgusto en su rostro. Antes de salir, se atrevió a mirarse en el espejo. Entonces, lanzó un chillido que tuvo que alertar a toda la comunidad. Entre sus ondulados cabellos castaños descubrió horrorizada tres mechones rubios tan salvajes como llamativos. «¿Cómo es que nadie me ha advertido de esta terrible transformación?». ¿Cuándo había sucedido? ¿Y por qué? Los sacudió para que se entremezclaran con el resto y tratar de alguna manera de disimularlos, pero era prácticamente imposible. Parecía que había ido a la peluquería y que se había hecho esa aberración aposta. ¡Ella odiaba el rubio! No quiso discutir más con el espejo, así que abandonó la habitación dando un portazo que no consiguió aliviar su creciente irritación. ¿Qué más podía pasarle? ¿Amanecer con un ojo casi transparente y el otro con el profundo índigo que la caracterizaba? ¡Dios mío! ¿Iban a salirle también verrugas?

Acalorada por las incesantes cuestiones que tenían que ver con su físico, irrumpió en la biblioteca y se percató de que todos ya se encontraban allí. ¿Todos? Ella no había pedido que asistiesen Iris, Oriol ni tampoco Hugo. Y, sin embargo, mantenían sus miradas fijas en ella como si fuese la flamante anfitriona de un gran banquete. Arqueó las cejas, contrariada, mientras Rafael, detrás del escritorio, la animaba a avanzar. Lo hizo examinando a cada uno de los presentes. Como era habitual, Harry, con una chaqueta *tweed* pasada de moda, estaba situado a la izquierda del cazador. Delante de la mesa estaban sentadas Edith e Iris. Esta última cogía la mano de su madre como si tratara de alejar los miedos de ella. Algunas malas lenguas decían que después de la pérdida de visión que había sufrido, la mujer padecía continuos desvaríos. Le extrañó comprobar que el sacerdote vestía la típica sotana. Él no era un hombre tradicional. A lo sumo portaba el alzacuellos, que se quitaba cuando sujetaba una escopeta entre las manos, algo que siempre trataba de evitar. De soslayo, observó a Hugo, quien había preferido sentarse en los escalones que conducían al falso piso superior y que golpeaba con ambos pies el pavimento en un movimiento que delataba su acusado nerviosismo. Y, por fin, posó la mirada en Oriol, que le sonreía mientras permanecía apoyado en una de las repisas y con los brazos cruzados.

—Harry me ha dicho que tenías algo que contarnos —le dijo sin rodeos Rafael. Ella percibió los intensos ojos negros de Hugo clavados en su nuca—. Pero antes me gustaría que me respondierais todos a unas cuantas preguntas.

Ninguno dijo nada, solo se limitaron a cruzar sus miradas interrogantes. Sofía temblaba como una gelatina desde los pies a la cabeza, y tragó varias veces saliva como si fuera el testigo clave de un juicio que iba a comenzar.

—Bien, cuando Edith me contó su sueño y después el astral que la llevó hasta la cabaña —continuó el cazador, examinando uno por uno los rostros de los chicos—, me dijo que había visto a Oriol volar por los aires y que, seguidamente, la sombra fue a por Hugo, ¿es así?

Ella agachó la cabeza. De reojo, atisbó el ceño fruncido de Hugo, quien se frotaba las manos incesantemente y se mordía el labio inferior con saña.

—Sí —respondió Oriol al ver que nadie se atrevía a abrir la boca, a pesar de que no había presenciado la parte en la que Hugo volvía a ser la presa de la sombra. Él ya se encontraba inconsciente en el suelo—. La cabaña se nos estaba cayendo encima literalmente, y Sofía tuvo la idea de proteger a León y a Iris para que esta pudiera pedir ayuda de manera telepática. Después, la sombra consiguió entrar por una de las brechas y cogió a Hugo, y traté de impedirlo llamando su atención.

—¿Y cómo es que cuando llegó el padre Carlos, tanto Hugo como Sofía estaban en lo alto de una colina fuera de la cabaña? ¿Qué ocurrió para que llegarais allí?

Hugo lanzó un resoplido enojado y señaló su frente.

—¡Me marcó! ¡Ese maldito ser me marcó como si fuera ganado! —Mostró desafiante el cuadrado que resaltaba en su cara—. ¿Es esto lo que quieres apuntar en tu ridícula libreta de notas, Harry?

El brujo dejó de escribir, se humedeció los labios y avanzó hasta el joven cazador.

—Tienes razón, está marcándonos —afirmó mientras posaba el lápiz en su frente—, pero lo hace con un fin. Este cuadrado significa «Todo lo creado en la tierra», y por lo tanto alude a los cazadores arraigados a esta por su propia naturaleza: la caza. En las fotos que me enviaron de los videntes ejecutados —hizo una pausa para colocarse las gafas con el dedo índice sobre el puente de la nariz—, todos presentaban un círculo también en la frente, símbolo que hace alusión al cielo. Y si nos paramos a pensar, las visiones, las premoniciones, absolutamente todo, los conecta con la energía creadora. Y si hacemos memoria, recordaremos que cuando Sofía llegó aquí, tenía un triángulo grabado y que desapareció al par de días. El triángulo es el número tres y, por lo tanto, la proporción divina. Es el producto de la unión del cielo y la tierra, y es ahí donde nos encontramos los brujos. Nuestros poderes emanan de la naturaleza, pero parte de ellos también pertenecen al cosmos, así que la sombra está utilizando esta «ridícula» simbología para marcarnos.

—¿Y con eso que quieres decirme? —le preguntó Hugo, que no

comprendía la utilidad de la información.

—Que tu cicatriz desaparecerá con los días —bromeó Oriol—, como ya le pasó a Sofía.

—No estés tan seguro. A saber lo que esconde debajo de ese rostro inocente —dejó escapar él sin poder morderse la lengua.

—Esto es algo muy serio —los interrumpió el sacerdote—. Quien se encuentra tras la sombra es alguien con conocimientos místicos. Arranca los ojos de los videntes, donde se supone que radica su poder. Perdón, Edith, si te resulta todo doloroso. —Ella le hizo un gesto con la mano y lo instó a continuar—. Desde la antigüedad, ya se hablaba de que la fuerza de los cazadores estaba concentrada en las entrañas, por eso los abre en canal. —Hugo apretó la mano contra su frente, tratando de reprimir la furia que le ocasionaba recordar que a él también trató de sacarle las tripas—. Y dicen que las brujas se dejan llevar por sus emociones. La ira, el amor, la tristeza… activan sus poderes. ¿Y en que órgano se ha creído siempre que se acumulan todas estas emociones? ¡En el corazón!

Todos se sumieron en sus reflexiones internas tras el enfático discurso del padre Carlos. Existía una explicación para cada uno de los actos que realizaba la sombra, nada era arbitrario. Sofía recordó entonces el intenso dolor que casi desgarró su pecho en el hotel. ¿Intentaba la sombra extraerle el corazón?

—¿Y todo eso porque ansía más poder? —No se percató hasta que fue demasiado tarde de que había formulado la pregunta en voz alta.

—¡El poder lo es todo! —le contestó el sacerdote, enérgico.

—¡Todo esto es obra de un demonio! —exclamó asqueada Iris—. ¡Es lo que siempre han querido! ¡Dominar el mundo!

Un silencio abrasador se instaló en la biblioteca. Parecía que hubiesen absorbido todo el oxígeno de la sala y ya no existiese aire en ella. Sin embargo, Sofía escuchaba el viento arreciar en el exterior. Necesitaba respirar, salir de allí. Despegó el suéter de su piel, facilitando al escaso aire que aún circulaba por la habitación penetrar en su cuerpo. Oriol abrió del todo la ventana, dejando entrar las ráfagas de medianoche que con presteza se introdujeron en sus pulmones.

—Es mejor que dejemos las especulaciones a un lado. —Rafael abandonó su cómoda posición y avanzó hacia el centro de la sala, posicionando la silla de ruedas sobre la aguerrida figura de la diosa Diana—. Eso no nos conviene ahora. —Le lanzó una mirada furtiva a Hugo—. ¿Cómo te libraste de la sombra?

—No lo recuerdo… —Apretó los ojos y negó con la cabeza—. Todo está borroso… Me arrastró colina arriba y…

—Yo corrí tras él —lo interrumpió Sofía—. Perseguí a la sombra, dispuesta a impedir que le hiciera daño, y… —Hizo una pausa y miró

a Hugo, decidida. Él hundió el rostro entre sus manos—. De esto quería hablar… No sé cómo lo hice, pero… —respiró varias veces al advertir que todas las miradas se posaban en ella— creo que paré el tiempo…

Harry avanzó hacia ella, fascinado por la revelación, mientras Oriol dejaba escapar un silbido expresando su sorpresa. Desde su posición, apenas pudo observar la reacción de las videntes, pero estaba segura de que no salían de su asombro. Rafael, con los ojos abiertos de par en par, balbuceaba palabras incoherentes, y Hugo, dando un respingo, apartó las manos de la cara, más confuso todavía.

—¿Estás segura? —Harry fue el que se atrevió a hablar. La cogió por los brazos y la sacudió ligeramente—. ¿Detuviste el tiempo?

—Creo que sí… —Su agitación la puso más nerviosa aún—. Nada se movía, ni la sombra, y… —cerró la boca de inmediato al percatarse de que iba a desvelar que la sangre de Hugo dejó de manar como si la fuente se hubiera secado de improviso— pude ver a través de sus ojos huecos…

—¡¿Qué fue lo que viste?! —Rafael estaba impaciente. Nadie había llegado jamás tan lejos—. Dime, niña.

—¡Una serpiente! —confesó turbada.

—¡Oh, Dios mío! —Edith palideció y ahogó un grito que la hizo estremecer.

—¡Ya dije que tiene que ser un demonio muy poderoso! —exclamó Iris mientras abrazaba a su madre para consolarla—. ¿Existe algún demonio así, padre Carlos? —quiso saber, retándolo con la mirada.

—El único con semejante poder podría ser Azazel —dudó el sacerdote—. Se le describe en el Apocalipsis de Abraham como un demonio de siete cabezas de serpiente, pero también se le representa con un macho cabrío, y no me cuadra con la sombra. Es un demonio mensajero y el que porta el estandarte del ejército de las tinieblas.

—Yo no creo que sea un demonio quien domina a la sombra —se pronunció Sofía con una seguridad que hizo temblar al mismísimo Rafael.

—Explícate —la animó este a continuar—. ¿Por qué crees eso?

—Había una persona con una túnica de un color granate que estaba realizando un ritual. No me pareció un ente demoníaco. Vigilaba los movimientos de la serpiente sobre el altar. Creo que estaba celebrando una misa.

—¡¿Has dicho altar?! ¡Dios mío! —El sacerdote se santiguó varias veces y besó la cruz que llevaba al cuello—. ¡Una misa negra! ¡No son demonios! ¡Son humanos! En la antigüedad existía una secta que realizaba este tipo de rituales venerando a una serpiente: los ofitas.

—Pero esa secta apareció en siglo I, y fue erradicada poco tiempo después si no me falla la memoria —le rebatió el brujo—. ¡Es

imposible que haya llegado a nuestros días sin que nadie se percatara de ello!

—¿Y podría ser que unos cuantos chiflados hayan fundado de nuevo esa secta imitando sus principios? —dejó caer Rafael.

El sacerdote y Harry intercambiaron miradas cómplices. Entonces, el brujo, atropellando a Hugo en su carrera, subió las escaleras hasta el segundo piso y examinó uno por uno los tratados más antiguos con los que contaba. El padre Carlos se arrodilló junto a Edith y cogió sus manos.

—No estabas perdiendo la cabeza. Las serpientes son reales, pero no debes temerlas —le susurró con una voz tranquilizadora—. Son un mero instrumento para su fin.

—¿Y cuál es? —Enojada, Iris se incorporó—. ¡¿Destruirnos?! ¡¿Qué quiere esa gente?!

—En las misas, los participantes besaban a la serpiente en señal de adoración después de que esta se deslizara entre los panes que había en la mesa para luego ser partidos y comidos —continuó explicándoles el sacerdote—. Para ellos, la serpiente simboliza la libertad y el conocimiento, y se ceban con Yahveh, el dios del antiguo testimonio al que consideraban un demiurgo con cabeza de león. Decían que él mantenía encerrados a Adán y Eva en un falso Paraíso y que fue la serpiente la que los liberó y les otorgó la llama del conocimiento. Consideraban a todos los enemigos de Yahveh auténticos héroes. Y así, de esta secta gnóstica surgieron otras, como los cainitas, que idolatraban la figura de Caín por enfrentarse a Dios; o los setitas, que veían a Set como su patriarca espiritual. Ellos nunca pretendieron dominar el mundo, sino adquirir el conocimiento supremo.

—¿Y por qué manipulan a la sombra? —intervino Oriol, que hasta entonces había permanecido sumido en sus propias reflexiones—. ¿Para qué absorben nuestros poderes? Es algo que no consigo comprender…

—¿Es que nuestros poderes poseen en sí mismos un conocimiento superior? —le preguntó Sofía, arrugando la frente—. ¿Y cómo un grupo de personas sin más es capaz de invocar a un ente maligno y someterlo a sus caprichos?

—Para eso están los grimorios —les explicó el sacerdote, aún perplejo por el supuesto renacimiento de los ofitas en la época actual —. Son un tipo de libros mágicos que suelen contener listas de demonios y ángeles, instrucciones para celebrar un aquelarre o lanzar hechizos, incluso para invocar a entidades sobrenaturales. La mayoría data de la Baja Edad Media, y se difundieron por toda Europa como la peste. ¡A saber cuál podrían estar utilizando! Entre los muchos está *El Gran Grimorio, el Albanum Maleficarum, el Picatrix,* o uno muy conocido atribuido erróneamente al rey Salomón: *La llave menor de*

Salomón.

—¡Pues yo creo que estamos ante un grupo de chalados que han invocado a una sombra sin tener mucha idea! ¡Panda de idiotas! —vociferó Hugo—. Si lo que pretenden es liberar serpientes por el mundo, no necesitan marcarnos como vacas ni asesinarnos.

—No, no, no. Te equivocas, Hugo. Ya te dije que todo lo hacen apoyándose en su misticismo. —Harry bajó apresurado portando un libro en sus manos el cual señalaba continuamente—. Sabía que guardaba uno sobre sectas gnósticas… —dijo con una risita nerviosa —. Sofía tiene razón en algo: buscan la luz del conocimiento divino. Aquí hay un diagrama que representa el cosmos de los ofitas. Tratan de alcanzar el Pleroma.

—¿Qué sitio es ese? —le preguntó Oriol, confundido—. ¿Y cómo pretenden llegar hasta él?

—¡Harry, no me digas que se trata de algún lugar oscuro del inframundo! —Hugo se alzó y comenzó a caminar, mostrando su impaciencia.

—¿Quieren abrir las puertas del Infierno? —preguntó Rafael, boquiabierto.

—¡Eso sería desastroso! ¡Un auténtico caos! —añadió Edith, temblorosa.

—Si hacen eso —continuó Iris—, los demonios campearían a sus anchas en la Tierra, y no estamos suficientemente preparados para una guerra así.

—No, no, no —negó Harry, moviendo la cabeza de un lado a otro sin control—. El Pleroma es el lugar donde fue concebido el primer ser humano, y allí es donde reside la Luz ilimitada. A través de fórmulas mágicas que rescataron de los egipcios, el gnóstico trata de atravesar las siete puertas inferiores custodiadas por guardianes, sin ser devorados o aniquilados por estos. Hay ejemplos de fragmentos que utilizaban como rezos para atravesar cada una de las puertas. —Cerró el libro de un manotazo—. No tratan de abrir las puertas del Infierno… ¡Quieren llegar al Paraíso!

—¡Dios mío! —El sacerdote se llevó las manos a la cabeza—. ¡Quieren abrir las puertas del Cielo!

Un silencio funesto invadió la sala, desdibujando la sonrisa efímera de la diosa Diana. No se trataba de una caza común, no tenían que enfrentarse a ningún demonio, sino a un grupo de descerebrados humanos que pretendían colocar una escalera que los llevara hasta el mismísimo Cielo.

La estruendosa carcajada de Hugo resonó en la cabeza de todos como el tañido de unas campanas obsoletas.

—¡Es la mayor estupidez que he oído en mi vida! ¡Eso es imposible! ¡No pueden atravesarse las puertas del Cielo así porque sí. A no ser,

claro, que la hayas palmado!

—¿Se puede, Carlos? —Rafael le preguntó como amigo y no como el sacerdote impregnado de una fe ilimitada—. Tú has practicado exorcismos, has tuteado a muchos demonios, conocido sus nombres… ¿Alguna vez te mencionaron estas puertas?

—No, que yo recuerde…

—¡Oh, vamos, papá, es una historia ridícula! —espetó Hugo de nuevo—. Yo esperaba luchar contra un demonio de primer nivel, pero estos… ¡Son unos tarados!

—¡Unos tarados que están matando personas! —subrayó Oriol—. No te olvides de esto, hermanito. Creen firmemente en lo que hacen, y han convocado a una sombra poderosa para conseguir su objetivo.

—¡Mejor! —anunció Iris, triunfante—. ¡Los localizamos y acabamos con ellos!

—¿Alguna idea de cómo hacerlo? —Rafael mostró una mueca de contrariedad—. ¡Podrían estar en cualquier parte del mundo!

—Me pondré con eso ya —dijo el brujo mientras buscaba su móvil —. Llamaré a todos los refugios. Al menos contamos con una pista que seguir.

—Bien, y yo tengo una vigilia que celebrar por nuestro hermano Pedro. Hay personas que me esperan en la capilla para velarlo. —Se dirigió a la salida y, sin volver la espalda, añadió—: Buscaré en mis libros de teología cualquier cosa que hable de las puertas del Cielo y de su viabilidad para abrirlas. —Abandonó la biblioteca con pasos firmes pero con la cabeza gacha, quizá porque la preocupación pesaba demasiado; se le había aposentado en la nuca y no conseguía deshacerse de ella.

—Será mejor que todos nos vayamos a descansar. Mañana pensaremos con más claridad —sugirió Rafael.

Sofía esperó a que todos salieran y se dirigió al brujo, quien permanecía de pie junto a la ventana, contemplando la noche incierta mientras confiaba en que alguien respondiera a su llamada. Pudo atisbar el reflejo de la luna creciente en sus gafas, un brillo inusual que dotaba a sus ya enigmáticos ojos avellanados de un halo mágico, reservado solo para aquellos que conectaban con su poder interior. Estaba tan ensimismada en el encantamiento del brujo que no reparó en que Oriol la esperaba bajo el umbral. Harry la observó, arrugando la nariz para alzar así ligeramente sus gafas de pasta.

—Lo has hecho muy bien, mi niña. —Le sonrió como un padre orgulloso de su retoño que comienza a dar sus primeros pasos sin caer —. Esa información es muy relevante y nos ayudará a identificar a los culpables.

—¿Por qué se sorprendió tanto cuando le dije que había detenido el tiempo?

—Siéntate. Yo me voy a servir un brandy… —soltó sin más mientras vertía el líquido en un vaso de cristal ancho. Después acercó una silla a ella y se sentó saboreando el preciado aguardiente, manteniéndolo varios segundos en el paladar—. La verdad es que no conozco a ningún brujo en la actualidad capaz de realizar semejante hazaña. Era un don común entre las brujas ancestrales, pero, como mucho de los poderes que ostentaban, se diluyó con el paso de los siglos.

—¿Y cómo es que yo he podido hacerlo? —Frunció el ceño, aún más confundida.

—Es evidente que tu pureza es absoluta, algo que es bastante sorprendente en estos días —continuó, escrutando en su particular mirada añil—, y puede que no sea el único don primario que puedas despertar, lo cual eso te convierte en un ser maravilloso y especial.

—Creo que esto me va a traer más dolores de cabeza de lo que pensaba. —De reojo, distinguió al cazador apoyado en la puerta, quien no parecía prestar atención a la conversación. Este, al reparar en su mirada, desapareció adentrándose en el pasillo—. ¡No quiero ser ningún conejillo de indias!

—¡Y no lo eres! Pero tienes que aprender a controlar tus emociones para así llegar a tus poderes. —Lanzó un profundo suspiro—. Sofía, gracias a ti hemos hecho grandes avances en la investigación. Tu don es salvaje, intuitivo, capaz de acceder a tu memoria biológica cuando lo necesitas. Está impregnado en tus genes, esperando brotar con total libertad… Es verdad que no has tenido el adiestramiento necesario ni las personas adecuadas a tu lado para guiarte, pero todo está aquí —le dijo, señalando su corazón—. Y es grandioso, porque algún día te convertirás en una mujer valiente capaz de brindar la ayuda necesaria a los demás.

Bajó la barbilla, azorada por la cantidad de halagos que el brujo le profería. No se sentía especial, y menos valiente. Para ella, ese don era una maldición que había estado a punto de acabar con la vida de su familia. Era algo a lo que temer. No se reconocía a sí misma cuando conectaba con ese poder, y eso la asustaba. Le costó años asumir que sus padres la habían abandonado, siempre preguntándose qué era lo que tenía de malo para que decidieran deshacerse de un bebé indefenso. Y ahora, después de diecisiete años, debía enfrentarse a la realidad: lo hicieron porque pertenecía a un linaje de brujos casi extinto. Su pasado era una mentira, y ella, una completa desconocida incluso para sí misma.

—¿Te preocupa algo más? —le preguntó Harry, alarmado por su semblante meditabundo.

—No, nada más.

—¿Sabes que puedes contármelo todo?

Titubeó unos segundos y, a continuación, le plantó un beso en la mejilla. No, no podía desvelar también que otro de sus poderes primarios consistía en cerrar heridas de muerte, sanarlas y devolverles la energía vital a las personas. Era un secreto que de momento debía guardar.

17

Colores

Le había mentido a Harry, y no entendía el porqué. Quizá para protegerse a ella misma, o puede que fuera el miedo, que llegaba a obnubilarla y no quisiera reconocer lo que había sucedido en la colina, o tal vez era la absurda cobardía que a veces asomaba tras su sombra y la obligaba a refugiarse de nuevo en el silencio. Sí, estaba preocupada porque estaba segura de que otro de sus poderes ancestrales heredado de las brujas milenarias fuera el sanar heridas de muerte, e ignoraba si su uso podría traer consecuencias. Lo estaba porque había detenido el tiempo, y no era consciente de si había sido un hecho localizado en ese bosque o se había extendido por toda la región. ¿Y si hubiese frenado un avión en pleno vuelo? ¿Y si al volver a la realidad temporal lo hubiese desestabilizado y estrellado con cientos de pasajeros a bordo? No, no controlaba para nada esos dones antiguos que brotaban en ella repentinos y sin ningún tipo de mesura. ¿Qué podría pasar la próxima vez? ¿Partir en dos un edificio como había hecho con la repisa?

Se cubrió con la manta para protegerse de los continuos escalofríos que la martirizaban, pero no quiso tumbarse en la cama, sino que prefirió permanecer acurrucada observando cómo la luz del techo parpadeaba haciendo enormes esfuerzos por alumbrar una estancia que comenzaba a sumirse en la oscuridad. No quiso mirar el reloj, pues ya sabía que era tarde y que debería estar durmiendo desde hacía un buen rato. Pero no podía. Y eso que le pesaban tanto los párpados que a veces la forzaban a cerrar momentáneamente los ojos, para luego abrirlos y arrepentirse por haber ocultado una información que podría ser relevante para el caso.

Ya no se trataba de Hugo ni de sus nuevos poderes. Había obviado aposta el extraño sueño que había tenido con su madre la noche que León desapareció. No podía apartar de su mente que ella también portaba una túnica blanca con un sospechoso cuenco de sangre junto a tres personas más. ¿Significaba eso que ella también pertenecía a esa secta enloquecida de los ofitas? ¿Podría ser que su madre hubiera ayudado a invocar a la sombra que les estaba dando caza? ¡No, eso no podía ser! Se negaba a creerlo. Ella siempre aparecía para ayudarla, para alejarla del ente maligno. Era inconcebible que colaborase con

ese grupo de fanáticos dispuestos a abrir las puertas del Cielo. Desechó esa absurda idea de su cabeza.

Se masajeó el cuello buscando un alivio que no hallaba. «Demasiados secretos —pensó—. Esto no puede acabar bien». Y aunque sintió el repentino deseo de regresar a la biblioteca y contárselo todo a Harry, prefirió callar. Era ella la que debía reunir más pistas sobre los sueños que le enviaba su madre; ella, la que tenía que descodificarlos y quizá así encontrar la pieza clave para resolver ese puzle que cada día se le antojaba más enrevesado.

Escuchó unos leves toques en la puerta que la desconcertaron unos segundos. Descalza, se dirigió hacia ella y la abrió con mucha cautela. Era muy tarde, y si no se trataba del centinela que hacía guardia durante la noche, ignoraba quién podría buscarla a esas horas de la madrugada. Arqueó las cejas al descubrir a Oriol en el umbral. Llevaba la misma camiseta roja con la que había asistido a la improvisada reunión. Al verla asomar la cabeza, le sonrió con una cierta timidez que consiguió despistarla. Lo hizo pasar, percatándose entonces de que continuaba con la manta enrollada por todo el cuerpo.

—No sabía si estabas despierta —se disculpó por su repentina visita—. No podía dormir después de todo lo que nos ha pasado en las últimas horas. Pensé que tú tampoco…

—Lo he intentado, pero la cabeza no deja de darme vueltas.

—¿Estás bien? —Su rostro albergaba una preocupación sincera que volvió a traspasar sus defensas—. Lo digo porque, al darme aquel porrazo, te perdí de vista, y sé que corriste tras Hugo sin importarte mucho que la sombra estuviera con él.

—Sí, sí —contestó, restándole importancia—, prueba superada.

—¿Seguro?

Sofía no respondió esa vez, sino que se sumergió en sus hipnóticos ojos castaños rodeados de esa imperceptible aureola dorada que delataba su condición de demonio, y pensó en el bosque, en el fogoso beso que resucitó todos esos sentimientos contra los que había luchado desde que había aterrizado en el monasterio, para luego descubrir que no eran una mentira. Eran sinceros. Desvió la mirada hacia la ventana y se perdió en el misterioso brillo de las estrellas, que parecían saltar lejanas en un cautivador baile que encantaba la noche.

—Me gusta tu nuevo *look* —comenzó a decir él con la esperanza de rasgar el silencio incómodo que volvía a distanciarlos—. Rompe un poco la inocencia de tu rostro, te hace más de los nuestros.

—¿En serio te gusta? ¿Cómo es que nadie me había dicho nada? No fue hasta que me miré al espejo… —Se calló al ver que la observaba divertido.

—Para nosotros es algo normal —trató de tranquilizarla—. Los

cazadores tienen muchas cicatrices que les recuerdan sus luchas. En cambio, yo, por mi otra condición, no conservo marcas de ese tipo. Tiendo a sanar muy rápido. Es una de mis habilidades.

Sofía chasqueó la lengua y pensó en Hugo. Quizá debería contarle lo sucedido en la cabaña, pero de nuevo apartó esa posibilidad de su mente, ya que le había dado su palabra al cazador.

—Rafael ha encontrado una vieja fábrica abandonada a unos ochenta kilómetros de aquí —continuó él al percatarse del súbito mutismo que la invadía—. No es como este monasterio, pero podrá servir de nuevo refugio hasta que solucionemos este asunto. Mañana a mediodía saldrá el primer autobús. En él se irán los niños y las personas que carecen de don. El padre Carlos los acompañará y levantará los nuevos escudos de protección. ¡Quiero que tú te vayas con ellos!

Sofía clavó su mirada interrogante en él. No comprendía a qué venía esa especie de orden camuflada entre una inquietud visible y un malestar sopesado.

—¿De verdad quieres que me vaya? —lo retó, mostrando un semblante imperturbable, casi indoloro—. ¿Y qué vas a hacer tú?

—Mi padre se siente el capitán, incapaz de abandonar el barco hasta que todos estén a salvo —prosiguió, acentuando su mentón duro—, y yo me quedo con él. Necesita protección.

—¿Y Hugo? Él también estuvo en la cabaña y proviene de un linaje ancestral. —Entrecerró los ojos, desafiante—. No querrá exponerse al peligro de nuevo.

—Después de lo que sucedió en la colina con la sombra, se siente invencible —trató de justificarlo—, y ya sabes lo testarudo que es.

—¡Pues no debería! ¡Casi muere allí! Si no llega a ser por mí... —Lanzó un bufido al comprobar que no podía seguir hablando—. ¡Es idiota! ¡Un completo imbécil!

—Sí, lo sé —dijo, y disimuló una sonrisa burlona—, es un muro con el que nadie quisiera toparse.

—¡Pues si él se queda, yo también! —soltó enérgica.

—Pero ¡¿qué dices?! —Se acercó a ella, que continuaba mascullando enojada palabras contra el impertinente cazador—. ¿Por qué quieres ponerte en peligro de nuevo? —Ella alzó la barbilla y lo miró angustiada, sin saber muy bien qué decir—. Si no quieres irte en el autobús de mediodía, hay otro que saldrá después de comer. No queremos que vayan los dos al mismo tiempo.

—¡Claro, por si la sombra decide atacar en la carretera! —le reprochó, todavía irritada—. Espero que el más listo del monasterio haya pensado en esa posibilidad; demasiadas potenciales víctimas en un mismo autobús. ¿A quién se le ha ocurrido semejante plan?

—¡A mí! —confesó, algo dolido.

—¡Estás igual de loco que tu hermano!

Él encajó el reproche con una calma que la enervó aún más. La miró con ternura, acercó su mano hacia ella y comenzó a acariciarle la mejilla con el pulgar.

—No quiero que te pase nada —susurró con un hilo de voz que llegó a estremecerla—. Eres valiente, te has enfrentado a esa sombra varias veces y sigues aquí, ayudándonos a buscar pistas y consiguiendo respuestas.

Ella entornó los párpados y entreabrió los labios, dejando escapar un grácil suspiro que avivó los latidos de su corazón.

—Yo tampoco quiero que te ocurra nada a ti —le confesó mientras él deslizaba el pulgar hacia su boca y la obligaba a guardar silencio.

—No sé cómo has conseguido hechizarme, brujita —le dijo a la vez que la atraía hacia él—, pero no quiero resistirme más a tu encantamiento.

Clavó la mirada en los intensos ojos añiles, que brillaban deseosos al contemplar que sus labios se acercaban a su boca. Ella lo rodeó con los brazos y apretó con garra los dedos contra su espalda al tiempo que observaba cómo de sus aureolas doradas saltaban chispas descontroladas. Él apoyó la nariz en su mejilla y percibió el aliento sofocado de ella. Se alimentó de su ansia y quiso disfrutar de ese momento unos segundos: de su respiración entrecortada, de su lengua, que despuntaba expectante anhelando la suya. La bruja de hielo se derretía, y el placer que él experimentaba acrecentó su instinto más salvaje, el que se había prometido a sí mismo que mantendría a buen recaudo, del que nunca volvería a aprovecharse. Cerró los ojos. Quiso detenerlo. Controlarlo. Pero corría por sus venas asaltando todos sus órganos, haciendo que su corazón palpitase desbocado. Instinto primitivo. Demoníaco. El ardor manaba de todos los poros de su piel. Entonces, abrió los ojos. La observó unos instantes. Su aparente fragilidad lo confundía, pero ella era fuerte. Percibía sus latidos enloquecidos y la poderosa energía que desprendía su ser. Ella podría dominar sus embistes.

No la hizo esperar más. Buscó sus labios húmedos, que lo recibieron con frenesí, y fue ella la que introdujo la lengua en su boca; ella, la que apretó su pecho contra él, desesperada; ella, la que le quitó la camisa mientras advertía cómo su cuerpo temblaba. Él deslizó las manos hasta llegar al sujetador y lo arrancó de sus senos con furia. Rugió por dentro. La impaciencia se apoderaba de él. Tenía que hacerla suya. La lanzó al camastro como el que aparta una piedra del camino, se colocó encima y le mordió su largo cuello.

Sofía no había sentido en su vida nada igual. Notaba un flujo imparable que recorría toda su piel. Era un potente afrodisíaco que la sumergía en un torrente de sensaciones desconocidas. Él se liberó de

los pantalones que encarcelaban su deseo y ella dejó caer la cabeza hacia atrás, ansiando su regreso. Oriol olfateó su apetito; la bruja quería más, y él no iba a defraudarla. Se acercó de nuevo a ella y esta percibió su desnudez. La ayudó a desprenderse de su ropa y la sentó sobre sus rodillas. Sus ojos añiles desaparecieron y en su lugar brotaron dos lagunas transparentes. Oriol sonrió para sus adentros. Ella también conectaba con su poder ancestral. Estaba extasiada, casi fuera de sí, se movía de forma rítmica, acompasada, acompañándolo en su goce. Apoyó una de sus manos en la fría pared, y esta, de repente, se tornó azul. Se detuvieron al observar cómo la estancia coloreaba sus paredes.

—No conocía tu vena artística —rio él, maravillado por lo que Sofía estaba experimentando.

—¿He sido yo? —preguntó perpleja, admirando cómo el azul pasaba a ser violeta, para segundos después admirar el fucsia que la rodeaba.

Sonrió divertida, sin apenas dar crédito a lo que estaba contemplando. Cada vez que una intensa chispa la azotaba, emergían de las yemas de sus dedos incontrolables descargas eléctricas que se traducían en colores. Sus emociones quedaban plasmadas en los gruesos muros de su habitación como huellas visibles de lo que estaba experimentando. Y eso acrecentaba aún más su delirio.

Clavó de nuevo la mirada en sus ojos dorados y lo empujó con furia hacia atrás, obligándolo a permanecer tumbado en la cama. Apartó sus cabellos lacios de una de sus orejas y acarició su forma puntiaguda, esa que él tanto se esmeraba en ocultar, esa que delataba su condición de demonio. Se inclinó aún más sobre él y la mordisqueó con suavidad mientras un tenue rosa teñía la diminuta estancia. Su pecho respiraba ternura. Recobraba el aliento por unos minutos en los que se deleitaba de esa fragancia natural que él rezumaba; un aroma cargado de notas amaderadas, siendo el cedro el que cautivaba sus sentidos. Ese árbol noble, puro, incorruptible, tan característico de las regiones montañosas, estaba mancillado por un profundo olor a ozono, el cual se liberaba tras una enorme tormenta. Ese era Oriol: su alma humana, ligada a la tierra que luchaba constantemente contra los nubarrones que lo mortificaban. ¿Qué más le ocultaba el cazador medio demonio? Detuvo su movimiento circular un instante y examinó sus rasgos casi simétricos.

Oriol aprovechó para incorporarse ligeramente y desafiarla con la mirada. Coexistía un instinto animal en él. Era poderoso. Indómito. Puro fuego. La sujetó por las caderas y la apremió para que continuara. Quería tomar el control. Agarró su barbilla, atrayendo su boca a la de él. Deseaba poseerla. Las llamas recorrían todo su cuerpo, devorándolo. Tenía que hacerla suya. Se colocó sobre ella y escuchó

sus tímidos gemidos.

El rosado vibraba como un ser que reclamaba su propia existencia, percibiendo las arremetidas que recibía la bruja. Se derretía, y las paredes parecían un helado fustigado por un verano imparable. El naranja comenzaba a reinar en los muros y tomaba posesión de las zonas más recónditas. Él aceleraba el ritmo y ella dejaba que su fervor lo dominara. Sofía ahogó un grito de placer y contempló el techo manchado de rojo; un rojo pasión que le recordaba a las rosas más frescas del jardín. Entonces, las paredes estallaron en un sinfín de colores que rociaron sin pretenderlo la puerta y parte de las ventanas. Él enterró la cabeza sobre su pecho y ella lo acarició mientras disfrutaba del concluso lienzo que un inesperado pintor, llevado por el arrebato y el frenesí, había plasmado en su estancia.

Apretó con fuerza los ojos, negándose abrirlos. La fastidiosa claridad chocaba contra sus párpados, impidiéndole continuar dormida. Molesta, arrugó el rostro y se revolvió en la cama buscando una posición donde los incansables rayos de sol dejaran de torturarla. Apoyó la cabeza en la dura almohada y pronto advirtió que se trataba del brazo de Oriol. Era este sobre el que reposaba. Continuaba allí. Sonrió. No se había ido con el primer fulgor del alba. Despegó un ojo y luego el otro; no quería perderse ese momento. Se deleitó contemplando las líneas perfectas que conformaban sus labios; sus duras facciones, que parecían suavizarse durmiendo; su frente ancha, en la que podría perderse, y esos misteriosos ojos rasgados que tantas veces la habían escudriñado intentando hurgar en su interior. Apartó un mechón de los cabellos castaños que caía con suavidad sobre su mejilla y lo colocó detrás de su oreja mientras lo acariciaba.

Escuchó unos rudos golpes en la puerta. Alguien se encontraba tras ella, esperando impaciente a que abriera. Sacudió a Oriol para que se despertara y se precipitó a recoger la ropa que continuaba esparcida por el pavimento.

—¿Qué pasa? —lo oyó murmurar mientras se daba la vuelta y se envolvía de nuevo entre las sábanas.

—Alguien está tocando —susurró alarmada—, y no quiero que me vean desnuda… Puede ser tu padre…

—Sofía, ¿estás ahí?

—¡Joder! ¡Es Hugo! —Oriol se incorporó como una bala y comenzó a vestirse desesperado—. ¿Qué coño quiere ahora?

Ella sonrió de medio lado al descubrir que su hermano conseguía alterarlo de esa manera. Quiso preguntarle el porqué, pero avanzó hasta el umbral y giró el pomo. Asomó la cabeza sin apenas abrir la

puerta, deseando que él viniera simplemente a dejarle algún recado. Arqueó las cejas, contrariada, al atisbar una pequeña sonrisa que despuntaba de sus labios.

—¿Podemos hablar? —le preguntó, empujando la puerta y entrando en la habitación.

Ella no tuvo tiempo para reaccionar. Quería aplazar esa conversación para un momento más oportuno, pero fue demasiado tarde. Él entró con la cabeza gacha, y no alzó la mirada hasta que se topó con unas botas que reconoció al instante. Observó con extrañeza a Oriol, luego reparó en las manchas coloridas que eran la nueva decoración de la estancia, y se mordió el labio inferior con insistencia al advertir la cama deshecha y parte de las sábanas en el suelo.

—¡A solas! —requirió, sin apartar la vista de su hermano.

—Lo que tengas que decirle a ella, también me lo puedes decir a mí. —Oriol lo desafió con la mirada, pero Hugo permaneció impávido.

—¡No, no puedo!

—Oriol, ¿nos puedes dejar unos minutos? —intervino Sofía, sin comprender muy bien la palpable tensión entre los dos—. Será mejor así… —añadió, intuyendo sobre qué quería hablarle el cazador.

Tras unos eternos segundos en los que el aire podría rasgarse tan solo con una lima de uñas, él asintió y abandonó la habitación dando un portazo para dejar constancia de su desacuerdo. Sofía miró entonces los atractivos ojos verdes de Hugo, quien continuaba anclado en el suelo como una estatua de cera, examinando con detalle los nuevos colores de la estancia.

—¿Qué quieres, Hugo? —Ella se cruzó de brazos, demostrando su creciente incomodidad.

—¿Un nuevo poder? —Arqueó una ceja, sorprendido—. Porque no te veo haciendo remodelaciones con un mono blanco.

—¿Para eso has venido? —le reprochó—. ¿Para criticar mis capacidades artísticas?

Él sonrió de nuevo, aceptando su agudo sarcasmo. Había cambiado, eso era evidente. Ya no estaba ante la niña asustadiza que había recogido en la carretera y que gimoteaba por todos los rincones preguntando por sus padres. En tan solo unas semanas, se había convertido en una bruja a la que temer. Valiente. Enérgica. Casi indestructible, por lo que él mismo había podido constatar. Había cosido su herida sin hilo ni aguja, detenido la hemorragia, y no había dejado rastro de su intervención. Tragó saliva al recordar el momento en el que sus pupilas se dilataron y descubrió una tormenta de rayos azules dentro de ellos. Fue capaz de amedrentar a la sombra y hacerla huir como un conejo despavorido. Ella había roto la desventaja que los mantenía a años luz del ente maligno. Ella había descubierto al enemigo que ahora se replegaba temeroso buscando otra posición

desde la que atacar. Ella le había salvado la vida.

—Quería darte las gracias por no haberle contado a los demás lo que pasó anoche —terminó confesándole con la mirada clavada en el techo, como si así lograra enmascarar su creciente debilidad—. Y ya, de paso, también agradecerte que me hayas salvado.

Sofía achicó los ojos y examinó al impetuoso cazador, quien se había desprendido de su inseparable chaqueta de cuero y se balanceaba con las manos en los bolsillos evitando mirarla. Debía haber sido muy difícil para él presentarse en su habitación y haber soltado esas dos frases escuetas tratando de mantener un talante cordial y poco afectivo. Ella permaneció con el ceño fruncido, imaginando cuántas horas de enfrentamiento con su propio cerebro habrían transcurrido antes de tomar tan inesperada decisión. Él no era de los que pedían perdón, sino que arrasaba con su egocéntrica personalidad a todos los que se le ponían por delante, y mucho menos era la clase de persona que daba unas sinceras gracias con el alma encogida o los ojos húmedos. Así que esa súbita irrupción en la estancia tratando de aparentar que lo sucedido no tenía mayor importancia le bastó para aceptar que en algún lugar de su impenetrable corazón él la estimaba.

—Oriol me ha contado que vas a quedarte en el monasterio hasta el final. —Sofía cambió de argumento con una naturalidad que a él le sorprendió, e hizo que se relajara.

—Sí, hay que ayudar al viejo brujo con sus libros. Podría darle un infarto si no carga con ellos adonde sea que vayamos. —Esbozó una sonrisa que rápidamente apagó al comprobar que ella permanecía imperturbable.

—¿Puedes hacerme un favor? —le preguntó sin abandonar su postura seria. Él la miró de forma interrogante, intentando adelantarse a su misteriosa petición—. ¿Podrías interceder por mí cuando te lo pida?

—¿Qué quieres exactamente? No voy a darte mi palabra sin saber antes de lo que se trata —se defendió al ver que ella titubeaba.

—Pienso quedarme con vosotros hasta que el último abandone este refugio.

Hugo se llevó las manos a la cabeza y lanzó un sonoro bufido mientras arrugaba la nariz, consternado. Caminó de un lado para otro, golpeándose la boca con el puño, para finalmente girarse y desafiarla con un rostro belicoso.

—¿Estás segura de que es lo que quieres? Esa sombra podría presentarse y… —Enmudeció al constatar la certeza con la que asentía—. Bien, te lo debo, pero después puedes considerar nuestra deuda saldada. Voy a tener que enfrentarme a mi padre y a Oriol para convencerlos de que puedes ser de utilidad.

—Me parece justo —concluyó ella. En ese momento, lo único que quería era que no la enviaran a la fábrica, ni en el primero ni en el segundo autobús.

—Muy bien, ahora voy a despedirme de Ariadna. Ella sí que se va en una hora. —Dio dos zancadas que lo situaron frente a la puerta. Antes de salir, se volvió hacia ella y chasqueó la lengua—. ¡No te fíes de él! No te conviene.

Sofía retrocedió unos pasos, intentando comprender el mensaje del cazador. Oriol y Hugo siempre habían presumido de su estrecha relación. Eran más que hermanos: eran confidentes. O eso, al menos, era lo que aparentaban. ¿A qué se refería entonces? ¿Por qué la alertaba sobre su hermano? ¿Acaso no podía confiar en él? ¿Se refería a su condición de medio demonio?

Por supuesto, no iba a tener en consideración sus palabras, ya que era retorcido y demasiado suspicaz. En cambio, Oriol siempre le había tendido la mano. Era ella la que se había comportado mal, evitándolo y juzgándolo sin darle una oportunidad.

Preocupada, frunció el ceño. Ignoraba qué estaba sucediendo entre los hermanos, pero se sentía feliz. Todo ese torbellino de emociones que bullía en su interior había cobrado sentido cuando emergieron los colores. Estaba enamorada.

18

Maldicion

Contempló esperanzado cómo los neumáticos se alejaban del monasterio y se adentraban en la carretera secundaria hasta terminar desapareciendo. El primer autobús se marchaba rodeado de una gran expectación. Los que se despedían, lo habían hecho entre abrazos ilusionados y sonrisas nerviosas. Era un viaje arriesgado, sin apenas protección durante el trayecto, pero con el optimismo puesto en volver a levantar los muros protectores lejos de la visión de la sombra. Estarían recluidos, sí, y puede que las instalaciones no fueran las más cómodas. No gozarían de habitaciones individuales ni familiares, ni siquiera de baños en cada pasillo, pero se trataba de una ubicación que el ente maligno desconocía y que por el momento los mantendría a salvo.

Ariadna había partido. Oriol mantuvo la vista clavada en el autobús hasta que le fue imposible distinguirlo entre las colinas. Aliviado, respiró. Al menos ya no debía preocuparse por la niña. El padre Carlos la acompañaba en el viaje junto con otros tantos pasajeros; buenas personas, grandes compañeros que huían también angustiados, junto con sus hijos, y que esperaban encontrar un pequeño oasis dentro del árido desierto en el que se habían convertido sus vidas.

Se acercó al huerto y, acuclillándose, cogió un puñado de tierra para dejarlo caer después lentamente. El terreno se moría. Necesitaba que unas manos labradas se dedicaran íntegramente a él para que volviera a ser fértil y así regalarle sus frutos a quien con esmero lo cuidara. Frunció el entrecejo con cierta pesadumbre. Tanto esfuerzo había sido en vano. Llevaban largos meses allí que se le antojaban años, y ahora tenían que abandonarlo. Alzó la barbilla y apreció las paredes del monasterio con una nostalgia singular. Nunca fue su hogar, sino un lugar de paso. Sin embargo, sabía que iba a añorarlo porque allí, por primera vez en la historia, habían vivido cazadores, videntes y brujos de todo el país sin necesidad de esconderse. Se habían convertido en una gran familia, todos cuidando de todos, en un paraje idílico entre colinas doradas y un río transparente. Habían sido libres sin serlo, cautivos sin sentirlo, porque bajo ese techo antiguo que los cobijaba sin juzgarlos habían sido ellos mismos. Ignoraba qué clase de intrigas le aguardaban en la fábrica, pero ningún lugar podría

competir con el magnetismo del monasterio.

Enojado, farfulló.

Él era un nómada por naturaleza. Así era la vida de un cazador: debía presentarse en el pueblo que lo requería para exterminar cualquier problema sobrenatural. A veces tardaba semanas en regresar a casa, para volver a partir varios días después. Su cama no era más que el sitio donde descansar después de una larga misión; el comedor, una estancia donde saciar su voraz apetito, y la televisión, un aparato inútil que apenas utilizaba. Todo era más fácil cuando eras un niño. Asistías al colegio, jugabas en el parque y llegabas a tener amistades, pero crecías, y esa efímera felicidad terminaba. Ahora salía de caza junto con su padre, su hermano y León el Invencible. Mientras, Ariadna se quedaba ansiando su regreso con Edith e Iris dos calles más abajo de la suya.

Para los videntes, siempre había sido más fácil. Ellos podían desarrollar su misión desde casa, hallando pistas y resolviendo misterios a través de sus visiones. Cuando una premonición los acosaba, llamaban a los cazadores y estos se encargaban del resto. Iris podría haber ido a la universidad de haberlo deseado. Podría haber aspirado a una vida aparentemente normal, pero rechazó fingir ser algo que no era. Él había insistido para que no tomara una decisión que se le antojaba poco meditada, no quería que se arrepintiese en el futuro, pero ella podía llegar a ser incluso más cabezota que él mismo, y le respondió que su vida era consagrarse a su don.

Sí, iba a echar de menos mucho ese lugar: asistir a las extraordinarias reuniones en la capilla como si fuesen las de una comunidad cualquiera, enfrascarse en los libros de Harry como si acudiese a la biblioteca pública, intercambiar información con otros cazadores como hacían los buenos vecinos en su barrio. Y no era el único que iba a sentir el derrumbe de ese castillo repleto de ilusiones. Había apreciado esa melancolía en los ojos de su padre cuando se despidió de Ariadna. Su sueño de un refugio para todo el que lo necesitara se rompía en pedazos.

—Estás aquí… Llevo un rato buscándote.

Inmerso en su desazón, no había escuchado sus pasos; claro que Hugo podía ser tan invisible como un fantasma cuando se lo proponía.

—Acabo de ver a Iris. Está preparándose para salir con su madre en el segundo autobús —continuó mientras contemplaba el aspecto deplorable del huerto.

—Bien, cuantos menos nos quedemos aquí, mejor —se limitó a decir él.

—¡Ah, y buenas noticias! En cuanto León salga del hospital, se reunirá con nosotros en la fábrica. —Le dio un puntapié a una piedra, que voló y se perdió tras los muros traseros que delimitaban el huerto

—. Tendrá que estar unos meses en reposo, pero después será el mismo «león» de siempre.

—Esto no durará mucho tiempo más. —Admiró la belleza del paisaje como si quisiera impregnarse de la fragancia hipnótica de ese instante único.

—¿Por qué lo dices? —Hugo arrugó el rostro, contrariado, e inspeccionó el lugar.

—Es pura intuición —afirmó tajante—. Nos reunimos aquí por necesidad. Este edificio nos acogió sin importarle quiénes éramos o qué escondíamos bajo la piel, y ahora nos vamos sin más. Lo abandonamos a su suerte.

—Pero ¡¿de qué coño estás hablando?! —soltó sin entender ni una palabra de lo que decía.

—¡Supersticiones de demonio! No va a dejarnos ir tan fácilmente.

—¿La sombra?

Oriol clavó una mirada determinante en las pupilas de su hermano, que parecían haberse agrandado.

—¡La tierra!

—¡Estás desvariando, tío! De eso he venido hablarte. Tienes que alejarte de la bruja. Es muy poderosa, y no sabes de lo que es capaz.

—¿Sofía? ¡Oh, créeme, hermanito, lo sé! —Sin darle más importancia, asintió—. Lo he sentido…

—No me estás entendiendo. Esa chica no es para ti.

—¿Desde cuándo te preocupa mi bienestar? —soltó riendo.

—No me preocupas tú, sé que puedes cuidarte solito. La que me preocupa es ella. —Oriol arqueó las cejas, esperando una aclaración, mientras Hugo, con la cabeza gacha, fingía examinar sus botas a la vez que meditaba cómo continuar esa conversación que se le atragantaba —. Puedo lidiar con tus feromonas y con que las chicas caigan rendidas a tus pies con la baba pegada a sus bocas; forma parte del lote que traes incorporado al demonio. Nunca me ha importado. Te has desahogado con muchas de ellas cuando las encontrabas atractivas y no te he juzgado. —Hizo una pausa para constatar que él sí sabía adónde quería llegar. Y sí, lo intuía porque comenzaba a percibir la rabia en su mirada—. ¡Tú no estás hecho para enamorarte!

—Sabes que hace casi dos años que no me aprovecho de mi condición —le espetó furioso.

—¿Y necesitas que te recuerde por qué decidiste ser más cauteloso? —Lo desafió con el mentón endurecido—. ¿Quieres que te recuerde su nombre? ¡Beatriz sufrió las consecuencias porque fuiste tan débil como para enamorarte!

—¡Esto no es lo mismo!

—¿Estás seguro, hermanito? ¡Porque he visto esa chispa en tus ojos esta misma mañana! —Se acercó a él lo suficiente para hacerlo sentir

acorralado—. ¡Tú me prometiste que mantendrías a la bestia bajo control! ¡Me juraste que jamás volverías a enamorarte!

—¡Sofía no es Beatriz! —gritó, apretando los dientes— ¡No es humana, es una bruja! No tengo control sobre ella. Su atracción no la ha despertado mi ser oscuro, como tú lo llamas. No tengo que preguntarme si sus sentimientos son reales o no. Ella puede contener al demonio si es lo que te preocupa… ¡No voy a hacerle daño!

Descorazonado, retrocedió y se llevó las manos a la cabeza, que estaba a punto de explotarle. ¿Por qué su hermano lo castigaba de esa manera? ¿Por qué tenía que recordarle a Beatriz precisamente ahora?

—Quiero que tengas esa parte bien clara —continuó Hugo—, porque ni papá ni yo estaremos esta vez para recoger tus mierdas.

—Entonces, según tú, ¿estoy condenado a no enamorarme en la vida —logró escupir con tono afectado— pero puedo disfrutar de años de placeres incombustibles? Para esto sí tengo tu permiso…

—¡No me vengas con romanticismos cursis! ¡No es tu estilo! —Lanzó un resoplido que hasta a él mismo le pareció eterno—. Beatriz enloqueció. Cada vez necesitaba más de ti, te perseguía por los pasillos del instituto buscando tus besos, tocaba a la puerta de casa a cada momento, y tú le dabas cancha. A pesar de que te advertí que su comportamiento no era normal, tú lo achacabas al amor y te excusabas diciendo que ella lo era todo para ti. ¡¿Qué mierda de amor es ese que no te deja ni respirar?!

Oriol apretaba los labios, impotente, consciente de lo trágico de su error. Su hermano tenía razón. Él se enamoró perdidamente de ella y no supo distinguir los síntomas de la obsesión a tiempo. Beatriz lo llamaba a todas horas, lo acompañaba a clase todas las mañanas desde su casa, a veces le arrojaba piedras a su ventana a altas horas de la noche porque decía que lo echaba de menos. El amor se convirtió en celos incontrolables, y estos en estallidos de ira sin ningún motivo. Se le fue de las manos. Él se había convertido en su adicción.

—Papá tuvo que hablar con sus padres —continuó Hugo, haciéndole rememorar el infierno que vivieron todos—, y ella no quiso parar. Se escabullía para dormir bajo tu ventana, se metía en casa sin permiso… Hasta que un día cogió un cuchillo y amenazó con cortarse las venas delante de Ariadna si no le hacías caso. ¡Tuvimos que ponerle una orden de alejamiento! ¡¿Y dónde está ella ahora, Oriol?! ¡Internada en un centro psiquiátrico! Todos la estigmatizaron llamándola chiflada, y pensaron «Pobrecito él», «La loca que le vino a tocar». Pero tú y yo conocemos la verdad. Ella no fue la responsable de todo eso, ¡fuiste tú! ¡Tú eres el culpable!

—¡Basta! —le imploró con ojos húmedos—. ¿Y tú crees que no me torturo por ello cada día que pasa? ¿Crees que no me pregunto si algún día saldrá de ese centro y tendrá una vida normal? ¿Tan

insensible me crees?

Hugo entornó los párpados y suspiró. Odiaba actuar como el hermano mayor dándole la charla y recriminándole su comportamiento. No quería volver a abrir una brecha entre los dos en esas circunstancias. Ahora no. Lo había odiado por desestabilizar el matrimonio de sus padres, por ser siempre el centro de atención de estos y por ser el más encantador en clase, el favorito de todos. Pero eso era ya pasado, había quedado atrás cuando su madre murió. Su mundo se había desmoronado con tan solo doce años, pero también había descubierto que tenía un hermano. Oriol lo acompañó en sus lágrimas, en sus frustraciones y en sus primeras incursiones como cazador. Si tenía un problema, siempre aparecía él; si dudaba, si sentía que no reunía el valor suficiente, él lo convencía de todo lo contrario. Fue así como comenzó a interesarse por esas hormonas endiabladas que marcaban la mitad de su ser. Estudió a los súcubos y a los íncubos, reunió toda la información que pudo sobre ellos: cómo actuaban, cómo pensaban… Pero estos carecían de la parte más importante que Oriol poseía: el alma. Su hermano no era despiadado, no era egoísta ni manipulador. Él sufría por esa sustancia que lo sometía una y otra vez a pruebas dolorosas, que nublaba sus sentidos impidiéndole distinguir la realidad. Por eso no se lo pensó dos veces cuando necesitó ayuda con Beatriz. Sabía que Oriol la amaba. Lo supo por cómo pronunciaba su nombre, por cómo le temblaban los labios cuando ella estaba delante, y estaba seguro de que Beatriz lo correspondía, que sus sentimientos eran sinceros, pero ella cayó en el influjo de las feromonas y su amor se convirtió en necesidad, la cual terminó desquiciándola.

No quería verlo sufrir de nuevo. Puede que Sofía resistiera la continua atracción de sus hormonas, puede que Oriol tuviera razón y ella supiera manejar toda la situación de una manera natural. Sin duda, era una bruja enérgica. Pero precisamente por ello no estaba hecha para él. Su destino debía ser mayor, tenía que serlo. Ella podría devolverle a su linaje toda la sabiduría de las brujas ancestrales.

—Hay más —añadió, a sabiendas de que le infligiría más dolor—. Ella es especial. Su pureza está casi intacta, tiene dones de los que solamente habíamos hojeado en los libros. Es una bruja auténtica.

—Ya lo sé —afirmó él, sin comprender qué era lo quería transmitirle.

—Por eso tienes que entender que sus lazos de sangre son únicos y no puede desperdiciarlos contigo.

—¡¿De qué coño me estás hablando ahora?! —le preguntó, sacudiendo la cabeza, sorprendido por lo que trataba de insinuarle su hermano. Hugo guardó silencio para que él pudiera reflexionar sobre ello. Oriol palideció y lo miró extrañado—. ¡¿Me estás insinuando que

como mi sangre está contaminada por ser medio demonio no soy apto para ella?!

—Tienes que entender…

—¡Respóndeme! —Agarró a Hugo por la camisa y este contempló la ira en sus ojos.

—Ni tú ni la mayoría de los hombres que habitamos en este planeta —le contestó sin inmutarse. Oriol lo soltó, boquiabierto, y miró a su hermano por primera vez como si se tratase de un completo desconocido—. Ella debería encontrar a alguien de su especie para perpetuar su don, para que este no desaparezca como ha sucedido con tantos brujos —continuó con tono sosegado—. Sé que puede parecerte una idea extremista, pero en el mundo hay sombras, espíritus vengativos, carroñeros, demonios, y nosotros hemos nacido para protegerlo de todos ellos. ¡Tenemos un deber!

—Es decir, ¿que tiene que buscarse un brujo puro con el que tener hijos para repoblar el planeta? —soltó con un agudo sarcasmo—. Entonces, ¿tú ni piensas en el amor, sino en encontrar a una cazadora con la que procrear?

—¡El amor está sobrevalorado!

—Pero ¡¿tú te estás escuchando?! ¡Estás hablando de pureza en la sangre! ¡¿Es que no lees lo libros de historia?! ¡¿Acaso no sabes lo que pasó cuando un chiflado habló de razas superiores?! ¡Terminó exterminando a millones de personas! —Oriol estaba fuera de sí. Nunca creyó que su hermano pudiera albergar tales pensamientos.

—Yo no estoy hablando de especies superiores ni inferiores —continuó—. Digo que, sin nosotros, el mundo estaría perdido, y cada vez somos menos. Puede que en cincuenta años ya no existan brujos ni videntes puros, y en cien no habrá cazadores. ¡Nuestros dones se diluyen en la sangre, nuestra genética cada vez es más débil! Dime, ¡¿qué pasará cuando un cazador con tan solo la cuarta parte de su poder tenga que enfrentarse a una sombra como esta?! ¡No tendrá ni la más mínima oportunidad! ¡No contará con la misma fuerza, velocidad o agilidad que tenemos ahora! ¡¿Y cuando sea un octavo?! ¡Ni siquiera se percatará de sus habilidades! ¡¿Te imaginas las premoniciones, la empatía y los astrales en los videntes?! ¡¿Y las protecciones que hacen los brujos?!

Oriol lo observaba espantado en su discurso delirante. ¿Qué era lo que pretendía hacer? ¿Forzar relaciones o volver a los matrimonios por conveniencia? ¿En serio su hermano le estaba hablando de eso? ¿No se había dado cuenta del siglo en el que vivían? ¿Todo lo que habían conseguido pretendía destruirlo con ideas incendiarias? ¡No, no, no! ¡La libertad no estaba en venta!

—¿Y piensas buscarle un marido de tu agrado a Ariadna?

—Ella tiene grandes aptitudes, será una cazadora excepcional, y

seguro que sabrá elegir con cabeza a la persona que quiera tener a su lado.

—Ahora mismo no sé si darte un puñetazo o reírme de tu encogido cerebro —le soltó, reprimiendo las ganas de zarandearlo—. Pero yo ya soy mayorcito y no necesito que vengas a darme el sermón. Sí, soy medio demonio, pero también medio humano. Tengo alma. Y, por lo que estoy viendo, ahora más limpia que la tuya. Nadie puede imponerme a quién quiero o dejo de querer; eso es cosa mía. ¡Así que te pido que no te metas en mis asuntos!

—No has entendido nada de lo que te dicho —confesó apesadumbrado—. No estoy en contra tuya. Es más, te admiro por lo que eres y por lo que puedes llegar a ser. Y sí, te envidio, porque tú no tienes que llevar esta carga sobre los hombros. El futuro depende de las decisiones que tomemos nosotros, y tú eres afortunado por gozar de libre albedrío. Pero, por Dios, Oriol, ¡sé sensato! ¡Ella no!

Dio media vuelta y se alejó, envuelto en el silencio que lo había acompañado a su llegada. Oriol agachó la cabeza. Le hervía la sangre, apenas podía contener la rabia que lo consumía por dentro. Su pecho se ensanchaba buscando oxigenar los pulmones del sosiego que Hugo le había arrebatado. Saltó sin esfuerzo el muro de metro y medio donde anidaban las enredaderas y corrió, alejándose de los límites de seguridad del monasterio. Cuando percibió que las suelas de sus botas apenas rozaban el suelo, paró y alzó la vista, culpando al cielo ingrato que lo había dejado nacer con esa maldición. Gritó hasta que todas las venas de su cuello fueron visibles, y ya ronco, se dejó caer. Las rodillas se le enterraron en la tierra, y esta recibió sus lágrimas con comprensión.

19

Plan

Bajó las escaleras, decidida, ajena al revuelo organizado en los pasillos. El trasiego de maletas —la mayoría, desmesuradas, capaces de contener un armario entero en su interior— y el ajetreo nervioso, común a los que se preparan para iniciar un viaje, incluso el traslado de algunos enseres que obstaculizaban el paso para acceder a otras estancias, no la distrajeron de su propósito. Quería despedirse de Iris. Ya en el vestíbulo, se tropezó con otros inquilinos que disponían de su propio vehículo y partían con premura, olvidando nada más traspasar el umbral que ese monasterio tan discreto como fascinante los había acogido durante meses.

Cruzó el patio interior observando los espléndidos setos que con tanto cariño habían cuidado y que ahora estaban abocados a una muerte segura. Solos. Abandonados. Apartó ese funesto pensamiento de su mente. No debía centrarse en lo que dejaba atrás, sino en lo que estaba por venir. Compungida, suspiró. En menos de una hora, Iris y su madre se marcharían en el segundo autobús. Odiaba las despedidas. Iris era más que una aliada, más que una compañera de caza; se había convertido en una amiga fiel. Apresuró el paso.

Mientras se había peinado el cabello delante del pequeño espejo del baño, había experimentado una sensación abismal que la había arrastrado hasta un precipicio inmerso en la negrura. Ignoraba cómo, pero en ese instante lo supo: ella no iba a reunirse con el resto en la fábrica. Su decisión de permanecer en el monasterio hasta el final tendría consecuencias, y por eso se dirigía impaciente hacia la habitación de la vidente. Sus cuerdas vocales ya ensayaban un angustioso adiós y no un esperanzador hasta luego.

Al cobijarse bajo las vigorosas columnas del claustro, sufrió un ligero mareo. Se inclinó, apoyándose en una de ellas, y entornó los párpados, suplicando que el malestar se le pasara pronto. Entonces, una imagen nítida la abordó cuando se disponía a retomar la marcha: su madre le mostraba de nuevo los cuatro cuencos de sangre que vertían el líquido sobre un puñal. Abrió los ojos, desesperada. Cada vez que recibía una visión, su cuerpo temblaba. Apenas controlaba la cantidad de emociones que desfilaban por él en cuestión de segundos. La desconfianza, la incertidumbre y el pavor se mezclaban

peligrosamente con la calidez, la fuerza y la firmeza que le irradiaba su madre. Esa amalgama de sensaciones la desestabilizaba, la empujaba a hurgar más en las misteriosas imágenes que su madre le transmitía, y al mismo tiempo temía perderse en ellas, hasta llegar a confundir la realidad en la que estaba inmersa. Recobró el poder sobre su ser y se encaminó con cierta inseguridad hacia la habitación de su amiga. Sí, debía indagar más en su enigmática conexión con ella y en los dudosos sueños que se apoderaban de su descanso durante la noche, pero ahora no podía concentrarse en ellos. Tenía que ver a Iris.

Al entrar en el cuarto, descubrió una estancia algo mayor que la suya, e infinitamente más confortable. Advirtió que habían despojado a las dos camas de las sábanas y que estas permanecían dobladas con esmero sobre una de las sillas. El rústico armario también mostraba su desnudez, y reparó en las tres maletas preparadas junto a la puerta. Edith, que permanecía sentada, apoyando ambas manos sobre el bastón, sonrió nada más percibir su presencia. Unas gafas oscuras protegían sus ojos y le otorgaban un aspecto enigmático. Y aunque el habitual optimismo parecía haberse borrado de su carismático rostro, Iris la recibió con un sentido abrazo.

—¿Has preparado ya tus cosas? —le preguntó expectante.

—No voy a irme —le confesó ella—. Pienso quedarme hasta mañana, cuando el resto se vaya.

—¿Rafael te ha dicho que podías? —Frunció el ceño, confusa, y al advertir la duda en sus ojos, suspiró contrariada—. Deberías hablar primero con él o puedes buscarte un problema.

—¿Por qué quieres quedarte? —Edith arrugó el rostro y mostró su extraña curiosidad—. Ya has visto lo que la sombra puede hacer, y esos ofitas conocen las coordenadas de este lugar. ¡Nadie está salvo aquí!

—¿Y por qué no ha vuelto a atacar? —Sofía se encogió de hombros. Era una de las preguntas que le rondaban por la cabeza desde que regresaron de la cabaña—. Si esa secta ya conoce nuestra ubicación, ¿por qué no nos envían a su matón?

—No lo sé, tesoro —le dijo. Se incorporó y se acercó a ella—, pero yo no quiero volver a tentar a la suerte.

—¡Tampoco somos los únicos con dones en la Tierra! —soltó Iris—. ¡Estará entretenida en otra parte del planeta, digo yo! ¡No somos el ombligo del mundo!

Sofia no pudo evitar reír al escucharla despotricar con ese tono despreocupado que la había fascinado cuando la conoció. Iris la encañonó con la mirada, resaltando así sus particulares ojos felinos y tratando de contener una sonrisa en sus labios, hasta que por fin estalló en una serie de carcajadas que distendieron el ambiente. Edith, agradecida por ese momento, cogió sus manos y las estrechó con

cariño.

—¿Se sabe algo sobre dónde se oculta esa secta? ¿Alguien ha respondido a Harry? —insistió Sofía, ansiosa por conocer más detalles de la investigación.

Iris apretó los labios, negando con la cabeza, y se limitó a suspirar contrariada. Si no localizaban a los causantes de invocar a la sombra, esta seguiría sembrando el caos y la muerte. Debía existir algo que ellos pudieran hacer. No podrían permanecer ocultos años hasta que hallaran una pista fiable.

Pareció que Edith hubiese leído sus pensamientos. Apoyó ambas manos sobre las suyas y las sujetó con fuerza.

—¿Acaso no la sientes? —Ella la miró confusa—. A la sombra, me refiero.

Sorprendida, dio un respingo y examinó mejor a la mujer menuda, que asentía ligeramente con un movimiento casi imperceptible de su barbilla. La diminuta abertura de su boca apenas dejaba pasar un tenue hilo de voz y, sin embargo, su afirmación había sido categórica. Su semblante era convincente, no albergaba duda alguna. Percibió entonces que un intenso repelús recorría su espina dorsal.

—Creo que no te entiendo… —dejó escapar, aun temiendo la aclaración de la vidente.

—Tú miraste a través de sus ojos vacíos, conectaste con ella. ¡Viste a la serpiente, como yo! No me di cuenta hasta que León me visitó en el hospital. Él me pidió que lo ayudara a localizarla, y fue entonces al activar mi don cuando conecté con ella. ¡Me fue tan fácil que yo misma me quedé sorprendida! Esa sombra no necesita matarnos para absorber nuestros poderes; lo hace para que no queden cabos sueltos, para que no volvamos a ver a través de ella.

—Yo no he sentido esa conexión —titubeó—, pero tampoco soy capaz de controlar mi don, así que no lo sé…

—Mi madre está convencida de que cuando usa el astral o tiene una premonición aparecen las serpientes —intervino Iris—. Las vio cuando yo la llamé para que nos ayudara, y antes las veía en sueños. —Lanzó un bufido cargado de impotencia—. ¡La sombra también la marcó a ella con un círculo en la frente!

—Desapareció antes de que me dieran el alta, y estaba tan asustada que no dije nada —admitió, rompiendo la voz, arrepintiéndose de su silencio—. Cuando escuché a Harry hablar de las marcas, me dio un vuelco el corazón y quise decirlo, pero… pensé que ya no tenía sentido.

—¡Y sí lo tiene! —exclamó Sofía, enojada—. ¡Los marcados somos cabos sueltos! ¡Y en este monasterio hemos sobrevivido tres personas a sus ataques!

—Por eso no quiero utilizar mis poderes. Si lo hago, puedo poner

en peligro a todos. —Enjugó sus lágrimas y se abrazó a su hija—. ¡Quiero salir de aquí! ¡Entiéndeme, Sofía!

—Pero si vamos a la fábrica y alguno de los tres activa su don por el motivo que sea, ese maldito ser nos encontrará de nuevo —reflexionó en voz baja, con el ceño fruncido y la mirada perdida—. Por eso León no tuvo ninguna oportunidad. Tú viste a través de ella, pero ella también a través de ti. Averiguó vuestros planes de emboscada y se preparó para que cayerais en su trampa.

—Por eso no volveré a utilizar mis poderes hasta que esto termine.

—¿Puedes controlarlos hasta ese nivel? —le preguntó ella, recelosa—. ¿Puedes controlar la aparición de una premonición?

Edith agachó la cabeza, nerviosa. No, no podía. Muchos de ellos eran instintivos. Los cazadores accedían a su fuerza y destreza en cuanto advertían el peligro; era un acto reflejo de defensa. Los brujos que luchaban constantemente cerrando el canal de sus emociones lo abrían cuando se sentían desbordados, y los videntes más cercanos a la divinidad suprema no podían negar los mensajes que recibían. Ella podía limitar el uso de astrales, de instrumentos adivinatorios o guías, como lo era el péndulo, pero no podría jamás evitar que una premonición irrumpiera en su mente.

—Yo no controlo absolutamente nada de mi don. Soy un peligro si voy a esa fábrica —certificó Sofía—. He puesto en riesgo la vida de mi familia y ahora la de todos los miembros de la comunidad.

—¿Y qué piensas hacer? —le preguntó Iris, agitada—. No puedes quedarte sola aquí o irte a otro sitio sin ningún tipo de ayuda. ¡Es una locura!

—¿Sabes? —comenzó, encogiéndose de hombros—. Hace un momento tuve la extraña sensación de que yo no pisaría jamás esa fábrica, y ahora sé por qué. ¡No puedo! ¡Basta! ¡No voy a huir más! ¡Tengo que acabar con esto esta noche!

—¡Sofía, por Dios! —le suplicó Iris—. ¡Piénsalo bien! Si no quieres venirte con nosotras, hazlo mañana… Vente con Rafael. Estoy convencida de que pronto encontrarán a esos chalados y todo esto terminará. Somos muchos en el mundo, así que seguro que ya alguien tiene una pista… ¡Solo tenemos que resistir un poco más!

—Hija, ya lo tiene decidido.

Iris clavó la mirada en el rostro de su madre para luego observar con ojos húmedos a Sofía.

—Tú lo has dicho antes: si hago un astral, conectaré con la sombra y puede que la localice.

—¡Tú no tienes mucha experiencia con los astrales! —le reprochó Iris.

—Recuerda que si tú puedes verla, ella también a ti —le advirtió la mujer, obviando el comentario de su hija—. ¡Ten mucho cuidado!

Ella dibujó una sonrisa amarga en su boca, acusando un ligero temblor en sus labios. Entornó los párpados y se abrazó a su amiga mientras escuchaba sus interminables ruegos para que desistiera de ese absurdo plan. Contuvo la respiración durante unos segundos para evitar confesarle que estaba asustada, que preferiría ocultarse en la fábrica y que tenía muchas cosas que contarle, como que se había enamorado y que había descubierto que la parte demoníaca de Oriol no la afectaba a ella. Pero guardó silencio; otro secreto más que tendría que aguardar para ser desvelado. Se separó de su amiga despacio, pero mantuvieron los dedos entrelazados unos instantes más, dilatando ese duro adiós, conversando con la mirada y confesándose su afecto mutuo. Después se despidió de ambas; no con palabras, sino portando en sus ojos añiles la satisfacción de haberlas conocido y de haber compartido con ellas momentos inolvidables, buenos y malos, pero que quedarían grabados en su memoria para el resto de su vida.

Iris contempló con desasosiego su marcha, aplacando la inesperada tristeza que irrumpía como el frío temprano de un invierno despiadado. Oyó a su madre en la lejanía. Era un eco angustiado que le anunciaba que había llegado la hora de partir. Pero ella no se inmutó; se quedó anclada en el lugar observando cómo la ventisca helaba sus huesos y paralizaba su respiración. Finalmente, agarró las asas de las dos maletas más grandes y caminó con ellas, apoyando su desconsuelo en las ruedas. Así mantendría el equilibrio, así enmascararía la flojera que vapuleaba sus piernas.

Evitaba mirar hacia atrás. No quería recordar vacíos, sin vida, esos cálidos rincones que la habían acogido. Por eso avanzaba con la vista al frente, siguiendo los pasos seguros de su madre, con el corazón encogido pero con la firme confianza de que en la fábrica volverían a encontrar un lugar de paz. Al llegar al vestíbulo, reconoció el rostro de Oriol, y sus ojos se abrieron de par en par. Alzaba la cabeza desde el umbral, intentando identificar a las personas que, desesperadas, esperaban el segundo autobús. Al final reparó en ella y se acercó sin ocultar su nerviosismo con pasos agigantados.

—¿Has visto a Sofía? —le preguntó alterado—. He ido a su habitación, pero no estaba. Tiene que coger este autobús.

Ella se percató entonces de su aspecto deplorable. Tenía los pantalones llenos de tierra, la camiseta bañada en sudor, y un semblante desencajado que por un momento llegó a turbarla.

—¿No lo sabes? —le respondió extrañada—. Pensé que al menos a ti te lo contaría. —Él achicó la mirada sin comprender—. Ella no va a venir, se queda.

Oriol palideció. Iris nunca imaginó que él pudiera perder el color de esa manera. Siempre pensó que su parte de demoníaca mantenía el

fuego en su sangre, y por eso su rostro presumía siempre de ese aspecto saludable que lo hacía aún más atractivo.

—¿Sabes dónde está?

—Quería hablar con Rafael y…

Él no la dejó terminar. Le plantó un beso en la frente y corrió como alma que lleva el diablo.

—¿Pasa algo, Iris? —le preguntó su madre, acercándose de nuevo a ella.

—No lo sé… —admitió con el corazón en el puño.

—Me han dicho que el autobús llega con retraso. Será mejor que salgamos y nos pongamos en la cola. A ver si conseguimos sentarnos juntas.

Iris obedeció, y por primera vez se permitió admirar la fachada del edificio, con sus ventanales estrechos rematados con arcos de medio punto y algún que otro pináculo que destacaba en los muros más altos. Tragó saliva y desvió la mirada hacia la carretera. El autobús no tardaría en llegar.

Oriol irrumpió en la biblioteca como un torbellino desatado, y se sorprendió al constatar que los presentes cortaban de forma súbita la conversación que mantenían. Avanzó hacia el centro bajo la atenta mirada de todos. Harry, extrañamente, había abandonado la tediosa tarea de guardar los libros en cajas para volver a concentrarse en la pizarra. Tenía las mangas de la chaqueta manchadas de tiza y había dibujado nuevos símbolos en ella. Su padre arqueó las cejas en cuanto lo vio llegar. Repasaba un libro con la mano y con la otra sujetaba el móvil. De reojo, atisbó a Hugo, que lo examinaba sin reparo con una mueca poco satisfecha. Y, finalmente, con los codos apoyados en la mesa, estaba Sofía, quien prestaba atención a un mapa del mundo. Ella clavó la mirada en él unos segundos, para luego enterrar de nuevo la cabeza en el planisferio que se desplegaba ante ella. Frunció el ceño, extrañado. Algo estaban tramando.

—Sofía, el autobús está a punto de llegar —le dijo con voz aquejada, apelando a su sentido común.

—¡Ella se queda! —exclamó Hugo, adoptando una postura rígida y cruzando los brazos.

—¡No estoy hablando contigo! —Endureció el mentón, mostrándole que continuaba enojado con él—. Es mejor que te alejes de aquí —volvió a sugerirle—. No sabemos lo que puede pasar.

—Sofía tiene un plan. —Esa vez, fue su padre quien habló—. Ha descubierto algunas cosas interesantes que deberíamos valorar.

—Por lo visto, la sombra puede conectar con los marcados que

hayan sobrevivido —continuó Hugo—, y eso significa que pondríamos en riesgo a los demás si pisamos la fábrica.

Él mantenía la mirada sobre Sofia mientras escuchaba los argumentos del resto, y ella aguantaba sus ojos suplicantes y sus labios trémulos, adoptando una actitud firme. Fue un duelo que duró escasos minutos, en los que ninguno de los dos se atrevió a parpadear. Al final, él cedió bajando la barbilla y se frotó las sienes con los dedos, queriendo aliviar su frustración, prestando al fin atención al discurso de su padre.

—Tu hermano no podría ni acercarse a un simple espíritu, y Sofía es una bruja inexperta. Cualquiera de los dos podría indicarle la nueva ubicación del refugio a la sombra, y esta a los ofitas. —Lanzó un bufido agotado—. ¡Ahora mismo, ninguno de los dos puede abandonar el monasterio!

Sofía advirtió cómo él arrugaba el rostro, afectado, y luchaba por conservar la calma. Sabía que quería llegar hasta ella y abrazarla, besarla, decirle que no se preocupara, que él permanecería a su lado. Pero no podía. No quería desvelar sus sentimientos ante un público, por muy cercano que fuese, y ella no llegaba a comprender del todo el porqué.

—Bien, ¿y qué se supone que debemos hacer? —dijo, mostrándose colaborador—. ¿Protegerlos a los dos hasta que esto acabe? ¡Eso está hecho!

Sofía no había revelado el secreto que le había confesado la vidente: que ella también había sido marcada. Se sentía responsable por lo que le había sucedido, y no quería que la confinaran en el monasterio hasta que fuera seguro para todos. Ya había sufrido bastante. Al fin y al cabo, no era imprescindible que ella permaneciera encerrada allí; no para los planes que tenía.

—De momento, no hay pistas sobre el paradero de la secta —intervino Harry, dubitativo—. Podrían ser días o semanas.

—Bueno, siempre puedo bajar al pueblo y conseguir más alimentos —se ofreció él—. La sombra no me quiere a mí.

—¡No tenemos días ni semanas! —Hugo exhibió su semblante más aguerrido—. ¡Somos un grano en el culo para esos chiflados! ¡Enviarán a su asesina en cuanto puedan! ¿No te das cuenta? Desde que la sombra la marcó en el hotel, no ha parado de perseguirla.

Oriol volvió a ignorarlo. Se aproximó a su padre y apoyó la mano en su hombro.

—¿Y qué tienes pensado hacer? ¿Alguna idea brillante para salir de este contratiempo?

—Lo estábamos discutiendo cuando entraste —le explicó Rafael—. A Sofía se le ha ocurrido un plan. Es algo arriesgado, pero podemos intentarlo.

—Puedo hacer un astral, y de la misma manera que la sombra nos ha encontrado, podría intentar localizar a la secta. —Sofía se enderezó y le mostró el mapa.

Preocupado, Oriol arrugó la nariz. No estaba en absoluto de acuerdo con esa sugerencia descabellada. Ella apenas había practicado los astrales con Edith. Carecía de experiencia, del dominio de la técnica, y lo que era más importante en ese estado: no podría ayudarla. Estaría indefensa. Sola. Vulnerable. ¡Le importaba un carajo que fuera la bruja de hielo! ¡Podía morir en ese viaje!

—¡Es una mierda de plan! Hay muchos factores que no podemos controlar.

—¡Es el que tenemos! ¡Es lo que hay! ¡Eso, o pasarnos semanas enteras aquí hasta que un cerebrito consiga descubrir dónde se encuentran esas ratas de cloacas! —Hugo avanzó hacia él y se colocó a un palmo de su cara—. Nosotros la protegeremos, hermanito. Ya has visto de lo que es capaz.

—Voy a hacerlo, Oriol —le confirmó ella, tajante.

Se aproximó a él, y este aprovechó para sujetar su mano y acariciar su dorso con el pulgar. Hugo apartó la mirada al reparar en ese gesto tan inocente para muchos pero tan revelador para él. Su hermano no pensaba tomar sus consejos en serio.

—¿Estás segura? —le preguntó Oriol con ternura. Ella se limitó a asentir sin dar más explicaciones—. Bien, ¿cuándo empezamos?

—Esperaremos a que se vaya el autobús —anunció el brujo inglés, relajando de una vez por todas los músculos faciales que había mantenido rígidos al apreciar la tensión entre los dos hermanos—. No podemos arriesgarnos a que haya más personas expuestas aquí. Tenemos que quedarnos solos. Pero mientras esperamos, voy a lanzar una serie de hechizos en la biblioteca. Tenemos que blindarnos con todo lo que podamos. —Hugo le lanzó el espray, el cual él cogió al vuelo—. Yo no necesito este chisme, eso es cosa de cazadores.

Dejó el bote sobre la mesa y, con los dedos índice y corazón, comenzó a dibujar garabatos en el aire al tiempo que recitaba unas frases en su lengua natal. El brujo dejaba tras de sí una estela plateada que a los pocos segundos se tornaba invisible. Hugo quiso ayudarlo reuniendo todas las armas con las que contaban en ese momento, ya que la mayoría de ellas pertenecían a los cazadores que ahora montaban en el autobús o que habían partido en sus coches.

Rafael le indicó a Sofía que se acercara. En cuanto lo hizo, le depositó el móvil en la mano mientras le mostraba una sonrisa orgullosa.

—Llama a tus padres. Creo que es hora de que hables con ellos. Evité que mantuvieras un contacto directo porque no sabía quién estaba detrás de las muertes. Tenía miedo de que rastrearan la

llamada, de poner en peligro al resto y, al mismo tiempo, a tu familia. Pero ahora eso ya da igual.

A Sofía se le humedecieron los ojos. Parecía que había transcurrido un año entero desde que sus padres la habían obligado a subirse en el coche para irse de vacaciones. Había perdido la noción del tiempo. Eran muchas las semanas que llevaba apartada de su familia, y esas semanas se habían transformado en meses. Sí, dos meses y pico. Rio para sus adentros. Pronto acabaría el verano, y ella no había ido a la playa. Seguía luciendo un triste blanco en su piel.

—¿Sí? ¿Quién es?

Le dio un vuelco el corazón al escuchar la inconfundible voz de su padre al otro lado. Se alejó del resto para disfrutar de una pizca de intimidad.

—¡Papááá! ¡Soy yo!

—¿Sofía? ¡Oh, Dios, no puedo creérmelo! —lo escuchó gritar, aliviado—. ¿Sigues con el padre Rafael?

—Sí, sí, está aquí conmigo. —Titubeó un segundo antes de contestar, para después reparar en el cazador, que se había presentado a su padre como sacerdote.

—El padre Carlos me llama todas las semanas para informarme. Dice que va todo bien, que pronto conseguirán alejar esa cosa de ti.

—¡Sí, papá, estoy bien!

—Siento haberte dejado con unos desconocidos, pero nadie me creía. Pensaban que había enloquecido, que mi historia de la sombra que nos había embestido era un chiste, y entonces aparecieron ellos…

—No importa, papá, has hecho bien —le dijo, conmovida por las excusas que él trataba de darle. Era a ella a la que perseguían, por ella habían terminado todos en el hospital, así que debía ser ella la que se excusara—. ¿Y mamá? ¿Y Cris?

—Mamá ha empezado la rehabilitación, pero no para de echarme en cara que te dejé sola. —Ella rio—. Y Cris solo pregunta cuándo vas a volver.

—Pronto, papá —le dijo, y cruzó una intensa mirada con Oriol—. Esto va a acabar… pronto.

Iris inspeccionaba el horizonte con cierta decepción. El azul era tan intenso que casi cegaba sus ojos. No había nubes que anunciaran la tormenta que pronto se desataría en el monasterio ni cuervos que sobrevolasen el lugar augurando un día funesto. Todo parecía rodeado de una calma que la desconcertaba. No debería ser así. Tendría que haberse alzado una ventisca que azotara las encinas solitarias apremiándolas para que sacudiesen sus ramas y alertasen a sus

testarudos amigos de que ese plan no iba a funcionar. Posó la vista entonces en la improvisada cola que se había formado para subir en el autobús. Reinaba la desesperación. Había empujones y molestos pisotones solo para conseguir un buen sitio dentro, como si ese vehículo fuera la salvación, el medio de transporte que los conduciría al Paraíso.

Ella sujetó con fuerza la mano de su madre para que no perdiera el equilibrio, y cuando por fin esta apoyó el pie en el primer escalón, la soltó con rostro apesadumbrado.

—Lo siento, mamá, no puedo subir…

—¡Iris, no!

—Si les ocurriese algo, no me lo perdonaría en la vida. ¡Tienes que entenderlo, por favor!

20

Chiave

Se acercó a la ventana y fingió mirar a través de ella. Necesitaba estar a solas, envolverse del aire esperanzador que emanaba de la tierra y se levantaba con fuerza irrigando todo el paraje. Era una sensación embriagadora que la transportaba a mundos distintos, donde la paz había asentado sus raíces, donde el verdor de los prados inundaba las ciudades, donde el cielo brillaba sin sombras. Y ella podía así disfrutar de una libertad que no había experimentado jamás, ni siquiera antes de que todo hubiera empezado, cuando ignoraba la verdad del mundo y se limitaba a estudiar, a divertirse con sus amigos y a estar en compañía de su familia. Se negaba a creer que durante todos esos años estuvo viviendo una mentira. Prefería pensar que simplemente no estaba preparada para ver más allá de lo que su vista podía ofrecerle.

La conversación con su padre la había henchido de coraje, insuflado las ansiosas ganas de vencer, de creerse imparable, pero a la vez había despertado al terrible monstruo del miedo que de nuevo la asaltaba y le recordaba que aquel podría ser su último día. Y ella no quería morir. Ahora no. No cuando había descubierto un mundo oculto y tan real como en el que vivimos a diario, tan seductor como desconcertante, tan oscuro como rebosante de luz. No cuando había averiguado el camino que debía tomar en su vida, aceptando las espinas en las rosas, las tinieblas en los candiles más puros, abrazándose a sí misma con sus debilidades y sus fortalezas. Ya no podía dar marcha atrás y volver al cruce donde decidió tomar ese sendero. Debía seguir avanzando porque había atravesado el velo y no podía permitirse que la cobardía tomara las riendas e ignorar lo que había visto. Porque es indiscutible que el cuerpo físico se resiente al entrar en una lucha constante entre la mente y el corazón. La mente te susurra: «No sigas, porque te vas a caer», y el corazón te sonríe, diciendo: «No dudes, porque detrás de esas nubes hay un inmenso sol que te está esperando». Y ella había sentido los candentes rayos de ese sol sobre su blanca piel, y ya no podía negar más que era una bruja, que su destino había cambiado. ¡No, no era eso! No había cambiado, siempre había estado allí, aguardando a que se le cayera la venda de

los ojos, a su despertar. Debía combatir sus temores con el alma valiente que se le había manifestado de una vez por todas, clamando: «¡Yo siempre he estado aquí!».

Había intentado aplacar al monstruo convenciéndose de que había madurado en ese monasterio, que poseía nuevos conocimientos que la colocaban en una ventaja que ignoraba cuando todo comenzó en el hotel, y de que podría alzar su espada reluciente como un caballero sin armadura. Sin temor. Sin desazón. Entonces, su boca se impregnó de un aroma acibarado que la devolvió a ese preciso instante. Allí. En la biblioteca. Rodeada de amigos que hacía unos meses eran tan solo unos desconocidos. Tan extravagantes como humildes. Tan especiales como ella. Sonrió para sus adentros. Había llegado la hora. Y allí, junto a la ventana, respirando el sosiego que precede a una tormenta, había comprendido que no existía el valor sin miedo ni las sombras sin luz. ¡Esa era ella!

La puerta se abrió de repente y distinguió a Iris bajo el umbral, tratando de apaciguar su respiración agitada.

—No habréis empezado la fiesta sin mí, ¿verdad? Porque un astral sin una vidente es una cagada gigante. Y, amiga —continuó, depositando su intrépida mirada en ella—, vas a necesitar una guía en tu viaje.

Sofía corrió y se abalanzó sobre ella para fundirse ambas en un largo e inesperado abrazo. Iris había vuelto para ayudarla. Y juntas serían más fuertes.

Harry acumulaba los libros que podrían ser de utilidad. Los depositaba en la mesa, para después excavar en sus páginas y resucitar antiguos conjuros que solo las brujas ancestrales eran capaces de dominar. A su lado, Hugo contaba las armas de las que disponía. A continuación, las rociaba con agua bendita y las separaba por sus particulares categorías: estacas de madera para demonios chupasangres, barras de hierro sumergidas en aceite consagrado para espíritus vengativos y otras apariciones fantasmales negativas, escopetas cargadas con las enigmáticas esferas para demonios de primer nivel y cuchillos con símbolos grabados en su hoja para entes oscuros. Nada le bastaba. Porque no existía ¡nada! que hubiera resultado eficaz contra la sombra, así que prefirió disponer de todo el arsenal.

Iris había transportado desde la sala de meditación numerosas velas e incienso, también esencia de lavanda y una botella de vinagre blanco. Mientras, Rafael le explicaba al padre Carlos su plan para que estuvieran preparados en la fábrica por si algo se torcía. Sofía permanecía de pie sobre el arco de la diosa Diana y se aferraba al talismán, impaciente. Y aunque no pudo escuchar cada palabra que el líder de los cazadores pronunciaba, sí que reparó en su última frase

antes de despedirse del sacerdote: «Cuida de la comunidad».

Oriol la apartó de su ensimismamiento y la hizo salir al pasillo.

—Escúchame, todo va a salir bien —le dijo, y sujetó su cara con ambas manos—. Voy a ser tu anclaje con la realidad, no voy a separarme de ti. Estaré fuera del círculo pero cubriendo tu espalda. Si intuyes el peligro, quiero que abras los ojos, no sigas avanzando con el astral. Habrá más oportunidades para atrapar a esa secta. No somos los únicos que la están buscando en el planeta. Por eso quiero que me prometas que lo dejarás si ves cualquier cosa sospechosa.

—Oriol, yo…

—¡Tienes que prometérmelo! —Ella asintió y clavó la mirada en sus ojos de fuego. Él suspiró aliviado, la abrazó y acarició sus bucles ondulados—. ¿Cómo se te ha ocurrido este plan suicida? Podíamos haber resistido. Sabes que me habría quedado contigo aquí; días, semanas, lo que hubiera hecho falta.

—Por eso mismo lo he hecho —admitió con una risita nerviosa—. No podía permitir que nadie más arriesgara su vida por mí, y menos tú. Esa cosa te lanzó por los aires y te quedaste inconsciente en la cabaña, y yo no pude ayudarte. ¡Me ha marcado a mí! Bueno, y a Hugo… Estaba dispuesta a quedarme aquí con él si no aceptaban mi plan, y menos mal que lo han hecho —confesó, riendo aún más—. No sé quién me habría matado antes, si la sombra o tu hermano.

Él perfiló una sonrisa amplia en sus labios que casi tocó sus particulares orejas puntiagudas. Siempre las ocultaba bajo su cabello, escondiendo esa parte de medio demonio que lo avergonzaba. En cambio, a ella se le antojaban muy sensuales. Retiró parte de ese cabello para admirar una de esas simpáticas orejas, y luego se concentró en su apetitosa boca. Carnosa. Exótica. Esa vez, él no esperó, no quería dilatar el tiempo, porque carecían de él. No pretendía que ambas energías eclosionaran de nuevo antes de rozar sus labios, y la besó; un largo y apasionado beso que le dejó un sabor agridulce en el paladar, que le supo a poco y a la vez a mucho.

Todo estaba preparado. Habían apartado la alfombra con mucho cuidado. Era más que un símbolo para los cazadores: era su trébol de la buena suerte. Hugo había dibujado un círculo con tiza primero, para rematarlo después con vinagre blanco, y había encendido cuatro velas, colocadas según los puntos cardinales. Se crujió los dedos mientras instaba a las dos chicas a acomodarse en él y le alcanzó a su padre una de las escopetas. Harry se negó a aceptar cualquier tipo de arma. Abría y cerraba los puños, confiando en que sus manos anquilosadas por la artrosis pudieran defenderlo todavía de los seres

sobrenaturales. En su juventud había destacado en una disciplina: la telequinesis. Había ganado en varios concursos clandestinos, donde se reunían para demostrar sus capacidades y, de paso, ganar algún dinerillo. Esperaba no haber olvidado sus grandes trucos, ya que, en su vida cotidiana como profesor, apenas los utilizaba.

Sofía se acomodó en el suelo mientras observaba cómo Oriol sellaba la puerta y las ventanas con la sal. Respiró el sagrado y estimulante aroma a palo santo, el cual poco a poco dejaba su inconfundible huella en cada rincón de la biblioteca, purificando la estancia y preparándola para ahuyentar a los malos espíritus. Al inicio, sintió un ligero mareo, provocado por su intensa fragancia a pino y menta, con suaves toques de limón, pero pronto se restableció soltando un contenido estornudo que la hizo enderezar la espalda. Iris sujetó sus manos con una sonrisa cómplice. Iban a comenzar el ritual. Y aunque lo había hecho decenas de veces con Edith, no pudo evitar sentir unas pelusillas inquietas y saltarinas en su estómago.

—Cuando queráis —las animó Rafael—. Estamos preparados.

Cerró los ojos y advirtió la briosa energía que la vidente le transmitía. Era espontánea. Intrépida. Casi heroica. Aspiró su ímpetu y el empuje arrollador que asaltaba su mente y la liberaba de la cárcel que era su cuerpo. ¡Iba a volar! Un vuelo sin alas, sin motores. Era un viaje a través de los sentidos que serían bombardeados por la diversidad de emociones que iba a experimentar, pero con una clara finalidad: localizar a los ofitas.

Miles de destellos coloridos golpeaban su cerebro, activando los millones de neuronas que centelleaban en su cabeza y se expandían proyectándose más allá. Corrían a gran velocidad, dejando atrás bosques frondosos, océanos inmensos, para luego adentrarse en el cosmos. Sorteaban estrellas ancianas, contemplaban la magnética aura de los planetas y el encanto de la oscuridad del universo salpicada por infinitos brillos que latían al unísono. Percibieron la grata calidez de la bienvenida que las arrullaba con ternura, ofreciéndoles saborear los misterios que entrañaba la vida. De pronto, la fosforescencia se desvaneció y un hambriento agujero negro las reclamó. Rugía feroz. Ellas intentaron huir de él, pero no pudieron escabullirse de su garganta succionadora y las engulló. Se precipitaron a un incierto vacío. Sofía agarró con más fuerza las manos de su amiga, tentada de abrir los ojos y sentirse de nuevo a buen recaudo, pero Iris lo impidió alargando sus brazos y sujetándola por los codos.

Estaban abocadas a una caída libre que parecía no tener final, en la que atravesaron nubes, alguna que otra tormenta y experimentaron el desamparo gélido del miedo. Por fin advirtió cómo el suelo firme se erigía bajo sus pies. Alzó la cabeza y contempló una multitud que iba y venía por las aceras. Los altos edificios estaban iluminados por

inmensos paneles publicitarios que competían entre sí mostrando con orgullo sus luces. El tráfico desbordaba la avenida hasta casi colapsarlo.

—*¿Por qué estamos en Times Square?* —le preguntó, eclipsada por la batalla lumínica que se producía—. *¿Acaso la sombra está en Nueva York?*

—*Creo que ha sido culpa mía* —admitió la vidente—. *Cuando hemos caído, me he desconcertado un poco, y he pensado en lo fantástico que sería visitar Nueva York. Siempre me ha fascinado esta ciudad. Volvamos a centrarnos en la misión.*

Casi como la súbita aparición de un relámpago en una tempestad, surgió ante ellas un nuevo escaparate. A pesar de la flagrante noche, pudieron distinguir la enorme construcción, conformada por una serie de conchas de un blanco brillante que parecían elevarse desde el mismísimo mar y le daba un curioso aspecto: el de una vela de una asombrosa embarcación.

—*Vale, esta vez he sido yo… Como me has hablado de que te gustaría ir a Nueva York, pues yo me he imaginado lo alucinante que sería visitar Sídney. ¡Lo siento!*

—*Esto no está funcionando* —se lamentó agobiada—. *Mi madre es mucho mejor guiando a otros. Yo estoy acostumbrada a hacerlo sola o en su compañía.*

—*Tenemos que seguir intentándolo.*

—*¿Cómo lo hiciste la otra vez? ¿Cómo conectaste con la sombra?*

—*Yo no lo hice, ella dio conmigo.*

Aunque no pudo ver su rostro, sí que percibió su profunda decepción. Estaban conectadas, y de alguna manera experimentaba las mismas emociones que ella. Las sentía. Lograba palparlas, y acusaba la abismal herida que se abría en su alma, repleta de frustración. Sofía la alentó a continuar transmitiéndole su sincera confianza. No podían abandonar ahora; no cuando habían llegado tan lejos.

La estampa de Sídney se difuminó a su alrededor y las sumió en una penumbra que las alejaba de la carismática noche australiana. Sofía no pudo distinguir dónde se hallaban ahora, pero receló de la incipiente humedad que calaba su espíritu.

—*¿Qué es esto?* —preguntó desorientada—. *¿Acaso estamos atrapadas en una especie de limbo?*

—*No, escucha.*

Prestó atención a los sonidos que rozaban sus oídos, pero eran tan débiles que apenas llegaban a traspasarlos. Aun así, distinguió un leve murmullo de agua, una pequeña corriente que debía transcurrir no muy lejos de allí, pero eran las rítmicas goteras las que amenizaban el lugar, como si se tratase de su banda sonora. Parecía que numerosas tuberías necesitaran un arreglo urgente. Pero ¿dónde estaban? ¿Quizá

en el sótano de un edificio en ruinas? ¿O en una cueva enterrada bajo una montaña entera? El único pasillo que se abría ante ellas era tenebroso, espeluznante, y se alegró al observar después de un largo recorrido que varias antorchas trataban de iluminar unas sólidas paredes. Definitivamente, no se encontraban en la profundidad de una caverna, sino en algún misterioso pasillo de una casa antigua. La delataba esos muros de mármol tan melancólicos como resbaladizos que se elevaban hasta configurar un techo curvo. Avanzaron hasta el lugar donde se hallaban las antorchas, y pronto descubrieron una entrada con arco de medio punto reforzada con gruesas columnas que las conducía a una siniestra habitación.

Dentro distinguieron una figura sobre una especie de camilla destartalada que permanecía amarrada a ella, con unas correas de cuero que sujetaban sus brazos y piernas. Al acercarse, identificaron a un joven de veintitantos años, ataviado únicamente con una túnica blanca que dejaba al descubierto sus rodillas. Tenía los ojos cerrados, aunque sus párpados vibraban como si estuviera inmerso en una pesadilla. Sofía contempló su rostro pálido, resaltado tan solo por unos pómulos sobresalientes y una nariz aguileña algo torcida. Su cabello negro y alborotado caía sobre la frente sin ningún orden, rebelde y abandonado.

Reparó entonces en la estancia, lúgubre y escalofriante. Sobre un poyo también de mármol divisó una serie de frascos que contenían líquidos viscosos y repugnantes. Tras él, dos estandartes rojos permanecían inmóviles, fijos, como si no existiera aire que los columpiara. Y, finalmente, cuatro sillas de madera perfectamente alineadas en la pared del fondo contribuían a ensombrecer aún más el habitáculo. Estaban vacías y, sin embargo, tenía la horripilante sensación de que cuatro pares de ojos la observaban. Percibía el flujo de energía negativa revolotear a su alrededor, mortificándola con latigazos ateridos que la obligaban a inclinarse, como si debiera arrodillarse y mostrar su respeto ante una fuerza superior a la cual no conseguía ver.

Se giró hacia Iris para explicarle la extraña sensación que estaba envolviéndola, ya que no quería permanecer ni un minuto más dentro de aquellas paredes siniestras. No había rastro de la sombra allí ni de ofitas. Puede que estuvieran presenciando un macabro secuestro, porque el ente oscuro no mantenía con vida a sus presas. Pero Iris se acercó aún más al muchacho, apartó el improvisado flequillo de su frente y vio palpitar un círculo sobre ella.

—*Es un vidente* —murmuró aterrada.

—*¿Cómo puede ser?* —se extrañó. Se aproximó al joven y comprobó que estaba marcado—. *Esto no tiene sentido. Ellos no dejan a nadie con vida.*

—*Tenemos que sacarlo de aquí* —dijo, profundamente afectada—. *Si esos locos vuelven, podrían matarlo.*

—*Iris, no podemos, no estamos en el plano físico.*

De repente, el chico abrió los ojos y giró la cara hasta la posición en la que se encontraba la vidente.

—*Fuori! Fuori! Vi possono vedere!* —Su voz angustiada resonaba en sus cabezas como un martillo ensordecedor que les impedía comunicarse entre ellas—. *Fuori! Stanno arrivando!*

Sofía no comprendía nada de lo que trataba de decirles, pero empezaba a asustarse. Él se movía de forma violenta e intentaba soltarse de los amarres que lo mantenían anclado a la camilla, pero todo esfuerzo era en vano.

—*Vi ho detto di andarvene fuori, siete in pericolo! Io sono la chiave!*

Sofía trató de alcanzar a Iris, pero algo se lo impedía. Era una especie de fuerza gravitatoria que la anclaba al pavimento. Se sentía pesada, como si su espíritu estuviera formado por toneladas de hierro. Sus pies parecían de plomo, y percibía una opresión lacerante en su cabeza.

—*Esto es una ilusión. Mi cuerpo no está aquí, y mi espíritu es libre de marcharse cuando quiera* —se repetía una y otra vez a sí misma.

Entonces, presenció cómo cuatro personas ataviadas con túnicas rojizas entraban atropelladas en la habitación y trataban de someter al muchacho afianzando sus correas. Él luchaba, gritaba desgarrando su garganta. Uno de ellos se acercó al poyo y extrajo un líquido amarillento con una jeringuilla. A continuación, se lo pinchó en el brazo con fuerza, como si así la sustancia pudiera penetrar mejor en él.

—*Io sono la chiave!* —exclamó en voz alta antes de volver a desvanecerse.

Oriol advirtió cómo Sofía se revolvía intranquila sobre el cojín. Quiso apoyar la mano en su hombro para transmitirle que él continuaba allí. Pero no podía interferir en el círculo de magia. Si lo hacía, podría interrumpir su viaje de forma abrupta. La conexión que había establecido se vería comprometida y eso conllevaría graves consecuencias. Sobre todo, si habían localizado a la secta y la sombra se encontraba allí. Hasta ese instante, parecía que las chicas estuviesen disfrutando de experiencias agradables, y él había dudado que la misión tuviese éxito. Podrían estar viajando a través de recuerdos felices en su memoria o admirando parajes asombrosos. Él nunca había hecho un astral, carecía de ese tipo de don, pero Iris le había narrado sus aventuras en innumerables ocasiones, sobre todo al inicio,

cuando aprendía de su madre la técnica. Y siempre hablaba de las placenteras sensaciones que estallaban dentro de su ser y de cómo era explorar otras culturas, sintiéndote parte de ellas, o fundirte con la naturaleza cuando aterrizaba en sus cascadas, valles y montañas.

Pero esos ligeros espasmos que Sofía estaba sufriendo le contaban algo diferente. Estaba seguro de que habían encontrado la guarida del lobo, y las imágenes que contemplaban debían ser repulsivas. Frunció el ceño, contrariado, y cruzó la mirada con su hermano, quien también se había percatado de la creciente incomodidad que padecían las chicas. Oriol apretó los puños, impaciente, y rezó para que ese viaje terminara pronto.

Alarmada, Sofía detectó que detrás de las sillas comenzaba a formarse una neblina negra que extendía poco a poco sus brazos por la estancia. La sombra estaba allí. Probablemente, siempre estuvo allí, observando los movimientos de ambas. Pero ¿cómo su talismán no la había advertido? ¿Qué demonios era esa habitación? ¿Acaso anulaba los efectos de la magia blanca? La densa bruma avanzaba sigilosa y cubría ya gran parte del habitáculo. Sofía inspeccionaba cada rincón en busca de Iris. ¡Tenía que salir de ese sitio ya! De pronto, a los pies de la camilla, la sombra tomó su aspecto habitual: el de un ente oscuro con la cabeza enterrada bajo una sólida capucha. Unas manos huesudas asomaron bajo sus mangas. Estiró su dedo índice, que se alargó hasta parecer un cuchillo afilado, y lo colocó en la base de la barbilla del vidente mientras los ofitas iniciaban sus enigmáticos cánticos alrededor de él. Sofía concentraba sus esfuerzos en despegarse del suelo y localizar a Iris en esa cámara de los horrores. Entonces, reconoció su energía fluctuando a pocos centímetros de ella. Había conseguido escapar de la trampa gravitatoria.

—*¡Vámonos!* —la escuchó decir de nuevo en su mente.

Comprobó que volvía a ser ligera como una pluma. No entendía cómo había pasado, pero lo que le urgía ahora era escapar de ese lugar. De pronto, la sombra torció la cara y clavó su insidiosa mirada en ella. Fueron unas décimas de segundos, las suficientes para advertir cierta sorna en sus dos negruzcas oquedades, que disfrutaban de su presencia allí. Sofía reprimió una arcada. El ser maligno se jactaba de su poder, y no dudó en perforar la piel del joven sin apartar la vista de ella.

Abrió los ojos de forma repentina, sin atreverse a pestañear. Temía regresar a ese habitáculo horripilante si sus párpados caían de nuevo y cubrían sus pupilas agrandadas. Contuvo la respiración y su mirada se deslizó por cada escondrijo de la biblioteca, buscando desesperada un

punto fijo sobre el que anclarse. Por fin, atisbó el semblante meditabundo de Oriol, que le tendía la mano, y se aferró a él como un náufrago a una tabla sesgada por las olas. La ayudó a incorporarse y ella abandonó el círculo, todavía aterrada por lo que había presenciado. La sombra iba a destripar a aquel joven indefenso y ellas no habían podido hacer nada para impedirlo.

Escuchó a Iris toser, como si sus pulmones colapsados por el astral se hubieran abierto de repente y no lograran soportar todo el torrente de oxígeno que descendía por sus vías respiratorias. Enseguida, Harry le ofreció un vaso de agua que poco a poco fue bebiendo mientras trataba de enderezarse. Hugo la sostenía, evitando que su cuerpo trémulo cayese al suelo.

Rafael se aproximó al círculo, dejando que sus ruedas delanteras se asentaran sobre el borde. Tenía el rostro descompuesto, y dibujó una mueca aún más desfigurada, como si temiese que el ente maligno emergiera del centro de la circunferencia y los asaltara por sorpresa. Agarró la escopeta por el cañón y, con la culata, rasgó las líneas que previamente Hugo había dibujado con la tiza, rompiendo así la magia que contenía el círculo

Se giró entonces hacia las chicas, más recompuestas, y lanzó un eterno suspiro que resonó por toda la habitación.

—¿Y bien? —se limitó a preguntar con rostro serio.

—¡Los hemos visto! —exclamó Iris, agotada—. Tenían a un vidente retenido.

—¿Retenido? —Harry arqueó las cejas de tal manera que pareció que se escondieran detrás de su cabello canoso—. ¿Un rehén? Ellos no suelen dejar a nadie con vida. Y, que sepamos, ninguno hasta ahora había sido secuestrado.

—No sé, estaba allí en contra de su voluntad —continuó ella—. Después apareció la sombra, y juraría que querían experimentar con él.

—¿Estás segura, Iris? —Rafael arrugó el ceño, aún más confundido —. ¿Y para que querrían experimentar con él si lo que pretenden es absorber su poder? Una vez hecho, no le serviría para nada.

—Yo solo digo lo que he sentido. Mis poderes empáticos no son lo máximo, pero juraría que ese chico llevaba en ese cuarto dos o tres días.

—Por eso la sombra no se ha centrado en nosotros. Tenía una distracción mayor —concluyó Hugo.

—Puede que ese chico os haya salvado la vida —argumentó Oriol, dirigiéndose a Hugo y Sofía—. A pesar de que estáis marcados y sois cabos sueltos, tenía una misión de fuerza mayor.

—¿Y por qué ese joven es tan importante? —lanzó Harry ante la mirada atónita del resto—. Suponemos que es un vidente puro, pero

¿qué lo hace tan especial?

Sofía tragó saliva, temiendo atragantarse con ella. Recordaba sus ojos desorbitados, inyectados en sangre, que las observaban aterrorizados apremiándolas para que escaparan de allí. En ningún momento les mostró una mirada suplicante y lastimera que le hiciera pensar que estuviera pidiendo ayuda. Ella no había comprendido ni la mitad de lo qué trataba de decirles, pero no hacía falta, ya que los gestos y las miradas eran un idioma universal más efectivo que las propias palabras. Un amante puede confesarte lo mucho que te quiere mientras sus ojos te transmiten justamente lo contrario. Ella no tenía duda alguna: ese joven había arriesgado su vida para advertirlas del peligro que corrían. Si hubiera permanecido inmóvil, los ofitas no habrían irrumpido en la estancia de aquella forma.

—No tenemos tiempo para eso ahora —dijo Rafael—, pensaremos en ello luego. Ahora necesitamos saber dónde se ocultan, para atraparlos y tratar de salvar a ese vidente.

—Hablaba en otro idioma —intervino Sofía—. Lo único que pude entender fue algo así como «*fuora*» o «*fuori*»… Quería que nos fuéramos.

—¡Eso es italiano! —Harry asentía victorioso—. *Means «Go away»*. Oh, perdón, quiere decir «Fuera». ¡Fuera! ¿Os acordáis de algo más?

Sofía negó mientras Iris caminaba de un lado a otro, con la mano apoyada en la frente, intentando recordar la última frase. Se devanaba los sesos haciendo un gran esfuerzo mental. Tenía las palabras en la punta de la lengua. Tan solo tenía que liberarlas, dejarlas escapar de sus labios, que parecían persianas entreabiertas.

—¡Ya, ya! —exclamó eufórica—. Algo así como «*Io son keav*» o «*Yo son kiav*».

—¡Espera! —la interrumpió Sofía—. «*Kiave!*». Su última palabra fue «*Kiave*».

Harry arrugó el rostro, contrariado. Su italiano era muy elemental, por lo que le era imposible traducir esa palabra.

—Llama al padre Carlos —le ordenó Rafael a Hugo—. Él habla perfectamente italiano. Ha hecho varios cursos en Roma.

—Tengo una idea mejor —sugirió Hugo—: usar el traductor de Google. ¡Es solo una palabra, no un testamento!

Todos se acercaron a él, quien aproximaba el móvil a la boca temblorosa de Sofía y la instaba a repetir el sonido. Ella lo imitó lo mejor que pudo, y todos clavaron la mirada en el teléfono mientras permanecían expectantes a la respuesta del aparato.

—«Llave» —escucharon decir.

La desilusión inundó el semblante de Hugo, que continuaba absorto observando el móvil como si tuviera que ampliar su informe de traducción. ¿Qué clase de vocablo era ese? Él esperaba algo más

siniestro, como «apocalipsis» o «hecatombe», e incluso habría aceptado «sangre» como buena. Pero ¿llave? No salía de su asombro, y comprobó por el rabillo del ojo que no era el único. Su padre acusaba una profunda decepción en su rostro, Oriol se encogía de hombros, todavía estupefacto, e Iris negaba con la cabeza, defraudada. Esta no quería admitir que la misión había sido un gran fracaso. Mientras, Sofía rebuscaba en la memoria algo más que fuera de utilidad. Solo Harry permanecía pensativo, con el cuerpo erguido y mostrando una cierta satisfacción.

—¡Yo soy la llave! —gritó riendo mientras enterraba sus ojos en una pila de libros.

—¿Y qué significa eso? —le preguntó desesperado Hugo—. ¿Nos sirve de algo esta información?

Pero el brujo inglés permaneció en su mutismo, extasiado ante la enigmática revelación que se le había presentado.

—Seguimos sin tener la localización de la secta —intervino Oriol—. Que el vidente sea italiano no significa que los ofitas se encuentren en Italia. Y si de verdad están en Italia, ¿cómo vamos a encuadrarlos en unas coordenadas concretas? ¡Es un país entero!

—¿Recordáis algo más que pueda ayudarnos a resolver este enigma? —insistió Rafael—. ¿Algún olor particular? ¿Algo de la habitación?

—Hay un río cerca —respondió Iris—. Escuchábamos agua constantemente, y creo que también había gente en las calles.

—Bueno, eso reduce la búsqueda a miles de ciudades —sentenció con sarcasmo Hugo.

—Yo recuerdo algo más. —Sofía rememoró uno por uno los detalles de la estancia—: Había cuatro sillas bien colocadas, como preparadas para el rezo. Las paredes parecían de mármol, pero no puedo asegurarlo. Había también una especie de poyo con frascos extraños, y detrás vi un par de estandartes que colgaban de una de las antorchas.

—¿Estandartes? —Rafael abrió los ojos de par en par mientras obligaba al resto a mantener un silencio sagrado—. ¿Recuerdas el color o qué había grabado en él? Muchos estandartes son símbolos auténticos de ciudades. Si lograras enfocarte en él…

—Era rojo, de eso estoy segura.

La presión que sintió en ese momento la obnubiló y desdibujó la imagen que reproducía su cerebro. Advirtió cómo una gota de sudor irrumpía en una de sus sienes para luego deslizarse y perderse tras su oreja. Era vital que se centrase en los detalles de ese banderín. Nunca pensó que algo tan insustancial para ella pudiera ocultar la clave del enrevesado puzle. Respiró hondo y entornó levemente los párpados para concentrarse mejor.

—Sí, era rojo. Creo que había seis círculos azules a la derecha,

dispuestos en una línea vertical que encerraban a su vez dos aros entrelazados y que formaban una cruz redonda, pero no estoy muy segura de esto. Podían ser elipses o circunferencias atravesadas por líneas curvas. —Contuvo el aliento, desesperada—. Pero a la izquierda había un león dibujado. Tenía un libro abierto en una de las patas delanteras. ¡Ah, y el león tenía alas! —exclamó, orgullosa de sí misma.

—¡Venecia! —gritó eufórico Hugo, señalando de nuevo su móvil—. ¡Es la tecnología! ¡Soy más rápido que tú, Harry, buscando en tus libros! ¡Los ofitas están en Venecia!

—No era un río lo que escuchábamos, sino uno de sus canales —apuntó Iris, sorprendida.

—Ahora sí tengo que llamar al padre Carlos. Él tiene contactos con el refugio italiano. —Rafael le arrebató el móvil a Hugo; sus ojos centelleaban esperanzados—. Dice que hay excelentes cazadores allí, incluso que cuentan con un grupo de asalto… ¿Carlos? —reaccionó al comprobar que contestaba a la llamada, y se dirigió a la ventana buscando algo de intimidad—. Tenemos nueva información…

—Se ha acabado —le susurró Oriol a Sofía—. Los hemos descubierto, y todo gracias a ti.

—No, hemos trabajado en equipo. —Ella apretó los labios y contuvo un suspiro de alivio—. Casi no me lo creo, vamos a recuperar nuestras vidas.

Oriol chasqueó la lengua, contrariado. La aventura había llegado a su fin: los italianos detendrían a la secta y él volvería a su vida errante, cazando monstruos en los lugares más insospechados. Observó a Sofía intentando disimular su pesadumbre. Ella también era consciente; lo percibía en su mirada apagada. El añil de sus ojos era opaco, casi una masa compacta que no dejaba atravesar la luz. Cogió su mano y entrelazó sus dedos; no eran necesarias las palabras. La inmensa felicidad que experimentaban al haber acorralado a los causantes del caos en los últimos meses estaba salpicada por las lágrimas secretas que los preparaba para una separación anunciada.

—¡Lo tengo! —Harry cerró el libro de un manotazo y, alzando el dedo índice para centrar la atención en él, se dirigió resuelto hacia la pizarra—. ¡Es algo increíble! ¡Lo hemos tenido delante de nuestras narices todo este tiempo! ¿Cómo he sido tan obtuso? Dentro de toda esta locura que los ofitas han creado, existe un orden. Esta gente ha estado utilizando uno de nuestros grimorios más famosos: el de nuestra Génesis, desaparecido en el Renacimiento tras un misterioso robo, y del que han llegado a nuestros días algunos fragmentos que copiaron en sus diarios brujos y videntes. *El grimorio del Génesis* habla de la diferente concepción de nuestros poderes.

—No entiendo nada de lo que estás diciendo —lo interrumpió Hugo, y se encogió de hombros.

—Déjalo que continúe, Hugo —le reprochó su padre.

—¿Qué te ha dicho el padre Carlos? —Esa vez fue Oriol el que impidió que el brujo prosiguiera con su discurso.

—Iba a contactar con el refugio italiano. Me llamará en cualquier momento.

Rafael le indicó al anciano que prosiguiera, no sin antes amenazar con su mirada persuasiva a todo aquel que volviera a hablar sin pedir antes permiso.

—Bien, en nuestro grimorio existe una parte que habla de las llaves; las llaves que simbólicamente Jesús le dio a san Pedro para abrir las puertas del Cielo. Evidentemente, estas llaves son ficticias, no son tangibles, y mucho se ha especulado sobre el poder que Jesús le otorgó al discípulo. Esto no nos importa ahora. —Hizo un gesto con la mano, desechando esa idea—. Lo increíble es que una de sus páginas narra la existencia de cuatro llaves, una por cada punto cardinal, una por cada especie que habita en el planeta: cazadores, brujos y videntes.

—Perdona, solo has citado tres llaves —lo corrigió Iris—. ¿Quién tiene la cuarta?

—Puede que hablen de los humanos sin don. Al final, nosotros convivimos con ellos. ¡Te recuerdo que el grimorio fue robado! No tenemos mucha información… Pero si habla de los seres que pueblan esta tierra, indiscutiblemente, la cuarta llave la posee un humano.

—¿Y dónde están esas llaves? —preguntó Oriol, arqueando las cejas.

—¡No están, son! —puntualizó el brujo—. La sombra no estaba simplemente absorbiendo poderes. Trataba de encontrar la llave en la cadena genética correcta. La llave es energía y proviene de los poderes ancestrales. Ese chico, el vidente que habéis encontrado —les informó, dirigiendo su mirada a Sofia e Iris—, dijo: «Yo soy la llave». Probablemente, él proviene de una estirpe de videntes cuyo poder era más que transparente. Era milagroso, como el que aquejó a santa Teresa de Jesús durante su vida. Sus éxtasis inmaculados casi tocaban el cielo.

—¿Quieres decir que buscan la línea genética más poderosa de cada especie porque en ella se concentra una mayor energía? —le preguntó Sofía, sorprendida.

—Una energía que actuaría como llave.

—¡Eso es una estupidez! —exclamó Hugo—. Aunque consigan esas llaves, no significa que se les aparezca una escalera que los lleve al Paraíso. ¡Están chiflados!

—Bueno, han encontrado la llave de los videntes.

—Y todos sabemos quién tiene la llave de los brujos —intervino Oriol, mostrando un semblante preocupado—. Todos hemos visto los

poderes de Sofía. Tú mismo nos has dicho que posee dones casi extinguidos. ¡Ella es la llave de los brujos!

Un silencio abrumador se apoderó de todos los miembros de la estancia. Nadie se atrevió a romperlo. Los sonidos se habían detenido en las cuerdas vocales, incapaces de alzarse y formular una frase coherente. Sofía sintió un escalofrío que parecía más bien un rayo, una dolorosa descarga que azotaba su función neuronal. Las cuatro llaves, los cuatro cuencos, ¡la sangre! Esos malditos ofitas estarían desangrando al pobre vidente, intentando extraer su energía primaria, la que contenía el poder. Reprimió una mueca de angustia. ¿Era eso lo que siempre trató de transmitirle su madre? ¿Cómo no se había detenido en los detalles? Si hubiera llegado a esa conclusión antes, de que en la sangre se encontraba la llave, no habría muerto tanta gente.

Dio un respingo al escuchar una melodía hipnótica, pero que en ese instante se le antojó macabra. Rafael se apresuró a contestar al teléfono, interrumpiendo así la sonata de *Claro de luna*, de Beethoven, que él mismo había escogido años atrás como la banda sonora de su móvil.

—Es Carlos —anunció mientras el resto aguardaba impaciente las noticias.

El cazador se limitó a asentir, a pronunciar algún que otro monosílabo y a expresarse con gestos confusos. Aunque todos trataban de descifrar el contenido de la conversación, les fue imposible, ya que parecía que Rafael guardase silencio aposta. Por fin, y tras dos largos minutos de espera, perfiló una mínima sonrisa que apenas afectó a las arrugas de su rostro, y colgó.

—Ha contactado con su amigo Michele Vitale —anunció por fin, haciendo evidente su alegría—. Se encuentran en una vieja casa en el monte Rinaldo, en la provincia de Rávena. En unas cuatro horas llegarán a Venecia. Ya están utilizando a sus videntes para que hallen el lugar concreto donde se esconden los ofitas.

—¡Papá, no tenemos cuatro horas! —gritó Oriol mientras contemplaba perplejo cómo el talismán de Sofía giraba sobre su cuello como si fuese un jula jop.

Ella estaba paralizada, observando cómo el colgante enloquecido dibujaba órbitas lumínicas alrededor de su cabeza. Los destellos que emitía eran tan intensos que a veces entornaba los párpados para evitar que el haz de luz penetrara en su cavidad ocular. Por fin, el movimiento cesó, y escuchó un chillido agudo que provenía de fuera. ¡La sombra había sorteado los escudos protectores del exterior!

21

Cuatro

Ajenos a lo que sucedía en el interior, los moribundos rayos del ocaso atravesaban las ventanas. Filtraban una enigmática luz naranja que, todavía entusiasmada, proyectaba su brillo sobre algunos libros olvidados de las estanterías y sobre la errática pizarra donde resaltaba la palabra «Génesis» junto a tres figuras geométricas ya desgastadas por el uso dinámico y constante de la tiza. Tampoco los presentes pudieron escapar a su inesperada irrupción, y fueron salpicados por sus destellos, que con brío se aposentaban en sus vestimentas y partes de sus angustiosos rostros. La luz se movía traviesa, juguetona, evitando ser atrapada por un tiempo que apremiaba, que le ordenaba que recogiera sus cintas resplandecientes y regresara a la esfera ardiente de la cual se había escapado, ya que esta comenzaba su descenso en el horizonte. Pero ella sabía que aún le restaba una hora y algo más para divertirse, para encañonar con sus debilitados rayos las pupilas de los seres vivos y recordarles que su despedida era pasajera. De repente, se escuchó un alarido metálico, pero tan agudo y ensordecedor que hasta la misma naturaleza tembló. Una oscuridad repentina destruyó las últimas chispas de luz, y las tinieblas se cernieron sobre el monasterio abalanzándose sobre sus impenetrables muros de piedra, rodeándolos con una siniestra niebla.

Hugo no escuchaba los latidos de su corazón. Pensó que este se había detenido cuando la falsa noche sin estrellas cayó sobre ellos como un velo denso que les impedía ver el exterior. La sombra estaba allí. Pululaba alrededor del edificio, ansiosa por encontrar una grieta que le permitiera entrar. Y él estaba convencido de que lo lograría. Había derribado la cabaña con un descansado soplo, como el lobo del cuento de *Los tres cerditos*, y ahora, con un grito más trabajado, había destrozado las protecciones exteriores del monasterio. Aún contaban con las internas, pero estas también sucumbirían a su poder. La pregunta no era si lo conseguiría, sino de cuánto tiempo disponían.

Posó su mirada afectada en el semblante taciturno de su padre, quien con firmeza asía el arma y apuntaba a la puerta, seguro de que la sombra elegiría ese punto para penetrar en la biblioteca. Después observó al brujo inglés, que practicaba con sus manos balanceándolas de izquierda a derecha, de arriba a abajo, como el que desempolva un

mueble envejecido. Atisbó a Iris, que se precipitaba sobre la mesa para escoger su arma preferida en el combate: dos espadas sai de hoja corta y empuñadura afianzada con un sutil cuero negro, lo que la forzaría a colocarse a poca distancia de la sombra si quería obtener un blanco seguro. Él era un cazador de la vieja escuela y prefería equiparse con un Wínchester: un rifle de repetición y tuneado para albergar las esferas matafantasmas.

Escudriñó entonces en los ojos añiles de Sofía, quien trataba de controlar los nervios frotándose las manos de manera compulsiva mientras Oriol le susurraba palabras de aliento sin apartarse de su escopeta ligera, capaz de disparar proyectiles múltiples. Malhumorado, Hugo contuvo un bufido. Ese equipo no tenía ninguna posibilidad. La sombra los despedazaría sin pestañear. Ellos no eran objetivos reales, sino que se convertirían en daños colaterales sin más. Apretó los dientes, aún más enojado, y clavó más si cabía su incisiva mirada en la bruja. Ella se percató de su insistente reclamo y, girando levemente la cabeza, distinguió las dos esmeraldas verdes, casi transparentes, en las que se habían convertido sus pupilas. Sofía respondió a su llamada acercándose a él, deslizándose a través de su campo magnético como un imán atraído por las hipnóticas vibraciones que desprendía el metal.

Hugo la agarró por el brazo, apretando los dedos en su piel y evitando que pudiera zafarse de su control. Entonces, tiró de ella como un ladrón que escapa con un tesoro valioso y del que no piensa desprenderse. La sustrajo de la biblioteca como un libro más, dispuesto a leer sus últimos capítulos sin que nadie osara interrumpirlo. Ante la atónita mirada de Sofía, sacó una llave de uno de los bolsillos traseros de los vaqueros y cerró la puerta de la biblioteca, confinando al resto en ella.

Oriol, todavía perplejo, se abalanzó sobre el tirador y forcejeó con él unos segundos que se le antojaron años. Al comprobar que era una tarea imposible, comenzó a aporrear la madera, desesperado.

—¡Maldita sea, Hugo! Pero ¡¿qué coño haces?!

—Está protegiéndonos —escuchó la voz grave de su padre a sus espaldas—. Nosotros no estamos marcados; ellos sí. Quiere mantenernos a salvo. Ya sabes que tu hermano es impulsivo y carece de sensatez, pero puede que esta vez no se equivoque.

—¡¿Estás loco tú también?! —Se dio la vuelta para increparlo—. ¡Esta vez no se trata de las estúpidas marcas, papá! ¡La sombra ya tiene una llave y viene a por la segunda! ¡Es a Sofía a quien quiere! ¡Y Hugo se ha puesto la soga al cuello! ¡Yo significo menos que una mierda para ese ente, ni siquiera perderá tiempo conmigo! ¡En la cabaña no le importó si yo estaba muerto o vivo! ¡Pero Hugo continúa siendo una tentación por su sangre pura! ¿No lo entiendes, papá? —Su

pregunta fue una súplica que quebró los tímpanos de Rafael—. Ha hecho todo lo contrario de lo que tenía que hacer. Tendríamos que haberlos separado a los dos.

—¡Dios mío! —Iris palideció como una hoja escrita a la que se le han borrado las palabras.

Oriol encañonó el tirador con la escopeta, pero antes de que presionara el gatillo, Harry abrió el puño y extendió el brazo hasta realizar una ligera rotación de la cintura, liberando así la energía que contenía en su mano. La puerta se abrió de forma violenta, sesgando parte de la madera, que sobresalía exhibiendo los millones de astillas que la componían.

—¡Sabía que no habían perdido su toque! —exclamó el brujo, frotándose las manos con entusiasmo.

Oriol se dispuso a cruzar el umbral, pero su padre lo detuvo:

—¡Ten cuidado, hijo! —logró pronunciar con una garganta rota por las emociones contradictorias que la sacudían. Él asintió aliviado al escuchar la sincera bendición de su padre.

—¡Voy contigo! —anunció Iris, recomponiéndose—. ¡Ah, y no me valen excusas como que me falta práctica con los sais! ¡Si tú vas, yo también!

Sofía trataba de seguir el ritmo que Hugo le imponía en la carrera. Habían dejado atrás el pasillo que conducía a la biblioteca en un abrir y cerrar de ojos, y ahora sus zancadas se adentraban en otro, para abandonarlo poco después y reaparecer en otro más estrecho, y luego otro… Estaba siendo una huida interminable. Ella había perdido la orientación en el curioso laberinto que conformaban los largos pasillos, y continuaba aferrada a la mano de Hugo, que la arrastraba como un saco repleto de plumas. Subieron al primer piso, se dirigieron hasta el fondo y volvieron a descender por los anchos escalones.

—¿Tenías todo esto planeado desde el principio? —le preguntó ella sin aliento alguno—. Por eso te guardaste la llave en el bolsillo sin que nadie se diera cuenta.

—Este era mi plan B —le contestó, marcando aposta la letra—. Yo no quería llegar hasta aquí, pero ya no hay más remedio.

—¿Adónde vamos?

—¡A la capilla! El padre Carlos es muy desconfiado, así que la reforzó con escudos propios. Además, cuenta con agua bendita y muchos objetos consagrados. Allí ganaremos un tiempo precioso.

—¿Tiempo para qué? ¡Ya has visto que nada funciona con esa bestia!

—¡Tiempo para que esa condenada sombra logre cabrearte lo

suficiente y saques de la chistera uno de esos poderes acojonantes! ¡Y mejor si es uno que consigue destruirla!

De pronto, un potente temblor los hizo perder el equilibrio e inclinarse hacia la izquierda. Se apoyaron en el muro para evitar caer mientras intercambiaban una mirada de complicidad. La sombra estaba intentando crear una grieta en el edificio. Cuando cesó la sacudida, Hugo asintió levemente y reanudaron la marcha. Pero un segundo seísmo, aún más convulso, frenó su carrera, y ambos presionaron las suelas de sus zapatos contra el pavimento y colocaron los brazos en cruz como si fueran expertos funambulistas. Las vigas del tejado comenzaron a ceder. El crujido de las paredes les anunciaba que se encontraban en un barco a punto de hundirse. Entonces, un estruendo localizado a sus espaldas los hizo ladear las cabezas con un consabido respeto. Abrieron los ojos de par en par al descubrir que en el fondo del pasillo las baldosas se partían resquebrajando el pavimento y que una grieta de un tamaño considerado emergía de las profundidades y emprendía una persecución tras ellos. Sofía chilló hasta dejar afónicas sus cuerdas vocales. Hugo tiró de ella con fuerza y le pidió que corriera sin mirar atrás. Ella escuchaba el rugido de las piedras sublevarse como si una enorme culebra excavara un túnel prohibido en ese lugar sagrado y quisiera engullirlos hasta transportarlos al mismísimo Infierno.

Oriol salió al pasillo, seguido muy de cerca de Iris. Miró hacia la derecha, luego a la izquierda, y agudizando la vista, con el ceño fruncido, trató de buscar una pista, una señal que lo ayudara a discernir qué camino tomar.

—¿Qué piensas? —le preguntó Iris, a sabiendas de que poseía unas capacidades de rastreo sobrenaturales—. ¿Crees que han salido para proteger el monasterio?

—Conozco a Hugo, y tampoco es un suicida. Allí se expondrían rápidamente a la sombra. Intentará ganar tiempo aquí dentro.

Entonces, sintieron la primera sacudida bajo sus pies. Iris se desestabilizó y cayó al suelo. Oriol la ayudó a incorporarse en cuanto el temblor disminuyó su intensidad. Apenas habían avanzado dos metros cuando el segundo sismo los sorprendió de nuevo. Esa vez, él protegió a Iris apoyándola contra la pared y cubriendo su cuerpo con el suyo. Ella apretó los ojos y contó los segundos como si así el tiempo pudiera transcurrir más rápido mientras él examinaba cómo los listones del endeble techo comenzaban a ceder. A continuación, escucharon un grito desgarrado que provenía del ala este del edificio. Oriol no tenía duda: se trataba de Sofía. Inició una carrera imparable

amparándose en los atajos que lo condujeran hasta ella. Pero pronto se detuvo. Se acuclilló y examinó la piedra levantada, fracturada como si una perforadora hubiese iniciado una reforma en el edificio sin consultar. Sin embargo, parecía que había comenzado el trabajo desde el núcleo de la Tierra hacia el suelo, y no de arriba abajo.

—¿Y ahora qué demonios es esto? —preguntó Iris al alcanzar la posición de Oriol.

—¡La sombra ya está dentro! ¡Y nos ha dejado un rastro claro que nos llevará hasta Sofía y Hugo!

Entraron en la capilla y la cerraron con presteza, reforzando la puerta con el pesado tablón de madera. Sofía respiró aliviada. Ya no escuchaba el horrible bramido de la bestia tras ellos. Los escudos del padre Carlos habían funcionado, pero el tiempo se les escapaba como un leve suspiro que no deja huella al desaparecer, y debían ejecutar un plan infalible que destruyera de una vez por todas a la sombra. Depositó su mirada en el arcángel guardián, san Miguel, quien, a pesar de sus particulares rizos dorados y sus facciones dulces, no dudaba en blandir su espada y someter al demonio que continuaba aprisionado bajo su talón. Toda su fuerza, toda su energía, concentrada en un solo pie. Si el escultor hubiese querido recrear la escena siguiente, ¿qué imagen habría escogido? ¿Quizá la del ángel cortando la cabeza del diablo? ¿O la de san Miguel contemplando el rostro agónico de su enemigo suplicando piedad? Borró esas absurdas ideas de la mente y observó cómo Hugo se encaramaba en el ornamentado retablo de madera. El sacerdote se echaría las manos a la cabeza y se subiría por las paredes si lo viera actuando como un loco desesperado, obviando lo sagrado del lugar. Finalmente, encontró un puñal de hoja pequeña y estrecha escondido tras una de las simuladas columnas y se la mostró victorioso.

—Ya te dije que el padre Carlos contaba con sus propios recursos —le explicó con una sonrisa de oreja a oreja—. No quería que nadie entrara en su preciada iglesia con armas, pero también quería proteger a la comunidad de un ataque.

—¿Y pensaba hacerlo con eso?

—Cuando nos mudamos aquí, ignorábamos que un hierro de plata ungido en santos óleos sería inservible. —Hugo chasqueó la lengua—. Ahora, cualquier cosa que tengamos nos servirá para mantener distraída a la sombra.

—Tu plan tiene agujeros por todas partes —le espetó ella—. No puedes esperar a que uno de mis poderes se active como si fuera un resorte.

—Al menos, lo que estamos haciendo mantendrá con vida a los demás —le dijo, arrugando el rostro—. No podemos permitir que ellos también mueran por nosotros.

Entonces, un tercer temblor más violento que los anteriores estremeció el soporte vital de la construcción. Su esqueleto se agitaba como una pequeña barca azotada por grandes olas. Las vidrieras de colores estallaron hacia dentro y crearon una lluvia de arcoíris que se estrellaba contra el suelo con crueldad. Sofía se encogió, entrelazó las manos tras su cabeza y corrió para ocultarse bajo el banco más cercano. Hugo sentía cómo los cristales desbocados rasgaban su vestimenta, llegando algunos a incrustarse en sus brazos desnudos. Gritó con los dientes apretados, conteniendo una furia aún mayor. En ese momento, alzó la barbilla para contemplar cómo la puerta de la ermita se abría de golpe para dejar entrar una ráfaga de viento gélido que entumeció al instante sus huesos. La sombra se movía sigilosa entre las rachas de aire y se regodeaba de su entrada triunfal. Apuntó a Hugo con sus dos agujeros de alquitrán. Este se había incorporado y mantenía una postura aguerrida al final del segundo escalón, delante del altar.

La sombra avanzó por el estrecho corredor de la nave central al tiempo que los bancos saltaban por los aires y le abrían el camino. Sofía abandonó con rapidez el que la cubría a ella, por temor a salir despedida y acabar empotrada en la pared o, lo que era peor, terminar despedazada como muchos de ellos en el suelo. Subió los dos escalones y se situó junto a Hugo, quien disparaba sin cesar las esferas metálicas contra el ente, pero apenas conseguía frenarlo. La sombra, rociada por la sal y litros de agua bendita, se retorcía un segundo, perdiendo ese aspecto corpóreo en el lugar del impacto, para luego recomponerse y reanudar su marcha.

—Creo que ha llegado la hora de que intentes algo.

Sofía apretó los ojos y hurgó en su memoria dañada en busca de algún símbolo o hechizo que les pudiera resultar de utilidad. Pero su mente era una hoja en blanco, virgen, que se negaba a mostrarles los misteriosos secretos que permanecían cerrados bajo llave en algún lugar de su subconsciente.

—¡Sofía! —escuchó la inconfundible voz de Oriol resonar por toda la capilla.

Abrió los ojos, alterada, y distinguió las siluetas de Iris y Oriol bajo el umbral de la ermita. En ese preciso momento, la sombra, sin necesidad de darse la vuelta, alzó uno de sus sobrenaturales brazos envueltos en esa túnica siniestra y cerró la puerta, lanzando a los dos chicos a varios metros de distancia hacia atrás. Después se centró en Sofía. La escrutaba con una insólita curiosidad. Tal era su interés que ignoró los movimientos de Hugo, quien trataba de acercarse con el

puñal.

—Polvo al polvo, tierra a la tierra… —Eran las únicas frases que lograba articular. Sus dientes chocaban unos con otros, evidenciando su estado de nerviosismo—, ceniza a la ceniza…

El ente inclinó la cabeza hacia la derecha como si quisiera ahondar más en su alma y la exótica energía que la rodeaba. ¡Ella! Era tan fuerte y a la vez tan vulnerable… Tan exquisita y tosca… Un manjar repleto de conocimientos olvidado en siglos y que debería extraer con ferocidad para evitar que se disolvieran antes de que vieran la luz. Entonces, sintió un pequeño pinchazo que lo hizo distraerse de su ensimismamiento. El puñal de Hugo había atravesado sus entrañas como si de un holograma se tratase. Con la palma de la mano, apartó a la excepcional joven de su campo de visión, estampándola contra el retablo, y encañonó al insolente cazador que se había atrevido a molestarlo.

Ya se había enfrentado a él antes, incluso lo había marcado, y se le había escapado por la sorprendente actuación de la bruja. Aquella vez no había advertido nada especial en él; un cazador puro y arrogante como otro cualquiera, uno más del montón. Sin embargo, algo había cambiado desde entonces, y no lograba discernir qué era. Su aura brillaba ardiente como la de todos los humanos que presumían de algún tipo de don, y casi llegaba a explosionar cuando conectaban con la chispa interior, la que se activaba cuando accedía a su poder. Pero esa cucaracha apenas centelleaba. Su energía permanecía en un falso reposo como si se hubiera impregnado del flujo dinámico del cosmos, donde planetas, satélites y estrellas de galaxias enteras parecían estar en absoluto descanso, enmascarando su movimiento equilibrado. La sombra, pasmada ante tal transformación, decidió que también era un sujeto de interés, y por ello no debía aniquilarlo con presteza.

Sofía cayó en un profundo letargo cuando su cuerpo impactó contra una de las columnas que acompañaban al arcángel en su odisea. La sombra se había desecho de ella únicamente con un movimiento imperceptible de su garra deformada. Era más vigorosa, más ágil… La absorción de poderes estaba funcionando. La había escudriñado como un vidente experto, había examinado cada uno de sus órganos internos, encogiendo su corazón, palpando sus pulmones. Sintió náuseas al advertir cómo la tocaba y se detenía en su cerebro. Lo había tratado como una goma de mascar, estirándolo para luego moldearlo a su antojo. Estaba enfadada consigo misma. No había podido detenerla esa vez ni hacer brotar uno de sus superpoderes, como Hugo le había indicado. ¡Paralizada! Así se había quedado. Sin opción a respuesta ni a lanzar un ataque. Y ahora le dolían todos los músculos del cuerpo. Estaba exhausta. Ya no quería luchar más. Quería recostarse. Cerrar los ojos. Y descansar al fin.

Despertó angustiada al no reconocer dónde se encontraba. Su mente trataba de procesar toda la nueva información con la que la bombardeaba el lugar sin cesar. La alfombra roja, las baldosas albas, los cuadros paisajísticos. Posó la mirada en una fotografía apuntalada en la pared blanca que no le transmitía absolutamente nada. En ella veía a un joven de cabellos castaños y ojos rasgados posar delante de un árbol. Al girar la cabeza, se percató de la gran escalinata que conducía al piso superior, y no pudo más que dar un respingo de incredulidad. ¡Estaba en la casa! ¡En el rellano donde su madre le había suplicado que no abriera la puerta! Confundida, se incorporó. ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Dónde estaba Hugo? ¡Hugo! Ahogó un grito, desesperada. Tenía que volver a la capilla.

Escuchó murmullos que provenían de la segunda planta. No estaba sola. Pensó en su madre. Puede que ella también se encontrara en la casa, y si era así, podría ayudarla a regresar. Subió los peldaños con mucha cautela, procurando ser discreta, como la hoja de un árbol que al desprenderse de él se mece en el aire imperceptible antes de tocar el suelo. Evitaba apoyarse en la barandilla. La última vez que había reparado en ella se estrellaba contra el pavimento partiéndose por innumerables flancos.

Al llegar al descansillo, distinguió un corredor luminoso, amplio, que le ofrecía diversas puertas para que escogiera. Pero no abrió ninguna. Avanzó hasta el fondo, donde una ventana enorme la incitaba a contemplar el exterior. A pesar del cautivador jardín que podía admirar a través de ella, declinó la oferta para centrarse en unas nuevas escaleras más estrechas y empinadas que las anteriores, situadas a la derecha y que la empujaban a subir aún más. Eran tan angostas que sus manos llegaban a tocar ambas paredes. Las rozaba mientras ascendía, como si así pudiera desvelar los secretos que guardaban a través del tacto. Por fin, al llegar al rellano, descubrió intrigada una puerta roja, sencilla, con un grueso aro de hierro en el centro. Asió la anilla que colgaba de una enigmática cabeza de león y se dispuso a solicitar permiso para entrar. Pero antes de escuchar el sonido del hierro golpeando la madera, la puerta se abrió lo suficiente para dejarla pasar. Ella aceptó la invitación y se introdujo en la estancia con cierta agitación, pero con una gran curiosidad que la hacía levitar, ansiar volar cada vez más alto, descubrir con gozo la verdad.

Entonces, se detuvo en seco. Percibió un dolor descomunal que la desgarraba de arriba abajo, como si le hubieran ensartado el pecho con una lanza y todas sus moléculas reaccionaran al unísono chillando. Estaba atrapada. Ese rayo energético que le había abierto un agujero invisible en su espíritu le impedía realizar cualquier movimiento. Achicó los ojos e inspeccionó su entorno. Ella ya había

estado en esa estancia. Simple. Tétrica. Nauseabunda. Distinguió en el pavimento los cuatro cuencos salpicados de sangre depositados en los vértices del cuadrado. Y, de repente, cuatro figuras vestidas de blanco irrumpieron en la habitación con cánticos. Iban a celebrar el ritual que tantas veces había recreado en sus sueños.

Desfilaron a pocos centímetros de ella, obligándola a contener la respiración unos segundos interminables. Sin embargo, por alguna razón que ignoraba, ninguno podía percibir su presencia. No era más que una mera espectadora de la exhibición que iban a ofrecer. Y alguien le había reservado un asiento en primera fila para que no perdiese detalle alguno. Tragó saliva varias veces para aclarar su garganta. Quería tenerla despejada por si debía gritar histérica para pedir ayuda.

Los cuatro individuos se colocaron cada uno frente a un cuenco, se arrodillaron rindiéndoles veneración y, a continuación, se remangaron la túnica, dejando al descubierto el antebrazo izquierdo. Uno de ellos extrajo un puñal de una saca de terciopelo negro. Su hoja brillaba provocando un reflejo inusual sobre el recipiente que contenía la sangre. El cuenco desprendía un tono dorado, confiriéndole una apariencia sagrada a la extraña ceremonia. Luego apoyó la daga en la palma de su mano, se desgarró la piel y admiró el líquido escarlata que brotaba de él. La sangre se precipitaba frenética en el interior del receptáculo; un chorro imparable que lo alimentaba, que hacía aumentar su resplandor. Después le pasó el arma blanca al compañero situado a su derecha.

Sofía se negó a mirar más, por lo que entornó los párpados mostrando su repugnancia. Ya había observado esa escena varias veces, y no estaba dispuesta a presenciarla de nuevo. La inquietaba, le provocaba arcadas. Ya había entendido el mensaje. Lo había hecho en la biblioteca cuando Harry había mencionado las llaves. Cuatro individuos. Cuatro cuencos de sangre. Cuatro llaves. Si trataban de advertirla de que esa pesadilla no había acabado, lo sabía. ¡Ella era una llave! Y la sombra había asaltado el monasterio para secuestrarla. Ahora, Hugo se encontraba con ella en la capilla, y tenía que volver para ayudarlo. Debía regresar. Su amigo lo necesitaba.

De improviso, notó un suave corrientazo que la liberaba de su cárcel improvisada, y confirmó con una gran satisfacción que se reflejó en su rostro que podía estirar sus extremidades sin dificultad. Abrió un ojo y luego el otro, y comprobó desconcertada que continuaba en el mismo habitáculo con esos desconocidos. Sin embargo, se sobresaltó al percibir que estos permanecían inmóviles. Estaban anclados, con las rodillas soldadas al suelo y los brazos suspendidos en el aire. Cabizbajos, examinaban con precisión el cuenco que cada uno mantenía a su lado. Expectantes. Vigilantes.

Temiendo que un intruso se los arrebatara.

Sofía despegó la suela de su zapatilla con lentitud. Recelosa, dio un paso y luego otro. Ninguno se movió. Continuó avanzando, cuidando sus sutiles movimientos, rezando para que no se levantaran de repente y se abalanzaran sobre ella. Tendría que haberle hecho caso a su madre y no entretenerse viendo tantas películas de miedo. Escenas espantosas desfilaban por su mente recordándole que el muerto siempre resucita para dar el susto final o que el verdadero asesino se encuentra justo detrás, esperando que dé un paso en falso. «¡Oh, por Dios! ¡Tengo que dejar de pensar así! —se reprochó a sí misma—. Ya estoy lo bastante asustada como para martirizarme aún más».

Se acercó al individuo más próximo, invadiendo el cuadrado mágico dibujado en el suelo, y se arrodilló frente a él. Lanzó un suspiro contenido e, inmediatamente, presionó los dientes sobre su labio inferior. «Vale, vale, vale, puedo hacerlo». Se insuflaba coraje recordando sus días en la cancha de baloncesto. Antes de salir a la pista, escondía los pulgares bajo el resto de los dedos y los apretaba con fuerza. Se exigía una respiración profunda, para luego alzar orgullosa la cabeza. «No va a morderme, ni siquiera va a sentir que estoy aquí». Retiró la capucha de su cabeza, procurando no rozarle ni un pelo. Entonces, al reconocer el rostro que se escondía bajo ella, arqueó tanto las cejas que pensó que su cara se habría desfigurado por completo. ¡Aquello no podía ser posible! ¡No estaba ante uno de los ofitas que había visto en Venecia! ¡Se encontraba ante una copia exacta de ella misma! Sus bucles descontrolados, sus ojos añiles, sus labios rosados, incluso esos malditos mechones rubios. ¿Qué demonios era aquello? Se dejó caer hacia atrás, apoyando las palmas de las manos en el suelo. Pensó que el corazón se le detendría en cualquier momento por un infarto fulminante debido al tremendo impacto recibido. Se llevó una mano al pecho y trató de controlar la situación. ¡No era ella! ¡Era un reflejo de ella! ¡No le cabía otra explicación! ¡Ese ser no podía ser ella!

Se dirigió al segundo individuo y lo despojó de su capucha. Repitió la misma acción con el tercero y luego con el cuarto. ¡Estaba alucinando! Esos no eran los integrantes de una secta, ¡eran sus amigos! ¡Oriol, Iris y Hugo! Espantada, abandonó el cuadrado y se cubrió el rostro con ambas manos. ¿Qué quería la casa? ¿Por qué se burlaba de ella?

De pronto, percibió cómo una silueta luminosa se colocaba detrás de ella y acercaba la boca a su oreja. Se le erizó todo el vello del cuerpo. Con lentitud, retiró las manos de su cara. Tragó saliva y de reojo se atrevió a descubrir quién la rozaba con su aliento aterido.

—¡Mira! —le ordenó su madre con semblante severo—. ¡He dicho que mires!

Volvió la cabeza como una autómata hacia el frente. Su réplica derramó la sangre de los cuatro cuencos sobre el puñal. Después se dirigió hacia ella con los ojos desorbitados, como una demente que ha huido de un manicomio tétrico, y la agarró por ambos brazos:

—¡Despierta! —le gritó.

—¡Sofía, por favor, despierta! —Hugo la zarandeaba como si fuese una muñeca de goma—. ¡No puedo solo!

Ella despegó los párpados despacio, como si estuviera padeciendo los efectos de una resaca descomunal. Examinó el rostro de Hugo como si se tratara de un extraño. ¿Y si fuese su réplica que trataba de engañarla? Observó una delicada lágrima que asomaba en sus ojos cristalinos y arrugó el rostro, confusa.

—¿Estás llorando? —Sofía pellizcó una de sus mejillas para constatar que estaba ante el Hugo verdadero.

—¡Menos mal que no estás muerta! —exclamó aliviado, para después apartar su mano con brusquedad—. ¡Y no estoy llorando! ¡Levántate, que tenemos que salir de aquí!

—¿Dónde está la sombra? ¿La has matado?

—No se puede matar lo que está muerto, te lo hemos repetido decenas de veces —contestó malhumorado—. Como mucho, podemos enviarla a otra dimensión o lo que sea que haya detrás del velo. ¡Me importa un carajo!

Ella se incorporó e inspeccionó el lugar con suspicacia. Sin duda, era la zona cero de una batalla campal. Apenas reconocía la capilla donde tantas veces había asistido a las reuniones de la comunidad. Los bancos eran un amasijo de esquirlas fracturadas, la pila bautismal se había fragmentado en varios pedazos y yacía sobre el pavimento rociando sus últimas gotas de agua bendita, y el altar, aunque permanecía en pie, estaba partido en dos. El retablo era el único que parecía intacto dentro del caos a pesar de que había sufrido serios daños.

—¿No vas a contestarme? —desafió arrogante al cazador, tratando de imitar la mirada de un sargento.

—¡No hace falta que me eches mal de ojo! —le espetó él—. Hemos estado jugando al gato y al ratón durante un buen rato. ¡Imagina quién era el ratón! Ha tenido la oportunidad de rebanarme el cuello en varias ocasiones, y no lo ha hecho. ¡Hasta me suspendió en el aire! Pero lo único que hizo fue observarme, como si para ella fuera una clase de tortura que yo no lograba comprender. ¡Me acojonó en serio! ¡Parecía que me desnudaba por dentro!

—¡Como si introdujera su garra en tu cuerpo y apretara cada uno

de tus órganos!

—¡Exacto!… ¡Espera! ¿Tú también lo has sentido? —Ella asintió, desconcertada—. ¿Y por qué coño ha cambiado su *modus operandi*? ¿Por qué no nos elimina sin más? ¿A qué está jugando ahora?

—Hugo, a mí me quiere viva —soltó con una convicción que llegó a sorprenderla—. No ha cambiado su modo de ejecución. ¡Yo soy una llave!

—Sí, y ya tiene la llave de los videntes. No creo que yo posea la de los cazadores —dedujo confuso—. ¿Para qué me quiere a mí?, ¿por qué no me mata sin más?, ¿cuántas llaves malditas de esas hay? ¡Harry nos aseguró que una! —Entonces reparó en la extraña mirada de culpabilidad que ocupaban los ojos de Sofía y chasqueó la lengua, tratando de digerir la información. Se dejó caer sobre el último peldaño y se abrazó a su Wínchester como si fuera el único capaz de consolarlo—. No puede matarme porque ya morí… —dijo con los ojos húmedos—. Ya hurgó en mis entrañas y no encontró ninguna llave. Soy un desecho, un cazador mutilado, inservible… Por eso ni se molestó en hacerme daño. Jugaba conmigo, nada más… ¡Un cazador muerto!

—¡Eso no es verdad! —le gritó enojada al ver cómo él se regodeaba en sus propios lamentos—. ¿Acaso has notado que tu fuerza haya disminuido, que tu destreza haya mermado? —Él agachó la cabeza, negándose a contestar—. ¡Mírame, Hugo! ¡Sigues siendo el mismo cazador estúpido y chulo!

—Dime, Sofía, ¿de verdad morí en esa colina? —La miró con ojos implorantes, ignorando sus frases de ánimo patéticas.

—¡Yo no puedo resucitar a los muertos! —le dijo, aún más cabreada—. ¡Olvida esas historias que te estás montando en la cabeza! ¡No eres un cazador zombi! ¡Por Dios, Hugo, reacciona!

—¿Y qué soy entonces? ¿En qué me has convertido?

Ella palideció y enroscó la lengua en el interior de su boca para luego morderla. Se masajeó las cejas con el pulgar y el índice, queriendo con ellos atrapar los fugaces pensamientos que aparecían en su mente. Había vociferado un conjuro que ni ella misma comprendía allí en la cabaña. Lo había visto tan claro que no dudó un instante en cortarse la mano para salvarlo. ¡Iba a morir! ¡Y ella había hecho una transfusión de sangre a la desesperada! ¡Dios mío! ¡Eso era! ¡Su sangre corría por las venas del cazador!

—¡Hugo! ¡¿Dónde está la sombra?!

—¿Y qué más da ya?

—¡Escúchame atentamente, porque puede ser que mi sangre se haya fusionado de alguna manera con la tuya! ¡Y no sabemos qué efectos puede tener! ¡La sombra no cree que seas un cazador desvalido! ¡Te está viendo como un trofeo!

Él se incorporó despacio y la encañonó con la mirada mientras arrugaba el entrecejo.

—¿Qué coño estás diciéndome? ¿Has contaminado mi sangre con la tuya?

—¡Te juro que estoy a esto —lo amenazó, mostrándole el espacio que encerraban dos de sus dedos— de pegarte un guantazo en toda la cara! ¡¿Dónde está la sombra?!

—¡No lo sé! —se defendió—. ¡Desapareció sin más! ¡Se evaporó! ¡La habrán llamado esos chiflados que la controlan!

—¿Y nos dejó aquí? —Su pregunta no esperaba respuesta. Estaba perpleja por el imprevisible comportamiento del ente—. ¡Tenemos que irnos ya! ¡Va a volver en cualquier momento!

22

Bestia

Oriol emitió un quejido profundo que hizo estremecer a un nido de mirlos, ya amedrantados por la caída de una noche temprana y sin estrellas. Piaban desesperados, requiriéndole ayuda a una madre que no llegaba. Quizá esta se había desorientado cuando la luz se apagó de pronto y la niebla densa había aparecido en su lugar. Puede que nunca regresara, que hubiera perecido cuando la bestia rugió, y ahora su sino fuera quedar huérfanos tan pronto. Los cuatro pajarillos se acurrucaron buscando la calidez y el consuelo entre ellos mientras contemplaban el horror que se cernía sobre ese paraje idílico.

Oriol los escuchó en la lejanía. Estaba todavía aturdido, apabullado ante el enorme poder que había concentrado la sombra, y no lograba pensar con claridad. Advertía la hierba seca bajo su cuerpo arañar su piel desnuda y lo empujaba a levantarse, a abandonar su territorio. Se sentó y se frotó la nuca, aliviando así el dolor que se había depositado en sus vértebras. Después se pasó la mano por el rostro y comprobó que tenía un ojo hinchado, y puede que el tabique nasal desviado, pero tras un breve análisis con las yemas de los dedos, concluyó que no era nada grave. Podía respirar bien; el aire entraba por sus fosas nasales y se expandía por sus pulmones sin mucho esfuerzo. Colocó ambas manos sobre la nariz y la manipuló hasta palpar el punto que él denominaba «conflictivo». Después, con un movimiento brusco de la muñeca, consiguió enderezarla. Era lo que más apreciaba de ser medio demonio: sus heridas curaban en cuestión de horas, a veces minutos, y sus lesiones podían ser reparadas sin necesidad de ningún especialista. ¡Nunca había observado un hematoma tornase amarillento en su robusta piel!

Se tomó unos segundos para descansar; estaba exhausto. Con desagrado, reparó en la camisa hecha jirones y en los vaqueros rasgados. La sombra le había propinado un buen viaje. Se encontraba en el exterior, a pocos metros del monasterio, e ignoraba cómo ese maldito ente lo había arrojado hasta allí.

Examinó el edificio que se erigía ante él con cierta lástima. Había sido engullido bajo una capa negruzca que le impedía apreciar las piedras singulares con las que fue construido. Sus paredes parecían lisas, teñidas de alquitrán, y no podía distinguir los candiles con los

que su padre había iluminado la biblioteca. Penumbra. Todo estaba inmerso en un condenado crepúsculo. Su monasterio se había convertido en el refugio de las tinieblas. Apretó los labios, afectado. No podía dejar que su hogar fuese destruido.

—¡Oriol! —escuchó cómo Iris lo llamaba con voz quebrada—. ¡Por favor, Oriol, contesta!

—¡Estoy aquí, Iris! ¡Estoy bien!

Se incorporó, todavía sintiendo quisquillosas dolencias en su cuerpo, y lanzó un bufido enojado. Entonces, distinguió la silueta de la vidente entre la niebla. Caminaba tambaleándose, perdiendo el equilibrio constantemente, tentando a la suerte que, maliciosa, le colocaba piedras en su camino. Se percató de que mantenía el brazo izquierdo apoyado sobre el pecho y, en la mano derecha, sostenía los dos sais. Se aferraba a ellos como su última salvaguardia, una señal que le indicaba que no se había rendido. Corrió hasta ella y la envolvió entre sus musculados bíceps.

—¿Estás bien?

—Creo que me he roto el brazo —dijo, mostrando una mueca de dolor—. ¿Qué vamos a hacer ahora? Mira en las condiciones en las que estamos. Así no puedo ni manejar los sais.

—Voy a volver a la capilla. Tú vete a la biblioteca con Harry y mi padre.

—¡Es una locura, Oriol! —Negó con la cabeza.

—Si Hugo y Sofía continúan con vida, tengo que ayudarlos. ¿Lo entiendes? —Le dedicó una sonrisa y le estampó un beso en la frente —. Ya has hecho demasiado, y no puedo pedirte más. Tú localizaste a los ofitas junto con Sofía, os arriesgasteis las dos muchísimo. Harry curará tus heridas.

—¡Dejemos mis heridas para después! —Él la sorprendió con una sonrisa pícara—. ¿De qué te ríes?

—Sabía que vendrías conmigo. Te ha delatado la posición elevada con la que sujetas los sais.

—¡Te odio cuando te pones en plan enteradillo, Sherlock! —Resopló con una falsa indignación.

—¿Seguro que quieres venir? —le preguntó, adoptando de nuevo un tono serio—. Si tienes un hueso roto y…

—¡Y probablemente un esguince en el tobillo! Por eso vas a escucharme bien. Valoraremos la situación antes de entrar. Si uno de ellos está herido o… —se negó a pronunciar la palabra fatal—, yo lo sacaré de allí aunque lo haga a la pata coja. ¡Y tú me cubres para que esa maldita sombra no me arranque el otro brazo!

Él no protestó, ya que le pareció un plan sensato y de fácil ejecución. Claro que no tenía en cuenta la hipótesis de que ninguno de los dos se encontrara todavía allí, o en el caso afirmativo y ella

pudiera poner a salvo a los heridos, cómo se desharían luego de la sombra.

—Tú lo has dicho muchas veces: somos mercancía de segunda —continuó ella, dando directrices—. Así que no perderá el tiempo conmigo. Puede que ni se percate de mi presencia.

—En eso estoy de acuerdo contigo, pero piensas arrebatarle sus presas delante de sus narices, si es que las tiene… —le rebatió socarronamente—. Creo que podría cabrearse contigo.

—¡Te sigo odiando!

Se internaron en el pasillo que conducía a la capilla sin ningún problema, para luego aproximarse con mucha cautela hasta el portón. El aire rezumaba un silencio atroz. Cargaban a sus espaldas con un sentimiento de culpa y desolación, un peso inaguantable que los hacía vacilar. Puede que tras esa puerta ya no existiese nada que recuperar, y tal vez tuviesen que enfrentarse al desgarrador vacío que ocupa la muerte. Pero ninguno dijo nada. Prefirieron ocultar sus temores y seguir caminando bajo el falso sosiego que se había instaurado en el edificio.

Iris había intentado seguir el ritmo del cazador, pero este se había repuesto de sus lesiones y avanzaba a gran velocidad. Aun así, eludía correr. El suelo estaba hecho trizas y no quería que una pierna se le quedara atrapada en los numerosos agujeros que había entre las baldosas de piedra. Ella, en cambio, cojeaba, por lo que debía esforzarse el doble para no quedarse atrás. Quería evitar que su amigo se enfrentase solo a la cruenta visión con la que podrían encontrarse allí.

Oriol manipuló la puerta de la capilla una y otra vez, sin ningún resultado. Así que, frustrado, lanzó un puñetazo contra la madera que hizo temblar a Iris.

—Esa jodida sombra ha debido reforzarla con algún hechizo —dedujo cabreado—. Debe haber absorbido el poder de algún brujo, y ahora está bloqueada. Podemos abrirla únicamente desde el interior. ¡Mierda!

—Tiene que existir una forma…

—¡Sí, la hay!

Atónita, Iris presenció cómo las venas de él se ensanchaban cada vez más. Las carótidas dibujaban densos ríos verdes a lo largo de su cuello. Sus ojos, matizados usualmente con un atractivo dorado, se transformaban en dos intensas lunas salpicadas de rayos rojos, y dentro de su boca, cuatro caninos se alargaban de forma dantesca. Iris reprimió un chillido.

—¡Es la única forma, Iris! —se excusó él con una voz más grave, desgarradora, casi metálica y totalmente desconocida para ella—. ¡Aparta, si no quieres que te haga daño!

Ella obedeció asustada y se escondió en el pasillo contiguo. Nunca había contemplado a Oriol en su forma demoníaca. En todos los años desde que lo conocía, jamás había dejado salir al monstruo con el que convivía. Siempre mantenía a la bestia bajo su dominio, encarcelado en algún lugar remoto de su alma. Esa era su prisión, y los barrotes, los buenos sentimientos que albergaba. Se esforzaba en controlar su ira, aunque esta apenas irrumpía en su vida. Él era el hermano sosegado, risueño y amable, el que enmascaraba su genio con su aguda ironía y brillantez, el que la protegía regalándole un abrazo y el que empatizaba con sus miedos y frustraciones. ¡Él era el demonio con alma! ¡No! ¡Era el humano con una parte de íncubo! Por eso se tapó los oídos con ambas manos cuando escuchó un alarido diabólico brotar de su garganta mortal.

Oriol embistió la puerta envuelto en una cólera inaudita. La venganza se instalaba en cada célula de su cuerpo, la sangre le hervía, y su corazón se agrandó al recibir atónito todo ese flujo de energía. ¡Estaba fuera de sí! Y un único golpe le bastó para destrozar el obstáculo de madera que lo separaba de su objetivo. Encañonó a su hermano, sentado a los pies del altar, que charlaba animosamente con Sofía, quien permanecía de pie gesticulando y lo obligaba a levantarse. Ella se giró de forma brusca al escuchar el violento estruendo que había provocado la puerta al estrellarse contra el suelo. Achicó los ojos, intentando reconocer al intruso que había provocado tal desastre. Pero él ignoró su mirada de perplejidad y se centró en Hugo. Su hermano se incorporó, despreciándolo con sus hipócritas ojos verdes, reprobándole su comportamiento. ¡Estaba harto de él y de su doble moralidad!

En una milésima de segundo, recorrió la distancia que lo separaba de su hermano y, presionando su frágil cuello con una mano, lo levantó en el aire. ¡Él los había llevado a todos al caos! ¡Él lo había apartado de Sofía y le había negado protegerla! ¡Él lo había forzado a recordar que en su interior habitaba una bestia!

—¡Basta!

Inclinó la cabeza ligeramente y distinguió las pupilas gélidas de la bruja brillando como dos estrellas candentes, repletas de poder, rodeadas de una inquietante circunferencia azulada.

—¡Te he dicho que pares, Oriol! —lo amenazó, mostrando un semblante severo que desfiguraba las dulces facciones con las que él habitualmente se deleitaba.

Depositó a Hugo en el suelo con lentitud, sin apartar la vista de ella. Poco a poco, sus colmillos fueron recobrando su tamaño habitual y el encendido rojo de sus ojos desapareció por completo, dejando apreciar de nuevo el halo pajizo en ellos. Oriol respiró calmado y se atrevió a sondear el rostro censurador de su hermano. Hugo no dijo

nada; su postura desafiante, sus facciones endurecidas y una mueca de desagrado hablaban por sí solas.

Iris entró en la capilla arrastrando la pierna, verificando los cuantiosos daños que había sufrido el lugar.

—¿Qué ha pasado con la sombra? —preguntó, obviando la palpable tensión entre sus amigos.

—¡Iris, aparta! —le gritó Hugo.

Ella no tuvo tiempo para reaccionar. Un agujero negro de metro y medio de diámetro se manifestó de pronto bajo el umbral de la ermita. Giraba al contrario de las agujas del reloj, arrastrando a través de su campo gravitatorio todo lo que se encontraba en su proximidad más inmediata. Los pedazos de la pila bautismal, a pesar de su considerable peso, fueron succionados como desvalidos pescados por el gran depredador de los mares; un vórtice hambriento que reclamaba más alimento, feroz, insaciable, y que ampliaba su terreno de actuación con una boca que crecía a razón de segundos.

Iris contempló aterrada cómo centenares de cristales rotos se elevaban del suelo y se columpiaban a su alrededor. Danzaban resignados, esperando el momento a ser devorados. Después salían despedidos y desaparecían tras ella, no dejando rastro alguno de su existencia. Agachó la cabeza para no ser arañada por sus toscos bordes. Aun así, algunos se estrellaron en su cuerpo en la vertiginosa carrera hacia el despiadado orificio. A continuación, mostrando su disconformidad, los despedazados bancos empezaron a crujir desesperados oponiéndose a su empuje, y junto a ellos, Iris se percató de que sus pies comenzaban a alzarse hasta que sus puntillas se convirtieron en su único anclaje a la tierra. Extendió el brazo derecho en un intento angustiado de aferrarse a cualquier objeto que evitara su ascenso, pero solamente advertía el frío absoluto de la masa opaca en su nuca, para luego descender por su espinilla y extenderse por todo su cuerpo. El carnívoro agujero la reclamaba.

Oriol corrió hasta ella sin valorar las consecuencias. Él mismo podría ser arrastrado por la implacable gravedad que se propagaba lenta pero dinámica, afectando ya a una tercera parte de la ermita. La agarró de la mano y la atrajo con fuerza hacia su cuerpo. Iris se enroscó en él como una enredadera a un tronco solitario, atrapando su cintura con ambas piernas y rodeando con el único brazo sano su cuello. Gimoteaba, dejando salir a la niña perdida, indefensa; esa que siempre quiso mantener oculta porque no podía soportar los gritos de su padre alcohólico, esa que se escondía en el armario para evitar presenciar las palizas que le daba a su madre, esa que se orinó encima cuando su padre le pegó tan fuerte que su cuerpo terminó encajado en la alacena de la cocina. ¡No quería volver a ser esa niña! Pero ese monstruo oscuro le había recordado su fragilidad. Sus tentáculos

gravitatorios habían golpeado su cuerpo, y su asquerosa boca la llamaba pidiéndole que acudiera a él, a pesar de que ella ya había percibido su aliento fétido desde el comedor después de ingerir litros de alcohol en el bar de la esquina. ¡No quería desaparecer tras esa pared ennegrecida! ¡No quería regresar al armario oscuro! Y rompió en un llanto desconsolado que conmovió a sus amigos, ya afectados por lo que estaban presenciando.

Se confinaron tras el altar quebrado, observando cómo el sobrenatural agujero lo absorbía todo sin ninguna dificultad. No importaba el material ni la densidad del objeto; todo era atraído sin remedio hasta ser sometido a su control. Hugo se preguntaba qué habría tras él: ¿La muerte?, ¿un billete de ida hacia un lugar recóndito?, ¿o era la mismísima sombra la que los esperaba al otro lado?

Sofía pareció leer sus pensamientos.

—Creo que es la manera que ha encontrado para arrastrarnos a los dos a la vez. Nos quiere vivos, ¿recuerdas?

—¿Ahora le ha dado por experimentar con nosotros como si fuéramos cobayas? —preguntó Oriol al no haber comprendido exactamente lo que ella había afirmado.

—Eso no nos importa en este momento —se apresuró Hugo a responder, chasqueando la lengua—. Tenemos que buscar algo que frene a esa rueda de la fortuna. ¿Con qué demonios contamos?

—Perdí el rifle cuando el ente me lanzó al exterior. —Oriol negó con la cabeza.

—Yo todavía tengo el Wínchester, pero apenas cuento con un par de balas consagradas. —Lanzó un resoplido, impotente—. Y no creo que nada de esto nos sirva de mucho. —Hugo señaló una botella de agua bendita, el puñal y un bote de espray—. ¡Todo cortesía del padre Carlos!

—Iris, ¿y tus sais?

Pero ella permanecía agazapada detrás de Hugo, como un manso conejito temiendo abandonar la madriguera, sin escuchar lo que sus amigos decían, sin articular palabra y con la mirada perdida entre las ornamentadas columnas del retablo.

—Ha debido soltarlas cuando he ido a por ella. —Oriol se respondió a sí mismo después de inspeccionar los alrededores.

—¡Mierda! ¡¿Qué leches vamos a hacer ahora?! —Hugo no se lamentaba por la pérdida de las preciadas espadas de Iris, sino porque por primera vez en mucho tiempo se sentía sobrepasado, sin saber qué decisión tomar.

Sofía, preocupada por el estado de Iris, se acercó a ella y la cogió de la mano con dulzura. Parecía estar inmersa en algún tipo de catatonia. No reaccionaba a ningún estímulo y sus ojos eran dos

estrellas fugaces que se desvanecían al entrar en contacto con la atmósfera.

—Iris, ¿te encuentras bien?

—¿Has visto el resplandor? —soltó como una autómata, sin inflexiones en la frase, con una carencia de emoción que hizo que Sofía diera un respingo y la observara como si se tratase de una extraña, con prudencia y recelo.

—¿Qué resplandor? —le preguntó inquieta.

—¡Ese! —le respondió, y señaló la talla central del retablo.

Sofía examinó la imagen del ángel de arriba abajo, sin apreciar nada fuera de lo normal. San Miguel continuaba allí, inmóvil, encarcelando al demonio bajo su pie, ajeno a lo que sucedía en la ermita que lo había cobijado. Después depositó la mirada en el rostro de la vidente, enajenado, velado, poblado de nubes grises que le impedían ver a la Iris de siempre. Sin embargo, debajo de ese manto opaco, sus ojos comenzaron a encenderse de nuevo. Centelleaban como dos perlas ocultas bajo la protección de su concha.

En ese momento, la visión de su madre la asaltó de nuevo. «¡Mira!», le repetía en su cabeza. Y ella volvió la vista hacia el ángel, abriendo la mente, observando cada detalle, cada pliegue cincelado por el escultor, cada línea de su manto escarlata y de su figura esculpida que la arrastraban en su práctico dinamismo a centrar su mirada en lo más relevante de su composición: la espada. Emitía insólitos destellos dorados, que al inicio achacó a un efímero reflejo sin importancia. Después observó la empuñadura, que vibraba contenida por la mano del ángel.

—¿Lo ves ahora? —le preguntó Iris, dejando escapar una sonrisa de desahogo.

Sofía volvió hasta la posición de los hermanos, que continuaban enzarzados en encontrar la manera de cerrar el vórtice. Apoyó las manos en sus hombros y les dijo:

—¡Tengo un plan!

Oriol la miraba no muy convencido mientras Hugo había abierto los ojos de par en par. El campo gravitatorio del agujero alcanzaba ya el centro de la ermita. En tan solo diez minutos había devorado la mitad de ella, y eso significaba que, en otros diez, todo lo que permaneciera dentro sería aniquilado o trasladado a otro lugar indiscutiblemente menos placentero.

—A ver si te he entendido —le dijo Oriol, todavía estupefacto—: quieres tenderle una trampa a la sombra, haciéndola salir de ese hoyo donde aseguras que está. Porque, según tú, la sombra es menos peligrosa que esa máquina succionadora.

—A no ser que a ti se te haya ocurrido cómo tapar ese tremendo agujero que tenemos en el salón —lo animó con tono sarcástico.

Él negó con la cabeza al tiempo que refunfuñaba molesto.

—¿En qué trampa has pensado? —Hugo atendía a sus palabras con una enorme curiosidad.

—¡La que utilicé con el carroñero! —informó satisfecha—. Eso la inmovilizará unos segundos.

—¿Para qué? —le preguntó de nuevo Hugo.

—¿No querías que sacara un conejo de la chistera? Pues tengo uno, y muy gordo.

—¿Y cómo piensas obligar a la sombra a abandonar su guarida? —Oriol se centraba únicamente en los espacios no rellenados de ese plan descabellado.

—Esa es la parte más fácil. —Satisfecha, sonrió—. ¡Tú vas a matarme!

Después de la rotunda negativa de Oriol, Hugo lo hizo recapacitar mencionando que no tenían tiempo y no contaban con otras opciones, aunque él también había valorado los riesgos. Era eso o terminar de igual manera bajo las garras del ente oscuro.

Sofía saltó los dos escalones y se colocó en el pasillo central. Allí desafió con una postura ofensiva al agujero vivo, que parecía satisfecho de tenerla casi a su alcance. Con las rodillas ligeramente flexionadas, la pierna izquierda más adelantada que la derecha y los puños colocados como si fuera una experta boxeadora, centró su mirada más allá del hoyo. El embudo oscuro obligaba a girar alocados a los fragmentos de cristales antes de hacerlos desaparecer en su interior. Toda la luz que estos pudieran reflejar era inmediatamente absorbida por la masa compacta de su centro. Pero ¿qué había tras él? Si ella tenía razón, era la sombra la que estaba provocando esa enorme ventana dimensional, y no debería encontrarse muy lejos de su creación.

Mientras achicaba la mirada inspeccionando su punto central, comenzó a percibir cómo la poderosa energía succionadora comenzaba a llegar hasta ella. Quería empujarla, someterla, ingerir sus conocimientos hasta exprimir la sustancia gris de su cerebro. Ella se resistía a la atracción: prensaba los dientes furiosa, presionaba aún más los puños e intentaba permanecer en la posición apretando los pies contra el suelo. Tenía que aguantar un poco más. Tenía que confirmar que la sombra estuviese observándola en ese momento.

De repente, notó una fuerza que palpitaba en su pecho, ansiosa por emerger. Ella no se lo impidió, y un torrente de electricidad recorrió su cuerpo, aumentando su pujanza. Sus ojos se encendieron emitiendo llamas azules que ardían frenéticas, incrementando su capacidad de visión. Sus piernas tersas se clavaron al suelo, impidiendo que nada ajeno tomara su control. Sofía encañonó su poderosa mirada en el agujero que se le antojaba más anodino, débil, insignificante…

Entonces, la vio.

Mantenía sus brazos estirados, uniendo sus fantasmales manos como si fueran una sola. De ella brotaba un gusano negro que al abrir la boca se expandía y formaba el terrible hoyo giratorio. Penetró en sus dos cuencas intimidatorias, forzándola a mirarla.

—¡Oriol, ya!

El cazador se colocó tras ella y, alzando con la mano su barbilla, le colocó el puñal del padre Carlos en la garganta.

—Espero que esto funcione, brujita —le susurró al oído.

—Me necesita viva para extraer la llave —lo tranquilizó ella—, por lo tanto, no va a permitir que me hagas daño. Así que prepárate para recibir un buen golpe.

Pero la sombra no reaccionó, sino que permaneció apuntando su cañón gravitatorio hacia ellos, impasible, segura de alcanzar su propósito.

—Tienes que hacerme daño, o esto no funcionará. ¡Clávalo! ¡Hazme sangrar!

—¡Maldita sea! —Oriol arrugó el rostro, enojado, deslizó la daga unos dos centímetros sobre su cuello y le hizo un corte superficial.

La sangre comenzó a manar de ella y se deslizó rápidamente de su garganta hasta la clavícula. Ella profirió un grito lastimero que obligó a Oriol a cerrar los ojos. Le escocía, le dolía, pero aguantó ese suplicio sin moverse ni un ápice de su posición. De pronto, la sombra apareció ante ella cerrando el agujero infernal, apagando el campo de gravedad como si hubiera tocado un interruptor. Observó arrebatada a Oriol y lo apartó de la bruja, lanzándole una de sus lianas oscuras que primero lo golpeó en la cara y luego en el estómago. Después avanzó hacia Sofía, y aunque su boca era otro hoyo sin fin, carente de labios o de líneas que definieran su forma, se permitió sonreír.

Ella no se lo pensó dos veces. Subió los dos peldaños que la separaban del altar y, de un salto, se encaramó en lo alto de la singular mesa. Con cada pierna posicionada en uno de los dos pedazos en los que trataba de sostenerse el mármol sagrado, bajó la barbilla y admiró satisfecha el círculo con el triángulo invertido, tachado con un aspa y con los cuatro puntos dibujados en su interior. Hugo había realizado una gran tarea imitando la trampa que había encerrado al carroñero. Comprobó primero que tanto él como Iris se encontraran lejos de allí, para después ladear la cabeza y constatar que la sombra la seguía. Flotaba tras ella ignorando lo que le aguardaba tras el altar.

Sofía saltó y se encaró con ella, esperando que su energía oscura se posase sobre el círculo. Pero la sombra volvió a titubear unos segundos. Estaba asentada sobre la tela blanca de encajes, totalmente despedazada y que no llegaba a cubrir las dos partes que ahora conformaban el altar. La miraba de forma interrogante y a la vez

soberbia, como si quisiera penetrar en su cabeza y arrancarle la información de cuajo sin necesidad de jugar al gato y al ratón. Ella tragó saliva. Tenía que hacer que se moviera medio metro más.

Entonces, Hugo irrumpió sin avisar en el centro de la circunferencia, desplazándola a ella y forzándola a retroceder. Asía su estimado Wínchester entre sus manos. Arrugando el entrecejo, se dispuso a disparar. El ente oscuro entró en cólera y se abalanzó sobre él sin pestañear. Sobresaltada, Sofía escuchó el disparo. Trató de llegar hasta Hugo y de agarrarlo para ayudarlo a salir del círculo. Pero algo había salido mal.

Las trampas mágicas afectaban únicamente a seres sobrenaturales. Sin embargo, por algún motivo que desconocía, el cazador se había quedado atrapado con la sombra. A pesar de que esta lo mantenía sujeto, presionando con sus mortíferos dedos ambos lados de su cara, el movimiento en su interior se había detenido. Hugo y la sombra parecían una escultura dantesca que representaba la derrota del bien frente al mal. Dos figuras talladas con una precisión fantasmagórica: la capucha del ente sobresalía dos palmos por encima de la cabeza del cazador y se inclinaba hacia él, clavando su inerte mirada en los ojos amedrantados de su víctima. Hugo, con la boca abierta debido a la presión que ejercían sus garras sobre su rostro, suspendía un grito de dolor en un aire comprimido en los límites del círculo.

Sofía maldijo ese revés, pero continuó con el plan que había elaborado en su mente: debía alcanzar la espada de Miguel. Sin duda, el objeto mágico estaba consagrado por alguien que poseía un poder ancestral y guardado con un secretismo absoluto por el sacerdote que jamás les había hablado de él, o puede que ni él mismo conociese su procedencia. Pero ella estaba segura de su sino. Él era el destinado a atravesar las entrañas de la sombra.

Se encaramó al retablo con cierta dificultad y se apuró en despojar al arcángel de su hierro. Pero lo sostenía con tanta garra que, a pesar de su creciente vibración, no conseguía arrancárselo del puño. Ayudada por el impulso que le ofreció Oriol, Iris trepó hasta colocarse junto a ella. Apoyó su mano sana sobre la empuñadura y cerró los ojos, conectando con ese brujo ancestral que había dotado a la espada de un tremendo poder. Sofía aguardó paciente mientras observaba cómo Oriol se aproximaba al círculo, y fue entonces cuando reparó en que el efecto paralizante de la trampa estaba revirtiéndose.

Iris deslizó el arma entre sus dedos y se la entregó a Sofía. Ella se la lanzó a Oriol, quien permanecía atento al descongelamiento parcial que sufría su hermano. Y cuando estuvo seguro de que el movimiento regresaba a sus músculos, lo apartó con brusquedad y clavó la espada en la sombra con saña. Esta no se retorció, ni siquiera chilló, únicamente examinaba con asombro el rostro de Oriol, para después

emitir lo que les pareció una carcajada. En ese momento, del ente maligno brotaron sus temibles dianas y apresaron al joven cazador, que no tuvo tiempo de reaccionar. La sombra enredó su torso, constriñéndolo a permanecer inmóvil, después afiló su dedo y lo apuntó hacia su pecho. ¡Iba a perforarle el corazón!

—¡Nooo!

El grito de Sofía sumió a la sala en un desgarrador silencio. Únicamente escuchaba el bombeo imparable de su corazón, y pronto cayó en la cuenta de que había vuelto a detener el tiempo. Contempló el rostro angustiado de Iris, que continuaba junto a la talla del ángel; los ojos aterrados de Hugo, que desde el suelo alzaba una mano con la intención de impedir el ataque mortal que se dirigía hacia su hermano, y el cuerpo de Oriol paralizado de pies a cabeza, oprimido por las serpientes de la sombra que impedían que se defendiera. Saltó desde el retablo y sus pies tocaron un suelo agrietado, con astillas de madera, piedras que se habían desprendido de los resistentes muros y vidrios coloreados y apagados por la batalla que se estaba librando en el interior de esa noble capilla. Corrió desesperada hacia Oriol y recogió la flamante espada que se había estrellado contra el centro del círculo pintado con un espray ordinario: un esmalte rojo que no les había servido para nada. Frotó la empuñadura, derrotada, y alzó la barbilla para contemplar al ángel con ojos suplicantes. ¡No podía ser que todo hubiese sido una alucinación! ¡El resplandor! ¡La vibración! ¡Su madre obligándola a mirar de nuevo! ¿Qué se le había pasado por alto? ¡¿Qué?! Otra imagen más viva aún que la interior invadió sus pensamientos, apartando todas sus dudas: un cuenco emergía de las profundidades de un líquido escarlata, centelleante, victorioso… ¡El cuenco de sangre! ¡Claro! ¡¿Cómo había podido ser tan estúpida?!

Sin demorarse, se colocó frente al sagrario e intentó manipularlo, aunque sin mucha fortuna. Maldijo para sus adentros. Desesperada, apuntó la palma de la mano hacia la cerradura y concentró su energía en la yema de sus dedos, como había hecho en la biblioteca cuando partió la estantería. «Puedo hacerlo —se dijo—. ¡Joder! ¡Si he parado el tiempo! Esto debería ser un juego de niños… Vale, no pienses… Mente en blanco, despejada…». Finalmente, de sus dedos brotaron filamentos celestes que penetraron por el ojo de la cerradura, sutiles como un ladrón de guante blanco, certeros como la punta de la flecha al impactar en la diana. Entonces, escuchó un ligero chirrido que le confirmó que había logrado su objetivo. ¡La puerta había cedido! Introdujo la mano en el sagrario y, eufórica, extrajo el cáliz de plata que el sacerdote usaba en la consagración. No brillaba. No emitía destellos. Era una copa sin más. Pero continuó admirándola con la firme convicción de que en ella se encerraba la salvación.

De reojo, atisbó cómo todo continuaba sumido en esa especie de

hibernación forzada, y se apresuró a realizar un corte en su antebrazo, rogando por tener el tiempo suficiente para que la sombra no atravesara a Oriol con su dedo aniquilador. A continuación, dejó que la sangre cayera fresca sobre la copa sagrada y se dirigió rápidamente hacia la posición de Iris.

—¡Lo siento, amiga! —se disculpó al presionar la punta de la espada en la pantorrilla de la pierna que ya sufría un esguince. Pero la sangre no brotó de ella, sino que permanecía congelada en su interior, escondida, indiferente a la abertura que rompía su piel—. ¡Mierda, mierda! ¡Vale, no pasa nada! ¡No puedo detenerme! ¡Sigo adelante!

Corrió hacia Hugo y le profirió un corte en la palma de la mano. Después se situó frente a Oriol y seccionó una por una todas las lianas que lo mantenían cautivo. A continuación, le provocó una incisión en el hombro, que era la parte del cuerpo que permanecía al descubierto y no oculta bajo los tentáculos de la sombra. Se retiró entonces, colocándose de nuevo en lo alto del altar, con una mano sujetando la espada y con la otra la copa. Luego esperó a que el tiempo se reiniciara. Estaba exhausta, casi sin fuerzas para continuar, pero necesitaba aguantar un poco más. ¡Había llegado la hora de acabar el juego! ¡Y le faltaban un par de casillas para proclamarse la vencedora!

Advirtió primero la brisa fresca que entraba a raudales por las vidrieras destrozadas, luego el batir de unas alas que despistadas se aproximaban a la capilla, ignorando lo que sucedía en el interior, y después escuchó la confusión, los gritos de la batalla y el alarido de la sombra al constatar cómo los pedazos de sus negruzcos tentáculos caían al suelo moribundos. De reojo, distinguió a Iris, que se llevaba la mano a la pierna con un quejido agudo; a Hugo, que perplejo observaba la sangre salir a borbotones de su mano, y a Oriol, que había aprovechado la desorientación momentánea de la sombra para escabullirse de ella.

—¡Oriol! —lo llamó ella, desgañitada—. ¡Distráela lo que puedas! —Le lanzó la espada, que este atrapó al instante, para después arrojarle la copa a Hugo, que ya se encontraba de pie—. ¡Tu sangre! ¡Que caiga en la copa! —Él obedeció sin rechistar—. ¡Iris, también necesito la tuya! —Hugo corrió hacia la vidente y la ayudó a bajar.

—¿Qué tienes pensado hacer? —le preguntó Iris, estupefacta.

—¡Nuestra sangre puede contener las llaves, pero también los cerrojos! Ahora mismo no importa que sea ancestral o que sea pura; simplemente, que pertenezcan a las cuatro especies que pueden ver el mundo sobrenatural. —Hizo una pausa, eufórica—. ¡Harry se equivocó con la cuarta energía! ¡No se trata de la de un ser humano, sino de la de un demonio! ¡La sombra lo supo en la cabaña! ¡Lo comprendió cuando agarró a Oriol y lo lanzó por los aires! ¡Tuvo miedo! ¡Miedo a permanecer demasiado tiempo con nosotros y que

pudiéramos averiguarlo! ¡Ni Hugo ni yo somos las piezas claves para destruirla! ¡Siempre fue Oriol! ¡El único con sangre de demonio que camina junto a cazadores de bestias! ¡Él único con alma y, por lo tanto, dispuesto a enfrentarse a la oscuridad!

—¡Creo que Sofía te está disputando el puesto de Sherlock! —le gritó Iris a Oriol.

Pero él no pudo responder, ya que con la espada rasgaba las continuas lianas de humo que la sombra le disparaba. Hugo le silbó, y él ladeó la cabeza lo suficiente como para advertir sus intenciones. Su hermano subió al altar junto a Sofía, y desde allí le arrojó la copa. Oriol retrocedió apenas para interceptarla al tiempo que le lanzaba la espada. Hugo agarró con brío la empuñadura y saltó desde lo alto, atravesando diagonalmente al ente maligno. Cada estocada que recibía lo debilitaba. Sus fluctuaciones eran cada vez más frecuentes, más endebles. El arma consagrada lo frenaba, hacía que sus ataques no fueran tan certeros, que dudara. Profería alaridos descontrolada, avanzaba dando palos a ciegas, como un animal acorralado que trata de defenderse usando su instinto primitivo y no su cerebro.

Por fin, Oriol recogió su sangre en el cáliz. El líquido vibraba, hervía, como una fuente termal esperando impaciente expulsar una columna de agua caliente y vapor de aire. Se lo entregó a Sofía para que hiciera los honores. Hugo dirigía a la sombra hasta la posición de la bruja; un paso atrás, luego otro y otro. Acortaba la distancia con ella a propósito, y en cuanto constató que estaba preparada, alzó la espada por encima de su cabeza y Sofía vertió la sangre sobre esta. El líquido rojo se precipitó desde la punta hasta la empuñadura, para después rociar los cabellos negros de Hugo y deslizarse por su rostro. Triunfante, él percibió el calor de la sangre, augurando que la contienda se inclinaba milagrosamente a su favor.

La sombra retrocedió horrorizada. La espada impregnada de sangre vibraba ansiosa buscando su presa. En ese momento quiso volatilizarse, desaparecer sin dejar rastro, pero antes de volver a tomar la forma de una neblina indefensa, la bruja volvió a lanzar el arma por los aires. Oriol, en un salto caprichoso como el alero que se dispone a recoger un rebote, se hizo de nuevo con la espada y, sin permitirse parpadear, la enterró otra vez sobre ella.

El ente oscuro se retorció. Con sus garras, sujetó el hierro en un intento por extraerlo de sus entrañas, pero el calor era tan intenso que ya no sentía ninguna de las partículas que la conformaban. ¡Ardía por dentro! Estaba precipitándose a su combustión inmediata. Clavó una última mirada en los ojos briosos de la bruja. Ya no era la cría del hotel. Se había convertido en la mujer destinada a lo que tenía que hacer.

Los cuatro asistieron a la compleja y asombrosa implosión del ser

maligno. Este se redujo en cuestión de segundos a un polvo negruzco, y las cicatrices de un fuego sobrenatural resaltaron en el pavimento carbonizado como si alguien hubiese organizado una barbacoa improvisada en ese lugar. Sofía recibió con desagrado el olor a chamusquina, junto con un aroma pestilente que no logró identificar, y se tapó la nariz con los dedos. Saltó del altar y se sentó junto a Oriol, que se había dejado caer sobre el segundo escalón de la capilla. Allí los acompañaron Hugo e Iris, que en silencio tomaron asiento y comprobaban sus heridas de guerra.

De pronto, un extraño chirrido proveniente de la entrada de la iglesia los alertó. Cruzaron las miradas desconcertados mientras localizaban las armas con ojos vivaces. ¿Qué demonios sucedía ahora? ¿No habían acabado con la sombra?

Bajo el umbral, apareció Harry empujando una destartalada silla de ruedas en la que Rafael se revolvía buscando una posición que le fuera cómoda.

—¡He tenido que reforzar la puerta de la biblioteca de nuevo con un conjuro de confinamiento! —les informó el brujo inglés, como si hubiera realizado una gran hazaña—. Pero no para que no entrase la sombra, sino para que este loco no saliera. —Rafael soltó un bufido encrespado—. Cuando empezamos a escuchar estruendos, chillidos y como si la tierra se abriera, quiso correr con la silla para buscaros, y terminó en el pasillo con la rueda encajada en una grieta y él por los suelos.

—No ha sido nada, no os preocupéis, estoy perfectamente…

Los cuatro lo miraron atónitos, hasta que Hugo estalló por fin en carcajadas. El resto, inmediatamente, fue contagiado por una risa sorprendente, insólita, de desahogo y a la vez de satisfacción, de alivio y que rezumaba victoria.

Harry, siempre alardeando de su sentido práctico, se dirigió a ellos con los brazos en jarra y el ceño fruncido:

—¿Alguno necesita ir al hospital?

—Creo que Iris. —Sofía ayudó a la vidente a incorporarse y avanzar por el pavimento impracticable.

—Deberíamos fichar a un médico para la próxima vez —sugirió el bibliotecario—. Mis conjuros no sellan huesos rotos. Seguro que hay un cazador con conocimientos medicinales, o puede que un vidente. Suelen ser más proclives a la sanación.

—¡Lo conseguimos! —murmuró exultante Oriol mientras apoyaba la mano en el hombro de su hermano, ignorando la verborrea espontánea del brujo.

Hugo lo encañonó con la mirada, liberando la rabia contenida que lo oprimía impidiéndole respirar.

—¡No vuelvas a amenazarme con tus colmillos! ¡Jamás! —lo

advirtió entre dientes mientras se alzaba y abandonaba la capilla.

23

Despedida

La luz de un nuevo amanecer acarició su rostro y la obsequió con un amparo que creía haber perdido. Abrió los ojos despacio, para regodearse en el placer de los suaves rayos que rozaban su piel desnuda. Observó a su compañero durmiendo plácidamente junto a ella, y sonrió dichosa porque había sido bendecida con ese momento de felicidad; efímero, ya que en pocas horas volvería a casa, pero intenso, porque esa alegría embriagadora la hacía disfrutar de un estado completamente desconocido para ella. Sin sombras. Sin problemas. Solo él y ella.

Se sentó con delicadeza en el borde de la cama y se detuvo un instante para deleitarse con el aroma pasional que desprendía él, con las líneas tersas de su cuerpo, ocultas parcialmente por las sábanas, y con el suave respirar que elevaba su torso de forma sutil pero arrebatadora. Quería grabar ese momento único en su memoria, para después recordarlo, cuando él ya no estuviera y ella tuviera que enfrentarse a su día a día. Tedioso. Corriente. Sin nada excepcional.

Oriol emitió un ligero ronroneo que la hizo evocar a un dulce minino demandando caricias. Se aproximó a él y, con su dedo índice, dibujó círculos en su ancha espalda; sin cicatrices, a pesar de las numerosas batallas en las que había participado. Arrugó el rostro, contrariada. Había asistido al despertar de la bestia en la capilla. Horrorizada, pudo contemplar cómo atacaba a su hermano sin dudarlo. Sus ojos eran fuego, sus facciones embravecidas no mostraban ni un ápice de compasión, y su corazón estaba ennegrecido, sepultado bajo la furia, el odio y la venganza. Quizá Hugo se refería a eso cuando la advertía sobre él. Su parte demoníaca afloraba de vez en cuando, y podría incluso llegar a dañarla. Pero ella nunca había tenido miedo de Oriol. Incluso cuando la bestia ocupó su lugar, no se inmutó, sino que reaccionó controlando al animal, tal y como él había hecho en el bosque con los lobos. Amansó a la fiera. Le devolvió su control. Y Oriol había vuelto a ser el mismo. Sin embargo, intuía que una vieja brecha se había abierto entre los hermanos y eso la disgustaba.

Cuando aterrizó en el monasterio, inocente y perdida, se percató del lazo inquebrantable que unía a los hermanos. Eran uña y carne a

pesar de sus notables diferencias, opuestos pero cercanos, el sol y la luna fusionándose en un armonioso eclipse. Retiró el dedo pintor de la piel de Oriol. Ese estrecho lazo había sufrido un duro revés, y deseaba que los hermanos lo solucionasen pronto.

—¿Te preocupa algo? —escuchó la voz satinada de Oriol murmurar bajo las sábanas. Ella negó con la cabeza—. Pues deberías volver a la cama y aprovecharte de esta mañana gloriosa, sin preocupaciones.

—Tengo que preparar algunas cosas antes de irme —se excusó sin más explicaciones.

Él se sentó y la rodeó con sus brazos reconfortantes mientras apartaba su cabello y la besaba en el cuello.

—¿Estás nerviosa? Me refiero a que vas a ver a tus padres después de tanto tiempo…

—Es por todo. Regreso a casa y siento que soy otra persona —le confesó apesadumbrada—. Quiero volver con mi familia, y al mismo tiempo tengo miedo de perderte, de abandonar todo esto… Es verdad que ha sido un verano horroroso, pero no tanto como para olvidar, porque he tenido experiencias asombrosas. Estás tú… y todos los demás. Y… no quiero decir adiós. —Ella esperó paciente a que él pronunciara alguna palabra, pero esta nunca llegó. Oriol se apartó de ella y apoyó la espalda en la pared—. ¿Qué piensas hacer tú? —le preguntó para romper ese silencio incómodo.

—Nosotros volvemos a nuestra casa, en Zaragoza. —Entrelazó las manos detrás de la nuca, alzó la barbilla y dirigió su mirada al techo—. Mi padre quiere formar un hogar más estable, sin tantos altibajos. Nos ha preguntado si alguno quería retomar los estudios, y yo no he sabido qué responder… Ya veré… Ariadna necesita más equilibrio en su vida. Todavía es muy pequeña para comprender los sacrificios de este mundo. Creo que mi padre quiere resarcirse porque de alguna manera nos empujó a escoger este camino. Y encima ha hablado con el padre Carlos, que ahora quiere llevar una parroquia como un sacerdote cualquiera, y no me lo imagino. —Dejó escapar una risa nerviosa—. Durante estos últimos meses ha llevado esta iglesia, y no sé qué mosca le habrá picado… ¡Ah! Y Harry vuelve a retomar sus clases de Literatura, en Madrid… ¡Creo que esa sombra nos ha dejado muy tocado a todos!

—Supongo que sí. —Ella lo miró con ojos cristalinos y besó sus labios—. En poco cumpliré los dieciocho, y me gustaría que vinieras a mi fiesta de cumpleaños. Después, yo podría ir a verte algún fin de semana a Zaragoza, y tú podrías venir a Alicante y…

—¡Tranquila! —le dijo, acariciando sus mejillas—. ¡No voy a perderme tu cumpleaños! ¡Estaré allí!

Avanzó hacia el umbral con paso inseguro, arrastrando una maleta de mano que Iris le había prestado. Oriol la acompañaba, disimulando un pesar que había oscurecido el excepcional halo dorado de sus ojos. Se había despedido de todos, excepto de Hugo. Había sabido por Rafael que había cumplido diecinueve años el día anterior, justo cuando la sombra había irrumpido en el monasterio. Sintió pena por él. Nadie lo había recordado. Todos estaban tan inmersos en evitar que la secta escapase y que el ente oscuro desapareciera de una vez por todas que nadie lo había felicitado. Al hablar con Rafael, también la había informado de que los cuatro supuestos ofitas habían sido arrestados y que no habían encontrado a nadie más en la casa desde la que operaban. Ella había mostrado su inmensa felicidad, y la verdad era que le importaba bien poco lo que le sucediera a esos cuatro desalmados. El vidente cautivo, que respondía al nombre de Luca Torresan, permanecía ingresado en el hospital con pronóstico grave. Deseaba desde lo más profundo de su corazón que el chico pudiera recuperarse del todo y llevar una vida normal.

Harry había insistido en que lo llamara si descubría un nuevo poder o si alguna visión de su madre la turbaba. Sofía se lo agradeció, y le confesó que sospechaba que su madre no estaba muerta. Sus mensajes no provenían del más allá, y aunque le fuera la vida en ello, la encontraría, descubriría por qué se había ocultado, por qué la había dado en adopción. Después estuvo abrazada a Iris largos minutos mientras esta trataba de calmarla diciéndole que existía una cosa maravillosa llamada WhatsApp y que no perderían el contacto.

Al llegar a la puerta, distinguió los cautivadores ojos verdes de Hugo. Se acercó a él y le regaló una sonrisa que terminó descomponiendo su habitual postura rígida e infranqueable.

—Gracias —le susurró él.

—Felicidades —le dijo ella mientras divisaba cómo un vehículo azul cobalto aparcaba a pocos metros de la entrada. ¡Un coche nuevo!

Sofía se abalanzó a los brazos de su padre en cuanto descendió. Luego se unieron a ese eterno abrazo su madre y hermano. Más tarde, Roberto se acercó a Rafael, que lucía un alzacuellos impecable, interpretando un papel convincente. Su padre le agradeció que hubiera cuidado de ella todo este tiempo y solucionado el «problemilla» con éxito. El cazador le presentó a Harry como un experto inglés en espíritus malignos, al constatar como aquel recelaba de un hombre sin hábito y sin la humildad requerida para ser un monje. El anciano, a pesar de su postura algo encorvada, era estirado y a la vez gentil, discreto pero con una elegancia que rezumaba arrogancia. Todo era una extraña combinación de la que presumía el brujo inglés.

—Ha venido desde Londres para ayudarnos con este caso —le dijo

para impresionarlo—. Es un afamado especialista muy conocido en nuestros círculos. Y estos tres muchachos que nos acompañan han sido compañeros de su hija, acogidos aquí por casos similares.

Roberto fingió cierto interés, y de reojo observó a los tres chicos, sin prestarles mucho asunto. En realidad, cuanto menos supiera de las andanzas sobrenaturales de ese misterioso grupo de monjes, mucho mejor. Quería llevarse a su hija lo más pronto posible y olvidarse de toda la pesadilla que habían vivido.

—Por favor, salude al padre Carlos de mi parte. —Zanjó la conversación estrechándole la mano al falso sacerdote, y alentó a su familia a subir en el nuevo vehículo

Sofía observó desde la ventanilla trasera cómo el grupo continuaba allí de pie, observando cómo el coche abandonaba sus dominios y se adentraba en la carretera. Después, todos, exceptuando a Oriol, regresaron al interior del monasterio. Ella mantuvo la mirada fija en él, hasta que se convirtió en un punto que se desvaneció entre las líneas firmes del monasterio. Una solitaria lágrima rodó por su mejilla. Todo había acabado, de nuevo era libre. Libre en un mundo que ya no sería el mismo para ella, porque tras lo visible había un velo delgado que ocultaba lo invisible. Y ya no podría esconder su mirada para ignorarlo.

El padre Carlos recorrió el largo pasillo de la prisión con presteza y decisión. Vestía la sotana negra que con esmero había planchado horas antes. Ese sencillo atuendo le había abierto innumerables puertas, y ahora, gracias a una instancia del Vaticano, estaba a punto de reunirse con Gianni Conte, el líder del grupo de los ofitas.

Se sentó junto a él con el semblante serio, ocultando la gran curiosidad que ese hombre le inspiraba. Sin embargo, este lo recibió con los brazos cruzados y un aire de indiferencia abismal. Era evidente que no se sentía intimidado por la presencia del cura, al que miró con desdén, para luego enfrascarse en un silencio premeditado y abúlico. No respondió a ninguna de sus preguntas, no intervino para rebatir sus continuas acusaciones, ni siquiera cuando el padre Carlos los llamó «pandilla de descerebrados». Finalmente, tras una hora infructuosa de interrogatorio, el sacerdote se levantó y se dirigió a la salida con un sabor amargo a derrota. ¡Tanta burocracia para esto! Había perdido unas horas valiosas de su vida moviendo hilos para concertar ese encuentro para nada.

—*Noi non siamo quattro, nemmeno mille. Siamo uno! Adorate a un falso Dio. Il sapere appartiene a tutti… Questa non é la fine!*

El sacerdote no miró atrás, sino que siguió caminando mientras sus

palabras resonaban una y otra vez en sus oídos: «No somos cuatro, ni mil. Somos uno. Adoráis a un falso Dios. La sabiduría es de todos…». El padre Carlos escuchaba el eco de sus últimas palabras agujerearle el cerebro como un pájaro carpintero, incesante y cruel: «¡Esto no es el final!».

Dobló la esquina y se adentró en una calle espaciosa. La luz del sol bañaba por igual todos los majestuosos jardines, que presentaban así a las numerosas casas coloniales que se erigían tras ellos con suntuosidad. Se encaminó hacia una de las adornadas veredas, admirando la hierba fresca que crecía a su alrededor, y luego alzó la vista para deleitarse con las paredes blancas, casi hipnóticas de la peculiar vivienda. Esperó, como habían acordado, en uno de los bancos, junto a la curiosa fuente que le ofrecía un agradecido frescor en un día donde el calor era inaguantable.

De pronto, la puerta se abrió y la vio. Tan bella como siempre, ocultando sus singulares ojos bajo una pamela adornada con flores de la estación. Caminó hacia él jugando con sus pies, enmascarando el nerviosismo que sentía al cruzarse con su penetrante mirada. Ella era como un cisne que ignoraba su poder de seducción, inocente y a la vez tentadora, que disimulaba aposta su consabido atractivo.

—Pensé que ya no vendrías —le dijo con voz tímida.

—¿Y cómo podría? Si no hago otra cosa que pensar en ti, mi dulce Sofía.

La atrajo hacia él y buscó sus labios desesperados, saboreando su boca, deseando que ese momento no acabase nunca.

Se despertó bañado en sudor y buscó angustiado un punto de referencia que le indicase dónde se encontraba. Encendió la luz de la lámpara de la mesa de noche, todavía confuso por el sueño que había tenido, y trató de normalizar una respiración agitada y poco habitual en él. Hugo se levantó, arrojó las sábanas al suelo y se dirigió a la ventana para sacar la cabeza al exterior, esperando que el aire otoñal le despejase las neuronas obviamente descontroladas.

—¡Maldita seas, bruja! ¿Qué coño me has hecho?

Continuara…

Biografia de la autora

Nacida en la isla de Tenerife, licenciada en Artes Escénicas y diplomada en Turismo. Mi afán por aprender idiomas me llevó a vivir en Inglaterra, y posteriormente en Italia. Mi fascinación por otras culturas siempre estuvo unida a mi inquietud por la interpretación y la dramaturgia.

Mi pasión por las artes comenzó desde muy joven. Más que leer libros, los devoraba. Entonces decidí escribir mis propios relatos, para, más tarde, enfrascarme en miles de aventuras interpretando a todos los personajes que creaba.

Al conseguir el primer premio en el I concurso de Relato Corto organizado por la Asociación Down Burgos con *Mi Príncipe Chino*, decidí abrir esos cajones viejos donde había guardado mis obras y sumergirme en la aventura de ser escritora. Actualmente estoy trabajando en otra trilogía juvenil y una novela de misterio adulta. Y ahora, después de presentar *La tienda de los cuentos de hadas,* primer volumen de la trilogía *Crónicas de Silbriar,* finalista en el I Certamen Juvenil de Editorial LxL y seleccionada por Ciif Market, Canary Island Film 2019, para su adaptación audiovisual, llega la segunda parte: *La reina en el castillo de arena.*

De la autora *Best seller*

ANGY SKAY

PROVÓCAME



SERIE SOLO POR TI VOL.1

Lil Editorial Romantic

Provócame

Skay, Angy 9788494383212

408 P�ginas C�mpralo y empieza a leer

Bryan Summers es un empresario londinense de prestigio, que decide viajar a Marbella para adquirir una nueva propiedad. Annia Moreno es una mujer independiente que trabaja como personal shopper en la ciudad malagueña. La primera vez que se encuentran, en la puerta de un hotel, Summers no puede evitar sentirse atraído y, aunque ambos han tenido vidas complicadas y ella, además, guarda secretos que pugnan por salir a la luz, se dejan llevar por su instinto y deciden darse una oportunidad. Lujuria, desenfreno y pasión, crearán una mezcla explosiva entorno a una historia de amor. Pero serán vigilados de cerca. ¿Quieres saber algo más? Todo esto y mucho más lo descubrirás en esta fascinante historia. Provócame: el primer volumen de la trilogía Solo por ti. ¿Te atreves a provocarme?

C�mpralo y empieza a leer

De la autora *Best seller* de la **«Serie Solo por ti»**

~ ANGY SKAY ~

MATAR A LA REINA

Serie *Diamante Rojo* vol.1



Matar a la Reina

Skay, Angy 9788417160661
518 P�ginas C�mpralo y empieza a leer

Las alegres navidades de Micaela Bravo se ven interrumpidas cuando, con solo doce años, alguien, a quién creía de su familia, le arranca la infancia acabando con lo que más quiere. Todos sus seres queridos son asesinados sin piedad y, ella, ultrajada y agredida hasta tal punto que sus agresores piensan que han terminado con su vida.
En su último aliento, su alma se impregna de un sentimiento vengativo que la hará tomar las riendas de su vida unos años después, por un oscuro y tenebroso mundo donde las mafias y el peligro son algo constante.
En otra parte del planeta, un asesino a sueldo recibe una llamada que hará cambiar su existencia por completo cuando descubra una lista con seis nombres, teniendo que asesinar a cada persona por orden correlativo, según su antiguo instructor, Anker Megalos.
Matar a la Reina es la primera parte de la serie **Diamante Rojo**, donde la mafia, los asesinatos, la acción y un amor peligroso se juntarán, dándole lugar a las personas que, al parecer, nunca tienen oportunidad de vivir un futuro a su antojo: los villanos.
En esta ocasión, "**El objetivo, eres tú**".

C�mpralo y empieza a leer

De la autora ***Best Seller*** con la ***Serie Solo por ti***

Te robé un beso





Te robé un beso

Skay, Angy 9788494383274
333 P�ginas C�mpralo y empieza a leer

Sara Martínez; veintinueve años, soltera, mujer de armas tomar, aunque muy insegura de sí misma. Huye del amor por una turbia relación del pasado y busca una vida normal, tranquila y sin ataduras. Le encanta su trabajo y vivir el día a día junto a su mejor amiga, Patricia.
Cesar Fernández; treinta años, soltero, mirada inolvidable y un cuerpo que incita al pecado. Un Don Juan en toda regla. El típico "chico malo" al que su padre intenta encarrilar, sin éxito alguno. Con una vida desahogada, gracias a un "golpe de suerte".
Sus caminos se juntan sin esperarlo y una atracción letal les arrastra por completo. Lo que Sara no sabe es que César oculta un pequeño secreto que ella jamás esperaría y un encuentro en el pasado que no recordaba.
¿Podrá un ladrón de corazones robarle un beso y derribar las barreras de su corazón?
Comienza la saga *¿Te atreves a quererme?*
Y tú, ¿te atreves a empezarla?

C�mpralo y empieza a leer

De la autora ***Best Seller***

ANGY SKAY

Y QUIÉREME



SERIE SOLO POR TI VOL.2

Lil Editorial Romantic

Y quiéreme

Skay, Angy 9788494383229

417 P�ginas C�mpralo y empieza a leer

Cuando el amor golpea devastadoramente tu corazón y se hace paso sin pedir permiso, la pasión y el desenfreno ciegan detalles muy significativos de una pareja. Detalles que, cuando salen a la luz… Atormentan.

Bryan no podrá vivir sin ella, pero ¿y ella? ¿podrá vivir con inesperados y sorprendentes percances que transcurrirán, dejándola completamente fuera de lugar?

Conoceremos a Annia por completo, pero… ¿Qué pasa con Bryan?

Esta historia abrirá muchos caminos y, con ellos…demasiadas dudas…

Con *Provócame* llega la esperada segunda parte llamada *Y quiéreme* de la trilogía 'Solo por ti'.

¿Podrás quererme?

C�mpralo y empieza a leer

De la autora *Best seller*

ANGY SKAY

Incítame

El secundario más deseado de la *serie Solo por ti*.



SERIE SOLO POR TI VOL.4

Lil Editorial Romantic

Incítame

Skay, Angy 9788494436277
408 P�ginas C�mpralo y empieza a leer

El atractivo e irresistible Max Collins, viaja a la ciudad donde su mejor amigo, Bryan, esconde su identidad. En ese trayecto se encuentra con una morena de ojos profundos como la noche, que le hace enloquecer. Tras esa apariencia de hombre noble y romántico, hay un corazón roto... Un corazón, que tendrá que enfrentarse a su mayor temor: el pasado. Un último amor, una familia oculta y un trauma persistente, harán que los días de Max Collins, no sean nada fáciles... ¿Será capaz Max Collins de afrontar todas las trampas que le depara el destino?

C�mpralo y empieza a leer

«Autora seleccionada por *Ciif Market, Canary Island Film 2019 y 2021*»

SARA MAHER

EL CAZADOR QUE LUCHÓ CONTRA EL VIENTO

CAZADORES DE LEYENDA VOL.2



El cazador que luchó contra el viento

Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

www.editoriallxl.com 04240, Almería (España) Primera edición: noviembre 2021
Composición: Editorial LxL
ISBN: 978-84-18748-25-7

El cazador que lucHó contra el

Viento

cazadores de leyenda vol.2

Sara Maher

Para Elsa, quien siempre me instó a ver más allá. Una vez me dijiste que no se puede eludir el destino, sino que debe abrazarse con todas las consecuencias. Y aquí estoy, escribiendo.

Índice

Agradecimientos

Cuando inicias un viaje hacia lo desconocido, sin saber en qué puerto atracarás, tu alma se llena de entusiasmo por emprender una aventura en la que jamás pensaste en embarcarte, pero también de incertidumbres, puesto que el futuro es como el océano, extenso e impredecible.

Por eso le doy las gracias a todos los que me han ayudado y animado a continuar navegando, a pesar del viento en contra y de las inesperadas tormentas con las que me he encontrado. Porque es verdad que detrás de los nubarrones hay un sol esperando a brillar y señalarte que el camino es el acertado.

Gracias a Atlántida Distribuciones por haberme invitado a formar parte de su barquito de letras, ya que está convirtiéndose en un crucero placentero. Espero que nos queden muchos cafés de los que poder disfrutar juntos: Pedro, Carla y Alfredo.

A Cristina, por echarme una mano con las redes sociales. Cada vez que grito «¡Socorro!», ella está ahí para auxiliarme. ¡Eres un sol!

A todos los que me brindan su amistad sincera y me alientan a seguir remando: Itahisa, Anabel, Nidia, Silvia, Lori, Mar, Tana y Felipe.

A mi equipo del Ciif Market, porque ha sido un honor compartir esos momentos tan especiales con personas tan generosas. Felicitas, solo puedo decir que tú sí que eres maravillosa. A Merche, por regalarnos tu serenidad y confianza, y a Angie, por ser el arrojo del grupo.

Gracias a todos los lectores que me han escrito para preguntarme cuándo podrían disfrutar de este segundo volumen, porque me han dado fuerzas para continuar impulsándome con el viento. Y a todos aquellos que acuden a mis firmas y presentaciones y me regalan minutos inolvidables contándome anécdotas o cuánto adoran a uno de mis personajes. Sin ustedes, yo no sería nada. ¡Los quiero a todos!

Estoy deseando que vuelvan las ferias de libros con todo su brillo y sus colores para seguir compartiendo gratas experiencias y conocer a nuevos «silbrarianos» y «cazadores».

Por último, si no fuera por mi gran familia de Editorial LxL, quizá habría cogido otro barco, hacia otro destino diferente y nada que ver con las letras. Y sobre todo por acogerme como una hija más. En especial a mi editora, Angie, por ser una trabajadora infatigable, siempre dispuesta a saltar desde los trampolines más altos para darse

un chapuzón en las aguas más turbulentas. Siempre te lo digo, pero eres una crac.

Y desde luego, a mi familia y amigos de toda la vida, quienes siempre están ahí dispuestos a izar la vela o ayudarme con el timón, sin pensarlo dos veces. Ahora tengo la suerte de contar con una brújula muy especial, la que me entregan cada día Samuel y Adriel.

1

Hechizo

Escuchaba a su madre como si fuese la banda sonora de una película con tintes dramáticos. Era un continuo murmullo en sus oídos al que no prestaba atención. Se había acostumbrado a él, quizá demasiado. Cada noche, Elena entraba en su habitación mientras ella trataba de relajarse leyendo un libro. Sí, después de lo acontecido en el monasterio, Sofía decidió que debía instruirse, empaparse de historia y, por qué no, disfrutar de vez en cuando con una de esas novelas románticas que su madre guardaba con celo en su mesita de noche. No obstante, Elena interrumpía su lectura sentándose en el borde de la cama para preguntarle cómo le había ido el día, a lo que ella respondía con un escueto «Bien». Era entonces cuando su madre se enfrascaba en sus discursos delirantes sobre el bien y el mal y en cómo estaban ayudándola mucho en su nuevo grupo de apoyo llamado con mucho tino «Supervivientes de lo paranormal». Había encontrado en ellos un alivio considerable. Allí, todos narraban sus experiencias con el más allá y cómo estas les habían afectado a sus vidas. Y, claro, Elena contaba una y otra vez cómo había sobrevivido a un accidente de tráfico provocado por un ente maligno. Después le repetía a ella, con los ojos bien abiertos, que nadie en el grupo había vivido un suceso semejante. Tan escalofriante. Tan cercano a la muerte.

—Entonces, ¿todo bien? ¿No has visto nada raro?

—Mamá, ya te he dicho que esa sombra no va a volver. La destruyeron.

—Sí, lo sé. Pero a veces tengo miedo de que otra cosa horripilante se presente en casa y no tengamos a dónde huir. —Sofía torció el gesto, apabullada por la sinceridad de su madre—. Oh, no debería contarte estas cosas, sino darte ánimos y decirte que tanto tu padre como yo estamos aquí para protegerte... El caso es que en el grupo han comentado que, una vez que vives una experiencia con el más allá, tu mente se abre y es muy probable que pueda repetirse. Por eso soy tan pesada y te pregunto. Yo quiero que estés bien, y rezo para que no tengamos que volver a pasar un infierno como aquel.

—No tienes que preocuparte. No he visto nada raro. Toda esa pesadilla terminó. Y te prometo que si alguna vez siento alguna presencia, te lo contaré.

Sofía alzó la vista y dirigió la mirada hacia la pared del fondo. Allí

sentada sobre una vieja mecedora se encontraba su difunta abuela haciendo calceta mientras le sonreía con ternura. La acompañaba cada noche, velando por sus sueños. Y aunque al principio su repentina aparición la alteró, poco a poco fue acostumbrándose a su compañía. Su abuela no la acosaba, ni siquiera trataba de comunicarse con ella. Sencillamente se dedicaba a tejer, mostrando un semblante afable y nada espeluznante. Después de todo, se trataba de su abuela materna, con quien tuvo una relación estrecha. Siempre fue cariñosa con ella, y no existía ni un solo recuerdo negativo que enturbiara esa alegría desbordante ni esa simpática afectividad que solía desprender.

—Buenas noches, Sofía. Estoy muy contenta de que podamos tener esta clase de conversaciones. No son muy normales entre una madre y una hija, pero ¡qué le vamos a hacer! Es lo que nos ha tocado vivir.

A pesar de haber cumplido ya los dieciocho años, su madre continuaba besando su frente antes de irse a dormir. Ella ya no rechistaba. Había asumido que para Elena siempre sería su niña, y mientras viviera bajo su mismo techo, trataría de entrometerse en todos sus asuntos. Después de interminables discusiones y reprimendas tontas desde que tenía quince años, aprendió que era mejor darle la razón en nimiedades que ocasionar un enfrentamiento absurdo. Así que no iba a recordarle más que ya no era una chiquilla para que le respondiera con «En mi casa se hace lo que digo yo». Ni siquiera trataría de convencerla de que no se metiera en sus estudios ni con sus amigas, para que saltara con «Deberías ser más aplicada y organizarte mejor» o «Nunca me ha gustado esa amiga tuya. Es demasiado pizpireta». Todo había cambiado desde que la escuchaba y se limitaba a asentir dándole la razón, aunque no estuviera muy de acuerdo en algunos puntos. Elena era así: ¡un torbellino neurótico e imparable!

A la mañana siguiente, se levantó cuando faltaban escasos cinco minutos para las diez. Comenzaban las vacaciones navideñas, y aunque a ella no le importaban demasiado esas fechas, adoraba no escuchar el martilleo constante del despertador ni tropezarse en el baño con el habitual ajetreo de la casa: todos tratando de colarse en él antes que nadie. Desayunó con tranquilidad, y después de asearse regresó a su habitación para decidir qué haría en esa preciosa mañana fría y soleada. Su padre debería estar ya en el trabajo, y en menos de veinte minutos su madre se marcharía con Cris de compras. ¡Ella era libre! Y podría hacer el vago unas cuantas horas más.

Entonces, su madre asomó la cabeza, evidenciando cierto rostro de preocupación.

—Sofía, hay un chico en la puerta que quiere hablar contigo. Dice que es compañero tuyo del… monasterio.

—¿Del monasterio? —Sofía dio un respingo y se precipitó al

armario para buscar algo apropiado que ponerse.

—¿Ocurre algo?

—No, nada —le respondió ella sin mirarla—. Me había olvidado de que habíamos… quedado para tomar un café. Perdona, mamá, tendría que haberte avisado antes.

—¿Ese chico… es tu… novio? —le preguntó, temiendo su respuesta.

—¡Qué va! ¡No, no, para nada! Le sucedió lo mismo que a mí. Es un amigo al que puedo contarle esas cosas. Como haces tú con tu grupo de ayuda…, nada más. —Corría de un lado para otro calzándose las botas mientras se miraba al espejo y se atusaba el cabello—. ¿Puedes decirle que espere un rato? En poco estoy.

Cuando su madre abandonó la estancia, ella se detuvo y respiró. ¿Por qué Oriol había ido a buscarla? ¿Habría sucedido algo grave? Soltó un resoplido. Le había mentido a Elena. No tenía ni idea de que el cazador iba a presentarse en su casa esa mañana. Es más, hacía meses que no sabía nada de él. Desde que se marchó del monasterio, apenas habían intercambiado algún que otro mensaje. Nada más. Y eso le dolía mucho. El chico había decidido apartarla de su vida sin más, como si los largos días de verano que habían transcurrido en aquel improvisado refugio fueran las páginas escritas de un capítulo para olvidar.

Por eso no comprendía el motivo de su visita. Y esa euforia repentina que la asaltó al principio fue convirtiéndose en un extraño desencanto. Debía recibirlo, pero sin grandes demostraciones de afecto ni frases cálidas. No corrió hacia él como si fuese una colegiala enamorada, sino que se limitó a cruzar la sala con pasos pequeños y seguros, quizá mostrando una sonrisa inquieta en sus labios. Todo lo demás sobraba. Oriol debía explicarle primero la razón de su errático comportamiento, a pesar de que su corazón palpitaba desbocado y trataba de sosegarlo con ciertas dificultades. Después de todo, sus sentimientos por el cazador continuaban vivos, grabados a fuego en su piel.

Sin embargo, su rostro amistoso y sereno se borró de un plumazo hasta formar una expresión de absoluta incredulidad. Porque allí sentado en el sofá no se encontraba Oriol, sino su hermano Hugo, contestando con una simpatía encarecida las incisivas preguntas de su madre. Al verla llegar, él enarcó las cejas y esbozó una amplia sonrisa. ¿Qué demonios estaba sucediendo?

—Hola, Sofía. Estás… diferente. —La halagó con cierta torpeza mientras le señalaba con sus dedos el cabello.

—¡Ah, el pelo! Sí, después de aquel absurdo experimento donde terminé con varios mechones rubios y casi quemados, decidí ir a la peluquería, a ver si podían arreglar el desastre. —Rio nerviosa—. Así

que me lo he cortado un poco y me he dado las mechas.

—Ya le dije que estaba mucho más guapa así —intervino su madre.

—Sí, sí..., te queda mejor ese peinado. No pareces tan... mojigata.

—Bueno, será mejor que nos vayamos a tomar... ese café —dijo ella, evidenciando su incomodidad.

Cogió el abrigo y comenzó a abrochárselo con premura. Tenía que salir de allí antes de que su madre sospechase algo. De reojo, examinó a Hugo mejor. Portaba su habitual cazadora de cuero negro sobre un suéter demasiado fino para el invierno tan acusado que estaban viviendo. Ese chico parecía ser inmune a las inclemencias del tiempo.

—Ha sido un verdadero placer conocerla, Elena. —Se dirigió a su madre con mucha educación—. Y espero no disgustarla si ese café se convierte en un almuerzo. Tenemos que ponernos al día sobre muchos asuntos.

Un extraño escalofrío hizo que Sofía se estremeciera. Como impelida por un resorte, sujetó al muchacho del brazo y lo sacó de su casa antes de que su madre pudiera protestar o atraparlo de nuevo con una batería de preguntas interminables. No esperó al ascensor. Bajó las escaleras como un cohete sin importarle que se encontrasen en un cuarto piso. Salió al exterior y descubrió al otro lado de la calle el voluminoso *jeep* negro de Hugo. Este la seguía en silencio, manteniendo una distancia prudente con ella.

Cuando Sofía subió al vehículo y cerró la puerta, lo encañonó con la mirada.

—¿Y bien? ¿Qué ha pasado? —le preguntó sin rodeos.

Con las manos en el volante y la vista al frente, él la apabulló con su habitual semblante inmutable.

—Quiero que me acompañes a hacerle una visita a una vieja amiga.

Confundida, frunció el ceño. ¿Una visita? ¿No había amenazas ni sucedido nada extraordinario?

—¿Para eso has recorrido cientos de kilómetros? ¿Has venido a Alicante para recogerme y que te acompañe a dar un paseo hasta la casa de tu amiga? —le soltó sin ocultar su asombro.

—No, Sofía. No es tan simple. Esa señora es una de las mejores videntes del país. Hace años ayudaba a mi padre con sus casos. Ahora está retirada y vive en una residencia en Murcia.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

Hugo alargó un suspiro, reflexionando así sobre cómo afrontar esa conversación tan espinosa. Durante el viaje había ensayado varios discursos, cambiando el inicio la mayoría de las veces. No quería asustarla ni desvelarle demasiado. Tenía que dosificar la información para que ella no saliera huyendo.

—¿Has tenido sueños extraños? —la tanteó, con la absurda esperanza de que fuera ella la que comenzara a hablar.

—¿Te refieres a pesadillas o a ciertas visiones? —Él no respondió. Continuaba con la mirada clavada en la carretera—. Claro que todavía tengo pesadillas. Me despierto muchas noches alterada, recordando una y otra vez lo que sucedió en esa capilla. ¡Estuvimos a punto de morir! Y puede que sea una bruja, pero también soy humana. Al principio, cuando llegué a casa, no quería salir a la calle. Estaba aterrada. Pero poco a poco he ido superándolo, y me recuerdo a mí misma que fui fuerte y valiente como nunca lo había sido... ¿Tú también las padeces?

—Aaah, mmm, sí... —confesó después de titubear durante unos segundos—. Pero no tanto con lo que pasó en la capilla, sino con lo que ocurrió en la colina.

—Es normal, casi mueres allí.

—Esa es la cuestión, Sofía. ¿Qué pasó exactamente en ese lugar? ¿Morí y resucité, o nunca dejé de respirar? Tú estabas conmigo. ¡Me salvaste! Curaste mis heridas, la sangre dejó de salir y yo desperté.

—Si lo que tratas de preguntarme es cómo lo hice, ya te dije que no tengo ni idea. Simplemente, esas palabras surgieron de mí. Espontáneas, reaccionando ante un hecho horrible... Yo no quería que murieras. ¿Es por eso que quieres ver a esa vidente?

—Sí. —Hugo presionó los dientes con fibra.

—¿Y por qué no se lo has preguntado a Edith? —Sofía entrecerró los ojos, intentando indagar en su rostro—. ¡Ah, ya! Todavía no le has contado a nadie lo sucedido. Pensaba que lo harías después de un tiempo. Tampoco es nada grave.

—Tengo sangre tuya corriendo por mis venas. ¿Y tú crees que no es serio?

—¡Yo no he contaminado tu exquisita sangre pura de cazador! ¿Para eso me llevas contigo? ¿Quieres comprobar los posibles efectos secundarios en tus glóbulos rojos? —se defendió ella—. ¡Es una estupidez!

Un silencio agrio se instaló en el vehículo. Enfadada, Sofía desvió la mirada hacia la ventanilla. Quiso suavizar su crispación entreteniéndose con el paisaje estepario de la región. La ausencia de árboles en los que refugiarse la desolaba aún más. Debía conformarse con algún que otro arbusto sobresaliendo, reclamando su existencia en un relieve casi llano. Monótono. Asfixiante. Comenzó a agobiarse. A continuación, desabrochó desesperada su abrigo. La oprimía, no la dejaba respirar.

—Pensabas que era Oriol, ¿verdad?, el que había venido a buscarte.

Sofía arqueó las cejas hasta el infinito y trató de ocultar sus

mejillas sonrosadas, las cuales siempre se empeñaban en delatarla.

—Bueno, sé que tu simpatía hacia mí es... nula. Nunca te caí bien. Por eso no imaginé que fueras tú el que había tocado a la puerta de mi casa.

—Eso no es verdad. Me caes medianamente bien. Es normal que al principio no me fíe de extraños. Sobre todo, si aparecen como dulces corderitos ocultando sus verdaderos poderes. Después entendí que eras más complicada que eso. Te enfrentaste a esa sombra sin rendirte a pesar de todo lo que había pasado.

—Viniendo de ti, lo tomaré como un enorme cumplido —le dijo con sorna—. ¿Cómo están todos?

—Bien, continuamos con nuestras andanzas de aquí para allá. Sé que mantienes el contacto con Iris. Fue ella la que me dijo dónde encontrarte. Así que ya sabes que echa algunas horas en una tienda de tatuajes. Sigue sin querer ir a la universidad, a pesar de que obtuvo una buena nota en la prueba. Es una cabezota y podría buscarse algo mejor, algo que la alejase de este mundo de locos, pero ella es así... Cuando no estamos cazando, Oriol trabaja en una carpintería de un amigo de mi padre. Es un manitas. Y yo paso el tiempo en un taller de mecánica. Tenemos que buscarnos la vida de alguna manera. Cazar monstruos no nos da de comer. Eso ya lo habrás deducido... ¿Y tú qué has hecho en estos meses?

—Tampoco formalicé mi ingreso en la universidad. —Se encogió de hombros—. Era lo que mis padres querían. Yo necesité tiempo para recuperarme y poner orden en mi mente después de descubrir que existen seres vagando por el mundo sin que nadie se percate de ello. Bueno, exceptuando a nuestros gremios. Así que comencé a estudiar idiomas: inglés e italiano por el momento. No quiero sentirme tan idiota cuando se me presente otro ente demoníaco hablando en idiomas desconocidos para mí.

—Para eso creo que te conviene estudiar las lenguas muertas, como el arameo o el sumerio.

—Oh, gracias. Tendré en cuenta tu consejo. —Rio al imaginarse solicitando matrícula para esas inexistentes materias en su escuela.

Por primera vez, se relajó desde que había empezado el viaje en coche. Apartó toda la tensión y se permitió bromear con el cazador. Hugo siempre la había intimidado. Nunca fue agradable con ella, sino más bien esquivo y demasiado autoritario. Sin embargo, mientras charlaban sin tapujos, apreció cómo su habitual arrogancia se esfumaba y sus ojos verdes se tornaban más transparentes, sin secretos que lo nublaran.

Al llegar a la residencia de la tercera edad, Sofía bajó del vehículo asombrada por la arquitectura del edificio. Se encontraba a las afueras de la ciudad de Murcia, inmerso en un pequeño pinar. La construcción

formaba un semicírculo perfecto en cuyo centro destacaba una fuente hexagonal adornada con tres serafines juguetones. Hugo se encaminó hacia la recepción y en dos zancadas dejó atrás los cuatro escalones que lo separaban de la entrada principal. Se presentó como el sobrino de la señora Marín ante la rolliza mujer que se encontraba detrás del mostrador de ingreso. Después de agradecerle su atención, el muchacho tomó el pasillo de la derecha y se plantó en la habitación número cincuenta tras tocar con suavidad la madera.

Con mucha discreción, Sofía entró en la estancia de la vidente. Ocultaba su nerviosismo jugueteando con los dedos bajo el abrigo, el cual sostenía entre sus brazos. Hugo se acercó a la anciana, quien miraba distraída a través de la ventana, y besó su mejilla. La mujer tomó sus manos con cariño y lo invitó a sentarse. Después reparó en su presencia sin disimular su acusado interés.

—¿Y quién es tu amiga? Pasa, querida, no te quedes ahí en la puerta. Siéntate con nosotros. —Ella avanzó con paso tímido y se acomodó junto al muchacho en la única silla disponible—. Y bien, Hugo, ¿cómo está tu padre? ¿Sigue con sus correrías en esa silla de ruedas?

—Ya lo conoces. Morirá con el rifle en la mano antes que abandonar la caza.

—Siempre fue un testarudo —añadió la mujer, suspirando con cierta melancolía—. Incluso cuando predije su infortunio, fue incapaz de escucharme. Rafael lleva en la sangre su oficio. Y la muerte de tu madre lo convirtió en un temerario. —Hugo bajó la cabeza para ocultar su pesar. Todavía le escocía el sentimiento de culpabilidad cada vez que la nombraban—. Dime, muchacho, ¿qué te ha traído hasta mi casa?

—Nos gustaría que nos ayudases con un problemilla —le confesó, restándole importancia a la visita.

—Sabes que hace mucho que no hago predicciones.

—¡Oh, Mila! Eres la única que puede echarnos una mano.

—Eres un adulón —dijo riendo—. Y te aprovechas de esta vieja porque sabes que desde que naciste no pude resistirme a esos ojos verdes.

Sofía se sorprendió al escuchar la carcajada del joven cazador. Hugo solía mostrarse serio, agrio, y nunca lo había visto sonreír con la mirada. Sin embargo, ante esa mujer, el muchacho desprendía una ternura y una calidez desconocidas para ella.

—Sabes que no habría venido a molestarte de no ser importante para mí.

La vidente asintió varias veces y les pidió a ambos que colocaran su mano derecha sobre sus palmas. Entornó los párpados durante unos minutos en los que solo emitió sonidos de asombro y a veces de

disconformidad. Sofía se revolvió en su asiento. Su curiosidad fue transformándose poco a poco en un desasosiego incontrolable. Le atemorizaba pensar que esa mujer con más arrugas en el rostro que en sus manos pudiera desvelar secretos que ni ella misma conocía.

De repente, abrió los ojos y clavó una mirada inquisitiva en ella.

—Así que eres una bruja pura. Y de las raras, me atrevería a decir. —La chica no contestó. Se amparó en las pupilas expectantes de Hugo, aguardando a que este interviniera—. Posees una enorme fuerza. La pena es que ni tú misma sabes cómo controlarla. Eres intrépida, sagaz y tienes buen corazón. No acabas de comprender por qué tus padres te abandonaron. Sin embargo, renunciaron a ti por amor, para protegerte de un mal mayor.

—¿Sabe dónde están mis padres?, ¿si se encuentran bien o...?

—No, querida. Ellos han sabido ocultarse para evitar rastreos. Al fin y al cabo, son brujos de una pureza extraordinaria —le contó con una serenidad pasmosa—. Tú has heredado lo mejor de ellos, y es evidente que de alguna manera consiguieron amarrar tus poderes. Hasta que no te viste en una situación peligrosa, no despertaron. He sentido tu gran potencial, tu energía desbordante, pero también tu profundo desconocimiento de la materia. Estoy segura de que con el tiempo conseguirás grandes proezas.

—Ella me salvó la vida, Mila —intervino Hugo, tratando de dirigirla a la cuestión que le preocupaba—. Lanzó un conjuro y todo se paró de pronto. No sé cómo desperté. Me vi caminando por un bosque oscuro y denso. Recuerdo haber visto una claridad al final del sendero. Y antes de llegar ahí, abrí los ojos.

—No me contaste nada de eso —le dijo Sofía sorprendida. Él ignoró su comentario y se centró en el rostro de la vidente.

—Hugo, si lo que estás preguntándome es si moriste, la respuesta es no —le respondió con seguridad—. Ella no utilizó un conjuro de resurrección contigo. Después de mis impresiones generales sobre ambos, la visión me llevó hasta una oscura colina. El tiempo se había detenido en toda la zona, pero no para vosotros dos. He escuchado sus palabras, he revivido ese momento como si hubiera estado presente... Invocó a la unidad, al número uno y a la unión de la sangre. Sofía no conjuró a los muertos, sino que lanzó un hechizo de amor para salvarte.

—¡¡¡¿Quééé?!!! —reaccionaron los dos al mismo tiempo.

—¡Eso es absurdo! —Hugo se incorporó de un salto. Con la mano en la frente, comenzó a caminar sin rumbo—. Yo no soy un experto en brujas, pero los hechizos de amor se lanzan para unir a dos personas y no para salvar a una de una muerte segura. Mila, te has equivocado.

La vidente lo examinó con compasión. Sabía que no esperaba ese veredicto. Le habría gustado que se tratase de algo más lóbrego, más

siniestro a lo que poder enfrentarse con sus armas de guerrero. Sin embargo, ella jamás había errado en sus predicciones, y esta había emergido ante sí clara y concisa. ¡Un hechizo de amor!

—Sí que existía un conjuro ancestral donde la bruja unía su alma y su cuerpo al ser amado. De esta forma, lo protegía del mundo oscuro, impidiendo que nada ni nadie pudiese herirlo. Solían realizarlo cuando se enamoraban de humanos carentes de poder y, por lo tanto, indefensos ante las criaturas del más allá —le aclaró la anciana—. Sofía, sin quererlo, recurrió a este hechizo extinto, ligando tu sangre a la suya para que así no exhalaras tu último aliento.

—¡Dios mío! No tenía ni idea. Estaba desesperada y me vi sola... Me limité a pronunciar las frases que veía en mi mente.

—Lo sé, querida, lo sé. —La anciana quiso calmarla apoyando la mano en su rodilla—. Y no deberíamos preocuparnos por un hechizo que en principio es inocuo. Las brujas ancestrales lo realizaban a menudo sin ninguna consecuencia. En este caso, el problema radica en que has vinculado tu alma y tu cuerpo a una persona que no amas. Hugo no es el que ocupa tu corazón. Por lo tanto, ese conjuro va contra natura.

—¿Qué significa eso? —Nervioso, Hugo se apoyó en el respaldo de la silla.

—Que habrá consecuencias para los dos. —Hizo una pausa para que ambos asumieran su veredicto—. ¿Os habéis sentido atraídos por el otro? ¿Habéis tenido sueños extraños, fuera de lo normal?

—¿Por qué nos preguntas eso? —intervino Sofía alterada.

—Es muy posible que, tratándose de un hechizo de amor, empecéis a experimentar sentimientos el uno por el otro. Y también es muy probable que Hugo sea el primero en sucumbir al deseo y al amor intrínseco de ese conjuro. —La vidente focalizó su atención en el cazador—. Tú no eres brujo, así que empezarás a sentir los efectos antes que ella. Puede que con simples sueños sin mucha importancia o que, sin ton ni son, su rostro empañe tus pensamientos con recuerdos efímeros. Y luego tú, Sofía, no podrás resistirte a sus encantos.

La muchacha enterró el rostro entre sus manos. Estaba avergonzada, arrepentida de su terrible metedura de pata.

—¡No, no, no! Tiene que existir una manera de revertir el hechizo —sentenció Hugo—. ¡Esto es peor que una pesadilla!

—Y hay una manera —añadió la vidente—. Buscad a una bruja pura en grado de destruir el vínculo. Este amor ha sido forzado para que florezca, y desconocemos el cariz que podría tomar. ¿Entendéis lo que estoy diciendo?

Sofía se quedó petrificada en el asiento. No, no comprendía nada. Apenas podía discernir con claridad. Sus pensamientos la acuchillaban infligiéndole graves heridas. Todo aquello debía ser una terrible

mentira, una pesadilla, porque ya no escuchaba los latidos de su corazón. Se habían silenciado, la habían abandonado, huido a las montañas donde el eco les devolvía su cadencia. Y eso solo podía significar que nada era real. Estaba sumida en un sueño del que no podía despertar.

2

Cuadrado

Con pasos agigantados, Hugo abandonó la residencia sin volver la vista atrás. Se introdujo en el vehículo tras dar un portazo, se aferró al volante y apoyó la frente en él. A continuación, lo golpeó con rabia. De reojo, Sofía observaba su arrebato sin atreverse a pestañear. Comprendía su enojo, su frustración. Ella misma estaba contrariada. Nunca imaginó que cuando estaba apelando a su poder interior, este le hubiese regalado un conjuro de amor. Todo aquello era una locura. ¡Por Dios, ella no sentía nada por Hugo más que cariño! ¿Qué se suponía que iba a ocurrir? ¿Que cuando despertara a la mañana siguiente la pasión la cegaría hasta perseguirlo por los rincones? ¡Oh, mierda! ¡¿Qué había hecho?!

Sin mediar palabra, el cazador arrancó el coche con brusquedad. Sofía respiró varias veces al imaginar el incómodo trayecto de vuelta que le esperaba. El silencio sangraba. Las heridas que sanó aquella noche en la colina volvieron a abrirse. Y dolían demasiado. No lo soportaba más. Quiso pronunciar algunas palabras de aliento, un puñado de frases oportunas que consiguieran relajar el ambiente. Decidida, abrió la boca para alejar esa insidiosa tensión y volvió a cerrarla de inmediato. Apretó los puños con ganas, hasta enterrar las uñas en las palmas de sus manos. ¿Qué podía decir? Había metido la pata hasta el fondo. Centró su mirada en el cúmulo de nubes, las cuales, inquietas, se arremolinaban en el horizonte. A pesar de su negrura, eran bellas. Se desplazaban con lentitud, creando una especie de danza hipnótica al tiempo que decidían sobre qué pueblo o valle descargar su furia. Soltó un resoplido quejoso.

—Podemos solucionarlo. Solo tenemos que revertir el hechizo —escupió al fin, como el enérgico chorro de agua que trata de apagar un incendio.

—Ah, ¿sí? ¿Es que conoces a algún brujo puro al que podamos llamar? Espera, puede que en mi lista de contactos tenga a uno —le respondió con un sarcasmo hiriente—. No, Sofía, son una especie en extinción. ¿Y por qué? ¡Porque a los brujos siempre les ha podido más el egoísmo que su propia lealtad! Y tú debes ser el último eslabón de una cadena perdida que para colmo no tiene ni idea de lo que hace ni de lo que dice. ¡Joder, Sofía! ¡Estoy hechizado! Me has convertido en una marioneta.

—Vale, me lo merezco. —Ofendida, cruzó los brazos como si así el lenguaje ultrajante de Hugo no pudiese atravesarle el pecho—. Soy una bruja torpe. Inútil, si lo prefieres. ¡Pero te salvé la vida! Hoy estás aquí, en este coche, gracias a mí. Puedes llamarme como te dé la gana. No me importa. ¿Que por qué? ¡Porque ese día mi amigo no murió, y te juro que volvería a repetirlo si tuviese la ocasión! —Sacudió la cabeza para apartar toda esa crispación—. Ahora, lo que tiene que importarnos es cómo vamos a solucionar esto y nada más. ¿O prefieres hacerte la víctima y desear haber expirado en aquella colina?

Él chasqueó la lengua, contrariado. Ella tenía razón. Enfadarse no lo conduciría a nada. Debía aferrarse a la única posibilidad que la vidente les había brindado: romper el conjuro.

—Bien, de acuerdo. Estoy dispuesto a escucharte —aceptó más relajado.

—Hablo casi a diario con Harry. Me llama para preguntarme si he hecho algún avance con mis poderes o con la investigación sobre mi madre biológica. —Hizo una pausa—. No me he rendido, Hugo. Sigo buscándola. Ella, de vez cuando, me visita en sueños. Si tengo alguna pesadilla, trata de calmarme. Si me siento perdida, me anima a continuar. ¡Sigue viva! Y, cueste lo que cueste, la encontraré. Sé que podría ayudarnos… También puedo preguntarle a Harry si mantiene el contacto con alguien o conoce a un brujo puro aunque sea en la Conchinchina. Porque te prometo que, aunque odie el frío, viajaré hasta la Antártida si es necesario.

—Yo podría indagar entre mis conocidos por si han oído rumores sobre algún brujo puro que podemos visitar —se ofreció, rebajando el tono.

—¡Tenemos tiempo! Esos efectos secundarios pueden tardar meses o años en aparecer —dijo esperanzada—. Ninguno de los dos ha comenzado a sentir atracción por el otro. ¡Yo ni siquiera he tenido sueños que me advirtieran de todo esto! —El cazador ocultó una mueca de disgusto—. Tú tampoco has percibido ninguna señal, ¿verdad?

—No, no, para nada —mintió.

Hugo contuvo la respiración. Ya no recordaba cuándo había comenzado todo. Una noche otoñal, abrigado por las mantas que lo resguardaban de una álgida ventisca, soñó que la veía de espaldas mientras la brisa, piadosa con ella, mecía sus cabellos. Al principio no la reconoció. Luego, al girar la cabeza, distinguió sus enigmáticos ojos añiles centelleando. No ocurrió nada más. Él se despertó confuso, preguntándose por qué Sofía se introducía en sus sueños. Y así, noche tras noche, la veía aparecer envuelta en un halo misterioso. La mayoría de las veces ni siquiera se acercaba a él. Pero poco a poco esa distancia fue reduciéndose hasta sentirla entre sus brazos, suspirando,

mirándolo con deseo. Los encuentros eran cada vez más frecuentes, más intensos, tanto que pensó que estaba volviéndose loco.

Por eso había organizado la visita con la vidente. Estaba seguro de que la causa de sus pesadillas era la extraña transfusión de sangre que había recibido de Sofía. Puede que por ese motivo se sintiera más próximo a la bruja, que pudiera percibir su olor, atisbar su silueta en el horizonte, intuir su estado de ánimo. Nada más lejos de la realidad. La culpa no era de la sangre, sino de las enérgicas frases que había pronunciado ese día. ¡Estaba embrujado! Y aunque ahora todo cobrase sentido, estaba aterrado ante la idea de enamorarse como un loco, de perderse entre sentimientos impuestos, de convertirse en un enajenado deseando un fruto prohibido. Eso era ella: la manzana del Edén. Apetecible. Deliciosa. Maldita.

—Deberíamos ser sinceros el uno con el otro y en cuanto sintamos la primera chispa, contarlo. Creo que hablarlo sería lo mejor. Nos ayudaría a desahogarnos, a despejarnos, a comprender lo que podamos sentir —añadió ella.

—No, Sofía, hay que luchar contra esto. Hablar no sirve de nada.

—Sé que eres un cazador. Pero un sentimiento no puede combatirse con armas. No es algo corpóreo ni físico. El amor es intangible, como el aire que respiramos. ¿Qué piensas? ¿Coger uno de esos sables tuyos y cortar la brisa hasta hacerla desaparecer?

—Lucharé contra el viento huracanado si es necesario. Ya me conoces.

Sofía volvió a sumirse en un ingrato desasosiego, perdiéndose de nuevo entre los nubarrones que enturbiaban la mañana. Hugo era testarudo, individualista, y no podía concebir una misión sin ser el cabecilla, el protagonista. Eso la irritaba en profundidad. También estaban en juego sus sentimientos. Ella tampoco deseaba sucumbir a una pasión ficticia, auspiciada por un ridículo conjuro que ella misma había realizado. No, el amor debería ser libre, sin cadenas, y le aterraba pensar que brujos ordinarios o charlatanes con la boca más grande que un pez se dedicaran a manipular a amantes perdidos prometiéndoles conquistar a su objeto de anhelo por una bolsa de dinero. El amor no podía estar en venta.

De pronto, la sintonía de un móvil la devolvió al interior del vehículo. Hugo respondió usando el sistema de *bluetooth* del coche mientras le pedía que se mantuviera en silencio.

—¿Dónde demonios te has metido? —Sofía reconoció al instante la voz de Oriol y no pudo evitar estremecerse—. No sé cuántos mensajes y audios te he enviado.

—Lo tenía en silencio —se excusó sin más—. Estaba tras la pista de un posible caso.

—¿Tú solo? ¿Por qué no me avisaste?

—No quería despertarte. Roncabas como un angelito. Además, todo ha resultado ser un farol. Ya sabes que hay pirados por ahí a los que les encanta decir que sus casas están embrujadas. ¡Resuelto el misterio!

—Bien, porque te necesitamos por aquí. Creo que se trata de algo gordo. Rafael está hablando con un colega suyo, un policía. Hay una víctima. Tiene toda la pinta de ser un caso sobrenatural. Estamos esperando a que nos dejen echar un vistazo en la escena del crimen.

—¿Dónde estáis? Me reuniré con vosotros lo más pronto posible.

—Te paso las coordenadas. Estamos en Jaén, en la sierra de Cazorla.

—Allí estaré. Y si hay novedades, vuelve a llamarme. —Hugo se despidió resoplando. Luego, ignorándola, mantuvo la vista en la carretera.

Sofía había permanecido atenta a toda la conversación. Escuchar la voz de Oriol después de casi tres meses le había afectado más de lo que hubiera deseado. Seguía sin comprender los motivos de su distanciamiento. Y cada vez que le preguntaba a Iris sobre el asunto, esta lo defendía aludiendo a la puñetera y complicada vida del cazador. No había tiempo para romances ni para estudios. Sin embargo, ella no podía olvidarlo. No era tan fácil. Todos los acontecimientos de ese verano en el monasterio la habían ayudado a comprender quién era en realidad y a descubrir en Oriol a alguien más que un amigo, que un compañero de batallas. Muchas veces quiso descolgar el teléfono, preguntarle el porqué de su mutismo, de sus promesas vacías y sus palabras huecas. Al momento, toda su osadía se desinflaba. Él no le debía nada, y se culpaba por ser demasiado soñadora, una completa idiota.

—Puedo acompañarte si quieres. Si se trata de algo grave, puedo ser de utilidad —soltó ella, tratando de enmascarar su timidez.

—No es necesario. Estamos acostumbrados a estas cosas. Forma parte de nuestra rutina. Funciona así: alguien nos llama, nos desplazamos al lugar y en un par de días resolvemos el caso. Muchas son alertas falsas, pero aun así debemos investigarlas. Las que resultan verdaderas nos llevan algo más de tiempo hasta que identificamos al ente y lo freímos.

—Bueno, pensé que como tenemos que trabajar juntos en nuestro problemilla...

—Créeme, Sofía, es mejor que permanezcamos alejados el uno del otro. Será mejor así. No quiero complicarme más la vida. Tú averigua lo que puedas a través de tus contactos y yo haré lo mismo. Cuando sepamos a quién dirigirnos, hablamos.

—No creo que mantenernos separados sea la mejor solución.

—¡No hay más que hablar! Te dejaré a las afueras de Alicante y tú

regresarás a tu casa, como le has prometido a tu madre.

Al llegar a la sierra, respiró ese aire mágico que envolvía a ciertos lugares del país. No sabía cómo describirlo, quizá fuera su instinto de cazador. Existía una partícula insólita en la atmósfera de algunas localidades que las convertían en peculiares, en zonas donde el velo del más allá era tan fino que cualquiera podría palparlo. Alertado por el vello en punta de sus brazos, Hugo condujo hasta la plaza de Santa María. Allí, entre una veintena de vehículos, distinguió la furgoneta de León. No debían andar muy lejos. Al descender, recibió la primera bocanada de aire puro, la cual llegó a distender sus pulmones hasta lograr despejar sus dudas. Advirtió la presencia de varios coches de policía y una ambulancia junto a un grupo numeroso de senderistas, ataviados con mochilas y gruesas chaquetas. Muchos proseguían su camino, seducidos por el encanto del pueblo; otros se atrevían a curiosear, interrumpiendo su marcha y acercándose al cordón de seguridad establecido por las fuerzas de seguridad.

Hugo lanzó un resoplido disconforme. Demasiados testigos. Alzó la vista y contempló el enigmático castillo de Yedra; imponente, glorioso, vigilante como un noble guardián que custodia con fidelidad los dominios del pueblo. Sin apartar la mirada del extraordinario centinela, se adentró en una de las callejuelas paralelas al pasaje cerrado por la policía. Mientras mensajeaba a Oriol, admiró la belleza de sus casas blancas con sus típicos balcones adornados con los geranios más espectaculares. Giró a la derecha y pronto localizó el tumulto. Se acercó a él hasta que de nuevo se topó con las vallas policiales. Bufó. Estaba atrapado entre vecinos sobresaltados y turistas fisgones.

—Ha sido la Tragantía —escuchó decir a una anciana.

—Eso son leyendas de viejos —le replicó otra mujer—. Además, estamos en diciembre y no en la víspera de San Juan.

Por fin apreció la figura de su hermano aproximarse. Oriol le indicó que se saltara el cordón de seguridad ante la mirada atónita de los residentes.

—Puede que sea de la Secreta —oyó cuchichear a sus espaldas.

Los chicos ignoraron los crecientes comentarios sobre su presencia en el lugar y se encaminaron al domicilio de la víctima.

—¿Has podido averiguar algo? ¿Has indagado ya entre los testigos? —le preguntó ansioso.

—Mucho mejor que eso. León y yo hemos podido entrar en la casa antes de que se levantara el cadáver. La víctima nació aquí y lleva toda su vida en este pueblo. Era la primera vez que se tropezaba con

algo sobrenatural, así que puedes descartar a los espíritus vengativos o entes convocados para atemorizarlo.

—¿Cómo sabes que era la primera vez?

—Rafael ha estado hablando con su hermana. No ha habido ruidos previos, portazos extraños, luces que se fundieran ni voces. ¡Nada! También he tachado a los *poltergeists* de la lista. Ya sabes que les gusta jugar y confundir a su presa antes de su ataque final.

Hugo avanzaba con las manos resguardadas en los bolsillos de la chaqueta. Rondarían los doce grados. Nunca fue una temperatura que lo disgustase, por ese motivo le sorprendía que de vez en cuando lo asaltara un escalofrío que recorría toda su espina dorsal hasta llegar a la nuca. Así que, desconfiado, continuó inspeccionando el emplazamiento como si una sombra estuviese acechándolo. Había experimentado esa sensación de indefensión desde que se adentró en el término municipal del pueblo. Y estaba convencido de que tenía relación con lo que allí estuviese aconteciendo.

—¿Qué es lo que has visto ahí dentro?

Su hermano se detuvo y le mostró varias fotos del móvil. Hugo las analizó con detalle, buscando una pista que le señalara a qué monstruo debían enfrentarse.

—¡Esto es lo que he visto! —Oriol se mostró algo alterado mientras él observaba en la pantalla una especie de cadáver momificado—. A un supuesto hombre de treinta y cuatro años que aparentaba tener ochenta. Parecía que le hubiesen succionado su energía vital, y para colmo no tenía ni gota de sangre en las venas.

—¿Un vampiro? ¿Has visto alguna mordedura?

Oriol negó con la cabeza.

—Ese pobre hombre no pudo gritar. Tenía la boca torcida como si lo hubiera intentado varias veces, pero no llegó a emitir sonido alguno. Además, el cuerpo presentaba un *rigor mortis* extremo en relación a las horas que llevaba fallecido. Ya puedes imaginarte lo que Rafael está pensando.

—¿En un visitante de dormitorio? ¡Anda ya! No conocemos ninguna muerte producida por esos espectros.

—Pero uno muy poderoso dejó a papá en silla de ruedas… Quería que lo supieras antes de que lo vieras. Está muy afectado.

—Ya. Pero ¿cómo explica entonces lo de la sangre? ¿Visitantes de dormitorios y chupópteros? Esto no tiene ningún sentido.

Hugo divisó a su padre entre los uniformes de varios agentes. Charlaba con uno de ellos con cierta animosidad y cercanía, así que dedujo que debía tratarse de su amigo. Al aproximarse a él, reparó en sus líneas de expresión, severas y profundamente marcadas. Su padre se lo presentó, aludiendo a sus días de correrías mientras cumplían con el servicio militar obligatorio. Y Alberto, que así se llamaba, no

pudo evitar sonrojarse al recordar sus travesuras de las que siempre el sargento Pérez salía escarmentado.

—Y ahora es el jefe de la policía de la comarca —concluyó Rafael tras una serie de alabanzas y cumplidos interminables.

Alberto se encogió de hombros aceptando todos los halagos, para después mostrar un semblante más formal.

—Desde que vi cómo habían dejado al pobre Emilio, supe que esto no era un caso normal. Espero que podáis cazar a la bestia.

—Perdone, pero ¿qué es la Tragantía? —lo interrumpió Hugo, aprovechándose de su condición de residente y de la amistad con su padre.

—¿Ese es el rumor que circula por el pueblo, muchacho? La gente está muy alterada. —El policía torció el gesto—. Durante la reconquista, una princesa mora fue encerrada en las mazmorras por su padre al ver que las tropas cristianas se acercaban al pueblo. El rey murió en la batalla y su hija permaneció en una estancia secreta en los bajos del castillo de la Yedra sin que nadie se percatara de su presencia. Con el paso del tiempo, su locura y desesperación hicieron que sus piernas entumecidas tomaran la forma de la cola de una serpiente, y muchos dicen que su belleza se deterioró hasta tal punto de parecer un reptil. Dicen que, en la noche de San Juan, su espíritu busca venganza contra los castellanos que perpetraron la masacre.

—¿Mitad mujer, mitad reptil? Eso suena a demonio —puntualizó Oriol.

—Son leyendas que circulan en el pueblo desde hace siglos. —Alberto apretó la mano del viejo cazador con fuerza—. Ahora debo continuar con el trabajo. Gracias por haber venido, Rafael. Si necesitas algo más, ya sabes dónde localizarme.

—Gracias por todo. Si averiguáis algo, no dudes en llamarme. —El hombre esperó a que su amigo se alejara antes de dirigirse a sus hijos—: Yo tampoco creo que esa mujer mitad demonio tenga que ver con esto... ¿Ya se lo has dicho? —Oriol negó con la cabeza—. Bien, alejémonos de aquí. Volvamos a la plaza, allí podremos discutirlo mejor.

Hugo arrastró la silla de ruedas de su padre por las estrechas calles del casco viejo. Cazorla contaba con unos siete mil habitantes, así que era de suponer que los vecinos conocieran las vidas de sus paisanos y distinguieran a un foráneo en cuanto pusieran un pie en el pueblo. Ese trágico suceso había generado un gran alboroto. En las esquinas, en los bares y en los alrededores de la iglesia, todos especulaban apuntando a un posible sospechoso. Y aunque ese tal Emilio parecía llevar una vida tranquila y rutinaria, muchos comenzaban a emitir juicios sobre su tedioso e incierto comportamiento.

—¿Y bien? ¿Qué es lo que ocurre? —les preguntó al sortear varias

terrazas repletas de excursionistas a pesar del cielo cubierto y la constante amenaza de lluvia.

—Antes no te he enseñado todas las fotos —le confesó Oriol—. No quería hacerlo delante de tantas orejas pendientes.

—Sí, también me di cuenta del grupo de chicas que te ponían ojitos y babeaban sin parar —lo incordió, a sabiendas de que esas situaciones lo incomodaban. Oriol no soportaba que su presencia siempre armase revuelo allá donde fuese, sobre todo entre las jovencitas.

—¡Joder, Hugo! Esto es serio —lo recriminó él—. Había una pintada dibujada con sangre sobre el cabecero de la cama. ¡Un cuadrado!

Confuso, dio un respingo y clavó sus ojos verdes en el rostro afectado de su padre, esperando una explicación.

—¿Un cuadrado? —remarcó al constatar que ninguno de los dos proseguía con el discurso.

—El cuadrado que simboliza a los cazadores. Y con el que la Sombra te marcó hace unos meses —escupió por fin su padre.

Hugo palideció. Le arrebató el móvil a Oriol para comprobarlo con sus propios ojos. Con amargura, examinó al cuadrado de sangre desde diferentes perspectivas.

—¡Maldita sea! ¡Mierda! ¿Es esa jodida sombra de nuevo? Pero ¿tú no pensabas que se trataba de un visitante de dormitorio? —Torpedeó a Rafael con su mirada.

—Acabamos con la Sombra, de eso estoy completamente seguro —lo tranquilizó su hermano—. Pero puede que no con los ofitas.

—He llamado al padre Carlos —admitió su padre mientras perfilaba una mueca de amargura en su rostro—. Está en Italia. Ese chico, el vidente, ha despertado del coma... hace dos noches. Ha cogido un avión esta misma mañana. Quiere interrogarlo.

Se llevó las manos a la cabeza, contrariado.

—¿Una coincidencia? —se apresuró a conjeturar, a pesar de conocer la respuesta de antemano.

—¿En nuestro oficio? —Escuchó la voz de León detrás de su espalda—. Chico, te creía más inteligente. Sabes de sobra que en nuestro mundo esas tonterías no existen.

Saludó al gigantón con un apretón de manos y varias palmaditas en el hombro.

—Creemos que no todos los ofitas fueron apresados, y puede que hayan invocado a otra entidad maligna. —Oriol comprendía la preocupación de su hermano. La Sombra casi acabó con su vida por ser un cazador puro. Lo había marcado, hundiendo sus uñas afiladas en la frente y resaltando un cuadrado en ella.

—¡Un visitante de dormitorio! —añadió su padre—. Eso es lo que

han despertado.

—No es un visitante, papá. Ellos paralizan a sus víctimas y manipulan sus sueños, pero no beben sangre —afirmó tajante Hugo, mientras caminaba de aquí para allá dilucidando cómo encajaban todas las piezas—. Entonces, ese pobre diablo, Emilio, ¿era un cazador?

—No, era un ciudadano normal y corriente. Y hay más. Este no es el primer caso. Cuando fui a comisaría, me enteré de otra muerte similar, con un cuadrado de sangre en la pared. Ocurrió hace dos noches en Salamanca —reveló León—. He llamado a mis amigos de la zona y me han corroborado que el muchacho no era del gremio. Ese ente no está matando a cazadores.

—¿Y para qué pinta un cuadrado sobre sus cabezas? —preguntó Hugo desesperado.

—¿Y si lo que trata es de llamar nuestra atención? Que nos acerquemos al lugar del crimen y así espiarnos, conocernos, estudiarnos y ver cómo trabajamos. —Oriol se mordía el labio inferior, buscando conclusiones por muy disparatadas que fueran—. Se interesa por nuestro oficio, le gusta vigilarnos, jugar con nosotros.

—¿Y todo eso para qué, hermanito? ¿Por qué no nos mata y punto?

—¡Busca la llave! —concluyó, muy a su pesar—. Y está centrándose en la llave del cazador.

—Debemos advertir a los demás —intervino Rafael.

—¡Oh, no, Sofía! —mascull ó Oriol entre dientes.

—Ella posee la llave de los brujos —trató de apaciguarlo su hermano—. Si se centra en la de los cazadores, estará a salvo. Al menos, de momento.

El murmullo sereno del río Cerezuelo, el cual los había acompañado como un dulce canto durante toda su investigación, pareció inquietarse. Las aguas corrían desesperadas, rompiendo su carismático gorjeo y transformándolo en un grito de angustia, en un insalvable lamento que pronto se extendió por la comarca. Escucharon un trueno en la lejanía, para luego apreciar las inconfundibles nubes negras avanzar con celeridad como un ejército estructurado, dispuesto a descargar su furia sobre la sierra indefensa.

3

Caminantes

A pesar del impetuoso viento, que soplaba con un entusiasmo exasperante y ferviente, Sofía deambulaba por el paseo marítimo de la playa del Postiguet aferrada a su abrigo y a sus pensamientos erráticos. De vez en cuando, alzaba la mirada y se refugiaba entre los sólidos muros del castillo de Santa Bárbara, amparándose en su consistencia y en su arrolladora estructura. Ansiaba percibir el anclaje de sus piernas al suelo, advertir que las raíces de las plantas de sus pies no se habían deshecho y permanecían sujetándola a la tierra con ahínco. Porque temía desplomarse, caer en un abismo silencioso y tenebroso del que no pudiera escapar.

Después de la franqueza de la vidente, su nueva vida, la cual había tejido con esmero y cuidado para no volver a sentirse indefensa, se desmoronaba. Tenía que asumir las consecuencias de un hechizo mal conjurado, unas palabras recitadas por error que la devolvían a la casilla de salida. Sus poderes habían aumentado, como también lo había hecho su incapacidad para dominarlos. Su celebrada victoria ante la Sombra se teñía de un plúmbeo turbio como las nubes inciertas que sobrevolaban la ciudad. Lanzó una exhalación para intentar alejar la angustia instalada en su ánimo y reparó en el vaivén de las olas, dominadas por un viento hostil. Las sacudía sin descanso, obligándolas a alzarse para después arrastrarlas con fuerza sobre la arena.

Contestó al teléfono después de haberlo ignorado durante más de dos horas. Atardecía, y su madre debía estar subiéndose por las paredes. Aguantó todos sus reproches conteniendo la respiración. Sí, ella tenía razón. Debería haberla avisado, sobre todo después de que una sombra asesina la atacara unos meses atrás. Elena estaba paranoica. Pensaba que en cada rincón oscuro de la ciudad la acechaba otro ente maligno. Se disculpó varias veces y le prometió que pronto llegaría a casa. Colgó, y fue entonces cuando se percató de los numerosos mensajes recibidos. Leyó por encima los de sus amigas, las continuas preguntas de su madre sobre dónde se había metido, y reparó en uno que la inquietó nada más verlo. Hugo le había escrito: «Mantente alerta. Puede que este caso tenga que ver con los ofitas».

Una brisa gélida atravesó sus entrañas revolviéndolas sin compasión. ¿Qué pretendía decirle el cazador? ¿Que esa secta fanática seguía campando a sus anchas por el mundo? ¿Que la Sombra había

regresado? Nunca imaginó que su frente pudiera empaparse de un sudor repentino, y menos en invierno. Histérica, trató de responder a la escueta advertencia, sin embargo, sus dedos resbalaban sobre la pantalla una y otra vez. Luego, quiso contactar con él. Una llamada sería más efectiva. Pero Hugo no respondía. Con fatiga, volvió a redactar un mensaje con la esperanza de que le contestase lo más pronto posible. Si se trataba de algo urgente, ¿por qué el cazador no había descolgado el teléfono? ¿Y por qué Oriol ni siquiera había contactado con ella si estaba en peligro? ¿Qué demonios estaba sucediendo en esa sierra?

Abatida, llegó a casa y se desprendió del abrigo como el que menosprecia una prenda desvencijada. Elena corrió hacia ella dispuesta a continuar con sus recriminaciones, pero al verla se detuvo. Sofía estaba pálida, sus ojos añiles parecían opacos, sin vida, y su rostro apesadumbrado la delataba. Algo terrible había ocurrido.

—¿Qué ha pasado? —La abrazó mientras ella permanecía ausente—. Estás tiritando. Voy a prepararte un té caliente. Siéntate en el sofá y procura descansar.

Su madre desapareció unos minutos en los que ella aprovechó para comprobar si había obtenido respuesta. Nada. No tenía noticias de nadie. Su hermano Cris se recostó junto a ella y depositó la cabeza sobre su pecho. Le encantaba que Sofía le acariciase su cabello ensortijado. Lo calmaba, y sabía que a ella de alguna manera también.

Elena regresó con la infusión y le pidió que esperase unos minutos hasta que se enfriase.

—¿Tiene que ver con el chico que ha venido esta mañana? ¿Has discutido con él? —Su madre se acomodó frente a ella e inclinó el torso hacia delante—. Sofía, puedes ser sincera conmigo. Sé que te lo pregunté esta mañana, pero... ¿es tu novio, ligue o como sea que lo llamáis ahora?

—No, mamá, no se trata de eso —negó con voz apagada.

—¡Menos mal! No es que no me guste ese chico, pero, ya sabes, no sería muy conveniente que salieras con él después de lo que pasasteis en el monasterio. Te mereces una relación más sana y no basada en un trauma ocasionado por un fantasma. Los dos habéis sufrido mucho. Por eso, en mi opinión, deberías encontrar a alguien alejado de todo ese mundo y que no te recuerde a diario la pesadilla que viviste.

—No puedo escapar de eso.

—¡Claro que puedes! Tienes que ser fuerte. ¡Liberarte! —Elena se frotaba las manos, impaciente—. Yo tuve que recurrir a un grupo de ayuda. Sé que es difícil. Pero estoy aquí. Me tienes a mí, a tu padre y a tu hermano. No te pido que te olvides de lo sucedido; eso es imposible. Sin embargo, tienes que pasar página y mirar hacia el futuro. Mezclarte con ese chico te traerá disgustos.

Sofía entornó los párpados y se echó hacia atrás, recostando la cabeza en el sillón.

—No, mamá. Tú tenías razón. Cuando se abre la caja de Pandora, es imposible cerrarla. —Miró a su madre con ojos húmedos—. ¿No fue eso lo que me dijiste? ¿Que una vez que entras en contacto con el más allá puede que vivas más de una experiencia fantasmal?

—¿Qué tratas de decirme? —le preguntó con labios temblorosos.

—Puede que la Sombra u otra cosa parecida venga a por mí, otra vez.

Elena se incorporó de un salto, ahogando un grito desesperado. Se tapó la boca e, histérica, comenzó a negar con la cabeza. Después le ordenó a Cris que se fuera a su cuarto.

—Ya soy mayor —rechistó el niño—. Si otra sombra viene a por nosotros, estaré preparado. Por eso papá me apuntó a clase de Kárate. Para no ser un cobardica.

—¡Cris, por favor! No voy a repetírtelo más.

—Deja que se quede. No tengo mucho más que decir. —Sofía se abrazó a un cojín y se aferró a él como a un escudo impenetrable.

—¡¿Cómo que no vas a decir nada más?! No puedes soltar una bomba como esa y después esconderte.

—No estoy escondiéndome, mamá. Fuiste tú la que me pidió sinceridad.

Enervada y con los brazos en jarra, Elena le dirigió una mirada hostil; demasiado dañina para ignorarla, demasiado cruel para obviar que su madre estaba hecha un basilisco. Abandonó el sofá y se encaminó hacia su habitación.

—¡Ah, no! ¡No vas a irte de aquí, jovencita! ¡No hasta que me cuentes qué demonios está pasando!

—¡Es lo único que sé! —la encaró, harta de sus exigencias y de su desquiciada reacción—. ¡Me pediste que te lo contara todo, que podría encontrar en ti comprensión! ¡Y mírate! ¡¿Es así como piensas ayudarme?!

—¡¿Para eso vino ese chico?! ¡¿Para decirte que esa cosa volvía a acosarlo?! ¡¿Es idiota?! ¡¿No se da cuenta de que así también te pone en peligro?! ¡A ti y a todos!

—¡¿De qué estás hablando?! ¡La Sombra no necesita seguirlo hasta aquí para encontrarme!

—¡¿Por qué?! ¡Dime, ¿por qué?!

—¡¡¡Porque ya estoy marcada!!!

En ese momento, la lámpara del salón explotó. Decenas de cristales comenzaron a caer del techo, como una lluvia de estrellas en una habitación en penumbra sumida en un crepúsculo temprano donde la escasa claridad del atardecer crea sombras distorsionadas en la pared. Cris chilló y buscó a tientas a su madre, quien permanecía

agachada detrás del sillón y suplicando por un consuelo que no hallaba.

Sofía escuchó la puerta abrirse y, a continuación, cómo su padre irrumpía en la sala como el portador de una candela conciliadora. Roberto encendió las luces de los tres dormitorios, recogió a su mujer del suelo, quien sollozaba sin encontrar alivio, y la depositó en el sofá. Abrazó a Cris y lo instó a que fuese a por unas velas. Le preguntó si estaba herida, y al ella negar con un leve gesto de cabeza, barrió los pedacitos rotos de la lámpara de cuatro brazos. Los reunió en la pala con esmero, procurando que ninguno se quedase atrás. Después de encender varias velas, tomó asiento. Con semblante sereno, se refirió por primera vez a lo acontecido allí:

—Puedo entender que las bombillas se fundan al mismo tiempo por una subida de tensión o algo parecido. Pero ¿cómo ha estallado la lámpara por completo?

—Ha sido la Sombra —respondió Elena abatida—. ¡Ha vuelto! Y está en nuestra casa.

—¿La has visto? —le preguntó extrañado al comprobar que no había nada más fuera de su lugar—. Aquí no hay nada. No todo lo que sucede tenemos que asociarlo a un fenómeno paranormal.

—¿Y entonces cómo explicas que haya reventado sin más? Estábamos discutiendo sobre ese tema. Sofía está convencida de que ha vuelto. O ese chico. No estoy segura. ¡Y la luz se fue! ¡Y cayeron trozos por todos lados! —le confesó su mujer crispada.

—Sí, papá —certificó Cris—. Mamá estaba gritando y la nombró. Yo creo que se enfadó, porque de repente hizo ¡bum!

Sofía soltó una larga exhalación. Ella había sido la causa del estallido. Su rabia, su impotencia ante la ofuscación de su madre, la habían alterado demasiado. Y sus poderes se habían descontrolado, tanto que pensó que podría haber herido a su familia. Por fortuna, solo habían sufrido un par de rasguños, nada importante. Sin embargo, su dichosa culpabilidad volvía a florecer. Dos veces en un mismo día. ¡Era una bruja incapaz! Hugo tenía razón. Todavía le quedaban tantas cosas por aprender, tantos hechizos por descubrir... Contempló la mirada aterrorizada de su madre, el nerviosismo en las manos de su hermano y el desconcierto en el rostro de su padre. No podía contarles la verdad. Temía que no aceptasen su condición, le asustaba que la abandonasen como hicieron sus padres biológicos. Sí, no dejaba de repetirse que lo habían hecho para protegerla, pero ella tenía miedo. ¡Los quería! ¡Eran su familia! Y por ese motivo pensó que una verdad a medias sería mucho mejor que la desgarradora realidad.

—Tengo que confesaros algo —les dijo con voz tímida—. No ha sido la Sombra quien ha roto la lámpara. Podéis estar tranquilos, no ha estado aquí. —Roberto la miró por encima de sus gafas—. Ha sido

la abuela María. Se enfadó mucho al vernos discutir.

—¿Mi madre? ¿Mi madre está aquí? —preguntó Elena al tiempo que inspeccionaba el salón.

—Pero ¿cómo puede ser eso posible? —Su padre se masajeaba el cuello, inquieto.

—Papá, desde que la Sombra me atacó, puedo ver cosas..., espíritus...

Elena volvió a sentarse despacio, tratando de digerir esa nueva información. Algo había escuchado en el grupo de apoyo. Existían personas más sensibles a captar presencias del más allá. Algunos ni siquiera eran conscientes de su don y otros lo exprimían para ayudar, o en beneficio propio, por simple egoísmo.

—¿Eres una médium? —le preguntó con el corazón en vilo, deseando que la respuesta fuese negativa, aun sabiendo que todo lo vivido ese verano no tenía nada de normal.

—Más bien una especie de vidente —mintió. Prefirió ponerse en la piel de Iris antes que en la suya. Su familia comprendería ese término mejor que el de «bruja», utilizado casi siempre para definir a mujeres ruines, despiadadas, capaces de guisar en una olla a niños inocentes—. Por eso la Sombra fue a por mí en el hotel. Soy como un trofeo para los entes malignos.

—¡Oh, Dios mío! ¿Por qué no nos lo dijiste antes? —Boquiabierta, su madre se acercó a ella sin saber muy bien qué más decir.

—Quería protegeros.

—¿Y puedes hablar con los muertos? —intervino su hermano con su afilada curiosidad.

—Bueno, no es tan fácil.

—¿Tu abuela sigue aquí? —Confundido, Roberto digería la información mientras mantenía una pose firme.

—Está aquí para cuidar de nosotros.

—¡Oh, mamá! —gimoteó Elena—. No quería disgustarte antes. Tuve mucho miedo. Revivir ese accidente mientras ese ser nos acechaba me puso muy nerviosa y perdí los papeles. Lo siento mucho.

Sofía temblaba de arriba abajo. Aquello estaba siendo más duro que cuando se enfrentó a la Sombra en la capilla. Odiaba mentirles. Detestaba no confesarles que su enojo había hecho estallar la lámpara porque en realidad era una bruja. Y una bruja de las buenas, aunque a veces perdiera el control de sus emociones.

—Me gustaría irme a la cama. No me encuentro muy bien.

—Sí, vete —le respondió su madre—. Ha sido un día de muchos sustos. Te llevaré luego un caldo de verduras. Ahora descansa.

Al entrar en la habitación, Sofía reparó en su abuela. Como siempre, permanecía sentada en la mecedora haciendo calceta y ni siquiera la miró cuando ella se recostó en la cama. Bufó.

—Podrías haberme echado una mano antes. Ya sabes que tu hija puede ser intratable a veces. Sí, la educaste bien, es buena persona. Pero te juro, abuela, que cuando se pone en plan mandona, es insoportable. —María mantenía la vista puesta en las dos agujas, las cuales se movían con suma rapidez—. He tenido que mentirles un poquito. No me juzgues por eso. Quiero mantenerlos a salvo. No sé qué demonios ha querido decir Hugo con eso de los ofitas... Solo sé que no quiero ponerlos en peligro de nuevo. Así que si tengo que volver a mentir, lo haré. Me iré de esta casa si es necesario. Espero que al menos tú puedas comprenderlo.

Después de la visita de su madre para comprobar su estado y ofrecerle el mejor caldo de verduras de toda la ciudad, decidió entornar los párpados. Deseaba dejar ese día atrás. Al día siguiente comenzaría otro, con mejor pie. Cubrió la luz de su mesita de noche con un pañuelo azul marino y se acomodó sujetando la almohada con ambas manos. Desde la aparición de la Sombra, Sofía era incapaz de dormir a oscuras. Necesitaba encontrarse al amparo de una bombilla por si se despertaba angustiada tras una pesadilla.

A pesar de todos los sobresaltos del día, estaba tan exhausta que fue vencida por el sueño en cuestión de minutos. Sin preverlo, se encontró de nuevo en el instituto, sentada en una de sus butacas mientras intentaba afilar un lápiz tan endeble que la punta se resquebrajaba cada dos por tres. Estaba impacientándose. Tenía ante ella un examen de matemáticas en el que apenas podía apreciar los números, y encima el maldito lápiz le impedía realizar los cálculos. Observó a la clase. Todos parecían rellenar las páginas y páginas de ese eterno examen menos ella. Miró el reloj. Apenas le quedaba un cuarto de hora para terminar la prueba. ¡Iba a suspender otra vez! Respiró varias veces y buscó en su estuche una goma para borrar la incomprensible cifra que había escrito. ¡Nada! ¡No la encontraba! Debió olvidarla en casa cuando practicaba los ejercicios. Abatida, se refugió en el respaldar de la silla. Escuchaba el tictac del segundero avanzar sin piedad hasta la hora del timbre. Tictac, tictac, tictac.

Entonces, una silueta traslúcida apareció ante ella alargando sus descomunales brazos para sujetarla. Reaccionó con un respingo y abrió los ojos. «Un estúpido sueño», pensó. Se giró hacia el otro lado de la cama y de pronto distinguió el rostro de su abuela María demasiado cerca del suyo. Se estremeció. Su abuela jamás abandonaba su mecedora. Aun así, aguantó la respiración al tiempo que observaba cómo ella se llevaba el dedo índice a la boca varias veces. Silencio, le rogaba silencio. Sofía apretó los labios para evitar soltar un chillido, un lamento que delatara lo asustada que estaba en ese momento. Asintió mientras contemplaba los ojos autoritarios de su abuela. Sus facciones se habían endurecido, no quedaba rastro de su dulzura. Su

sonrisa se había esfumado y, en cambio, una boca lánguida ocupaba su lugar. No se atrevía a mirar más allá. Intuía que había algo detrás de su abuela, sin embargo, tenía miedo a desenmascararlo, a averiguar quién había irrumpido en su cuarto. Esa cosa la observaba desde el fondo, y era María la que impedía que se acercase a ella. No soportaba más esa situación. Tenía que tomar el control. Extendió el brazo para llegar hasta la lámpara de la mesita de noche. Debía retirar el pañuelo azul. Si la luz regresaba con toda su amplitud, puede que ese ente se largara de allí. Acarició la sedosa tela y después tiró de ella sin contemplaciones.

Al hacerlo, las paredes de su habitación se desdibujaron. Las líneas que las conformaban comenzaron a serpentear creando otras nuevas, desconocidas para ella. Atónita, Sofía ahogó un grito al contemplar un techo de madera recién barnizado y unos muebles antiguos aunque bien conservados. Ya no se encontraba en la cama, bajo la protección de sus sábanas. Estaba de pie, en medio de un salón en penumbra. «Tiene que ser un astral. Mi cuerpo físico no está aquí en realidad, sino en la cama», dedujo.

Hacía meses que no vivía una experiencia parecida y estaba aterrada al recordar cómo habían acabado las anteriores. Ella no era una experta, todavía era incapaz de dominar esa clase de situaciones. Y por eso decidió permanecer en la casa, inmóvil, vigilando cada rincón de la estancia. Algo la había hecho viajar hasta allí. Pero ¿el qué? Se atrevió a mirar fuera, a través de los amplios ventanales. Apenas podía distinguir el brillo de las estrellas, pero sí la luz de algunas casas de la calle. «¿Dónde demonios estoy?», se maldijo por su ineptitud. Entonces, reparó en una silueta con largos brazos y piernas desproporcionadas acercarse a la casa. Era transparente, tanto que podía ver a través de ella. Aunque no caminaba sola, ya que pronto distinguió a cinco más aproximándose a la puerta. Con precaución, se retiró de la entrada y buscó un lugar donde ocultarse.

De improviso, escuchó un grito en el piso superior. Sin pensarlo, corrió hacia arriba olvidando su miedo. Había alguien más allí. Ignoraba de quién podría tratarse o si considerarlo un aliado o un enemigo. Con sigilo, se dirigió a la puerta que permanecía entornada y cogió aire antes de empujarla. Poco a poco fue apreciando la recargada decoración de la nueva estancia. Había un baúl tallado simulando ser un banco acogedor, y un tocador repleto de figuritas con el aspecto de hadas, acompañadas de numerosos pinceles y pinturas de maquillaje, coronado por un espejo redondo. Aunque no podía distinguir el color de las cortinas con exactitud, imaginaba que debían ser de un tono pastel. Estaban corridas, y aun así la luz de la luna conseguía atravesar su textura impidiendo que la oscuridad campara a sus anchas.

Sofía se dispuso a entrar en la habitación. En la cama se encontraba una mujer durmiendo. Admiró su melena larga y morena confundirse con las ondulaciones de las sábanas. La examinó durante unos segundos. Seguía sin comprender qué estaba haciendo allí, en la casa de una desconocida a cientos de kilómetros de la suya. Observó un portarretrato sobre una de las mesitas de noche. La mujer posaba con los brazos abiertos junto a un hombre en idéntica posición en la cima de una montaña. Dedujo que debía tratarse de una aventurera, de una persona amante de la naturaleza y llena de inquietudes. La observó de nuevo. Dormitaba serena. Ella no podía haber emitido ese grito.

De pronto, la mujer comenzó a retorcerse en la cama como si una pesadilla la atosigara. No, no era una pesadilla. ¿Qué estaba pasando allí? Volvió la vista atrás y reparó en el espejo. En él pudo apreciar una figura inclinándose junto a la cabecera, una de esas siluetas casi traslúcidas alargando su mano hasta colocarla a escasos centímetros de la cabeza de la mujer. Sofía dio un respingo. Ese ser extraño enturbiaba sus sueños plácidos. Y ella reaccionaba ante el ataque sobrenatural. Sofía quiso intervenir, interrumpir el misterioso ritual que estaba llevando a cabo con su víctima. Primero trató de despertarla zarandeándola, pero sus dedos no llegaban a tocarla. Sus manos traspasaban todo lo sólido. Se sintió como un fantasma novato queriendo golpear el jarrón de la encimera y arrojarlo contra el suelo, sin éxito. Entonces focalizó su energía en el ente queriendo ahuyentarlo, alejarlo de su presa. ¡Tampoco funcionaba! Ese ser esquelético y deforme la ignoraba. Era como si ella fuese una simple espectadora ante lo que estaba ocurriendo.

Impotente, buscó algo en la habitación que pudiera ayudarla a materializar su rabia. Su mirada se posó en las hadas del tocador y se concentró en ellas. Al principio, no ocurrió nada. No conseguía ni tan siquiera desplazar una de esas figuritas tan peculiares. Sin embargo, tras mantener la palma de su mano elevada y apuntando hacia ellas, sucedió lo inexplicable. Las hadas comenzaron a volar como libélulas, desprendiendo un brillo dorado y dejando tras de sí una estela. Sofía las contempló maravillada. No esperaba un resultado como ese. Ella habría querido que estallasen como la lámpara del salón. Y sin dar crédito a lo que estaba viviendo, observó cómo las pequeñas hadas revoloteaban alrededor del ente impidiendo su ceremonia. Sorprendido, este reaccionó espantándolas como si fueran moscas. Después, sin imaginarlo, abrió la boca estirándola hasta que la barbilla le rozó el pecho. No emitió ningún sonido. De su garganta no emergió nada. Silencio. Oscuridad. Sin embargo, las hadas respondieron tapándose los oídos y batiendo sus alas a una velocidad imparable.

Entonces, Sofía escuchó de nuevo un grito. Provenía del pasillo.

Abandonó la habitación y, con estupor, distinguió un par de figuras transparentes subiendo las escaleras. Quizá estuviesen contestando a la llamada inaudible para ella del otro ser. Luego reparó en la silueta de una joven acurrucada al fondo del pasillo. Apenas podía distinguir su rostro, el cual ocultaba con sus brazos mientras recogía con temor sus rodillas. Sofía se aproximó a ella y respiró tranquila al comprobar que era un ser humano.

De pronto, alzó la cabeza, dejando al descubierto su cara.

—No puedes hacer nada. ¡Tú no estás aquí!

—¿Iris?

Se despertó agitada, empapada en un sudor frío y pegajoso. Quitó el pañuelo que cubría la luz de su cuarto y se sentó en el borde de la cama. Recorrió toda la estancia con su mirada. Allí no había nadie, ni siquiera su abuela. Se llevó la mano al pecho para tratar de controlar los latidos de su corazón desbocado. Después se levantó y, sin hacer ruido, se dirigió a la cocina. Mientras se servía un vaso de agua para refrescarse la garganta, pensó en el astral. No tenía ni idea de adónde había viajado. Le era imposible reconocer la casa, la calle o la ciudad. No recordaba haber visto ningún letrero ni algo llamativo que le diera una pista fiable. Pero sí estaba segura de algo. Iris había hecho el mismo viaje. Y eso no podía ser casual.

Cogió el móvil y comprobó la hora: las cuatro y media de la mañana. Después le envió un mensaje de texto: «Llámame en cuanto te despiertes».

4

Hadas

Arrojaba sus pensamientos más funestos al río al tiempo que se entretenía observando el discurrir del agua bajo esa impresionante bóveda. Oriol había madrugado, y tras perderse en las callejuelas del casco viejo, se dirigió a las ruinas de la Iglesia de Santa María, edificada sobre el río Cerezuelo. Aunque no estaba todavía abierto al público, se las ingenió para introducirse en ella y caminar entre unas piedras que databan del siglo XVI. Se deleitó con el paisaje, olvidando todos los pesares que le habían impedido dormir, e imaginó la majestuosidad original del edificio desafiando a las montañas colindantes. Le impresionó descubrir que el arquitecto de la época se vio obligado a canalizar las aguas antes de iniciar su construcción. Bajo esas ruinas y prácticamente toda la plaza, circulaba el Cerezuelo sin hallar oposición.

Ahora, sobre la extensa pasarela diseñada para turistas entusiastas y apasionados del arte, Oriol examinaba el techo de la fascinante bóveda mientras se dejaba llevar por el canturreo del agua. Cazorla era uno de esos pueblos llenos de magnetismo y secretos inimaginables. Era lo que más le gustaba de ser cazador: explorar los rincones mágicos de lugares que nunca creyó visitar. Era en estos parajes donde se abandonaba hasta expulsar a los fantasmas de su pasado y a aquellos que continuaban atormentándolo en el presente. Su bestia interior se calmaba, se relajaba olfateando la variada naturaleza y escuchando los latidos abombados de los árboles.

Después de unos minutos disfrutando de un misterioso amanecer bajo las ruinas de la iglesia, se centró en la investigación, causante principal de su insomnio. No quería revivir los episodios del verano. Esos ofitas habían logrado invocar a una sombra casi indestructible. Poderosa. Demoníaca. Habían muerto brujos, videntes y demasiados cazadores en todo el mundo. No conseguía imaginar a qué otra fiera habrían liberado para lograr su siguiente objetivo: la llave de los cazadores. Ya se encontraban en posesión de la de los videntes y ahora vendrían a por ellos. Pero ¿quién? ¿O qué?

Se suponía que su líder había sido apresado, y la secta, disuelta. Sin embargo, ese cuadrado dibujado sobre la víctima no dejaba lugar a dudas: esos fanáticos continuaban con sus delirios de grandeza y deseaban abrir las puertas del Cielo.

Oriol maldijo para sus adentros. ¿Para qué organizar todo ese espectáculo inmiscuyendo a las autoridades, a la vista de cualquiera y asesinando a humanos inocentes? ¿Por qué no ir a por los cazadores sin más? ¿Acaso era una advertencia, o quizá una simple distracción? ¿Trataban con un ente juguetón o con un acechador avispado? Tal vez, si quería espiarlos y analizar sus métodos de caza, ese ente no habría abandonado el pueblo todavía. Quizá estuviese allí, indagando sobre sus pasos, observando sus movimientos y desmenuzando su comportamiento. Pero ¿y si quería despistarlos?, ¿entretenerlos, hacerlos correr detrás de una cortina de humo mientras se centraba en lo verdaderamente importante? ¡Las llaves!

Un profundo suspiro se desvaneció entre el límpido sonido del agua. Si era así, Sofía estaba en peligro de nuevo. Tensó el mentón hasta sentir dolor en su dentadura. La había alejado a propósito. Después de que ella regresara a casa, muchas noches solitarias lo hicieron meditar, reflexionar sobre su relación. No le preocupaba la distancia que los separaba ni que no se viesen a menudo. Le atormentaba el hecho de que pudiera hacerle daño. La quería demasiado para ponerla en peligro. Y él había nacido para la caza. No había mes en que no tuviera que dejarlo todo y salir corriendo tras la pista de un ser oscuro. Esa era su vida, estaba en sus genes. Y aunque Sofía fuera la mejor bruja que jamás había conocido, tenía una oportunidad para apartarse de ese mundo, de continuar con sus estudios, de conseguir un trabajo que no fuera una excusa para aparentar estar integrado en la sociedad. ¡Ella podía tener una vida!

Sin embargo, si continuaban su relación, Sofía lo bombardearía a preguntas sobre sus misiones e incluso era capaz de coger un avión y presentarse en el lugar para ayudarlos. Y una vez no importaría, pero cinco, seis o diez, ya implicaría verse arrastrada a ese mundo invisible con sus retorcidos senderos y peligros constantes. Detestaba pensar que con los años se convirtiera en una mujer sin sueños, sin aspiraciones que contribuyeran a su realización personal, y que lo culpara por ello. Hugo tenía razón en algo: nada duraba para siempre, y menos en su mundo frenético, donde cada año, por desgracia, debían enterrar a algún compañero. ¡¿Qué clase de vida llevaría ella, luchando contra monstruos y a veces esperando en casa con el corazón en vilo a que él apareciese?! Sofía se merecía algo más. Alguien que le brindase un futuro lleno de ilusiones y esperanza.

En cambio, él nunca pudo escoger. Era medio demonio. En su interior habitaba una bestia salvaje, primaria y repleta de instintos ardientes. Había conseguido apaciguarla, controlar esos arrebatos a través del arte de la lucha y el constante entrenamiento. Su destino estaba marcado en las estrellas desde el día en que nació: él era un arma eficaz contra los seres del inframundo, lo llevaba en la sangre.

—Imaginaba que te encontraría aquí. —Hugo se presentó con su habitual semblante mesurado—. Siempre necesitas visitar los lugares más emblemáticos o rodeados de cierto halo mágico que pisamos. ¡Por cierto, bonito sitio! —exclamó al reparar en la belleza de su alrededor.

—En realidad, pensé en irrumpir en el castillo de Yedra e investigar esos calabozos donde se supone que vivió esa Tragantía, por si sacábamos algo en claro. La pereza me lo impidió. No tenía ganas de ir hasta allá arriba.

—¿Cuánto hace que llevas aquí?

—Un rato, no conseguía dormir. Me traje una linterna y una mochila repleta de «nuestras herramientas de trabajo». Nunca se sabe.

—Bien, larguémonos de aquí —le sugirió su hermano—. Lo que nos faltaba es que nos detuviesen por allanamiento, vandalismo o lo que quiera que inventen. Además, son las ocho. Tengo hambre. Anoche yo tampoco cené muy bien. Tengo ganas de un café con leche bien cargado y un buen bocadillo.

Se encaminaron hacia la salida y tomaron rumbo hacia una de las terrazas, la cual ofrecía desayunos copiosos y variados. Oriol se entretuvo con el menú mientras Hugo esperaba impaciente a que se decidiera, ya que sus tripas rugían sin control.

—¿Y dónde está papá? —le preguntó al tiempo que le ordenaba al camarero un café doble y un simple bocata de queso y serrano.

—Estaba preparándose. Iba a hacer una última visita a la comisaría con León. Quería que su amigo lo mantuviese informado por si aparecía otro crimen con un cuadrado de sangre en la pared. Después volveremos a casa.

—Hasta que suene otra alarma —suspiró Oriol desencantado.

—Oye, yo también estoy preocupado. —Hugo se inclinó hacia adelante, aproximándose aún más a él. No quería que nadie los escuchase—. Esos malditos ofitas nos jodieron la vida este verano. Nos mantuvieron confinados en el monasterio. Muchos estaban muertos de miedo y no querían salir por temor a exponerse. No quiero volver a estar encerrado ni sentirme como uno de esos ratones blancos en una jaula.

—Por eso está obligándonos a salir —reflexionó—. Por lo que sabemos, ha asesinado a dos personas corrientes sin nexos de unión con cazadores. Esos locos han aprendido que un ataque directo volvería a reunirnos, y quizá a ocultarnos.

—¡Claro! Pero si sus víctimas son inocentes, nos obligan a salir, a exponernos cazando a ese ser oscuro. ¡Joder, son unos retorcidos! No solo no invocan a otra sombra porque ya sabemos cómo destruirla, sino que apelan a nuestro sentido de protección con los demás para hacernos dejar la guarida.

Oriol chasqueó la lengua. Puede que hubieran descubierto el

motivo de esas muertes, sin embargo, seguían ignorando quién estaba causándolas y, sobre todo, cómo detenerlo.

—Deberíamos advertir a todo el mundo.

—Papá ya ha lanzado la alerta a los cazadores. Se moverán con más cautela y nos avisarán si sucede algo fuera de lo normal.

—No me refiero a nuestro gremio —confesó incómodo—. También están Edith, Iris, Harry y... Sofía.

Hugo palideció. Escuchar su nombre lo hacía estremecer.

—Fuiste tú el que dijo que estaban buscando la llave de los cazadores. ¿Para qué vamos a alterar al resto? Además, aunque Edith sufrió un ataque, ya poseen la llave de los videntes. Así que no creo que ni ella ni Iris estén en peligro real. En cuanto a los brujos, deberíamos esperar a tener más pistas, más pruebas de lo que pretenden esta vez. Y para ser sinceros, ¡me importa un carajo la llave de los demonios! ¡Si esa cosa extermina a unos cuantos por el camino, dormiré más tranquilo!

Oriol se desahogó lanzando una sentida exhalación. Se cruzó de brazos e indagó en los ojos verdes de su hermano. Tal vez tuviera razón. Puede que necesitaran reunir más pistas de lo que estaba sucediendo antes de alertar en vano a las diferentes comunidades. Ahora mismo, solo habían inspeccionado una escena del crimen, y con eso no bastaba para arrojar una teoría con fundamento. Debían esperar. Volver a casa, continuar con sus vidas mientras reunían más información, hacer llamadas y consultar los libros. Puede que incluso hablara con Edith por si había tenido alguna revelación, alguna visión que les indicara el camino correcto a seguir.

Escuchó entonces la vibración constante del móvil de su hermano. Este lo extrajo del bolsillo delantero de su pantalón y respondió al comprobar que se trataba de su padre.

—¿Qué pasa, Rafael? —Hugo se mantuvo en silencio unos minutos en los que se limitó a asentir y a cambiar la expresión de su rostro cada dos por tres—. Sí, de acuerdo. No hay problema. Oriol y yo ya estamos en la plaza. Bien, nos vemos junto a la furgona.

Su hermano colgó y apuró el café con leche. Envolvió lo que le restaba de su bocadillo en unas cuantas servilletas y llamó al camarero solicitando la cuenta. Oriol arqueó las cejas, esperando explicaciones.

—Cambio de planes —anunció al fin—. No volvemos a casa, ponemos rumbo a Cáceres. Anoche hubo otro asesinato con idénticas características: nadie forzó la puerta, no hay ventanas rotas, la víctima murió en la cama y tiene un «bonito» cuadrado pintado en la pared.

—¡Joder! ¡Maldita sea! —se lamentó, enterrando el puño en la mesa.

—León te ha recogido tus cosas de la habitación. Yo tengo mi mochila en el *jeep*; la preparé antes de salir a buscarte. Ya sabes cómo

es papá: no quiere perder el tiempo.

—¿Te ha dicho algo más?

Hugo negó con la cabeza.

Se encaminaron hacia el lugar donde permanecía aparcada la furgoneta de León, acondicionada con una rampa lateral para introducir la silla de ruedas de su padre. El gigantón se encargaba siempre de acomodarlo y ponerle el cinturón, aunque muchas veces Rafael rechistaba hasta conseguir que lo pusieran en el asiento delantero del copiloto, ya que odiaba viajar en la parte trasera. Necesitaba controlarlo todo.

Oriol se apoyó en el vehículo y dirigió la mirada hacia el cielo. Iba a ser otro día encapotado en la sierra, con nubes grises dominando sobre los diferentes pueblos de la comarca, sin darles tregua, sin dejarlos respirar después de que uno de sus aldeanos perdiera la vida en un crimen atroz. El cazador olía el miedo en el ambiente, percibía esa sensación de desamparo en sus calles, la incertidumbre disfrazada de dolor recorriendo los rincones más inverosímiles del pueblo. Hasta la naturaleza demostraba su desazón apagando su brillo, retrayendo su belleza y escondiendo sus dones más atractivos.

Observó a Hugo ir al encuentro de su padre y ayudar a León con todos los enseres. Él prefirió permanecer resguardado de esa mañana tan aciaga, con los brazos y piernas cruzadas junto a la furgoneta.

—No esperaba que actuara tan pronto —oyó decir a Rafael—. Se mueve tan rápido como la Sombra. Los visitantes de dormitorio son grandes acechadores y también muy pacientes. ¿Por qué puñetas ha vuelto a aparecer en la misma semana?

—Puede que Hugo tenga razón y se trate de otro ente —le discutió León, aun conociendo su cabezonería.

—O se trate de un visitante alterado, mejorado, como hicieron esos locos con la Sombra —insistió el hombre. Al distinguir a Oriol, arrugó el rostro, contrariado—. ¿Tú qué piensas?

—Todavía es pronto para hacer conjeturas —respondió mientras le abría la puerta.

—Esperemos a ver qué nos encontramos allí. Tenemos unas cinco horas más o menos de viaje por delante. Pararemos para lo imprescindible. Quiero estar en Saucedilla a primera hora de la tarde. Localizaremos a los testigos, y además Alberto ya se ha puesto en contacto con uno de los responsables para que nos deje entrar en la casa. No veremos el cuerpo, pero haremos lo que mejor se nos da: fijarnos en los detalles para dictaminar si estamos ante otro caso sobrenatural.

—Creo que el cuadrado no nos deja lugar a dudas —constató Hugo.

—Siempre, siempre hay que buscar indicios, no olvides esa

premisa. Aunque nuestro instinto nos diga lo contrario —lo reprendió el viejo cazador.

—Y ya que estamos, chicos, es mejor que le echéis un vistazo a los sucesos paranormales del pueblo —les sugirió León—. Va a ser un largo trayecto por la carretera.

Saucedilla era un municipio de la provincia de Cáceres a unos cien kilómetros de esta. No contaba con muchos habitantes; sobre los ochocientos en el último censo. Rodeado por dehesas en su mayoría encinas y alcornoques, estaba limitado por el río Tiétar y la sierra de Gredos al norte. Y por el sur, por un imponente embalse que recogía las aguas del arroyo Arrocampo perteneciente al Tajo. Sin embargo, no era esta la información que les interesaba a los cazadores, sino su historia más siniestra.

En el año 1983, un misterioso fantasma mantuvo en vilo a toda la población. Varias adolescentes afirmaron ver a un extraño personaje ataviado con ropajes largos y oscuros. La primera testigo regresaba sola a su casa cuando relató que una figura de estatura descomunal comenzó a aproximarse a ella por la otra acera. Cuando cruzó la calle, la chica reparó en que no tenía piernas, sino que el ente flotaba como si el viento agitara los bajos de su túnica. Sin embargo, el singular fantasma no realizó ningún movimiento hostil, solo se dedicó a mirarla hasta que por fin prosiguió su camino. Unos días más tarde, una niña de apenas trece años se tropezó con el mismo ente cuando estaba a punto de entrar en casa. Tampoco este hizo nada. Permaneció al otro lado de la calle, observándola hasta que se marchó. Horas después, la adolescente volvió a verlo junto a un poste cerca del patio de su casa mientras ella se disponía a tirar la basura. Esta lo describió con más detalle que la anterior: cabeza apepinada, rostro de una extrema palidez, ojos brillantes y oscuros y con una cicatriz en la mejilla izquierda. Contó que el ente movía los labios como si quisiera comunicarse al tiempo que con una mano le indicaba que se acercara a él. Las tenebrosas apariciones se sucedieron durante un par de días más, y fue tal el alboroto que tuvo que intervenir la Guardia Civil. Montaron un dispositivo de búsqueda en el que colaboraron varios vecinos.

—¿Tenemos idea de cuántas chicas se toparon con ese ente? —le preguntó Hugo a su hermano mientras este indagaba en su móvil.

—Parece que unas tres. Una de ellas, según lo que leo por aquí, lo vio dos veces cuando decidió salir a buscarlo junto a dos chicos más, después de su encuentro inicial.

—Un acto muy valiente pero también algo estúpido. Podría

haberse metido en problemas —refunfuñó el cazador.

Oriol arrugó el rostro, para después dibujar una mueca de contradicción.

—Algunos lo relacionan con ciertas luces que irrumpieron en el cielo varios meses antes. Hablan de humanoides y de que el ente en realidad era un extraterrestre.

—¿Con una cicatriz atravesando su cara? —Hugo rio.

—Eso no es todo. Una de las chicas dijo que cuando se tropezó con él, le pareció ver que llevaba un bolso. ¿Has visto alguna vez un alienígena luciendo un bolso?

—¡Hay que joderse! Esa cosa parece más bien una sombra o incluso un fantasma vengativo con una vestimenta de otro siglo.

—No tiene mucho sentido. No buscaba a nadie en concreto, y después desapareció sin más.

Hugo frunció el ceño, desconcertado.

—¿Crees que era un alma en pena?

—Podría ser. Pero ¿por qué solo se presentaba ante chicas? —Oriol frunció el ceño, no muy convencido.

—Sea lo que sea, pasó hace cuarenta años y puede que no tenga relación con nuestra investigación. Al fin y al cabo, nosotros buscamos a un monstruo invocado por los ofitas en esta época. Ni siquiera sabemos si esta nueva secta operaba en esos años, cosa que dudo mucho.

Oriol dejó a un lado el móvil y escrutó el horizonte. Las llanuras dejaban paso a las montañas, sólidas conocedoras de lo acontecido en esos parajes, fieles guardianes de las crónicas que ocultaban entre sus rocas sin importar la erosión a la que las sometía el tiempo. Eran testigos fidedignos y a la vez silentes de lo que allí sucedía.

—Lo que es significativo es que en ambos pueblos circulan historias paranormales. Son lugares marcados por una leyenda sombría, por alguien oscuro que atemorizó a los aldeanos durante un período. —Oriol se revolvió en el asiento—. ¿Y si fuese ese el motivo por el que el ente ha escogido estos sitios? ¿Por tratarse de pueblos ya estigmatizados?

—¿En serio? ¿Aunque de un hecho a otro hayan pasado siglos? ¡Esa Tragantía tiene más años que Matusalén, y el fantasma de Cáceres es mucho más reciente!

—Tú y yo sabemos que existen sitios con una energía distinta, llamativa para cualquier ser del más allá. Deberíamos averiguar más sobre ese caso de Salamanca.

Hugo bufó. No le gustaba esa teoría. Convertía a ese ente demoníaco en un estratega, en un jugador de ajedrez experimentado y sin escrúpulos. Les llevaba ya mucha ventaja cuando ellos ni siquiera habían iniciado la partida. Estaba harto de ser una peonza que giraba

y giraba sin ningún atino, de lanzar suposiciones con escaso fundamento. Su padre tenía razón. Había llegado la hora de recolectar pruebas para después encarar a ese ente con todas las armas posibles. Se aferró al volante con ahínco. Comenzaba la caza.

Al bajar del vehículo, ambos cazadores percibieron ese ambiente enigmático del pueblo, como si la estela de un cometa hubiese dejado impregnada su huella allí. El aire fresco revoloteaba junto a ellos, embriagándolos con la belleza del paisaje. Oriol reparó en la construcción poética de la iglesia a los pies de la sierra de Gredos, rindiendo su pleitesía a la madre naturaleza, al tiempo que se erigía majestuosa sobre un pueblo silencioso, quizá acallado por el macabro acontecimiento. Avanzaron por la calle principal con la sensación de sentirse observados cada vez que daban un paso. Hugo, con los ojos bien abiertos, miraba hacia atrás buscando al causante de su creciente incomodidad, sin éxito. Puede que los aldeanos los espiaran a través de las ventanas, que hubieran cerrado las puertas a cal y canto temiendo que el asesino todavía se encontrase allí, y así desde sus casas vigilar a todos los foráneos que se atrevieran a pisar el pueblo en tales circunstancias.

No tardaron mucho en tropezarse con el cordón de seguridad frente al domicilio de la víctima. Aunque el despliegue policial se había reducido de forma considerable desde la aparición del cadáver, todavía quedaba algún aldeano rezagado curioseando por los alrededores, además de los dos agentes asignados para custodiar el lugar. Oriol llamó a su padre, quien todavía se encontraba a unos quince kilómetros del pueblo. A pesar de ser un temerario cuando se trataba de cazar a algún espíritu alborotador, León era demasiado cauteloso con la carretera. Evitaba pisar el acelerador a no ser que fuera imprescindible. Prefería viajar como un dominguero aunque no le prestara mucha atención al paisaje exterior. Se centraba en su objetivo y lo dibujaba en su mente como una diana a la que alcanzar.

—Imagino que sois los amigos de Alberto Vázquez. —Un fornido policía se acercó a ellos con discreción. Tras una pausa, Oriol asintió—. Bien, que quede claro que hago esto como un favor personal. Yo no creo en esas pamplinas, ni quiero que me tengáis al tanto de vuestras conjeturas de fantasmitas asesinos. No me interesa. —Respiró hondo para deshacerse del nudo en la garganta que se le había formado nada más verlos aparecer—. Gema os acompañará al escenario del crimen en cuanto acabe de comer. ¡No quiero que cojáis nada! ¡No podéis tocar ni el polvo de la encimera! Entraréis con guantes. Y si me entero de que la armáis ahí dentro sacando algún artilugio para absorber espíritus, os juro que será lo último que hagáis en vuestra vida.

Hugo entrecerró la mirada desafiando al incrédulo agente mientras

Oriol lo apaciguaba dándole unas palmaditas en el hombro.

—No tiene por qué preocuparse. —El medio demonio le sonrió—. Somos muy discretos.

El violento silencio fue rasgado por la sintonía del móvil de Oriol. Este se disculpó y se apartó del policía para contestar la llamada. Por fin, el agente se despidió de ellos con un escueto saludo bajo la atenta mirada de Hugo, quien observaba sus andares chulescos con desagrado.

—Es Iris —lo informó su hermano, alejándose aún más de la zona donde algún curioso pudiera espiarlo.

Hugo rechinó los dientes y se dispuso a inspeccionar los alrededores de la casa. La vivienda tenía dos pisos, coronados por una techumbre repleta de tejas, no todas en buen estado. En el segundo, dos estrechos balcones de hierro forjado le otorgaban cierto aspecto señorial, aunque en las macetas no había rastro de ninguna planta. La calle, solitaria y tranquila, contaba con tres o cuatro fisgones, quienes charlaban sin reparo mientras lo escudriñaban con la mirada. El cazador volvió la vista hacia la vivienda, y fue en ese momento cuando sus cavilaciones fueron interrumpidas por su teléfono. Distinguió en la pantalla el nombre de Sofía y dudó unos instantes antes de responder a la llamada.

—Te he enviado un montón de mensajes y te he llamado. —La escuchó suspirar—. Tampoco Iris me responde, y te juro que he estado a punto de volverme loca. No puedes decirme que tenga cuidado con los ofitas y después ignorarme.

—Estoy muy ocupado, no tengo tiempo para contestar tus mensajes. Ya te dije que contactaras conmigo cuando encontraras al brujo puro.

—Pues ni siquiera he podido buscarlo —le respondió enojada—. Anoche tuve un astral de esos.

—¿A qué te refieres?

Hugo advirtió que su hermano finalizaba su conversación con Iris y lo observaba desde la lejanía. No podía desvelarle que hablaba con Sofía, o comenzaría el interrogatorio: ¿Por qué te ha llamado a ti?, ¿desde cuándo mantienes el contacto con ella?, ¿cómo no me has dicho nada? ¡Demasiadas preguntas que no le apetecía responder!

—Una mujer estaba siendo acosada por varios entes transparentes. Me vi forzada a viajar hasta su casa e intenté que no le hicieran daño.

—¿De qué demonios estás hablando?

—¡Esa mujer está en peligro! Esos seres quieren matarla y no sé por qué. No sé dónde buscarla ni por dónde empezar. Ella estaba en su habitación durmiendo y parecía no enterarse de lo que estaba sucediendo —le contó histérica—. Y yo no podía hacer nada. Fue cuando me concentré en unas hadas que tenía sobre la cómoda y

conseguí que volaran para distraer a ese ser, intentando que se largara. ¡Pero eran más! No sé, unos cuatro o cinco... ¡Y entonces vi a Iris en el pasillo!

—¿Iris? ¿Qué tiene que ver ella con todo eso? —le preguntó confundido.

—No lo sé. Dímelo tú. Porque la he llamado y tampoco me responde. ¿Qué os pasa a todos de repente?

Hugo atisbó por el rabillo del ojo que su hermano abandonaba los alrededores del perímetro policial y se dirigía hacia él.

—Mira, ahora no puedo atenderte. Me coges con otro asunto entre manos —se disculpó con torpeza—. Te prometo que te llamaré en cuanto pueda.

—¡Hay alguien ahí fuera en peligro! ¡Y mi casa se ha convertido en una zona de guerra!

El cazador le colgó, todavía patidifuso por sus últimas palabras, y se enderechó en cuanto Oriol se aproximó. Pese a que sus entrañas se revolvían demostrando su malestar, trató de mostrarse impasible.

—Esa tal Gema está esperándonos. Ya he avisado a papá de que vamos a entrar. ¿Todo bien?

—Sí, sí, estaba comprobando lo que me dijiste antes del caso de Salamanca. Ya volveré a llamar más tarde.

Hugo se adelantó. Odiaba mentirle a su hermano, ocultarle la verdad a pesar de que era consciente de que una brecha se había abierto entre ellos en el enfrentamiento de la capilla. Oriol no había dudado en transformarse en su bestia, a la que tanto temía. Lo había zarandeado, amenazado con unos colmillos que lo habían dejado petrificado. Se atrevió a cruzar la línea a la que jamás debió acercarse, quizá motivado por los celos o por la maliciosa obsesión de su álter ego, quien ya se había manifestado en el pasado como un ser irracional y fuera de control. La hermandad era lo más sagrado en el gremio de los cazadores, y Oriol no solo la había quebrantado como miembro, sino que lo había vilipendiado a él, sangre de su sangre, aunque solo compartieran genes paternos.

—Iris estaba muy nerviosa. Me contó que tuvo un sueño extraño anoche y se levantó muy asustada. Su madre está ayudándola a descifrar todas las señales que recuerda, que no son muchas. Por lo visto, el miedo la paralizó y apenas pudo retener un par de detalles. Ellas creen que se trata de un nuevo caso.

—No podemos dividirnos. Lo que está sucediendo aquí es muy importante. Que Rafael envíe a otros cazadores a solucionarlo. —Hugo se giró e indagó en los ojos centelleantes de su hermano—. ¿Le has contado lo de los ofitas?

—No, estaba demasiado alterada. No creí que fuera el momento.

Siguieron los pasos de la agente de policía hasta el piso superior.

Oriol reparó en la estructura antigua de la casa. A pesar de haber sido restaurada, lo habían hecho con una precisión y delicadeza que rozaba la expresión artística. Las paredes blancas y gruesas le conferían cierto aspecto de solidez inmaculada, un halo virginal mancillado por algunos clavos que sustentaban varios retratos de dudosa calidad. Los muebles tallados con suma exquisitez recordaban al siglo XIX, sin embargo, los habían rematado con un toque moderno, agraciado para la sencillez de la casa.

De vez en cuando, el cazador percibía las miradas de la agente. Gema se mordía el labio inferior con saña al permitirse una pausa en su discurso aburrido para coger aliento y continuar con el recital de normas a las que debían ceñirse. Oriol la ignoraba. Había aprendido a desatender las continuas insinuaciones de cualquier ser humano. Sabía que eso los frustraba, los hacía sentirse menospreciados. Algunos incluso, al percibir su rechazo, se enojaban. Después de todo, era mejor todo eso que llenarlos de halagos pueriles que podrían desencadenar en algo peor.

Ya desde la puerta de la habitación, el cazador apreció el cuadrado de sangre sobre la cabecera de la cama, quebrantando la armonía del inmueble entero. Rojo sobre blanco. Una mancha en un lienzo perfecto. Una figura geométrica que rompía el equilibrio curvo de la estancia. Desde el lecho hasta la cómoda, la madera describía líneas onduladas simulando el vaivén de las olas, perfectas y melodiosas, otorgándole cierto movimiento a la estancia. Y ese cuadrado era una aberración.

—Su padre duerme al otro lado del pasillo y no escuchó nada —les informó Gema, quien con una sonrisa de oreja a oreja trataba de contener su rubor—. Descubrió el cadáver de su hija al ver que no se levantaba a la hora habitual.

—¿La víctima era una chica? ¿Cuántos años tenía? —Oriol clavó la mirada en sus ojos escurridizos aprovechando el efecto que causaba en ella.

—Unos veintisiete años —respondió, humedeciéndose los labios—. Su padre enviudó hace unos cinco años y Cristina se quedó en el pueblo para ayudarlo con el negocio familiar. Su hermano, en cambio, se marchó a la ciudad. Hemos tenido que llevar a Antonio al consultorio médico. Al pobre estaba a punto de darle un infarto. Descubrir a tu hija en ese estado… Es un gran carpintero, ¿sabéis? Muchos venían de otros pueblos a encargarle muebles y… —Se calló al ver que el joven de labios sinuosos la examinaba sin reparo.

—Gema, no disponemos de las fotos de Cristina —le dijo de forma pausada—. Tú la viste. ¿Podrías decirnos en qué estado se encontraba?

—Bueno, yo… —Tragó saliva y ocultó sus manos temblorosas en

los bolsillos del pantalón—. No era ella. Estaba irreconocible. Cristina era una mujer guapa, con un cabello moreno envidiable y…

Oriol la alentó a continuar. Se acercó a ella tratando de tranquilizarla mientras Hugo le echaba un vistazo al espejo estallado y se preguntaba qué o quién lo había fragmentado de esa manera. Prefería dejarle los dramas a su hermano. Era evidente que la agente sentía la temida atracción hacia Oriol y desembucharía ante él todo lo que fuera con tal de garantizar su atención. Después, reparó en una especie de polvo blanco en el pavimento. Había también varios pedacitos de escayola en él. Los de Criminalística habían dejado atrás los trocitos más pequeños, pero, aunque se arrodilló, no logró discernir a qué diantres pertenecían.

—Estaba arrugada como una pasa —escuchó decir a Gema, muy afectada—. Yo no he visto nada igual en mi vida. Cristina era una anciana. Y su pelo estaba blanco.

—Lo has hecho genial —la aplaudió Oriol.

Hugo se incorporó y atisbó las lágrimas de la policía recorrer sus mejillas sonrosadas.

—Perdonad si interrumpo este momento íntimo —se disculpó con sorna al tiempo que observaba cómo su hermano lo acribillaba con la mirada—. ¿La chica se defendió? ¿Había rasguños en sus brazos o algo parecido? Lo digo por el espejo roto y ese polvillo blanco que hay en el suelo.

—No, no, no había ninguna magulladura en su cuerpo, aunque supongo que tendremos que esperar a la autopsia. —Gema observó cómo el cazador con semblante más serio apartaba las sábanas revueltas de la cama y cogía con unas pinzas un pequeño objeto que no lograba apreciar—. No deberías hacer eso. Ya conoces las normas. No puedes llevarte nada.

Hugo la ignoró y se dirigió a su hermano:

—¿Qué demonios es esto? —Le mostró a Oriol un fragmento de escayola azul.

—Parece un ala, puede que de la figura de un ángel —le respondió desconcertado—. ¿Era religiosa?

—No, no. Cristina coleccionaba figuritas de hadas —intervino la agente, ansiosa por desvelar más información—. Tenía más de una docena. Han aparecido todas rotas a los pies de la cama. Es algo muy extraño. Pensamos que ella misma se las había arrojado al intruso, pero parece imposible porque no creemos que haya llegado a levantarse de la cama.

Hugo palideció. Sin pronunciar palabra alguna, abandonó la habitación, frenético. Se dirigió a la salida, muy seguido por su hermano, quien no entendía su comportamiento impulsivo e irracional. Hugo huía despavorido. La opresión del pecho no lo dejaba

respirar, así que en cuanto llegó a la calle, una bocanada de aire frío penetró en sus pulmones despejando su laringe. Se llevó las manos a la cabeza como si esta fuera a estallarle y gritó. Gritó sin importar quién lo observaba o quién lo espiaba:

—¡Hadas! ¡Maldita sea! ¡Joder! ¡Mierda! ¡No podía tratarse de otra cosa sino de malditas hadas!

5

Janus

Con una maleta pequeña y un nudo en el estómago, Sofía llegó a la estación de tren de Zaragoza. Se alejó del andén, abrochándose hasta el último botón de su abrigo marrón, y se lamentó de no haber traído consigo una maleta mayor donde le cupieran cuatro o cinco suéteres más. Tenía la punta de la nariz congelada y aún no había salido al exterior. Divisó a Iris entre la multitud, tan vivaracha y sonriente como siempre, mientras los viajeros corrían de un lado para otro tratando de no perder sus conexiones o buscando el ansiado tren que los llevase fuera de la ciudad para disfrutar de unas merecidas vacaciones.

Sin embargo, su presencia allí nada tenía que ver con las Navidades. Ni regresaba a casa después de meses de ausencia ni gozaría de unos días lejos del estrés cotidiano; más bien había huido de su hogar. Después de lo sucedido el día anterior y del espantoso astral al que fue arrastrada, había decidido que lo más conveniente era alejarse de su familia. Tras los llantos de su madre y las continuas negativas de su padre, ambos cedieron a sus peticiones. Sofía no quería que una nueva sombra se presentase en su casa reclamándola. No iba a exponerlos a un peligro innecesario. Ellos no sabrían cómo defenderse y ella no podría mantenerse vigilante las veinticuatro horas del día, protegiéndolos, acompañándolos a las diferentes salidas que tuviesen programadas. Ya se había enfrentado a una sombra, por lo que conocía lo despiadada y cruel que era. Un ente oscuro con un objetivo que cumplir. ¡Conseguir las cuatro llaves! Y si esas cosas transparentes habían aterrizado en el mundo de los vivos para continuar su labor, ella era consciente de que en cualquier momento se presentarían en su casa y arrasarían con todo sin importarles su familia.

Así que en cuanto consiguió contactar con Iris, su mente ágil y aguda había trazado un plan. Por algún motivo, se había tropezado con la vidente en el astral, aunque esta no recordara haberla visto. Iris había sufrido un bloqueo, inusual para su don desinhibido y avezado. Tras media hora de charla telefónica donde habían intercambiado impresiones, decidieron que deberían resolver juntas el problema, con la ayuda de Edith.

Sofía no dudó en hablar con sus padres y abandonar la casa. Les

había explicado que el monasterio había sido clausurado tras la aparición de numerosas grietas, pero que esas mismas personas, quienes la habían auxiliado después del accidente, estaban dispuestas a acogerla durante un par de semanas. Y después de cientos de preguntas a las que Sofía no encontraba respuestas del todo convincentes, accedieron.

—¡Cuánto me alegro de verte!

Se fundieron en un sentido abrazo, hasta que la vidente le indicó la dirección para llegar a su coche de dos puertas, más destartalado que el equipo de música de vinilo que conservaba su padre desde los años ochenta. Iris condujo hasta las afueras, dejando atrás la iluminación navideña y los excesivos carteles publicitarios, que te invitaban a comprar en la ciudad sin ninguna mesura.

—Los chicos todavía no han regresado de esa misión tan secreta —la informó, modificando la voz hasta conseguir evocar un ambiente de intriga.

—¿No te han contado nada? —le preguntó con la esperanza de que al menos la hubieran advertido de la aparición de nuevos ofitas.

—¡Nada! —Rio—. Es normal en ellos. A no ser que el caso surja de una premonición nuestra o requieran de nuestros conocimientos visionarios para conseguir una pista, no suelen informarnos de sus aventuras. Es su manera de protegernos. Si el caso no nos incumbe, ¿para qué inmiscuirnos?

Sofía soltó un resoplido disconforme.

—Son demasiado paternalistas.

—¡Son cazadores! ¿Qué esperabas?

Edith la recibió entre besos y una docena de halagos. Dentro de la casa, la mujer no hacía uso del bastón, ni siquiera ocultaba las severas cicatrices de sus ojos con las gafas. Sofía no pudo evitar sentirse culpable mientras reparaba en sus heridas. Ella se encontraba con la vidente cuando fueron sorprendidas por la Sombra, aunque trató de ayudarla, no pudo impedir que la apresase y la dejase ciega en el ataque.

Edith pareció leer sus pensamientos.

—Oh, no pasa nada, Sofía. He aceptado mi nueva condición. Y puedo confesarte además que mis otros sentidos se han agudizado, incluyendo mi don. Ven, será mejor que te enseñe tu habitación.

Estiró el cuello y reconoció al fondo del pasillo a la pequeña Ariadna, la hermana de los cazadores. La niña le mostraba su semblante más risueño y le daba la bienvenida agitando la mano. Ella había olvidado que Rafael la dejaba bajo la tutela de Edith cuando salían de misión. Después de deshacer el equipaje y de una buena ducha, Iris le ofreció un chocolate caliente. Se reunieron en una pequeña sala, con un sofá acogedor y repleto de cojines, que además

era el comedor. Una mesa rectangular para cuatro comensales estaba dispuesta justo detrás del tresillo, amparada por una estantería con numerosos libros amontonados y una planta verdosa, desconocida para ella.

—Antes de cenar, habíamos pensado poner nuestros puntos en común. Así mi madre puede hacerse una idea más precisa del sueño. —Iris se frotaba las manos con nerviosismo—. Todavía no puedo creer que hayamos conectado al mismo tiempo y en el mismo espacio, sin que nadie nos haya orientado. ¿Sabes lo difícil que es?

Sofía negó con la cabeza al tiempo que se acomodaba en el sofá. Edith, quien había preferido empujar una de las sillas del comedor y situarla justo en frente de Iris, frunció el ceño con inquietud. Al lado de la vidente se encontraba Ariadna, sentada en el suelo y apoyada en el curioso mueble que contenía la televisión.

—Es muy extraño —confesó la mujer—. He estado pensando en ello desde que Iris me lo contó, y lo único que se me ocurre es que se haya establecido un fuerte vínculo entre vosotras después de que buscarais juntas la guarida de esa secta. Y puede que ahora tengáis que resolver vuestro primer caso.

—Llamé a Oriol para informarlo del misterioso sueño —añadió Iris, orgullosa de su proceder—. A pesar de no recordar mucho, estaba convencida de que alguien me pedía ayuda. Y quería que los chicos me echasen una mano, pero están muy ocupados recorriendo media España detrás de un ser escurridizo.

—¡Pronto lo atraparán! —exclamó con una seguridad aplastante la niña—. Siempre lo hacen.

Sofía enterró el rostro en el cojín y comenzó a reflexionar. ¿Y si todo estaba relacionado? ¿Por qué, si no, Hugo le enviaría un mensaje desde Jaén advirtiéndola de los ofitas? ¿Por qué esa misma noche se reunió con Iris en un astral? No, aquello no podía ser una coincidencia. ¡Tenía que ser el mismo caso! Sin embargo, seguía sin comprender por qué los cazadores se mantenían en un silencio pactado y no avisaban a las videntes. Ella dudó unos instantes si confesarles la verdad. Hugo había mencionado a la secta. Pero si lo hacía, tendría que dar muchas explicaciones sobre por qué el cazador le había enviado ese mensaje después de que se reunieran en secreto para visitar a una anciana conocedora del conjuro de amor que revoloteaba sobre sus cabezas. ¡No, no podía hacerlo! ¡Se lo había prometido a Hugo! Debía ser él quien desvelase lo ocurrido en la colina, sus elucubraciones y la visita a su amiga Mila.

—Sé que todo debe ser muy duro para ti. —Edith quiso tranquilizarla al percibir que se ocultaba tras una almohada rellena de algodón sintético—. No estás acostumbrada a vivir a diario con tu don. Nosotras llevamos haciendo esto desde hace mucho tiempo.

Bueno, enseñé a Iris desde que era una niña a no tenerle miedo a sus visiones, a estudiarlas, a desmenuzarlas, para luego enfrentarse a ellas. ¿Has tenido algún sueño perturbador desde que regresaste a casa?

—No, no, alguna pesadilla que otra, más relacionada con mis estudios y mi familia que con el mundo sobrenatural. Intento no usar la magia en el día a día, aunque sigo estudiando el libro de conjuros que Harry me dejó. Eso sí, veo a mi abuela muerta casi todas las noches y a veces a algún espíritu enojado vagando por la calle. ¡Nada más! Nada digno de mención hasta ese astral.

Iris se inclinó hacia delante y apoyó la yema de los dedos en las rodillas de su madre mientras arqueaba las cejas, confusa.

—A veces me vienen a la mente imágenes, fragmentos de ese sueño en el que me sentí perdida, como cuando era niña y no sabía gestionar esos viajes. —Levantó la barbilla en busca de la compresión de su madre. Esta le acarició los cabellos con ternura—. Son figuras invisibles; me refiero a las que vi en esa casa. Parecen que no están, pero te acechan, vigilan tus pasos, te siguen…

—¡Sííí! —Sofía dio un respingo—. ¡Yo también las vi! Puedes ver a través de ellas como si estuvieran hechas de un líquido transparente y sólido a la vez.

—Están camuflándose. No muestran su verdadero ser —dedujo Edith—. Así controlan los movimientos de sus víctimas, hasta que por fin deciden aparecerse ante ellas con su rostro demoníaco.

—Entonces, ¿no son espíritus?, ¿almas que necesitan nuestra ayuda? —le preguntó su hija con temor.

—El alma de un ser querido no juega contigo. Trata de buscar tu atención y de materializarse ante ti desde el primer momento —aclaró la vidente—. Muchas pasan inadvertidas por la incapacidad de los seres humanos de percibirlas. Otras hallan la manera de hacerse sentir o dan con alguien capacitado para atender sus ruegos. No se esconden para luego atacarte. Tienen que ser entes oscuros.

Sofía se desahogó soltando una larga exhalación y reparó en Ariadna, quien no parecía sorprenderse con la espeluznante información de la vidente. Debía estar más que acostumbrada a escuchar a su padre y sus hermanos charlar sobre temas poco indicados para una niña, aunque esta fuera una cazadora en potencia.

—La mujer a la que acosaban estaba durmiendo. Ignoraba todo lo que pasaba a su alrededor. Quise despertarla, pero no pude —se lamentó ella.

—Es muy complicado intervenir en un astral —la consoló la mujer —. Tienes que tener mucha experiencia para hacerlo. Debes entender que es tu alma la que viaja, no tu cuerpo físico. Y si no dominas la técnica por mucho que te digas a ti misma «Mueve un brazo», no lo harás. Hay acciones que son automáticas, como caminar, subir, bajar…

Pero interactuar con alguien ajeno a nuestro mundo o con algún humano errante es casi imposible.

—¿Qué es un humano errante? —le preguntó Sofia, con un interés que se reflejaba en sus ojos añiles.

—Hay humanos que hacen viajes astrales sin saberlo. Su alma abandona el cuerpo y consiguen volar más allá de las paredes de su habitación. Visitan lugares que siempre les ha llamado la atención, algunas incluso se atreven a aventurarse a cumplir sus deseos más íntimos. Sin embargo, tras despertar, no son capaces de recordar nada de lo vivido. Se sienten cansados, agotados y no comprenden el porqué.

—Han estado de juerga toda la noche. —Iris rio.

—Los cazadores tampoco somos capaces de controlar esas experiencias —añadió la pequeña—. En eso nos parecemos al resto del mundo.

—Cada uno tiene su don. —Edith le sonrió—. Ninguno es más importante que el otro. Todos nos complementamos.

Sofía advirtió la enorme complicidad que existía entre la niña y la mujer. Imaginó que de alguna manera esta supliera las carencias maternales de Ariadna, además de ser una influencia femenina importante. La niña se había criado entre las figuras masculinas de su padre y sus dos hermanos.

—¿Y cómo pensáis indagar más en el asunto? ¿Cómo vamos a descubrir a quién debemos salvar?

—Empezaremos por lo básico. Primero quiero que Iris regrese al lugar y afronte su miedo. Estoy convencida de que fue su empatía con esa mujer la que consiguió bloquearla —expuso con una gran serenidad, modulando su voz hacia un tono distendido—. Algunas videntes desarrollamos una profunda empatía con ciertos sucesos sin comprender muy bien el lazo que nos une a ellos. A veces conectamos con la energía de un lugar, la atmósfera de una casa o los sentimientos que experimenta una persona. Vamos a descubrir qué la atemorizó, lo que impidió que pudiese avanzar en ese astral.

Ariadna se incorporó de un salto y se dirigió a la cocina en busca de velas e incienso. Iris aprovechó para correr las cortinas y apagar la luz de la sala. En menos de cinco minutos, las mujeres habían recreado el ambiente sagrado de una meditación. Sofía ya no se encontraba en un simple salón, sino que estaba en una estancia mágica donde el perfume de la lavanda se esparcía como el polen de las flores en primavera al tiempo que las velas de un amarillo sutil brindaban con sus llamas dóciles una calidez íntima. Por fin, madre e hija entrelazaron los dedos mientras entornaban los párpados. Inspiraron, agradeciendo el oxígeno que se introducía en sus pulmones y que alejaba las tensiones de su cuerpo. Disfrutaban de su respiración

lenta, profunda, siendo conscientes de cada uno de los músculos, articulaciones y huesos que componían su estructura ósea.

Junto a la niña, Sofía permanecía en silencio, admirando el control de ambas mujeres. A pesar de mantenerse en una inmovilidad envidiable, no había rigidez en sus hombros ni en sus muñecas. Sus rostros minimizaban cualquier tipo de expresión. Transmitían paz. Una paz que se plasmó en el ambiente de inmediato y de la que ella pudo disfrutar.

—Iris, sabes que nada ni nadie puede hacerte daño y que en cualquier momento eres libre de abrir los ojos —comenzó a guiarla Edith—. Es hora de que abandones tu lugar seguro y te dirijas a la casa. Vamos a revivir ese sueño, así que quiero que te lo tomes con calma y vayas contándonos qué es lo que ves.

—La puerta de la entrada es de madera y está medio abierta —comenzó a relatar la chica—. Hay una escalera al fondo a la izquierda. Creo que la última vez subí por ella. Pero todo está muy oscuro. Hace un frío atroz. Y siento que hay muchos ojos que me observan.

—No te centres en ellos ahora. Recuerda que ya pasó todo y que estás a salvo. No pueden tocarte. No les tengas miedo y sube al segundo piso.

Expectante, Sofía se mordía las uñas. Recordaba esos escalones robustos y bien afianzados que desembocaban en un corredor de no más de metro y medio de ancho. A la derecha se hallaba la estancia de la chica de los cabellos morenos a la que intentó proteger.

—Estoy en el pasillo, muy cerca de la habitación de la mujer. No sé si podré entrar.

—Claro que puedes. Yo estoy contigo y no voy a soltarte.

Iris empujó la puerta con cautela. De pronto, fue deslumbrada por un potente haz de luz. Se cubrió los ojos con el antebrazo, para luego apartarlo y descubrir qué la había cegado de esa manera.

—Hay algo extraño, mamá —confesó inquieta—. ¡Es de día! He pasado de la noche a la mañana en un segundo. ¿Cómo puede ser?

—No te agobies. Puede que estés incorporando nuevos elementos.

—Siento una pena enorme y tengo ganas de llorar. Esto es insoportable.

—No te desconcentres ahora. Estás haciéndolo muy bien. ¿Qué ves a tu alrededor?

Iris prestó atención a los detalles de la estancia y pronto reparó en que no había nadie en la cama. Las sábanas estaban revueltas, en el pavimento había un extraño polvo blanquecino y el espejo estaba roto.

—Esto es muy raro. La mujer no está durmiendo y no sé dónde buscarla. No veo nada llamativo desde la ventana, más que campo y montañas... ¡Oh, Dios mío! —Su cuerpo dio un respingo—. ¡Hay un cuadrado rojo en la pared! ¡No, no! ¡No es uno! ¡Está dividiéndose en

tres! ¡Son tres marcas!

Iris soltó de forma repentina las manos de su madre, se echó hacia atrás hasta que su espalda golpeó el sillón y comenzó a frotarse la cara, desesperada, en un intento por apartar esa última imagen de su mente. Después lanzó uno de los cojines al suelo y se incorporó.

—¡Voy a matarlos! En cuanto regresen, voy a decirles un par de cosas a la cara.

—Hija, tranquilízate. Ari, ve a buscarle un vaso de agua.

La niña se debatió entre obedecer la orden de la vidente o permanecer allí para descubrir qué era lo que había alterado tanto a Iris. Finalmente y a regañadientes, abandonó la sala, a sabiendas de que Edith no quería que escuchase el relato de su hija.

—Están apareciendo cuadrados en las habitaciones de las víctimas. ¡Cuadrados! La misma figura con la que marcaron a Hugo hace unos meses. ¡¿Cómo no nos han dicho nada?!

Edith ahogó un grito y se tapó la boca con la mano mientras Sofía, quien había permanecido alerta durante todo el ritual, tragó varias veces saliva. Iris había confirmado sus sospechas: ¡ambos casos estaban relacionados!

—Como tú me dijiste antes, puede que quisieran protegernos —comentó, haciendo de abogado del diablo.

—¡Estoy muy cabreada! No hay excusa que valga. Tú y yo sabemos lo peligroso que fue derrotar a la Sombra. ¡Mi madre...! —Se calló al ver su rostro afectado y un par de lágrimas sobresalir de sus ojos—. ¿Por qué no nos han dicho nada? Hablé con Oriol y no fue capaz de decirme ni una palabra.

—Puede que ignoren que nuestro sueño y su caso estén conectados.

—Pero ¡¿tú de qué parte estás?!

—Está bien, chicas —intervino Edith—. Ahora vamos a tratar de olvidarnos del asunto y disfrutar de la comida que he preparado. Mañana, yo misma hablaré con Rafael y le exigiré una aclaración. No adelantemos acontecimientos pensando en sectas o sombras asesinas. Esto no nos llevará a ninguna parte.

Después de una cena ligera y charlar de manera distendida sobre tiendas de tatuajes y exámenes de idiomas interminables, Sofía se abrazó a la almohada antes de dormir. La habitación donde la habían alojado era minúscula en comparación con la suya. Aun así, pronto se adaptó al nuevo espacio y al colchón demasiado mórbido para ella. El largo viaje, con sus transbordos incluidos, la habían dejado exhausta, sin energías para deshacer la maleta por completo. Así que apenas tuvo tiempo de pensar en lo acontecido esa tarde, por lo que se sumió en un profundo sueño antes de que sus pies llegaran a habituarse a la piecera de la cama, la cual rozaba continuamente.

Lucía un largo vestido azul que acariciaba sus tobillos sin permitirle avanzar. Estaba siendo un invierno despiadado, el frío congelaba sus pestañas y erizaba todo el vello de su piel. Caminaba sobre la nieve, ligera como una pluma, percibiendo la humedad del entorno sin apartar la vista del frente. Ignoraba hacia dónde se dirigía, pues no había casas ni senderos que la orientasen. El paisaje era monótono, casi irreal, blanco sobre blanco, nieve y más nieve. Entonces reparó en que deambulaba descalza. Se remangó los bajos del vestido y, estupefacta, comprobó que sus dedos estaban ensangrentados. Miró hacia atrás, advirtiendo el camino que describían sus huellas rojas.

Rojo sobre blanco.

Se despertó con la alarma del móvil, señal indiscutible de que había llegado la hora de levantarse. No quería ser una invitada dependiente y perezosa, así que en cuanto se vistió, se dirigió a la cocina siguiendo el aroma del café mañanero. Iris le sirvió una buena taza y le ofreció unas magdalenas. Advirtió las pequeñas ojeras en el rostro de su amiga e imaginó que no había tenido una buena noche. Antes de que pudiera decirle algo al respecto, escuchó el timbre de la entrada. De mala gana, Iris abrió la puerta, ignorando quién podría molestarla a esa hora tan temprana.

Para su sorpresa, distinguió a Oriol en el umbral. Arqueó las cejas, mostrando su confusión. Después lo obsequió con una sonrisa fingida digna de una estrella de cine.

—¿Tan pronto por aquí? ¿Ya habéis terminado vuestra investigación?

—No del todo. Rafael decidió en el último momento regresar a casa. Ya sabes lo maniático que es. Así que condujimos toda la noche y llegamos casi de madrugada.

—Ariadna sigue durmiendo. ¿O es que has olvidado que estamos en vacaciones y no tiene colegio? —Oriol se frotó la nuca. Había perdido la noción del tiempo por completo—. Pero si quieres, estamos tomándonos un café delicioso en la cocina.

Iris le hablaba con una amabilidad exagerada, forzando sus gestos y exhibiendo su dentadura más de lo habitual. La conocía desde que era una niña, y jamás se había comportado como una persona complaciente, y menos a esas horas del día.

—¿Te ocurre algo? —le preguntó él, todavía somnoliento y tratando de controlar los continuos bostezos que se apoderaban de su rostro exhausto.

—No, no. Hoy me he levantado con muy buen pie. Tengo un nuevo caso entre las manos; muy interesante, me atrevería a decir. Tiene que ver con lo que estuve contándote por teléfono y al que apenas prestaste atención. ¡Claro que entiendo que los cazadores siempre tienen sus prioridades! Trabajáis mucho, quizá demasiado. Y a veces tenéis que tomar decisiones al vuelo, descartando otras misiones que podrían... ser la raíz, el núcleo central del problema.

Oriol ignoraba su verborrea matutina, la cual ya estaba dándole dolores de cabeza. Aun así, detectó cierta ironía en sus palabras que no alcanzaba a comprender. Iris continuaba desembuchando frases y más frases sobre la integridad de los cazadores y sus buenos propósitos. Al llegar a la cocina, la chica lo invitó a pasar primero, evidenciando su semblante más candoroso y hospitalario. Oriol aceptó de buen agrado, y fue entonces cuando distinguió a una joven, sentada de espaldas a él, de cabellos claros y ondulados. Dio un respingo. La había reconocido de inmediato, y se culpó por no haber sentido su energía antes siquiera de tocar el timbre. Estaba demasiado cansado. Demasiado distraído.

—¡Sofía! —Ella se giró y lo saludó con una educación distante.

—¡Ah, perdona! ¿No te lo había dicho? —se excusó Iris con picardía—. ¡Sorpreeesaaa! Sofía ha venido a pasar las vacaciones navideñas a casa. Y de camino, juntas, vamos a resolver nuestro caso. Porque, ¡fíjate qué casualidad!, ¡las dos hemos tenido el mismo sueño! ¡Es increíble!, ¿verdad?! ¿A que no te imaginas cuál?

Oriol clavó su intrigante mirada en el rostro de Sofía, para después percatarse de lo descarado de su comportamiento y desviarla hacia Iris, quien persistía en desafiarlo con su incisivo sermón.

—Bien, ¿qué es lo que está ocurriendo aquí? —preguntó, tratando de recuperar el control de la situación.

—No lo sé, dímelo tú. —Iris se cruzó de brazos y comenzó a golpear el suelo con la punta de su pie derecho—. ¿No tienes nada que decirnos? ¿Nada que confesar?

Oriol se tomó unos segundos para meditar la respuesta. No tenía ni la menor idea de a qué estaban refiriéndose las chicas. ¿El mismo sueño? ¿Un caso para resolver juntas?

—¡Cuadrados! Sofía y yo hemos visto cuadrados. ¿Te suenan ahora de algo?

—¡No puede ser! ¿Por eso has venido? —Se sobresaltó y miró a Sofía, preocupado.

—Sí, es evidente que la secta ha vuelto y que continúan con la búsqueda de las llaves. Tenemos que localizar a una mujer que puede estar en peligro. Creo que vive en un caserío o algo así. Había muebles de madera tallados de forma artesanal, las paredes eran blancas, y en su habitación tenía una colección de hadas —lo informó, sin alzar ni

una ceja.

Oriol suspiró y se apoyó en la encimera de la cocina.

—¿Has dicho hadas? —Trató de encajar todas las piezas, sin embargo, estaba demasiado cansado para pensar con claridad—. Bien, esa chica está muerta. Ya no podemos ayudarla. Ayer por la tarde estuvimos en su casa. Y tenéis razón: había un cuadrado de sangre en la pared.

Sofía entornó los párpados con pesar y se recriminó haber llegado demasiado tarde para auxiliarla.

—¿Están matando cazadores? ¿Es la llave que quieren ahora?

—Es lo que parece. Pero las víctimas no son cazadores ni familiares de estos. No tienen nada en común; eso es lo que hemos estado investigando —admitió él—. Siento no haberos puesto al corriente. Decidimos reunir más pistas, algo que nos ayudara a determinar si efectivamente se trata de los ofitas y qué tipo de ser han convocado esta vez.

—¡Seres! —lo interrumpió tajante Sofía, enfatizando el plural—. Has dicho «ser», y no solo es uno.

—¡¿Qué?!

—En esa casa había varios. Tenían los miembros alargados, tanto los brazos como las piernas, y eran transparentes —continuó ella.

—Bien, es hora de que hablemos con Rafael —zanjó Iris la conversación—. Creo que nosotras tenemos mucho que aportar a eso, sin olvidar que Sofía sigue siendo un objetivo.

Maravillado, contemplaba desde la orilla del río la isla Tiberina, tan mágica y etérea como llena de historia. Situada cerca de la Colina Capitolina y con forma de barca mecida por las aguas del Tíber, albergaba decenas de leyendas que la envolvían en un halo fascinante y seductor. Para el padre Carlos, era uno de los parajes más hermosos de Roma, una parada imprescindible para los amantes de la naturaleza y el arte, ya que la isla presumía de sus dos edificios más emblemáticos: el templo de Esculapio y la basílica de San Bartolomé, donde reposaban las reliquias del apóstol.

Extasiado por su belleza, el sacerdote ignoró los continuos sonidos del claxon que interrumpían su ensoñación. A pesar de haberse acostumbrado al ruido del tráfico durante sus años de estudiante en la ciudad eterna, de vez en cuando se exasperaba por la impaciencia y temeridad de los conductores. Roma era así: encantadora y acogedora, plagada de rincones enigmáticos, rebosantes de pasión, expresión artística y bullicio exuberante. Sí, esto era lo que hacía a la ciudad única, la simbiosis perfecta entre muros con siglos de antigüedad y

una algarabía entusiasta.

Por fin y ante la incesante bocina de uno de los coches, giró la cabeza y se disculpó al distinguir a su amigo Angelo al volante. Siempre que visitaba Roma, el padre Carlos contaba con su particular taxista, ahora un jubilado al que conoció cuando regentaba una de las mejores pizzerías de la ciudad.

—*Buon giorno, Carlo.*[1]

—*Ciao, Angelo! Tutto bene? E la tua famiglia?*[2]

A pesar de sus años de amistad, el fornido italiano se negaba a añadir la ese final al pronunciar su nombre, ya que lo consideraba un paisano más, un amante de su tierra. Después de indicarle la dirección en la cual debería presentarse, Angelo comenzó a hablar de sus dos hijos varones. El mayor continuaba con el negocio familiar, y él de vez en cuando se presentaba en el restaurante para asesorarlo o ayudarlo en la época de mayor trabajo. Decía que la fragancia de la *pizza* recién hecha era uno de los mayores placeres que podía experimentar un hombre. En cambio, su hijo menor despreciaba el arte culinario y se dedicaba a viajar por Europa, gastándose sus ahorros para, según él, encontrarse a sí mismo y dilucidar así su futuro.

—*É un coglione! Un barbone senza cervello!* —añadió enojado.

Carlos se rio de la sinceridad del hombre. Referirse a tu hijo como un estúpido y un vagabundo sin neuronas le demostraba la indignación y la frustración por el poco provecho que sacaba a una astucia extraordinaria, la cual había revelado desde que era pequeño.

Por fin, el sacerdote pudo contemplar desde la ventanilla su destino; ajetreado, tan lleno de vida como de conocimiento. Numerosos estudiantes revoloteaban por los alrededores con libros en las manos o descansaban en los bancos aledaños para tomarse un tentempié. El Hospital Universitario Agostino Gemelli, situado en el Monte Mario, en la parte noroeste de la ciudad, era el más grande de la capital italiana. Sus diferentes edificios, construidos en distintas décadas, estaban rodeados de extensos parques y prados. Después de todo, desde esa colina podía disfrutarse de una de las panorámicas más bellas de Roma. En la cumbre se encontraba el Observatorio Astronómico Romano y el Museo Copernicano, que contenía una importante colección de globos celestes y terrestres y de instrumentos astronómicos, un lugar inolvidable para los amantes de las estrellas.

Tras pedirle a Angelo que lo esperase mientras realizaba su visita al hospital, se dirigió a la recepción del edificio, donde lo esperaba un ansioso seminarista: Luis, natural de Lugo, quien había decidido prolongar sus estudios y especializarse en Teología Espiritual en la Pontificia Universidad Gregoriana. Era un joven ferviente, quizá demasiado. Hablaba de manera atropellada mientras se frotaba las manos para aliviar su sudor:

—¡Cuánto me alegro de que haya llegado bien, padre Carlos! Es un honor acompañarle en esta visita.

—¿Todo en orden?

—Sí, sí, lo he arreglado con la dirección del hospital. Y aunque al principio el doctor Salvatore Conti se mostró reacio a que el paciente recibiera a personas ajenas a su familia, ha accedido a que lo veamos unos minutos después de una llamada de mi superior —le contó, ensalzando los esfuerzos realizados—. Además, el Vaticano figura como uno de los tutores y responsables de su ingreso aquí. Así que está todo solucionado.

El seminarista lo guiaba a través de los diversos pasillos, amplios e iluminados, hasta la habitación de Luca Torresan, el vidente secuestrado por la secta hacía unos meses. El padre Carlos albergaba la esperanza de que el joven pudiera arrojar más luz a los hechos que condujeron a su rapto y, sobre todo, a la extracción de su llave, necesaria para los planes de esos cuatro locos, quienes ahora permanecían encarcelados y pendientes de juicio.

—Los médicos hablan de un despertar sin precedentes. Abrió los ojos y de inmediato quiso levantarse. Las enfermeras se lo impidieron debido a las escasas fuerzas que tenía. Y ayer ya lo trasladaron a esta habitación, donde recibió a sus padres, todavía atónitos con la noticia. Está recuperándose bastante bien, aunque me han comentado que no habla mucho.

Al entrar, el sacerdote descubrió a un muchacho demacrado, casi en los huesos, sentado junto a la ventana y con la mirada perdida en el vasto jardín del exterior. Tenía los cabellos alborotados y su cuerpo estaba cubierto con una ligera bata de hospital, a pesar del frío que reinaba en la ciudad. Una enfermera menuda lo invitó a tomar asiento frente al joven y abandonó la estancia con la bandeja del desayuno. Prudente, Luis prefirió mantenerse en un lugar discreto, a varios pasos de la puerta para no interferir en el interrogatorio, gesto que agradeció el padre Carlos.

—*Ciao, Luca! Mi hanno detto che oggi ti senti bene.*[3]

El sacerdote reparó en los ojos vacíos del vidente, desprovistos de ese brillo tan característico de su gremio. El joven no se inmutó con sus palabras, solo observaba el cielo infinito como si hubiera alcanzado una paz inaccesible para el resto de los mortales. El padre Carlos le sonrió y lo acompañó en su silencio sagrado durante varios minutos, rezando en voz baja mientras analizaba cada mínimo gesto que pudiera desprenderse de él.

—*Sono qui per aiutarti* —insistió el sacerdote, indicándole que estaba allí para ayudarlo.

Por primera vez, Luca indagó en su rostro con una aguda curiosidad. Lo estudiaba como si fuera una cobaya; quizá estuviera

leyendo sus intenciones como buen vidente que continuaba siendo. El padre Carlos estaba convencido de que el muchacho mantenía intacto su don, a pesar de que la llave fuera extraída de una parte recóndita de su alma.

—*Lei non puó fare niente* —sentenció tras una exploración.

El hombre se revolvió en el asiento al escuchar que él no podría hacer nada para ayudarlo. Aun así, no desistió. No podía perder al único testigo presencial de los actos desquiciados de ese grupo radical. Si Luca volvía al silencio, lo perdería, jamás volvería a hablar. Quizá sacudiendo su mente, haciéndolo regresar a esa experiencia tan traumática, lograría respuestas efectivas. Por eso decidió ir al grano:

—*Luca, questo é molto importante. Erano solo quattro quelli che ti hanno rapito?*[4]

Al principio, el vidente pareció ignorar su pregunta. Examinaba el techo como un experto arquitecto, y luego posó su mirada fría en él.

—*Quattro?* —rio el muchacho—. *Lei non capisce niente... Uno! Uno! Uno!*[5] —exclamó, golpeándose la sien con el puño cada vez que se refería al número.

El padre Carlos palideció al recordar las palabras del líder de la secta, Michele. También había insistido en que la secta estaba compuesta por una sola persona.

—*Lo sento quá dentro.* —Luca se llevó la mano al corazón. Después arrugó el camisón y trató de expulsar lo que creía tener en su interior —. *Mi parla!*[6]

—*Chi? Cosa ti dice?*[7] —El padre Carlos se acercó a él, ansioso por conocer la respuesta. ¿Por qué decía que lo sentía dentro? ¿Quién le hablaba al vidente? ¿Qué estaba diciéndole?

—*Il nuovo Dio! Janus é tornato!*[8] —Soltó una carcajada demente, cargada de rabia y frustración.

El sacerdote se mostró impasible ante el comportamiento enajenado del muchacho. Sabía que quería asustarlo, amedrentarlo, hacerlo abandonar la habitación. Sin embargo, el hombre ya se había enfrentado a situaciones similares y mantuvo una calma pasmosa, clavando su mirada certera en el rostro desencajado de Luca. Desde su posición, escuchaba la respiración agitada del seminarista, quien dudaba si avisar a una enfermera o esperar las indicaciones del cura.

—*Janus ti parla?*[9] —lo desafió el padre Carlos.

—*Pericolo! Pericolo! Pericolooo!*[10] —El vidente se incorporó, gritando por toda la estancia. Después, agarró al sacerdote por los hombros. Se acercó tanto a él que casi rozó con su pronunciada nariz su boca—. El Cazador quiere a Sofía.

El sacerdote estiró la comisura del labio y se reclinó en el asiento, impactado; quizá alterado.

—Luca, ¿hablas español?

Él negó con la cabeza mientras continuaba manteniéndolo acorralado, con las manos aferradas a los reposabrazos de la silla.

—*Io non parlo spagnolo. Ma Janus sì.*[11]

Se retiró muy despacio, liberando al cura de su encierro. Dos enfermeras entraron en la habitación alertadas por Luis y lo obligaron a meterse en la cama. Entre balbuceos y gimoteos continuos, el vidente cerró los ojos, olvidando lo acontecido, sumiéndose en un sueño plácido. Tras comprobar que el muchacho se encontraba en buen estado, el padre Carlos se despidió de las dos mujeres inclinando con gentileza la barbilla. En el pasillo lo esperaba un Luis ansioso, demasiado sobresaltado para digerir toda la información de golpe.

—¡Es evidente que está poseído! —concluyó mientras seguía las zancadas del sacerdote—. ¿Qué tenemos que hacer ahora?

—No está poseído —le respondió tajante.

—Pero ha hablado en una lengua extranjera para él. Según mis informes, ese chico no tiene ni idea de idiomas. Además, ha nombrado a un tal Janus, el posible demonio…

—Janus no es un demonio. Es un dios romano.

—Pero, entonces…, ¿qué está ocurriendo? ¿Por qué ha dicho todo eso? ¿Cree que ha tenido un brote psicótico?

El padre Carlos se detuvo y miró a su locuaz ayudante con firmeza.

—Continúa visitando al muchacho con regularidad por si decide contarnos algo más. Escribe en tu bloc de notas cada palabra, cada silencio que se permita hacer.

—¿Y usted adónde va?

—Vuelvo a España. Sofía está en peligro.

6

Visitantes

Taciturno, Rafael observaba los semblantes turbados de sus dos hijos. Hugo, cabizbajo y con los brazos cruzados, evitaba mirarlo a los ojos, y Oriol, con la espalda apoyada en la puerta, hacía vibrar sin control su pierna izquierda expresando su nerviosismo. León los acompañaba, tratando de reflejar un aire despreocupado y lleno de ánimo mientras caminaba de un lado a otro del comedor sin darles tregua a sus suelas. El fortachón gruñía de vez en cuando para liberar la tensión acumulada a la vez que hacía crujir su cuello al moverlo de un lado a otro. El viejo cazador, anclado en su silla, asistía sin quererlo al comienzo de una nueva hazaña, auspiciada por una serie de hechos, no tan fortuitos, que los obligaban a reunirse de nuevo.

Aguardaba impaciente la llegada de su amiga Edith, junto con Iris y la joven bruja, Sofía. Su hijo le había relatado el encuentro fugaz con ellas esa misma mañana: sueños idénticos, visiones de cuadrados y la aparición de diversos seres transparentes. Él había arrugado el rostro, alarmado, asimilando las nuevas noticias con tal respeto que durante unos segundos creyó no respirar. Después avisó a León para que acudiera de inmediato a su casa. Telefoneó al padre Carlos varias veces, sin obtener respuesta, aunque sí se alegró de poder contactar con Harry, quien asistiría a esa reunión improvisada a través de una videollamada. De nuevo, el equipo se ponía en marcha, y un sabor agridulce bañaba su paladar advirtiéndolo del peligro.

En cuanto llegaron las tres invitadas y se acomodaron, Rafael colocó el ordenador presidiendo la mesa e inició los trámites para que Harry ocupara toda la pantalla y así pudiera ser visto por todos. Para él pasaron desapercibidas las miradas cargadas de tensión entre los chicos. Iris continuaba dolida por la actitud de los cazadores, y tanto Oriol como Hugo trataban de disimular el considerable efecto que les producía la presencia de Sofía en su casa. Ella, mientras tanto, luchaba por centrarse en la misión que la había llevado hasta allí, evitando que su incomodidad la delatara.

—*Morning!* —los saludó el brujo inglés, quien apareció con el cabello repeinado hacia atrás mientras limpiaba con esmero sus gafas —. Me disculpo por no poder estar ahí. Hace dos días me vine a Londres para pasar las vacaciones de Navidad con mi hermana y sus hijos. Hoy me he levantado con ganas de pasear, pero hace un día de

perros. Niebla, lluvia, viento. ¡Un día muy típico londinense para estas fechas!

—Bueno, si te consuela, aquí hace un frío que pela —le dijo riendo Rafael—. El invierno ha empezado fuerte.

—¡Ah, Sofía! —exclamó el bibliotecario al reconocerla entre los demás—. Tenía que hablar contigo. No he podido indagar mucho sobre lo que me pediste. De momento, no he encontrado a ningún brujo puro. Conocí a uno hace unos años, pero no tengo su dirección. Son maniáticos y suelen esconderse para mantener su anonimato.

Todas las caras se dirigieron hacia ella exigiendo una aclaración. Todas excepto una. Hugo, quien había rehusado sentarse alrededor de la mesa, agachó la cabeza para ocultar su preocupación. Esperaba que la bruja no hubiese sido tan descuidada al pedirle ese favor al inglés sin inventarse una historia coherente.

—Gracias, Harry. —Sofía le sonrió y luego se dirigió a los curiosos presentes—: Está ayudándome a localizar a mi madre.

Mintió con una naturalidad que le resultó aterradora. Después acribilló a Hugo con una mirada profunda y hostil. La negativa del cazador a sincerarse con su familia estaba dándole quebraderos de cabeza. Ella odiaba las mentiras. ¡Las detestaba! Quizá porque toda su vida había sido tejida con una red de engaños para asegurarle un futuro prometedor, y poco a poco había descubierto todos los agujeros que había en ella y de los que no podría escapar. Llegó a la conclusión de que prefería la verdad, aunque fuera hiriente, que vivir en la ignorancia, en un falso sueño hilado por los demás para que jamás despertara.

Escuchó la voz de Harry de nuevo. Sus palabras rebotaban en su cabeza como una pelota de tenis contra un muro. Debía dejar de concentrarse en Hugo y atender al discurso del brujo si no quería perderse su intervención, siempre tan acertada y relevante.

—Así que he alertado a varios cazadores ingleses y les he pedido que me mantuvieran informado. —Hizo una pausa para revisar varias anotaciones—. Esta misma mañana he sabido de dos casos más en Inglaterra, uno en Mánchester y otro en Brighton, similares a los que vosotros estáis investigando: el cuadrado como símbolo del cazador dibujado en la pared de la habitación, y las víctimas también presentaban una rigidez extrema en sus articulaciones. Las dos parecían dormidas al ser atacadas y aparentaban una edad muy superior a la biológica. —León maldijo por lo bajo al tiempo que las venas de su yugular se ensanchaban—. Utilizando mis contactos, además puedo informar de que hay un caso en Suecia, otro en Alemania y un último en estudio en Francia. Todavía no tengo constancia de asesinatos similares en otros continentes. Aunque he lanzado una alerta internacional, ya sabéis que esto es muy difícil de

rastrear. —Suspiró angustiado—. Rafael, me temo que estamos ante otro incidente de ámbito mundial.

El viejo cazador no ocultó su pesar. Se frotaba la boca con un desasosiego palpable. Era consciente de las terribles repercusiones que tendría un nuevo alzamiento de la secta.

—No podemos abarcar todo el territorio. ¡Es imposible!

—La otra vez conseguimos detenerlos. Cazadores de otros países colaboraron en la búsqueda de esos dementes —les recordó Hugo—. ¡Que todos estén con los ojos bien abiertos!

—Hijo, ahora las víctimas son seres humanos normales y corrientes. La mayoría ni cree en la existencia de un más allá. Nosotros tuvimos la oportunidad de confinarnos, de reorganizarnos y mantenernos ocultos hasta que supimos cómo derrotar a la Sombra. En cambio, esta vez, cualquiera puede ser un objetivo. No tenemos ni idea de por dónde empezar.

—Lo primero es individuar al ente —intervino Oriol—. Si conocemos cómo actúa, cómo elige a sus víctimas, quizá podamos adelantarnos a sus intenciones. Además, sabremos escoger el arma perfecta para acabar con él.

—Estás pensando como un cazador, como es natural —objetó Iris—. La verdadera raíz del problema es esa secta. Tenemos que localizarla, averiguar dónde se ocultan esta vez.

—Olvidas que la vez anterior contamos con el factor sorpresa —le rebatió Hugo—. Esos pardillos no esperaban que Sofía y tú os atrevierais a hacer un astral con la Sombra pisándonos los talones. Esta vez estarán más preparados.

—¿Y qué hay de la llave del cazador? —insistió la vidente—. Oriol ya nos ha explicado que esa cosa intenta que todos vosotros salgáis en su busca para así individuar a la persona que la posee. Por lo que yo sé, el cazador elegido podría estar en Hungría, en Paraguay o en la Conchinchina, y nosotros no podremos hacer nada. Pero si localizamos a la secta, podríamos no solo acabar con ellos de nuevo, sino tantearlos para conocer si tienen alguna pista sobre las llaves restantes y así proteger a los portadores. Por ahora sabemos que Sofía tiene una de ellas, pero ¿y las otras dos?

—¡No tengo ningún interés en la llave del demonio! —protestó Hugo, acercándose a la mesa y desafiando a su amiga—. Por mí pueden arrancarle el corazón a ese bicho y freírlo después en aceite consagrado. ¡Me importa un carajo!

—¡Pues no deberías! —Iris se incorporó, se apoyó en la mesa y se inclinó hacia él con actitud retadora—. Si encuentran esa llave, estarán a un paso de lograr sus objetivos.

—¡Venga ya! ¡Nadie va a abrir las puertas del Cielo! Esos chalados viven en una fantasía irrealizable, por mucho que aparezcan las

instrucciones en un estúpido libro.

—¡Basta! —Rafael echó la cabeza hacia atrás y soltó una larga exhalación—. Así no vamos a llegar a ningún lado. Todas vuestras ideas son igual de válidas. Podríamos iniciar varias líneas de investigación a la vez. ¿Tú qué opinas, Edith?

La vidente, quien había permanecido en silencio ahondando entre sus propios recuerdos, retiró las gafas oscuras de sus ojos, mostrándoles a todos las cicatrices de una lucha que había perdido pero que la había hecho más fuerte, más consciente del don que poseía.

—Esto no es un juego. A esa gente no le importa matar para alcanzar su fin. Se permiten invocar a seres oscuros utilizando un libro antiquísimo y lleno de poder. Me da igual si se trata de una quimera absurda o de si jamás lograrán abrir esas puertas. Lo importante es el camino que están recorriendo para ello y todas las personas que deben morir para alcanzar su propósito. —Hizo una pausa para constatar que todos prestaban atención a sus palabras—. Sí, debemos matar a una bestia. Sí, tenemos que ubicar a esa secta de nuevo en un mapa. ¡Y sí, por supuesto que vamos a impedir que esos locos se hagan con otra de las llaves! Ya poseen la de mi gremio, y a saber qué pueden estar haciendo con ella. Tenemos tres frentes abiertos, y yo voy a ayudar haciendo lo mejor que se me da: encontrar a esos fanáticos. No les tengo miedo. Y tampoco podemos permitir que nuestras diferencias abran brechas incurables en el equipo. Durante mucho tiempo, brujos, cazadores y videntes hemos colaborado para erradicar a los demonios de la Tierra. ¡Y esto es lo que vamos a seguir haciendo! ¡No quiero peleas en este grupo!

La alegría de Rafael se reflejó de inmediato en su rostro. Las comisuras de sus labios se estiraron hasta no poder controlar una sonrisa interior, la cual clamaba por manifestarse. ¡Su vieja amiga había regresado! Su vitalidad, su fuerza y su coraje volvían a emerger tras unos meses sombríos, llenos de dudas y desesperación. Ella era una de las mejores videntes en activo que conocía, y no solo por sus capacidades extraordinarias, sino por su instinto natural poco frecuente. Por supuesto, confiaba en sus visiones, pero también en su olfato detectivesco.

—Lo siento, mamá. —Iris le estampó un beso en la mejilla—. Eres la mejor.

—Edith, no pretendía ser maleducado. Creo que este caso está alterándome demasiado. —se disculpó Hugo, ante el asombro de su hermano, quien rara vez lo había visto mostrar arrepentimiento. Sin embargo, el cazador estimaba a la vidente, respetaba sus métodos y apreciaba su labor de consejera.

—Está alterándonos a todos —dijo Rafael, arrugando la frente—.

Nadie quiere revivir los acontecimientos de hace unos meses. Tenemos que iniciar la investigación con los pocos datos con los que contamos. Edith, tú te encargarás entonces de la secta. Si quieres, Iris, puedes ayudar a tu madre en su localización. —La joven agrandó sus ojos felinos y asintió—. Nosotros tenemos que averiguar a qué clase de ser nos enfrentamos. Sigo pensando que debe tratarse de visitantes de dormitorio.

—¿Qué son esos visitantes? —preguntó Sofía, arqueando las cejas.

Los cazadores cruzaron miradas entre ellos, decidiendo quién debía instruir a la bruja novata en esa labor poco gratificante, mientras esta aguardaba expectante.

—Circulan muchas historias sobre esos seres en todo el mundo —le respondió Oriol, ejerciendo de profesor—. Algunos creen que son extraterrestres que te visitan por la noche para experimentar contigo. Hay muchos libros que se refieren a este hecho y a las temidas abducciones. —Boquiabierta, Sofía atendía a las explicaciones del chico con incredulidad—. Otros hablan de apariciones de seres queridos que han fallecido y que necesitan dar un mensaje. Después están los científicos, en una línea más racional, quienes vinculan estos fenómenos donde la víctima se encuentra postrada en la cama y sin poder moverse, con los terrores nocturnos o parálisis del sueño. Afirman que se trata de estados alterados de la mente en los que surgen alucinaciones, quizá por cansancio, estrés o algún trauma no superado. Sin embargo, los más temerosos dicen que son íncubos —reveló, contrayendo una mueca de disgusto.

La bruja frunció el ceño sin comprender del todo. ¿Íncubos? ¿No provenía la parte demoníaca de Oriol de ese ser del inframundo?

Hugo se adelantó a sus conclusiones:

—Sí, un íncubo, como Oriol. Esos pirados creen que son entes demoníacos que se introducen en tu habitación para seducir a sus víctimas y «copular» —dijo riéndose del término— con ellas. ¿Te imaginas a mi hermanito colándose en los dormitorios de mujeres hermosas aprovechándose de sus feromonas para dejarlas seminconscientes?

Oriol lanzó un suspiro cansino.

—La verdad es que no —le respondió Sofía tajante, no queriendo continuar con la broma—. Pero... ¿vosotros qué pensáis que son?

—Bueno, muchas veces son simplemente eso: familiares que tratan de llamar tu atención de alguna manera y entran en contacto con sus allegados en el momento en el que estos se encuentran más relajados —continuó Rafael con la aclaración—. Existe un período de la noche donde, sin quererlo, conectamos con los diferentes planos de existencia. Y eso provoca confusión y mucho pavor. Los espíritus de estos familiares no son dañinos, aunque pueden provocar en la

persona miedo. —Rafael se retiró de la mesa y hundió la mirada en sus piernas lisiadas—. Los más peligrosos son aquellos que irrumpen en el silencio de la noche. Se pasean por tu alcoba, estudiándote, observando tu respiración mientras duermes. A veces vienen solos; otras, acompañados de más seres oscuros. Se colocan a los pies de tu cama e interfieren en tus sueños, manipulándolos, convenciéndote de que todo lo que ves es real. Aguardan con cautela a que despiertes de la pesadilla, y entonces, al abrir los ojos, los ves sonriéndote desde los pies de tu cama. Tratas de moverte, de incorporarte, pero no puedes. Intentas pedir auxilio, y tu voz se apaga en tu garganta antes de emitir sonido alguno. Te paralizan en un lugar donde siempre te has sentido seguro: ¡en tu propia cama! Y ya no tienes escapatoria. Se alimentan de tu miedo, de tu indefensión. Se atreven a colocarse flotando encima de ti. Es en ese momento cuando puedes contemplar su rostro demacrado, deformado. Hasta entonces, su cara ha sido solo un borrón que no puedes apreciar. Sin embargo, a un palmo de su nariz torcida, sabes que cualquier intento de huir será en vano. Y cuando tu pulso se dispara y dejas de sentir tu respiración, ellos se desvanecen, no dejando rastro de su presencia más que la huella del terror grabada en tu piel.

Sofía, quien había permanecido quieta, sin mover un músculo, tragó saliva para despejar su garganta antes de hablar:

—Pero ¿a usted...? —Quiso señalar su silla de ruedas, pero no se atrevió—. Ha dicho que se van sin herir a nadie.

—No suelen infligir un daño físico, a no ser que seas una amenaza para ellos —le respondió antes de que terminara de formular esa incómoda pregunta—. Yo estaba cazando a ese ser. Enterró sus garras en mis piernas y ya no he vuelto a moverlas.

Hugo desvió la mirada hacia la puerta. Había escuchado ese relato unas cien veces y se negaba a contemplar de nuevo las secuelas surgidas de ese enfrentamiento, ya que le recordaban que un cazador, a pesar de su destreza y su fuerza, era tan mortal como el resto de los humanos. Después de ese ataque, la actitud desafiante e impetuosa de su padre había mermado. Ahora Rafael era mucho más cuidadoso y reflexivo. Quería evitar que ningún miembro de su familia sufriese un castigo semejante por su arrogancia.

—¿Y por qué esta vez asesinan? —Iris lanzó la pregunta al aire, aguardando a que alguien la recogiera y disipara sus dudas—. Si siempre se han alimentado del miedo, ¿por qué han cambiado? Vosotros dijisteis que las víctimas parecían haber envejecido, como si les absorbieran la energía vital.

—Eso sin olvidar la sangre —apuntó Sofía—. ¿Estáis seguros de que se trata de visitantes de alcoba? Yo los vi y eran transparentes.

Confundido, Rafael arrugó el rostro y buscó amparo en el brujo

inglés, quien todavía estaba perplejo por todas las revelaciones que estaba escuchando en esa improvisada convocatoria.

—Puedo investigar —sugirió al sentirse aludido—. Buscaré en los libros a cualquier ser que reúna esas características. Pero va a ser muy complicado. Jamás he oído hablar de un ente tan meticuloso y con tantas aptitudes. Y juro que he leído mis libros una docena de veces.

—Haz lo que puedas, Harry —lo animó Edith—. Estoy segura de que encontrarás algo que nos ayude.

—Hay más. —Todas las miradas se centraron en León, no muy proclive a intervenir en asambleas o expresar su opinión ante un grupo numeroso—. Un amigo me ha confirmado que la primera víctima apareció muy cerca de la cueva de Salamanca. Hay una leyenda que cuenta que el mismísimo diablo impartió clases de nigromancia y otras artes oscuras allí. Siempre escogía a siete alumnos durante siete años, y una vez terminados sus estudios, elegía a uno de ellos para que se quedase junto a él.

—¡Joder, Oriol! Tenías razón: tres víctimas, tres lugares marcados con historias sobrenaturales. —Hugo se llevó las manos a la cabeza, impotente.

—Bueno, ya sabemos por dónde comenzar —propuso el viejo cazador—. Haremos una lista con todas las ciudades o pueblos de España que tengan una leyenda oscura, donde se hable de demonios o criaturas del inframundo. Pondremos en aviso a todos los cazadores más próximos a esa zona y trataremos de impedir un nuevo ataque.

Hugo expresó su malestar en voz alta:

—¿Sabes cuántos pueblos de esos existen en España? ¿Estás loco? ¡No terminaremos nunca!

—Hijo, sé que prefieres el trabajo de campo. —Se encogió de hombros—. De momento, es todo lo que tenemos. Así que pidamos unas *pizzas*, que empiezo a estar hambriento, e hincaremos los codos hasta que nos salgan llagas. Elaboraremos esa lista para el resto de los cazadores.

—Yo hablaré con mis paisanos para que vayan haciendo lo mismo —señaló Harry.

Después de comer, Sofía salió al pequeño jardín de la entrada para coger aire. A pesar del frío, necesitaba despejarse, aclarar sus ideas antes de iniciar una investigación en la que a ella ni siquiera le habían asignado una misión. Aunque en ese instante, poco le importaba. Su presencia allí incomodaba a los hermanos de un modo u otro, y ella no quería dejarse arrastrar por sentimientos poco útiles o que la distrajeran del caso. ¡Seguía poseyendo la llave de los brujos! Y puede

que ahora esos locos fanáticos estuvieran centrándose en la pieza de los cazadores. Sin embargo, era consciente de que en cualquier momento vendrían a por ella. En lo más oscuro de la noche, uno de esos seres entraría en su habitación, sin hacer ruido, envuelto en un silencio mortuorio, y la cogería desprevenida. ¿Cómo iba a dormir tranquila?

Sintió el calor de unos brazos rodeándola por la espalda, ofreciéndole un amparo anhelado. Iris le guiñó un ojo y la animó a pisar el césped poco cuidado.

—¡Qué alegría que estés aquí! Aunque sea por este embrollo chungo.

—Sí, serán otras vacaciones de infarto. ¿Por qué será que siempre vienen a incordiar cuando puedo descansar y dedicarme a engordar en casa mientras veo mis series de televisión favoritas?

—Les gusta fastidiar.

Hugo asomó la cabeza desde la puerta y pronto se reunió con las chicas.

—¡Una tarde infernal! Eso es lo que nos espera. Datos, más datos y coger apuntes sin levantar el trasero de la silla.

—¿Dónde está Oriol? —Iris esperaba que de un momento a otro se presentase allí.

—Ayudando a Rafael a organizar todo el tinglado: portátiles, libros y la fotocopiadora, por si la necesitamos. Detesto esta parte de la búsqueda. Esos seres podrían estar acechando ya a su nueva víctima.

—Tampoco hay mucho más que podamos hacer. —Sofía lo obligó a mirarla a los ojos, y aunque durante unos segundos quedó atrapado por su brillo añil, pronto la ignoró y dirigió su mirada a Iris.

—¡A mí no me mires! —le dijo esta—. Yo voy a acompañar a mi madre a casa para que se eche un rato, recupere energías y después a ayudarla con el rastreo. Es mejor que esté presente, nunca se sabe.

La vidente se dio media vuelta, se encaminó hacia la entrada y se despidió de ambos con la mano. Sofía quiso seguirla, pues no tenía intención de iniciar una discusión ya previsible con Hugo. Pero antes de que ella pudiera dar un paso, este la encañonó con la mirada mientras extraía un cigarrillo de su chaqueta.

—Así que invocaste a un ejército de hadas para que se enfrentaran al monstruo. Creo que aquí infravaloran tus capacidades.

—¿Desde cuándo fumas? —Ignoró su comentario cínico.

—Desde que mi vida es un asco. —Le sonrió con picardía.

—¿Y ese humo tóxico no contamina tus glóbulos rojos «puros»?

Hugo soltó una sonora carcajada y expulsó una nube gris de su boca. Sofía tosió, exagerando los efectos que el tabaco le producía.

—No me gusta que estés aquí —admitió él tras una nueva calada

al cigarro—. Habría preferido que te quedases en tu casita comiendo polvorones y bebiéndote un refresco *light*. Deberías haberte centrado en la misión de localizar a tu madre o encontrar a alguien en grado de deshacer… ya sabes qué.

—Gracias por tu sinceridad. La verdad es que nunca lo habría imaginado después de tantas miradas inquisitivas mientras estábamos reunidos.

—No entiendes nada —continuó—. Aquí estás en peligro y yo no puedo cubrirte las espaldas siempre que lo necesites. Si vamos a por ese ente maligno, este no dudará en tratar de quitarnos de en medio. Estarías mejor lejos de nosotros.

Indignada, Sofía mostró su desacuerdo con una mueca cargada de hostilidad.

—Conecté con esos bichos a través de un astral. Todavía no sé si fui yo o ellos los que se encargaron de que no me perdiera su espectáculo. ¿De verdad crees que estaría segura en mi casa? ¿Crees que pondría en riesgo a mi familia de nuevo? —Con los brazos en jarra, soltó un bufido—. Yo no quería que me invitaran a esta fiesta, pero, mira, ¡soy una llave!… Dondequiera que vaya, seré un objetivo. ¡Tengo una diana colocada en la frente!

Hugo agachó la cabeza y estrujó entre sus dedos la mísera colilla, la cual colgaba de sus labios como el gajo roto de una hermosa flor. Después se enjuagó la boca con su propia saliva, queriendo disipar el agrio sabor que le había dejado el cigarrillo.

—¿Y qué pasará conmigo si a ti te ocurre algo? —preguntó en voz baja, como si se avergonzase de revelarle sus temores.

—¿A qué te refieres? —Sofía enarcó las cejas, confusa.

—Sigo con vida gracias a tu hechizo. Me guste o no, tengo sangre tuya corriendo por mis venas. Si tú mueres, ¿moriría yo también? ¿Ese conjuro se rompería sin más, sin ningún efecto colateral, o destruiría ese vínculo que creaste y por lo tanto terminaría desangrado en cualquier rincón de la ciudad?

Desconcertada, se acercó a él y apoyó la mano en su brazo, queriendo así regalarle un consuelo que ni ella misma encontraba. ¿Así que era eso lo que le preocupaba? Ni sombras, ni sectas, ni llaves, sino el maldito hechizo.

—No tengo ni la menor idea —le confesó—. Desconozco las consecuencias de ese conjuro. Quizá deberíamos hablar con Harry. Él conoce muchos hechizos ancestrales, y puede que…

—¡No! ¡Nadie debe saberlo!

Ofendida por su autoritarismo, Sofía retiró la mano que pretendía aliviarlo y frunció el ceño, enojada. Hugo entornó los párpados y contuvo un leve suspiro que no llegó a desahogar su frustración. A pesar de la chaqueta, había sentido el roce de su piel, el calor que

emanaba de ella, y aunque detestaba admitirlo, había disfrutado de ese breve contacto. Fugaz pero reconfortante.

—No tienes que preocuparte por mí —le dijo ella con desdén—. No pienso morirme pronto.

—¿Interrumpo algo? —Oriol apareció con un semblante cargado de satisfacción.

—No, toda tuya. —Hugo se alejó sin mirar a nadie, ignorando la súbita presencia de su hermano y el rostro afectado de Sofía.

Apenas unos segundos después, Iris ayudaba a su madre a descender los dos escalones que separaban la entrada del reducido jardín. Era un buen barrio; tranquilo, poco transitado y repleto de casas residenciales, todas con su propio patio o césped bien delimitado. De vez en cuando, algún vecino salía al exterior para pasear al perro o desaparecía con su vehículo después de introducirse en él; aunque Sofía entendía que muchos prefiriesen resguardarse del frío en el interior de sus hogares, con la calefacción encendida y una buena infusión de la que disfrutar. Así que cuando divisó a las dos videntes, se alegró de volver a casa con ellas.

—Bien, yo ya me voy —anunció cuando la alcanzaron.

—Puedes quedarte si quieres y ayudarnos con la búsqueda —le ofreció Oriol—. No voy a mentirte, es un trabajo aburrido y nada remunerado. ¿Qué me dices? Después puedo llevarte yo.

Abrió los ojos de par en par e intentó buscar una excusa que sonara convincente. Sin embargo, por más que escudriñara en su mente, no encontraba nada con lo que poder salir airosa de esa situación. Miró entonces a Iris, quien se encogía de hombros y la instaba a que tomase una decisión.

—Por mí no hay problema —dijo Edith—. Yo necesito descansar un rato y recobrar energías antes de intentar visualizar dónde se esconden esos locos.

Acorralada, volvió a entrar en el comedor con un enorme agujero en el estómago. En él, descubrió una mesa repleta de folios, rotuladores de varios colores, bolígrafos, una pila de libros y varios mapas de España. Oriol se había esmerado en transformar una apacible estancia de una casa de un barrio normal en un campamento de logística digno de una cuadrilla de militares.

Se sentó junto a ellos sin decir una palabra, pero pronto su incomodidad la llevó a disculparse y trasladarse a la cocina. Allí encontró el refugio que necesitaba, sin miradas incisivas ni rostros contrariados. Los cuatro cazadores junto con la pequeña Ariadna se bastaban solitos para localizar los puntos estratégicos donde se produciría un nuevo ataque. Hugo y Oriol buscaban zonas afectadas por fenómenos paranormales; Ariadna las señalaba con una X en el mapa de España; Rafael las apuntaba por fecha y gravedad en un

papel mientras buscaba una relación, y León llamaba a los cazadores más cercanos para confirmar esos hechos y alertarlos de la amenaza. Ella sobraba, y no comprendía por qué Oriol había insistido tanto en que se quedase. A pesar de lo sucedido en el monasterio y de la valía que había demostrado, seguían excluyéndola de sus planes. Puede que Iris tuviera razón: el gremio de los cazadores era un círculo cerrado y receloso. Y dado que no quería quedarse con los brazos cruzados mientras todos trabajaban de alguna manera en el caso, decidió que ella misma iniciaría su propia investigación. No contaba con un portátil, pero sí con su móvil para buscar cualquier información que circulara por la red. Después se dedicaría a contrastarla con la ayuda del brujo inglés.

De momento se habían producido tres ataques en tres localidades tan dispares como lejanas entre sí: Cazorla, Saucedilla y Salamanca. La única conexión entre ellas era que circulaban historias o leyendas sobre seres oscuros. Era evidente que alguien dirigía a esos entes traslúcidos hacia esas zonas a propósito. ¿Por qué? ¿Acaso era más fácil atacar en lugares con una impronta sobrenatural ya definida?

Estudió las apariciones misteriosas de Saucedilla y la leyenda oscura de Cazorla. No obstante, quiso centrarse en el caso de Salamanca, ya que los cazadores no se habían desplazado a esa ciudad. León había mencionado que el diablo había impartido clases allí, incluso Cervantes se hizo eco de esta leyenda en uno de sus entremeses literarios. Por lo que ella sabía, el término «diablo» era demasiado genérico y amplio. Durante sus clases con Harry, aprendió que existía una jerarquía de demonios al igual que de ángeles que todo brujo debía conocer. Y que Satanás, Lucifer o Belcebú no encarnaban al mismo ser. Eran demonios diferentes, con cualidades y habilidades distintas. ¿A quién se le atribuía la labor de maestro del mal en esa cueva?

Por fin, después de casi una hora sin descanso y descartando nombres, como el mitológico Hércules y una cabeza de cabrío a la que llamaban Bafomet, un demonio más oscuro apareció en su pantalla: Asmodeo.

Es uno de los siete príncipes del infierno, representado por uno de los pecados capitales: la lujuria. Incita a la infidelidad en noviazgos y matrimonios, pervirtiendo los deseos carnales de los humanos y haciendo que las almas sean así condenadas.

Sofía continuó leyendo varios fragmentos, en los que se relataban las hazañas del demonio como en el libro de Tobías o en el testamento

de Salomón.

Mi negocio es conspirar contra los recién casados para que no se conozcan. Yo los quebraré con varias calamidades. Me arrebata la belleza de las vírgenes y anhelo sus corazones.

Se echó hacia atrás alzando la barbilla y descansó sus hombros en el respaldar de la silla. Asmodeo era el demonio de la lujuria, y eso no lo relacionaba en absoluto con los seres con los que se había tropezado en esa casa. No tenía nada que ver con los temidos visitantes de dormitorios. Nada.

De repente, se incorporó mientras su mente trabajaba a la velocidad de la luz: «A no ser… que cuente con un ejército de íncubos a sus órdenes». Oriol lo había mencionado esa misma mañana. Existía una teoría que implicaba a los íncubos en esas incursiones a las alcobas por un deseo meramente sexual. Ella se lo había preguntado antes, una idea que le rondaba la cabeza pero que no había sido capaz de verbalizar. ¿Cómo era posible que una secta pudiese invocar y dominar a una docena de entes a la vez? ¿Tan buenos eran? Harry, hablando de la Sombra, le había explicado que controlar a un ser y someterlo a tus deseos no solo era arriesgado, sino muy complicado. Normalmente, la presa se convertía luego en verdugo. A los seres oscuros les indignaba que los atasen, que les pusieran una correa en el cuello, y terminaban rebelándose contra su dueño. Sofía sonrió, victoriosa. No, esa secta no controlaba a una cuadrilla de seres. ¡Habían invocado a un demonio, y este contaba con su propia milicia de oscuros!

7

Acechador

Todavía disfrutaba de su pequeña victoria, anotando en un folio arrugado sus ideas descabelladas, cuando Oriol irrumpió en la cocina con cierto aire de preocupación. Sin embargo, no le desveló el motivo de su inquietud. El cazador se limitó a apretar los labios y a mirarla con condescendencia.

—Se está haciendo tarde. Será mejor que nos vayamos.

Sofía se guardó en el bolsillo el papel donde había escrito sus observaciones. Después se abotonó el abrigo con premura y se colocó la bufanda alrededor del cuello. Ella tampoco dijo nada. Se encaminaron hacia la salida sin ser capaces de aludir a sus respectivos avances en la investigación. Al cruzar el patio, Sofía se resguardó las manos en el interior del abrigo y se maldijo por haberse olvidado de los guantes en casa de Iris. Ella no estaba acostumbrada a un invierno tan crudo. Sus dedos parecían encogerse; su piel, estirarse hasta sentir que se resquebrajaba, y sus labios, resecos, debían lucir un color violáceo semejante al de los difuntos.

La casa de su amiga no distaba mucho de allí, a apenas dos calles más arriba de la de los cazadores. En un principio, Sofía pensó que no era necesario que nadie la acompañara, pues el camino era fácil de recordar. Pero al contemplar la noche sombría, cubierta de nubes inciertas impidiendo apreciar el brillo de las estrellas en el cielo, y la calle alumbrada por unas farolas endebles, impotentes por no poder presumir de una luz asombrosa, temió desorientarse y terminar su recorrido en los límites de un bosque hambriento.

Apenas se habían alejado dos metros de la casa cuando Oriol decidió romper un silencio embarazoso, demasiado cargante para lo que habían vivido los dos juntos tan solo unos meses atrás:

—Creo que no fue una buena idea pedirte que te quedaras a ayudarnos. —Hizo una pausa, esperando una reacción en ella que nunca llegó—. Unas cuantas veces estuve a punto de aparecer en la cocina y traerte de vuelta. Nunca quise que pasaras una tarde aburrida contando azulejos.

—¡Oh, no te tortures! Podría haber sido peor —le dijo sin detener el paso, sin tan siquiera mirarlo a la cara.

Oriol suspiró varias veces. ¿Por qué le costaba tanto iniciar una simple conversación con ella? ¿Por qué de repente la joven bruja

conseguía intimidarlo de una forma que jamás había experimentado? Se mordió el labio inferior al tiempo que dudaba si confesarle sus inquietudes.

—No esperaba verte esta mañana en casa de Iris. Fue toda una sorpresa. Y fui incapaz de reaccionar.

—¿No me digas? Y habrías preferido que me quedase en Alicante, lejos de todo este caos. Así no te complicaría otra vez la vida —sentenció contundente.

—¡No, no! —La detuvo sujetándola por el brazo y clavó sus ojos repletos de centellas doradas en su rostro—. Pero ¿qué dices? ¡Con nosotros estás más segura! Aquí vamos a protegerte. ¿O acaso has olvidado que eres una llave?

Sofía bajó la mirada, ocultando un incipiente resentimiento que creía capaz de controlar. No estaba comportándose bien con Oriol. Lo ignoraba a propósito, evitaba intercambiar hasta un escueto saludo, y cuando lo hacía, las palabras se desprendían de su boca en un tono cortante y nada cordial. Sí, estaba dolida, no podía negarlo, pero quizá debía dejar a un lado su desazón y colaborar más para hallar a los culpables de toda esa situación: la secta.

Las gotas de lluvia irrumpieron en la noche como las lágrimas que habría querido derramar. Se deslizaron por su rostro invadiendo sus mejillas, humedeciéndolas hasta sentir su gélido recibimiento en la ciudad. Precavido, el cazador abrió el paraguas que se había apresurado a coger antes de salir y luego negó con la cabeza.

—Comprendo que seas esquiva conmigo. Dejé de hablarte sin más porque pensé que era lo mejor para ti. —Perpleja, ella abrió los ojos de par en par—. No quería esta vida para ti, llena de peligros y amenazas constantes. Te mereces algo mejor. Cuando se cae en este pozo, ya es imposible salir... Y pensé que estaba dándote una oportunidad de huir, una vía de escape, una opción de caminar por otro sendero no tan arriesgado. Yo no te convengo.

—¡Oh, Dios mío! Te pareces a mi madre hablando. —Apartó sus dedos de un manotazo y continuó caminando.

—Sabía que no lo entenderías. Tú ya la has visto. Hay una parte oscura dentro de mí, una bestia que toma el control cuando se siente acorralada.

—¡Ya hemos hablado de eso! Tú mismo me dijiste que yo atajaba a ese demonio, que era la única que conseguía apaciguarlo.

Oriol agachó la cabeza y se quedó anclado en la acera, observando cómo las gotas de agua caían desde el borde del paraguas y se precipitaban contra el suelo.

—Por favor, entiéndeme...

—¡¿Qué tengo que entender?! ¡¿Que tú tomaste una decisión que me correspondía a mí sin consultarme?! —Retrocedió y se encaró con

él sin importarle las escasas personas que aligeraban su marcha para llegar a casa—. ¿Pensaste en llamarme alguna vez para explicarme toda esta parrafada, o me lo cuentas ahora porque me tienes delante? ¡¿Quién te crees que eres?! En el mundo real, las cosas no funcionan así. Que a ti te haya ido bien hasta ahora manipulando y controlando con tus feromonas a tus amantes, alejándolas de ti cuando ya no te convenían, no significa que no sean hechos condenables. ¡Existe el diálogo! ¡La opinión de la otra persona y sus sentimientos!

—Estoy disculpándome contigo.

—¡Pues no lo parece! Más bien tu discurso ha sido una justificación de tus actos. ¿O es que no pensaste que no respondiendo a mis mensajes ni contestando a mis llamadas no me hacías daño? ¡Porque lo has hecho!

De pronto, los ojos añiles de Sofía se iluminaron. Se sintió algo mareada y temió desplomarse allí mismo. En cambio, logró mantener el equilibrio. Parpadeó varias veces, tratando de acostumbrarse al inusual centelleo de sus pupilas, y fue entonces cuando se percató de que Oriol permanecía inmóvil, con una mano aferrada al mango del paraguas y la otra semialzada, como si hubiese querido estirarla para advertirla de algo. Miró hacia arriba y, sorprendida, descubrió miles de gotitas de agua paralizadas, suspendidas en el aire, sin finalizar su periplo hacia la tierra. Volvió la vista atrás y contempló a un hombre con un chubasquero. Su aliento estaba congelado, y sus miembros, los cuales estaban ejercitándose mientras corría, contenidos. Más allá, distinguió un vehículo parado en el preciso momento que atravesaba un charco. Las salpicaduras parecían una ola sucia y compacta, inmovilizadas antes de estrellarse contra el suelo. ¡Había detenido el tiempo! «Oh, Dios, he vuelto a hacerlo».

Agitada, apretó los dientes, esperando que el efecto de su impulso desbocado pasase pronto y todo volviera a la normalidad. No tenía ni idea de cómo lo había hecho, y menos de cómo finalizarlo. Miraba de un lado a otro, observando las consecuencias de su poder: un perro con la pata levantada antes de orinar, su dueño tirando de la correa para evitar empaparse más, una puerta entreabierta por la cual asomaba una pierna y algunos paraguas en las aceras recibiendo el impacto de la lluvia.

Y de repente, al otro lado de la calle, en la esquina de un pasadizo oscuro, algo se movió. Al principio pensó que esos interminables segundos ya habían pasado, que la vida se reiniciaba de nuevo. Sin embargo, no fue así. Había alguien observándola unos cuantos metros más allá. No lograba distinguir de quién se trataba, pero tuvo miedo. ¿Por qué esa persona sí conseguía desplazarse con naturalidad? Quizá se había adentrado en la calle después de que ella paralizase el tiempo. Puede que su impacto no afectase a un área tan grande y

cualquiera que proviniese de otro lugar pudiese contemplar su mágica obra.

Durante unos segundos lo miró aterrada. El individuo parecía tan perplejo como ella. No obstante, no salió corriendo, no gritó ni pidió auxilio. Se limitaba a examinarla, a retarla con una mirada acusatoria, y cuando creyó que ese hombre se esfumaría sin más, de repente, la señaló con el dedo. Sofía dio un brinco hacia atrás. ¿Y si esa persona no era alguien común? ¿Y si era inmune a su hechizo?

Aunque temblaba de arriba abajo, decidió ir tras esa figura enigmática. Presurosa, cruzó la calle sin apartar la vista del individuo. Este no retrocedió. Se quedó aguardando a su llegada. Ansioso. Anhelante. A medida que se aproximaba hacia él, más aterrorizada se encontraba. «¿Quién eres? —se preguntaba—. ¿Quién demonios eres?». El hombre mantenía su rostro oculto bajo un extraño sombrero. Sofía apenas podía distinguir sus facciones, pero sí apreció unas orejas puntiagudas que sobresalían de su singular gorro. Se protegía de la lluvia con una gabardina negra. Aun así, pudo discernir que no poseía un cuerpo fornido pero sí atlético.

Cuando apenas se hallaba a dos metros de él, se detuvo. Titubeante, pensó que quizá no había sido muy buena idea encararse con un ser desconocido. Sobre todo, si este permanecía bajo las sombras de una esquina poco iluminada y no hacía ningún gesto, ninguna señal para darse a conocer. A pesar de ello, se atrevió a mirarlo a los ojos cuando él alzó la barbilla. Para su sorpresa, ella se perdió en su reflejo amarillo antes de que pudiera reaccionar. Eran dos luceros, como el sol de mediodía. Cautivadores. Irresistibles.

De pronto, el tiempo volvió a su curso. Confuso, Oriol despertó de su encantamiento y descubrió que Sofía no estaba junto a él. La buscó desesperado, hasta que la localizó cerca de una bocacalle no muy lejos de allí. ¿Cómo se había desplazado tan rápido? ¿Qué diantres había sucedido?

—¡Sofía! ¡Sofía!

Soltando el paraguas, Oriol corrió hacia ella en el preciso instante en el que un hombre de su estatura estiró su brazo para sujetarla. Alertada por los gritos de Oriol, Sofía retrocedió y el misterioso individuo se internó en el callejón al distinguir al cazador acercándose a ellos.

—¿Estás bien? ¡¿Quién era ese?! —La abrazó con ímpetu, sin importarle lo que ella pudiera pensar. Había corrido hasta allí con el corazón en un puño, temiendo no poder alcanzarla, rezando para que no se desvaneciera en las tinieblas de la noche, porque no podría soportar la simple idea de perderla—. ¿Qué ha pasado?

—Estaba... acechándonos —logró balbucear—. Había alguien...

—¡Corre y no te pares! ¡Vuelve a casa y no salgas hasta que yo

llegue!

Todavía desconcertada, asintió repetidas veces y observó cómo Oriol se introducía en el pasaje oscuro tras el rastro del hombre misterioso. Después, ella se dirigió a la casa de los cazadores sin mirar atrás, sin detenerse. Corría bajo la lluvia incesante, la cual la golpeaba una y otra vez en la cara, impidiendo que viese con claridad su meta. Se quedó sin aliento, sin voz que expresara su angustia. No podía chillar ni llamar a nadie.

Empapada, aporreó la puerta de la entrada como si la vida se le escapase de las manos y no pudiera atraparla para suplicarle que no la abandonase, que era todavía joven y que aceptaba el destino que le habían marcado las estrellas. Cuando pensó que terminaría derribándola, por fin se abrió. Hugo la miró con semblante desencajado. Después buscó a su hermano, interrogante.

—¡Sofía! —exclamó con la respiración entrecortada.

—Oriol... Nos ha... encontrado...

—¿Por dónde se ha ido?

A pesar de las escuetas palabras de la bruja, Hugo había comprendido que se habían tropezado con alguien y que Oriol podría encontrarse en peligro. A duras penas, Sofía le señaló el camino y él partió impulsado por el viento, sin pestañear. Sus piernas volaban esquivando los charcos mientras se afanaba en extraer una navaja del bolsillo de su vaquero.

—Será mejor que entres —escuchó la voz de Rafael desde el interior. El hombre se encontraba en el pasillo, tratando de disimular sus manos temblorosas—. ¡Ariadna, trae unas toallas!

Ella volvió la vista atrás con la esperanza de atisbar a Hugo en medio de la noche, pero él ya había desaparecido.

Oriol no tardó en discernir la silueta del acechador al final del estrecho pasaje. Brincaba como un gato entre los cubos de basura, se deslizaba entre los vehículos estacionados y se adhería a las paredes de las casas ayudado por las farolas. ¡Ese tipo no corría! ¡Flotaba! A pesar de su destreza, el cazador no abandonó la persecución. Él también era ágil, veloz, y nunca se le había escapado una presa. Su parte demoníaca lo lanzaba como una jabalina en busca de su diana, su vista se agudizaba en la oscuridad y sus pulmones se ensanchaban hasta otorgarle una capacidad de oxigenación sobrehumana. No temía perder el aliento, ni tan siquiera prestaba atención a las aceleradas pulsaciones de su ritmo cardíaco. Le preocupaba que ese individuo no se cansase y continuara su fuga sin ninguna señal de desgaste.

Durante una milésima de segundo, lo perdió de vista. El hombre

había girado a la derecha con una asombrosa pericia. Se había acercado tanto a la esquina que Oriol llegó a pensar que se había mimetizado con ella. En cambio, varios minutos después, lo divisó trepando por una maltrecha verja que lo conduciría hasta un parque arbolado. El cazador debía impedir que saltase. Si lo lograba, podría internarse en una zona donde su rastreo sería más complicado. Así que Oriol subió al capó de un coche y luego a su techo, y desde allí inició un salto calculado que lo llevó hasta el acechador. Con la mano derecha, consiguió agarrar su gabardina y tiró de ella hasta que ambos cayeron al suelo.

El cazador sintió el impacto de su espalda contra el pavimento. Emitió un quejido breve. A continuación, percibió el peso del hombre misterioso sobre sus rodillas. ¡Lo tenía! ¡Lo había capturado! Sin embargo, antes de que pudiera encarcelarlo con sus enérgicas piernas, el tipo se incorporó de un salto. Perplejo, contempló cómo su gabardina húmeda ondeaba con la brisa proveniente del bosque. No pudo apreciar mucho más, porque antes de reiniciar su huida, se abalanzó sobre él y le propinó un fuerte puñetazo en la cara. Oriol trató de defenderse, pero se encontraba aturdido. Alzó los brazos y los cruzó, buscando una postura defensiva. Soportó entonces un intenso resquemor en su piel. El tipo había conseguido desgarrar su chaqueta y enterrarle las uñas en el brazo.

—¡Oriol!

Escuchó la voz de Hugo en la lejanía y después sus pasos aproximándose.

Tras un profundo gruñido, el individuo se apartó de él con brusquedad y oyó cómo de nuevo se encaramaba a la verja, para segundos después desaparecer.

Hugo se arrodilló junto a él. Con una mueca de disgusto, examinó su herida del brazo.

—Menos mal que sanas bien —dijo, ayudándolo a levantarse—. ¿Quién demonios era ese? ¿Y cómo ha conseguido derribarte?

—No tengo la menor idea. Desde luego, no creo que sea un miembro de la secta.

—Ni tampoco un ente transparente o algún espíritu. —Hugo recogió la navaja del suelo—. ¡Sangra! He conseguido rozarlo. Siempre es bueno llevar una de estas, ungidas en óleo santo, y mejor si la cuchilla es de plata. ¡Nunca se sabe!

Oriol avizoró el horizonte con desánimo.

—¡Maldita sea! ¡Se me ha escapado!

—¿Se te ha escapado? —le preguntó Hugo con sorna—. Si no llego, te hace papilla. Déjalo que corra. Volverá.

—Estaba espiándonos. Sabe dónde vivimos y nos ha hecho una visita de advertencia.

—Eso significa que estamos haciéndolo bien. Si quiere intimidarnos, que lo haga. No vamos a dejar que entre en nuestra casa. —Hugo tensó el mentón, enfurecido—. Nadie se mete con mi familia.

Hallaron a Sofía acurrucada en el sofá, tiritando de frío a pesar de la gruesa manta que la cubría. Tanto Rafael como Ariadna se encontraban a su lado, preocupados por la repentina aparición de un ser desconocido frente a su casa. Al verlos entrar, el viejo cazador les hizo una señal para que se acercaran al tiempo que con su mirada expectante les preguntaba por el resultado de la caza. Hugo negó con la cabeza. No lo habían conseguido. Y eso significaba que en cualquier momento podría volver, quizá más preparado, más sigiloso y puede que más violento.

—¿Tenéis idea de quién podría tratarse? —les preguntó Rafael con rostro angustiado. Ese individuo se había acercado demasiado a su morada, a la que siempre él había considerado segura.

—No parece humano, papá. —Oriol apretó los labios para contener un quejido. La herida seguía escociéndole—. La forma de moverse, de correr y cómo me atacó…

—Es un demonio —lo interrumpió Sofía.

Rafael clavó su mirada en ella, para después buscar respuestas en los rostros de sus hijos.

—¿Podría ser un poseído? —les preguntó tan sorprendido como desconfiado.

—Yo lo vi unos segundos. No podría decirte. —Hugo miró de reojo a la chica, cuestionándose el porqué de esa seguridad aplastante.

Oriol se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano y durante unos segundos se presionó los ojos, confundido.

—Es verdad que actuaba de forma extraña. Y cuando se abalanzó sobre mí, lo hizo con instinto, con mucha agresividad. Pero no pude verle la cara lo suficiente como para apreciar señales que me advirtieran de que era un poseído. —Se humedeció los labios, queriendo combatir la sequedad instalada en ellos—. No suelen actuar de esa manera. No sé…

—Yo no estoy hablando de un ser humano poseído por un ente demoníaco. Sé que soy nueva en esto y no tengo ni idea de lo que pueden llegar a hacer esos satánicos. —Sofía se despojó de la manta y se incorporó. Todavía temblaba. Ariadna le había dejado una sudadera de Oriol que le quedaba como un saco y unos pantalones de chándal viejos, los cuales había tenido que doblar varias veces sobre su cintura para atarlos—. Creo que ese «hombre» era un demonio de carne y hueso. ¿Puede ser esto posible?

El líder de los cazadores dio un respingo.

—Muy pocas veces los demonios toman su aspecto humano para

hacernos una visita —le explicó Rafael—. Lo más habitual es que hagan de las suyas poseyendo a personas buenas o enviando a sus lacayos aquí para crear confusión y caos. Pero, niña, ¿por qué piensas que nos enfrentamos a un demonio?

—He estado investigando y sería la opción más lógica —se apresuró a explicar—. La secta no tiene capacidad para dominar a un ejército entero de seres transparentes, pero sí que podría haber invocado a un demonio para que les hiciera el trabajo sucio. Y puede que se trate de Asmodeo.

—Eso son palabras mayores —dijo el hombre, negando con la cabeza.

Oriol dio un paso hacia el frente. Levantó la mano para expresar su opinión, pero al despegar sus labios, una extraña neblina se instaló en sus ojos, impidiéndole discernir la luz de las sombras. Luego, el cazador se desplomó. Cayó sobre la mesa de madera, la cual terminó rompiéndose por el impacto. Hugo se precipitó sobre él haciendo un enorme esfuerzo para recogerlo. Sofía lo ayudó a incorporarlo y depositarlo en el sofá ante las miradas angustiosas de su hermana y su padre.

—Ariadna, trae el botiquín —le ordenó Rafael.

La niña abandonó la sala a toda prisa mientras Hugo terminaba de rasgar la chaqueta de Oriol y contemplaba estupefacto la herida de su brazo. Por un instante, Sofía retiró la mirada del grave zarpazo que había sufrido el cazador. Eran cuatro profundas hendiduras que parecían haberle perforado la piel.

—¿No se supone que sana rápido? —preguntó la bruja desconcertada.

Hugo olisqueó la lesión como si fuera un perro sabueso mientras una mueca de desagrado se dibujaba en su rostro.

—De esta va a tardar un poco más en recuperarse. ¡Huele a azufre!

—¡Oh, Dios mío! —Rafael acercó la silla de ruedas a su hijo y le acarició la frente. Oriol sudaba. Su dentadura castañeaba sin parar—. ¡Tiene fiebre! Tu hermano nunca ha cogido ni una gripe, Hugo.

—¿Qué es lo que tiene? —Angustiada, Sofía observaba cómo el brillo de sus ojos se apagaba—. ¿Qué está pasando?

—Tenías razón. Esto es cosa de un demonio —admitió Hugo con los labios temblorosos—. ¡Maldita sea! ¡Joder!

Cuando por fin pudieron trasladar a Oriol a su cama, Rafael le rogó a Sofía que pasara la noche allí, en la habitación de Ariadna. La niña estaba muy afectada. Jamás había visto a su hermano enfermo, y le asustaba pensar que existía un ser merodeando por los alrededores de

la casa, capaz de infligir un daño tan hondo en Oriol. Él era medio demonio, y hasta ahora inmune a todo tipo de ataques. Siempre salía airoso de las batallas, era el que insuflaba coraje al resto animándolos a continuar. Sin embargo, esa noche todo había cambiado. Oriol estaba postrado en su lecho, balbuceando, debatiéndose entre los delirios de una fiebre desconocida y la cordura que lo llamaba a gritos para que no sucumbiera a las tinieblas.

Tras curarle y vendarle la herida, Sofía abandonó la estancia lamentándose por no conocer un hechizo de sanación verdadero. Estuvo tentada varias veces de dejarse llevar por su instinto, pero luego, al recordar ese posible efecto que había brotado al utilizar un encantamiento amoroso cuando Hugo estuvo a punto de morir, pensó que podría empeorar la situación del medio demonio. Contemplarlo en ese estado había sido un auténtico *shock* para ella. Oriol parecía tan débil, tan vulnerable, que volvió a culparse por la estúpida discusión que habían mantenido minutos antes. Si no hubiera congelado el tiempo, si él no hubiera salido corriendo detrás de aquel hombre misterioso, tal vez el cazador no se encontraría tiritando en su cama, padeciendo las consecuencias de una herida sobrenatural.

Cuando por fin cayó el telón del silencio en la casa, Hugo se permitió cabecear en la incómoda silla que había acercado hasta el lecho de su hermano. Oriol había dejado de retorcerse y de sudar para dormitar como un angelito entre nubes de algodón. La fiebre había remitido. Su respiración era pausada y sus pulsaciones volvían a ser normales, lo que le permitía descansar mejor, y a Hugo, aprovechar para entornar los párpados. Su padre había contactado con un cazador que también era médico. Nadie mejor que él para valorar el caso, aunque no se presentaría hasta el día siguiente, y Hugo había decidido velar por su hermano toda la noche, por si su estado empeoraba o ese demonio de tres al cuarto irrumpía en su casa para rematar la faena. Cualquier cosa podría ser posible en el mundo en el que ellos transitaban.

Sin embargo, las pesadillas invadieron su frágil tregua. Hugo soñaba que de nuevo se encontraba en el lóbrego callejón, persiguiendo a ese ser, tratando de localizar a su hermano entre el asfalto indolente de la noche. Pronto lo distinguió tendido junto a una verja destartalada, agonizando, suplicando compasión a un enemigo escurridizo, quien no dudó en desaparecer saltando la reja.

—¡Sofía! Tiene a Sofía... ¡Ayúdala! —le escuchó susurrar a su hermano en cuanto se postró ante él.

Desconcertado, alzó la barbilla en busca del malhechor. No comprendía por qué Oriol le nombraba a Sofía. La había dejado segura en la casa. Entonces distinguió al acechador corriendo parque a través, dispuesto a ocultarse en la espesura, y en sus hombros cargaba un

cuerpo. ¡Aquello no podía ser posible! ¡Lo había visto encaramarse a la valla! ¡Solo! ¿Cómo diantres había conseguido arrastrar a alguien con él?

—¡Mierda, es Sofía! —murmuró entre dientes.

Sin pensarlo dos veces, inició una persecución casi imposible. El demonio había secuestrado a la bruja y pronto se haría con la llave. ¡Al carajo con la maldita llave! No, no era eso lo que le preocupaba. Su vida pendería de un hilo si Sofía moría. Puede que él falleciese poco tiempo después o cayera desplomado al instante, en cuanto ese bicho le extrajera el corazón. No, tampoco era esa la causa de esa punzada repentina en la boca de su estómago. Le daba igual si un rayo lo partiese en dos mientras corría. Lo que no podría soportar es que esa bestia pusiera sus garras sobre ella y se alimentara de su poder, de su estúpida inocencia cuando arqueaba las cejas preguntándose si todo era culpa suya, de su insólita belleza al conectar con su don interior y de su humilde espíritu nada entrenado para la caza. ¡Oh, Dios, no podía perderla!

Se internó en la espesura, tanteando los árboles como si fueran un enemigo más, unos soldados adiestrados para despistar, para ocultar a una presa entre sus robustos troncos. Hugo recuperó el aliento consumido en la estrepitosa carrera del parque y se detuvo un segundo para valorar la situación. Demasiado silencio. Ningún ruido. Una calma de la que llegó a desconfiar. De pronto, vislumbró una silueta a varios metros de él. Negra. Tenebrosa. Avanzó hacia ella con paso decidido, y en un parpadeo volvió a esfumarse. Hugo giró sobre sus talones. Percibía su presencia aunque no lograba individuar su posición. Quizá se moviese tan rápido que para él fuese imperceptible. Era consciente de que ese monstruo estaba intimidándolo, cercándolo, aproximándose a él para asestarle el golpe final. Hugo se aferró a su Wínchester, su compañero perfecto para esa clase de contratiempos. Tenía los dedos apoyados en el gatillo, preparados para intervenir en cuanto el demonio cometiera el error de acercarse demasiado. Porque no iba a tener piedad con él.

De pronto, el paraje se tiñó de un blanco roto; un blanco húmedo e inesperado. La nieve envolvía los alrededores cubriendo las huellas viejas y destapando otras nuevas. El cazador reparó en unas salpicadas de un rojo escarlata. Con cautela, se dirigió hacia ellas, preguntándose cómo habían aparecido allí de esa forma repentina. «Esto es solo un sueño —se repetía—. Un jodido sueño macabro y retorcido, pero nada más que un sueño». Aun así, se mantuvo alerta, siguiendo los pasos rojos incrustados en la nieve. Entonces, la vio. Deambulaba exhausta sobre un montículo blanco con un vestido azul como único abrigo.

—¡Sofía! ¡Sofía! ¡Estoy aquí!

Ella se dio la vuelta y sonrió al reconocerlo en aquel valle níveo y

solitario. Corrió hacia él consumiendo sus últimas fuerzas, su última esperanza. Hugo aguardó su llegada con ansia, y en cuanto la tuvo entre sus brazos, lloró. ¡La había recuperado! Acarició su cabello mientras ella desahogaba sus lágrimas en su pecho. Después, Sofía alzó la barbilla y buscó sus labios desesperada. Él no se resistió, no se lo impidió, porque anhelaba desde hacía mucho tiempo su calor en silencio. La besó sin ataduras, liberando una pasión encarcelada, abrasadora y rebelde.

Hugo se despertó sobresaltado. La silla en la que dormía estuvo a punto de precipitarse contra el suelo. Necesitó unos segundos para enfrentarse a la realidad, y luego hundió su rostro entre sus manos. Cuando por fin consiguió despejarse, suspiró al contemplar a su hermano postrado en la cama, tranquilo, como si los demonios no lo atormentaran más.

Buscó su preciada chaqueta de cuero negro y extrajo de ella un cigarrillo. Ese vicio iba a matarlo si no lo hacía antes ese maldito conjuro. Se sentó en el alféizar de la ventana, y a pesar del frío reinante, la subió lo suficiente para dejar escapar el humo de sus pulmones. Se dejó embaucar por la enigmática atmósfera del exterior. Nevaba. Y él ahogó sus impulsos en el balanceo hipnótico de los copos al caer. Porque a escasos dos metros de él dormía Sofía, y el recuerdo de ese falso beso lo torturaba, lo acribillaba, al imaginar que quizá algún día pudiese hacerse realidad.

8

Veneno

Sofía apenas había dormido durante la noche. Se despertaba a menudo y se dedicaba a contemplar un techo desnudo, oscuro, manchado de incertidumbre y desasosiego. Sus pensamientos erráticos flotaban en el aire como una espesa neblina que le impedía ver más allá. Deseaba abrazar un nuevo día, un nuevo sol en la mañana. Exhausta, sus párpados tremaban buscando una posición de reposo que no hallaban, hasta que por fin el cansancio venció a la mente y olvidó entonces que se encontraba lejos de su familia, en una ciudad extraña donde horas antes había sido amenazada por un demonio.

Despertó con la luz tempranera del alba; un resplandor blanco que pretendía borrar las huellas sombrías de la noche anterior. Con el cuerpo todavía engarrotado por no habituarse al colchón rígido de la cama, se levantó, y comprobó que Ariadna todavía dormía. Se asomó a la ventana y se maravilló al descubrir el fino velo níveo que envolvía la calle, además de los techos de muchos hogares. Después se encaminó hacia la habitación de Oriol, y sigilosa, tocó a la puerta con suaves golpecitos antes de entrar.

Hugo la recibió con su típico mal humor acrecentado por las ingratas horas de sueño de las que no había podido disfrutar. La miró de soslayo, demostrándole que su presencia en la casa lo disgustaba.

—¿Qué tal está? —le preguntó Sofía con voz tímida al tiempo que se acercaba a la cama.

Oriol dormitaba sereno, como si las olas embravecidas del mar hubiesen hallado la paz después de una ardua tormenta.

—Mejor, apenas se ha despertado.

—Deberías ir a dormir un poco. Estás muy cansado, yo me quedaré con él.

Hugo asintió sin rechistar. Le dolía la cabeza, y tenía los músculos tan entumecidos que las piernas le parecían dos artilugios desconectados del enchufe principal. Él no podía permitirse el lujo de estar en baja forma por si a ese demonio se le ocurría volver. Antes de salir, meditabundo, clavó la mirada en su hermano, para luego posarla en Sofía, quien ocupaba su silla con una predisposición entusiasta. Chasqueó la lengua y cerró la puerta con una extraña desazón en el cuerpo.

Tras la marcha del cazador, ella se distrajo mensajeándose con Iris

y narrándole lo acontecido la noche anterior. La vidente le mostró su preocupación. Esa secta había enviado a un demonio hasta la mismísima residencia de los cazadores. Así que decidió que esa mañana protegería su vivienda con pequeños amuletos y símbolos que le impidiesen la entrada a cualquier ente oscuro. Hablaría con su madre para elaborar varios talismanes, ya que no descartaba que ese individuo husmeara también por los alrededores de su casa. Sofía le rogó que le trajera ropa limpia en cuanto pudiera acercarse hasta allí. Necesitaba una ducha bien caliente y deshacerse de esos pantalones que debía atar cada dos por tres para que no terminaran en el suelo.

Cuando por fin Oriol decidió abrir los ojos, la luz del día lo obligó a entornarlos y a parpadear varias veces antes de habituarse a la claridad de la estancia. Distinguió a Sofía a su lado, con el cabello algo revuelto y los ojos cansados. Al ver que despertaba, ella se abalanzó sobre él y lo rodeó con sus brazos. Después, con cierta timidez, fue separándose poco a poco, avergonzada por ese impulso repentino que la había hecho volar hasta la cama. Le sonrió aliviada, disipando la niebla de sus ojos añiles.

—¡Estás bien! No imaginé que te despertaras tan pronto… ¿Quieres un poco de agua? —le ofreció sin desdibujar la alegría de su rostro.

—¿Has pasado la noche aquí? —Trató de sentarse en la cama, presionando los puños en ella e inclinándose hacia adelante. Sofía lo ayudó colocándole la almohada detrás de la espalda.

—No, todo el mérito es de tu hermano. No ha querido despegarse de ti ni un solo minuto. Hace un rato le he dicho que se fuera a descansar.

—No me extraña. Hugo es así: a veces un calvario y otras un oso amoroso. —Se rio de su propia ocurrencia.

—Sí, ya voy conociéndolo —dijo cabizbaja.

El cazador indagó en el semblante de la chica, buscando el motivo de su inquietud. No obstante, su instinto chocaba una y otra vez contra el muro de hielo que la rodeaba, ferviente y servicial, sin permitir que nadie acariciara sus sentimientos más profundos. Al principio, lo enojaba no poder acceder a sus emociones, a leer entre las líneas de sus labios, a deshojar su corazón como una margarita. Sin embargo, luego, descubrió que era precisamente su inaccesibilidad lo que la hacía especial. Por primera vez, se enfrentaba a un gran reto en el que sus poderes innatos no podían ayudarlo: descifrar a la joven bruja y recorrer con ella los senderos inciertos de una relación.

Sofía apartó la mirada del cazador, quien no parecía tener reparos en continuar estudiándola.

—¿No necesitas nada? ¿Comer algo, tal vez? —insistió ella.

—Ahora mismo no.

La joven le revisó el vendaje, comprobando que aún estaba limpio.

—Al menos no ha supurado.

—Estoy bien. Me encuentro mejor. —Sofía arqueó una ceja, poco convencida—. Vale, puede que necesite un día más de lo habitual para sanar del todo, nada más. Da gracias a que no te ha herido a ti ni a Hugo. La lesión podría haber sido mortal. En cambio, yo la he resistido bastante bien.

—Rompiste la mesita de la sala al desplomarte sobre ella.

—Le compraré otra a mi padre —dijo con sorna—. Fue un simple desmayo. Estaba vieja y medio podrida por dentro. No es para tanto. No te preocupes, de verdad.

Sofía bufó. Y a pesar de que no lo había pedido, le acercó un vaso de agua. Él se la bebió de un trago. Aunque no quería admitirlo, estaba sediento.

—¿Por qué piensas que el demonio es Asmodeo? ¿Cómo has llegado a esa conclusión? —Ella abrió los ojos de par en par—. Todavía recuerdo la conversación. ¡No estoy amnésico!

Suspiró resignada. Ni convaleciente, Oriol era capaz de olvidar la misión.

—Es el demonio que nombran los libros como el maestro de Salamanca. Y es el príncipe de la lujuria. —Hizo una pausa, esperando su reacción. Él se limitó a mirarla sin más—. Tú nombraste a los íncubos. Dijiste que muchos los asociaban con los visitantes de alcoba. Y pensé que él podría dominarlos de alguna manera.

Oriol arrugó el rostro, desconcertado.

—No son íncubos los que están atacando a los humanos. Estoy de acuerdo con tu teoría del demonio, y más después de lo sucedido anoche. Pero puedes descartar la idea de un ejército de íncubos adiestrados.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Sofía, he estado en dos de las habitaciones de las víctimas, y puedo asegurarte que por allí no ha pasado ningún íncubo. Solemos delimitar nuestro territorio expulsando feromonas para que ningún otro miembro de la «manada» se interponga y nos robe nuestra presa. Dejamos un rastro olfativo que tú ni nadie podría apreciar, excepto otro íncubo.

—Entonces, es imposible que sean los responsables, ya que tú los habrías olfateado —concluyó ella, admitiendo que su teoría no servía para nada.

—No te desmoralices. Al menos sabemos que tenemos que encontrar a un demonio. Y eso supone un gran avance.

—¿Asmodeo?

—No creo que se trate de él. No había ninguna señal de apareamiento con las víctimas o algo que nos indicara un ritual sexual

—certificó el cazador—. Es verdad que en sus cuerpos apenas había una gota de sangre y que ciertas especies vampíricas gozan succionando su alimento de una forma morbosa; más bien erótica. Pero yo me inclinaría a descartar el móvil de la lujuria por completo. ¡Esa gente no tuvo la oportunidad de moverse, de defenderse siquiera! A los entes de la lujuria les gusta divertirse, hipnotizar a sus presas para que participen en su juego. Sin embargo, no había moratones, arañazos en su piel ni rastro alguno que pudiera indicarnos que antes de morir hubiesen sido sometidos o esclavizados de alguna manera. Sufrieron una rigidez muscular parecida a la de mi padre. Además, habían envejecido años. ¡Eso no lo hace ningún ser que yo conozca!

El padre Carlos llegó a la morada de los Álvarez rondando el mediodía. A pesar del tímido sol que lucía el cielo, se nutrió de su calidez y de su compañía durante buena parte del viaje. Había madrugado como era costumbre en él desde hacía treinta años, y tras un ligero desayuno, decidió conducir, aun conociendo que debería enfrentarse a enormes colas en varios trayectos de la carretera. Sin embargo, no le importó. La paciencia estaba entre sus virtudes más valoradas, y siempre podría dedicarse a la reflexión si llegado el momento debía detener el coche. Tenía mucho en lo que pensar después del perturbador encuentro con el vidente.

Tocó a la puerta con firmeza y aguardó a que se abriera mientras observaba a un intrépido gato sortear el muro del vecino enquistado de nieve, sin resbalar. Por fin, lo recibió la pequeña Ariadna mostrándole cierta confusión en su rostro. Detrás de ella distinguió a Rafael, quien lo invitaba a pasar manifestándole que siempre era bienvenido en su casa.

—Pensábamos que eras el médico. Debería haber llegado ya. Salió esta mañana de Teruel. Espero que no se retrase mucho más.

—¿Ha pasado algo?

—Vayamos al comedor —le respondió, auspiciando una formalidad pasajera en el ambiente. Rafael esperó a que se acomodara, pero el sacerdote prefirió mantenerse de pie—. Creemos que un demonio atacó anoche a Oriol. Ya sabes que mi hijo sana rápido, pero esta vez la herida es grave y he telefoneado a un amigo médico. Discreto, por supuesto. Y también cazador.

—¿Cómo que un demonio? La última vez que hablamos, nombraste a visitantes de dormitorio.

—El caso se ha complicado. Por eso ayer estuve llamándote para informarte.

—También he estado muy ocupado en Roma, y después cogí el

vuelo de la tarde. Quería verte lo antes posible. No podía tratar este tema por teléfono.

—¿Ocurre algo? —Rafael entrecerró los ojos, tratando de adelantarse a la respuesta de su amigo.

—He hablado con Luca Torresan, si es que puede llamarse «hablar» —confesó con una mueca de disgusto—. El chico parecía poseído. Decía frases sin sentido, y algunas veces mostró una postura desafiante, muy arrogante y déspota.

—Bueno, eres tú el experto en posesiones y exorcismos. ¿Conseguiste sacarle el nombre del demonio que lo manipulaba?

—No, no me has entendido. He dicho que parecía estarlo, no que lo estuviera. —Carlos presionó los labios como si temiera escupir lo que le rondaba por la mente—. Sin embargo, mencionó que hablaba a través de un tal Janus.

Rafael sacudió la cabeza varias veces.

—Creo que no te sigo. Si no estaba poseído, ¿por qué te nombró a Janus? —le preguntó, aún más desconcertado—. Lo siento, no estoy tan instruido como tú en demonología. No logro ubicar a ese demonio en ninguna parte.

—Janus no es un demonio. Es un dios romano. Es el dios de los portales, de los comienzos y los finales. He estado investigando sobre él durante el vuelo de vuelta y todo esto no tiene sentido. ¡Ese chico afirmaba trabajar para un dios pagano!

Rafael abrió los ojos de par en par, sin pestañear, y lanzó un resoplido.

—Eso es imposible. La secta quiere abrir las puertas del Cielo, esas que construyó Yahveh. ¿Qué tiene que ver un dios romano en todo esto? ¿No podría ser que ese joven quisiera jugar contigo? Ya sabes que a los demonios no les gusta revelar su nombre auténtico.

—No, no, no. Tú no le viste los ojos encendidos cuando pronunció su nombre. Parecía como si en su secuestro, esos ofitas le hubieran lavado el cerebro. Estaba convencido de todo lo que decía y de que Janus era el dios a quien servir.

—¿Un dios romano? ¿Un demonio? ¿Y una secta que adora la serpiente como símbolo de la oposición contra nuestro Dios? —Se rascó la frente, nada convencido—. Sé que esos fanáticos están locos y tienen un fin concreto, pero..., o están confundiendo las escrituras, o ni ellos mismos saben lo que quieren.

—No estoy de acuerdo, Rafael. —Abatido, el sacerdote decidió sentarse tras no llegar a conclusiones claras—. En algunos escritos, a Janus se le considera el custodio del universo. Los ofitas quieren llegar al Cielo, que a su vez podría interpretarse como el Olimpo, la morada de los dioses romanos. Para mí, ese lugar de conocimiento, sabiduría y poder es el mismo.

—¡A mi hijo lo atacó un demonio! —insistió el cazador—. ¡No un idiota con una túnica blanca y hojas de laurel en la frente! Sofía logró acercarse a él y nos contó que sus ojos llameaban. Eran amarillos, como…

El padre Carlos palideció.

—¿Sofía? ¿Sofía está aquí?

—Sí, sí, fue ella quien descubrió al merodeador. Ha venido hasta aquí porque ha tenido una serie de sueños relacionados con nuestro caso y no podíamos mantenerla al margen. Ya sabes que fue de gran utilidad hace unos meses. Es una joven intuitiva y, ¡por Dios!, una bruja de las que escasean. Estoy convencido de que podrá ayudarnos con todo esto.

El sacerdote soltó una larga y sentida exhalación.

—Escúchame, Rafael. El verdadero motivo de mi presencia aquí no es para debatir sobre si Janus es el responsable de todo esto o no. —Inspiró antes de proseguir—: Ese vidente, Luca, nombró a Sofía durante nuestra conversación. Dijo: «El Cazador quiere a Sofía».

Rafael lo observó, atónito.

—¿Y qué diantres significa eso? —preguntó, arrugando de tal manera la frente que sus cejas se convirtieron en una.

—No lo sé. Por eso he venido a verte. ¿A quién se refería mencionando a ese supuesto cazador? Y lo que es más relevante, ¿cómo conoce la existencia de Sofía?

—Bueno, es vidente. Pudo conectar con ella cuando hizo el astral junto a Iris —respondió sin darle más importancia.

—Sí, yo también consideré al principio esa posibilidad. Pero después me pregunté por qué mencionaba a un cazador y qué quería decirme.

—¿No te habrás equivocado a la hora de traducirlo?

—Pronunció esa frase en nuestro idioma. Se molestó mucho para que me llegara bien el mensaje, ¿no crees?

Rafael suspiró extenuado. El caso se complicaba por minutos. Cada vez que desenmarañaban un nudo de la madeja, aparecía otro más enrevesado. Escudriñó el inusual semblante taciturno de su amigo, que permanecía siempre tan sereno y receptivo. Sin embargo, ahora veía una densa bruma alrededor de sus ojos.

—No pensarás que hay un traidor en nuestras filas, ¿verdad? —se atrevió a preguntarle para así clarificar sus propias dudas.

El sacerdote tragó saliva mientras se incorporaba y se aproximaba a la ventana. Necesitaba con urgencia recibir el aire del exterior. Más ligero, más fluido.

—Por eso preferiría que esta conversación quedara entre tú y yo.

—¿Te fías de la palabra de un chico perturbado antes que de la lealtad que hemos jurado los cazadores a nuestra causa? ¿A pesar de

que tú mismo perteneces al gremio? Has luchado con muchos de nosotros, codo con codo. Has visto cómo algunos de tus hermanos caían a tu lado en el desempeño de sus funciones. ¿Y aun así piensas que uno podría entregar a Sofía a ese tal Janus solo porque un desconocido, puede que poseído, te lo ha asegurado?

—No conozco a todos los cazadores de este mundo. No puedo hablar por todos ellos. —Carlos desvió la mirada hacia la cristalera, la cual dejaba entrar algunos rayos de sol agonizantes. El cielo había vuelto a encapotarse y, con ello, los tonos grises volvían a invadir la ciudad—. ¡Además, Sofía corre peligro!

Cabizbajo, Rafael observó a su amigo de reojo. Portaba el alzacuellos bajo un suéter de lana negro, y estaba convencido de que debajo de esa camisa blanca planchada con esmero relucía su inseparable crucifijo; uno que él mismo le había regalado hacía años con una pequeña inscripción en su reverso: «Hermanos de sangre, cazadores de espíritu».

—Aquí la cuidaremos bien —le respondió con aplomo.

—Podría haber otra explicación a esas palabras, pero todavía no la encuentro —soltó, tratando de aliviar asperezas con su compañero de batallas.

—¡Por supuesto que existe otra explicación! No concibo la idea de un hermano clavándole un puñal a otro por la espalda. ¿No has valorado la opción de que quizá no se trate de una información relevante?, ¿de que, tal vez, ese muchacho quería despistarte y nada más? —Rafael bufó.

Detestaba iniciar una discusión con su amigo, a quien estimaba por permanecer junto a él en los malos y peores momentos de su vida. Carlos estuvo presente durante las intensas jornadas en el hospital donde trataban de discernir qué les había ocurrido a sus piernas, sin mucho éxito. Buscó una silla de ruedas en condiciones, manejable y tuneada para ocultar armas contra los demonios. Lo alentó a continuar a pesar de que ya no le quedaban fuerzas ni para respirar. Años antes, lo había acompañado en el duelo por su mujer, lo animó a levantarse cada mañana de la cama mientras se hacía cargo de sus hijos. Compartió su dolor con el sacerdote, su angustia por un futuro incierto amenazado por bestias y seres oscuros al tiempo que se ocupaba de tres niños. Se retiró un tiempo de la caza pese a que las llamadas a su casa no cesaban pidiéndole consejo sobre un aparecido en un orfanato o un *poltergeist* en un hostal concurrido. Y aunque muchas veces quiso salir corriendo, decidió ejercer de padre, ya que nunca se había preocupado por su educación. Ni siquiera cuando Oriol apareció en su vida. Para ello estaba Laura, quien, a pesar de todas las disputas sobre el origen de su hijo medio demonio y todos los reproches por su consabida debilidad ante una mujer hermosa,

siempre cuidó de Oriol. Como un hijo más. Como un ser especial al que amar e inculcarle los valores de un ser humano para que jamás sucumbiera a las sombras, a su lado más oscuro. ¡Oriol!

El sacerdote percibió su aflicción. Acercando una silla, se sentó junto a él. Lo miró a los ojos, asegurándole que podía confiar en él, como siempre había hecho, y que nunca se apartaría de su lado, como hasta ahora, a pesar de los diferentes rumbos que sus vidas habían escogido.

—¿Qué te preocupa?

—No es nada —le respondió con la cabeza gacha.

—Rafael, no seas cabezota. Nos conocemos desde que éramos unos chiquillos obstinados y empeñados en saltar desde aquel puente viejo al río. No sé si lo recuerdas, pero yo me rompí el brazo. —Rio rememorando aquella estupidez.

—¿Cómo iba a olvidarlo? Nuestros padres nos castigaron durante todo el verano, y aun así nos escapábamos por las noches para acechar al espíritu que habitaba en la casa de doña Inés. —Sonrió de medio lado y una pequeña chispa se encendió en su mirada—. ¡Qué tiempos aquellos!

—¿Quién iba a decirnos por aquel entonces que tú te convertirías en un padre de tres hijos estupendos y yo terminaría oficiando misas?

—Bueno, tú siempre fuiste el rarito del grupo. —Rafael hizo una pausa que el sacerdote aprovechó para posar su mano en el hombro de su amigo—. Puede que hayamos enfocado esto mal desde el principio.

—¿A qué te refieres?

—A la dichosa secta, el objetivo de las llaves y que tal vez esa frase que te dijo el vidente no sea una amenaza, sino más bien una advertencia. —Carlos arrugó el rostro, desconcertado—. Oriol mantiene una relación con Sofía. Él cree que puede engañarme, pero he visto cómo la mira, de la misma manera que yo miraba a Laura. «El Cazador quiere a Sofía», puede referirse a Oriol y a sus sentimientos.

—¿Y eso qué peligro puede entrañar? Se trata de un amor de juventud. Que lo disfruten y que lo vivan.

—Ella es una bruja pura, y él, medio demonio. ¿Y si esa relación estuviera condenada desde el principio? ¿Y si estuviera prohibida por las brujas ancestrales?

—Sigo sin entender. ¿Qué tiene que ver esto con esa secta? ¿Y cómo han conocido esa relación? No lo sé, Rafael. Todo esto me parece aún más retorcido que mi teoría.

—Estoy preocupado por Oriol. Fue atacado por ese demonio cuando estaba con ella. Él ha renegado de esa parte maligna para ser un cazador más. Pero la última vez que se enamoró, perdió los papeles por completo. Hay una chica en un psiquiátrico por él.

—Puede que no domine del todo sus emociones más íntimas, pero

no podemos negarle que las sienta. Tu hijo tiene derecho a enamorarse como el resto del mundo, y no creo que por eso se convierta en un ser abominable.

—Ya. Mientras tanto permanece en la cama con heridas que jamás ha sufrido. ¿Qué vendrá después?

—No lo sé. Pero no vas a estar solo en esto. ¿Todavía tienes ese sofá destartalado y preparado para alojar a un amigo?

El médico llegó a la vivienda casi al mismo tiempo que Iris. No era un hombre muy alto ni gozaba de una complexión atlética. Más bien parecía un chiquillo enclenque, si no fuera por las sendas arrugas que asolaban su rostro y una calvicie acentuada. No poseía las cualidades físicas de un cazador, sin embargo, bajo ese semblante apacible y conciliador, se ocultaba un experto en artes marciales, diestro en el lanzamiento de cuchillos e imparable en sus carreras tras los entes más escurridizos.

Rafael lo recibió con un apretón de manos. No obstante, fue el padre Carlos quien lo guio hasta la habitación de Oriol, ubicada en el segundo piso. Intranquilo, el cazador los vio alejarse peldaño tras peldaño, lamentándose por haberse negado a instalar una especie de montacargas en el cajón de las escaleras para que así pudiera subir sin problema. Él se había acostumbrado a vivir en la planta baja, donde sus hijos habían reformado un cuarto para que pudiera alojarse sin necesidad de estar pidiendo ayuda a cada momento. Ahora aguardaba con inquietud el diagnóstico del médico, confiando en que su amigo Carlos le relatara más tarde todas las apreciaciones del doctor Martín durante su visita.

Cuando el sacerdote entró en la habitación, reconoció de inmediato a Sofía, sentada junto a la cama. Oriol dormitaba sereno, como el que descansa exhausto después de una intensa jornada de trabajo. La joven bruja se alzó nada más verlos entrar y se dirigió hacia él desprendiendo una felicidad nada comedida.

—Padre Carlos, ¡cuánto me alegra verle!

—Yo también me alegro, hija mía —le dijo, mostrándole una sonrisa sincera—. Este es el doctor Tomás Martín. Ha venido para comprobar cómo se encuentra Oriol.

—Desde anoche no tiene fiebre, no tiene apetito, pero al menos bebe agua —lo informó, comportándose como una enfermera eficaz—. Y descansa a ratos. Se despierta, cabecea algo y vuelve a dormirse.

—Bien, vayamos a comprobar esa lesión —intervino el médico decidido.

Oriol se despertó confuso ante el revuelo ocasionado en la

estancia. Con los ojos todavía empañados, hizo grandes esfuerzos por reconocer a los dos hombres que acompañaban a Sofía. Individuó al padre Carlos, y aunque se estrujó los sesos para identificar al segundo, no conseguía encuadrarlo en ninguna área de su vida.

—Este señor es médico. Viene para examinarte la herida —le aclaró Sofía al verlo turbado.

—No creo que sea necesario, doctor. Ya me encuentro mucho mejor.

—Oriol, no seas testarudo —le reprochó el sacerdote—. Es de los nuestros, sabe lo que hace.

El joven cazador permitió que el desconocido le retirara las vendas y estudiara en profundidad el zarpazo. Primero observó que la zona afectada centelleaba de forma intermitente; después, que ese brillo amarillento provenía del interior de la herida. Con unas pinzas, extrajo parte de su tejido sanguinolento y lo introdujo en un frasquito de cristal. Ese demonio no solo lo había lesionado, sino que le había introducido algún tipo de veneno.

Tomás Martín era consciente de que sería complicado localizar la clase del tóxico inoculado por ese ente del inframundo. No se trataba de un veneno registrado y ya estudiado por expertos, sino de una ponzoña sobrenatural de la que tal vez no existiera el antídoto, al menos un remedio humano.

—De momento, voy a recetarte unos antibióticos y una pomada antinflamatoria —concluyó tras varios minutos analizando la lesión—. Y si conocieras a un brujo en grado de sanar heridas demoníacas, mucho mejor.

—¿A qué se refiere, doctor? —le preguntó Carlos preocupado.

—Puede comprobarlo usted mismo. La herida emite luminiscencias provocadas por un veneno desconocido. Su cuerpo es fuerte y está impidiendo que ese líquido demoníaco se extienda a los órganos vitales. ¿Me entiendes, chico? —Oriol asintió, todavía estupefacto por la intervención del médico—. Tu condición no ha permitido que esto se propague, pero tampoco puedo asegurarte cuánto tiempo aguantarán tus defensas innatas antes de que el veneno empiece actuar. Te recomiendo reposo hasta encontrar algún remedio que pueda suprimir por completo ese tóxico. Puede que el ejercicio o un sobresfuerzo hagan que tus defensas caigan y le dejes vía libre al veneno. También puede suceder que tú mismo consigas vencerlo sin necesidad de ningún tipo de ayuda. Tu padre me ha dicho que ya en el pasado superaste heridas mortales y que tu capacidad de regeneración celular es asombrosa. Mientras tanto, te aconsejo reposo relativo. Camina pero no corras, evita el peso excesivo y todo aquello que te suponga gastar más energía de lo normal. Las necesitas para que sigas combatiendo por ti mismo al veneno.

El doctor se despidió justo cuando Iris irrumpía en la habitación. El sacerdote se debatió entre acompañar al médico o permanecer allí, junto a los chicos. No eran las buenas noticias que esperaban. Oriol estaba más enfermo de lo que imaginaban en un principio. Finalmente, optó por seguir los pasos del médico. Tenían que darle la noticia a Rafael, y él debía estar presente para afrontar ese diagnóstico negativo con su amigo.

—¿Y esas caras largas? —Iris se encogió de hombros al contemplar los rostros sombríos de sus amigos.

Meditabundo, Oriol ignoraba su presencia, y Sofía trataba de esquivar su mirada inquisitiva con cierto malestar. Al final, esta se dio por vencida, soltó un resoplido cansino y se dirigió al muchacho, quien continuaba enfrascado en sus cavilaciones:

—Hablaremos con Harry. Estoy segura de que él encontrará una cura en uno de sus libros antiguos.

—Puede que sea otro callejón sin salida —le respondió con tono áspero.

—Pero ya has oído al doctor. Seguro que existe un remedio mágico.

—Tú eres bruja, ¿conoces alguno? —Con soberbia, Oriol alzó la barbilla y la desafió.

—Eso no es justo, y lo sabes.

—Sofía, sanaré yo solo, como hago siempre. No tienes que hacer una tragedia de esto.

—¿Te crees invencible? Ya has visto que no lo eres. También eres humano. Y vulnerable a muchas cosas que jamás habías pensado.

Oriol se cruzó de brazos, desoyendo los comentarios de la bruja.

—¡¿Puede explicarme alguien que es lo que está pasando?! —exclamó Iris impotente.

—¡Veneno! ¡El demonio lo ha envenenado! —le respondió Sofía al tiempo que daba un portazo y abandonaba la habitación.

9

Secuestro

Antes de que la noche cayese y el denso velo gris creado por los nubarrones la sepultase, Sofía regresó a casa de las videntes. Lo hizo a pie, acompañada por los pasos serenos de Iris, quien todavía trataba de encajar todas las piezas en su enredado ajedrez mental. Ella la escuchaba manteniendo un silencio pulcro mientras su amiga lanzaba teorías conspiratorias sobre la aniquilación mundial de cazadores, brujos y videntes. Insistía en que esa secta tenía que estar integrada por poderosos ansiosos por gobernar el planeta e instaurar un nuevo orden. Sin embargo, para Sofía, todas esas ideas disparatadas se reducían a una sola: el egoísmo humano.

Cada cierto tiempo, el caos afloraba en el planeta, quizá alimentado por fuerzas malignas o tal vez auspiciado por el propio ego de unos cuantos. Lo verdaderamente crucial consistía en desestabilizar el equilibrio existente entre el bien y el mal e inclinar la balanza de una manera sutil para que el daño provocado al resto estuviera, además de justificado, premiado. Solo había que echar un vistazo a los libros de historia para comprobar cómo grandes oradores habían manipulado a las masas para conducirlas hacia su propio objetivo final, como Stalin, Hitler, Nerón, Gengis Kan… Así que Sofía imaginaba que tras esa secta endiosada y obstinada en revelarle el conocimiento verdadero al pueblo se encontraba un cabecilla dispuesto a enriquecerse por el fanatismo de otros.

Suspiró aliviada al llegar. La residencia de los cazadores la ahogaba. Al menos allí, en la casa de Edith e Iris, se respiraba un sosiego esperanzador. A pesar de los graznidos incesantes de los cuervos, los cuales revoloteaban sobre el tejado sin ninguna oposición, la atmósfera en el interior era distendida, como la relación existente entre madre e hija. Cuando Sofía desviaba su mirada hacia el techo, imaginando qué mal augurio querrían comunicar esos animaluchos, Edith le restaba importancia contándole que de vez en cuando iban a su casa a acosarla con sus plumajes negros y sus largos picos. Nada más. No traían mensajes ni advertencias. Les gustaba posarse sobre la techumbre, quizá para recargar sus energías y continuar su vuelo hacia parajes más gratos para ellos.

A Sofía, su graznido le ponía el vello de punta. Esos pajarracos parecían haber iniciado una rebelión. No obstante, el chocolate

caliente de Edith había conseguido que se concentrara en su aroma y se deleitara con su sabor, olvidando la existencia de esos asaltantes nocturnos, tanto que no percibió su marcha. Los malos pensamientos se alejaban y le daban una tregua anhelada; sin espíritus, sin sueños, sin demonios ni venenos. Disfrutó de una velada tranquila con las dos mujeres, agradeciendo la norma que habían instaurado: durante la comida, nada de hablar sobre temas que pudieran alterar el estado de ánimo.

Después de la cena temprana y mientras las videntes se preparaban para iniciar otro rastreo, Sofía subió a su habitación para terminar de deshacer por fin su maleta. Ella también necesitaba cierto orden en su vida. Sin embargo, tras colocar dos prendas en el armario, se distrajo observando el cielo a través de la ventana. Había algo extraño en él, como una figura dañina escondida entre las nubes, acechándola. Sabía que era imposible, pero no podía apartar de su mente esa sensación de aprensión.

De repente, distinguió una silueta cerca de la verja de la casa. Había alguien allí, mirando sin ningún reparo hacia la cristalera donde se encontraba. Temerosa, torció el gesto. Segundos más tarde, sin esperarlo, la sombra enigmática la saludó agitando la mano. Entrecerró los ojos y entonces reconoció a Hugo. Su corazón se aceleró de pronto. No comprendía qué hacía el cazador en la acera, sin llegar a tocar a la puerta, como un espía penoso aguardando a que alguien lo descubriese.

A hurtadillas, Sofía salió al exterior, abrigándose hasta las orejas con un gorro de lana pasado de moda.

—¿Qué haces aquí? ¿Le ha pasado algo a Oriol? No, habrías llamado por teléfono o golpeado la puerta hasta derribarla —se respondió a sí misma.

—Echaba un vistazo por el barrio, por si a ese demonio se le ocurría volver.

—¿Y te has parado aquí por casualidad?

—Por supuesto que no. Esta casa puede ser un objetivo como lo es la mía —se excusó.

—Bueno, por si te hace sentir mejor, Edith ha instalado alarmas mágicas alrededor de la vivienda, incluso en el patio.

Hugo chasqueó la lengua. Agarrándola por el brazo, la arrastró varios metros más allá, alejándola de la casa.

—Deberías tomarte esto más en serio. No estás en una acampada de vacaciones.

—Aunque no lo creas, me lo tomo muy en serio —le respondió, deshaciéndose del aprisionamiento de su mano—. ¿Qué mosca te ha picado?

—Te recuerdo que mi hermano está herido, por si lo habías

olvidado. Estoy intentando proteger a mi familia, y esto incluye a Iris, a Edith y..., bueno, a ti también, dado que eres su invitada.

Sofía bufó. Después contó hasta cinco para no soltarle una pulla de la que arrepentirse más tarde.

—¿Cómo está Oriol? —le preguntó, apelando a su infinita paciencia.

—Teniendo en cuenta que es la primera vez que cae enfermo, pues ¡insoportable! ¡Como cabría esperar! A ningún cazador le gusta que lo lesionen. —Hugo suspiró preocupado—. Ahora está Ariadna con él. Después nos turnaremos el padre Carlos y yo durante la noche.

Algunos copos de nieve irrumpieron en la noche como mágicos destellos repletos de optimismo. Acariciaron sus rostros y humedecieron sus labios, y los más atrevidos se posaron en sus ropajes, anhelando deshacerse en ellos. Pero a ninguno de los dos le importó. Mantenían sus miradas aguardando a que uno continuara con la conversación.

—Sabes que yo podría intentar ayudarlo. Soy una bruja —le recordó Sofía, aun conociendo su respuesta.

—¡Ni hablar! No sé cómo se te ocurre sugerirme algo así después de lo que has hecho conmigo.

—Aprendo rápido de mis errores. Lo he pensado mucho. No lo haría sola. ¡Harry puede guiarme! Tú sabes que puedo hacerlo, y la vida de Oriol está en juego —insistió ella—. Sé que Edith está elaborando un remedio, pero quizá no sea suficiente.

—¡Ya te he dicho que no! Todavía no dominas tus poderes y podría pasarle cualquier cosa, como convertirlo en sapo para siempre o despertar a esa bestia que lleva dentro.

—¿Le tienes miedo? A la bestia, me refiero.

El cazador no respondió. Desvió su mirada hacia el cielo, el cual insistía en escupir esos copos blancos sobre su piel, tan puros e inocentes. ¡Lástima que se mancharan de barro en cuanto llegaban al suelo!

—Es mejor no enfrentarse a ella —confesó entre susurros.

—Si te hace sentir mejor, te prometo que no haré nada sin tu consentimiento.

—Te lo agradezco. Dado como está la situación, no podemos permitirnos que otra se tuerza. Tienes que entenderlo.

—Y lo comprendo... Pero sabes que, llegado el momento, si no mejora con esos mejunjes naturales, tendré que actuar —afirmó con rotundidad—. Después nos encargaríamos de valorar los efectos secundarios, si es que surge alguno—. Cabizbajo, Hugo jugueteó con la nieve que comenzaba a depositarse en sus botas—. Ya escuchaste a tu amiga: puede que esas consecuencias tarden en manifestarse años. ¡Tiempo suficiente para hallar un remedio! —Sofía indagó en sus ojos

verdes—. Y si lo que te preocupa es el conjuro que lancé sobre ti... ¡Mírate! Tú todavía estás bien. Eres fuerte y no has sucumbido a ese supuesto hechizo de amor. Yo tampoco siento nada por ti. Puede que concluyamos este caso y que ninguno de los dos experimente nada en absoluto. Podemos conseguirlo. Hay tiempo. Y confío en que Harry localice a ese brujo pronto.

La bruja se dio media vuelta y se encaminó hacia la casa de las videntes.

—¡Sofía!

—¿Sí? —dijo, girando sobre sus talones.

Hugo se apartó el flequillo que escondía su mirada intranquila. Estiró la comisura del labio, deseando que fuera su propia boca la que hablara, impulsiva y sin medir las consecuencias, como siempre. Sin embargo, esta vez quiso intervenir su mente, más racional, más discreta y más comedida:

—¿Has vuelto a soñar... con tu madre?

—No —le confesó desanimada—. Hablo con ella antes de dormir, esperando que me dé una señal, alguna muestra de su existencia... ¡Se ha ido! Desde que ha comenzado toda esta locura, no sé nada de ella. Me ha abandonado de nuevo.

—Estoy seguro de que volverá. Cuando menos te lo esperes, aparecerá. Ella nunca va a fallarte.

Sofía ladeó la cabeza y escudriñó al cazador, arrugando la frente al tiempo que presionaba los labios. Se comportaba de una manera extraña. A veces le lanzaba miradas gélidas y reprobatorias, y otras la sorprendía con frases cálidas demostrándole su comprensión.

—Hugo, ¿seguro que estás bien?

—¡Claro! —se rio él—. Será mejor que entres en casa. Y procura no salir a menos que estés acompañada. Yo ya tengo que regresar a la mía. ¡El deber me espera!

Aguardó a que ella desapareciera tras la puerta, y entonces se marchó con un centenar de pensamientos contrariados. No, no eran solo pensamientos, sino también sentimientos que lo torturaban desde dentro, que le gritaban, sacudiendo su mente hasta dejarlo exhausto. Anhelaban volar libres, y él no sabía cuánto tiempo más podría mantenerlos en la jaula.

Despertó inquieto al escuchar voces provenientes de la planta baja. Se sujetó la sien izquierda queriendo detener el incesante martilleo de la cabeza. Después reparó en que no había nadie en la silla custodiándolo como si fuera un reo peligroso a punto de ejecutar su plan de fuga. Oriol se incorporó, sintiendo por primera vez el molimiento de su cuerpo. Sus piernas caminaban fatigosas buscando un anclaje en el que descansar, y su pecho le ardía como si lo hubieran atravesado con una espada candente. Se lamentó de su

maltrecha condición rebuznando por lo bajo. Luego abrió la puerta y se encaminó hacia las escaleras. Sus tripas le rugían como si llevara tres meses sin probar bocado. Tenía un hambre feroz. Mientras descendía, agarrándose a la barandilla, el coro de voces se intensificaba. Se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano, y en lugar de dirigirse a la cocina, se introdujo en el comedor con gran expectación.

Todos los allí presentes se callaron de inmediato, aplacando el murmullo constante que martirizaba su cabeza y le impedía pensar con claridad. Con semblante afligido, su padre avanzó hacia él.

—No deberías haberte levantado. El doctor dijo que mantuvieras el reposo.

—Reposo, no encarcelamiento —lo corrigió—. ¿Qué ha pasado? ¿Qué hacéis todos aquí?

Primero clavó su mirada cuestionadora en Hugo, quien parecía haber descansado poco. Después observó el rostro impasible de León, para luego reparar en sus manos temblorosas. Así era el gigantón: siempre lo delataba el nerviosismo de sus dedos al frotarlos unos con otros de forma compulsiva. Al padre Carlos ni siquiera lo examinó, pues sabía que guardaría silencio como el perro fiel de su padre, así que terminó posando su mirada en el hermético Rafael, tan protector como terco. Claro que tanto Hugo como él habían heredado esa parte obstinada de su carácter. Deseaba que la pequeña Ariadna, quien también estaba presente en ese claustro, se hubiera librado de la cruz de la familia.

—No estás en condiciones de lidiar con estos asuntos ahora —le respondió al fin.

—Debo llevar acostado en esa cama unos cinco años o más, ya que mi hermanita sí que está preparada para encarar temas de «caza mayor», como sueles llamarlos tú.

—Ari debe estar al tanto. Ese ser sabe dónde vivimos, y ella tiene derecho como el resto a saber a qué nos enfrentamos.

—Pero al tullido es mejor dejarlo al margen, no sea que se convierta en un estorbo.

—Papá, deberíamos contárselo. —Hugo dio un paso al frente—. A ti también te gustaría que te mantuviéramos informado aunque estuvieses al borde de la muerte. Él no es como tú. No va a obsesionarse con ese demonio y perseguirlo como si no hubiese un mañana.

Rafael agachó la cabeza. Hugo tenía razón. Cuando fue atacado por aquel ente y condenado a estar en silla de ruedas para toda la vida, la rabia lo consumió. Primero se culpó a sí mismo por su descuido. Nunca debió subestimar a ese ser oscuro. Había acosado a hombres y mujeres de toda la comarca, siguiendo el cauce de un río.

No tardó en descubrir que era la propia energía del agua la que lo rejuvenecía y al mismo tiempo lo impulsaba a continuar, a alimentarse del miedo de sus víctimas. Estas sufrían una ligera amnesia después de la agresión, nada más. Y tras varios días de sentirse perdidos y desorientados, recobraban la conciencia.

Puede que ni siquiera hubiera intervenido en el caso si no lo hubiese llamado un amigo. Una de sus hijas había quedado catatónica después de la visita de ese ser a su alcoba. No reaccionaba a ningún estímulo, a ninguna medicación, y aunque sus labios estaban resecos, era incapaz de pedir un poco de agua. Parecía sumida en un profundo letargo. Era tan joven, estaba tan llena de vida... Y, sin embargo, su vigor y sus ganas de recorrer mundo se habían esfumado. Sus pupilas vacías, anunciándole que su alma había sido desterrada fuera de su cuerpo, lo obligó a tomar una decisión. No pararía hasta encontrar a ese ser que se creía invencible. No dudaría en enviarlo de vuelta al pozo lúgubre de donde había salido. No obstante, en ningún momento valoró que el perseguido se convirtiera en el perseguidor. Y ese fue su error.

Sus piernas ya no se movían, ya no ejecutaban sus órdenes. Estaban muertas. Y aunque al inicio pensó que se trataba de un efecto temporal, como había sucedido con el resto de las víctimas, pronto asumió que ese ser lo había condenado. Y sí, debió abandonar, centrarse en sus hijos y aceptar su nuevo destino. Pero la venganza bullía bajo su piel y le clamaba justicia cada noche, con cada latido proveniente del segundero de su viejo reloj. El tiempo no se detenía, aunque para él su vida se interrumpía de nuevo. Esta vez no contaba con una tumba sobre la que derramar sus lágrimas, y se concentró en el malhechor que lo había destruido tanto por dentro como por fuera. Se obsesionó con él y otra vez volvió a olvidarse de su familia. Sus cicatrices internas le impedían consumir el odio que lo dominaba. La frustración y la ira lo cegaron tanto que jamás pensó en el sufrimiento de sus hijos y de sus buenos amigos, quienes siempre lo habían apoyado. Fue egoísta. Su dolor era lo más importante. Se cerró al mundo como un libro que detestaba que ensuciaran sus páginas con manos grasientas y prefería no ser leído. Sellado y cegado por su propia compasión, no permitiría que nadie volviera a hacerle daño.

Ahora temía que todos esos sentimientos arruinaran la vida de su hijo. Oriol nunca había sido tan vulnerable, y tenía miedo de que repitiera sus mismos errores. Detestaba la idea de que saliera tras ese demonio, guiado por la rabia. La venganza jamás fue una fiel consejera; te envenena por dentro, aniquila tu buen juicio y absorbe tus buenas capacidades para apoderarse de ellas, para manipularlas, dándole un uso mezquino. No quería ese futuro para Oriol. No quería que siguiera sus pasos. Sin embargo, su hijo era diferente. Siempre fue

más prudente, más empático con los demás, a pesar de que había padecido el odio en su piel por ser diferente, especial. Quizá Hugo tuviese razón. Oriol se merecía conocer todo lo que estaba ocurriendo. No podía protegerlo de sus propios sentimientos si estos surgían, pero sí ayudarlo a superarlos.

—León, cuéntale lo que nos has dicho hasta ahora —dijo sin apartar la vista de Oriol.

—Sonia me ha llamado esta mañana. No sé si te acuerdas de ella. Estuvo en el monasterio y acompañó al padre Carlos cuando mi grupo desapareció en el bosque. —Oriol asintió ligeramente con la barbilla —. Pues bien, me ha informado de que ha desaparecido una chica en Nuévalos.

—¿Desaparecido? —le preguntó confuso.

—Sí, su madre entró en la habitación esta mañana y no estaba —continuó el gigantón.

—¿Y por qué cree Sonia que se trata de un caso sobrenatural? —insistió él sin llegar a comprender—. Los visitantes de dormitorio no raptan a personas. Las intimidan, se alimentan de sus miedos, nada más.

—Nuévalos está en la lista de posibles lugares mágicos que elaboramos, en concreto el Monasterio de Piedra. Además, Sonia descubrió un ligero aroma a azufre en la estancia de la víctima —añadió su padre—. No ha sido un visitante, sino un demonio.

Oriol, con el rostro desencajado, contuvo un bufido cargado de ira.

—Y pensáis que es el mismo demonio que me atacó la otra noche.

—El pueblo está a una hora y poco de aquí —insistió Rafael—. Ese demonio está forzándonos a salir en su busca.

—Querrás decir que está obligándome a mí a correr detrás de él —dedujo, arrugando la frente.

—Por ese motivo no puedes ir —concluyó su padre.

—¡¿Cómo?! No pensarás que voy a quedarme aquí después de lo que me has dicho. ¡Me busca a mí! ¡Quiere rematar la faena!

Hugo se acercó a su hermano y lo rodeó por el cuello con el brazo.

—Sabes que estoy contigo hasta la muerte, pero papá tiene razón. No estás en condiciones. Tienes que seguir las recomendaciones del doctor hasta que encontremos una cura. —Lo sujetó por la barbilla y clavó sus ojos verdes en él—. ¡Mírame! Sé que no estás pasándolo bien y crees que estamos dejándote al margen. ¡No es así! No vamos a dejar que te pongas en peligro. Te llamaré cada hora si es necesario y te informaré de todos los avances, pero queremos que te quedes aquí con Ari, revisando libros que puedan ayudarnos a desenmascarar a ese demonio.

Oriol alzó la barbilla y asintió repetidas veces. Aunque no le apetecía quedarse encerrado en la casa, era consciente de su estado.

—He hablado con Edith —lo informó Rafael, mostrándose orgulloso de su decisión—. Os quedaréis con ella hasta que volvamos. Cuidará de los dos sin ningún problema. Me ha dicho que ha conseguido hacer una cataplasma a base de llantén y una especie de *dracontium*, si bien creo recordar. Empezarás con ese tratamiento a falta de que Harry encuentre otro remedio. Hijo, ahora mismo nos preocupa tu salud, y soy el primero que deseo que sanes lo más pronto posible. Te necesitamos a nuestro lado. ¿Lo entiendes?

—Sí, sí. Ahora mismo no soy la mejor compañía. No estaría a la altura de luchar junto a otro cazador o de defenderlo si se da el caso.

—Es una sabia decisión —lo felicitó el padre Carlos.

—Ah, se me olvidaba. Iris y Sofía han accedido a acompañarnos. Ellas también están en esto y pueden sernos de gran utilidad.

Antes de que Oriol abriera la boca para mostrar su desacuerdo, Hugo intervino:

—¡Ni hablar! No podemos estar pendientes de ellas ni ser sus sombras. ¡Van a retrasarnos!

—Hugo, ¿cuántas veces ha salido Iris con vosotros de misión? Sabes de sobra que es muy intuitiva, que detecta el peligro antes de que este asome la cabeza y que sabe defenderse sola muy bien —constató su padre—. En cuanto a Sofía, tiene unos dones naturales increíbles. Tú mismo los viste cuando la Sombra atacó el monasterio. ¿Crees que va a achicarse por un demonio?

—Papá, esto es muy diferente. Ese demonio casi me mata, si no está haciéndolo ya —rechistó Oriol—. Un garrotazo suyo puede significar la muerte para vosotros, y las chicas...

—Pero ¿qué bicho os ha picado a los dos de repente? —lo interrumpió Rafael—. En esta casa nunca hemos considerado a la mujer débil. Laura era una gran cazadora, y estoy seguro de que Ariadna seguirá sus pasos. Estamos entrenándola para ello.

—Estás malinterpretándonos, papá. —Hugo negaba con la cabeza.

—¡Pues explícate mejor!

—No olvides que Sofía es una llave. Ella puede ser un objetivo —aclaró Oriol, ayudando así a su hermano.

—¡Sofía! —Rafael pronunció su nombre mientras intercambiaba una mirada cómplice con el sacerdote. Este entornó los párpados con sutileza, demostrándole que había captado el mensaje—. No te preocupes, hijo. Somos conscientes de ello.

Hugo aparcó su todoterreno negro frente a la casa de las videntes, y tanto Oriol como Ariadna descendieron del vehículo. Cabizbajo, el medio demonio se encaminó hacia la entrada. Seguía sin gustarle la

idea de una reclusión forzada mientras los demás se exponían al peligro. Contrariado, bufó. La puerta de la vivienda se abrió y las chicas cruzaron el pequeño jardín con sus mochilas.

—¿Te encuentras mejor? —le preguntó Iris con cierta amargura.

—Sí, mucho mejor. En cuestión de días, volveré a ser el mismo idiota de siempre —dijo riendo.

—Siento que no puedas venir con nosotros. —La joven lo abrazó con efusividad y él emitió un leve quejido al sentir el roce de la mano de Iris sobre su herida—. Cuida de mi madre, ¿quieres? Está haciéndose la fuerte, pero todo este lío de la secta le recuerda el día en el que la Sombra la atacó.

—Tranquila, para eso he venido —la consoló, exhibiendo una espléndida sonrisa.

Iris corrió hacia el *jeep*, se deshizo de su mochila cargándola en la parte trasera y luego se acomodó en el asiento del copiloto; lugar que casi nunca ocupaba, ya que Oriol parecía haber grabado su nombre en él.

Con una visible incomodidad, Sofía observó el rostro del muchacho, quien trataba de minimizar su dolencia ante ella. Se mostraba erguido, con los hombros tensos y el cuello estirado, aunque en realidad deseaba encoger su pecho y resguardar el brazo lesionado en él. Ella estiró la comisura del labio y se despidió con un escueto «Nos vemos». Después lanzó la vista hacia el vehículo donde Hugo e Iris la esperaban.

—Sofía. —La detuvo antes de que iniciara la marcha. Ella se giró de nuevo. Al enfrentarse a su mirada intensa, la cual atravesó todas sus defensas haciendo que su corazón se disparara, agachó la barbilla—. Ten mucho cuidado ahí fuera. Tú misma viste a ese demonio cara a cara, y puede que tus poderes no funcionen con él. No te arriesgues demasiado, por favor. Y sigue las indicaciones de Hugo. Sé que es un bruto a veces porque quiere controlarlo todo y tiene sus manías. Pero quizá te convenga mantenerte a su lado. Ese tontolaba de ahí, además de ser mi hermano, es uno de los mejores cazadores que conozco.

—Gracias. Trataré de seguir tus consejos.

—¡Espera! —Oriol presionó su dentadura y después dejó escapar en un hilo de voz—: Me equivoqué… Tú tenías razón… Me equivoqué.

—No creo que este sea el momento para hablar de eso.

—Siempre es un buen momento para pedir perdón. —Oriol la obligó a mirarlo a los ojos y ella volvió a sentirse pequeñita ante su presencia. Sus anillos de fuego centelleaban sinceros, giraban alrededor de sus pupilas, impregnándolas de un brillo dorado—. Nunca quise herirte, pero entiendo que lo hice. Debí llamarte y confesarte mis miedos. No quería arrastrarte a esta vida de infierno. Sin embargo, estás aquí porque tú misma escuchaste la llamada de tus

sueños. Eres una bruja y tampoco puedes escapar de esa condición. Siento haberme dado cuenta tarde, cuando tú estás a punto de iniciar una cacería y yo debo quedarme postrado en una cama... Sofía, valoré mal toda esta situación porque no estoy acostumbrado a una relación donde mis capacidades no pueden intervenir. Tú nunca has sido una más, y pensé que estaba protegiéndote de mí, de mi bestia interior.

El sonido persistente del claxon ahogó sus últimas palabras y las sumergió de nuevo entre sus pensamientos. Sofía, quien había permanecido atenta a cada frase, a cada suspiro suyo deseando responderle con los términos acertados, contuvo su respiración y volvió a despedirse de él, esta vez con un beso sincero en la mejilla:

—Volveré, te lo prometo.

Mientras tanto, en el interior del vehículo, Iris le había propinado un buen codazo al desesperado cazador.

—¿No ves que apenas han tenido tiempo para hablar desde que llegó Sofía? ¡Qué bruto eres!

—No podemos perder más tiempo. León nos saca ya media hora de camino

—No te preocupes tanto. Los alcanzaremos antes de que lleguen al hotel.

El invierno apagaba la luz del día demasiado pronto, transformándola en una insólita tiniebla, sumergiendo el vehículo en una atmósfera lóbrega donde el silencio aumentaba la sensación de asfixia. O eso al menos le parecía a Sofía, a quien el trayecto estaba haciéndosele eterno, a pesar de los pocos kilómetros que los separaban de su destino. Apoyó la cabeza en la ventanilla. Al observar el paraje barrancoso salpicado por enormes conjuntos de pinares, un escalofrío recorrió toda su espina dorsal, quizá debido a que presentía la amenaza o puede que temiera encontrarse con el demonio que había herido a Oriol. Tenía que ser muy peligroso si había conseguido reducir al cazador a un mísero despojo, incapaz de mantenerse en pie por sí solo. Ni la Sombra, meses atrás, había mermado sus capacidades. Oriol era fuerte, y su don de regeneración celular lo convertía en un adversario temible. Sin embargo, al contemplarlo en el jardín de Edith, debilitado y hablando casi en susurros, sintió lástima por él. Incluso cuando desnudó sus sentimientos, confesándole lo que aún sentía por ella, fue incapaz de reaccionar. Quiso abrazarlo, decirle que lo había echado de menos, expresarle que parte de su corazón ya lo había perdonado, pero se quedó bloqueada, inmóvil, y se limitó a regalarle un beso en la mejilla. Honesto. Delicado.

Bordearon la montaña conocida como el Espolón, y desde la

carretera, Sofía admiró el pequeño pueblo medieval manchado por una fina capa blanca cubriendo sus tejados. A sus pies, contempló el impresionante embalse, el cual despuntaba como un reluciente espejo en aquella postal navideña. Reparó en algunos de sus muros, desafiando al paso del tiempo como nobles caballeros, conservando la gloria de antaño. Se dejó envolver por su frescura, por la bonanza de sus casas y por sus torreones olvidados, hasta que recordó que ahí, en ese paisaje nostálgico, una joven había desaparecido.

—No queda mucho más —anunció Hugo—. Nos alojaremos en el hotel del Monasterio de Piedra y después visitaremos a los padres de la chica.

Al entrar en la recepción, Sofía respiró el revuelo ocasionado por la desaparición de la muchacha. Muchos vecinos se habían organizado para realizar batidas sobre el terreno, incluso habían llegado voluntarios de localidades cercanas. La noche era inminente, y la oscuridad los obligaría a retroceder, volver al punto de partida hasta que una nueva mañana les señalara el camino a seguir.

Sofía dejó su escaso equipaje en la habitación que compartía con Iris y volvió al exterior para reunirse con los demás. Desde allí escuchaba los ladridos de los perros inmersos en la espesa vegetación, rastreando con su olfato la tierra húmeda, tratando de localizar el sendero por el que había huido el secuestrador y con la esperanza de encontrar a la joven con vida.

—Es tarde —le escuchó decir a Rafael—. Será mejor que vayamos el padre Carlos y yo a hablar con la familia. Deben estar muy alterados. Anochece, y de momento no han encontrado nada, ni una pista que los haga centrarse en una superficie concreta.

—Si consigues traerme algún objeto o prenda que usara la chica, quizá pueda localizarla, o al menos reducir el área de búsqueda —le sugirió Iris.

—León y yo aprovecharemos para hacerle algunas preguntas al personal del hotel. El pueblo tiene poco más de trescientos habitantes. Seguro que daremos con alguien que la conozca y pueda decirnos algo —añadió Hugo—. Y ahora será mejor que llame a Oriol, aunque no tenga nada de qué informarlo. Es capaz de presentarse aquí si no me comunico con él como le he prometido.

Sofía aprovechó para descubrir las impresionantes instalaciones de la abadía, las cuales te sumergían en una fantasía única, como si hubieses retrocedido en el tiempo y palpases la vida que albergaron aquellas paredes, los secretos que discurrían por sus pasillos abovedados. Nada más ascender por su escalera renacentista, creyó escuchar el murmullo de los cánticos y oraciones que allí profesaban sus inquilinos. Se adentró en una atmósfera sosegada que contrastaba con la dura realidad del momento. Inspiró paz y se refugió en los

recuerdos tiernos de su familia, esa que ella misma había abandonado esta vez para protegerlos. Despertó de esa ensoñación mágica cuando Iris se presentó ante ella hambrienta, suplicándole que la acompañara a comer.

Después de una tranquila cena en uno de los comedores que años atrás había sido la espléndida biblioteca de los monjes, Sofía quiso continuar con su paseo, esta vez curioseando por los alrededores de esa magnífica abadía. Se protegió con la trenca azul que Iris le había prestado antes de salir al exterior. Hacía mucho frío, y aunque el cielo de esa noche le regalaba un manto de estrellas, estas se asemejaban más a las estalactitas de una cueva profunda que a las cálidas aguas de las termas. Se aferró a sus guantes. Sus dedos eran tan delicados que sufrían las inclemencias del tiempo, sus nudillos tendían a engarrotarse y las uñas se le quebraban con facilidad. Incluso de noche, el paraje era idílico. Estaba inmersa en una naturaleza viva, repleta de energía mágica donde sus sentidos adormilados despertaban ofreciéndole un espectáculo de fuegos artificiales.

Regresó a la habitación sin tener noticias de Rafael ni del padre Carlos, quienes estaban demorándose en el pueblo. Quiso imaginar que tal vez se hubiesen topado con una pista difícil de ignorar. Tampoco volvió a ver a Hugo, ni siquiera a León, quien por sus enormes dimensiones era fácilmente reconocible a varios metros de distancia. Al entrar en el dormitorio, descubrió a Iris ya en pijama, tumbada sobre el colchón y cambiando los canales de la televisión como una posesa.

—¿Dónde has estado?

—Despejando la mente con un paseo.

—¿Con este frío? ¡Llevas más de una hora fuera! Hasta iba a mandarte un mensaje pensando que te había pasado algo.

—¿Una hora? ¿Tanto tiempo? Bueno, ya estoy aquí.

—Hugo ha venido para controlar si todo andaba bien y para recalcarnos que su habitación es la de al lado, por si lo necesitamos. Le he contestado que a lo mejor lo llamaba para que me cantase una nana en caso de que no pueda dormir. Y se ha marchado con su clásico malhumor —le contó riendo.

Sofía se despojó de la trenca y la colgó en el armario. La calefacción del cuarto estaba asándola. Escuchó entonces que tocaban a la puerta, e imaginando que se trataba de nuevo del cazador para asegurarse de que había regresado, se adelantó a su amiga:

—Ya abro yo. Hugo no se cansa nunca.

—Lo quiero mucho, pero es un pesado —reafirmó Iris.

Al abrir, Sofía no encontró a nadie tras la puerta. Asomó la cabeza e inspeccionó el corredor. Nada. Cerró de nuevo, miró a la vidente y se encogió de hombros.

—Tienen que ser los niños que se alojan al final del pasillo. Ya los he visto antes correteando y jugando como si estuvieran en su casa. ¡Una no puede disfrutar de unas vacaciones en paz! —protestó.

—No estamos de vacaciones.

—¡Escucha! Esto es lo más parecido a unas vacaciones que he tenido en años: me sirven la comida, me hacen la cama, tengo una ducha impresionante en ese baño, una televisión en el cuarto y una terraza desde la que puedo disfrutar de las maravillosas vistas del lugar. ¡Todo un sueño para mí! No me lo estropees, por favor. Tú eres la niña pija que ha disfrutado todos los veranos de unas vacaciones con su familia, y yo la pobre que se escondía de su padre cuando a este le daban días libres en el trabajo. Ni sol, ni playa, ni arena sobre la que tumbarme.

—¿Por eso has puesto la calefacción tan alta?

—Es parte de mi fantasía.

Tras cambiarse, Sofía dudó unos segundos si cubrirse con las sábanas o dejar medio cuerpo fuera y ser azotada por el increíble agosto que Iris había recreado en la estancia. Al final optó por recostarse y suplicarle a la vidente que regulara la calefacción. Iris se levantó de mala gana, dispuesta a bajar la temperatura de la estancia, pero entonces volvieron a tocar a la puerta. Esta vez los golpes eran más enérgicos, más firmes. La vidente abrió, y de nuevo comprobó que no había nadie en el pasillo.

—¡Te juro que si los pillo voy a torturar a esos niños hasta que se les caiga el pelo! —exclamó, cerrando la puerta tras de sí.

Apenas se había apartado de la entrada cuando los toques sacudieron la madera hasta hacerla vibrar. Iris dio un respingo y se puso alerta. Sofía se aproximó a ella, cruzando una mirada interrogante y cargada de recelo. La vidente presionó los labios y acercó la mano al pomo. De un tirón, volvió a abrir la puerta. Nadie. No había nadie allí. La cerró de inmediato, apoyó la espalda contra ella y soltó una larga exhalación.

—Deberíamos avisar a Hugo —le sugirió Sofía.

—¿Y qué le decimos? ¿Que el hombre invisible ha decidido gastarnos una broma?

—Ya he pasado por esto —insistió la bruja—, y no es una experiencia agradable. Puede que sea el espíritu de alguno de los monjes que vivieron aquí o algo mucho peor. ¿Y si son esos visitantes? ¿O el mismo demonio que atacó a Oriol?

—Son buenos argumentos, no voy a decirte que no. Será mejor que lo mantengamos al corriente, por si acaso.

Iris se dio la vuelta y acarició con sus dedos el tirador en forma de bola esférica, la cual se le antojó más reluciente que nunca. Frunció el ceño al comprobar que estaba congelada a pesar de la alta

temperatura que reinaba en la estancia. Quiso advertir a Sofía de ese hecho antes de girar el pomo sin más, pero, de repente, este comenzó a vibrar al tiempo que el talismán de Sofía saltaba de su pecho, alocado y fuera de control. La vidente se retiró de la entrada y se abrazó a su amiga, quien trataba de detener los brincos de su colgante. Iris no apartaba la vista de la puerta. Alguien estaba ansioso por entrar. La sacudida se extendió por toda la madera, haciéndola temblar de arriba abajo. ¡Quienquiera que fuese, iba a derribar la puerta! ¡La aporreaba sin cesar!

—¿Qué estamos haciendo? —se lamentó Iris—. Somos una bruja y una vidente, y ahora mismo parecemos dos colegialas caguetas y espantadas porque una puerta se mueve sola. ¡Alcánzame el bolso que está debajo de mi cama!

Sofía corrió hasta el lugar indicado y le lanzó una especie de riñonera verde encajada en un cinturón de cuero del mismo color.

—¿Qué piensas hacer?

La vidente extrajo una tiza blanca y comenzó a pintar unos garabatos en el suelo, cerca de la entrada.

—Dibujo una runa de protección para que ningún espíritu maligno pueda atravesar estas paredes. Tengo también algo de sal que reforzará la defensa que estoy haciendo. ¡Qué tonta soy! —se rio nerviosa—. Años dedicándome a esto y no termino de acostumbrarme a los sustos.

—Es normal, ahora mismo yo estoy bloqueada.

Las sacudidas cesaron e Iris levantó la cabeza con aire triunfal.

—Sí, pero mientras muchas chicas llevan su neceser lleno de perfume y maquillaje, yo no me separo de mi bolsito repleto de mis artilugios indispensables. —Se dirigió a la terraza y esparció la sal por la estrecha ranura bajo la enorme cristalera—. Hay que sellar todas las entradas. Más vale prevenir que curar... ¡Listo! —anunció mientras se frotaba las manos para deshacerse de los restos de tiza—. Y ahora, ¿qué tal si nos echamos en la cama y tenemos una de esas charlas de amigas en pijama? —sugirió mientras saltaba sobre el colchón y se tendía encima de él.

—¿No deberíamos hablar con Hugo?

—El problema está solucionado. ¡He conseguido alejar a ese espíritu! —exclamó, mostrando su rostro de satisfacción—. Dime, ¿te has reconciliado con Oriol?

Desconcertada, miró a su amiga, quien ya se encontraba repantigada sobre la cama y parecía haber olvidado por completo los momentos vividos tan solo hacía unos minutos.

—Con tanto jaleo, no hemos tenido tiempo de hablar en serio... En este momento, no es lo que me preocupa —dijo mientras vigilaba de reojo la puerta.

—No entiendo el problema. Él te quiere y tú lo quieres. ¿Por qué tanta tontería?

—No es tan sencillo. Puede que tenga razón y una bruja y un medio demonio no estén destinados a estar juntos.

—¿Y cuál es la pareja ideal para una bruja? ¿Un oficinista? ¿Un abogado? ¿O un ricachón que te halague con joyas y fiestas aburridas llenas de canapés y poca música?

—¡No lo sé, Iris!

—Voy a contarte un secreto: Hugo cree que deberías emparejarte con otro brujo. Ya sabes que está obsesionado con la pureza y la supervivencia de los dones a través del tiempo. Jamás se ha metido en mi vida amorosa porque soy una «cruzada» y mi línea de sangre ya está debilitada. —Se rio con sarcasmo—. ¡Nunca he sido una vidente con grandes aspiraciones! Así que me da igual lo que piense, siempre que me deje tranquila. Él ya tiene diseñada en su mente su familia ideal, con una esposa cazadora y muchos hijos entrenando con sus armas alrededor de una casa en las montañas.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? —le preguntó, todavía atónita ante tal revelación.

—¡Todo! Discutió con Oriol por eso. Cree que tu talento no debería ser desperdiciado con un medio demonio.

—¡Oh, no! ¿Y crees que ese ha sido el motivo del distanciamiento de Oriol: las paranoias de Hugo?

—Oriol no es influenciable; más bien al contrario —dijo, encogiéndose de hombros—. Pero Hugo es su hermano. Son como uña y carne. Y aunque no quiera admitirlo en el momento, suele considerar sus consejos. Quizá la distancia y todo el tiempo para reflexionar del mundo lo hayan empujado a tomar tal decisión. ¡Pensar que nunca será suficiente para ti! —Sofía soltó una larga exhalación—. Es un chico que ha sufrido mucho. Para mí es como un hermano y quiero que sea feliz.

Sofía se negó a mirar el reloj cuando por fin decidieron apagar la luz. No deseaba conocer cuántas horas de sueño le restaban. Era una manía suya que había brotado en plena época de exámenes. Si se quedaba a estudiar hasta tarde, no quería pensar en la alarma del despertador, ya que eso la ponía aún más nerviosa. Prefería pensar que todavía tenía ocho horas de sueño por delante antes de levantarse. Aunque esa noche no pudo culpar a las manecillas del reloj. Estaba intranquila. Primero, por el ser que había tratado de entrar en la habitación, y segundo, por la conversación con Iris sobre Oriol. Se negaba a aceptar sus sentimientos y no comprendía el porqué. Algo la obligaba a centrarse en el caso y alejarla de pensamientos inoportunos y que la distrajeran de su objetivo. ¡Debían detener a esa secta! Era lo que se repetía una y otra vez.

Entre uno de sus numerosos desvelos, Sofía observó una luz proveniente de la terraza. Habían corrido las cortinas para impedir que la claridad del día las despertase. Aun así, algún potente foco conseguía atravesarlas generando una singular tonalidad en la habitación: un misterioso gualdo silenciado por las sombras de la noche. Tan fascinante como espeluznante.

Se incorporó, queriendo averiguar el origen de esa luz enigmática. Quizá los policías hubiesen decidido continuar con la búsqueda alumbrando con sus linternas los alrededores de la abadía. Puede que contasen con un helicóptero, aunque no oyese el ruido del motor. Atraída por las centellas que penetraban por la cristalera, se aproximó a ella y retiró ligeramente la cortina. Su mirada añil se clavó entonces en la terraza, donde una esfera dorada flotaba a medio metro del suelo extendiendo su brillo en las proximidades. Perpleja, entrecerró los ojos tratando de discernir qué era ese globo luminoso, y de pronto se estremeció. Había una figura en su interior, o puede que detrás de la esfera; no conseguía ubicarla bien entre tantos destellos. Era esbelta y de proporciones sensatas. Podía distinguir sus dedos finos, su torso diseñado por un escultor griego, su cuello sobresalir de ese haz de luz, y esos ojos… Amarillos como el sol de mediodía.

Sofía ahogó un grito y retrocedió espantada. El corazón le palpitaba tan fuerte que sintió sus latigazos en el pecho. Desesperada, buscó a Iris, quien dormía a pierna suelta ignorando lo que estaba sucediendo en la habitación. Quiso llamarla, pero la luz se transformó en un potente fogonazo, logrando que todo su cuerpo se encogiera en busca de una postura defensiva. Parpadeó varias veces tratando de orientarse en la estancia. No veía nada. Estaba inmersa en la luz brillante. Hipnótica. Invalidante. Sintió que la cabeza le daba vueltas. Después, se desplomó.

10

Rastreo

Un murmullo insano la torturaba sin descanso aumentando su dolor de cabeza. Sofía se resguardaba de ese molesto zumbido estirando la sábana y cubriéndose con ella. Era persistente e irritante, tanto que al abrir los ojos le escocieron, así que los cerró de nuevo. La claridad del día agrandaba su malestar. Se retorcía en la cama como una excursionista a la que le hubiera picado una colmena entera de abejas y no supiera cómo mitigar el dolor. Presentía que si trataba de incorporarse, todos sus huesos se quebrarían y no quedaría de ella más que un esqueleto inservible.

Entonces escuchó la voz enojada de Iris reprender a alguien sin tregua. Acribillaba a esa persona con sus palabras, las cuales aterrizaban en sus orejas como dardos envenenados impidiéndole comprender qué es lo que estaba sucediendo. Resignada, apartó la sábana y, con mucho esfuerzo, centró la mirada en la diana de la vidente: ¡Hugo! Estaba de pie entre las dos camas, con postura desafiante y cara de pocos amigos. De inmediato, se sentó, se atusó el pelo y se restregó la cara como si así pudiese espabilarse más rápido.

—¡¿Y cómo es que te han dado la llave para entrar aquí?! ¡Podrías ser un pervertido!

—Ya sabes que soy muy persuasivo —le respondió, forzando la sonrisa—. ¡Es tarde! Y no os habéis presentado a la hora acordada. No contestáis las llamadas y he tocado varias veces a la puerta. ¿Qué se suponía que debía hacer?

—¡Eres un exagerado! —insistió Iris—. Nos acostamos tarde, eso es todo. Hicimos una fiesta de pijamas de chicas sin picoteo ni bebidas, pero estuvimos criticándote mucho, por si te interesa. Todo muy normal.

Hugo frunció el ceño, malhumorado.

—¿Y por eso hay sal desperdigada por toda la habitación y un círculo de tiza bajo la alfombra de la entrada? ¿Crees que me chupo el dedo, Iris?

—Era el espíritu de un monje enfadado por sus años de celibato y de internamiento en este monasterio. Nos deshicimos de él y se acabó el problema.

Hugo resopló y se cruzó de brazos. Después las encañonó con la mirada.

—¿Visteis al monje? —les preguntó con recelo. Como ninguna respondía, su cuello fue tensándose hasta que una de las venas que lo recorrían se ensanchó—. ¿Y en ningún momento pensasteis que podría tratarse de un visitante o de ese demonio al que estamos persiguiendo? ¿Por qué ninguna me llamó?

—Quisimos hacerlo, pero la puerta estaba bloqueada —se defendió Sofía, sujetando la sábana con brío.

—¡No me jodas! ¿Y para qué existen los teléfonos?

—¡Hugo, basta ya! Solucionamos el problema y se acabó. No puedes entrar aquí y tratarnos como dos niñas pequeñas. ¡Sé que estás afectado por lo de Oriol y que dentro de tu retorcida mente tratas de protegernos, pero pareces un sargento amargado! —le gritó la vidente.

El cazador relajó los hombros y entornó los párpados unos segundos. Iris tenía razón. Sus emociones estaban apoderándose de él poco a poco, y no podía permitir que estallasen de cualquier manera. Humedeció sus labios buscando cómo calmarse.

—¿Conseguisteis ver o escuchar algo que pudiera ser relevante? —les preguntó rebajando el tono.

Iris negó con la cabeza, sin embargo, Sofía dudó unos instantes. Imágenes extrañas comenzaron a asaltarla en ese preciso momento. Dirigió su mirada hacia la terraza. Recordaba haber visto un haz de luz y puede que a alguien observándolas desde el exterior. Quizá no había entrado gracias al círculo que había dibujado la vidente. Trató de poner en orden todos esos recuerdos fugaces, pero no lo conseguía. Le dolía demasiado la cabeza. Había visto una silueta, de eso estaba segura, y... ¡se había desmayado! ¡Eso era! Pero, entonces, ¿cómo había llegado a la cama?, ¿quién la había arropado? Estaba tan confundida... Nada tenía sentido, a no ser que todo hubiese sido una pesadilla o quizá un astral. ¿Cómo saberlo?

—¿Sofía?

Alzó la barbilla y miró a Hugo como si no estuviera presente en la estancia.

—No, no. Fuera lo que fuese, se marchó y no volvió a molestarnos —afirmó, dudando de sus propias palabras.

—Está bien. Bajad a desayunar algo mientras yo limpio todo este desastre antes de que venga la camarera de piso. Hablaré con mi padre y retrasaré la salida veinte minutos. Si no estáis lista a esa hora, nos vamos sin vosotras. Ya hemos perdido un tiempo precioso.

Sofía e Iris corrieron hasta el aparcamiento como dos estudiantes a las que el profesor hubiera regañado por su tardanza. Al llegar, Rafael las recibió con semblante severo y reprobatorio. Pronto comprendieron el

porqué. No estaban solos. Junto a Hugo, quien desplegaba un mapa sobre el capó del coche, se encontraban cuatro cazadores más. En un primer vistazo, Sofía no reconoció a ninguno de ellos. Después, examinando con más detalle a la mujer con el cabello moreno recogido en una coleta, pudo identificar a Sonia. La cazadora se había presentado voluntaria para rescatar al grupo de León cuando este fue atacado en el bosque por la Sombra. Vestida con un grueso chubasquero negro y unas botas altas, le sugería a Hugo las rutas más probables y elegidas por el supuesto secuestrador.

—Ya conocéis a Sonia —comenzó Rafael con las presentaciones—. El resto del equipo está formado por Lucía, Berto y Alonso. Fueron los primeros en llegar y en determinar que este asunto nos incumbe a nosotros por ser un caso sobrenatural.

La joven los saludó con la mano desde la distancia, ya que todos estaban concentrados en las instrucciones de Hugo. Lucía fue la más afectuosa en responder a su gesto: le guiñó un ojo mientras le mostraba una sonrisa complaciente. Era una treintañera con aire jovial y desenfadado. Sus cabellos rubios recogidos en una trenza contrastaban con sus ojos oscuros y penetrantes. A su lado se encontraba Alonso, quien parecía un hombre sereno, a pesar de que una cicatriz marcaba su rostro desde la mejilla derecha hasta la oreja. Imaginó que sería el resultado de una caza ardua. Y, por último, Berto, de quien dedujo que se trataba del más veterano del grupo. Su bien cuidada y recortada barba blanca redondeaba su mentón afilado y empequeñecía su nariz aguileña. No parecía un cazador fiero, pero sus ojos hundidos albergaban sabiduría. León permanecía muy cerca de ellos, con los brazos cruzados, mientras el padre Carlos ayudaba a introducir la silla de ruedas de Rafael en la furgoneta.

—Nosotros nos vamos ya —les anunció el sacerdote—. Estaremos con la familia en el puesto de mando. Hay muchos senderos no aptos para estos ruediles.

—Cualquier cosa que surja, me llamáis. —No fue una petición, sino una orden de Rafael, quien extrajo una bufanda malva de su gabardina. A continuación, le indicó a Iris que se acercara—. Esto es para ti. Pertenece a Pilar. Me la entregó su madre anoche, y espero que puedas sacar algo útil de ella. Confío en ti.

Ella asintió, dobló bien la bufanda y la guardó en su riñonera. Después, ambas aguardaron con paciencia a que Hugo terminase con su discurso. Por fin, todos se dispersaron. En un silencio ceremonioso, revisaron sus mochilas antes de iniciar la marcha.

El cazador les hizo una seña para que lo siguieran.

—En breve partimos, así que no tengo tiempo de entrar en detalles —se justificó—. Según sus padres, Pilar se fue temprano a la cama y allí estuvo viendo la televisión. Esta continuaba encendida por la

mañana cuando su madre entró para llamarla. Ella ya no estaba. Todas sus cosas seguían intactas, además de la ventana cerrada, la cama hecha y ningún signo de violencia en el interior que nos haga pensar en un atracador o algo parecido.

—¿Y no pudo fugarse sin más? —le preguntó Iris, considerando la opción más obvia.

—¿En pijama, sin su teléfono móvil y sin dinero? —recalcó Hugo.

—Está bien. Entiendo que ya hayan agotado esa vía de investigación.

—Anoche estuvieron interrogando a su novio hasta muy tarde, por eso Rafael tardó en regresar —continuó el muchacho—. No lo han detenido, pero lo consideran sospechoso. Es más, ayer, León y yo descubrimos que estaba muy unida a uno de los camareros del hotel, y que la policía se presentó esa misma mañana aquí para hacerle unas cuantas preguntas.

—Parece un caso de celos, de infidelidad tal vez —intervino Sofía —. No entiendo por qué lo habéis catalogado como paranormal. ¿Solo porque olía a azufre?

El joven chasqueó la lengua y jugó con la puntera de sus botas antes de responder:

—Pilar tiene sangre de cazadora en sus venas —desembuchó al fin —. Su abuelo se convirtió en leyenda después de aniquilar a varios monstruos y a algunos espíritus vengadores. ¡El gran Ricardo García! Todos lo consideran un héroe, incluido Rafael... Por desgracia, ahora sufre demencia senil, y ha sido su hija la que nos ha avisado pensando que quizá no se tratase de un caso normal de desaparición. Días antes se habían escuchado portazos en la casa, luces que parpadeaban sin más, y la propia Pilar le aseguró a su madre que alguien le susurraba en la cama antes de que se durmiera.

—¡No puede ser! —maldijo Iris—. ¿Y por qué ahora ese bicho cambia de estrategia y ataca a cazadores? ¿Tiene prisa por encontrar la llave?

—No creo que esa chica la posea. Hugo ha dicho que «lleva» sangre de cazadora, así que no es pura —dedujo Sofía.

—Es una cruzada —corroboró—. Su madre se alejó de toda la filosofía de vida que le había inculcado Ricardo. Se casó con un oculista, y a Pilar jamás le contó que provenía de una rama de cazadores muy afamados. Alonso, quien desde hace muchos años vive en Huesca, es el tío de Pilar. Él sí que optó por continuar las tradiciones de los cazadores. Y a pesar de las diferencias de la familia, acudió a buscar a su sobrina en cuanto su hermana lo llamó.

Sofía analizó el rostro del joven, quien trataba de disimular su desánimo y su disconformidad por cómo la madre de Pilar le había ocultado la procedencia de su rama familiar.

—¿Y ahora crees que esa chica no tiene ninguna posibilidad frente al demonio? —le preguntó para constatar el motivo de su irritante actitud.

—¡La ha condenado! Pilar desconoce la existencia de seres malignos. Y no tiene recursos para enfrentarse a ellos. Si lo hubiera sabido, si le hubieran contado la verdad, se habría puesto en guardia desde que escuchó los primeros susurros. —Hizo una pausa para comprobar que el equipo estaba listo—. Bien, Iris, vas con León. Él ya sabe cuál de los senderos debéis coger. Sofía, tú te vienes conmigo.

—¿Qué? ¿Por qué? —rechistó la vidente—. Siempre os acompaño a Oriol y a ti. ¿Por qué esta vez no? Puedo ir con vosotros y que León vaya con uno de esos cazadores experimentados. Se sentirá más a gusto con ellos que conmigo. ¡Con León no puedo hablar! ¡Ya sabes cómo es él!

—No estás aquí para hacer una excursión del colegio ni para estar de cháchara —le reprochó como un padre estricto—. Tenemos que encontrar a Pilar.

Iris bufó y fue al encuentro de León, quien ya la esperaba alardeando de su puntualidad y haciendo alusiones a la poca disciplina de la vidente.

Se adentraron en el parque, que permanecía cerrado a turistas por las autoridades, acompañados por el canto de algunos pájaros y el sonido de la brisa mañanera. Entre los saltos de agua y rocas impresionantes, caminaban ejercitando sus piernas. Aunque no estaban en primavera, podía intuirse la grandiosidad del parque en su máximo apogeo. Ahora, el atronador ruido del agua estaba mitigado por los diferentes chorros congelados debido al invierno tan crudo que estaban padeciendo. A pesar de la estación, el enorme vergel continuaba siendo un pequeño oasis alejado de la realidad cotidiana.

—¡Mira! A esta cascada le han puesto mi nombre: ¡Iris! —Exteriorizó su alegría como una niña pequeña y se quedó plantada ante ella admirando su belleza.

—Esa cascada tiene más años que tú —gruñó León—. No te distraigas. Estamos de misión.

La vidente lanzó un suspiro de resignación y prosiguió la marcha centrando su mirada en el camino: una ruta señalizada para los turistas amantes de los paisajes naturales y con sendas indicaciones que te narraban dónde te encontrabas y lo acontecido en el lugar.

—Sé que preferirías estar con un cazador que conmigo. Es tu naturaleza. Eres un rastreador nato con un gran instinto. Pero yo también puedo aportar mi granito de arena a esta investigación.

—Nunca lo he dudado —le dijo, manteniendo la vista al frente—, pese a que eres flacucha y tienes poco músculo. Si una bestia nos atacara ahora, no sé cómo podrías defenderme. Entre tus dones no está la lucha.

—¡He traído mis sais! —exclamó orgullosa—. Tanto Hugo como Oriol se han esforzado en entrenarme. Puedo ser un buen guardaespaldas.

El gigantón bufó e ignoró sus comentarios. Necesitaba silencio para trabajar, y esa chica estaba siendo un completo incordio. Ella continuaba acariciando la bufanda como si fuera un gatito desvalido. A veces incluso la olfateaba para impregnarse del perfume que todavía desprendía.

Al llegar a la entrada de la gruta Iris y antes de comenzar el descenso bordeando la cascada Cola de caballo, la vidente decidió sentarse para descansar algo las piernas y así disfrutar de ese caprichoso salto de agua, onírico y sugestivo. Sonrió para sus adentros, y fue entonces cuando un intenso escalofrío recorrió su médula espinal.

Primero vio un destello, y luego la imagen de una joven atada con unas cadenas. Sus cabellos alborotados apenas le dejaban intuir su rostro. Volvió a la realidad e identificó las botas de León delante de ella. La regañaba de nuevo, pero ignoró sus palabras sin dejar que aterrizaran en sus oídos. Debía concentrarse en la visión. Palpó el pañuelo con delicadeza y enterró la frente en él. Otro destello. Esta vez más potente. Pilar estaba en el interior de una construcción de madera. Sí, escuchaba el susurro de las vigas contraerse y un llanto contenido pero desgarrador. La chica debía estar sola en ese momento. No había nadie con ella, o al menos Iris no lograba individuar a otra persona.

—Así que debemos continuar —decía León en ese momento—. ¡Si no has desayunado bien, no es mi problema!

—Creo que he visto algo.

León se acuclilló e indagó en sus ojos grises. Sus pupilas estaban más dilatadas de lo normal y centelleaban de una manera peculiar. Apoyó la mano en su hombro para animarla a continuar.

—¿Qué has visto?

—Está en una especie de cabaña en ruinas. La han atado de pies y manos y no puede moverse. Le han puesto cinta aislante en la boca para que no pueda gritar... León, no está en el interior del parque, pero creo que anda muy cerca.

—Avisaré a Rafael.

Sofía y Hugo marchaban alejándose de los senderos señalizados para turistas y adentrándose en zonas de poco acceso. La chica refunfuñaba por lo bajo, quejándose del peligroso camino que había escogido el cazador. Las piedras resbalaban, los árboles dificultaban el avance, y en algunas áreas donde el musgo crecía por doquier, evitarlo era una tarea casi imposible. Ella no estaba preparada para una aventura en la jungla. Sus botas se adherían al terreno a pesar de no ser específicas para el montañismo, pero cada cierto tiempo las suelas le jugaban una mala pasada y debía agarrarse a las ramas o extender los brazos en cruz como si fuera una equilibrista. Apenas atendía al paisaje, uno de los más hermosos que jamás había contemplado, no obstante, estaba más preocupada por no estampar su cabeza contra las rocas afiladas o no terminar sumergida en algún arroyo.

—¿Por qué crees que Pilar se encuentra en el parque o por sus alrededores? Podría estar en Nuévalos, en el sótano de alguna casa o cerca del embalse. ¿No deberíamos buscar allí también?

—Los otros cazadores están buscando fuera de los límites del parque, sin alejarse demasiado del monasterio.

—¿Por qué? ¿Qué tiene este sitio de especial?

Hugo suspiró, resignado.

—Este lugar está lleno de leyendas. En cada cascada, en el reflejo de las aguas cristalinas y en sus insorteables rocas, se ocultan sus historias. La más importante es la que narra una batalla sangrienta entre ángeles y demonios en el Monasterio de Piedra. Tras horas de combate y cuando un único demonio quedaba en pie, este amenazó a los ángeles con un gran peñasco. Aun así, los ángeles consiguieron matarlo con una gran bola de fuego, y el risco cayó en el lugar exacto de su muerte. La Peña del diablo, así lo llaman ahora.

—¿Y tú te crees ese cuento? —le preguntó sorprendida.

—Todas las leyendas tienen su origen, y aunque tergiversan un hecho auténtico, muchas mantienen su aureola sobrenatural —le explicó de buen agrado—. No sé lo que habrá ocurrido aquí, y tampoco me interesa demasiado. Lo importante es que este lugar está marcado como los demás, y eso significa que su cadáver debe estar por aquí.

—Ya das por sentado que no lo ha logrado porque no es una cazadora pura.

Le ofreció la mano para que pudiera saltar mejor una roca de considerables dimensiones. Ella la aceptó, enterró sus pies en el barro y buscó en su mirada turbia una aclaración.

—No se trata de su pureza. A esa chica la han criado al margen de este mundo, a sabiendas de que este mundo toca a la puerta de tu casa cuando menos te lo esperas. Ella no estaba preparada.

—Al igual que yo —le recordó entre dientes—. Mis padres

tampoco me adiestraron. Y puede que los de ella también quisieran protegerla. —Hugo se dio la vuelta y prosiguió el camino prestando atención a sus palabras—. Tenemos visiones diferentes sobre cómo afrontar la vida. Yo no discuto que la tuya sea la incorrecta. Tú puedes tener tus sueños, tener una familia de cazadores, transmitir tu don a través de las generaciones..., pero puede que tus deseos no sean los mismos que el de las otras personas. Quizá estas simplemente quieran amar, tener una vida sencilla sin sobresaltos y no pensar que en cada esquina existe un ser oscuro dispuesto a atacarlos. ¡Integrarse en una comunidad! ¡Reír, divertirse, llorar!

—Aunque no lo creas, yo también me divierto..., cuando no tengo un caso entre manos, claro —se justificó—. El problema de tu visión rosa del mundo es que tu destino siempre termina alcanzándote, como lo ha hecho contigo. Y una vez que eso sucede, ya no eres el mismo de antes, puedo asegurártelo. No está mal mantener a los amigos del pasado a la vez que vas conociendo a otras personas de tu gremio. Yo me tomo un par de cervezas con mis compañeros del taller cuando puedo, pero soy consciente de que en cuanto este mundo me requiera, tengo que estar listo. Y eso, Sofía, hace que poco a poco los que ignoran las luchas continuas que padecemos del más allá vayan alejándose de ti. Yo ya he pasado por todo esto. Me di cuenta cuando era solo un niño... Créeme cuando te digo que no quiero amargarte el día, solo evitarte sufrimientos innecesarios.

—Sin embargo, sí quieres que Iris lleve una vida normal. ¿Por qué? ¿Porque es una cruzada y es un caso perdido?

El cazador giró sobre sus talones y se encaró con la muchacha mostrándole un semblante afectado:

—Conozco a Iris desde que tengo uso de razón. Vivía encarcelada bajo el mando de un padre borracho e inútil. Cuando volvía del trabajo, ella se escondía en los lugares más insospechados de la casa para que él no pudiera encontrarla. Pero el cabrón lo hacía. Tanto Edith como ella aguantaron sus insultos continuos, sus palizas... No tuvo infancia, y parte de su adolescencia fue un calvario. —Presionó sus labios hasta hacer desaparecer su color—. Estarás preguntándote cómo es que una vidente no vaticinó su propio futuro con ese hombre. Hay muchas cosas que ignoras sobre este asunto. Y lo único que tiene que importarte es que Iris, tu amiga, necesita una segunda oportunidad en la vida. Ha sido demasiado castigada.

Sofía abrió la boca un segundo y de inmediato la cerró. No tenía nada que rebatirle, nada que objetar. Intuía que Iris no había tenido una infancia feliz, aunque poco sabía de ella. Esperaba que algún día la vidente se sintiera lo suficientemente cómoda para hablarlo con ella, para que le revelara sus anhelos, sus deseos más ocultos, y así poder ayudarla a conseguirlos. Hugo chasqueó la lengua y se internó

en una zona boscosa mientras sacudía con un palo los arbustos que la poblaban.

—Creo que necesito ir al baño —le comunicó Sofía antes de proseguir el camino junto a él.

—¿Ahora? —No obtuvo respuesta—. Bien, estás en medio de la naturaleza. Sírvete tú misma.

—¡No pienso hacerlo aquí! ¡Estoy helada! He visto antes la señal de unos aseos en la ruta. No está muy lejos.

—Te acompaño.

Sofía expresó su desagrado con una mueca de estupefacción. ¿Sería capaz ese chico de entrar en el baño con ella? Resopló y colocó los brazos en jarra. En ese momento, escuchó el móvil de Hugo sonar y vio cómo este se apresuraba a responder, ocasión que ella aprovechó para despedirse con la mano mientras se encaminaba hacia los baños.

—¿Rafael? ¿Qué ha pasado? —Hugo introdujo el dedo índice en la oreja libre del teléfono para mitigar la bulla del agua, la cual le impedía escuchar con claridad—. ¿Cómo? Entonces, ¿la habéis localizado?... ¡Iris! Bien, vamos para allá. —Colgó y su mirada buscó con desesperación a la bruja—. ¡Será testaruda!

Llegó a los aseos sin ninguna dificultad y con una sonrisa pícara dibujada en sus labios. Tendría la intimidad que deseaba pudiendo disfrutar de un tiempo a solas, respirando el aire puro del parque y admirando la magnificencia de la naturaleza en todo su esplendor. Al entrar, cerró el pestillo mientras tatareaba una canción absurda que había escuchado en la radio dos días atrás. No comprendía por qué la había retenido en su memoria, pero se divirtió atreviéndose incluso a cantarla, a pesar de que poseía un oído pésimo. Era su oportunidad de desahogarse sin que nadie le diera su opinión sobre sus continuas notas desafinadas.

De pronto, oyó el rechinar de la puerta de la entrada y se calló. Alguien había entrado.

—¿Hugo? ¿Eres tú?

Silencio.

Se abrochó los pantalones con rapidez. Antes de abrir, apoyó la oreja en la madera por si escuchaba algo. «Habrá sido el viento, nada más», se convenció a sí misma. Cogió una bocanada de aire y presionó el manillar hasta que consiguió echar un vistazo fuera.

No había nadie.

Todavía desconcertada, se dirigió al lavabo, dispuesta a enjuagarse las manos con bastante jabón. Luego, inspeccionó sus ojeras en el espejo. No estaban tan mal. Había tenido días peores. Entonces, sintió

una pequeña punzada en el pecho, y poco a poco fue retirando toda la ropa que tenía encima hasta llegar a su piel. Arqueó las cejas al constatar que tenía una pequeña quemazón en uno de sus senos. Extrajo la esfera del colgante y la examinó con minuciosidad, sin apreciar nada fuera de lo normal.

De improviso, sus dedos recibieron una sutil descarga. Soltó su talismán, y fue cuando observó unas chispas diminutas que se desprendían de él de forma descontrolada. Desconocía ese efecto en la esfera, ya que era la primera vez que se comportaba de esa manera. Puede que estuviera advirtiéndola de algo o puede que se hubiese activado sin más, creando descargas eléctricas sin sentido alguno. El tiempo estaba loco esos días. Cuando no lucía un sol radiante, llovía sin descanso o se levantaba un viento gélido del norte. Fuera lo que fuese, no quiso permanecer ni un segundo más dentro de los aseos. Salió al exterior y observó cómo el sol madrugador continuaba brillando en el cielo. Escuchó el canturreo de los pájaros y el discurrir del agua. Todo estaba en una aparente normalidad. Entonces, ¿por qué sentía un enorme desasosiego que le devoraba las entrañas y le impedía respirar?

Avanzó un par de metros y se detuvo. Ante ella había dos esculturas de tamaño mediano que simulaban unos ángeles señalándole el sendero. No reconoció el camino. Estaba segura de que no se había tropezado con esas dos figuras de mármol antes. Retrocedió, y se quedó plantada unos segundos examinando las retorcidas obras de arte, las cuales rompían el equilibrio del paisaje. ¿A quién se le había ocurrido colocarlas allí? Su composición no tenía ningún sentido. Eran ángeles inarmónicos, con caras grotescas y garras en lugar de pies. Confusa, decidió volver al baño mientras se apresuraba a llamar a Hugo. Sin cobertura. ¿Qué demonios estaba ocurriendo? Alzó la cabeza para tratar de discernir la vereda que la conduciría hasta los aseos. Hugo la buscaría allí. Sin embargo, no había rastro de la edificación por ninguna parte. No se había alejado de ella tanto como para no verla, apenas unos metros. ¡Había desaparecido! Agitada, trató de buscar algún árbol, alguna maleza que le resultara familiar para poder orientarse. No obstante, no conseguía reconocer nada de lo que había a su alrededor.

—¿Te has perdido?

11

TentaciÓn

Inmersa entre la vegetación, observaba el paisaje con recelo. Ya no escuchaba el murmullo del río Piedra ni el aleteo de los pájaros, ni siquiera el rugir de sus numerosas cascadas. La naturaleza había enmudecido, y el manto azul del cielo, el cual la había acompañado hasta ese instante, se había teñido de un blanquecino mortuorio. Espeluznante. Apocalíptico. Incluso la esfera de su talismán se había callado. Debería estar emitiendo destellos, brincando salvaje sobre su pecho, sin embargo, permanecía inmóvil ante esa estampa amenazadora. ¡Claro! Esas chispas eléctricas en el baño no la advertían de un peligro inmediato, sino que le anunciaban una llegada.

Reparó en el joven que se había detenido a dos metros de ella antes de formularle la pregunta. No era un senderista, ya que el parque no estaba abierto al público, ni tampoco un vigilante o un policía; esto era evidente por su vestimenta. No lucía un uniforme, sino unos sencillos vaqueros con un suéter negro de pico demasiado ajustado para su torso bien moldeado. No, ese chico ni siquiera era de la zona. Su cabello azabache se extendía lo justo hasta sus orejas, y su largo flequillo no lograba ocultarle su intensa mirada. Sus ojos azules brillaban como el mar en un agraciado verano, divertidos e ingeniosos. Su extremado atractivo la había dejado sin palabras. No obstante, ese rostro esculpido por los dioses griegos no le inspiraba confianza.

—¿Quién eres? —le preguntó, dejándole claro la escasa simpatía que le despertaba.

—¡Por fin obtengo tu atención! —exclamó con sorna.

—Te he hecho una pregunta.

—¿Y acaso importa, Sofía?

Pronunció su nombre remarcando cada sílaba, saboreando cada letra, demostrándole quién tenía el control de la situación. Ella se limitó a encajar el golpe tratando de contener el terror que se había apoderado de su cuerpo. Ese joven misterioso había surgido de la espesura como un fantasma sigiloso dispuesto a acunarla con mentiras, a retarla con sus acertijos.

—Bueno, tú partes con ventaja, ya que conoces mi nombre y, con toda probabilidad, muchas cosas más de mí. ¿Fuiste tú el que quiso

asustarnos anoche tocando nuestra puerta para después jugar al escondite?

Él se rio con desparpajo.

—Si para ti es una certeza, ¿para qué me preguntas?

—¿Y el mismo que nos acechaba en el callejón? —insistió.

—¡Oh, Sofía, Sofía! —Trató de acercarse más a ella, y esta retrocedió sin dudarlo—. Tanto poder en un lindo cuerpecito, desperdiciado por las inseguridades humanas y sentimientos inútiles como la culpa, el arrepentimiento y el menosprecio. Si te liberaras de todos ellos, serías imparable. Indestructible. ¡Una diosa!

Percibió unas gotas de sudor en la frente. Ese demonio con apariencia de un joven atractivo era sin duda más poderoso que ella, que varios brujos juntos.

—¿Dónde estamos? ¿Por qué me has traído hasta aquí? ¿Qué quieres de mí? ¿La llave?

—¿Todavía no lo has entendido? ¡Te quiero a ti! No esa estúpida llave. Que se la queden esos ignorantes que juegan a ser Dios. A mí todo eso no me importa. Me importa tu esencia, tu espíritu. Pero he hecho un trato, y aunque no quiera dañar tu alma, debo entregarles esa dichosa llave.

—Si me buscabas a mí desde el principio, ¿por qué matar a esa gente inocente enviándoles a tus esbirros?

—Quería regresar a este mundo por la puerta principal, a lo grande, para que esos estúpidos cazadores me recordaran. Y te equivocas en algo, mi bruja. No estaba buscándote a ti, al menos al inicio. Pretendía poner en jaque a todos esos cazadores prepotentes, que creen que pueden exterminarnos sin más... Ya sé quién posee la llave de su gremio, pero ni esos idiotas que te acompañan, ni tú, podréis llegar a tiempo. —Alzó la mano y, con el dedo índice, la invitó a acercarse. Ella permaneció en su sitio, sin ceder a sus pretensiones —. No me hagas obligarte a hacerlo. No es tan divertido.

Sofía tensó el mentón, apretó los puños y lo retó con la mirada. No estaba dispuesta a que la manipularan. Colocando una mano en el pecho, él fingió estar herido, y después dibujó unos morritos en su boca mostrando su desconsuelo. No obstante, y a pesar de su brillante actuación, no obtuvo la respuesta esperada. Ella lo fulminaba con una mirada de absoluto desprecio, y el semblante del demonio se tornó aún más autoritario. Sin pestañear, susurró unas palabras que penetraron en los oídos de Sofía como un ligero siseo. Suave y agradable. A continuación, extendió un brazo y estiró los dedos, dirigiéndolos hacia ella. Después, con un movimiento brusco de su muñeca, recogió la palma de su mano y la retorció hasta apretujar su contenido imaginario. Ella percibió una fuerte opresión en el cuello que la obligó a alzar la barbilla hasta tal punto que pensó que iba a

desnucarse. ¡Había conseguido paralizarla! Trató de despegar las suelas de la arena, pero le resultaba imposible liberarse de las correas invisibles que la ataban de manos y pies. Poco a poco, sus botas comenzaron a arrastrarla hacia él. Aunque todo su cuerpo luchó por escapar de su magnetismo, pronto percibió su aliento en las mejillas.

—Soy capaz de ver tu presente, tu pasado y tu futuro. Tu alma brilla como una llama desesperada entre las tinieblas, y eso te hace aún más apetecible. —Acercó sus labios carnosos y rozó su boca sin que Sofía pudiera rechistar. Algunas lágrimas se atrevieron a abandonar sus ojos para morir antes de empapar su barbilla. ¡Estaba paralizada!—. Puedo ofrecerte conocimiento, sabiduría, más poder. —Indagó en sus ojos añiles, escrutando sus sueños, sus deseos ocultos. Encontró pasión, amor, una energía desbordable pero contenida. ¡Poder! ¡Mucho poder!—. Y si lo que quieres es el don de las lenguas, puedes hablarlas todas, incluso las nuestras. Estoy dispuesto a dártelo todo.

—¿A cambio de qué? ¿De mi alma?

—Te llaman la bruja de hielo, y sin embargo el fuego bulle en tu interior dispuesto a arrasar con todo lo que se entrometa en tu camino. —Acarició sus cabellos con una devoción piadosa—. No es tan sencillo, mi bruja. No quiero poseer tu alma sin más. Ya tengo millones de ellas guardadas en mis bolsillos. Y aunque juego con ellas, a veces me aburro. Espero que sus vidas se extingan para después coleccionarlas en mi hogar. Los asesinos en serie ya me resultan predecibles; los ambiciosos capaces de traicionar a su padre por una mísera fortuna, vomitivos, y no hablemos de policías corruptos y políticos con más de dos caras. ¡Son gusanos insaciables! En cambio, tú, mi dulce Sofía, eres una joya sin pulir: fresca, soñadora e irremediablemente deseable para un romántico como yo. —Ella entornó los párpados, ocultando su repulsión—. Quiero que camines junto a mí, que destruyamos mundos para reconstruirlos después, que rompamos candados y entremos en lugares prohibidos, reírnos de los vulgares humanos y hacerles creer que pueden tenerlo todo. ¡Tú serías una musa para mí! ¡Mi fuente de inspiración! ¡Las alas que me permitirán volar! Sofía..., ¡yo quiero tu luz!

Manteniéndose impasible, tragó saliva. No podía demostrarle el miedo que la condenaba a sucumbir a sus peticiones, el terror que le suscitaba su presencia y las náuseas que le revolvían las entrañas. Estaba convencida de que cualquier muestra de desprecio lo enojaría hasta desear su muerte.

—Y si tanto me estimas, ¿por qué quieres que esos ofitas se lleven una parte de mí?

La retiró un palmo de su cuerpo y examinó su rostro con interés. Tiritaba como una damisela en apuros a pesar de ese grueso abrigo

azul. Cada rincón de su piel desprendía un perfume contaminado por el pavor y que ocultaba esa brizna de osadía de la que todavía presumía.

—Siempre he cumplido mis tratos. Aunque no lo creas, el código de honor es importante para nosotros. Nos distingue de los monstruos y de esas aberraciones que infestaron el mundo después de... —Apagó una risa nerviosa—. Esos payasos no me gustan nada. ¡Son excrementos! Pero después de un largo retiro, me han despertado. Me gusta más ir por libre. No obstante, esos dementes se las han arreglado para invocarme.

—¡Te han atado con grilletes! Y haces lo que te ordenan. El genio contenido en una lámpara.

El muchacho torció el gesto, para después mordisquear su labio inferior con lascivia.

—Crees que lo entiendes todo, pero no sabes nada.

—¡Pues explícamelo! Me has traído hasta aquí, tu terreno, así que tenemos todo el tiempo del mundo.

Un silencio mordaz fue bendecido por la nieve, la cual desperdigaba sus copos como puñales candentes por todo el paraje. Por primera vez, el demonio se sintió intimidado por la pequeña bruja; algo increíble para él, pues dominaba la dialéctica como ningún otro. Sin embargo, esa muchacha canija lograba asombrarlo con sus provocaciones. Cualquier otro, cegado por el miedo o tentado por su ofrecimiento, ya habría sucumbido ante él.

—Eres muy astuta, pero recuerda que tengo más años que tú.

De pronto, sus ojos azules se tornaron en un amarillo inquietante, recordándole quién tenía el poder. Ella dio un respingo y se permitió retroceder unos pasos. Él despegó sus labios y, poco a poco, fue desprendiéndose de su boca un aliento visible, un soplo cálido con una única trayectoria: ¡ella!

Sofía contuvo la respiración. Ignoraba qué clase de poder ocultaba su hálito; puede que veneno, quizá alguna sustancia hipnótica que lograra contener su lengua impulsiva. Había sido muy atrevida y ahora iba a ser castigada. Al principio, pensó en salir corriendo, pero después descartó de inmediato esa opción, pues él la encontraría en un abrir y cerrar de ojos. Sabía por Oriol que era veloz y que poseía una destreza inimaginable. Tampoco podía olvidar que un zarpazo de sus garras ocultas tras esas manos finas podría ocasionarle un golpe mortal. Así que no se resistió. Aguardó la llegada de su aliento, entornando los párpados, imaginando su final. No obstante, y a pesar de los segundos transcurridos, no percibió nada extraño. Confusa, abrió un ojo, luego el otro, y estupefacta descubrió unas llamas azules danzando sobre las yemas de sus dedos. De forma automática, los colocó uno frente a otro, formando una pirámide con ellos. Apoyó la

frente en su creación, y fue entonces cuando advirtió una energía imparable circulando a su alrededor. ¡La bruja se había despertado!

Receloso, el demonio estudiaba los movimientos de la joven, quien había evaporado su hálito tan solo alzando su dedo índice en llamas. Examinó sus ojos, más azules aún, convertirse en dos piedras de hielo, para después observar cómo su cabello se teñía de blanco en algunas zonas. Ahora admiraba la vorágine de chispas que se extendían por sus manos engendrando aros luminosos hasta llegar a sus puños. ¿Qué pretendía hacer? Su curiosidad era más grande que su desconfianza.

De improviso, Sofía alzó los brazos y los copos de nieve que todavía no habían tocado el suelo retrocedieron. Regresaban al mismísimo cielo desde donde habían iniciado su viaje. ¡Era todo un espectáculo! Luego, columnas enteras de nieve se levantaron de la tierra como si fueran arrancadas de cuajo formando un torbellino a su alrededor. Desde la distancia, el demonio contemplaba su poder con una sonrisa de satisfacción. No se había equivocado al valorar su talento. ¡Su linaje era ancestral!

La bruja alzaba el hielo del bosque entero mientras se acercaba a él. A continuación, dirigió una bocanada de aire gélido hacia su cuerpo tan solo estirando sus brazos. Pero él no se inmutó. Aguardó su abrazo glacial como un amante condenado. Deseaba percibir los latigazos de escarcha en su piel, sentir su poder, para así comunicarle que no le tenía miedo y que, aunque hoy no se la llevaría consigo, volvería a buscarla. Debía obtener las otras llaves primero, y a ella la dejaría para el final. Su recompensa. Su tesoro.

Hugo irrumpió en los aseos gritando a los cuatro vientos el nombre de Sofía. Comprobó uno por uno los baños y chasqueó la lengua al ver que la joven no estaba allí. Decidió entonces regresar al punto donde la había visto por última vez. Quizá habría tomado otro camino de vuelta y por eso no se habían tropezado. Puede que estuviera esperándolo entre el discurrir del río y las piedras resbaladizas. Sí, era muy probable que estuviera preguntándose dónde demonios se había metido él, y seguro que lo regañaría nada más llegar, en cuanto supiera que había ido a su encuentro. Desde ese momento, su ansia se disiparía y esa extraña opresión localizada muy cerca de su corazón se desvanecería sin más. Con tal de perderse de nuevo en sus ojos tan extensos como el océano, estaba dispuesto a soportar su berrinche y a que lo llamara «exagerado» hasta que se sintiese aliviada, incluso a que lo ignorara en ciertos momentos por considerarlo demasiado paternalista.

Sin embargo, al llegar al río, su paladar se impregnó de inmediato

de un amargor funesto. ¡Sofía no estaba allí! Desmoralizado, la buscó por los alrededores, la llamó sin cesar hasta que la nieve repentina lo obligó a detenerse un momento. Se arrodilló frente al agua helada, y fue ahí, al sentir que una inexplicable desazón se apoderaba de sus vísceras, cuando comprendió que ya estaba perdido. Gritó, desahogando así su frustración e impotencia. Gritó como un lobo solitario que lanza su aullido a sabiendas de que nadie vendrá a consolarlo. Gritó hasta derrumbarse y sentir que su vida se le escapaba de las manos, para luego romper en un llanto silencioso.

El sonido del móvil interrumpió sus lamentos. Desesperado, respondió a la llamada imaginando que quizá Sofía se hubiese encontrado con otro cazador.

—¡Hugo, está viva! —escuchó la voz de Iris tras el aparato—. ¿Dónde te has metido? ¡La hemos encontrado! ¡Está viva!

El cazador se incorporó despacio y borró el rastro de las lágrimas en sus mejillas.

—¿Quién está viva?

—¡Pilar! ¿De quién crees que estaba hablando? ¡Pilar está viva! —La vidente se extrañó al no obtener respuesta—. ¿Te ocurre algo?

—Escúchame con atención, Iris. ¿Ha llegado ya la policía?

—No, está de camino. Rafael los ha advertido y creo que viene con ellos.

—¿Estás sola?

—No, León está aquí conmigo. Sonia está inspeccionando el exterior por si ese malnacido está oculto detrás de un arbusto; ya sabes, espiándonos. Lucía acaba de llegar. Dice que Berto vendrá pronto, que el viejo debe haberse quedado rezagado mientras hacían una batida a las afueras del pueblo, pero que le ha enviado un mensaje.

Hugo soltó una profunda exhalación antes de que su rostro mudara a uno más determinante.

—Bien. Quiero que interrogues a esa chica antes de que lleguen. Pregúntale por su secuestrador. ¡Quiero saberlo todo!: si logró verlo, a qué huele, cómo es su voz... ¡Todo lo que recuerde!

—Estás asustándome... Hugo, ¿qué pasa?

No respondió de inmediato. Necesitó digerir de nuevo todo lo sucedido antes de pronunciarlo en voz alta:

—He perdido a Sofía —soltó, presionando los labios al terminar la frase.

—¿Cómo que la has perdido? ¿La has llamado?

—Sí, varias veces, pero tiene el teléfono apagado o fuera de cobertura.

—Sofía no haría tal cosa. ¿Apagar el móvil?... Ella sabe que... ¡Oh, Dios mío! ¿Cómo ha ocurrido? ¿Por qué...?

—Eso no importa ahora.

—Está bien. —La escuchó nerviosa—. Después de interrogar a Pilar, te juro que empezaré a localizarla con el péndulo. No tengo ninguna prenda de ella aquí. Tendría que regresar al hotel y rebuscar entre sus pertenencias.

—Haz lo que creas oportuno. ¡Pero date prisa!

Hugo colgó la llamada y dirigió una mirada errática al emplazamiento donde recordaba a Sofía refunfuñando al tiempo que se remangaba los pantalones porque la había conducido por senderos intransitables. Sus cabellos emitían reflejos dorados gracias al impacto de los rayos de sol sobre ellos mientras sus labios temblaban de frío. Él le sonreía de medio lado sin que ella se percatara de su repentino buen humor.

Apartó esa imagen de su mente y, entrecerrando sus ojos verdosos, se concentró en el lugar. Tenía que continuar su búsqueda. No podría andar muy lejos.

El tiempo no existía. Sobrevolaba su existencia como si fuera un vagabundo incapaz de distinguir el día de la noche. Las horas ni siquiera se despedían de él; lo dejaban que continuase su camino sin ningún destino concreto. Estaba exhausto. Y no lo decían sus pies, los cuales habían recorrido kilómetros y kilómetros sin descanso, sino su boca sedienta, que clamaba por un poco de agua a pesar de encontrarse rodeado de ella. Apreciaba la piel de su rostro más estirada de lo habitual y le dolían los ojos cada vez que parpadeaba. Hugo no quería desistir, no iba a abandonar a Sofía a su suerte en aquel hermoso paraje, el cual se había convertido en un infierno blanco.

Por fin, escuchó unos pasos a su espalda y quiso imaginar que la osada bruja lo había encontrado a él. Sin embargo, su expresión animosa se nubló al distinguir al padre Carlos y a León mirándolo con condescendencia. Intuyendo el motivo de su arribo, no se alegró al verlos. Bufó por lo bajo y les mostró una sonrisa forzada.

—¿Cómo me habéis localizado?

—Ya sabes que tu padre os colocó a Oriol y a ti un dispositivo de búsqueda en el reloj después de lo sucedido en el monasterio —le recordó el sacerdote.

—No voy a irme. Tengo que continuar... ¡Sofía es mi responsabilidad!

—¡Chico, mírate! No estás en condiciones —intervino León—. Tienes que comer algo, reponer las fuerzas... Pronto anochecerá, y ya conoces las reglas de los cazadores: nos movemos en pareja. Tienes

que volver al hotel.

—Ella tiene que estar muerta de frío, y tampoco habrá comido nada. No voy a dejarla aquí con ese demonio merodeando por los alrededores. ¡¿Y si da con ella?! ¡¿Y si se la lleva para extraerle la llave?! —Con impotencia, Hugo se llevó las manos a la cabeza—. Sé que Rafael os ha enviado para sacarme de aquí, pero podemos continuar la búsqueda los tres. Así no estaré solo y...

—Oriol está aquí —lo informó el padre Carlos.

Hugo palideció al instante.

—No tendría que haber venido. Está enfermo, y yo puedo solucionar esto. Es mi problema y no el suyo. ¡Yo he sido quien le ha fallado a Sofía!

El sacerdote reparó en su rostro angustiado y después observó sus ojos humedecidos, cargados de algo más que de un sentimiento de culpa. No quiso sacar conclusiones precipitadas. Quizá Hugo se sintiera sobrepasado por todos los acontecimientos de los días anteriores: el veneno de Oriol, el conocimiento de que un demonio se había acercado tanto a su casa, y ahora la desaparición de Sofía, quien estaba a su cargo. ¡Ese chico estaba abarcando demasiado!

—Rafael está haciendo esfuerzos enormes para que no coja su mochila y se adentre en el parque. Tienes que regresar.

Cabizbajo, el joven cazador asintió, lanzándoles una última ojeada a esos robustos árboles, testigos inquietantes de la desaparición de la muchacha. Durante el trayecto, apenas intercambió una palabra más con el sacerdote, quien de vez en cuando le echaba miradas furtivas estudiando sus gestos y su estado de ánimo. Él no dejaba de pensar en Sofía y en los senderos que debía recorrer una vez que hubiese recuperado las energías. No quiso dedicar ni un segundo de sus reflexiones a Oriol, porque lo distraía de su objetivo, y como buen cazador era algo que no podía permitirse. Ya hablaría con su hermano más tarde, cuando hubiese organizado todos sus pensamientos y hubiera elucubrado un nuevo plan de búsqueda.

Sin embargo, y para su pesar, fue a Oriol al primero que identificó esperando su llegada en la entrada del hotel. Lo acompañaba Iris y un visiblemente enojado Rafael. Aguantó los reproches de su padre con ese orgullo que tanto detestaba al tiempo que percibía la rabia en los ojos centelleantes de su hermano. No se justificó ante ellos, sino que se limitó a narrar los hechos como si hubiera sido un mero espectador, a pesar de que por dentro la agonía lo consumía. Su padre insistía en la elaboración de un plan, y lo tachó de imprudente por arriesgarse a afrontar la desaparición de Sofía sin contar con nadie más. No obstante, él había dejado de escucharlo para centrarse en las llamaradas incesantes que se desprendían de las pupilas de su hermano.

Sí, comprendía su frustración, su enojo y su desprecio en ese instante. Por ese motivo, cuando Oriol lo apartó del resto, no protestó, ni siquiera apeló a su buena conciencia para que no lo juzgara de antemano. Su hermano tenía razón: le había fallado a Sofia.

—¿Qué ha pasado ahí arriba? —Oriol lo retaba presionando los dientes.

—Ya he contado todo lo que sé. Sonó el teléfono y...

—No me refiero a eso —lo interrumpió exasperado—. ¿Cómo has podido perderla de vista? ¿Cómo no le has prestado más atención? —Oriol lo miró a la cara, pero su hermano se mostraba impasible, sin nada que decir, sin ningún secreto que revelar—. ¡Me lo prometiste, Hugo! Me juraste que cuidarías de ella como si de tu vida misma se tratara. ¡Eres uno de los mejores cazadores y confié en ti, joder! ¡¿Cómo ha podido pasar esto?!

—Pilar era una distracción. Ese demonio no la necesitaba para nada. Quería que nosotros estuviéramos aquí. Quería que Sofía viniese. ¡Todo esto ha sido una trampa desde el principio!

—¿Eso es lo único que se te ocurre decirme? ¿Que esto es un plan magistral ejecutado por ese demonio? —Oriol, con los brazos en jarra, negó varias veces con la cabeza—. ¡¿Y qué?! ¡Ya intuíamos que la desaparición de esa chica no era nada normal! Las demás víctimas aparecieron muertas en su cuarto. ¡Esto apestaba, y tú lo sabías! —Soltó el aire sobrante de sus pulmones para descargar la impotencia del momento—. Sofía es una novata en este mundo, por eso era tu responsabilidad. No deberías haberte despegado de ella ni un solo segundo.

—¡Sé que es culpa mía! ¡No necesito ningún sermón tuyo! Bastante estoy castigándome yo solito. Ni siquiera eres capaz de comprender cómo me siento ahora... ¿Quieres que te lo diga? ¡Como una mierda! Pero tú solo hablas de Sofía como si fuese una posesión tuya, una medalla más que colgarte al cuello. ¡Despierta, hermanito, Sofía no te pertenece!

Oriol retrocedió unos pasos y frunció el ceño sin lograr entender las palabras de su hermano. ¿Por qué le hablaba de esa manera? Puede que estuviese desvariando. Lo observó mejor y descubrió que tiritaba de frío. Encogía la espalda para refugiarse del viento, el cual se había levantado de forma repentina y mordaz. Además, jugueteaba con sus dedos, nervioso, con una ansiedad que jamás había apreciado en él. No obstante, sus palabras continuaban siendo punzantes, demasiado incisivas para dejarlas pasar.

—¡Ya sé que no me pertenece! ¿Qué demonios te pasa? ¿Es que vas a sacarme ahora tu discursito sobre la pureza? —Hugo permaneció en silencio. Habría querido confesarle lo que estaba ocurriéndole, que él no era así, que estaba nublado y cegado por la luz de Sofía porque

ella lo había hechizado. Tenía miedo. Miedo a perderse, a no saber regresar… Pero prefirió callar. No era el momento de enturbiar más las aguas—. A veces pienso que tu corazón debe estar congelado. ¡Sofía ha desaparecido! ¡Puede que ya esté en su poder! ¿Y tú vuelves a la carga recordándome que no soy merecedor de ella? ¿Tienes idea de lo que tu opinión significa para mí, de lo mucho que la valoro? Me he pasado estos últimos meses dándome cabezazos contra la pared, convenciéndome a mí mismo de que debería actuar con más prudencia. Que no podía dejarme llevar por mis impulsos. Que podría dañarla, romperla como una frágil figurita de porcelana. ¡Porque hay un animal en mí, porque nunca podré poseer un alma humana por completo y porque ella necesita una estabilidad que yo jamás podré regalarle!… Pero no puedo perderla, Hugo, no puedo.

Hugo entornó los párpados, extenuado. No quería discutir con su hermano. Lo quería demasiado y detestaba verlo destrozado, aunque era consciente de que a veces su amor fraternal lo hería sin remedio. Tampoco podía negar que aborrecía esas feromonas que conseguían conquistar a medio mundo y que odiaba la indiferencia con la que las había asumido. Su hermano desprendía un encanto que no valoraba, y eso lo irritaba aún más, porque él no era capaz de llegar al corazón de las personas, de apelar a sus sentimientos. Se había refugiado bajo varias capas de impasibilidad y allí había instalado su hogar. Pero no dejaba de admitir que Oriol, además de su hermano, era su mejor amigo, y ahora no estaba en su mejor momento. Malherido, luchaba como un vikingo por mantenerse en pie. Había abandonado la cama para correr tras ella, a pesar de que la muerte pululaba como un abejorro sobre él, dispuesto a enterrarle su aguijón en cuanto la debilidad lo poseyera.

—No, tú eres lo mejor que le ha pasado —le confirmó en voz baja—. Ella se ha convertido en la bruja de ahora, y en parte ha sido gracias a ti. Consigues sacar lo bueno de las personas… No sé cómo lo haces, pero siempre ha sido así. Por eso te prometo que voy a volver a ese parque y registrarlo de arriba abajo sin descanso. Volveré con ella.

Oriol suspiró, agradeciendo que la cordura hubiese regresado al alma de su hermano.

—Voy a ir contigo.

—No, no vas a ir porque no puedes hacer grandes esfuerzos ni correr, ni siquiera defenderte si ese malnacido aparece. Tienes toda la razón del mundo: ella sigue siendo mi responsabilidad. Jamás he perdido a un compañero, y te juro que Sofía no será la primera.

12

Nieve

Desconsolado, Oriol contemplaba cómo el grupo de cazadores partía y se internaba en un incipiente anochecer teñido de blanco. Aún doliente, se llevó la mano al brazo conteniendo una mueca de congoja. La espera iba a ser eterna, demasiado para un guerrero como él, poco acostumbrado a verse relegado a un asiento en el banquillo. Él era un gran delantero, y su vida, la caza. No la concebía sin ella, las dos iban de la mano desde que tenía uso de razón, sobre todo desde la noche que encontró a Laura moribunda en el rellano de la puerta.

Ahí comprendió su destino, como lo había hecho Hugo. Ambos habían intercambiado una mirada más allá de la complicidad, del entendimiento, incluso de los lazos extraños en los que se basaba su hermandad. La sangre los llamaba a gritos y ellos debían acudir con urgencia donde fueran requeridos. Habían aceptado el pacto con un sino caprichoso, a veces fatídico y otras lleno de recompensas, prometiéndose a sí mismos que jamás lo romperían. Sin embargo, por primera vez, él debía permanecer anclado a la tierra sin poder actuar sobre los acontecimientos futuros mientras su hermano corría impulsado por el viento obedeciendo a la llamada de la sangre.

De reojo, observó a su padre, imaginando cuánto sufrimiento debía habitar en él, condenado una y otra vez a verlos partir y aguardando con ansia su arribo.

—Será mejor que entremos, hijo —le sugirió—. Aquí ya no hacemos nada sino exponernos a una pulmonía.

Empujó la silla de Rafael hasta llegar a la habitación, donde una impaciente Edith estaba esperándolos junto a Ariadna en el pasillo. En su frenético arrebato por presentarse en el hotel, tras el conocimiento de la desaparición de Sofía, Oriol las había arrastrado a las dos sin apenas tiempo para poder organizar el viaje. La vidente no quería que en su estado recorriera unos cien kilómetros solo, aunque fuese en tren, bien acomodado y aprovechase para echarse una siesta. Su estado era muy delicado. Ya se lo había advertido el médico: cualquier sobre esfuerzo, estrés o carrera hacia un problema de difícil solución podrían debilitar sus defensas y el veneno discurriría por todo su cuerpo con un pronóstico de no retorno.

—¿Todo bien? —les preguntó la mujer antes de abrir la puerta.

Rafael se limitó a asentir. No estaba en absoluto de acuerdo con su presencia allí, y menos con la de su hijo, quien se exponía a un peligro desconocido—. Nosotras nos hemos instalado con lo poco que hemos podido coger, nos hemos duchado y cenado. ¿Ya se han ido?

—Sí, hace unos minutos. —Con soltura, Rafael maniobró para sentarse en la cama. Después apreció el rostro abatido de su amiga—. No te preocupes por Iris. Hoy le he dado mi enhorabuena. Ha sido capaz de localizar a Pilar en tan solo unas horas. Estaba muy feliz por ello. Estoy seguro de que repetirá la hazaña con Sofía y pronto estarán todos aquí.

—Sí, nunca había conseguido hacer un rastreo efectivo sin mi supervisión. Estoy muy orgullosa de ella. Los chicos se nos hacen mayores.

Oriol, quien había permanecido junto a la ventana observando el insólito remolino de nubes en el cielo, intervino con semblante apático:

—No cuestiono la evolución de los dones de Iris, pero Hugo ha dicho algo antes que me ha hecho pensar y creo que no se equivoca. Esa Pilar no era más que un cebo, una trampa para hacernos salir como conejitos de la madriguera. Si Iris la ha encontrado, es porque «él» quería que fuese localizada. Es muy astuto, lo reconozco. Ha estado jugando con nosotros, enviando a sus secuaces por toda la geografía española, aguardando el preciso instante en el que Sofía irrumpiera en la escena para presentarse él mismo. ¡Ese tipo no es un monstruo cualquiera!

Edith se llevó la mano a la boca para sofocar su angustia y no asustar así a la niña.

—En ese caso, será mejor que vuelva a mi habitación. Desde allí intentaré ayudar a mi hija en lo que pueda. Ari, ¿vienes conmigo?

Complaciente, la niña le dio la mano y ambas abandonaron las cuatro paredes infestadas de un aire pesado e irrespirable.

—No tendrías que haber dicho esas cosas delante de ellas. Las dos están muy afectadas por lo que le ha sucedido a Sofía —lo recriminó su padre—. Han venido hasta aquí por ti.

—¿No eras tú el que hasta ayer proclamaba que Ariadna ya estaba preparada para afrontar su primer caso?

—No me refería a este. Tiene que empezar con uno más pequeño. —Rafael arrugó el rostro con preocupación—. No deberías haber venido, Oriol, y tú lo sabes. Me preocupa el efecto que esa chica consigue en ti. Siempre has sido el más sensato de los dos. Si se hubiese tratado de Hugo, tú mismo lo habrías atado a la cama, apelando a su buen juicio. Sin embargo, no has sopesado las consecuencias de tu arrebato. ¡Es tu vida la que está en juego!

Oriol se arrodilló junto a él y lo miró con ojos compasivos.

—Papá, sé lo que tratas de decirme; leo entre líneas. Temes que me suceda lo mismo que con Beatriz, pero no será así. Ese niño ha crecido, ese niño ha aprendido a controlarse, a pesar de que todos piensen lo contrario. No ha sido mi bestia quien ha corrido hasta aquí llevada por el deseo o la desesperación. ¡Han sido mis sentimientos! Y tienes que comprender que no solo habría hecho esto por Sofía, sino también por Ariadna, por Iris, por Hugo… o por ti. Porque te quiero, papá, y habría saltado de la cama de la misma forma si ese demonio te hubiese secuestrado a ti.

Con una linterna en la mano, Hugo se movía entre la variada vegetación y los afilados riscos como un gato salvaje, sigiloso y esquivo. Avanzaba con cautela, analizando los sesgos de las ramas y cualquier piedra que se le antojara que no estuviese en su sitio. Al igual que el agua del río y de las diversas cascadas, algunos tallos habían sufrido una ligera congelación. Sin embargo, la nieve no terminaba de cuajar en ese lugar pese a las frecuentes nevadas que estaban sucediéndose. Era como si el parque permaneciera ajeno a las inclemencias de los fenómenos atmosféricos. Intacto. Inalcanzable. Un oasis en un desierto, una burbuja imperturbable en el aire, un defecto del espacio-tiempo donde todo adquiría las características de una dimensión irreal.

Levantó la mirada y escudriñó el cielo. Un torbellino de nubes apocalípticas comenzaba a gestarse sobre sus cabezas. El joven maldijo por lo bajo. Habían llegado a la zona donde Sofía fue vista por última vez, con una endeble esperanza que iba apagándose cada vez más, y armados hasta los dientes, por si ese ser diabólico decidiera intervenir en su improvisada aventura. Después de inspeccionar el terreno sin ningún hallazgo relevante, las parejas formadas se dispersaron abarcando cada una un punto cardinal. Así, Sonia y Alonso se dirigieron al este, Lucía y Berto cubrieron el sur, mientras que León y el padre Carlos se internaron en la parte oeste. Hugo había arrastrado a Iris a escoger el norte; según él, el área más impracticable y dura, y por lo tanto la más probable para que el secuestrador del inframundo hubiese iniciado la fuga.

Iris suspiraba a cada obstáculo que se encontraba para así alejar el temor a una posible caída al vacío sin un colchón que amortiguara el golpe. Hugo se había alejado de los senderos y husmeaba como un ninja insaciable cada recoveco, saliente u orificio que le suscitara un extraño interés. Ella seguía sus pasos con cautela, sin prisas, olfateando una camiseta verde de Sofía, para después enredarla entre sus manos, estrujándola hasta lo imposible y poder así acceder a la esencia primaria de la bruja: su energía vital. No obstante, cuanto más se esforzaba en «sentir», más se alejaba de una posible conexión con Sofía. La presión, el anhelo de repetir la misma hazaña en el día tras la

localización de Pilar y la congoja que a veces la envolvía estaban alterando sus sentidos. ¡Y eso la frustraba! Aun así, no desistió de su empeño, pues era consciente del poco tiempo que les restaba antes de que un nuevo amanecer floreciera y ese quebradizo optimismo se extinguiera por completo.

En cambio, Hugo prefería no centrarse en el tiempo, sino en las condiciones del terreno. Era imposible que Sofía hubiese desaparecido de la espesura sin dejar huella alguna de su existencia. Ninguna pisada. Ningún arbusto saqueado. Ni una maldita rama quebrada. Nada. La joven se había esfumado sin remover siquiera la brisa que la acompañaba. Abatido, se sentó un instante en una fría piedra mientras aguardaba a que Iris se reuniese con él. No debería permitirle que caminase tan atrás. A veces la perdía de vista y contaba hasta diez para calmar su nerviosismo, hasta que por fin la veía aparecer con semblante taciturno al tiempo que negaba con la cabeza. Entonces, Hugo suspiraba al intuir que sus dones no estaban dando el fruto esperado.

Esta vez comenzó la cuenta sumido en una decepción exasperante, pero al llegar al número diez no vio a la vidente. Repitió la operación, dándole cinco segundos más de cortesía, sin embargo, Iris no se presentó. Se incorporó de inmediato, con el corazón en un puño, dispuesto a buscarla. No obstante, al levantarse, un ligero mareo le nubló la vista, tanto que con sus dedos se presionó la frente para aliviar un dolor incipiente que irradiaba desde su nuca hasta su cabeza. A ciegas, tanteó la piedra donde había permanecido sentado unos segundos, amparándose en ella de nuevo. Recostado, aguardó a que esos síntomas desconocidos para él, probablemente auspiciados por la fatiga, cedieran. ¿Qué demonios estaba ocurriéndole? ¿Y dónde estaba Iris?

Entonces, un fogonazo blanco penetró por sus pupilas a pesar de mantener los ojos cerrados. El cazador emitió un quejido desgarrador que fue apagado por el silencio atronador de la naturaleza. A continuación, una imagen brotó de su mente como si fuera una escena de un sueño real, demasiado vívido para no reparar en él. Se palpó los brazos y piernas para comprobar que no dormía, que eso no era una pesadilla, porque la irrupción de esa imagen lo torturaba, le escocía el alma, y ese resquemor era inaguantable. Decidió apartar el dolor centrándose en la imagen sin sentido, la cual permanecía estática en su mente a la espera de que alguien pulsara el botón correcto para continuar.

¡Nieve! Vislumbraba un paisaje blanco, infinito, sin árboles verdes en los que descansar la vista. Las copas de los pinos trataban de desprenderse de la abultada masa blanca que se agarraba desesperada a ellas para no precipitarse contra el suelo. La imagen, entonces, se

puso en movimiento, y Hugo, amedrentado, tragó saliva. ¡Él ya había estado en ese lugar! Había escalado ese montículo que ahora se le presentaba más sólido y firme, para luego descenderlo y descubrir unas huellas rojas. ¡Sofía! ¡Sofía estaba allí! A los pies de esa colina erosionada y fustigada por el tiempo.

A varios kilómetros de allí, Edith, quien había decidido tumbarse y relajarse mejor, sintió un pinchazo agudo en el pecho, una presión que le impedía respirar. Se sentó en la cama al tiempo que inspiraba una bocanada de aire tan denso que se le cerró la garganta, entorpeciendo la entrada de oxígeno a sus pulmones. Tosió. Quiso expulsar el aire corrompido de su cuerpo forzando su salida, obligándose a inhalar y exhalar a un ritmo vertiginoso. Cuando por fin consiguió recuperar el aliento, comprendió quién había provocado ese súbito malestar: ¡Sofía le enviaba un mensaje de auxilio! Estaba tratando de conectar con ella, remitiéndole las imágenes que sus ojos enfocaban desde el lugar donde se encontraba: ¡nieve!

Debía informar a Rafael sin falta. Tendrían que advertir a los cazadores. Sofía no se hallaba en el parque, sino en sus confines, donde la nieve era dueña y señora del paraje.

Hugo no tuvo duda alguna. El sueño. Esa imagen. Todo guardaba una estrecha relación. Era la primera vez que sufría en sus carnes una especie de premonición o de visiones en estado consciente. No sabría cómo definirlas, pues él era un cazador y esa clase de dones le eran desconocidos. No obstante, a pesar de su inexperiencia, no tardó en interpretar las señales: la sangre de Sofía lo había conectado con ella y esa extraña perturbación sobre sus cabezas guardaba relación con la bruja. ¡Ella se encontraba bajo el ojo de ese remolino de nubes!

—¡Hugo! ¿Dónde vas?

Iris se presentó ante él sin ninguna disculpa que ofrecerle por su tardanza, pero en ese momento le importaba poco.

—Sé dónde está Sofía.

—¿Qué dices?

Sin embargo, el cazador no malgastó palabras en explicaciones inútiles y partió como un rayo en busca de la bruja.

—¡Hugo! ¡Hugo! ¡Tenemos que avisar a los demás! ¡¿Quieres escucharme?! ¡Al menos, espérame!

Cuando Sofía despertó, no imaginó la calidez placentera que la

embriagaría. Más que un camastro húmedo cubierto por un jergón de nieve gruesa, disfrutaba de un lecho acogedor, aireado por una suave brisa invernal que sonrojaba sus mejillas. O al menos, eso le parecía. No obstante, cuando trató de incorporarse, las piernas no le respondieron. Estaban agarrotadas, sumergidas en bloques de hielo, y fue entonces cuando las percibió desnudas, sin el amparo de sus pantalones. Pronto cayó en la cuenta de la gravedad de la situación. La única prenda de vestir con la que contaba era el abrigo azul de Iris, el cual la cubría hasta sus rodillas. Ignoraba dónde estaban su jersey, su camiseta interior e incluso su sujetador. No tenía zapatos, ni guantes, ni el curioso gorro de lana que le cubría las orejas. Aterrada, se aferró al abrigo como si fuera su única salvación.

De pronto, examinó su alrededor con recelo. ¿Dónde estaba? ¿Cómo había llegado hasta allí? Recordó entonces al demonio de ojos azules, desafiante, provocador y cómo la había tentado ofreciéndole innumerables regalos. ¿Por qué no se la había llevado con él? ¿Por qué la había dejado allí, desamparada? ¿Para que muriese de frío?

Tiritando, se puso de pie, presumiendo que él la había despojado de su ropa por algún retorcido y obsceno plan. Antes de iniciar la marcha, observó el cielo atormentado por unas nubes siniestras que giraban a gran velocidad alrededor de un enorme agujero negro; un vacío desgarrador que amenazaba con succionarla en cualquier momento. Después, sin tener idea de cómo orientarse para llegar hasta el monasterio, se dirigió al este, ya que le pareció un camino más transitable. Sin embargo, y tras los primeros pasos, advirtió unos pequeños latigazos en sus pies que le impedían avanzar con soltura. Los miró desconcertada, y para su asombro descubrió decenas de arañazos que alcanzaban hasta sus tobillos. Algunos incluso sangraban. «Rojo sobre blanco —pensó—. No voy a llegar muy lejos así. Tengo que concentrarme en las videntes. Ellas pueden recibir mi mensaje antes de que sea demasiado tarde».

Deambulaba sin rumbo, aguardando a que un milagro ocurriese, ya que era incapaz de orientarse en ese valle blanco. No obstante, algo en su interior le decía que ella había sido la responsable de ese invierno eterno, de la nieve espesa y de los bloques de hielo formados sobre las colinas más inhóspitas. Recordaba vagamente las últimas palabras del demonio: «No me he equivocado contigo». Y después, antes de que terminara sepultado por su rabia bajo toneladas de amarga nieve, se esfumó. ¿Acaso temía su poder descontrolado? ¿Por esa razón había decidido huir sin ella, después de tantos halagos y de persuadirla ofreciéndole el universo? No habría imaginado que en su ego descomunal hubiese cabida para el miedo. No, no lo había asustado. Se había ido porque ella le dio lo que quería: una demostración de su poder ancestral.

Al llegar a la cima de un montículo, miró hacia la base con gran temor. No estaba preparada para su descenso, ya que sus pies no tenían la fuerza suficiente para aguantar el equilibrio de todo su cuerpo. Pensó en deslizarse sobre una tabla que hiciera las veces de trineo, pero allí no había nada a lo que aferrarse. Todo el paisaje estaba cubierto por gruesas capas de masa blanca. Titubeó. No sabía si retroceder o aventurarse a rodar por la ladera como un barril vacío.

De pronto, distinguió la silueta de una mujer vestida con un traje azul a los pies del montículo. Estaba de espaldas, y aun así reconoció su melena rubia.

—¡Mamá! ¡Mamá, tienes que ayudarme! ¡Me he perdido y no sé cómo regresar!

La mujer se giró, dejando al descubierto su rostro pálido como la luna, y la alentó a continuar moviendo su mano una y otra vez. Quería que bajase. Ella comenzó el descenso con gran temor, usando sus piernas y sus manos, enterrándolas en la nieve lo suficiente como para anclarse en ella y no precipitarse ladera abajo. Ya no sentía los dedos, cada vez más rígidos, más violetas. Pese a ello, no quiso que el pesimismo la envolviera. Se centró en su madre, quien la guiaba como un faro a los barcos en medio de una tormenta. Ella le indicaría el camino de vuelta. Ella no permitiría que muriese en ese infierno blanco.

Hugo no tardó en advertir unas gotas rojas sobre la nieve infinita. Se agachó para constatar que se trataba de sangre, y después volvió a incorporarse para examinar el terreno. Ignoraba cómo el paisaje había cambiado tan deprisa: de un bello paraje —donde todavía rezumaba el verde de los diferentes árboles y las cascadas discurrían a pesar de los síntomas de congelación en alguna de ellas— a una especie de desierto ártico, desnudo y demasiado blanco.

Poco a poco, fue individuando las manchas escarlatas sobre ese tapiz albo, y no se detuvo hasta que por fin localizó a Sofía unos doscientos metros más allá. Caminaba sola, descalza, haciendo extraños zigzags sobre la nieve.

—¡Sofía! ¡Sofía! —la llamó desesperado mientras corría hacia ella —. ¡Sofía, soy Hugo!

La bruja se giró muy despacio, mostrando signos evidentes de aturdimiento. Aun así, logró reconocerlo y trató de llegar hasta él con mucha fatiga, iniciando una carrera que pronto se frustró. Sofía cayó de bruces a los pocos pasos, exhausta, dolorida, pero con una amplia sonrisa dibujada en su rostro. ¡Hugo la había encontrado!

Él se arrodillo frente a ella y le dio varias palmaditas en la cara.

—Ya estoy aquí. No va a pasarte nada. —La cogió en brazos mientras le hablaba con una dulzura desconocida para él—. Ya estás a salvo. Ya verás como pronto estaremos en el hotel y te reirás de todo esto.

—Hugo, sabía que no ibas a abandonarme —le susurró ella.

—¡Nunca, mi niña! ¡Nunca!

—Lo siento…

—Ahora no tiene sentido disculparse. Lo importante es que estás bien.

Había corrido como un galgo dejando a Iris detrás. Escuchaba los gritos de la vidente sin prestarles atención, imaginando que ya había alertado al resto de los cazadores. Sin embargo, él no se detuvo; cada minuto contaba y no podía permitir que Sofía se le escapara una segunda vez. Mientras las imágenes discurriesen nítidas en su mente, sabía que existía una probabilidad alta de encontrarla.

Ahora, mientras la portaba en brazos, una inusitada dicha había alejado su desazón. Ella se recostó en su pecho al tiempo que afianzaba sus brazos entrelazados en su cuello. Hugo se sintió satisfecho y alzó la barbilla oteando el horizonte. Más allá, distinguió las figuras de Iris y León, y aproximándose a ellos reconoció al padre Carlos y a ¡Oriol! ¿Cómo había llegado su hermano hasta allí? ¿Iris lo habría avisado?

—¡Sofía! —gritó desde la lejanía mientras aceleraba su paso—. Hugo, ¿está bien? ¡Sofía!

Ella respondió a su llamada ladeando la cabeza y dedicándole una amplia sonrisa. Oriol la recibió de buen agrado y se apresuró al querer constatar con sus propios ojos el estado de la bruja. Su corazón palpitaba, sin ocultar la enorme felicidad que lo embriagaba en ese momento. Tenía que llegar hasta ella aunque agotara todo su esfuerzo en alcanzarla. Sofía reaccionó depositando sus pies en el suelo, y a duras penas inició una marcha hacia él. No sabía cómo explicarlo, pero cuando creyó morir, era su rostro el que asaltaba su mente una y otra vez, insuflándole valor, rogándole que no decayera, que él vendría a su encuentro. Y allí estaba, con un gorro de lana que dejaba entrever las puntas de su cabello castaño rozando su cuello, y desafiando al tiempo con una cazadora sin abrochar que apenas le cubría sus caderas estrechas. Oriol corrió los últimos metros como el atleta agotado que tras kilómetros de entrega acaricia la meta con orgullo y una alegría inmensurable.

Se abrazaron, fundiéndose hasta que sus cuerpos llegaron a ser uno.

—¡Estás viva, estás viva! —repetía él.

Ella, en cambio, no dijo nada, solo se limitó a perderse en sus ojos dorados, amparándose en ellos, descansando en su calma, rota por la

ansiedad que había suscitado su pérdida y reparada por la felicidad del encuentro. Oriol le sonrió, y con las yemas de los dedos palpó sus mejillas álgidas para tratar de devolverles el color. Entonces, llevó su pulgar hasta sus labios morados y no se lo pensó dos veces. La besó. En ese instante, no le importó ser rechazado, pues anhelaba su brío, su empuje, su calor y, cómo no, su amor.

Hugo se detuvo al contemplar cómo los dos se entregaban a ese beso. Bajó la vista al suelo y presionó los labios, evitando que los celos lo invadieran. No quería que esa enfermedad lo condicionara, por eso se repetía en innumerables ocasiones que sus sentimientos provenían de un hechizo mal conjurado, que lo que estaba viviendo era una mera ilusión aunque sintiese y padeciese. Él seguía luchando contra viento y marea, como un náufrago que evita ser devorado por la magnitud de las olas, aunque ya no le queden fuerzas para continuar y necesite descansar en esa isla desierta donde sea curado de sus heridas.

Sofía agradeció al llegar al hotel que no la acosaran con preguntas interminables a pesar de las miradas interrogantes, el palpable interés dibujado en sus rostros o el silencio impuesto en sus labios. Edith la asistía animándola a tragar jarabes caseros a base de raíces y plantas al tiempo que le colocaba paños calientes por todo el cuerpo. Tanto la vidente como el padre Carlos se habían detenido en examinar los profundos arañazos de sus pies hasta que ambos dictaminaron que no existía nada sobrenatural en ellos, excluyendo así la hipótesis de heridas envenenadas a propósito como había sucedido con Oriol. A veces, la bruja perdía la conciencia durante escasos minutos debido a la fatiga, y después escuchaba las voces de Hugo y Oriol en la lejanía, como si se perdieran en el eco de las paredes. También había vislumbrado la figura de Iris despejando los cabellos de su cara, para luego oír el molesto sonido del secador sobre su cabeza. Aunque ella no lo percibía, debía estar empapada, calada hasta los huesos, después de deambular por la nieve durante horas. Al fin, pudo disfrutar de la calma de su estancia y se atrevió a entornar los párpados.

Apenas durmió esa noche. Desvariaba constantemente, reviviendo una y otra vez su encuentro con el demonio. A veces su mirada azul la enamoraba, y otras eran sus ojos amarillos los que la intimidaban y la hacían sentir pequeñita dentro del universo infinito. Recordó su voz aterciopelada seducir sus tímpanos, susurrarle caricias mientras la embriagaba con su sonrisa perfecta. Pero incluso así sintió miedo. Bajo esa apariencia dócil habitaba un lobo salvaje, agresivo y mordaz, que no se espantó cuando ella convocó a la nieve, al frío más gélido para

domar su impulsividad ardiente y expansiva. Su imagen la acosó hasta la madrugada, cuando por fin su alma pudo descansar.

13

CaÍdo

Se despertó sobresaltada, retirando las sábanas de la cama y tratando de apoyar sus pies descalzos en el suelo. Iris la retuvo sentándose a su lado y tendiéndola de nuevo muy despacio sobre el colchón. Estuvo unos segundos desorientada, intentando ubicarse mientras examinaba los enseres de la estancia. Después lanzó un profundo suspiro al constatar que ya no se encontraba inmersa en una tormenta de nieve, que estaba a salvo con sus amigos, de vuelta en la habitación del hotel. Logró calmarse y se perdió en la mirada felina de Iris, la cual siempre le inspiraba una gran confianza y serenidad.

—No deberías levantarte —le aconsejó la vidente—. Has perdido mucha energía y todavía estás débil. Mi madre te traerá ahora otra de sus infusiones milagrosas y ya verás como a lo largo del día te sentirás mucho mejor. No sabe muy bien, te lo advierto. Pero como dice ella, es manita de santo, ¡lo cura todo!

Sofía se llevó las manos a la cabeza.

—Aggg, me duele todo, como si me hubieran dado una paliza.

—Bueno, por lo que parece, te la han dado, y bastante fuerte —ironizó su amiga, arqueando las cejas y exhibiendo su dentadura en una sonrisa forzada—. Cuando te encontramos vagando como un títere sin cabeza, pensé que te habías ido de fiesta sin mí y que tenías una resaca de...

—¡Déjate de tonterías! —Ambas rieron—. No puedo ni sonreír, me duelen todos los músculos de la cara. —Hizo una pausa en la que su semblante se tornó más agrio—. ¿Cómo conseguiste localizarme?

—No lo hice yo —confesó cabizbaja—. Primero, a Hugo le dio un arrebato extraño. Me dijo que había unido las piezas del puzle. Y después mi madre me llamó. Tuvo una visión. Me contó que estabas inmersa en un invierno irreal y que buscáramos nieve, toneladas de nieve. Pero fue Hugo quien llegó primero siguiendo no sé cuál teoría... ¿No lo has notado raro últimamente? A veces me parece demasiado él, brusco e impulsivo, y otras... tan reflexivo y distante, como si su mente estuviera en otro lugar y no en nuestro presente. No sé si me explico bien.

Sofía se sentó en la cama junto a ella y apretó los párpados mientras negaba con la cabeza. Estaba hartándose de esa situación. Más allá de su orgullo, el cazador debería contarles la verdad. Imaginó

el pánico de Hugo instalándose en sus entrañas como una enfermedad silenciosa al constatar que había desaparecido, ya que estaba convencido de que si a ella le sucedía algo grave, él también sufriría las consecuencias. Era muy probable que hubiese temido por su vida, y que, tal vez, su ímpetu por encontrarla lo hubiese llevado a establecer una conexión con ella. Quizá la habría localizado por ese misterioso vínculo que se había forjado entre ellos; un lazo de sangre desconocido y peligroso pero que le había salvado la vida, después de todo. Sin embargo, Sofía volvió a callar. Por más que quisiera una promesa, era sagrada para ella aunque no estuviera de acuerdo con guardar ese secreto, pesado y nada sano. En ese momento agradeció que tocasen a la puerta interrumpiendo esa conversación incómoda, ya que Iris tenía esa capacidad innata de leer en su rostro, indagar en su mirada y resolver que estaba ocultándole algo importante.

A la bruja le pareció estar viviendo un *déjà vu*. De pronto, se sintió acorralada como aquella vez en la que todos se presentaron en su habitación del monasterio después del feroz ataque de la Sombra a Edith y a ella, exigiendo respuestas a preguntas que ni siquiera se había planteado. Aunque ahora fuese distinto, ya que esas personas que irrumpían en su cuarto habían dejado de ser unos completos desconocidos, no pudo evitar sentirse de nuevo desamparada, como aquella niña asustadiza a la que acogieron los cazadores en su refugio para monstruos y que tenía miedo hasta de su propia respiración.

—¿Cómo te encuentras hoy, querida? —Edith fue la primera en romper el silencio. Se acercó a ella con una taza de agua hirviendo y la instó a que bebiera. Sin levantar la mirada, dio unos cuantos sorbitos, convencida de que todos esos pares de ojos presentes en la estancia se centraban en ella—. Si está muy caliente, puedes dejarla en la mesita de noche un rato para que se enfríe.

Cabeceó, sin añadir palabras a su asentimiento.

—Ya imaginas por qué estamos aquí —escuchó la voz grave de Rafael—. Sabemos que algo te ocurrió en el parque, y hemos presupuesto muchas cosas. Supongo que algunas erróneas, aunque al final hayamos descartado que te hubieras perdido sin más, dado todos los acontecimientos que estamos viviendo.

Alzó la barbilla al percibir que la puerta se abría de nuevo. León, con semblante intranquilo, entró en la habitación pidiendo excusas y solicitando hablar con Rafael a solas al tiempo que la miraba de reojo, preocupado. Sin embargo, el líder de los cazadores lo apremió a que hablara delante de todos, sin tapujos ni verdades a medias.

—Debes de tener el teléfono en silencio. Has recibido unas cuantas llamadas, y al ver que no respondías, han hablado conmigo.

—¿Quién? —le preguntó Rafael, conociendo la dificultad del gigantón para expresarse con claridad.

—Pues cazadores, ¿quiénes si no? —protestó con voz profunda y rasgada—. ¡Hay tres cuadrados más! ¡Todos anoche! En Coslada, otro también cerca de un cortijo en Málaga y en un pueblo de Tenerife. Todos, puntos rojos que habíamos señalado en nuestro mapa.

—¡Dios santo! —El padre Carlos se persignó.

—Hay un superviviente —añadió León—. Está mal herido, pero los médicos creen que saldrá adelante.

—Tenemos que hablar con él sin falta. Puede que su declaración nos arroje nuevas pistas —argumentó Rafael—. ¿Podrías organizarlo todo?

—Pero está ingresado en Tenerife —protestó el rudo cazador, abriendo los ojos de par en par—. ¿No podemos hacer que alguien de confianza en las islas lo interrogue?

Rafael ignoró su sugerencia y focalizó toda su atención en la bruja, quien escuchaba atenta, sin perder detalle.

—Te ayudaré con los preparativos —se prestó Edith—. Vamos a buscar hotel y vuelo.

—Es un viaje muy largo, Rafael —añadió el sacerdote—. Deberías quedarte aquí supervisándolo todo. Yo me voy de viaje con León, no te preocupes. En cuanto esté todo organizado, partiremos.

León quiso rechistar, vociferar si era necesario para que no lo enviaran a un destino tan lejano considerando que tenía pánico a volar. No se había subido a ninguna chatarra con alas en toda su vida. No obstante, comprendió las motivaciones del experto cazador, y era consciente de que cubrir todos esos puntos iba a ser una tarea ardua, y a él, como su mano derecha, le encargaba la misión más delicada. Para las otras dos poblaciones necesitaba organizar dos grupos igualmente válidos, constituidos por personas avezadas que pudieran olfatear hasta el último rincón de las viviendas afectadas. Abandonó la estancia junto a Edith con cierta decepción en su rostro. Odiaba hacer gestiones, no estaba hecho para el papeleo, y además se moría por dentro por conocer qué le había sucedido a la bruja.

—¿Por qué esos malditos visitantes han cambiado su forma de operar? —se preguntó Hugo desconcertado—. ¡No es normal! ¡¿Tres en una sola noche?!

—Él está enfadado —intervino Sofía pensativa.

—¿Quién? ¿Ese demonio? ¿Es el mismo del callejón? ¿Pudiste verlo bien? ¿Tenía garras y uñas afiladas? —Oriol caminaba histérico de un lado a otro de la reducida habitación—. ¿Y cuernos? Muchas veces se camuflan muy bien entre nosotros, pero siempre hay algo que delata su verdadera condición.

Sofía se relajó soltando una larga exhalación. Había llegado el momento de su intervención, y aunque no tenía ni idea sobre cómo empezar su relato, decidió que era más fácil si calmaba las ansias de

sus compañeros y amigos respondiendo sus dudas.

—Sí, era el mismo del callejón. Aunque al principio me costó reconocerlo, ya que, a oscuras, lloviendo y con una gabardina negra que cubría todo su cuerpo, me fue imposible quedarme con un rasgo de él, algo con lo que pudiera identificarlo más tarde. Pero en cuanto se dirigió a mí en el parque, supe que era el acechador de la calle. —Hizo una pausa en la que retomó el aliento—. No tiene apariencia de bestia ni ningún atributo anormal. Parece un humano más, si no fuera porque es el chico más guapo que he visto en mi vida —dijo sonrojándose.

Oriol carraspeó, evidenciando su incomodidad. Entretanto, Hugo arqueó las cejas, haciendo que se desdibujaran entre las decenas de arrugas que se habían formado en su frente.

—¿El más guapo? —El padre Carlos negaba con la cabeza.

—Mmm, bueno, yo nunca había visto a un demonio así. Aunque en realidad nunca he visto a ningún otro para poder compararlo. —Estaba arrepintiéndose de haberlo calificado como «guapo», cuando se suponía que era el enemigo—. Como siempre que habláis de ellos decís que son como aberraciones, yo supuse que todos eran así. Claro, pero incluso él mismo renegaba de su familia. Me dijo que detestaba a todos esos engendros que caminaban por la Tierra y...

—¿Cómo has dicho? —El sacerdote estaba cada vez más convencido de que Sofía no se había topado con un demonio normal.

—Que odiaba a las bestias. Hablaba de ellas como si fueran seres inferiores. —Enmudeció al contemplar los rostros perplejos del padre Carlos y Rafael.

—¿Te dijo su nombre? —Rafael le planteó la pregunta como si la hubiera masticado antes de escupirla.

—No. Me pareció alguien inteligente y sin duda manipulador. Sabía expresarse muy bien. A veces tenía la sensación de que jugaba con las palabras... Y después, esos ojos azules tan intensos como el cielo se volvieron amarillos. —Se mordió el labio inferior, dudando—. No, no, eran más bien dorados.

—¿Cómo los de Oriol cuando conecta con su don interior? —Hugo la miraba confundido. Ignoraba si estaba describiendo a un ente salvaje o a un adonis griego.

—No, eran más brillantes, más cautivadores. —El medio demonio chasqueó la lengua algo ofendido—. ¡No sé, no eran de este mundo! Es difícil hacer comparaciones cuando eres una novata inexperta.

El padre Carlos colocó una mano en su hombro para mostrarle su apoyo.

—Estás haciéndolo bien. Y aunque no lo creas, nos has dado una pista importante.

Iris frunció el ceño con desconcierto al ignorar a qué se refería el

sacerdote. Después examinó los rostros de los hermanos cazadores, y se sintió aliviada al descubrir que los dos estaban tan perdidos como ella. Sin embargo, atisbó en la expresión alarmada de Rafael cierto convencimiento de que habían topado con algo que superaba sus teorías más pesimistas. El viejo cazador cruzó una mirada repleta de intenciones con el sacerdote y este se limitó a asentir como si temiera afirmarlo en voz alta.

—Nunca nos hemos enfrentado a alguien así —verbalizó por fin Rafael—. Puede que tú hayas lidiado con alguno en tus innumerables viajes.

—Solo a través de posesiones, ningún encarnado. Ellos toman muchas precauciones, son recelosos, y por eso prefieren someter a los humanos desde dentro, hacer daño a través de ellos, corromper sus almas y enviar a su ejército de monstruos a la Tierra para las operaciones *in situ*.

—Como los visitantes transparentes —concluyó el viejo.

—¡Exacto! No les gusta ensuciarse las manos de forma tan directa. Hubo un tiempo que caminaron libres por el mundo, forjándose una reputación, creando engendros, bestias que terminaran su labor en la Tierra, hasta que decidieron esconderse.

Hugo refunfuñó. Tras colocar los brazos en jarra, protestó:

—¿Se puede saber de qué estáis hablando, eminencias de lo oculto? Estamos de acuerdo en que buscamos a un demonio, ¿no? ¿Un cambiaformas, tal vez?

—¡Sí! ¡No! —El sacerdote sacudió la cabeza para despejar sus ideas—. Depende de la acepción que tengas de la palabra «demonio». Para muchos, se trata de un ser sobrenatural, no humano y que es malévolo. Pero si te das cuenta, en esta definición entran todos los monstruos que conocemos, independientemente de si son chupasangres, espíritus impuros, sombras, cambiaformas y un largo etcétera.

—¿Adónde quieres llegar, padre Carlos? —Iris tomó la mano de la bruja como si así pudiera prepararla para lo que ella intuía que iba a ser un desenlace calamitoso.

—Sofía no se topó con cualquier demonio, sino con un ángel caído. —Se formó tal revuelo en la habitación que el sacerdote decidió hacer una pausa hasta que los ánimos se relajaron—. En un sentido más estricto de la palabra, y desde luego para nuestra comunidad de cazadores, los demonios eran seres de luz que decidieron rebelarse en contra de Dios. Muchos de ellos, a pesar de la Caída, conservan parte de esa luz y de la belleza de los ángeles, la cual aprovechan para continuar seduciendo o tentando a quienes les plazca. —Lanzó una exhalación sentida—. No obstante, aunque existen muchas historias, leyendas y demás cuentos populares pertenecientes a épocas remotas,

la realidad es que ahora no se recogen tantas manifestaciones de estos demonios cuando toman su propia identidad. Como decía antes, suelen ser más sutiles, y se presentan a través de visiones, sueños o incluso posesiones.

Sofía se llevó una mano a la frente y negó con la cabeza.

—Es decir, que puedo sentirme afortunada.

—Desde luego, has despertado un interés inusual en uno de ellos como para que se haya molestado en hacerte una visita —corroboró el sacerdote.

—¡Es una llave ancestral! —exclamó Oriol, todavía perplejo—. Puede que ese ángel caído colabore con los ofitas para así poder regresar al Cielo.

Hugo cabeceó valorando esa opción. Después posó su mirada esmeralda en la bruja, quien había comenzado a temblar de nuevo. Quiso asistirla, pero fue Iris quien, adelantándose, cubrió sus hombros desnudos con una manta.

—No tiene intenciones de volver al Cielo —le rebatió Sofía—. Esos ofitas lo han sometido, me lo ha confesado. Para liberarse, ha hecho un pacto con ellos: les entregará todas las llaves si al final la secta les cede mi alma.

—¡¡¿Cómo?!! —Oriol entrelazó los dedos detrás de su nuca—. ¡Eso no vamos a permitirlo! ¡No dejaré...! No vamos a dejar que ese sádico te toque un pelo.

Con expresión severa, Rafael escudriñó hasta el más mínimo gesto de su amigo. Carlos se rascaba la barbilla, pesaroso, tratando de desenmarañar los nudos de esa red cada vez más caótica y sin sentido.

—¿Cómo es que un par de chalados han conseguido dominar a alguien tan poderoso? —se cuestionó el líder de los cazadores—. ¿Invocar a un caído?

—Cada vez estoy más seguro de que esa secta es solo un mero instrumento en manos de alguien más mezquino, más ambicioso.

—¿Y de quién, Carlos?

—¡Janus! No dejo de pensar en ello. El vidente me habló de él como si fuera una especie de profeta divino.

—¡Oh, no puedo creer que vengas otra vez con la historia de ese dios romano!

Hugo comenzó a hacer aspavientos con las manos, interrumpiendo el diálogo entre los dos veteranos cazadores:

—¡Volvéis a hacerlo! Estáis dejándonos fuera del caso otra vez —manifestó enojado—. ¡¿Qué leches tienen que ver los romanos en esto?!

—¿Y quién es ese tal Janus? —lo secundó su hermano.

—Cuando interrogué al vidente poseedor de la llave, me habló de que alguien superior le hablaba, le enviaba directrices de actuación, y

se refirió a ese líder como Janus.

—Ese tío se ha quedado zumbado. Le han extraído la llave, y puede que de paso le hayan destruido unas cuantas neuronas. —Hugo se mostró escéptico.

—¿Y tú crees que sería la pieza que nos falta para comprender este sin sentido? —Oriol, pensativo, barajaba esa nueva posibilidad.

—Pero ¿un dios romano que se mete en su cabeza y le habla? ¿No suena raro? —cuestionó Iris.

—¿Y si esa secta actuara como un enjambre de abejas, todas conectadas al mismo tiempo en la red neuronal? Reciben las órdenes de Janus y ellos las cumplen. ¡Actuando como si fueran uno solo! ¡Uno! ¡No somos cuatro, sino uno! —continuó el sacerdote, maravillado por su propia deducción—. Esto fue lo que me dijo el líder de la secta veneciana. ¡Exacto! Se refería a este principio. ¡Es increíble pero cierto! Se mueven como autómatas, venerando y siguiendo las indicaciones de Janus. ¿No lo veis?

Boquiabierto, Hugo observaba a su padre, quien negaba con la cabeza poniendo en duda las aclaraciones del padre Carlos.

—¿Un dios romano invocando a un caído? ¡Es lo más absurdo que he oído! —recalcó Rafael.

—¿Y si no fuera un dios… —intervino Sofía—, sino alguien que se hace llamar así para ocultar su verdadera identidad? Podría tratarse de un telépata o de un vidente con un don extraordinario.

—¿En plan Xavier, de los X-man? —se rio Hugo.

—Tendría que ser un vidente muy poderoso —añadió Iris—. Yo, cuando me concentro, puedo llegar hasta tus pensamientos, pero no modificarlos.

—Sí, pero recordemos también que la Sombra absorbía parte de nuestros dones hasta que llegó a ser casi imparable. —Oriol arrugó el rostro, pensativo, reflexionando sobre esta nueva teoría—. ¿Y si no solo quisiera abrir las puertas del Cielo? ¿Y si, como indica su nombre, quisiera convertirse en un dios?

Hugo bufó. Se acercó al ventanal y desde allí examinó el exterior. Pese al precioso día que los acompañaba desde muy temprano, el aire era gélido, demasiado frío para percibir la calidez del parque.

—Estamos yéndonos por las ramas. Ahí fuera hay un demonio espiándonos, puede que cercándonos o tal vez esperando a que salgamos de la madriguera. Quizá por eso le ordenara a su ejército matar a tres inocentes anoche: para dispersarnos, separar al grupo y darle de nuevo la oportunidad de llegar a cualquiera de nosotros. ¡Ahora mismo me importa una mierda esa secta, su líder y su obsesión con el Cielo! Ese bicho de ahí fuera, si es tan poderoso como decís, puede reducirnos a cenizas tan solo chasqueando sus dedos.

De pronto, el ambiente se enrareció, y las palabras del joven

cazador se desperdigaron en la estancia como puñales acertados, cargados con una verdad lacerante. Nunca se habían enfrentado a un caído. Ignoraban incluso si podía derrotársele de alguna manera, si tendría algún punto débil, como los monstruos con los que combatían a diario, o si, por el contrario, era invencible. Ya les había demostrado que la fuerza de Oriol no era un contratiempo para él. ¿Quién iba a ser el siguiente?

—Quizá deberíamos volver a casa —sugirió su padre.

—Estoy seguro de que, conociendo su nombre, tendríamos una oportunidad. —El padre Carlos trató de mantener la esperanza en un grupo en el que el coraje se había deshinchado en cuestión de segundos.

—¡Hoy celebraremos la Nochebuena! —Iris, de pie, frunció el ceño, enfadada—. No voy a permitir que un demonio de tres al cuarto arruine este día. ¡Son mis vacaciones! En el hotel hay un menú especial, y después han contratado una orquesta. ¿Cuánto hace que no estamos todos juntos en una fecha como esta? ¡Quien no está cazando, está realizando un exorcismo! Por favor, démonos un día, un solo día antes de tomar más decisiones.

Oriol arqueó una ceja y posó su mirada en Sofía. Ella se hallaba a cientos de kilómetros de su familia, y en su estado no llegaría a tiempo de reunirse con ellos. Todavía estaba convaleciente, y aunque detestaba admitirlo, él tampoco se encontraba en condiciones de iniciar un viaje de regreso a casa. Su repentina incursión en ese paraje nevado le había pasado factura. Necesitaba descansar; un día sin sobresaltos, sin visitantes ni demonios.

—Puede que Iris tenga razón. Y a Ariadna le vendrá bien celebrar la Nochebuena en familia —se atrevió a exteriorizar por fin.

—Me parece una buena idea. No creo que León haya encontrado billetes para esta tarde. Es muy probable que tenga que partir mañana con él.

Cabizbaja, Sofía se excusó mientras entraba en el baño para asearse:

—Debería llamar a mis padres. Será la primera Navidad que no celebre con ellos.

Hugo deambulaba con las manos en los bolsillos por los alrededores del monasterio. Se adentró en los setos, todavía húmedos debido a la inusual nevada del día anterior, pese a que los copos de nieve no fueron ni tan dañinos ni intensos en esa zona. «Solo en el área donde estaba Sofía —pensó—. Demasiado blanco, demasiado gélido». Chasqueó la lengua, aún confuso, y oteó el horizonte. Aunque el

nuevo día les regalaba un tímido sol arropado por un cielo despejado, el cazador percibía cierta sensación fantasmagórica en el ambiente. No podía evitarlo. Temía que en cualquier momento las sombras del parque se cernieran sobre ellos, sumiéndolos en una oscuridad carcelaria. Por ello vigilaba el exterior fingiendo indiferencia, golpeando con sus botas alguna que otra piedrecilla que se entrometía en su camino.

Mientras los demás descansaban o continuaban con sus absurdas conjeturas sobre la secta, él se comportaba como el guardián de la fortaleza, recelando de todo lo que se moviera a pocos metros del hotel. Quizá Sofía debería alzar un escudo de protección que contuviera al demonio, al acechador, y le impidiera acercase a ellos. Tras varios minutos de reflexión, desechó esa idea. Ignoraba si ese conjuro suministrado por Harry para salvaguardar su refugio anterior era efectivo contra caídos o lo que fuera ese diablo asesino. Tampoco podía dibujar símbolos en la fachada de una joya arquitectónica, o acabaría apresado por la policía por cometer actos vandálicos. Así que concluyó que se encontraban indefensos ante esa nueva amenaza. Ese demonio seductor podría introducirse en el edificio y llevarse lo que quisiera cuando quisiera.

Bufó. Ese enclave iba a ser su perdición. Deberían replegarse y buscar una construcción sólida, aislada, la cual no comprometiera a ningún turista, a ningún empleado, a nadie inocente, ajeno a sus batallas sobrenaturales.

—Así que estás aquí, haciendo vigilancia. Estaba buscándote.

Había escuchado los pasos de su hermano varios metros más allá. Después de tanto tiempo cazando juntos, había aprendido a diferenciarlos de otros seres humanos, de cazadores y de criaturas bípedas del inframundo.

—Y tú deberías estar descansando. Ayer te saltaste las recomendaciones médicas y te presentaste aquí echando humo por las orejas.

—Creo que la ocasión lo requería.

—Te dije que podía con ello.

Oriol examinó la expresión severa de su hermano, férrea e infranqueable.

—¿Qué es lo que te ocurre, Hugo? —Este no respondió. Se apoyó en uno de los muros del hotel y extrajo un cigarrillo de su chaqueta de cuero—. ¿Crees que no me he dado cuenta de que algo te pasa? Desde que empezamos esta misión, actúas como un loco temerario, sales solo a montar guardia, no compartes información con el resto y te atreves a internarte en los bosques sin contar con nadie.

—Y me lo dice el que corrió tras un demonio por un callejón oscuro —le reprochó con sorna—. ¡Te han envenenado!

—Por eso no quiero que te ocurra a ti lo mismo. —Hizo una pausa en la que se permitió inspirar con cierta calma—. Lo notas, ¿verdad? ¡El aire contaminado! Está cerca, no se ha ido todavía. Y ha conseguido viciar el oxígeno puro de este paraje.

—¡Claro que lo siento! ¡Su presencia apesta! Puede que en el pasado haya sido un ángel lleno de luz y misericordia, puede que intente emular a ese que fue alguna vez, pero sus entrañas están podridas como las de cualquier demonio. Está lleno de bichos en su interior.

—¿Cómo supiste dónde se encontraba Sofía?

Hugo dio un respingo. No esperaba una pregunta tan directa de su hermano sobre la bruja, aunque intuía que en cualquier momento pudiera pasar. Cuando se trataba de ella, se volvía descuidado, impulsivo y poco racional. Ni siquiera había pensado en las consecuencias de su arrebato, de correr tras una señal inexplicable y a priori nada fiable, pero no podía entrar en detalles sobre lo que en ese momento experimentaba. Sofía corría un peligro inminente y él no podía detenerse para complacer la curiosidad del resto.

—Fue un pálpito. Tú los has tenido muchas veces. —Le dio dos caladas al cigarrillo, restándole importancia a su hazaña.

—¡Hadas!

—¿Qué? —Por primera vez, el cazador sintió que sus defensas se venían abajo, derrumbándose al escuchar la palabra mágica que le otorgaba a cualquier extraño el derecho de penetrar en su interior.

—¡Oh, venga ya! He estado dándole vueltas a todo este asunto desde que dejamos Saucedilla. —Lo acorraló con su mirada penetrante —. ¿Cómo unas simples hadas rotas en el escenario del crimen pudieron asustarte de aquella manera? No te dije nada en el momento porque quería que tú mismo me lo explicases cuando te calmaras. Sin embargo, esperé horas, días, y tú seguías guardando silencio. Entonces, tanto Iris como Sofía me contaron sus astrales, y mira por dónde las dos me hablaron de hadas. Iris las había visto la primera vez que entró en la habitación de la muchacha, y Sofía las había utilizado como arma arrojadiza contra el visitante. Ahora, explícame, ¿cómo es que tú ya tenías esa información antes siquiera de entrar en el cuarto de la víctima? Me he estrujado los sesos hasta dejarlos secos. Y aunque al principio pensé que habías hablado con una de las chicas antes de visitar Saucedilla, cosa que me parecía lo más lógico, ayer mismo lo descarté. ¿Cómo es posible que un simple cazador conociera la ubicación exacta de una de las brujas más poderosas que hemos conocido? ¿Cómo es posible, Hugo?

—No tengo ni idea, pero seguro que vas a deslumbrarme con una de tus ingeniosas teorías.

—Créeme, tengo muchas. —Oriol arqueó las cejas desafiando a su

hermano, a la espera de que hubiera un mínimo cambio en su expresión impasible—. La más descabellada es que estés desarrollando algún tipo de poder inherente a la videncia, aunque tú eres un cazador puro y eso es prácticamente imposible. Luego, hablando con Edith, me explicó que fue Sofía la que lanzó esa llamada desesperada y que por supuesto ella la captó gracias a su don. ¿Cómo la interceptaste tú y no Iris?

—¡Y yo qué sé! ¡¿Por qué estás dándome la vara con esto?! —Hugo apagó el cigarro y en un intento por aplacar su furia, se dirigió a la entrada principal del hotel.

—¡Porque quiero entender qué es lo que está ocurriéndote! —Oriol lo siguió varios pasos por detrás—. ¡¿Y por qué leches no me lo cuentas?! Si es porque crees que estoy débil todavía y no quieres preocuparme para no agravar mi estado de salud, te diré que me siento mucho mejor y que puedes contar conmigo para lo que sea. —Hugo continuaba su camino sin reaccionar a sus palabras—. ¡Joder, soy tu hermano!

Por fin, el cazador se dio la vuelta y encañonó con sus ojos verdes el rostro preocupado de Oriol. Titubeó unos segundos. Presionó los labios, indeciso. Se masajeó la frente como si así pudiera alejar al cuervo que martilleaba sus sienes.

—No sé si eres el más indicado para contarte esto. —Evitó mirarlo a la cara; prefirió clavar sus pupilas en un árbol solitario.

—¿Qué clase de excusa es esa? Sé que hemos tenido nuestros más y nuestros menos, y puede que no estés de acuerdo con algunas decisiones que he tomado en el pasado, pero siempre he estado aquí cuando me has necesitado. Yo no soy Rafael. Nunca te he juzgado sin más. Siempre he escuchado tus razonamientos y los he valorado, aunque pensara que algunos eran demasiados suicidas. ¡Vamos, Hugo!

Cabizbajo, se mordisqueó el labio inferior. Tarde o temprano lo sabría, y prefería que fuera por él mismo antes de convertirse en un enajenado impulsado por sus sentimientos. Estaba perdiendo el control, y con un demonio cazándolos como si fueran conejos, no podía dudar, ni siquiera centrarse en la búsqueda de un brujo puro que deshiciera el conjuro.

—Está bien —concluyó con resignación. A continuación, respiró varias veces seguidas antes de proseguir—: ¿Recuerdas el día del ataque de la Sombra?

—¿Cómo olvidarlo? Nos acorraló en la capilla. En un momento dado, llegué a pensar que no lo contaríamos.

—No me refiero a ese día. —Desconcertado, Oriol frunció el ceño—. Estoy hablando del día en el que la Sombra me marcó. ¡Un cuadrado, en la frente! Me arrastró colina arriba y me cercenó el estómago hasta que mis entrañas se desparramaron. —Boquiabierto,

su hermano quiso intervenir, pero él lo calló con un simple gesto de su mano—. Había mucha sangre, tanta que creo que perdí el conocimiento varias veces. Esa cosa estaba rebuscando en mis vísceras por si era yo quien poseía la llave de los cazadores. El dolor era tan insoportable que preferí morir. ¡Quería morirme antes que soportar más esa tortura! Y entonces llegó ella, Sofía. Curó mis heridas y cerró ese boquete de mi estómago utilizando un conjuro de esos que a veces se saca de la chistera sin saber de dónde provienen. Ella me salvó de la muerte.

—¿Por qué ninguno habéis dicho nada? —Oriol continuaba sorprendido. Su mente aturdida trataba de encajar un relato cuyo argumento inverosímil le costaba asimilar—. Han pasado meses y ninguno de los dos habéis mencionado jamás ese tema. Conseguimos destruir a la Sombra. Lo importante es que estás vivo y con una herida de guerra. ¿Por qué, Hugo? ¿Por qué callar?

—¿No lo entiendes? ¡No hay cicatriz! ¡No hay nada! —exclamó, mostrándole su ombligo—. Sofía hizo una especie de transfusión conmigo, tengo sangre suya recorriendo mis venas. Y si ella no te contó nada, es porque yo se lo pedí. Me avergonzaba de todo este asunto. Salvado de la muerte por una novata. ¡Su sangre! ¡Su conjuro! Así que no la culpes a ella, ya que la amenacé con cortarle el cuello si se atrevía a decir algo de lo sucedido.

Con los ojos bien abiertos, Oriol fue atando cabos poco a poco. Su mente ágil elaboraba conclusiones con rapidez, algunas tan ilógicas que parecían auténticos disparates.

—¡Su sangre! ¿Podría ser ese el motivo por el que has establecido algún tipo de conexión con ella? —dedujo, todavía más confuso—. Por eso te llegó su mensaje de auxilio... —Hugo suspiró, incómodo—. ¿Desde cuándo está ocurriéndote esto? ¿Sofía está al corriente? Qué idiota, claro que tiene que saberlo —continuó él con sus elucubraciones—. Debemos contárselo a Iris. Está destrozada por no haber captado la señal de Sofía, y es que tú la interceptaste. Y puede que debamos hablar con Edith, o mejor con Harry.

—No, no vamos a decir una palabra a nadie. Puede que a Iris..., ¡pero a nadie más!

—¿No comprendes la importancia de este hallazgo? ¡Un cazador expandiendo sus poderes a otros niveles que jamás imaginamos! Podría significar que la pureza no lo es todo, al fin y al cabo.

—¡Ni hablar! No tienes ni idea de lo que estás diciendo. No voy a ser la cobaya de ningún chiflado. —Se cruzó de brazos con una rabieta propia de un niño pequeño—. Y hay algo más que deberías saber.

Oriol perfiló una amplia sonrisa en su rostro que lo descolocó al principio. Luego se percató de que su hermano mantenía la mirada fija más allá, en alguien con una gabardina beis y unos zapatos relucientes

poco adecuados para un paisaje rural. Él hizo lo propio, posando sus ojos en la persona cuya irrupción había detenido una conversación de por sí espinosa. Harry los saludaba agitando un sombrero pasado de moda y señalando una maleta que debía pesar cuatro veces más que él. Oriol corrió en su auxilio, y tras sopesar que su hermano no estaba en condiciones de cargar semejante peso, fue también al encuentro del inglés.

—¿Llego tarde para la fiesta? —bromeó con su acento tan marcado.

14

Nochebuena

Sofía prefirió permanecer en la habitación descansando hasta la hora de la cena. Debía reponer energías. Al inicio, la batalla dialéctica con ese demonio la había dejado exhausta, ya que mantenía todos sus sentidos bien despiertos, rezando para no caer en ninguna de las trampas de su verborrea ingeniosa. Después suplicó para que no la hipnotizara y terminara desfallecida en sus brazos, deseando un beso ardiente como las damas bobas de algunas de las novelas de su madre. No con un diablo déspota y manipulador. Sin embargo, fue la nieve la que consiguió aturdirla. De nuevo, una desconocida invocación desde lo más profundo de su ser la había puesto en jaque. Sí, había conseguido que su enemigo pusiera los pies en polvorosa y también terminar seminconsciente sobre un montículo de hielo, perdida y moribunda.

Observó las escasas prendas con las que contaba en el armario. Nada de gala, por supuesto. Había llegado al hotel para resolver un secuestro, no para una cena festiva. Tras unos minutos indecisa, escogió un suéter negro con un escote en pico que acostumbraba a ponerse sobre camisetas de algodón bien calentitas, y unos pantalones del mismo color. Su madre siempre le decía que el negro era válido para cualquier ocasión, pues te salvaba de un apuro y te daba un cierto toque de elegancia.

Rio para sus adentros. ¡Su madre! A esa hora, tendría que estar en la cocina con su hermana, ultimando los preparativos y sacando la vajilla nueva, solo utilizable para grandes ocasiones. Aunque tal vez ese año se sentiría con pocas ganas de festejos, ya que ella iba a ser la gran ausente de la noche. La tía Silvia, curiosa y avispada, le preguntaría una y otra vez por su paradero, y aunque le contase la historia del campamento inglés, no estaba segura de que se la tragase. Ya su tía había puesto en duda que, después del accidente de coche, a Sofía la hubiesen trasladado a otro hospital por la gravedad de sus lesiones. Había removido cielo y tierra para encontrarla, e incluso había atacado a su madre por su inusual pasividad al no querer comprobar dónde estaba su hija y cómo había desaparecido entre tantos papeles burocráticos. Sí, como hermana mayor, a veces la tía Silvia era un verdadero tormento, la única capaz de aplacar el histerismo de su madre y dejarla muda al instante.

—¿Has descansado? ¿Te encuentras mejor? —Iris entró en la habitación cargada de bolsas—. Ni te imaginas hasta dónde he tenido que llegar para comprar un poco de maquillaje y algo decente para la cena. Me habría gustado que vinieras, pero estabas durmiendo y pensé que lo mejor para ti sería dejarte reposar tranquila.

Extrajo del interior de una de ellas una blusa roja que colocó sobre su pecho, orgullosa.

—¿Te gusta? —Sofía le respondió con una amplia sonrisa y ella se dejó caer en la cama, suspirando—. Crees que estoy loca, ¿verdad? Por querer celebrar la Nochebuena como la gente corriente, a pesar de que hay un monstruo ahí que está acechándonos y que te ha atacado tanto a ti como a Oriol.

—¡Nooo! —Se sentó junto a ella y le apartó el flequillo de la frente —. Entiendo que para ti sea importante. Y aunque sean unas vacaciones atípicas, ¡son tus vacaciones! Tienes derecho a disfrutar de unas Navidades como el resto del mundo.

Iris torció el gesto.

—Eso no significa que no esté preocupada, ¿sabes? Porque lo estoy. Oriol está enfermo, Hugo se ha puesto en plan enigmático y tú has desaparecido unas horas junto a un demonio cachondo. Pero necesito vivir las risas, los chistes y las anécdotas de una cena especial. Los últimos años los he pasado con mi madre, las dos solas, y a veces con Ariadna, cuidándola mientras esperábamos noticias de los cazadores. Y en los anteriores, mi padre se emborrachaba hasta que terminaba jugando al escondite con él. Deseaba con todas mis fuerzas que cayera desplomado antes de que me encontrase. —Se incorporó de un brinco. Con los brazos en jarra, la animó a levantarse—. Bueno, será mejor que empecemos a prepararnos, que no quiero llegar tarde.

Desconcertada y sin saber muy bien qué decir, Sofía la observaba mientras separaba un bote de espuma para los cabellos, varias sombras de ojos y un pintalabios carmesí. Había tanto dolor en ella, tanto resentimiento disfrazado de ironía y burla de sí misma, que su pesar era menospreciado por los que la rodeaban. Sin embargo, Sofía estaba aprendiendo a recoger esas pequeñas señales, las cuales le hablaban de su angustia y de la oscuridad que habitó en su piel durante mucho tiempo.

Al llegar al salón, Sofía reparó en las diferentes mesas, sobre las que se distinguía un cartel decorado con flores de pascua y en las que aparecía la palabra «Reservado». Iris la condujo hasta la suya y Sofía se alegró de inmediato al reconocer al brujo inglés, el único vestido de traje y chaqueta rematado con una pajarita algo extravagante, sentado entre Edith y Rafael. Como buen caballero, Harry abandonó su puesto para saludarlas y halagar a las chicas aludiendo a su belleza sobrenatural. Después, y aprovechando que Iris saludaba a su madre,

la apartó de la mesa y la llevó a contemplar las luces navideñas de la terraza.

—¿Cómo estás, *darling*? Tanto Carlos como Rafael me han puesto al corriente de tus peripecias. Resulta evidente que tus poderes no le son indiferentes a nadie, incluido a los caídos.

—Me alegro de que estés aquí, Harry. Hay muchas cosas que quiero contarte. Pero ¿no ibas a pasar las navidades con tu hermana?

—Esos eran mis planes, hasta que me cansé de la niebla inglesa y del elitismo de mi cuñado. Es profesor de Historia en Oxford, un egocéntrico y absolutamente insoportable —se lamentó el brujo con desdén—. Y pensé que mis conocimientos serían mejor valorados aquí. Ni te imaginas la de rodeos que he tenido que dar para llegar.

—¿Tu cuñado también es brujo? —Sofía aguardaba una respuesta afirmativa. Quizá conociese a alguien puro dispuesto a ayudarla.

—¡Por Dios, no! ¡Solo tiene una cátedra! —Harry contempló la expresión sombría de la joven—. No desfallezcas. Un buen amigo está ayudándome con esta labor y me ha contado que otro amigo suyo se tropezó hace varios meses con un brujo puro, un solitario, alejado de la comunidad inglesa y de sus dogmas. No asiste jamás a los cónclaves anuales ni a las reuniones ordinarias, pero dará con su paradero. Te lo aseguro. Si él no conoce ni sabe de la existencia de tu madre, buscaremos a otro. Los brujos puros son una especie en extinción y, por lo tanto, escurridizos, pero no son invisibles.

Desmoralizada, Sofía arrugó el rostro.

—¿Y qué hay de la cura para Oriol?

—Ahora que conocemos la naturaleza del ataque, no andaré a ciegas con mis libros. Puedo iniciar una búsqueda más precisa y no perder el tiempo centrándome en heridas perpetuadas por cambiaformas u otros seres de rango inferior.

La bruja volvió a expresar su descontento:

—Son tantas cosas que no sé si puedo con todo.

—Oriol es fuerte, su sangre demoníaca no deja que ese veneno avance —afirmó con convicción—. Y ahora yo estoy aquí, al cien por cien, y te prometo que localizaré un conjuro que no solo sea un parche. Las cataplasmas de Edith están conteniendo los efectos de ese jugo del inframundo, sin embargo, necesita un antídoto específico. ¿Sabes cuántos siglos han pasado desde que un demonio de esa índole atacase a un cazador? —Sofía negó con la cabeza—. Creo que desde la Edad Media no se recoge ningún dato de sus paseos por la Tierra, por eso es tan difícil la búsqueda. La humanidad se ha vuelto más escéptica, y eso nos ha complicado las labores de investigación, dado que ya apenas hay registros. —Harry lanzó una sentida exhalación—. Este ser es muy poderoso, dotado de una inteligencia superior, por eso está forzando a salir a los cazadores de sus guaridas, exponiéndolos a

su propia muerte. ¡Quiere a toda costa su llave!

—¡Oh, Dios! Acabo de recordarlo. —De pronto, la joven palideció—. Él tiene que saber ya dónde se encuentra la llave de los cazadores porque me aseguró que no llegaríamos a tiempo. Harry, esa persona corre peligro.

—¿No te dijo dónde? ¿Ni siquiera te dejó caer una pista que pudiera ayudarnos? —Ante la negativa de la chica, el brujo sacudió la cabeza—. Si sabe quién posee la llave, ¿para qué cometer semejante atrocidad como la de anoche? ¿Sabes cuántas personas han muerto solo en Europa? ¡Quince! No solo atacó en este país, sino que ha enviado a sus soldados por el mundo. ¿Qué sentido tiene una ofensiva como esta?

—Quería enviarme un mensaje —afirmó con pesar—: que no puedo escapar de él.

El inglés retiró las gafas de su rostro y se restregó los ojos con el brazo.

—No vamos a permitir que vuelva apresarte. Lo que desee de ti, no va a conseguirlo. —Sacó un pañuelo y se secó el sudor de la frente—. De todas maneras, si ya conoce la ubicación del cazador que posee la llave, poco más podemos hacer nosotros. Disfruta del festejo y trata de despejarte un poco.

De reojo, Sofía observó cómo los dos hermanos tomaban asiento en la mesa. Tanto Hugo como Oriol habían acudido a la cena en vaqueros. Quizá para ellos no fuese importante la cena de Nochebuena en el hotel y hubiesen accedido a celebrar el festejo para no desgastar aún más los ánimos de Iris, quien se había preocupado de todos los preparativos. Intercambió una mirada fugaz con Oriol, en la que él la invitaba a sentarse. Después del beso, no habían tenido oportunidad de estar a solas, por razones obvias, pues tanto a ella como al cazador los vigilaban estrechamente. Oriol no debía esforzarse demasiado, o como decía su padre: «Cometer otra locura y salir corriendo tras el demonio». Además, cada tres horas, Edith cambiaba su vendaje y le aplicaba sus ungüentos. En cuanto a ella, aunque nadie se había pronunciado al respecto, sabía que Rafael había ordenado que siempre hubiese alguien en su habitación. Por eso y aunque había dormido casi toda la tarde, cada vez que despegaba un ojo, intuía la presencia del padre Carlos, de Iris o incluso de León.

Fue una velada agradable, a la que se unieron los cazadores que los habían ayudado en el rastreo: Sonia, Lucía y el viejo Berto. Alonso prefirió pasar esa noche con su familia después del rencuentro con Pilar, su sobrina, por eso se despidió de ellos a media tarde. Nadie se atrevió a hablar de monstruos ni a citar los terribles crímenes de la noche anterior bajo la seria amenaza de Edith de hacerlos entrar a todos en un profundo letargo o de abocarlos a vivir un irrepetible

astral con ella, sin ningún tipo de anclaje a este mundo. Ninguno rechistó. Ni siquiera Hugo, quien sentía la incontenible necesidad de reforzar los muros del monasterio con algún tipo de conjuro. Así que se limitaron a contar anécdotas que no tuvieran nada que ver con la caza. Y para unos cazadores entregados que no conocían otra vida sino su oficio, fue una tarea ardua.

Cuando se escucharon los primeros compases de la orquesta, Iris insistió en que todos ocupasen la pista de baile, y aunque la negativa de Oriol estaba justificada ya que no podría ejecutar movimientos muy forzados, lo presionó para aceptar bailar con ella en cuanto sonase una canción lenta. Hugo, todavía más reacio a levantarse de la silla, trató de espantarla con un bufido que se asemejó más al gruñido de un oso amoroso que a un lobo guardián. Pero Iris no desistió. Lo arrastró tirando de su brazo y el cazador terminó bailando de mala gala una bachata sin el más sentido del ritmo. Sofía contenía la risa mientras giraba en los brazos del padre Carlos, quien resultó ser un sorprendente bailarín. Junto a ellos, el brujo inglés trataba de guiar a Edith. Pese a que ella era mucho más ágil con los pasos, su postura era menos rígida que el desabrido cuerpo de Harry.

Sobre la medianoche, el salón era un hervidero de gente disfrutando de los clásicos del *rock* nacional e internacional, aunque tanto Rafael como el sacerdote decidieron retirarse a sus respectivas habitaciones. Más tarde, fueron Edith y Ariadna las que quisieron marcharse a descansar. Los acontecimientos de los días anteriores les habían pasado factura.

Fue entonces cuando el viejo Berto le pidió un último baile antes de refugiarse en su habitación, y ella no pudo negarse.

—Te mueves muy bien para ser… —Se calló al darse cuenta de que su intervención no era muy acertada.

—Dilo, no tengas vergüenza. Siempre tenemos que terminar nuestras frases. Me muevo muy bien para ser… —El cazador la alentó a continuar sus palabras.

—Un anciano.

—¿Ves? No ha sido tan difícil. Que las estrictas normas sociales no callen tus pensamientos. Tenemos que ser libres. Ojalá fuera más joven para bailar con todas las muchachas guapas de la fiesta. Pero soy un anciano —dijo, guiñándole un ojo—. No me molestan esos comentarios. La edad te da una experiencia que los jóvenes anhelan sin percatarse de que también los años pasarán por ellos. —La muchacha sonrió—. Estoy aquí porque me he enfrentado a un montón de engendros y me he hecho un nombre. Puede que no sea el más rápido ni el más ágil, pero veo más allá de lo que otros cazadores alcanzan a ver. Y tú, mi niña, eres un ejemplar en extinción. No deberías malgastar tu tiempo con nosotros. Tú eres sabiduría.

La bruja frunció el ceño al no comprender a lo que se refería el anciano. Entonces, la cazadora de cabellos rubios, Lucía, interrumpió su baile:

—Venga, deja de darle la vara. Ya es hora de ir a la cama.

El viejo bufó de mal agrado. No obstante, decidió acompañar a la mujer mientras la regañaba por su brusca aparición. Sofía los observó mientras se marchaban, pensando en la extraña pareja que había formado Rafael. Aunque tampoco es que León e Iris fueran más compatibles. Arqueó las cejas y se encaminó a la mesa donde se encontraba Oriol. Sin esperarlo, fue interceptada por la vidente, que la obligó a volver a la pista.

Por fin, y tras agotar los pies después de una decena de canciones, pudo escabullirse y acercarse a Oriol, quien se encontraba solo, reproduciendo con los dedos sobre el mantel las conocidas melodías interpretadas por la orquesta. Sin embargo, una carcajada llamó su atención a la izquierda. La bruja giró despacio la cabeza y entonces lo vio. Un intenso escalofrío recorrió su espina dorsal. Se quedó paralizada, clavada al pavimento y sin poder pestañear. El demonio estaba allí charlando con dos jóvenes del pueblo, haciendo alarde de su galantería y de su indiscutible atractivo. Vestía un impoluto frac, adornado con una rosa roja en el bolsillo de la chaqueta que olisqueó con absoluta pasión antes de ofrecérsela a las chicas.

Oriol, quien había apreciado el cambio de expresión en la bruja, llegó hasta ella, desconcertado. Sofía estaba bloqueada, temblando de frío pese a que en el interior del salón la calefacción estaba funcionando y el tumulto apenas te dejaba apreciar la brisa que irrumpía desde la terraza.

—¿Te ocurre algo? —le preguntó al tiempo que acariciaba su espalda, tratando de hacerla entrar en calor.

—¡Él!

El cazador desvió la mirada hacia el punto donde Sofía parecía haber quedado atrapada. Reparó entonces en un joven esbelto y con unos ojos azules cautivadores, invitando a dos muchachas a acompañarlo al exterior. A simple vista no existía nada anómalo en él, exceptuando su desmesurada caballerosidad y su ridícula pose de casanova demasiado arcaica para ligar. No obstante, antes de abandonar la pista de baile y salir a la terraza junto con las chicas, un inusual destello brotó desde lo más profundo de sus pupilas, como un relámpago en la noche, una advertencia de que pronto se escucharía un trueno.

—Quédate aquí y no te muevas.

—¡No, Oriol! ¡No vayas!

En ese momento, Hugo, quien no había apartado su mirada de Sofía en toda la noche, se acercó a ellos, entorpeciendo la marcha de

su hermano.

—¡Está aquí! —se justificó Oriol—. Ese malnacido se ha atrevido a venir y festejar la Nochebuena aquí. ¡Se ríe de nosotros!

—Estaba seguro de que lo haría. Aquí no contamos con protecciones de ningún tipo, sino con estos inútiles talismanes. —Hugo resopló—. Tú no puedes enfrentarte a él. ¡Quédate con Sofía!

—¡Pero yo le he visto la cara!

—Bueno, solo tengo que buscar al más guapo de la fiesta —dijo con ironía, avergonzando a la bruja, que bajó de inmediato la barbilla—. Puede ser otra maniobra de despiste para llegar hasta Sofía. Estoy seguro de que serás un magnífico guardaespaldas. No malgastes tus últimas energías corriendo tras él. León todavía está aquí. Insistí en que se quedase hasta el final temiendo que algo de esto pudiera suceder.

Tras una señal, el gigantón se reunió con Hugo y ambos desaparecieron tras las cortinas de la terraza. Oriol trasladó a una Sofía todavía conmocionada hasta la mesa y la obligó a sentarse mientras observaba cómo Harry e Iris abandonaban precipitadamente el salón. «Hugo los habrá llamado», pensó, sintiéndose impotente, castrado por no poder utilizar los dos cuchillos del interior de su chaqueta. Le habría gustado rebanarle el cuello a ese estirado por lisiarlo de aquella manera y por atreverse a poner sus garras encima de Sofía.

—¿Estás mejor? —La atrajo hacia él, y ella descansó sobre su hombro.

—No entiendo cómo tiene ese efecto sobre mí. ¡No puedo con él! ¡Me sobrepasa!

—Tranquila —le dijo al tiempo que fulminaba con la mirada la puerta por donde se había marchado su hermano—. Ahora no puede hacerte daño, estás conmigo. Ya sabes que nunca dejaría que te ocurriese nada.

Sofía alzó la barbilla, mirándolo directamente a los ojos.

—Lo siento mucho —se disculpó con un hilo de voz, quebrado y tembloroso—. Te he recriminado tu comportamiento, y he sido yo la que no ha sido sincera contigo. Tengo que contarte algo. No lo he hecho antes porque tu hermano insistió en que no lo hiciera.

—Si te refieres a lo sucedido en la cabaña, Hugo ya me lo ha explicado todo. No está muy contento con que tu sangre corra por sus venas puras. —Estiró la comisura del labio y alzó la ceja de forma divertida.

—¿En serio? —Aliviada, suspiró—. No sabes la de veces que le pedí que te lo contase, pero es un cabezota y no quería mostrarse débil ante ti. Ante todos.

—No te preocupes. A veces necesita su tiempo, y sus plazos son

diferentes a los de la gente normal. Y aunque no me guste esa especie de conexión que se ha establecido entre vosotros, ahora mismo lo envidio. Al menos sus rarezas de los últimos días cobran sentido y están justificadas.

—Sí, está demasiado raro incluso para él mismo. —Chasqueó la lengua y clavó la vista en la terraza, aguardando una señal que le revelase que todo iba bien.

—¡Se ha esfumado! —se lamentó Hugo, escudriñando los alrededores del monasterio—. ¿Adónde diablos se habrá ido con esas chicas?

—¿Quieres que te haga un dibujo? —ironizó León.

Hugo lo miró con desdén y volvió la vista al frente.

—Tenemos que buscar un lugar seguro para Sofía, y ya sabía yo que este no lo era. Demasiada gente nos impide actuar con libertad. Hay que encontrar un sitio más aislado. Esa abominación no descansará hasta que consiga llevársela.

Una niebla tenebrosa se levantó después de la breve aparición del demonio en el baile, excesivamente espesa y demasiado sombría como para no reparar en ella. Atrincherados en sus respectivas habitaciones, el grupo había desparramado sal por todos los orificios que los conectara con el exterior, dibujando símbolos de protección, e incluso Harry había recitado algunos conjuros para impedir al caído llegar hasta ellos. No obstante, los cazadores sabían que todo eso era insuficiente contra un demonio de quien ignoraban su nombre y las armas con las que debían enfrentarse a él. Por este motivo, algunos decidieron hacer guardia en el pasillo, temiendo que la niebla penetrase y se elevase hasta el segundo piso recorriendo los corredores, buscando a sus víctimas y marcando las habitaciones como si estuviesen infectados por la peste.

Sin embargo, un extraño sopor fue invadiéndolos a todos poco a poco. Quizá fuese solo el cansancio, pero Iris, quien no se apartaba de las ventanas observando las siluetas siniestras que se retorcían dentro de la neblina, desconfió de ese repentino adormecimiento. Luchando contra sus propios párpados para que se mantuvieran alerta, se sentó en la cama, y antes de sucumbir a un sueño profundo, impuesto por los seres de la noche, dirigió su mirada a Sofía, quien había caído rendida a pesar de la agitación bullente en las células de su organismo. Iris se recostó bostezando y deseó que los guardianes del

pasillo desempeñaran su labor de vigilancia mucho mejor que ella, puesto que no pudo evitar cerrar los ojos y dejarse llevar por ese hipnótico balanceo de su cuerpo.

De pronto, Iris se vio inmersa en la neblina. Confusa, miraba a su alrededor buscando una salida, un claro que le despejara el camino. En cambio, la espesura giraba a su alrededor volviéndose más compacta, más turbia. Se atrevió a caminar a ciegas, tratando de acercarse a algún punto desde el que pudiera ver el hotel, pero cada vez que daba un paso, una figura horrenda surgía de la niebla con ojos huecos, chillando para espantarla e impedir su avance. Tragó saliva. Eran como fantasmas de humo blanco. Emitían un sonido agudo al abrir sus bocas horripilantes, y ella se protegía tapándose los oídos para no escucharlos. Se aproximaban, incluso alguno llegó a rozarla, trasladándole un frío ardiente y tan gélido que pensó que le ocasionaría quemaduras en la piel.

«Estoy en un sueño, nada es real —se dijo mientras se frotaba las sienes—. Puedo despertar cuando quiera». Cerró los ojos y los abrió de nuevo, esperando que ese escenario tétrico cambiara por otro más acogedor. No obstante, continuaba allí de pie, atrapada en una niebla caprichosa con seres de humo de rostros espeluznantes y que no le permitían abandonar sus dominios. Extenuada por tratar de huir de esas bestias incorpóreas, se acurrucó junto a una piedra y se concentró en una vieja nana que le cantaba su madre para ahuyentar a los monstruos del armario que invadían su cuarto en las noches más oscuras. Al menos cantando alejaba sus chillidos retumbantes hasta conseguir que se convirtieran en un eco distante, ajeno a ella.

Entonces, y tras varios minutos en esa postura, decidió abrir los ojos. Ya no se encontraba en las inmediaciones del hotel, sino en una calle estrecha que al principio no reconoció. Las farolas la iluminaban, creando una atmósfera propia de una novela de misterio. Sin embargo, no fue hasta que divisó una casita decorada con un pequeño pino artificial y lleno de luces de colores cuando supo dónde estaba. ¡Su antiguo hogar! Si es que podía denominársele de esa manera...

Con una mueca de desagrado, avanzó hacia ella imaginando que podría tratarse de un astral y que había algún mensaje para ella en esas cuatro paredes. No era la primera vez que viajaba a la casa de su infancia y la observaba desde la distancia, incluso a veces entraba en ella y se paseaba por sus rincones más sombríos, aquellos en los que se refugiaba cuando su padre se presentaba borracho y con los ojos inyectados en sangre, esos en los que necesitaba desahogar sus frustraciones quitándose el cinturón del pantalón y llamándola con una dulzura fingida para que creyese que le había traído un regalo por ser una niña adorable.

No obstante, la oscuridad que vagaba por su casa esa noche no era

como las demás. Era diferente, más caprichosa, y reclamaba sangre. Iris entró en el salón, convencida de que podría dominar a las tinieblas. Esa escena no representaba el presente, sino el pasado; un pasado encerrado y olvidado en un viejo baúl en el desván. Su padre ya no podía asustarla. No estaba. Se había ido para siempre. No obstante, percibió su presencia en la casa, su aliento fétido posarse en su nuca mientras escuchaba su respiración agitada. Atisbó a su madre tendida en el suelo de la cocina y cómo de su abdomen se desprendía un líquido rojo, algo viscoso y encendido. Quiso correr hasta ella, pero volvió a convertirse en esa chica asustadiza, rota por dentro y sin fuerzas para dar un paso más.

Iris se revolvió en el colchón queriendo controlar el sueño. Tenía que enfrentarse a su agresor, así que poco a poco se dio la vuelta, dispuesta a encararse con él. Apreció el rostro de su padre, satisfecho mientras se limpiaba las manos ensangrentadas con un paño de cocina. Ella gimoteaba, volviéndose cada vez más pequeña, abandonando su cuerpo de adulta para quedar atrapada en la piel de una niña. Entonces, su padre se abalanzó sobre ella, la sujetó por el cuello y presionó sus dedos sucios sobre su garganta. Él gritaba y la abofeteaba, para de nuevo estrangularla. La zarandeaba como a una muñeca de trapo, dispuesto a romperla y contemplar el relleno de su cuerpo inerte esparcido sobre el pavimento. La lanzó por los aires, y cuando aterrizó a apenas unos centímetros de su madre, fingió estar muerta. Así no la tocaría más, no le haría más daño. Escuchó cómo sus pasos se acercaban a ella. Sin embargo, no fueron sus zapatos desgastados los que advirtió frente a su cara. Había alguien más en la habitación y estaba descalzo. Pronto se sumaron varios pares de pies más. La rodeaban, la miraban sin reparo. Y ella temió contemplar sus rostros. ¿Quiénes eran? ¿Por qué la cercaban? Tragó saliva y se atrevió a enfocarlos para desenmascararlos. Entonces, ahogó un grito. Toda esa gente estaba muerta. La escudriñaban como si fuera un despojo, un alma inútil que pronto abandonaría su cuerpo. Esos espíritus no mostraban emociones, sino que permanecían estáticos, con rostros impávidos y ojos yertos. Uno de ellos, un hombre con una deformación en el ojo, estiró el brazo para tocarla. «Son visitantes de dormitorio —dedujo—. Solo pretenden asustarme. Todo esto no es real. No es real. Una pesadilla. Nada más que un sueño».

Presionó los párpados mientras se revolvía, deseando que esos seres desaparecieran. No quería verlos más. Quería despertar. Ella estaba en el hotel, no en su vieja casa. Cuando por fin abrió de nuevo los ojos, vislumbró las cortinas que ondeaban en la habitación. Se volvió para advertir a Sofía de la irrupción de los visitantes, ya que en cualquier momento podrían manifestarse allí. De pronto, el rostro colérico de su padre irrumpió en su campo visual impidiendo que

lograse prevenir a la bruja. Iris gritó.

Sofía disfrutaba de un merecido descanso entre sábanas delicadas y de un aroma a rosas frescas que la arropaba aún más. Se desperezó poco a poco. Extrañada, contempló la acogedora habitación en la que se encontraba: paredes blancas, un tocador elegante, suaves cojines a los pies de la cama y un armario sencillo pero refinado. ¿Cómo había llegado hasta allí? ¿Acaso estaba en un astral? Escuchó entonces voces provenientes del piso inferior. Descalza, depositó los pies en el suelo frío. ¿Quién más estaba con ella? ¿Sería visible para ellos? Quizá no se percataran de su presencia como había sucedido la noche que había viajado a la casa de una de las víctimas. Descendió los peldaños con cautela y asomó la cabeza por la puerta de la cocina. Había tres niños sentados en torno a la mesa, desayunando mientras se gastaban bromas unos a otros. Inquieta, Sofía se mordisqueó el labio inferior. ¿Qué estaba ocurriendo allí?

—¡Mamá! —gritó uno de los críos al verla. El niño, de unos seis años, cabellos castaños y ojos grandes, se abalanzó sobre ella. Sofía, sin dar crédito, lo recibió con estupefacción. Dudaba entre rodearlo con sus brazos o apartarlo por si se trataba de un ente oscuro que quería confundirla—. ¿Ya te has levantado?

—¿Te encuentras mejor? —le preguntó el niño que parecía mayor—. Anoche te desmayaste.

—Papá nos dijo que no te molestáramos —añadió la que sin duda era la más pequeña.

Sofía palideció. ¿También había un padre? Incapaz de articular palabra, fue arrastrada por sus inesperados «hijos» hasta una de las sillas. La niña, extrañamente parecida a ella, le sirvió una tostada de mermelada mientras la miraba divertida. Aún perpleja, le dio un bocado sin apartar la vista de los curiosos niños. No le parecía que fueran peligrosos, no detectaba señales que la advirtieran de que se tratara de entes malignos. Quizá solo estaba sumergida en un sueño, aunque este fuera tan real como para degustar las suaves fresas trituradas de la mermelada.

—¡Papááá! —La niña saltó de la silla con una sonrisa de oreja a oreja mientras a ella se le erizaba todo el vello del cuerpo. Tuvo miedo de girarse para comprobar quién era su misterioso «marido».

¿Y si era él?, ¿el demonio que prometió poseerla y no dejarla escapar? ¿Y si todo ese sueño era otra de sus tretas para llegar hasta ella y hacerla flaquear? No, jamás aceptaría su oferta. De ninguna manera caminaría junto a él haciendo alardes de su poder y sometiendo a almas ingenuas deseosas de llegar a la cima de sus

ambiciones. Tragó saliva y entornó unos segundos los párpados antes de atreverse a mirarlo a los ojos. Pero entonces escuchó su voz:

—¿Estás bien, cariño? No imaginaba que te recuperarías tan pronto.

Aliviada, dio un respingo en el asiento y se giró hacia él haciendo aspavientos, tratando de contener su alegría.

—¡Hugo! Cuánto me alegro de que estés aquí. ¿Cómo te han metido en esto? ¿Sabes si ha sido él? Ya sabes, el... innombrable.

—Sofía, no sé de qué estás hablando. Puede que no estés del todo bien. Ayer por la tarde hiciste un astral muy difícil y casi... —El cazador miró a los niños, afectado—. Id a preparaos, o llegaréis tarde al colegio. —En cuanto se pusieron en marcha, volvió la vista hacia ella—. Casi te perdemos. Estuve a punto de llamar a un médico.

—¡No, no, no! Escúchame, Hugo. —Tiró de su brazo y se acercó a él para susurrarle al oído—: Todo esto no es real, es una farsa orquestada por ese demonio. Yo llevo puesta una bata rosa y tú vas vestido de traje y chaqueta. ¿No lo ves? No somos nosotros. Tenemos que salir de aquí. Seguro que hay alguna manera de librarnos de su juego.

—Mi vida, tú acabas de levantarte, y yo, en cuanto deje a los niños, tengo que ir a la oficina.

—¿A qué oficina? ¡Tú eres cazador!... Cazador de monstruos —dijo, bajando la voz al percatarse de que estaba alterándose y los niños la miraban de reojo.

Hugo lanzó un resoplido.

—Ya sé lo que soy y que tú eres una bruja. Ya lo hemos hablado. Este trabajo es nuestra tapadera para tratar de tener una vida normal; por nuestros hijos, por nosotros mismos. Quizá deba llamar y decir que no puedo ir. Estás preocupándome. —Alzó levemente su barbilla y le dio un beso dulce, tan lleno de ternura que Sofía no supo reaccionar. Se limitó a mirarlo como si fuera un desconocido. Hugo jamás la besaría con tanto amor. Para ser sinceros, él nunca la besaría de ninguna manera. La detestaba. Ella lo sacaba tanto de quicio que preferiría no haberla conocido. Al fin y al cabo, su vida había cambiado, y no precisamente para mejor.

—¿Por qué has hecho eso? —le preguntó sorprendida al tiempo que retrocedía.

—Porque te quiero y eres lo mejor que me ha pasado en la vida —le contestó con una sonrisa boba. Después juntó los labios, mostrando su preocupación—. ¿Quieres que llame a León para que se quede contigo hasta que vuelva? Si crees que todo esto ha sido causado por un ataque demoníaco, no deberías quedarte sola.

Sofía se llevó la mano a la cabeza para mitigar el incesante martilleo provocado por la confusa situación.

—No sé qué te han hecho, Hugo. Te han convencido de que todo esto es real. Quizá porque tú siempre has querido una familia llena de pequeños cazadores a los que adiestrar y te sientes cómodo aquí. Pero esto no es real. Yo no soy tu mujer. Tú sabes que estoy enamorada de tu hermano. Lo supiste desde el principio, desde la primera vez que nos vimos en la biblioteca. Yo no apartaba los ojos de Oriol.

—¡Basta! No quiero que hables de él. No en esta casa. No después de lo que hizo. —Ella arrugó la frente sin comprender—. Niños, al coche, o llegaremos tarde. Y tú, vuelve a la cama. Es evidente que no estás del todo bien. Hablaremos cuando vuelva.

Tras coger una gabardina, el cazador dio un portazo, herido en su orgullo. Durante unos segundos, Sofía se quedó allí plantada sin saber qué hacer, sin tener ni idea de cómo regresar a la habitación del hotel. Estaba atrapada en una pesadilla llena de galletas caseras, mermelada y una casa de ensueño junto a unos niños cariñosos y un marido que la amaba. Solo que ese no era su deseo.

Abrió la puerta, queriendo escapar de allí. Sin embargo, al hacerlo, no salió a la calle. El sol matutino había desaparecido para dar paso a una noche oscura. Miró a su alrededor, y pronto cayó en la cuenta de que se encontraba en la maldita colina. Esa donde Hugo había estado a punto de morir. No quería estar allí. Se volvió para regresar por el mismo umbral que la había llevado a ese condenado lugar. Pero la puerta se desvaneció delante de sus narices.

—¡Sofía, ayúdame! —oyó los gritos del cazador. La historia se repetía, y aunque ya había vivido todo aquello, no quiso abandonarlo a su suerte, ni aunque se tratase de una pesadilla. Con el corazón encogido, corrió hacia él. El chico se desangraba, y ella, de nuevo, no sabía qué hacer. Se arrodilló junto a su cuerpo sin pronunciar palabra, tan solo miraba al cazador como si fuera una mera espectadora de lo que estaba ocurriendo—. Voy a morir si no haces algo. Tienes que darme tu sangre, ¿recuerdas? Necesito tu sangre para poder respirar. Tú harás que despierte, que vea con claridad lo que antes permanecía oculto. ¡Por favor, Sofía, ya no hay vuelta atrás! Yo… te quiero.

Oriol sentía el veneno palpitar bajo su piel, recorrer sus venas infectando sus órganos. Uno a uno. Lentamente. Se moría, y era consciente de ello. Ya no quería contemplar en el espejo sus labios agrietados y sus ojos cansados. Evitaba mirarlos. Estaba exhausto de luchar contra sí mismo, contra un final que parecía estar escrito en las estrellas. Había nacido con una maldición, una marca grabada en su piel que latía sin descanso, recordándole su procedencia. Y por más que se empeñara en demostrar que era un cazador nacido de la misma

tierra que el resto, unidos por las mismas raíces y bendecido con los mismos dones, su impronta genética lo precedía. Era un demonio. Medio demonio, para ser exactos. Una bestia a la que todos temían y aborrecían, incluso él mismo. Y ese maldito veneno estaba consumiéndolo. Su alma se apagaba poco a poco, y no existía ser humano capaz de ayudarlo.

Abandonó la mesa donde celebraban con júbilo la Navidad y se escondió en el baño. Se retorció de dolor, el cual trató de mitigar llevándose las manos al estómago. Luego ahogó un grito, para después descubrir atónito cómo sus brazos se cubrían de vello y cómo de sus uñas brotaban unas garras. El monstruo quería salir. Y por más que tratara de impedírselo, era consciente de que no podría hacer nada. El veneno estaba ganándole la batalla.

—Siempre has sido un idiota. —Oriol se incorporó y miró a su alrededor, buscando a quien había osado insultarlo. Sin embargo, allí no había nadie—. Oh, por Dios. Detrás de ti. Estoy aquí. —El muchacho se giró deprisa, queriendo coger desprevenido al intruso que se atrevía a hablarle. De nuevo, nada—. Ya no te quedan fuerzas. No puedes seguir luchando contra mí.

Fue entonces cuando advirtió al ser que lo acosaba sin reparo. Era su bestia, y se dirigía a él desde el interior del espejo. Oriol saltó hacia atrás, alejándose de su propio reflejo. Primero observó sus manos peludas y después palpó su rostro, y comprendió que pronto la transformación sería un hecho.

—¿Qué quieres? —le preguntó temeroso—. ¿Por qué tratas de apoderarte de mí?

—Yo soy parte de ti. La parte que te mantiene con vida, la que no quiere morir y lucha cada día contra esa toxina. Si estás vivo, es gracias a mí.

El cazador tragó saliva. Su mayor temor estaba haciéndose realidad. Perdería el control de sus actos, anularía sus emociones más complejas y lo dominarían sus instintos primitivos.

—No te he dado permiso para salir. ¡Así que vete!

—No pienso obedecer tus órdenes. Eres débil, un cazador corriente sin mí. Soy yo el que te hace excepcional, el que te ha salvado en innumerables ocasiones. No me culpes de tus flaquezas, de tu corazón inseguro y de las veces que has errado. ¡Yo no fallo jamás!

Oriol tensó el mentón y, apretando los puños, se contuvo para no romper el espejo.

—¡Tú has condenado mi vida! —le gritó furioso—. Nunca he podido elegir mi camino. No he tenido opciones más que perseguir seres oscuros. Soy una máquina para la caza. ¡Nada más! Ni siquiera se me permite amar con libertad, ansiar un futuro sin sangre, sin monstruos ni demonios. Yo solo quiero ser como los demás.

La bestia soltó una carcajada estrepitosa.

—¿Es que todavía no lo entiendes? Yo soy tú. Y ha llegado la hora de que dejes salir a tu bestia.

A escasos metros de Oriol, su hermano buscaba en la cama una posición que le fuera cómoda. Estaba agitado. Se revolvía entre las sábanas tratando de ampararse bajo ellas. Pero la realidad era que no podía escapar de los fantasmas de su pasado. Muchas noches lo acosaban, le recordaban lo cobarde que había sido, y él luchaba contra ellos negándolo cientos de veces hasta convencerse de que la muerte de su madre no había sido culpa suya. Él solo era un niño, un crío inmaduro que se vio forzado a crecer en un día: el día que contempló el cuerpo de su madre yaciendo con una sonrisa torcida y los ojos tan abiertos y vacíos como dos galaxias opacas.

Hugo pensó que esa noche era como las otras, donde las pesadillas cobraban vida y lo devolvían al umbral de la puerta de su casa para contemplar una y otra vez el rostro mortecino de su madre. Sin embargo, no tardó en darse cuenta de que ese fatídico sueño no era como los demás y que escondía algo siniestro que no alcanzaba a adivinar.

Oriol fue el primero en llegar, o quizá fue él. Apenas lo recordaba ya. Daba igual el cómo, lo importante para Hugo siempre fue el por qué. Una vez más observó la melena ensangrentada, el camisón blanco teñido de rojo y su boca abierta, reflejo del espanto que había vivido antes de morir. Él se arrodilló junto a ella, llorando. Escuchaba a su hermano como el suave susurro de las olas al acariciar la orilla mientras su alma se agitaba violenta como el mar embravecido. Sí, Oriol tenía razón. Debían buscar ayuda. Puede que todavía hubiera esperanza y que su madre se enfrentase a la muerte con el coraje de los cazadores. Ella no lo había dejado entrar en la casa. Había salido fuera para impedir que ese ser se llevase a sus hijos. Y lo había conseguido.

Hugo corrió como el viento huracanado. Arrebatado. Fiero. Tocó a las puertas de los vecinos, esperando que alguien con alas de ángel socorriera a su madre. Por fin respondió un señor mayor, un hombre solitario de quien había olvidado su nombre. Llamó a una ambulancia mientras él volvía a su casa. No quería dejarla más tiempo a solas. Podría tener frío o volver en sí en cualquier momento, y no debería despertar sin alguien que la arropara, que le susurrara que todo iba a salir bien.

No obstante, al llegar hasta ella, su cuerpo esbelto y bien proporcionado carecía de rostro. No había nariz, boca ni ojos.

Horrorizado, retrocedió. Miró a su alrededor para comprobar que todo seguía en orden. Sin embargo, no había ni rastro de su hermano ni del vecino caritativo que había decidido ayudarlos. Estaba solo. «No fue así como sucedió», se alarmó, escudriñando la noche, aguardando a que el monstruo que había atacado a su madre se abalanzase sobre él sin piedad. «Pero ese ente oscuro jamás apareció. ¿Qué está pasando?», se preguntó inquieto.

—Ayúdame —escuchó murmurar—. Ayúdame.

Se volvió hacia el cuerpo de su madre y el corazón se le paró en seco. Su cara tenía nueva boca, otra nariz y unos ojos añiles que le suplicaban amparo.

—¡Dios mío, Sofía! ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Cómo has llegado? —Hugo pasó el brazo por detrás de sus hombros y alzó levemente su cabeza.

—No lo vi llegar. Quería que fuera con él y me negué. Creo que me ha herido. Hugo, ayúdame, por favor —le rogó con un hilo de voz. Con impotencia, el cazador percibió un río tibio manar de su cabeza y no pudo esconder su angustia—. Ya sé que me muero. Solo quiero que seas tú el que acabe con mi sufrimiento. No quiero que él se lleve mi alma. Prométeme que no dejarás que lo haga.

Hugo presionó los labios, tratando de contener un lamento amargo. No quería llorar; no delante de ella. Besó su frente y apretó los párpados con fuerza. No estaba dispuesto a dejarla morir. No estaba preparado para asumir otra pérdida. No ante sus ojos. No en el mismo lugar donde su madre falleció.

—No puedo hacerlo —le confesó con un nudo en la garganta.

—Tú eres el único que puedes. Por favor, no me falles. No permitas que él llegue hasta mí. Hazlo. Acaba con mi dolor. —Las lágrimas, cansadas de esperar a que el cazador les diera permiso, irrumpieron en su rostro y lo inundaron de compasión—. Sé que me quieres y sé que preferirías morir a manos de un amigo que no torturado por las bestias. Tú me lo pediste una vez y yo no fui capaz de hacerlo. Pero tú eres distinto. Desde que viste a la Muerte clavada en las pupilas de tu madre, decidiste que no le tendrías miedo, que te enfrentarías a ella si fuera necesario. Y tú no la temes, Hugo. Solo temes que te arrebate a tus seres más queridos. Tienes miedo de que yo muera… Soy una llave, Hugo. Y por eso mi destino está escrito. —Sofía le sonrió mientras buscaba su pecho para recostarse—. Hazlo. Hazlo. ¡¡¡Hazlooo!!!

Se despertó sobresaltado, emitiendo un quejido desgarrador que no pudo contener en su garganta. Se sentó en la cama y agarró las sábanas con fuerza, enterrando las uñas en ellas. De reojo, atisbó el cuerpo de su hermano tratando de liberarse de las cadenas de su propia pesadilla.

Oriol abrió los ojos, aterrado, y clavó su mirada en la oscuridad del techo mientras su respiración se recomponía poco a poco. Después, descubrió a Hugo mirándolo con los ojos enrojecidos y el mentón endurecido.

—¿También has tenido una pesadilla? —le preguntó a su hermano, quien parecía todavía inmerso en ella.

—Sí, demasiado real para ser solo un sueño —le respondió tras unos segundos de reflexión.

Ambos cruzaron las miradas sin necesidad de decirse nada más. No eran necesarias más palabras. Ya de niños jugaban a leerse los pensamientos.

—¡Mierda, visitantes! —Oriol se levantó y comenzó a registrar la habitación.

—Ya se han ido —suspiró Hugo, sin tener intención de abandonar la cama—. Pero todo esto huele a ellos. Se han metido en nuestras cabezas.

—¿Cómo es posible? Sellamos todas las entradas.

Hugo torció el gesto y volvió a repasar uno por uno todos los pasos que habían dado para ejecutar el ritual de protección. Algo tuvo que olvidárseles, pero ¿el qué? Bufó y luego depositó su mirada en el rostro afectado de su hermano.

—¿Con qué te han torturado? —le preguntó, disimulando su curiosidad.

—Ya sabes de sobra cuál es mi mayor miedo. No quiero convertirme en mi bestia. ¿Y a ti?

—Lo de siempre. Mi madre.

Hugo agachó la cabeza y se mordió el labio inferior. Se convenció a sí mismo de que no le mentía a su hermano, de que solo le ocultaba parte de la verdad.

Una verdad que todavía le costaba asumir.

15

TelaraÑa

Un alba tímida despuntaba en el horizonte anunciando un día de Navidad inusual; al menos para Sofía, acostumbrada a levantarse y desayunar un chocolate caliente con churros antes de sentarse con su familia alrededor del árbol para abrir los regalos de Papá Noel. Era Cris quien vivía este día con entusiasmo y todavía con esa inocencia que ilumina el rostro de los niños al abrir los paquetes. Aunque su madre se había mostrado reacia a festejar la Navidad mezclando la tradición del nacimiento del niño Jesús con un abuelo de barba blanca que viajaba en trineo por todo el mundo, se había visto obligada a ceder a esa petición de regalar un «detallito» esa mañana. Los Reyes seguían siendo sagrados en su casa.

No obstante, ese día, Sofía no se había despertado con el aroma indiscutible de una buena taza de chocolate ni con la alegría de su hermano, quien solía correr hasta su cama para hacer que se levantase lo antes posible. Esa mañana gris, triste y desprovista de ilusión alguna comenzaba con una reunión improvisada en la habitación de Rafael. Con los brazos cruzados, tratando de protegerse del frío, escuchaba los argumentos de unos y otros sobre lo acontecido la noche anterior. Todos, absolutamente todos, habían sufrido pesadillas terribles tan reales como los moratones con los que se había levantado Iris y que marcaban sus brazos.

Los temidos visitantes habían intervenido en sus sueños convirtiéndolos en una lucha contra sus mayores miedos. Eso era lo que el jefe de los cazadores explicaba en ese momento. Era la forma habitual en la que esos espíritus desconocidos se presentaban y minaban tus energías. Se colaban en tu mente y te hacían revivir hechos traumáticos, te convencían de que esos sucesos te perseguirían para siempre y que jamás podrías derrotar a esos demonios interiores. Sin embargo, Sofía no había lidiado con un recuerdo o un pensamiento desagradable, a pesar de que poseía una extensa lista con la que esos seres podrían haberla torturado: su aprehensión a las abejas debido a que una le había picado cuando era pequeña, su continua culpabilidad por haber sido abandonada por sus padres biológicos o incluso todas las inseguridades que habían aflorado desde el momento en el que descubrió que era una bruja. Pero ¿por qué había soñado con Hugo? ¿Acaso le tenía miedo? Sí, tenía que admitir

que al principio el cazador de los ojos verdes la intimidaba. Sin embargo, ahora ese pavor se había esfumado. Quizá porque lo conocía mejor y era consciente de que detrás de esa coraza de cazador aguerrido se escondía un chico martirizado por su deseo de estar siempre a la altura y de no decepcionar a nadie.

Más tarde, cuando el padre Carlos narraba su experiencia, cayó en la cuenta de que su miedo no era un hecho que ya había vivido, sino algo que temía que se produjese: sucumbir al conjuro que ella misma había recitado. Le horrorizaba pensar que podría caer en la tentación de amar a alguien a quien no quería y que toda su vida terminara siendo una mentira.

—Cuando me enfrenté a ese demonio, no me esperaba que presentara una oposición tan dura —continuó el cura—. Ha sido el peor de los exorcismos que he tenido que realizar, y aunque amenazó con poseerme, jamás lo logró. Jugó conmigo, se rio de mí, juró conocer mis pecados, y por eso me costó sonsacarle su nombre. Al final, tras una ardua batalla dialéctica y varias semanas de entrega, conseguí devolverlo al infierno del que había surgido. —Hizo una pausa en la que recordó con amargura la debilidad que llegó a mostrarle en algunos momentos—. Sin embargo, anoche, ese ser infame consiguió entrar en mí y padecí en mi propia piel los impulsos y la rabia de todos aquellos a los que he ayudado. Durante unos minutos interminables, yo estuve poseído.

—Así trabajan los visitantes, y aquí excluyo a las almas de los familiares —explicó Rafael con repulsión—. Me refiero a los espíritus oscuros que cometieron en vida atrocidades impensables: asesinatos, violaciones, brujería… Terminan consumiéndose en el infierno y convirtiéndose en criaturas despiadadas como la que me atacó a mí.

Ninguno quiso preguntarle por su pesadilla. Resultaba evidente que el cazador continuaba resentido por haber sido condenado a continuar con la lucha desde una silla de ruedas. Al fin y al cabo, era su oficio, su misión en la vida, y no conocía otra mejor.

—¿Alguno consiguió ver a un visitante o a ese demonio que nos acecha? —preguntó como el albañil que quiere saber cuántos sacos de cemento necesita, sin expresar ningún tipo de emoción.

—Yo, al único demonio que vi fue a mi padre —confesó Iris malhumorada.

—Lo siento mucho —la consoló Oriol—. Sé lo duro que es para ti.

—Ah, no es nada. Siempre tuvo el don de la inoportunidad. Me preocuparon más los seres que llegaron al final. Esos sí que podrían ser almas corrompidas. Mi padre no era más que un borracho: mucho ruido y poco cerebro.

Hugo mantenía un silencio abrumador que no le fue indiferente al resto, acostumbrados a sus teorías, salidas de tono o sus ideas

descabelladas.

—¿Te ocurre algo, hijo? —Su padre también recelaba de su comportamiento, y aunque suponía que en su sueño había revivido la muerte de su madre, le extrañaba que no hubiera comenzado la mañana insultando y maldiciendo al demonio causante de todo ese caos.

El joven enarcó las cejas e hizo un movimiento leve con la barbilla, asintiendo sin más. Fue Oriol el que intervino, quien, percibiendo la incomodidad de su hermano, quiso alejar las miradas interrogantes de él:

—¿Cómo han conseguido entrar? Habíamos parapetado todas las habitaciones, incluso dibujado símbolos de protección al inicio del pasillo y en el ascensor. No dejo de preguntarme cómo pueden ser tan poderosos.

—No son ellos los poderosos. Recuerda que hay un demonio detrás que los invoca. Los visitantes cumplen sus órdenes, nada más —intervino Sofía, mostrando su nerviosismo.

—Ya os había dicho que este hotel es un coladero. —Por fin, Hugo se atrevía a compartir sus pensamientos—. Hay muchos recovecos, demasiados pasillos, ventanales y un sinfín de puertas. Tenemos que irnos de aquí si queremos tener una oportunidad. Esos espíritus podrían atacar a algún huésped o tratar de poseerlo.

El padre Carlos bufó. Intercambió una mirada recelosa con Rafael, quien carraspeó varias veces, como si la teoría de su amigo le escociese en la garganta y le impidiese hablar de ella.

—¿Y si el culpable no fuese el lugar? —El sacerdote escupió el dardo envenenado al aire, aguardando a que la desconfianza se instalara en las mentes de sus compañeros—. No es la primera vez que defendemos un bastión utilizando conjuros, amuletos y símbolos de protección. Y la mayoría de las veces con buenos resultados. ¿Y si alguien los hubiese dejado entrar anoche?

—¿Alguien? ¿Te refieres al demonio? —titubeó Iris—. ¿Quieres decir que ya estaba dentro cuando comenzamos el ritual?

—Es verdad que estaba en la fiesta —puntualizó Sofía.

Rafael soltó una larga y sentida exhalación.

—Quiere decir que ese monstruo tiene un cómplice. A mi amigo Carlos se le ha metido en la cabeza que existe un cazador que está ayudándolo.

—¡¿Qué?! —Los ojos de Oriol se agrandaron hasta encañonar al cura con sus pupilas centelleantes.

—¡Eso es imposible! —remató Hugo.

Los murmullos se sucedieron a continuación. León posó su mano en su cinturón de munición y, tras arrugar la frente, le exigió explicaciones:

—¿Acaso no te fías de nosotros? —lo retó—. Después de tantos años trabajando juntos, ¿crees que alguno sería capaz de hacer un trato con el diablo?

—Antes que cazadores, somos humanos —trató de aclarar—. No somos perfectos. Nosotros también tenemos ambiciones, o estamos apresados por nuestras deudas y nuestros sentimientos. A mí no me parece una idea tan descabellada.

Rafael mantenía la cabeza gacha mientras escuchaba a su amigo. Aunque no quería admitirlo y detestaba pensar que un cazador se hubiese dejado corromper, su experiencia le decía que esos conjuros habrían resistido los embistes de varias docenas de visitantes. Oriol tenía razón. Esos espíritus carecían de los medios para anular los hechizos de Harry, y sobre todo si la mitad de ellos habían sido recitados por la mismísima Sofía, una bruja ancestral. Era imposible que todos al mismo tiempo hubieran padecido los influjos de esos seres oscuros, a no ser que alguien les hubiese despejado el camino. Se revolvió en la silla y miró a sus dos hijos con angustia. Ambos se comportaban de manera extraña desde que Sofía había vuelto a sus vidas. Y, ahora mismo, ella era el tesoro que más ansiaba el demonio.

—«El Cazador quiere a Sofía». —Repitió las palabras que días antes habían salido de los labios de su amigo, el sacerdote cazador.

La muchacha palideció al escuchar su nombre como un susurro distante que poco a poco se acercaba a ella. Y aunque aguardó a que el cura disipara sus dudas corrigiendo a Rafael, aclarando a todos que esa frase no la incluía a ella expresamente, este se limitó a asentir y a narrarle a los presentes el encuentro tan provocador que había tenido con la víctima, presa de la secta unos días: el vidente. Le habían extraído la llave, y aunque parecía un enajenado, él estaba convencido de que hablaba con una certeza aplastante. Sofía era la presa más ansiada.

—¿Y te fías de un loco? —lo cuestionó Oriol en cuanto el cura terminó su relato—. Ese tío ha sido torturado y a saber qué más. Puede que tenga un *shock* postraumático de esos.

—Tú no estabas allí. No lo miraste a los ojos. Puedo asegurarte que no se trataba de los desvaríos de un enajenado.

—Ya, pero no existe ningún demonio llamado Janus —insistió el joven cazador—. Pudo habérselo inventado todo para despistarnos. Ese vidente no es una fuente muy fiable.

Sofía continuaba con el vello erizado. Esa frase tan sencilla y a la vez tan certera había atravesado su corazón con dardos de hielo, sobrecogiéndola.

—¿Y cómo, sin conocerme, pronunció mi nombre? Sabía que ese demonio me quiere incluso antes de que nosotros mismos fuéramos conscientes de ello. ¿Cómo puede ser posible?

—¿De verdad crees que uno de nosotros sería capaz de entregarla? —Hugo abandonó su aletargamiento, todavía sorprendido por la acusación tan grave que había soltado el sacerdote.

Rafael se refugió en su mutismo mientras asistía a la caza de brujas que había iniciado su amigo. Al padre Carlos ni siquiera le temblaban las manos, no había ni rastro de gotas de sudor en su frente. Y a pesar de que León bufaba como un chiquillo enervado y estaba a punto de estallar en un ataque de ira, él mantenía la calma como poseedor de la verdad.

—Yo os conozco a vosotros, pero no a esos cuatro cazadores que se han unido a la búsqueda de esa chica desaparecida —se defendió de todas las miradas reprobatorias.

—Sonia estuvo con nosotros en el monasterio y fue parte de tu equipo de rescate cuando me perdí en el bosque junto a los demás —le reprochó León—. Pero ¡¿qué mosca te ha picado?! Ella nos avisó del secuestro.

—Y nos trajo a todos aquí, incluida a Sofía, al lugar donde se encontraba el mismísimo demonio —sentenció el cura—. ¿De verdad pondríais la mano en el fuego por ellos?

Durante unos minutos, el silencio se apoderó de los presentes. La cabeza de Hugo echaba humo. Trataba de individuar al traidor, recordando cualquier gesto, cualquier palabra que pudiera incriminarlo. Sofía podría haber muerto en la nieve, y eso era imperdonable. Su brazo ejecutor caería sobre aquel que los hubiera vendido por un puñado de monedas.

—¿Y si no se tratase de una amenaza, sino simplemente de un hecho? Existe un cazador que «quiere» a Sofía. —Iris le guiñó un ojo a Oriol—. No hay de qué preocuparse. Es una afirmación inocente.

—¿Para qué ese vidente me desvelaría una información sin trascendencia alguna? —El sacerdote se encogió de hombros—. Una relación no entraña ningún peligro.

El padre Carlos torpedeó a Oriol con la mirada mientras Sofía, sonrojada y todavía conmocionada por su sueño, indagó en los ojos nublados de Hugo, ya convencida de que el muchacho le ocultaba algo.

—Hay algo que se nos está escapando —Rafael resopló. Detestaba admitir que se encontraban a ciegas, sin una luz que les señalara el camino a seguir.

—Sea lo que sea, daremos con él. —Hugo chasqueó la lengua—. Por lo pronto, yo me encargaré de hablar con Sonia y preguntarle cómo reunió a los otros tres. Si esconde algo, se lo sonsacaré. Después hablaré con Berto y esa cazadora fría, esa tal Lucía.

—¿Por qué dices eso? Anoche fue de lo más cordial. Incluso se prestó para acompañar a Berto hasta la habitación. —Sofía se encogió

de hombros al no comprender el comentario del cazador.

—Se muestra muy distante con el resto, y también es demasiado educada. A esa le pasa algo. En cuanto a Alonso, a pesar de que tiene una coartada ya que no durmió aquí sino con su familia, le haré una visita. Mejor no dejar cabos sueltos.

La bruja escudriñó en su mirada desconfiada. ¿Qué mosca le había picado al cazador? ¿De verdad iba a ponerse en plan detective con sus compañeros? Él ignoró su examen inquisitivo y prefirió atender a su hermano.

—Bien, yo buscaré otro refugio, alejado de la civilización para reducir los daños colaterales. Puede que la próxima vez, si este hotel sufre otro ataque, nos encontremos con huéspedes malheridos o algo aún peor —se ofreció Oriol.

El sacerdote masculló y a continuación se dirigió a León:

—Nosotros deberíamos ir saliendo ya. No podemos perder el vuelo.

—También los demás están preparándose. He enviado a Sonia a Coslada; a Berto, a Málaga, y a Lucía, a Salamanca, para investigar las muertes. Todavía no hemos afrontado el suceso de la cueva del diablo. Cuantos más datos reunamos, mejor. —Rafael entornó los ojos unos segundos—. También le he pedido a Edith que regrese a casa junto con Ariadna. No quiero exponerla más. Anoche, Ari vivió una de esas pesadillas, y aunque es muy fuerte, está muy asustada. Sé que tiene que enfrentarse a sus miedos si quiere llegar a ser una gran cazadora —continuó, mirando a sus dos hijos—, pero este caso...

—Papá, este no es su momento —Oriol apoyó su decisión—. Deja que vaya a casa. Ya tendrá tiempo para demostrarnos sus habilidades.

A pesar del frío, Sofía buscó el amparo de los jardines helados para reflexionar. Su mente viajaba una y otra vez al sueño de la noche anterior, auspiciado por esos visitantes que continuaban ocultándose tras una capa de invisibilidad. Ella no había logrado verlos, sin embargo, había experimentado el temor que suscitaban sin siquiera plantearse que estaba viviendo una pesadilla con un argumento muy meditado.

—No deberías estar sola, y más después de lo sucedido anoche.

Ella levantó la barbilla y forzó una sonrisa al ver a Oriol. Sus pensamientos la castigaban devolviéndole una y otra vez al rostro de Hugo. Él había sido el protagonista de su caótico sueño.

—Necesitaba pensar. Y no he salido del hotel, como ves.

—Ese monstruo se pasea por aquí para desafiarnos. No se lo pongas fácil.

—Querrás decir para asustarnos. Porque yo tengo que confesar que estoy muerta de miedo. —Sofía tragó saliva y oteó el horizonte—. Sé que sigue aquí y que nos espía de alguna manera. Consigue que se me pare el corazón, que mis piernas no puedan dar un paso y que mis ojos no puedan enfocar nada más que su rostro. Nunca nadie me había hecho sentir tan pequeñita, y él tiene la facilidad de convencerte de que no eres más que una mota de polvo en el universo. —Oriol se acercó a ella y la rodeó con sus brazos—. No quiero volver a verlo. Me aterroriza pensar que soy el corderito en la boca del lobo, que me hipnotice y pueda hacer conmigo lo que quiera.

Él acarició sus cabellos queriendo consolarla.

—Tranquila. Es normal que sientas toda esa impotencia. Yo también pensé que era una mosca atrapada en su tela de araña cuando me retuvo y consiguió herirme. Pero no olvides que somos fuertes. Tú eres una bruja con poderes inimaginables. Tienes que confiar en ti misma. Él no podrá doblegarte.

Sofía enterró sus uñas en la espalda del chico, aferrándose a él como la única protección que podría aliviarla.

—Ahora mismo, mi mente no me deja respirar. No me da descanso. Sé que llegará el día que vuelva a mí, y no sé cómo enfrentarme a él. ¡Estoy aquí porque él quiso que viviera! Ahora está interesado en la llave de los cazadores, pero ¿y cuando me toque a mí? —Sofía humedeció sus labios resecos no solo por el frío, sino por la angustia—. Yo no pedí ser tan importante. Ahora entiendo que mis padres biológicos me ocultaran y se aseguraran de que estuviera en una familia normal y corriente. ¡Estoy agobiada! Todo es demasiado para mí. Y, además, ¿por qué ese chico italiano soltó esa frase? ¿A quién se refiere con «el cazador»?

Sofía escondió su mirada para que él no pudiera leer en sus ojos.

—¿Crees que estaba hablando de mí como ha insinuado Iris? —se preguntó confuso—. ¿Piensas que se refería a mi parte demoníaca?, ¿que yo podría hacerte daño?

—No sé qué pensar.

—Yo jamás te pondría en peligro. Tú me conoces. Tú aplacas mis instintos más salvajes. —Oriol, herido, la apartó de sí—. ¿Qué es lo que estás pensando?

—Tienes razón. Lo más probable es que se trate de algún traidor como dijo el padre Carlos.

—¿Y por qué dudas?

—No desconfío de ti. De verdad, te lo juro. Es solo que yo también soy una mosca atrapada en una telaraña. Y no encuentro la salida. —Sofía le suplicó que la perdonase con el brillo de sus pupilas, sin embargo, él mantenía el mentón tenso—. No me castigues con tu silencio. No pretendía ofenderte. Confío en ti más que en nadie. Sé

que estarías dispuesto a dar tu vida por mí como un loco kamikaze. Ya te dije que ese maldito demonio consigue obnubilarme por completo, anularme y llegar a tener pensamientos absurdos.

Oriol chasqueó la lengua y después escudriñó los ojos de la joven bruja.

—¿Qué arma utilizaron contra ti anoche? ¿Con cuál de tus miedos jugaron?

Sofía dudó unos instantes. Se avergonzaba del sueño que había tenido. Después de meditarlo durante unos segundos, decidió que sería mejor contárselo; estaba harta de tantas mentiras:

—Con ese estúpido conjuro que recité para salvar a Hugo y con que ese maldito vínculo era una realidad.

El cazador, incrédulo, sacudió la cabeza.

—¿Soñaste que compartías tus dones con él a través de la sangre? —Arqueó las cejas, todavía pasmado—. Hugo está convencido de que, si te hieren, le saldrá también a él una lesión tres veces mayor que la tuya, como una especie de maldición. ¿Tú también lo crees? —añadió, sin poder disimular una sonrisa.

—¡No, claro que no! ¡Eso es una estupidez! —exclamó Sofía contrariada—. Él sucumbía al conjuro y...

—Me he recorrido todo el hotel buscándoos.

La bruja atisbó por encima del hombro del muchacho a Hugo, muy seguido por Iris. Ambos llegaron hasta ellos frotándose las manos desprovistas de guantes. Sofía arrugó la nariz ante la desafortunada interrupción. Deseaba desahogarse con alguien, y nadie mejor que Oriol, quien ya conocía lo sucedido en la colina. Necesitaba mitigar su ansiedad y alejar los malos pensamientos que de vez en cuando la torturaban. Ese demonio ya no ocupaba la primera posición de sus preocupaciones. Sí, continuaba temiéndolo, borrando su encuentro con él cada vez que su recuerdo la asaltaba, pero desde que Rafael había soltado esa frase, esas palabras tan desconcertantes, su mente se había convertido en un torbellino de emociones descontroladas. Como había sugerido el padre Carlos, primero pensó en Oriol, el cazador medio demonio. Ya había comprobado en el monasterio de lo que era capaz su bestia interior. Había levantado con una sola mano el cuerpo de su hermano y le había estrujado la garganta. Pero por mucho que le daba vueltas a la misma idea, no le encontraba sentido alguno. Oriol la amaba. A pesar de su más que evidente debilidad, había corrido por el bosque para buscarla, sin importarle que el veneno pudiera matarlo en cualquier momento. Se castigaba a sí misma por haber pensado que tal vez él, dominado por su demonio interior, pudiera entregarla a su enemigo.

Y después pensó en el sueño, ese que la había transportado a un futuro desconcertante. ¿Y si el cazador misterioso era Hugo? ¿Y si el

vidente había vaticinado que el vínculo se forjaría y sería un peligro para todos? «El Cazador quiere a Sofía», repitió en su mente. Con el ceño fruncido, le dirigió una mirada inquisidora a Hugo, quien volvió a ignorarla sin más.

—He hablado con Sonia antes de que se marchara del hotel —contó orgulloso—. Conoce a los otros cazadores por sus referencias. Jamás había trabajado con ellos hasta ahora. Como ya sabemos, Alonso es el tío de la chica secuestrada y se presentó aquí por iniciativa propia. Este, a su vez, llamó a Lucía para que le echara un cable, pues es una cazadora de la zona. Sonia fue alertada por un compañero llamado Agustín, al que conoce bien, para que investigara el asunto, ya que le olía a chamusquina. Sin embargo, a este tal Agustín le surgió un imprevisto, y es que su mujer se puso de parto y le dijo que enviaba a un viejo amigo suyo llamado Berto. Ya sabéis, por la regla de dos cazadores siempre en una misión.

—¿Te pareció sincera? —le preguntó Oriol, todavía desconfiado.

—¡Por Dios, Oriol! Sonia estuvo con nosotros, codo con codo, luchando contra la Sombra en el monasterio —le recordó Iris.

El cazador bufó.

—Lo sé. Pero no olvidemos que, anoche, alguien retiró parte de la sal que pusimos para levantar las defensas. Y si no contamos a nuestro equipo habitual, nos quedan esos cuatro. ¿O es que estáis pensando que León, el padre Carlos o mi propio padre serían capaces de hacer una cosa semejante?

—¡Mierda, Oriol! —lo recriminó su hermano—. Nadie duda de la familia. Si hay un traidor, tiene que ser uno de esos cuatro.

Los chicos intercambiaron miradas incómodas, las cuales hablaban más que las palabras. La semilla de la desconfianza estaba sembrada y germinaba a pasos agigantados, infestando el ánimo del grupo.

Por fin Hugo soltó un resoplido, rompiendo la endeble concordia que se había fraguado.

—¡Todo esto es absurdo! ¡Maldito demonio cabronazo!

—Deberíamos entrar —sugirió Iris, ignorando los improperios de su amigo—. Aquí no estamos seguros. Te ayudaré con la búsqueda de ese refugio. —Se colgó del brazo de Oriol para insuflarle arrojo—. Hay casas de alquiler a varios kilómetros de aquí como reclamo turístico rural, alejadas de los «inocentes», como dices tú. Si hay un enfrentamiento, nadie lo verá.

La vidente arrastró al cazador al interior al tiempo que animaba a Sofía a cogerlo del otro brazo, pero esta prefirió quedarse rezagada y echarles un último vistazo a las montañas perfiladas en un horizonte infinito, tan blanco como incierto. Una telaraña albina. En eso se había convertido el espectacular paraje que los arropaba en un falso manto acogedor, en una prisión sin salida.

Cuando quiso recogerse, comprobó que Hugo se había detenido a escasos metros de la entrada del hotel para esperarla. «Demasiado protector, incluso más de lo habitual», pensó. Y de nuevo las dudas la asaltaron: ¿Y si lo que había dicho el vidente italiano nada tenía que ver con un traidor?, ¿y si se refería al conjuro de amor que ella misma había lanzado? «El Cazador quiere a Sofía».

«Me quiere a mí». Se sobresaltó tan solo con pensarlo.

—¿Cuántas veces tenemos que decirte que no te separes del resto? ¿Acaso no te bastó con el susto de la última vez? —Hugo mantenía una ceja alzada, como si ese gesto pudiera amedrentarla.

En cambio, ella, con los brazos en jarra, se plantó delante de él y entrecerró los ojos.

—¿Qué pasa contigo? No necesito que seas mi guardaespaldas.

—Porque has demostrado que sabes cuidarte solita —la recriminó.

Sofía lo retó con la mirada. Al par de segundos, el cazador agachó la cabeza.

—Sé que te ocurre algo. Estás raro —empezó a decir. Después apagó su voz. Tenía miedo a continuar, miedo a descubrir que tenía razón. ¡A Hugo comenzaba a hacerle efecto el hechizo!—. Yo... Te he pillado mirándome por el rabillo del ojo. Siempre estás atento a mis movimientos, y si necesito algo, enseguida estás dispuesto a buscarlo. Al principio pensé que simplemente estabas preocupado, como todos, a pesar de que tú no sueles mostrar tus emociones, y menos por mí. Eres cariñoso con tu hermana pequeña, a veces incluso con Iris, pero nunca lo has sido conmigo. —Sofía tragó saliva y soltó aire antes de continuar—: Y aunque me habría gustado pensar que todo esto lo haces porque al final me aceptas en el grupo, en tu reducido grupo de confianza, mi corazón no para de alertarme de que quizá se trate de otra cosa. De ahí mi pesadilla.

—No entiendo nada de lo que estás diciendo —le dijo con cara de póker.

Sofía torció el gesto y después lo torpedeó con sus pupilas.

—Prometiste que me contarías si empezabas a sentir algo diferente por mí, como nos advirtió Mila. Y aunque te pregunté varias veces, tú lo negaste. Me aseguraste que nada había cambiado, que tus sentimientos por mí eran los de siempre, fueran los que fuesen. Hugo, ¿estás enamorándote de mí?

—¡Oh, por favor, no digas chorradas! —Se encaminó a la entrada con el ceño fruncido y el orgullo herido—. ¡Te lo tienes muy creído!

—Sabes de sobra que no tiene nada que ver con eso. ¡Es una amenaza muy real! Mila lo dijo: tú serías el primero en sucumbir al hechizo. Y tu comportamiento...

—¡¿Mi comportamiento?! —El cazador se encaró con ella—. ¿Vas a darme lecciones ahora sobre el saber estar? ¿Tú, que babeas cada

vez que mi hermano se presenta ante ti como el héroe de la historia?, ¿que esperas a que hable para soltar un ridículo suspiro o cuentas los minutos que estáis a solas aguardando a que se le escape un beso porque tú eres tan mojigata que ni te atreves a ser la que junte primero los labios?

Sofía retrocedió alarmada, examinando todas las arrugas de expresión que delataban el visible enojo del cazador.

—Estás celoso —susurró.

Hugo se refugió en el silencio. Su corazón latía desbocado, y cada bum bum de su acelerado ritmo lo acercaba aún más al abismo de la verdad que había intentado negar. Ella estaba allí, mirándolo con cierta incredulidad y una sincera compasión que lo asqueaba. No quería su piedad, y menos su comprensión. Él había luchado hasta el final, se había enfrentado solo a los murmullos que la brisa le acercaba a sus oídos. Se había deleitado con el canto de las sirenas, las cuales emergían entre las olas para ofrecerle una vida diferente, donde el amor tuviera cabida. Y Hugo las había escuchado. Les había sonreído dejándose llevar por el vaivén de su melodía. Él tenía derecho a volver a amar de nuevo. Porque ya lo había hecho en el pasado y le habían roto el corazón. Pero esta vez, aunque estaba asustado, quería sentir de nuevo los besos en su piel, el calor de un abrazo y la entrega a una pasión sin frenos.

Nada tenía que ver con ese supuesto conjuro. Sus sentimientos eran reales y los había negado desde el primer día en que la vio; indefensa y temerosa, pero con un raudal de energía alimentando todas las células de su cuerpo. Él la había desafiado y ella había estallado. Así había nacido la bruja. La niña había dejado paso a la mujer que ahora lo miraba desconcertada.

—No te preocupes por mí. Sé cómo manejar este asunto.

—Lo siento mucho —dijo con un hilo de voz amargado mientras decenas de lágrimas se agolpaban en sus ojos.

—No tienes nada que sentir.

—Hablaré otra vez con Harry. Está pendiente de una pista que ha seguido un amigo suyo. Le diré que se ponga en contacto con él de nuevo y que acelere su investigación. Te prometí que buscaría una solución para esto y voy a encontrarla.

Hugo se mostró incómodo. Ocultó las manos en su chaqueta y se balanceó con sus pies adelante y hacia atrás en un extraño movimiento en el que las dudas se reflejaron en su rostro.

—¿Y no has pensado que tal vez no sea tan malo sentir?

El cazador se dio media vuelta y se internó en el hotel. Ella, en cambio, se quedó clavada a la tierra, con los ojos abiertos de par en par y el lacerante dolor en el pecho que le habían ocasionado aquellas palabras. No quería aceptarlo, y sin embargo era así. Hugo se había

perdido.

16

Cura

Sofía se despidió del hotel con cierta amargura, ya que, a pesar de todo, se sentía segura dentro de esos muros centenarios. Había sido el refugio de muchos monjes, y aunque ahora parte de la construcción se dedicara a alojar a turistas llegados desde todas las partes del mundo, continuaba emanando esa fragancia benefactora y de recogimiento que todavía podía respirarse en sus habitaciones.

Mientras bordeaba las montañas, aún sorprendidas por la cantidad de nieve que se alojaba en sus faldas, volvía a lamentarse de su destino incierto. Viajaba hacia un lugar desconocido, oculto entre los macizos y arropado por unos árboles invernales que suplicaban un poco de calor en sus ramas. Huía de su enemigo, a sabiendas de que él no tardaría en encontrarla. No escapaba de un ser humano aunque tuviera la apariencia de uno, no le temía a un hombre corriente ni a una persona obsesionada con ella, por muy chiflada que estuviera. La perseguía un demonio, y no uno cualquiera. Era un ángel caído, poderoso e implacable. Se había consagrado a la luz para luego ofrecérsela a las sombras. ¿Y a cambio de qué? ¿Más poder?, ¿libre albedrío? ¿Qué pretendía ese demonio en realidad? ¿Doblegarla?, ¿poseerla sin más?

Advirtió la mirada indiscreta de Hugo a través del espejo retrovisor y disimuló al haberlo descubierto, así que posó sus ojos en el vasto paisaje montuoso. No tenía ni las fuerzas ni las ganas de pensar en él. Ya Harry había alentado a su amigo para acelerar sus pesquisas, así que era cuestión de días que Sofía tuviera en sus manos la dirección de un brujo puro. Él solucionaría todo el embrollo y le devolvería al cazador la cordura.

Ignoraba cuánto había estado dentro del vehículo y la cantidad de kilómetros recorridos. Se había perdido en el tiempo y el espacio, sin darles la importancia que se merecían. No recordaba siquiera si se había dormido cuando entornó los párpados y quiso evadirse de aquella locura. Volar lejos. Puede que a una isla desierta donde no existieran los monstruos ni los seres oscuros. Y tal vez lo consiguiera, porque al percibir que el *jeep* se detenía, todos los horrores volvieron a ella; a castigarla, a vilipendiarla, a repetirle una y otra vez que no saldría con vida de ese nuevo escondite que se erigía ahora frente a ella.

No era una casa ostentosa ni tampoco demasiado rústica. Era una vivienda que trataba a duras penas de armonizarse con la naturaleza que la rodeaba. No obstante, a pesar de la madera usada para recubrir su techumbre y buena parte del porche, unido a los escalones de piedra de la entrada y a una fachada combinada con ladrillo, hacía que la morada fuera un pegote de pintura en un lienzo que rezumaba belleza.

Agarró su pequeña maleta, arrepintiéndose de no haber introducido más prendas de abrigo, y aguardó a que tanto Hugo como Oriol ayudaran a su padre a entrar. Siguiendo los consejos de Rafael, Edith había regresado a la ciudad con Ariadna. Y aunque al principio la mujer se mostró reticente porque su hija había decidido continuar con ellos, cedió a las súplicas del viejo cazador y prefirió alejar a la niña de allí. Tampoco ella era muy diestra en el campo. Jamás había empuñado un arma, ya que las detestaba, ni corrido detrás de seres del inframundo, porque no tenía la agilidad de los cazadores ni su pericia. Sus labores siempre se habían desarrollado desde casa, visualizando, meditando y haciendo viajes astrales que la llevaban al terreno de lucha sin necesidad de ensuciarse las manos. Sabía que era útil así, advirtiendo y haciendo llegar sus premoniciones a los cazadores. En cambio, Iris, pese a ser una vidente, había crecido junto a los cazadores y había aprendido sus tácticas de ataque y defensa desde muy pequeña. Manejaba con soltura los sais, y aunque renegaba de las armas de fuego, era capaz de disparar a varios metros de distancia del blanco y no errar en el tiro. Debía asumir que su hija estaba mejor preparada que ella para una confrontación directa contra un ser maligno, así que se despidió de ella, no sin antes obligarla a prometer que la llamaría todos los días.

Tampoco León ni el padre Carlos los habían acompañado. Debían tomar un avión rumbo a Tenerife para interrogar al único superviviente de los ataques de esos visitantes. Así que la muchacha torció el gesto al caer en la cuenta de que, además de los chicos, solo protegerían el fuerte el brujo inglés y el padre de los cazadores. Y aunque al inicio habían valorado la idea de buscar refuerzos, el padre Carlos continuaba mostrándose reacio a advertir a nuevos cazadores, convencido de que cualquier filtración, cualquier fisura, podría llevar al enemigo hasta allí. Nadie más debía conocer el emplazamiento. La «llave» tenía que ser protegida. Ella era la nueva misión de los cazadores.

—Somos seis, solo seis —se lamentó en voz baja.

—Sí, pero somos el mejor equipo que jamás encontrarás —la animó Iris, rodeándola con el brazo—. Y en cuanto regresen León y el padre Carlos, seremos imbatibles.

—Tú has visto lo que es capaz de hacer ese monstruo. Ha entrado

en nuestras mentes y las ha manipulado.

—No es el primero que trata de asustarme con mi padre. Demasiado utilizado. Ese hombre ya pasó a la historia.

Sofía frunció el ceño e intentó dilucidar si las palabras de la vidente eran ciertas. Iris era la persona más transparente y sincera que jamás había conocido, pero en cuanto se nombraba a su padre se volvía hermética, taciturna, y sobre sus pupilas caía un velo de misterio que empañaba su alma.

—¿Qué fue lo que te hizo? —Formuló la pregunta para sí misma, reflexionando sobre qué acontecimiento habría marcado a su amiga de aquella manera. No obstante, se sorprendió al comprobar que lo había hecho en voz alta, trasladando sus dudas a la vidente.

—Amargarme la existencia —contestó ella sin dolor alguno. Después se dirigió a la entrada y desapareció tras la puerta caoba que la conducía al interior.

La joven bruja suspiró y, a continuación, siguió sus pasos. Había llegado la hora de instalarse en su nueva guarida, de afrontar sus miedos y luchar hasta que no le quedara una gota de sangre en el cuerpo. Decidió así que su primer objetivo sería Hugo. Debía encarar la situación y no ser tan blanda con él. Si de verdad era presa del hechizo, tenía que hacerlo entrar en razón y devolverle el buen juicio.

Después de acomodarse y admirar la gloriosa chimenea que irradiaba su calor por todo el salón, buscó a Hugo por la casa. No era muy grande, lo suficiente para alojar a una familia entera. Y a ellos, sus tres habitaciones les bastaba por el momento. Examinó cada rincón sin prestar atención a la cocina modernizada para alojar a los huéspedes inquietos por descubrir las maravillas de una vida inmersa en las montañas pero reticentes a abandonar los lujos de la gran ciudad. Luego inspeccionó el estrecho pasillo que conducía al baño y que terminaba en una pequeña terraza cubierta con unas amplias cristaleras para disfrutar del extenso paisaje repleto de árboles. Desde allí, Sofía distinguió unas cuantas casas más abajo, también preparadas para ofrecer unas vacaciones rurales a todos los que ansiaban desconectar del bullicio y sofocar el estrés diario.

Mientras se deleitaba observando las copas de los pinos adornadas con un sombrero blanco que les otorgaba cierto porte señorial a sus troncos, percibió la calidez de un suave beso en la mejilla. Sonrió al distinguir los labios de Oriol aproximarse a su boca y se dejó llevar por la fascinación de esos labios gruesos, perfilados de una forma tan natural y fresca que a ella se le antojaron los de un dios griego. Con el caos originado por la súbita aparición del demonio, apenas habían gozado de unos minutos de intimidad, y por eso quiso aprovechar esos segundos hasta hacerlos eternos saboreando cada milésima, contenida entre pequeños suspiros. Se permitió entornar los párpados para hacer

único ese momento. No existía nadie más, sino él y ella, entregados a un arrebato de deseo, a un instante efímero pero cargado de frenesí. No obstante, percibió cómo otros ojos ajenos a su locura se posaban sobre ella y abrió los ojos de forma repentina.

Al final del pasillo distinguió a Hugo con el cuello más estirado que el de una jirafa y una expresión molesta dibujada en su rostro. Incómoda, poco a poco, se retiró del cuerpo de Oriol, dejando un espacio entre los dos que obligó al cazador a darse la vuelta. Oriol dio un respingo al descubrir a su hermano inmóvil y al mismo tiempo ausente, como si se tratara de un fantasma fisgón perdido entre las paredes de la casa.

—¿Ocurre algo? —le preguntó al ver que continuaba quieto, sin apenas mover un músculo de su cuerpo.

—No, solo voy a hacer una batida por los alrededores y comenzar a dibujar las runas de protección —contestó, volviendo en sí.

—¿Quieres que te acompañe?

—Harry me ha dicho que quería hablar contigo. Es mejor no hacerlo esperar. Ya sabes cómo se pone. La flema inglesa.

—Yo voy contigo —se ofreció la bruja en un intento desesperado por pillarlo a solas.

—No es necesario, Iris ya está preparándose. Tú haz lo mejor que sabes hacer —dijo con cierta sorna.

Sofía no comprendió qué clase de mensaje estaba trasladándole ni a qué se refería. Lo escudriñó con la mirada, tratando de adelantarse a sus pensamientos, pero Hugo era tan hermético como irritante. Sin añadir nada más a su comentario, giró sobre sus talones y se marchó.

—A tu hermano le ocurre algo —quiso confesarle, aprovechando el extraño comportamiento de Hugo.

—No es nada. Siempre se pone de malhumor cuando tenemos una misión y las cosas no salen como esperábamos.

Sofía lo miró con ojos suplicantes.

—No, Oriol. Hay algo más.

De pronto, el muchacho palideció y por unos segundos sus piernas flaquearon. Se agarró a la silla para evitar caerse y se llevó la otra mano a la cabeza. Sofía lo sujetó por la cintura y a duras penas lo ayudó a sentarse.

—¡Joder! Creo que me he mareado un poco.

—Vale. Ya está. Deberías descansar más y seguir los consejos del médico. Estás haciendo mucho esfuerzo.

—Te recuerdo que hay un demonio que nos sigue, que te quiere a ti. ¿Y voy a esperar acostado en una cama a que se salga con la suya?

—Voy a avisar a Harry.

Él la retuvo cogiéndola por la muñeca.

—Solo ha sido un mareo, nada más. No quiero que Rafael se

preocupe más de la cuenta.

—Los dos sois unos tozudos. Tanto tu hermano como tú creéis que podéis solucionar las cosas solitos.

Él se echó a reír, y al hacerlo comenzó a toser. Se tapó la boca con el puño. Tras apartarlo, descubrió que había algo de sangre en él.

—Ni una palabra de esto a nadie. Y menos a mi padre o al tremendista de mi hermano. Querrán irse solos a cazar a ese monstruo y dejarme aquí como si fuera un desvalido.

Sofía soltó un resoplido, harta de guardar tantos secretos.

—¡Muy bien! Pero, entonces, si tan bien te encuentras, levántate y acompáñame a buscar a Harry.

—Vale —asintió, tratando de incorporarse—. Solo déjame unos minutos para que eche una cabezadita.

Oriol había sido arrastrado por la bruja hasta la habitación del profesor inglés. Este arqueó las cejas al advertir que el cazador trataba de mantenerse erguido y disimulaba su malestar con una sonrisa forzada.

—Será mejor que te sientes. No quiero que te rompas la cabeza. El kit de suturas que tengo es muy básico. No he podido traer todo lo que quería.

El muchacho rehusó su ofrecimiento.

—Bueno, mejor tus libros que un bisturí —le respondió riendo.

—No acabo de entender tu broma. ¿Lo dices porque no me separo jamás de ellos?

—Porque sin ellos, no serías tú —le recalcó, señalándole el libro que sostenía en sus manos.

—¿Podemos dejarnos de tanto chiste inútil y centrarnos, por favor? —se impacientó Sofía—. ¿Por qué querías verlo? ¿Has encontrado algo que pueda curarlo?

—Si te refieres a encontrar una pócima, pues no. No sé si existirá algo que pueda eliminar por completo la toxina que te inoculó ese demonio. Ni siquiera sabemos qué es.

—¿Y para qué querías verme? —Oriol no disimuló su decepción.

—Porque he leído algo en los libros que me ha hecho reflexionar. No hay grandes hallazgos sobre los demonios ni las enfermedades que pueden ocasionar. En Mesopotamia, Egipto o China tenían la creencia de que los demonios podían causar pestes y enfermedades, como la epilepsia. De hecho, existe un texto religioso del año 1400, el *Malleus Maleficarum*, en el que se dice que no hay nada peor que esta enfermedad, ni siquiera la lepra, que pueda ser causado por las brujas.

Sofía negó con la cabeza mostrando su derrotismo.

—Sí, pero la epilepsia no está provocada por conjuros ni por entes demoníacos. Esa gente no tenía los conocimientos que tenemos ahora.

—Por supuesto. Sin embargo, eso me ha llevado a pensar en todos

los trastornos ocasionados por supuestos espíritus malignos. No solo la esquizofrenia y el trastorno bipolar, sino enfermedades de la sangre que los antiguos trataban realizando sangrías u otras prácticas peligrosas.

—¿Y eso en qué puede ayudarnos? —insistió la muchacha desesperada.

—A cada enfermedad «desconocida», ellos le asignaban un demonio distinto como el culpable. Y aunque la mayoría no tienen un origen maligno, como sabemos, hay algunas en las que sí interfiere un ente oscuro. Hay espíritus que pueden agobiarte hasta tal punto de desear el suicidio, y hay otros que su mera presencia provoca que tu sistema inmunitario se vea comprometido y esté más expuesto a padecer una enfermedad, llamémosla «latente», en tu organismo. ¿Cómo combatir entonces el virus, la bacteria o lo que sea? —Harry observó los rostros patidifusos de ambos chicos—. La medicina puede ayudarnos con los síntomas, pero si no cortamos el problema de raíz, es decir, eliminamos al espíritu en cuestión, los fármacos no serán más que un mero parche.

Oriol arrugó la frente y soltó un sonoro resoplido.

—¡Estupendo! Estás diciéndome que la única manera de terminar con este maldito veneno es matando al demonio —concluyó abatido.

—¡Claro! Esa es la parte más evidente de todo lo que he explicado.

—¿Es que hay algo más? —preguntó Sofía desorientada.

—Siempre hay algo más —afirmó con orgullo el brujo—. Aquí hemos pasado por alto una cuestión de vital importancia, y es que Oriol no es humano… del todo. —El cazador arqueó las cejas, satisfecho—. Tu parte medio demonio te hace inmune a todas esas toxinas que desconocemos. Es por eso por lo que todavía continúas en pie y no enterrado en una tumba a varios metros bajo el suelo. ¿No lo entiendes todavía? ¡Tú eres tu propio antídoto! Tu sangre ya cuenta con los elementos indispensables para combatir al veneno, solo que a medias, ya que tu parte humana sigue siendo débil a él.

Oriol entrecerró los ojos y examinó con recelo al bibliotecario inglés, tratando de anticiparse a una conclusión que se le antojaba todavía inalcanzable.

—Bien, entonces mi sangre de medio demonio es la que está ayudándome y tú estás buscando la manera de potenciarla, de hacerla más efectiva dentro de mi cuerpo.

—No, Oriol. La solución es tan simple que no consigues verla aunque la tengas delante de las narices. —El cazador, con un gesto de su mano, lo invitó a continuar—: Tienes que hacer salir a tu bestia.

El chico palideció. Luego se dejó caer en la silla, manifestando su consternación.

—¿Estás seguro de eso, Harry? —Ansiosa, Sofía aguardó una

respuesta del brujo que nunca llegó.

—No puedo hacerlo —se lamentó Oriol—. No puedes pedirme que haga tal cosa.

Harry apretó los labios y apoyó la mano sobre su hombro.

—Es tu decisión, muchacho. Jamás me permitiría obligarte a hacer algo que detestas. Yo solo informo del resultado de mis investigaciones. Nada más. Ahora eres tú el que debe decidir si esperar a que acabemos con ese demonio o acelerar tu cura.

El brujo abandonó la estancia dejando a solas a los dos chicos, consciente de que tenían mucho que discutir. Cabizbajo, Oriol escuchó cómo cerraba la puerta tras de sí, y fue entonces cuando levantó la barbilla para buscar la mirada compasiva de Sofía. Ella lo escudriñaba con sus particulares ojos añiles mientras se mordía con saña el labio inferior.

—Es una buena noticia —le dijo, a sabiendas de que él no lo veía así—. Por fin puedes acabar con esta pesadilla. No descansas todo lo que deberías, y cada día que pasa consumes más energías, te debilitas.

—No voy a hacerlo —dijo muy seguro de sí mismo—. Puedo esperar hasta que ese demonio muera.

—No, no puedes. Tú no has visto lo que es capaz de hacer. No se trata de eliminar a una mosca que quiere posarse en tu plato de sopa. Ese ser es... horrendo y muy peligroso. Y tú cada día estás peor. Sé que no quieres admitirlo y que te muestras ante todos como si nada estuviera ocurriéndote. Pero yo te he visto, Oriol. He visto cómo te llevas la mano al pecho después de una carrera para luego ocultarla tras la espalda, cómo tu piel cambia de color de un segundo a otro y te excusas para ir al baño, y cómo tu brazo busca la pared en cuanto pierdes el equilibrio. Tú no estás bien, Oriol. —Se arrodilló junto a él para obligarlo a mirarla—. Cada vez que sufres un achaque, me siento culpable porque sé que estás aquí por mí. Podrías haberte quedado en la ciudad, descansando, recuperándote como te dijo el médico, pero viniste como un rayo en cuanto supiste que había desaparecido. Y ahora te niegas a ver la verdad. Tú no estás en condiciones para enfrentarte a ese demonio como pretendes. Así no conseguirías ni hacerle un arañazo.

Él entornó los parpados, ahogando así el dolor que le causaban sus palabras.

—Pensé que tú lo entenderías, que tú comprenderías mis motivos. —Negó varias veces en un silencio en el que trataba de sobrevivir—. Yo no quiero ser mi bestia. No puedo ser ese monstruo. Cada vez que aflora, aniquila un poquito más mi humanidad, la arroja a un acantilado como si fuera un desperdicio y controla mi cuerpo y mi mente.

—No, tú puedes controlarla. Tienes que creer en ti, como muchas

veces me dices a mí.

—La última vez, la ira me cegó y casi maté a mi hermano.

—Pero no lo hiciste.

Oriol alzó la mirada y varias lágrimas despuntaron de sus ojos apagados.

—Porque tú me detuviste. Me devolviste la razón.

—Y yo voy a estar a tu lado. No me separaré de ti si es necesario. Ya has oído a Harry. Puede que solo necesites un par de días y después volverás a ser tú.

—¿Y si me pierdo? ¿Y si no consigo volver?

Sofía acarició sus mejillas y frenó el avance de sus lágrimas con sus dedos.

—Yo no lo permitiría. Te buscaría, te perseguiría hasta que quisieras escucharme. Yo no te tengo miedo, Oriol. Y estoy convencida de que la bestia que habita en ti jamás me haría daño.

Apartó el cabello que cubría su oreja derecha y después depositó sus labios en ella. Sabía que él las aborrecía por ser la única prueba física de su condición. Sin embargo, a ella, esa forma puntiaguda parecida a las de los extraterrestres que mostraban en el cine le resultaba de lo más atractiva. Sofía descendió con su boca hasta llegar a su cuello, y fue entonces cuando él la apartó.

—Por favor, no me pidas que me convierta en algo que no quiero ser.

—Podría salvarte la vida —insistió ella.

—Prefiero seguir siendo humano y morir luchando que vivir sin alma y ser mi bestia.

El cazador se levantó y abandonó la habitación, dejando una estela de amargura tras de sí. Sofía permaneció unos minutos más en el suelo, con el corazón encogido y maldiciéndose porque sus palabras habían caído en saco roto. Comprendía a Oriol. Quizá más que nadie dentro de aquellas cuatro paredes perdidas en el monte. Conocía sus inseguridades, el miedo atroz que albergaba hacia su otra mitad. Temía perder el control cuando ella se manifestaba y terminar hiriendo a alguien, a pesar de que hacía ya mucho tiempo que su bestia cohabitaba dentro de él en silencio, atado con las cuerdas de la conciencia en un destierro pactado y condenada a aparecer solo cuando Oriol lo requería, como había hecho en la capilla.

Sofía chasqueó la lengua y se dirigió a una de las ventanas de la entrada principal. Desde allí divisó a Hugo, quien transportaba las piedras que le parecían más provechosas a los puntos considerados estratégicos por los de su gremio, al tiempo que Iris las marcaba, dibujando símbolos de protección sobre ellas. Después alzó la mirada y oteó el horizonte. La luz del día apenas duraba un suspiro. Era engullida a una velocidad de espanto por los nubarrones grises que,

con autoridad, declaraban la hegemonía del cielo. Ese invierno crudo, acusado por las diversas tormentas, a las que bautizaban con nombres de personas como si poseyesen un corazón latiendo con rabia para luego arrojarse descargando su furia sobre pueblos, ciudades o valles, la desnudaba con crueldad, dejando su piel al descubierto y padeciendo así las infinitas sacudidas de su frío soplo.

No quiso moverse de allí, ni siquiera cuando escuchó el ligero chirrido de las ruedas de la silla de Rafael aproximarse. Se mantuvo erguida y con la mirada clavada en el sol agonizante, casi inexistente, como el reloj de arena al que solo le queda un mísero polvillo por caer.

—Harry me ha informado sobre las posibilidades de cura de Oriol. No hay muchas opciones que digamos —dijo el viejo cazador tras anclar su silla junto a ella—. Desde que apenas comenzó a dar sus primeros pasos, y créeme que lo hizo mucho antes que cualquier niño corriente, le insistía en que debía sentirse afortunado por haber nacido con aspecto humano. Podría haber sucedido lo contrario. En cambio, no había deformidades en su cuerpo ni atributos demoníacos en él. Y aunque suene despreciable, fue ese el motivo por el que mi mujer y yo decidimos hacernos cargo de su cuidado. No sé lo que habría pasado si su bestia hubiese dominado su apariencia física. Puede que lo hubiese criado su madre, rodeado de más íncubos y súcubos. Pero Oriol era un bebé hermoso y sano, con unos ojos hechizantes y una sonrisa que hacía feliz al más huraño. —El hombre rio al recordar el día que lo sostuvo por primera vez en brazos—. Yo quería llamarlo Orión porque, la noche en la que apareció en mi portal, esa constelación brillaba más que ninguna otra; parecía llorar de felicidad. Sin embargo, a Laura, el nombre le resultó algo ridículo para un niño, así que decidió modificarlo un poco: Oriol. Yo no ignoré nunca sus cualidades de medio demonio; es más, traté de sacarles provecho para hacer de mi hijo un cazador excepcional. Y creo que lo he conseguido. Tanto mi mujer como yo lo enseñamos a amar su alma, a que apreciase el hecho de poder sentir emociones tan complejas y a que apartase a un lado esos instintos primarios propios de un animal salvaje. Así creció Oriol, en un hogar donde siempre obtuvo el cariño y el amor que necesitaba, a pesar de su condición. —El cazador hizo una pausa para analizar la reacción de la muchacha. Sin embargo, aunque escuchaba su relato, permanecía ausente mirando a través de la ventana—. Yo no creo que tú seas una mala influencia para mi hijo, pero tengo que confesarte que desde que has entrado en su vida, esta se ha vuelto caótica e inestable. Esa bestia de su interior parece haberse fortalecido y lucha por hacerse más visible. Sé lo que sucedió en la capilla. Hugo, muy preocupado, me lo contó. Hacía muchos años que ese ser no se manifestaba. Es por ello, Sofía, que te pido que no lo

presiones. Tienes que respetar su decisión.

—¿Aunque lo lleve a una muerte segura? —Esta vez fue Rafael quien calló cuando la bruja decidió encañonarlo con sus ojos añiles—. Hace tan solo unos pocos meses que yo misma he tenido que aceptarme tal y como soy: una descendiente de brujos ancestrales. No ha sido fácil para mí. Pero he tenido que asumir que existe otra yo aquí dentro —explicó, señalando su corazón—. Una bruja que se manifiesta en cuanto me siento amenazada o desbordada y que puede hacerlo bien o mal. Porque también es insegura, inexperta y desata el caos donde quiera que va. Vosotros mismos me apurasteis para que despertara, para que la abrazara y le hiciera un hueco en mi vida. Todo eso en tres o cuatro meses. —Bufó, algo irritada—. Sin embargo, Oriol lleva desde que era un niño luchando contra sí mismo, obligando a dormir a esa parte de él porque todos decidieron que era lo mejor, que su bestia era malvada. Lo enseñaron a encadenarla cuando deberían haberlo educado para que la amara. Yo no puedo negar que soy una bruja y él no puede ignorar que es medio demonio. Y es gracias a esa condición por la que todavía sigue vivo.

Cabizbajo, Rafael entornó los párpados y se le escapó una sonrisa de medio lado. Esa joven era osada y sagaz. No cabía duda de que amaba a su hijo, y podría ser que, al fin y al cabo, fuera la única persona en este mundo capaz de comprenderlo.

—No tiene por qué preocuparse —añadió con semblante severo—. Nunca he obligado a nadie a tomar una decisión en un sentido u otro. Si él prefiere morir luchando en clara desventaja contra ese demonio, que así sea.

17

Pesadillas

León presionó con fuerza los labios al tiempo que sus manos se aferraban a los brazos del ajustado asiento. Un hombre de su altura y grosor no debería verse constreñido a usar una butaca hecha a medida para los maniquíes de los escaparates. «Hasta las sardinas en lata tienen su espacio», se quejó sin pudor. Ya estaba hasta las narices de que todo en este hipócrita mundo se concibiera para personas raquíticas y con mucho pellejo. Tenía el trasero encajado y las rodillas le rozaban con el respaldar del asiento delantero. Gruñó por lo bajo, y se atrevió a abrir un ojo al escuchar una risita exasperante interrumpir su concentración mientras el avión rodaba por la pista. Para su sorpresa, descubrió a un niño de no más de cinco años burlándose de su pavor a volar. Lo imitaba apretando los dientes y mostrándole caras absurdas. Esto lo enojó aún más.

—¡Niño, guárdate esa sonrisa para ti sino quieres que...!

—Deberías ser más amable con los niños —lo interrumpió el padre Carlos, quien repasaba una y otra vez una decena de papeles que mantenía sobre sus piernas.

—Ese estúpido crío no sabe contra quién está enfrentándose. He acabado con monstruos más grandes que él en un abrir y cerrar de ojos.

—Y sin embargo tienes miedo a volar.

—Un cazador está hecho para la tierra, no para flotar con las nubes. —Reparó en las notas del sacerdote y en la cantidad de frases que tenía subrayadas—. ¿Y por qué te pones a trabajar aquí, delante de todos?

—Trato de aprovechar el tiempo. Tenemos dos horas y media de vuelo, o incluso más por delante.

—¡¿Cómo?! ¿No es un viaje de media hora? ¿Dónde demonios están las Canarias? ¡¿Cerca de la Antártida?! —exclamó mientras una gota de sudor le recorría la frente—. Tengo que salir de aquí.

Trató de soltarse el cinturón de seguridad, luchó contra él sin encontrar la manera de liberar la panza de semejante agobio. Cuando por fin sus manos temblorosas consiguieron manipularlo, el cura lo detuvo.

—Ya es demasiado tarde. Estamos en el aire.

León tragó saliva y le pareció que se atragantaba con ella. El pánico se había apoderado de él. Imágenes sobre el avión estrellándose contra las montañas, sumergiéndose en el océano o siendo abducido por los extraterrestres desfilaban por su mente. Aquello era peor que las pesadillas sufridas la noche anterior por culpa de los visitantes oscuros.

Al aterrizar en el aeropuerto norte de la isla de Tenerife, León se arrodilló y besó el suelo móvil de la pasarela por la que abandonaban el avión ante la mirada atónita del resto de los pasajeros. El padre Carlos lo miró de soslayo y ocultó una floreciente sonrisa, fingiendo un bostezo que lo llevó a tapar su boca con la palma de la mano.

—Tengo mucha hambre. Esos panes rancios con lechuga plástica han hecho que mis tripas se pongan furiosas —se quejó el fortachón.

—Pues vas a tener que esperar. Antes de ir al hotel, cogeremos un taxi hasta el hospital de Nuestra Señora de La Candelaria. Nos quedan dos horas antes de que concluya el horario de visitas y tenemos que aprovecharlas. Ya lo he dispuesto todo, y nuestro testigo, Juan Manuel Cabrera, está esperándonos.

—Siempre me he preguntado cómo puedes ser tan organizado y consigues que no se te arrugue la sotana cuando practicas uno de esos exorcismos tuyos.

—Muchos años de experiencia —le confirmó, riéndose de sus ocurrencias.

La bruma que los había acompañado desde el aterrizaje iba disipándose a medida que descendían por la autopista. Al cazador le había extrañado la aparición de esa niebla tan densa en una isla que tildaban de paradisíaca, y tachó ese fenómeno de la naturaleza como el preludio de un mal augurio, hasta que su amigo lo tranquilizó contándole que esas nubes húmedas que calaban en los huesos hasta enfriarlos eran algo frecuente en aquella zona. León arrugó la nariz, desconfiando todavía de que esa niebla tenebrosa no estuviera advirtiéndolos de un hecho fatídico y demasiado próximo en el calendario.

Mientras el sol iba haciendo su aparición y calentaba las orejas del cazador, el padre Carlos le explicaba el caso de nuevo para que no se perdiera ningún tipo de detalle:

—Nuestro testigo está casado y tiene dos hijos varones de corta edad. No tiene antecedentes ni episodios que puedan hacernos pensar en alguna enfermedad mental. Tampoco consume alcohol con regularidad, y se descarta la intervención de algún tipo de drogas, ya que a su ingreso en el hospital le realizaron un análisis toxicológico. —Hizo una pausa en la que volvió a examinar el acta que había levantado la policía en el lugar de los hechos—. Claro, el hombre presentaba una serie de abrasiones de «origen desconocido» por todo

el cuerpo. Y al ser preguntado por el agente, le contestó que lo habían atacado tres fantasmas. Por eso pensaron que estaba bajo los efectos de alguna sustancia. Y también porque su mujer, que estaba durmiendo a su lado, se despertó al oírlo gritar y no vio nada. Ella ha declarado que en ningún momento pudo ver al agresor, aunque escuchó una serie de pasos y, a continuación, un portazo.

—¿Están hablando del caso de Güímar? —lo interrumpió el taxista con un indiscutible acento canario—. Es evidente que se trata de un ajuste de cuentas. En algún trapicheo estaba metida la familia, que ahora ninguno quiere hablar. Y, claro, se han inventado la historia boba esa del espíritu para despistar.

El sacerdote dibujó una mueca de desagrado en su rostro al tiempo que observaba la reacción de sorpresa de su amigo León. Con una mirada reprobatoria, el cura le mostró su malestar por su intromisión.

—¿Usted se inventaría que un fantasma entró en su casa para confundir a la policía? —le preguntó, arqueando las cejas—. Nadie en su sano juicio contaría una estupidez semejante a no ser que fuera verdad.

El taxista hundió la cabeza en el volante, arrepentido de haberse entrometido en la conversación. Era evidente que transportaba en su vehículo a dos chalados más.

—Se me ocurren muchas preguntas —le susurró León al cura—. ¿Cómo los visitantes no remataron la faena como en el resto de los casos? ¿Por qué ese hombre sí que pudo ver a los espíritus? ¿Y por qué leches estoy asándome de calor cuando cinco minutos antes se me congeló la respiración al salir del aeropuerto?

Al entrar en el hospital, un joven de unos treinta años se acercó a ellos para darles la bienvenida. León reparó en el alzacuellos que portaba sobre una camisa de manga corta y examinó mejor al hombre que los conducía hasta la habitación del superviviente mientras comentaba el estado de salud en el que se encontraba. Su rostro afilado contrastaba con la nariz redonda y algo graciosa sobre la que caían unas gafas sencillas y poco ajustadas. Tampoco le pasó desapercibida su mirada perspicaz enmascarada bajo ese halo falso de timidez. Ese cura de aspecto benévolo y servicial era sin duda un lince: paciente y un gran observador, hasta que decide que ha llegado la hora de intervenir y se lanza contra su presa para propinarle un mordisco certero.

—Oh, perdone si he sido un maleducado. Me he dejado llevar por el ímpetu y por el hecho de que ya conozco al padre Carlos. Sin embargo, usted...

—Mi nombre es León, y no soy cura. —Recalcó la última frase para dejar bien claro que no profesaba simpatía alguna hacia los religiosos. Aunque estimaba al padre Carlos, no lo hacía por sus

sermones de los domingos en misa, sino porque era un compañero de peleas, leal e incansable. A veces incluso olvidaba que bajo esos vaqueros planchados y camisa de innumerables botones, se escondía un jesuita conciliador, además de un exorcista renombrado.

—El padre Acaymo es también cazador. Él fue quien nos advirtió de que este caso podría tener relación con lo que estamos investigando.

El fortachón entrecerró los ojos e intentó adivinar cuál sería el arma que usaba en sus aventuras. Ya había deducido que se encontraba ante un cazador con alzacuellos como el padre Carlos, no obstante, prefirió fingir sorpresa. No le gustaba mostrar sus habilidades de rastreador ante un desconocido. «Este no es un espadachín como Carlos, ni tampoco va por ahí rociándoles agua bendita a los espíritus. A este le van más las pistolas. Puede que tenga licencia para una Beretta 92, el arma preferida por los justicieros», se atrevió a especular.

—Sí, aunque no me gusta alardear de mi otro oficio —admitió el tinerfeño—. Aquí en las islas somos unos cuantos los que formamos un grupo compacto y siempre predispuesto a acudir donde se nos requiera. Canarias siempre ha contado con un halo de energía particular. Por eso es frecuente toparnos con algún fenómeno «desconocido», ya me entiende. —León asintió inclinando ligeramente la barbilla—. En este caso, Juan Manuel es natural de Güímar. En este municipio se encuentra el barranco de Badajoz, o también conocido como el barranco de las Peras, un lugar hermoso y con parajes asombrosos pero lleno de oscuras leyendas. Según dicen, alrededor del año 1900, una niña fue a recoger peras por encargo de sus padres al barranco, pero nunca volvió a casa. Desapareció. Sus padres la buscaron durante años sin fortuna. Sin embargo, décadas más tarde, la niña apareció en su casa sin experimentar cambio alguno. Seguía teniendo la misma edad y lucía el mismo vestido con el que se la vio por última vez. Ella se excusó diciendo que se había entretenido jugando y que solo habían transcurrido dos horas desde que había salido de casa. —El sacerdote guardó silencio unos segundos, creando cierta expectación en sus oyentes. El fortachón arrugó el entrecejo, receloso, al tiempo que intercambiaba una mirada fugaz con su amigo —. Sé que es difícil de creer incluso para nosotros. Algunos han explicado este suceso hablando de un portal dimensional, quizá hacia el más allá. ¡Quién sabe! Lo que puedo asegurar es que son muchos los que relatan haber escuchado murmullos o voces hablando en lenguas desconocidas, además de unos buenos cuantos que aseguran haberse tropezado con seres vestidos de blanco o entes escalofriantes.

—¡Todo un paraíso para los cazadores! —bromeó el padre Carlos.

León refunfuñó y accedió al ascensor después de que lo hicieran

los dos sacerdotes. Nada más pulsar el número del piso al que se dirigían, las luces del interior parpadearon y el elevador pareció quedar suspendido en el aire durante unos segundos antes de ponerse en funcionamiento.

—También les sorprendería saber la cantidad de espíritus que vagan por este hospital. Incluso existe un libro que relata con testimonios reales las numerosas apariciones que han presenciado tanto pacientes como trabajadores —les explicó el joven con una sonrisa burlona.

—¡Lástima que la Guardia Civil me haya confiscado en Barajas todo mi arsenal de cuchillos! —alardeó el tosco cazador.

El padre Carlos se sonrojó al tiempo que negaba con la cabeza. Había sido un espectáculo bochornoso. Los agentes no daban crédito a las palabras del gigante barbudo, quien insistía en que esas armas eran indispensables para el desempeño de su trabajo. Incluso bromearon adivinando su profesión y afirmando con sorna que quizá se dedicaba al lanzamiento de cuchillos en un circo. León, ofendido, les había asegurado que eran instrumentos valiosos para la caza. Gracias a su intervención, el hombre no había terminado detenido.

—No tenemos por qué preocuparnos. La mayoría son almas perdidas que se resisten a cruzar porque todavía les ata algo a este mundo o porque están desorientadas, nada más —volvió a aclarar el cura de nombre irrecordable.

Llegaron a la habitación del testigo, y tras una breve charla con la enfermera de la planta, quien los informó de que el paciente evolucionaba bien dentro de lo esperado, entraron sin hacer mucho ruido. León se sobresaltó al descubrir a un hombre de unos cuarenta y cinco años, algo demacrado y con una cantidad desquiciante de tubos conectados al cuerpo. Por ese motivo detestaba los hospitales. Prefería inspeccionar el lugar de los hechos aunque tuviera que enfrentarse a enormes charcos de sangre antes que interrogar a los supervivientes llenos de vendas, heridas supurantes y cánulas incrustadas en la piel. Le daban náuseas. Le recordaban lo frágil que era el ser humano y lo peligroso de su oficio.

—Padre Acaymo, ya pensaba que no vendría hasta mañana —se alegró el hombre, quien trató de sentarse en la cama a pesar de todos los cables que se lo impedían.

—No es necesario que se levante. —El cura lo ayudó a apoyar la cabeza de nuevo en la almohada—. Como le había dicho, han venido conmigo estos dos caballeros, expertos en la materia. El padre Carlos Alameda y el investigador León…

—A secas —lo interrumpió el cazador malhumorado.

—Me alegro mucho de que hayan podido venir —añadió el hombre con los ojos aguados—. Estoy desesperado. La policía no me

cree y piensan que tengo algún tipo de locura transitoria. Yo no estoy loco… Si no fuera por el padre Acaymo, que se presentó en el hospital diciéndome que lo que viví fue real y que existen «cosas» que vienen del más allá para ponernos a prueba, no sé lo que habría sido de mí. —Hizo una pausa en la que trató de controlar sus lágrimas—. Ahora piensan que tráfico con drogas y que esa noche alguien vino a por mí para quitarme de en medio y hacerse con mi supuesta zona de venta. Les he dicho que pueden pensar lo que les dé la gana. Yo estoy muy cansado.

—Debe estar muy desesperado para dejar pensar a la policía que es usted un traficante antes que defender su verdad —intervino el padre Carlos.

—Prefiero que me tachen de mafioso antes de que me marquen a mí y a toda mi familia llamándonos chalados —afirmó tajante.

León masculló por lo bajo y desvió la mirada hacia la ventana. Las estrellas comenzaban su danza en el firmamento; un baile incansable con el que trataban de propagar su brillo en las horas más oscuras. ¿En qué clase de mundo estamos cuando nos negamos a creer la verdad de un buen hombre y preferimos acusarlo de ser alguien despreciable antes que aceptar nuestras propias limitaciones? «Un mundo de mierda», concluyó.

—Deberías enseñarle la marca de la espalda. —El padre Acaymo lo animó a despojarse de la bata del hospital.

El hombre, sin ocultar el dolor, fue retirando poco a poco la prenda que le cubría la espinilla. León no disimuló su asombro al comprobar las marcas de unas garras que lo atravesaban de izquierda a derecha.

—Mi mujer dice que se trata de la obra del diablo —dijo con congoja.

El padre Carlos se acercó a él y examinó con más detenimiento la lesión.

—He visto algunas marcas en poseídos, pero jamás de esta magnitud, y desde luego nunca infligidas por supuestos visitantes… ¿A qué se dedica usted, Juan Manuel? ¿Es una persona religiosa? —comenzó el interrogatorio el sacerdote.

—Trabajo en la construcción. Voy tirando con lo que va saliéndome hoy aquí y mañana allá. Y no soy practicante, si es lo que me pregunta. Creo en Dios, pero no voy a misa, ni me confieso, ni nada de esos rollos. Es mi mujer la que me arrastra a alguna procesión en Semana Santa. Ella sí es devota de la virgen de Candelaria. —Se revolvió en la cama, incómodo. No le gustaba hablar de religión delante de unos desconocidos, y más si se trataba de curas—. ¿Cree que me atacaron por eso? ¿Por pasar de ir a la iglesia los domingos?

—No —contestó rotundo—. Hemos estado investigando algunos

casos más que podrían tener relación con el suyo. No existe un patrón definido en las víctimas.

—¿Hay más como yo? —preguntó con una perplejidad palpable al tiempo que esbozaba una tímida sonrisa tras sopesar que no estaba solo en su lucha.

Sin embargo, su esperanza se desvaneció al comprobar cómo los tres hombres agachaban la cabeza, y en el caso concreto de ese tal León, cómo además desviaba la mirada.

—Usted es el único que ha sobrevivido a un ataque como este —le confirmó el sacerdote peninsular con unas palabras que intentó que le sirvieran de consuelo.

No obstante, Juan Manuel sintió una presión en el pecho que lo devolvió a una tormentosa soledad.

—¿Por qué yo? ¿Por qué no he muerto como los demás?

Esta vez fue el padre Acaymo quien trató de aliviar su pesar. Le sujetó la mano y quiso trasladarle su apoyo con una mirada afectuosa.

—Eso es lo que queremos averiguar. Y también encontrar algo en tu relato que nos ayude a detener a esas bestias.

El hombre emitió un leve suspiro y posó sus ojos en el rostro imperturbable de León. Él debía ser el brazo armado de Dios. Quizá los rezos de ambos curas no fueran suficientes para acabar con esos espíritus maliciosos, por eso él estaba allí, observando en silencio, aguardando a que de su boca se desprendiera una frase que fuera la clave para desgranar aquella descabellada historia.

Fue entonces cuando comprendió que debía comenzar a narrarles lo sucedido:

—Después de acostar a los niños, estuve un rato viendo el partido en el cuarto. Mi mujer se durmió antes que yo. A ella no le gusta el fútbol, así que metió la cabeza debajo de la almohada para no escuchar a los comentaristas. Cuando terminó, fui al baño, me bebí un vaso de agua y apagué la televisión. No tengo ni idea del tiempo que pasó hasta que me vi inmerso en un mal sueño. Ni siquiera recuerdo cómo empezó ni cómo llegué allí, a la casa de mis padres. Yo tendría unos nueve años y estaba jugando en el salón con mi hermano a los soldaditos. Solíamos jugar a la guerra mientras mi madre preparaba un rancho en la cocina. —Estiró la comisura del labio al recordar el delicioso aroma de las verduras mezcladas con la carne y unos cuantos fideos—. Me reía porque Marcos no conseguía mantener a su batallón de pie. Harto, cogió el mechero de uno de los bolsillos del pantalón de mi padre y le prendió fuego al capitán para simular que una bomba había caído cerca y lo había herido. Yo le dije que lo apagara rápido antes de que mamá se enterara, pero cuando quiso soplar, ya fue demasiado tarde. Marcos, para evitar quemarse los dedos, quiso lanzar el soldado por la ventana, y por desgracia se enredó en la cortina. —

Lanzó un resoplido—. Esto ocurrió de verdad. Es un recuerdo que guardo de mi infancia. La cortina ardió, y entre mis padres y unos vecinos consiguieron apagar el fuego antes de que se propagara. Sin embargo, en mi pesadilla, el salón entero se convirtió en un infierno. Las llamas comenzaron a devorar los muebles, incluida la mecedora de mi abuela. Yo chillaba y chillaba, pero nadie venía a ayudarnos. De pronto, del mismísimo fuego surgieron tres figuras. Una agarró a mi hermano por el brazo y lo arrastró hasta las llamas. La más alta, con su garra ardiente, me llamaba para que me acercara a ella mientras la tercera salía a mi encuentro. Cuando alargó el brazo para cogerme, yo cerré los ojos… Entonces me desperté en un charco de sudor y con el corazón a mil por hora. Todo había sido tan real que tuve que pellizcarme varias veces en la cara para asegurarme de que estaba en mi dormitorio junto a mi mujer. Creo que no tuve tiempo de parpadear cuando distinguí a tres personas a los pies de mi cama. Al principio, pensé que estaba afectado por la pesadilla y le resté importancia. Después de unos segundos, al ver que continuaban allí, inmóviles, mirándome con esos ojos que parecían agujeros negros perforados en la cara aposta, me asusté. Sacudí a mi mujer para que también despertara, para que corroborara lo que estaba viendo, porque aquello no podía ser real. ¡Eran fantasmas! Y parecían enfadados o con cara de pocos amigos. El hombre llevaba un sombrero negro y una gabardina también negra que le llegaba hasta los tobillos. Parecía de otra época. Una de las mujeres era una anciana desdentada con una castaña pegada a la coronilla, pero la que más me asustaba vestía de blanco y tenía los cabellos negros reburujados y una mirada que te helaba la sangre. —Hizo una pausa en la que cogió aire varias veces seguidas—. Yo no me considero un cobarde, pero estuve a punto de mearme en los pantalones… Cuando quise levantarme, se abalanzaron sobre mí y no recuerdo mucho más. Solo que grité hasta romperme las cuerdas vocales.

—¿Y su mujer? ¿No se despertó en ningún momento de la noche? —El padre Carlos se rascaba la barbilla, intentando ordenar todas las piezas del relato.

—Sí, sí. Ella me oyó gritar y se despertó alterada. Sin embargo, no vio a los espíritus. Dice que yo movía los brazos y las piernas como si quisiera quitarme algo de encima, pero que allí no había nadie. Ella pensó que continuaba soñando y trató de tranquilizarme. Recuerdo que me dijo que iba a despertar a los niños, y justo en ese momento abrieron los dos la puerta. Y ahí creo que terminó todo. —Negó con la cabeza al tiempo que se estrujaba la mente para recordar algún detalle más que pudiese ayudar a los sacerdotes—. Comprobé que la puerta estaba cerrada con pestillo. Examiné las ventanas una por una, a pesar de que sabía que no habían entrado por ahí, y después les dije a los

niños que fueran a dormir, que yo iba a quedarme vigilando. El más pequeño, Mario, fue el que se dio cuenta de que estaba sangrando. Me remangué el pijama y comprobé que estaba lleno de magulladuras y de que tenía una herida abierta a la altura del codo. Ahí ya no pude más y me desmayé. Mi mujer llamó a una ambulancia y después vinieron todas las preguntas.

—¿Alguno de los espíritus le resultó familiar?

—No, no había visto sus caras en mi vida. —Enterró el rostro en sus manos—. ¿Por qué? ¿Por qué a mí? ¿Cómo voy a proteger a mi familia si vuelven? ¿Cómo voy a defenderme? No soy un buen padre si no puedo poner a mis hijos a salvo. —Alzó la barbilla y las lágrimas resbalaron hasta precipitarse sobre las sábanas—. ¿Saben lo que me dijo Mario? Que no me preocupara, que la bruja de blanco no iba a volver. ¡Hasta mi hijo estuvo dándome ánimo!

El padre Carlos dio un respingo e intercambió una mirada cómplice con el sacerdote canario. Tampoco a León le había pasado por alto el comentario, y con el ceño fruncido escudriñaba al testigo como si pudiera hurgar aún más en su interior.

—¿Su hijo pudo ver a una de las mujeres? —Carlos le formuló la pregunta muy despacio, recalcando cada una de las palabras.

Juan Manuel lo miró pasmado, sin comprender todavía el motivo de su sobresalto.

—Mario vio a los tres en cuanto entró en el dormitorio. Pablo, el mayor, me contó que había tres sombras alrededor de mí pero que no pudo ver sus caras —confirmó con una naturalidad pasmosa—. Fue mi mujer la que no logró ver nada... ¿Por qué les resulta tan sorprendente? No entiendo. Mi mujer es que toma pastillas para dormir, estaba medio atontada cuando se despertó. Y, además, si no se pone las gafas, no ve ni tres en un burro. Cualquiera que hubiera estado en la casa en ese momento se habría cagado de miedo.

—Cualquiera no —le respondió rotundo el joven sacerdote.

El padre Carlos contuvo un profundo suspiro y entrecerró los ojos para observar mejor las pupilas del testigo. Quizá nunca llegaría a descubrir por qué lo habían escogido a él como al resto de las víctimas entre centenares de candidatos, pero al menos ya comprendía por qué Juan Manuel había sobrevivido al ataque.

—¿Sabe si algún miembro de su familia ha tenido alguna experiencia paranormal? —le preguntó con mucho tacto.

El hombre abrió los ojos hasta que las pestañas rozaron sus cejas y después frunció el ceño, confundido. Aun así, trató de hacer memoria, pero jamás había escuchado que alguno de sus allegados hubiese tenido algún encuentro con un fantasma. De pronto, una imagen clara aterrizó en su cabeza. Su abuela anudaba con una soga fina unos ramilletes de salvia. Lo hacía con mucho esmero mientras rezaba.

Después quemaba la aromática planta, dejando que el humo recorriera todos los rincones de la casa.

—No que yo sepa. Pero en el momento en el que esos tres vinieron a por mí, recordé a mi abuela. Ella era curandera. Rezaba el mal de ojo, el susto. Y, bueno, todo lo solucionaba con una infusión de hierbas. ¿Creen que ella me ayudó desde arriba? —dijo apuntando al techo, aunque su dedo señalaba mucho más alto—. ¿Fue ella la que me salvó?

El padre Acaymo acercó la silla hasta la cama y se sentó junto a él.

—Será mejor que hablemos.

Tanto el padre Carlos como León aprovecharon para despedirse y dejarlos a solas. Juan Manuel tenía mucho que asumir. Su vida iba a cambiar por completo, aunque ya en cierto modo lo había hecho, ya que todos los que habían presenciado o experimentado un hecho excepcional fuera de toda lógica posible, rara vez volvían a ser los mismos. Ese solía ser un punto de partida irrefutable para plantearse cuestiones que jamás habían considerado. ¿Existe entonces el más allá? Si hay espíritus buenos, ¿también los hay malignos? ¿Quién los envía? ¿Cómo es que yo puedo verlos y otras personas no tienen esa capacidad?

León se encaminó hacia los ascensores, compadeciéndose del pobre diablo. Ese encuentro con los espíritus había abierto la caja de Pandora, y una vez que los secretos son desvelados, difícilmente pueden volver a encerrarse.

—Al menos ya hemos respondido a una de las cuestiones. Juan Manuel tiene algo especial. Su don despertó en cuanto sintió el peligro, y puede que haya recordado alguna frase con la que su abuela se protegía de las malas energías. —El cura se sentía en parte satisfecho—. O tal vez sea cierto y ella, de algún modo, haya acudido en su ayuda.

—¡Es un vidente! Y sus hijos han heredado también el don. ¿Crees que esos espíritus sabían a quién estaban atacando? Los demás no tuvieron ninguna oportunidad.

—Quién sabe… —El sacerdote entró en el ascensor y reflexionó unos instantes—. Aún es más interesante que su hijo haya identificado a uno de los espíritus. Dijo que se trataba de una bruja. Y eso me hace pensar que estos espíritus no son comunes. Quizá los hayamos catalogado mal llamándolos visitantes de alcoba. Estos entes fueron personas despiadadas en su tiempo, y ahora están siendo reclutadas por ese demonio para sembrar el caos.

—¿En qué estás pensando? —León se atusó la barba, reflexivo.

—En que esos malditos hicieron un pacto en vida con el demonio. Puede que hayan pedido más dinero, más poder o conocimiento. Vendieron su alma, y ahora el demonio los maneja a su antojo:

cumplen sus órdenes, se presentan en cualquier punto de la geografía terrestre y se entretienen torturando a sus víctimas. Ya oíste a Sofía. También quiso cerrar un trato con ella. —Soltó un resoplido, muestra de su impotencia. Nunca había tratado con un demonio encarnado que utilizara su propio cuerpo para desplazarse y sembrar el caos. Su experiencia se limitaba a personas vulnerables que terminaban siendo poseídas. No obstante, ese ser se jactaba de su superioridad mientras los observaba desde la lejanía, y él no tenía ni idea de cómo combatirlo si no era con la oración y el agua bendita. Dudaba que la sal, la ruda, la salvia o los santos óleos pudieran causarle algún daño —. Vayamos al hotel. Empiezo a tener hambre, y no dejo de pensar en las papas arrugadas con mojo rojo que preparan allí. Estoy seguro de que van a gustarte.

Ya desde la ventana de la habitación, el padre Carlos se distraía con el balanceo de las ramas de los árboles de la plaza del Adelantado, que recibía su nombre del conquistador de la isla: el Adelantado Alonso Fernández de Lugo. Deseaba desaparecer entre sus zonas ajardinadas y su hermosa fuente de mármol, volverse invisible durante unos minutos, perderse entre los edificios del siglo XVI que rodeaban la emblemática plaza, y dejar atrás el enrevesado caso que se le había presentado. Chasqueó la lengua y, absorto, contempló a algunos viandantes que se resguardaban las manos en los bolsillos protegiéndolas del viento que apenas se había levantado. A pesar de esa brisa inoportuna, el cielo permanecía despejado y lucía un escaparate repleto de estrellas amarillas dignas de admiración. De nuevo sintió la tentación de salir a pasear por las calles peatonales de la ciudad, entre sus casas de colores y su particular enlosado. Sin embargo, decidió quedarse allí, junto a la ventana, reflexionando sobre cómo impedir que ese demonio consiguiera una de las preciadas llaves: la de Sofía.

A la mañana siguiente y después de un desayuno suntuoso, pusieron rumbo a Güímar. A León no le pasó desapercibido el cambio brusco del paisaje, además del excesivo calor que comenzaba a castigar su robusto cuerpo. El verdor del norte había sido engullido por la aridez dorada del sur. Varios kilómetros antes de llegar al desvío que los conduciría al pueblo, distinguió impresionado un gran cono volcánico extendiendo su manto de lava hasta el mar, realzando su poderío sobre las aguas azules de la isla.

Al llegar al pueblo, situado en un valle que la mayoría de los geólogos consideraban producto de un derrumbe de una importante masa volcánica al mar, el cazador admiró pasmado los profundos barrancos y despeñaderos que lo rodeaban y se preguntaba cómo se habían alzado las casas en semejante emplazamiento. El padre Carlos lo informó de que los guanches, aborígenes de la isla, realizaban sus

rituales en los bailaderos, lugares sagrados donde las sacerdotisas guanches imploraban a sus dioses para que los bendijera con la deseada lluvia o rendían culto a la fertilidad. Estas fueron tachadas de brujas por los conquistadores, quienes las acusaban de transformarse en burras para pasar desapercibidas entre los vecinos y así poder hechizar sus cosechas. Güímar fue uno de los menceyatos más ricos en bailaderos, y por ese motivo todavía perduran las leyendas de brujería en la zona.

León, cada vez más intrigado, se lamentó de no tener tiempo para adentrarse en ese barranco mágico tan famoso o visitar esos bailaderos tan calumniados por la Iglesia católica. Si era cierto que el pueblo estaba envuelto en un halo de energía sobrenatural, él descubriría en menos de que cantase un gallo su fuente de poder.

—¡El cuadrado de sangre! —exclamó el sacerdote nada más pisar la habitación de la víctima—. Y todavía huele a podrido.

—A huevos podridos mezclados con azufre —constató León mientras arrugaba la nariz algo asqueado—. ¿Por qué todavía el olor es intenso? ¿Y cómo es que ningún policía lo consideró una pista?

El padre Carlos se encogió de hombros.

—Pensarían que había algo en la nevera en mal estado. Al fin y al cabo, la familia abandonó la casa de repente, sin tiempo para ordenar o recoger —dijo, refiriéndose a la cama deshecha—. No disponemos de mucho tiempo. Tenemos que encontrar algo que nos ayude a arrojar más luz al asunto. El padre Acaymo nos consiguió esta visita fugaz, y ya sabes que no me gusta tener problemas con la autoridad.

Se acercó a la pared con mucho cuidado para examinar de cerca el símbolo que en los últimos meses los había convertido en presas fáciles. El cuadrado no estaba completo. Le faltaba más de la mitad del lado inferior. Era evidente que los espíritus no pudieron finalizarlo, quizá por la milagrosa conexión de Juan Manuel con su abuela en el momento más delicado. Se dio la vuelta y contempló la puerta, imaginando el instante en el que los dos niños habían irrumpido en la estancia. Ese tuvo que ser otro revés para los visitantes. No contaban con que los pequeños también pudieran verlos. El padre Carlos frunció el ceño, reflexivo, y después desvió la mirada hacia el espejo rectangular que se encontraba en la pared opuesta a la entrada, en el flanco donde la víctima descansaba.

Después de una búsqueda exhaustiva por todos los rincones de la habitación, León se agachó para inspeccionar debajo de la cama e incluso levantar las dos alfombras dispuestas con esmero a los lados de esta. Deseaba encontrar algún rastro o señal que les indicara qué había sucedido esa noche con exactitud.

—Aquí no hay nada —dictaminó el fortachón al tiempo que soltaba una exhalación desganada.

—¿Qué fue lo que dijo Juan Manuel cuando estaba inmerso en ese sueño? —Carlos ignoró el dictamen de su amigo y se centró aún más en el espejo—. ¿Que los entes emergieron de repente cuando las llamas se desataron en el salón? ¿Y que luego se desvanecieron sin más y él despertó?

León se rascó la cabeza, tratando de recordar.

—No, no fue así exactamente. Dijo que cuando se sintió acorralado, abrió los ojos y entonces vio a los espíritus en el cuarto. ¿Qué estás pensando? —le preguntó al percatarse de su excesiva curiosidad por el espejo.

—Bueno, ya sabes que estos cristales laminados pueden ser una puerta de entrada del más allá. A veces reflejan otra realidad que no queremos asumir. En las casas encantadas, muchos los cubren con sábanas para evitar que nada ni nadie pueda salir de ahí. Sin embargo, en este caso, no estoy seguro de que haya sido el medio de entrada.

—¿Crees que existe un punto energético en la misma casa como ya lo hay en el pueblo?

—Podría ser. Ya escuchaste a Oriol. Todos los puntos donde estos visitantes se han presentado ya gozaban de cierta fama por fenómenos paranormales anteriores. Son vórtices por los que los entes se sienten atraídos. Igualmente, la elección de las víctimas es aleatoria, y tal vez no son escogidas por la clase de personas que son, sino por la casa que habitan. Puede ser que se encuentre edificada sobre una maraña energética que facilite la aparición de los espíritus.

—¿Quieres decir que han entrado por la puerta sin más porque la casa los llamaba?

—No, no han entrado por la puerta. Tú me lo has recordado antes. La casa simplemente ha facilitado el transporte de estos espíritus, funcionando como un gigantesco imán. Y ellos lo han aprovechado cruzando.

—Y si no es a través del espejo, de un conjuro o de la estúpida ouija, ¿qué demonios han utilizado?

—¡Los sueños! —concluyó, esbozando una sonrisa victoriosa—. Estábamos equivocados en el planteamiento. Los visitantes no llegan a tu casa, buscan tu dormitorio y te provocan esas malditas pesadillas, sino que viajan hasta la casa a través de ellas. Es la forma que tienen de llegar hasta la víctima. Tú mismo lo dijiste antes: los espíritus se le aparecieron primero en el sueño a Juan Manuel, y fue cuando despertó cuando los vio aquí mismo, en este cuarto. ¡Son los sueños el vehículo conductor para que esos entes viajen hasta las casas! Y son atraídos por esas construcciones donde ya existe un núcleo de energía sobrenatural importante.

A León le costaba asimilar toda la información.

—Sí, pero los demás jamás despertaron —negó con la cabeza—. Si

tú dices que, tras abrir los ojos, los visitantes pudieron saltar al exterior del sueño…

—No, no he dicho eso —lo corrigió el sacerdote—. Ellos no necesitan que el sujeto se despierte para presentarse en su dormitorio, solo que sigan viviendo en su pesadilla para ellos continuar actuando desde fuera, con una víctima diezmada y sin la capacidad de defenderse. Sin embargo, Juan Manuel consiguió despertarse y les hizo frente. Y ya conocemos el motivo.

El cazador arrugó la frente, contrariado. Luego introdujo los pulgares en su cinturón y caminó por la estancia como si fuera un vaquero en busca de las huellas de un lobo hambriento que hubiera masacrado a algunas ovejas de su rebaño.

—Por eso los escudos que pusimos no sirvieron de nada en el Monasterio de Piedra—dedujo, desgarrando las palabras con cierto enojo—. No existe un traidor como te empeñaste en hacernos creer. Y no hay porque la amenaza no viene de fuera, sino de dentro.

—Y todos sufrimos un ataque en la Nochebuena. Recuerda que Iris fue la única que consiguió ver a los visitantes en su pesadilla y luego los identificó en la habitación.

—Ella es vidente, puede olerlos a kilómetros —concluyó el gigantón—. También Edith mencionó algo parecido. No quiso entrar en detalles porque estaba la pequeña Ariadna delante… Pero ¿y qué pasa con Sofía? ¿No se supone que es bruja? También debería haberlos detectado en el sueño.

—No tenemos ni idea de qué clase de sueño tuvo.

León dio vueltas en círculos mientras se estrujaba la mente recordando los acontecimientos de esa noche.

—Los cazadores tenemos instinto, olfato para detectar estas cosas aunque estemos dormidos, ebrios o inconscientes. No importa lo mal que nos encontremos, ya que siempre se nos activa nuestro sexto sentido y por eso nos despertamos antes de que esos espíritus logren pintar un cuadrado sobre nuestras cabezas. ¡Esos malnacidos se nos meten dentro para matarnos!

—Y eso nos lleva a la parte más alarmante del asunto: ninguno estamos a salvo mientras dormimos —dictaminó con voz agria.

—¡Mierda! ¡Rafael ya ha pasado una noche en el nuevo refugio!

18

Perro

Rafael dibujó una mueca amarga en su rostro. Las noticias que llegaban desde Tenerife no eran nada alentadoras. Sí, había respirado aliviado cuando el padre Carlos le había transmitido la buena nueva: no existía ningún cazador traidor. Sin embargo, la desazón que le había amargado las primeras horas de una tarde soleada lo aguijoneaba de tal forma que percibía las afiladas espinas enterrarse en sus piernas, aun sabiendo que eso era imposible. Él ya no podía sentirlas. Maldijo sin importarle que alguien pudiese escucharlo. ¡Los visitantes viajaban a través de los sueños! ¿Cómo podía ser posible? ¿Y por qué no había barajado esa opción antes por muy ínfima que fuera?

Salió al rellano y divisó a Hugo comprobando que todos los escudos defensivos permanecieran intactos. Iris lo acompañaba sujetando el péndulo, esperando a que le indicara si otra energía ajena había contaminado sus salvaguardias. Con una frustración insuperable, Rafael apretó los dientes hasta que la mandíbula le rechistó de dolor. De nada servían las barreras exteriores si el enemigo utilizaba esa pequeña conexión que surge con el más allá justo antes de dormir profundamente. Se aprovechaban de ese estado de seminconsciencia que experimentamos en el sueño para mermarnos. No los vigilaban desde fuera, sino desde dentro. Ahora, el jefe de los cazadores dudaba sobre el siguiente paso a tomar. ¿Debían alejarse de allí de inmediato, ya que existía la probabilidad de que el demonio conociera su ubicación?, ¿o era mejor permanecer en la casa, a la espera de un posible ataque? ¿Huir o luchar?

Le propinó un puñetazo al brazo de la silla de ruedas, impotente ante la situación que se le presentaba. Nunca había sido un cobarde. La respuesta a esa pregunta siempre era pelear hasta la muerte. No obstante, era consciente de que no estaban preparados para ese enfrentamiento todavía. No tenían ni idea de cómo acabar con el demonio. Su amigo Carlos insistía en que, antes de una confrontación con una bestia de ese tipo, era fundamental conocer su nombre de antemano. Y ellos no tenían ni idea de a quién se enfrentaban. Además, Oriol no estaba en condiciones de combatir de nuevo con ese demonio; no hasta que se curase del todo. Él era su mejor baza. Era escurridizo, corría como una gacela y se adelantaba a los movimientos

de sus enemigos sin pestañear. Lo llevaba en la sangre. Era medio demonio.

Divisó una bandada de pájaros huir despavoridos sin ningún motivo aparente. No estaban en una zona de caza, ni siquiera había escuchado disparos. «Tal vez un animal los haya espantado», trató de consolarse a sí mismo. Aunque en el fondo sabía que esa bestia con aspecto humano los acechaba. Se reía de ellos. Y se atrevía a enviarles señales para advertirles de su llegada.

—¿Tan grave es? —El brujo inglés se colocó a su lado e inspeccionó el cielo tan plácido como perturbador.

—¿Cuánto hace que tus manos no entran en combate? —le preguntó sin apartar los ojos de su hijo Hugo, quien todavía comprobaba que ninguna de sus defensas hubiera sido quebrantada durante la noche.

Harry dio un respingo y lanzó la mirada más allá de un horizonte visible.

—Están desentrenadas, nada más. Que haya preferido escoger los libros y la enseñanza antes que la conjuración, no significa que sean unas inútiles. Sabes que fui el mejor de mi clase y el de toda una generación malograda.

—Pues empieza a recordar hechizos, porque vamos a necesitarlos. Y si le enseñas algunos trucos a Sofía, mucho mejor. —Rafael chasqueó la lengua, abatido—. Carlos y León llegarán lo antes posible. Mientras, vamos a tener que practicar el insomnio. Será mejor que nadie se duerma hasta que sepamos cómo derrotar a nuestro contrincante.

Harry despegó los labios para hablar, pero sus palabras fueron frenadas por la culpa.

—¿Qué pasa? —le preguntó el cazador al verlo titubear y secarse tembloroso el sudor de la frente.

—Una de las cosas que adoro de España es la siesta —confesó avergonzado—. Y acabo de levantarme de una pequeñita, un cuarto de hora a lo sumo.

Rafael lo contempló perplejo, sin saber si maldecirlo o echarse a reír. El brujo ocultaba una serie de bostezos tras su puño al tiempo que parpadeaba a una velocidad imparable.

El invierno les regalaba unas noches tempranas, con nubes que ocultaban la luna y apagaban el brillo de las estrellas. Oscuridad. Ese era el paisaje que podían contemplar desde la ventana. Sin alumbrado público ni luces navideñas alegrando el entorno, apenas podían distinguir el tallo de los árboles. No había color. Era un ocaso repleto

de sombras que se movían con elegancia al son de Eolo, creando figuras esperpénticas alrededor de la casa.

Iris arrugó la nariz, disgustada, al verse obligada a reprimir sus ganas de dormir. Ella no era un ser de la noche, como la mayoría de los cazadores. Prefería el día, la luz del sol aunque hubiese tormenta y la claridad a la incierta niebla. Por eso le gustaba entrenar con sus sais acompañada de un alba refulgente, para después ejercitar su videncia a mediodía, cuando los rayos del sol le ofrecían su energía.

Mientras preparaba la mesa para una cena temprana amparada por el calor de la chimenea, analizó el comportamiento extraño de sus amigos. Estaba acostumbrada al malhumor de Hugo y no le resultó inusual su hermetismo desmesurado. Se avecinaban horas oscuras, la temida llegada de un adversario invencible, y como a todos los cazadores, a Hugo no le gustaba contemplar una posible y más que segura derrota. Sin embargo, Iris sospechaba que bajo ese halo de enfado continuo había algo más que perturbaba su paz. Y debía ser algo gordo para que su comportamiento, siempre considerado con su hermano, se hubiera transformado en una actitud distante, casi fría. Tampoco Oriol irradiaba simpatía ni se mostraba servicial con sus peticiones. Aunque comprendía el calvario por el que estaba pasando, la frustración de haber resultado herido en un enfrentamiento, ese veneno de origen desconocido que recorría sus venas y la negativa a convertirse en la bestia que tanto aborrecía, actuaba como si el mundo se hubiese vuelto contra él. Y Oriol no era así. Iris lo apreciaba por su transparencia, por ser comunicativo y tenderte la mano en el momento en el que necesitabas un abrazo.

Y después estaba Sofía, su amiga, conmocionada por su encuentro con el demonio y afectada por sus palabras sugestivas. Vagaba como un fantasma por la casa, más pálida que nunca, acongojada por ser el deseo prohibido de un caído, por poseer la llave de las brujas. Toda esa carga estaba pasándole factura. Su timidez se había transformado en culpa, y su miedo, en silencio. No obstante, Iris tenía la sensación de que los tres estaban apartándola de algo importante. Y eso le molestaba más que si se comportaran como críos, mostrando sus rabietas y pataletas. Para ella, la amistad no tenía precio, no era una simple pose para enumerar tus logros e insistir en lo bien que te iba la vida mientras por dentro estabas muriéndote. Eso no era la amistad, sino la puesta en escena de una farsa. Y esos tres le ocultaban algo; algo que estaba dispuesta a descubrir. Y si no era por las buenas, sería por las malas.

Se sentó frente a Sofía en la mesa y comenzó a cortar el bistec asado que Harry había cocinado con esmero. Si a ella no la invitaban a la fiesta, se colaría sin más. Nunca había usado sus dones sin permiso de la persona en cuestión, ya que no le gustaba invadir su

intimidad sin un consentimiento previo. Sin embargo, ese asunto requería de su intervención urgente. Ese maldito demonio había puesto en jaque a sus tres amigos y tenía que descubrir por qué. ¿Qué más había tras su aparición repentina en el parque del Monasterio de Piedra? ¿Qué había sucedido cuando Sofía y él se quedaron a solas? Estaba convencida de que la clave radicaba en ese encuentro, por eso bebió un sorbo de agua, se acomodó mejor en la silla y dirigió sus pupilas chispeantes hacia los ojos opacos de Sofía.

Era consciente de que no se encontraba en un estado de relajación que propiciara la aparición de las imágenes en su cabeza. A ella le gustaba prepararse primero, como su madre le había enseñado, utilizando el elemento más adecuado para su don: el fuego. Solía sentarse a contemplar la llama pacífica de una vela durante varios minutos. Se concentraba en su movimiento, a veces oscilante, otras, de arriba abajo, hasta que, por fin, un olor, un murmullo o un color la avisaban de su conexión con la flama. Allí en la mesa, ignoraba una conversación poco trascendente y se concentraba en el agua, elemento preferido de su madre. Bebía a sorbos, colocando el vaso en la altura justa para observar a Sofía detrás de ella. Tan solo necesitó unos segundos para que el líquido iniciase un baile sutil dentro del cristal. Se relajó entonces y advirtió los dos aros celestes que se ocultaban tras el particular color añil de sus ojos. Los vio girar, como las ruedas de fuegos artificiales con las que disfrutaba en las fiestas del pueblo de su madre cuando era una niña. Iluminaban la noche del santo soltando chispas, ardiendo hasta consumirse y quedar reducida a unas cuantas tablas de madera quemada. Iris respiró. Entrar en la mente de la bruja estaba siendo complicado, ya que Sofía había levantado enormes murallas a su alrededor. Insorteables. Ese no era el mejor camino a tomar. Quizá no debería escudriñar en su memoria, sino empaparse de su energía, envolverse en ella y aguardar a que se estableciese una conexión no tan definida pero igual de fuerte.

Bajó la barbilla y descansó un instante. Después rio al escuchar que todos lo hacían sin tener idea del porqué. Y de nuevo, decidida, dirigió la mirada hacia la bruja. Sin buscar nada específico, sin tratar de indagar en el asunto que le preocupaba. Simplemente, se dejó llevar. Abrió su canal sin poner cortafuegos, esta vez convencida de que cualquier pensamiento, sensación o palabra pudiera llegar hasta ella. Sofía poseía una energía salvaje y arrolladora. Y a pesar de los continuos embistes que recibía de su descomunal flujo, no desistió. Aguantó presionando los dientes, cerrando el puño hasta enterrar el mango del cuchillo con el que partía la carne, en su piel. Estaba muy cerca, lo presentía. Y entonces vislumbró una tormenta de nieve algo extraña. Los copos de nieve no caían al suelo, sino que ascendían hacia el cielo. Entre el blanco que cubría todo el paraje distinguió a

dos personas: una era su amiga; la otra tenía que ser el demonio.

Sofía tenía razón. Poseía una belleza sobrenatural, ya que era imposible apartar la mirada de su rostro esculpido con delirio. Su boca carnosa sonreía, convirtiéndose en una trampa para los incautos, y sus ojos, en apariencia inocentes y compasivos, escondían una perversión absoluta. Iris quiso ahondar más en su interior, conocer sus secretos, su nombre. Sin embargo, su silueta comenzó a desvanecerse hasta convertirse en niebla, en un humo gris que pronto se fundió con el paisaje. Iris se maldijo por su imprudencia. No debió haber enfocado con tanto descaro sus facciones.

De pronto, otra imagen surgió ante ella. Distinguió a cuatro individuos vestidos con una túnica y ocultos tras una capucha. «¡Los ofitas!», se alegró al reconocerlos. Estaban arrodillados frente a un altar repleto de panes y una enorme copa de vino. Los cuatro se alzaron y se hicieron a un lado. Entonces llegaron otros cuatro, y luego, cuatro más. Iris alzó la cabeza y descubrió el interior de una iglesia gris atestada de fanáticos orando. ¡Eran una multitud!

«Esto no es un recuerdo de Sofía. Ella nunca presenció nada parecido. He debido conectar con algo más grande cuando intenté desenmascarar al caído», dedujo, percibiendo cómo el vello de su cuerpo se erizaba por completo. Quiso abrir los ojos y volver a la mesa con sus amigos, pero su curiosidad era enorme. ¿Dónde estaba toda esa gente? ¿Para qué se habían reunido? La respuesta a la segunda cuestión no se hizo esperar. De una de las puertas laterales entraron dos ofitas arrastrando a un individuo con un saco en la cabeza. Lo empujaron y lo doblegaron hasta inclinarlo sobre el altar. Los rezos silenciosos del resto se transformaron en gritos de júbilo clamando su sangre. Y entonces irrumpió en escena un hombre que con tan solo alzar los brazos los hizo callar. Llevaba una máscara neutra que ocultaba su identidad y una túnica negra tan larga que arrastraba los bajos por el pavimento. ¡Él era el líder indiscutible de la secta! ¡Él! Y no a quien habían detenido en Venecia.

El hombre se acercó al altar y liberó al prisionero del saco, para después verter sobre su cara el vino que todos habían reverenciado. Lanzó los panes a sus seguidores y a continuación rozó con la palma de su mano la frente del preso. Este cerró los ojos de inmediato, quedando atrapado en un sueño hipnótico. Iris tragó saliva, atemorizada. No podía identificar al responsable de aquella farsa, no obstante, percibía su energía codiciosa, deseosa de más poder, ansiosa por concluir su misión. Y tembló, alarmada. No estaba ante un ser humano desquiciado ni ante un demonio perverso. Ese hombre, ese que ahora tatuaba un cuadrado en la frente del joven prisionero, era un vidente. Cuando la sangre brotó del cazador empapando el mantel blanco del altar, la turba aplaudió enaltecida mientras coreaban con

entusiasmo el nombre de su jefe: ¡Janus! ¡Janus!

Iris sintió un ligero mareo. Si ella había reconocido su energía entre la muchedumbre, él podría hacer lo mismo. Tenía que regresar de inmediato. Ignoraba cuánto tiempo se habría ausentado de la mesa. Quiso despegar los párpados, pero algo se lo impedía. Forcejeó consigo misma, obligando a su cuerpo a que acatara sus órdenes. «Abre los ojos, ¡ábrelos!», insistía. Tenía que desconectarse de ese flujo energético para así poder volver en sí misma. Lo intentó durante varios minutos, ignorando lo que acontecía a su alrededor. Ya había visto suficiente. «Venga, Iris, tú puedes», se repetía.

De pronto, sintió un golpe sobre su canilla y abrió los ojos como respuesta al dolor. Se llevó las manos a la pierna, dejando caer el tenedor sobre el plato. Detectó la mirada inquisidora de Sofía y entonces lo comprendió. Su amiga le había propinado una patada y, sin saberlo, la había ayudado a regresar. Iris se excusó ante todos y se dirigió al baño. Sofía fue tras ella y la abordó en el pasillo.

—¿Qué estabas haciendo? Te he sentido dentro de mi cabeza. ¿No me escuchaste cuando te dije que pararas?

La vidente abrió los ojos de par en par, perpleja, pues no la había sentido.

—Estoy harta de que me apartéis de la historia. Todavía no sé muy bien qué es lo que está ocurriendo, pero si tú tampoco quieres contármelo, voy a averiguarlo.

—Eso no es justo —le respondió la bruja ofendida—. Yo he respetado tu intimidad incluso cuando me respondes con bromas evasivas afirmando que todo lo de tu padre es agua pasada. Jamás he utilizado mi don para descubrir tus secretos porque entiendo que me los contarás cuando estés preparada. Así que, si quieres preguntarme algo, te contestaré, y si no puedo hacerlo, te pediré tiempo. Y, ahora, dime, ¿qué es lo que quieres saber?

Iris agachó la cabeza y guardó silencio. Se había extralimitado con sus poderes. Era un recurso que rara vez usaba en su beneficio, y se avergonzó de su conducta. Sofía se dio media vuelta y se encaminó de nuevo al salón.

—Sofía. —La vidente aguardó a que se girara de nuevo—. No estuve todo el rato en tu mente. Apenas fueron segundos, y después aterricé en otra parte.

—Lo sé. Babeabas sobre el plato y tenías la mirada perdida, por eso te di una patada. Tenías que volver en ti antes de que los demás se dieran cuenta.

Iris se acercó a ella e impidió que avanzara hasta el salón.

—He descubierto algunas cosas. Todavía no sé cómo lo he hecho, cómo llegué hasta ellos..., hasta los ofitas. Pero son muchos más de los que pensábamos y creo que están por todas partes del mundo. Ese tal

Janus es el jefe del cotarro, y además es vidente. ¡Es uno de los nuestros! Es más poderoso de lo que pensamos. Y… ya tienen al cazador que posee la llave. Creo que estaban extrayéndosela en ese momento.

Sofía dio un respingo, alarmada.

—¡Madre mía, Iris! Has corrido un riesgo innecesario. ¿Cómo has conseguido toda esa información? ¿Cómo conectaste con ese vidente tú sola y… a través de mí?

—Creo que él quería que lo viera. Tu demonio. Él me llevó hasta Janus.

De pronto, escucharon un golpe seco proveniente del salón. Ambas abandonaron el pasillo y corrieron hacia el lugar del estruendo casi sin aliento. Al entrar, advirtieron que tanto Oriol como Hugo se encontraban inspeccionando las ventanas y escudriñando el exterior. Rafael permanecía atento a sus movimientos, sin apartar la vista de las cortinas descorridas. En cambio, Harry, permanecía sentado y se servía otra cucharada de puré de patatas.

—Habrá sido el viento —dedujo el inglés, sin ganas de levantarse —. Todavía es muy temprano y nadie se ha dejado dormir. Si esos entes viajan a través de los sueños, es imposible que estén aquí ya. —El cazador lo fulminó con la mirada—. Claro que… si lo han hecho aprovechándose de mi siesta, llevarán aquí horas observándonos, acechándonos… —El brujo palideció. Luego, arrastró la silla hasta casi dejarla caer hacia atrás y abandonó la mesa con una mueca de disgusto.

—Comprueba la puerta de la entrada y que los cerrojos siguen puestos. No sabemos si nos enfrentamos a seres incorpóreos o a algún ente físico —le indicó Rafael al tiempo que se centraba en la chimenea. Las llamas continuaban ofreciendo calidez en el interior. No parecían haber menguado por la presencia de algún espíritu, como habría cabido esperar.

—No parece que haya nada fuera —se atrevió a especular Hugo—. Pero, si quieres, puedo salir a echar un vistazo.

Rafael arqueó las cejas y dirigió su mirada hacia Oriol, quien negaba con la cabeza, confirmando lo manifestado por su hermano. No había nadie en el exterior. Ni tampoco dentro, si no, ya habrían percibido otras señales.

—Bien, continuemos con el postre. Iris nos ha preparado una *mousse* de chocolate, receta de su abuela. —El cazador trató de quitarle hierro al asunto a pesar de que todavía percibía un aguijón frío clavado en su nuca. Muchos lo llamaban corazonada; otros, intuición. Para él siempre fue su sexto sentido, el que lo advertía de un peligro inminente.

Apenas había degustado la suave crema de chocolate cuando otro

crujido, esta vez sobre sus cabezas, lo sobresaltó.

—Ha sido en el tejado —aseguró Oriol.

—¿Qué demonios está pasando? —Hugo se apresuró a terminar su *mousse* y deslizó su mirada hacia el techo—. Sea lo que sea, está cabreándome.

De pronto, las luces de la casa comenzaron a parpadear enloquecidas como si quisieran hablar. Sofía se abrazó a Iris mientras los cazadores se armaban.

—Percibo una energía muy fuerte —les dijo la vidente.

—Muchas gracias, Iris. Yo también —ironizó Hugo.

—La verdad es que llevo sintiéndola desde que colocamos las barreras defensivas alrededor de la casa, pero no con tanta intensidad.

—¿Quieres decir que llegó justo después de que nos instaláramos aquí? —Harry se rascó la cabeza, buscando una explicación que diera respuestas al sinfín de preguntas que se le agolpaban en la mente.

—¿Y nos lo dices ahora? —lo recriminó Oriol.

—No le di importancia. Es la misma que sentí en el Monasterio de Piedra. Todo el lugar estaba impregnado con esa huella energética. Pensé que se debería a su condición de lugar mágico, ¡qué sé yo! Eso dedujo mi madre y no la cuestioné. Ahora no sé qué decir. Bueno, tengo alguna información que resultaría interesante, pero no sé si es el momento para compartirla con todos. Pensaba hacerlo después de la cena, cuando nos sentáramos alrededor de la chimenea a contar historias de fantasmas.

De repente, la lámpara de pie que estaba junto al sillón explotó. Lo hizo como si se tratase de un globo que había sido inflado de más; un «bum» limpio, si no fuera por los cristales que terminaron desparramados en el suelo. Sofía gritó y apretó aún más la mano de Iris. Estaba asustada. Temblaba, imaginando que ya hubiese llegado su hora y el demonio viniera a buscarla tal y como le había prometido. Por eso suspiró aliviada cuando la luz volvió a restablecerse. Ya no crepitaba, ya no los sumergía en microsegundos de oscuridad donde temía perderse.

—Están jugando con nosotros. —Oriol volvió a descorrer una de las cortinas para examinar el exterior—. Sigo sin ver nada fuera.

—Deberíamos salir. —Hugo miró a su padre pidiéndole permiso.

Rafael presionó los labios. Cuando fue a asentir, repararon en el sonido de unos pasos sobre el tejado. Enmudecieron. Sus miradas seguían los supuestos andares del ente, primero en el techo del salón y después en la cocina. De vez en cuando, saltaba, para clavar después sus garras en la frágil madera. Fuera lo que fuese, estaba recorriendo cada milímetro de la casa buscando una entrada segura.

—¿Nuestros expertos qué opinan? —dijo Oriol con cierto retintín, dirigiéndose a los dos brujos y a la vidente—. ¿A cuántos nos

enfrentamos? ¿Espíritu, demonio, sombra o monstruo? ¿Qué hay ahí arriba?

Sofía tragó saliva. Estaba bloqueada y no conseguía acceder a ningún hechizo de visualización del libro que Harry le había prestado y con el que había estado practicando en casa. Eran de los conjuros más fáciles de recitar, y sin embargo no lograba recordar sus versos ni su proceder. ¿Cómo era posible que pudiera detener el tiempo y era incapaz de realizar un simple hechizo? Por fortuna, el brujo inglés también estaba allí. Extendió la palma de la mano y, pasando la otra sobre la primera, dibujó en el aire un boceto perfecto en tres dimensiones de la casa en la que se encontraban. Había creado un holograma en el que se distinguían incluso los colores con los que había sido pintada. Perpleja, Sofía reparó en las motitas de polvo dorado que rodeaban la construcción, para después posar su mirada en la silueta del tejado. Era algo muy oscuro. Parecía un animal, ya que se apoyaba sobre sus cuatro patas, aunque su tamaño era descomunal.

—¿Cómo has hecho eso? ¿Desde cuándo tienes esas habilidades? —Rafael no disimuló su asombro.

—Aunque mis dones son más bien telequinéticos, guardo alguna que otra sorpresa en la chistera. Esta es una de ellas —dijo el brujo con orgullo—. Es uno de los hechizos de visualización más complicados que existen.

—¡Guau! —exclamó Iris, todavía con la boca abierta.

—Como podéis observar, se trata de un solo intruso —explicó Harry, alardeando de su capacidad—. Y, por desgracia, creo que se trata de un *hellhound*, un sabueso del infierno.

—¡Mierda! —se lamentó Hugo—. ¿Alguna criatura más quiere unirse a la fiesta?

—¿Qué es un sabueso del infierno? —preguntó Sofía con timidez.

En ese preciso instante, escucharon el sonido de unos cuantos tablones resquebrajarse en el techo. Algunos de los que conformaban el revestimiento de los bordes cedieron y terminaron estrellándose contra el suelo. Hugo se aproximó con sigilo a la ventana más próxima al impacto, aferrado a su Wínchester. Oriol lo cubrió desde su posición alzando su escopeta. Entretanto, Rafael se dirigió a la puerta de la entrada y se colocó a escasos dos metros de esta. Harry se situó también en el pasillo mientras hacía crujir los dedos. Estaba calentando sus manos, preparándolas para un ataque.

—Está marcando su territorio —dijo Rafael entre dientes.

—¿Has visto alguna vez a uno? —le preguntó el inglés, no muy seguro de cómo se mataba a uno de esos seres.

—Son invisibles al ojo humano. Dicen que, si una persona logra verlos, es que la Muerte pronto le hará una visita.

—Eso lo sé. Pero vosotros sois cazadores, no simples humanos.

La puerta comenzó a vibrar, al igual que todas las ventanas de la casa.

—Quiere entrar. —Rafael entrecerró los ojos y apuntó al pomo de la puerta. Aguardaba a que el animal le enseñara el hocico.

Iris, al constatar cómo la casa parecía temblar de miedo, llevó a Sofía detrás del sillón y la obligó a esconderse. La bestia aulló, y ese chillido metálico heló la sangre de la bruja.

—¿Qué clase de animal es ese?

—Es un perro del infierno. Según dicen, son los custodios de las puertas del inframundo. Son enormes, feos y muy peligrosos. Nunca he visto a uno. Si buscas por ahí información sobre ellos, te dirán que suelen acompañar a jinetes muertos, a guardabosques o a esqueletos como sus fieles guardianes. ¡Y una mierda! Esos bichos solo siguen las órdenes de quien tú ya sabes. ¡Los demonios de rango! Son recolectores de almas. Se aseguran de arrastrar al infierno a aquellos que hayan hecho algún trato con un demonio. Se adelantan a las parcas para que estas no se entrometan en sus asuntos. Ya sabes: si sellas un pacto, estás vendido. Ni Dios puede salvarte —afirmó con una risita nerviosa—. Si ese perro está aquí por ti, es que tu amigo anda muy cerca.

—No digas que es mi amigo. Me pone enferma —se quejó Sofía entre susurros—. ¡Y yo no he hecho ningún trato con él! No puede reclamar mi alma. ¡Soy una maldita llave! Por eso me quiere... ¡Por Dios! Dime que existe una manera de acabar con esos bichos.

—Esa es mi parte favorita. Dicen que son imposibles de matar. Pero para que te quedes más tranquila, la sal suele mantenerlos a raya.

De repente, escucharon el estallido de una de las ventanas traseras. El sabueso había roto uno de los cristales.

—Odio que juegue con nosotros así —oyeron decir a Oriol mientras se dirigía a la parte de atrás.

Hugo lo interceptó y lo miró a los ojos con decisión.

—Tenemos que salir. Es la única manera de distraerlo e impedir que entre en la casa. Ya sabes a por quién viene.

Su hermano asintió. Esta vez, sin pedirle permiso a Rafael, cogieron sus chaquetas y se precipitaron hacia la salida. Su padre intentó detenerlos, sin mucho éxito. Al final comprendió que ese perro no se marcharía sin llevarse a su presa y que la única manera de detenerlo era acabar con él. Se llevó las manos a la cabeza y regresó al salón para supervisar desde las ventanas lo que sucedía en el exterior.

—Está detrás de la casa —apuntó Hugo—. Ve tú por la derecha y yo por la izquierda. Lo rodearemos y así le daremos caza.

Oriol chasqueó la lengua y echó a correr. Sujetaba el arma entre

sus manos, decidido. Sin embargo, sentía que sus piernas quedaban rezagadas y que tenía que esforzarse el doble para que siguieran el ritmo que él mismo se había impuesto en la carrera. No estaba al cien por cien, lo percibía. Y por primera vez se cuestionó si estaría a la altura de la confrontación. Escuchaba a su hermano gritar y blasfemar mientras corría. Quizá también él dudaba de si tendrían alguna posibilidad con ese perro del infierno y por eso trataba de darse ánimos, o puede que quisiera espantarlo con esas voces antes de alcanzar el punto donde debía hallarse el animal. Conociendo a Hugo, todo podía ser posible. Oriol contuvo la respiración. Rodeó la última esquina de la casa. Apenas quedaban ya unos metros. Alzó la escopeta y se preparó para disparar. Nada. No veía nada. Ese bicho no debía andar muy lejos. Pero ¿dónde demonios estaba? Entonces distinguió la figura de Hugo aproximarse como una locomotora descontrolada.

—¡Joder! ¡La madre que me...! ¡¿Dónde coño se ha metido?! —Hugo frenó al ver a su hermano llegar—. ¿Has visto algo?

Oriol le señaló unas marcas en el terreno. Eran huellas de gran tamaño, bien proporcionadas, y en los bordes había restos incandescentes, como las brasas pidiendo más carne en una barbacoa. Todavía humeaban, así que ese ser no debía andar muy lejos.

—¿Qué leches es eso? —Hugo se agachó para corroborar que las pisadas del animal ardían.

—Es un perro del infierno. Y ese es el rastro que dejan. Será mejor que volvamos dentro. —Oriol dirigió la mirada hacia el tejado y reparó en que había algunas zonas chamuscadas.

—Pero no ha podido esfumarse así porque sí —maldijo Hugo.

—Lo sé. Tiene que estar observándonos, vigilándonos. Y ahora mismo, aquí parados, somos una presa fácil.

Entraron cabizbajos, sin apenas levantar la mirada del suelo. Ese bicho continuaba ahí fuera, y solo era cuestión de tiempo que volviera a la casa.

—Bien hecho, muchachos —los felicitó su padre.

—Por si no te has dado cuenta, no hemos cazado al chucho —puntualizó Hugo.

—Pero lo habéis ahuyentado. Así nos armaremos mejor y prepararemos lo indispensable para defendernos de un sabueso del infierno —afirmó el cazador, mostrando una sonrisa paternal—. Ese demonio nos enviará a todos sus soldados: animales, monstruos, espíritus malignos... Y no parará hasta conseguir lo que se ha propuesto. —Oriol cruzó la mirada con Sofía. Fue tan solo un segundo, en el que se dijeron lo que las palabras no podían expresar en ese momento—. Somos cazadores y haremos lo que mejor se nos da: pelear. Si ese perro no ha entrado aquí todavía, no es porque pretendía asustarnos antes de su asalto. Es porque no puede —aseguró

Rafael al tiempo a que alentaba al brujo a continuar con su explicación.

—Los *hellhounds* son conocidos por su agresividad y por ser implacables cuando se les presenta una misión. Ellos no juegan con sus víctimas, sino que van directos a su yugular. He estado pensándolo, y si ese perro no ha entrado, es porque el conjuro que recitamos Sofía y yo esta misma mañana se lo impide.

—¡Las motitas de polvo dorado! —exclamó la bruja al reconocerlas en el holograma que había brotado de la mano del brujo.

—¡Exacto! No estaba seguro de que ese hechizo rescatado de los libros del Medievo funcionase. Lo usaban las curanderas de la época para ahuyentar a las energías negativas de la casa cuando uno de los miembros de la familia caía enfermo. Quemaban palo santo, asegurándose de que el humo recorriera todas las paredes mientras recitaban algunas frases. Pretendían así alejar las malas energías provocadas por la envidia, los celos, el mal de ojo o incluso la brujería, y que el paciente pudiese iniciar su recuperación sin trabas. —El inglés hizo una pausa y se enorgulleció de su hallazgo—. Nunca pensé que podría encontrar algo útil en ese libro de supercherías y brujería barata. Sin embargo, así ha sido. Y esta mañana, mientras Hugo e Iris revisaban las barreras exteriores, Sofía y yo nos pusimos manos a la obra. Hemos creado una barrera que protege toda la casa. ¡Aquí dentro estamos a salvo!

Iris suspiró aliviada y le propinó unas palmaditas en el hombro a Sofía.

—Siempre es bueno contar con algún brujo en el equipo. —La vidente sonrió—. Ese perro no podrá mordernos. Un bocado de ese animal es como recibir el impacto de un cañón.

Más relajado, Rafael se permitió una carcajada que fue acompañada por las risas de alivio del resto. El brujo se acercó a Sofía y la felicitó, primero por su intervención en la elaboración y ejecución del hechizo y luego por su discreción. Harry no había querido hacer partícipe al resto del grupo por temor a levantar falsas esperanzas y que los ánimos decayeran de nuevo si su plan no resultaba eficaz. De hecho, ni él mismo se percató de su éxito hasta distinguir en su conjuro de visualización esa estela dorada que rodeaba la casa. Y aun así decidió actuar con cautela y corroborar que la barrera que había levantado era también eficaz contra los sabuesos del infierno.

—Siento ser el aguafiestas de turno —interrumpió Hugo la alegría del grupo—, pero eso significa que estamos todos encerrados aquí, y que si salimos, ese chucho se lanzará sobre nosotros sin pestañear. Estamos atrapados.

—Estoy de acuerdo con Hugo: si no puede entrar, nos obligará salir —dijo Oriol, negando con la cabeza—. Ya lo hicimos antes

cuando rompió la ventana, probablemente estrellándose contra ella.

—Entonces está malherido —dedujo Sofía esperanzada.

—No lo creo. Tiene un cuerpo enorme y una fuerza desmesurada. Como mucho, se habrá hecho un par de rasguños —le aseguró el joven —. Por lo pronto, será mejor que permanezcamos todos unidos, aquí en el salón, y nos preparemos para una noche larga.

Mientras los cazadores volvían a asegurar las ventanas, esta vez tapiándolas con tablas de madera, Iris y Sofía trasladaban mantas y almohadas de los dormitorios a los pies de la chimenea. Si tenían que pasar la noche en el salón, al menos que fuera junto al calor de un fuego agradable. Pretendían resistir despiertos para no facilitar el trabajo del demonio y que les enviara también a los «espíritus del sueño», como los había bautizado la vidente. Ya tenían suficiente con focalizar todas sus energías en derrotar a un perro del infierno como para preocuparse también de esos entes oscuros.

Las primeras dos horas transcurrieron con rapidez contando anécdotas y narrando aventuras que a Sofía se le antojaron tan peligrosas como inverosímiles. Mantuvo la boca abierta mientras escuchaba las peripecias de Harry en su juventud, cuando apenas era un brujo en pañales, y las hazañas de Rafael persiguiendo lo que parecía un hombre lobo por los montes de Galicia y Asturias. Todos los allí presentes, excepto ella, tenían un pasado marcado por sucesos paranormales y alguna que otra experiencia cercana a la muerte. Incluso Iris, la más joven del equipo, contaba ya con un historial digno de admiración por los de su gremio. La vidente cazadora, la llamaban los más cercanos a la muchacha.

Sofía pensó que, después de todo, su irrupción en el mundo sobrenatural había sido por la puerta grande. Su enfrentamiento con la Sombra había sido épico, y muchos hablaban ya de la bruja de hielo, de poderes inigualables y un coraje arrollador, aunque su valentía se había desinflado por sus continuos errores. No conseguía acceder a sus poderes cuando lo necesitaba; estos brotaban en los momentos más inusitados y desatando una furia que traía consecuencias. Todavía no había solucionado su problema con Hugo; un daño colateral que no había previsto. Y ahora, encima, sentía que poco a poco el cazador iba perdiéndose.

Cuando la pesada noche cayó sobre los hombros del grupo y los primeros signos de somnolencia se presentaron, Rafael trató de intensificar el ritmo de sus relatos. Harry se esforzaba en hacer trucos de magia con sus manos. Creaba esferas de colores que luego hacía volar por toda la habitación. Sofía las seguía con mucha curiosidad, hasta ver cómo algunas de ellas implosionaban y les regalaban una lluvia de destellos en medio del salón. La bruja quería imitar el conjuro de Harry, sin embargo, sus bolas se derretían en sus palmas

como helados en un caluroso verano nada más nacer. Oriol la observaba divertido, más relajado. Fuera solo existía la negrura de un bosque salvaje; en calma, sí, pero mostrando una estampa tenebrosa. Sus árboles respiraban en silencio, quizá demasiado, y eso le permitió un instante de evasión. Estaba exhausto. Su cuerpo le pedía a gritos un descanso que no podía permitirse. Cerrar los ojos implicaba darles a los visitantes una puerta de entrada. «Tengo que mantenerme despierto. Bastante tenemos ya con ese perro del infierno», se repetía a sí mismo.

De pronto, algo le llamó la atención en los confines de la casa; en concreto, cerca de los matorrales que los separaba de la primera línea de los árboles. Entrecerró los ojos hasta que sus pupilas se tornaron doradas. Podría tratarse de una liebre o de algún borracho de las cabañas turísticas que se encontraban a los pies de la ladera. «Demasiado grande para ser un conejo», se lamentó. A pesar de que le resultaba inverosímil, deseó con todas sus fuerzas que se tratase de un hombre que hubiese errado el camino de vuelta. Chasqueó la lengua y se mantuvo alerta. Lo había visto moverse con suma presteza. Y a no ser que hubiese tropezado y caído de bruces, debía estar ahí, ocultándose tras los arbustos de mayor tamaño y confundiéndose en la oscuridad de la noche. Los segundos en los que su mirada volaba de un árbol a otro se le antojaron minutos eternos. Saltaba de rama en rama, de izquierda a derecha, y no lograba individuar al sospechoso.

De improviso, distinguió una intensa llamarada brotar de la tierra húmeda y propagarse por los alrededores con rapidez. Perplejo, Hugo se situó junto a él y apartó aún más la cortina. El fuego avanzaba colérico, consumiendo la vida de la propia naturaleza, sin frenos, sin remordimientos. No obstante, en vez de dirigirse hacia los árboles, extrañamente dibujó un zigzag y emprendió su marcha hacia la casa. Las llamas dibujaban un círculo alrededor de ella, cercándola, haciéndola empequeñecer ante tal fenómeno.

—Nos rodea —masculló Hugo enfurecido.

—Ya te dije que quería hacernos salir —puntualizó Oriol—. Está usando nuestras propias barreras defensivas, las que levantasteis Iris y tú.

—Les ha prendido fuego.

Las dos chicas se acercaron a la ventana, conmovidas por el incendio que se había desatado de buenas a primeras.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Iris con un nudo en la garganta.

—¡Pelear! —escuchó la voz de Rafael detrás de ella mientras cargaba la escopeta—. Ese demonio no va a conseguir que nos arrodillemos.

Sofía ahogó un grito de espanto al distinguir detrás de las llamas

dos pares de ojos, unos amarillos y los otros, rojos, pertenecientes al can del infierno. Ambos permanecían encendidos sin pestañear. Estaban retándolos a abandonar la casa, a salir y luchar.

—Ahí está el chucho con su dueño —dijo Hugo, mostrando su repulsión—. ¿Resistimos aquí dentro, o nos encaramos con ellos?

Rafael presionó los labios con fuerza. No le gustaba ninguna de las dos opciones. Buscó amparo en el rostro del brujo, quien fruncía el ceño mientras valoraba las alternativas. Masculló entre dientes. Entonces, sin mediar palabra, Harry abrió la puerta, salió al rellano, extendió los brazos en cruz y percibió en las palmas de sus manos el intenso bochorno que manaba de las llamas. No obstante, sus dedos no temblaron; es más, de ellos brotó una potente corriente que neutralizó de inmediato el calor que estaban padeciendo. A continuación, y mientras sendas gotas de sudor recorrían su frente, apretó la mandíbula y se concentró en el incendio en sí. Este comenzó a menguar. El chorro de aire frío que recibía el fuego no solo lo hacía retroceder, sino que también lo condenaba a una extinción segura. Por más que las llamas luchaban para no morir, tratando de alzarse de nuevo contra el brujo, este no abandonaba su empeño. Los presentes asistían a un duelo. Un duelo de poder. Un combate de magia entre el fuego y el aire artificial provocado por el brujo.

Rafael, a pocos metros del inglés, apuntaba con su escopeta al demonio y su perro guardián. Cubría al brujo de cualquier intervención enemiga. No quería más sorpresas. Ahora no, cuando estaban a punto de ganar otra pelea.

—¡Joder, Harry! ¡Deberías estar en primera línea y no escondido en una biblioteca! —exclamó Hugo, todavía perplejo por lo que estaba presenciando.

—Está resistiéndose mucho —se lamentó el brujo al ver que las llamas intentaban de nuevo recobrar su verticalidad.

Sin dudarlo, Sofía se situó delante de él y alzó los brazos, queriendo invocar a la nieve como había hecho en el parque. Nerviosa, le suplicó al cielo que la rociara con sus delicados copos. Sin embargo, nadie escuchó sus plegarias. Quiso entonces detener el tiempo. Ya lo había hecho varias veces, pero tampoco eso funcionó. Frustrada, intercambió una mirada angustiosa con Oriol. Este la animó a continuar. Debía haber algo que ella pudiera hacer. Sofía era poderosa. No obstante, el mayor enemigo de la bruja era ella misma: su miedo, su inseguridad, su falta de confianza. Tenía que creer en ella misma si quería vencer al demonio.

—¡Oh, no! ¡Viene hacia aquí! —gritó Iris.

—¡Todos adentro! —ordenó Rafael mientras descargaba su munición sobre el can.

El perro corría hacia ellos. Había postergado su ataque hasta el

preciso instante en el que, concentrados en el fuego, bajasen la guardia. Ahora, ninguno se encontraba bajo la protección de la casa. Y ella estaba fuera como los demás. El can avanzó concentrándose en su rostro pálido, en sus labios carentes de color por los nervios, en sus cabellos claros oscurecidos por la noche y en sus ojos, que reflejaban el pavor del momento. Ella era su presa. Ella era su misión. Y aunque le había prohibido despedazarla, sí que podía darle un buen bocado.

—¡Sofía, déjalo y vuelve dentro! —le gritó Oriol.

Sin embargo, ella no se movía. Continuaba allí, quieta, con los ojos clavados en el sabueso del infierno, aguardando a que su magia la salvara de nuevo. Rebuscaba en su memoria perdida cualquier símbolo, frase o conjuro que pudiera ayudarla.

Oriol llegó hasta ella y la cogió de la mano, obligándola por un segundo a desviar su atención hacia él.

—Tenías toda la razón —le susurró el cazador—. No puedo protegerte enfermo. Tengo que hacerlo. Por ti. Por los demás... Por mí. —Sujetó su rostro entre sus manos y la besó. Un beso dulce con sabor a despedida—. Perdóname por lo que voy a hacer.

Oriol la soltó y corrió al encuentro del perro. Mientras lo hacía, sus manos iban transformándose poco a poco en garras, sus piernas aumentaban de tamaño y su vello crecía hasta hacer desaparecer su piel. Su bestia regresaba. Y el cazador esperaba tener una oportunidad con ella; aunque estuviera malherida, aunque el veneno circulara todavía por su sangre.

—¡No, noooo! —le imploró Sofía—. ¡Así, no! ¡Tienes que recuperarte primero! ¡Oriol, nooo! —Cayó de rodillas al escuchar el estruendo del encontronazo. Los gruñidos. Los zarpazos. Gritó hasta sentir cómo se removían sus entrañas, con rabia, con dolor—. ¡Maldita sea! ¡Noooo!

De pronto, un rayo surgió de las nubes secas, veloz e imparable, apenas imperceptible. Viajó atravesando el aire y fijando una diana precisa: el sabueso del infierno. Impactó contra él sin dejarle tiempo para reaccionar, sin dejarlo emitir su último aliento. El perro cayó fulminado, abrasado, con la lengua tiesa. Sofía se levantó de inmediato y comprobó sus manos. Luego miró hacia el cielo en busca de la tormenta. Nada. Silencio. Hasta las llamas del incendio se habían sofocado. Oriol la miró y ella le sonrió. No obstante, su bestia no volvió a la casa, sino que fijó su nuevo objetivo: el demonio que con soberbia había contemplado toda la escena. Este lo vio llegar, y antes de que iniciara su enorme salto hacia él, extendiendo sus miembros en el aire, se internó en la espesura. Su bestia no iba a dejarlo escapar, así que lo siguió.

—¡Oriol, vuelve! ¡¿Qué haces?! ¡Déjalo! ¡Es muy fuerte! —exclamaba Sofía mientras iniciaba una carrera tras él.

—¡Mierda! ¡Joder! —maldijo Hugo a la vez que bajaba el arma—. ¡Sofía, no los sigas, es un suicidio!

Al ver que la joven hacía caso omiso de sus palabras, Hugo sintió cómo se desgarraba por dentro, como si la flecha de una temida ballesta le atravesara el corazón y lo hiciera pedazos. Tragó saliva y, sin soltar su Wínchester, corrió con la esperanza de alcanzarla antes de que fuera demasiado tarde. No soportaría volver a perderla en el bosque, no quería ni imaginar lo que ese demonio sería capaz de hacerle si caía en sus brazos. No podía permitir que le tocase un pelo. Su hermano tenía opciones. Transformado en su bestia podría encajar los golpes mejor, incluso asestarle uno bueno al enemigo. En cambio, Sofía, a pesar de ser descendiente de las brujas ancestrales, confundía unos hechizos con otros y sus sentimientos le jugaban malas pasadas, lo que la convertía en una presa fácil de someter. Corrió, impulsado por el viento, sin pensar en nada más que en ella, sin valorar las consecuencias de su arrebato y sin importarle poner su propia vida en peligro.

Iris, quien ya había entrado en la casa en cuanto Rafael lo había ordenado, volvió a salir, casi al mismo tiempo que Harry. Se rasgó las cuerdas vocales gritándoles a sus amigos para que entraran en razón, para que dieran media vuelta, pero nadie escuchó sus súplicas. Entonces, henchida de valor, inició su carrera tras ellos. Mientras lo hacía, los maldecía a todos por su poca sensatez. ¿Qué les sucedía? ¿Acaso habían perdido la cordura? Cuando llegó hasta el cuerpo carbonizado del perro del infierno, se detuvo en seco. Ya no lograba ver a Oriol, ni siquiera a Sofía, quien se suponía que debía estar mucho más atrás que él. Tan solo atisbaba la figura de Hugo esquivando los arbustos como un descosido antes de desaparecer tras la primera línea de árboles.

—¡Chicos! ¡¿Pero qué demonios os pasa?!

Con los brazos en jarra, recobró el aliento y volvió la vista atrás. Cruzó una intensa mirada con Rafael, quien era evidente que reprobaba la conducta de sus hijos. A su lado permanecía Harry, con el rostro sombrío y la cabeza gacha. Iris miró al frente de nuevo y negó con la cabeza varias veces, cayendo en lo evidente, comprendiendo la absurda escena que estaba presenciando. «¿Y quién corre detrás de ti, Iris? ¡Nadie!».

19

Celos

El aire quemaba. Era tan gélido que las lágrimas de Sofía se deslizaban por su rostro abrasando su piel. Ni el grueso abrigo, ni los guantes, ni ese gorro ridículo con un pompón rosa en la coronilla lograban templar su estado de ánimo. Oriol había desaparecido. Lo había perdido de vista entre los estirados tallos de los árboles y ya no había rastro de él por ninguna parte. Aunque le había suplicado a Hugo continuar la búsqueda, este la había devuelto a la casa. No había dormido en toda la noche, y ahora, ante un alba vespertina, contemplaba angustiada desde el rellano cómo una densa neblina rodeaba el bosque. Aun así, no perdía la esperanza de ver asomar sus cabellos castaños en el horizonte.

Se maldecía por haberlo presionado. Quería que Oriol sanase, que expulsara todo el veneno del demonio antes de que se enfrentara a él, pero no era así como tendría que haber sucedido. Aunque su bestia hubiese tomado el control, todavía no se encontraba en condiciones de lanzarse a la caza del caído, y menos para protegerla a ella. Se frotó ambos brazos sin despegar los ojos de los inciertos árboles, sumergidos ahora entre una espeluznante bruma en la que parecían flotar despojados de sus raíces y caminar desorientados emulando a las almas errantes, sin un hogar, sin consuelo. Permaneció allí horas, subestimando al tiempo y a las agujas cansinas del reloj. Para ella, la vida se había parado en el instante en el que los ojos encarnizados de Oriol la habían obligado a detenerse en el bosque. Él no quería que lo siguiera.

En aquel momento, en el que una bandada de pájaros alzó el vuelo quejándose porque habían interrumpido su descanso, Sofía estiró el cuello. Contó los interminables segundos hasta que discernió la figura de un hombre atravesar la niebla. Justo después de este, otro individuo más fornido hizo su aparición. Pronto reconoció los andares del padre Carlos y los gruñidos de León. Y aunque quiso perfilar una media sonrisa en su boca, no pudo. Estaba contenta por el regreso de los dos cazadores, sin embargo, no pudo exteriorizar esa alegría, pues su pena pesaba más que cualquier buena noticia.

Esperanzado, Rafael salió a su encuentro. Por fin se reunían con el equipo de nuevo. El sacerdote había observado las ramas chamuscadas y las cenizas alrededor de la casa.

—Espero no haber llegado tarde —le dijo a su amigo, quien lo miraba como si se hubiera presentado un ángel.

—Me temo que sí, Carlos —le respondió Rafael con semblante amargo—. Oriol se ha ido. Se ha sacrificado por todos.

Sofía percibió la mirada de soslayo del cura y no pudo añadir nada más. Oriol ya no estaba. Y ni siquiera sabía si volvería a verlo.

—Será mejor que entréis en la casa —los invitó el líder de los cazadores—. ¿Y dónde diablos habéis dejado el coche?

—Se nos averió unos kilómetros más abajo. Hemos tenido que cruzar esa maldita niebla a pie —se quejó León.

Depositaron sus mochilas en el suelo y se acomodaron en el salón. El calor de la chimenea los hizo olvidar el trayecto penoso de la última hora, sin linternas y sin una brújula que los orientara. La escasa luz del móvil apenas había conseguido alumbrar un metro a su alrededor, y cuando abandonaron la carretera general para tomar el sendero de tierra, lograron avanzar escasamente debido a las numerosas piedras del camino.

León se frotó las manos y aceptó de buen grado el café que le ofrecía Iris, aunque habría preferido un buen *whisky* para calentar su motor interno. En cambio, el padre Carlos parecía disfrutar su intenso aroma. Lo bebía deleitándose con cada sorbo, haciendo pausas para volver a removerlo y, de nuevo, acercarlo a sus labios. Mientras, Rafael les relataba lo acontecido la noche anterior sin escatimar en detalles. Puso énfasis en todo lo relacionado con el perro del infierno, en cómo los había acorralado, pero también en cómo Harry, con su conjuro, había impedido que entrase. Su voz se quebró en cuanto nombró a Oriol. No compartía para nada su decisión de transformarse en su bestia y salir al encuentro del demonio, pese a que comprendía que ese impulso por atrapar al enemigo le había salvado la vida a todos.

Ausente, Sofía no apartaba la vista de la ventana. Apenas prestaba atención al intercambio de información entre los distintos miembros del grupo. Ya no le importaba nada, ni las víctimas de los visitantes ni los perros del infierno, ni siquiera que los ofitas estuvieran en posesión de la segunda llave. Solo quería recuperar a Oriol.

En cambio, Rafael luchaba para que no se quebrara su templanza, para no desmoronarse. Su hijo se había marchado por voluntad propia y ahora era consciente de que en él recaía el peso de mantener al grupo unido.

—Ya no se conforma con enviarnos visitantes de alcoba, sino que también nos manda a sus sabuesos. ¿Qué se le ocurrirá la próxima vez? ¿Espectros? ¿La peste? —se preguntó, mostrando su rabia—. Me alegra saber que a vosotros os ha ido mejor. También Sonia ha terminado su investigación en Madrid, y Berto ha contactado con

nosotros para decirnos que está interrogando a unos cazadores de la zona. Por lo visto, puede que no haya una única víctima en Málaga. De la que no tenemos noticias es de Lucía. Imagino que todavía no le ha dado carpetazo al asunto. —Rafael suspiró aliviado al ver a los dos hombres sentados en el sofá. Con Oriol en paradero desconocido, temía que se produjese otro ataque inminente. Más feroz, más preciso. Por fortuna, habían llegado los refuerzos—. Entonces, el superviviente es un vidente… ¿Y cómo dedujiste que los espíritus utilizan nuestros sueños como canal de conexión?

—Por el espejo —le respondió el cura—. Siempre hay un canal: un objeto al que están ligados o una invocación. Los espejos suelen ser muy frecuentes, pero estos entes interferían de una manera despiadada en nuestros sueños, y pensé que estábamos planteando mal el asunto. No entran en casa y manipulan nuestro descanso convirtiéndolo en una pesadilla, sino que utilizan esa vía para llegar a materializarse ante nosotros.

Harry mantenía las cejas arqueadas mientras escuchaba con sumo respeto.

—Es un hallazgo interesante. Pero ahora ya no importa si nos dormimos un ratito. El demonio sabe nuestra ubicación. Y deberíamos descansar. Yo no sé vosotros, pero yo estoy extenuado. —Lanzó un bostezo sonoro—. Y que conste que la conversación está resultándome muy interesante.

—¿Y cómo puede ser? —se preguntó el padre Carlos, obviando las alusiones sobre el insidioso agotamiento del brujo—. Si hicisteis todos los rituales, si os escondisteis bien, ¿cómo dio tan rápido con vosotros?

—¡Es un maldito demonio! —recalcó Hugo—. Tendrá sus trucos, ojos en todas partes… ¿No dices tú que son listos y que es difícil engañarlos? No nos enfrentamos a una sombra ni a un espíritu lleno de odio. Hablamos de un caído.

Iris dio un paso al frente. Apartándose el flequillo con un generoso soplido, quiso compartir su hallazgo, a pesar de las numerosas críticas que iba a recibir:

—Con todo el ajetreo de anoche, no pude contar lo que he averiguado. —Rafael arrugó la frente, receloso—. No sé si fue una visión premonitoria o un astral bastante vívido, pero pude infiltrarme en una de las reuniones de la secta y ver a ese tal Janus. Tenían retenido al cazador y creo que le han extraído la llave. Janus estaba preparándose para hacerlo cuando lo vi. Es verdad, padre Carlos, no es un demonio ni nada parecido. Es un vidente, y es el líder de la secta.

Harry se llevó la mano al pecho, encogido por tal revelación, mientras el sacerdote abría los ojos hasta conseguir que se resecaran.

—¿Qué? ¿Cuándo...? —comenzó a decir Hugo—. ¡Da igual! Entonces, ¿el «famoso» Janus es el malo de esta historia?

—Iris, ¿cómo te has arriesgado a hacer algo tan peligroso tú sola? —la recriminó Rafael—. Tu madre me informa todos los días de sus visiones. Está señalando en un mapa los puntos donde esa secta se reúne en Europa. No son cuatro pelagatos como creíamos al principio. Están bien organizados y se mueven con mucha facilidad.

—Sí, lo sé. Mi madre me ha echado la bronca esta mañana. Dice que le he arruinado la investigación, pero yo no podía quedarme quieta. Y al final he conseguido averiguar quién está detrás de todo esto.

El padre Carlos negaba con la cabeza.

—No sabes lo que has hecho. Has entrado con un cañón por la puerta grande, y de la misma manera que tú identificaste a ese tal Janus por su energía, él ha podido hacer lo mismo contigo. ¿Utilizaste alguna protección? ¿Amuleto? ¿Sabes si te ha visto?

La joven comenzó a tartamudear. Había sido imprudente, ya se lo había reprochado su madre. Cuando inició el viaje, no midió las consecuencias. Ella quería saber, ser partícipe de todo lo que pasaba a su alrededor.

—¿Al menos has descubierto dónde se encuentra Janus para poder mandar a nuestros cazadores? ¿Algo que nos permita individuar la ciudad? —Rafael la contemplaba con una expectación que se mezclaba con una desilusión anunciada.

—No, no y no. En realidad, yo no pretendía hacer ese viaje. Para mí también fue una sorpresa. Me arrastraron a él de alguna manera. No tengo ni idea de dónde están, y siento mucho haberle arruinado el trabajo a mi madre. Sé que estaba tomando todas las precauciones para no ser descubierta y poder llegar al final. Yo nunca pensé que llegaría hasta ahí y que el líder fuera un vidente... Lo he fastidiado todo. —Se dejó caer en el sillón—. Estaba más preocupada por otras cosas, y ahora puede que Janus me haya visto.

—Se trasladarán a otro lugar —gruñó León—, y volveremos a empezar.

—Lo siento.

—Tampoco vamos a crucificarla por esto. —Hugo se acercó a la chica y trató de consolarla—. Aquí todos hemos metido la pata alguna vez. Y tenemos que considerar lo que ella ha averiguado. ¿Qué demonios hace un vidente manejando a una panda de imbéciles? ¿De verdad quiere abrir las puertas del Cielo? ¿Y para qué? Los videntes ya están en contacto directo con quien sea que esté arriba y les envía las premoniciones.

—Puede que quiera conocerlos en persona —bromeó el inglés.

—¿A quién? —insistió el joven cazador—. Desde que tengo uso de

razón, he visto criaturas horribles, sombras, entes oscuros, demonios... Ahora incluso caídos. Pero ¿quién ha visto a un ángel o a algún soldado de las tropas celestiales combatir con uno de esos bichos? ¿Por qué no vienen a ayudarnos cuando los necesitamos? ¿Por qué no intervienen cuando están asesinando a muchos de los nuestros? ¿Van a quedarse ahí «arriba» a mirar cómo esos locos buscan las escaleras para alcanzarlos?

El sacerdote se levantó y estiró el alzacuellos para que no le apretara tanto.

—Entiendo toda la inquina que te suscita este asunto. Pero recuerda que somos nosotros el brazo armado de Dios aquí en la Tierra. Él nos creó para defender este mundo.

—Sí, y nosotros se lo hemos pagado engendrando «cruzados», no cumpliendo con nuestras obligaciones y dándole la espalda a los problemas. Mira, si no, a ese hombre de Tenerife que ni siquiera sabía que era vidente o a la chica que rescatamos, a la que le habían ocultado que provenía de una estirpe de cazadores. Estamos extinguiéndonos, padre. —Hugo apagó su voz despacio—. Y, ahora, un vidente se dedica a sembrar el caos y a asesinar a sus propios compañeros.

—Quiere más poder —concluyó el brujo inglés—. El hombre siempre ha sido un ser ambicioso. Tiene a todo un ejército de ignorantes a sus pies que creen que es un dios porque les habrá enseñado un par de trucos.

—O puede que esté tan harto como yo y quiera llegar al Cielo para que los de «arriba» nos hagan caso de una vez por todas —manifestó Hugo con semblante serio—. Y si es así, que lo haga. Nos libraríamos de un mundo lleno de demonios, monstruos y más mierda.

—Te recuerdo que mi hermano fue asesinado. —León se puso de pie, cogió su mochila y se dirigió a su habitación—. Tú puedes hacer lo que te dé la gana, pero yo no voy a descansar hasta que tenga la cabeza de ese cabrón.

Hugo bajó la barbilla y entrecerró los ojos unos segundos mientras el fornido cazador chocaba aposta su hombro contra el de él. Había olvidado la muerte de Enrique, y se maldijo por no meditar sus palabras antes de hablar. Siempre había sido así, irreflexivo y demasiado impulsivo. León tenía razón: eran muchos los que habían caído sin la oportunidad siquiera de luchar. Ese maldito Janus había dejado un reguero de sangre para lograr sus propios fines, y todavía seguía haciéndolo.

—Lo que es evidente es que ya posee nuestra llave —se lamentó Rafael—. Ya no buscará víctimas inocentes para que los cazadores salgamos de nuestras madrigueras y así doblegarnos. Cambiará los métodos. Buscará la manera de conseguir la siguiente llave.

Todos los ojos se posaron sobre Sofía, quien se hundió más en sí misma pensando en que era el codiciado trofeo; primero, de un demonio, y luego, de un vidente enajenado.

El sacerdote torció el gesto. Había algo en todo el asunto que no terminaba de convencerlo.

—¿Qué pasa? —le preguntó Rafael al percibir su intranquilidad.

—Durante todo el viaje de vuelta, no he hecho otra cosa sino hacerme la misma pregunta una y otra vez: si no hay ningún traidor, ¿por qué el chico italiano pronunció aquellas palabras sobre Sofía? Todavía no me lo quito de la cabeza. ¿Por qué me habló de un cazador? Todo esto no me gusta nada. Tal vez deberíamos irnos de aquí. Si él ya conoce este sitio, no tardará en volver, sobre todo si ya la secta posee la llave de nuestro gremio.

—¡No! ¡Ni hablar! Oriol sigue ahí fuera, y de un momento a otro regresará —se opuso la bruja—. Va a necesitar nuestra ayuda. No sabemos en qué condiciones está.

—Mi hijo siempre ha sabido cuidarse solo. Tiene un olfato increíble. Recorrería kilómetros hasta dar con nosotros. Aunque tal vez tengas razón y alguien deba esperarlo por si la cosa se tuerce con ese demonio. Pero tú tienes que irte, lejos, donde no pueda encontrarte. —Sofía lo miró acongojada—. Tienes que entender que si te apresa a ti, todo estará perdido y todas esas muertes habrán sido en vano. —Ella asintió despacio, percibiendo una intensa presión en la nuca. No quería irse de allí, dejar atrás a Oriol sin conocer el destino que había corrido. Aunque comprendía la preocupación del cazador, ella seguía siendo una llave. Rafael se alegró de su decisión y se volvió hacia Hugo—. Llévatela de aquí y no le digas a nadie hacia dónde os dirigís. Hijo, te encomiendo la misión más importante de todas: salvar a Sofía.

Otra vez volvía a hacer la maleta, de nuevo se preparaba para huir, y lo peor era que desconocía durante cuánto tiempo debía continuar así: escondiéndose, yendo de ciudad en ciudad o refugiándose en bosques inaccesibles y solitarios. Empezaba a maldecir su don, sus orígenes, pero sobre todo poseer la llave de las brujas. En tan solo unos meses, su vida había cambiado para siempre. Ya no era la misma. Se había distanciado de sus amigos del instituto, y aunque le gustaba pensar que era porque cada uno había escogido su camino —unos ingresando en la universidad, otros iniciando su trayectoria laboral o ella continuando sus estudios de una manera más relajada—, la verdad era que detestaba los discursos banales de algunos de ellos. Al principio, se esmeraba por que le importasen. Si Alicia no había encontrado el vestido rojo, el ideal para la boda de su prima, era toda una tragedia y había que apoyarla, ser comprensible con sus sentimientos, aunque por dentro Sofía era como una olla a

presión a la que le importaba un pepino el color del vestido. Alicia debería sentirse afortunada por el simple hecho de asistir al enlace de su prima. Otros no podían hacerlo. Muchas personas habían muerto ese verano. Edith había perdido la vista. Incluso su familia estuvo a punto de perder la vida en un «accidente de coche». Su madre había necesitado rehabilitación para volver a caminar derecha. Pero ella debía sentirse triste por un vestido rojo. Por eso, poco a poco, fue alejándose de ellos. Había aprendido a valorar la vida. Y la vida le había respondido que había mucho más si abría los ojos. Ella ya no era ella. Era una bruja. Y sus amigos no podían ayudarla con sus verdaderos problemas.

—¿Ya has preparado el equipaje? —Sofía arqueó las cejas al distinguir a Iris en el umbral de la puerta. Por fin había encontrado a una amiga con la que compartir sus miedos.

—Yo no voy a ir. Me quedo. Cuando vuelva Oriol, quiero estar ahí, a su lado. Sé que su padre lo recibirá con los brazos abiertos, pero él necesitará a alguien con quien desahogarse. Y si no estamos ninguno de los tres… Lo entiendes, ¿verdad? No sabemos en qué condiciones regresará, si seguirá siendo su bestia o, por el contrario, el Oriol de siempre. Además, mi madre me ha dicho que me ayudará a rastrearlo. Vamos a intentar localizarlo, esta vez usando todos los amuletos y protecciones necesarios. No quiero volver a fastidiarla.

—Tus intenciones no eran malas.

—Sí que lo eran. No soy nadie para invadir la intimidad de los demás. —Trató de disculparse—. ¿Crees que si hubiera sabido que iba a conectar con el demonio y, a su vez, con la secta, habría hecho ese viaje sola?

Sofía dobló su último jersey y cerró la maleta. Luego se sentó en la cama mientras lanzaba un suspiro de frustración.

—Estoy cansada de huir. No puedo más. Quiero volver a casa. Tengo muchas ganas de llorar, pero las lágrimas no me salen.

Iris la estrujó hasta casi dejarla sin respiración. Percibió su energía revuelta, confusa y llena de dudas tan afiladas como una cuchilla de acero. La liberó despacio de su abrazo entrañable y le cogió las manos.

—Mi madre ha preparado unos amuletos para impedir que los visitantes puedan acceder a nosotros a través de los sueños. Vayas donde vayas, ellos no lograrán verte. Podrás dormir a pierna suelta. —Rio nerviosa—. Aquí ya estamos condenados. Conocen este lugar. Y te juro por mi vida que les haremos creer a todos esos entes oscuros que tú sigues aquí. Te daremos un tiempo precioso para que Hugo pueda ponerte a salvo.

Sofía torció el gesto. No se sentía cómoda con ese plan. Debería quedarse allí y luchar con los demás. Después de todo, era a ella a la que buscaban. ¿Por qué Iris tenía que poner su vida en peligro? ¿Por

qué debía abandonar a Oriol en ese bosque maldito? ¿Por qué tenía que escapar con Hugo? Todo era tan complejo que la cabeza comenzó a darle vueltas. Sufrió un leve mareo que apenas duró unos segundos, sin embargo, hizo que su cuerpo se estremeciera.

Iris la sujetó de la muñeca, intuyendo toda la agitación que la bruja padecía en su interior.

—No sé qué es lo que está ocurriendo, pero no soy idiota. Hugo y Oriol son mi familia, son mis hermanos, los que nunca tuve, y no quiero que sufran. Desde que has vuelto a aparecer, esos dos se comportan de manera extraña. No son los de siempre. Parece que están en una competición que ni ellos mismos entienden.

Sofía dio un respingo y los colores de sus mejillas se tornaron más sonrosados.

—Hay algo que deberías saber —le confesó avergonzada.

—No sé si quiero saberlo. Solo quiero que arregles esto, que vuelvan a ser los hermanos de antes, luchando codo con codo. Porque, Sofía, yo no sé si te perdonaría que les hicieras daño. Si tienes que tomar una decisión, que sea ya.

—No tengo que hacerlo. Para mí todo está claro.

—¿Segura? Porque anoche Hugo no se lo pensó y corrió detrás de ti como un demente. He visto cómo te mira y cómo tú le devuelves las miradas.

—No, no. Tenemos que solucionar un problema, eso es todo. Oriol lo sabe. Fue un conjuro mal recitado y Hugo cree que siente cosas por mí que en realidad no son. Te prometo que estamos en ello. En cuanto acabe toda esta locura, iremos a ver a un brujo puro.

—¿Y por qué tengo la sensación de que es más complicado de lo que me cuentas?

La bruja enmudeció. Iris tenía razón. Desde que había tenido esa pesadilla en la que Hugo se presentaba como su marido, parecía que las consecuencias del hechizo estuviesen acelerándose. Sufría los continuos desplantes del cazador, para que minutos después se presentase como una persona tierna y comprensiva. Hugo le había mentido. Estaba librando una batalla interior que ignoraba si podría llegar a controlar. Y ahora debía emprender un viaje con él, hacia un lugar desconocido, sin Oriol, sin Iris, y eso comenzaba a martirizarla.

Un tiempo después, cabizbaja, se despidió de todos. Les deseó mucha suerte y les pidió que la mantuvieran informada. Sin embargo, Rafael había sido tajante: cuanta menos comunicación entre ellos, mejor. Antes de subir al *jeep*, Harry la interceptó y le dio un pequeño papel doblado mientras le regalaba un sentido abrazo. Más tarde comprobaría que se trataba de la ansiada dirección del brujo que desharía el hechizo que ella había recitado por equivocación. Con los ojos clavados en el espejo retrovisor, los observó a todos; sus rostros

exhaustos, su desánimo.

—Pensaba que ya habías resuelto ese tema. ¿Por qué sigues insistiendo en que existe un traidor entre nosotros? —Rafael dejó caer la pregunta sin apartar la vista del vehículo.

—Por la misma razón por la que has decidido que tu hijo aparte del grupo a Sofía. Hay algo que no te cuadra. Te conozco muy bien, amigo. No te fías de nadie.

Se despertó arropado entre la maleza húmeda y rugosa. Sus ojos, a pesar de ser dos esferas ardientes capaces de diferenciar las sombras de la noche de las inofensivas formas retorcidas de los árboles, apenas lograban distinguir la luz del día. El escaso sol quemaba sus pupilas y lo obligaba a entornar los párpados una y otra vez. Estaba desorientado. No recordaba nada de lo acontecido antes de que el alba irrumpiese en su lecho improvisado. A duras penas consiguió sentarse, y se llevó las manos a la cabeza para apretarla hasta que el martilleo incesante de sus sienes desapareciese.

Por fin, la niebla que obstaculizaba su vista se disipó y pudo examinar sus piernas cubiertas por un pantalón hecho jirones. Sus muslos habían aumentado de tamaño, desgarrando la tela vaquera, al igual que sus brazos y su caja torácica. Apenas quedaba rastro de la camisa que vestía el día anterior. Bufó. No necesitaba un espejo para adivinar que todavía seguía siendo su bestia. Su piel era más gruesa, y un denso vello la cubría de arriba abajo.

Cuando era pequeño, su padre bromeaba diciéndole que él era un superhéroe, muy parecido a Hulk, fuerte, musculoso y repleto de una rabia que debería aprender a controlar. Durante años visionó la serie antigua de este personaje, donde conoció más al doctor Banner, con quien se sentía identificado. Después, cuando supo que él no era producto de ninguna exposición accidental a rayos gamma sino hijo de una súcuba, todo su mundo se desmoronó. Él no era un héroe; era el antihéroe, una bestia que debía ocultarse del resto de los humanos y de la que no podía presumir. Era su secreto. Su carga. Su maldición. Y por ese motivo, no quiso destacar en ninguna disciplina en la escuela; a pesar de ser más ágil que el resto en gimnasia, a pesar de ser el primero en descifrar los problemas planteados en matemáticas. Envidiaba a los genios que llamaban «cerebritos» y a los deportistas a los que los alumnos animaban con devoción, porque él no podía aspirar a nada de eso sin dejar al descubierto a su bestia. Así que prefirió ser un estudiante del montón, el que aprobaba con notas raspadas y trabajos poco brillantes. Se conformaba con alardear de sus capacidades delante de su familia, con picarse con Hugo y con

impresionar a la pequeña Ariadna.

Y aunque se obsesionó con ser un cazador como cualquier otro, nunca lo fue. Sus habilidades de rastreo, su velocidad, su destreza y su envidiable puntería lo convertían en indispensable para los casos más complicados. Su padre era consciente de ello, y por eso fue más duro con él en los entrenamientos. Quería que aprovechase todos esos dones para hacer el bien sin necesidad de que su bestia hiciera su aparición. Y él se esforzaba cada día en apagar su furia, en ser más humano y en vivir sin la preocupación de que su álter ego se presentase en los momentos más inapropiados. Se convertiría en un cazador ejemplar, se repetía a sí mismo.

Sin embargo, llegó la adolescencia, y todas esas feromonas que lo hacían un niño encantador y adorable, pronto lo transformaron en el objeto de deseos para muchas personas. Su sexualidad estaba a flor de piel, y volvía a emprender una lucha consigo mismo para aplacar sus instintos más salvajes. Su bestia rugía. Luchaba por emerger de nuevo, por tomar el control y desahogar sus frustraciones sin ningún tipo de censuras. Las feromonas fueron las responsables de que su anonimato en el instituto desapareciese y pasase a ser el centro de las miradas más lascivas. A pesar de que cada mañana se bañaba en perfumes de todas las marcas posibles, estos no borraban su impronta. Y tuvo que aprender a marchas forzadas a lidiar con asuntos del corazón y a rechazar algunas proposiciones indecentes con mucha educación pero, sobre todo, con inteligencia.

Beatriz no fue su primera chica, aunque sí su primer amor. Oriol agradeció aterrizar en los brazos de un amor inocente, sin ambiciones, después de tantos ligues pretenciosos que él mismo concluía en cuanto el juicio se les nublaba. Aprendió entonces a ejercer cierto control mental sobre aquellos que se le acercaban con dobles intenciones. Nunca lo hizo con mala fe, sino para evitarles un sufrimiento mayor. Era consciente de que no eran culpables por sentir esa fascinación sobre su persona, sino que él era el responsable. Sus feromonas. Su maldita parte demoníaca. «En realidad, no me quieres. Es un deseo pasajero que desaparecerá y ni siquiera recordarás quién soy», las convencía.

Por eso lamentó el final que tuvo Beatriz. Pensaba que su amor era puro. Y puede que al principio lo fuese, que estuviesen viviendo una historia de cuento y que los sentimientos que experimentasen ambos eran tan verdaderos que su amor perduró en el tiempo, hasta que las feromonas comenzaron a actuar y a estropear la maravillosa fábula que habían creado juntos. Nunca quiso que terminara así. Ella perdió la cordura, y él, la fe en el amor.

—Sofía… —balbuceó.

Abrió los ojos de nuevo. Aunque atisbó un cielo gris y encapotado,

pudo percibir un rayo de sol detrás de las nubes. Sonrió. Tenía que levantarse, averiguar si ella se encontraba bien, si el demonio había dejado de ser una amenaza. Caminó por el bosque con la firme convicción de que el caído ya no se encontraba al acecho detrás de algún tronco. Él lo había espantado. No comprendía muy bien cómo, pero tampoco le interesaba demasiado. Puede que sus dientes afilados lo cogieran desprevenido, o quizá fueron sus garras. Daba igual. El demonio tardaría unos días en volver. El tiempo justo que él necesitaría para recuperarse.

Había sentido el veneno latir bajo su piel incluso en su forma demoníaca. Esto había ralentizado sus movimientos, endurecido su destreza y puede que sus reflejos. Por eso no había logrado alcanzar el rostro fanfarrón de su enemigo y derribarlo de un zarpazo. Su bestia también se resentía. Harry tenía razón: iba a necesitar unos cuantos días para eliminar del todo el rastro de las toxinas y volver a ser él mismo. Entonces cayó en la cuenta de lo estúpido que había sido. Su impetuosidad lo había forzado a iniciar un viaje sin las provisiones necesarias: ni agua ni alimento.

No quería acercarse demasiado a su familia y amigos. Se repetía a sí mismo que ahora era su bestia fuera de control, y era peligrosa para todos. Sin embargo, la verdadera razón era que odiaba que lo viesen así, en su forma demoníaca, como un íncubo, como uno de esos tantos monstruos con los que en numerosas ocasiones se habían enfrentado. Se avergonzaba de su aspecto. Se avergonzaba de no ser del todo humano, de tener el alma quebrada.

Llegó a los alrededores de la casona y se ocultó entre los árboles más próximos. Desde allí, pronto divisó a León inspeccionando el terreno. Se alegró de que el fornido cazador hubiera regresado ya de su viaje. Rafael iba a necesitarlo. A pesar de su carácter algo taciturno y gruñón, León era una persona leal, quizá una de las más honestas que había conocido, además de ser un gran tirador y un aguerrido cazador.

Transcurridos unos minutos, comenzó a impacientarse, y estuvo tentado de acercarse a su amigo, idea que desechó de inmediato, en cuanto reconoció a Sofía saliendo de la casa. Sus ojos se abrieron de par en par al verla unir las solapas del abrigo azul para proteger su largo cuello del frío. Respiró tranquilo. Estaba sana y salva. Tenía los cabellos recogidos en una cola larga que caía sobre sus hombros. Sus ojos inseguros buscaban la mirada de Harry, quien la rodeó con sus brazos y la acompañó al coche. Entonces se percató de que arrastraba su pequeña maleta y la introducía en el vehículo. Frunció el ceño, desconcertado. ¿Qué estaba ocurriendo ahí? Posó la vista en su hermano, quien, desesperado, la aguardaba sentado con las manos en el volante. ¿Adónde iban?

Hugo arrancó en cuanto ella se acomodó, sin apenas dar tiempo a las despedidas. Oriol contempló la escena desde la distancia con desazón. ¿Por qué su hermano se llevaba a Sofía? ¿Por qué precisamente él? Algo en su interior se encendió. No podía asegurar de qué se trataba. Pero quemaba. Su corazón ardía feroz. Un singular ardor recorría cada milímetro de su piel sin darle tregua a aliviar su resquemor. Sofía se alejaba. Partía con Hugo a un lugar desconocido, lejos de él. Lo abandonaba. Después de haber insistido en que su bestia era su cura, su salvación, ella se marchaba. Incluso después de prometerle que permanecería a su lado.

Una ola de frustración lo invadió y corrió tras el vehículo. Quería decirle que todavía estaba allí, que permanecía en el bosque para no hacerle daño, para recuperarse del todo y volver a su lado. Y que esperaba que ella lo aceptara a pesar de todos los errores que había cometido. Él no entendía cómo funcionaban las relaciones. No las comprendía porque siempre tuvo que protegerse de ellas. Quería explicarle que después de Beatriz no se había permitido amar a nadie, porque su bestia era nociva, demasiado primaria para comprender los entresijos del amor. Había entendido que sincerarse con ella no era mostrar sus debilidades o exponer sus seguridades, sino compartir sus miedos. Por ese motivo corría tras el *jeep* negro sin que nadie se percatara de ello. Corría hasta sentir cómo el pecho se le encogía, cómo el corazón lo oprimía y cómo su garganta se convertía en un desfiladero áspero y asfixiante. No entendía qué estaba sucediéndole. ¿Por qué se encontraba tan mal?

Cuando cayó en la cuenta de que era imposible alcanzar el vehículo, se detuvo. Hugo pisaba demasiado el acelerador y ya se perfilaba en el horizonte el primer pueblo. No podía exponerse a los aldeanos de esa manera, tenía que mantenerse oculto en el bosque. Lejos de ella.

Contempló sus manos, más peludas de lo habitual, temblando, como si el frío se hubiese apoderado de ellas. Sin embargo, no era frío. Ni miedo. Estaba experimentando un sentimiento del que solo había oído hablar: celos. Nunca había padecido esa cruel sensación. Sus feromonas no conocían el rechazo ni el desamor.

Dibujó una mueca sombría en su rostro. ¿Por qué se comportaba de esa manera? ¿Por qué su bestia lo alertaba con ese sentimiento tan primitivo y bajo? ¿Por qué Hugo no se había internado en el bosque a buscarlo antes de llevarse a Sofía? Su hermano jamás lo habría dejado solo ni esperado tranquilo su regreso. ¿Qué demonios estaba pasando con él? Entonces, cayó en la cuenta. «El estúpido vínculo», reconoció al momento. Existía algo más que no le habían contado.

20

Susurros

—¿Adónde vamos?

Tras haberse detenido en casa de Edith para recoger los amuletos, habían vuelto a la carretera sin un rumbo aparente. Sofía esperaba que el joven cazador tuviera un plan bien definido, uno que no pudiese ser imaginado siquiera por las dos personas que mejor lo conocían: Rafael y Oriol. No podían dirigirse a casa de ningún amigo ni pedir ayuda a otros cazadores para no comprometerlos. Deseaba que Hugo compartiese con ella sus ocurrencias por muy disparatadas que fueran, sin embargo, el chico mantenía la vista en el asfalto sin apenas intercambiar una palabra o una mirada que delatase sus intenciones. Su rigidez al volante y su boca torcida con sutileza hacia la izquierda la informaban de que quizá estuviese improvisando.

Se recostó en el asiento. Ya se había aburrido de leer las señales de tráfico y de enumerar las ciudades que dejaban atrás. Cada vez que ella atisbaba un desvío, levantaba la cabeza con la esperanza de hallarse cerca de su destino. Sin embargo, en cuanto lo rebasaban, volvía a zambullirse en sus pensamientos, desgastados por el cansancio acumulado. Jugueteó entonces con el amuleto fabricado por la vidente. Era una pulsera de hilo rojo de la que pendía una bola esponjosa con alguna hierba extraña en su interior, a la que, a pesar de olerla con insistencia, continuaba sin identificarla.

Miró el reloj por enésima vez. Las agujas apenas se habían movido. Parecían estáticas, aguardando a otra conmoción que las sobresaltase y las pusiese en marcha de nuevo. Soltó un resoplido e intentó buscar una posición mejor para echar una cabezadita. Entornó los párpados para protegerse de la claridad del día y evocar así un sueño reparador. Uno que la alejara de aquella pesadilla.

—He pensado que sería mejor que nos ocultáramos en una gran ciudad, entre la multitud. Les será más complicado localizarnos. —Sofía abrió los ojos y lo fulminó con la mirada—. Querías que te contara mis intenciones.

—Te pregunté desde que salimos de Zaragoza.

—Y te he contestado ahora.

La bruja movió la nariz en señal de disconformidad y se cruzó de brazos.

—¿Algo más que el señorito quiera compartir conmigo?

—No te pongas chula. Me he pegado toda la mañana valorando las alternativas.

Sofía se enderezó.

—Sé que te gusta planificar tus estrategias y que no te lleven la contraria, pero estamos juntos en esto. Es más, se trata de mi vida. Ese demonio viene a por mí. ¿No crees que debería participar con mis propias ideas?

—Una ciudad como Barcelona es nuestra mejor opción. Nos confundiremos entre los turistas. Allí están tan acostumbrados a recibir grandes cantidades de personas que nadie se fijará en nosotros. En cambio, si nos dirigimos a un pueblo perdido en el monte, todos los vecinos lo sabrán antes de que pisemos el hotel. Tenemos que pensar que el demonio cuenta con espías en todas partes. Barcelona es nuestra ciudad. ¿O acaso habías pensado en una alternativa mejor?

Sofía ignoró los aires de superioridad del muchacho y desdobló el papel que Harry le había entregado al partir.

—Tengo la dirección del brujo en Inglaterra. Se encuentra en Eastbourne, en el condado de Sussex.

Hugo arrugó el rostro, perplejo.

—No podemos irnos a Inglaterra. ¿Estás loca? Es un viaje demasiado largo y no contamos con el apoyo necesario en el caso de que las cosas se pongan feas. Si algo le ocurriese a mi padre y a los demás, siempre puedo coger carretera e intentar llegar lo antes posible. ¿Te crees que me ha gustado dejarlos en esa casa? ¡Casi morimos abrasados por un perro del infierno! Ahora no es el momento de hacer visitas a brujos pirados.

Sofía lo miró estupefacta.

—Pensé que te alegraría la noticia. Por fin podrías recuperar tu libertad y no estar vinculado a mí para toda la eternidad. ¿No eras tú el que temía morirse si a mí me pasaba algo? —Hugo no respondió. La acribilló con la mirada, esperando que así se callara—. Y si estás tan preocupado por los demás, ¿por qué no te quedaste con ellos? Podrías haberlos defendido tú mismo, y de camino, buscar a Oriol. Tiene que sentirse solo en ese bosque, perdido, sin saber qué hacer ni adónde dirigirse. ¿Por qué no le sugeriste a tu padre que me acompañara León o Carlos en esta escapada? No te quejarías tanto de ser mi guardaespaldas.

Hugo volvió a refugiarse en la carretera, en el gris del asfalto salpicado por algún que otro rayo de sol. A veces, de reojo, la observaba distrayéndose con el manual de brujos que Harry le había regalado unos meses atrás, y otras, atreviéndose a bajar la ventanilla para comprobar con su mano la temperatura del exterior. Suspiró. La joven lo exasperaba. Odiaba que siempre le llevara la contraria, que no disimulara su enfado o que atornillase cada palabra suya

poniéndole los puntos sobres las íes.

Sofía no disimuló su asombro al observar los peldaños estrechos y destartalados del interior del edificio. Al encontrarse la pensión en el tercer piso, cargó con la maleta temiendo tropezar con algún clavo torcido y bajar rodando las escaleras. Una vez en la habitación, sus muecas de estupor no se contuvieron. La puerta del minúsculo baño no cerraba bien, por lo que la taza del váter era parte de la decoración del dormitorio. Las dos camas parecían estar encajadas en la pared junto con el armario de una sola puerta. Las polvorientas cortinas apenas realizaban su función, y un chorro de luz penetraba en la estancia dejando al descubierto una telaraña en la esquina del fondo. Con aversión, dobló la penosa alfombra del suelo y la escondió debajo de la cama. No iba a apoyar sus pies sobre ella ni muerta. Las chinches estarían gustosas de recibirla.

—Al menos, tenemos un balcón —dijo Hugo satisfecho mientras trataba de desengrasar las bisagras de la cristalera para acceder a él.

Ella se acercó con reticencia y lo ayudó a abrirla. Al presentir que podía caer al vacío, dio un salto hacia atrás. El famoso balcón carecía de anchura. No había terminado de salir del dormitorio y ya las puntas de sus zapatos chocaban con la balaustrada de hierro. El cazador chasqueó la lengua y se cruzó de brazos al tiempo que contemplaba las increíbles vistas de la ciudad.

—Ahora entiendo el precio de la habitación —murmuró para sí—. Solo por esto valía la pena.

—¿Se puede saber cuánto has pagado por este cuchitril?

—Lo que nos deja el presupuesto, que no es mucho.

Sofía soltó una exhalación cansina. Nunca les había preguntado de dónde procedía el dinero para pagar los distintos alojamientos, la comida y la gasolina. Quizá porque estaba tan preocupada en sobrevivir a la nueva espiral caótica en la que se había convertido su vida que ni se planteaba que en el mundo corriente las cosas continuaban como siempre: facturas, compras y demás gastos.

Hugo adivinó sus pensamientos.

—Oriol y yo contamos con un trabajo «flexible». Nuestros jefes son amigos de cazadores a los que hemos ayudado con ciertos asuntillos, tú me entiendes. Aunque esta vez he tenido que pedir unas vacaciones adelantadas y sin remuneración —se quejó—. Rafael cuenta con una pensión de invalidez. Y entre los tres separamos parte de nuestros ingresos para estar preparados en caso de imprevistos. Además, el padre Carlos recibe una serie de donaciones para la causa y que él gestiona sin problema. Y tampoco podemos quejarnos. Hay muchas

personas a las que ayudamos que nos invitan a comer o nos dejan instalarnos en su casa mientras investigamos a un espíritu molesto. Hemos sobrevivido hasta ahora así y no nos ha ido tan mal. —Inspiró, cerrando los ojos como si estuviera en medio de un valle repleto de flores y el aire que penetrase por sus fosas nasales fuera el de las montañas—. ¿A que son increíbles las vistas?

Sofía ignoró que desde allí tenía una butaca en primera fila para admirar la Plaza de Cataluña en todo su apogeo. Le preocupaba más cómo soportaría el ruido de la calle en las horas altas de la madrugada. Se sentó en la cama y dejó escapar un leve suspiro al comprobar que su trasero había sido engullido por el colchón. Extrajo el móvil del bolso y lo observó como si fuese un objeto extraño, un intruso que se había colado entre sus pertenencias.

—¿Qué haces? —Hugo cambió su expresión. Se volvió más severa, más dura—. Sabes que no puedes usarlo hasta que tengamos luz verde.

—Lo sé. Siempre le envío a mi madre dos o tres mensajes diarios para que se quede tranquila. No sabes de lo que es capaz. Removería cielo y tierra para buscarme. El día que... desaparecí, se puso de los nervios. Tenía en el móvil más de treinta mensajes y un montón de llamadas. Tuve que usar la baza de la poca cobertura para no contarle la verdad.

Él se acomodó al lado de ella y presionó los labios con insistencia. La comprendía, la entendía más de lo que pudiera imaginar. Por su condición de cazador, jamás había pasado un día sin comunicarse con su familia. Si no estaba en casa, antes de irse a la cama, desde la pensión donde se encontraba, tenía que comprobar que todos estaban bien, sobre todo la pequeña Ariadna.

—Saldremos de esta y podrás verlos pronto. Ahora será mejor que te des una ducha mientras voy a por algo de comer. Porque, aunque no quiera, va a ser imposible no verte desde aquí si entras en el baño. —Rio a carcajadas—. Un poco más y la taza del váter la tenemos en el balcón.

Ella sonrió. Era agradable ver al chico de buen humor, bromeando aunque careciese de esa chispa graciosa que encendiera las típicas reuniones con amigos. Desde luego, Hugo no sería el más simpático del grupo ni el más popular, pero tenía ese aire de rebeldía junto con una seguridad apabullante que todos admirarían.

Después de una cena a base de hamburguesa y muchas patatas fritas, Sofía decidió continuar estudiando el libro de hechizos. Había quedado fascinada al comprobar cómo Harry apagaba el fuego provocado por el perro del infierno. Siempre había escuchado al brujo recitar conjuros pasivos: escudos protectores, barreras defensivas. Incluso a veces, cuando se cansaba de escribir, había visto su bolígrafo

favorito deslizarse solo por el papel mientras él se recostaba en el sillón y le dictaba las palabras. Sin embargo, jamás se habría imaginado que el inglés ocultase un poder semejante dentro de él. Y aunque prefería navegar por las páginas de libros antiguos, ella pensaba que no podía desaprovechar su talento.

De vez en cuando, sorprendía a Hugo mirándola de reojo.

El cazador mataba el tiempo afilando sus cuchillos y limpiando su rifle. Cuando se hartaba, salía al balcón a contemplar el cielo nocturno de la ciudad. Se embriagaba con las luces provenientes de las farolas, de los edificios colindantes e incluso con la de los semáforos. Esa contaminación visual lo distraía de la motivación visceral por la que se encontraba allí. Huía. Y él nunca salía corriendo. Volvió a observar a Sofía, quien estaba ensimismada en su lectura, quizá porque también había encontrado su distracción, o puede que tal vez quisiera ignorarlo aposta.

—¿Sabes algo de tu madre? —le preguntó, porque el silencio lo fastidiaba. Estaba encerrado en esa habitación con ella, sin posibilidad de entablar conversación con otro ser humano y con la restricción de evitar las salidas que no fueran indispensables, y Sofía se empeñaba en evitarlo.

—Ya me has dicho que no puedo hablar con mi familia —le respondió sin alzar la vista del libro.

—Me refería a tu madre biológica. Me dijiste que temías haber perdido el contacto.

Sofía arqueó las cejas, sorprendida, y cruzó las piernas dejando caer el libro sobre ellas. Pensativa, arrugó el rostro, para segundos después relajarlo y soltar un pequeño suspiro contenido.

—No entiendo por qué la percibo distante. Cuando la Sombra me atacó, ella me ayudó. Me protegía cada vez que algún ser se acercaba a mí... Y ahora, cuando más la necesito, porque sigo siendo una llave que los ofitas desean y encima hay un caído obsesionado conmigo, no logro contactar con ella. Después de haberla visto señalándome el camino cuando estaba perdida entre tanta nieve, no ha vuelto a presentarse. ¿Tú crees que me ha abandonado... otra vez?

Hugo abrió la boca sin saber muy bien qué responder. Se rascó la cabeza como si así pudiera acelerar el proceso de creación de una frase oportuna y solidaria. Era habitual en él compartir sus argumentos sobre cómo afrontar una nueva misión o cómo encarar a un nuevo ente, pero prefería no hablar de temas sentimentales ni de relaciones espinosas. Para esos temas delicados, estaba su hermano. Tenía un don para aliviar a las personas de su carga emocional con tan solo rozar su piel y decir las cuatro palabras justas.

Chasqueó la lengua porque él había lanzado la primera pregunta sin evaluar que ella lo llevaría al terreno más personal. ¡Por Dios, era

su madre!

—No, no creo que se trate de eso. Puede que haya algo que le impida llegar hasta ti.

—«Algo» como el demonio. También lo he pensado. Aunque mi madre es una bruja ancestral. Ella no se detendría porque le hubieran colocado una barrera, por muy grande que fuera.

—Quizá no quiera exponerse ante él. ¿No has pensado que comunicándose contigo, el demonio pudiera localizarla a ella? Se escondió por algún motivo.

Ella arrugó el rostro, valorando esa opción.

—¿Y prefiere mantenerse oculta y que sea su hija inexperta la que se enfrente a ese ser? —Dolida, depositó el libro sobre la cama y se levantó—. ¿Por qué no viene a buscarme ahora que mi don ha despertado? Podría entender que no quisiera acercarse a mí para protegerme y que yo llevara así una vida normal, alejada de la magia. Pero eso se acabó. Estoy aquí, encerrada entre estas cuatro paredes para que unos chiflados no me extraigan esa maldita llave.

—Estoy seguro de que ella cree en ti. Yo creo en ti. He visto lo que puedes hacer sin siquiera pretenderlo. Eres grande, Sofía, una rareza en estos tiempos donde ya no hay fe.

Ella entrecerró los ojos para indagar en sus pensamientos más íntimos.

—¿Crees en Dios? —Formuló la pregunta sin saber muy bien a qué atenerse. Hugo era impredecible, su humor cambiaba dependiendo de cómo soplase el viento. A veces era suave, e incluso delicado, y otras, salvaje, huracanado, arrasaba con todo sin importarle demasiado las consecuencias—. Estaba allí, ¿recuerdas? Cuando rebatías todo lo que el padre Carlos decía.

—Él tiene sus creencias y yo las mías —respondió tajante, queriendo zanjar el tema.

—Los dos sois cazadores. Habéis visto a cantidad de criaturas infernales o del más allá.

—Sofía, las cosas no son blancas o negras. Yo no dudo de lo que he vivido, sé que existen entes oscuros, espíritus y demás. Creo en Dios a mi manera, y eso no incluye a la Iglesia. Sé que contamos con aliados potentes dentro de ella, sé que, como el padre Carlos, hay muchos dispuestos a combatir a las fuerzas malignas. Pero no estoy de acuerdo con muchos de sus dogmas. Que yo crea en un ser superior, no implica que tenga que pedir la absolución por todos mis pecados. Le confiaría mi vida al padre Carlos porque es entregado. Lo he visto pelear como un titán y no rendirse jamás. Se dedica a ayudar a todos sus feligreses en temas que son tabú en nuestra sociedad, y estos confían en él. Hoy en día, es más fácil ir al confesionario y admitir una infidelidad o un robo a mano armada que contar que sientes la

presencia de un difunto al lado de tu cama. Enseguida te tachan de loco. Carlos ha conseguido que lo llamen de todas partes de España y le soliciten ayuda. Y él se ofrece sin pedir nada a cambio. Para mí, esto no tiene que ver con las creencias que proclamas, sino con la clase de persona que eres. Según él, somos unos elegidos, escogidos a través de nuestra genética para enfrentarnos a todas esas bestias que pueden acabar con el ser humano. Y tiene razón: nacimos para combatir al Infierno. El problema es que, por el camino, la mayoría se ha perdido y no muestran ningún interés en proseguir con la misión para la cual fuimos creados.

—Y tú crees que «los de arriba» nos han abandonado a nuestra suerte.

—Sofía, no existe un arriba y un abajo, sino diversos planos superiores, diferentes formas de existencia. El Infierno no está ardiendo en llamas y en el Cielo los angelitos no están cantando todo el día. Existen portales para acceder a ellos, aunque para un humano es prácticamente imposible atravesarlos.

—Eso es lo que quieren los ofitas. Las escaleras son una especie de portal.

—Esos idiotas están chalados. No lo conseguirán nunca.

—¿Por qué?

—Porque un cuerpo físico no puede viajar a través de ellos. Se desintegraría al instante.

Sofía dio un respingo. Luego, pensativa, frunció el ceño.

—¡La ascensión de las almas! Quieren llegar a un estado como el que conseguimos en las meditaciones para que sea el espíritu el que viaje.

—Te repito que son unos chiflados que se creen todo lo que les diga su líder.

—Exacto. Se lo creen todo. Así funcionan las sectas. Primero, anulan tu personalidad, y luego, tu capacidad de decisión, hasta que al final cedes tu voluntad a otra persona. Ellos no son los peligrosos, lo es Janus. Es un vidente que sabe manejar la información que tiene según sus intereses. —Dibujó una mueca de disgusto—. Creo que está planeando un suicidio masivo.

Hugo se resistió a creer en lo que la bruja afirmaba.

—Así llamaría demasiado la atención. Le caería todo el peso de la ley encima. Ese vidente del tres al cuarto quiere poder. Está utilizándolos para sus rituales y para conseguir las llaves, nada más.

—Y cuando lo consiga, querrá borrar todas las huellas. Va a eliminarlos a todos.

Hugo achicó la mirada mientras valoraba todas las posibilidades de esa idea absurda: un hombre solo, con un poder inimaginable, con las cuatro llaves a su disposición y con el deseo de obtener toda la

sabiduría del universo. ¿Para qué? Ya contaba con la videncia. ¿Por qué atesorar también unos poderes que fueron repartidos con conciencia?

Avaricia.

No era capaz de obtener otra respuesta que no fuera esa.

—Cada gremio posee una serie de dones, diferentes e intransferibles, porque una sola especie no podría soportar la carga de todo ese poder acumulado. Estoy seguro de que implosionaría o algo parecido. Las cosas se hicieron así por algún motivo. Uno solo no puede atesorar todo ese poder. No puede ser.

—Janus quiere intentarlo.

—Morirá en el intento. Y nos haría un gran favor. Es un plan suicida.

—Puede que Edith sea capaz de localizar el lugar donde quiere realizar el ritual. Podríamos así interceptarlo.

—Créeme. No se moverá de su escondrijo hasta que no tenga todas las llaves. Y eso no va a suceder.

Sofía palideció. Recordó que era un objetivo. Y también que Janus no descansaría hasta despojarla de su don. Ya había invocado a una sombra, y ahora se había aliado con un demonio. Tenían un pacto, uno en el que no la habían tenido en cuenta. Uno se quedaría con la llave y el otro se adueñaría de su alma. Y ella se preguntaba: una vez arrancada la llave de su interior, ¿su alma permanecería intacta? Un intenso calor le recorrió la espina dorsal. Era rabia. Frustración.

—Tienes razón. ¿Por qué si existe Dios, permite que uno de sus elegidos se convierta en un asesino y pretenda, además, derribar las puertas de su casa?

Hugo esbozó una sonrisa de medio lado. Era positivo que la bruja comenzase a cuestionarse algunos principios del mundo sobrenatural. No existía respuesta para todas las preguntas, pese a que se movían en un mundo invisible para la mayoría. A ellos tampoco se les mostraba la verdad absoluta, aunque cada mañana se despertasen pensando que quizá fuera el último día de sus vidas. No tenían privilegios, más bien impedimentos para desarrollar su misión. Sin embargo, a pesar de todas las vicisitudes, seguían apoyando sus pies en el suelo cuando se levantaban. El padre Carlos lo llamaba fe; él, en cambio, prefería hablar de justicia.

—Aunque a veces es difícil, procuro no machacarme la cabeza con ciertas cosas. Hay mucha información que ignoras, muchos textos que no has estudiado y de los que yo tuve que empaparme por imposición de mi padre. Yo no quiero rayarme con estos temas. Estoy aquí para matar monstruos, es así de simple. Pero te diré algo. Existen algunas sectas gnósticas que afirman que Dios nos brindó el mayor de los dones: el libre albedrío. Por lo tanto, desde que nacemos, nosotros

podemos utilizar nuestros talentos innatos como queramos. Podemos escoger nuestro camino, elegir hacer el bien con ellos o el mal. Y es aquí donde radica el problema. Si tenemos absoluta libertad para decidir y nos entregamos a la oscuridad, Dios no podría intervenir en nuestros planes, regañarnos ni evitar que hagamos daño a otros o a nosotros mismos. Porque esto quebrantaría su propia norma y todos dejaríamos de ser libres. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Sofía asintió, algo confusa.

—Significa que Janus tiene todo el derecho de usar su poder como le dé la gana y que nadie va a pedirle cuentas.

—Es más que eso, Sofía. —Extendió los brazos como si quisiera abarcar todo el mundo—. La pregunta que nos hacemos desde que tenemos uso de razón: ¿Por qué Dios permite que ocurra esto?, carece de todo sentido, puesto que lo consiente para no menospreciar nuestra libertad. Si no, Dios se convertiría en un tirano, en un padre que somete a sus hijos obligándolos a cumplir su voluntad.

—Pero hay asesinos, violadores, terroristas..., que merecen ser castigados. ¿Por eso estabas tan enfadado con el padre Carlos? ¿Porque sabes que «los de arriba» jamás intervendrán?

—A veces, lo hacen. Y a eso lo llamamos «milagro». —Sacudió la cabeza, resignado—. Y sí, estoy cabreado. El ser humano no está a la altura de ese don que se nos concedió. Y nosotros, cazadores, brujos y videntes, estamos aquí para defender a los demás humanos de las bestias. ¡Esa fue la misión que se nos encomendó! Sin embargo, muchos brujos decidieron usar su poder para engatusar, manipular o hacerse ricos a costa de los demás. Los videntes dejaron de transmitir los mensajes que recibían y algunos cazadores guardaron sus armas y prefirieron tener una vida más relajada. Y es por eso por lo que ahora contamos con un puñado de brujos puros en el mundo, y tanto cazadores como videntes ven cómo está mermándose su comunidad. Estamos asistiendo a la muerte anunciada de nuestros gremios. Lenta y agónica. Y no podemos hacer nada para evitarlo. Llegará el día en el que nos extinguiremos.

La bruja salió al pequeño balcón y observó el continuo desfile de turistas, la mayoría con un mapa en la mano y una cámara en la otra, preparados para enfocar cualquier rincón de la ciudad que les resultara atractivo.

—Aunque pueda entender tu motivación, ¿sabes que ese discurso raya la xenofobia? ¿Genes puros?

—No, no, no. Yo no odio al ser humano simple y llano. Es al contrario: quiero protegerlo de todo lo que desconoce. Tú misma has comprobado con tus propios ojos la cantidad de seres oscuros que nos amenazan. Nosotros sacrificamos nuestras vidas para que ellos puedan tener la suya, aunque sea en la ignorancia.

—Pero hablas de pureza, de supervivencia..., de obligarnos a mantener relaciones de conveniencia. ¿No te das cuenta de a lo que suena eso?

—Yo nunca he nombrado a una raza superior. ¡Nunca! Y no quiero que malinterpretes mis palabras. Quiero que en un futuro haya cazadores, videntes y brujos dispuestos a continuar en la lucha. Hoy en día, ya hay personas que ignoran que poseen un don. Lo has visto. Esa chica, Pilar, y ese hombre de Tenerife. Incluso tú misma desconocías tus capacidades.

Sofía se acercó a él despacio, con semblante abatido y los ojos apagados.

—Puede que tú seas un cazador fuerte, capaz de imponerte a ti mismo a quién amar o escoger a la perfecta compañera sin que tu corazón se resienta. Pero yo no soy así. No voy a buscar a un brujo puro con el que emparejarme solo para cumplir no sé qué designio con la humanidad. Yo no puedo renunciar a mi libertad. El amor es un sentimiento que escapa a toda lógica. —Lo miró con una sinceridad que lo hizo flaquear por un segundo—. Y si más adelante te enamoras de una chica que nada tiene que ver con este mundo, ¿la apartarías de ti porque no es lo que te conviene? ¿Así sin más? ¿No sufrirías en silencio por ella? ¿No pensarías en ella cuando besases a tu cazadora perfecta? ¿De verdad crees que podrías olvidarla para cumplir con una ley que ni siquiera está escrita?

Hugo no respondió. Presionó los labios para evitar que ella descubriera el ligero temor que lo sacudía. Retrocedió tres pasos para aumentar la separación de ambos y colocó los brazos en jarra mostrando una autoridad que flaqueaba. Se sentía acorralado, por estúpido que pudiera parecer. Los ojos de la bruja habían centelleado al plantarse frente a él. Se habían tornado más claros, más transparentes. Sus palabras lo intimidaron, causaron el efecto que ella esperaba. Hugo no quiso parpadear. Temía que ella aprovechase su debilidad para estrujarle el corazón, arrancárselo de cuajo y someterlo a su merced. Ya no podía luchar más. No quería.

Aguantó su mirada fría unos segundos más y luego cogió aire; uno que le heló los pulmones y le recordó que no estaba ante una mujer cualquiera.

—Será mejor que descansemos —logró decir sin balbucear—. Mañana será otro día.

Al día siguiente, Hugo decidió que era mejor abandonar por unas horas esas cuatro paredes que comenzaban a oprimirlos. La jaula era demasiado pequeña, y los barrotes, muy gruesos. Sofía le agradeció que la dejara respirar, aunque fuese un aire álgido. Necesitaba apreciar la brisa azotar sus mejillas, congelar sus pestañas y resecar sus labios. Se sentía una turista más entre el tumulto, maravillándose

ante los hitos modernistas de la Ciudad Condal, imaginándose cómo sería la vida dos siglos atrás cuando Gaudí comenzó a brindarnos su arte, sus anhelos, su visión del mundo y sus luchas contra sí mismo y la sociedad. Torció la boca, disgustada. Seguro que no tuvo que enfrentarse a sectas diabólicas ni sombras maléficas.

Hugo la observaba encantado, con los ojos ilusionados, temiendo cerrarlos por si se perdía detalle alguno. Disfrutaba entre el gentío, escuchando frases en inglés, alabanzas en francés y gritos en italiano. Era una niña con zapatos nuevos. La guio por la ciudad, y durante unas horas olvidaron que eran fugitivos, prisioneros de una cárcel que ellos mismos habían construido.

Al llegar al puerto, y a pesar de escuchar el rugido del mar, hambriento como el que más, pasearon con las manos resguardadas en los bolsillos, impidiendo que el viento tiñera de azul sus dedos.

—¡Hay una heladería abierta! —exclamó entusiasmada.

—¿No querrás tomarte un helado con el frío que hace? —Él la miraba espantado.

—En el invierno saben mejor —se defendió ella—. Espérame aquí. No tardo nada. ¿Quieres uno?

Hugo arqueó las cejas hasta esconderlas bajo el flequillo. Ella se rio y cruzó la calle con una sonrisa de oreja a oreja. Esperó su turno con paciencia y satisfecha de no ser la única «turista» que ansiaba con desespero degustar un cono de chocolate.

—¿Y para usted, señorita? —Ella escogió el suyo sin dudarlo—. Está siendo un invierno muy duro, incluso para un gallego como yo.

—¿Lleva mucho tiempo aquí? —preguntó por cortesía.

—Uf, perdí la cuenta. Me vine hecho un chaval buscando trabajo, y cosas de la vida, me enamoré y me casé. Pero todos los veranos, cuando llegan las vacaciones, vuelvo a mi tierra. —El hombre se afanaba en redondear la bola de helado con la paleta. Lo hacía con esmero, sin apartar la vista del cono que sujetaba con la mano izquierda—. Mis hijos ya son mayores. Tienen su trabajo, su familia... Y yo estoy encantado con mis nietos.

El hombre calló. Enderezó la espalda y su cuello crujió como la madera vieja. Sofía observó cómo sus pupilas se dilataban. Parpadeó varias veces y fijó la mirada sobre ella, queriendo enfocarla mejor.

—¿Se encuentra bien?

—¿Dónde estás? —El heladero habló con una voz más grave, nada amigable.

—¿Cómo? ¿Le ocurre algo?

—Nada, niña, te preguntaba si querías un poco de sirope por encima —dijo con rostro afable.

Sofía dudó un segundo. Asintió sin despegar los labios y aceptó el cono con reticencia. Después, se alejó del hombre dando unos pasos

hacia atrás, todavía desconfiada. No comprendía lo que había sucedido. Juraría que el heladero había sufrido un desvarío. Puede que estuviera cansado, que el estrés le hubiese jugado una mala pasada. Sin embargo, algo en su interior le chillaba que huyese. Con paso ligero, se dispuso a cruzar la calzada. Quería llegar hasta Hugo lo más rápido posible. Entonces, sin pretenderlo, tropezó con una anciana que la torpedeó con sus penetrantes ojos marrones.

—Lo siento —se excusó muy afectada.

—Dime, ¿dónde estás? —La señora la amenazó con el bastón.

Ella se dio la vuelta, y una mujer con un caniche se detuvo a su altura. El perro no paraba de ladrar.

—No puedes escapar. Voy a encontrarte.

Sofía advirtió que también la mujer tenía las pupilas dilatadas. La miró unos segundos, para después proseguir su camino. El corazón comenzó a bombearle a una velocidad que no podía controlar. Buscó a Hugo con la mirada. Él ya se había percatado de que algo sucedía y se disponía a atravesar la calle. En ese momento, un niño que circulaba con una bicicleta torció el cuello hacia la derecha hasta acribillarla con sus pequeños ojos marrones.

—¡Así que has huido con él! —le gritó mientras continuaba pedaleando.

Se tensó aún más. No tenía escapatoria. El demonio estaba acorralándola, utilizando a personas corrientes para llegar hasta ella.

—Muéstrame algo de la ciudad en la que te encuentras —le susurró un hombre al oído.

La bruja cerró los ojos de manera instintiva. Él podía ver a través de los suyos. No sabía cómo estaba haciéndolo, cómo había logrado alcanzarla. Sintió pánico. El corazón se le encogió y su laringe no era capaz de chillar. No podía respirar con normalidad. Hiperventilaba. Percibió una presión insostenible en el pecho. Los pulmones se le colapsaban. Aire. Necesitaba coger aire. Probó a tomar una bocanada, pero el oxígeno no llegaba. Volvió a intentarlo llevándose las manos a la garganta. La cabeza comenzó a darle vueltas.

Y se desmayó.

21

Cruzados

Durante tres días con sus interminables noches, corrió tras las liebres y perdices buscando alimento. Estaba famélico. El estómago le rugía como un león colérico, deseoso de venganza. Poco podían hacer los animalillos ante la furia desatada de su bestia. Oriol necesitaba alimentarse, beber de su sangre, devorar sus huesos, saborear su carne. Sin embargo, tras saciarse, se arrepentía de su comportamiento aberrante. Se detestaba a sí mismo. Debía haberlo previsto todo, haberse organizado y reunido víveres, botellas de agua e incluso algún mechero antes de internarse en el bosque. Ahora intentaba ser precavido para que los aldeanos del pueblo más cercano no lo viesen bebiendo del río o hincándole el diente a una corneja desplumada.

Sus heridas sanaban poco a poco; un proceso que se le antojaba demasiado lento. Estaba acostumbrado a permanecer tan solo unas cuantas horas de reposo tras un golpe considerable antes de volver a la carga, y muchas eran las veces en las que continuaba luchando a pesar de la gravedad de algunas. No obstante, el maldito veneno había penetrado en el torrente sanguíneo afectando a algunos órganos vitales. Su bestia se tomaba su tiempo para recuperarse del todo, aunque le llevara jornadas enteras. Y Oriol no podía lamentarse, ya que las toxinas comenzaban a ser expulsadas. Sudaba más de lo habitual, percibía el esfuerzo que hacían sus riñones y cómo su calor corporal había aumentado. El proceso de sanación había comenzado.

Por el día se refugiaba en una cueva que le daba cobijo y así evitaba tropezarse con los lugareños a quienes podría asustar. No quería más problemas. Y eso incluía que organizaran una batida para cazarlo confundiéndolo quizá con un oso o cualquier otro animal de enormes dimensiones. Así que dormía hasta que el crepúsculo se hacía dueño del cielo. Y cuando la primera estrella despuntaba en el horizonte, se atrevía a acercarse a la casona, donde continuaba su padre con el resto del equipo. Lo observaba en sus labores de vigilancia desde el rellano, con la escopeta sobre sus piernas, concentrado y receloso, hasta que León lo hacía entrar para que no cogiera frío.

Allí pasaba horas, escondido tras los gruesos tallos de los árboles, acechando por si el enemigo regresaba y tuviese que actuar. Además, mantenía la esperanza de avizorar a Sofía contemplando la noche

desde la ventana, aunque ella ya no estuviera. Hugo se la había llevado. Y a pesar de que ansiaba que su vuelta fuera inminente, sabía que era poco probable. La habían apartado del demonio y también de él.

Poco a poco, fue recuperando su aspecto humano. El vello fue desapareciendo y las uñas largas se acortaban cada noche, otorgándole a sus dedos un aspecto más normal. Fue entonces cuando todos sus temores se desvanecieron. Su bestia no iba a tomar el control ni lucharía por permanecer en su estado. Por eso, cada vez que cerraba los ojos ante un nuevo amanecer, sonreía. Por fin el tiempo era su mejor aliado y pronto volvería a ser el de siempre.

El día que cruzó el umbral de la puerta de la casa, lloró. Se desplomó ante su padre, quien le acarició la melena mientras trataba de tranquilizarlo. Sintió el calor de sus amigos y compañeros, llenándolo de abrazos, arropándolo con sus muestras de afecto. A ninguno le importó su aspecto salvaje, la ropa hecha jirones ni el intenso olor que desprendía su piel. El hijo pródigo había regresado, más fuerte que nunca y dispuesto a enfrentarse al demonio que lo había doblegado.

Después de una ducha caliente y de deshacerse de los harapos que lo cubrían, salió al porche. Allí permaneció unas horas en silencio, observando el único camino de tierra que conducía a la propiedad. Por allí se había marchado Sofía, y aunque había comprendido las motivaciones de su padre, esperaba encontrar una señal que le desvelara el lugar escogido por Hugo para ocultarla. Estaba tan ensimismado desgranando las últimas conversaciones con su hermano que no advirtió la llegada de Iris. La muchacha, antes de hablar, lo había mirado con compasión y algo de lástima. Ninguno, ni siquiera su padre, le habían preguntado por sus correrías en el bosque, y él lo había preferido así. Existían asuntos que era mejor mantenerlos en secreto, bajo un silencio sagrado donde dormía su intimidad.

—¿Necesitas algo más? ¿Tienes hambre? —Iris posó su mano sobre la de él.

—No, estoy bien —le respondió sin mirarla.

—No, no lo estás —le dijo, mostrándole una sonrisa benévola.

Oriol frunció el ceño y examinó su rostro unos segundos. El poder de la muchacha crecía día a día, lo percibía. Su empatía la convertía en una vidente más avezada pero también más vulnerable. Iris debía aprender a manejar todo ese flujo de sentimientos sin que estos la arrastrasen al fondo del océano, donde podría quedar sepultada.

—¿Qué sabes?

—Hugo está inmerso en una lucha interior y Sofía no solo le tiene miedo al demonio —le respondió, esperando que él le rellenase los huecos que faltaban.

—¡Es el maldito vínculo! Debí imaginar que no estaban contándome toda la historia —dedujo al tiempo que rechinaba los dientes—. Hugo me dijo que la noche en la que la Sombra lo atacó, la herida fue más grave de lo que supusimos. Sofía, para evitar que muriera, lanzó un hechizo de sanación, pero su sangre se mezcló con la de mi hermano… Por eso Hugo se siente unido a ella. Ha tenido sueños e incluso visiones cuando el demonio la secuestró… Ahora me doy cuenta de que hay algo más. Ese hechizo unió su sangre, y también sus corazones.

—¡No puede ser, Oriol! ¿Y por qué nadie me contó nada? Desde el principio estaba segura de que algo raro ocurría. Hugo se comportaba de manera irracional, más que de costumbre. Sus cambios de humor son frecuentes. Puede estar sonriéndote y, al segundo, mirarte con ojos asesinos. Varias veces intenté leer su mente, pero solo escuchaba al viento soplar, como si sus pensamientos fueran tan volátiles que apenas tuvieran tiempo para echar raíces en su cabeza. Percibía que algo lo disgustaba, supuse que era toda esta situación y no insistí más. —Iris bajó la barbilla, arrepentida por haber tirado la toalla tan rápido —. Sin embargo, la noche que lo vi correr tras ella, me sentí estúpida por haber estado tan ciega. ¡Maldita sea! ¡Lo he tenido delante de mis ojos!

—¿Y Sofía? ¿Sabes si sus sentimientos son mutuos? —Lanzó la pregunta al aire sin atreverse a mirar a la vidente. Temía que su rostro le desvelara la respuesta antes de que pronunciara palabra alguna.

—Sofía quiso contármelo poco antes de marcharse, pero no la dejé. ¡Soy una estúpida! Estaba tan enfadada que mi soberbia no quiso escucharla. ¡Oh, Dios! ¿Por qué no me dijeron nada? Podría haberlos ayudado. Habríamos buscado la manera de minimizar las consecuencias del hechizo. Estoy segura de que a Harry o a mi madre se les habría ocurrido algo.

Apoyó los codos en la balaustrada de madera y bajó la cabeza hasta llegar a observar la tierra del suelo.

—No me has respondido —insistió el cazador—. ¿Leíste a Sofía?

—Lo intenté. Ella es más dura que Hugo. Tiene montado todo un caparazón de hierro alrededor de su mente, y su bruja interior no permite que nadie la asalte. —Resopló hasta agotar el aire de sus pulmones—. Aunque me dijo que sus sentimientos por ti no habían cambiado. Ella te quiere a ti, de eso estoy segura. No lo afirmo como vidente, sino como amiga suya.

Oriol frunció el ceño, preocupado.

—No sabemos las consecuencias finales de ese hechizo. No tenemos ni idea de lo que puede hacerles pensar o sentir. Y ahora no están aquí. Están lejos. Huyendo de ese demonio los dos solos, sin ayuda, cuando ellos mismos ya son una bomba de relojería.

—Hugo no dejará que le pase nada.

—Si es verdad que mi hermano está atado a ella de una manera obsesiva, podría sacrificar su vida para salvarla o cometer una estupidez peor: acabar con todo aquel que se le interponga en su camino sin preocuparle las consecuencias.

—Eso no lo sabemos.

—Yo sí lo sé. Ya lo viví con Beatriz. —El brillo de sus ojos se apagó al mencionar su nombre—. Buscaba mi atención continua. Se saltaba las clases, se escapaba de casa para meterse en la mía. Enloqueció, y su amor se volvió enfermizo. Y lo peor de todo es que yo no quise verlo hasta que fue demasiado tarde.

—Hugo no es Beatriz.

—¡¿Y por qué se callaron?! Tú misma te lo preguntaste antes. ¿Por qué no ser sinceros?

—Quizá por vergüenza, o puede que ni ellos mismos conocieran los efectos secundarios del hechizo. Sofía no domina sus poderes. Sus poderes la dominan a ella. A saber qué clase de conjuro lanzó.

—Ahora no podemos preguntarles. Hay que encontrarlos, Iris, antes de que sea demasiado tarde.

La vidente asintió. Había comenzado una carrera contra reloj. Tenía que usar todas sus armas para tratar de localizarlos: péndulos, un mapa, algún objeto que les perteneciese o incluso probar con las cartas del tarot. Alguno tendría que arrojarle una pista sobre su paradero. Aunque sabía que eso entrañaba un riesgo, ya que sus pesquisas podrían ser interceptadas por el demonio y conducirlo directo a su escondite.

—¿Sabe Rafael algo de esto? ¿O alguien a quien podamos acudir?

—Conozco a mi hermano. Es tan orgulloso que habrá pensado que podría solucionarlo solito.

Oriol frunció el ceño al escuchar el ruido del motor de un vehículo aproximándose a ellos. Pronto divisó un coche plateado acercándose muy despacio a la casona. Torció el gesto, receloso.

—Son los otros cazadores —le aclaró Iris—. Tu padre los mandó llamar en cuanto todo se complicó.

—¿No se suponía que esto debía ser un lugar secreto?, ¿y que íbamos a arreglárnoslas solos?

—El demonio sabe dónde estamos, así que Janus también estará al tanto. Este sitio está comprometido. Además, Sofía ya no está aquí. ¿Qué te ocurre? —le preguntó al ver que arrugaba el rostro, no muy convencido.

—Todavía no lo sé. Mi bestia no se encuentra muy cómoda con esta reunión.

León salió al encuentro de los tres invitados expresando su alegría. Se abrazó primero a Berto, con quien había hecho buenas migas, para

luego saludar a Sonia con una palmadita en la espalda. Seguían sin tener noticias de Lucía. En cambio, sorprendido, le estrechó la mano a Alonso.

—Tenía que venir. Mi sobrina todavía está muy alterada. No duerme por las noches. Tiene miedo de que el demonio vuelva a por ella. ¡Tenemos que pararlo, León!

El tosco cazador asintió con semblante duro. Ya era hora de asestarle un buen golpe al enemigo. Uno que no se esperara.

Edith se acomodó sobre un cojín como cada tarde en el salón de su casa. Podía refugiarse en la intimidad de su dormitorio o relajarse mientras se daba un baño de espuma a la luz de sus velas perfumadas, sin embargo, prefería ese rincón para concentrarse en la misión que le quitaba el sueño. Allí lograba expandir su espíritu y conectar con rapidez con el flujo energético que la llevaría hasta la ubicación final de la secta.

En las sesiones anteriores, había descubierto la gran cantidad de ramificaciones con las que contaba Janus por toda Europa. Había señalado en el mapa pequeños grupos de seguidores en ciudades como Ámsterdam, Lyon, Malmö, Viena y Múnich. Así que no le extrañó que el grupo de Venecia que había secuestrado al vidente meses atrás fuera tan solo de cuatro personas. Esos fanáticos estaban dispersos por toda la geografía del viejo continente.

Después de purificar el ambiente con el perfume de la salvia seca, encendió cuatro velas blancas, una por cada punto cardinal, y colocó la foto de Luca Torresan, el vidente italiano que había ocupado las primeras páginas de los periódicos de su país tras su liberación. Tenía que encontrar un vínculo que la llevase hasta Janus, y qué mejor manera que utilizar una de las llaves. Entornó los párpados y recitó unas oraciones antes de comenzar. Con estas, pedía permiso al mundo de los espíritus para que la dejasen viajar a través de él, y al mismo tiempo solicitaba su protección. Janus era vidente, por lo que corría el riesgo de ser interceptada al espiarlo.

No tardó mucho en iniciar el vuelo, y reparó de inmediato en la primera imagen que tomaba forma en su mente. Era un pasillo largo con paredes blancas y desnudas que parecía conducirte a ninguna parte, ya que desembocaba en otros tres de igual altura y longitud. Los recorrió sin mucho interés, hasta que por fin escuchó una serie de voces provenientes del corredor que estaba más a su derecha. Continuó por él con precaución, y pronto descubrió unas escaleras poco iluminadas que descendían hasta una planta inferior. Al dejar atrás el último peldaño, reparó en que había aterrizado en una

habitación no muy grande. Había un armario viejo del que sobresalían unas cuantas túnicas, además de una mesa cuadrada con un cáliz plateado en el centro. La copa estaba decorada con una serpiente que rodeaba su borde, y así su cabeza sobresalía de este, para luego inclinarse hacia el interior, como si el reptil estuviera bebiendo de la misma.

Edith continuó con la inspección, y cayó en la cuenta de que las voces se alejaban del cuarto. Dudó entre seguirlos o centrarse en algún indicio que le desvelara la ciudad en la que se encontraba. Era evidente que se había topado con otra de las madrigueras de la secta, aunque ya empezaba a cansarse de anotar la localización y dar parte a los cazadores pertinentes. Tenía que hallar a Janus, ubicarlo en un mapa para acabar de una vez por todas con esa pesadilla.

De pronto, percibió una energía discreta revolotear alrededor de ella. Había otra vidente tratando de emplazar al líder de la secta. No tuvo que esperar mucho para entablar comunicación con ella. Tampoco necesitaba hablar su idioma para transmitirle sus pensamientos. La mujer, una vidente sueca, estaba allí para ayudar a su cazador a huir. Sabía que ya le habían extraído la llave y no quería que siguiesen torturándolo.

—*El tirano está aquí* —le confirmó.

—*Somos dos. Si es verdad que se nutre de los poderes de los que mata, no tardará en percatarse de que estamos aquí.*

—*He llegado muy lejos. No voy a irme hasta que encuentre a Elof. Consiguieron secuestrarlo cuando volvía a casa después de impartir sus clases. Es profesor y también la llave de los cazadores.*

—*¿Sabes dónde estamos? ¿En una ciudad de Suecia, tal vez?*

—*No, no se trata de mi país. Se lo han llevado lejos. He visto canales y calles con adoquines.*

—*No puede ser Venecia otra vez.*

De pronto, escucharon un estruendo, y ambas dirigieron sus miradas hacia la puerta. No tuvieron tiempo de nada más. Una bola de energía cruzó la habitación a gran velocidad e impactó sobre la vidente sueca. Edith se retorció ante los chillidos estentóreos de la mujer. Percibía su sufrimiento, sus ganas de escapar del fuego azul en el que estaba envuelta. Pero antes de que pudiera socorrerla, asistió perpleja a su último aliento. Ahogó un grito de espanto y encuadró al hombre del que había partido esa furia descontrolada. Todavía mantenía las palmas de las manos alzadas, dibujando las alas de un ángel misericordioso. Sin embargo, ese ataque nada tenía que ver con la compasión ni con la piedad. Había sido cruel, inhumano, con rasgos que se ajustaban a un comportamiento sádico. Sobrecogida, la vidente examinó los ojos de su enemigo. Eran grises, como una maraña de nubes revueltas; profundos, como un agujero negro sin salida, y con

unas pupilas tan exorbitantes que parecían estar suspendidas en un espacio infinito. Ese hombre, ese miserable llamado Janus, no solo era un vidente, sino también un brujo. ¡Era un cruzado!

Por un segundo se fundió con sus pensamientos, repletos de un orden dentro del mismísimo caos. Janus ansiaba una civilización perfecta, donde los tres gremios convivieran en armonía sin importar su procedencia. No existirían las clases ni los cruzados porque todos tendrían acceso a la misma fuente de poder: un manantial eterno que se erigía en el centro de una plaza con adoquines blancos y del que brotaba un agua pura y transparente. Edith se conmovió con aquella visión. Los demonios estaban erradicados de un mundo donde los niños crecían con las mismas oportunidades, ya fueran humanos, videntes, brujos o cazadores. Todos iban de la mano. Todos se instruían en las mismas materias. Incluso los humanos poseían la capacidad de ver más allá, de alcanzar el mundo que durante siglos fue invisible para ellos. Y ella sonrió.

Ese futuro prometedor con el que tantas veces había soñado era el sueño de Janus: traer un pedacito del Cielo a la Tierra.

—*¿Me comprendes ahora?* —escuchó su voz retumbar en su cabeza —. *Todo sueño implica un gran sacrificio. El mundo se merece vivir en libertad. Tu hija dejaría de ser una cruzada. Tendría las mismas oportunidades que el resto. Nadie la señalaría porque es la hija de un alcohólico ni pondría en duda sus capacidades. La pureza estaría al alcance de todos, como debe ser… He visto a Iris. Es una mujer bella y fuerte. Ella podría ser el baluarte de una nueva generación de los cruzados. Una con más poder.*

Ella no pudo responder. Abandonó la estancia y su espíritu regresó a casa, a su lugar seguro. Consternada, abrió los ojos despacio y bebió del vaso de agua que siempre la esperaba después de un astral. Había conectado con Janus y él había dejado que escapase. Podía haberla herido, como sucedió con la Sombra meses atrás, sin embargo, la había dejado vivir. Pensó en la vidente sueca, en su suerte, y se lamentó de su destino. Podría haber sido al revés. Janus podría haber decidido atacarla primero y jamás habría vuelto a casa. Su espíritu habría quedado atrapado, vagando entre dos mundos sin rumbo alguno, mientras su cuerpo inerte yacería en el comedor. Le había perdonado la vida, y todo porque él también había leído su mente: Janus sabía que tenía una hija medio vidente. Y quería que ella también participase en su locura.

Se acomodaron en la sala donde improvisaron una de esas reuniones tan típicas entre los cazadores. A pesar del ambiente distendido y de

las latas de cerveza que abrían a destajo, el desasosiego continuaba revoloteando sobre sus hombros, con más garra. Janus poseía dos de las cuatro llaves, y por esa razón, sus almas intranquilas no conseguían alcanzar la paz absoluta. Debían mantener a Sofía a salvo. Su única esperanza.

—Y podemos dar por perdida la tercera llave, si la posee un demonio —dedujo Sonia.

—Yo no estaría tan seguro —le discutió Oriol—. Por mucho que se trate de un ser del inframundo, no querrá que lo abran en canal y experimenten con él. Los demonios son seres egocéntricos e individualistas.

Rafael reparó en el retintín usado por su hijo.

—No si obedecen a uno de categoría superior —insistió la cazadora—. Jamás se oponen a sus órdenes. Estoy segura de que ese demonio hará lo que su jefe le pida.

—Estamos suponiendo muchas cosas —intervino el padre Carlos —. No sabemos quién posee esa llave, si se trata de un líder dentro de su jerarquía demoníaca o no. Ni siquiera si cedería a las peticiones de Janus sin oponer resistencia.

Sonia se encogió de hombros.

—Es normal pensar que una llave no la tiene cualquiera. Sofía no es una bruja como las demás. Así que ese demonio tiene que ser alguien especial.

—¿Qué sabemos del vidente italiano y del cazador sueco? —le preguntó Rafael al padre Carlos—. ¿Provienen de familias con algún talento extraordinario?

—¿Además de la pureza de su sangre? —El cura se rascó la cabeza —. No creo que exista nada especial en su árbol genealógico. Hasta ellos mismos desconocían la existencia de las llaves.

—¿Y el cazador?, ¿sigue en manos de la secta? —preguntó Berto con una avispada curiosidad—. ¿Sabemos en qué ciudad se encuentran?

—No —se lamentó Rafael—, pero tenemos a muchos videntes trabajando con bastante discreción en eso. Janus ha resultado ser uno de los nuestros.

—¿Y qué quiere? ¿Por qué nos hace esto? Ha matado a muchas personas solo para conseguir un objetivo utópico. —Alonso caminaba de un lado a otro de la sala tratando de comprender la información.

—¿Y quién dice que sea utópico? —Harry dio tres pasos al frente e hizo que todas las miradas se centrarán en él—. Se ha teorizado mucho sobre los portales interdimensionales. Esas puertas que conectan el multiverso, accesos a otros mundos. Unos hablan de otros planetas, y otros, de planos de existencia superiores. La realidad es que tenemos un total desconocimiento sobre estos temas.

—¿Y crees que Janus maneja información privilegiada? —Alonso negaba con la cabeza—. Yo no creo que se trate de un vidente con dones especiales, sino de un idiota que cree que, abriendo las puertas del Cielo, lloverán ángeles.

Rafael torció el gesto y luego hundió la frente en la palma de su mano.

—Esto no nos lleva a ninguna parte. Teorizar sin pruebas nos aleja de nuestro cometido actual: despistar al demonio para que no llegue hasta Sofía.

Oriol e Iris intercambiaron una mirada incómoda. Ellos se proponían hacer justo lo contrario de lo que les pedía el viejo cazador. Estaban dispuestos a encontrar a la bruja sea como fuese. Tanto Hugo como ella corrían un peligro inminente, desconocido tal vez, pero que podría empujarlos a un destino fatal a ambos.

En ese momento, tanto el teléfono de Rafael como el del padre Carlos comenzaron a sonar. El cazador se disculpó al ver que Edith lo requería. Sin embargo, el sacerdote contempló la pantalla con recelo antes de contestar. Después, salió al exterior en busca de intimidad.

Carlos contuvo la respiración un par de segundos al escuchar la voz de Luis al otro lado del aparato. El sacerdote entusiasta, a quien había dejado a cargo del vidente italiano, lo saludaba ahora con tono agrio y algo afectado:

—Me dijiste que te avisara si pasaba algo raro con Luca. —Hizo una pausa, consciente de aumentar así el dramatismo del momento—. Apenas ha hablado desde que te fuiste. Se pasa todo el día mirando por la ventana, y de vez en cuando, entona alguna canción. Es educado con el equipo médico, y solo cuando su madre lo visita, dice tres frases seguidas. Sin embargo, esta mañana se ha levantado, se ha plantado frente al televisor apagado y ha iniciado una especie de «diálogo» con él. Entonces, las enfermeras me han llamado a mí y al psiquiatra. Y por suerte he llegado antes que el doctor. No puedes imaginarte la cara que tenía. Otra vez parecía estar fuera de sí, con los progresos que lleva haciendo...

El padre Carlos chasqueó la lengua antes de hablar:

—¿Quieres ir al grano? Aquí tenemos una situación delicada y nos quedamos sin tiempo.

—Sí, sí, claro, por supuesto. Espera, que cojo mi bloc de notas. Lo he anotado todo, como me dijiste —le confesó orgulloso—. Ha vuelto a hablar de Sofía. Se ha reído diciendo que está cerca de Sofía. Muy muy cerca. Ha dicho que el lobo se ha disfrazado de cordero para estar cerca del rebaño porque Janus se lo ha ordenado así.

Al sacerdote se le erizó todo el vello del cuerpo. Tragó saliva y se alejó aún más de la casa.

—¿Ha hablado en italiano? —Escuchó un rotundo sí al otro lado

del aparato—. ¿Estamos seguros de la traducción?

El padre Luis carraspeó, sin ocultar que esa duda lo había ofendido. No obstante, prefirió no responder a la pregunta.

—¿Qué es lo que le preocupa?

—«Un lobo disfrazado de cordero». ¿Podría ser un «lobo con piel de cordero»?

—Bueno, se trata de un ligero matiz. Lo importante es que hablaba de cuatro corderitos y de que ahora ya solo quedan dos. Se atrevió a inventarse una canción sobre eso, e incluso a saltar sobre la cama.

El sacerdote presionó los labios con fuerza al deducir que el vidente no hablaba de corderos, sino de las cuatro llaves. Le faltaban dos para completar el manojo e iniciar la apertura de las desconocidas puertas del Cielo. Entonces, escuchó un quejido y, a continuación, una respiración profunda al otro lado de la línea.

—¿Padre Luis?

—*Ciao, padre. Le sono mancato?*

El sacerdote reprimió una exhalación lastimosa y trató de mantener un tono nada alarmista. Había reconocido la voz de Luca, e imaginó que este le había arrebatado el móvil a su compañero. «Hola, padre. ¿Me ha echado de menos?», le había preguntado. No, no lo había hecho. Es más, habría preferido no haberlo conocido nunca, al menos en tales circunstancias. Aunque estaba convencido de que el joven educado y risueño del que sus padres le habían hablado seguía vivo en su interior, no dudaba de la influencia de Janus sobre él. «No sé cómo está haciéndolo, pero de alguna manera le perteneces».

—¿Dónde está el padre Luis?

—*Luigi? Ah, non deve preoccuparsi per lui. Stá bene. Il problema é Sofía.*[12]

—*Cosa succede con lei?*[13] —El padre Carlos contuvo la respiración y aguardó la respuesta con cierta angustia. Ya sabía que algo sucedía con la joven bruja. Se había convertido en un diamante sin pulir valioso y ansiado por todos. Trataba de ocultarse. Sin embargo, era consciente de que Janus contaría con espías en los lugares más insospechados.

—*Il demonio la vuole solo per se, e Janus non si fida piú di lui.*[14]

—*Ti ha detto Janus di parlare con me?*[15]

—*Mi ha detto che la pelle é solo un vestito.*[16]

Cuando el sacerdote le pidió que le explicase mejor la frase, el vidente colgó. El padre Carlos llamó de nuevo con la esperanza de al menos escuchar la voz de su colega, sin embargo, no obtuvo respuesta. Reflexionó intranquilo, recordando las últimas palabras de Luca. El demonio estaba descontrolado, tanto que hasta Janus desconfiaba de él. Y eso era malo. Muy malo. El líder de la secta lo había invocado con la certeza de que lo ayudaría a obtener las llaves. Y sí, le había

entregado la de los cazadores, y estaba convencido de que en cualquier momento conseguiría la llave de los demonios. No obstante, se había obsesionado con Sofía. Estaban inmersos en una carrera contra reloj en la que aumentaban los participantes.

—La piel es solo un vestido —repitió en voz alta para sí mismo, como si así invitara a la musa de la inspiración a desentrañar el misterio que rodeaba a esa frase.

Entonces, un escalofrío recorrió toda su espina dorsal y se detuvo en la nuca. «La piel del demonio. Su vestido ante los demás», reflexionó. No existía un cazador traidor. Nunca lo hubo. Se había equivocado. El caído se había encarnado en un cazador. Un cazador amigo. «Siempre ha estado entre nosotros», pensó con amargura.

Muy despacio, giró la cabeza hacia la ventana y pensó en los recién llegados. Faltaba Lucía. ¿Por qué no habían logrado comunicarse con ella?

22

VÍnculo

Se despertó desorientada. Agitada, movía los brazos con desespero mientras buscaba con la mirada un punto de referencia que la anclase al lugar. Al escucharla, Hugo se sentó en la cama y trató de calmarla. Su pecho ascendía y descendía con suma rapidez, como un fuelle enajenado queriendo avivar un fuego ya de por sí descontrolado. El cazador detuvo sus desbocadas sacudidas sujetándola por las muñecas y la obligó a admirar el profundo verdor de sus ojos. Sofía descansó en ellos unos segundos, se permitió dejar de luchar y se abandonó a sus emociones. Frustración. Rabia. Impotencia. Todos brotaron de un rincón de su espíritu y se transformaron en decenas de lágrimas que inundaron con celeridad su rostro cansado.

Hugo la atrajo hacia él, y ella hundió su frente en el hombro del muchacho mientras trataba de reprimir la angustia que la devoraba por dentro.

—Estás a salvo. Ya pasó. —Quiso consolarla al tiempo que le acariciaba los cabellos.

Ella se apartó despacio y se secó las lágrimas con el dorso de la mano.

—No sé cómo lo ha hecho, pero es como si pudiera ver a través de mí —le explicó, todavía alterada—. Cuando quise darme cuenta, cerré los ojos. No quería que reconociese el paseo marítimo o algún edificio de la ciudad. ¡No puedo escapar de él! Está en todas partes. ¿Para qué seguir huyendo? Ha conseguido entrar en mi cabeza, hurgar en mis pensamientos, y casi consigue que cayese en su trampa.

—Pero no lo hiciste. Fuiste muy lista no mostrándole lo que quería ver.

—¿Cómo ha logrado llegar hasta mí? No dejo de preguntarme cómo no lo he sentido.

—Los videntes poseen esa habilidad —le desveló el cazador—. Cuando entran en esa especie de trance, son capaces de ver a través de los ojos de la persona escogida. Lo hacen cuando se meten en la mente de una víctima o del propio asesino. Es ahí cuando tratan de buscar algún detalle que los ayude a localizar a una persona que ha sido secuestrada o que simplemente se ha perdido en el monte. Es una técnica muy difícil de la que pocos videntes pueden presumir. Sin embargo, se parece mucho a lo que ha hecho ese demonio. Es

indudable que ha establecido una conexión especial contigo, quizá por lo sucedido en la nieve. O puede que, al inmiscuirse en tus sueños a través de los visitantes, haya dado con la tecla justa.

—No estamos seguros en ningún sitio —se lamentó abatida—. Si cuando se le antoje puede acceder a mi mente, estoy perdida.

—Aquí no va a encontrarte. He cerrado las ventanas.

Sofía lanzó una exhalación derrotista y luego contempló el angosto haz de luz que se filtraba a través de ellas. Era de día, sin duda. No obstante, en la habitación reinaba la penumbra; un juego de luces y sombras que acrecentaba su apatía.

—Te ha visto a ti.

Hugo torció la boca sin disimular su turbación. Arqueó las cejas y lanzó un silbido de desahogo.

—Bueno, pues ya sabe que no voy a ponérselo fácil. Soy uno de los mejores cazadores que hay en el mundo, y por el momento, ninguna bestia me ha hecho temblar —fanfarroneó mientras esbozaba una sonrisa socarrona—. Y te aseguro que él no va a ser el primero.

—Esto no es una broma.

—Sofía, seguimos vivos. Este es mi trabajo. No es la primera vez que estoy en una situación complicada, ni será la última. Esos idiotas de la secta pueden seguir enviándonos todos los monstruos que quieran, que yo no voy a rendirme.

Ella agachó la cabeza y se permitió entornar los párpados. Estaba agotada. Le dolía pensar. Quería mantener la mente en blanco, despejada y que ningún tormento más la perturbase. Si pudiera dormir hasta olvidarse de su propia existencia… Pero incluso eso podría ser peligroso. Los visitantes de alcoba, esclavos de ese demonio, podrían irrumpir en cualquier momento en sus sueños. Abrió los ojos y jugueteó con el amuleto que le había preparado Edith. Con él, no tendría que temer a esos espíritus. Y, sin embargo, ¿por qué no se sentía segura?

—Si pudiera llegar hasta mi madre —susurró—. Estoy convencida de que hallaría una solución para todo. Tiene que ser muy poderosa si también es capaz de contactar conmigo y ayudarme desde la distancia. Acabaría con ese demonio con tan solo cerrar el puño, o al menos es así como me gustaría que fuera. Si ella estuviera aquí…

—Ey, no te pongas triste ahora. —Con el dedo índice, Hugo alzó su barbilla despacio y la miró con anhelo—. Necesito que seas fuerte. Necesito que seas la bruja de hielo. Ya no solo por ti, sino también por mí. Recuerda que estamos juntos en esto. Y que ese malnacido sabe que estoy contigo. Por cierto, se habrá puesto muy celoso. Eres su fruto prohibido.

—No tiene por qué estar celoso —le dijo algo ofendida—. Oh, Dios, perdona, no quería decir eso… No pretendía insinuar que él

fuese mejor que tú. Sabes de sobra que no lo es. Es solo que… estoy tan aturdida que no consigo expresarme bien.

Sofía quiso levantarse, pero Hugo agarró su mano y la devolvió a la cama. Ella lo miró confundida. Entonces, él estampó sus labios contra su boca sin darle tiempo a reaccionar. La besó, liberando todo ese deseo contenido que le había comprimido las entrañas. La besó, dando rienda suelta a sus impulsos sin sopesar las consecuencias. La ansiaba. La anhelaba. Por fin había llegado ese momento que tantas veces había recreado en sus sueños. Su respiración entrecortada delataba su ímpetu, sus ganas tantas veces reprimidas de poseerla. Al inicio, ella bebió de su pasión y se alimentó de su vigor desbordado, de su energía descontrolada que le insuflaba arrojo para continuar. Sin embargo, aunque la nutría de coraje y le regalaba toda esa libertad que necesitaba en ese preciso instante, su mente se interpuso entre el arrebato y el frenesí.

Con rubor, apartó su cuerpo despacio, despegando sus labios enajenados de su boca.

—Esto no está bien —admitió con cierto bochorno—. No debería haber pasado.

—No digas eso, por favor. No digas nada.

—Hugo, tu amiga vidente ya nos advirtió de que esto podría suceder. Pero no es real. Esto es una consecuencia más del conjuro. —Sofía abandonó la cama y le dio la espalda. No podía mirarlo a los ojos. No quería afrontar la desilusión que se había instalado en ellos.

El cazador se aferró a las sábanas y enterró las uñas en el colchón, tratando de apaciguar la hiriente exasperación que lo azotaba.

—Entonces, ¿ha sido fruto de mi imaginación que nuestros labios se juntaran? ¿O tal vez han sido los delirios de un sueño compartido? No es real, ¿dices? Porque yo lo he sentido aquí —confesó, llevándose la mano al pecho, para después tapar con los dedos su boca—. Y aquí… ¿Qué historia estás contándome, Sofía?

—Ha sido culpa mía —admitió mientras negaba con la cabeza—. Sabía que el hechizo empezaba a consumirte, pero pensé que lograrías vencer la batalla, porque se trata de ti. ¡Hugo, el cazador a quien ningún monstruo ha puesto de rodillas! Sin embargo, esto comenzó mucho antes de que yo me diera cuenta, ¿verdad? —Él la miró ofendido, sin ganas de someterse a un interrogatorio sobre su persona —. ¿Cuándo? No fue cuando el demonio me llevó a su terreno en el bosque como yo suponía. ¿Fue cuando me acechó en la calle y corriste tras él para ayudar a tu hermano? Estuviste muy raro después, cuando te descubrí mirándome a través de la ventana. ¿No fue ahí? ¿Antes? ¡Oh, por Dios, Hugo! Viniste a mi casa porque ya estabas soñando conmigo. Y yo fui tan tonta que no me di cuenta. Es más, te pregunté. Te pedí sinceridad. Confianza. ¿Por qué no me contaste nada?

—No había nada que contar. Y menos a ti. ¿No lo entiendes? He estado luchando contra mis propios sentimientos. Cada mañana al levantarme. Todas las noches antes de dormirme. Pero no porque creyera que ese estúpido conjuro me manipulase y de repente, por arte de magia, consiguiese cambiar lo que siento por ti. No se trata de eso. ¡Eso son estupideces! ¡No me permitía sentir porque quiero a mi hermano! Oriol ha sido mi única traba. Y sentí celos de él; porque tenía tu atención, porque, a pesar de haber conocido a su bestia, seguías amándolo. Yo no significo nada para ti.

Sofía lo miró con los ojos abiertos de par en par, atónita, tratando de digerir una confesión que se le hacía imposible.

—No, no, no. Escúchame, Hugo. —Le cogió el rostro entre las manos con fuerza—. Tu percepción ha sido alterada. Sueñas conmigo por culpa del hechizo. Crees que me amas porque recité unas palabras que de alguna manera unió nuestros corazones. Conectamos a través de la sangre, y es por eso por lo que has tenido visiones conmigo. Se ha establecido un vínculo forzado, que no es real. Y tú estás tan afectado que no logras diferenciar lo que es verdad de lo que no. ¡Tenemos que ir a Inglaterra!

Convencido, le apartó las manos de su rostro.

—No estoy loco. No pienso ir a Inglaterra.

—Por favor, no me dejes sola en esto. ¡No puedo con todo!

Él se levantó y, con mucha delicadeza, le colocó uno de esos mechones rebeldes detrás de la oreja.

—Estoy cansado de luchar conmigo mismo. Lo he intentado, créeme. Sé que Oriol no se merece esto, pero yo no puedo continuar así. No me arrepiento de ese beso. Y tú tampoco deberías. He sentido tu deseo, tu apetito. Tu bruja.

—Pero ¿de qué estás hablando? Estás peor de lo que pensaba. —Reprimió sus ganas de llorar y se tapó la boca con el puño para ahogar un grito—. Hay un demonio que está dándonos caza. Y tú... ¡Reacciona, por Dios!

Lo sacudió con nervio. Quería que regresase el Hugo racional, a pesar de su antipatía y de su arrogancia. Necesitaba que volviese con urgencia. Porque, aunque apreciaba ese lado del cazador, sincero y entusiasta, sus vidas corrían un peligro inminente. Sin embargo, él permaneció inmutable, con el rostro sereno.

—Te quiero, Sofía.

Resignada, ella lo miró con cierto pesar, sin saber qué decir ni qué responder. Permaneció clavada en el suelo, contemplando cómo sus ojos verdes se derretían al pronunciar esa frase tan demoledora para ella.

Él esbozó una sonrisa de medio lado, consciente de que su incursión romántica había llegado a su fin. Al menos allí, en esa

habitación de Barcelona. Si algo había aprendido de las relaciones, era saber cuándo debía retirarse sin causar más daños. En ese momento, su móvil, el cual había dejado sobre la mesita de noche, comenzó a sonar. Fue Sofía la que voló hasta él, y lo agarró como si se tratase de un bote salvavidas. No quería continuar con esa incómoda conversación. No iba a entrar en batallas que ya estaban perdidas de antemano. Hugo era un náufrago, y ella no podía hacer nada para que recuperase el rumbo.

Atónito, el cazador la contemplaba mientras ella le mostraba la pantalla del teléfono.

—Es tu padre. Sé que has dicho que no podíamos contactar con nadie, pero puede que haya sucedido algo grave. Fue él el que nos prohibió cualquier tipo de comunicación. Si tu padre está llamándote, es que es algo importante. Deberías responder.

Con recelo, Hugo entrecerró los ojos al leer de nuevo la palabra «Papá» en su móvil.

—No voy a contestar —dijo tajante.

—¿Y si están en peligro? ¿Y si...?

—Sofía —la interrumpió él con tono severo—. No tengo a ningún «Papá» en mi lista de contactos. A mi padre lo tengo registrado por su nombre: ¡Rafael!

Asustada, soltó el teléfono y este dejó de sonar al caer sobre la mesita. Quiso leer en el rostro de Hugo, descubrir qué era lo que estaba pensando. No obstante, sus ojos turbios no la dejaban traspasar las barreras de sus emociones. El cazador estaba bloqueado. Continuaba mirando el aparato como si se tratase de un objeto endemoniado, como si ya no le perteneciese. Entonces, Sofía escuchó su móvil vibrar sobre la colcha. Desesperada, se abalanzó sobre él.

—Es Oriol.

—No lo cojas. No es él.

Ella dudó. Volvió a indagar en los ojos esmeralda del joven. No había crispación en ellos, ni siquiera temor. ¿Y si había enloquecido? ¿Y si su afán por protegerla lo había convertido en un paranoico?

—Confía en mí. Ese no es mi hermano —le repitió Hugo.

Tragó saliva mientras depositaba de nuevo su mirada en la pantalla: Oriol. Deseaba tanto que fuera él... Necesitaba escuchar su voz, que le dijera que todo iba a salir bien, a pesar de que el demonio había conseguido llegar hasta ella a través de los susurros del viento y de que Hugo ya no era Hugo. Sin embargo, aguardó con una punzada en el corazón a que su nombre desapareciera del teléfono. Se esfumó, como sus esperanzas. Lanzó una profunda exhalación y atisbó de reojo al joven cazador. Continuaba en el mismo sitio, anclado, observándola como quien contempla un Van Gogh por primera vez. Sobrecogido. Extasiado. Embriagado por unas pinceladas deslumbrantes y

envolventes.

De pronto, su móvil volvió a iluminarse y se aferró a él con pavor, sin disimular su agobio. Quizá el chico tuviera razón. Quizá estaban atrapados en una burbuja donde los dos eran puestos a prueba, como dos conejillos de laboratorio. Observaban su reacción ante un agente exterior, anotando cada detalle, cada movimiento y midiendo sus niveles de estrés.

—Es Iris. —Una mueca dolorosa se perfiló en su rostro.

De nuevo, el sonido estridente del teléfono de Hugo los sobresaltó. Sofía comenzó a temblar de arriba abajo y aguardó intranquila a que el cazador le dijese algo. Una frase. Una palabra. En cambio, él se limitó a alzar el aparato y mostrarle el nombre que figuraba en su pantalla: Iris.

—¡No puede ser! No puede estar llamándonos a los dos. —Corrió hasta la ventana y la ocultó por completo tras el fino visillo—. ¡¿Qué es lo que está ocurriendo?! ¡¿Cómo está haciéndonos esto?!

—Sofía, tienes que tranquilizarte.

—No pienso tranquilizarme. Y no entiendo como tú puedes estar ahí parado como una estatua sin hacer nada. Como si esto no fuera contigo.

—Escúchame, esto solo demuestra que no tiene ni idea de dónde estamos. Nos está probando, poniéndonos trampas. ¡Está desesperado!

Con los brazos en jarra, ella lo contempló boquiabierta.

—¿De verdad crees que le llevamos ventaja? ¿En serio? ¡Somos dos roedores aprisionados en esta ratonera! ¡Mira estas cuatro paredes, Hugo! Dime, ¿qué ves? —Hizo una pausa al tiempo que desafiaba al muchacho con la mirada—. ¡Nada! No hay nada. ¡Estamos condenados a vivir en esta habitación, tú y yo! Hasta que suceda un milagro o terminemos muertos. Tenemos que salir de aquí.

Comenzó a introducir sus pertenencias en la mochila.

—No es un buen momento para irnos.

—¿Y cuándo lo será? ¿Cuando le prenda fuego a la habitación con nosotros dentro?

Hugo la cogió por el brazo y la obligó a detenerse.

—¿Quieres escucharme de una maldita vez? Estás comportándote como una niña pequeña. ¿No te das cuenta? Él quiere que salgas a la calle, que te expongas de nuevo. Y esta vez no va a permitirse fallar. ¡Mírame!

Sofía torpedeó con sus ojos añiles al muchacho. Su mandíbula firme, sus labios certeros y sus pupilas infalibles le transmitían una seguridad que la hizo tambalearse. Hugo tenía razón. Debía permanecer allí, confinada en el interior de la burbuja hasta que la tormenta amainase. Y eso la enojó. La llenó de una rabia desbocada, difícil de contener.

—¡No aguanto más!

—Sofía —pronunció su nombre apelando a su cordura, a su buen sentido.

—¡No voy a permitir que me encierre y me ate a las patas de la cama!

El cazador trató de mantenerse impasible al contemplar cómo los ojos de la bruja se tornaban de ese azul glacial que tanto admiraba y que, sin embargo, ahora temía. Sus cabellos comenzaron a aclararse y elevarse hasta formar una columna vertical, sólida.

—Sofía, estás dejándote llevar por unas emociones muy peligrosas. Intenta controlar esa energía, o acabará devorándote por dentro. ¡Sofía! ¡Para!

Ella no le prestó atención. Estaba tan ensimismada en esa especie de aura que comenzaba a rodearla que ya no sentía la presencia del cazador en la estancia. Estaba sola. Conectada a su poder. Percibía cómo una a una todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo se contaminaban de ese nuevo flujo energético que la poseía. Raudo. Vivaz. Imparable.

Envuelta en ese halo de libertad, extendió los brazos en cruz como si quisiera abrazar al mundo con ellos. Sus pies se despegaron ligeramente del suelo y sonrió embelesada. Nadie podía detenerla, y menos aún un demonio egocéntrico y caprichoso. ¿Quería jugar? Pues le daría juego.

—*Si quieres verme, no podrás escucharme. Cuanto más desees encontrarme, más lejos estarás. Y como un ciego andarás cuando la luz creas tocar.*

Hugo fue engullido por el torbellino luminoso que desprendía la bruja. Cerró los ojos para protegerse del resplandor. Advirtió también que sus pies apenas rozaban el pavimento. Quiso abrir la boca para avisarla. Estaba reuniendo demasiado poder, tanto que temía que la habitación saltara por los aires. No obstante, cuando la bruja terminó de pronunciar la última letra de su hechizo, el fulgor cesó de inmediato. Se evaporó sin más. Toda esa energía fue absorbida de nuevo por su cuerpo, como si nada hubiese sucedido. Volvió la normalidad y Hugo recuperó el equilibrio. Sus zapatos habían regresado al suelo.

El cazador le mostró una mueca de disconformidad, pero ella lo ignoró.

—Ya no tenemos de qué preocuparnos. No podrá rastrear nuestros pasos —dijo resuelta—. ¿Qué hacemos ahora?

23

Cordero

Oriol observaba cómo Iris manejaba el péndulo sobre un mapa de España. La vidente había preparado todo un ritual para intentar individuar el lugar donde se encontraban ocultos Hugo y Sofía. Primero, había introducido la piedra en agua y sal para limpiarla de las posibles energías residuales. A continuación, la dejó reposar unos minutos. Y después de restregarla con un mejunje a base de salvia y pétalos de rosa, había recitado unas sencillas palabras que facilitaran su recarga. Las llamas de las velas ayudaron durante todo el proceso, creando un ambiente íntimo pero sobre todo de purificación. Ahora deslizaba sus dedos sobre la cadena, buscando cualquier alteración o movimiento extraño de la piedra que los ayudara a acercarse a la zona caliente.

—Cuando tengamos la provincia, buscaremos sobre un mapa más específico del territorio —lo informó ella.

El cazador permanecía muy atento a todas las oscilaciones que emergían del péndulo. Sin embargo, no todos los sobresaltos de la piedra eran causados por el hallazgo de una pista fiable. Iris le había explicado que existían interferencias provocadas por huellas energéticas, potentes reminiscencias, y que solo un vidente estaba en grado de diferenciar esos movimientos tan sutiles y complejos. Así que Oriol decidió estudiar el rostro de Iris, captar sus gestos aunque fueran mínimos y tratar de anticiparse a su lectura. Nunca pensó que fuera una tarea ardua y tediosa. Las labores de los cazadores eran más dinámicas, más impetuosas sobre el terreno. Pensar y actuar. Apenas había tiempo para reflexionar, y menos para divagar. Era luchar o morir.

—Creo que he captado algo —dijo, arrugando el rostro.

Oriol se acercó más a ella. Iris parecía confusa.

—¿Son ellos?

—Podría ser. Hay una energía que vuela demasiado rápido y…

De pronto, las velas se apagaron y el péndulo salió despedido hasta incrustarse en la pared. Iris lanzó un quejido y cerró la mano de forma instintiva. Al abrirla despacio, descubrió una quemadura que le atravesaba de izquierda a derecha la palma. La cadena le había erosionado la piel al liberarse de forma brusca de su agarre.

—¿Estás bien?

Ella asintió y Oriol se aproximó a la pared donde la piedra se había clavado como un tornillo encolerizado. Rozó la superficie de la amatista y comprobó que estaba todavía caliente. Es más, había chamuscado el perímetro varios centímetros.

El cazador chasqueó la lengua, temiendo un mal augurio.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó desconcertado.

—Ha sido Sofía. Ha bloqueado mis intentos por encontrarla. Y con una fuerza como jamás había visto.

—No me gusta nada, Iris. ¿Por qué no quieren que sepamos dónde están?

—Puede que piense que el demonio nos seguiría a nosotros y que así los pondríamos en peligro.

—No, tiene que ser otra cosa. Sofía debe sentirse acorralada. Si no, ¿cómo te explicas que haya lanzado un hechizo tan potente y específico? Todavía está intentando controlar cómo abrir una ventana sin hacerla estallar en pedacitos. Algo ocurre. —Se mordió el labio inferior al tiempo que extraía la piedra de la pared—. Todavía quema.

Meditabunda, Iris observó cómo la cadena que sujetaba el péndulo se derretía poco a poco, dejando una señal de su infortunio en el suelo. Una serpiente.

—El demonio está cerca —susurró.

Harry pasaba las páginas de un viejo diario en el que había anotado una gran cantidad de hechizos; todos redactados en su período más activo, antes de abandonar su condición de maestro en la escuela londinense de magia y dedicarse al estudio de pergaminos indescifrables y libros antiguos. No recordaba la última vez que lo había abierto. Hacía ya mucho tiempo que no lo usaba. Nunca lo había necesitado. A pesar de ello, viajaba siempre con él, entre tratados de brujería y sus apuntes sobre grimorios prohibidos. Era como un tesoro valioso, una joya que le recordaba su pasado más glorioso pero también un nefasto incidente.

Con rostro agrio, acarició las letras recargadas de sus hojas y admiró sus propios dibujos, aquellos con los que ilustraba sus hechizos. Era tan metódico y organizado que los había dividido por categorías: de protección, de defensa, de ataque, de sanación... Y así un largo etcétera que recogía en un sencillo índice al final del diario.

Lo había desempolvado con orgullo y a la vez con cierta congoja. Gracias a su buena memoria, recordó el hechizo Soplo del Viento, con el que amainó el fuego que rodeó la casa. También el de crear imágenes en la palma de su mano, con el que consiguieron individuar al *hellhound* en el tejado. Sí, estaba satisfecho de su actuación a pesar de que sus habilidades estaban desentrenadas. Había corrido un gran riesgo; asumible, si de lo que se trataba era de salvar vidas; estúpido, si hubiera empeorado las cosas.

Observó el temblor repentino de su mano derecha, y lo frenó apretando con fuerza y cerrando el puño. Su poder flaqueaba. Aun así, decidió que era mejor volver a estudiar algunos de sus mejores hechizos antes de morir abrasado.

De pronto, las páginas de su diario enloquecieron. Iban de adelante hacia atrás, furiosas. Él se limitó a contemplarlas con recelo, hasta que por fin se detuvieron un poco después de la mitad del libro. Apenas tuvo tiempo de leer el encabezado de la hoja, ya que todas las letras se desprendieron del diario e iniciaron un flujo ascendente, mezclándose entre ellas. Después, se evaporaron. Atónito, Harry revisó las páginas, ahora en blanco. Eran una decena. Se dirigió a su índice que con tanto esmero había ideado, y comprobó disgustado que sus cuatro hechizos de localización habían desaparecido.

—Sofía —murmuró.

Entretanto, en el salón, los cazadores todavía dilucidaban sobre cómo proceder a continuación. Tenían dos frentes abiertos: Janus y su secta, y el demonio del que ignoraban su nombre. León trataba de apaciguar los ánimos combativos de sus invitados en ausencia de Rafael. Chasqueó la lengua y se preguntó desde cuándo se había convertido él en el moderador. Siempre le pareció que esta figura estaba demasiado sobrestimada e iba en contra de su principio de «menos hablar y más hacer». No obstante, atajar las continuas discusiones entre ellos estaba desgastándolo. Deseó que la llamada de Edith no fuera tan urgente y que el cazador regresara de inmediato.

Entonces, las luces de la lámpara comenzaron a parpadear a gran velocidad. Ese ínfimo percance había logrado enmudecer a todos, incluso a él mismo. No despegaba los ojos de las bombillas dementes, las cuales amenazaban con estallar en cualquier momento. Sin embargo, no se amedrentó. Buscó más señales en la casa, una pista que lo hiciera entender quién o qué estaba provocándolo.

El viejo Berto abandonó el sillón y se situó debajo de la lámpara. Con suspicacia, examinó los filamentos. Estos parecían arder durante el encendido.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó sin apartar la vista del fenómeno.

—Son espíritus. Pueden ser los visitantes —apuntó Sonia mientras se acercaba a la ventana y controlaba el exterior.

—No son visitantes. Nadie está durmiendo —receló el cazador gigantón—. Debe ser cosa del demonio. Rafael me contó que la otra noche les envió a un perro del infierno. A saber con qué bestia nos sorprende ahora.

Por fin, las luces se apagaron y todo pareció volver a la normalidad.

—¿Y ya está? —Desilusionado, Alonso volvió a su sitio—. ¿Con

esta chorrada pretende asustarnos?

—No creo que esto haya sido cosa del demonio —señaló Berto mientras negaba con la cabeza.

—¿Y por qué estás tan seguro, viejo? —le preguntó con curiosidad Alonso.

—¿De verdad crees que se presentaría anunciando su llegada de esta forma tan desabrida?

—Puede que sea un aviso. —Con los brazos en jarra, Sonia seguía buscando indicios de actividad paranormal—. O que no haya sido nada. Una simple subida de tensión.

—Sabe más el diablo por viejo que por diablo. No olvidéis esto nunca —concluyó Berto mientras volvía a depositar su mirada en la lámpara—. Esto es muy extraño. Si no ha sido cosa del demonio, tiene que haber sido causado por la magia.

Incrédula, la cazadora enarcó las cejas. Fuera lo que fuese, no era el momento para divagar o elaborar teorías poco útiles.

—Tenemos que empezar a movernos ya —dijo la mujer con decisión—. ¿Dónde está Rafael?

Permaneció unos minutos más en su habitación después de finalizar la conversación con Edith. A oscuras. En silencio. Pensó que a sus cincuenta y dos años había sido maltratado por la vida. Muchas tristezas y pocas alegrías. Era consciente de que su rostro avejentado era el reflejo de su espíritu atormentado. Desde que había perdido a su mujer, la culpa lo había devorado por dentro. Nunca debió salir de caza esa noche, detrás de una bestia que estaba asolando a los pueblos de los alrededores. Tendría que haber permanecido junto a su familia. Quizá así Laura habría tenido una oportunidad. Pero el destino quiso que, esa noche, el monstruo escogiera su hogar entre los tantos que había en el barrio. El suyo. Y Laura murió.

Tuvo que despegar a Hugo de su cuerpo ensangrentado y suplicar a los vecinos que se lo llevaran lejos. Recordó la mirada funesta de Oriol mientras abandonaba la casa con la pequeña Ariadna en los brazos. Y entonces, cuando sus hijos estuvieron a salvo, hundió la cabeza en el pecho de su mujer y se permitió llorar. Escuchó las sirenas de la policía, los pasos apresurados, los comentarios inoportunos y los de aquellos que le presentaban sus respetos. Esa fatídica noche le pidió perdón a su mujer entre lágrimas que rociaban su rostro y empapaban su vestido. Se excusó por no haber sido un buen marido, por haberse saltado una decena de cumpleaños y por no haber recordado jamás su aniversario. Esa noche silenciada y a la vez tan bulliciosa le prometió además que no volvería a poner a sus hijos

en peligro.

Una promesa que nunca cumpliría.

Avanzó con la silla de ruedas hasta la ventana y reconoció los andares del padre Carlos cerca de los límites de la casa, allí donde los árboles crecían y sus tallos adquirían una verticalidad infinita. Maldijo para sus adentros. No tenía ni idea de cómo afrontar la situación. En el salón lo esperaban unos cazadores ansiosos por recibir las nuevas instrucciones. Y él estaba bloqueado.

Había escuchado con sumo interés el relato de la vidente. Janus no era sino un cruzado que trataba de devolverles la gloria de antaño a los tres gremios. Era algo que incluso él mismo deseaba: beber de una fuente de poder eterna. Así los cazadores no estarían al borde de la extinción. Muchos continuarían con la tradición sin necesidad de verse obligados a vivir aislados en un mundo lleno de incomprensiones y prejuicios. Sus hijos podrían ser felices y no terminar sus días como él, anclado en esa maldita silla.

Sin embargo, el coste de tan ansiada libertad era muy alto. Habían muerto muchas personas para conseguir ese anhelado grial. ¿Y cuántas más deberían ser sacrificadas? Todo aquello era una locura. No existían las escaleras hacia el Cielo. Janus no alcanzaría nunca el Edén ni se nutriría del árbol de la sabiduría. Su disparatado plan había hecho que, primero, una sombra aniquilase a compañeros con sangre pura, y que ahora ese demonio matase a humanos incapaces de defenderse para que los cazadores saliesen a protegerlos y así obtener la llave del gremio. Para instaurar un orden, estaba sembrando el caos. Y Rafael no dudaba en una cosa: cualquier régimen nacido de la violencia estaría condenado al fracaso.

Janus era un fanático, peligroso, una serpiente manipuladora. Y él preferiría mil veces el mundo imperfecto en el que vivía que uno supuestamente ideal cimentado con la sangre de otros. No, había que detener a esa víbora. Sin embargo, era consciente de que sus argumentos podrían calar muy hondo entre brujos y videntes. Incluso en los mismísimos cazadores, siempre más racionales que el resto. Sabía que muchos se sumarían a sus filas en cuanto corriese la voz de que Janus no era un demente cualquiera, sino un cruzado dispuesto a reclamar su derecho de sangre. Entonces, ya no le seguirían una pandilla de descerebrados a los que habría conquistado con un par de trucos y, desde luego, mucho más fáciles de contener. Janus dispondría de su propio ejército, convencido de que el despertar de un nuevo mundo se acercaba. Un mundo mejor, sin fisuras entre los simples humanos y los diferentes gremios.

Lanzó un suspiro repleto de crispación. Brujas, esa era la ciudad que Edith le había mencionado. Podría advertir a sus compañeros belgas de la presencia de ese chiflado en su país. Sin embargo, tenía la

sensación de que, tras el extraño encuentro de la vidente con él, Janus no tardaría en buscar un nuevo hogar.

—¿También las luces de tu cuarto se han vuelto locas? —León irrumpió en la habitación y observó que el cazador se encontraba en penumbra.

—¿Qué? —Rafael arrugó la frente sin comprender a qué se refería.

—Los chicos están impacientándose. Esperan recibir nuevas órdenes —dijo apresurado—. Creo que el demonio se acerca.

—Si es así, nos prepararemos. Aquí no está Sofía. No perderá el tiempo con nosotros.

—Es decir, que nos matará sin pestañear. ¡Cojonudo! —gruñó León con descaro.

—Bueno, antes tratará de sacarnos la información sobre su paradero.

—¡Nos torturará antes de hacerlo! Esto empieza a ponerse interesante. Esta guerra está perdida de antemano, ¿verdad?

Rafael agachó la barbilla y estiró la comisura del labio. Tendría que empezar a creer en los milagros como su amigo Carlos. Así, aunque sus compañeros pudieran leer en su rostro, siempre transmitiría esperanza.

Al verlo tan abatido, León refunfuñó:

—Puede que ese demonio decida mantenernos con vida, como rehenes, para así obligar a la bruja a salir de su escondite. Eso hizo con nosotros, ¿no? Nos forzó a dejar nuestra madriguera para así poder cazar a la llave de nuestro gremio. Quizá sea esa nuestra única posibilidad de vivir —explicó mientras se rascaba la coronilla—: convertirnos en anzuelo.

—¿Cómo has dicho? —Alarmado, a Rafael se le agrandaron las pupilas.

—Bueno, no creo que por mí deje de ocultarse. Pero aquí hay personas que le importan de verdad.

El fortachón se encogió de hombros, sin comprender cómo había generado tal agitación en el viejo cazador. Era un recurso muy utilizado por los malhechores en las películas. Había que sacar al conejo de la madriguera. Y cualquier excusa era válida para conseguirlo. No importaba que se tratase de un demonio con varios siglos de antigüedad. Las tretas siempre eran las mismas.

—León, diles a Iris y a Oriol que quiero verlos de inmediato.

—¿Y qué hago con los demás?

—Que busquen huellas sospechosas por los alrededores. Tanto de animales como de personas. Tenemos que anticiparnos a su llegada.

León asintió, contento de recibir órdenes de nuevo, a pesar de que dejaba al cazador inmerso en una vorágine de pensamientos derrotistas. Rafael se castigaba por no haber caído en lo obvio, se

preguntaba si estaba perdiendo facultades, si de alguna manera el envenenamiento de Oriol lo habría afectado más de lo que imaginaba. Su hijo no era indestructible. Estaba acostumbrado a verlo sanar y no sufrir. Y esta vez había tenido que lidiar con su bestia interior para recuperarse. Era tan vulnerable como los demás. Se lamentó por no haber dejado a un lado las preocupaciones personales. ¿Cómo no lo había visto antes? No solo bastaba con proteger a Sofía, sino a cualquiera por los que ella albergase unos sentimientos profundos. «Oriol», pensó con impotencia.

Observó sus piernas escuálidas, sin apenas tono muscular, inútiles, inservibles, y las golpeó con sus puños. Las maldijo por no reaccionar, por permanecer impasibles cuando sonaba una alarma, cuando el graznido de los cuervos le anunciaban el inminente arribo de una calamidad.

Los médicos le habían asegurado que no existía una causa física para tal lesión. Sin embargo, ellas continuaban inmóviles, ajenas a cualquier diagnóstico. Habían enfermado, y prefirieron rendirse a luchar. ¿Por qué no podían moverse? ¿Qué le había hecho ese visitante? Con rabia, adelantó un pie ayudándose de las manos. Después ejerció presión sobre los brazos de la silla y quiso levantarse. Consiguió despegar los glúteos y arquear la espalda. Con el rostro enrojecido, trató de controlar la fuerza de su cuerpo. Sin embargo, antes de llegar a la verticalidad, sus piernas se opusieron a su avance y Rafael se desplomó como el estandarte que cede ante un temporal. Percibió el frío de los mosaicos en su mejilla y apagó la sonrisa que había florecido segundos antes, cuando creyó que podría conseguirlo. Estaba exhausto. Y se permitió respirar con calma para recobrar el aliento.

—¡Por Dios, Rafael! ¿Qué te ha pasado?

Él no respondió. No quería dar explicaciones sobre su malogrado intento de ponerse de pie. Advirtió cómo las enormes manos del padre Carlos se posaban sobre sus hombros y luego tiraban de él hasta colocarlo en su aparato de tortura.

—Tengo que ver a Oriol.

—¿Te encuentras bien? ¿Estás herido? ¿Cómo te has caído de la silla? —El sacerdote le remangó los pantalones en busca de hematomas o lesiones abiertas.

—Un desafortunado accidente. ¿Sabes dónde está mi hijo? Es urgente que hable con él.

—Creo que eso puede esperar. Tengo que contarte algo. —Rafael quiso protestar, pero su amigo fue tajante—. ¡Ya! Y nadie puede escucharnos.

—¿Qué ocurre?

—La piel del cordero.

Rafael no pudo examinar el rostro de su amigo, ya que empujaba la silla con ahínco, empeñado en alejarlo de la casa. El cazador arrugó la frente, contrariado. De la voz del cura se desprendía la urgencia y la seriedad del asunto. Por eso no quiso llevarle la contraria a pesar de las magulladuras de su cuerpo y del incipiente dolor de cabeza que estaba acribillándolo en ese momento, más producto de su frustración que del porrazo que había recibido en la sien.

—Está oscureciendo. No es bueno que nos acerquemos al bosque. Ese demonio está por llegar —le aconsejó.

—Él ya está aquí. Lleva con nosotros desde el principio.

—¡Oh, vamos! ¿Vas a volver otra vez con la historia del traidor? ¿Es que no puedes sacártelo de la cabeza?

El sacerdote se detuvo en un llano detrás de la casa y con sus ojos avellanados lo retó a depositar su mirada fija en él.

—Nos equivocamos. Lo interpretamos mal —le confesó preocupado—. «El Cazador quiere a Sofía». No nos habla de un traidor, sino de un encarnado.

—¡Explícate!

—El caído puede presentarse de varias formas ante el ojo humano. Nosotros dimos por sentado que, como había interpretado el papel de casanova con Sofía, debíamos buscar a un joven agraciado y de modales exquisitos. Ese fue mi primer error —se castigó el sacerdote —. Estoy acostumbrado a tratar con el demonio en posesiones, pero es la primera vez que asisto a algo semejante. Y es que el diablo puede presentarse de diversas formas, puede escoger su vestido según le convenga. ¿Lo entiendes?

Rafael se masajeó la frente, buscando un alivio que no terminaba de aparecer.

—¿Quieres decir que ese malnacido podría ser cualquiera de nosotros? ¿Que podría habernos suplantado como si fuese un cambiaformas?

—No de cualquiera. Podemos descartar a todos los que no sean cazadores. Luca fue muy preciso en esto. Es un cazador el que quiere a Sofía. Así que podemos confiar en Harry, en Iris y por supuesto en Oriol, porque es un medio demonio.

—Y si desconfías de todos los cazadores puros, ¿por qué me lo cuentas a mí?

El sacerdote arqueó las cejas y ladeó la cabeza.

—Bueno, tú no estás en las mejores condiciones físicas, que digamos. Desde luego, si yo fuera el diablo, no te escogería a ti.

—Pues precisamente por eso deberías darme el beneficio de la duda. Así podría engañar a un cura tan crédulo como tú. —Pensativo, Rafael frunció el ceño.

El padre Carlos le concedió unos segundos para que reflexionara.

Al ver que su amigo continuaba guardando un silencio comprometido, lo instó a compartir su opinión. No obstante, el jefe de los cazadores prefirió reservar sus conjeturas hasta no llegar a una conclusión clara.

—¿Dónde está Sofía?

Rafael entrecerró los ojos y adivinó las segundas intenciones de la pregunta. Su amigo era a veces demasiado transparente.

—Ni yo mismo lo sé. Y no dudes ni por un segundo de que está en buenas manos. Hugo no es nuestro demonio. Él ha estado presente cada vez que ese caído se ha dejado ver. Y créeme, sería capaz de reconocer si mi hijo ha dejado de ser mi hijo.

—No quería lanzar un ataque sobre él. Pero Hugo es ahora el más cercano a Sofía. Entiende que ha podido recurrir a toda clase de artimañas para quedarse a solas con ella.

—¿No eres tú el que debería tener fe en el prójimo? —Rafael esbozó una sonrisa que su amigo agradeció—. De todas maneras, es muy complicado que haya remplazado a alguien demasiado cercano. Habría levantado sospechas. Puedes tomar prestado un cuerpo, en cambio, su personalidad es algo muy distinto. No me imagino al verdadero León atado y retenido en una cueva y al falso imitando su forma tan grotesca de comer. —El cura rio al imaginarse la escena—. No creo que ese chico atractivo que ha elegido para acercarse a Sofía exista en realidad. Tal vez no necesite apoderarse de un rostro ya existente. Puede que sus disfraces vengan incorporados a su traje.

—Eso eliminaría a todos los cazadores que ya conocemos.

—Pero no a los que acabamos de conocer. —Rafael dirigió una mirada vacilante a la casa.

El padre Carlos tragó saliva.

—Antes los observé mientras estaban reunidos en el salón, y tengo que admitir que un miedo atroz se apoderó de mí. Algo inexplicable. Rafael, ¿por qué no está Lucía aquí?

24

Fuegos

La abrumadora noche volvía a caer sobre sus hombros encorvando su espalda. La incertidumbre le pesaba más que enfrentarse a una realidad certera. Percibía los innumerables latigazos que azotaban su cuello e impedían que este se mantuviera erguido, alerta. Oriol pensó que su bestia, después de su dominio absoluto sobre él durante varios días, había descolocado hasta los huesos más pequeños de su cuerpo. O quizá ese malestar era otro de los efectos secundarios por haber estado enfermo y, por consiguiente, en baja forma. Fuera lo que fuese, empezaba a hartarse de experimentar una debilidad continua. Sus reflejos no eran los mismos, su olfato se resentía a menudo y su agilidad mental parecía aletargada. Nunca imaginó que le costase tanto pensar, dilucidar, llegar a conclusiones más rápidas y acertadas que el resto. Jamás creyó que echaría de menos las habilidades propias de su parte demoníaca. Y aunque sabía que pronto regresarían a él, se lamentó porque se habían ausentado en el momento más delicado: Sofía era ilocalizable.

Contrariado, suspiró. Su padre no estaba en su habitación. León le había trasladado que Rafael lo requería con urgencia. No obstante, también él parecía haberse esfumado de la faz de la Tierra. Arqueó la espalda y percibió cierto alivio al escuchar crujir todas sus vértebras. «Puede que todas estas molestias acaben cuando descanse. Eso es, necesito un par de días de reposo y estaré como nuevo. Es lo que hacen los humanos: acostarse y no salir de la cama hasta que no se sienten fuertes. Eso haré yo en cuanto todo esto termine —Lo grabó en su mente como si fuese una obligación—. ¿Dónde estás, Rafael?».

Asomó la cabeza en el salón y sonrió para sus adentros al comprobar que los cazadores se repartían los dos sillones para dormir. No había habitaciones para todos, así que habían improvisado un pequeño campamento cerca de la chimenea. Después de recorrer varias veces el pasillo, se detuvo en la terraza cubierta. Con la mirada perdida, contempló las inciertas nubes que rodeaban la luna, apagada y solitaria. Torció el gesto para alejar el mal augurio de su cabeza. Desde que había regresado del bosque, tenía la extraña sensación de encontrarse en un peligro constante. Sin embargo, no era capaz de individuar de dónde provenía esa señal, si era verdadera o fruto del desgaste emocional que había padecido al transformarse en su bestia.

Sus capacidades estaban mermadas. Si no lo estuvieran, habría adivinado ya las intenciones de Hugo, dónde habría llevado a Sofía y cuál sería su siguiente paso. Era su hermano. Conocía cómo pensaba, cómo argumentaba una idea y cómo trazaba un plan.

Ofuscado, chasqueó la lengua. Entonces, divisó a su padre charlando de manera efusiva con el padre Carlos en el exterior. «¿Qué demonios están haciendo ahí fuera con el frío que hace?». No se lo pensó dos veces. Cogió el abrigo y fue abrochándoselo mientras descendía por la ladera hasta alcanzar el llano donde se encontraban.

—No es una buena idea estar aquí en medio de la nada de cháchara —los advirtió nada más llegar.

No obstante, ninguno de los dos hizo comentario alguno. Ignoraron su presencia. Fue entonces, cuando cayó en la cuenta de que su padre permanecía atento a las observaciones que le hacían desde el otro lado del teléfono. También el sacerdote, con un semblante cargado de preocupación, seguía con interés la misteriosa conversación que mantenía Rafael.

—¿Estás seguro de eso? ¿Has preguntado a otros cazadores? —le escuchó decir a su padre—. Puede que haya ido por su cuenta. Sí, sí, lo comprendo. Si averiguas algo más, llámame. Es un asunto muy importante.

Colgó la llamada. Antes de alzar la mirada, soltó un resoplido poco halagüeño.

—¿Qué ocurre? —le demandó receloso ante tanto secretismo—. ¿Por qué querías hablar conmigo?

Sin embargo, Rafael se dirigió primero al sacerdote:

—Lucía no se ha presentado en Salamanca. Si ha estado en la ciudad, lo ha hecho sin contar con los cazadores de la zona. Sin embargo, después de lo sucedido allí, han organizado patrullas por el lugar, y parece que nadie la ha visto.

—Puede que ni siquiera haya pisado la ciudad. —El cura torció la boca, turbado.

—La he llamado varias veces, pero no responde al teléfono.

Oriol arqueó una ceja y presionó los labios dibujando una O con ellos.

—¿Qué tiene que ver Lucía en todo esto? ¿Por qué se supone que deberíamos estar preocupados? Tal vez se haya cansado de la misión o le haya visto las orejas al lobo. Ella no es de los nuestros. Me refiero a que no tiene por qué seguir tus órdenes, papá. ¿Por qué tanto jaleo con este asunto? No tiene que rendirnos cuentas.

El sacerdote arrugó la frente, aún más alarmado.

—Tiene razón. No es de los nuestros. Puede que ni siquiera existiera antes de emprender esta misión.

Oriol frunció el ceño, interrogante.

—¿Cómo que no existía antes de que comenzara todo este embrollo?

—¿Y si ella es otro de los álter ego del caído? —Oriol palideció al escuchar la teoría descabellada del padre Carlos—. Nunca existió ningún traidor. No lo necesitaba porque siempre ha estado cerca de nosotros. Ella no estaba presente en el baile cuando el demonio encarnado en la figura del joven apareció en el salón. Sin embargo, sí que pudo ayudar a los visitantes a irrumpir con más fuerza en nuestras pesadillas porque Lucía estaba pasando la noche con nosotros en el hotel, en el mismo pasillo. Después, cuando tu padre organizó las misiones y todos nos marchamos a nuestros destinos, ella se quedó aquí, los siguió hasta la casa y decidió asustaros con el perro del infierno.

—¡¿Qué?! —Oriol titubeó unos segundos—. ¿Por qué piensas ahora que el demonio ha estado con nosotros? ¿No crees que me habría dado cuenta?, ¿que lo habría sentido?

—Hijo, tú no has estado en las mejores condiciones, que digamos. Ese veneno alteró todos tus sentidos. Y puede que fuera su plan desde el principio. Si te anulaba a ti, no habría nadie en condiciones para descubrir su tapadera. —Rafael empezaba a convencerse de la nueva teoría del sacerdote. Ninguno de los suyos era un traidor, sino que el mismísimo diablo se había infiltrado en sus filas.

—Pero... ¿Edith y Sofía? ¿Cómo ellas tampoco percibieron su presencia?

—Se trata de un caído, Oriol —le aseguró el padre Carlos—. No es un demonio cualquiera. Perteneció al ejército de Dios antes de ser desterrado. Créeme, recurren a tretas muy elaboradas. He visto a algunos fingir que han sido derrotados y llamar llorando a sus padres y madres, desconsolados, para que estos me echen de la habitación. Lo hacen simulando la voz del sujeto poseído. Apelan a sus sentimientos, a su compasión. Y después se burlan de ellos con una risa que te pone la piel de gallina. —Hizo una pausa en la que trató de recuperar una respiración pausada. Estaba agitado. Demasiado. Aunque no lo exteriorizaba, como de costumbre. Sin embargo, no dejaba de pensar que ese demonio había desayunado con ellos, los había escuchado, había analizado la forma de razonar de cada uno, y cuando obtuvo todo lo que quiso, se alejó para atacarlos aprovechando sus puntos débiles—. Edith es una de las videntes más capacitadas que conozco, pero hablamos de un caído, un ser que tuvo poderes divinos y decidió utilizarlos para hacer el mal. Y en cuanto a Sofía, está asustada. No creo que su bruja interior siquiera haya pensado en la posibilidad de que el demonio tome cuerpo de mujer. Ella lo ha visto como un joven atractivo y seductor, y puede que esa imagen la haya obnubilado. No podemos culparlas. Creo que ninguno de nosotros estaba en grado de

desenmascarar a un infiltrado. Te repito que no es un demonio cualquiera.

Oriol torció el gesto y se maldijo de nuevo por no encontrarse en buena forma. Si todo fue un plan orquestado desde el principio para anular sus capacidades, ese demonio era un ser más peligroso de lo que habían imaginado. Además, había conseguido estudiar a Sofía. Se había aproximado tanto a ella que tuvo que apretar la mandíbula para no proferir un grito que retumbase por todo el valle.

—Si es verdad todo lo que dices, pudo también haber acechado a Hugo y a Sofía el día que se marcharon. Eso significaría que conoce su paradero y que están en peligro. Y ellos jamás nos cogerán el teléfono porque les habéis ordenado que no lo hagan. Es más, Sofía ha lanzado un hechizo para que nadie consiga localizarla.

—No nos precipitemos —intervino Rafael, tratando de devolver la calma—. No sabemos si Lucía es el lobo vestido de cordero. No tenemos pruebas suficientes para hacer tal afirmación.

—¿Y entonces por qué no se ha puesto en contacto contigo? —El padre Carlos negaba, buscando otra opción plausible.

—Puede que le haya pasado algo, que hallara una pista y se encuentre ahora retenida. La mejor manera de averiguar si se trata de ella o no, es indagar sobre su pasado. Buscar un certificado de nacimiento, familiares, amigos... Cualquier persona que arroje claridad a este asunto nos sirve.

—¿Y qué hacemos ahora? —Oriol suspiró de rabia. Se encontraba atado de manos y pies, sin poder trazar una línea de actuación, puesto que no sabía por dónde empezar.

—De momento, no podemos informar al resto. Tenemos también que investigarlos, descartar todas las posibilidades. Mejor dejar al margen a León. Me temo que le ha cogido cariño a este pequeño grupo de cazadores. En cuanto estemos seguros de que se trata de Lucía, lanzaremos una alerta dentro de nuestro gremio por si alguien la reconoce. —El cazador tragó saliva y encañonó a su hijo con la mirada —. No creo que debamos preocuparnos por Sofía, al menos por ahora. Tú mismo has dicho que ha lanzado un conjuro para que nadie la rastree, y eso significa que el demonio tampoco ha dado con ella ni con tu hermano. Confía en Hugo.

Oriol no disimuló su malestar. Quiso confesarle que su hermano había recibido una especie de transfusión de sangre cuando fue herido de gravedad por la Sombra. Sofía lo había salvado con un gran coste para ambos. Y ahora Hugo no solo estaba conectado a ella a un nivel mágico indescifrable, sino también a un nivel emocional que estaba matándolo por dentro. No, tampoco podía confiar en el buen criterio de su hermano. Sin embargo, prefirió callar para no acrecentar el tormento de su padre. Toda esa historia de los visitantes le había

hecho remover un pasado que creyó haber enterrado. Y aunque había preferido no relatar su pesadilla cuando en el hotel fue asaltado por decenas de espíritus, él sabía que su tortura se centraba en el día en el que sus piernas dejaron de funcionar.

—Si Lucía no está aquí ni tampoco en Salamanca, y digamos que ni siquiera puede llegar hasta Sofía, ¿dónde diablos se ha metido?

Su padre arrugó el rostro, poco convencido.

—Puede que siga en el bosque y que esté esperando el momento oportuno para atacar. —El hombre se mordió el labio inferior—. Por eso quería hablar contigo. Tal vez su próximo plan sea amenazar con matar a alguien para que Sofía salga de su escondite. A alguien a quien ella ame.

Oriol indagó en los ojos marrones de su padre, extenuados y desesperanzados, pero todavía capaces de transmitirle sus pensamientos. Rafael estaba convencido de que el demonio vendría a por él, quizá a rematar la faena. Sería el cebo para poder atraer así a Sofía. No obstante, el joven cazador leía más allá de las pupilas apagadas de su padre. Esta vez no le inocularía el dichoso veneno, sino que lo asesinaría delante de ella para forzarla a abandonarlo todo, para quitarle las ganas de luchar y así darle una advertencia: ningún ser querido estaría a salvo mientras ella continuara oponiéndose a su petición.

Estaba tan concentrado en sus cavilaciones que no advirtió el arribo de Iris.

—¿No me habías dicho que el primero que encontrase a tu padre avisaría al otro? —lo recriminó molesta—. Y bien, ¿qué me he perdido? ¿Qué es eso tan urgente que no podía esperar a mañana?

—Estás equivocado, papá. Yo no soy a quien más quiere Sofía en este mundo.

—¡Oh, por Dios! No vas a decirnos ahora que crees que se ha enamorado de Hugo, ¿verdad? —intervino la vidente, sin comprender muy bien por qué hablaban sobre amoríos—. ¿Es eso de lo que querías hablarnos? ¿Del conjuro?

Rafael observó a Iris de forma interrogante. Y esta se calló de inmediato al percatarse de que había errado sobre el tema que discutían.

—¿De qué conjuro hablas? ¿Por qué crees que podría tratarse de Hugo?

Ella se sonrojó de una manera infantil y soltó una risa nerviosa.

—Papá, conozco a Sofía. Y aunque a veces es una cabezota, sabe que tanto Hugo como yo nos las arreglaríamos para defendernos como sea del demonio. Si tiene que exponerse por alguien, lo haría por su familia, sobre todo por su hermano Cris. Lo adora. ¡Maldita sea! —blasfemó al darse cuenta de que la familia de Sofía era un blanco fácil

—. ¿Crees que Lucía podría estar en Alicante?

Paseaban por los alrededores de la catedral de Barcelona impregnándose de ese aire gótico con el que rezumaban sus muros. Sus dos grandes torres, con altos pináculos, ornamentadas con una gran cantidad de imágenes de ángeles y santos, ejercían de custodios de los grandes misterios que albergaba la construcción, entre ellos los varios exorcismos realizados en su interior. Sin embargo, Sofía apreció de inmediato la originalidad de sus gárgolas. No eran los típicos monstruos o demonios que asustaban a los niños con sus cuerpos retorcidos, sino recreaciones de animales fantásticos, como unicornios, dragones y un curioso elefante con una torre en el lomo que, según la leyenda, impedía que se hundiera el mundo. Contaba la tradición popular que estas gárgolas eran en realidad brujas que habían sido petrificadas por escupir con descaro al pasar delante de la iglesia, y condenadas ahora a arrojar el agua de los tejados de la catedral en los días de lluvia.

La joven también apreció diversos detalles que despertaron su curiosidad, como el grabado de una ballesta sobre una de las paredes o el extraño relieve de un zapato. La bruja sonrió para sus adentros. Había tantos secretos, tantos por ser desvelados, que dudaba de que algún día pudieran desentrañarse todos ellos.

Hugo observaba su candente optimismo con cierto recelo. Después de haber lanzado el hechizo, Sofía había cambiado por completo. Se sentía más segura, sin temores. Y debería estar orgulloso de su proeza, no obstante, su ausencia de miedo lo apabullaba. Caminaba por los lugares más emblemáticos de la ciudad, resuelta, deseosa por descifrar los enigmas enterrados siglos atrás por místicos, brujos o cualquier demente en grado de lanzar teorías descabelladas.

El cazador carraspeó al ver que se adentraba por los callejones medievales sin volver la vista atrás.

—No deberíamos tentar a la suerte —le dijo, aspirando la última sílaba—. No conocemos todos los recursos de ese demonio. Es mejor que volvamos al hostal.

—El conjuro ha funcionado. Hemos podido pasear tranquilos sin ninguna interferencia. No creo que sea capaz de revertir las barreras que he creado.

—Aun así, deberíamos ser cautos.

Ella lo miró divertida.

—Tu exceso de preocupación va a conseguir provocarte un infarto.

—Joder, Sofía, no hay quien te entienda. Ayer parecías una niña asustada y ahora te crees la mujer invencible. ¿Qué pasa contigo?

—A mí no me pasa nada. Tendrías que estar contento porque podemos movernos con total libertad, y no estar ahí de pie, soltándome un sermón en medio de estas calles dignas de admirar. —Agarró mejor su bolso e inició de nuevo la marcha—. Reconozco que no soy la mejor bruja y que parezco una olla a presión, pero solo necesitaba respirar. Si me he convertido en una fugitiva, deja que al menos disfrute de los lugares que pisamos. Estoy ahogándome, Hugo. Fingir ser una turista me alivia mucho.

Hugo arrugó la nariz, poco convencido.

—Sabes que, además del demonio, hay varias decenas de chiflados que están empeñados en dar contigo, ¿verdad? Y estos pueden ser cualquiera, como ese vendedor de flores de la esquina o la carismática camarera que nos sirvió antes el café. Quieren entregarte a Janus. Tanto el demonio como el fanático de la secta son igualmente peligrosos.

Ella hundió la cabeza en la guía turística que sujetaban sus manos e ignoró las advertencias del cazador.

—¿Sabías que muchas de las calles mantienen el nombre del oficio que realizaban sus gremios en el Medievo? Así en la calle de Argentería se comerciaba con metales preciosos, y en la *dels Mirallers* se fabricaban espejos. Hay muchas más: *dels Cotoners*, *dels Sombrerers*, *de les Caputxes*...

—¿Y a quién le importa? Puede que incluso esta ciudad ya no sea segura. Antes del hechizo, ya había contactado contigo. ¿Y quién nos dice que no recibiera una imagen de la ciudad que pudiera reconocer? ¡Se trata del diablo!

Sofía suspiró resignada y guardó su libreto en el bolso.

—Está bien. ¿Y adónde quieres ir ahora? —le preguntó con tono serio—. ¿A otra ciudad o a un pueblo perdido en los confines de la nada?

—No lo sé todavía. Dejemos que el coche nos lleve. Es mejor que improvisemos.

Dos horas después, malhumorada, se introdujo en el vehículo. Miró de reojo a Hugo antes de que este arrancara y después se enfrascó en la lectura del libro de conjuros que le había prestado Harry. Así evitaba discutir con el cazador y al mismo tiempo podía memorizar algunas frases provechosas para un posible encuentro con el demonio, aunque se tratara de un manual para principiantes, demasiado básicos. Tenía muchos ejercicios para canalizar la energía y algunos hechizos sencillos para poner en práctica. Sin embargo, le llamó la atención precisamente aquellos que no figuraban en el libro por su complejidad, pero que citaban alentando a su estudio en volúmenes posteriores. En un párrafo no muy extenso, explicaban que los fenómenos atmosféricos eran una fuente inagotable de energía y

que existían brujos capaces de canalizar toda esa fuerza para después utilizarla.

Frunció el ceño, interesada. Ella había conseguido detener la lluvia y también devolver la nieve al cielo. ¿Se refería a eso? Dibujó el símbolo de la interrogación al lado del número que marcaba la página y pensó que debería tener una conversación más profunda sobre sus dones con el brujo inglés.

Cuando empezó a aburrirse, jugueteó sin que Hugo la viera con un hilo dorado de energía que había brotado de las yemas de sus dedos. Mantenía la mano bajo el asiento detrás de sus piernas cruzadas y se deleitaba imaginando que algún día ese filamento se convertiría en un puñal arrojadizo contra demonios de naturaleza superior.

—¿No vas a decir nada? —le preguntó el cazador, con una mirada de soslayo.

—No hay nada de lo que quiera hablar. —Recogió el puño y apagó la hebra brillante de sus dedos.

—¿Sigues enfadada?

Ella se revolvió en el asiento. No lograba encontrar una postura cómoda para un viaje tan largo como presuponía.

—No estoy enfadada. Bueno, un poco. ¿Se puede saber por qué no volvemos a la cabaña y nos enfrentamos de una vez por todas a ese demonio?

El cazador chasqueó la lengua.

—Hasta ayer tiritabas de miedo con tan solo nombrar a ese engendro. ¿Qué tenía ese conjuro que lanzaste, además de impedir que nos viera? ¿Un chute añadido de valentía o de estupidez? —Sofía bufó—. No podemos volver. Los pondrías en peligro a todos... A no ser que hayas encontrado en ese libro un hechizo contra caídos.

—A ti también estoy poniéndote en peligro. —La bruja arqueó las cejas, esperando una respuesta.

—A mí no me importa. Es parte de mi trabajo.

—Ya. —Giró la cabeza hacia la ventana y sus pupilas agradecieron reposar en el apacible azul del mar.

—He pensado pasar la noche en un hostal que está cerca de aquí. Así no tendría que conducir tantas horas seguidas. Además, podemos contemplar los fuegos artificiales desde la playa por si necesitas distraerte. —Ella lo miró de reojo con el ceño fruncido—. ¿Lo habías olvidado? ¡Fin de año!

—Ya no sé ni el día en el que vivo. —Presionó los labios con garra—. Bien, vayamos a celebrar que acaba un año memorable con un demonio siguiéndome los talones y comienza otro con el mismo demonio tratando de darme caza. Año nuevo, vida nueva.

Después de soltar la maleta por enésima vez sobre una cama con las dimensiones justas para que durmiera uno de los enanos de

Blancanieves, entró en la ducha con la esperanza de encontrar algo de sosiego bajo el agua. No obstante, el primer chorro de agua helada la castigó bombardeándole la cara sin compasión y la alejó de su deseo de abstraerse unos largos minutos. Escuchó el estentóreo ruido de las tuberías mientras el agua trataba de deslizarse a través de ellas, y temió que en algún momento un azulejo saliese despedido de la pared por la enorme presión que estaba soportando. Se enjabonó, vigilante, inspeccionando cada cuadrado azul que componía el diseño de un mar apetitoso, para después quitarse el gel por zonas con gran rapidez. No iba a volver a ser torturada por ese caudal frío.

Hugo la miró divertido al verla aparecer con los cabellos empapados, los brazos encogidos y los dientes castañeando. Sus labios violetas parecían más finos de lo normal, como si se hubieran escondido ante la presencia repentina de un monstruo. Él esperó paciente a que se vistiera sin atormentarla con algún comentario jocoso. Hasta que, por fin, al bajar a la calle, buscaron un bar donde pedir unos bocadillos para cenar, ante la curiosa expectación que habían creado entre la clientela jubilada.

—Deja que piensen que somos turistas y que no tenemos ni idea de cómo celebrar festejos —le dijo al comprobar que se sentía incómoda.

—Muchos de estos están tomándose el aperitivo antes de llegar a sus casas y encontrarse con la mesa preparada y sus mujeres dispuestas a servirlos. Sin embargo, yo soy el bicho raro porque no llevo un vestido de gala y estoy comiéndome un bocadillo de pollo en vez de un cordero asado con mi familia.

—¿Y qué más da? Trata de relajarte y no mirarlos mucho. No quiero problemas.

Ella lo acribilló con sus ojos añiles.

—¿Y qué crees que voy a hacer? ¿Hacer saltar el bar por los aires?

—Estás demasiado susceptible y con las emociones a flor de piel. Lo que menos queremos es llamar la atención. Cualquier suceso extraño correría como la pólvora por los pueblos de los alrededores. ¿Me entiendes?

Sofía suspiró. Hugo tenía razón. Su sensibilidad bailaba acariciándole la piel, haciendo que se estremeciera con detalles a los que no debería darles importancia. Sin embargo, lo hacía. Se enojaba con facilidad, se entristecía sin conocer muy bien el motivo, la nostalgia la abrazaba y la impotencia la zarandeaba. Y eso no era bueno. No en ella. Ya la rabia había hecho que lanzara un hechizo para que nadie consiguiese localizarla. Y ese nadie incluía a Oriol. No se arrepentía de haberlo conjurado. No obstante, debió haberlo pensado mejor, elaborarlo de alguna manera en la que no hubiera incluido a Oriol ni a Iris en el mismo saco. Ahora, ni sus propios amigos podrían ayudarlos si se encontraban en dificultades.

Contempló el rostro de Hugo, tan sereno e impasible. Se centró en las delgadas líneas que rodeaban su boca y consiguió calmarse. Odiaba no poder controlar su destino. Cuanto más trataba de alejarse de él, más parecía que este la dominaba. Sabía que no podía regresar con Oriol y los demás, pero también era consciente de que no podría escapar para siempre. Y algo muy dentro de sí le gritaba que el final se acercaba y que tampoco podría frenar los acontecimientos, fueran los que fuesen.

Después de la nada satisfactoria cena, decidieron dar un paseo. El centro de la ciudad estaba repleto de turistas desmadrados ataviados con gorros coloridos y matasuegras. Muchos bailaban, se divertían entre el sonido de los petardos y la caótica música proveniente de los locales cercanos a la plaza. Sortearon a un grupo numeroso de jóvenes que cantaban a media lengua un villancico tras otro y se dirigieron a la playa. Desde allí podrían disfrutar de los fuegos artificiales lanzados desde una colina que reposaba con orgullo sus faldas en el Mediterráneo. A Sofía le fascinó la cantidad de gente que pisaba la arena blanca y enterraba sus pies en ella. Había muchas familias con niños pequeños, eufóricos, jugando a cualquier cosa que se les ocurriera mientras esperaban la ansiada cuenta atrás y la ingesta de las doce uvas por cada campanada.

Hugo cogió su mano para ayudarla a avanzar entre la algarabía. Danzas improvisadas seguían el ritmo de unos bongós exaltados. Algunos se entretenían haciendo malabares o piruetas imposibles sobre la arena. Otros, vestidos con sus mejores galas, simplemente brindaban por un año lleno de oportunidades. Sofía se sentía una extraña entre todos ellos. A pesar de que deseaba sentirse parte del bullicio, compartir ese momento de felicidad, de dicha conjunta, no podía. Le habría gustado saltar de alegría, olvidarse de quién era y por lo que estaba allí. «Una llave, eso es lo que soy. —Perfiló una mueca de disgusto en su rostro—. Y aquí todos ignoran la batalla que estamos librando».

Entonces, sintió pavor. ¿Y si entre toda esa gente disparatada había alguien que pudiera reconocerla? ¿Un miembro de esa secta dispuesta a señalarla e interrumpir la fiesta con tal de apresarla? Agarró con más fuerza la mano del cazador y este se volvió para comprobar que estaba bien. Ella se lo ratificó con una leve sonrisa. Aun así, él decidió parar.

—Es un buen sitio —se justificó—. Podremos contemplar el espectáculo pirotécnico, y a su vez estamos algo separados del mogollón.

—También me he dado cuenta de que comprobabas la acera y la carretera.

—Un buen cazador debe siempre tener las vías de escape

controladas. —Hugo encendió un cigarro y se lo llevó a los labios, saboreando ese instante de gozo.

—Hoy no.

Sofía se lo arrebató de la boca y lo estrujó con sus dedos. El joven quiso reprenderla, pero se mantuvo callado al ver cómo diminutas centellas azules coronaban sus pupilas. La bruja lo retaba con una mirada firme y convincente mientras escuchaban la cuenta atrás de unas voces exaltadas, repletas de impaciencia. A lo lejos, las campanadas de la iglesia acompañaban al gentío en su rítmico cántico numérico y en los gorgojeos que producían debido a las uvas que colmaban sus bocas. Al finalizar, todos estallaron de júbilo y culminaron en abrazos improvisados y besos desenfrenados.

Sofía contemplaba el fulgor de los primeros fuegos artificiales reflejados en los ojos verdes de Hugo, tan transparentes y sinceros. Desgranó su anhelo en ellos. Eran semillas florecidas y que no encontraban raíz. Hugo la deseaba. Percibía el grito de su corazón latiendo desbocado mientras él trataba de controlar las riendas sin éxito. Ese apetito suyo la desbordaba, anulaba su razón. No sabía cómo frenar ese arrebato descarado. Rugía bajo su piel, lo percibía. Ella lo embriagaba con su silencio, lo desnudaba con su aliento. Y la bruja, aunque quiso mostrarle su caparazón de hielo, no pudo. Hugo estaba perforando sus defensas. Quiso retroceder. Sin embargo, el cazador entrelazó sus dedos con los de ella y la mantuvo en el mismo sitio.

Avergonzada, desvió la mirada hacia la orilla. Apenas podía vislumbrarla entre tanta gente. Entonces, atisbó una figura que corría entre la multitud abriéndose paso a empujones. Desconcertada, frunció el ceño. La mujer volaba. Su coleta rubia apartaba a latigazos a todo aquel que la increpaba. Al principio, no la reconoció. La noche era espesa, turbia en esa playa abarrotada, a pesar de que la luna se desgañitaba por brindarles su belleza. Después, distinguió sus habituales facciones dulces y joviales, algo endurecidas y trastornadas. Lucía avanzaba hacia ellos como una locomotora sin frenos.

—Hugo —lo advirtió ella entre susurros.

El cazador se giró y se preparó para el arribo de tan inesperada visita. Agarró el cuchillo del interior de la chaqueta y apartó a la bruja de su trayectoria.

—¡Qué bien que os encuentro! —exclamó, tratando de recuperar la compostura tras la carrera de fondo.

—¡Ni se te ocurra dar un paso más! —la amenazó Hugo.

—¿Cómo has podido localizarnos? —Desconcertada, Sofía la examinaba sin comprender cómo a ella no le había afectado el hechizo.

—Yo que tú no me expondría delante de tanta gente. —Lucía

estiró la comisura del labio—. Es una de las reglas principales de todo buen cazador.

25

Ocho

Impaciente, el padre Carlos caminaba de un lado para otro del salón contando los pasos. Así mantenía la mente ocupada y evitaba pensar en lo que le preocupaba. Se centraba en los números: a veces sumaba los diferentes resultados y otras los desgranaba hasta alcanzar una cifra única. Muchos compañeros lo instaban a encontrar consuelo en la oración en cuanto él les desvelaba su método. Sin embargo, cuando una maraña de pensamientos inconexos lo torturaban, prefería buscar un ensamble matemático; sin sentido para muchos, pero para él, un cálculo imprescindible para llegar a un denominador común, un número que cobraba trascendencia y lo apremiaba a considerar otros puntos de vista. Los rezos los dejaba para momentos más íntimos, cuando sentía que ya todo estaba perdido y que no existía solución posible. Mientras tanto, su espíritu de cazador lo obligaba a sopesar todas las variables y enfrentarlas entre ellas. Era en esos instantes numéricos donde lograba alcanzar una lucidez pasmosa.

Advirtió la llegada de Rafael acompañado del brujo inglés. Ninguno dijo nada. Tampoco el padre Carlos, quien continuaba inmerso en sus cálculos. El silencio fue su fiel compañero durante unos minutos más, hasta que por fin halló el número que estaba buscando: el ocho.

—¿Ya se han ido? —Alzó la barbilla y contempló la mirada desgastada de Rafael.

—No me gusta mentir a ningún compañero.

—Créeme, a mí tampoco —afirmó el cura—. ¿Qué les has dicho?

—Que existen razones para pensar que el demonio sabe dónde se encuentra Sofía. Y que aunque he estado llamando a Hugo, este, siguiendo mis propias indicaciones, no ha cogido el teléfono. Les he mentido. Como ellos saben que siempre sé dónde están mis hijos por el estúpido localizador que les puse en sus relojes, les he dicho que conocía su paradero, pero que me lo he callado para no poner a nadie más en peligro. Lo que ignoran es que Hugo me entregó el reloj antes de partir. Así que los he enviado a una misión infructuosa.

—¿Dónde les has dicho que están?

—Los he mandado lejos de Alicante, a la espera de que tus contactos te entreguen los certificados de nacimiento, bautismo, de escolarización o lo que diablos encuentren de todos ellos. Les he

indicado que vayan a Santiago de Compostela.

—Has hecho bien.

—No, no lo creo. He tenido que enviar a León con ellos para que ninguno sospechara. ¡A mi amigo! A mi mano derecha. —Rafael entornó los párpados para calmar así su pesar—. Y, mientras, les he dicho a Oriol e Iris que partieran con urgencia a Alicante para proteger a la familia de Sofía.

—Estoy seguro de que en cuanto León conozca la verdad, no te lo echará en cara. Era indispensable alejarlos de todo este lío y no contarles nada sobre Lucía. No hasta que tengamos cierta seguridad. —Con los brazos en jarra, el sacerdote soltó un suspiro al aire—. ¿Y tenemos idea de dónde pueden estar en realidad Hugo y Sofía?

Harry se acercó a la ventana. Con los dedos, recogió la cortina lo suficiente para comprobar que en el exterior ya no quedaba nadie. Su semblante mesurado cambió al escuchar el canto perturbador de un grillo como si entonara los primeros compases de una marcha fúnebre. Es más, habría jurado que el animalillo le susurraba la palabra «Muerte» en cada pausa que se tomaba. «Los grillos hibernan en invierno. ¿Por qué este ha dejado su escondrijo?». Carraspeó varias veces. Olvidándose de la repentina serenata del insecto, se dirigió a sus amigos:

—He intentado hallar una especie de salvoconducto para sortear el hechizo de Sofía. Es imposible. No sé cómo lo ha conjurado porque no encuentro un agujero por el que entrar y empezar a excavar un túnel para llegar hasta ella.

—¿No es uno de los que le has enseñado tú? —le preguntó Rafael inquieto.

—Sofía tiene la capacidad innata de mejorar cualquier hechizo existente. Lo integra en sus células, lo hace suyo y después logra hacerlo renacer con otras particularidades. Ha creado una especie de esfera de cristal impenetrable, como esas que hay en las tiendas y que giramos para ver la nieve caer. A nadie le está permitido ver su interior, a menos que ella quiera.

Rafael se masajeó la barbilla con garra.

—Tenemos que seguir intentándolo. No podemos rendirnos. Tengo que localizar a mi hijo, advertirlo de todo lo que está pasando y que, de momento, es mejor que no se fíe de nadie.

—¿Qué hacemos ahora? —El brujo inglés apretó con fuerza el puño izquierdo para detener la creciente vibración de sus dedos. Ese maldito grillo estaba sacándolo de quicio—. Quiero decir, ¿continuamos aquí? ¿Cambiamos de base de operaciones?

—De momento, es mejor que nos quedemos. Tengo la extraña sensación de que pronto recibiremos una visita importante.

El sacerdote bufó. Detestaba las sorpresas. Y tenía la vaga

sensación de que existían todavía demasiados flecos sueltos que escapaban a su comprensión. Repasaba una y otra vez las escasas conversaciones que había tenido con la cazadora, forzando a su mente a trabajar con más ahínco. «Lucía, la que nació con la primera luz del día», repitió varias veces. ¿Por qué iba a escoger el demonio un nombre terrenal tan asociado con la claridad y los rayos del sol? Nada tenía sentido.

Recibió entonces un mensaje en el móvil que lo puso alerta. Sus cejas se arquearon tanto que lo obligaron a estirar el cuello. Leía el texto saltándose las frases que no le aportaban información para dirigirse a esas otras más relevantes.

—Creo que tenemos un problema. Mis compañeros han encontrado el certificado de nacimiento de Lucía. —Hizo una pausa que desconcertó tanto al cazador como al brujo. El cura parecía ensimismado contando palabras—. ¡Vaya! Nació un ocho de agosto. Y además me cuentan que tenía un hermano que murió en Ordesa cuando intentó escapar de la Sombra. En realidad, fallecieron siete en esa expedición. Ella habría sido la víctima número ocho.

—¿Y qué importancia puede tener eso? —le preguntó Harry confuso.

—Para Carlos, toda. Los números lo ayudan a pensar. Cualquiera diría que es un experto en numerología.

—Sabes de sobra que no me gustan esas artes —rechistó ofendido —. Para la Iglesia católica, el ocho es el número de la resurrección. Y si lo colocas en horizontal, es el símbolo del infinito. No tiene trascendencia para nuestra misión, o tal vez sí. Esa chica estuvo a punto de morir en las montañas —reveló, todavía asombrado por sus propias deducciones—. Lucía no es el demonio. Busca venganza por la muerte de su hermano, como León. Quiere acabar con Janus tanto como nosotros.

—¿Y entonces por qué no se ha comunicado con nosotros? —Rafael la buscó en la lista de contactos de su móvil. Tenía que llamarla. Tratar de hablar con ella.

—Es evidente que ha descubierto algo que a nosotros se nos ha pasado. ¿El qué? —El sacerdote volvió a contar los pasos que había desde la puerta hasta la primera ventana, después contó los que había entre la segunda y la pared del fondo—. ¿Cuántos cazadores somos en este grupo?

Rafael apartó el móvil y, con el ceño fruncido, inició un recuento en su cabeza.

—Somos cinco. Nueve, si consideramos a los cuatro integrantes que se han sumado a nuestras filas para este caso.

—¡Ocho! —lo corrigió el cura—. Si tenemos en cuenta que entre nosotros hay un lobo disfrazado de cordero.

—Recordadme por qué estamos tan seguros de que finge ser un cazador. —Harry presionó el puente de sus gafas contra su nariz.

—Luca fue claro: «El Cazador quiere a Sofía» —insistió el padre Carlos—. Pero hay algo que has dicho… —Abandonó la sala con paso decidido ante la mirada atónita de sus dos compañeros, y regresó con la Biblia en una mano y un librito más pequeño en la otra, con las hojas desgastadas y repletas de anotaciones—. El diablo no finge. ¡Ya es un cazador! ¡¿Cómo no me di cuenta antes?! —El padre Carlos pasaba las páginas con furor, arrebatado porque por fin sus pesquisas empezaban a dar resultados—. Debí centrarme en el nombre del demonio, como hago siempre en una posesión. Aunque se trate de un encarnado, debí seguir el mismo proceder. En el *Ars Goetia* se cita a los setenta y dos demonios que Salomón encerró en una botella junto con sus legiones. ¡Aquí están! En la posición octava se encuentra Barbatos, un duque del Infierno que pertenecía al coro de las Virtudes. Gobierna sobre treinta legiones de demonios, otorga el don de entendimiento de los animales, seduce a los hombres concediéndoles más poder o guiándolos hasta tesoros escondidos por hechizos mágicos. Todo a cambio de sus almas. Barbatos está ayudando a Janus a conseguir las llaves, nuestro tesoro más valioso, para así hacerse con un montón de almas, la de todos aquellos que lo siguen.

—¡Dios mío! —Harry sintió que la vista se le nublaba y se quitó las gafas para limpiarlas.

—Y esto es lo que nos interesa: suele aparecerse bajo la forma de un arquero o cazador, y por eso frecuenta los bosques. ¡Es él! Ya tenemos el nombre de nuestro demonio, apodado el Cazador: Barbatos, del latín *barbatus*, que significa anciano, filósofo o barbudo.

Con el ceño fruncido y una mirada que perforaba montañas, Hugo se comportaba como un ave rapaz al que no se le escapaba ningún movimiento de su presa. El repiqueteo de sus dedos, la ligera contracción de sus hombros, el casi inadvertido temblor de sus labios y el suave espasmo de sus ojos marrones cada vez que alguien se acercaba a la mesa le daban información continua sobre el estado de la mujer. Lucía estaba nerviosa, agitada. Pero, sobre todo, asustada. Se aclaró varias veces la garganta antes de comenzar su relato. Tenía demasiadas preguntas a las que responder, y era consciente de que el joven cazador no iba dejarla marcharse hasta que saciase sus innumerables dudas.

El camarero volvió con una jarra de cerveza que ella se apresuró a beberse casi sin respirar. Examinó las pupilas dilatadas de la bruja y determinó que tampoco eso era una buena señal. No la había visto en

acción, sin embargo, su fama la precedía. En el monasterio había ganado una batalla imposible contra la Sombra, que se alimentaba de los dones de sus víctimas. Sí, ella también había temido por su vida. No obstante, en lugar de refugiarse con los demás en La Mancha, había decidido ocultarse en Los Pirineos junto con un grupo de amigos cazadores. Pensaron que allí estarían a salvo entre las numerosas montañas y peñascos intransitables. No obstante, a los espíritus no les importaban los parajes escarpados ni los rincones solitarios, y pasadas dos semanas, la Sombra se cobró su primera víctima. El pánico en las alturas corre con las patas cortas, los kilómetros se convierten en metros, y las zancadas, en huellas ilusorias. El miedo se te introduce en el cuerpo sin darte tiempo a coger una bocanada de aire ni un segundo para pedir clemencia, y es entonces cuando estás perdido. El aislamiento y la dificultad del terreno, que *a priori* son tus aliados, se transforman en tus mayores enemigos. No había escapatoria posible. Ellos habían desechado transitar por los senderos tradicionales para evitar tropezarse con montañistas o con cualquiera a los que hubieran puesto en peligro. La Sombra los buscaba a ellos, a nadie más. Sin embargo, nunca imaginaron que una ruta repleta de paisajes fascinantes, casi paradisíacos, se convertiría en un infierno. «Las prisas nunca fueron buenas», le repetía su padre hasta la saciedad. Y el terror hizo que quisieran descender sin asegurar bien el camino, sin tomar las debidas precauciones.

Subieron ocho al Monte Perdido y solo regresó a casa uno. Ella.

La encontraron seminconsciente y con signos evidentes de hipotermia. Ese día, Lucía volvió a nacer. Ese mismo día en el que le comunicaron que el cuerpo de su hermano lo habían hallado a tan solo varios metros de ella. Sin pulso. Sin vida.

—¿Cómo pudiste dar con nosotros? —insistió la bruja.

—No fui yo. Hace unos cinco días visité a una vidente en Murcia. Creo que vosotros la conocéis.

Sofía enarcó las cejas.

—¿Mila? ¿Por qué iba ella a decirte dónde estábamos?

—Porque estáis en peligro. Por eso estoy aquí. Ella misma me pidió que os encontrara. Tuvo la visión de vosotros en la playa mientras el cielo se teñía con los colores de los fuegos artificiales. No le costó tanto averiguar la fecha en la que estarías aquí, pero tuvo que trabajar más en la ciudad donde os hallaría.

La cazadora reparó en la incomodidad repentina de Hugo. El muchacho ensanchó su torso al contener la respiración y soltó el aire poco a poco sin llegar a relajarse. Después se inclinó hacia ella, reposó sus codos en la mesa y la torpedeó aún más si cabía con sus ojos verdosos.

Lucía recordó las palabras con las que la había amenazado en la

playa: «Dame una razón para no matarte aquí mismo». Y sí, iba a dársela:

—¿Recordáis que tenía una misión en Salamanca? —Ambos asintieron—. Bien, antes de inspeccionar el lugar, fui a visitar a un antiguo amigo. Se lo debía. —Lucía obvió la parte en la que confesaba que ese hombre la había salvado de una muerte segura; no de la muerte física, sino espiritual. Después de regresar de la montaña, ella se negó a vivir. Se sentía culpable de las muertes de sus amigos y la de su propio hermano, a pesar de que nada pudo hacer para evitar el trágico suceso. Javier la había rescatado de su amargura y le había devuelto las ganas de luchar, de enfrentarse a sus miedos—. Estuvimos charlando un buen rato, y entonces me fijé en una de las fotografías que colgaban de la pared. Con mucha incredulidad, me acerqué al retrato mientras Javier me explicaba con orgullo que se trataba de una de las últimas cacerías en las que participó su abuelo. Y en ella, aunque había cinco hombres mostrando sus rifles, pude reconocer a uno de ellos: Berto.

—Ese viejo tiene más años que Matusalén —la interrumpió Hugo —. No sé por qué te asombras. Todos los cazadores comenzamos muy jóvenes a correr detrás de las bestias.

Lucía se mordió el labio inferior y clavó su intensa mirada en el muchacho.

—Estaba exactamente igual que ahora. Tenía la misma barba gris bien recortada, los ojos hundidos y los huesos de los pómulos bastante resaltados. Pensé que podría tratarse de un antepasado muy parecido. Aun así, le pregunté a Javier si lo conocía. Me contestó que no, pero que su abuelo había escrito los nombres de sus compañeros en el dorso de la foto. La extrajo del marco y allí figuraba su nombre entre otros.

Sofía dio un respingo.

—No acabo de entenderlo… Berto es… —Se sintió mareada, a punto de desfallecer.

—¡El demonio! —le aseguró ella —. Por lo visto, no es la primera vez que se deja ver entre los cazadores, incluso se jacta de sus correrías con ellos. Después de ese hallazgo, estuve indagando sobre su vida, reuniendo fotos, artículos de periódicos, cualquier cosa que me llevara hasta él. —Lucía abrió su mochila y sacó toda la información que había reunido—. Me he remontado hasta finales del siglo XIX, y siempre aparece con el mismo aspecto. Le gusta hacerse pasar por uno de los nuestros, dirigir investigaciones y matar a algún monstruo de vez en cuando. Es así como se ha labrado su buena fama. He podido entrevistar a algunos con los que ha trabajado y todos dicen lo mismo de él: que es buen compañero, inteligente y bastante ágil para su edad. Llegó con una buena carta de recomendación hasta

Rafael.

Hugo entrelazó los dedos en la nuca y estiró los brazos hasta sentir dolor.

—¿Estás diciendo que ese tipo ha estado con nosotros todo este tiempo y ninguno ha sospechado nada? —Ella no contestó. Se limitó a mirarlo con una seguridad aplastante—. ¡Joder! ¡Eso no puede ser! Todos poseemos un sexto sentido para estas cosas. ¿Cómo ha podido anularnos de esa manera?

—Sabe más el diablo por viejo que por diablo. Siempre me repetía esa frase. —Lucía entrecerró la mirada y la enfocó en la foto más reciente—. El día que estábamos buscando a Pilar, él se lamentaba de no poder seguir mi ritmo, y varias veces tuve que esperarlo para no dejarlo solo. Hasta que, al final, él mismo me dijo que continuara, que la vida de la chica estaba en juego. Yo no sospeché nada, supuse que estaba exhausto debido a los achaques propios de su edad, cuando en realidad fingía. Necesitaba estar a solas para poder presentarse ante ti con otro rostro.

Boquiabierta, Sofía trataba de digerir una información que se le atragantaba por momentos. Le pesaban sus pensamientos, sus dudas eran cada vez más espesas y no lograba comprender la motivación final de su enemigo.

—Las veces que lo he visto era un chico joven, de apariencia agradable, y... no entiendo cómo su presencia me alteraba tanto. Todo mi ser reaccionaba cuando intuía que estaba cerca. En cambio, Berto jamás me inspiró esa desconfianza. Siempre fue amable y educado conmigo. ¿Cómo puede ser posible?

—No te tortures. Puede ser quien quiera. ¡Es un demonio! Puede tomar forma de mujer, de anciano o de niño. Siempre escogerá el cuerpo que más le convenga dependiendo de la ocasión. Sin embargo, adora ser un cazador y meterse en su piel hasta hacernos creer que es un amigo.

La bruja se levantó. No aguantaba más, tenía que escapar de allí. Volvió a sentirse una inútil, una muchacha desvalida sin recursos para enfrentarse a alguien muy superior. De nuevo, era la niña asustada del castillo a quien la Sombra quiso hacer suya.

—Siempre ha estado ahí. Vigilándome, observando mis debilidades, anotando mis puntos fuertes. ¡Conociéndome! ¿Por qué no actuó antes? ¿Por qué no secuestrarme y llevarme hasta Janus? Pudo hacerlo en cualquier momento. —Se dejó caer en la silla de nuevo, abatida y desesperanzada.

—Él siempre ha sabido quiénes son las llaves. Es como un buscatesoros. La Sombra abría a las personas en canal para descubrir si la ocultaban en su interior. Berto no necesita hacer eso. Ha jugado con nosotros desde el principio. Todas esas muertes no eran para que

los cazadores salieran de sus madrigueras y él pudiese así individuar al poseedor de la llave. Lo hacía por diversión, por unirse a la juerga y entrar así en el círculo más íntimo de Sofía. Desde el inicio, él sabía que la llave de los cazadores se encontraba en Suecia, y envió a los servidores de Janus a por ella.

—¿Y entonces qué pretende? —le preguntó aún más confusa—. ¡¿A qué espera para entregarme a ese chiflado de Janus?!

—Un momento. —Hugo endureció el mentón y sus ojos se poblaron de densos nubarrones—. ¿Estás diciendo que hemos sido sus títeres?, ¿que nos hemos recorrido toda España siguiendo sus pasos, y todo para satisfacer su deseo perverso de diversión? Él nos ha llevado a la investigación de cada una de las muertes, incluso a que nos estableciéramos en esa cabaña. ¡Mierda! ¿Sabe entonces que estamos aquí?

Al cazador se le aceleró el corazón. Percibía los latidos palpitar con nervio, incluso en el cuello, donde apreciaba cómo las venas se le ensanchaban y se acortaban a una velocidad de infarto. Apenas le dejaban centrarse en sus propios pensamientos. Lucía entrecerró los ojos y observó la repentina palidez que había sufrido el muchacho.

—No —respondió tajante—. Hay algo que se le escapó de las manos. Y es el vínculo que se ha forjado entre vosotros. —Sofía se sonrojó y ocultó el rubor de sus mejillas tras sus cabellos—. Mila me desveló los detalles más relevantes del conjuro. Y puedo aseguraros que soy una tumba. Tuvo que hacerlo para que así yo pudiera continuar con mis averiguaciones y ayudaros al mismo tiempo. —Hugo bufó, incómodo—. Berto no esperaba que localizaras a Sofía en la nieve. Estoy segura de que sus intenciones eran otras. Y tampoco creo que se imaginara que cuidarías de ella con tanto celo. Pensaría que en cualquier momento le desvelarías vuestra posición a tu hermano para que se reuniera contigo. Ahora mismo debe sentirse frustrado y aguardando a que alguien contacte con tu padre para que le dé una pista. De todas maneras, se toma los reveses como un juego. Y en eso es uno de los mejores. Es como el gato que va tras el ratón.

—Tenemos que avisar a Rafael —sugirió Sofía con nerviosismo—. Todos allí corren un peligro grave. Berto está obteniendo información de primera mano. Cuando consiga lo que quiere, se deshará de todos ellos.

—No nos precipitemos. —Lucía le pidió otra cerveza al camarero—. Es un demonio calculador y muy preciso. No les hará daño hasta que no consiga su trofeo. Y eso significa que cuanto más tiempo permanezcas en las sombras, más vivirán ellos.

Hugo golpeó la mesa con ambos puños.

—¡Maldita sea! Lucía tiene razón. No podemos arriesgarnos a contactar con ellos. Berto lo sabría de inmediato, e ignoramos cómo

podría reaccionar. ¡Joder! Tiene que haber una forma de avisarlos sin que el demonio sospeche.

La cazadora agarró la jarra de cerveza con ganas. Sin embargo, esta vez decidió humedecer sus labios secos con pequeños sorbos antes de hablar:

—Hay más.

A Sofía se le cortó la respiración. ¿Qué podría existir peor que eso? Habían sido burlados por el ingenio de un demonio milenario. Ninguno había imaginado que estuviese conviviendo con ellos desde el principio. Incluso cuando el padre Carlos mencionó la posible intrusión de un traidor en el grupo, jamás valoraron el hecho de que el cazador fuera el mismísimo demonio. Todo empezaba a cobrar sentido en su cabeza: «El Cazador quiere a Sofía». ¡Qué estúpida había sido al pensar que estaba refiriéndose a Hugo y al conjuro mal recitado! Decían que ella albergaba un don inmensurable proveniente de las brujas ancestrales, y sin embargo no había sido capaz de distinguir al demonio en sus diferentes facetas. Se le había presentado como el joven elegante y demasiado atractivo para ser real, por lo que jamás imaginó que pudiera ser también un anciano benévolo y leal. Ahora lo había comprendido todo. Había herido a Oriol para inhabilitar su instinto, para impedir que pudiese señalarlo, y así había despejado el camino para llegar hasta ella. Los visitantes de alcoba eran simples peones en su partida de ajedrez. Nunca importaron. Sabía que era la manera de mantener a raya a Rafael, que lucharía contra molinos de viento, contra aquellos que lo habían relegado a una silla de ruedas, y no se centraría en el verdadero enemigo. Ahora todo encajaba, y adivinó con pesadumbre qué era lo que Lucía estaba a punto de desvelarles: ¡el enemigo! No eran los espíritus ni el demonio. Se trataba de Janus. Siempre había sido Janus. El maestro de ceremonias, el director de orquesta capaz de reunir a un ejército fiel, sanguinario y con ansias de poder. ¿Qué más daba si esas famosas puertas del Cielo no existían? Ya él había conseguido toda una proeza. Tenía miles de acólitos dispuestos a matar por él, convencidos de que tendrían que derribar viejos castillos para instaurar un nuevo orden. Los tres gremios nada podrían hacer para detenerlo. ¡Qué ingenuos habían sido!

Sofía entornó los párpados con gran angustia. Sus ojos estaban cargados de culpabilidad. Había caído en la trampa. Y esa mujer, a la que consideró irrelevante en su vida, estaba dándole una lección. Todos contaban, de alguna manera u otra. Incluso las personas que crees que se pasean por tu vida, tienen algo que decir.

Lucía, intuyendo su malestar, le agarró la mano y la apremió a ser valiente.

—Nos engañó a todos. Tenía que jugar al despiste para que así

Janus pudiera hacerse más fuerte. Ya no recluta a simples humanos —les confesó—. Hay integrantes de los tres gremios que se han sumado a sus filas. Mientras nos distraía con las peripecias de su demonio, Janus se ha alzado en toda Europa. En cuanto tenga la tercera llave, vendrá a España para reclamar la última llave. La tuya.

—Nos empeñamos tanto en salvar a las llaves que olvidamos el objetivo final de ese malnacido —se lamentó Hugo—. Queríamos protegerla, que nadie le arrebatase su esencia, y nos apartamos de la misión.

—No ha sido culpa vuestra. Janus ha jugado bien sus cartas. Y vosotros habéis hecho bien vuestro trabajo. Sofía está a salvo. Y sin ella no podrá completar el círculo. Berto se ha divertido encarnando de nuevo al cazador, poniendo pistas falsas, convirtiéndose en el principal enemigo de esta historia. Janus le ha dado total libertad y él ha sabido aprovecharla.

—Eso no hace que me sienta mejor —le confesó la bruja—. Al final he estado huyendo de mí misma. De mis secretos, de mis errores. Y no he conseguido nada, no he aprendido nada.

—Desde que Berto le desvelase quiénes eran las llaves restantes, Janus ha estado vigilándolas muy de cerca.

—Eso ya nos lo has dicho. —Hugo no quería que le repitiesen lo idiota que había sido.

—No. No me entiendes. Antes de que comenzaran las muertes, ya observaba cada paso que daba Sofía. —Lucía les mostró una nueva fotografía, una hecha desde su móvil. En ella, la bruja distinguió a un hombre y una mujer de mediana edad estrechándose la mano—. ¿Los conoces?

Sofía frunció el ceño de forma interrogante y volvió a examinar la pantalla del teléfono. Agrandó la imagen hasta poder discernir mejor las caras. Confusa, mostró una mueca de desconcierto.

—Juraría que este hombre regenta la carnicería de mi barrio. Creo que se llama Pedro. No estoy muy segura. Es mi madre la que suele comprar la carne. —Arqueó las cejas, esperando una aclaración—. ¿Qué tiene que ver el carnicero con todo esto?

—Y a la mujer, ¿la has visto alguna vez? —Sofía negó varias veces —. Se llama Carmen. Todas las semanas asiste a un grupo de apoyo para personas que han sufrido algún trauma de tipo sobrenatural.

La joven palideció.

—¡Oh, Dios mío! ¡Los supervivientes de lo paranormal!

—Estas dos personas son miembros activos de la secta. En concreto, ella se mudó a Alicante hace unos meses para vigilar a toda tu familia. Él fue captado hace unas semanas.

—¡No puede ser! He dejado la ciudad para que estuvieran a salvo.

—Me temo que ellos continúan allí por si decidieras volver.

Sofía se levantó sin mediar palabra y se dirigió a la salida a toda prisa. Al abrir la puerta, una bocanada de aire fresco la hizo estremecerse. A pesar del alborozo que transitaba por las calles y del regocijo de las almas empeñadas en teñir con colores sus casas, la noche continuaba siendo lóbrega. Al menos para ella.

Hugo salió tras ella maldiciendo su desatino. Su empecinamiento por proteger a Sofía lo había hecho descuidado. Él no era así: negligente ni incauto. Tendría que haber adivinado que ese viejo de barba gris no era humano, sino una bestia del inframundo. Lo había manejado como una marioneta, a su antojo y necesidad. La bruja había conseguido nublarle el juicio. Y sin embargo tenía que agradecer que ese enamoramiento ardiente y casi infantil lo hubiera hecho impredecible. Por eso estaban a salvo. Por eso todavía no habían caído en las garras de ese malnacido.

—¿Adónde vas? —le preguntó, adelantándose a ella e impidiéndole el paso.

—A mi casa. Mi familia corre peligro.

—¡¿Estás loca?! Eso es lo que quieren.

—Pues si eso es lo que quieren, se lo daré de una vez por todas. No voy a permitir que les hagan daño. Ellos no tienen ni idea de la existencia de este mundo. No saben cómo defenderse. —Lucía llegó hasta ellos después de pagar la cuenta. La bruja la miró con semblante determinante—. Tienes que ser tú la que avise a Rafael y a Oriol. Prométeme qué lo harás. Yo tengo que volver a casa.

—Ya hay alguien en Alicante que ha ido a avisarlos. Alguien de confianza que los sacará de la ciudad. No puedes presentarte allí.

—Se acabó. Estoy harta de que me digan lo que tengo que hacer. He estado huyendo semanas. Mi maleta parece una lata abollada. ¿Y de qué nos ha servido? ¡Mi familia es mi responsabilidad!

—Está bien. Pero ten mucho cuidado. —Lucía la abrazó—. Y no te preocupes por tus amigos, cumpliré mi promesa.

Horas más tarde, Rafael, desde el rellano, vigilaba la única entrada que había para llegar a la casa. Ese camino de tierra que serpenteaba cruzando el bosque y se adentraba en un lugar recóndito e inaccesible. Lo hacía mientras disfrutaba de una merecida infusión después de tantas horas de insomnio. El día y la noche no existían para él. Las horas era lo que importaba. El tiempo. Y apenas les quedaba. Se agotaba. Y eso lo enervaba, pues no podía controlar las manecillas del reloj para que estas le dieran tregua. Unos minutos más. Unos segundos en los que hallar la solución.

De pronto, distinguió la figura de una mujer avanzar con paso

cauteloso hacia él. Estiró la comisura del labio, agradeciendo al universo que anticipara su arribo. Quizá el tiempo se había puesto de su lado, puede que existiera alguien ahí arriba que quisiera ayudarlos. La visita que tanto había deseado que se produjera se presentaba por fin. Lucía había llegado.

26

Confesiones

Oriol examinaba cada rincón de la casa bajo la atenta mirada de Roberto. El hombre no le quitaba el ojo de encima, como si él fuese un ladronzuelo a punto de ejecutar un robo maestro. En parte, sí que era un intruso. Se había presentado a primera hora de la tarde en la vivienda con Iris. Al principio, habían dudado si permanecer en el vehículo y desde allí vigilar todos los movimientos de la familia o si irrumpir en el hogar con una excusa absurda. Al final, descartaron ambas opciones y se presentaron ante ellos con la verdad. Edulcorada, sí, y desde luego sin entrar en muchos detalles, pero con la verdad.

La madre de Sofía había proferido un grito que alertó a la vecina de enfrente. Esta se presentó minutos más tarde, sin disimular su nerviosismo, para después reprenderla porque no se podía chillar de esa manera en un edificio respetable, y menos por recibir a unos parientes lejanos que hacía tiempo que no veía. Con una mueca de disgusto que desfiguraba su rostro simétrico, Elena la despidió con educación. A continuación, comenzó con el bombardeo de preguntas, a las que Iris trató de responder con una paciencia infinita. En cambio, Oriol prefirió inspeccionar el lugar, dictaminar las zonas calientes, que no eran otras que los posibles puntos de entrada de un ente maligno a la casa, y despejar las vías de escape, que para su disgusto solo pudo individuar una: la puerta por la que ellos mismos habían accedido al piso.

—Déjame que me aclare —la interrumpió de nuevo la madre de Sofía—. Entonces, la Sombra puede venir a por nosotros aunque mi hija no esté aquí, para, como dices tú, tomarnos como rehenes y hacerla venir. Y vosotros estáis aquí para evitarlo, ¿no es así? —Iris asintió despacio—. ¡¿Y dónde está Sofía?! ¡¿Quién cuida de ella?! ¿Por qué no nos ha llamado el padre Carlos?

La muchacha soltó un resoplido que hizo sonreír a Oriol. Sofía ya los había advertido de que su madre podía llegar a ser intratable.

—Ella está bien. Mientras se mantenga oculta, no hay nada que temer. En cuanto al padre Carlos, él mismo nos dijo que no usáramos los móviles para no alertar al enemigo.

—No lo entiendo. ¿Es que ahora los espíritus interceptan las llamadas? ¿Saben leer mensajes?

Iris arrugó el rostro y le lanzó una mirada de auxilio a su compañero, quien se encogió de hombros y continuó con su tarea.

—Es algo complicado de explicar...

—Bueno, yo no soy estúpida. Creo que puedo entenderlo a la primera si tú me lo aclaras bien.

—Por supuesto. —Intentó disimular su creciente desesperación y se mordió la lengua varias veces para no soltar lo primero que se le cruzara por la mente. «Es humana. No entiende este mundo. Y es la madre de Sofía. Calma. Mucha calma», se decía a sí misma—. Bien, las sombras son invocadas por alguien de carne y hueso, como tú y como yo, y este sí que puede rastrear los teléfonos móviles.

Elena abrió la boca al tiempo que sus ojos se agrandaban hasta ocupar buena parte de su rostro.

—¿Y por qué hacen semejante cosa? Quiero decir, esos vivos de los que hablas.

—Para obtener riqueza, poder o lo que sea a cambio de una vida más feliz.

—Tienen que ser unos desgraciados para recurrir a los espíritus. Los muertos deberían quedarse bien muertos. Roberto, ¿no te parece algo deleznable molestarlos en su descanso eterno? —El hombre asintió de manera automática y fijó de nuevo la vista en el cazador, quien se dedicaba ahora a esparcir sal en las hendiduras de las ventanas—. Entonces, ¿tú eres amiga de mi hija? ¿Eres también vidente? ¿Sabes decirme si mi madre sigue aquí?

—¿También? —Iris frunció el ceño como si estuviese a punto de responder a una pregunta trampa—. ¡Oh, sí! Soy vidente... también.

—Es una habilidad muy rara. Y hay mucho farsante suelto por ahí. Algunos cobran miles y miles de euros por hacerte una buena limpieza de la casa. Y te aseguro que no hay nada mejor que la lejía para desinfectar.

Elena estudió las facciones dulces de la muchacha y reparó en los ojos grises detrás de las largas pestañas. Parecían sinceros y relajados. Quizá demasiado, teniendo en cuenta que en cualquier momento podrían ser asaltados por la temible Sombra. De hecho, ella estaba hecha un manojo de nervios. No lograba controlar los espasmos de su pierna izquierda, la cual saltaba como una rana en busca de un lugar más sosegado dentro del estanque.

—Puede estar tranquila, yo no soy una farsante.

Oriol entró en la habitación de Sofía y se sentó en la cama al percibir su olor. Su fragancia revoloteaba como un pequeño colibrí sobre cada uno de los objetos que allí se encontraban. Entornó los párpados unos

segundos e inspiró pausado, tomándose su tiempo. Percibía la presencia de la bruja en el cuarto. Viva. Exaltada. Su huella energética impregnaba cada palmo de la estancia, embriagándolo, aturdiéndolo por un instante. Se permitió nutrirse de su poder y de respirar una calma vibrante.

De pronto, en la esquina del fondo, advirtió el movimiento sutil de la mecedora. Se balanceaba con placidez, disfrutando de la atmósfera mágica propia de la habitación. Oriol sonrió. No tenía nada que temer. La imagen de una dulce viejecita fluctuaba como un eco silencioso del pasado.

—¿Has visto algo?

El hermano de Sofía se sentó junto a él y columpió sus pies al ritmo de la mecedora. El niño ignoraba que se movía al son orquestado por el mueble. A veces las energías invisibles traspasaban barreras y conseguían envolver a las personas, quienes, aunque ajenas a su encanto, las reproducían continuando con su música. Oriol reburujó sus cabellos ensortijados y se levantó, esbozando una sonrisa cómplice. Consultó el móvil por enésima vez por si Hugo o Sofía hubieran decidido escribirle y lo devolvió al bolsillo mientras reprimía una mueca de disgusto.

—De momento, no tenemos nada de lo que preocuparnos —dijo, aliviando la curiosidad del niño—. Todo parece en orden.

—¿Parece? —le replicó Roberto.

El cazador advirtió el tono suspicaz del hombre. Desde el primer minuto, el padre de Sofía no los había tratado con mucha simpatía. Había sido correcto, educado e incluso mencionó recordarlos del día en el que fue a recoger a su hija al monasterio; mención que ayudó a limar asperezas con su mujer, quien los invitó a pasar y a acomodarse. Sin embargo, Roberto recelaba de su comportamiento. Y Oriol ignoraba lo que su hija le habría contado sobre ellos para que se creara tal ambiente de crispación. Y aunque estaba convencido de que Sofía no le había desvelado sus aventuras del verano pasado ni su ardiente relación bajo el techo del monasterio, el cazador dudaba de la información que manejaba el hombre.

—Nunca se puede estar seguro al cien por cien.

Los dos aguantaron sus respectivas miradas durante un instante que pareció eterno, hasta que ambos escucharon cómo alguien tocaba con suavidad la puerta.

—¿Esperáis a alguien? —le preguntó el cazador mientras se dirigía a la entrada.

Allí detuvo a Elena, quien presurosa se disponía a atender a quienquiera que estuviera detrás de la madera. Les dio instrucciones a la familia para que se apartaran, y en cuanto Iris cubrió el otro flanco, apoyó la mano sobre el tirador y la entreabrió. Oriol descubrió a una

mujer de estatura media con rostro afable y ojos saltones. Con una amplia sonrisa, le preguntó por la madre de Sofía.

—Y usted, ¿quién es? —El chico le dedicó una mirada acusatoria que disgustó mucho a Elena.

—¡Oh, por favor! Disculpa a mi sobrino. A veces es demasiado paternalista. —La madre de Sofía desplazó al cazador y terminó de abrir la puerta.

—La juventud de ahora, o es muy pasota, o bastante apegada a la familia —dijo la mujer riendo—. Pensé pasar por tu casa al ver que no contestabas a mis mensajes y que tampoco habías ido a la terapia. Nunca te saltas una sesión.

—Bueno, Carmen, cuando recibes la inesperada visita de tus sobrinos, poco te puedes programar. Ya sabes cómo son estas cosas.

Oriol asistía a la conversación de las dos mujeres sin apartarse de la entrada, a pesar de los gestos visibles realizados por Elena para que les dejara algo de intimidad. Percibía la incomodidad de la madre de Sofía, y aun así decidió no retirarse.

—Me gustaría hablarte de algo importante. Creo que está volviendo a pasar. Aquello de lo que te hablé, y no quiero volver a mudarme —le dijo afectada—. ¿Podrías bajar unos minutos y tomamos un café?

—¡No! —respondió tajante el cazador.

—Jovencito, no voy a tolerar ese tono en mi casa —lo reprendió Elena—. He salido con Carmen muchas veces. Es una persona de total confianza.

—¿Sucede algo? —preguntó la mujer con desconcierto.

—Quizá deberías hacer caso a nuestro sobrino —intervino su marido incómodo—. Pronto es la hora de la cena, y no deberías desatender a nuestros invitados.

Su mujer lo fulminó con la mirada. Resuelta, cogió el abrigo y el bolso sin dar más explicaciones. Desapareció dando un portazo, avergonzada por la escena que le habían hecho vivir delante de su amiga, dolida porque jamás su marido se había entrometido en sus asuntos. Sí, había una sombra que quería regresar a por ellos. No obstante, en el grupo había aprendido a vivir con la amenaza constante, a seguir adelante cuando sentía que todo se estancaba y a no cambiar el futuro por una cuestión que aconteció en el pasado. El miedo no era una opción.

—Iris, será mejor que no las pierdas de vista. —La vidente asintió y abandonó la casa sin dilación—. ¿A qué grupo de terapia se refería?

El cazador fulminó con la mirada a Roberto, y este no supo cómo eludir esa pregunta bastante espinosa para él. Era consciente de que Elena se sentía cómoda con sus nuevos compañeros, que se desahogaba narrando una y otra vez la experiencia que habían vivido

en el hotel y después en la carretera. Sin embargo, él prefería guardar silencio, mantener ciertos asuntos en secreto, dentro de la familia. No le gustaba airear sus aventuras paranormales. Continuaba opinando que eran muchos los que no estaban preparados para escuchar esa clase de historias sin emitir juicios perniciosos. Sin embargo, Elena era demasiado Elena. Había encontrado alivio en el grupo, nuevos amigos que comprendían su estado de ánimo y con los que podía charlar con total libertad, aunque a él no le gustara demasiado.

—Es una especie de asociación, no muy grande, donde se reúnen unos cuántos a hablar sobre sus experiencias con espíritus y demás —confesó avergonzado.

—No me gusta.

—A mí tampoco. —Por fin, Roberto consiguió relajarse ante el muchacho, quizá por su franqueza o porque había sido directo con su mujer prohibiéndole salir de la casa mientras él prefería dar unos cuantos rodeos antes de abordar cualquier asunto con ella—. Ya le he dicho varias veces que hay temas que deberían quedarse dentro de estas cuatro paredes. Pero ella es feliz así, y terca como una mula también.

Oriol esbozó una sonrisa de medio lado.

—También Sofía es testaruda cuando quiere.

—Sí, por eso las dos chocan mucho cuando no están de acuerdo en algo, que suele ser casi siempre. En cambio, Cris, a pesar de ser entusiasta y bastante curioso —dijo, mirando al niño con ternura—, es más templado... Dime la verdad, ¿qué está pasando en realidad? Me he dado cuenta de cómo te ha cambiado el semblante cuando sujetaste algunas de las pertenencias de mi hija. Te aferrabas a ellas como si ya no estuviera. No sabes dónde está, ¿no es así?

El cazador arrugó la frente y presionó los labios hasta casi hacerlos desaparecer. No quería mentirle al padre de Sofía, aunque fuera lo más sensato en ese momento. No obstante, no podía. Algo en su interior le rogaba que no lo hiciese.

—No, no sé dónde se encuentra ahora. Pero, créame, está en buenas manos. Mi hermano está ayudándola a esconderse —le confesó dolido—. Hay una secta que quiere algo que posee su hija. Algo muy valioso. Y están invocando a espíritus malignos para que los ayuden a arrebatárselo. No nos enfrentamos a una sombra, sino a un ser que se pasea por ahí con un cuerpo humano, como si fuera un vestido nuevo. Creemos saber de quién se trata, aunque puede que cambie de rostro cuando menos lo esperemos.

Roberto asintió agradecido.

—En ese caso, voy a llamar a mi mujer. Es mejor que regrese cuanto antes. Ella está convencida de que un fantasma jamás se presentaría en un lugar público ante todos, como en un centro

comercial o un cine.

El joven ladeó la cabeza al tiempo que fruncía el ceño.

—Eso no es del todo cierto.

De nuevo, unos golpecitos en la puerta volvieron a interrumpir la conversación. Con rostro interrogante, Oriol tanteó al hombre y aguardó a que adivinara de quién se trataba antes de abrir. Sin embargo, él se encogió de hombros.

—No es Elena. Mi mujer tiene llave.

El cazador agarró con fuerza la pequeña navaja que tenía en el interior de la chaqueta y abrió. Al instante, dio un respingo, e incrédulo retrocedió unos pasos.

—No voy a decir que no esperaba verte aquí, porque mentiría. —Mila se deshizo del abrigo, el cual dejó caer sobre el brazo del muchacho—. ¿Ya ha llegado Sofía?

—¿Sofía? —Tartamudeó sin comprender qué hacía la vidente en la casa.

—¿Conoce usted a mi hija?

—¿Es usted de los buenos o de los malos? —le preguntó el niño, dispuesto a darle un puntapié si la situación lo requería.

—Yo siempre estoy con los buenos —le respondió la anciana riendo—. Aunque ya estoy demasiado vieja para estos trotes. Desde que vi a tu hermano hace unas semanas, me dije que nada bueno se avecinaba. Tiene la misma aura que tu padre. Los problemas lo buscan a él.

La mujer se sentó en el sofá con desparpajo ante el asombro de Roberto, quien miraba a Oriol en busca de una explicación coherente que aclarase el motivo de esa inquietante visita.

—Mila, creo que me he perdido. ¿Cómo sabes de la existencia de Sofía? ¿Y cuándo has visto a Hugo? Perdona si no entiendo qué es lo que estás haciendo aquí.

—Oh, sí claro. Creo que tenemos una conocida en común. Lucía, si mal no recuerdo su nombre. —Al cazador se le desencajó la mandíbula y el dorado de sus ojos se oscureció—. Ella me pidió que viniera a advertir a la familia de Sofía puesto que siendo una vieja a quien le falta el aliento, pasaría desapercibida entre aquellos que buscan cazadores y brujas. Pero creo que he llegado tarde o tal vez pronto, ya que la muchacha no ha llegado aún. El caso es que tuve muchas dificultades para pedir un permiso en la residencia. Yo les pago todos los meses, pero por lo visto soy una reclusa. He tenido que adular mucho al enfermero para que se pusiera de mi parte, y después, al director del centro. Ya me entiendes. Tuve que ofrecerles mi mejor sonrisa y hacerlos cambiar de idea. Y eso me fatiga mucho. ¿He llegado tarde? Es que no veo a Iris por aquí. Hace tanto que no la veo que no sé si seré capaz de reconocerla. En cambio, tú te has

convertido en un hombre muy deseable, y no me refiero a esas feromonas. Conmigo, esas pamplinas nunca funcionaron.

Oriol tomó asiento a su lado y la cogió de su mano.

—Mila, ¿qué es eso tan importante que tienes que decirnos?

—Ah, sí, este viaje me ha hecho una desmemoriada. Tienes que llevarte a la familia muy lejos de aquí. Ellos llevan tiempo observándolos a todos y aquí no están seguros. Esa secta tiene ramificaciones en todas partes. Es mejor no fiarse de nadie.

—¿Por qué Lucía fue a verte?

—¡Oh, por favor! Sigo siendo la mejor vidente del país. Había venido a Alicante en busca de respuestas, y las encontró. Por eso tenía que localizar a Hugo y a Sofía. Tenía que advertirlos. Ese demonio lleva semanas infiltrado en el grupo, y ella temía que llegara hasta ellos fingiendo una amistad que no era verdadera.

—¿De qué demonio habla? —Roberto aguardó a que el cazador le aclarase lo que estaba sucediendo, sin embargo, Oriol parecía también despistado. Su labio inferior temblaba y sus cejas se arqueaban de vez en cuando, tratando de organizar toda la información que estaba dándole la anciana—. Esto no me gusta nada. Ahora sí que voy a llamar a mi mujer. —Se dirigió a la cocina en busca de una atmósfera más relajada en la que poder hablar con total libertad.

—Estábamos seguros de que era Lucía hasta que encontraron su partida de nacimiento. —Oriol no disimuló su asombro.

—No te culpes por ello. No estabas en condiciones de desenmascararlo.

—¿Quién es? —le preguntó despacio, temiendo que la respuesta fuera tan evidente como para no culparse.

—Creo que Lucía lo llamó Berto. Sí, ese era su nombre.

El cazador se echó hacia atrás maldiciéndose a sí mismo. Ese hombre había estado cerca de él y no había sido capaz de reconocerlo, de percibir su energía, de oler sus células. ¡Había sido engañado como un simple humano! Y eso lo enojaba. No obstante, a pesar del error fatal que había tenido al juzgar al viejo cazador, no podía apartar de su mente el rostro de su hermano.

—¿Por qué Hugo fue a verte? ¿Y cómo conoces a Sofía? ¡No entiendo nada! —Se levantó como un resorte y caminó de un lado para otro al tiempo que se frotaba las sienes. De pronto, se detuvo y la miró a los ojos con convicción—. Fue a verte por el dichoso conjuro. Es eso, ¿verdad? Y, claro, te mencionó a Sofía. Esa es la razón. Sabía que ya empezaba a padecer esos efectos secundarios incluso antes de que comenzáramos esta misión. Y no me dijo nada. Se calló, como suele hacer cuando algo no le conviene. ¿Qué le dijiste?

—Ese tema no es el que nos preocupa ahora. Hay asuntos más urgentes que resolver. ¿Dónde está Iris?

El padre de Sofía regresó, agitado, sacudiendo el móvil que sostenía en la mano.

—Elena no responde. Me salta el buzón de voz cada vez que la llamo.

Oriol, sin apartar la vista de la anciana, adivinó sus pensamientos. Se crujió los dedos y le envió un mensaje a Iris. A pesar de que era consciente de que la vidente tendría el móvil silenciado para evitar llamar la atención de las personas a las que espiaba, el cazador apenas aguardó dos minutos para salir a su encuentro. Mila no se equivocaba jamás. Y su insistencia por conocer el paradero de Iris desde que había llegado lo había puesto nervioso.

—Voy a ver qué sucede. No tardaré nada —añadió al advertir el rostro de preocupación de Roberto—. Mila, cuida de ellos y no le abras la puerta a nadie, excepto a mí.

—Tengo que saber si mi mujer está bien. ¡No puedo quedarme aquí con los brazos cruzados!

—Es mejor que me espere dentro de casa. Puede que sea peligroso. Y Cris lo necesita.

El hombre se le adelantó y abrió la puerta.

—No tengo ni idea de dónde se encuentra mi hija. Y, créeme, no voy a permitirme perder a Elena también.

Oriol bajó las escaleras de dos en dos, a veces saltaba hasta cuatro peldaños sin inmutarse. El cazador no corría, volaba. Su corazón bombeaba a un ritmo inusual para él, apresurado y desordenado. Escuchaba los latidos exaltados en su cabeza, como si se hubieran hecho dueños de su mente. Lo empujaban a avanzar y no mirar atrás. Al llegar a la calle, examinó los diferentes carteles luminosos. Buscaba una cafetería, tal vez un bar. Fue Roberto quien le señaló un edificio rojizo a unos trescientos metros de donde se hallaban. Oriol se apresuró a individuar el letrero: «El café de la esquina». Un nombre poco original para los hechos extraordinarios que se avecinaban.

Antes de precipitarse al interior, comprobó que Iris no se encontrara en un ángulo muerto de la calle, vigilando, y le indicó a Roberto que se mantuviera detrás de él mientras reconocía la zona. «Si Iris estuviera escondida por aquí, me habría visto llegar y me habría hecho alguna señal», pensó disgustado. Decidió entonces entrar. Su amiga habría valorado espiar a la madre de Sofía desde algunas de las mesas, cuidándose mucho de no llamar la atención. El cazador no enmascaró su desconcierto al verificar de nuevo que la chica no había respondido aún a su mensaje de texto.

Acongojado, suspiró, y por fin le prestó atención al interior del local. La cafetería resultó ser un establecimiento acogedor y bastante coqueto para lo que podrías imaginar desde el exterior. Las mesas de madera estaban bien dispuestas alrededor de una barra semicircular.

Al fondo, tres pequeños escalones te conducían a una planta superior rectangular y con apetecibles sillones en los que reposar mientras degustabas una variedad de cafés acompañados de seductoras tartas y pasteles.

En un primer vistazo, Oriol no divisó a su amiga por ninguna parte, y peor aún, tampoco a Elena. Sin disimular, se recorrió el establecimiento mientras Roberto le preguntaba a uno de los camareros por su mujer. Era evidente que ambos hombres se conocían, ya que hablaban sin formalismos. En cambio, el medio demonio no quiso perder el tiempo mostrándole a la clientela una foto de la mujer o de la vidente, ya que su instinto lo empujaba a recorrer cada metro del lugar. Por eso, tras su breve inspección, se dirigió a los baños. Tocó varias veces en el destinado a las mujeres antes de acceder en él. Cuando lo hizo, todas sus alarmas saltaron al descubrir a Iris en el suelo, aturdida y maniatada. La joven sangraba por la nariz y tenía un buen hematoma en la mejilla izquierda. La desató y la ayudó a incorporarse. Después la acercó al lavabo para que pudiera limpiarse la cara y aliviar el dolor con el agua fría.

—Esa tal Carmen resultó ser un miembro de la secta. Cuando quise darme cuenta, fue demasiado tarde.

—¿Carmen te ha hecho esto? —le preguntó el cazador asombrado. Iris era más o menos de la misma estatura, sin embargo, era más fuerte que la mujer. Estaba entrenada para la lucha cuerpo a cuerpo.

—¡Claro que no! —se molestó por la insinuación—. No estaba sola. Había tres tipos más aquí esperando a Elena en otra de las mesas. Cuando vino al baño, la seguí para advertirla, y en ese momento entraron los cuatro. El resto puedes imaginártelo. ¡Se la han llevado, Oriol!

Con la mandíbula desencajada, Roberto irrumpió en el servicio al escuchar las voces de los jóvenes. Estaba histérico, tanto que ni reparó en el rostro magullado de la vidente.

—El camarero dice que Elena se ha marchado con tres hombres hará un cuarto de hora. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Son miembros de la secta —le confirmó el cazador—. La usarán para intercambiarla por Sofía.

—¡Oh, Dios mío! Hay que llamar a la policía.

Oriol lo sujetó por los hombros y lo miró con firmeza. Roberto trató de recomponerse ante el muchacho.

—Escúchame bien. Nada de policías que no sean del gremio. Y aquí no conozco ninguno. Por el momento, no podemos fiarnos de nadie. Si esa secta ha alargado sus tentáculos hasta esta ciudad, cualquiera puede serle fiel. ¡Cualquiera! Así que tienes que volver a casa y cuidar de tu hijo. Nosotros nos encargaremos de esto. —El hombre asintió sin protestar—. Te acompañaremos. No queremos más

sorpresas. Ahora vuelve fuera y pide algo de hielo.

Roberto alzó la mirada, y fue entonces cuando reparó en la nariz enrojecida de la chica. Reprimió una mueca de disgusto y, titubeante, abandonó el baño.

—No podemos entretenernos mucho, o nos sacarán aún más ventaja —le aconsejó Iris.

—Lo sé. Pero no debemos dejar que vuelva solo a casa. —Oriol se mordió el labio inferior—. Mila está aquí. Se ha presentado en la casa. Dice que el demonio es Berto.

Iris pensó que se mareaba de nuevo. Se llevó la mano a la frente y parpadeó varias veces antes de volver a posar sus ojos en su amigo.

—¿Cómo? No entiendo nada. ¿Cómo ha sabido ella de esta misión? Sé que es una gran vidente, pero pensé que estaba retirada.

—Es una larga historia. Ahora, lo que debe importarnos es cómo protegemos a Roberto y al niño y rescatamos al mismo tiempo a la madre de Sofía.

Ella se crujió los dedos, inquieta. No podían abordar todo el asunto ellos dos solos, y tampoco tenía idea de cuánto tiempo tardarían los refuerzos en llegar si alertaban a Rafael. Puede que demasiado.

—Tampoco me gusta la idea de dejarlos encerrados en la casa. Mila nunca ha sido una mujer de acción. Ella puede prevenirlos si alguien se acerca. Nada más. No podría defenderlos.

—Iris, tenemos que tomar decisiones ya.

—Está bien. Yo me quedo con la familia. En cuanto localices a la madre de Sofía, me lo dices y voy a ayudarte.

—No creo que se la hayan llevado lejos. Al menos todavía.

Antes de salir, Oriol se miró al espejo y examinó las centellas doradas que sobrevolaban sus pupilas. Entrecerró los ojos para leer en ellas, como si pudieran vaticinarles un futuro que se le antojaba incierto. En cambio, se fijó en las pequeñas arrugas formadas en las comisuras de los labios, sabias y autosuficientes. El cazador no era un vidente, no poseía una esfera mágica desde la que valorar todas las posibles decisiones con sus diversas consecuencias. Ni siquiera Iris era capaz de una hazaña de esa índole. Su don se basaba más en la comunicación que en la premonición. Podía hablar con espíritus, descifrar las señales que le enviaba la naturaleza, hacer astrales e interpretar sus sueños. No obstante, jamás había visualizado el futuro más próximo ni el más lejano. Esto era innato en algunas videntes extraordinarias como Mila. Ella tejía los caminos más probables y te empujaba a tomar la decisión más acertada. Su padre la había admirado por eso hasta la noche fatídica de la muerte de Laura. Aunque Mila lo había prevenido advirtiéndolo de un ataque inminente en la familia, pensó que no ocurriría esa noche y lo bendijo para que

fuera tras el ente. Desde ese día se abrió una brecha irreparable entre ambos que los obligó a tomar caminos diferentes. Rafael la culpaba en silencio, a pesar de que era consciente de que la había presionado hasta lo indecible para que le vaticinara una fecha en la que sucedería el asalto a la casa. Nunca se debe obligar a un vidente a hacer una predicción de esa naturaleza, porque su parte humana, no divina, yerra, al igual que lo hace un cazador cuando toma decisiones imprudentes basadas en sentimientos y no en consideraciones objetivas.

Tenía que arriesgarse. Debía dar un salto de fe sin que el amor que sentía por Sofía nublase su buen juicio. Porque, aunque deseaba correr tras ella, advertirla de que no debía fiarse de Berto y obligarla a permanecer oculta hasta que todo terminase, no podía. Esta vez, tenía que confiar en el buen criterio de su hermano.

27

Intercambio

La carretera era un paño gris que bordeaba montañas y acariciaba la costa; una maraña infinita de hilos, tejidos sin respetar los cauces de los ríos o las curvas de las colinas. Penetraba en los pueblos y ciudades tiñéndolos de un color plomizo opresivo, rompiendo la armonía y el silencio del aire. Uno de esos filamentos sombríos se estiraba como el chicle, transformando la ruta en una carrera contra reloj agobiante. Cuatro horas la separaban de su familia. Cuatro horas en las que las moiras se afanarían en tejer su destino sin importarles sus sentimientos.

Bajó la ventanilla para recibir un soplo de oxígeno que apartara sus miedos, y en cambio, el profundo aroma a salitre la desconcertó. El mar embravecido golpeaba el litoral con brío, dispuesto a recuperar las tierras que el ser humano le había arrebatado. Rugía. Vociferaba. Las olas parecían haberse vestido de gris para confundir al transeúnte, para hacerle pensar que también existían las carreteras en el mar. Así lograban adentrarse en la calzada cercana a las playas y discutir su hegemonía con furia.

Comenzaba el primer día del año nuevo, con otra batalla en la que no había ganadores ni perdedores, solo supervivientes. Pronto la lluvia se sumó a la lucha y ralentizó la marcha de los vehículos en aquella madeja enredada de asfalto. Sofía bufó. Se lamentó de su infortunio. Antes de que llegara a su hogar, la tarde se convertiría en noche, y el deseo de encontrar a su familia se alejaba con cada trueno que resonaba en el cielo.

Observó a Hugo de reojo. Apenas habían intercambiado un par de palabras desde que habían abandonado el hostal. Sofía lo había increpado por no darse prisa, por tratar de urdir un plan antes de ponerse en marcha. Los minutos eran hebras de oro que se desvanecían con el paso del tiempo. No podían desaprovecharlos. Sin embargo, el cazador insistió en elaborar una estrategia con Lucía para tratar de coordinar los movimientos de Rafael con los de ellos en cuanto la mujer los advirtiera de quién era el enemigo real. No podían dirigirse a Alicante sin refuerzos, sin un grupo de apoyo que los ayudara a derrotar al demonio, y Hugo esperaba que su hermano se sumase a la misión en cuanto conociese el problema.

La bruja reparó en los ojos opacos de su compañero de viaje. La

mente de Hugo era un motor permanentemente encendido, un tren directo que no descansaba en las estaciones intermedias. Y mientras ella se preocupaba por el estado de sus padres y su hermano, él fabricaba edificios repletos de escondrijos secretos, llenos de puentes que los conectaban entre sí y de ascensores por los que poder escapar. A Hugo lo tachaban de impulsivo y temeroso, sin embargo, ella había descubierto a una persona metódica, a un estratega en el que no cabía la imprecisión, a un auténtico malabarista de problemas. Sí, se parecía a su hermano aunque no quisiera reconocerlo. Y eso turbaba a Sofía.

Creó una bola energética en la palma de su mano y se dedicó a jugar con ella como si fuera una de esas pelotas antiestrés. Necesitaba relajarse. La incesante lluvia golpeaba las ventanas con tanta fuerza que llegaba a distorsionar la realidad. Empañaba la imagen de la vía recta sobre la que circulaban e inventaba curvas impracticables.

De pronto, el tráfico se volvió denso. Los vehículos se convirtieron en una especie de gusano mecánico donde cada espiráculo se contraía para que todo su cuerpo cupiese en aquel fragmento de carretera.

—Tenemos que parar —le anunció Hugo.

—¡No, no, no! —se enfadó ella—. No podemos detenernos.

—¿Has visto cómo llueve? Apenas podemos avanzar. Antes de que se nos recaliente el motor, es mejor que vayamos a una estación de servicio y esperemos a que mejore el tiempo. —Sofía cogió su móvil y se dispuso a llamar—. ¿Qué haces?

—Si vamos a pasar unas horas en una gasolinera, voy a avisarlos. Estoy harta de esta norma inútil. Se trata de mi familia, y tengo un mal presentimiento.

Hugo se mordió el labio inferior antes de pronunciarse. Arqueó las cejas al tiempo que emitía un suspiro y luego asintió con la cabeza. Ella tenía razón. Puede que no llegaran a tiempo o que ya fuera demasiado tarde. Esa secta había demostrado una capacidad de organización admirable y un fervor atemorizante. Había llegado la hora de romper las reglas e improvisar.

Sofía bajó del vehículo sin esperar a que el paraguas del cazador la socorriera. Mantenía el móvil en la oreja mientras soportaba el aguacero sobre sus cabellos. Se sentó en la mesa más cercana a la puerta después de sacudirse la cabeza y escurrir la blusa, la cual se le había adherido a la piel como los imanes que decoraban su nevera. Con tan solo las suelas de las botas mojadas, Hugo cerró el paraguas y rio, divertido.

—No me gusta mojarme a no ser que no me quede más remedio.

—No lo habría imaginado —bromeó ella, ya que conocía de antemano que jamás sometería a su chaqueta de cuero a semejante infortunio.

—Yo no soy de esa clase de tipos que cantan bajo la lluvia. ¿No te

responden? —Hugo se percató de que había apoyado el móvil en la mesa.

—Ni mi padre ni mi madre. Probaré en un rato. Puede que hayan salido a dar una vuelta. Después de todo, hoy es festivo para muchos —apuntó, sin disimular una mueca apesadumbrada.

Mientras se bebía el café con leche, observó la lluvia caer desde la ventana. Adoraba contemplar cómo miles de gotas se precipitaban contra el pavimento al ritmo de una melodía sonora y que a ella le resultaba reconfortante. No obstante, por primera vez en su vida, deseó que cesara pronto y que le despejara el camino a casa. Estaba tan ensimismada observando cómo nacían charcos diminutos que se estiraban fatigosos hasta llegar a otros y convertirse así en uno mayor que apenas escuchó el timbre del teléfono. Cuando se percató, respondió de inmediato al comprobar que era su madre la que la llamaba.

—¡Mamá! ¡Cuánto me alegro de hablar contigo! ¿Estáis todos bien? —Sofía frunció el ceño, desconcertada, y buscó el apoyo del cazador al recibir un silencio hiriente desde el otro lado del aparato—. ¿Mamá?

—Hola, Sofía. Tu madre no puede ponerse en este momento, pero me alegro de que hayas llamado.

Palideció. Se le secó la garganta de forma repentina y temió que hubiesen resultado dañadas sus cuerdas vocales. No conseguía emitir sonido alguno, ni siquiera un mísero gruñido. Le hizo señas a Hugo con la mano y pulsó el icono del altavoz para que también él pudiera escuchar la conversación. Se humedeció los labios y tragó varias veces saliva.

—¿Quién es usted? —preguntó, marcando cada una de las palabras.

—Una amiga de Elena. No tienes de qué preocuparte. Al menos por el momento.

—Te juro que si le haces daño… —comenzó a decir con rabia.

—Sí, ya me han hablado de tus poderes. Por eso queremos un intercambio pacífico. Dejaremos a tu madre en paz si tú te vienes con nosotros.

Hugo abrió tanto los ojos que sus párpados desaparecieron sin dejar rastro.

—¡Si crees que vamos a ceder a tu chantaje, es que no nos conoces!

—Tú debes ser su novio, el cazador. Has hecho un buen trabajo escondiéndola bien, pero eso ya se ha acabado.

—¿Qué tengo que hacer? —Sofía se adelantó a los siguientes improperios del cazador.

—Seguir mis indicaciones, y te prometo que no le ocurrirá nada a

tu madre. Ahora mismo te envío unas coordenadas. Solo tienes que venir y entregarte.

—Por favor, no le hagáis daño...

Carmen cortó la llamada antes de que ella pudiera terminar la frase. Durante unos segundos interminables, Sofía se quedó observando la pantalla del aparato como si esa conversación no hubiese existido. Todo había sido un juego macabro orquestado por su imaginación más oscura. Era irreal. Una pesadilla. Su mente se había vaciado y no conseguía rellenarla de nuevo. Demasiadas lagunas, demasiados huecos que no encontraban su razón de ser. Apenas se percató de que los brazos de Hugo la rodeaban para ofrecerle su consuelo. Con lágrimas en los ojos, ella se atrevió a mirarlo, y comprendió que el mar de nubes en el que flotaban sus pupilas era el preludio de una gran tormenta, mayor de la que eran testigos los aldeanos del lugar.

Oriol prefería adentrarse en los bosques como un gato salvaje e inspeccionar los troncos de los árboles, detectar las ramas partidas apenas imperceptibles para el ojo humano o examinar la maleza removida. Siempre tuvo un gran olfato. Y allí, en medio de la naturaleza, cada fragancia ocupaba un lugar, y rara vez sus pesquisas resultaban contaminadas por otros agentes externos. Identificar un olor ajeno al entorno era mucho más fácil, casi un juego de niños en el que siempre él era el vencedor. Sin embargo, en la jungla de asfalto tenía que lidiar con otras emanaciones más resultantes de la degeneración de la civilización que del propio terreno: alcantarillas y sus pestilentes aguas, el humo de los tubos de escape, el aroma de las diversas cocinas provenientes de los restaurantes y de algunos hogares, los perfumes de todos aquellos obsesionados por enmascarar su olor natural y la esencia que desprendía la sudoración. ¡Cómo adoraba la huella innata del sudor!

En condiciones normales era inapreciable, sin embargo, ante una exposición extrema al calor, ante una serie de ejercicios poco moderados o una situación de estrés, el sudor hablaba. Susurraba pizcas de centellas específicas, únicas e inherentes a un individuo concreto. Por eso sabía que Elena no andaba demasiado lejos, tal vez un par de kilómetros, no más. La percibía, la sentía respirar. Después de individuar su olor corporal, se había limitado a relacionarlo con un ritmo cardíaco concreto. Y el de la mujer no solo estaba disparado, sino que cada diez o doce latidos su corazón saltaba pidiendo auxilio. Una palpitación más abombada, más sonora. Un latido que lo conduciría hasta ella.

El cazador se alegró al comprobar que por fin los secuestradores parecían haberse detenido. El nerviosismo de Elena se había apaciguado, y aunque su corazón vociferaba, su respiración no era tan entrecortada. Durante unos minutos, los miembros de la secta le concedieron una tregua que él aprovechó para reconocer la zona. Estiró la comisura de sus labios mostrando su satisfacción y observó con templanza que estaba a punto de penetrar en un descampado, en un aparcamiento de tierra no muy transitado. Se ocultó detrás de un furgón de reparto. «Bien, el terreno no puede ser el más idóneo para mí», pensó mientras le enviaba la ubicación a Iris.

Desde allí trató de localizar a la madre de Sofía. Era evidente que se disponían a huir en alguno de los vehículos y él debía interceptarlos antes de que abandonaran el aparcamiento y consiguieran alcanzar la autopista. Si lo lograban, las esperanzas de encontrar a Elena se desvanecerían. Esos fervientes adoradores de Janus podrían llevarla a cualquiera de sus centros destinados para el culto, y por lo que ya sabían, podían tratarse de unos cientos en toda Europa. Sus acólitos crecían como champiñones, embriagados por sus palabras de una nueva era y entusiasmados por el cambio que les había prometido el falso profeta.

El cazador chasqueó la lengua. Ese vidente había roto los principios sobre los que se sustentaba su gremio, su propósito de existencia: bondad, generosidad y piedad. Ellos debían tender la mano al que lo necesitaba, ofrecerles su claridad con desinterés, susurrarles palabras alentadoras y nunca apoderarse de su voluntad, jugar a las amenazas con frases hirientes y convertirlos en un ejército sediento de luz. Recordó las palabras de su abuelo cuando apenas era un niño asustado por un futuro incierto. Su abuelo siempre fue un hombre astuto, y no tardó en averiguar que él trataba por todos los medios de ocultar su procedencia. Se sentía diferente y, por ello, excluido del grupo por su condición de medio demonio.

—Cada cierto tiempo, uno de los nuestros, cegado por la ambición, se levanta y abraza a la oscuridad. Muchos de ellos ni siquiera son conscientes de que han errado el camino hasta que ya es demasiado tarde. Creen que son guiados por principios nobles y que sus actos, por muy deleznables que sean, son necesarios para ese cambio tan ansiado. Se creen unos privilegiados, unos enviados a los que el propio Cielo ha escogido para que conozcan la verdad. Pero se trata de su verdad. Y una verdad impuesta no es más que la tiranía camuflada de compasión.

—Abuelo, ¿por qué me cuentas esto una y otra vez? —Lo miró con los ojos apagados por la tristeza y la incomprensión que sufría a diario.

—Porque, Oriol, no debes castigarte porque en ti coexista una parte oscura. Eras un renacuajo cuando tú decidiste ser parte de la luz, adiestrarte como cazador y luchar contra todos aquellos abanderados de las tinieblas. En cambio, hay personas que llegan a la madurez alardeando de sus capacidades y haciendo promesas vacías. Cuídate de esas, Oriol, porque se alimentan de halagos y adulaciones para inflar su ego. Esas que hablan con la boca abierta de poseer la gran verdad, están más cerca de las sombras de lo que tú estarás jamás. Un buen cazador es humilde, entregado, y jamás alardeará de sus triunfos. Los mantiene en secreto, guardados entre el silencio y el respeto.

—Pero, después de todo, somos humanos, abuelo. A Hugo le es imposible no felicitarse a sí mismo cuando consigue superarme en el entrenamiento. Y tú sabes que nos picamos mucho.

—Por eso nadie nace perfecto ni camina cerca de la divinidad. Las tentaciones nos afectarán más que a los demás. Para las sombras, es un triunfo obtener un alma llena de luz y transformarla en un engendro. Por eso, tú más que otro, comprenderás mis palabras algún día. Tu bestia forma parte de ti, como las sombras son inherentes a la luz que desprendemos. Solo tenemos que someterlas y convertirlas en nuestras aliadas. ¡Que tu bestia sea también tu luz!

El cazador frunció el ceño al detectar movimiento al fondo de ese parquin improvisado, donde los últimos vehículos limitaban con un extenso matojal. Olvidó sus recuerdos y se centró. Primero distinguió a Carmen gesticular afanada mientras les indicaba a los tres hombres dónde situarse. Tardó más en reconocer a Elena. La mantenían oculta, maniatada y con una mordaza en la boca. Se preguntaba qué harían allí y por qué no la introducían en el coche e iniciaban la escapada. «¿Por qué está entreteniéndolos? ¿Por qué no se marchan?», se preguntó, confundido. Entonces, el rostro dulce de Mila irrumpió en su mente como un manantial de agua fresca en una noche tórrida. Había mencionado a Sofía. La vidente esperaba que hubiese llegado ya. Se maldijo a sí mismo y volvió a examinar los alrededores. Pensaban realizar el intercambio allí, en la ciudad natal de Sofía, y no cerca de uno de esos pisos que tenían a su disposición. Al no observar nada relevante, decidió retroceder y volver a inspeccionar la calle empinada por la que había llegado hasta allí. Desconcertado, no advirtió la presencia de la bruja, tan solo distinguió a un grupo de muchachos escandalosos que se burlaban de un amigo por no encontrar las llaves del coche. Oriol se mordió el labio inferior. Conocía su aura, su esencia, su olor natural. Ella no estaba cerca. «A no ser que... ¡Maldita sea! Hugo habrá escogido el camino de los

matorrales. Ellos esperan que Sofía llegue en coche y por eso controlan la única entrada del parquin. No conocen a mi hermano».

Corrió sin pensárselo dos veces y se internó en el aparcamiento, procurando que sus pisadas apresuradas no fueran escuchadas por los secuestradores. Poco a poco, fue sorteando los vehículos hasta colocarse detrás de un *jeep*. Debía permanecer oculto hasta que su hermano y Sofía llegasen.

Hugo avanzaba campo a través, despejando el camino repleto de hierbas secas con el cuchillo. Algunos matorrales alcanzaban la altura suficiente para rozar sus muslos y tratar de rasgar sus pantalones. Había lamentado tener que dejar el coche con todo su equipamiento en el maletero. Sabía que si portaba el Wínchester lo desarmarían nada más verlo, así que había tenido que conformarse con el cuchillo y varios shurikens, los cuales guardaba en el forro interior de sus botas. Él no era un amante de las armas japonesas como lo era Iris. Prefería su rifle tuneado para cazar monstruos. No obstante, esos chiflados, por muy aberrantes que pudieran llegar a ser, eran simples humanos carentes de cualquier don, y por lo tanto no podría considerarlos unos rivales a su altura. «Han reclutado al carnicero. —Negó con la cabeza—. Por muy hábil que sea con el machete, no cuenta con el adiestramiento necesario para vencer a un cazador».

—Menuda panda de imbéciles —susurró entre dientes.

Sofía caminaba detrás de él. Lo hacía mirando al cielo, aguardando una señal del universo que le confirmara que iba a recuperar a su madre y que tanto Cris como su padre se encontraban bien; quizá asustados, pero alejados de las garras de la secta. Suspiró para sus adentros. No conocía a Janus, sin embargo, pensaba que debía ser un vidente mediocre si no era capaz de obtener las llaves por sí solo. Había invocado primero a la Sombra y ahora a un demonio, a quien no le importaba el juego del demente, sino su propia partida. Janus se equivocaba si pensaba que lo controlaba. El demonio era muy astuto, y lo había convencido para firmar un pacto que lo beneficiaba a él. Obtendría su alma y la de cientos de seguidores. ¿Para qué abrir las puertas del Cielo entonces? Si quería repartir la Sabiduría entre todos los humanos que habitaban en la Tierra, ¿por qué vendía a unos cuantos de sus fieles? Poder y reconocimiento. Siempre se trató de eso. Nunca existió un compromiso verdadero con sus devotos. Y si alguna vez existió, se desvaneció como las estrellas fugaces, tan fulgurantes como efímeras.

Atendió a la mano de Hugo, que le indicaba que parase. Obedeció. Y a lo lejos distinguió una especie de parquin sobre un montículo de

arena. Estaba atestado de vehículos y alumbrado con la escasa luz proveniente de las farolas de la calle aledaña. Sofía sintió un repelús gélido recorrer su piel hasta llegar a la base de la nuca. Tragó saliva y consideró las últimas indicaciones del cazador:

—No voy a separarme de ti hasta que iniciemos el intercambio. Me importa un bledo lo que puedan decir esos payasos. Una vez que ponga a tu madre a salvo, voy a ir a por ti. Tienes que confiar en mí. No hagas nada antes de lo previsto. Y en cuanto veas mi señal, soltaremos los fuegos artificiales. ¿Comprendido?

Sofía se tranquilizó al ver su rostro seguro, porque, aunque sus facciones estaban tensas, sus labios desprendían una sonrisa con cada palabra, con cada promesa que le hacía, hilvanaba el tiempo, y sus ojos verdes como los campos bien cuidados la arropaban en su pequeña primavera.

—Nada de magia.

—Tenemos que hacerles pensar hasta el final que ellos dominan la situación.

La bruja tomó la delantera mientras Hugo evaluaba las posibles rutas de huida. Habían creado una jaula para que el ratón se comiera el queso y olvidara la existencia de una puerta: una única salida de asfalto por una callejuela de doble sentido, abrigada por los muros consistentes de las viviendas. Hugo sonrió de medio lado. Esos idiotas inexpertos no tenían la más mínima idea de cómo realizar un intercambio en condiciones. La misma ratonera los había apresado a ellos.

—¿Me esperabais? —Sofía permaneció entre la maleza tal y como había fijado el cazador.

Carmen se dio la vuelta al tiempo que le daba la bienvenida con una mueca torcida que trató de disimular para no mostrar su asombro. Junto a ella, un hombre de enormes dimensiones lanzó un potente silbido para alertar a los otros dos que componían el grupo. Se habían situado a los lados de la entrada del aparcamiento, preparados para interceptar cualquier vehículo que quisiera estacionar en esa área.

Desde el principio, la bruja comprendió que estaba frente a personas corrientes, hipnotizadas por un canto de sirena placentero, influenciadas por un ser al que consideraban mágico y al que rendían pleitesía sin cuestionarse su propio ser. Sí, eran unos novatos jugando a los soldaditos. Quizá el hombre corpulento fuese el único con experiencia militar, ya que portaba un cinturón con una funda de cuero en la que se hallaba un arma: una pistola.

Cruzó una mirada fugaz con su madre, quien le suplicaba con ojos llorosos que se alejase, y volvió a prestar atención a Carmen, la amiga

de quien tanto le había hablado Elena en las últimas semanas; una Elena entusiasta y más conversadora de lo habitual, orgullosa de asistir a las reuniones de su grupo de ayuda. Esa mujer, de cabellos ordinarios y facciones comunes, había traicionado a su madre en el momento en el que más vulnerable se encontraba. Se aprovechó de sus miedos y sus inseguridades para acercarse a ella. La había manipulado, utilizado a su antojo y ofrecido una falsa amistad. Sofía apretó los dientes para que la creciente ola de resentimiento no inundara sus sentidos. No podía descontrolarse. Se lo había prometido a Hugo. Si lo hacía, su madre podría resultar herida.

—Veo que ha venido contigo tu guardaespaldas —le dijo con sorna al reconocer al cazador detrás de ella.

—Tú tampoco estás sola.

—No prolonguemos esto más de la cuenta. Soltaremos a tu madre en cuanto te entregues.

—No somos estúpidos —intervino Hugo—. Y yo no suelo fiarme de la palabra de desconocidos, y menos aún cuando adoran a un botarate de tres al cuarto que dice ser vidente.

—Yo no discuto con mendrugos. También he hecho los deberes. A pesar de tu edad, eres un cazador con cierto reconocimiento. Te recorres el país buscando nuevos retos, nuevas aventuras que completen tu vida solitaria y deprimida. Ahora tu misión tiene un nombre: Sofía. Crees que debes salvarla, protegerla de nosotros, cuando tú eres su mayor peligro. —La mujer hizo una pausa corta en la que fulminó al joven con su mirada fiera—. Llegará el día en el que abras los ojos y te des cuenta de que ella es un regalo divino. Nosotros queremos honrarla, hacer que cumpla su destino y se entregue a la humanidad como muchos Maestros hicieron antes que ella. La luz debe ser de todos.

—Tampoco me fío de los que insisten en que abramos los ojos. Suelen ser los que los tienen más cerrados. Y si quieres luz, cómprate una linterna.

—Eres un grosero.

—¡Basta! —Sofía extendió los brazos, harta del intercambio de frases estúpidas que no conducían a ninguna parte. Su madre estaba sufriendo. Lo percibía. Ella evitaba mirarla a los ojos para no dispersarse y continuar con el plan de Hugo. Sin embargo, escuchaba sus sollozos, sentía su pánico, y lo que más doloroso le resultaba era cómo sacudía la cabeza, negando en continuación, sin comprender qué era lo que estaba sucediendo allí. Le habían tomado el pelo. Todos. Incluida ella. No había sido sincera con su madre. Oía palabras sin sentido para ella: llave, destino, luz...

La bruja se humedeció los labios resecos por las mentiras y la miró con ojos piadosos. Esperaba que ella algún día la perdonara. No había

sido justa con su familia y, de nuevo, los había puesto en peligro. Observó su melena morena recogida en una cola de caballo, la cual caía sobre su espalda, vigorosa. Su madre podía presumir de poseer un cuello elegante como el de los cisnes, y unos hombros estrechos. Contempló sus facciones incumpliendo su propia promesa de no mirarla. Estaba tan descompuesta, tan estática… Demasiado inmóvil para ser un manojo de nervios. Sofía agrandó los ojos y se llevó la mano a la boca. «Dios mío, he vuelto a hacerlo. He detenido el maldito tiempo».

Sin pretenderlo, entró en una espiral infinita de ansiedad en la que no lograba atisbar la salida. Aquello no estaba previsto. No debió focalizar su energía en su madre. Miró a Hugo, quien mantenía el dedo acusatorio levantado y dirigido hacia Carmen, y luego posó la vista en los secuestradores. Todos parecían estatuas de hielo. Corrió hasta su madre y la liberó del brazo forzudo del militar, sin embargo, aunque trató de desplazarla, no lo conseguía. Sus pies estaban enterrados en la arena, incrustados en la tierra como las raíces de las plantas. ¿Cómo iba a moverla? ¿Cómo iba a sacarla de allí? Tocó su rostro y esperó que hubiese en ella alguna reacción, luego apretó su mano y después la pellizcó. Nada la despertaba. Continuaba inmóvil, con los ojos aguados y los pómulos tensos. Le retiró la mordaza y comprobó que sus labios estaban resecos. Necesitaba algo que la ayudase a empujarla, algo con lo que alejarla de allí.

Apartó la vista de su madre y se centró en el aparcamiento. Ignoraba cuántos minutos le restaban para que se reiniciase el tiempo. Presurosa, recorrió cada parcela del perímetro, inspeccionó cada vehículo, incluso se atrevió a fisgar en el interior de ellos. No tenía ni idea de lo que estaba buscando. Esperaba que cuando lo encontrase, supiese que estaba ante la señal que tanto ansiaba. Y entonces lo vio. Agazapado detrás de un *jeep*, descubrió a Oriol. Se arrodilló frente a él y al contemplar la galaxia dorada que parecía girar alrededor de sus pupilas, suspiró aliviada. Lo abrazó entre lágrimas de alegría.

—Has venido —le dijo como si pudiera escucharla—. Ni te imaginas lo feliz que me hace verte aquí. Dudábamos de que Lucía lograse advertirte con el tiempo suficiente, e imagino que habrás pisado el acelerador para llegar antes que nosotros. ¿Dónde están los demás? —le preguntó mientras miraba los alrededores—. No veo a nadie. Espero que no hayas venido solo. No es una misión complicada, pero no quiero que le pase nada a mi madre. Oh, Oriol, tengo tantas cosas que contarte que no puedo esperar para decirte todo lo que te he echado de menos. —Le acarició la barbilla y le rozó los labios con el pulgar, como le gustaba hacer a él. Después acercó los suyos y lo besó. Un pequeño beso, corto, casto, aunque rebosante de entusiasmo—. No sé qué hacer ahora. He intentado mover a mi madre, pero no lo

consigo. Sería más fácil si consiguiera dominar todo este torrente de energía que me deslumbra y no me deja avanzar. —Se retiró un palmo de su rostro. Antes de enderezarse, apoyó la palma de su mano en su corazón. Frunció el ceño, desconcertada al percibir unos latidos tenues como los susurros que acompañan a la brisa. Presionó la mano contra el pecho del cazador y se concentró en sus palpitaciones—. Estás aquí. Te siento.

De repente, un chorro de luz argéntea brotó de su mano y traspasó la caja torácica del cazador. Una flecha directa al corazón. Cuando el haz de luz cesó, ella cayó hacia atrás y apoyó los codos en la arena. Entrecerró la mirada con arrojo y pronto atisbó un ligero pestañeo en los ojos de Oriol. Después le siguió otro y otro, hasta que por fin el muchacho despertó.

El cazador se sobresaltó al verla frente a él. No comprendía cómo había llegado hasta allí cuando apenas hacía un segundo se encontraba hablando con Carmen.

—Sofía… —murmuró extrañado.

—Sí, he parado el tiempo..., otra vez. Y tienes razón, sé que tengo que aprender a dominar este don, pero he conseguido despertarte, y creo que sé cómo. Tengo que volver con mi madre y sacarla de aquí antes de que todo vuelva a la normalidad. Aunque ahora tú puedes ayudarme. ¿Dónde has dejado el coche? Tenemos que salir de aquí disparados. —Hablaba de forma atropellada, sin descansar en las pausas ni contenerse para coger aliento.

Él sonrió de medio lado y la tranquilizó colocándole el dedo índice sobre los labios. La abrazó sin pronunciar palabra alguna y, a continuación, la miró con determinación. Ella captó el mensaje. Debían actuar ya.

Sofía corrió hasta su madre y repitió el mismo procedimiento que había utilizado con el cazador mientras este vigilaba muy de cerca a los secuestradores por si despertaban antes de que la bruja terminara el proceso. Elena comenzó a toser como si le hubieran retirado la mordaza en ese preciso momento. Le costó unos segundos más que a Oriol recuperarse, y desde luego no llegó a comprender qué era lo que estaba sucediendo.

—Sofía, mi niña, ¿qué está pasando? ¿Por qué nadie se mueve?

—Mamá, ahora no puedo darte explicaciones. Oriol va a ayudarte a salir de aquí, puedes confiar en él.

Elena escudriñó al joven de facciones ponderadas y experimentó súbito, una atracción insólita que llegó a ruborizarla. Ese chico había estado en su casa, sin embargo, no recordaba haber padecido un bochorno semejante. Le había resultado atractivo, incluso había fantaseado con tener veinte años menos. No obstante, su carácter poco simpático y nada educado la había devuelto a la realidad. Ahora, ese

antojo inocuo y pueril se había transformado en deseo. Agachó la cabeza para que su sonrojo no fuera descubierto y se limitó a asentir sin atreverse a cuestionar las indicaciones que él le sugería. Oriol la alejó del aparcamiento y la guio calle abajo hasta llegar a un grupo de jóvenes, quienes, aunque estaban inmovilizados, mostraban su exaltación en sus gestos amplios y rostros eufóricos.

—Cuando despierten, pídeles que por favor llamen a la policía. Cuéntales que has sido víctima de un secuestro, y si te preguntan algo más, responde que desconoces los motivos. No nombres a Sofía ni a ninguno de nosotros. Recurre al aturdimiento si no sabes qué contestar. No lo recuerdas y no tienes claro la sucesión de los hechos —la aconsejó con voz armoniosa.

—¿Y mi marido y Cris? —le preguntó de manera dócil, apaciguando el fuego interno que le suscitaba toda la situación.

—Están en buenas manos.

El cazador corrió calle arriba, temiendo que el deshielo del tiempo se hubiese iniciado. Respiró tranquilo al comprobar que su hermano recobraba la movilidad y que los otros continuaban en las mismas posiciones en las que los había dejado. No perdió más el tiempo y se situó detrás del supuesto militar. Era al que más debían temer. Hugo abandonó la maleza profiriendo improperios y colocó el cuchillo en la garganta de Carmen. Miró de reojo a su hermano, quien se encontraba a pocos centímetros de él y apenas se dignaba a prestarle atención. Era evidente que estaba enfadado.

—Me alegro de verte —le comunicó sin ningún entusiasmo.

—¿Estás seguro?

—Vale, solo quería comprobar tu mala leche. Y no me equivocaba. —Hugo desvió la mirada hacia la bruja, quien encaraba a los otros dos hombres con una bola de energía en su mano. Ella esperaba que resultara lo suficientemente intimidatoria para impedir una refriega—. Sofía, ¿cuánto tarda en reponerse este conjuro tuyo? No tenemos todo el día.

—Hay alguien más aquí. Lo percibo. —Oriol se giró y fue examinando uno por uno cada uno de los vehículos.

Sofía se estremeció y casi consiguió apagar su esfera de luz. De nuevo, volvió a concentrarse en la palma de su mano para hacerla avivar. Sin embargo, no dejaba de observar el horizonte más allá de los arbustos. Ella también había sentido algo. Un escalofrío. Un repelús que le ocasionó una ligera tiritera.

—No nos preocupemos por ese alguien. Si existe, estará también congelado —refunfuñó Hugo.

—Se mueve —apuntó Oriol.

En ese preciso instante, el tiempo recobró su sentido. Las nubes corrieron frenéticas y ocultaron unas estrellas asustadizas. El cielo se

encapotó, dejando que las tinieblas fueran las dueñas de la noche. Sin tregua. Sin que nadie osara disputar su reinado.

28

Estrella

Todo sucedió muy rápido. En menos de un minuto y ante el desconcierto de los secuestradores, consiguieron reducirlos. Los dos hombres se arrodillaron al ver la esfera de fuego vibrar mientras saltaba de una mano a otra, y aunque al principio intentaron arrebatársela a Sofía como si fuera una pelota de fútbol inocua, pronto comprendieron que estaban presenciando el poder genuino de la magia. Vigorosa. Sublime. Nada podían hacer ante ella. Percibieron su calor exorbitante, su fuerza y su luz abrasadora. Si no querían ser borrados de la faz de la Tierra, tenían que rendirse, colocar las manos detrás de la nuca y esperar a que la bruja tuviera compasión de ellos. Sin embargo, sus ojos eran puro hielo, y este quemaba más que cualquier rayo de sol. Sofía deseaba probar su nueva arma. Caminaba frente a ellos esperando a que alguno de los dos se sublevase, hablase más de la cuenta o le dedicase una mirada cargada de inquina. A pesar del terror que había experimentado al conocer que su madre era rehén de la secta, algo muy dentro de ella la animaba a actuar, a ser la bruja que todos ansiaban y a reclamar por fin sus dominios. Nadie tocaba a su familia. Nadie.

Sus cabellos centelleaban como los bancos de medusas en el mar; un fenómeno hermoso de la naturaleza viva y a la vez peligroso. Ningún humano que se preciara se atrevía a acariciarlas, a impregnarse con su brillo, pues eran veneno. Y Sofía lo sabía. Lo percibía bajo su piel. Sus destellos azulados cubrían ahora todo su cuerpo y sus esferas de fuego rodeaban sus muñecas como pulseras artesanales, nacidas del alma propia del autor.

¿Cómo no iban a temerla? ¿Cómo no iban a arrodillarse ante ella? Era fuego y era luz. Era viento y mar. Magia y amor. Instinto y seducción. Era arte.

Entornó los párpados unos segundos, embriagada por su propio don, extasiada al percibir el rugido de los océanos a sus pies, el desfile de galaxias sobre su cabeza, la rotación del mundo en su estómago. Sus dedos rozaban una libertad cautivadora, un torbellino caótico y a la vez estructurado. Su mente inició un viaje excitante hacia lo desconocido. Visionó los diferentes portales de enseñanza, se empapó de sabiduría y ambicionó comprender más. Las fuerzas de la naturaleza y los poderes ligados a esta. Su curiosidad se acrecentaba.

Los manuales apenas la ayudaban a florecer. Sin embargo, sentir el viento mecer sus cabellos, la lluvia empapar sus labios o el sol acariciar su pecho la empujaban por un sendero lleno de misterios por desentrañar. Debía recorrerlo si quería romper todas las ataduras que la aprisionaban y la ahogaban en un vaso de agua. Sí, tenía que alcanzar esa estrella roja que palpitaba indicándole el camino. Había aparecido ante ella como un faro mostrándole la libertad, y ella deseaba recorrer su estela. Si lograse tocarla, rozarla apenas. Si pudiera bañarse con la luz que desprendía... Se adentró en la maleza, olvidándose del aparcamiento. Ese astro la llamaba. La requería.

Tanto Hugo como Oriol presenciaron atónitos cómo el aura de Sofía se volvía visible y alumbraba la zona. Temeroso, el cazador sujetó a Carmen con las mismas bridas con las que había atado a Elena. A continuación, se dirigió a los dos hombres que permanecían arrodillados y obnubilados por la luz de Sofía y les asestó sin contemplaciones un golpe que los dejó sin sentido. A Oriol le costó algo más reducir al militar. Este trataba de atacarlo con los puños y presumiendo de sus habilidades en la lucha cuerpo a cuerpo. Sin embargo, el tiempo apremiaba. Y a Oriol le bastó mostrarle las fauces de su bestia durante un escaso segundo para lograr que el hombre retrocediera y suplicara clemencia. El medio demonio lo lanzó por los aires hacia donde se encontraba su hermano con los otros dos secuestradores y luego corrió en dirección a Sofía.

Sabía que había entrado en una especie de trance y que debía despertarla antes de que alertara a media ciudad con su resplandor sobrenatural. Aunque siempre podrían sugerir que se trataba de un fenómeno ovni, Oriol prefería alejar cualquier sospecha sobre su existencia. El mundo no estaba preparado para digerir semejante información. Lo oculto debía permanecer por el momento bien enterrado. Ni brujos, ni videntes, ni cazadores serían recibidos con las manos abiertas. Ya hubo cruzadas en el pasado, inquisiciones y persecuciones donde trataron de exterminarlos. Nadie ama lo que no puede comprender. Y no dudan en señalar al diferente por su propia incapacidad de aceptación y por la cantidad de inseguridades que hierven en su interior y tratan de enmascarar tras una sonrisa.

Oriol llegó hasta ella y la sujetó por la muñeca sin pensárselo dos veces. Sin embargo, el torrente de energía era tan frenético que el joven advirtió cómo un espasmo sacudía todo su cuerpo. A duras penas, logró mantener el equilibrio mientras se mostraba reticente a soltar la mano de la bruja.

—Sofía, vuelve —le suplicó aquejado—. Por favor, no cedas ante lo que sea que te está reclamando. Vuelve. Tu madre te espera. Te necesita. Abre los ojos, por favor.

Hugo consiguió colocarse delante de la bruja y, compungido,

advirtió la extensa quemadura en los nudillos de su hermano. Oriol trataba de frenarla, de devolverla a la realidad sin importarle el daño que estaba ocasionándole. Desesperado, Hugo presionó los labios con fuerza. Era consciente de que no podría siquiera rozarla. La parte medio demonio de su hermano lo protegía de la abrasión de la luz, no obstante, él no tendría ninguna oportunidad de sobrevivir a su fuego. Entonces, decidió permanecer en el sitio e impedirle el paso. Tendría que apelar a su corazón para que no lo arrollara como un tren sin frenos.

—Si sigues avanzando, todos estos arbustos arderán. Y, sinceramente, me importan una mierda. Pero yo estoy aquí, entre todos ellos. Y no quiero morir. Soy todavía joven. Una vez tú me salvaste. Te sacaste de la chistera uno de esos conjuros tuyos que me hizo enfadar muchísimo y también, lo admito..., de alguna manera, me devolviste la vida. Sé que no soy quien ocupa tu corazón, sé que tal vez no sea nadie para ti. Pero si alguna vez sentiste algo, esa mínima conexión que se produce entre dos personas en busca de un mismo destino, deberías parar. Detente y escúchame un momento. —Hugo hizo una pausa para comprobar si sus palabras surtían efecto, sin embargo, a pesar de distinguir un ligero cambio en sus facciones, la bruja seguía avanzando; más despacio y con menos seguridad, pero cada vez que despegaba un pie del suelo, el cazador tragaba saliva. Había cenizas en sus huellas y una estela de desolación en sus pasos—. Tienes toda la razón. Yo soy el caos para ti. Un completo desastre. No soy tu estúpida alma gemela como se empeñan en llamarla esos romanticones que lloran cada vez que se enamoran. Yo no soy uno de esos. Ni pretendo serlo. Odio sufrir en silencio. Odio que no me correspondan. No voy a morir de pena ni a llorar por los rincones. Yo soy de los que piensan que un clavo saca a otro clavo. Soy de los que aceptan perder una batalla y de los que saben retirarse a tiempo. No puedo ofrecerte el paraíso ni la luna porque no están a mi alcance. Soy un simple cazador, algo rudo y sin ningún atributo especial, como lo tienes tú. Tú eres una bruja con dones antiquísimos, y aunque no tienes ni idea de cómo apaciguarlos cuando se descontrolan, sé que en el fondo no quieres sucumbir a esa llamada. No quieres que tus poderes te dominen. Tu subconsciente es parte de ti. Eres tú, Sofía, la que tiene las riendas. Tú, la que sabe cuándo tiene que actuar y cuándo parar. Tú eres especial. Y no porque cuentes con unos poderes extraordinarios, sino porque tú, Sofía, eres generosa, noble y sincera. Eres todo lo que yo no soy y ni siquiera aspiro a ser…

Sofía frenó en seco. Poco a poco, fue desprendiéndose de ese halo mágico que la mantenía hipnotizada. La estela púrpura de la estrella dejó de mostrarle el camino en cuanto ella se giró y miró hacia atrás. En el fondo de su visión, distinguió a las dos figuras de los cazadores.

Ambos le hablaban, la alentaban a abandonar su búsqueda de la libertad. No obstante, uno brillaba más que otro en un horizonte perfilado con los grises insulsos del planeta. Ella aspiraba a los colores del universo, a vivir entre arcoíris verdaderos y ollas repletas de conocimiento. Aun así, al mirar atrás, desistió de su empeño y comenzó el camino de vuelta. Alguien la reclamaba, le suplicaba que continuase a su lado, que viajasen juntos en un mundo imperfecto. Y ella no podía negarse. Quería caminar a su lado y descubrir la belleza de lo imperfecto.

—Sofía, por favor, regresa —continuaba repitiéndole Oriol, sin dejar que Hugo continuase—. Tú no eres así. No sé lo que está pasando por tu cabeza. Pero, sea lo que sea, tú eres más fuerte que eso. Tu voluntad es inquebrantable. Eres buena persona. No sucumbas ante el miedo o las tentaciones. Me equivoqué, sabes que me equivoqué, y te he pedido perdón. Tú eres dueña de ti misma, de tus decisiones, de tu futuro, de tu vida. Y quiero que sepas...

—... Y es por todo esto por lo que te quiero —terminó Hugo, esa vez, interrumpiendo a Oriol, que se detuvo al escuchar las palabras de su hermano en las que le confesaba su amor. Lo miró, incrédulo, como si estuviera presenciando una escena ajena, donde él no tenía cabida, donde él era un mero espectador desplazado a la última butaca. Después, posó sus ojos en el rostro de Sofía. Había regresado el sosiego, la calma. Y Oriol, como si un aguijón portador de malos augurios lo hubiese acribillado, la soltó. Dejó ir su mano mientras el dolor lacerante de la suya lo martirizaba.

La vio detenerse y desprenderse de ese halo misterioso que la hacía inalcanzable. La observó dudar un instante al tiempo que sacudía la cabeza. Sofía no recordaba cómo había llegado hasta allí, cómo había conseguido encender su cuerpo y transformarse en una antorcha incombustible. Atolondrada, buscaba una explicación, primero en el semblante aliviado de Hugo y luego en la mirada afectada de Oriol.

—¿Dónde está mi madre? ¿Y los secuestradores? —preguntó al ver que ninguno decía nada.

Hugo rompió a reír, liberando el nerviosismo que le había contraído los músculos, y la abrazó desconsolado.

—No te preocupes por ellos ahora. Está solucionado. Y tu madre está bien, lejos de todo este jaleo. —La miró con anhelo—. ¿Qué te ha pasado? ¿Cómo entraste en ese trance?

—No lo sé —respondió, todavía confusa—. De repente, me sentí poderosa.

Con pasos cautelosos, Oriol se acercó a ella.

—Ha sido él, ¿verdad? Él ha estado llamándote. Está aquí, y tú también lo percibes —susurró.

Sofía agachó la cabeza, avergonzada por haberse abandonado a su embaucamiento. Nunca pensó que cedería a sus halagos, que jamás desearía algo que él pudiera ofrecerle. Sin embargo, había caminado unos minutos ansiando alcanzar una estrella roja, robar un pedacito de su luz escarlata, y ahora comprendía por qué. Existía algo que quería por encima de todo lo demás, algo que la atormentaba en las noches de insomnio y la turbaba en los días de hastío.

—Pensaba que odiaba esa parte de mí, esa que me alejaba de mis amigos y mi familia. Y no es así. Quiero ser una bruja. Una de las de verdad. Entender mis poderes y controlarlos, integrarme en el gremio y conocer mis antepasados. Los cazadores lucháis codo con codo, las videntes se reúnen para hacer purificaciones y sanar la energía cuando alguien lo necesita. Yo quiero entrenar como una bruja y no leer más manuales. Quiero ser yo misma. —Lanzó un suspiro que nació del fondo más oculto de su alma—. El caído lo sabía. Creo que lo supo antes de que yo misma me diera cuenta. Por eso me ofreció un lugar junto a él, desde donde contemplaríamos el mundo y jugaríamos con él. ¿Cómo consiguió leer mis anhelos más privados? ¿Cómo ha logrado entrar en mi cabeza sin que lo notara? Pensaba que caminaba tras mi sueño y no tras una falsa ilusión creada para engatusarme. Deseaba ser libre, nada más. Libre. ¿Me convierte eso en mala persona?

—No, no, no —se apresuró a responderle Oriol—. Te convierte en humana.

De improviso, escucharon unos sonoros aplausos abombados y pausados rasgar el silencio en el que había descansado la noche. Sofía giró la cabeza despacio, temiendo cruzar la mirada con el responsable de la interrupción de su pequeña confesión. Sabía que en cualquier momento se dejaría ver. Lo había sentido poco antes de haber congelado el tiempo y quiso ignorar su presencia. Creyó que así no la molestaría, que no intervendría en el intercambio y que al final se alejaría de allí. Y aunque había decidido no interponerse en las acciones de la bruja, había preferido quedarse para observar, para examinar con lupa los movimientos de su preciosa joya en bruto. No podía sentirse más satisfecho. Sofía había acariciado su poder. Y era excitante contemplarla en su máximo esplendor. Auténtica magia. Energía natural desbordante. Ella era su tentación.

La bruja percibió cómo sus ojos azules atravesaban su pecho hasta desnudar su espíritu y se ruborizó.

—Ha sido todo un espectáculo —la felicitó—. Incluso te han salido admiradores que no han podido resistirse a tu luz y han decidido asomarse a las ventanas o salir a los balcones.

El demonio extendió los brazos dándoles la bienvenida a quienes se habían aventurado a curiosear desde los edificios aledaños, para luego deleitarlos con una pequeña reverencia.

—Ya arreglaremos luego eso —le susurró Oriol.

—No te preocupes, querida —se adelantó el demonio—. No tienen ni idea de lo que han visto. Creen que ha sido un relámpago más largo de lo normal y que se avecina una tormenta. Recuerda que son arcaicos en sus razonamientos y que siempre intentan buscar una explicación lógica a lo que sucede a su alrededor. Simples cucarachas de alcantarilla.

—¿Por qué no te muestras tal y como eres? —lo retó a Sofía—. ¿Por qué elijes ese atuendo de seductor pasado de moda?

—A ti te gusta. Te parezco atractivo. Sugerente. Apetitoso.

—Oh, por Dios. No te lo tengas tan creído. No eres tan guapo en persona. —Hugo lo desafió, endureciendo el mentón—. ¿Te llamamos Berto, o prefieres otro nombre?

Oriol depositó la mirada en su hermano y luego en la bruja. Así que sabían que se había infiltrado en el grupo como un cazador más e incluso que se trataba del viejo. Chasqueó la lengua. No había visto que Hugo contase con grandes armas para detenerlo, y él había preferido no llamar la atención cruzando media ciudad con una escopeta en la mano.

—Llámame Señor. —El demonio transformó su semblante en uno más serio—. ¿Crees que no te conozco, cazador? ¿De verdad piensas que me son ajenos tus éxitos y tus fracasos? —Estiró el cuello, demostrando su superioridad—. Puedo leer tu mente, entrar en tus sueños y destruirlos. También puedo concederte la gloria, auparte hasta alcanzar grandes tesoros y convertirte en el mejor cazador de la historia. Sin embargo, tú no me interesas, ni tu alma hecha añicos tampoco. No soy tonto. Sufres por ella. La deseas. Te has encaprichado de la bruja, a pesar de que así rompes uno de tus principales dogmas: la pureza para dignificar a tu gremio. ¿Qué es más importante para ti? ¿El amor o el legado? —Hugo apretó los puños, deseando romperle los dientes con uno de ellos. Sin embargo, sabía que antes de que llegara a rozarlo, él podía despedazarlo. Así que se tragó su orgullo y lo colocó junto a su impetuosidad—. La descendencia siempre ha sido fundamental para ti, más como un acto de procreación que como algo inherente al amor. No obstante, todos tus principios se han derrumbado como un castillo de naipes devastado por el viento. Has querido luchar contra él y has sido vencido.

—¡Cállate la boca! —le gritó azorado.

—Lo que no logro comprender es la naturaleza de ese vínculo. Se escapa a mi entendimiento. El amor responde a estímulos primarios y no tan complejos. Por este motivo, no he logrado anticiparme a alguna de vuestras decisiones. ¿Qué se me escapa? ¿Por qué hay partes de esta historia a las que no puedo acceder? ¿Alguien quiere aclarármelo? Me gustaría saberlo por mera curiosidad, antes de que

Sofía decida venirse conmigo.

—No voy a ir contigo a ninguna parte.

Él la atrajo hacia sí con tan solo un chasquido de sus dedos.

—¿De verdad quieres enfrentarte a mí después de haber visto lo que soy capaz de hacer? Sabes que puedo deshacerme de estos dos si quisiera.

Oriol advirtió que su hermano se daba golpecitos en el muslo y le señalaba las botas. Arrugó la frente. Si Hugo había escondido algún arma en ellas, sería algún tipo de cuchillo o navaja. Quizá unos cuantos shurikens. Nada más. Él, en cambio, contaba con una pequeña pistola de perdigones bañados en agua bendita y rematados con aceite ungido. Y sabía que no era suficiente para un demonio de grado superior. Podrían jugar a distraerlo, a enfurecerlo aún más. Sin embargo, un ser de su rango requería un equipamiento de mayor complejidad.

—Pero no quieres hacerlo —lo desafió ella—, por un interés retorcido que no logro comprender. Sí, yo también puedo leerte. Tu curiosidad es más grande que tu ego. Deseas saber cuál de los dos me ha sacado de tu trance. Necesitas conocer quién tiene tanto poder sobre mí.

El demonio sonrió de medio lado y luego la apartó de un empujón para observar mejor a los dos cazadores.

—Por eso me gustas. Me provocas, a pesar de que estás muerta de miedo. No te rindes jamás, aunque sabes que la batalla está perdida. Y no andas desencaminada, porque yo creé este juego. Yo los coloqué a todos en mi partida: las muertes, los cuadrados, las pistas, incluso le inoculé una toxina al medio demonio para que no pudiera detectar mi presencia cuando formé parte del grupo. Si lo anulaba a él, exterminaba al alma del equipo. ¿No te resulta gracioso? Este engendro, hijo de una súcuba, es el alma del grupo. Es desternillante. —Rio de forma exagerada—. Sin embargo, no vi venir a este otro y esa estúpida conexión que ha establecido contigo. Huiste con él sin pensártelo dos veces y dejaste a tu querida bestia solo en el bosque. ¿Tengo que suponer que este vínculo extraño es más fuerte que tu amor por el medio demonio? ¿Qué me respondes a eso, Sofía?

—¡Que te jodan!

—No seas grosera, querida. No pierdas los modales de esa forma tan patética. Puedes usar otras expresiones para mandarme a otro país, más creativas e ingeniosas. —La miró de reojo, aguardando una aclaración—. Bien, si tú no quieres decírmelo, decidiré yo quién debe morir esta noche. No quiero sorpresas una vez que estés conmigo disfrutando de las playas más azules que jamás hayas visto. No me apetece que destrocen mis vacaciones si de nuevo alguien quiere devolverte a la senda de la luz. Me apetecía conocer quién es tan

fuerte como para romper una de mis ilusiones, sin embargo, no pienso malgastar mi precioso tiempo en una disputa que no me lleva a nada.

—Fui yo. —Oriol dio un paso al frente—. Si quieres terminar con esto ya, acaba conmigo.

—Oh, por favor. —Hugo miró al cielo y sacudió la cabeza—. Eso no va a funcionar. Desde el principio tiene pensado matarnos a los dos.

—¿Y se te ocurre algo mejor, hermanito? Al menos, yo estoy haciendo algo.

—Intentar alargar lo inevitable, no sirve para nada. —Hugo se agachó y fingió atarse los cordones de las botas.

—Sirve para ganar tiempo. —Oriol entrecerró los ojos y escudriñó los de su adversario—. Nunca podrás poseerla. Sí, puedes encerrarla en una mazmorra mágica, desatar el fuego del infierno, condenarla a la soledad, pero jamás tendrás un hueco en su corazón. —Avanzó hacia él sin miedo mientras le indicaba a Sofía que se apartara—. Hay algo que los demonios jamás entenderéis. Os jactáis de tener millones de almas a vuestros pies como si fueran trofeos, simples objetos de decoración. Las utilizáis, las denigráis y las destruís. Firmáis tratos con los humanos haciendo uso de vuestras triquiñuelas baratas y esperáis a que mueran para reclamarles su alma. Lo sencillo es hacer pactos con depravados y con aquellos que ya tienen el espíritu ennegrecido. Lo imposible es llegar a un acuerdo justo con alguien que no desea nada de ti. Si Sofía acepta irse contigo, es para evitar que nosotros muramos. Y ese trato no es justo para ella. No ha obtenido nada para sí misma, nada con lo que puedas corromperla. Porque, incluso llegando a ese acuerdo, está demostrándote su bondad, su sacrificio. Y así no podrás jamás poseerla ni oscurecerla. Ella nunca será tuya.

Los ojos azules del demonio pronto se tornaron amarillos, demostrando así la ira incipiente que se extendía a raudales por todo su ser.

—¿Y qué más da si con eso consigo que venga conmigo? Le pondré una correa al cuello si es necesario —le dijo, impostando la voz a una más grave y metálica.

El demonio permitió que el cazador se acercara aún más a él y que se atreviera a susurrarle al oído:

—No se puede poseer el amor, porque este en sí es un sentimiento generoso que se entrega a quien tú quieres. Podrás poseer almas, pero jamás corazones.

Oriol aprovechó para manipular la pistola y presionar con ella el costado izquierdo de su enemigo.

—Sabes de sobra que eso no me matará.

—Lo sé, pero como he dicho antes, necesito tiempo.

El cazador le disparó mirándolo a los ojos. Contó hasta cinco

perdigones que se incrustaron con rapidez en sus costillas antes de retirar la pistola. El demonio sintió cómo los impactos rasgaban su piel dura y penetraban en el interior como chinches molestas. Con una indolente serenidad, esbozó una sonrisa de medio lado e introdujo los dedos en los orificios por los que habían penetrado los perdigones. Rebuscó en su interior sin inmutarse, y luego, tras localizarlos, los extrajo uno a uno. Se los mostró al cazador con una sonrisa malévola dibujada en su rostro.

—El agua bendita me ha producido cierto prurito. Ha sido algo desagradable.

Oriol retrocedió y buscó el amparo de su hermano, quien ya lanzaba dos de esos discos japoneses contra la cabeza del demonio. El primero se enterró en una de sus sienes, el segundo lo detuvo antes de que lo golpeara. El caído resopló, defraudado. Jamás pensó que los cazadores utilizarían contra él las mismas armas con las que se dedicaban a cazar engendros. Odiaba a los monstruos tanto como ellos, y nunca imaginó que sus hermanos permitirían que poblaran la Tierra y se reprodujeran como conejos. Él fue un ángel una vez. Y el destierro al que estaba condenado no era tan cruel como contemplar cómo la belleza que un día los precedió se convertía en fango, en un espejismo de otra era. Le gustaba su vestido de casanova, su frac impoluto y su chistera de caballero andante. Adoraba seducir a hombres y mujeres de todo tipo con dicha indumentaria y romper relaciones. Sus lágrimas aplacaban su sed, y sus pecados, su lujuria. También contaba con varios disfraces más. Gracias a ellos podía colarse en bodas y tentar a los novios inseguros, o transformarse en un crío y acercarse a niños solitarios. Sin embargo, además de su traje de conquistador, existía otro con el que disfrutaba y se sentía realizado: el de cazador.

Berto siempre fue un recurso imperioso para las ocasiones más enrevesadas y, cómo no, para los momentos en los que necesitaba distraerse. Y él adoraba infiltrarse en el gremio. La adrenalina, la emoción de la búsqueda y la satisfacción de obtener resultados eran impagables. Además, tenía carta blanca para matar a los engendros que tanto detestaba. Es verdad que algunos se sorprendían al reconocerlo entre el grupo de humanos, sin embargo, el respeto era tal que preferían guardar silencio y no inmiscuirse en sus correrías. Una vez cada ocho años, se daba el capricho y acudía en la ayuda de cazadores despistados. Los aconsejaba, les revelaba cierta información sobre el bicho al que perseguían y luego cogía su escopeta y se perdía en los bosques más hermosos del planeta.

Y ahora, ese par de mequetrefes no solo habían descubierto su tapadera, sino que ponían en peligro su papel de cazador experto y sus tan deseadas aventuras. Decepcionado, bufó. Retiró la condenada

arma japonesa de su sien, ignorando el boquete que le había provocado. Miró a Sofía con desdén y alzó su mano contra el cazador de cabellos negros. Solo necesitó estirar sus dedos para hacerlo volar por los aires. Lo dirigió con su brazo hasta que consiguió estampar su cuerpo contra el lateral del edificio más próximo. Allí, lo hizo ascender hasta una altura donde la caída resultase mortal para sus huesos humanos. Cerró el puño y así consiguió presionar su garganta desde la distancia. Estaba asfixiándolo.

Hugo mantenía los ojos bien abiertos. Al principio quiso evitar que su cabeza se estrellase contra el parachoques de uno de los vehículos del aparcamiento. Después cayó en la cuenta de que ese no era el destino que le había reservado el demonio. Su espalda colisionó contra un muro que escaló más rápido que el hombre araña. A continuación, sintió cómo una fuerza invisible le estrujaba el cuello, y trató de liberarse de ella colocando ambas manos sobre su garganta.

Entretanto, Oriol apuntó al brazo del demonio y disparó de nuevo. Esperaba dañarlo lo suficiente para que dejara de estrangular a su hermano. No obstante, apenas lo movió. El caído lo obsequió con una mirada reprobatoria y, con la mano libre, lo apartó como si fuera un mosquito impertinente. Fue arrastrado por la maleza hasta que un árbol seco y podrido por dentro se interpuso en los planes del caprichoso diablo.

—¿Por qué habéis tenido que hacer eso cuando estábamos teniendo una charla entretenida?

—¡Suéltalos!

El demonio arqueó las cejas, curioso, y prestó atención a la bruja, quien había creado una bola de energía del tamaño de una pelota de baloncesto.

—No seas estúpida, Sofía. No tienes que demostrarme nada.

—Sé que puedo hacerlo. Puedo derrotarte. Huiste ya una vez cuando conjuré a la nieve y desaté una tempestad.

—Sentiste el poder, ¿verdad? Lo saboreaste. Te deleitaste con su magnificencia. —Rio complacido—. Lo admito. Yo no te ofrecí nada que no fuera ya tuyo. Todo ese caudal de energía está en tu sangre, yo solo lo liberé un instante para que pudieras apreciarlo. Es prisionero de ti misma, de tus inseguridades, de tus limitaciones. Sin embargo, tú puedes romper el candado que lo mantiene bajo llave. Yo puedo ayudarte.

—¡Yo no quiero tu ayuda! —le gritó mientras lanzaba su primera bola de energía.

El demonio juntó las dos palmas de las manos y las colocó en vertical. Detuvo el ataque al instante al tiempo que disolvía la esfera dorada y la transformaba en llamaradas.

Sofía escuchó a Hugo gritar. Se dio la vuelta y comprobó que el

cazador resbalaba por la pared del edificio como si se tratara de un tobogán de agua, solo que no existía una piscina esperándolo bajo sus pies. Corrió hacia él mientras recitaba todos los hechizos de protección que recordaba del libro de Harry y deseó que alguno de ellos resultase. Desesperada, se subió al capó de un coche. Desde allí, entrelazó las muñecas y estiró los dedos hasta simular las alas de un pájaro. Movió las manos hacia arriba y se concentró en el vuelo de las golondrinas: acrobático, frenético, con aleteos vibrantes y con una cadencia suave en el planeo. Fijó el rumbo hacia el cazador y logró ralentizar su caída. Hugo abandonó la pared y se preparó para aterrizar en el asfalto. Aunque ya no le preocupaba morir despachurrado, se disponía a dar un salto desde una altura de tres metros. Sí, la atracción gravitatoria se había puesto de su lado y descendía más despacio de lo que debiera, pero debía preparar bien todo su cuerpo si no quería terminar con una pierna partida. Esta vez, sí que quiso cerrar los ojos. Sus botas golpearon el suelo con fuerza y tuvo que flexionar las rodillas para amortiguar la caída y no perder el equilibrio.

Cuando Sofía se giró para mostrarle su victoria al demonio, este ya se había adentrado en el aparcamiento. Arrastraba a Oriol como si sus dedos se prolongasen más allá y sujetasen una cuerda invisible, imperceptible para el ojo humano. No obstante, ella podía distinguirla. Nacía desde las propias uñas del demonio y se extendía como un tentáculo repleto de ventosas hasta sujetar los brazos del cazador. Debía cortar los amarres si quería que Oriol tuviese una oportunidad. De improviso, chasqueó los dedos y reventó las luces de las farolas, y también aquellas que adornaban con sus colores navideños los balcones de las casas. Sumidos en una incipiente tenebrosidad, la bruja entornó los párpados y se preparó para la llegada del caos.

Elena, nada más informar a los jóvenes de lo que debían hacer, volvió calle arriba. Al principio, los chicos, conmocionados, se opusieron a que regresara al aparcamiento. Se escuchaban ruidos extraños y, de vez en cuando, un resplandor enigmático teñía la noche de un color desapacible. La sujetaron, trataron de hacerla entrar en razón. Si era verdad que había sido víctima de un secuestro, debía esperar a que la policía se presentase. Si fuera por ellos, ya habrían abandonado el lugar, sin embargo, no querían dejar a la mujer sola. Recelaban de lo que estaba sucediendo en aquella zona empinada y temían que esos destellos siniestros se desplazaran al lugar donde se encontraban. Ellos trataron de convencerla para que permaneciese a su lado. Entonces,

Elena les sugirió que la acompañasen. Ninguno se atrevió. A pesar de ser veinteañeros, rebosantes de adrenalina y con enormes ganas de juerga, ninguno fue capaz de dar un paso al frente.

«Ya lo decía mi madre: "Esta juventud, mucho hablar y poco hacer"». Elena odiaba el papel de víctima, no lo había asumido ni en los momentos más angustiosos de su vida, cuando todos le repetían que estaba seca por dentro y que jamás podría engendrar a un hijo. Por eso, y a pesar de la insistencia de Oriol, no iba a dejar que su hija se enfrentase sola a lo que diantres viniera a por ella esta vez. Esos hombres querían entregársela a un brujo, según los oyó decir, porque Sofía era especial. Ella ni siquiera sabía si los brujos eran de carne y hueso o espectros de la oscuridad. Fuera como fuese, no iba a permitir que nadie se llevase a su hija. No tenía armas ni una Biblia a mano, pero contaba con el crucifijo de plata que pendía sobre su cuello. Se aferró a él mientras recordaba las oraciones aprendidas en el catecismo cuando era pequeña. Ella no iba a misa ni leía párrafos del libro sagrado antes de dormir como hacía su madre. No obstante, y a pesar de sentirse traicionada por uno de los miembros del grupo de apoyo, había aprendido muchas cosas de sus integrantes. Y es que la fe mueve montañas.

Avanzó agachada los últimos metros. Escuchaba voces; entre ellas, la de Sofía. Miró hacia arriba, y exceptuando a algún curioso, la mayoría de los vecinos había cerrado las ventanas a cal y canto. Fue entonces cuando se percató de que el amigo de su hija caía desde un sexto piso. Ahogó un grito, y de pronto, alguien le tapó la boca con la mano. Pensó que estaba de nuevo en las garras de los secuestradores y se maldijo por su poca fortuna. Sin embargo, al girarse, descubrió unos ojos felinos que parecían brillar como dos estrellas en una noche despejada. Iris le exigió que mantuviera silencio y que de ninguna manera tratara de intervenir.

—Este tipo no es uno de tus captores. Es un demonio —le susurró.

—¿Un demonio brujo?

Iris enarcó las cejas y depositó la lengua tras la última muela sin saber cómo responder a eso.

—Más bien, un ángel caído.

Entonces, escucharon el sonido de unos cristales al romperse y, a continuación, el tenue alumbrado de la calle se desvaneció. Las farolas habían estallado. Iris encendió la pantalla de su móvil y comprobó con creciente regocijo que había recibido un mensaje del padre Carlos. A Elena no le pasó inadvertido el dibujo circular que aparecía en él.

—¿Qué es eso?

—Nuestra trampa para demonios —sonrió orgullosa.

—¿Y qué llevas en la mochila?

—Toda clase de armas.

Iris clavó su mirada en la madre de Sofía y cayó en la cuenta de que la mujer no obedecería sus indicaciones. Había destellos de osadía en sus pupilas, y las comisuras de sus labios impedían que sus elucubraciones tuvieran voz propia. Elena no iba a quedarse quieta. La vidente gruñó por lo bajo y extrajo un bolígrafo de su macuto. Agarró la mano de la mujer y en el antebrazo copió el dibujo de su móvil. A continuación, le dio un espray rojo.

—Muy bien. ¿Quieres ayudar? —Ella asintió sin dudarlo—. Tienes que pintar este círculo tal y como está en tu muñeca en un lugar del aparcamiento donde ese demonio no pueda verte. Yo ya lo he dibujado en la mía. Cuando te avise, me guiarás hasta allí, y nosotros trataremos de dirigirlo al centro de la circunferencia. ¿Entendido? No puedes equivocarte ni olvidarte de plasmar ninguno de los símbolos que aparecen en él. Esto es muy importante.

—Podré hacerlo.

Iris miró hacia el frente y observó cómo la bruja hilaba entre sus dedos otra bola de energía. De reojo, atisbó el rostro de asombro de su madre. Sus pupilas reflejaban la enorme esfera dorada que nacía convulsa de las manos de su hija.

—Sofía va a matarme por esto.

29

Aire

Sofía mantenía los párpados entornados y respiraba como si se encontrase muy lejos de allí, en un retiro cerca de un valle donde discurría un río con aguas sosegadas. Inspiraba calma y exhalaba seguridad. En su mente, las páginas de su manual de magia corrían alocadas de atrás hacia delante y de delante hacia atrás, en busca de un hechizo escondido entre las palabras, mientras sus dedos, como agujas tejedoras, trenzaban un globo áureo, hermoso y cautivador. Apenas tardó unos segundos en rematar su labor y liberarla para que buscara su objetivo: la cadena energética que retenía a Oriol.

No fue un impacto atronador ni demasiado ostentoso. Sin embargo, logró rasgar las ataduras hasta debilitarlas.

—Sofía, tus esferas mágicas son como pelotas de gomas para mí. Necesitarías unas cincuenta para mutilar mis garras —le confesó apenado—. Estás esperando algo imposible. Quieres que te provoque lo suficiente para que active ese poder tuyo. Y no voy a hacerlo. Ven conmigo y te mostraré cómo liberarlo.

Ella abrió los ojos y se centró en él. Tenía razón. No podía estar siempre a la espera de que sucediese un milagro. Debía forzarlo, rebuscar en su interior hasta dar con la llave que abriese la caja de sus dones. Y percibía que estaba muy cerca. Las páginas del manual hablaban de aprovechar la energía de las fuerzas de la naturaleza. No obstante, no llovía ni había niebla, el sol estaba ya oculto y ni siquiera soplaba el viento. ¿Qué podía hacer? Posó sus ojos de hielo en Oriol, quien continuaba luchando contra las cuerdas infernales que laceraban sus muñecas. De pronto, él se detuvo y le devolvió la mirada.

Ella se lamentaba por no poder auxiliarlo, por no contar con un hechizo contra demonios de rango superior. Él le sonrió, liberándola de esa carga. Había llegado el momento de conectar con su otro yo si quería sobrevivir. Por fin lo había entendido. No eran dos seres distintos, sino uno solo. Lo intuyó en el bosque cuando luchaba por su supervivencia. En ningún momento se sintió incómodo, ya que ambas partes se respetaron. Caminaron juntas hasta lograr su objetivo. Su bestia no era un obstáculo en su vida como había creído hasta entonces. Era la fuerza que lo impulsaba a correr. Ella lo sabía, y por eso lo apremiaba a actuar. Oriol dejó atrás su aprensión y pronto sus

ojos se volvieron amarillos. Poco a poco, sus orejas abandonaron su escondite detrás de su cabello lacio y sus colmillos aumentaron de tamaño. Sus brazos se cubrieron de vello, y sus manos se ensancharon hasta presionar las lianas demoníacas que lo mantenían prisionero. Su bestia tomaba el control, pero esta vez, Oriol fue consciente de todo el proceso.

Rugió. Tiró de las cuerdas hasta conseguir vapulear al demonio. A este no le quedó más remedio que recoger sus garras invisibles y liberar al cazador. El caído lo miró con desprecio, con asco. Oriol representaba lo que más odiaba del mundo al que fue desterrado. Los engendros carecían de belleza, eran seres concebidos por una aberrante lujuria que había condenado a la Tierra. Sí, eran fieles servidores, no lo ponía en duda. No habría podido reunir a todo un ejército si no fuera por esas deformidades. Sin embargo, la hermosura intrínseca de los ángeles se había deteriorado hasta tal punto que su luz ocupaba solo un pequeño reducto en sus ojos. Dorados, todavía en algunos seres, ya que incluso sus alas se habían quebrado. El precioso plumaje, señal de magnificencia y esplendor, se había transformado en una red de cartílagos horrendos en la forzada descendencia a la que se vio abocado.

Volvió la vista al frente y contempló a su antítesis. La claridad. La armonía. La bondad. Sofía guerreaba en su interior tratando de localizar un hechizo eficaz. Su subconsciente trabajaba con premura a sabiendas de que se le agotaba el tiempo. Y a él le resultó divertido que no se rindiera, que combatiera hasta el final en una contienda que ya tenía perdida. Alardeando de su poder, el caído alzó los brazos, ostentoso. Con una sonrisa pícara, quiso poner a prueba a la bruja por última vez. Siseó como una serpiente que se desliza sobre las flores en busca de la más bella. Y, de pronto, una horda de espíritus hizo acto de presencia a su alrededor.

Oriol, que avanzaba hacia al demonio, seguro de poder asestarle un golpe certero, frenó su carrera al constatar cómo una decena de esos seres fantasmales se dirigían hacia él. No les tenía miedo. Aguardaba su arribo con ansia, elaborando su próxima estrategia, calculando una serie de movimientos que lo llevaran a despejar el camino lo más rápido posible. Su principal objetivo seguía siendo él.

Entretanto, en el aparcamiento, Hugo se sacudía los pantalones mientras observaba cómo Sofía fabricaba esferas doradas y se las lanzaba al demonio sin ocasionarle un daño grandioso. Él continuaba allí, riéndose de manera jocosa como si todo ese espectáculo lo divirtiera. Maldijo por lo bajo. Ese idiota lo sacaba de quicio. Apretó los puños con fuerza y quiso dirigirse hacia el centro del emplazamiento, donde se encontraba la bruja. Sabía que en cualquier momento ese diablo de pacotilla dejaría de desternillarse y

contratacaría con algo más que una simple sonrisa nauseabunda. Sin embargo, al sortear el primer vehículo, fue deslumbrado por un haz de luz púrpura. El cazador se cubrió la cara con el antebrazo, y cuando por fin pudo dirigir su mirada al foco responsable de su frenada, descubrió que una centena de espíritus rodeaban al ente, formando un escudo.

Tensó el mentón. Él no contaba con las armas precisas. Su pequeña navaja lo forzaba a la lucha de uno contra uno. Y el demonio había desplegado a todo su ejército de visitantes ante él. Volvió a soltar una serie de improperios entre dientes. Se enderezó de nuevo, y fue entonces cuando vio a Iris a su derecha. Ella le rogaba silencio al tiempo que le señalaba su mochila. Después le mostró una escopeta que extrajo de ella mientras empuñaba sus sais.

Sofía se refugió en el silencio. Aprovechó una frágil calma para indagar en su libro de hechizos. Las páginas le resaltaban frases concretas que le susurraban los secretos que se ocultaban tras las energías más poderosas de la Tierra, las más devastadoras y que provenían de la propia naturaleza. Entonces percibió cómo la brisa fresca pellizcaba sus labios. Era suave, traviesa, y se desplazaba a una velocidad de vértigo, y por ese motivo era apenas inapreciable. Sin embargo, estaba allí, recorriendo su piel como un pequeño duende jugando al escondite. El aire era su aliado. Sonrió para sus adentros; una sonrisa que tuvo que apagar al presentir una luz púrpura que la obligó a abrir los ojos de nuevo, y esta vez no pudo disimular una mueca de disgusto. Filas y filas de espíritus cubrían al demonio.

Entre todos, observó a un hombre que se quitaba la chistera y le señalaba un boquete en su sien. A su lado, había una mujer que la invitaba a unirse a ellos mientras se masajeaba el cuello amoratado. Sin embargo, fue una niña con un vestido azul adornado con finos encajes la que llamó su atención. Aunque sus ojos estaban desprovistos de vida, desprendían una tristeza abrumadora.

—Me salvó de la tiña —le dijo mientras sujetaba los bordes del vestido y lo desplegaba como la vela de un barco.

—Me quitó el dolor —añadió otro hombre que le enseñaba unas pastillas.

—¡Sanó mis heridas! —exclamó una anciana.

—Me liberó de la angustia.

Sofía escuchaba las proezas del demonio con estupor. Cada uno de ellos aseguraba haber sido auxiliado por un ser narcisista y nada empático. Por un ente malévolo. ¿Cómo podían alabarlo? ¿Tan sometidos estaban a su voluntad? Entonces, comprendió. Él mismo le

había revelado que los pactos lo ayudaban a engrosar su listado de almas. Puede que esas personas, desesperadas ante el dolor que les provocaba una enfermedad, el desánimo por no contar con unas cuentas saneadas o la angustia nacida del desamor o de la muerte insuperable de un ser querido, se hubieran visto conducidas a aliviar su tormento de una manera poco loable. Y el demonio, por supuesto, se había aprovechado de sus debilidades.

La bruja observó a su batallón de fantasmas con más interés. Todos vestían trajes de diferentes épocas, algunos más elaborados y otros no tanto. Había mujeres, niños, hombres y ancianos entre sus filas. Pobres, ricos, eruditos, incultos, artistas, políticos, sastres y agricultores. Sofía bajó la barbilla unos segundos. Era imposible que esas personas constituyeran sus escuadrones de visitantes. No imaginaba cómo esa niña del vestido azul, inocente, víctima de una mentira, fue transformada en un ser abominable que terminó succionando la energía de los vivos hasta matarlos. Eso no podía ser posible. ¿Qué se le escapaba?

—Tú también puedes unirte a mí —le escuchó decir al caído—. Podrías cuidar de ellos, abrigarlos con tu luz y compartir tu serenidad.

Ella desoyó su propuesta. Quería descubrir qué no le mostraba el demonio. Elevó tres de sus esferas brillantes sobre su cabeza y las hizo volar, tal y como Harry le había enseñado. Burlaron a las presencias, quienes las contemplaban pasar a su lado, como luciérnagas en la noche, y fueron más allá, a los confines donde los arbustos se difuminaban con la línea del horizonte. Surcaron el aire dejando una estela reluciente tras de sí, y entonces atisbó algo en la lejanía. Entrecerró los ojos, dispuesta a averiguar qué o quién se mantenía en guardia, hasta que por fin pudo distinguirlos. Una veintena de espíritus grises aguardaba su turno para intervenir. Desde el lugar donde se hallaba no pudo apreciar sus rostros, solo sus siluetas deformes y sus gigantescas ansias de sed.

Furiosa, posó sus ojos en el demonio.

—¿Así que son esos tus famosos visitantes? ¿Quiénes son? Déjame que adivine: ya eran personas detestables cuando estaban con vida. Asesinos, saqueadores, violadores... ¡Son tu abrazo armado! Los que han sembrado el caos por todo el mundo en los últimos días.

—Eres muy astuta, Sofía. Yo los enseñé a absorber la luz de los vivos. Y ellos mismos aprendieron a alimentarse de su sangre sin derramar una gota, a saborear su energía. ¿No son adorables?

—¿Quieres convertirme a mí también en un espectro?

—No, no, tú serás su reina.

—No me fío de los mentirosos. Si tanto detestas a los engendros, ¿por qué te empeñas en corromper las almas hasta transformarlas en entes despreciables?

—Querida, los humanos ya sois unos bichos odiosos. Os creéis superiores al resto de las especies que habitan el planeta, y en lugar de buscar una convivencia pacífica con ellas, os dedicáis a exterminarlas. ¿Y me echas la culpa a mí de eso? Vuestra arrogancia es tal que ni siquiera consideráis a vuestro prójimo como hermano. Peleáis contra vosotros mismos por un puñado de monedas o por unas hectáreas más de tierra. Alzáis muros en un mismo continente para diferenciaros del resto por un sentido de la superioridad absurdo, cuando a todos os aguarda el mismo destino: la muerte... ¿Soy yo el monstruo?

Alzó la mano y les indicó a sus espectros que actuaran. Ya había apreciado cómo la bestia del medio demonio apartaba a sus espíritus a zarpazos y cómo el otro cazador les disparaba con esas estúpidas runas estampadas en sus balas. Sus apreciadas almas se evaporaban soltando un hilo de humo negro cada vez que encajaban un golpe fatal. Y él odiaba las distracciones.

Pronto tres fantasmas grises apresaron al medio demonio y lo obligaron a arrodillarse mientras gritaba de dolor. Era consciente de que las abrasiones que le infringían no acabarían con él en su forma monstruosa, sin embargo, no dudaba que el cazador humano terminaría por emerger. Era imposible que aguantara semejante tortura. Su alma se retorcería en su interior y buscaría cómo salir.

En cambio, Hugo evitó una confrontación directa con ellos y retrocedió hasta ampararse en la furgoneta blanca. Tenía que impedir que rozaran su piel, ya que desconocía los efectos que lograrían ocasionarle a un ser humano. Su padre ya lo había experimentado en sus carnes y había terminado parapléjico. Chasqueó la lengua y vio que Iris se refugiaba debajo de un coche rojo.

A pesar de todos los contratiempos, Sofía decidió concentrarse de nuevo en la brisa, la cual revoloteaba ingeniosa sobre sus cabellos. La llamó. Le rogó que acudiera en su auxilio e invocó al aire como elemento primordial de la existencia:

—Eres caliente como el fuego y húmedo como el agua. Eres movimiento y el aliento de la vida. Eres pensamiento, inteligencia y creatividad. Eres el vehículo de los vientos, de los perfumes y de las notas musicales. Formas parte del Ser. Intangible. Poderoso. Por eso te invito a que corras a mi encuentro y me llenes con tu fuerza.

Desplegó los brazos como si quisiera abrazar al universo entero, como si ella misma fuera una galaxia repleta de misterios, y aguardó al aire. Lo presentía cerca de ella, aproximándose premuroso, ansiando arribar a su dueña. Ella le mostraba el camino susurrando una y otra vez las frases que lo habían despertado. Lo escuchó vibrar, pues emitía un sonido agudo cada vez que esquivaba un edificio, un árbol o un transeúnte despistado, quien no había advertido su repentina aparición. El aire pronto fue viento, y el viento se

transformó en vendaval. Lanzó sus ráfagas huracanadas contra todo lo que se interponía en su camino. Cerró puertas y ventanas. Obligó a los más curiosos a encerrarse en sus casas. Cuando por fin regateó los bloques de viviendas cercanos al aparcamiento, los sumergió en una nube misteriosa, opaca y alarmante.

Sofía agradeció su presencia. El torbellino se dirigió a ella, enroscándose en sus piernas, sus brazos, ascendiendo hasta su cabeza, y entonces el azul glacial de sus ojos albergó decenas de rayos. Entre una profunda satisfacción y un considerable respeto, el demonio no tuvo más remedio que aceptar el ataque inminente. Torció el gesto al comprobar que la bestia del medio demonio comenzaba a ceder y que el rostro del cazador ya hacía su aparición. Habría necesitado dos minutos más para acabar con él. Solo dos minutos. No obstante, era consciente de que esos ciento veinte segundos eran demasiados como para albergar una pizca de esperanza. «Esperanza... Extraña palabra para un ángel con las alas rotas». Sonrió, disgustado. No existía la esperanza en su mundo, solo la certeza. Y esta le chillaba que nada detendría a la bruja.

Sofía se convirtió en el vórtice de la tormenta y se alimentó de su furia. La absorción fue tal que cayó de rodillas arrastrada por su vehemencia. Entonces, alzó los puños y los estrelló contra la arena del parquin. De inmediato, la hueste de espíritus se desvaneció, dejando una impronta de polvo púrpura tras de sí, mientras que el caído fue impulsado a elevarse y quedar paralizado en el aire. La bruja se levantó, orgullosa. El demonio estaba atrapado en un remolino de viento. No obstante, al mirar alrededor, se percató de que no solo era él quien permanecía suspendido en el aire. Todos los vehículos del aparcamiento, incluido sus tres compañeros, flotaban a merced del viento. A alturas diferentes, sí, pero con la misma fuerza antigravitatoria impidiéndoles descender.

Sofía arrugó el rostro, desazonada. No esperaba tal contrariedad. Aun así, trepó hasta el capó de unos de los coches, y cuando alcanzó el techo, saltó hasta sujetar a Hugo por el tobillo. Lo depositó en tierra como si tirara de la cuerda de un globo. El cazador la miró con cierto desasosiego. Sus poderes aumentaban hasta rozar el límite de lo inimaginable, y eso lo perturbaba.

A continuación, ambos repitieron la misma operación con la vidente y después fueron al encuentro de Oriol. No había forma humana de devolverlo al suelo, ya que continuaba inmerso en un matorral, sin vehículos que los ayudaran a saltar. Entonces, Sofía desmadejó una de sus esferas extrayendo un hielo grueso. Después, lo lanzó hacia el cazador y esperó a que este se enredara en su cuerpo. Poco a poco, descendió. El cazador reposó la espalda en la tierra y se lamentó de sus heridas. Necesitaba tiempo para sanar.

—Tienes que aguantar un poco más —le suplicó la vidente—. He hablado con el padre Carlos y os he enviado al móvil la oración para desterrarlo. Por cierto, tenemos su nombre: Barbatos, conocido popularmente como el Cazador. ¿Estamos preparados?

Hugo asintió sin dudarlo mientras trataba de incorporar a su hermano y ayudarlo a llegar hasta el demonio. Sofía se colocó frente a él. No tuvo miedo de enfrentarse a su mirada cargada de desprecio.

Sin embargo, el caído quiso apelar a su corazón:

—Ya me has demostrado tu poder —le dijo, esbozando una sonrisa tímida—. No tienes por qué continuar. Déjame marchar y te prometo que jamás volveré a ti. Sabes que mi palabra es sagrada.

—Lo sé —le respondió segura—. Y por eso también sé que el pacto que hiciste con Janus prima ante todo lo que tu boca cuenta ahora.

—Janus es un ególatra miserable. Yo puedo despacharlo cuando quiera.

—¡Mi respuesta es no!

—¡No voy a permitir, bruja ingrata, que me hables en ese tono! ¡No sabes quién soy! ¡Yo comando ejércitos! ¡Todos se arrodillan ante mí a mi paso! ¡Yo soy...!

—¡Barbatos! Y por eso ahora leeremos tu veredicto.

Iris se adelantó y observó el dibujo de su antebrazo. Era una recreación exacta del reverso de la medalla de San Benito y uno de los instrumentos que usaba el padre Carlos para sus consabidos exorcismos. Al medallón se le atribuía el poder de combatir contra el mal y las tentaciones provenientes del mismísimo diablo. La doble circunferencia estaba seccionada en cuatro partes por una cruz gruesa. Tanto en esta como a su alrededor, estaban grabadas las iniciales de una invocación poderosa de la Santa Cruz, una usada por el propio santo para abrazarla como guía y rechazar así a los demonios.

La vidente frunció el ceño y posó su muñeca sobre la frente del caído mientras este se retorcía en el aire sin poder hacer nada.

—A falta de pan, buenas son tortas —añadió la vidente, quien hubiese deseado tener tiempo para esbozar al menos en el suelo una enorme representación de la medalla.

Después alentó a los demás a leer la oración sin prisas. Era necesario que pudieran comprenderse cada una de las palabras que la integraban. Ellos la recitaron saboreando cada letra, apreciando cada pausa y otorgándoles a todas ellas el poder que se merecían.

Cruz Sancti Patri Benedicti,
Crux Sacra Sit Mihi Lux,
Non Draco Sit Mihi Dux.
Vade Retro, Satana!

Nunquam Suade Mihi Vana!
Sunt Mala Quae Libas.
Ipse Venena bibas.
Pax.

A medida que avanzaban con las frases, el rostro del demonio se transfiguraba, cambiaba de aspecto, y pronto el casanova pasó a ser una mujer cautivadora, después un niño asustado y una anciana afable. Cuando la cara de Berto hizo su aparición, Sofía dio un respingo. Recordó el baile de Nochebuena, donde él se permitió bromear con ella, incluso sugerirle que abandonara a los cazadores, pues su valía era superior a ellos. Agachó la cabeza un segundo y no pudo evitar sentir compasión por el viejo, atraído por las aventuras de los cazadores y condenado a vivir eternamente entre los engendros que aborrecía. A pesar de ello, continuó con la plegaria, y aunque no recordaba nada de sus clases de latín en el instituto, en su mente, todas esas letras cobraban un significado esclarecedor: «Cruz del Santo Padre Benito, la Santa Cruz sea mi luz, no sea el dragón mi guía. ¡Retrocede, Satanás! ¡No me satisfacen las cosas banales! Es venenoso lo que me ofreces. Bebe tú mismo tu veneno. Paz».

A continuación, alzó la mirada y comprobó cómo su falsa piel humana se deshacía en jirones. «El cazador siempre quiso a Sofía». Ansiaba su luz porque le recordaba sus días gloriosos cuando su brillo hipnotizaba a todos los seres del universo y su belleza divina era admirada en los confines de las galaxias. Ese siempre fue su cometido, convertirla en la estrella refulgente que lo guiara cuando la oscuridad era tan despiadada que no lo dejaba contemplar su falsa llama, sino al ser que era en realidad. Un ser horrendo, vanidoso y despreciable.

—¡Retrocede, Barbatos!

Los cuatro repitieron la plegaria hasta que sus gargantas quedaron secas, hasta percibir que un destello escarlata brotaba de su frente y comenzaba a derretirlo. Barbatos se convirtió en ceniza, en un ínfimo suspiro que apenas hizo temblar la tierra. Se desvaneció en un ligero parpadeo y fue devuelto al infierno de donde había salido.

Sofía contempló por última vez los ojos tramposos del diablo, los cuales clamaban piedad. Después, cuando su cuerpo se evaporó y fue desterrado de aquel campo inerte plagado de matorrales, se percató de que sus manos desprendían un aura azulada. Se quedó ensimismada admirando su propio brillo, hasta que el grito de Iris la devolvió a aquel preciso instante, al aparcamiento sumergido en una neblina tenebrosa y a los vehículos que continuaban suspendidos como una bandada de golondrinas detenidas en el cielo aguardando a que el mal tiempo cesase.

La bruja volvió en sí y reparó en que Oriol se había desmayado. Iris, arrodillada junto a él, terminaba de rasgar su camisa para que la tela no irritase aún más su piel lacerada. El cazador gruñía, aquejado. Sofía intercambió una mirada incómoda con Hugo, quien se preguntaba cómo limpiar el escenario de toda huella sobrenatural, y auxilió al medio demonio. Iris extrajo una botella de agua de su macuto y se la dio para beber mientras examinaba los alrededores.

—¿Dónde están los secuestradores? —le preguntó la vidente.

—Ahí arriba —le señaló Hugo—. Dentro de ese coche rojo. Así que no creo que se vayan a ninguna parte. —Después, el cazador se dirigió a la bruja y le señaló sus ojos. Todavía poseían ese aire gélido en su interior—. Tienes que apagar el interruptor para que todo esto vuelva a la normalidad.

Ella parpadeó varias veces. No tenía ni idea de cómo desenmarañar todo el entramado que había organizado. De pronto, escuchó una voz en la lejanía y distinguió una silueta en la niebla que trataba de avanzar hacia ellos.

—So...fía. Sofí...a.

Distinguió a su madre, quien hacía enormes esfuerzos para no sucumbir al poder antigravitatorio de la zona. Se levantó de inmediato, y una oleada de vergüenza la sacudió. Elena continuaba en el aparcamiento, no se había alejado como le había rogado. Sus piernas temblaron al verla tartamudear mientras pronunciaba su nombre y un sudor repentino irrumpió en su frente. Sofía se encaminó hacia ella despacio al tiempo que escuchaba los latidos apresurados de su corazón. Se sentía de nuevo tan pequeña ante ella que no se percató de que los coches caían a su paso, unos reventando sus ruedas y otros estallando sus cristales mientras el sonido de sus alarmas se convertían en la nueva banda sonora de la zona.

La niebla se disipó al fundirse en un sentido abrazo con su madre. No se permitió llorar, sino reír de felicidad, pues Elena se encontraba bien, aunque conmocionada por lo que había presenciado y eufórica porque tenía a su hija en sus brazos.

—Dile a tu amiga que las nubes me impidieron dibujar ese extraño símbolo.

—No importa, mamá. Ya ha pasado todo.

Hugo se acercó a ellas y le imploró a Sofía que debía ocultarse en el coche que habían dejado en la carretera. La policía no tardaría en presentarse en el lugar, sobre todo después de que la barrera que había levantado la incipiente neblina se hubiese desvanecido. La instó a que socorriera a su hermano y le señalara el camino a Iris mientras él le daba una serie de instrucciones a Elena. Todos debían abandonar el lugar.

—Por lo pronto, llama a tu marido. Es mejor que no estés sola

cuando te trasladen a la comisaría para declarar. —Ella asintió sin atreverse a mirarlo a los ojos—. Eres una mujer fuerte, y estoy seguro de que podrás con todo esto. No nos nombres. Pero sí diles que esos cuatro pertenecen a una secta peligrosa, que pongan el ojo en sus adeptos. Y en cuanto al desastre que hay aquí —añadió, ampliando su mirada a todo el parquin—, mejor no les digas nada. Rafael llamará a algunos de sus amigos influyentes.

—Gracias por proteger a mi hija.

Hugo presionó sus labios y echó a correr campo a través. No quiso volver la vista atrás, a pesar de que jamás dejaba a una víctima desamparada. Sin embargo, lo sucedido en esa noche desafiaba incluso los límites de su raciocinio. Él estaba acostumbrado a cazar a espíritus malignos o a enseñarles a las almas perdidas cómo cruzar, no a enfrentarse a demonios sabihondos que usaban disfraces de cazadores para infiltrarse entre ellos.

Divisó a Oriol tendido en el asfalto a pocos metros del coche. Sofía permanecía junto a él, susurrándole palabras de aliento mientras lo cogía de la mano. Se detuvo. No quiso correr más. El viento lo había vencido y ahora se desplazaba a su merced, sin voluntad.

Una extraña amargura se instaló en su paladar, impidiendo que disfrutase de la victoria. Apenas podía deshacerse de ese incómodo regusto en su boca. Lo detestaba. Hugo encendió un cigarrillo mientras observaba cómo Sofía se inclinaba sobre su hermano y le besaba la frente. Examinó con disgusto el cigarro, el cual le había secado aún más la lengua. Lo devolvió al paquete de donde había salido y lo lanzó lejos de él. Ya era hora de dejar ese vicio. Avanzó hacia el coche tratando de ignorar las palabras de aliento que ella le regalaba a Oriol, sus suspiros entrecortados y afectados por todas esas heridas que marcaban su cuerpo. Escuchó las sirenas resonar en una especie de lejanía ilusoria, como si no perteneciesen a su mundo, una banda sonora cargada de tragedia que no les incumbiese y que, sin embargo, los apremiaba a huir del lugar. No obstante, el cazador miró hacia atrás, y la suave brisa invernal que le había dado la bienvenida al llegar se despedía ahora, acariciando sus labios.

Mientras Iris ayudaba a la bruja a introducir a su hermano en el coche, él permaneció de pie, contemplando cómo las luces azules se entremezclaban con el silbo agudo de los coches policiales. Detrás de estos, las ambulancias competían por la hegemonía de la zona, desprendiendo un naranja acibarado que dominaba sobre los edificios. Hugo arrugó el rostro, afectado. Esperaba que la madre de Sofía pudiese relatar una historia coherente sin tener que mencionarlos a ellos. Los coches, las farolas y los relámpagos argentados serían otra anécdota a sumar en los innumerables expedientes sin descifrar.

Condujo sin intercambiar palabra alguna con sus compañeros a

pesar del nerviosismo y algunos sollozos. El silencio era un refugio complaciente en el que podía depositar su angustia. Su corazón se astillaba poco a poco y le causaba un calvario que amenazaba con perforarle el pecho. Aguantaba los asaltos de dolor concentrándose en la carretera. De vez en cuando, atendía a los lamentos de Oriol cada vez que trataba de cambiar de posición. Iris le ofrecía agua desde el asiento del copiloto mientras Sofía lo mantenía en su regazo.

—No falta mucho para llegar a mi casa —le oyó decir—. Allí estarás más cómodo hasta que logres recuperarte.

Hugo contaba los minutos como si su reloj hubiese perdido las manecillas para indicar las horas. Su mente vagaba descontrolada y su alma seguía tronando convulsa. Debía tomar una decisión que apaciguase su tormento, que vendara las grietas que estaban rompiéndolo por dentro. No conseguía dominar la situación. Y eso lo exasperaba.

Al llegar al portal, auxilió a su hermano y lo introdujo en el ascensor sin apenas mirarlo. Después, se aseguró de que Iris estuviese dentro con él antes de pulsar el número cuatro, y cuando Sofía se dispuso a entrar, le cogió la mano y la alejó del elevador. Desconcertada, ella frunció el ceño al tiempo que indagaba en sus ojos.

—¿Qué sucede?

—Creo que tienes razón. Me voy a Inglaterra. ¿Tienes la dirección del brujo?

—¿Qué? ¿Así de repente? ¿Qué te pasa? —le preguntó sin comprender por qué mencionaba ese asunto en ese preciso instante, cuando apenas habían digerido lo que había acontecido en el aparcamiento.

Hugo agachó la cabeza. No quería que vislumbrase la magnitud de su pesar.

—No puedo más con esto. Yo no estoy hecho para vivir así.

A Sofía se le contrajo el estómago. No esperaba ese arrebato de sinceridad, y titubeante, extrajo el papel que le había entregado Harry del bolsillo de su abrigo.

—Está bien. Iré contigo. Deja que regresen mis padres y hablaré con ellos.

—No, no me lo pongas más difícil. Tengo que hacer esto solo. —Con los brazos en jarra, llevó su mirada hacia el techo y se desahogó soltando una exhalación—. En caso de que el brujo necesite que estés presente, te llamaré. Pero antes hay que convencerlo; ya sabes los ególatras que pueden llegar a ser. Así que déjame que al menos contacte con él primero y evalúe si es de fiar. Que hayamos dado con uno, no significa que quiera colaborar y deshacer de buenas a primeras el hechizo.

—Vale. —Sofía suspiró—. Pero no tienes por qué ir ahora. Podemos hablarlo. Deja que pasen unos días hasta que sepamos qué sucede con la secta.

El cazador quiso mostrar su objeción, sin embargo, no conseguía tragar la escasa saliva que vagabundeaba por su boca ni despejar su laringe de nudos invisibles. Con ojos húmedos, hizo grandes esfuerzos para que las palabras nacieran de nuevo de sus cuerdas vocales.

—No puedo verte con él. Y es mi hermano, joder. Me he repetido a mí mismo, hasta la saciedad, que estos sentimientos no podían ser impuestos por un hechizo, porque para mí son reales. Los siento aquí dentro. —Le señaló su corazón—. Te juro, Sofía, que he luchado contra ellos. Por ti. Por Oriol. Sin embargo, sueño contigo cada noche, con tu cabello ondulado acariciando mi rostro, con tus labios besando los míos, y cuando despierto, deseo volver a dormirme porque es ahí donde soy feliz. Y soy consciente de que, para ti, no soy nada.

—Eso no es verdad. Tú sabes que no es verdad.

—Quizá pensabas que era más fuerte, pero no lo soy.

—No te vayas ahora. Podemos con todo esto juntos. Te lo prometo. Deja que te acompañe. —Sofía agarró sus manos con fuerza y después se abrazó a él. Una lágrima se atrevió a asomar por sus ojos, y luego otra y otra. Poco a poco, decidieron inundar sus mejillas—. Te necesito.

—No me digas eso. Por favor, no me digas eso. —Hugo la apartó despacio. Con una sonrisa en su rostro, rozó sus pómulos con el pulgar.

—Tengo que confesarte algo —le dijo con cierto sonrojo.

—No, no quiero saberlo. Sea lo que sea, está bien así. Mejor que el silencio guarde el secreto. No hagamos esto más doloroso. —Ella asintió con timidez y él se dio la vuelta despacio. No se atrevía a volver a mirarla, no quería perderse entre sus ojos añiles, porque si lo hacía, temía no encontrar el camino de vuelta jamás—. Te mantendré informado.

El cazador avanzó hacia el umbral y se detuvo allí. Dudó unos segundos. Una parte de él no quería abandonarla, no quería dejarla sola ante los peligros que se avecinaban. Era la última llave. Y su última oportunidad. La próxima vez que la viera, su corazón no latería descontrolado ante su presencia ni sus ojos anhelarían su sonrisa. Frunció el ceño, contrariado, y aguardó a una señal que le indicara que estaba haciendo lo justo para él. Para ella. Para todos. Sin embargo, no existía una justicia capaz de dictaminar una sentencia equilibrada en ese caso.

—Hugo. —Ella intuyó su titubeo y se acercó con paso inseguro—. Estaré bien. Fui egoísta al pedir que te quedaras. Tienes que pensar en ti. Debes romper el hechizo, así los dos seremos libres.

Él se giró, y antes de que ella pudiera rechistar, le estampó un beso que la cogió de improviso. Se estremeció, turbada. Ella pudo rechazarlo. Pudo detenerlo. Sin embargo, quiso compartir ese deseo, sentir ese torbellino desordenado y vertiginoso poner su mundo patas arriba, tiritar de frío y abrigarse con su calor, saborear la adrenalina de una montaña rusa al girar y comprobar cómo le temblaban las piernas al bajar.

Hugo agradeció ese beso que lo trasladó por un segundo a su sueño, a ese sueño imposible que tanto había anhelado.

—Ahora sé que tengo que hacerlo.

30

Tres

Esa noche, Oriol se recostó en su cama, aquejado todavía por las numerosas laceraciones que surcaban su piel. Sofía decidió permanecer junto a él, preocupada por si la debilidad del cazador volvía a acrecentarse. Temía que esas toxinas viviesen aletargadas en su cuerpo y esperasen una nueva oportunidad para invadir sus células. Posó la palma de su mano en la frente del chico, y suspiró aliviada al comprobar que no ardía en fiebre. Con una sonrisa afligida, acarició su lánguido rostro y se dejó envolver por su sosiego. Él parecía reposar en un mar de nubes aterciopeladas, cubierto con un mantón de estrellas. Tan sereno. Tan radiante. Presionó los labios, apesadumbrada, tratando de alejar un enorme vacío que por momentos se apoderaba de ella. Lanzó una sentida exhalación. Después le pidió disculpas a su difunta abuela, acercó la mecedora a la cama y se acurrucó en ella mientras se arropaba con una sábana de franela. Le echó un último vistazo al móvil con la esperanza de tener noticias de su padre y entrecerró los ojos, deseando descansar aunque fueran unos minutos. Sus padres pasarían horas en la comisaría prestando declaración, y ella, al menos, sentía una frágil seguridad al conocer que todos los ofitas que estuviesen en la ciudad serían arrestados. Por el momento, su casa estaba a salvo. Y esto hizo que sintiera cierto consuelo, ya que no tenía que temer por la vida de Cris, quien dormitaba en su habitación bajo la atenta protección de Iris.

Cuando despertó, se sorprendió al descubrir que era ella la que reposaba en su cama y que Oriol no estaba en el dormitorio. Se llevó la mano izquierda a la cabeza. El repiqueteo constante, como el de un pájaro carpintero presuroso por terminar su trabajo, le impedía pensar con claridad. Se levantó y descorrió las cortinas, deseando que los tímidos rayos de sol pudiesen inundar su espíritu con su luz. Advirtió que la puerta se abría y le dedicó una amplia sonrisa a Oriol, quien la saludaba desde el umbral con una infusión caliente.

—¿Estás bien? —le preguntó mientras lo invitaba a entrar.

—Sí, necesité unas tres horas para restablecerme. Ya no tengo lesiones ni hematomas en mi cuerpo —le respondió, mostrándole el brazo—. Te he traído una manzanilla. Aparte del té, que sé que detestas, fue lo único que encontré en la cocina. ¿Has dormido bien? Cuando me sentí mejor, te devolví tu cómodo colchón y me quedé con

la mecedora. Tengo las barras de madera todavía incrustadas en mi espalda. —Se echó a reír.

—Me alegro de que estés mejor. Estaba preocupada.

Ella volvió a la cama y se acomodó mientras soplaba la infusión con delicadeza. El vapor ascendía hasta su nariz y le sonrojaba las mejillas.

—Vuelvo a ser el de antes. Conseguí expulsar todo el veneno. —Oriol se sentó en el borde y la miró con ojos tiernos—. Tenemos que hablar.

—Sí, yo también quiero hablar contigo. Tengo que contarte algo, y la verdad es que no sé ni cómo empezar.

—Bien, empezaré yo —concluyó resuelto—. Rafael me ha llamado hace un momento. Está preocupado por la seguridad de tu familia, y yo también lo estoy. Aunque hayamos detenido al demonio y la policía vaya a encargarse de la secta que operaba en la ciudad, nos queda Janus. Él no va a parar hasta conseguir tu llave. Así que es mejor buscar un sitio seguro para tus padres y tu hermano. Aquí corren peligro.

—Sí, tienes toda la razón. Hablaré con ellos y nos iremos a un país extranjero si es necesario.

—El problema no es España —afirmó pesaroso—. Janus tiene fieles por todas partes. Tenemos que aislarlos, buscar un lugar donde nadie los reconozca. Una especie de piso franco. —Hizo una pausa en la que meditó cómo proseguir sin herirla—: Mi padre me ha encargado esta misión a mí. Después de lo sucedido con Berto, no se fía de nadie, ni yo tampoco, ¿lo entiendes?

Ella frunció el ceño, apabullada. Acababa de regresar a casa y ya debía pensar en cómo escapar de allí.

—Sí, claro. ¿Y has pensado adónde podemos ir?

—No, Sofía, tú no vienes —le dijo muy despacio—. Si tú estás cerca de ellos, los pones en peligro. Has visto cómo trabajan. Cuando vuelvan a reorganizarse, vendrán a por ti de nuevo y no dudarán en hacerles daño para llegar hasta ti.

Su cuerpo se estremeció y comenzó a temblar de arriba abajo.

—¿Y qué hay de mí? ¿Qué voy a hacer yo?

—En cuanto nos vayamos, Harry vendrá a instalarse contigo. Iris también va a quedarse, y estoy contando con que Hugo no tarde mucho. Rafael ha recibido un mensaje suyo en el que dice que tiene que ausentarse unos días pero que volverá. Y si él tarda más de la cuenta, vendrá León. Está todo organizado.

—¡No, no! No puedes irte tú también —le suplicó desesperada—. No puedes dejarme así.

—Tienes que estar tranquila. Todo va a salir bien.

—¡Nada está saliendo bien! ¿Es que no te extraña por qué Hugo se

ha marchado así sin más?

—No es la primera vez que lo hace. Él es así.

Oriol fue a levantarse, pero ella lo retuvo al sujetarle la mano. Se aproximó a él y trató de refugiarse en sus ojos cálidos.

—No, espera. Tengo que hablar contigo de algo importante. Hugo se ha ido a Inglaterra. Va a intentar romper el maldito hechizo.

—Eso no importa ahora.

—A mí me importa, Oriol. —Apoyó su frente sobre la de él mientras decenas de lágrimas saltaban sobre sus mejillas—. A mí me importa. Yo te quiero. Y no sé cómo manejar todo esto que está ocurriéndome. Pero necesito tenerte cerca, que seas mi brújula, porque no quiero perderme.

Él le regaló un beso casto, demasiado corto como para apreciar sus labios temblorosos.

—No soy tonto. Sé que quien te sacó de ese trance fue mi hermano. Y eso me duele más de lo que imaginas. No puedo ignorarlo. Estás confusa y yo necesito tiempo. Tiempo para asimilar todos los cambios que estoy experimentando. —Se calló unos segundos para evitar que de sus ojos húmedos naciera un río de agua salada—. Por primera vez, cuando estuve en el bosque, solo, siendo mi bestia, me sentí cómodo. No la rechacé ni luché contra ella porque sabía que la necesitaba para sobrevivir. He estado mucho tiempo ciego. Ella forma parte de mí. No puedo negar lo que soy. Soy humano, pero también demonio.

Sofía sonrió satisfecha mientras con sus dedos se secaba las lágrimas de las mejillas.

—Estoy… muy orgullosa de… ti —le confesó balbuceando.

—Tú me has mostrado el camino, y por eso te quiero tanto. Pero yo no soy tan buena persona como crees. Yo no puedo estar a tu lado ayudándote a luchar contra tus miedos cuando tus pensamientos están muy lejos de aquí. Soy egoísta. No quiero saber lo que pasa por tu cabeza, y doy gracias porque mi poder no puede entrar en tu corazón de bruja para saber qué es lo que está sucediendo. No podría soportarlo. Por eso no me pidas que me quede. Yo no puedo ayudarte ahora mismo.

En cuanto él abandonó la habitación, sin mirar atrás, cerrando la puerta tras de sí como el que acaba un libro, ella rompió a llorar. Estaba sola. Demasiado sola. Ni el afectuoso sol de invierno había logrado desplazar la penumbra de la estancia. Ya no le quedaba nada. Su familia se marcharía y ella no podría luchar con todos los monstruos que la asolaban.

El día de Reyes, después de que Cris abriera los regalos con entusiasmo, Oriol decidió que había llegado la hora de partir. Sofía tenía el corazón hecho añicos, y el nudo que presionaba su garganta apenas la dejó hablar mientras se despedían. Se abrazó a su hermano sin más lágrimas que derramar. Después, solo fue capaz de asentir a todos los consejos que sus padres le daban. Se hacía la fuerte delante de ellos, la que dominaba la situación, cuando en realidad estaba destrozada por dentro. Ignoraba hacia dónde se dirigían, y de nuevo tenía vetado ponerse en contacto con ellos.

El cazador la observaba de reojo, tratando de ocultar su pesar. No quería dejarla allí bajo la tutela del brujo. Habría preferido arrancarla del jardín en el que florecía y regalarle otro sin espinas. Sin embargo, no podía. Tenía que permitir que brotara sola y que sus pétalos maduraran hasta convertirla en la flor más preciada de todas. La obsequió con una sonrisa indulgente, insuficiente para ella, quien esperaba que se desprendiese alguna palabra de sus labios, una que apaciguara el torbellino que la sacudía por dentro. No obstante, él no pudo ofrecerle lo que tanto ansiaba. Aun así, no pudo resistir el impulso de abrazarla y de fundirse con ella en un solo aliento. No era un adiós. Había comprendido que con ella nunca existiría un adiós, sino un «Volveremos a encontrarnos».

Sofía se quedó plantada en la puerta viendo cómo todos se marchaban, cómo se alejaban de la estela del mal que la perseguía adonde quiera que fuese. Estaba maldita. Todo lo que tocaba se marchitaba. Se desvanecía en el tiempo sin dejar huella de su existencia pasada.

Iris la devolvió a la realidad al rodearla con sus brazos e indicarle el camino hasta el sofá. Allí se derrumbó. Se quedó absorta unos largos minutos contemplando la nada, sin gimoteos ni lamentos, tan solo observando la pared blanca como el que se refugia en el azul del mar y se sumerge en sus aguas olvidando que hay una tierra que le espera. No obstante, ya no sentía ese arraigo, porque su hogar se había vaciado, dejando un cruel agujero en los muros, un hueco gigantesco imposible de rellenar.

—Sofía, van a estar bien. Sabes que Oriol se dejará la vida en ello si es necesario. A tu familia no le ocurrirá nada —le dijo, tratando de sacarla de su enajenamiento.

—Sí, lo sé.

—Vale, tal vez no sea la compañía que esperabas, pero al menos podrías disimularlo un poco.

Ella parpadeó varias veces y apoyó la cabeza en el respaldo.

—Ah, no es eso. Estoy contenta de que estés aquí conmigo. Por lo menos siento que a ti no te he fallado.

—¿Por qué dices eso? —Le lanzó uno de los cojines a la cara para

espabilarla.

—Es ese maldito conjuro. Ese que recité para salvarle la vida Hugo. Nunca imaginé que pudiera destruir mi vida.

—No seas tan dramática. No puede ser para tanto.

—Iris, sé que quiero a Oriol —le confesó, mirándola a los ojos—. Cada vez que está cerca de mí, me hace la mujer más feliz del mundo. Y cada vez que cierro los ojos por la noche antes de dormir, deseo que sea ya mañana para poder volver a ver su sonrisa. Sin embargo, hay algo dentro de mí que me empuja hacia Hugo una y otra vez, como las olas contra el acantilado. Quiero estrellarme contra él, besarlo, sentir su piel estremecerse mientras recorro con mis labios todo su cuerpo. —El labio inferior de Iris se despegó de su boca hasta casi aterrizar en su pecho—. Mila tenía razón. Estoy sucumbiendo al hechizo, y pronto no lograré dominar mis impulsos. ¡Lo besé, Iris! Y ni siquiera me arrepentí. Haciéndolo, conseguí aplacar ese deseo irrefrenable de hacerlo mío. —La bruja entornó los párpados, suspirando—. Entiendo que Oriol se haya ido. Pero quería que se quedara porque él logra que no pierda el norte. Consigue que mantenga los pies en la tierra y que me cuestione todos los sentimientos que estoy experimentando... Sin él, estoy perdida.

—No, no lo estás. Yo estoy aquí para ayudarte. Soy tu amiga, ¿recuerdas? Y no voy a dejarte. Lucharemos contra ese maleficio juntas.

—Tengo miedo.

Iris hizo que apoyara la cabeza en su regazo y comenzó a hacerle una trenza sin mucho atino.

—Todos hemos tenido miedo alguna vez. Y yo, muchas veces. Pero no hagas que el miedo te impida caminar. No lo permitas. Porque no hay nada peor que verse inmersa en una oscuridad donde las baldosas que te orientan para continuar se desdibujan y te arrebatan el futuro.

—Lo dices por lo que te hizo tu padre.

—Sí. —La vidente guardó silencio. Era su manera de acallar las voces que la asaltaban en las noches más sombrías.

Sofía se enderezó y posó la mano en su brazo, brindándole su apoyo.

—Sabes que no tienes que contármelo si no quieres.

—Cuando ese ejército de espíritus apareció alrededor del demonio, temí encontrar a mi padre entre ellos. Era una persona ruin. Despreciable. —Sofía arrugó el rostro, confusa—. Él no nos abandonó. Si por él hubiera sido, no se habría marchado jamás. Mi padre murió. Yo lo maté.

La bruja dio un respingo y arqueó las cejas hasta confundirlas con las suaves marcas de la frente.

—¡Oh, Dios!

—Llevo cargando con esta culpa demasiado tiempo, y a veces creo que en cualquier momento saldrá de su tumba y vendrá a por mí, como un fantasma con ansias de venganza. —A Iris se le aguaron los ojos—. Yo no quería hacerlo. Te juro que no quería matarlo. Pero mi madre estaba tendida en la cocina, llena de sangre, y yo me arrodillé al lado de ella para comprobar si estaba bien. Entonces, mi padre me amenazó. Me dijo que me fuera a mi habitación. Que yo era como ella, una aberración de Satanás, y que como me viera encendiendo una vela en la casa, me mataría. Me llamó bruja. Me agarró por los pelos y me separó de mi madre. Estampó mi frente contra el poyete de la cocina. Una y otra vez... Y entonces, agarré un cuchillo... Se lo clavé en el abdomen con una rabia que llegó a asustarme. Solo quería que parara, que nos dejase en paz.

Iris enjugó el llanto porque se juró a sí misma que jamás volvería a desaprovechar una lágrima por él.

—¿Qué ocurrió después? ¿Cómo hiciste para que todos creyeran que se había marchado?

—No fui yo. Desesperada, llamé a Rafael y él vino a casa. Mi madre recuperó la conciencia y le suplicó que no llamase a la policía. Y si lo hacía, que corroborase su testimonio diciendo que había sido ella. Nadie podía saber que lo había matado yo. ¡Yo era una niña! Y aniquilé mi propia inocencia cuando me alcé contra mi padre. —Iris soltó un suspiro prolongado—. No recuerdo muy bien lo que sucedió a continuación. Yo estaba en *shock*... Sé que León apareció en el salón de repente, con una bolsa del tamaño para ocultar un oso, y después los dos cazadores desaparecieron. No sé dónde lo enterraron ni quiero saberlo. Rafael lo preparó todo para que en el barrio pensaran que se había ido para siempre. Sin embargo, yo sabía la verdad... Así que, durante un tiempo, las pesadillas no me dejaron vivir, no dormía bien, y me volví más esquiva de lo normal. Era la primera vez que mataba con mis propias manos, y había sido a un ser humano y no a una criatura del inframundo.

—También entre los humanos habitan monstruos. Tu padre era uno de ellos.

—Anuló tanto a mi madre que hizo que su don se mermara. Ya apenas tenía visiones o premoniciones. Y pretendía también arrancarme a mí la señal del diablo a golpes, aunque el verdadero diablo fuera él.

Sofía se humedeció los labios. Se le habían secado de golpe. Suponía que Iris había sido una niña maltratada, no obstante, nunca imaginó que detrás de su historia existiese otra peor.

—¿Lo saben los chicos?

Ella sacudió la cabeza.

—No, le prometí guardar el secreto a mi madre para que la policía

no tocase nunca a mi puerta y preguntara por él. Cuantos menos lo supieran, menos involucrados habría. Tanto Oriol como Hugo eran conocedores de las palizas que me daba mi padre y que yo me escapaba noche sí y noche no para huir de él.

—¿Y adónde ibas?

—A un banco del parque. Allí pasé muchas horas, temblando de frío y deseando que la bebida le reventara el hígado.

—¡Iris, cuánto lo siento! Has debido pasar un infierno. —La estrechó entre sus brazos y, poco a poco, ella se dejó envolver por su cariño—. Ahora mis problemas me parecen una tontería.

—No son tonterías. Te persigue un maníaco, y tenemos que averiguar cómo detenerlo… Eres lo más parecido a una amiga que he tenido jamás. Siempre he estado rodeada de cazadores. —Se incorporó de un salto—. Bueno, basta ya de historias tristes. Estamos solas tú y yo. Y vamos a pasarlo bien. Anda, vete a cambiarte, que nos merecemos ir a cenar y salir las dos por ahí, sin dar cuentas a nadie. La noche es joven. Y yo no sé tú, pero hace mucho tiempo que no voy a un *pub* a bailar.

La bola de espejos giraba sobre sus cabezas mientras los focos provocaban que la luz rebotase en ella, creando un universo de colores en la pista de baile. Sofía descubrió en su amiga a una gran bailarina que se movía con desparpajo haciendo alarde de una envidiable flexibilidad. Ella prefería desquitarse con los típicos pasos conocidos por todos e intentando ser una más del montón en una noche que le regalaba normalidad. Se olvidó de que era una bruja y una llave codiciada por unos fanáticos. No pensó en Oriol ni en Hugo, tan solo se dejó llevar por el frenético ritmo que vapuleaba su cuerpo. Bailó hasta no sentir los pies, hasta imaginar que la purpurina con la que Iris había embellecido sus ojos resbalaba por sus mejillas y caía sobre su cuello.

La vidente la empujó hacia la barra, sedienta, mientras estiraba la falda negra que se empeñaba en reducir su tamaño cada vez que daba un paso.

—¡A esto se le llama vida! —gritó riendo.

—Pues no te lo vas a creer, pero hay un chico que no ha parado de mirarte desde que hemos llegado.

Iris dirigió sus ojos grises cargados de curiosidad hacia el joven, y de inmediato volvió la vista al frente. Arrugó el entrecejo, maldiciendo su poca fortuna. No era feo. No obstante, tenía los cabellos rubios repeinados hacia atrás con demasiada gomina, y un suéter negro anudado a su cuello como si fuese un collarín.

—¿Ese? ¡Por Dios, parece sacado de una revista para pijos! ¿Cómo puede venir aquí con esos pantalones de pinza y ese polo color lechuga? No me gusta ni un pelo. Tiene pinta de autoestopista psicópata disfrazado de ensalada para veganos.

Sofía le propinó un codazo y estiró el cuello hacia la derecha para advertirla de su llegada. Ella frunció aún más el ceño, no captando la indirecta.

—Pues ya puedes ir inventando una excusa. Viene hacia aquí.

Iris se llevó la mano a la frente y negó con la cabeza.

—¡Lárgate! —le dijo en cuanto lo vio por el rabillo del ojo.

—Deberías escuchar mi propuesta primero.

La vidente se enderezó, horripilada.

—¿Ha dicho la palabra «propuesta»? —Ignoró al chico y le preguntó a Sofía, patidifusa. Después, se giró hacia él, lo miró de arriba abajo y se retiró hacia atrás al percibir el baño de perfume en el que se había inmerso antes de salir—. No me interesa nada de lo que tengas que decirme.

—Yo creo que sí, Iris.

La vidente perdió el color de su maquillaje de un plumazo. Observó mejor al muchacho de cabellos rubios que tenía delante y un repelús la azotó hasta sentir que se mareaba.

—¿Quién eres tú?

Por fin, se dignó a examinarlo como se merecía. Sus ojos verdes oscuros poseían una aureola violeta demasiado fascinante para tratarse de un simple humano. Y ese hoyuelo en la barbilla la hizo sobrecogerse hasta sentir un vaho álgido desprenderse de su enorme boca. Percibió su energía, frenética y revuelta, y también asustada.

—Podéis llamarme Tres, y he venido hasta aquí para pediros ayuda.

—¿Por qué nos necesitas? —le preguntó Sofía, temerosa de escuchar la respuesta.

—Tú eres la bruja de hielo. Dicen que eres poderosa, y por lo que sé, has salido victoriosa de tus encuentros sobrenaturales. Voy a ir al grano. Tú posees la llave de los brujos y yo la de los demonios. Necesito vuestra protección. No quiero que me diseccionen como a una rana. Y a mis colegas les da igual lo que me pase, pero sé que a vosotras no. No queréis que esos idiotas abran las puertas del Cielo.

Ambas intercambiaron una mirada de espanto mientras el demonio les sonreía, dichoso.

Convulsa, se llevó la mano al pecho. Desde que había tenido ese encuentro fugaz con Janus en el astral, Edith no dormía tranquila. Al

principio, imaginó que su estado de agitación tras su breve conversación con el vidente medio brujo no la dejaba descansar ni tampoco concentrarse. No les temía a las horas de insomnio, las cuales mataba enfrascándose en lecturas amenas y divertidas. Eran las horas de sueño las que la azoraban: imágenes desagradables, voces que susurraban su nombre, cánticos que la invitaban a unirse en su gozo. Ya no lo aguantaba más. Por eso había decidido irse a la cama cada noche con unas gotitas de lavanda aplicadas con esmero detrás de las orejas, en la frente y en la nuca, para alejar así las malas energías de sus sueños.

Durante los días sucesivos, logró contener todo ese bullicio y mantener su espíritu en una paz delicada. Sin embargo, las voces regresaron y no tardó mucho en individuar a la de Janus entre todas ellas. Llegaba hasta sus oídos como un siseo cautivador, un poema hechizante que estimulaba sus neuronas, y las hacía trabajar a un mayor rendimiento. La vidente era consciente de que él había conectado con ella a un nivel espiritual más allá de lo conocido. La forzaba a entrar en un campo inexplorado en el que las dos mentes se nutrían de sus experiencias. Se fusionaban. Se entrelazaban hasta generar una simbiosis única.

Janus le mostró un paraíso repleto de hermosos vergeles y con un manantial de aguas doradas; unas que no solo calmaban la sed, sino que conseguía regenerar las células, conectarlas con el poder perdido tras haberse corrompido con generaciones y generaciones que debilitaron la pureza. Ese poder navegaba por el universo, aguardando un puerto en el que atracar. Él iba a devolverle la gloria a los cruzados, y que así los tres gremios perduraran a través de los tiempos, íntegros.

Edith se levantó aterrada esa mañana. Con los dedos temblorosos, pulsó el número dos de su teléfono, que designaba la marcación rápida para Rafael. Tenía que advertirlo. El poder de Janus aumentaba, se expandía por la red de lo invisible con celeridad, y tenían que detenerlo. Sus ideas de un mundo nuevo donde los demonios eran aniquilados de la tierra y los tres gremios tuvieran las riendas del universo se diseminaban entre los videntes. Ese loco estaba sembrando la semilla de su ansiada orden en las imágenes y los sueños de todos los que poseyesen el don de la visión. Ella había escuchado la llamada y la había rechazado muchas veces. No obstante, esa noche, Janus había logrado comunicar con ella. Y sus palabras todavía retumbaban en su mente: «Dale el futuro que se merece a Iris. Deja que se reúna conmigo. Seré el padre que nunca ha tenido». Ese hombre quería que su hija se sumase a sus filas. Y ella tenía que impedirlo.

Escuchó la voz de Rafael al otro lado del aparato. Estaba excitado

porque los chicos habían logrado desterrar al demonio, y el optimismo le repetía que otra batalla ganada era más que una victoria. Era la señal de que pronto desarticularían a toda la secta. Edith arrugó la nariz y lamentó tener que interrumpir el discurso de su amigo de una manera tan abrupta:

—Está usando la llave de los videntes para entrar en nuestras mentes. No solo la necesita para abrir las puertas. Está metiéndose en nuestras cabezas. Y dado que también cuenta con la de los cazadores, pronto hará lo mismo con tu gremio. —El entusiasmo de Rafael se evaporó al instante—. ¿Sigues ahí?

—Sí, sí... Estaba asimilando lo que me has dicho.

—Y hay más. Quiere a Iris. Cree que puede ser un ejemplo de conversión cuando consiga que sea pura.

—¿Qué es lo que pretende? ¿Un conflicto entre puros y cruzados?

—Un conflicto no. Una guerra. ¿Sabes cuántos cruzados accederían a sus experimentos con tal de ampliar su don? —Afectada, contuvo una exhalación—. Sé que, a veces, muchos de ellos se han sentido menospreciados porque les cuesta el doble de trabajo estar a nuestro nivel. Yo he tratado de inculcarle a mi hija valores que obvien esas estúpidas diferencias que nosotros mismos hemos creado. No importa que seamos puros o cruzados mientras acatemos nuestro destino.

—Lo sé.

—Pero ¿sabes cuántos sucumbirán a sus disparatadas ideas? ¿Cuántos ni parpadearán al derramar la sangre de sus hermanos con tal de aspirar a un mundo libre de restricciones? No, Rafael, una batalla no es más que una marca en un mapa. Mientras ese degenerado continúe obnubilando a sus fieles con esas ideas extremistas, no habremos ganado nada. Se avecina una guerra.

31

Sellos

El graznido de aquellas gaviotas que decidieron no abandonar la costa, a pesar de las inclemencias del tiempo, se disipaba entre unas nubes condenadas a ahogarse en un muelle apagado. El júbilo de los días de verano, con el constante ajetreo de residentes y turistas deseosos de disfrutar de una de sus mayores atracciones, contrastaba con los grises de su estampa invernal. Los ocho grados de temperatura empañaban la alegría de su salón del té de estilo victoriano y enturbiaba la música de su local de *jazz*. Los ingleses preferían resguardarse en sus hogares en los días de lluvia aciaga, esperar a que amainase el temporal y dedicarse a sus tareas cotidianas antes de que la luz del día se desvaneciese. Era reprobable visitar Eastbourne en el condado de Sussex oriental y no deleitarse con los colores de su muelle cuando el sol templaba sus aguas. Y aunque el temprano atardecer amenazaba con sumergir al Pier entre una densa niebla, Hugo se detuvo un instante para admirar la construcción.

A pesar de ser edificada en el siglo XIX, las sucesivas tormentas y una mina que estalló en el lugar durante la Segunda Guerra Mundial le causaron severos daños. Tampoco ayudaron los dos incendios posteriores que la asolaron y que exigieron una completa restauración que le devolvería su esplendor de antaño. No obstante, el icono de la ciudad se le antojó frágil al cazador. Hermoso pero delicado. Debía ser una presa fácil para las olas embravecidas.

Se enroscó mejor la bufanda y se frotó las manos en el abrigo negro. La humedad estaba matándolo. Continuó su camino admirando la belleza de sus hoteles inmaculados, los cuales parecían susurrarte viejas historias de lo acontecido en sus noches locas llenas de alcohol y bailes desenfadados, y otras donde las sirenas de la ciudad alertaban del inminente bombardeo por parte de los alemanes. Consultó de nuevo la dirección y se adentró en Victoria Road. Con paso decidido, cruzó la calle hasta llegar al número que Harry había escrito en el papel. El cazador contempló la fachada rojiza de la casa, con el marco de las ventanas pintadas de un blanco reluciente. Miró al cielo, el cual había engullido cualquier señal de luz, y tocó el timbre. Impaciente, aguardó a que alguien respondiera.

Por fin, lo recibió una mujer corpulenta, de andares exagerados y una piel de ébano que contrastaba con sus ojos turquesa. Hugo titubeó

unos segundos. Su mente tenía que elaborar una frase en inglés que resultara convincente, sin embargo, su poco dominio de la lengua hizo que dejara a un lado las formalidades. No quería que le cerrasen la puerta en las narices antes de siquiera poder presentarse.

—*Mister Castle?*[17]

La mujer frunció el ceño, confusa, y tras una serie de frases en las que solo logró comprender si tenía cita o si era un amigo, lo hizo pasar al salón de malos modos. Después, intuyó que abandonaba la estancia para advertir al señor de la casa. Fue entonces cuando Hugo apreció la moqueta naranja que se extendía bajo sus pies por toda la habitación hasta cubrir las esquinas con un remache poco fino. Arqueó las cejas mostrando su disgusto. No quería ni imaginar cuántos bichos vivirían debajo de ella. Al menos esa tonalidad estridente se dulcificaba con los tonos pastel del tresillo. Se desabrochó el abrigo y lo apoyó en el respaldo. Después se aproximó al corredor al escuchar voces en el piso superior, y al comprobar que alguien descendía las escaleras, volvió al interior del salón y fingió apreciar un juego de té en el inmenso aparador situado en la pared de la derecha.

Por fin, el brujo hizo acto de presencia ante él, con un semblante que no ocultaba su disgusto. Hugo lo saludó con educación mientras el hombre se dedicaba a examinarlo sin ningún tipo de reparo. Él no puso ninguna objeción, ya que después de todo se había presentado en su casa sin avisar, y comprendía la curiosidad que pudiera suscitar.

—*Good afternoon, Mr. Castle. Let me introduce myself. My name is Hugo Álvarez, and I´d like…* —Extrajo su móvil del bolsillo para buscar la pronunciación de su siguiente palabra—. *I´m really sorry. I´m a…*[18]

—No hace falta que te disculpes. Eres un cazador —adivinó mientras se servía una copa de brandy—. ¡El frío inglés! Se te mete en los huesos y no lo sacas ni con una botella entera de estas. —Hugo lo miraba con perplejidad—. Seguro que estás preguntándote cómo es que hablo tan bien tu idioma. En realidad, mi apellido es Castillo, pero hace ya mucho tiempo que vivo aquí, demasiado. Aprecio tu esfuerzo por tratar de impresionarme con tu inglés de barrio, sin embargo, ya puedes marcharte. No me interesa nada de lo que tengas que decir.

Él sonrió de medio lado. Ya se esperaba esa reacción típica de los brujos narcisistas y poco dados a colaborar con otros gremios. Se dedicó a observarlo mejor mientras decidía con qué frase efectiva podría despertar su curiosidad. El hombre no era tan mayor como esperaba. Debía rondar los cuarenta y cinco años más o menos. Lucía una barba de cuatro días poco común entre sus camaradas, ya que detestaban el aspecto desaliñado y nada elegante. Ellos preferían las barbas cuidadas y bien delimitadas, o la ausencia total de ellas. También le extrañó que sus cabellos ondulados cayeran sobre su frente, desordenados, y casi ocultaran unos ojos esféricos azulados que

parecían contener la bola del mundo.

—He venido para que me ayude a deshacer un hechizo. Uno muy potente y que me ha vinculado a una bruja de por vida.

—Esos conjuros ya no existen. Están desfasados —le respondió sin ningún interés.

—Pues yo he sido víctima de uno. Puede comprobarlo usted mismo.

—Jovencito, no sé si te han enviado aquí para gastarme una broma o eres tan estúpido para recorrer cientos de kilómetros creyendo que te han hechizado y que tu vida está en peligro. —Extendió el brazo mostrándole la salida—. No me gustan las visitas inesperadas. Bueno, en general, no me gusta ningún tipo de visita.

Hugo se cuadró ante él y lo desafió con la mirada.

—No sé qué es lo que lo ha llevado a convertirse en un ermitaño, ni me importa. Pero he hecho un viaje largo para llegar hasta aquí y no pienso irme sin respuestas. Acamparé en su jardín si es necesario. Soy más testarudo que usted, eso puedo asegurárselo. No es mi vida la que corre peligro, pero una… amiga mía…, una bruja increíble aunque inexperta está esperando a que yo regrese con una solución.

El hombre entrecerró sus ojos azulados y endureció el mentón.

—¿Inexperta, dices? Eso es imposible —le discutió—. Hace un siglo que tomamos conciencia de nuestro deber. A los brujos se nos entrena desde niños. O esa amiga tuya es una inútil total, o… ¿Qué edad dices que tiene?

—Más o menos la mía. Usted no lo entiende. Sus poderes la dominan y no logra controlarlos —le confesó más relajado al ver que ya mostraba una cierta disposición a atenderlo.

—¿Cómo se llama? —le preguntó, revelando un inusitado interés.

El cazador entrecerró la mirada y, desconfiado, retrocedió unos pasos.

—¿Por qué quiere saber su nombre?

Las facciones del brujo se endurecieron y de sus marcadas arrugas se desprendieron decenas de interrogantes.

—Eres tú el que ha venido a mi casa buscando ayuda. Necesito conocer su nombre.

—¿Para estudiarla y experimentar con ella? ¡Ni hablar! Si no está en grado de romper su hechizo, soy yo el que se ha equivocado.

—No me provoques. Sabes de sobra que los brujos puros escasean y que yo soy uno de los pocos que puede deshacer ese entuerto. No vas a encontrar a nadie mejor que yo. —Hugo recogió su abrigo y se dirigió a la entrada, ignorando los halagos hacia su propia persona—.

¡Espera! Dime solo si tiene un colgante con una esfera metálica y una cruz con doble brazo grabada en el centro.

—¿Cómo puedes saber eso? —El cazador se giró, desconcertado.

—Porque soy su padre.

No se atrevió a rechazar la copa de licor que le ofrecía el brujo, pues pensó que un trago lo ayudaría a asimilar tal revelación. Se dejó caer en el sillón, todavía perplejo, y se aventuró a escudriñar en los ojos del hombre. Sí, tenían un cierto parecido con los de Sofía. Enigmáticos. Profundos. Aunque no eran tan benevolentes como los de ella.

—Todo esto no puede estar pasando. No puede ser. —El señor Castillo deambulaba de un lado a otro de la habitación mientras sacudía la cabeza—. ¿Cómo la conociste? ¿Cómo un cazador ha establecido un vínculo de tal índole con ella?

—En realidad, Sofía me salvó de una muerte segura. Evitó que me desangrara lanzándome un hechizo de amor. Ya le dije que no controla sus poderes. Bueno, ni siquiera sabía que era una bruja hasta hace unos meses.

El hombre se detuvo y frunció el ceño con recelo.

—¿Hace unos meses? Y aparte de ese hechizo, ¿sabes si ha intentado recitar algún otro?

Hugo soltó una carcajada nerviosa.

—¿Está preguntándome en serio? ¡Hace unos días conjuró al aire y conseguimos derrotar a un demonio!

Al hombre le vibraron las pupilas de una manera alarmante. Abandonó la estancia sin decir una palabra y acusando cierto nerviosismo en sus labios. Hugo lo siguió escaleras arriba hasta que entraron en un cuarto pequeño más apropiado para su condición de brujo. Estaba repleto de estanterías ocupadas por decenas de libros sin ningún orden. Había objetos propios de un coleccionista esotérico y que debían ser valiosos, incluso un atril con una especie de grimorio escrito a mano; quizá con la propia letra del hombre, ya que los brujos eran propensos a redactar los hechizos que utilizaban en su día a día para después regalar el libro a su descendiente más directo o enterrarlo con sus huesos. Hugo siempre pensó que eran demasiado apegados a sus pertenencias. Retorcidos, esa era la palabra.

Observó cómo el hombre extraía un cofre mediano de debajo de una pila de libros y lo abría con suma expectación.

—¿Qué hay ahí dentro?

Como el brujo guardaba un mutismo sagrado, decidió acercarse a él y colocarse detrás de su espalda para curiosear en su interior. Su

decepción fue máxima al vislumbrar un papiro lacrado con un sello de cera gigantesco. Confuso, arrugó la nariz.

—¿Qué demonios es eso? —insistió al no obtener respuesta.

—Es un sello —le corroboró—. Uno con el que amarré los poderes de mi hija al nacer.

El hombre pasó su mano por encima de él y en su relieve aparecieron unas grietas azuladas, apenas perceptibles si no fuera por la luminosidad que desprendían.

—*Fuck!* —soltó un insulto sin tener en cuenta su presencia.

—¿Qué significan esas brechas?

Las dudas de Hugo se acrecentaban. Ignoraba qué pretendía hacer el hombre, y eso lo irritaba en demasía.

—¿Cómo ha podido hacerlo? ¡Mi hija está rompiendo el sello! Esto no puede estar sucediendo. Nos aseguramos bien. Ni siquiera debería ser capaz de recitar un conjuro simple.

—¿Qué pasará si se rompe?

—Que liberará todo su poder… —susurró el hombre incrédulo.

Hugo suspiró aliviado.

—Estupendo, termine usted de abrir ese sello y Sofía podrá acceder a su don sin ninguna atadura —concluyó satisfecho—. Así ella misma podría revertir el hechizo del vínculo eterno.

El brujo cerró el cofre de golpe y lo estrechó entre sus brazos como si se tratara de su niña.

—No comprendes nada. Claro, no eres más que un cazador. —Hizo una pausa en la que dudó si revelarle más información, ya que, al fin y al cabo, se trataba de un desconocido. Después pensó en su hija. Si ella había querido salvarlo, es que ese chico le importaba de alguna manera—. Existen dos sellos. El otro está en poder de su madre. Necesitaríamos romperlos a la vez para desatar el nudo que hicimos. Es un proceso delicado. Si le devolvemos los poderes demasiado deprisa, podría sufrir un colapso.

Hugo tragó saliva despacio.

—No me gusta esa palabra. ¿Qué quiere decir con «colapso»?

—Podría quedar catatónica. Su cuerpo no ha madurado al mismo tiempo que su don.

—Bien, ¿y dónde está su mujer? —Comenzó a agitarse sobremanera—. ¿Por qué no solucionamos esto ya?

—Mi exmujer —recalcó—. Nos separamos por discrepancias varias después de darla en adopción. Y no tengo ni la menor idea de dónde se encuentra. Su paradero está bajo un hechizo de ocultación. Por eso lo que urge es que regreses a España e impidas que siga utilizando sus poderes.

—No, no, tiene que existir otra solución. Ahora mismo ella necesita sus poderes. Usted no entiende la situación en la que se

encuentra.

—¡Lo menos que debe importaros ahora es un ridículo conjuro de amor! ¡Te estoy hablando de su vida! Y a ver si espabilas, chico —dijo enfadado—. Si ese hechizo ha funcionado contigo, es porque había una chispa dentro de ti que facilitó que la llama se encendiera. Puede que nunca la hubieras descubierto, que permaneciera apagada durante toda tu vida. O quizá, un hecho posterior la hubiese activado. Lo que quiero decir es que, si estás enamorado hasta las trancas de mi niña, es porque ese sentimiento ya rondaba por tu corazón.

A miles de kilómetros de allí, en un agradable barrio residencial situado a pocos minutos de la playa de Burke, en Charleston, una mujer adecentaba los jazmines que cubrían el arco de la puerta del patio. Con una podadora, arrancaba las malas hierbas, preparando así a sus flores para la vistosa primavera. Adoraba el perfume nostálgico que desprendían, sobre todo en días lánguidos y poco serenos, pues le gustaba evocar momentos más cálidos. Alzó la vista para observar un cielo teñido de un desconcertante púrpura, y entonces halló un cuervo muerto en una de las baldosas que conducían a la entrada. Lo recogió y lo examinó, confusa. Después miró hacia arriba y descubrió que la ventana esférica del desván estaba abierta.

Le dio un vuelco el corazón. Hacía años que no pisaba el desván. Era la zona vetada de la casa. Corrió, percibiendo que una insólita sensación se apoderaba de sus entrañas. Tiró del cordón situado en el portillo del techo y esperó a que una escalera de apenas cinco peldaños descendiera. Con el alma en vilo, encendió la única bombilla que iluminaba el cuartucho abandonado. Entonces, retrocedió espantada. Había una veintena de cuervos muertos en el desván, cerca de la única pared desnuda que existía. Se acercó a ella, y moviendo el brazo como el que barre el polvo de una vez, hizo que se manifestara lo que llevaba años invisible: un enorme y sencillo baúl con un candado en forma de búho.

Lo abrió con celeridad y se sentó en el pavimento frío, compungida. Extrajo primero una manta rosa, a la que abrazó mientras se deleitaba con el perfume de un recuerdo lejano. Apreció las letras que había bordado en ella y rememoró el día en el que insistió que su hija debería mantener su nombre de nacida. «Sabiduría», ese era su significado. Después, acarició un pequeño portarretrato en el que aparecía la imagen de un bebé sonriente. Entornó los párpados, dolida. A continuación, sus manos se posaron en un paño de lino beis y poco a poco desató la soga que lo mantenía cerrado. Apretó los ojos con fuerza y ahogó un grito: el sello tenía

numerosas grietas. Eran finas, sí, pero se ramificaban hasta conformar la figura de un árbol. El árbol de la vida. Su destino.

—¿Qué estás haciendo, Sofía?

ContinuarÁ...

Biografía de la autora

Nacida en la isla de Tenerife, licenciada en Artes Escénicas y diplomada en Turismo.

Mi afán por aprender idiomas me llevó a vivir en Inglaterra y, posteriormente, en Italia. Mi fascinación por otras culturas siempre estuvo unida a mi inquietud por la interpretación y la dramaturgia.

Mi pasión por las artes comenzó desde muy joven. Más que leer libros, los devoraba. Entonces decidí escribir mis propios relatos, para, más tarde, enfrascarme en miles de aventuras interpretando a todos los personajes que creaba.

Al obtener el primer premio en el I concurso de relato corto organizado por la Asociación Down Burgos con *Mi Príncipe Chino*, decidí abrir esos cajones viejos donde había guardado mis obras y sumergirme en la hazaña de ser escritora. Un año después conseguí ser finalista en el concurso de novela juvenil convocado por Editorial LxL con *La Tienda de los Cuentos de Hadas*, primer volumen de la trilogía de fantasía Crónicas de Silbriar. Este título es además seleccionado en el festival del CIIF Market 2019 de Tenerife para su posible producción audiovisual. Le suceden la publicación de las otras dos novelas que la componen: *La Reina en el Castillo de Arena* y *El Guardián de la Capa Olvidada*, donde la búsqueda de la capa llevará a las hermanas a enfrentarse a nuevos peligros y donde, por fin, muchos secretos serán desvelados.

En la primavera del 2020, publiqué *El Despertar de la Bruja de Hielo*, primer libro de una trilogía de fantasía sobrenatural Cazadores de Leyenda, que además es seleccionado por el festival del CIIF Market 2021 y al que tuve el honor de volver a asistir este pasado abril. Ahora presento el segundo volumen de estas aventuras paranormales: *El Cazador que luchó contra el Viento*, donde sus protagonistas no solo tienen que enfrentarse a una nueva amenaza oscura, sino también a sus propios miedos y a sentimientos que logran hacer tambalear su mundo tan organizado.

Más títulos de la autora

Trilogía crónicas de silbriar

- La tienda de los cuentos de hadas
- La reina en el castillo de arena
- El guardián de la capa olvidada

Tu opinión nos importa

Ayúdanos a mejorar, ¡deja tu opinión sobre esta novela!

¡Gracias!

Notas

[←1]

[1]Traducción del italiano al español: *Buenos días, Carlo*.

[←2]

[2] Traducción del italiano al español: *¡Hola, Angelo! ¿Todo bien? ¿Y la familia?*

[←3]

[3] Traducción del italiano al español: *¡Hola, Luca! Me han dicho que hoy te encuentras bien.*

[←4]
[4]Traducción del italiano al español: *Luca, esto es muy importante. ¿Fueron solo cuatro los que te secuestraron?*

[←5]

[5] Traducción del italiano al español: *¿Cuatro? [...] Usted no entiende nada. ¡Uno! ¡Uno! ¡Uno!*

[←6]

Traducción del italiano al español: *Lo siento aquí dentro. [...] ¡Me habla!*

[←7]

Traducción del italiano al español: *¿Quién? ¿Qué te dice?*

[←8]

Traducción del italiano al español: *¡El nuevo Dios! ¡Janus ha vuelto!*

[←9]

Traducción del italiano al español: *¿Janus te habla?*

[←10]

Traducción del italiano al español: *¡Peligro! ¡Peligro! ¡Peligrooo!*

[←11]

Traducción del italiano al español: *Yo no hablo español, pero Janus sí.*

[←12]

[12] Traducción del italiano al español: *¿Luiggi? Ah, no debería preocuparse por él. Está bien. El problema es Sofía.*

[←13]

[13]Traducción del italiano al español: *¿Qué pasa con ella?*

[←14]

[14] Traducción del italiano al español: *El demonio la quiere solo para él, y Janus no se fía de él.*

[←15]

[15] Traducción del italiano al español: *¿Te ha dicho Janus que hablaras conmigo?*

[←16]

[16] Traducción del italiano al español: *Me ha dicho que la piel es solo un vestido.*

[←17]

Traducción del inglés al español: *¿Señor Castle?*

[←18]

Traducción del inglés al español: *Buenas tardes, señor Castle. Permítame presentarme. Mi nombre es Hugo Álvarez, y me gustaría… […] Realmente lo siento. Yo soy un…*

· Autora *Best seller* con la *Serie solo por ti* ·

ANGY SKAY

PROVÓCAME



SERIE SOLO POR TI VOL.1



Provócame

Skay, Angy 9788494383212
494 Páginas Cómpralo y empieza a leer

¿Qué hacer cuando el destino te pone a prueba?
¿Serias capaz de sacrificar a otra persona por ti?
¿De destrozar su vida?
El irresistible y misterioso **Bryan Summers** se trasladará a Marbella para cerrar un trato e, inevitablemente, **Annia Moreno**, una mujer que trabaja como personal *shopper* en la ciudad malagueña, se cruzará en su camino haciendo que todas sus alarmas exploten. La palabra "peligro" aparecerá reflejada en ella, pero él será incapaz de cejar en sus empeños por conquistarla, hasta que poco a poco descubra el camino de espinas que deberá de atravesar. Lujuria, desenfreno y un oculto pasado lleno de dolor crearán una mezcla explosiva entorno a su historia prohibida. ¿Quieres saber algo más? Todo esto y mucho más lo descubrirás en esta fascinante historia. Provócame, el primer volumen de la Serie Solo por ti.
¿Te atreves a provocarme?

Cómpralo y empieza a leer

De la autora *Best seller* de la «*Serie Solo por ti*»

~ ANGY SKAY ~

MATAR A LA REINA

Serie *Diamante Rojo* vol.1





Matar a la Reina

Skay, Angy

9788417160661

520 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Las alegres Navidades de Micaela Bravo se ven interrumpidas cuando, con solo doce años, alguien a quién creía de su familia le arranca la infancia acabando con lo que más quiere. Todos sus seres queridos son asesinados sin piedad y, ella, ultrajada y agredida hasta tal punto que sus agresores piensan que han terminado con su vida.

En su último aliento, su alma se impregna de un sentimiento vengativo que la hará tomar las riendas de su vida unos años después, por un oscuro y tenebroso mundo donde las mafias y el peligro son algo constante.

En otra parte del planeta, un asesino a sueldo recibe una llamada que hará cambiar su existencia por completo cuando descubra una lista con seis nombres, teniendo que asesinar a cada persona por orden correlativo, según su antiguo instructor, Anker Megalos.

Matar a la Reina es la primera parte de la serie *Diamante Rojo*, donde la mafia, los asesinatos, la acción y un amor peligroso se juntarán, dándole lugar a las personas que, al parecer, nunca tienen oportunidad de vivir un futuro a su antojo: los villanos.

En esta ocasión, **"El objetivo, eres tú".**

Cómpralo y empieza a leer

De la autora ***Best Seller*** con la ***Serie Solo por ti***

Te robé un beso





Te robé un beso

Skay, Angy

9788494383274

333 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Sara Martínez tiene veintinueve años. Es soltera, una mujer de armas tomar, aunque muy insegura de sí misma. Huye del amor por una turbia relación del pasado y busca una vida normal, tranquila y sin ataduras. Le encanta su trabajo y vivir el día a día junto a su mejor amiga; Patricia.

César Fernández tiene treinta años. Es soltero, de mirada inolvidable y un cuerpo que incita al pecado. Un don Juan en toda regla. El típico "chico malo" al que su padre intenta encarrilar sin éxito alguno. Con una vida desahogada, gracias a un "golpe de suerte".

Sus caminos se juntan sin esperarlo y una atracción letal les arrastra por completo. Lo que Sara no sabe es que César oculta un pequeño secreto que ella jamás esperaría y un encuentro en el pasado que no recordaba.

¿Podrá un **ladrón** de corazones **robarle** un **beso** y derribar las barreras de su **corazón**?

Comienza la serie ***¿Te atreves a quererme?***

Y tú, ¿te atreves a empezarla?

Cómpralo y empieza a leer

· Autora *Best Seller* con la *Serie Solo por ti* ·

ANGY SKAY

Y QUIÉREME

SERIE SOLO POR TI VOL.2





Y quiéreme

Skay, Angy 9788494383229

460 Páginas Cómpralo y empieza a leer

Cuando el amor golpea devastadoramente tu corazón y se hace paso sin pedir permiso, la pasión y el desenfreno ciegan detalles muy significativos de una pareja.
Detalles que cuando salen a la luz atormentan. Bryan no podrá vivir sin ella, pero ¿y ella? ¿podrá vivir con inesperados y sorprendentes percances que transcurrirán, dejándola fuera de lugar?
Conoceremos a Annia por completo, sin embargo, ¿qué pasa con Bryan? Esta historia abrirá muchos caminos y, con ellos, demasiadas dudas.
Tras el impresionante Provócame, llega la esperada segunda parte de la Serie Solo por ti. *¿Podrás quererme?*

Cómpralo y empieza a leer

· Autora *Best Seller* con la *Serie Solo por ti* ·

ANGY SKAY

INCÍTAME

El secundario más deseado de la *serie Solo por ti*



SERIE SOLO POR TI VOL.4



Incítame

Skay, Angy

9788494436277
444 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

El **atractivo e irresistible** Máximo Collins viaja a la ciudad donde su mejor amigo, Bryan Summers, esconde su identidad junto a su familia.

En ese trayecto casi atropella a una mujer de ojos negros como la noche y, aparentemente de lengua afilada. Pero lo que Max desconoce, es que esa mujer es una heroína.

Tras la apariencia de hombre divertido, *sexy* y romántico, se encuentra un alma rota, junto a un corazón desintegrado que tendrá que enfrentarse a su mayor temor: el pasado.

Un último amor, una familia oculta y un trauma persistente provocarán que los días de Máximo Collins sean un calvario difícil de resolver.

¿Será capaz Max Collins de afrontar todas las trampas que le depara el destino?

Cómpralo y empieza a leer

«Autora seleccionada por *Ciif Market, Canary Island Film 2019 y 2021*»

SARA MAHER

EL DEMONIO NACIDO DE LA TIERRA

CAZADORES DE LEYENDA
VOL. 3



El demonio nacido de la tierra

Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

www.editoriallxl.com

04240, Almería (España) Primera edición: septiembre 2022

Composición: Entre Libros Editorial ISBN: 978-84-18748-68-4

EL DEMONIO NACIDO DE LA TIERRA

cazadores de leyenda
vol.3

Sara Maher



A Carolina, porque nunca le tuvo miedo a la palabra «Valentía», aunque haya tenido que luchar contra sus propios

demonios.

índice

Agradecimientos

En primer lugar, quiero agradecer a todos mis lectores por acompañarme en esta travesía paranormal, ahora que de nuevo cierro otra trilogía.

Cazadores de leyenda estuvo muchos años viajando por mi mente, susurrándome al oído mientras yo seguía con mi día a día. Los personajes principales siempre los tuve claros. Su personalidad, las relaciones que se forjarían entre ellos, su fuerza. En cambio, los secundarios se cocinaron a fuego lento, dejándome un regusto dulce en el paladar. No me gusta despedirme de ellos y quizá, más adelante, alguno cuente su propia historia o de alguna manera continúe con sus aventuras.

De verdad, gracias a todos por darle vida propia a mis personajes cada vez que leéis una página e imagináis este mundo lleno de seres sobrenaturales. Sin ustedes, yo no soy nada.

En segundo lugar, tengo que darle las gracias a mi familia de Entre Libros Editorial por mimarme, cuidarme y confiar en mis letras. Tampoco hubiera iniciado este camino si no me hubierais dado la oportunidad. Mi editora, Angy, se merece un monumento, porque guerrea como una cazadora más hasta el final y sin dudarlo.

También quiero mencionar a Atlántida distribuciones por estar al pie del cañón y hacer más kilómetros que el Correcaminos. Ese café de principios de año espero que llegue antes de estas Navidades. Y, por supuesto, a todos esos libreros que recomiendan mis historias con un corazón que los hace más grande si cabe. Entrar en estas librerías es sentirme como en casa.

Gracias a mis amigos de toda la vida por apoyarme cuando más lo he necesitado, y a las nuevas que van incorporándose entre clase y clase de kárate. Itahisa y Raquel, que ya no nos quiten ese ratito tres veces en semana. No seríamos las mismas.

Y, por último, las palabras se me quedan cortas para agradecer a mi familia todo lo que han hecho por mí, antes incluso de que me embarcara en esta nueva vida, llena de sorpresas y grandes experiencias, aunque también me haya encontrado con algún bache en el camino.

Gracias a todos por hacer realidad mi sueño.

Familia

Contemplaba sereno cómo las copas de los abetos se balanceaban de izquierda a derecha al son de una melodía ejecutada por el viento. Estaba pletórico, rebosante de una felicidad a la que pocos humanos lograban acceder: la consecución de un sueño. Y su sueño era colosal, ya que envolvía a todos los habitantes del planeta. Por fin, después de tantos años de lucha, se avecinaba el gran cambio y nadie podría revertir los efectos del maravilloso despertar de la población. Nadie. Ni cazadores. Ni brujos. Ni videntes. Él era imparable, y sus ideas, aunque revolucionarias, eran justas. No existirían distinciones entre puros y cruzados ni se les negaría a los simples humanos que optaran a poseer uno de los dones que les había regalado el Cielo siglos atrás. Todos beberían de la fuente divina, todos lucharían para erradicar a los demonios de nuestra Madre Tierra, todos se entregarían a la causa del renacer y no dudarían en ofrecer sus vidas en favor de la luz.

Se deleitó inspirando con lentitud el aire proveniente del norte y se embriagó con el aroma a tierra mojada, el cual penetró por sus fosas nasales a raudales, expandiéndose por todo su ser y alentando a su alma a continuar con su labor. Hoy debía ser el día. Lo percibía. Y no porque se tratase de una fecha señalada en el calendario, sino porque la congregación había crecido en toda Europa, y las ramificaciones existentes en América y Asia eran cada vez más notables. Sí, el mundo abandonaba su letargo y ansiaba conocer la verdad, deshacerse de las viejas vestimentas y abrazarse al nuevo orden. Y él estaba ahí para guiarlos. Desde el balcón de los Pirineos dirigiría a sus tropas. Acabaría con los infieles, para luego hacer su irrupción en España, abrir las puertas del conocimiento y regalarles a sus acólitos la luz celestial.

Sí, era consciente de que habría Gobiernos que se opondrían a su alzamiento, más por su propio egocentrismo que por el bien de sus ciudadanos. Ellos preferían engatusar a las personas con caramelos llenos de mentiras, con juegos de distracción e invenciones ridículas para mantenerlos alejados de la realidad. Esos miserables y arrogantes. Gente sucia y desleal a sus propios principios. No dudarían ni un segundo en aniquilarlo para seguir llenándose los bolsillos del sudor y trabajo de otros. Sin embargo, él les daría una lección de humildad con actos llenos de altruismo y generosidad. No obstante, no le preocupaba tanto la oposición de unos cuantos memos como sí la de sus propios hermanos: cazadores puros y rancios, brujos narcisistas y falsos videntes, quienes todavía se atrevían a proclamar que la sangre

no podía ser corrompida y que los cruzados no gozaban del derecho a aspirar al don absoluto. Él iba a terminar con todo ese tipo de ideas obsoletas, y bajo su dominio, cualquier persona podría ambicionar ser poseedor de un trocito del Cielo. Era hora de que la libertad y la luz fueran las banderas de todas las naciones.

Apretó el mentón y contuvo un gruñido descorazonador. Existía algo que lo consternaba. Él ya lo había vaticinado, y quiso ser sincero con sus fieles. Al principio, se le había encogido el alma al ver cómo una de sus predicciones futuras le hablaba de muerte. Después, con la mente más fría, sopesó que en toda revolución siempre habría víctimas. Él las había visto primero en sus sueños, y más tarde, cuando irrumpieron en sus visiones, quiso contar los cuerpos, pero eran demasiados para perder su precioso día enumerando a los damnificados de esa masacre anunciada. Y ahora, mientras sorbía su café caliente y admiraba el paisaje hipnótico de esa mañana, pensó que tal vez toda esa gente destinada a teñir con su sangre el asfalto de las ciudades o las flores de los campos se merecía ese trágico final, porque preferían aferrarse a su sordera que escuchar la realidad del universo, porque rechazarían sus palabras y se negarían a asumir la verdad única que él les regalaba. Esos idiotas no estaban preparados para su despertar, y él no iba a lamentar sus muertes. Les había lanzado una advertencia: quien no abrazara su nuevo orden, moriría.

Arqueó las cejas al vislumbrar a uno de sus colaboradores más estrechos, de pie, junto a él. Janus lo invitó a hablar con un gesto condescendiente de su mano:

—Perdone si le molesto, Eminencia. He reunido a su grupo de confianza en el salón, tal y como solicitó. Están todos muy impacientes y se preguntan a qué Ser deben invocar para conseguir las dos llaves que faltan. Después de la Sombra y de ese demonio poco grato, tendremos que pensar en alguien más eficaz.

El hombre se revolvió en su asiento y bufó.

—Por el momento, no pienso cooperar con ningún ser despreciable. Ahora mismo debo cuidar mi imagen, y no quiero que me relacionen con monstruos poco avenidos. A veces, un líder debe hacer pactos con personas detestables para obtener ciertos beneficios para la comunidad. De hecho, ya poseemos la mitad de las llaves. Sin embargo, es mejor que yo tome las riendas de este asunto.

—Sí, pero recuerde que la bruja es muy poderosa.

—No me preocupa esa niña arrogante. Nunca me ha preocupado. Ella se cree la protagonista de esta historia, pero no lo es. Me entregará su llave como todos los demás. Es cuestión de tiempo. —Janus se levantó y apoyó sus manos en la balaustrada—. No obstante, ese cazador medio demonio consigue revolverme las tripas. Tenemos que impedir que sus memorias se conviertan en leyenda. Es una

aberración que dice tener alma y camina entre cazadores como si fuera uno más. Un demonio que combate a demonios. ¿Dónde se ha visto eso? Él es la verdadera amenaza. Podría lanzar un mensaje erróneo a nuestra sociedad, y es que un monstruo puede ser bueno. ¡Una bestia siempre será una bestia! —Golpeó con el puño el hierro con el que había sido forjado el balcón y lo hizo temblar—. También debemos considerar que los demonios, auspiciados por la historia de ese íncubo, decidan copular con nuestras hembras para que así alimentemos y protejamos a sus crías, haciéndonos creer que, como son mitad humanos, se merecen nuestra compasión. Pero, créeme, amigo, llegará el día en el que se subleven y decidan acabar con nosotros. Escúchame bien, Jean Louis, debemos demostrarles a todos que la sangre que corre por sus venas no es la de un hombre, sino la de un ser horrendo, ¿lo entiendes? Una vez que alcancemos la fuente, tendremos que acabar con todos los demonios que se atrevan a poner un pie en nuestra morada.

—Sí, señor. Claro, señor. Será lo primero que hagamos en cuanto podamos acceder al poder celestial. Nada de bestias en la Tierra. Ninguna. —Se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano y contuvo un suspiro—. Pero, entonces, ¿qué hacemos con la llave de la bruja y con ese cazador que es un demonio?

Janus frunció el ceño, enojado.

—Deja que la bruja se confíe. Todavía nos queda una llave que obtener antes de ir a por esa engreída. Se han sumado muchos cazadores cruzados a nuestra causa y ya empiezan a aparecer los primeros puros, convencidos de nuestro proyecto. Seguro que arden en deseos de darle caza a un demonio y conseguir la tercera llave para nosotros. En cuanto al cazador medio demonio, no lo pierdas de vista, ya que vamos a necesitarlo. Y ahora, si me disculpas, voy a prepararme, que tengo una congregación a la que recibir.

El líder de la secta se dirigió a su dormitorio y encontró sobre su cama unos pantalones blancos de algodón y una casaca del mismo color, la cual lo protegería del gélido aire matutino. A pesar de la proximidad de la primavera, marzo continuaba siendo un mes frío en Andorra. Había días en los que la temperatura máxima no subía de los diez grados, y aunque Janus había crecido en un pueblo de las montañas de Suiza, jamás había olvidado su infancia en la España soleada. El calor. Las bermudas. Los helados. La playa. Todos esos recuerdos se le aglutinaban en su memoria y le devolvían la felicidad de aquella época tan dulce, tan inocente, cuando todavía no había descubierto las implicaciones de ser medio brujo y medio vidente, de no sentirse completo, de no poder aspirar jamás a los poderes ancestrales de su gremio. Porque no era brujo ni vidente. Era un cruzado. Un don nadie. Un vidente mediocre para los brujos y un

vulgar brujo para los videntes. Todos lo apremiaban para que tomara una decisión que comprometía su futuro más inmediato. ¿A qué gremio quería pertenecer? ¿En cuál quería formarse? Hacer carrera. Y él no entendía por qué debía renegar de una parte de sí mismo para fomentar la otra.

Su madre le decía que no debía ser tan dramático. Él era brujo y vidente, como sus hermanos. Sin embargo, tenía que comprender que se trataba de un hecho inherente a la sangre, ya que al potenciar uno de sus dones, el otro se vería mermado. Eso no significaba que debiese abandonar las prácticas del don secundario, puesto que podría recurrir a él cuando fuera necesario. No obstante, el principal absorbería la mayor parte de su tiempo, y por muchos esfuerzos que hiciera, evolucionaría muchísimo más que el otro. Nunca nadie en la historia de los cruzados había conseguido llegar a la cima con sus dos poderes intactos.

—Pues seré yo el primero —le había respondido.

Su madre, miembro indispensable del Consejo de los Videntes, le había sonreído y acariciado los cabellos con benevolencia.

—Tú puedes ser quien quieras, y estoy convencida de que alcanzarás grandes metas. Pero ahora debes escoger.

El niño arrugó el rostro, contrariado.

—¿Por qué tuviste que casarte con papá? Es un brujo estúpido sin ninguna ambición.

—Sabes que no me gusta que hables así de tu padre.

—Me alejó de mis amigos y de mi casa, solo para venir aquí a cuidar de un rebaño de cabras.

—Necesitaba alejarse del bullicio, y yo también quería una vida más calmada. Eso no puedes reprochárnoslo; estamos dándote todos los estudios que necesitas. Además, sabes que tu hermana está enferma, y desde que estamos aquí ha mejorado bastante. No seas egoísta. Todos tenemos que aportar nuestro granito de arena para que esta familia prospere. No quiero que te conviertas en un hombre preocupado solo por sí mismo.

De vuelta de sus recuerdos, Janus cruzó la calle y se dirigió al recinto donde se encontraban sus fieles, acompañado por Jean Louis y una mujer de quien no recordaba su nombre. Juntó sus manos e hizo crujir sus dedos con impaciencia. No, no era un egoísta. Había pasado gran parte de su vida analizando viejos libros que le hablaban de la libertad de los gremios y la necesidad de romper las cadenas que lo ataban a un don concreto. Él podía aspirar a más. Los seres humanos podrían aspirar a la verdad. No, no se había convertido en un ser preocupado por su propia existencia; le importaban todas las que pisaban el planeta. Por eso, quizá, eligió la videncia, para ayudar a todo el que lo necesitara, y para, en cierto modo, despreciar la

voluntad de su padre. Sin embargo, era el camino que consideraba más justo. Y así había sido, al menos durante los primeros veinte años de su vida. Después comenzó su obsesión: se había hartado de que, a pesar de sus éxitos, siguieran tachándolo de cruzado. Despreciaba esa palabra, así que pensó que había llegado la hora de darles una lección a esos viejos clasistas del Consejo.

Siguió estudiando, al tiempo que comenzaba a ejercitarse con la magia propia de los brujos. Hasta que, un día, un amigo de su padre le habló de las llaves y de la fuente de todo poder. Claro que el hombre se lo narraba como si se tratara de fábulas absurdas y sin ninguna base científica, pero fue ahí, en ese preciso instante, donde supo qué rumbo exacto debía escoger. Y leyó, y leyó, y continuó con su aprendizaje de pequeños y grandes hechizos, sin abandonar sus meditaciones diarias. Las llaves eran la solución a todos sus problemas. Solo tendría que localizarlas. Y fue así como enfocó sus visualizaciones en individuar las distintas líneas genéticas que las contuviesen. Pese a que se había convertido en uno de los mejores videntes de Suiza, no fue fácil, pues indagar en las distintas combinaciones de nucleótidos de cada gremio, a la vez que trataba de aislar esa chispa que convertía a una familia concreta en especial, era una tarea demasiado extenuante y que requería de una gran cantidad de energía.

Desde la cortina, observó cómo sus acólitos lo esperaban con ansia y cierto revuelo. Era consciente de que su magia los deslumbraba y de que, al mismo tiempo, les infundía temor. Cuatro años atrás, cuando comenzó la captación, se dirigía a humanos desprovistos de fe, desmoralizados y aquellos que sentían un gran vacío interior. Él les había prometido llenar ese hueco emocional convirtiéndolos en sus adeptos. Y no tuvo mucho que demostrar. Les enseñó su poder, invisible hasta entonces para ellos, y les dijo que algún día alcanzarían esa misma gloria. Solo debían seguir sus instrucciones, sus mandamientos, y ellos habían aceptado con una ilusión renovada. Les había devuelto la sonrisa y una razón para vivir. Se había convertido en su guía, y eso lo llenaba de una satisfacción insuperable. Le habría gustado que su madre pudiera contemplar con sus propios ojos la gloria que había alcanzado. Estaría muy orgullosa de él.

—Queridos amigos —dijo en cuanto se colocó frente al púlpito—, nuestra congregación continúa creciendo, tanto que los políticos no podrán ignorarnos. Ha llegado la hora de comenzar la última fase. Sí, me preguntaréis cómo, si todavía nos faltan dos llaves. Esas llaves no me preocupan por el momento. Sin embargo, debemos tener el escenario preparado y bien delimitado para que podamos realizar nuestro esperado ritual. Jean Louis os pasará una lista de las posibles ubicaciones. Debéis instalaros en esos pueblos en cuanto os sea posible y controlar todo lo que ocurra en ellos. Despejarlos si es necesario. Os

preguntaréis por qué he escogido esos cuatro y no me he decantado solo por uno. Por desgracia, existe todavía un grupo minoritario que se opone a nuestros planes y es nuestra obligación despistarlos. Esos cuatro parajes son los más propicios para el renacimiento de la humanidad; así me lo ha hecho saber el Cielo. Y así debemos hacer. Unos días antes del equinoccio de primavera, comunicaré cuál será el elegido. —Miró a los ojos de su congregación—. No tenéis nada que temer, pues el universo está de nuestro lado. Nos ha escogido para que iniciemos la transformación del mundo, y yo os he elegido para que diseminemos la esperanza en cada rincón de nuestro planeta. Ya os hablé de que existen más como yo caminando entre nosotros. Muchos de ellos también han despertado, y es por eso por lo que he decidido nombrar a videntes de confianza y designarlos como jerarcas de cada sección. Vosotros, mis primeros hijos de la luz, seguiréis siendo parte importante de este gran proyecto, y quiero que colaboréis con ellos como si se tratara de mí mismo. Sé que habéis trabajado duro y me habéis demostrado vuestra confianza en los momentos más difíciles. Sin embargo, en estos últimos días cruciales, necesitamos que mi grupo de videntes tome el control en ciertas áreas.

Bajó del púlpito entre aplausos y, uno a uno, comenzó a abrazar a los asistentes, a agradecerles su colaboración y a hacer alguna que otra predicción personal para mantener viva la llama. Sonrió por lo bajo, pues había escogido bien su poder dominante. Ahora lo sabía. Después de haber dudado, de casi haberse arrepentido al comprobar cómo su hermano era capaz de crear burbujas de jabón explosivas cuando apenas había cumplido los diez años, había llegado a la convicción de que su don no tenía límites. Sí, la magia podía ser más espectacular, sin embargo, la visión tocaba el alma de las personas y eso no tenía precio.

De regreso a la casa que había alquilado en La Massana, Jean Louis no dudó en colocarse a su derecha y observarlo de reojo. Janus lo ignoraba, a pesar de que era consciente de que algo lo perturbaba. Además, lo conocía demasiado bien como para saber que su ayudante era incapaz de mantener la boca cerrada mucho tiempo. Y así fue.

Antes de doblar la esquina, el hombre algo rechoncho quiso compartir sus preocupaciones:

—¿Cree que se lo han tomado bien? —se atrevió a preguntarle—. Nos habla de igualdad para todos, sin embargo, no ha dudado en desplazar a personas que han ofrecido sus almas por usted, para colocar a sus amigos videntes en puestos relevantes.

—Estamos en una fase muy delicada y no soy estúpido. Ellos están mejor cualificados para dirigir esta empresa. Todo cambiará cuando los humanos también tengan acceso a ese poder. Por supuesto, habrá que adiestrarlos, deberán aprender a convivir con sus nuevos dones, y

eso va a ser difícil al principio. Ya cuento con episodios de locura, de inadaptación y con algunos suicidios debido a la incapacidad humana para gestionar toda esa nueva información de golpe. —Arqueó las cejas y reparó en el rostro aterrado de su mano derecha—. No obstante, estoy convencido de que tú no padecerás esos males de los que hablo.

—¿Lo ha visto, Eminencia?

—Por supuesto. —El hombre desvió su mirada hacia las colosales montañas que lo rodeaban. Vestidas con un manto de nieve impoluto, sus cimas aspiraban a tocar el cielo—. Antes no me has hablado del cerrojo. ¿Contamos ya con algunos candidatos?

—Sí, sus videntes ya están en ello. Por el momento, han encontrado a varios bebés, también a una monja que dirige una escuela para niños en Gambia y a dos voluntarios que acuden a escenarios de catástrofes para alimentar a las víctimas, consolarlas y lo que se suele hacer en esas situaciones.

Janus bufó.

—Que sigan buscando. No quiero bebés, ni tampoco niños. Su inocencia está sobrevalorada. La infancia no es como la de antes, y los niños son corrompidos desde muy temprano con videojuegos y las redes sociales. Es catastrófico. Tampoco creo que sean buenos candidatos los sacerdotes ni las monjas, sean de la religión que sean. Si algo sé de buena tinta, es que todos los humanos ocultan sus miserias entre capas de sonrisas falsas y buenas intenciones. A veces, incluso detrás de esos que se hacen llamar héroes y se presentan como salvadores, se esconde un trastorno narcisista complejo. Te sorprendería saber qué es lo que veo tras esos ojos que me miran con benevolencia y misericordia. Da asco.

—¿Acaso los videntes están exentos de todos esos sentimientos oscuros?

El líder de los ofitas estiró una de las comisuras de sus labios.

—No, podemos llegar a ser peores.

Jean Louis frunció el entrecejo sin comprender cuál era el mensaje que quería hacerle llegar su mentor. Si la mayoría de las personas eran seres detestables y egocéntricos, ¿acaso merecían ser salvadas? ¿Por qué ofrecerles entonces beber de la fuente divina? ¿Existía algo que Janus no le había contado?

Ya lo había atosigado con demasiadas preguntas y tenía mucho que preparar hasta el equinoccio, así que se retiró a su despacho improvisado en aquel lugar recóndito entre las montañas, dispuesto a hacer algunas llamadas, mientras su jefe aprovechaba para leer el periódico de la mañana, sentado en el sofá. Aunque no comprendía esa rareza arcaica de informarse a través del papel, pensó que tal vez fuese una de las maneras que tenía el vidente de relajarse y sentirse

más humano.

Janus no era una persona convencional; a veces podía resultar distante y algo frío con sus discípulos. A pesar de sus consejos a la congregación, de compartir sus visiones y de sus palabras alentadoras, en ocasiones actuaba como si los problemas personales de toda aquella gente no le importasen en absoluto, sobre todo detrás de las bambalinas. Era un hombre reservado, quizá demasiado. No hablaba de su familia ni mencionaba a ningún amigo del pasado. Nadie conocía sus méritos anteriores antes de llegar a ser un guía espiritual. Claro que ninguno de ellos sabía de la existencia de humanos con cualidades especiales, ni de gremios, ni de escuelas propias para niños nacidos con algún tipo de don. Janus continuaba siendo un misterio, un hombre con una visión extraordinaria y magia auténtica. Su poder crecía cada día, y Jean Louis reflexionó sobre algo que el propio maestro había dicho minutos antes. Si existían humanos incapaces de soportar el don que se les entregaba porque no estaba en su naturaleza, ¿podría Janus dominar todo ese flujo energético que estaba absorbiendo? Él no era estúpido. Sabía que el líder había logrado la manera de alimentarse de todos los dones de cazadores, brujos y videntes que habían fallecido. Y temía que su poder se volviese algún día inestable. No dudaba de sus buenas intenciones. Janus quería un mundo justo donde todos contasen con las mismas oportunidades. No obstante, su sueño, su gran meta, podría colapsar si él se viese obnubilado al atesorar tanto poder.

El hombre soltó un suspiro cargado de desazón y cerró la puerta muy despacio.

Entretanto, Janus ni siquiera se distraía resolviendo los pasatiempos del periódico. Su mente lo torturaba haciéndolo viajar una y otra vez al momento en el que individuó la cadena genética que poseía la llave de los brujos. Sí, siempre supo dónde encontrarla. Sin embargo, necesitó a la Sombra para que sembrara el terror y la duda en sus hermanos. Esa masacre fue imprescindible para que se iniciara el despertar, ya que, en los períodos de gran oscuridad, la gente buscaba desesperada la luz, y él solo tuvo que señalarles el camino. La Sombra debía alimentarse con la sangre de sus hermanos, y a la vez, él aumentaría su poder. Después usó al demonio como distracción, pues ese grupo de cazadores dirigidos por un inválido se había acercado demasiado a él. Debía enviarlos a una misión infructuosa para que su ejército se organizase sin obstáculos. ¡Y lo había conseguido!

Sonrió satisfecho y recordó la noche en la que el movimiento de las hebras doradas se detuvo en el árbol genealógico más complicado que jamás había visto: el de su familia. No podía creérselo. ¡Su familia tenía la llave! De hecho, al principio, la alegría era tal que se atrevió a improvisar un baile triunfal poco avenido. A los pocos minutos, sus

ilusiones se desmoronaron al caer en la cuenta de que él jamás podría poseerla, pues era un cruzado. Su padre era el primogénito de tres hermanos, y sobre el que recaía el derecho de sucesión. Sin embargo, él no había preservado la pureza de la sangre, ya que se había casado con su madre, una vidente asombrosa a la que también esa unión había afectado a sus vástagos de manera drástica, pues tampoco podrían disfrutar de la videncia legendaria de su familia materna al cien por cien.

Janus le profirió una patada a la mesita de noche y maldijo a sus padres de nuevo. Le habían negado el derecho a gozar de la llave ancestral o de convertirse en uno de los videntes más reputados de toda Centroeuropa. Bufó. Las llaves tampoco se detenían si uno de sus elegidos no tenía descendencia, y recapacitó unos instantes sobre ese asunto. Buscarían otro sucesor. Lo más probable es que la heredara el hermano mediano en cuanto su padre falleciera, para así continuar con su viaje a través de las generaciones futuras. No tenía duda alguna. Su tío Jorge heredaría ese preciado tesoro si estuviera en grado de transmitir ese legado a su descendencia. Si este rehusara tener hijos, la llave saltaría hasta su tía Ángela. Si también ella escogiera mal a su marido, la joya familiar retrocedería y buscaría a un primo hermano de su padre, al mayor, y esto último podría ser desastroso, ya que ese hombre jamás se interesó en formar una familia, sin embargo, dejó un reguero innumerable de descendientes en sus numerosos viajes. Su padre siempre le decía bromeando que tenía más hijos que calzones.

Eufórico, Janus dibujaba todo un árbol genealógico con las diferentes posibilidades y rumbos que podría tomar el tesoro. Escribía los nombres sin despegar la punta del lápiz del papel, dispuesto a explorar todas las alternativas, incluso a espiar las vidas de los involucrados si fuese necesario. Ya tenía el apellido de la familia sueca que poseía las llaves de los cazadores, puesto que ese gremio siempre fue el más inclinado de los tres a mantener la pureza. También contaba con la ubicación de la llave de los videntes: la región del Véneto. Nunca se había movido de allí. Sin embargo, los brujos eran los más irresponsables, los que se saltaban las normas sin contemplaciones y vivían al límite de sus propias experiencias.

Su padre los hizo mudarse tres veces sin preguntar jamás qué opinaban del cambio. Nuevos pueblos, nuevos amigos y numerosos médicos para atender los caprichos de su hermana. Cambiaron varias veces de casa hasta que por fin él alcanzó la mayoría de edad. Fue entonces cuando decidió enfrentarse a su padre e instalarse en Zúrich por su cuenta, ya que odiaba deambular por los montes suizos. Su progenitor estuvo de acuerdo, en parte porque las peleas entre ambos eran cada vez más frecuentes. Demasiado rencor. Demasiados

reproches. A su padre no le gustaban sus compañías, y menos sus cuestionables aventuras amorosas con personas de ambos sexos. No obstante, debía guardar silencio y tragarse sus palabras, pues él tampoco era el marido fiel y abnegado que pretendía aparentar. De hecho, tuvo varios escarceos amorosos mientras continuaba casado con su madre y esta cuidaba de su hermana en los momentos más difíciles. Por fortuna, jamás tuvo hijos con ninguna de esas furcias.

Apretó el puño con fuerza. Siempre lamentó el hecho de no haber terminado con su investigación a tiempo y así poder extraerle la llave a su padre con sus propias manos. Aunque quiso acelerar el proceso en varias ocasiones, era consciente de que no alcanzaría su objetivo antes de que el viejo falleciese. Era un plan a largo plazo, y ya sus visiones le sugerían que su padre no llegaría a cumplir los setenta.

Todo su empeño recayó en su tío Jorge, aunque este era apenas dos años mayor que él. Tanto él como Ángela eran fruto del segundo matrimonio de su padre después de que enviudara al morir su primera mujer en extrañas circunstancias. Él siempre quiso a sus tíos como si fueran sus primos. De hecho, jugaba con ellos cuando era pequeño, puesto que Ángela tenía su misma edad. Aquellos veranos en la costa mediterránea los atesoraba como oro en paño. Fueron los días más felices de su vida, cuando ni siquiera era consciente del significado de la palabra «cruzado». ¿Por qué su familia era tan complicada? ¿Por qué no podía ser como la de los demás? Estructurada y sin secretos.

Mantuvo siempre una relación estrecha con sus dos tíos, y después de averiguar que eran los legítimos herederos de la llave, no quiso perder el contacto con ellos. Así supo que Ángela se había instalado en Burdeos al conocer a un atractivo propietario vitivinícola, y aunque no pertenecía a ningún gremio, él no la descartó de sus planes, ya que su tía era propensa a los romances bohemios y a las aventuras desenfrenadas, sobre todo con brujos donde la magia era esencial para sus encuentros. Jorge era más reservado. Jamás le hablaba sobre temas que consideraba demasiado personales. Sin embargo, fue su propio tío quien lo llamó al cabo de unos años para invitarlo a su boda, y él, con cierta discreción, le preguntó por la futura esposa. Ese día contuvo un grito de frustración al conocer que la afortunada novia era una joven bruja de buena reputación. Ese debió ser su destino, y ahora se lo arrebataban de nuevo. Y aunque se sentía dichoso, dado que el primogénito de esa relación poseería la llave tan ansiada, no pudo evitar sentirse incompleto de nuevo. Ni brujo. Ni vidente.

Y así fue como decidió esperar a la buena nueva, con cautela y resentimiento, hasta que, por fin, ese matrimonio de enamorados les anunció la llegada inminente de su pequeña: Sofía.

2

Ausencia

Entrecerró la mirada y se concentró en la botella que reposaba sobre un tronco a diez metros de ella. La interiorizó. Captó sus pequeñas vibraciones. Fijó su centro. Y sonrió. A continuación, con celeridad, estiró el brazo y abrió el puño hasta sentir cómo cada una de las yemas de sus dedos capturaba la energía del indefenso recipiente. No tuvo compasión con él. Lo hizo saltar por los aires sin apenas mover una ceja. Los cristales se esparcieron por el aire de forma violenta, cortando la corriente natural de la brisa. Sin embargo, sus pedazos no cayeron al suelo. Sofía se adelantó a la gravedad y recogió los dedos de nuevo en la mano, deteniendo así el tiempo.

Sí, gracias a Harry dominaba la técnica. Un poder, que hasta entonces había sido salvaje y descontrolado, formaba ahora parte de ella, integrado en sus dominios por fin y recluido en el interior de la lámpara del genio para salir cuando ella lo requería. No obstante, había otros que continuaban resistiéndose.

Avanzó hasta la zona donde los cristales habían detenido su vuelo y presionó los labios con vacilación. Debía lanzarlos e incrustarlos en el árbol enclenque que el brujo le había señalado. Pero cada vez que lo intentaba, terminaba estrellándolos sin control alguno, contra las rocas situadas al este, contra unos arbustos que limitaban el terreno al norte e incluso contra un pájaro que resultó malherido y al que Iris tuvo que sanar. Esto la afectó profundamente. No quería fallar de nuevo. No quería lesionar a ninguno de sus amigos.

Contempló el brillo de los cristales, animado por el sol de mediodía, y luego depositó su mirada pensativa en Harry. El brujo no se movía. Había quedado paralizado justo en el momento en el que comenzaba a alzar un dedo. Quizá para sugerirle un cambio de táctica. No lo sabría. Había decidido detener los segundos del reloj antes de ejecutar el siguiente paso. Por supuesto, Harry se enfadaría. Eso no entraba en los planes. Debía realizar el ejercicio con cierta continuidad y precisión. Pero se había cansado de no lograr el objetivo, de errar siempre en el mismo punto.

Suspiró, resignada. Posó entonces sus ojos en su amiga Iris. Ella practicaba con sus sais en el momento en el que también su ataque se había detenido. Mantenía uno de ellos bien sujeto en su puño

izquierdo; en cambio, el otro estaba paralizado a tres palmos por encima de su cabeza. La vidente lo había lanzado al aire y se disponía a recogerlo justo cuando ella había decidido interrumpir el proceso natural del tiempo. Tampoco a Iris iba a gustarle su estrategia de estudiar los cristales antes de dirigirlos hacia su objetivo.

Arrugó la frente y trató de concentrarse de nuevo en los fragmentos de la botella. Los estudió con desánimo y visualizó sus diferentes trayectorias. Después negó con la cabeza. Era evidente que no le bastaba con desear que los cristales volaran hasta el maldito tronco; tenía que controlarlos todos al mismo tiempo. Y era en ese punto en el que se dispersaba. No lograba un enfoque global del recipiente una vez que lo hacía añicos.

Golpeó con la punta de su deportiva la tierra del suelo y observó por el rabillo del ojo a Simón. O Tres. O como quisiera que se llamase el demonio pijo que las había interceptado aquella noche en la discoteca. Estaba repantigado sobre una roca afilada como si la posición fuese la más cómoda del mundo mientras se entretenía contemplando su entrenamiento. Se alegraba de que él también hubiera sufrido las consecuencias de su hechizo, ya que, desde que habían llegado a la sierra del Maigmó, se había acomodado y comenzado a morder una manzana que parecía no terminar nunca. La masticaba despacio, desplazando con la lengua los trozos de la fruta de un lado a otro de la boca, jugando con ellos de forma repulsiva para llamar su atención. Eso la irritaba mucho. Cada vez que quería opinar sobre una cuestión, suspiraba con deferencia y sacudía la cabeza hasta que lograba intervenir en la conversación. Ese demonio llegaba a ser exasperante cuando quería, y esa mañana, Sofía había llegado al límite de su paciencia.

Giró sobre sus talones y, con los brazos en jarra, lo examinó sin reparo. Iris había conseguido que abandonara ese estilo relamido de sus cabellos. Ahora presentaba un *look* más desenfrenado, aunque las ondulaciones que se le formaban en las sienes extrañamente le devolvían una pizca de inocencia a su rostro angelical. Demasiado inmaculado. Curioso, si considerábamos que tras él se ocultaba un demonio de cientos de años, pese a que se empeñase en aparentar unos veinte.

Así pues, Sofía no dudó en acercarse a él y arrebatarle la manzana. La arrojó lejos, donde no pudiera recuperarla. Después se acuclilló y contempló con frialdad sus ojos violetas. Nunca los había observado tan de cerca, y por eso se sorprendió al descubrir que varias anillas amarillas surcaban sus pupilas y manchaban también sus iris en algunas zonas. Se mordisqueó el labio inferior y pensó en los numerosos dolores de cabeza que les había ocasionado el joven nada más llegar.

No podían ocultarle su condición a Harry, ya que ambas estaban bajo su supervisión y cuidado, y tarde, o más bien temprano, captaría su energía demoníaca. El brujo llegaba todos los viernes por la tarde y regresaba a Madrid los domingos por la noche para continuar con sus clases en la universidad durante la semana. Así que no les quedó más remedio que presentarle a Tres como lo que era: el poseedor de la llave de los demonios, una víctima de Janus. Y le rogaron que mantuviera el secreto.

—Ellos no van a entender por qué estamos ayudándolo —le había explicado Iris—. Para los cazadores, un demonio siempre será un demonio. Pero nosotros estamos por encima de todo eso. Si lo ayudamos, Janus no conseguirá su llave y, por lo tanto, no podrá abrir las puertas del Cielo. Ya tiene dos, Harry. No podemos ponerle en bandeja la tercera.

El brujo se frotó la frente mientras dibujaba una mueca de consternación. Se echó hacia atrás y apoyó la cabeza en el sillón. Estuvo unos minutos observando el techo como si este tuviera la respuesta a todas sus preguntas. A continuación, bajó la barbilla y acribilló al demonio con toda la artillería que poseían sus ojos marrones. Tres aguantó su mirada con convicción hasta que las pestañas del brujo decidieron brillar.

Fue entonces cuando el demonio se levantó, harto de esa batalla silenciosa.

—No voy a permitir que termine lanzándome un rayo con sus cejas. Se acabó. Me dijisteis que podía confiar en él —se quejó a las chicas.

—¡Siéntate! —le ordenó Harry en un tono que jamás le habían escuchado. El joven titubeó un instante y luego, para sorpresa de todos, volvió a su lugar en el sofá—. Ellas tienen razón. Nuestro enemigo es común, y aunque no me agrada la situación, mientras este conflicto dure, trabajaremos juntos. Tú nos has pedido protección y te la daremos. No obstante, nosotros también queremos algo de ti: información. Toda la que nos sea necesaria para derrotar a ese vidente, brujo o lo que sea. —El demonio asintió sin protestar—. Y esto nos lleva a otra cuestión. Entiendo que no quieras facilitarnos tu nombre real, sin embargo, Tres ni siquiera es un nombre. Tenemos que buscar algo adecuado para ti y así evitar que levantes sospechas entre los componentes de los diferentes gremios.

—Entonces, podéis llamarme Damián —sugirió él, con una sonrisa socarrona—. He visto muchas películas y es así como bautizáis a la semilla del diablo. Y me gusta.

—¿En serio? ¿Has ido al cine? —le preguntó desconcertada Iris.

—No vamos a llamarte Damián —le espetó Sofía—. Es ridículo. Vamos a intentar hacerte pasar por un primo lejano de Iris. Estoy segura de que nadie de su familia escogería ese nombre. Está

estigmatizado en el mundo en el que nos movemos.

—¿Así que ya te consideras parte de este mundo oscuro? Es curioso. Hace un año no eras más que una chiquilla llorona.

—Oye, que has sido tú el que me ha pedido ayuda.

Harry se levantó y lanzó un suspiro cargado de resignación.

—Tenemos que evitar este tipo de disputas sin sentido. No queremos llamar la atención sobre ti ni que nadie haga demasiadas preguntas. A partir de ahora, tu nombre es Simón, y no quiero discusiones. León se pasará de vez en cuando por aquí, y tenemos que inventar una historia coherente sobre cómo has terminado en esta casa viviendo con las chicas. Y te aseguro que ese cazador con cara de pocos amigos es el menor de tus problemas. No obstante, si logramos convencerlo a él, Rafael no enviará a todo su ejército aquí para acabar contigo. ¿Tienes alguna pregunta?

—Sí, ¿por qué Simón?

—Era el nombre de mi gato. Lo carbonicé por accidente. Ya sabes, un hechizo mal recitado.

Sofía se dejó hipnotizar por las numerosas centellas que se desprendían de esas anillas tan enigmáticas. El tiempo estaba poniéndose en marcha. Se levantó y volvió a su posición, no sin antes permitir que la compasión aflorase en ella. Ese demonio que disfrutaba sacándolas de quicio era una llave, como ella. Le habían colocado una diana en la frente, como a ella. Y tenía que recurrir a todas las artimañas posibles para salvar su vida, tal y como ella había hecho hasta ese momento.

Percibió los azotes de la brisa en su piel y se preparó para continuar con el ejercicio. Delante de ella se elevaba un grupo numeroso de carrascas, aunque solo una captaba toda su atención: su tronco, aunque no tan grueso como el de sus compañeras ni tan oscuro. Preparó su mano para el movimiento final. La cuenta atrás había comenzado. Escuchó el aleteo de los pájaros y la inquietud de los arbustos que la circundaban. Entonces, se concentró una vez más en el flujo de los cristales en el aire. Flotaban sin control. Buscaban aterrizar sobre la tierra para descansar después de haber recibido un golpe certero. Su brillo se desvanecía poco a poco, y Sofía rotó la muñeca para conducirlos hasta su nuevo destino.

—Tu problema es que eres demasiado visceral —le oyó comentar a Simón—. No siempre tus sentimientos están conectados con tu centro, y por eso fallas.

—Es eso en lo que estamos trabajando. —Harry lo fulminó con los ojos pequeños.

—Pero sigue sin entenderlo. ¿Y dónde está mi manzana?

La bruja trató de controlar la rabia que en ese momento le subía por la garganta. Quiso chillarle al demonio. Obligarlo a mantener silencio. Estaba desconcentrándola. Entonces, escuchó a Iris quejarse porque uno de sus sais casi le golpeó la cabeza mientras Simón se reía de su incompetencia. Y Sofía estalló. Se giró sobre sus talones y, sin pretenderlo, le lanzó los fragmentos de la botella al demonio. Este se puso de pie de un salto y, antes de que lo acribillaran, los desvió con la palma de la mano hacia la derecha. A continuación, con el ceño fruncido, se aproximó a la bruja.

—Llevo advirtiéndote desde que he tenido el gusto de conocerte. Si no controlas tus impulsos, vas a terminar haciéndole daño a alguien.

—Has sido tú el que me ha distraído. Lo tenía todo controlado.

—Ah, ¿sí? ¿Y por eso has detenido el tiempo? Yo no me chupo el dedo. Soy más viejo que tú.

Harry se ajustó las gafas sobre la nariz y sacudió la cabeza de forma nerviosa.

—Sofía, ¿has vuelto a detener el tiempo? Ya te he dicho que es mejor que no abuses de ese poder, a no ser que la situación lo requiera.

Iris se acercó a ella, enfadada.

—¿En serio? Si no llego a quitarme a tiempo, me habría clavado mi propia arma. Pero ¿qué te pasa?

—Tienes que aprender a trabajar en equipo —le reprochó el demonio.

—Y me lo dice el que viene a comerse nuestro almuerzo y pasarse todo el día tumbado.

—Basta. Se acabó. No quiero escuchar ni una palabra más. —El brujo alzó la mano, enojado, y presionó los labios hasta hacerlos desaparecer de su boca—. Estoy muy disgustado con vosotros. Yo debería estar preparando mis clases del lunes, y no aquí, apagando incendios constantemente. Ya no sois niños de instituto. Así que no me queda más remedio que poner un poco de orden. Simón, si eres tan sabio, podrías echarme una mano con las chicas. Finge que eres un demonio. Ah, no, que ya lo eres. Puedes empezar atacando a Iris y mostrarle los fallos que comete según tu filosofía. Después, vendrás a por Sofía. Si lo que queréis es acción real, juguemos con fuego.

Simón sonrió con cierta picaresca y examinó a Iris de arriba abajo sin disimulo. Adoraba jugar. De hecho, de las dos muchachas, la vidente le resultaba la más ocurrente y vivaracha, por eso le gustaba enredarla en sus reflexiones y dialogar con ella hasta que terminara hastiada. Aunque debía admitir que, en cuanto a dialéctica, Iris era un hueso duro de roer. No le interesaban los atajos; es más, prefería ser directa, y a veces demasiado incisiva. Todo un reto para su mente.

Recordó con cariño el cuestionario exhaustivo al que fue sometido nada más pisar la casa de Sofía. La vidente descubrió sus cartas en la primera mano, sin importarle si él contaba con una jugada mejor.

—A ver si te queda claro. Antes que nada, necesito saber si este cuerpo con el que te presentas es tuyo o se lo has robado a alguien. Si lo has poseído o lo has matado para hacerte con él, me niego a ayudarte. Yo también tengo mis principios. —Iris escudriñó sus enigmáticos ojos, esperando obtener una respuesta de ellos, sin embargo, eran más opacos que el hierro. Fríos. Destructores.

—No he asesinado al poseedor de este cuerpo, si eso te consuela. Tampoco me he apoderado de su alma, ya que no era necesario. Entré en él cuando su espíritu se despedía de la carne que lo mantenía aprisionado.

—¿Andas por ahí con el cuerpo de un difunto? —le preguntó asqueada—. No empezarás a oler ni a descomponerte, ¿verdad?

El demonio arqueó las cejas y dibujó una sonrisa de oreja a oreja.

—No lo creo. Todavía estaba calentito cuando me adueñé de él. En cierto modo, y piénsalo así, yo lo mantengo con vida. Puedes estar tranquila.

Recelosa, Iris arrugó la nariz. No obstante, fue Sofía la que continuó el interrogatorio:

—¿Qué le pasó? Quiero decir, es tan joven... ¿Fue un accidente? ¿De dónde es? ¿Tenía familia?

—Es mejor que no sepáis los detalles. Yo no soy él. No quiero que os pongáis sentimentales ni me tengáis lástima.

—Estoy pensando en eso del cuerpo que has robado. Si tiene familia, estarán como locos buscándolo para darle sepultura —añadió la bruja.

—¡Oh, por Dios! —se lamentó Iris—. Dime que eso no es verdad, que no tenemos por qué preocuparnos si salimos a la calle y que puedan reconocerte sus padres o sus amigos.

—No hay problema. Este chico no es de esta ciudad —afirmó, cansado de tanta pregunta—. Y ahora, por favor, ¿vais a ayudarme sí o no?

Escudriñó a Iris, quien conservaba una posición defensiva. Sus piernas mantenían una postura sólida, afianzada a la tierra que pisaba. Estaba claro que era él el que debía comenzar con el ataque. Inspiró el aire puro de la sierra y extendió los brazos como si pudiera abrazarla por completo: sus pinos, sus carrascas y sus arbustos, que se entremezclaban con los árboles, creando un paraje natural típico de la costa mediterránea. Todo le cabía en su pecho, hasta los insectos

preparados para comenzar a polinizar las flores más vespertinas de la inminente primavera.

Simón corrió hacia la vidente, impulsado por la energía viva de la sierra. Después dio un salto y estiró la pierna derecha. Iris visualizó la suela de la bota impactando contra su barbilla, así que desplazó su cuerpo a la izquierda. A continuación, alzó uno de sus sais y quiso darle una estocada al joven en el costado. Sin embargo, él, con la pierna aún en el aire, le asestó un golpe en la muñeca, con el cual consiguió desarmar a la vidente. Iris no se rindió. Le quedaba el otro sai. Aguardó a que el demonio aterrizara, y en ese segundo en el que trató de estabilizar su cuerpo y clavar sus pies en el suelo, consiguió saltar sobre su espalda y colocarle el arma en la garganta.

Simón rio. Iris presionaba su abdomen con las piernas, como si él fuera el caballo, y ella, la domadora. Sin embargo, las manos de la vidente no lograban sujetarlo por el cuello, a pesar de que una lo amenazaba con clavarle el sai en la garganta. El demonio alzó el brazo izquierdo y lo llevó hacia atrás. Agarró la chaqueta de la vidente y tiró de ella hacia delante. Iris no era una mujer corpulenta, sino más bien flacucha, y él gozaba de una fuerza descomunal, propia de un demonio. En pocos segundos, el cuerpo de la muchacha chocó con el suelo, y él no tuvo más que poner el pie sobre su pecho.

—Eres buena, Iris. Sabes que he estado observándote —la halagó mientras le ofrecía la mano—. Controlas muy bien los sais, eres capaz de lanzarlos a larga distancia y dar en la diana. Sin embargo, en la lucha cuerpo a cuerpo, te precipitas. No has tenido en cuenta mi estatura, mi peso y, sobre todo, que soy un demonio. Sé que tienes el don de adelantarte a los movimientos de tu enemigo, ya que eres una vidente, pero te nublas cuando tienes al adversario cerca. No sigues tu intuición, sino tu cabeza.

—Arggg, lo sé. No debí dejar que te acercaras tanto. Imaginé que me sorprenderías utilizando algún truco de magia, típico de los demonios, y no valoré que podrías atacarme usando tus manos.

—Los demonios jamás desvelamos nuestros poderes en el primer combate. —Se sacudió la camisa para desprenderse de la tierra que lo había manchado durante la pelea y desvió su mirada hacia la bruja. Había algo en ella que lo preocupaba, aunque no lograba comprender qué era—. No te machaques tanto. Yo no soy un adversario cualquiera.

Avanzó hacia Sofía, dispuesto a cogerla desprevenida, ya que todavía estaba considerando todos los consejos del brujo. Con los brazos cruzados, ella asentía sin prestar mucha atención a su verborrea. Después de todo, sus charlas se resumían en una única frase: menos pasión y más cabeza. Sin embargo, a ella estaba costándole una barbaridad dominar sus emociones y utilizarlas con

mesura cuando fueran necesarias. En ese momento, captó la energía de Simón acercándose a ella, y reaccionó mostrándole la palma derecha de su mano. Enseguida, un muro de hielo transparente evitó que él continuara avanzando. El demonio, sin llegar a posar sus dedos sobre la capa gélida, desprendió de estos un calor abrasador, el suficiente para derretir el ficticio invierno que la bruja había creado ante él. Pero Sofía no se amedrentó. Se aproximó a su pared de hielo y, con los labios formando una O perfecta, sopló. De su boca se desprendió un vaho azulado que pronto tiñó el muro entero de un profundo color añil, forzando al muro a abandonar su estado sólido. Un mar de agua la circundaba ahora. Se erigía ante ella como una columna circular, dispuesta a ahogar a quien osara cruzarla. El demonio retrocedió receloso ante la mirada atónita de Harry e Iris.

—Muy bien, me rindo —le anunció Simón con socarronería—. No pienso ponerme a nadar en pleno bosque.

No obstante, desde el otro lado del muro de agua, nadie respondió.

—Sofía, ¿estás bien? —Harry frunció el entrecejo, preocupado—. Sofía, respóndeme.

Intercambió una mirada desconfiada con el demonio y este gruñó por lo bajo. Entonces, Iris lanzó uno de sus sais contra la pared y este rebotó sin llegar a atravesar el agua.

—¿Qué hechizo es este, Harry? —le preguntó alarmada la vidente.

—Ha combinado varios de ellos a la vez. Ha conjurado un escudo defensivo armado con uno de los elementos, primero en su estado sólido y después ha pasado al líquido. También ha conseguido la opacidad del agua, y eso es casi imposible. Los brujos no estamos en grado de alterar las características de los elementos. ¡El agua es transparente!

—¡Sofía, ya puedes deshacer el hechizo! —le gritó desesperada la vidente—. Simón no es una amenaza real. Ya lo sabes. Solo pretendía asustarte un poco.

—Apartaos —les aconsejó el brujo a los dos jóvenes.

Harry unió sus puños y los presionó con fuerza el uno contra el otro. Después comenzó a separarlos despacio, creando una malla similar a las redes que usan los pescadores en el mar, pero con la peculiaridad de que esta no atrapaba peces, sino océanos. Funcionaba como una destiladora gigante absorbiendo el agua, para luego recalentarla y convertirla en vapor. El brujo se apresuró a lanzar la malla contra la pared y esta se adhirió a ella sin mucha dificultad. Poco a poco, el mar oscuro que Sofía había creado fue desintegrándose en unas partículas pequeñas e inapreciables. Cuando por fin se secó, los tres descubrieron a la bruja de pie frente a ellos, inmóvil, y todavía con la mano alzada. Sus ojos eran de un blanco nacarado, fantasmal, y no se apreciaba ningún otro color en ellos.

—¿Qué le pasa, Harry? —Iris se atrevió a tocarle el brazo y comprobó que estaba frío.

—Está en una especie de trance —le confirmó él mientras escondía su mano temblorosa detrás de la espalda.

Hacía tantos años que se había entregado por completo a la investigación que ya había olvidado los efectos secundarios que le ocasionaba utilizar la magia mayor. Podía recitar conjuros sencillos sin padecer ningún achaque, sin embargo, desde que Barbatos lo había obligado a abandonar la biblioteca y enfrentarse a su perro del infierno, los tremores habían vuelto a aparecer. Nervioso, se humedeció los labios y encañonó a la bruja con el rostro arrugado. Parecía concentrada y, al mismo tiempo, ausente. Estaba erguida. Rígida. Ensoberbecida. Esa no era Sofía.

Harry chasqueó los dedos cerca de sus orejas, de sus ojos, de su boca, sin obtener ninguna reacción.

—Sofía, vuelve con nosotros. No existe ninguna amenaza a la que debas combatir. —El brujo se volvió hacia Iris—. ¿Sabes si esto le ha pasado alguna vez?

La chica dudó unos instantes.

—No lo... ¡Espera! Oriol me contó que le sucedió algo extraño en el aparcamiento, cuando estaba usando sus poderes, y que casi no pudieron hacerla regresar a la realidad.

—¿Te dijo cómo lo consiguieron?

Ella negó con la cabeza.

—¿Puedo intervenir? —les pidió permiso Simón—. Tal vez consiga sacarla del trance.

—¿Qué piensas hacer? —le preguntó la vidente con una curiosidad que rozaba la suspicacia.

—No creo que sea buena idea —intervino Harry—. Si percibe tu aura demoníaca, podría considerarte un enemigo y atacarte.

—No pensaba lanzarle una bola de fuego para que despertase. No soy idiota. Pero creo que podría introducirme en su cabeza.

—¿Leerla? —El brujo abrió los ojos, alarmado—. ¡Ni hablar! Después de todo, eres un demonio. No vamos a dejar que accedas a sus poderes ancestrales.

Simón lanzó un silbido, algo ofendido.

—Estoy de vuestra parte. No me interesa que a Sofía le ocurra nada malo. Y no es que sea un sentimental; es que creo que, sin ella, estoy... estamos perdidos. —Se encogió de hombros y luego colocó los brazos en jarra—. Le sucede algo, lo percibo. Está muy dentro de ella, y sin leerla no podré averiguar de qué se trata.

Iris torpedeó al brujo con una mirada de auxilio. No tenía ni la menor idea de qué hacer. Su amiga continuaba allí, en medio del bosque, como si fuera una estatua de sal bíblica, y temía que en

cualquier momento sufriera un colapso y desapareciera de la faz de la tierra. Sabía que sus pensamientos eran exagerados, sin embargo, ignoraba dónde se encontraba la mente de Sofía, si había viajado a miles de kilómetros de allí, a una isla paradisíaca, o si por el contrario había traspasado los límites de este mundo y vagaba por otros desconocidos para ella. Temían sujetarla por si se deshacía en pedacitos, pero también por si reaccionaba con otro muro de agua que terminara ahogándolos a todos.

La vidente le suplicó a Harry una pronta solución con sus ojos felinos y este no tuvo más remedio que acceder a su petición.

—Vale —asintió con la voz quebrada—. Aunque llame a tu madre, tardaría horas en llegar aquí, y no tenemos mucho tiempo. Cualquier senderista podría presentarse y verla en este estado. Está bien, puedes hacerlo, Simón. Pero no olvides que estamos aquí vigilándote. Y te juro que si veo algo que no me gusta, yo mismo te arrancaré tu falso corazón. ¿Lo has comprendido?

El demonio alzó una ceja y después los obsequió con una amplia sonrisa. Trató de ocultar su regocijo, pero era tan memorable que no tenía cabida en el pequeño cuerpo humano que había escogido. No se colocó frente a la bruja, sino a su lado, mirando al lado contrario que ella. No necesitó tocarla ni invadir su espacio, solo alzó su dedo índice y lo dirigió a una de sus sienes muy despacio.

Simón percibió los fuertes cerrojos que impedían la entrada a su yo más íntimo, ese en el que guardaba sus sentimientos, sus miedos, pero sobre todo sus secretos. Cada vez que trataba de abrirlos, su cuerpo respondía con una ligera convulsión que lo hacía retroceder. No quería hacerle daño a la bruja. La necesitaba. Arrugó la nariz, contrariado. A eso se dedicaba: a descubrir los secretos más ocultos de los seres humanos. La experiencia le decía que había mucha avaricia, egoísmo y lujuria en ellos. Nada lo sorprendía ya. Después de miles y miles de tratos que lograba cerrar, al final todos se reducían a lo mismo: amor y dinero. Sin embargo, la bruja era un misterio. Un reto para los amantes de la aventura y buscadores de tesoros. El santo grial. La llave del gremio más codiciada. Y él debía comportarse como un ladrón de guante blanco, entrar sin dejar rastro de su visita.

Estaba ante un gran desafío. Entornó los párpados y se concentró en todos esos candados que protegían a la bruja, incluso de sí misma. Escogió el que se le antojó el más débil, ese en el que guardaba todos sus recuerdos más recientes. Hurgó en él de manera parsimoniosa, excavando en el diminuto orificio como si fuera un arqueólogo experimentado, hasta que por fin vislumbró una luz tímida al final de un pasadizo estrecho. Se detuvo unos segundos antes de decidirse a entrar. Estaba ansioso, aunque también preocupado. Sofía podría darse cuenta de su intromisión, y era consciente de que su don no

tenía límites cuando respondía ante una amenaza.

Recorrió el corredor observando las paredes oscuras, alimentadas tan solo por la llama de algunas velas. Avanzó sigiloso. Prevenido. Jamás se había encontrado con un cerebro repleto de laberintos y pensamientos ocultos. Lo normal para él era aterrizar en un recuerdo vivo donde el protagonista experimentaba algún sentimiento, ya fuera alegría, miedo o tristeza. Sin embargo, Sofía cubría esas remembranzas con capas y capas de tierra. Las enterraba en lo más hondo de su alma como hacían los piratas con sus tesoros. ¿Por qué?

Escuchó el latido del corazón de Sofía. Bombeaba lento, con una calma que no le hacía presagiar nada bueno. Dobló a la derecha y se encontró con una puerta. Y a pesar de sus dudas iniciales, se atrevió a abrirla, empujado por el ritmo de su metrónomo interno. ¡Bum, bum! ¡Bum, bum! En el interior divisó un viejo baúl con una llave puesta. «Demasiado fácil», pensó. Aun así la giró, y levantó la tapa muy despacio. Estaba lleno de fotografías. Todas captaban un momento importante de su vida. Atisbó algunas de Iris con ella, y también con el resto del grupo. Una de ellas mostraba a la bruja abrazada al medio demonio, y otra, besando al cazador presuntuoso. No obstante, a él no le interesaban demasiado sus devaneos amorosos; debía llegar a su infancia y averiguar qué estaba provocándole ese trance. Escarbó en ellas hasta encontrar una en la que vio a un bebé de unos seis meses. La sostuvo entre sus manos mientras la estudiaba. Entonces, reparó en que había algo en el fondo del baúl. Apartó las fotos y contuvo una mueca de espanto. Porque allí, oculta entre un montón de recuerdos, había una bomba.

No tuvo tiempo de huir, solo de escuchar un sonoro bum que lo devolvió al exterior. Su cuerpo voló por los aires y aterrizó sobre unos arbustos secos. Se incorporó de inmediato, y fue cuando se percató de que Sofía también había caído. Tanto Harry como Iris la atendían.

—¡Hooolaaa! Yo estoy bien, por si a alguien le interesa.

3

Linaje

Llovía. Otra vez. Hugo descendió del tren sin disimular su malestar y abandonó el andén con celeridad. Empezaba a hartarle ese clima monótono y plomizo: mañanas vespertinas con neblinas impidiendo que el sol calentase sus huesos y tardes oscuras con crepúsculos opacos sin tonalidades templadas que armonizasen el entorno. Gris. Humedad. Y frío. Demasiado incluso para él, acostumbrado a inviernos blancos y tormentosos. Sin embargo, Inglaterra era otro mundo aparte, una tierra en la que su gente se había adaptado a la estampa lánguida de sus calles y al continuo sirimiri fastidioso, mostrando su total indiferencia. Esa resiliencia hacia las inclemencias del tiempo acentuaba en los lugareños —aún más si cabía— su famosa flema inglesa.

Abrió el paraguas y se encaminó hacia Victoria Road con paso cauteloso debido a las capas de hielo que se formaban en el pavimento. Circulaba por la acera, esquivando esas bolsas resbaladizas que podían hacerlo caer y abrirle una brecha en su preciosa cabeza. Recordó que unas semanas antes de partir había nevado en su famosa playa, creando una postal blanca que se introducía en el mar robándole la belleza natural a sus olas. Muchos se precipitaron a la orilla para retratar ese momento de gozo y hermosura en una foto. Hugo se había acercado para admirar esa extraordinaria fusión entre la nieve y el mar, como si se tratase de un amor entregado y dispuesto a extinguirse después de un efímero beso.

Antes de tocar a la puerta, comprobó por enésima vez su móvil. Sofía no le había respondido a ninguno de sus mensajes. Él había estado bombardeándola para que por el momento dejara de usar sus poderes, y ella lo atormentaba con su silencio. Cierto era que tampoco le había dado explicación alguna ni le había mencionado que había localizado al brujo puro, pues quería evitar desvelarle que se trataba de su padre biológico. No era un asunto para discutir por teléfono.

Maldijo por lo bajo y aguardó con impaciencia a que Rose se decidiera a abrir. La había visto husmeando a través de la cortina de la cocina y arrugar la nariz poco convencida. Después de unos minutos insoportables bajo la lluvia, le concedieron el permiso para entrar, aunque el recibimiento no fue cálido, ni siquiera educado. Ella le

indicó que se dirigiera al salón y se perdió tras el aroma de un estofado, dispuesta a ignorar su presencia. Hugo bufó resignado, se atusó el pelo después de desprenderse del gorro y el abrigo y accedió a la sala donde el señor Castle leía el periódico del día, con su bata de andar por casa y sus pantuflas.

—¿Todavía no has vuelto a España? —le preguntó con indiferencia.

—He ido a Mánchester. He estado interrogando a vecinos, a amigos e incluso a meros conocidos de su exmujer. Después de portazos y de malos modos, conseguí que una señora de avanzada edad me diera cierta información. —Hizo una pausa, esperando obtener alguna reacción del brujo, sin embargo, este ni se dignó a alzar la barbilla—. Ya no vive allí. Dejó la ciudad poco tiempo después del divorcio.

—Me lo imaginaba.

—Se marchó a Estados Unidos.

Por fin, George alzó una ceja, dobló el periódico y lo depositó en la mesita de cristal que tenía enfrente.

—¡Vaya! Eso sí que es una noticia. Samantha odiaba todo lo que tuviese etiqueta americana. —Rio al imaginarla con un rifle en una mano y una hamburguesa en la otra—. Y bien, ¿qué vas a hacer ahora? ¿Piensas coger un avión?

Hugo lo miró como si el hombre se hubiera vuelto loco.

—No puedo viajar hasta allí sin averiguar primero en qué ciudad se encuentra. Es buscar una aguja en un pajar.

—Me alegro de que te hayas dado cuenta. Si ella no quiere que la localicen, nadie podrá hacerlo. —Extrajo un puro de su bolsillo y se dispuso a encenderlo.

—Pero su hija está en peligro. No comprendo cómo puede estar ahí quieto, leyendo el periódico después de haberme dicho que los sellos están rompiéndose.

—Ya te he dicho lo que debes hacer. Dile a Sofía que no use sus poderes, que tenga una vida ordinaria y que evite juntarse con personas como tú, destinadas a engendrar el caos por dondequiera que vayan.

—Al menos, yo me preocupo por ella —le respondió, visiblemente ofendido—. Si Sofía descubriera la clase de padres que tiene, se avergonzaría. Está en apuros, y a usted parece importarle una mierda. Sus padres adoptivos sí que han luchado por ella, y no dudaron en enfrentarse a la secta.

El brujo lo examinó sin mucho interés.

—¿De qué secta estás hablando? A mí me has pedido ayuda para romper un hechizo de amor, no me has hablado de ninguna secta.

—¡Oh, por favor! Desde que he llegado, no he hecho otra cosa sino decirle que su hija está en peligro.

—Sí, porque se ha vinculado contigo y no debería estar usando la

magia, ya te lo dije. Tampoco debió enfrentarse a ese demonio que mencionaste.

Hugo lanzó un resoplido impotente al constatar la pasividad del hombre.

—Sé que vive en una cueva aislado de todo el mundo y que ni siquiera es capaz de salir a la calle para tomarse un café cargado. Tienen que traérselo a casa como si usted fuese el rey. Pero no me diga que no tiene ni idea de lo que está sucediendo ahí fuera. Hay un tipo que pretende abrir las puertas del Cielo, y su hija posee una de las llaves que lo ayudarían a lograr su objetivo. Los tres gremios han comenzado a movilizarse, y por mucho que quiera vivir en un destierro solitario, no me trago su desconocimiento, porque eso lo convertiría en un estúpido. ¿Es que acaso cree que Sofía ha estado jugando a las casitas con sus poderes? ¡Trata de defenderse! Y más de una vez ha visto a su madre en sueños. Ella la ha ayudado en varias ocasiones, así que no entiendo dos cosas: ¿Por qué no se presenta físicamente ante ella?, ¿y por qué usted dice no saber nada, cuando su ex sí que está al tanto?

—¿Samantha se ha presentado en sus sueños?

Desconcertado, el cazador abrió aún más los ojos.

—¿Con eso es con lo único que se ha quedado?

—Se suponía que no debíamos interferir en su vida. Aunque, por otro lado, me está bien empleado. —Le dio varias caladas al puro, y con sus labios comenzó a darle forma de animales al humo que se desprendía de ellos.

—¿A qué se refiere?

—Bueno, no estuvimos muy de acuerdo en su adopción. Su madre quería que nos marcháramos a un lugar lejos de aquí y comenzáramos una nueva vida en el anonimato, sin magia, y a mí eso me pareció una locura. No se puede huir de los problemas, ya que terminan alcanzándote dondequiera que estés. Así que, tras convencerla sobre que la mejor alternativa era la adopción, hicimos un pacto para que ninguno de los dos interviniera en sus asuntos. Debíamos alejarnos de ella para evitar un suceso fatídico. —El brujo se levantó y se acercó a la chimenea, donde siguió saboreando su tabaco sin apartar la vista de las llamas—. Lo cierto es que a los dos nos costó mucho desprendernos de ella. Empezaron las discusiones, los reproches, y no tardamos en separarnos... No había día en que no me acordase de Sofía. Imaginaba cómo estaban siendo sus primeros pasos. Me preguntaba si habría gateado o habría arrancado a caminar sin necesidad de arrastrarse por el suelo, como me había sucedido a mí. Deseé que tuviera los mismos ojos de su madre: azules oscuros y que contuvieran toda la bondad de ella. Así que fui a verla a España. Quería comprobar que estaba con una buena familia, con unos padres que la quisiesen como nosotros lo

hacíamos… Y la vi. Estaba en el carrito con su nueva madre y esta le limpiaba la boca con un pañal de encajes. Lo hacía con dulzura, con amor…, y yo sonreí.

»Durante muchos años viajé de incógnito para verla crecer. La observaba en el parque donde jugaba con la arena, la vi dar su primer chapuzón en el mar, la esperaba a que saliera de clase, fingiendo ser otro padre en busca de su hijo, y la contemplé reír con sus amigos. Y aunque me llenaba de dicha, me dolía. Dolía demasiado. Por eso decidí no volver a verla. Me despedí de ella en su décimo cumpleaños. Lo recuerdo muy bien. Choqué con ella a propósito en la calle y me atreví a hablarle. ¡Era una niña preciosa! Nunca le dije nada a Samantha. Me culpaba por lo sucedido, por haberla hecho infeliz y por separarla de lo que más quería.

—¿Por qué tuvo que hacerlo? ¿De qué peligro creían salvarla? —Hugo aprovechó para acomodarse en el sillón y descansar los pies después de tantos días de deambular por las calles de Mánchester buscando respuestas—. Ustedes eran dos brujos puros, por lo que no comprendo de qué tenían tanto miedo.

El hombre apagó el puro y se sentó frente a él con el cuerpo inclinado hacia adelante. Los codos presionaban sus rodillas y se frotaba las manos para desprenderse del sudor que estaba empapándolas. Después posó sus ojos esféricos en el cazador.

—Antes de que naciera, recibí la visita de mi tía Carol. Yo la llamaba tía, aunque en realidad era mi cuñada. Ella era una de las mejores videntes de toda Centroeuropa, además de ser uno de los miembros más activos y respetados del Consejo. Siempre tuve muy buena relación con ella, a pesar de que gran parte de la familia no estuvo de acuerdo con su matrimonio con mi hermano mayor, ya que, al contrario que otros muchos brujos, tratábamos de respetar la premisa de casarnos con miembros de nuestro gremio y tener una descendencia fuerte. Sin embargo, Carol no solo era vidente, sino que procedía de una de las familias más influyentes y ricas de todo el continente. Cualquiera podría haber supuesto que era una persona altiva y poco accesible, no obstante, mi tía era todo lo contrario. Reaccionaria. Caritativa. Y nunca perdía su elegancia, pese a que terminara embarrada de pies a cabeza. Y yo, un brujo renacuajo que estaba aprendiendo a formular sus primeros hechizos, la admiraba mucho.

»Vino un día a casa a darnos su bendición por el próximo nacimiento, ya que se encontraba en Mánchester por negocios y la invitamos a pasar la tarde. Estuvimos charlando una media hora antes de que Samantha le pidiera que tocase su barriga. Ella estaba ansiosa por que le desvelase el futuro prometedor de nuestra primera hija y Carol aceptó de buen grado. Es una práctica que se hace en los

hogares de videntes sin mucha parafernalia, así que no necesitábamos una excesiva preparación. Sin embargo, el rostro de mi tía cambió de repente, en cuanto sus dedos rozaron la piel de Sam, y sus labios temblaron tanto que fue incapaz de hacer una predicción. Se excusó diciendo que había olvidado una cita con un banquero y se marchó.

Hugo soltó un resoplido. Con las manos entrelazadas en la nuca, se apoyó en el respaldar.

—¿Nunca supo qué fue lo que vio? Tuvo que haberlo averiguado, si no, no estaríamos en esta situación.

—Por supuesto. —El brujo se masajeó el mentón antes de proseguir—: Sam se quedó muy mal después de la visita, y yo le prometí que hablaría con mi tía antes de que abandonara Inglaterra.

»La localicé en el hotel donde se alojaba. Pese a que no quiso recibirme, esperé en la recepción hasta que bajó. La invité a tomar el té, y aunque al principio se mostró reacia, accedió. Después de todo, yo era el hermano de su marido. A pesar de que nuestra diferencia de edad jamás nos permitió tener una relación fraternal, ella me estimaba. Me contó su visión, siempre buscando las palabras adecuadas para no sobresaltarme o herirme demasiado. Ella era así.

—¿Qué fue lo que le dijo? —Hugo observó los enigmáticos ojos del brujo con precisión. No quería que este le ocultase ciertos detalles ni le contase solo parte de la historia.

—¡Sangre! Mucha sangre. Me contó que la niña no podía ser criada con la magia, que debía alejarla de nuestro mundo, ya que moriría si comenzaba a desarrollar sus poderes.

—Eso no tiene ningún sentido. Ahora su vida corre peligro precisamente porque ustedes decidieron enterrar su don bajo dos sellos.

—No, no lo comprendes. Me advirtió de que su poder no pasaría desapercibido. Después de todo, tanto su madre como yo provenimos de linajes puros que se remontan siglos y siglos atrás en el tiempo. Insistió en que Sofía era especial. La vio vagando entre los dos mundos, condenada a deambular en el Limbo hasta que su sangre abriera el cerrojo. Entonces, quedaría atrapada en el mundo de los no vivos, ya que alguien se encargaría de extraerle su don ocasionándole la muerte. Le pregunté qué monstruo sería capaz de hacer tal cosa, y ella no pudo responderme. Solo que debíamos alejarla de nosotros.

—¡Ahí está! Hablaba de Janus y de que ella es una llave. —Hugo golpeó con el puño el brazo del sillón—. Así que de nada sirvió ocultarla y tratar de darle una vida normal. ¡Por Dios, es bruja! Antes o después, su don despertaría.

—No tendría que haber sido así —musitó él.

—Pues lo ha sido. Y ese demente de quien le previno su tía quiere la llave. Y créame cuando le digo que no va a detenerse hasta

conseguirla.

El brujo negó con la cabeza.

—¿Cómo ha podido pasar todo esto? Intentamos protegerla de la magia, de ese ser horrendo, ¡de su muerte!

—¿Me cree ahora? Si he tratado de localizar a su madre, no era por un antojo sin sentido. La necesitamos para que puedan romperse los sellos, para que Sofía pueda usar sus poderes contra Janus y no muera en el intento.

El hombre se levantó y se dirigió al aparador, extrajo una botella de *whiskey* irlandés y vertió parte de su contenido en un vaso cuadrado. No le importaba que todavía no fuera la hora de comer ni de acompañar la bebida con algún alimento sólido que pudiera aplacar su acidez posterior. Estaba turbado, arrepentido y frustrado. Todo el plan que había organizado en su mente años atrás era un vulgar fracaso. Y él jamás erraba. Ese ser despiadado había encontrado a Sofía; es más, estaba convencido de que la había forzado a usar su magia. Necesitaba que sus poderes borboteasen en su sangre para que, así, esa llave de la que le hablaba el cazador emergiese hasta la superficie y le resultase sencillo extraérsela.

Volvió a beber otro trago y se lamentó de no haber continuado vigilando a Sofía. Lo hizo durante diez años, y le fueron suficientes para determinar que no había rastro de magia en su vida. Sus poderes estaban sellados bajo un enorme cerrojo que nunca nadie estaría en grado de abrir; nadie excepto ella misma. ¡Y lo había hecho! Y no de una forma paulatina y serena como lo hacían los niños pequeños al dar sus primeros pasos, sino de manera salvaje y arrolladora.

El cazador se lo había advertido desde que llegó y él quiso ignorarlo. Prefirió pensar que si en Sofía había despertado algún poder, sería inocuo y nada enrevesado, como hacer algún fuego sin usar las cerillas o dar un portazo usando la mente. Sin embargo, Hugo continuaba hablándole de lluvia, de nieve y de parar el tiempo. ¿Qué estaba haciendo su hija? ¿Y por qué él acallaba la culpa con sorbos de *whiskey* matutino?

Estrelló el vaso contra la pared y contempló los cristales hechos añicos sobre la moqueta. Atisbó a Rose de reojo, quien había acudido para comprobar que el brujo no se había vuelto loco, y tensó el mentón, arrepentido. Sus arrebatos eran cada vez más intensos. Él se disculpó, y mientras movía los dedos fue reconstruyendo el recipiente en el aire, con la elegancia de un artista y la disciplina de un artesano.

Hugo lo observaba sin inmutarse. Ya había comprendido que el carácter del hombre se trasladaba desde la indiferencia hasta la pasión, sin detenerse en los estadios intermedios. El padre de Sofía era un brujo arrogante, malhumorado y poco sociable. Y él se atrevió a dibujar una sonrisa pérfida en sus labios, convencido de que su hija lo

sacaría de quicio y lo pondría más de una vez en su sitio.

—Bien, disculpa mi locura transitoria —le dijo, ocupando el sillón de nuevo—. ¿Qué es lo que sabes de ese tal Janus y de esa secta?

—No mucho. No tenemos ni idea de su país de origen ni de dónde se encuentra —le respondió, tratando de ocultar su regocijo, pues había conseguido que el brujo se movilizase de una vez por todas—. Sabemos que posee la llave de los videntes y de los cazadores, y que le ha dejado claro a Sofía que ella será la última. Así que debemos presuponer que está detrás de la que poseen los demonios. Sin embargo, como estos son nuestros enemigos, ya la damos por perdida.

—Es decir, que pronto irán a por Sofía —reflexionó el brujo—. ¿Has visto a Janus alguna vez? ¿Puedes describirlo de alguna manera?

—Yo no. Pero una amiga mía sí. ¡Iris! Nos contó que era bastante alto, de tez blanca y de cabellos rubicundos. ¡Ah! Y que es de los nuestros. Janus es un cruzado: medio vidente y brujo.

George frunció el entrecejo, poco convencido.

—Existen muchas personas con ese perfil en toda Europa. Incluso en mi familia hay cuatro... brujos medio videntes. —El hombre arrugó el rostro y chasqueó la lengua—. Mi tía Carol tuvo cuatro hijos: tres varones y una hembra.

Se incorporó como impelido por un resorte y comenzó a vagar por la sala, meditabundo.

—¿Qué pasa? —El cazador examinaba su errático comportamiento con semblante preocupado.

—Puede que nada o quizá todo.

Hugo no ocultó su confusión. De pronto, sin mediar más palabra, el brujo abandonó la estancia y corrió escaleras arriba hasta refugiarse en su despacho. Allí comenzó a rebuscar entre gavetas y cajones apilados mientras hacía esfuerzos por recordar, golpeando con los dedos su frente. ¿Dónde las había metido? Estaba seguro de que no las había tirado a la basura, porque en el fondo era un sentimental. Y antes de que hiciera irrupción el móvil en la vida de todos, él se escribía con buena parte de su familia, incluidos sus primos o sus sobrinos si se ponía muy estricto con los lazos de sangre.

Por fin, encontró las cartas en el fondo de un cajón y, victorioso, se las mostró al cazador, quien no había dudado en seguirlo. Hugo se mantuvo en silencio mientras este las abría una por una, las leía por encima y las lanzaba sobre el escritorio sin ningún orden. De repente, comenzó a señalar un folio escrito como si estuviera poseído.

—¡Aquí está! Aquí está. Recordaba haber leído algo sobre las llaves, aunque estas no fueran mencionadas en sí mismas. Es una carta de mi prima Celeste, donde me relata lo sucedido entre mi hermano y su primogénito, Jaime. Siempre fue un niño rarito, y aunque su padre se lo achacaba a su mente turbia y obscena, ya que frecuentaba fiestas

sexuales u orgías, como prefieras llamarlas, yo sostenía que su inadaptación tenía que ver más con sus inseguridades.

Hoy Jaime le ha pegado a mi padre cuando le ha reprochado su conducta. Mi hermano está irreconocible. Vive encerrado en una biblioteca buscando información en grimorios antiguos sobre la pureza de la sangre. Sabes que nunca ha asumido ser un cruzado y que está dispuesto a lo que sea para que tanto la videncia como la magia sean una sola. Y creo que estos pensamientos lo han convertido en un ermitaño grosero que luego busca amparo en fiestas poco respetadas para un apellido como el nuestro. Está descontrolado, Jorge. Piensa que hay una manera de que todos los dones coexistan en un solo cuerpo sin que este implosione. Me gustaría que hablases con él, ya que siempre te ha tenido en estima y tal vez tú puedas convencerlo de que abandone esas ideas incendiarias.

—¿Habló alguna vez con él?

—No. Al poco tiempo, Samantha y yo fijamos la fecha de boda y me olvidé del asunto. Jaime tenía la costumbre de obsesionarse con alguna cuestión y olvidarse de ella después de un tiempo, pues ya había encontrado otra mejor en la que centrarse. —Con los brazos en jarra, refunfuñó—. Aunque sí es verdad que me llamó para felicitarme y me resultó extraño que me preguntara si teníamos pensado tener hijos. Recuerdo que me reí y le contesté que no fuera tan deprisa. Fue una situación comprometida. Se ofreció para ser el padrino de nuestro primogénito, y recuerdo que le respondí que Samantha había pensado en su hermano... ¡Oh, por favor! ¡Mi tía Carol lo sabía! Sabía que su hijo sería el responsable de la muerte de Sofía, y ese fue el motivo por el que quiso alejar a la niña de la familia: no porque creyera que una vida sin magia la salvaría, sino porque así Jaime no podría encontrarla. ¡Qué estúpido he sido! ¡Janus es Jaime!

Con el rostro desencajado, Hugo no supo qué decir. La serpiente había estado siempre en la familia de Sofía y nunca tuvo que hacer esfuerzos para localizarla.

—¿Tienes tu equipaje preparado? —añadió el brujo con determinación. Él asintió sin hacer grandes aspavientos—. ¡Bien! Dame un minuto para preparar mi maleta. ¡Nos vamos a España!

4

Tuerca

A pesar de la fina lluvia que se colaba a través de su gruesa sudadera, Oriol no se detuvo. Corría sin mucha fatiga por una senda acondicionada y bastante accesible para los amantes de los paisajes verdes y armoniosos. Y aunque su grado de dificultad estaba calificado como bajo, ya que sus pendientes eran muy suaves y sin muchos desniveles, se esforzó en aumentar la velocidad de la marcha para batir así su propia marca personal.

Se había levantado al alba, como todas las mañanas, apenas había desayunado y, después de una serie de flexiones matutinas, se lanzó a su carrera habitual. Su ruta comenzaba a las afueras del pueblo, cerca de la carretera, para después adentrarse en este, hasta llegar al histórico puente de piedra, donde de forma inconsciente ralentizaba el ritmo y observaba a un grupo de mirlos acuáticos juguetear en el río. Después, la senda se internaba en un bosque particular repleto de hayas, fresnos, tilos e incluso avellanos y arces. En ese punto, el asfalto desaparecía y daba paso a la zahorra, más fresca y cómoda para él.

Oriol marchaba escuchando el discurrir de las aguas y disfrutando de su melodía, ya que el camino transcurría en paralelo al río. Cuando llegó a una bifurcación, quiso escoger el sendero menos transitado, a pesar de que no había muchos turistas en ese período. Marzo continuaba siendo un mes frío y con escasas horas de sol, apenas seis en el día. Más tarde abandonó la ruta y se dirigió al arroyo. Allí se acuclilló y alzó la vista al cielo. Estaba encapotado, pero aun así continuaba siendo bello. Las cimas de las montañas parecían acariciar las nubes y se sintió pequeño ante la grandeza del paraje. Intenso. Colosal.

A continuación, introdujo sus manos en el agua y se despejó la cara con ella. Luego, examinó su reflejo en el cristal líquido y se deleitó contemplando cómo sus colmillos retrocedían y volvían a ser humanos. Se remangó la sudadera hasta el codo para comprobar que también su piel endurecida se tornaba más elástica, incluso el excesivo vello que la cubría desaparecía. Sonrió, dichoso. Se sentó en la orilla mientras disfrutaba de la estampa que ya olía a primavera y se abandonó a sus pensamientos.

Desde que se habían instalado en una pequeña casa en pleno corazón del parque natural de Somiedo, en Asturias, Oriol se sintió fascinado por la magia que desprendía su naturaleza. Allí se encontraba en paz consigo mismo, escuchaba el latido del bosque y el rugido feroz de sus montañas. No le importaba haber adoptado otro nombre, ni siquiera el hecho de fingir ser el hijo mayor de Roberto y Elena ni de velar por la familia a diario, porque en ese lugar puro él era libre, como los osos que habitaban sus parajes.

Su bestia se había calmado. Descansaba pacífica en su interior y solo despertaba cuando él la llamaba. Por fin había encontrado un equilibrio entre su parte humana y demoníaca. Ya no le temía, ni siquiera lo acobardaba. Su *alter ego* se había fusionado con él creando una simbiosis perfecta. No iba a negar que había sido una tarea ardua y fatigosa, ya que su demonio era descontrolado, primitivo y nada delicado. Sin embargo, Oriol había sido tenaz con sus entrenamientos no solo físicos, sino también espirituales. Aprendió a meditar sin desesperarse en medio de ese paisaje cautivador, siendo paciente y abrazando el silencio, pese a que su mente no se callaba. Poco a poco, comenzó a ejercitarse apelando a su yo interior con armonía, rogándole que sus sucesivas transformaciones no fueran bruscas ni sobresaltadas, sino que se produjesen de forma paulatina. Así fue como dominó su ser. Primero insistió en que solo una mano mudara a garra, y después ordenó que su mandíbula alterara su fisionomía. Y tras semanas de batalla, lo había conseguido.

Su bestia no tenía por qué emerger del todo y cambiar su apariencia completa. A veces solo necesitaba la fuerza de las piernas para superar un obstáculo, por lo tanto, solo los miembros inferiores iniciaban la transformación. Oriol estaba orgulloso de sí mismo y pensaba mucho en Sofía, quien le había sugerido que no debía odiar a su medio demonio, sino amarlo. Era la única manera para que ambas partes se fusionaran.

«Sofía... Sofía...», le susurraba a diario su corazón. Y él enterraba esa voz entre piedras sólidas y plantas afianzadas en la tierra. La añoraba, a pesar de que se sentía traicionado. Continuaba amándola incluso cuando su alma se hizo añicos al descubrir que era otro quien ocupaba sus anhelos. Su hermano. Su amigo. Y aunque no quiso juzgarlos, ya que toda esa pasión era fruto de un hechizo mal conjurado, no pudo librarse del rencor. Odió a Hugo por no contarle la verdad, por no sincerarse y admitir que sus sentimientos eran como una montaña rusa alocada y sin frenos. Quiso pegarle. Darle una paliza por haberlo engañado de esa manera tan injusta. Confió en él. Le rogó que protegiese a Sofía cuando él estuvo enfermo, y Hugo se la había arrebatado. ¡La amaba! Lo había visto en sus ojos mentirosos. Y aunque se repetía a sí mismo que ese deseo era falso, que no existía,

no podía evitar sentirse desdichado. Defraudado.

«Sofía... Sofía...», volvía a torturarlo su espíritu. Deseaba correr hasta ella, abrazarla y confesarle que no la había olvidado. Es más, cada noche les suplicaba a sus sueños que lo llevaran junto a ella. Sin embargo, sus sentimientos se ensombrecían en cuanto pensaba en el conjuro y en todo el daño que había hecho al recitarlo. No podía culparla. Era una bruja inexperta que había recurrido a lo único que se le presentó en ese momento. No obstante, ella también había sucumbido al hechizo. Y se preguntaba si había luchado lo suficiente, si había guerreado hasta quedar exhausta antes de ser atrapada en ese encantamiento amoroso que los convertía en unos amantes peligrosos.

«¡Ella es bruja! —se repetía una y otra vez—. ¿Cómo no lo vio venir? ¿Cómo no detuvo a Hugo antes de que se armara todo este embrollo?». Quiso despreciarla, hacerla sufrir por la fractura que había abierto entre los dos. Sin embargo, de nuevo, no lo consiguió. Y lloró en silencio. Lloró sumergiendo sus lágrimas en el río. Lloró mientras su bestia se revolvía por dentro recordándole lo frágil que era. Porque no solo era un demonio, sino que era también humano y su corazón pertenecía a la tierra.

Regresó a casa sin forzar demasiado su musculatura, ya que no quería terminar agotado antes de que empezara el día. Aunque la fatiga no existía en su vocabulario, consideró que no era necesario continuar con el ejercicio severo, así que corría atendiendo a su respiración, haciéndola más pausada, más relajada, y, de paso, observando con más detalle el exquisito verdor de aquella mañana. Sin grises. Sin tonalidades oscuras que quisieran envolverlo.

Después de más de dos kilómetros, divisó a Roberto en la entrada. Vigilaba el horizonte como un guardián receloso, convencido de que el mal los acechaba entre nubes caprichosas y fresnos rebeldes.

—Buenos días —lo saludó Oriol cuando todavía le quedaban unos cincuenta metros para llegar a la casa—. ¿Todo en orden?

—Sí, sí, estaba vigilando el tiempo. Parece que la lluvia va a acompañarnos durante toda la jornada. ¿Has inspeccionado ya la zona?

—Como todas las mañanas. No hay nada de qué preocuparse. ¿Dónde están los demás?

—Elena ha ido al supermercado y Cris duerme todavía.

Oriol subió los tres escalones que lo separaban de la puerta mientras aceptaba de buen grado la toalla que le ofrecía el hombre.

—Se me ha abierto el apetito —le confesó—. Voy a preparar unas tostadas y ver si quedan cereales.

—Oh, he hecho café. Está todavía caliente.

—Me vendrá muy bien.

Oriol sonrió imaginando el excelente desayuno que lo esperaba, al

tiempo que secaba su melena castaña, y se dispuso a entrar embriagado por el aroma a café que llegaba hasta el umbral.

—¿Sabes algo de Sofía? —Roberto le preguntó con un nudo en la garganta, de esos que escocían e impedían que las palabras desembocaran en los labios de forma natural.

Oriol tragó saliva. Se detuvo bajo el dintel de la puerta, sin ser capaz de girarse y de enfrentarse a la mirada del hombre.

—No, no sé nada de ella.

—Sé que no podemos mantener el contacto, pero tienes que entender que estamos preocupados.

—Si ocurriera algo grave, lo sabría.

Se internó en el salón con el corazón encogido. De nuevo, la imagen de Sofía ocupaba sus pensamientos. Él también se preguntaba si se encontraba bien; después de todo, la había dejado plantada en Alicante. Y aunque sabía que Harry, León e Iris cuidarían de ella, a veces se culpaba por no haber sido valiente y combatir sus demonios, por no haber tenido la fuerza para permanecer junto a ella y luchar por unos sentimientos que no se habían extinguido. Después, imaginó que su hermano ya se encontraría a su lado, apoyándola, reconfortándola y quizá… amándola. Y eso no podría soportarlo. Él no era tan bueno como todos pensaban ni podía ser comprensivo con esa historia, por mucho que Sofía le jurase que ese amor era impuesto y que jamás había querido a Hugo.

Esa tarde, la lluvia se convirtió en tormenta, y todos estuvieron condenados a quedarse recluidos en casa, otra vez. A Oriol no le importaba demasiado. Es más, disfrutaba de esas jornadas invernales comiendo palomitas y viendo películas en familia. También, hacía mucho tiempo que no se entretenía con juegos de mesa ni contaba historias que nada tenían que ver con monstruos ni seres horrendos, ya que siempre que se reunían en su salón era para hablar de caza y de algún espíritu maligno que estaba atemorizando a los miembros de alguna familia. Sonrió al ver los ojos entusiastas de Cris al intentar transmitir el nombre de un objeto con gestos. Nunca llegó a imaginar que en su vida habría cabida para algo tan cotidiano, y aunque era consciente de las motivaciones que lo habían hecho viajar hasta Asturias, no podía ignorar que las últimas semanas habían sido reparadoras. Refrescantes.

Elena lo mimaba como si fuera un hijo más. Se preocupaba por alimentarlo, a veces demasiado, e incluso se interesaba por su salud cuando regresaba a casa empapado después de un buen chaparrón. La mujer se había acostumbrado a sus feromonas, y aunque al principio suspiraba cada vez que él se presentaba ante ella, el efecto había disminuido con el paso del tiempo. Oriol también lo achacaba a que él mismo estaba controlando mejor sus instintos y, por lo tanto, sus

hormonas también se verían afectadas. Con Cris jugaba a menudo a la Nintendo, ya que poco podía hacerse en medio del bosque con temperaturas que rondaban los tres grados en invierno, aunque de vez en cuando corrían por los alrededores de la casa y disputaban carreras que el niño ganaba. Incluso lo ayudaba con sus estudios para que no se quedase rezagado, pero Elena era una maestra excelente con su hijo.

Después estaba Roberto, quien no terminaba de adaptarse a su nueva vida. Trabajaba de forma telemática y lo escuchaba lanzar maldiciones cuando la red no funcionaba. A pesar de ello, se esmeraba en participar en las actividades familiares, ya que le preocupaba que Cris comenzase a añorar a sus amigos, a sus compañeros de clase y su vida en general, mucho más fácil de la que se habían visto forzados a llevar ahora. Roberto mantenía los pies en la tierra, como marido y padre protector que era, y Oriol tenía la impresión de que, aunque preferiría que él no estuviese allí, estimaba su compañía. En las guardias nocturnas, muchas veces el hombre lo acompañaba y tenían largas charlas sobre asuntos que despertaban un interés en él desde que había comenzado todo: la vida, la muerte, el Cielo, las bestias...

Cris lanzó su tarjeta a la mesa y terminó rindiéndose mientras se lamentaba de la ineptitud de los demás. Su padre se levantó y lo agarró por la cintura al tiempo que lo torturaba con sus cosquillas. En ese momento, un trueno los sobresaltó. No era la primera vez que escuchaban un trueno tan cerca, sin embargo, ese había sonado diferente, más abombado, más prolongado en el tiempo. Oriol se acercó a la ventana para comprobar que no existía nada fuera de lo normal y que se trataba de un ruido más de la tormenta, la cual se aproximaba al pueblo con celeridad.

Descorrió la cortina y contempló el inminente ocaso más oscuro de lo habitual. Las nubes grises eran una masa compacta que impedía ver el cielo, una red de intrincados cúmulos que se cernían sobre sus cabezas, como si fueran peces atrapados en las mallas que lanzaban los pescadores al mar.

El medio demonio bufó. A pesar de no descubrir nada insólito ni preocupante, su instinto le susurraba que se mantuviera alerta.

—¿Ves algo?

Roberto se situó a su lado y entrecerró los ojos tras sus gafas de pasta.

—No, nada sospechoso —murmuró poco convencido.

—Es una tormenta, nada más —le restó importancia Elena—. ¿Cuántas hemos tenido este invierno? Incluso una vez nos quedamos sin luz. Sé que ese trueno ha sido algo raro, pero no todo debe tener una explicación sobrenatural.

Su marido soltó una carcajada después de su intervención.

—Habla la que hasta hace dos meses y medio no se perdía ninguna reunión de su grupo de chiflados.

Elena se cruzó de brazos, molesta.

—No me gusta que me reproches mis encuentros con esas personas. ¿Cómo iba a saber yo que me espiaban? Bastante mal me siento ya.

—Perdona, estoy muy susceptible —se disculpó mientras se acercaba a ella y la rodeaba con sus brazos—. Esta situación me incomoda tanto como a ti. A veces, cuando voy al pueblo, me pregunto si el panadero pertenece a esa maldita secta, o incluso el cura. Los miro a todos por el rabillo del ojo pensando que quizá van a abalanzarse sobre mí cuando menos me lo espere.

La mujer le hacía señas con los ojos a Roberto para que no continuara hablando del tema. No quería que su hijo le cogiese miedo a todos los aldeanos con los que se tropezaba a diario ni a todas las personas que habitaban el planeta, ya que cualquiera podría formar parte de la secta satánica, como ella la había bautizado. Los ofitas usaban serpientes y ofrendas de sangre, y eso solo podía ser obra del diablo, por mucho que le insistieran en que había un brujo detrás de ellos.

—Creo que deberíamos preparar la mesa para la cena.

El hombre asintió algo arrepentido y animó a Cris para ir a buscar el mantel a la cocina. Elena lo siguió, todavía afectada por la sinceridad de su marido. Ella era consciente de que, hasta que no acabaran con la secta, sus vidas corrían peligro. Sin embargo, había decidido enfrentarse al día a día de una manera más metódica después de lo sucedido en el aparcamiento, sin pensar en monstruos horrendos ni alterarse demasiado, tan solo tratando de llevar una vida lo más normal posible.

Oriol apenas le prestó atención al pequeño drama familiar. Se quedó anclado cerca de la ventana, observando los numerosos rayos que se dibujaban en el cielo. No se movió de allí hasta que Elena lo obligó a sentarse con los demás a la mesa. Cenó apresurado y regresó al mismo punto donde sus suelas se habían quedado clavadas minutos antes. Observó la noche: triste y solitaria, encendida tan solo por los numerosos relámpagos, los cuales iluminaban unos segundos escasos el paisaje, para luego volver a silenciarlo. El cazador aprovechaba ese escaso tiempo en el que el bosque se avivaba para estudiarlo como un soldado avezado desde la torre del cuartelillo. No obstante, no advirtió nada extraño.

Se fue a la cama vencido por el sueño a altas horas de la madrugada. Y, aun así, cuando se despertaba, se levantaba y volvía a inspeccionar el terreno desde su dormitorio. Había puesto trampas sonoras alrededor de la casa, desde sencillos cascabeles a troncos mal apilados que reaccionarían en cuanto alguien los rozase. Y aunque su

mente lo calmaba diciéndole que no había nada que temer, su intuición le gritaba que ya estaban allí, que llevaban algunas noches acechándolos. Por fin, cerró los ojos escuchando a su razón. Si alguien se acercaba demasiado, el tintineo de los cascabeles lo alertaría. Así que durmió unas cuantas horas, las cuales le resultaron pocas cuando escuchó la voz de Elena invitándolo a desayunar.

Se levantó, se aseó y se dirigió a la cocina, pues la tormenta habría embarrado los senderos, además de causar numerosos destrozos. No podría gozar de su carrera matutina, así que disfrutó de las crepes que Roberto había preparado y las acompañó con un buen tazón de leche con cereales. A continuación, comprobó la hora en el reloj y decidió que había llegado el momento para comprobar el estado del único acceso a la casa e inspeccionar los alrededores. Se dirigió a la parte trasera de la construcción, esa cuyo camino de tierra lo conducía al pueblo y a la carretera más cercana. Permaneció unos minutos observándolo. No había huellas de neumáticos, como tampoco de pisadas que le hablaran de un merodeador, sin embargo, el barro parecía removido. Entonces, algo llamó su atención a la derecha. Algo metálico y que centelleaba de vez en cuando. Se agachó para observarlo mejor y descubrió que se trataba de una tuerca remachada de acero. «Esto no estaba aquí ayer —se dijo—. ¿Cómo habrá llegado hasta la casa?».

Frunció el ceño, miró confuso al cielo y se incorporó, con la tuerca en la mano. Entonces, alguien lo saludó desde el camino:

—¡Hola, vecino! Parece que hoy vamos a tener un día mejor que el de ayer.

Un hombre de unos cincuenta años, ataviado con un chubasquero y unas botas de agua que le llegaban a la pantorrilla, se acercaba a él sonriente. Oriol entrecerró sus ojos llameantes y observó que sus manos estaban llenas de grasa.

—Vivo en la casa de más abajo, la primera antes de coger el camino —le dijo en cuanto llegó a su altura—. Perdona si me he presentado así. Estoy reparando el motor del camión y necesito una llave inglesa de unas treinta pulgadas. ¿Está tu padre en casa?

—Está trabajando —le respondió, sin quitarle la vista de encima.

—¡Vaya! Qué suerte poder trabajar en casa en medio de la naturaleza. —El hombre le ofreció su mejor sonrisa.

—Sí, una suerte.

—Por desgracia, soy repartidor. Y ya debería haber salido esta mañana temprano, pero algún inútil de la empresa no le ha hecho bien la revisión al camión antes de dármelo.

—No creo que podamos ayudarlo.

Elena, al escuchar voces, salió al exterior y fue al encuentro de Oriol.

—¿Ocurre algo?

—No, nada señora. Le preguntaba a su hijo si tendría alguna llave inglesa. Soy su vecino, el más cercano a esta casa.

—¡Oh! Puedo preguntarle a mi marido. Tiene una caja de herramientas en el coche. Tal vez alguna pueda servirle.

—Muchas gracias, es usted muy amable.

Desde la puerta y con los brazos cruzados, Oriol observaba cómo sus falsos padres ayudaban al vecino a escoger lo que necesitaba; todo envuelto en una nube de cordialidad que al medio demonio se le antojaba excesiva.

Antes de marcharse, el hombre posó sus ojos marrones en el joven, para después despedirse con una leve inclinación de barbilla. Oriol le mostró una sonrisa forzada y aguardó a que Roberto y Elena entrasen en la casa.

—¿Qué os ha dicho? —los interrogó sin darles explicaciones.

—Nada importante. Solo necesitaba una llave inglesa —le respondió la mujer, encogiéndose de hombros—. Tampoco podemos comportarnos como seres asociales, ya que eso sería más sospechoso. Nos ha dicho que es camionero y que se pasa muchos días en la carretera. También que su mujer, cuando va a estar mucho tiempo sola, se va a casa de su hermana.

Roberto escudriñó en la mirada del cazador y reparó en el ligero tremor de sus labios.

—¿Qué ocurre? ¿Qué estás pensando?

—He encontrado esta tuerca en la parte de atrás de la casa, cerca de la ventana del baño. —Oriol les mostró la rosca y ellos la examinaron sin comprender muy bien qué quería transmitirles el chico—. No estaba ahí ayer, ni anteayer, ni los días anteriores.

—Bueno, es tan pequeña que se te pudo pasar desapercibida. Puede que estuviera enterrada antes de que llegáramos y la lluvia de anoche… —comenzó a decir Elena, tratando de ofrecer una aclaración plausible.

—Y hoy, por primera vez desde que hemos llegado, aparece un vecino de la nada y toca en nuestra puerta —la interrumpió el cazador —. Se ha justificado demasiado, nos sonreía queriendo ser siempre educado y amable. Además, esta tuerca pertenece a un trípode muy característico. Las he visto muchas veces. Las usan los francotiradores.

Roberto palideció, y antes de lanzar la comprometida pregunta, se cercioró de que Cris continuaba jugando en su cuarto:

—¿Crees que nos han localizado? ¿Que ese hombre es de la secta?

—Creo que es cazador.

5

Transferencia

Bajo sus párpados, percibía cómo decenas de gotas de agua se agolpaban buscando una salida a su inesperada prisión. Quiso abrir los ojos, muy despacio, para liberarse poco a poco de esa sensación de hinchazón. Sin embargo, no recordaba haber llorado, ni siquiera haberse sumergido en el mar y permanecer bajo él lo suficiente para que se inflamaran y se llenaran de agua. No obstante, esa pesadez de sus ojos la incordiaba. Consiguió que sus pestañas se levantaran lo justo para que la lluvia atrapada en sus párpados empapara de forma repentina su rostro. Despertó así en su habitación, sin saber cómo había llegado hasta allí, ignorando el porqué de sus ojos húmedos y ese extraño aturdimiento. Cuando trató de incorporarse, una punzada en el pecho hizo que volviera a buscar refugio bajo las sábanas. Le ardía. Mucho más que otras veces. Retiró entonces la camiseta de su piel y descubrió confusa que tenía toda la zona enrojecida. Es más, la habían despojado de su colgante, el cual no se quitaba ni para dormir. Se llevó la mano a la frente para comprobar que no tenía fiebre, aunque la cabeza continuaba girándole como una noria alocada, y apartó el edredón de sus piernas de un tirón. Fue entonces cuando advirtió sendos rasguños en ambos muslos y un enorme hematoma a la altura de su rodilla izquierda. Con una mueca de consternación, trató de recordar lo sucedido el día anterior.

¿Cómo se había hecho eso? ¿Cuándo? ¿Y por qué lo había olvidado por completo?

—No deberías salir de la cama —le reprochó el brujo—. Nos has dado un susto de muerte, y te has pasado toda la noche ardiendo con fiebre.

Reparó en la presencia del hombre, quien parecía haber pasado largas horas en la mecedora de su abuela. Ella soltó un bufido y se dejó caer sobre el colchón. No tenía ganas de discutir a esas horas tan tempranas.

—¿Qué me ha pasado, Harry? ¿Por qué tengo las piernas como si me hubiera atacado un hombre lobo? Y, además, el pecho está a punto de explotarme. No comprendo nada de lo que está ocurriendo. ¿Dónde está mi talismán?

—Iris te lo ha guardado en uno de los cajones de tu cómoda.

Lanzaba descargas sin ningún control, y aunque al principio valoramos que podría tratarse de una amenaza que estaba acechándonos, pronto constatamos que esa amenaza eras tú. —El hombre dejó escapar una exhalación de manera sentida mientras Sofía abría los ojos, estupefacta—. No sé lo que te ocurrió en el bosque. De repente, desconectaste de todo lo que estaba sucediendo alrededor. Te quedaste inmóvil como una estatua y no encontrábamos la forma de hacerte volver. Al final, Simón tuvo una idea bastante estúpida que hizo que los dos saltarais por los aires. De ahí tus heridas.

Sofía bufó.

—No soy tonta. Sé que algo me ocurre, pero no tengo ni idea de qué puede ser.

El graznido de un cuervo la interrumpió. Desvió la mirada hacia la ventana y observó extrañada cómo el pájaro de alas negruzcas se posaba en el alféizar. Harry se acercó a él y lo espantó con la mano.

—Eso no es un buen augurio, ¿verdad? —le preguntó, con la cabeza gacha.

—En nuestro mundo, los cuervos anuncian calamidades, aunque tampoco debemos darles mucha importancia. Al fin y al cabo, no son más que pájaros.

—Sí, que aparecen siempre en el momento más oportuno.

Harry escondió su media sonrisa y permaneció unos segundos con la mirada fija en el alféizar. Las aves, al igual que otros animales, hablaban. Se comunicaban con las personas a través de sus ladridos, rugidos, graznidos o con un simple aleteo. Los animales eran los primeros en percibir sismos, erupciones volcánicas o algo tan mundano como anticiparse a la lluvia. No obstante, era su sexto sentido hacia lo sobrenatural lo que había despertado el interés de su gremio durante siglos. Olfateaban la muerte, se alteraban ante la presencia de un ente oscuro y conectaban con la energía de un fallecido de forma asombrosa. La sensibilidad de estos hacia los fenómenos paranormales era inquietante para muchos, sin embargo, no era de extrañar que tanto videntes, brujos como cazadores contaran con alguna mascota que los ayudara a predecir infortunios antes de que se produjeran.

—No tienes por qué preocuparte de eso ahora —insistió él—. Debemos centrarnos en la razón por la que tu cuerpo está reaccionando de forma brusca a lo que sucede en tu entorno.

El brujo frunció el ceño y presionó el puente de sus gafas sobre la nariz. Después, apartó la vista de los ojos incisivos de Sofía y se concentró de nuevo en la escasa luz que atravesaba la ventana.

—¿Qué sucede, Harry? ¿Has averiguado algo?

El hombre arrugó la cara, poco convencido de lo que iba a desvelarle a la joven:

—Deberías saber una cosa. —Hizo crujir su cuello al llevarlo hacia atrás y aprovechó para suspirar antes de mirarla—. Cuando Simón trató de sacarte de esa especie de trance, te... leyó.

—¡¿Cómo?! —Sofía se incorporó de un salto y buscó explicaciones en los ojos nublados del brujo.

—Argumenta que lo hizo porque era necesario, la única manera de que recobraras el sentido. Y, en cierto modo, fue así. Sin embargo, no pudo acceder a tu parte más profunda, o eso es lo que afirma.

—¿Cómo lo permitiste? No deja de ser un demonio, aunque Janus quiera destriparlo y arrancarle su llave. ¿Cómo no se lo impediste? Podría haberme hecho cualquier cosa, buscar mis puntos débiles, adueñarse de mi alma o algo peor.

El brujo refunfuñó.

—No creo que hubiera conseguido hacerte daño. Eres muy fuerte. Tanto que desconoces tus propios límites. —Negó con la cabeza y se humedeció los labios antes de proseguir ante la mirada atenta de la muchacha—: Él está convencido de que estás llegando a una línea roja que no deberías cruzar.

—No te entiendo. ¿Qué tratas de decirme?

—Sofía, tus poderes están adueñándose de ti. No hablamos de que no puedas controlar tus emociones ni de que seas una bruja inexperta que debe poner más empeño en aprender. Hay una fisura en tu espíritu que cada vez se hace más grande, y eso sucede cuando está rompiéndose un encantamiento. Querida mía, ¡estás hechizada!

Ella retrocedió unos pasos y observó a su maestro, perpleja.

—Ya... ya sé que conjuré al amor para salvar a Hugo —balbuceó—, y que Mila nos dijo que traería consecuencias nefastas...

—No estoy hablando de ese hechizo. Es algo más grave. —El hombre instó a Sofía a sentarse en la cama. Ella accedió sin prestar mucha atención al movimiento autómata de su cuerpo—. Tienes un amarre. Tus poderes están bajo un sello mágico que nunca debió ser roto. Es muy probable que tus padres lo hicieran para que nunca te iniciaras en la magia.

—¿Qué me estás contando, Harry? ¿Por qué mis padres harían algo semejante? —Él se limitó a arquear las cejas—. ¡Oh, claro! Para protegerme... Soy una llave y querían alejarme de este mundo. Vale, lo entiendo... Pero ¿qué han conseguido con esto? ¡Nada! ¡Porque estoy aquí tratando de que una panda de fanáticos no me haga daño! ¡Sin mi familia! Ellos han tenido que marcharse lejos para que Janus no los mate. Y yo... y yo... me siento cada vez más sola. ¡¿Qué esperaban ellos que sucediera?! ¡¿Que mi condición de bruja pasara desapercibida por todos el resto de mi vida?! —Sus pupilas se encendieron de pronto como las luces de un árbol navideño.

—No deberías alterarte. No es bueno para ti. —Apoyó la mano

sobre su hombro y la consoló—. Debí darme cuenta antes. Aunque no es muy común, algunos brujos sellan los dones de sus hijos hasta que consideran que estos están preparados para gestionarlos, pero, hasta donde llega mi conocimiento, ninguno de ellos ha sido capaz de romper el hechizo sin la ayuda de sus padres. Es un conjuro bastante complejo y en desuso. Lo utilizaban en épocas de persecuciones y torturas. Un niño de dos años podía hacer flotar objetos por pura diversión en presencia de otras personas comunes, y sus padres, para evitar que los denunciasen y terminar en la hoguera, recitaban el conjuro de amarre. La magia nunca ha sido libre. Ni siquiera ahora. El mundo siempre nos ha visto y nos verá como bichos raros.

»Si tus padres biológicos acordaron darte en adopción, debían asegurarse de que tus poderes estuviesen controlados. No solo para protegerte a ti, sino también a los demás, ya que estos no contarían con las herramientas adecuadas para poder ayudarte. ¿Te imaginas lo que habría sucedido si tu madre adoptiva te hubiese encontrado levitando mientras dormías o cambiando los colores de las paredes con tan solo un pestañeo tuyo?

Ella asintió, sin querer profundizar más en el tema. Conociendo a Elena, lo más probable es que después de desmayarse la hubiese paseado por todos los especialistas de la ciudad. Y quizá, cuando nadie le hubiese dado una razón convincente, habría acudido a una iglesia para bañarla en agua bendita. Sea como fuese, alguien se percataría de su condición de bruja y habría puesto en peligro no solo su vida, sino la de su madre, la de su familia entera. Puede que incluso estuviese en la misma situación del presente, pero siendo una niña pequeña, sin los conocimientos actuales.

Escuchó la voz de Iris al llegar a la casa y pronto la vislumbró bajo el dintel de la puerta de su habitación. Entró sin pedir permiso, como era habitual en ella, y con una sonrisa que mostraba su perfil más dulce, la abrazó.

—Me alegro de que por fin hayas despertado. Hemos tenido que ir a comprar unas cositas que me sugirió mi madre para ayudarte a sentirte mejor. Así que no vas a librarte de sus mejunjes. —Rio, nerviosa.

Simón carraspeó para advertir de su presencia en el cuarto, y con presteza, los ojos incisivos de la bruja se posaron en su angelical rostro. Sofía lo observó unos escasos segundos: sus ojos redondos con tintes violáceos, su piel blanca que parecía no haber visto el sol y esas orejas diminutas escondidas tras densos mechones rubios. ¡La llave de los demonios! De pronto, una descontrolada crispación le engarrotó los dedos de las manos y Sofía no aguantó más. No tuvo sino que hacer un ligero aspaviento como el que quiere apartar una mosca de un plato de sopa. Le bastó eso. Nada más.

Simón voló hasta el techo y su espalda chocó con este sin que pudiera siquiera abrir la boca para protestar. Después cayó al pavimento como la famosa manzana de Newton, de forma brusca, pues la rama había decidido soltarla, a sabiendas de que el suelo sería su nuevo hogar.

—¡Tú me leíste! —escuchó decir a la enfurecida bruja mientras caía.

Iris la sujetó por las muñecas para impedir que iniciase otro movimiento imprevisible de sus manos. Después, la miró a los ojos y observó atemorizada que en el interior de sus pupilas se arremolinaban cientos de rayos, como si la bruja estuviera inmersa en una tormenta enloquecedora, expuesta ante la grandeza de la naturaleza y sin ningún lugar donde cobijarse.

—Respira, Sofía —le aconsejaba una y otra vez Harry—. Trata de dominar todo el malestar que sientes ahora. Respira, mi niña.

La vidente la acompañó en sus inspiraciones y la animaba a soltar el aire muy despacio. Poco a poco, la tempestad fue cesando. Con cada respiración, con cada latido pausado de su corazón, la bruja conseguía despejar todos los nubarrones que la acosaban. Sus ojos se tornaron más transparentes y recuperaron su clásico color añil.

—Lo siento —logró decir en cuanto se sintió mejor.

Simón gruñía desde la distancia. Se había colocado cerca de la puerta, por si la bruja sufría otro achaque y decidía desahogarse de nuevo con él. La miraba con indiferencia, como si ese ataque no lo hubiese afectado, aunque la realidad era muy distinta: le dolían todos los huesos de un cuerpo ya castigado por sus propias circunstancias, y su ego estaba herido, de una forma cruel. Creía que ya había empatizado con las dos muchachas lo suficiente como para alejar suspicacias. No pretendía que fueran sus amigas, sin embargo, era de vital importancia que se convirtieran en sus compañeras de batallas si querían sobrevivir, si él quería sobrevivir.

—¿Se lo has dicho ya? —le preguntó entre dientes al brujo.

—¿Que mis padres me hicieron un amarre? ¿Te refieres a eso? —Sofía volvió a desafiar al demonio con su mirada, y cuando observó que este adoptaba una postura defensiva, agachó la cabeza—. Perdona, Simón, creo que estoy canalizando toda la impotencia que siento ahora y estoy usándola contra ti. Tú no tienes la culpa. Empiezo a hartarme de mi vida llena de secretos.

—¿Significa eso que puedo pasar sin que me hagas besar el techo? —El demonio exageró el movimiento de sus piernas, como si quisiera entrar a hurtadillas a sabiendas de que ya lo habían pillado.

—No seas bobo —le dijo Iris—. Sabes que en este momento eres un aliado y que te necesitamos tanto como tú a nosotros. Ahora, lo importante es averiguar cómo podemos ayudar a Sofía. Harry, ¿no

podrías anular ese encantamiento? ¿No existe un hechizo antiamarre en tu libro mágico?

El brujo chasqueó la lengua y a continuación negó con la cabeza.

—Solo sus padres están en posición de romperlo. Ningún brujo que yo conozca sería capaz de interferir en un conjuro hecho con su sangre biológica. Necesitaríamos sus glóbulos rojos para tratar de ejecutar algo decente, ya que ellos no se encuentran físicamente aquí. Es el pez que se muerde la cola. Como veis, es algo inviable.

Sofía bufó, resignada.

—Pues estoy arreglada... No tengo no idea de dónde se encuentran ni de cómo se llaman. Es un callejón sin salida.

—Podrías intentar conectar con tu madre a través de los sueños. Más de una vez ha acudido en tu ayuda —le sugirió la vidente.

—Bueno, podría intentarlo...

Con una mano en la cintura y la cabeza gacha, Harry recorría los pocos metros cuadrados de la habitación, aguardando a que una solución iluminara sus activas neuronas.

—No sé si tenemos el tiempo suficiente —manifestó el brujo con pesar—. Tu cuerpo podría colapsar, entrar en coma, y tu alma se quedaría vagando por otros planos sin tener dónde anclarse. Tiene que existir otra forma.

—¡Y existe! —anunció Simón de forma triunfal—. Si transfiriera sus poderes de forma transitoria a alguien que pudiera soportarlos hasta que encontrásemos la manera de romper el hechizo, ralentizaríamos el deterioro de su cuerpo.

—¡Rotundamente, no! ¡Eso es muy peligroso! —exclamó el inglés de manera tajante—. Es una práctica complicada, además de prohibida. Los dos sujetos podrían morir en el acto.

—Sofía ya tiene la palabra «muerte» tatuada en su frente —se justificó él.

—¿Y a quién quieres que le hagamos esa transferencia? ¿A ti? ¿A un demonio ansioso de poder y que lo utilizaría para Dios sabe qué? —La ira del brujo se reflejaba en su rostro encendido. Sus labios se habían convertido en una fina línea que contenía toda su angustia, y sus ojos se habían tornado más pardos, más incisivos.

Simón arqueó las cejas y se encogió de hombros, haciéndole notar que no existían más candidatos. Y aunque no quiso retar al brujo con una postura aún más arrogante, tampoco se atrevió a darle la espalda.

—Bueno, pero si la salud de Sofía empeora, debería ser una opción que podríamos barajar. No digo que usásemos a Simón como nuevo portador. Pero, Harry, tú eres un brujo experto, así que podrías dominar toda su energía —puntualizó Iris.

—¡No! Y no voy a malgastar este precioso día discutiendo sandeces.

Harry abandonó la estancia dando un portazo, el cual hizo que las

chicas se sobresaltaran. Ambas intercambiaron miradas interrogantes al no comprender la actitud tan autoritaria del brujo. Nunca lo habían visto comportarse de esa manera tan irracional y nada equilibrada. Él no era así, más bien era un hombre con el que podían dialogar sin ser juzgadas de antemano. Era sensato. Comprensivo. Y sí, la idea era demasiado descabellada para que funcionase. Sin embargo, había muerto en el aire antes de que traspasase sus fronteras y penetrara en su cerebro para desmenuzarla, antes de dictar un veredicto, como hacía de costumbre.

El brujo cogió su abrigo y salió a la calle demasiado enfadado como para intercambiar su habitual «Buenos días» con la vecina de enfrente. Caminó con paso ligero sin detenerse siquiera a saborear el café de la esquina. Se alejó de la casa lo suficiente para no percibir las energías ingratas de los tres jóvenes; o del maldito demonio y de las dos muchachas, para ser más exacto. En realidad, le daba igual. Necesitaba despejarse. Huir de allí. Lo que Simón había sugerido era de locos. Jamás accedería a tal petición, aunque fuera el último recurso de la Tierra. ¡Jamás!

Algo mareado, se apoyó en una farola, y antes de quitarse el guante negro, alzó la barbilla para que el aire entrase por su boca con mayor facilidad. Después, se atrevió a examinar su mano. Temblaba. Sus tremores eran muy acusados. Quiso calmarla presionando el dorso con la otra mano, y al ver que no lo conseguía, volvió a ponerse el guante y la introdujo en el bolsillo de su abrigo. Así al menos nadie se percataría de su malestar.

Continuó caminando hasta que divisó un pequeño parque infantil rodeado de vallas de colores. Se sentó en un banco y observó el tobogán con ojos melancólicos. Su mente se perdió, viajó entre los muchos recuerdos que había decidido olvidar y no rememorar jamás. Sin embargo, el aroma a bizcochón recién horneado lo empujaba a viajar hasta allí, hasta la época en la que él, como la mayoría de los humanos, tenía un lugar llamado hogar.

Eran días de mucho caos en la universidad de Cambridge, al menos en el edificio donde muchos brujos acudían a formarse. Demasiado ajetreo incluso para él, acostumbrado a lidiar con varios asuntos de importancia a la vez. Las elecciones para nombrar al nuevo presidente de la Junta Mágica coincidían con el período de exámenes de los alumnos, y a esto tenía que sumarle la desagradable discusión que había tenido con su esposa esa misma mañana. Victoria se había casado con él sabiendo que utilizaba sus clases de Literatura para enseñarles a sus pupilos los hechizos más complicados de realizar. El edificio de Artes Antiguas no era más que

la tapadera de una escuela de magia, y aunque había levantado varias sospechas por parte de otros alumnos fisgones y de algún que otro profesor amargado, jamás habían reunido pruebas para ordenar el cierre del inmueble. El gremio de los brujos siempre se había caracterizado por su discreción y por colocar a sus jóvenes magos en las distintas esferas más reputadas de la sociedad inglesa. Así había funcionado y así seguiría funcionando.

Sin embargo, cuando Harry se enamoró de Victoria y cayó en la cuenta de que la relación era más seria de lo que parecía, decidió desvelarle su condición. Y a ella no le importó en absoluto. Es más, como profesora de Historia se quedó maravillada. Compartían secretos, resolvían enigmas de índole paranormal y, además, ella podía estudiar hechos históricos desde otro punto de vista, mucho más interesantes y gratificantes. Harry disfrutaba de un matrimonio con una humana sin ningún tipo de don, pero con un carisma sensacional. Nunca habían tenido una discusión lo bastante seria como para que él se viese relegado a dormir en el sillón, como era habitual en su amigo Leland. Él sí que se había casado con una bruja de armas tomar.

Y Harry habría deseado que todo continuara así, siendo una travesía en un mar plácido y con un puerto al que arribar con el que habían soñado los dos. Sin embargo, todo cambió cuando nació William.

El niño era muy avispado e intrépido. Tenía la energía de su madre, vivaracha y aventurera, siempre dispuesta a comerse el mundo. No obstante, William carecía de talento mágico. Sus habilidades no se desarrollaban de forma natural y acorde con su edad. Era bastante patoso lanzando hechizos y se mostraba algo indeciso a la hora de conjurarlos. Para un profesor de magia, reputado y varias veces premiado por su labor en la comunidad, le resultaba frustrante que su hijo no fuera capaz de recitar un sencillo hechizo sin romper la vajilla o quemar el aparador de la sala. A sus siete años debería ya saber recomponer objetos hechos trizas, recoger su habitación sin mover un dedo y divertirse con la magia. Sin embargo, su hijo era un completo negado.

—Recuerda que eres un cruzado de segunda generación y, por lo tanto, tu hijo lo es de tercera —le recalcó Leland—. Los poderes van diluyéndose, menguando... Él no tiene las mismas capacidades con las que naciste tú. Tiene la mitad de las tuyas, y no es de extrañar que cuando William crezca y tenga hijos, estos no consigan ni mover un vaso con la mente. Es la extinción de la comunidad mágica de la que todo el mundo está hablando. Yo también soy un cruzado, pero mi mujer es bruja. Nuestros hijos todavía pueden tener un futuro en este mundo oscuro.

Si las palabras de su amigo Leland debían ser un consuelo para él, desde luego no lo había conseguido. Apesadumbrado, Harry volvió a casa después de haber vivido momentos increíbles con sus alumnos, puesto que habían provocado una lluvia de estrellas en el aula. Momentos que nunca

llegaría a vivir con William.

—Nuestro hijo no es como tú. No ha nacido para la magia —le repetía Victoria cada noche antes de apagar la luz del dormitorio.

Sin embargo, él no quería darse por vencido. Leyó numerosos libros e incluso se aprendió de memoria una guía de hechizos para la iniciación de los cruzados. No todos podían presumir de los mismos dones. No obstante, el profesor Weber apuntaba a que había que potenciar las aptitudes del niño, ya que descubriendo su don prevalente podría trabajarse en las disciplinas secundarias obteniendo grandes resultados. Las teorías promulgadas por Weber eran apasionantes y, a la vez, reveladoras. Podría haber esperanza para William.

En cuanto tuvo conocimiento de que este profesor suizo daba una conferencia en Londres, no dudó en asistir e ingeniárselas para hablar con él después de su charla. Se sorprendió al descubrir a un hombre joven y de cejas tan rubias que parecía carecer de ellas.

—No podemos dejar que los cruzados seamos pisoteados por el simple hecho de serlos. En su hijo existe la magia, está en su ADN —le había asegurado—. Si hasta ahora los ejercicios que propongo en mi libro no le han servido de gran utilidad, debería usted plantearse una transferencia.

—¿Una transferencia? ¿No lo ha prohibido el Consejo?

—No es un delito. Usted solo le pasará a su hijo la chispa que necesita para que despierte su don primario. Después, todo seguirá el curso de la naturaleza. No debe abandonar por que una panda de mentes cerradas le diga que su hijo es un caso perdido. Debe luchar por él, por los dones que todos hemos recibido.

Harry se rascó una sien, confundido.

—Es usted muy joven para tener varios doctorados.

—La edad nunca fue un inconveniente para mí. Me opuse desde muy temprano a un padre autoritario. Créame, su hijo tiene suerte de contar con usted.

Decidió entonces abordar todos los enfoques sobre la transferencia de dones, estudiarlos al detalle y descartar aquellos que no habían conseguido resultados destacables. A veces, no dormía. Sumergía la cabeza entre papeles y más papeles con la esperanza de hallar la fórmula de la perfecta transferencia. Y eso lo alejaba aún más de Victoria y del propio William, quien veía a su padre como un científico chiflado que ya no jugaba con él.

Mantuvo todos sus avances en secreto porque se trataba de una práctica prohibida, y cuando obtuvo la preciada fórmula, su santo grial, contuvo la alegría para que nadie sospechara de su hallazgo, aunque se sentía pletórico por dentro. ¡Lo había conseguido!

Y así fue como un día de septiembre, mientras Victoria visitaba a sus padres en Watford, él engatusó a su hijo para que realizara un experimento con él. William aceptó de buen agrado, ya que su padre se había distanciado tanto de él que no se interesaba siquiera por los

pequeños avances que conseguía. No practicaba ya hechizos con él, ni lo animaba a continuar, ni a aspirar a ser un alumno de la escuela de magia. Así que no dudó en despejar la mesa de la cocina y seguir las instrucciones de su padre, al menos así le demostraba que él no lo había abandonado.

Entusiasmado, Harry colocó su mano derecha en el pecho del niño y cerró los ojos mientras susurraba las palabras sagradas que lo conectaban con la energía de su hijo. Escuchó los latidos pausados de su corazón, se concentró en el oxígeno que entraba en sus pulmones, visualizó sus venas y arterias y penetró en sus glóbulos rojos, al tiempo que apelaba a su propia magia para que se manifestara. El brujo advirtió con los párpados entreabiertos cómo un hálito de magia se desprendía de sus labios y entraba por la boca del niño. Parecía una de esas hebras plateadas que había visto usar a su abuela para cerrar heridas profundas. No obstante, esa hebra no solo era sanadora, sino que contenía la chispa. Esa chispa de la que le había hablado Weber y que despertaría la conciencia mágica de su hijo.

Estaba tan concentrado en la ejecución del hechizo que no advirtió la primera señal de peligro: la hebra plateada estaba tiñéndose poco a poco de un rojo púrpura, demasiado encendido como para tratarse de un buen augurio. Cuando comenzaron las convulsiones de William, ya fue demasiado tarde. Su cuerpo estaba reaccionando a la chispa como si fuera un virus. No la aceptaba. El niño era incapaz de controlar el torrente de magia que circulaba ahora por sus venas. Angustiado, Harry detuvo la ejecución de forma brusca y eso empeoró la situación. De pronto, William dejó de respirar. El brujo trató de todas las maneras conocidas de hacer que su corazón volviese a latir, hasta que entre lágrimas decidió llamar a una ambulancia.

Extrajo su pañuelo de tela bordado con sus iniciales y se secó las mejillas. Recogió sus lágrimas en ese curioso trapo blanco que utilizaba más bien como símbolo de distinción, aunque ese día cobró un significado diferente. Hacía muchos años que había dejado de llorar. Demasiados. Se prometió a sí mismo no pensar en ese hecho trágico. Su temeridad le costó su matrimonio y su hijo quedó postergado a una silla de ruedas. La falta de oxígeno durante casi veinte minutos lo había dejado parapléjico y algunas funciones neuronales habían sufrido un daño irreversible. Victoria no le permitió que viese al niño, bajo la amenaza de descubrir todas las acciones ilegales que se cometían en el edificio de Artes Antiguas. Hasta el Consejo se vio obligado a intervenir y lo despojó de su cátedra de magia en cuanto tuvieron conocimiento del acto atroz que había cometido: ¡una transferencia!

Regresó al piso sin la más mínima idea sobre cuánto tiempo había estado fuera, y antes de entrar, comprobó que su mano ya no temblaba. Después de aquello no había podido realizar un conjuro de categoría superior. Su don también se vio afectado, y cada vez que hacía uso de él, su salud se deterioraba un poco más. Por eso había decidido usar su doctorado en Filología inglesa para continuar trabajando como un simple profesor de inglés. Y al mismo tiempo, para sentirse realizado de alguna manera, continuó con sus labores de investigación de los hechizos antiguos.

Le debía mucho a Rafael, tenía que admitirlo. Su huida de Inglaterra lo llevó a deambular por varios países hasta que aterrizó en España, su segunda patria. Su encuentro casual con el cazador lo convirtió en asesor de un caso sobre brujería, y tras su buen resultado, él le dio la oportunidad de entrar en el equipo. Harry volvió a sentirse parte de algo importante después de mucho tiempo, y aunque fuera colaborando con un grupo de cazadores, no pudo negarse a su petición. Por fin, el mundo mágico le daba otra oportunidad. Y quizá para que sus capacidades no se pusieran en entredicho, jamás mencionó su pasado. Se limitó a explicar que, siendo un brujo cruzado de segunda generación, su poder se limitaba a la ejecución de hechizos de sencilla elaboración y que por esa razón quería evitar las batallas de campo. Prefería ayudar desde un laboratorio o una biblioteca repleta de grimorios, pergaminos antiguos, manuscritos prohibidos y libros de toda índole. Eso era lo que más le gustaba: recolectar tratados infravalorados y buscar textos perdidos. Y todo había ido como esperaba, hasta que apareció el *hellhound*.

—Te prometo, Sofía, que voy a buscar otra manera de solucionar este problema. —Había entrado en su habitación, y, cogiéndola de las manos, le había hecho ese juramento—. Pero necesito algo de tiempo. No mucho. Esta noche vuelvo a Madrid y contactaré con algunos amigos de Londres. Así que por favor te pido que no cometas una locura y hagas algo de lo que pudieras arrepentirte toda tu vida. Mientras tanto, procura no usar mucho tus poderes.

La besó en la frente y se dispuso a hacer la maleta, con el convencimiento de que encontraría algo en su pila de libros que pudiera salvarle la vida. No iba a permitir que la bruja muriera, no iba a permitir que se quedase postrada en una cama con un alma hecha añicos.

6

Voces

Condujo la camioneta durante varios kilómetros sin relajar los músculos de los brazos; también su mandíbula se asemejaba a una roca sólida. Estaba contrariado. Con la excusa de necesitar algo más de munición y algunos enseres, Oriol había dejado a la familia sola. No le gustaba la idea, más bien lo aterrorizaba. Sin embargo, después de pensar en ello durante la noche, había llegado a la misma conclusión una y otra vez: necesitaban refuerzos, ayuda, y no de cualquiera, puesto que no se fiaba nada más que de un puñado de cazadores. No podía comprometer más la situación de la familia, por lo tanto, había descartado advertir a su padre o al mismísimo León, ya que estos debían estar estrechamente vigilados y complicaría aún más las cosas.

No tenía duda alguna: el falso vecino era un cazador. Y aunque no comprendía cómo había llegado hasta ellos, lo que era innegable era que las ramificaciones de la secta se extendían como las patas de una araña. Seguras. Opresoras. Los adeptos a las ideas incendiarias de Janus crecían a cada segundo, y ya no debían preocuparse de humanos vacíos que buscaban verdades adulteradas para llenar el hueco de sus estómagos, ya que estaban sumándose miembros de las tres comunidades. Capacitadas y peligrosas. Él había olido la pureza en la sangre del cazador que se había acercado a ellos. Había descubierto su juego. Pretendía entablar una relación con la familia, entrar en su círculo más cercano, tal vez para espiarlos o para que se ganaran su confianza. Oriol había deducido tras ese acercamiento que no pensaba eliminarlos, al menos por el momento.

Se rascó una sien y bufó para no soltar más improperios. Había algo que no conseguía entender, y era por qué se había arriesgado tanto. Ese hombre debía saber que la familia estaría custodiada por uno o más cazadores, pero no le había importado presentarse en la casa y jugar el papel de vecino afable. Puede que ignorase que él era medio demonio y que olfatearía su sangre pura en cuanto pusiese un pie en la propiedad; ese podría haber constituido su error fatal. No obstante, los cazadores presumían de ser meticulosos en sus indagaciones, de reunir la suficiente información antes de actuar, porque una vez tomada una decisión, rara vez se echaban atrás. Y si

había estado observándolos la noche de la tormenta, ya sabría que la familia contaba con un solo guardaespaldas. Puede que hasta se hubiese sorprendido al no individuar a ninguno más, pero jamás lo habría subestimado. ¿Qué había pretendido entonces? ¿Asustarlos?

Bajó de la camioneta, entró en la tienda de telefonía y compró uno de esos móviles desechables. Sin contratos ni compromisos. Nadie iba a rastrear el número nuevo, y desde luego dudaba mucho que tuvieran fichado al destinatario de la llamada: su tío Gabriel.

No mantenía ningún contacto con él desde la épica discusión que había tenido con su padre, en la que este lo había echado de casa y amenazado con pegarle un tiro en la frente si volvía a verlo. Gabi despreciaba la caza. Odiaba perseguir entes malignos y devolver a los espíritus al lugar que les pertenecía. Se escapaba de los turnos de vigilancia para ir a beber a algún bar, jamás seguía las órdenes de nadie —y menos las de Rafael—, holgazaneaba para protestar por sus continuas tareas y cuestionaba los hallazgos del equipo tan solo para fastidiar. Su tío no quería vivir así. Y cuanto más su hermano mayor le reprochaba que había nacido para la caza, más se comportaba como un niño pequeño con una rabieta desmesurada.

Rafael estaba dispuesto a meterlo en cintura, hasta que Gabi cometió un fallo imperdonable: abandonó a Hugo cuando apenas tenía quince años en medio del bosque. Perseguían a una banshee, un espíritu femenino que suele anunciar con sus llantos la muerte de un pariente cercano. Sus gritos son capaces de generar auténticos desastres o de perforar el tímpano de los humanos. Y esa banshee en concreto estaba desbocada. Sus lamentos se escuchaban por toda la sierra de Madrid. Saltaba de pueblo en pueblo, hiriendo a algunos vecinos con sus gritos sónicos. Había que detenerla. Y por eso Rafael había dispuesto varios equipos para que se adentraran en el bosque y siguieran el rastro de los árboles caídos. Debían impedir que asaltara otro pueblo.

A su padre le pareció una buena idea que Hugo fuera con su tío, así al menos se aseguraría de que este protegería a su sobrino con su propia vida. Sin embargo, el viejo cazador desconocía las desavenencias entre ambos por aquella época, y después de una ardua discusión, Gabi se marchó pensando que su sobrino lo seguiría minutos después. Nadie en su sano juicio se quedaría solo en un bosque con una banshee acechando. Nadie, excepto Hugo.

Oriol debía admitir que su hermano ya era un temerario cuando era un adolescente. Recordó que él mismo tuvo que acudir en su ayuda cuando se percataron de que no había regresado de la misión de rastreo y de que Gabi se encontraba en un bar del pueblo ignorando todo el revuelo que se había formado.

Fue entonces cuando Rafael tomó una de las decisiones más duras

de su vida y expulsó a su hermano del grupo.

Oriol sabía de buena tinta que su tío Gabriel había rehecho su vida tal y como siempre había deseado. Por fin había abandonado la caza y era profesor de tiro en un club de Bilbao. Y aunque odiaba la idea de molestarlo y sacarlo de sus vacaciones perennes, tenía que hacerlo. Se lo debía a todos. Se lo debía a él.

—Soy yo. Necesito que me ayudes con un asunto. Sé que ha pasado mucho tiempo y estarás preguntándote por qué te he llamado a ti. Ahora mismo no puedo confiar en nadie más... Nunca te he pedido nada y no pienso nombrar nada de lo sucedido en el pasado, aunque entendería que no quisieras venir... Voy a enviarte la ubicación por si te decides a echarme una mano.

Dejó el mensaje en el contestador y colgó con sentimientos encontrados. Deseaba que su tío no le fallara; esta vez no. Sin embargo, volver a mirarlo a los ojos sin reprocharle su comportamiento sería duro, muy duro. Había herido a toda la familia y se había marchado sin despedirse de él.

Se subió a la camioneta y depositó el móvil en el asiento del copiloto. Por un segundo, estuvo tentado de volver a llamarlo y pedirle que se olvidara del asunto, que ya había encontrado a alguien mejor que podría ayudarlo. Pero mentiría. Y las fatales consecuencias las asumiría la familia. Los cazadores jamás se movían solos, y dudaba que, por mucho que Janus insistiera, ellos hubieran roto un pacto de familia para satisfacer las demandas de un vidente. Ese *vecino* tenía un compañero o tal vez varios que se encontraban ya en la zona.

Regresó a la casa bajo un persistente sirimiri y una espesa niebla que le empañaba los cristales de la camioneta. Con un paño, se afanaba en despejar la ventana delantera mientras se peleaba con el vehículo para activar los faros antiniebla. Era viejo. Demasiado viejo como para circular por carreteras húmedas y árboles sometidos por una bruma fantasmal. Aquella estampa tenía todos los ingredientes para convertirse en una escena de película de terror: extrañas sombras que parecían ocultarse tras los troncos, la nube blanca que se hacía dueña del asfalto y la escasa luz a la que poder aferrarse. No era ni mediodía, y Oriol estaba convencido que se había adelantado el crepúsculo.

Entró en la sala, calado hasta los huesos, a pesar de la gabardina y de las botas de agua. Al contrario que su hermano Hugo, quien era capaz de manejar un paraguas al tiempo que su escopeta, Oriol prefería que las gotas de lluvia empaparan su rostro y se introdujeran por cualquier hueco que encontraban para bañar también la piel de su espalda. Los paraguas le parecían objetos inútiles que entorpecían su labor. Nunca sabía dónde depositarlos una vez que el aguacero había desaparecido. Había perdido más de una decena; de eso estaba seguro.

Los dejaba olvidados en alguna cafetería donde esperaban a que el tiempo amainase para continuar con sus pesquisas o los había arrojado sin más a algún despeñadero cuando emprendía una carrera. Sin embargo, Hugo no se desprendía de él ni en las luchas cuerpo a cuerpo. Es más, a veces lo usaba como arma contra su adversario. Recordó aquella vez en la que un cambiaformas estaba a punto de asestarle una puñalada en el pecho, y él abrió el maldito paraguas e hizo que el monstruo perdiera el equilibrio.

Elena lo recibió con una toalla en la mano y lo reprendió por no ser más previsor. Debería haber cogido un abrigo más grueso, unos guantes y, por supuesto, el dichoso paraguas. Oriol permitió que le diera la charla sobre que podría coger una pulmonía. Después de todo, la mujer ignoraba su condición de medio demonio. Bastante había sido ya para la familia asumir un mundo donde cazadores, brujos y videntes convivían con los humanos. Todavía no estaban preparados para escuchar toda la verdad, y dudaba que fuese necesario desvelar ese detalle que consideraba demasiado personal. Durante muchos años, solo su círculo más íntimo conocía su secreto, y cuando comenzaron sus hazañas por toda la geografía española, algunos de sus compañeros esporádicos empezaron a rumorear sobre sus cualidades sobrehumanas, aunque no fue hasta el confinamiento en el monasterio mientras la Sombra los cercaba cuando confirmaron que sangre demoníaca corría por sus venas.

—Hemos preparado las maletas, como nos has pedido —le dijo la mujer—. ¿Qué hacemos ahora?

—Guardadlas en el armario. Debemos estar preparados.

Elena abrió los ojos hasta que sus párpados desaparecieron.

—Perdona, no te entiendo. ¿No nos dijiste que nuestro vecino es un cazador?

—Y lo es —corroboró mientras se quitaba las botas—. No podemos fiarnos de él.

—Pensamos que habías salido a buscar provisiones para poder largarnos de aquí a un piso franco. —Roberto, que había estado observándolo con cierta expectación desde que había llegado a casa, se encogió de hombros, confuso—. ¿Por qué piensas que es mejor quedarnos?

—Ese cazador habrá avisado a unos cuantos compañeros suyos. Si nos movemos, no dudarán en seguirnos. Y aunque me gustaría decirte que mi familia posee pisos por toda España, la realidad es que no somos tan ricos. Las casas con las que podemos contar no son más que las viviendas de otros compañeros del gremio. Pero tienes que comprender que desde que hay cazadores involucrados hasta el cuello con esa secta, toda nuestra red se ha visto comprometida. Ahora mismo, no debemos fiarnos de nadie. Yo no me fío de nadie.

Cris, a quien su padre había mandado al dormitorio para recoger sus juguetes para el viaje, asomó la cabeza tras la puerta y los vio a todos preocupados.

—¿Qué pasa, papá?

—Nada, no te preocupes. Hoy el tiempo no nos acompaña. Así que es mejor que pospongamos el viaje.

El niño desconfió de sus palabras, pero no se atrevió a contradecirlas, pues los rostros serios y apesadumbrados de sus padres no le auguraban un buen final para intervenir con más preguntas. Lo más probable es que zanjaran el tema enviándolo a la ducha o a hacer los deberes que tenía pendientes. No obstante, él no era estúpido. Sabía de sobra que los habían encontrado y que en cualquier momento asaltarían la casa para apresarlos.

—De todas formas, he pedido ayuda. —Oriol trató de tranquilizarlos.

—¿No dices que no te fías ni de tu sombra? —Roberto bufó desesperado.

—Esta persona abandonó el gremio hace mucho tiempo. Canceló de su lista de contactos a todos los cazadores que conocía. Confío en él. —Tragó saliva y deseó que la familia no hubiese notado ese ligero titubeo al afirmar la última frase.

—Y, entonces, ¿por qué va a querer ayudarnos? —Elena negó con la cabeza, desesperanzada.

—Porque es mi tío.

Sus abuelos habían tenido tres hijos. El mayor, Rafael, siempre estuvo dispuesto a seguir los dictámenes del gremio. Se convirtió en una referencia para el resto de los adolescentes, ya que con catorce años había perseguido a un chupador de sangre por diferentes provincias de Castilla y León junto a su padre. Su abuelo esperaba que su segundo hijo fuese también un varón, ya que tenía escogido su nombre de antemano, aunque el hecho de que al final se tratara de una hembra no lo llevó a considerar otros posibles nombres. Así su tía se llamó Miguelina, en honor al arcángel San Miguel, patrón de los cazadores de bestias. La niña también nació con dones excepcionales para la caza, aunque ella prefería que la llamaran Lina. Era capaz de arrearte un guantazo si la llamabas de otra manera. Oriol no la conoció muy bien, aunque sabía que su padre hablaba con ella todas las semanas, ya que con veinticinco años decidió trasladarse a Australia para vivir una historia de amor con un cazador oriundo. Y allí continuaba, criando a cuatro hijos al tiempo que no abandonaba sus compromisos con los monstruos, escopeta en mano.

Y su tercer hijo, Gabriel, llegó sin avisar. Era doce años más pequeño que Rafael y ocho más que Lina. Sus padres decidieron bautizarlo con el nombre de otro arcángel para continuar con la

tradición. Recordó que su padre le contó que su abuela se había sentido indispuesta ese día. «Un dolor de tripas», había asegurado. Fue a casa del médico, que distaba cinco kilómetros de donde ellos habitaban, caminando, pues no contaban con ningún medio de transporte en el pueblo en aquella época, y volvió con un niño en el regazo. Su abuelo siempre afirmó que el hecho de que no hubiera nacido en el hogar como los otros dos lo había condicionado para mal. Al joven Gabriel le interesaba más perseguir a las muchachas que a las bestias. Era rebelde, de carácter indomable y algo sabelotodo, actitud que crispaba a su padre, quien le encomendó la tarea a Rafael de cuidarlo cuando él enfermó, ya que Gabriel era un endeble, predispuesto a verse inmerso en alguna catástrofe. Su padre siempre imaginó que cualquier día aparecerían con el cuerpo de su hijo en su casa y diciéndole que no vio venir el golpe, que se había despistado observando el vuelo de una libélula. Sin embargo, su férrea educación había dado sus frutos y Gabriel se convirtió, para su pesar, en un gran tirador. Despreocupado, sí, aunque también calculador e infalible.

Oriol esperó un par de horas a que su tío le devolviera la llamada, primero sentado en el sofá a la vez que escuchaba cómo la lluvia aporreaba el tejado de la casa. Después, cuando amainó, salió para comprobar que sus trampas continuaban en su sitio y pensó que no estaría de más colocar alguna otra. Regresó al interior cuando la luz fue tan escasa que no podía verse ni las botas, y fue entonces cuando los faros de una furgoneta lo deslumbraron.

Se dio media vuelta y colocó la mano en la frente para evitar que la luz impactase de forma directa en sus peculiares ojos. No tardó en reconocer a su tío, ataviado con un abrigo sin abotonar que le llegaba a las pantorrillas y una ridícula boina que solo podría quedarle perfecta a él. Oriol bajó la cabeza para ocultar su media sonrisa antes de encaminarse hacia la furgoneta. Allí le estrechó la mano, y Gabi, no contento con ese recibimiento tan cordial, lo envolvió entre sus brazos al tiempo que le reburujaba la melena castaña.

—¿Cómo estás, chaval? Has dado un buen estirón desde la última vez que te vi.

—Gracias por venir —se limitó a decir.

—Bueno, sé que mi hermano es muy orgulloso para pedirme ayuda. Imagino que te habrás llevado una buena reprimenda por avisarme. ¿Con qué te ha castigado? ¿Con unas clases de tiro extra o con no quitar los codos de la mesa hasta que te sepas todo el abecedario de monstruos?

—Rafael no está aquí. Estoy solo.

Gabriel retrocedió unos pasos y examinó mejor el porte de su sobrino. Sí, había madurado a base de experiencias demasiado traumáticas para un niño. Lo veía en sus ojos. Oriol fue despojado de

su inocencia cuando tenía tan solo cuatro años, cuando había lanzado a Hugo contra un aparador mientras jugaban a los superhéroes. Fue en ese preciso instante cuando decidieron desvelarle que era medio demonio, para que así intentara controlar su fuerza innata.

—¿Mi hermano te ha dejado solo? ¿A ti? ¿Es que se ha vuelto loco?

—No hay muchos cazadores de los que podamos fiarnos.

—¿Y dónde está Hugo?

Oriol dirigió su mirada a la parte trasera de la furgoneta para individuar a la persona que había formulado la última pregunta. En cuanto la reconoció, maldijo para sus adentros y encañonó a su tío con sus ojos centelleantes. Las chispas emergían de sus pupilas encendidas, demasiado vivas como para obviar su aparición.

—¿Qué hace ella aquí? —le reprochó—. Te pedí que vinieras solo.

—No, no lo hiciste. Y no pensarías que me adentraría en la guarida de mi hermano sin refuerzos, ¿verdad? Ya sabes cómo se las gasta.

—Ya te he dicho que Rafael no está aquí.

—Eso lo he sabido ahora. —El hombre sacó su petate del vehículo —. Hace frío. Mejor si nos invitas a pasar.

Oriol escudriñó a la muchacha antes de pronunciarse. Escondía sus cabellos morenos bajo un gorro de lana blanco con un pompón exagerado. Hacía que sus facciones se endulzaran, aunque a él no lo engañaba. Bianca era impredecible, cautivadora y una auténtica embrolladora. Detestaba tenerla cerca, sin embargo, como bien decía su abuelo, había que tener amigos hasta en el Infierno, y ella se movía como una bailarina encantadora de bestias entre las llamas.

—Bien, os presentaré a la familia. Nuestra misión es proteger a todos sus miembros sin excepciones —remarcó, a sabiendas de que Bianca detestaba a los críos—. Después os contaré a qué nos enfrentamos.

Elena acomodó a su tío en el sofá cama de la sala y Oriol se vio obligado a ceder su habitación a la joven cazadora. Después de todo, debía ejercer de anfitrión, aunque detestaba organizar este tipo de asuntos caseros. Cogió su saco de dormir y se trasladó también al salón, cerca de la chimenea, donde al menos recibiría el calor de la estancia, que esa noche se le antojaba más fría que de costumbre.

No esperaba que su tío trajese compañía, y menos aún que se tratase de Bianca. No podía concebir que continuaran juntos después de tantas desavenencias, secretos y mentiras. La conoció cuando tenía catorce años. Llevaba su melena recogida en una larga coleta, y sus largas pestañas volaban libres como las mariposas. Su tez morena y sus facciones angulosas hacían temblar a cualquiera de pies a cabeza. Siempre se vestía con ropa ajustada cuando iba de caza, y mejor si era negra. Se recogía el pelo para que no le estorbara y se internaba en los edificios abandonados con una mochila cargada de artilugios.

Manejaba todas las armas existentes en la faz de la Tierra como una guerrera de andares sinuosos y movimientos letales. Bianca era un arma en sí misma. Se aprovechaba de su consabida belleza latina para asestarles el golpe final a sus víctimas.

Ni siquiera recordaba la razón por la que se había presentado en su casa. Solo sus ojos negros, tan seguros como implacables, asentían mientras su padre la ponía al corriente de la misión. Era imposible no prendarse de ella. Incluso él mismo había comprobado cómo sus feromonas se incrementaban con su presencia, como si quisieran atraerla hacia él, a sabiendas de que esa mujer tenía tatuada en la frente la palabra «peligro».

Así que no le extrañó que su tío sucumbiera a sus prohibidos encantos y que ella lo recibiera con besos cálidos, puesto que Gabriel era el adulto más joven del grupo en ese momento. Y a sus treinta años, su tío no es que fuera atractivo, pero albergaba esa chispa de inadaptado y consumado revolucionario que hacía enloquecer a medio pueblo. Oriol llegó a envidiar esa relación pasional que demostraban sin ningún pudor en cada rincón de la casa. Incluso Rafael les había llamado la atención para que fueran más discretos delante de sus tres hijos. Su comportamiento no era un buen ejemplo para ninguno de ellos. Tanto revuelo armaron que, al par de días, decidieron trasladarse a un piso del pueblo, prometiendo que acudirían a todas las reuniones y que cumplirían con las tareas asignadas.

Lo que Oriol no podía negar era que, mientras Bianca formó parte de la vida de su tío, este jamás desatendió una misión. Ella lo retaba, lo instigaba a ser mejor cazador, puesto que, para Bianca, ese oficio era y siempre sería su vida. Era en lo único en lo que disentía con su tío. Gabi ansiaba una vida sencilla, y ella adoraba el caos que la constreñía a presentarse en los diferentes pueblos sin tener horarios para regresar a casa.

Y, bueno, eran felices a su manera, hasta que decidió seducir a Hugo. Bianca siempre fue consciente desde el principio del delirio que despertaba en él. Le daba un beso en la mejilla mientras le susurraba en el oído que se convertiría en un hombre muy guapo antes de despedirse e irse a su habitación. Le acariciaba la barbilla para darle los buenos días, a sabiendas de que el chico se derretía con tan solo experimentar el roce de su piel. De todas formas, Bianca se mostraba así con todos: o era demasiado cariñosa, o una avispa venenosa de la que te arrepentías de haberte cruzado en su camino. Oriol recordó incluso que una vez lo acorraló en el pasillo, juntó su boca con la de él y lo besó mientras apretaba su cuerpo contra la pared. En ese momento, creyó desmayarse. «Para que esas feromonas se calmen un poco. Escucho tu llamada, pero eres demasiado joven para mí», le había murmurado. Pero Hugo no lo fue para ella, a pesar de que era

solo unos meses mayor que él, y su hermano, enamorado e ingenuo, creyó que podría tener un futuro con Bianca.

—¿Ahora vives con ella? —le preguntó a su tío mientras este golpeaba la almohada para ajustarla a sus caprichos.

—No, no, continuamos siendo amigos… Ya sabes, a veces se pasa por mi casa y se queda unas semanas. Después vuelve a alzar el vuelo. Ella no nació para tener un hogar.

—¿Y a ti te va bien así?

Gabriel miró de reojo a su sobrino y cayó en la cuenta de que ya no era ese crío lleno de inseguridades ni resentimientos. Oriol había odiado al mundo entero por haber nacido con el alma fragmentada. Siempre se creyó inferior al resto de los cazadores, cuando en realidad era el mejor.

—Bueno, yo tengo mi casa, mi trabajo fijo y continúo teniendo mis relaciones. No me quedo en casa esperando a que ella decida buscarme, ya me entiendes. Mantenemos un pacto que nos funciona: ella no me habla de sus conquistas y yo no le nombro las mías. —Escudriñó en la mirada del joven y luego asintió al imaginar sus pensamientos—. Temes que mi vida personal pueda afectar al caso. Créeme, Bianca no será un inconveniente, más bien al contrario. Sabes lo obstinada y vanidosa que es. No le gusta perder.

—Lo sé. Son sus métodos los que no me convencen.

—Bien, aclarado el asunto. —Se recostó y se ajustó la manta hasta que llegó a cubrirse el pecho—. ¿Empiezas tú el turno de vigilancia? El viaje por carretera me ha agotado. Necesito dormir un poco.

Oriol abandonó el saco de dormir y, de nuevo, durante las primeras horas de la noche, se situó detrás de la cortina. Permaneció allí minutos eternos, contemplando la incierta niebla que los había acompañado desde la mañana. Después, fue inspeccionando todos los rincones de la casa, uno por uno, deteniéndose en desmenuzar cualquier detalle que llamara su atención. Incluso se atrevió a entrar en el cuarto de Bianca antes de salir al exterior e inspeccionar los alrededores. La observó dormir o fingir que lo hacía. Las respiraciones de la mujer, aunque pausadas, delataban su estado de vigilia. Sin embargo, no le habló ni le hizo notar que la había descubierto. Prefirió analizarla mientras se preguntaba si había sido buena idea alertar a su tío y qué pensaría su padre y su hermano de su arriesgada decisión. «Espero no arrepentirme de esto», se dijo al tiempo que entornaba la puerta y se disponía a salir.

Al día siguiente, los padres de Sofía se esforzaron en hacer que sus dos invitados se sintieran como en casa. Elena trató de entablar una conversación con Bianca, a pesar de la aspereza de esta, mientras que Roberto tanteaba a su tío. Gabriel siempre fue mucho más sociable que ella, y no le importó responder a las continuas preguntas del

hombre. Es más, incluso lo enseñó a empuñar una pistola y apuntar a un blanco fijo. Roberto era un gran alumno: atento y disciplinado. Agradecía todos los consejos que su tío le daba y se afanaba en conseguir un tiro limpio, o al menos que se incrustara en el tronco que Gabriel había escogido como diana.

A Elena le espantaban las lecciones de tiro que su marido estaba recibiendo, y como no quería hacer partícipe a su hijo Cris, lo obligaba a que lo ayudara en la cocina, aunque este se escabullía para observar a su padre desde la mirilla de la puerta trasera.

—Nosotros no fallamos nunca —la había consolado Bianca—, pero es mejor que estéis preparados para todo. Si esa gente es tan peligrosa como nos ha hecho saber Oriol, podrían hacer volar por los aires esta casa con una buena carga de explosivos.

Elena torció el gesto y su rostro se deformó hasta dibujar una mueca de pánico.

Oriol no se entretuvo mucho en la hora de la comida, solo llenó su estómago lo suficiente para que aguantara un par de horas más. Le preocupaba que esos cazadores adeptos a Janus los acecharan cuando eran más vulnerables: mientras dormían, en las comidas o en la ducha. No le hacía gracia ninguna que los asaltaran mientras se enjabonaba el cuerpo. Ya le había sucedido una vez, en Palma de Mallorca, y había tenido que ingeniárselas para ponerse los pantalones con el jabón pegado a la piel antes de que derribaran la puerta del baño. Se escurrió por la ventana con esfuerzos angustiosos, descalzo, sin camisa y con los cabellos chorreando, mientras Hugo le hacía señas desde el *jeep* para que se diera prisa.

Paseó por los alrededores, abandonando el sendero por el que corría todas las mañanas. Si los cazadores estaban allí, se ocultarían tras los árboles y matorrales, puede que hasta se hubieran pintado la cara para pasar desapercibidos en un paraje tan verde.

De pronto, escuchó el crujido de una rama. Con presteza, se dio la vuelta empuñando la escopeta. La bajó mientras soltaba un suspiro cansino.

—Podrías haberte llevado un balazo —le reprochó.

Bianca soltó una carcajada y le profirió varios golpecitos en el hombro.

—No es tan fácil abatirme —le dijo, mostrando su dentadura blanca—. Apenas has comido. Sabes que un cazador necesita muchas proteínas.

Oriol arqueó las cejas y luego volvió a darle la espalda.

—Tu falsa preocupación me da arcadas.

—Por favor, ¿puedes dejar esas viejas rencillas a un lado? Han pasado cinco años, no puedes seguir culpándome por lo que pasó. Hugo era impresionable y un mocoso fascinante. Teníamos muchas

cosas en común, a pesar de la diferencia de edad del momento. Este año, si no me falla la memoria, cumplirá veinte, y yo tengo veinticinco.

—Mejor no sigas hablando. Traicionaste los sentimientos de Hugo, y los de mi tío también, eso si no enumero todas las consecuencias derivadas de tu mala cabeza.

—Nunca he comprendido muy bien la relación que tienes con tu hermano. Siempre estáis compitiendo entre vosotros, y sin embargo sois como uña y carne ante una adversidad.

—No me gusta tu altanería, Bianca, ni tu forma de vida.

—¿A qué te refieres con eso de mi forma de vida?

—Eres una cazadora. Naciste con un don que debería ser entregado a los demás de forma altruista. He visto en Internet tus honorarios. Te has convertido en una especie de mercenaria de lo sobrenatural.

Ella se encogió de hombros de forma natural.

—¿Y qué más da? Tengo que pagar facturas. Yo no soy como vosotros, que sobrevivís de la caridad y de las donaciones de los demás. A mí jamás me verás mendigando o pidiéndoles limosna a los más ricos. Si estos quieren que les solucione un problemilla de índole espiritual, que paguen. Y puedo asegurarte que pagan bien con tal de no verse ridiculizados en cualquier revista porque están siendo acosados por un fantasma. Quieren discreción y yo se la doy. Pero si lo que te preocupa es si voy a cobrarte a ti, te diré que esto estoy haciéndolo como un favor especial.

—Esto estás haciéndolo porque mi tío te ha llamado. Y en el fondo de tu retorcida mente, sabes que, por alguna razón que no logro comprender, no querías decepcionarlo.

—Bueno, si tú quieres simplificarlo de esa manera, allá tú —le dijo mientras le alzaba el dedo corazón—. Y por si te interesa, voy a cubrir el flanco izquierdo.

Oriol chasqueó la lengua y soltó infinidad de maldiciones en cuanto se marchó. Se desahogó de esa manera: insultando a los árboles y dándole puntapiés a la tierra mientras trataba de que su mandíbula obligase a su boca a permanecer cerrada.

La hastiada noche comenzó a caer sobre él, despacio, demasiado lenta como para apreciar las primeras estrellas en el cielo, tan frías y desoladoras que solo podrían augurar una tenebrosidad solitaria. Vacío, así comenzaba a sentirse él, a pesar de que había obtenido una respuesta positiva de su tío y de que ahora podía contar con su ayuda. Vacío. Tenía que concentrarse en el presente. Sin embargo, el pasado lo distraía una y otra vez, para enzarzarse de nuevo en una lucha que debió ser zanjada años atrás.

Quería a su tío. Quizá fuese él único miembro de la familia que seguía valorándolo, admirándolo como se merecía. A pesar de que las

formas no fueron las correctas, Gabriel tuvo el valor de enfrentarse a su padre y luchar por la vida que quería. Había abandonado la caza para perseguir un sueño que se le quedó grande. Bianca nunca debió ser parte de ese sueño. Era caótica e indomable, y jamás estuvo dispuesta a entregarse a la vida que su tío le ofrecía. Igual que Rafael había sido un obstáculo para conseguir lo que tanto ansiaba, Bianca estaba siéndolo a su manera. Era un lastre de su pasado y no pertenecía al futuro que tanto ansiaba. Su tío no se merecía postergar sus deseos por una mujer que no lo valoraba como debía, que saltaba de cama en cama buscando el hueco más caliente, y cuando todo le fallaba, volvía a casa de Gabriel porque sabía que este no la dejaría nunca. Sin embargo, Oriol compartió muchas horas en la barra de un bar con su tío y sabía de sobra que él anhelaba una vida sin sobresaltos, estable y pacífica. Hasta él mismo dudó si embrollarlo en ese asunto de la secta o dejar que continuara con su sueño. Un sueño que había conseguido a medias.

—Eres incansable, chaval. —Su tío se sentó junto a él, sobre el tronco en el que reposaba unos minutos, antes de proseguir—: Esos cazadores ni siquiera han dado señales de vida. A lo mejor deberíamos aprovechar este silencio para trasladar a la familia.

—Están ahí, los huelo —le dijo, sin apartar la vista del frente.

Gabriel posó un cigarro sobre sus labios y lo encendió.

—¿Por qué te importan tanto? Entiéndeme, sé que siempre empatizas con las víctimas, pero esto parece demasiado personal.

—Ya te mencioné que su hija posee la llave de las brujas y que ese loco está dispuesto a seccionarla con tal de abrir las puertas del Cielo.

—Ya, ya, toda esa patraña de un mundo sin demonios. ¿Sabes qué es lo que decía mi padre? Nadie da duros a cambio de pesetas. Y en esto le doy toda la razón. Nos promete a todos un futuro mejor, ¿a cambio de qué? —Observó los ojos lúcidos de su sobrino, que no se apartaban del horizonte. Le dio unas cuantas caladas al cigarro y soltó el humo como si se tratara de una amante a la que no quisiera dejar—. Si tanto aprecias a esa familia, deberías haberlos entrenado para la lucha. Roberto parece un buen hombre, y tiene el derecho de poder defender a su familia.

—No es así como funcionamos los cazadores. Nosotros no lanzamos a los inocentes a la guerra; combatimos por ellos. Ya lo sabes.

—¡Los viejos preceptos del gremio! —Suspiró liberado mientras negaba con la cabeza, pues esas normas arcaicas ya no le afectaban—. Deberían ser actualizados. Y si no estabas de acuerdo conmigo, podrías haber impedido que le diera clases.

Oriol frunció el ceño y entornó levemente los ojos. Después agudizó su sentido del oído para tratar de escuchar algún sonido fuera de lo normal. Silencio. No había nada extraño ahí fuera, y eso lo hacía

recelar aún más.

—Confío en ti. Esta misión se ha vuelto demasiado impredecible. Nos conocen, saben cómo pensamos y nos movemos. Por eso tus consejos me vienen bien.

Gabriel sonrió de medio lado y observó cómo las cenizas de su cigarro se desprendían de este y caían al suelo. Volvió a suspirar, aunque esta vez contuvo la exhalación unos segundos para después dejarla escapar de manera parsimoniosa.

—Tengo... tengo que darte las gracias por todo lo que hiciste por mí en aquella época. Tú siempre venías a buscarme cuando las cosas se torcían o mi hermano me necesitaba. No me juzgaste ni me abandonaste.

Oriol arqueó las cejas y trató de quitarle hierro a la repentina sinceridad de su tío:

—Era fácil encontrarte. Solo tenía que entrar en el bar más transitado del pueblo. Cuando se trataba de una ciudad, me resultaba más complicado.

Gabriel agachó la cabeza, avergonzado.

—Ya. Aun así, hiciste lo que nadie hizo. Aguantaste mis borracheras y siempre me llevabas a casa. Fueron unos años muy duros para mí, y tengo que admitir que no fui un buen ejemplo. Me salvaste el culo en innumerables ocasiones... Odié mucho a Rafael, tanto que deseé que ese visitante de alcoba hubiese acabado con su vida. —Volvió a introducirse el cigarro en la boca con un sabor amargo—. Quiero que sepas que nuestras charlas son el recuerdo más bonito de esa época tan desagradable para mí.

Oriol buscó la mirada de su tío a propósito, y después se cercioró de que este podía vislumbrar los aros dorados de sus pupilas. Seguras. Convincentes.

—Deberías romper con Bianca de una vez.

—Lo sé.

—No te conviene.

—También lo sé.

De pronto, Gabriel arrugó el rostro, dejó caer el cigarro sobre la hierba mojada y se llevó las manos a la cabeza. Se presionó ambas sienes con fuerza mientras lanzaba un quejido que apenas tenía resonancia en el bosque.

—Gabi, ¿qué te pasa?

Oriol lo sujetó por la chaqueta, impidiendo que su tío se desplomara sobre la tierra. Se retorcía como una culebra amenazada por el fuego. El muchacho lo agarró por la cintura, y para evitar que pudiese golpearse con alguna roca mientras trataba de levantarse, lo depositó en el suelo al tiempo que lo inmovilizaba con una llave de agarre.

—¡Haz que pare! ¡Haz que pare! —lo escuchó gritar.

En ese momento, el medio demonio escuchó las voces provenientes de la casa. Elena corría campo a través pidiendo ayuda.

—¡Oriol, ven rápido! —la oyó implorar—. Bianca se ha desplomado. Está en el suelo convulsionando.

A cientos de kilómetros de Somiedo, Rafael, quien había decidido acostarse temprano debido a un pequeño resfriado que lograba que percibiese hasta los huesos más pequeños de su cuerpo, se despertó de repente entre tiriteras. Al principio, pensó que el sueño que estaba teniendo era debido a la febrícula de primera hora de la tarde. Había visto una fuente de mármol blanca en medio de una plaza inmaculada y después cómo cientos de personas comenzaban a congregarse a los pies de una escalinata tan pulcra que podías contemplar tu reflejo en cualquier escalón. Las voces llegaron después, un murmullo incansable que se multiplicaba por tres cada vez que intentaba hacerlo desaparecer, y fue cuando desconfió de que un simple resfriado pudiera causarle alucinaciones tan vívidas. Después, un siseo espeluznante se le metió dentro de los oídos y le susurró frases alentadoras. Y entonces no tuvo duda alguna: Janus estaba hablándole.

Edith tenía razón: había empezado a usar la llave de los cazadores para dirigirse a todos ellos.

7

Emociones

León había llegado a casa de Sofía como cada lunes: hambriento y quejándose de las numerosas retenciones en las autovías. Las detestaba. Por eso, en cuanto tenía oportunidad, circulaba por las carreteras secundarias, aunque estas le hicieran más largo el trayecto. Después de soltar la mochila sobre el sofá, recorría cada rincón del piso para cerciorarse de que todo continuaba en orden. Las chicas lo esperaban en el salón durante su recorrido, preguntándose cómo doblaba la ropa el cazador para que le cupiera todo lo necesario en esa minúscula mochila. Iris estaba segura de que solo contenía un par de calzoncillos y otros tantos de calcetines. Sin embargo, el hombre se cambiaba de camisa cada mañana y no había ninguna arruga en ella, detalle que incrementaba la curiosidad de ambas. León podría aparentar ser un desaliñado, pero no lo era. Su barba, aunque larga, siempre estaba bien recortada, sin un pelo que desentonase dentro de la maraña que se le arremolinaba sobre todo en el mentón. Sofía sospechaba que planchaba sus vaqueros. Y hasta su gorra desgastada, imprescindible para los días de sol o de lluvia, tenía un aspecto *vintage*.

Así que, como cada lunes, se comió su gran plato de macarrones con queso y salsa de tomate con orégano y se tumbó en el sillón para buscar en la televisión algún partido de fútbol que lo distrajese. No les preguntó mucho, le bastaba saber que todo iba bien en la casa, y Sofía prefirió no molestarlo con su pequeño problema. Bastante tenía ella ya, imaginando que era una bomba de relojería con patas. Después de todo, Harry le había prometido que se encargaría del asunto, y ella tenía que admitir que su estado de salud había mejorado. No tenía fiebre, le había vuelto el color de las mejillas y tenía ganas de recorrer las calles de Alicante.

León no se oponía a sus salidas, dado que él no era la niñera de nadie. Eso sí, las escapadas nocturnas estaban prohibidas. Una vez que el grandullón se iba a dormir, quería hacerlo con los dos ojos bien cerrados y no con uno, preguntándose si el motivo de que llegaran tarde era porque un demonio los hubiese carbonizado por el camino. Y así era como transcurría la semana con el cazador, quien no quería que lo disturbasen con asuntos personales ni discusiones sobre quién

debía fregar los platos. Él estaba allí por si una bestia los asaltaba o por si algún miembro de la secta se entrometía en sus menesteres.

—Hay que disfrutar de los momentos de calma haciendo cosas aburridas —les decía siempre—. Ya tenemos bastante jaleo y diversión cuando nos vamos de caza.

Y parecía que también esa semana transcurriría así para él, hasta que por fin llegara Harry el viernes por la tarde para sustituirlo y así pudiera regresar a su ciudad, dispuesto a marcar con chinchetas en un mapa las diferentes ramificaciones de la secta que Rafael había localizado en su ausencia. Todo dentro de una calma placentera.

No obstante, el miércoles por la noche, su suerte cambió.

León empezó a encontrarse destemplado después de la cena, aunque lo achacó a que los guisantes con chorizo no le habían sentado del todo bien. Media hora más tarde, escuchó un zumbido molesto en su cabeza, como si una abeja se hubiera introducido en su cerebro por uno de sus oídos. Después de varios manotazos en la oreja y de intentar sacarla golpeándose la sien, el rumor se transformó en un eco que retumbaba dentro de su mente. Aun así, no quería alertar a los chicos de su malestar, aunque ya estaba empezando a creer que no era culpa de los guisantes. Se dejó caer en el sofá, con la seguridad de que se había tumbado con delicadeza, hasta que percibió que este cedía a su peso, y su trasero terminó en el suelo.

Tanto Iris como Sofía, que se encontraban en la cocina, acudieron en su ayuda y, perplejas, contemplaron cómo el grandullón, en posición fetal, rodaba sobre sí mismo una y otra vez. Simón apareció en el salón segundos después y trató de ayudar a las chicas a incorporarlo mientras León se quejaba de las voces.

—¿Qué le pasa? —preguntó asustada la bruja.

La vidente agarró su mano con empeño y entornó los párpados. Tenía que conectar con la energía del cazador para descubrir por qué su flujo natural se había interrumpido. No necesitó mucho tiempo para encontrar la causa de su mal estado. Escuchó murmullos. Eran vítores, y, entre estos, una voz amistosa aunque determinante brotó de los acordes disonantes de la multitud. Iris contuvo una mueca de angustia, sin embargo, no pudo dominar las decenas de lágrimas que se desprendieron de sus ojos, y con una fuerte punzada en el pecho se deshizo de la mano de León.

—Es Janus. Está hablándole —confesó consternada.

—¿Y qué está diciéndole? —Abrumada, Sofía miraba a su amiga sin comprender cómo el líder de la secta había conseguido entrar en la mente del cazador.

—Dice que ya es hora de que se unan a sus filas, que les espera un mundo lleno de esperanzas, sin monstruos.

—Está usando la llave de los cazadores —les desveló Simón—. Ese

malnacido está adquiriendo un poder incalculable.

Entre los tres, trasladaron a León a la habitación de los padres de Sofía, lo arroparon y permitieron que descansara en cuanto dejó de sentir el influjo de Janus en su piel. No quisieron perturbarlo aún más con sus preguntas, ya que el propio León parecía estar sobrecogido y demasiado confuso, así que Iris tomó la decisión de llamar a su madre.

Edith se encontraba en casa de Rafael. Entre ambos estaban cuidando de Ariadna mientras continuaban estudiando a la secta. La mujer le respondió algo consternada e Iris pudo apreciarlo en su voz temblorosa. También Rafael había sufrido el ataque, y le había desvelado que Janus estaba interpelando a todos los cazadores para que se unieran a su causa justa. Incluso la niña había escuchado las voces en la cabeza, e ignorando cómo debía proceder para echarlas fuera, se había echado a llorar debajo de las sábanas.

—Debemos presuponer que todos los cazadores habrán recibido el mensaje y que algunos se unirán a él —le confesó ella desde el otro lado del aparato.

—Mamá, León ha terminado en el suelo. ¡León, mamá! Esto no ha sido una petición, sino una agresión.

—Los cazadores no están preparados para la telepatía ni para la captación de mensajes que procedan de un canal superior como sí podemos estarlos los videntes y los brujos. Su cuerpo ha reaccionado ante un agente extraño que penetraba en su mente. —Hizo una pausa en la que trató de escoger las siguientes palabras sin alterar demasiado a su hija—: ¿Has recibido tú algún mensaje de Janus? ¿Has tenido algún sueño extraño o un astral difícil de identificar?

—No —le respondió confusa—. ¿Es que ya ha usado la llave de los videntes?

—De forma selectiva —le confirmó—. Iris, hace unos meses yo misma escuché la voz de Janus, donde me pedía que me uniera a él, ya que yo, mejor que ningún otro, podía comprender la empresa que estaba llevando a cabo.

—¿Por qué te ha dicho tal cosa? ¿Cómo ibas tú a entender sus locuras?

Su madre soltó un suspiro profundo antes de responder:

—Porque, cariño, tú eres una cruzada, y una madre siempre quiere lo mejor para sus hijos.

—Eso es una solemne tontería. Yo nunca me he sentido menospreciada por el grupo por el simple hecho de no tener el don completo. Sabes que me he esforzado para estar a la altura, para que no me desplazaran y que confiaran en mis visiones.

—Y ahí radica toda la cuestión. Tú no tienes que demostrarle nada a nadie, ya seas una vidente pura o una cruzada. Nadie debe luchar para hacer ver sus méritos al resto. —Iris bufó, contrariada—. Janus

tiene una retórica convincente. Hasta los más estudiados y los más entregados dentro de los tres gremios pueden sucumbir ante su discurso pacifista. Pero no olvides, hija, que antes de llegar a su gran *paraíso*, quiere conducirnos a todos a una gran guerra. Ha amenazado a aquellos que no abracen su credo con la muerte divina. Confía en que el universo se alíe con él para que haga su propia selección y acabe con los no elegidos... Estoy muy preocupada, Iris. Deberías venir aquí con nosotros. Podríamos estar todos juntos y protegernos unos a otros.

—No, no podemos, mamá. Ya lo sabes. —Iris chasqueó la lengua. Si regresaban a Zaragoza, tendrían que llevarse a Simón. Y en cuanto Edith percibiera su energía demoníaca, expondrían al chico a una caza sin precedentes. Ya no tendrían que preocuparse solo de Janus, sino de decenas de cazadores dispuestos a llevarse una medalla—. Sofía no quiere ponerte de nuevo en peligro, ni tampoco a la pequeña Ariadna... Es mejor así. Estamos bien. No va a pasarnos nada. Ya he comprobado cómo se las gasta la bruja —dijo riendo con una risa nerviosa que se desvaneció demasiado pronto.

—Me preocupas tú. Por favor, cuídate mucho.

Colgó con una falsa sensación de convicción, pues era consciente de que, ante un eventual ataque de la secta, Sofía no podría usar sus poderes hasta que consiguiesen desactivar la bomba que llevaba incorporada a su alma. Más bien contaba con que Tres se ocupase del asunto, siempre y cuando no terminara incendiando media ciudad, dado que al demonio no le importaban lo más mínimo los daños colaterales que causase con tal de salir airoso de la contienda. Y después estaba León, ahora resentido por la intromisión que había sufrido en su cerebro, aunque siempre dispuesto a repartir tortas.

Se dirigió al dormitorio de Cris, y que ella estaba ocupando, y asió sus dos sais con firmeza. Se deleitó con su empuñadura brillante, la cual sostenía con brío mientras la hacía girar para contemplarla desde todos sus ángulos. Después los depositó en la cama y se sentó al lado con cierto pesar. Estaba concentrándose demasiado en la lucha y dejando a un lado su visión. Ansiaba tanto ser una mujer de acción, acompañar a los chicos en las misiones más arriesgadas, que a veces desatendía su don. Y era su don lo que la hacía excepcional. Quizá no tuviese premoniciones como su madre, sin embargo, podía escuchar el corazón de las personas, hacer astrales que la llevaban a lugares remotos y conectar con energías que jamás habría imaginado.

Se recostó sin cubrirse con las mantas y acarició sus sais como si fueran parte de ella. Tampoco podía despreciarlos, ya que ellos la habían ayudado en los momentos más difíciles y le habían enseñado el camino de una guerrera; no solo usando su cuerpo, sino también su mente. Cerró los párpados pensando que debía encontrar el equilibrio

sin que uno mermara al otro.

A la mañana siguiente, León se levantó con un pequeño dolor de cabeza, una especie de picadura localizada en la coronilla y que procuraba no rascarse para que no se enrojeciera y le escociera más. Se dirigió al salón, aún adormilado, y descubrió a Simón durmiendo sobre una alfombra. Después cayó en la cuenta de que él había destrozado el sofá la noche anterior y que tendría que buscar la manera de repararlo, ya que el pobre chico no podía continuar cogiendo frío en el suelo por mucho más tiempo. Cruzó la estancia, se internó en la cocina y abrió la nevera, dispuesto a prepararse un buen desayuno.

León era como un niño pequeño. Adoraba la leche con cacao. Es más, cuanto más chocolate en polvo le pusiera, más feliz comenzaba el día. Rebuscó entre las galletas hasta localizar sus preferidas: aquellas que se deshacían en la boca después de mojarlas en su enorme tazón de leche. Y poco le importaba que, durante esos quince minutos que se alargaba el desayuno, su barbilla se tiñera de blanco o resaltasen miguitas entre sus pelos. El desayuno era la comida más importante del día, y no solo por el aporte de nutrientes que obtenía, sino por la enorme felicidad que lo inundaba cada vez que pescaba los trocitos de galleta ahogados en el fondo de su enorme taza.

Después de finalizar su ritual, regresó al salón con la idea de evadirse un rato viendo la tele. Todavía estaba muy cabreado por el entremetimiento de ese vidente de pacotilla en su cabeza. No le gustaba que lo leyeran. Se había negado varias veces; la última cuando Edith le había insistido para aliviar la muerte de su hermano. Así no funcionaban las cosas. Él era un hombre y, ante todo, un cazador. El dolor lo mantenía vivo, hacía que le hirviera la sangre y que deseara acabar con la vida del que se lo había infligido. Y en ese momento se divertía imaginando las mil maneras de partirle las piernas a Janus. Ese idiota se había atrevido a intentar manipular sus pensamientos cuando nunca había permitido que alguien le ofreciera su opinión gratuita sin antes pedírsela. Ese malnacido no solo se la había dado, sino que encima había entrado en su mente sin permiso. Había cruzado una línea que le haría pagar.

Encendió la tele, y de reojo comprobó que Simón continuaba durmiendo. Emitió una risita victoriosa y se acomodó en el sillón que todavía permanecía en pie. Entonces se percató de que Sofía hacía su aparición por la izquierda. No reparó mucho en ella. Imaginó que se dirigía hacia la cocina para desayunar. Sin embargo, la joven se acercó a él con sigilo y, sin mediar palabra, le estampó un beso en la frente.

—¿Cómo te encuentras?

Odiaba las muestras de afecto, así que decidió ignorarla mientras hacía zapeo, aunque de reojo la vigilaba para prevenir que le diera un

abrazo repentino. De pronto, reparó en su cabeza. Estaba borrosa. Había algo en ella que no lo dejaba apreciar su frente ni sus cejas. Entrecerró los ojos y se atrevió a escudriñarla. ¿Qué demonios le pasaba a la bruja? No lograba enfocarla bien porque parecía estar inmersa en una bruma. ¿Qué era aquello? Alzó más la barbilla, y en cuanto pudo distinguir sus facciones, ahogó un grito que le hizo llevarse la mano al pecho.

—¡Cojones! ¿Qué te has puesto en la cabeza? —León se incorporó, asustado.

—¿A qué te refieres?

Sofía pasó la mano por sus cabellos y luego se palpó las orejas. León se separó de la muchacha mientras le señalaba que había algo que giraba alrededor de su frente. El cazador no sabía apreciar si se trataba de alguna estela mágica o de una niebla apocalíptica. Era una especie de nubarrón oscuro que fluctuaba y le impedía distinguir el rostro de la bruja de forma nítida.

—¡Se te ha pegado una nube! ¿Cómo demonios has conseguido bajar una nube del cielo? ¿Has formulado un hechizo al levantarte? Ya sabes que no quiero brujerías en mis guardias.

—¡No sé de lo que estás hablando! Estás poniéndome nerviosa. —Sofía corrió hacia el baño y desde allí la escuchó gritar.

Tanto Simón como Iris se despertaron, y esta última acudió al salón a toda prisa exigiendo respuestas. Sofía regresó al salón, cabizbaja. Temblaba de arriba abajo, sin comprender por qué una nube gris la seguía a todas partes.

La vidente abrió la boca al verla y se la tapó con la mano de inmediato.

—¡Ay, Dios! Vale, no pasa nada. Voy a traerte un vaso de agua. Siéntate en una silla y procura calmarte. Todo va a salir bien. Es una nubecilla de nada. Seguro que se irá rápido —dijo, escapando a la cocina.

—¿Qué está... pasándome? —logró balbucear mientras trataba de enjugar un llanto que se le antojaba inminente.

Simón le acarició la espalda en un intento nada fructífero por consolarla.

—Me la juego a que son tus emociones. ¿Cómo te has levantado hoy?

—Bien —se justificó ella—. Normal. Como siempre. ¿Por qué me preguntas eso?

—¿Hay algo que te haya alterado? —insistió el demonio.

Sofía se encogió de hombros y luego reparó en el cazador, quien permanecía observándola desde la distancia como si fuera un bicho raro.

—Bueno, vi a León y sentí pena por lo que le había pasado anoche.

Sentí la necesidad de consolarlo, de darle un beso para que supiera que estoy aquí. Sin embargo, la tristeza no desapareció. No sé cómo explicarlo. Todavía sigue aquí dentro..., un vacío desconocido y que no consigo llenar.

La bruja negó con la cabeza, sin comprender por qué razón se desahogaba de esa manera, sin filtros y sin mirar a su interlocutor. Al atisbar a Iris, quien regresaba con el vaso de agua, se inclinó hacia adelante y se lo arrebató antes de que se lo ofreciera. A continuación, se lo bebió de un trago, sin respirar.

—Estás triste y tienes una nube gris posada sobre tu cabeza. El otro día, cuando estabas cabreada, me lanzaste por los aires... —Simón le hablaba pausado para no alterarla más—. ¿Entiendes adónde quiero llegar? —Ella asintió con una inclinación ligera de la barbilla—. Tus sentimientos están jugándote una mala pasada —continuó—. Tienes que intentar estar lo más tranquila posible hasta que Harry descubra cómo ayudarte.

—¿Esto ya le había pasado? —intervino León, quien todavía dudaba entre acercarse o alejarse más de la bruja.

—No de una manera tan visual. —Con los brazos en jarra, Iris mostró su desesperación mordiéndose el labio inferior—. Será mejor que llame a Harry, a ver si ha descubierto algo o puede adelantar su viaje.

—Tengo que informar de esto a Rafael —anunció tajante.

—¡No! Por favor, León, todavía no. Cuantos menos conozcamos el estado actual de Sofía, mejor. Si esa gente se entera de que no se encuentra en las mejores condiciones, podrían aprovechar para atacarla. Es la última llave, León. Si ella cae, estamos todos perdidos.

—Vale, dejad de decir que es la última —se quejó el demonio—. Me pone más nervioso...

El cazador carraspeó y arrugó la nariz, poco convencido. No le gustaba ocultarle nada a Rafael, aun así asintió. Tampoco quería que los adeptos de Janus se enteraran de la enfermedad de la bruja, ya que eso los pondría en un aprieto.

—Sí, ya contamos con que tiene la de los demonios. Esos degenerados se venden unos a otros por un puñado de almas.

Simón exageró un par de estornudos para detener el discurso del cazador y evitar llegar a un desacuerdo poco amistoso con él, puesto que no quería verse forzado a descubrir su tapadera antes de tiempo. Empezaba a hartarse de los continuos desprecios de León hacia aquellos a los que él consideraba sus hermanos. Aunque ¿para qué engañarse? La mayoría de las veces, muchos se convertían en sus rivales cuando avistaban una presa fácil.

Esa tarde, en cuanto Sofía volvió a dormirse después de aconsejarle durante horas que debía descansar, Iris y Simón aprovecharon para ir

al supermercado. León les había dejado dinero, y luego había insistido en que él cuidaría de la bruja mientras ellos estuvieran fuera, así también aprovecharía para echarse una siesta y reparar el sillón en cuanto tuviera fuerzas. Todavía percibía los dedos de Janus dentro de sus neuronas, y eso lo desgastaba más de lo que en un principio había imaginado. Ya tenía ganas de regresar a Zaragoza y ponerse manos a la obra con Rafael. Estaba siendo hora de pasar a la acción y no de aguardar otra posible intromisión del vidente, medio brujo o lo que fuera el chalado ese.

Después de soportar varias horas de vuelo soporíferas, llegaron al aeropuerto de Alicante. Hugo aprovechaba siempre para dormir en los aviones, ya que en la carretera prefería conducir él, mantener el control y la vista al frente. No obstante, y aunque apreciaba el silencio de sus compañeros para que no lo molestaran en cuanto cerraba los ojos, esta vez no conseguía sucumbir a sus deseos, ya que el mutismo exagerado del brujo lo incomodaba. De reojo, observaba cómo lo analizaba, cómo arqueaba las cejas y asentía sin motivo alguno. Su presencia en el asiento contiguo estaba exasperándolo, a pesar de su reverenciada discreción y de sus modales refinados. Hugo no conseguía dormir porque recelaba de su conducta. Con él, tenía la convicción de que siempre debía estar en guardia, aunque todo pareciera estar en calma. Por eso agradeció poder pisar tierra firme y olvidarse de las continuas miradas del brujo, aunque su plan de descanso se hubiera ido al traste. Necesitaba un poco de reposo, y algo de paz interior; una calma que anhelaba, sobre todo después de lo acontecido la noche anterior.

De pronto, había sentido una presión en la cabeza, como si todos los dedos de una mano hubiesen decidido agujerear su coronilla. Durante unos segundos que se le antojaron interminables, disimuló su malestar ante el señor Castle. Sin embargo, cuando las voces comenzaron, no pudo resistirlo más y se llevó las manos a los oídos para tratar de impedir que todos esos espíritus le hablasen al mismo tiempo. No, no eran espíritus. Una sola voz. Todas se habían convertido en una sola. Demasiado cargante. Espesa. Apenas podía dilucidar sus palabras.

No recordaba cómo el brujo lo había hecho, sino que había intervenido en ese ataque cruel para detenerlo. Y lo había conseguido tras recitar una simple frase que se le antojó como la música celestial que debía sonar en el ansiado Paraíso. Las voces cesaron. Se esfumaron al instante. Hugo contempló al hombre con ojos agradecidos, y este le confirmó que había extraído la voz de su mente

a la vez que le mostraba una hebra caprichosa enredarse entre sus dedos. A continuación, el brujo se desprendió de ese filamento blanquecino y lo dejó volar. En un principio, este se elevó con presteza, para luego detenerse a la altura de sus cabezas. Entonces, el hombre dejó escapar un soplo suave y lento que hizo estremecer a la hebra.

Perplejo, Hugo observó su vibración, e hipnotizado, escuchó cómo se plasmaba su reproducción:

—*Mis queridos cazadores, ha llegado la hora de entregar las armas, de abandonar el combate, pues nos aguarda una época de paz y esperanza, esa por la que tanto hemos luchado. Es hora de abrazar la felicidad, de sentirnos dichosos porque habremos logrado nuestro destino: un mundo sin bestias, sin necesidad de renunciar a la vida que hemos deseado. Todos nuestros dones serán desvelados, todos compartidos, todos igualados... No existe nadie mejor ni peor, ya sean puros o cruzados, humanos o brujos... Solo importa la persona... Sin embargo, para conseguir la gloria, debemos concentrarnos en hacer un último esfuerzo, y es aquí donde os necesito. Habrá personas que se opongan a nuestro alzamiento, que traten de destrozar nuestros planes de paz, y es porque el bienestar común nunca les ha interesado a aquellos que se aprovechan de la desgracia de otros. Es hora de que se escuche la voz de los guerreros, de los que murieron para que otros pudieran vivir. Es hora de que os unáis a mi causa, a nuestra causa..., porque todos merecemos tener un pedazo de Cielo en la Tierra.*

El brujo silenció las palabras de Janus y, con una mueca de contrariedad dibujada en su rostro, miró al muchacho, todavía sobresaltado.

—¿Y es así como piensa convencer a vuestro gremio? ¿Con retórica barata?

—¿Qué demonios ha sido todo esto? —preguntó, señalando la hebra, que poco a poco se disolvía en el aire.

—Una demostración de poder. Nada más. Una forma de control arcaica y que, sin embargo, les ha funcionado a muchos líderes políticos: la promesa de un mundo mejor.

El brujo chasqueó la lengua y se encendió un cigarro sin usar el mechero tan costoso que siempre tenía en el bolsillo. Después se apoltronó en el sillón mientras se deleitaba con el humo que salía de su boca. Hugo se sorprendió al comprobar la escasa preocupación que le había suscitado el discurso de Janus.

—¡Ese tipo me ha perforado la cabeza para meterme sus ideas! ¿Cómo puede quedarse ahí parado? Ya ha visto lo grave que es.

—Claro que comprendo la gravedad del asunto, y no puedo estar más de acuerdo contigo. Sin embargo, tenemos que ser más listos que él. Estoy convencido de que muchos cazadores se sumarán a sus filas; no por su grandilocuencia ni por su altruismo, sino por la estupidez

que siempre ha acompañado al ser humano. No lo digo yo, lo dice la historia. —El hombre continuó jugando con las formas geométricas que nacían en sus labios—. He reconocido la voz de mi sobrino: Jaime. Siempre ha sido avaricioso, y ahora que lo sé, también un mezquino. También sé que no es una persona generosa. Nunca se ofreció a cuidar de su hermana enferma, nunca perdonó a mi hermano por haberse mudado a Suiza, a pesar de que allí obtuvo los mejores estudios de videncia a los que un muchacho de su condición podía aspirar. Siempre quiso más... Es un ser inseguro y repleto de resentimiento.

—Bien, esto lo sabe usted, no el mundo.

—Quizá ha llegado el momento de que el mundo conozca quién se oculta tras la máscara.

De vuelta en el aeropuerto, se deslizaron hacia la salida, seguros de la misión que iban a emprender. Para George se había convertido en una cuestión personal, ya que a quien siempre consideró y quiso como una tía, Carol, jamás pretendió proteger a la dulce bebé que sostuvo en sus brazos; al contrario, quiso alejarla de su propio hijo para protegerlo a él de sus propias barbaridades. El brujo estaba convencido de que aquella mañana en el *hall* del hotel ella ya había visto que Jaime trataría de asesinarla para obtener esa estúpida llave, y él, un brujo entregado, dispuesto a dar la vida por su pequeña, había confiado en sus predicciones. ¿Por qué no iba a hacerlo? Carol jamás fallaba. Sofía era lo que más quería en el mundo, y no iba a permitir que nadie le hiciese daño a su pequeña.

Mientras, Hugo se debatía entre el deseo de volver a ver a la bruja y el hecho devastador de enfrentarse a la realidad. Sus sentimientos no habían cambiado a pesar de la distancia. Puede que tal vez por el estrecho lazo que los mantenía unidos, o quizá porque, en el fondo, tal y como le había sugerido el brujo, había algo de verdad en su amor. Y aunque ansiaba agarrarse a ese clavo ardiendo, era consciente de que se acercaba el momento en el que ese vínculo forzoso fuese cortado, y que después debía enfrentarse al vacío. Un vacío que ya había vivido en el pasado y que solo le había regalado oscuridad.

Aun así, caminó presuroso por el aeropuerto mientras de reojo observaba la falsa arrogancia del brujo. A él no lo engañaba: debía estar hecho un flan, ya que en pocos minutos le presentaría de manera formal a su hija, a la que hacía años que no veía.

Por fin, y después de horas de fastidioso silencio, el hombre decidió reparar en su existencia:

—¿Dónde tienes el coche?

Boquiabierto, el cazador lo miró unos segundos como si estuviese desvariando. Estaban en la ciudad de su hija, se dirigían a su casa, y después de horas sin preguntarle siquiera qué reacción podría tener

ella o si debía comprarle un regalo antes de presentarse en su casa, le preguntaba por el transporte.

—Cogeremos un taxi. Como comprenderás, no me he llevado el coche en el bolsillo. Se lo dejé a un amigo, quien debe estar cuidando ahora mismo de tu hija.

—En cuanto a eso, preferiría que no le desvelases que soy su padre —dijo muy resuelto—. Al menos, no por el momento.

Hugo se detuvo en medio de la acera, obstaculizando el paso de otros viajeros.

—¿Y qué piensas decirle? ¿Y por qué no me lo has contado antes? Estamos a unos quince minutos de su casa. ¿Hay algo más que necesite saber?

El brujo lo dejó atrás mientras le hacía señas a un taxista y subía al vehículo. Hugo se apresuró a introducir su equipaje en el maletero mientras el hombre le sonreía desde el asiento. Esperó a que el cazador se acomodase y le indicó la dirección al conductor.

—Te noto algo nervioso, un poco crispado tal vez. Deberías relajarte.

—¡No me jodas! —exclamó mientras le daba un portazo al taxi—. Ahora entiendo por qué te dejó tu mujer.

El brujo ignoró su último comentario, el cual le había resultado gracioso, y bajó la ventanilla trasera del vehículo, dispuesto a respirar el ajetreo de la ciudad. Quería percibir su aroma a libertad y a nostalgia, como ya había hecho antaño en esas tardes de otoño en las que vigilaba a su hija hasta que pudo cerciorarse de que crecería en un hogar excelente.

Inspiró pausado y dejó escapar el aire prisionero para que volara y se mezclara con la brisa. Quería que Alicante lo recibiera con los brazos abiertos, por eso dejaba que la ciudad lo reconociese, que olfatease su esencia. Todas las ciudades poseían su propia energía, un flujo energético que discurría bajo la tierra, para luego elevarse sobre sus cabezas y contaminar a sus ciudadanos con un humor especial. A veces, estas energías podían ser afines a un brujo, y en ocasiones se mostraban rebeldes y poco propicias para sus necesidades.

Cuando aterrizó en Inglaterra, enseguida se sintió golpeado por el desenfreno y el desorden de Londres. Su amigo, por el contrario, había encontrado la ciudad enriquecedora. Y cuando conoció a Samantha, quiso descubrir las inspiradoras calles de Brighton y perderse entre su diversidad cultural. Después del divorcio, se trasladó a Eastbourne. Su aire jovial lo beneficiaba en muchos aspectos, y era favorable para su equilibrio energético, a pesar de esa pizca de melancolía que de vez en cuando irrumpía en la ciudad costera y lo sumergía en días grises. No obstante, la brisa del Mediterráneo era diferente. Transportaba alegría, ingenio y creatividad a su árbol genealógico, y esta había sido la razón

por la que había decidido que Sofía creciera allí. Su energía le aportaba positividad y empeño, cualidades destacables en una bruja, aunque ella jamás debió despertar. Nunca debió verse inmersa en un mundo del que la había apartado, o quizá nunca debió alejarla de su lado.

Cerró la ventanilla y apoyó la cabeza en el respaldar. Se entretuvo unos segundos organizando toda la maraña de pensamientos que lo turbaban desde que el cazador se había entrometido en su vida. Demasiadas mentiras rodeaban a su familia. Verdades ocultas que luchaban por tener el lugar que les correspondía. Secretos inimaginables que lo habían conducido hasta allí, a la ciudad donde todo comenzó, donde dejó de tener un futuro para que Sofía pudiera tener el suyo.

El taxi paró y, después de ofrecerse a pagar, descendió del vehículo.

—¿La avisaste de nuestra llegada?

—Me dijiste que no lo hiciera —le recriminó Hugo, quien no acababa de comprender la actitud del hombre.

—Bien, has hecho bien —le respondió mientras se adecentaba el abrigo—. ¿Desde cuándo has empezado a tutearme? ¿Y por qué?

Hugo rio.

—Desde que decidiste acompañarme en este viaje. Si tengo que soportarte, lo haré a mi manera. ¿Acaso estás nervioso?

El brujo lo miró por encima del hombro y reparó en sus ojos verdes, más luminosos de lo habitual, también esquivos, pues no quería que nadie se inmiscuyera en sus desvelos. Sin embargo, a él no lo engañaba. Hugo estaba enamorado hasta las trancas de su hija.

—Sabes que he venido hasta aquí para deshacer el conjuro —le soltó, sin tener en cuenta sus sentimientos—. Para eso viajaste hasta Inglaterra. Me suplicaste que lo hiciera.

—Sí —farfulló.

En cuanto llegaron al portal, el hombre se detuvo, tragó saliva y luego se humedeció los labios, los cuales se le habían secado de forma repentina.

—No voy a subir.

—¿Cómo? Has hecho un viaje largo para llegar hasta aquí, para ver a Sofía.

El hombre agachó la cabeza y asintió varias veces, dándole la razón, sin embargo, no iba a cambiar de opinión. No podía. Se había enfrentado a muchas adversidades durante su vida, a personas indeseables, interesadas y demasiado oscuras como para dejarlas libres, siempre con una determinación innegable. No obstante, el hecho de ver a su hija lo turbaba. Toda esa fuerza de la que había hecho alarde se desinflaba poco a poco.

—Debería ver primero una cara amiga —suspiró desconsolado—.

Yo esperaré aquí fuera y… Mejor le cuentas que has conseguido a su brujo puro y que ha venido hasta aquí en persona para ayudarla con el conjuro. No quiero que la atosigues con nada más. No le menciones los sellos ni lo que le ocurrirá si se empeña en usar sus poderes. Eso déjamelo a mí. Mejor vamos despacio.

Atónito, el cazador lo escudriñaba como si tuviera ante sí a una persona distinta, diferente al orgulloso brujo que había conocido en Inglaterra.

—¿Seguro que no prefieres subir conmigo?

—Me quedaré por aquí. No tienes que preocuparte por mí. Y si al final decide que es mejor que nos veamos mañana. No pasará nada.

Hugo reparó en su voz insegura y sintió lástima del hombre. Al fin y al cabo, sí que le afectaba presentarse ante una hija a la que había abandonado hacía dieciocho años. Le dio una palmadita en el hombro y se internó en el portal. Él también estaba agitado. No tenía ni idea de cómo lo recibiría ella después de haber desaparecido unos dos meses sin más argumentos. Al principio, le enviaba algún mensaje que otro explicándole que todavía estaba tras la pista del brujo. Cuando esa coartada fue ya insostenible, puesto que Harry le había jurado que le había dado la dirección correcta, se limitó a aconsejarle que no usara sus poderes, ya que Janus podría captarlos, y era indispensable que no se pusiera en un peligro innecesario. Ella le respondió a los primeros con mucha efusividad. Más tarde, como él no satisfacía sus continuas preguntas, Sofía dejó de enviarle más mensajes. Era evidente que estaba enfadada con él, y con razón. Había encontrado nada más y nada menos que a su padre y se lo había ocultado. Para alguien como él, quien detestaba los secretos, empezaba a tener demasiados en su vida.

Golpeó con los nudillos la puerta y aguardó como un adolescente exaltado a que ella abriera la puerta.

Sofía escuchó los toques, y aunque no quería abandonar la cama, imaginó que Iris se había olvidado las llaves en casa. Se levantó, arrastrada por unos pies que deseaban ponerse en marcha, cansados ya de estar inmóviles, y a desgana, con el pijama puesto, descalza y con los cabellos reburujados, se dirigió al salón, dispuesta a abrirle a sus compañeros, para luego emprender la huida de nuevo hasta su habitación. Había caído en la cuenta de que dormir era mucho mejor que pensar, ya que su cabeza era una olla a presión constante que solo el sueño podía aliviar.

Abrió, y sin más se dio la vuelta, sin comprobar si era su amiga la que se encontraba en el umbral.

—Sofía.

Su corazón le dio un vuelco. Esa voz. Esa maldita voz la hizo temblar de arriba abajo. Temió girarse. No quería hacerlo. No podía

volver a perderse en sus ojos esmeralda. Se había negado a pensar en él. Y en Oriol, porque le dolía bastante. Se torturaba al imaginar que estaba navegando entre dos aguas y que jamás llegaría a puerto, que se hundiría antes de volver a pisar tierra. Ese conjuro la había condenado, se lo había repetido un millar de veces, y sin embargo la había liberado. Todo ese deseo prohibido había cobrado sentido en los brazos de Hugo. Y no podía permitirlo. No podía volver a caer en el pozo cuando ya estaba vislumbrando la luz. No ahora, cuando sus emociones la castigaban y se reían de ella, aflorando como hadas perniciosas dispuestas a hacerle explorar sus límites.

—Tenemos que hablar. Tengo muchas cosas que contarte.

Escuchó cómo la puerta se cerraba tras de sí y él avanzaba hacia ella. Seguro. Sigiloso.

—No me toques.

—¿Qué te pasa?

Su pregunta lanzada al viento del norte la molestó, como si no la conociera, como si esperase una respuesta que pudiese simplificarse en una maldita frase. ¿Qué era lo que no le pasaba?

Se dio la vuelta, auspiciada por su crispación, y se encaró con él sin darle tiempo a reaccionar.

—¿Cómo te atreves siquiera a dirigirme la palabra? Me prometiste que no tardarías, que en cinco días estarías de vuelta. ¿Y cuánto tiempo te has quedado en Inglaterra? —Hugo le hacía señas para que parase. Trató de sujetarla por los brazos, pero ella se resistía—. ¿Acaso te imaginas el infierno que he estado viviendo?

—Sofía, tranquila...

—No voy a tranquilizarme. Sé que esperabas que me echara a tus brazos y me alegrara de verte. Pero estoy cabreada. ¡Muy enfadada!

De repente, Hugo se echó a reír y todas sus defensas se vinieron abajo. Ella lo miró como si hubiera enloquecido mientras él continuaba señalándola con un dedo que no se mantenía fijo en un lugar.

—Llevo un rato tratando de advertirte. Si estás tan enfadada conmigo, ¿cómo es que salen fuegos artificiales de tu cabeza?

Sofía se sonrojó y atisbó la lluvia de colores que caía sobre sus hombros. En ese momento, estaba tan avergonzada que no le importaba en absoluto su ridículo pijama con ositos amorosos con el que lo había recibido. Con la boca abierta, escuchó el sonido de los petardos estallar a su alrededor. Su cuerpo vibraba, se estremecía como un polvorín esperando el boom final. Sus emociones la traicionaban de nuevo. Estaba exhausta. Harta de rogarles que se callaran.

De pronto, se abrazó al cazador y se echó en sus brazos para olvidarse de ese tictac que tanto la atormentaba.

—¡Cómo te he echado de menos!

8

Mentiras

Jorge del Castillo nunca presumió de sus dones ni de la familia de la que procedía, a pesar de que tenía numerosos motivos para hacerlo. Su pureza era ancestral, tanto que su curiosidad lo había llevado a establecer una conexión con Empédocles de Agrigento, un filósofo y poeta griego. Su personalidad siempre estuvo envuelta en numerosas leyendas, algunas exageradas y otras veneradas por los propios brujos, ya que fue un mago influyente de la época, profeta, autor de algunos hechos considerados «milagros» y un entusiasta dispuesto a resolver misterios mágicos. Empédocles postuló la existencia de cuatro raíces inalterables y eternas, fundamentales para descubrir el origen de todas las cosas: agua, aire, fuego y tierra. También aseguraba que al combinarse entre ellas en distintas proporciones, y gracias a la intervención de dos fuerzas cósmicas, amor y odio, obtendríamos a todos los seres del mundo físico.

Empédocles dominaba «las cuatro raíces», como las había bautizado él, con mucha habilidad y precisión. Las había estudiado toda su vida, y murió teorizando sobre su uso cotidiano y tratando de desvelar las verdades ocultas en ellas. Estas permanecieron intactas en su árbol genealógico a través de los siglos. Cuatro joyas. Cuatro dones elementales.

Su hermanastro siempre fue más propenso a utilizar el fuego en sus hechizos; no porque no tuviera conocimientos sobre el resto, sino porque sentía una fatal atracción por la flama. Adoraba percibir el calor en sus dedos, se deleitaba observando cómo la llama crecía y cobraba fuerza antes de destruir lo que se le antojara. Su hermana, en cambio, jugaba a ser la diosa del agua cuando era pequeña, y después fue el aire el que despertó su mayor interés en la vida adulta. Sin embargo, él nunca sintió predilección por ninguno de los elementos. Todos se le habían ofrecido de igual manera y todos gozaban de un lugar privilegiado dentro de su ser.

Su familia siempre fue complicada, demasiado incluso para ser descendientes de brujos filósofos y artistas. La madre de su hermano Esteban murió al poco tiempo de él nacer. Según su propio padre, no fue una mujer agraciada y ni mucho menos simpática, pero gozaba del respeto de la comunidad de brujos, ya que sus padres eran de orígenes

celtas, y eso influyó lo suficiente en él para pedirle matrimonio a la insulsa Alice. Cuando esta murió, su padre, devastado más bien por el hecho de que debía criar a un niño pequeño, regresó a su pueblo materno, a sus raíces castellanas, para pedirle ayuda en la crianza a su madre Asunción Reguero. Y fue allí, años después, donde conoció a una joven bruja que le partió el corazón en numerosas ocasiones. Él le contó que tuvo que conquistarla día tras día, noche tras noche, pues ella tenía decenas de pretendientes y él era un viudo con un hijo de diez años a su cargo. Las malas lenguas dicen que su padre se aprovechó del niño para engatusarla y que así la joven se decidiera a ser su madre adoptiva. No obstante, Ana Castellanos era una mujer con mucha iniciativa y nada manipulable. Así la recordaba él: una madre enérgica, aunque también cariñosa y desprendida a la que, a pesar de su juventud, le fue difícil concebir a sus dos hijos naturales.

Cuando él nació, Esteban ya tenía veinticuatro años y apenas lo vio en el hogar familiar, puesto que había heredado el espíritu emprendedor y sociable de su padre. En uno de sus viajes conoció a la majestuosa Caroline, una vidente suiza de piel tan blanca que asustaba al más atrevido. Por supuesto, su padre nunca bendijo esa unión, ya que él estaba dispuesto a cortar con unos lazos ancestrales que se remontaban hasta el período greco-romano, y eso en su familia podía considerarse una traición. Aunque cuando nació Jaime, su padre le levantó la prohibición de entrar en la casa. Después de todo, quería conocer a su primer nieto, pese a que su sangre estuviese adulterada.

Jorge recordó todos los veranos en los que hacían las maletas y viajaban en coche hasta el Mediterráneo. Jaime era casi de su edad, a pesar de ser su sobrino, y él siempre lo llamó «primo», porque como primos crecieron y como primos compartieron sus primeras experiencias con la magia, con las chicas y con algún que otro abusón al que tuvieron que darle una lección. Y mientras fueron niños, disfrutaron de su inocencia y compartieron juegos, sueños y aventuras prohibidas. Sin embargo, todo cambió cuando Esteban y Caroline decidieron mudarse a Suiza por la enfermedad de su hija. Carol estaba convencida de que los contactos que mantenía allí, gracias a la buena posición de su familia, la ayudarían con sus achaques. La videncia se desarrollaba en la niña de una forma inusual, y cada vez que tenía una visión, sufría convulsiones que llegaban a dejarla inconsciente en más de una ocasión.

Jorge mantuvo siempre correspondencia con todos los miembros de la familia, incluso fue a visitarlos en algunas ocasiones a Suiza, y fue en esas efímeras visitas donde pudo captar el cambio tan grande que estaba experimentando Jaime. Se había vuelto un ermitaño, un descortés, y su obsesión por las artes oscuras lo había llevado a recibir varias amonestaciones por parte del Consejo de Brujos. Supo años

después por su hermano Esteban que había renegado del apellido familiar y había adoptado el de su familia materna, con más reputación en Europa, cuando quiso continuar con sus investigaciones, algunas clandestinas, y que incluso se había convertido en un profesor de renombre con cierta fama de exaltador.

Debió verlo venir, pero él ya estaba más centrado en su propia familia. Su esposa Samantha iba a dar a luz a su primera hija, y estaba más preocupado por que la niña tuviese todo lo necesario que por las barbaridades que proclamaba *su primo*.

Después, la separación de su mujer terminó por devastarlo. Fue en ese momento cuando quiso adoptar un nombre anglosajón: George Castle, como si así pudiera reiniciar una nueva vida; aunque la realidad era que muchos de sus colegas ingleses ya lo llamaban de esa manera, debido a la dificultad para ellos a la hora de pronunciar su nombre de nacimiento: Jorge. Se alejó de la realidad de todos, al principio porque no quería dar explicaciones sobre el paradero de su hija y de su mujer, y después porque cayó en la cuenta de cuánto lo hartaba la mediocridad de la gente, más preocupada por llenar sus bolsillos y disfrutar de un tiempo de ocio banal que en lugar de cultivarse a sí mismos como personas.

Estuvo cegado por la ira, por el rencor durante algún tiempo. No comprendía por qué después de tantos sacrificios el universo lo había castigado con la mayor pena con la que podía cargar un hombre: la soledad. Y cuánto más se lamentaba, más se encerraba en sí mismo. No quiso dejar entrar a nadie más en su mundana vida por temor a decepcionarlo como había hecho con Samantha, o a perderlo, como era el caso de Sofía. No estaba dispuesto a jugar otra partida con el destino y salir herido de nuevo. Así se acostumbró a sus días monótonos, sin hechizos y sin ningún contacto con el exterior más que con su vieja asistente, Rose, quien acudía todas las mañanas a ayudarlo con los menesteres de la casa mientras él se entretenía leyendo tratados de filosofía. El encantador Jorge había desaparecido, y en su lugar se había revelado el hermético George Castle.

Así, George divagaba sobre su vida mientras paseaba de un lado al otro de la acera, aguardando a una señal del cazador para que lo invitara a subir. Y en el caso de que Sofía hubiese declinado la oferta, al menos que lo advirtiese y le contase que su hija se encontraba bien. Solo pedía eso: que su hija estuviera bien. Sin embargo, los segundos estaban convirtiéndose en minutos, y los minutos en una pesadilla eterna que parecía no tener fin. «Jaime es Janus —se repetía—. El muy imbécil ha escogido el nombre de un dios romano para esconderse de su mísera vida. El que custodia las puertas del universo... Siempre tuvo aires de grandeza. Incluso cuando jugábamos, se autoproclamaba el general —recordó con cierta rabia—. Debí

implicarme más cuando Esteban me contó que estaba descontrolado. Tal vez si hubiera intervenido, nada de esto habría sucedido».

Alzó la vista al frente y reparó en la extraña pareja que se dirigía al edificio. Bromeaban con una complicidad que le recordaba a los enamorados después de dejar atrás las inseguridades de las primeras citas. Los mechones azulados de la joven le otorgaban aún más si cupiese un desparpajo que ya era evidente. En cambio, él disimulaba su sensatez con una sonrisa demasiado boba para no ser fingida. De pronto, palideció. No estaba ante una pareja común. Ella era una vidente, quizá cruzada, pues su don fluctuaba incompleto sobre su tercer ojo. No obstante, él… no era humano… No era de este mundo… Ese joven de cabellos rubios y de rostro agradecido era un demonio. Percibía su energía caótica. Oscura. Ni siquiera se esforzaba en ocultarla. Así que, o esa joven era una vidente pésima y descuidada que se había dejado seducir por los más que sobresalientes atributos físicos del demonio, o colaboraba con él. Y ninguna de las dos opciones le gustaba.

Iris abrió la puerta y dejó caer las bolsas de la compra ante la mirada incrédula de Simón, quien prefirió mantenerse al margen, bien seguro bajo el dintel, previendo la tormenta que estaba a punto de estallar. Perpleja, la vidente contemplaba un despliegue de fuegos artificiales por todo el salón, mientras en su centro, Hugo y Sofía permanecían abrazados. Él le acariciaba la melena y de vez en cuando le besaba la frente. Y ella no se movía. Mantenía la cabeza enterrada en los hombros del muchacho, con los párpados entornados.

Sin dudarlo, Iris se aproximó a ellos y los separó.

—¡No, no, no! Tú en esa esquina —le ordenó a Hugo mientras lo empujaba— y tú en la otra.

—¿Qué mosca te ha picado? —le preguntó el cazador.

—Sois un peligro público. No debéis estar solos en la misma habitación. Sofía me ha pedido ayuda y eso es lo que estoy haciendo —le aclaró—. Además, no se encuentra en las mejores condiciones como para afrontar también un conjuro que se le fue de las manos. ¿O es que no has visto los bonitos colores que salen de sus orejas?

El cazador volvió a reparar en el espectáculo pirotécnico y después se enfrentó a la afilada mirada de su amiga.

—Estaba saludándola, Iris. Nada más.

—Muy bien. —La chica rodeó con sus brazos al cazador, mostrándole una sonrisa socarrona—. Ahora que todos nos hemos saludado, ¿qué estás haciendo aquí?

Sofía lanzó un largo resoplido y poco a poco los fuegos artificiales

fueron desapareciendo.

—No seas tan dura con él. Acaba de llegar.

Con cara de pocos amigos, León irrumpió en el salón intentando aplacar los continuos bostezos que le recordaban la cama calentita que había dejado atrás. El alboroto lo había despertado y eso lo ponía de muy mal humor. Después, reparó en la presencia de Hugo y su rostro mudó de inmediato. Sus ojos se agrandaron, sus facciones se enternecieron y sus brazos se abrieron, esperando recibir los de su compañero en cualquier momento. Hugo no lo defraudó. Trató de levantar su enorme cuerpo del suelo y hacerlo girar como un trompo, sin embargo, se conformó con que sus pies se despegaran con cierta timidez del pavimento.

—¡Cuánto me alegro de verte! —exclamó el fortachón mientras hacía esfuerzos para que al menos sus dedos rozaran el suelo—. ¿Qué has comido en tierras inglesas? Estás fuerte.

—La comida no es muy buena, pero he sobrevivido.

—¿Sabes qué es lo que más me pone feliz? —Hugo frunció el ceño, expectante—. Que ahora que has vuelto, yo me voy a casa y te quedas tú cuidando de estos tres mocosos.

Mientras León reía como un descosido, el recién llegado lo miraba confuso.

—¿Has dicho tres?

El joven cazador giró sobre sus talones y descubrió a un chico más bien delgaducho y con cara de simplón observándolo desde la puerta.

—¿Y quién es este? —preguntó con un tono desagradable que hizo que ambas chicas reparasen en lo delicado de la situación.

—Es un primo segundo de Iris. Un vidente como ella. No da problemas, es bastante manso, y le da igual dormir en el suelo con tal de que lo protejamos. Además, cocina de maravilla —le explicó León.

Hugo lo escudriñó con suspicacia. Sin ningún tipo de reparo, lo estudió de pies a cabeza y luego posó sus ojos verdes, demasiado audaces y recelosos, sobre el rostro de su amiga.

—¿Es tu primo segundo? —Iris asintió sin responder—. ¿Hijo de esa prima de tu madre que vive en Portugal o del primo francés?

—Sí, nooo… No tiene acento francés. Es el hijo más pequeño de Aurora, la que vive en Pontevedra.

—Y que luego se mudó a Portugal.

—No, estás confundiéndola con otra prima de mi madre, Carmen —rio ella algo avergonzada—. Ella sí que se casó con un portugués.

Iris suspiró aliviada al comprobar que el cazador relajaba sus músculos faciales. Hugo refunfuñó por lo bajo. Odiaba las sorpresas, aunque menos le gustaba que un desconocido, por muy vidente que fuera, se metiera en sus asuntos, sobre todo cuando la situación no era la más favorable para recibir visitas. No quería hacer de niñera de un

pardillo. Mientras, Simón continuaba expectante en la puerta, preparado para la fuga en cuanto él bufara.

—¿Por qué la interrogas de esa manera? —le recriminó Sofía—. ¿Es que no te fías de Iris?

Hugo ignoró la pregunta de la bruja y volvió a considerar al joven.

—Entra —le ordenó—. Ahora charlaremos tú y yo un rato.

Simón asintió sin fiarse por completo del ofrecimiento de paz del cazador. Estaba preparado para cualquier posible ataque. Un demonio siempre debía estarlo ante cualquier comportamiento hostil. Y ya desde el primer momento había deducido que Hugo no era como León, a quien se le podía engatusar con unos buenos guisos y una historia dramática sobre su persona. Al hombre no le interesaban demasiado los detalles de su vida mientras no se metiera en problemas y obedeciera. Además, tampoco había dudado de la palabra de Iris. Era su primo, uno lejano, con el que se mensajeaba de vez en cuando. Ni siquiera había valorado la posibilidad de que la vidente estuviera mintiéndole. La conocía desde que era una niña, ¿por qué motivo iba a hacerlo? Sin embargo, ese joven cazador parecía que no tenía corazón. Ya lo había visto cuando se introdujo en la cabeza de la bruja: arrogante, fiero y demasiado impulsivo cuando se trataba de lidiar con un *monstruo*. Sin embargo, su punto débil era su familia. Su bendita familia. No dudaría en morir por ellos… y por ella.

La miró mientras comenzaba a cerrar la puerta. La poderosa llave de los brujos. Un santo grial que no solo los demonios deseaban, sino también Janus. Una fuente de conocimiento, de sabiduría mágica. La línea genética que marcaba su derecho a la llave era la de su padre. Él también había hecho los deberes. Sin embargo, no había que subestimar la impronta de su madre. Ella también procedía de una familia que había liderado la guerra contra los demonios antes siquiera de que el ser humano fuera calzado. Sofía. En ella habían convergido dos líneas de sangre ancestrales, dos familias mágicas notables, y era esto lo que la convertía en un ser especial: no que fuera una llave en sí misma, sino que en su ser permanecían grabados a fuego hechizos que desaparecieron en el tiempo. Él lo había visto cuando había hurgado en su interior. Ese Janus la subestimaba. Se había concentrado en la herencia de la llave, y no en cómo una dulce muchacha era capaz de susurrarle a la brisa sin alterar su movimiento, cómo conectaba con las nubes para que le ofrecieran su lluvia o cómo se desenvolvía en la batalla sin haber sido entrenada. Ella era la clave. Su solución, y a la vez su maldición. Si quería salvarse, debía salvarla a ella primero. Si quería que el cazador lo estimase, tenía que hacerle conocer su valía.

Cuando por fin la puerta se cerraba tras de sí, alguien emergió desde la penumbra de las escaleras y trató de sacarlo a rastras de la

casa. No lo escuchó llegar, ni siquiera captó la energía arrolladora que ahora lo mantenía preso. Se había concentrado tanto en el cazador que obvió el hecho de que tal vez no hubiese regresado solo.

—¡¿Qué haces?! —escuchó gritar a Hugo.

—¿Conoces a este tío? ¡Dile que lo suelte! —La voz de Iris salió en su auxilio.

—¡Es un demonio! —escupió el desconocido.

—Será mejor que lo dejes tranquilo —lo amenazó la bruja, que intentaba desde su posición descifrar quién era el individuo que había apresado a Tres.

Simón percibió cómo unas cuerdas invisibles lo sujetaban primero por las muñecas y luego por los tobillos. Eran gélidas. Estaban tan heladas que pudo sentir la abrasión en su piel. Ese hombre no era un cazador, sino un brujo. Apretó los dientes para no chillar de dolor. Ese malnacido había conjurado unos grilletes para apresar demonios y lo había hecho sin despegar los labios. Aun así, Simón no se dio por vencido. Incluso cuando otra liana transparente comenzaba a enroscársele en el cuello, trató de liberarse. Forcejeó con todas ellas. Sin tregua. Sin acatar la más que deshonrosa rendición. Lucharía hasta el final, como siempre había hecho. Nadie había conseguido ponerlo de rodillas hasta ahora, y no iba a permitir que un brujo lo doblegara. Se concentró en su fuego interior, en su propio infierno. Debía calentar los grilletes hasta hacer que se derritieran.

—¿Cómo que un demonio? —León había sacado su preciada navaja de uno de sus bolsillos y dudaba sobre contra quién debía usarla—. ¿No es tu primo, Iris? ¿Y quién es ese otro?

Hugo se abalanzó sobre Tres e impidió que este se liberase de las cadenas de sus manos. Quería reducirlo, no matarlo, ya que ahora en su mente se le agolpaban centenares de cuestiones que necesitaban respuesta. Sin embargo, el supuesto demonio era fuerte. Continuaba golpeándolo con los puños, la cabeza o incluso las rodillas, cada vez que intentaba traerlo a tierra. El brujo lo miraba altivo desde el rellano, convencido de que nada podía hacer contra sus lianas.

—¡Suéltalo, Hugo, por favor! Es un amigo... Está con nosotras...

De un salto, Iris se montó en la espalda del cazador y le tapó los ojos con sus manos.

—¿Qué estás haciendo? —le espetó él.

—Escúchame. No puede morir. Está ayudándonos —insistió ella.

—¿Te has vuelto loca? ¡Es un demonio!

—¡Es la llave de los demonios! —le gritó Sofía.

El alboroto era cada vez mayor, y el brujo temió que en cualquier momento pudieran alertar a los vecinos. Así que alzó el brazo y, con un movimiento explosivo de su mano izquierda, los empujó a todos hacia al interior. Volaron por los aires; no de una manera violenta,

sino al contrario: con movimientos sosegados donde podían observar sus propios cuerpos desplazarse y tratar de esquivar los numerosos obstáculos que iban presentándoseles antes de besar el pavimento. A continuación, el brujo cerró la puerta y contempló cómo los tres implicados en la pelea se retorcían en el suelo después de recibir algunos porrazos contra el mobiliario. Aprovechando que Simón se encontraba a los pies de la estantería, volvió a levantar el brazo con la intención de asestarle un golpe fatal. Sin embargo, esta vez fue Sofía la que se interpuso entre su objetivo.

—No lo hagas. No quieras enfrentarte a mí.

George observó los ojos gélidos de la bruja, de un azul intenso, más intenso que el color del propio cielo en un día de verano. Ardientes. Bellos. Eran como los de su madre cuando conectaban con su don interior. El hombre bajó la mano muy despacio y después le sonrió satisfecho.

—Si él muere, Janus estará un paso más cerca de conseguir lo que quiere. Por lo que a mí respecta, Simón es de los nuestros. —Entrecerró los ojos sin bajar la guardia—. ¿Quién eres tú?

Hugo se levantó, lamentándose del roto de los pantalones. Después ayudó a la vidente a ponerse de pie. Tenía una herida en el codo, y aunque le escocía, procuró no quejarse. El cazador miró al brujo, quien parecía haber enmudecido ante la presencia de su hija, y luego posó sus ojos en ella. Y entonces reparó en que decenas de agujas flotaban sobre sus hombros, dispuestas a ser liberadas ante cualquier gesto del brujo.

—Sofía, puedes estar tranquila —le dijo en tono conciliador—. Solo pretendía ayudarte. Ambos pensábamos que ese chico era una amenaza, y ahora nos damos cuenta de nuestro error. Él ha venido desde Inglaterra conmigo. Es el brujo puro que tanto estuvimos buscando. Se llama George Castle.

La bruja lo examinó confusa y a la vez aliviada.

—¿En serio? ¿Y has venido hasta aquí para deshacer el conjuro? Pensaba que podías hacerlo desde la distancia, o tal vez que me llamaríais para reunirme con vosotros.

—Es algo más complicado. —El hombre habló por primera vez, y su voz grave retumbó por toda la estancia.

—¿Hablas nuestro idioma? —le preguntó perpleja.

—Eso también es una larga historia.

Durante toda la disputa, León había dudado a quién asistir. El cazador había insistido en que Simón era el enemigo; se fiaba demasiado de un hombre a quien nadie conocía. Y ahora resultaba que era un brujo con cierta reputación. A él, todos los de su gremio le provocaban una alergia infinita, ya que eran propensos al narcisismo y a infravalorar a los cazadores. La excepción siempre había sido Harry,

si dejaba a un lado sus innumerables excentricidades. Quizá fuera porque era un cruzado y un amante de la literatura. Con recelo, observó al elegante caballero con voz de anuncio de perfume, y no quiso guardar su inseparable navaja.

—¿Alguien puede decirme qué diantres está pasando aquí? Ahora mismo estoy muy cabreado. ¿De verdad este botarate es un demonio? —Simón se encogió de hombros, confirmando su condición, y León bufó malhumorado—. Ya decía yo que cocinaba demasiado bien… Y ahora, ¿puede explicarme alguien por qué leches he estado protegiendo a un demonio y a nadie se le ha ocurrido contármelo?

Cuando Iris expuso todas las razones por las que habían decidido ayudar a Tres, a Hugo se le antojaron demasiado insuficientes. Un demonio siempre era un demonio. Su enemigo natural. Alguien a quien debían desterrar de la Tierra y no dejarlo regresar jamás. Desde luego, él no estaba allí para convertirse en su guardaespaldas. No era una víctima inocente ni un corderito que no supiera defenderse. Era una bestia. Astuta. Impredecible. Un ser oscuro motivado por los sentimientos más rastreros que el ser humano podía albergar, y al que él se resistía a ayudar, por mucho que insistiera la vidente. Lo examinó unos instantes y torció el gesto en cuanto este descubrió que lo estudiaba. Su cuerpo podría ser el de un universitario empollón al que le sobraba el dinero, sin embargo, su interior olía a podrido.

—No es una idea brillante mantener a las dos últimas llaves en el mismo lugar. Janus ya sabe dónde vive Sofía. Cuando quiera, vendrá a por los dos.

Fue lo único que se permitió expresar después de la intervención más que meditada de Iris. Obvió argumentar que no le interesaba custodiar a un demonio, aunque se tratase de una llave. No le importaba. Nunca le había importado. No era nada personal, pero odiaba a todos los de su especie, lo llevaba en su sangre, y lo habían adiestrado para no sentir compasión cuando les rebanaba el cuello. Tampoco quiso confesar que detestaba la idea de que ambos durmieran bajo el mismo techo. Ya estaba provocándole urticaria con tan solo imaginarlo. Se limitó a resaltar los numerosos agujeros del absurdo plan que habían organizado, como era habitual en él; después de todo, era un cazador, un estratega.

—¿Y por qué no hemos ocultado a Sofía también? Ah, espera, lo intentaste y no funcionó. Janus tiene ojos detrás de la espalda —le recordó Iris.

—Eso no pasó exactamente así… —El cazador empezó a justificarse, pero luego desistió. Las chicas habían hablado, y no habría forma humana de hacerlas entrar en razón. Si querían jugar a ser las hermanitas de la Caridad con el demonio, lo harían, con o sin su consentimiento—. Da igual. Tenemos que protegernos mejor. Berto

ya nos confirmó que dejaría a Sofía para el final, así que lo más previsible es que tú seas la próxima víctima.

Señaló a Simón sin ningún pudor, esperando que al menos el demonio se amedrentara. En cambio, este se limitó a arquear las cejas y a fruncir sus labios hasta formar una pequeña O en ellos.

El brujo, quien había asistido a la charla como si fuera un mero oyente, se inclinó hacia delante y expresó una duda que llevaba rondándole por la cabeza desde que había puesto un pie en la casa de Sofía:

—¿A qué está esperando? ¿Por qué no ha actuado ya? Es evidente que ya tiene el piso localizado y que también sabe que aquí se esconde la llave de los demonios. ¿Por qué no viene?

Durante unos segundos, todos intercambiaron miradas sin saber muy bien cómo responder al brujo.

—La última vez le dimos una paliza a su demonio. Estará escarmentado y buscando la manera de acercarse a Sofía sin hacer mucho ruido —le explicó Hugo, no muy convencido.

—Bueno, Rafael y yo hemos detectado algunos movimientos extraños en los Pirineos, y después cómo varios grupos han comenzado a dispersarse por el norte —le comentó León mientras se rascaba la barbilla—. Además, el padre Carlos está siguiendo una pista, aunque todavía no nos ha comentado de qué se trata... Él es así: si no está seguro, no dice nada.

—¿Por el norte? ¿Qué hay en el norte? —insistió el brujo.

León se encogió de hombros. No tenía ni idea de qué diantres podrían estar haciendo los adeptos de Janus por allá arriba. Mientras Hugo mantenía la cabeza gacha, Iris negaba continuamente.

De pronto, Sofía se llevó la mano a la boca y tapó un creciente chillido.

—¡Oh, Dios mío! ¿Y si mis padres estuvieran allí? ¿Y si los han localizado?

—Oriol sabe ocultarse bien —trató de consolarla el cazador mientras ocultaba la desazón que le causaba pronunciar el nombre de su hermano—. Él sabe lo que hace. Se moverá si ve que los han descubierto. No tienes por qué preocuparte de tu familia.... Mi hermano es un gran cazador. Ahora debemos centrarnos en nosotros mismos y decidir cuál será nuestro siguiente paso.

Sofía bajó la barbilla, intranquila. Nadie había querido comunicarle dónde se escondían sus padres y su hermano. Y a pesar de que confiaba en Oriol —nunca había dejado de hacerlo—, continuaba pensando que ella debería estar con ellos. Ya se había alejado de su familia una vez, y tampoco ese plan funcionó. Secuestraron a su madre y quisieron hacer un intercambio con ella. Rezaba para que no los localizaran, para que pudieran estar tranquilos hasta que la locura

terminara. Sí, confiaba en Oriol. Él cumpliría su palabra. Aunque la hubiese apartado de su corazón, jamás abandonaría a su familia.

—Ahora que usted está aquí, tal vez pueda ayudarnos. —Sofía posó su mirada suplicante en el rostro severo del brujo—. No me encuentro en las mejores condiciones para enfrentarme a nadie. Mis poderes están descontrolándose. Actúan antes de que yo piense o me dejan paralizada cuando debería defenderme. Usted es un brujo puro, por lo que quizá pueda mantener las salvaguardas mágicas que hemos colocado Harry y yo por todo el edificio.

El hombre palideció. Su hija le imploraba auxilio. Y por mucho que aborreciese la idea de volver a involucrarse en asuntos mágicos, no pudo decirle que no. Ella no se encontraba bien. Había usado hechizos demasiado laboriosos y que habían requerido una energía descomunal, demasiado poderosa para ser absorbida por una niña sin experiencia alguna. Los conjuró con cierta facilidad, a pesar del sello que tanto su madre como él le habían impuesto. Tragó saliva y quiso examinarla de inmediato. Sin embargo, no sabía qué excusa utilizar para que ella le permitiera llegar a su don. Sofía necesitaba un médico con urgencia. Y no un médico cualquiera, sino uno que curase el alma. Un médico de brujos.

De pronto, sin esperarlo, la vidente le regaló la ocasión:

—¡Eso es! —exclamó Iris victoriosa—. Tú lo has dicho. Es un brujo puro. Además de cortar ese vínculo peligroso, tal vez pueda hacer algo…, ya sabes…, con ese otro problemita.

—¿Qué problemita? —preguntó Hugo, quien empezaba a hartarse de tantas sorpresas.

Sofía suspiró angustiada, y algo nerviosa se frotó las manos, sin decidir todavía si podía confiar en el nuevo amigo del cazador.

—Mis padres biológicos me pusieron una especie de cerrojo para impedir que desarrollara mis poderes. Pero hay algo que va mal. Está rompiéndose solo, y no debería ser así. Soy una especie de bomba de relojería, y por más que me empeño en no estresarme ni agobiarme, siempre sucede algo que me lleva al límite…, a esa especie de línea roja que no puedo cruzar sin que explote.

Hugo se levantó de un salto y la miró perplejo.

—¿Quién te ha dicho todo eso?

—Simón ha estado ayudándome —le confesó algo sonrojada.

—¿Has permitido que un demonio te lea? ¡¿Es que te has vuelto loca?!

—No teníamos otra opción —intervino Iris, cansada de que Tres recibiera todos los golpes.

—Siempre hay otra opción —le recalcó el cazador, enfadado por semejante imprudencia.

George ayudó a su hija a tumbarse en la cama. Le colocó bien una almohada bajo la cabeza y otra bajo los pies. Lo hizo con mucha delicadeza, tratando de transmitirle una calma que él había perdido en cuanto había escuchado la palabra «sello». Lo sabía. Sofía tenía conocimiento de la intervención que habían hecho años atrás para regalarle una vida sin sobresaltos, sin continuas sorpresas, ya fueran desagradables o algo más favorables. Un futuro monótono y cotidiano como del que gozaban el resto de los humanos, ignorantes de su camino por la Tierra, concentrados en trabajarse una vida donde pudieran obtener alimento y una casa. Quizá una familia. O puede que amigos con los que compartir viajes por el mundo entero. Un perro o un gato. Ella era libre de escoger lo que quisiera, y no una vida sujeta a recibir los continuos impactos energéticos de otros seres.

No todos eran malignos; eso también era verdad. Algunos casos te llenaban de satisfacción en cuanto resolvías el misterio de una casa embrujada o de una herencia desaparecida. No obstante, la entrega, la dedicación que necesitaba la vida de un brujo, podía hacerte olvidar que el sol continuaba brillando ahí fuera.

—Ahora solo tienes que relajarte, Sofía. Prefiero que estés dormida mientras reviso todos tus órganos vitales.

Ella asintió y, de reojo, observó que Hugo continuaba a su lado. Le sonreía de medio lado mientras la cogía de la mano.

—Todo va a ir bien.

El brujo habría preferido realizar la intervención a solas, sin embargo, ya había intuido que eso le sería imposible. Para Sofía, él seguía siendo un completo desconocido. Es más, tenía la certeza de que confiaba más en el demonio que en él, a pesar de que pertenecían al mismo gremio. Y aunque ella lo ignorase, era sangre de su sangre. Su familia. Su legado. Tuvo que lidiar con su impetuosa amiga para impedirle la entrada y rogarles a los demás que permanecieran fuera de la habitación sin hacer mucho ruido. No obstante, sí que había permitido que el cazador lo acompañase. Y no porque le inspirase una simpatía arrebatadora, sino porque, en ese momento, era la única persona de la que podía fiarse dentro de esas cuatro paredes. Conocía su secreto, y así Sofía se sentiría más segura si uno de sus amigos presenciaba el ritual.

Antes de comenzar, ya le había explicado el procedimiento y había contestado a todas sus dudas. Era inocuo, nada invasivo, una especie de radiografía para los brujos sin ningún efecto secundario y que le llevaría a conocer la gravedad del asunto.

Con el dedo índice, George acarició el centro de su frente, y después, poco a poco, lo trasladó hasta la punta de su nariz. Repitió el

ejercicio una docena de veces hasta que por fin la bruja entornó los párpados y cayó en un profundo sueño. Luego, con las dos manos a varios palmos de su cuerpo, trató de percibir la energía de la joven. La auscultaba, indagaba en su flujo sanguíneo buscando alteraciones. Entonces, sus manos se detuvieron a la altura de su pecho, y tras entrelazar sus dedos, para luego hacerlos volar como si fueran las alas de una mariposa, una chispa azul emergió desde la boca de su estómago, y su luz vaporosa se extendió por todo su cuerpo. Pronto se formó sobre este una intrincada red de líneas que se interconectaban unas con otras de forma asombrosa. En algunas zonas, el tono azul se tornó más violáceo, y en otras, el rojo tomó relevancia.

—¿Qué es eso? ¿Su aura? —le preguntó maravillado el cazador.

—No, son sus conexiones mágicas. Es como la red neuronal de cualquier ser humano, sin embargo, esta es más delicada, más asombrosa. Estás contemplando la esencia de un mago, su ser infinito, y cómo se relaciona con el universo.

Hugo contempló extasiado cómo centenares de partículas de diferentes colores se desprendían de la red mágica y se elevaban queriendo rozar el techo.

—Te aseguro que es más impresionante admirar este ritual en medio de la naturaleza. Cada molécula, cada átomo mágico, se fusiona con los distintos elementos a través de sus ríos, del barro que pisamos, del aire que respiramos y del fuego que emana de cada ser.

El cazador continuó admirando cómo algunas se enredaban en las manos del brujo y ascendían por sus brazos hasta conectarse con él a través del punto central de su frente. Después, Hugo percibió un intenso calor que se acrecentaba con cada latido de su corazón, y fue entonces cuando descubrió que una de las hebras azuladas de Sofía había llegado hasta su pecho. Era estimulante. Provocadora.

—Es el vínculo —le aclaró el brujo.

Él ya lo había intuido, pues el deseo arrebatador que lo apabullaba una y otra vez, sin apenas dejarlo respirar, estaba volviéndolo loco.

De pronto, George, que continuaba hurgando en los filamentos mágicos de su hija con las yemas de sus dedos, se detuvo de forma brusca y esbozó una mueca desvelando su inquietud.

—Hay demasiados nudos —le dijo preocupado—. Es normal que los nudos existan en la red mágica de los brujos. A lo largo de nuestra vida vamos disolviéndolos, aprendiendo a gestionarlos para seguir avanzando y que así aparezcan otros nuevos que vuelven a dificultarnos el camino. Sin embargo, en Sofía, se hacen y deshacen a una velocidad apabullante. No termina de asimilar el contenido de un nudo cuando ya tiene cuatro nuevos.

Hugo trataba de comprender sus palabras a la vez que era golpeado por una nueva oleada de frenesí, la cual volvía a sumergirlo en un mar

embravecido, y él nadaba deseoso de agarrarse al chaleco salvavidas. A su salvavidas. A Sofía.

—Los nudos forman parte del aprendizaje de un brujo. Son como los escalones de un rascacielos que debes ir subiendo poco a poco antes de llegar al don completo. Tienes que afianzar tu magia en cada rellano para no caer desde las alturas. Ella no está subiéndolos, sino escalando el edificio.

—¿Qué significa eso?

—Que si no se detiene, pronto romperá el sello.

Hugo soltó la mano de la bruja y se levantó, dejando caer la silla tras de sí. Se dirigió hacia la ventana en busca de un oxígeno que estaba resultándole costoso encontrar. Después sintió las ganas irrefrenables de encender un cigarrillo, a pesar de que hacía algo más de dos meses que había abandonado el vicio. Se había desprendido de él tan rápido como había llegado, consciente de que era perjudicial para la vida de un cazador. Lo había visto en algunos compañeros. Les costaba correr, perseguir a una presa o huir de una bestia. La caja torácica se reducía a unos cuantos bronquios inservibles. Y aun sabiéndolo, lo necesitaba en ese momento, porque no podía gritar, golpear la pared ni besar a la mujer que amaba. Tenía que actuar ya si no quería perderla.

—Creo que ha llegado la hora de localizar a Samantha. Y me da igual que me digas que es imposible y que no existe la manera de encontrarla. Vosotros habéis creado este problema, y vosotros lo arreglareis.

El brujo permaneció en silencio, observando cómo las líneas mágicas comenzaban a desvanecerse ante él sin que le ofrecieran una solución plausible. El sistema interno de Sofía se deterioraba y había comenzado ya a afectarle los pulmones y el hígado. En cualquier momento, su hija podría entrar en un estado de hibernación autodefensivo para preservar su organismo. Y eso no era nada bueno. Pocos habían despertado después de sufrir las consecuencias de un apagón sistémico. Pocos habían logrado preservar su alma intacta.

—De momento, es mejor que se limite a tener una vida tranquila... —dejó escapar, demasiado afectado como para enfrentarse a los reproches del joven.

—¿Una vida tranquila? ¿Todavía no entiendes que una panda de imbéciles quiere abrirla en canal y extraerle esa dichosa llave?

—Dormirá algunas horas, así que todavía contamos con algo de tiempo para inventarnos una historia que no sea tan dramática.

Hugo chasqueó la lengua, cabreado.

—Deberías decirle que eres su padre. ¡Basta ya de mentiras!

—En el estado en el que se encuentra, es mejor que no reciba información que pudiera sobresaltarla.

El cazador se llevó las manos a la cabeza, desesperado. Odiaba los secretos, y en ese momento él era esa cajita de música donde se escondían todos, ansioso por que alguien la abriera y lo liberara de esa presión, temeroso de que la música sonara descontrolada y no pudiese frenar los pasos de baile de la bailarina.

Respiró hondo y atisbó cómo Sofía tiraba de la manta y se arropaba aún más.

—¿Y qué vas a decirle del vínculo?

—La verdad. Está en una situación delicada para que nadie pueda hacer nada. Vas a tener que soportar todo ese éxtasis durante algún tiempo más. No soy idiota. Percibí tus impulsos mientras el vínculo se manifestó.

El cazador se masajeó la frente, azorado. Debía mantener todos esos sentimientos en la gaveta, en la maldita caja de música.

—No finjas que estás consternado. Veo cómo la miras, cómo sus palabras se deshacen en tu boca anhelando que te susurre un «Te quiero». Tú no deseas que se rompa el vínculo. No dudo que fuera tu pretensión cuando viniste a importunarme. Sin embargo, al volver a verla has cambiado de opinión. Y créeme, todos esos sentimientos que experimentas no son más que una absurda mentira, auspiciados por un conjuro.

—Tú me dijiste que solo funcionaba si la persona hechizada ya sentía algo, por muy pequeño que fuera —le recriminó irritado, sin alzar demasiado la voz.

El brujo resopló con descaro.

—¡Claro! Y tal vez fuera tan ínfimo que jamás habría despertado ese sentimiento en ti; por lo menos, no en esta vida... Ahora, la única manera de averiguarlo es que cortemos los lazos que tienes con mi hija.

Hugo volvió a perderse contemplando el horizonte a través de la ventana. La primavera estaba cerca, ya casi podía percibir el perfume embriagador de las flores. Su esencia.

—¿Y cómo te atreves hablarme a mí de sinceridad, cuando tú tampoco lo has sido conmigo? —continuó el brujo—. ¿Por qué no me dijiste que tenías un hermano?... ¿Quién es Oriol? ¿Y qué pinta en toda esta historia?

9

Corre

Amanecía, otra vez. Y de nuevo salió a correr para enterrar todos sus pensamientos bajo el sudor y ese continuo y embaucador sirimiri, el cual se aferraba a él fingiendo ser una cascada de lágrimas, empeñada en resbalar por su piel para recordarle que también era humano.

Esta vez no se entretuvo a contemplar el impresionante paisaje que lo engullía y lo hacía empequeñecer entre las montañas y extensos valles. Esta vez luchaba por hacerse notar, por sentirse imprescindible y ser como la rosa que nace torcida al borde de un acantilado. Valiente. Astuta. Y a la vez única por observar al mundo desde una perspectiva diferente a la de los demás. Él era como ella. Su nacimiento fue profetizado por muchos videntes durante muchos siglos, pero sepultado por algunos interesados que no deseaban que un niño rompiese la balanza entre el bien y el mal. Todo debía ser blanco o negro. No existían los matices que adornaban la bondad ni los que tallaban la maldad. Por lo tanto, él jamás debió existir. Un demonio con alma para algunos, un humano medio demonio para otros. Todo dependía de a quién se le preguntase.

Oriol retiró la capucha de la sudadera de sus cabellos y alzó la barbilla para permitir que las finas gotas de lluvia lo empapasen. Estaba vivo, por mucho que trataron de ocultar su nacimiento. Existía. Y no era el engendro que habían vaticinado ni el cordero entregado dispuesto a morir por una causa justa para que otros vivieran tranquilos. Ya muchos conocían su existencia, sus méritos y también sus fracasos. Era como el resto de los cazadores: hábil, táctico. En definitiva, un guerrero. Y, sin embargo, no había escuchado las voces.

No tuvo que estrujarse el cerebro para comprender que todas las palabras que pudo recordar su tío Gabi después de su desvanecimiento estaban dictadas por Janus. Tampoco le extrañó que Bianca le narrase que había visto una fuente blanca tan grande que podía caber la cabaña entera dentro de ella. El líder de la secta había hallado la forma de entrar en las mentes de los cazadores, tal vez por su condición de vidente o quizá porque cada día que pasaba se volvía más poderoso. No obstante, él no oyó nada. Ni siquiera un débil susurro que luchase por entrar en sus oídos. Nada. Y ahora la pregunta que se hacía era: ¿Por qué? ¿Es que su parte demoníaca impidió de

forma natural que tratasen de manipular su cerebro?, ¿o es que ni siquiera era considerado un cazador por el universo como para enviarle el mensaje, por muy perturbador que fuera?

Tenía sentimientos encontrados. Por un lado, había experimentado una inmensa felicidad por no haberse visto reducido a un despojo por una simple voz, y por el otro, se preguntaba si acaso no era merecedor de ella. «Por mucho que me esfuerce, siempre seré un impuro, un demonio para el resto», se lamentó.

Después de hora y cuarto sin parar de correr bajo la lluvia, tomó el camino de vuelta a casa, y pocos minutos después divisó a su tío con un chubasquero gris ir a su encuentro. Al principio se alarmó, consciente de que en cualquier momento los seguidores de Janus podrían intervenir. Luego, al observar la sonrisa pícara que empañaba su semblante entristecido, se relajó.

—No sé por qué te torturas de esta manera. No necesitas entrenar todos los días ni practicar el tiro. ¡Por Dios, hace un día horrible! Es mejor quedarse en casita y entrar en calor... Ya sé que no sufres las inclemencias del tiempo como los demás, pero tampoco tienes que machacarte tanto.

Oriol ignoró el sermón de su tío, y en lugar de reducir la marcha, lo obligó a mantener la suya. Gabriel bufó y decidió acompañarlo. Su sobrino continuaba corriendo, mirando al frente y sin desviarse de su objetivo.

—¿Todo en orden en casa?

—Sí, Bianca está jugando a la Nintendo con el chaval.

—¿Bianca? —Arqueó las cejas, sorprendido.

—Tampoco es que ella sea un repelente para los niños —le dijo riendo. Gabriel mantuvo el silencio unos minutos al comprobar que el joven continuaba concentrado en su carrera. Después de un rato, se decidió a romper su recogimiento—: ¿Podrías bajar un poco el ritmo? Hace demasiado tiempo que no pongo a prueba mis piernas, y ya empiezan a cansarse.

Oriol se detuvo y volvió a cubrir sus cabellos con la capucha. Frunció el ceño y miró a su tío de forma interrogante.

—¿Qué pasa? Te conozco desde hace mucho, y sé que jamás abandonas tu precioso sillón para buscar a nadie. Y menos con este tiempo.

Con los brazos en jarra, Gabriel soltó un silbido poco alentador.

—Oye, llevamos unos días aquí, y ni Bianca ni yo hemos visto nada que nos indique que la familia está siendo vigilada.

—Son muy buenos, eso es todo. Han visto que han llegado refuerzos y valoran la nueva situación. No podemos subestimarlos.

El hombre soltó una profunda exhalación.

—Oriol, sé que eres meticuloso y que tu sexto sentido *especial* está

advirtiéndote de que algo pasa… Y sí, algo está ocurriendo, eso es evidente… Esas voces…

Apagó la frase antes de que su sobrino pudiese detectar su pavor. Aun así, al joven le bastó su silencio para rellenar los huecos vacíos de su discurso. Lo miró con rostro comprensivo y con un brillo esperanzador en sus ojos de perpetuas aureolas doradas.

—Estás acojonado. Y, créeme, lo entiendo. Alguien ha perforado tu cerebro y te ha hecho ver un futuro aterrador… Pero no puedes escurrir el bulto ahora, porque, estés donde estés, Janus continuará enviándote mensajes. Puede que en tu trabajo, cuando estés conduciendo o en un bar repleto de gente. ¿Qué harás, entonces? No puedes estar solo por ahí. Aquí al menos estás con personas que entienden la situación y pueden ayudarte si vuelve a repetirse. Yo puedo ayudarte.

Gabriel desvió la mirada al suelo, avergonzado por sus transparentes temores, por sus oscuros anhelos. No quería fallarle de nuevo al chico. No a él.

—Lo que me mostró no era aterrador. ¿Quién no desea un mundo sin monstruos? Sobre todo si se trata de un cazador frustrado que nunca aceptó su destino, que se rebeló contra todos para hacerse notar, para poner fin a sus cacerías… ¡Tú sabes que esto es una vida de mierda!

—¡¿Qué?! —Oriol no daba crédito a sus palabras—. ¿Qué intentas decirme? Porque creo que no te he entendido bien.

Su tío lo agarró por los hombros y lo forzó a mirarlo a los ojos.

—Escúchame, vales mucho más que todos esos cazadores pringados que se creen meritorios de un trofeo. Tú eres especial. Siempre lo fuiste. No tienes que seguir sus dictámenes ni sus órdenes. Tú tienes cabeza. Y un corazón enorme que no te cabe en el pecho… No malgastes tu vida de esta manera. Haz lo que siempre has querido hacer: ve a la universidad, estudia biología y dedícate a observar el comportamiento de los animales en su propio medio. Busca a una chica, forma una familia, y si tienes miedo de que tus hijos puedan heredar lo que tú llamas maldición, ¡pues no los tengas! ¡Vive! ¡Ama! ¿Acaso te has enamorado? ¿Tienes a alguien por quien suspirar? ¡Oriol, tienes que vivir!

Gabriel emprendió el camino sin esperar a que él reaccionara y respondiera a su más que evidente sacudida. Lo dejó plantado bajo la lluvia mientras una pizca de arrepentimiento lo pinchaba con su afilada aguja. No quería hacerle daño, sin embargo, toda esa locura desproporcionada lo superaba. No se trataba tan solo de proteger a una familia de un fantasma rebelde. Aquello era algo más. Algo para lo que no estaba preparado. Hacía años que no se enfrentaba a entes oscuros ni a bestias empeñadas en sembrar el terror por los lugares

por los que pasaban. Y aquello era todavía más espeluznante. ¿Cazadores contra cazadores? ¿Hermanos contra hermanos? Él no quería participar en esa guerra. No quería resucitar a sus propios monstruos.

—¡¿Y ya está?! ¿Te vas? ¿Una simple voz, y vas a esconderte en tu guarida? Mi padre tenía razón: ¡eres un cobarde! Por mucho que quieras ignorar los problemas, ahí están, rodeándote, aguardando a asaltarte cuando menos te lo esperes. ¡Si niegas la realidad, esta te zurrará de la forma más salvaje!

—¡Hazte un favor! No malgastes tus energías protegiendo a una familia que ni te importa, solo por ese estúpido sentido del deber que tenéis todos los cazadores.

Oriol lo observó hasta que su sombra se perdió entre el tallo de los árboles y la inmensa vegetación. No lo siguió. Se quedó anclado a la tierra, recibiendo los golpes de centenares de gotas de agua.

—Es que me importan… —susurró, con los labios mojados—. Me importan demasiado.

Elena lo vio llegar cabizbajo, más callado de lo habitual. No corría; arrastraba los pies por el barro sin importarle ensuciar sus deportivas. Entró sin mirarla, sin excusarse siquiera por su tardanza. El tiempo empeoraba, y la fina lluvia de la mañana se había convertido en un aguacero. Ella lo observó con rostro intransigente. Si fuera su hijo, se habría llevado una gran reprimenda y un castigo que recordaría toda su vida. Sin embargo, no pudo emitir juicio alguno, y no porque no lo uniera a él un lazo sanguíneo, sino porque en el fondo le apenaba la situación que estaba cargando sobre sus hombros. Oriol estaba lejos de su familia, de sus amigos, y quizá de alguna novia, ya que era un joven bien parecido. Se encontraba en esa cabaña por ellos. Y a veces percibía la soledad que lo hundía en un abismo sin fin, en una caída eterna en la que nunca chocaría contra la realidad, para así, de una vez por todas, poder lamerse las heridas. Pensó que la llegada de su tío con su joven prometida haría que el cazador consiguiera deshacerse de parte del peso que se había empeñado en soportar. No obstante, la presencia de Gabriel había resquebrajado viejas cicatrices que no habían sellado del todo bien en el pasado. Ella lo sabía. En todas las familias había secretos, lágrimas que fueron secadas a toda prisa para que no surcaran la piel y dejaran una huella evidente. Esas que se derraman con todo el dolor del alma y se enmascaran tras una sonrisa cándida.

Observó cómo el chico se refugiaba en el baño tras un portazo. No preguntó por Cris, como solía hacer, ni por Roberto, que se había

afanado en recoger parte de la leña apilada antes de que el tiempo empeorase, para así alimentar la chimenea. Las noches continuaban siendo frías, a pesar de que el sol, durante algunas horas del día, lograba perforar las nubes y regalarles momentos cálidos. Ella los aprovechaba permitiendo que esos rayos tímidos abrazaran sus mejillas y terminaran de secar esas lágrimas cargadas de remordimientos que la desvelaban antes del alba.

—¿Tenemos que mudarnos ya? —le preguntó a Gabriel al ver que se apresuraba a recoger algunas prendas dispersas por todo el sofá cama.

—Ahora Oriol discutirá el plan con vosotros. Puede que nosotros salgamos antes, como avanzadilla... Ya sabes, para corroborar que el camino esté despejado.

Confusa, Elena lo ayudó a retirar las sábanas y a doblar las mantas que le había preparado un par de noches atrás.

—Vale, bien. Quizá debamos también estar atentos —dijo con voz temblorosa—. ¿Os vais después de comer, o preferís que os prepare algo para el camino?

—No, no se preocupe, señora. Nos las arreglaremos, como hacemos siempre —le dijo, sin atreverse a mirarla a la cara.

Oriol apoyó las manos en los azulejos y bajó la cabeza, permitiendo que el agua de la ducha bañara sus cabellos, para luego deslizarse por toda su piel. El chorro caliente lo relajaba, dispersaba todos sus pensamientos y hacía que sus problemas empequeñecieran gracias a la fuerza del agua. Alejó el resentimiento que hacía que su bestia se empoderara, que batallara por salir al exterior, y se deleitó con la calidez que experimentaba su cuerpo desnudo. Había aprendido a controlarla, a aplacar su furia con una ducha, a mantenerla entretenida mientras corría, a permitirle respirar a la vez que jugaba a la caza cuando se encontraba en plena libertad, sin que nadie mirara.

Durante unos largos minutos, no se movió. Continuaba recibiendo el chorro de agua con gratitud mientras esta limpiaba toda la tierra de sus piernas y desplazaba a las gotas de lluvia que se resistan en abandonarlo. Respiró lento y comenzó a masajearse el cuello. Gabriel volvía a equivocarse. Nunca debió llamarlo, nunca debió contar con él, por mucho que pensase que jamás lo defraudaría. Ya lo había hecho en el pasado. Ya había abandonado a Hugo en medio del bosque con un monstruo y no le importó. Y ahora la historia volvía a repetirse. Sin embargo, esta vez no se trataba de Hugo, sino de él. Y Oriol nunca imaginó que pudiese hacerle lo mismo que a su hermano. A él no. Siempre había permanecido a su lado. Incluso cuando su padre pasó semanas en el hospital y el padre Carlos se ocupaba de

todas las gestiones, su tío estuvo allí, junto a él. Supo que se había escapado cuando nadie había notado siquiera que no estaba en casa.

—Tu padre se pondrá bien —le aseguró cuando tuvo que ir a recogerlo a las afueras del pueblo—. Es más tozudo que una mula. Dentro de poco, lo verás de nuevo soltando tiros con su escopeta.

—¿Volverá a caminar?

—Eso no lo sé —le dijo mientras desenvolvía un chicle y se lo introducía en la boca—. ¿Quieres uno? —Oriol negó con la cabeza—. Mira, chaval, sé que has pasado por muchas cosas que otros niños ni siquiera padecerán en su vida... Tu padre te aceptó desde el primer momento, y Laura te crio como si fueras su propio hijo, y sabes que el abuelo te quería mucho... Yo también te aprecio, a pesar de que esas feromonas empiezan a revolotear por todas partes y puedes convertirte en un rival para mí... Ya sabes a lo que me refiero —dijo, guiñándole un ojo—. Tú formas parte de nuestra familia. Eres medio demonio, ¿y qué? También eres un cazador como nosotros, nacido de la misma tierra en la que nos forjamos, y no quiero que esto lo olvides nunca.

—¿Crees que algún día seré tan bueno como el abuelo?

Gabriel soltó un silbido, dejando entrever que sería muy difícil superar las hazañas del abuelo.

—Serás mejor que yo, que tu padre, y seguro que hasta que el abuelo. —Oriol sonrió satisfecho—. Eso sí, la próxima vez que te escapes y me hagas venir a buscarte, te juro que no lo contarás. ¿Desde cuándo te gusta venir al río?

Su tío lo abrazó y le abrió la puerta de la furgoneta.

Después de quitarse el jabón del cuerpo, cerró el grifo y, con los ojos cerrados, cogió la toalla. Se secó los cabellos con esmero, y cuando estaba enrollándola en su cintura, se sobresaltó al ver que alguien abría la puerta de golpe. Atisbó la melena suelta de Bianca asomar tras ella y maldijo por lo bajo.

—¿Es que no podías esperar? —le recriminó.

—Lo he hecho —le dijo con descaro—. He entrado en cuanto he escuchado que cerrabas el grifo.

—Todavía no estoy vestido —le hizo notar de mala gana.

—Oh, no eres el primer hombre al que veo desnudo. Puedes estar tranquilo. —Se acercó al espejo de la repisa y lo abrió sin prestarle mucha atención—. Vengo a recoger un par de cosas y después te dejaré solo.

Oriol presionó los labios, fingiendo una sonrisa que ni él mismo se creía. Esa mujer era incorregible.

—¿También huyes despavorida?

—Yo no huyo de nada. A mí las voces no me asustan. Me cabrean porque no puedo hacer nada para defenderme, nada más. Y si te refieres a esos cazadores invisibles que se camuflan como los duendes en el bosque, tampoco les tengo miedo. Aunque eso ya lo sabes. Si me voy, es por él.

Bianca terminó de recoger un par de cremas, su cepillo de dientes y su inseparable acondicionador. Los introdujo en una bolsa y después lo miró con firmeza.

—Deberías largarte de aquí. Esa gente no bromea. He memorizado hasta la última palabra que ese tipejo me metió en la cabeza —le reiteró, señalándose una sien—. Está usando su videncia para manipular pensamientos, para ofrecernos una realidad que jamás existirá en este planeta en contra de todos los dogmas de su gremio. Y, créeme, no soy una fan del Consejo de Brujos ni del de los Videntes, y no me hables del de los Cazadores... Sé que yo me gano algún dinero con mis trabajillos, pero no uso mis dones para hacer el mal. Liquido a bestias. Eso es todo. En cambio, ese vidente se aprovecha del resto sembrando una semilla de apariencia dorada en muestras mentes y llena de bichos en su interior. Sus artes son oscuras, por mucha luz que quiera ofrecernos o que se empeñe en mostrarnos. Nadie posee la verdad absoluta.

Oriol arrugó el rostro, complacido por la opinión de la joven.

—Me alegro de que no creas en sus promesas.

—¡Venga ya! ¿Un mundo sin oscuridad? ¿Quién se cree eso? Además, si acaba con todos los monstruos, me quedaré sin trabajo —afirmó, chasqueando la lengua.

—Quédate. Necesitamos a personas como tú.

Ella estiró el cuello y acercó los labios a su oreja.

—Viniendo de ti, es todo un halago. Y no puedo fingir que no me encantaría. —Se retiró muy despacio y analizó las líneas endurecidas de su mentón. Oriol estaba dispuesto a morir si era necesario. Ella se enorgulleció de su valentía y le regaló un beso fresco en la mejilla—. Sin embargo, tu tío me necesita. No está en su mejor momento. Tienes que entenderlo.

A continuación, abandonó el baño exagerando sus andares chulescos y saludándolo con la mano como si fuera una reina. Oriol ocultó una sonrisa tras su rostro impasible y permaneció dentro unos minutos más. Se miró en el cristal empañado del espejo y lanzó un sentido suspiro. Volvía a estar solo, y necesitaba tomar una decisión rápido. Ya.

Los vio marcharse sin oponerse a su parecer. No iba a suplicarles. No iba a arrodillarse para que se apiadaran de él. Los dos eran personas adultas con plenas facultades para aceptar o rechazar una

oferta. Y la habían rechazado. Contempló cómo las ruedas de la furgoneta comenzaban a girar esparciendo el barro que se adhería a ellas mientras la familia los saludaba y se despedían de ellos como si fueran héroes.

Cuatro días. Eso era lo que había durado su valentía. Cuatro malditos días.

Oriol le dio un puntapié a la tierra húmeda y se lamentó por haber ensuciado de nuevo sus deportivas. Escuchó cómo el ruido del motor se alejaba poco a poco de ellos, y frunció el ceño, contrariado. Tenía que actuar ya. Ignoraba cuántos cazadores se habrían unido a la causa de Janus después de las voces, aunque intuía que no eran pocos. Sus promesas, aunque vacías, estaban repletas de esperanza, y eso era lo que los hombres y mujeres necesitaban. Ilusión. Soñar con una paz eterna. Una utopía a la que aferrarse.

Conocían su localización, y ahora que su tío y Bianca, expertos tiradores, volvían a dejarlos solos, eran presas fáciles, conejos en una madriguera al descubierto, demasiado expuesta para no ser una tentación y atraer a todos esos cazadores hambrientos de gloria. Puede que pensaran atacar durante la noche para que la oscuridad del lugar los amparara y les fuera más fácil asaltar la casa. Así pasarían desapercibidos, al menos para los aldeanos, que dormirían a pierna suelta sin imaginar la pesadilla que estaba viviéndose a las afueras de su pueblo.

—Nos vamos después de comer —anunció con firmeza—. Si tenéis que recoger algo más, hacedlo rápido. No contamos con mucho tiempo.

—¿Adónde vamos? —le preguntó ansioso Roberto. Portaba el arma que su tío le había regalado y con la que había entrenado. El hombre lo miraba con ojos animados, preparado para la tormenta que se avecinaba. —¿Adónde tienes pensado trasladarnos?

Esa era la pregunta. La pregunta para la que todavía no hallaba respuesta. ¿Adónde irían? No tenía la más remota idea. Ya no le quedaba nadie más en quien depositar su confianza. No quería volver a casa, pues rompería la promesa que le hizo a su padre, y también comprometería su posición. Tampoco Alicante era una opción. Reunir a la familia con Sofía, la llave de los brujos, sería aún más peligroso. Su misión era protegerlos, y debía cumplirla hasta que se desprendiese el último aliento de sus labios.

Después de dar dos bocados, se levantó de la mesa y volvió al exterior mientras le insistía a la familia en que no se detuvieran demasiado. Ellos continuaban pensando que su tío Gabriel estaba buscando otra casa o piso donde pudieran permanecer escondidos por algún tiempo más hasta que todo acabase. Sin embargo, no había un lugar con techo adonde llevarlos, un lugar hacia donde conducir con

un rumbo que les asegurara la salvación. Y en ese momento, a Oriol le importaba poco esa cuestión. Quería sacarlos de allí fuera como fuese, antes de que el crepúsculo les trajese el tañido de las campanas que anunciarían su muerte; ese sonido monstruoso que pondría en marcha una cuenta atrás demasiado lenta para una agonía, demasiado rápida para alcanzar la libertad.

—¿Por qué estás tan seguro de que vendrán esta noche? Llevan aquí días vigilando, nada más. —Roberto volvió a importunarlo con una de sus innumerables preguntas.

—Porque es lo que haría yo.

Le respondió mirando al cielo, sin apartar la vista de un grupo de arrendajos que habían iniciado el vuelo medio kilómetro más allá. Después, reparó en el viento del norte, gélido e impío, que de forma repentina sacudía las copas de los árboles. Cerró los ojos e inspiró el aire que le regalaba un invierno moribundo y se concentró en su perfume: la elegancia del roble, la pureza del fresno, la alegre agua del río, la nieve húmeda de las cimas... Todo despertaba en él una sensación de libertad, de sosiego absoluto.

De pronto, un olor contaminante penetró de forma inesperada por sus fosas nasales: sangre. De inmediato, abrió los ojos y reprimió una mueca de disgusto. Alguien caminaba por el bosque con una herida abierta. Podía olfatearlo. Y eso no era una buena señal, ya que no estaba muy lejos.

Agudizó el oído para individuar al sujeto, y comprendió muy rápido que no se trataba de uno solo. Varios se acercaban confundiéndose con la vegetación del lugar, sigilosos, demasiado discretos para ser unos simples turistas. Escuchó los susurros que le portaba el viento, los pasos afianzados en la tierra y el rumor indiscutible del hierro al ser extraído de su funda. Venían armados hasta los dientes, quizá para tomar posiciones desde muy temprano en los alrededores de la casa antes de que la luna brillase en el cielo. O puede que para evitar una huida anticipada. Después de todo, no estaba lidiando con simples humanos, sino con cazadores experimentados.

—¡Nos vamos ya! Saca a Elena y a Cris de la casa —le ordenó entre dientes.

—¿Qué pasa?

—Ya vienen.

El niño se apresuró a entrar en el coche y Oriol lo obligó a agacharse en el asiento trasero. A continuación, le hizo señas a Roberto para que se dieran prisa a la vez que montaba en el asiento del conductor. Sin embargo, antes de que el matrimonio subiera al vehículo, escuchó el primer disparo. Sibilante. Estrepitoso. Despegó la cabeza del volante muy despacio y descubrió que la bala había

impactado en la ventana del copiloto.

—¡Meteos dentro de la casa! —les gritó mientras se desabrochaba el cinturón de seguridad y asía con rabia su escopeta—. ¡Dentro! ¡Dentro!

Saltó sobre el capó y se situó en el lado contrario desde dónde se había producido el disparo. A continuación, llegó un segundo, y un tercero. El cuarto voló sobre su cabeza y el quinto reventó una de las ruedas del vehículo. Después, perdió la cuenta. Ya no estaba lidiando con un tirador, sino con varios. Uno, dos, tres…, ¡cinco! Eran cinco. Chasqueó la lengua, disgustado. Enseguida, abrió la puerta trasera del vehículo y le rogó a Cris que se acercara a él. El niño no quería moverse. Mantenía las manos presionadas en las orejas y negaba con la cabeza mientras una lágrima despuntaba de sus ojos húmedos.

—Confía en mí —le dijo al tiempo que le tendía la mano y se agachaba aún más para soportar la nueva ráfaga de disparos—. Cris, tienes que salir del coche. Te llevaré con tus padres. En la casa estarás mejor.

El pequeño elevó la barbilla y trató de contener sus continuos gimoteos. Después, estiró su brazo hasta rozar con sus dedos la mano de Oriol. El cazador no lo dudó. Alargó el torso hasta introducirlo en el vehículo y sujetó al niño por la muñeca. Tiró de él sin miramientos en cuanto escuchó que algunos de sus agresores recargaban sus armas. Lo sacó del coche y le pidió que se tumbara bajo él. A continuación, disparó su escopeta, concentrándose más en la dirección del sonido de las balas enemigas que en su propia posición, la cual escondían con recelo tras la inmensa arboleda. Los mismos pinos que los habían protegido de los fisgones custodiaban ahora a los cazadores. Maldijo por lo bajo. Deseó que su bestia se apoderara de él y así salir al encuentro de esos traidores. Sin embargo, se contuvo al ver al niño asustado, aterrorizado.

—En cuanto yo te diga, vas a correr hasta la casa sin mirar atrás. No quiero que te pares, ¿vale? Voy a cubrirte.

Las pupilas de Cris reflejaban el pánico al que estaba sometido su pequeño cuerpo. Se habían agrandado para pedir auxilio, para hallar un escondite secreto donde nadie jamás lo encontrara. Buscó amparo en Oriol, sin embargo, no le parecía suficiente. Él era uno, y el enemigo debía contar con un batallón entero, ya que los disparos no cesaban.

De pronto, se hizo el silencio.

No duró mucho, quizá segundos. No obstante, fueron segundos donde la paz tuvo cabida, donde un tímido arcoíris pareció insinuarse en el horizonte, y pudo escuchar los latidos desbocados de su corazón.

—¡Ahora! —le gritó Oriol, empujándolo hacia la casa.

Cris corrió como si un león hambriento lo persiguiera, como si una

ola inmensa quisiera engullirlo, como si sus pies fueran su arma, y el viento del norte, su escudo. Atisbó el rostro de su padre en la puerta. Él también tenía una escopeta y disparaba hacia los árboles para sorprender a unos asaltantes a los que no les temblaba el pulso.

Oriol fue tras él, consciente de que en cualquier momento los cazadores abandonarían su posición y avanzarían hacia ellos. Sin embargo, a medio camino percibió el impacto de una bala en el muslo derecho. Aun así, no se detuvo. Continuó cojeando hasta que otra bala perforó su cadera. Entonces cayó al suelo. Escuchó el grito de Elena desde la casa y el llanto de Cris. No podía rendirse ahora, tenía que llegar a la puerta. Se arrastró ayudándose con los brazos para así poder reptar mejor. «Buitres —pensó—. Son carroñeros que huelen la sangre y aguardan con paciencia hasta que su presa muera. Revolotean sobre ella, la intimidan, la acorralan, y después descienden para alimentarse de su carne».

Entonces, reparó en que Roberto buscaba el mejor momento para abandonar su refugio e ir en su auxilio. Oriol se impacientó. Moriría desde el primer instante en el que pusiera un pie en el exterior. El hombre desconocía su condición; su mitad demoníaca no permitiría que exhalase su último suspiro allí, en una tierra olvidada y rodeado de árboles y algunas flores tempraneras. Pronto comenzaría la regeneración. Solo esperaba que fuese antes de que los asaltantes llegaran a la casa. La lucha no había terminado. Su lucha no había hecho más que empezar.

Con la tierra convertida en la almohada que amparaba su rostro, escuchó los pasos cada vez más cerca de los cazadores. Se dirigían a él con mucha cautela, con la mira apuntando a su cabeza. Pudo olfatear la sangre de aquel que lo había advertido de su presencia en el bosque minutos atrás. Era fresca, aunque parecía que habían taponado el orificio con alguna especie de venda improvisada. «Ha debido toparse con algún contratiempo mientras se dirigía hacia aquí». Era el primero de un grupo cohesionado y bastante efectivo.

Gruñó por lo bajo mientras trataba de enderezarse. Las malditas balas le habían causado un daño inesperado. Lo normal habría sido que las heridas hubiesen comenzado a sellar, y no que la sangre continuase saliendo a borbotones. Se encontraba inusualmente débil, y eso solo podía significar una cosa: habían usado balas para demonios, untadas en aceite ungido y talladas con runas específicas.

Consiguió darse la vuelta y sentarse en la tierra. Asió la escopeta y esperó a que estuvieran más cerca. Los disparos habían cesado. Ahora solo se disponían a rodearlo, sin embargo, él los aguardaba con una grata sorpresa. Su bestia estaba a punto de emerger. Con preocupación, miró hacia la ventana de la casa y deseó que la familia hubiera encontrado refugio en las habitaciones de atrás. No quería que

contemplasen su transformación. No quería que pensasen que él también era un monstruo.

De pronto, oyó un tiro que lo obligó de nuevo a acostarse. A continuación, atisbó el cuerpo de uno de los asaltantes en el suelo. Aquello no podía ser. Le había dicho a Roberto que no interviniera, si no, no tendrían piedad alguna con ellos. Seguidamente, un segundo blanco cayó en la tierra. Era una mujer de unos cincuenta años y con los cabellos grisáceos recogidos en un pañuelo. No había muerto. Podía atisbar sus ojos vacilantes preguntarse a quién habían subestimado. Oriol también se cuestionaba el origen del disparo. No procedía de la casa, sino del mismo lugar desde donde habían emergido los cazadores.

Confuso, entornó los párpados un instante. Estaba exhausto y las fuerzas se le evaporaban con cada gota de sangre que perdía.

—¿Estás bien? —Unas palmaditas demasiado molestas sobre su rostro lo constreñían a abrir los ojos.

—¿Tío Gabi? ¿Qué estás haciendo aquí? —Su imagen era borrosa, y por un segundo pensó que había perdido la cabeza por completo. La pérdida de sangre debía ser abundante, pues empezaba a delirar.

—No tenemos tiempo que perder —le oyó decir—. Bianca entró en el supermercado del pueblo para hacerse con unas cuantas cervezas para el camino. Y cuál fue su sorpresa al encontrarse con una cazadora con la que compartió trabajo hace unos años. Parece un ama de casa adorable —le dijo, señalando a la mujer, que se lamentaba en el suelo —. Sin embargo, sus muslos de pollo tienen más peligro que diez hombres juntos. Le dijo que había venido con su marido y le preguntó a Bianca que si estaba allí por lo mismo. —Gabriel lanzó una exhalación que le heló los huesos—. Oriol, esta gente no ha venido aquí por la familia. Han puesto precio a tu cabeza, y por lo que he escuchado, una buena cantidad. Tú no entras en los dogmas de este fanático de la luz, porque tú albergas partes de sombra en tu interior. Eres medio demonio, y no va a dejarte con vida. —El hombre hizo una pausa y desvió la mirada hacia la izquierda, hacia el lugar donde se encontraba Bianca—. ¿Has acabado ya con ellos? ¡Pues trae el maldito botiquín!... Voy a extraerte las balas, así tu cuerpo empezará a regenerarse.

—Por eso han usado balas contra demonios —comprendió mientras estiraba la comisura del labio.

Tanto Roberto como Elena se acercaron a él. La mujer le traía agua y unos paños húmedos; su marido, algo de alcohol y una cuchara de madera para que la mordiera en cuanto el suplicio se hiciera insoportable. A continuación, su tío le derramó la mitad del bote de alcohol en la pierna y comenzó a hurgar en ella con unas pinzas de cocina.

Oriol estaba preparado para el dolor. Siempre lo estuvo. Incluso de niño, cuando tropezaba y sus rodillas acariciaban los mosaicos consistentes de la acera, apenas tenía tiempo para distinguir los rasguños de su piel. No podía apreciar el dolor en toda su totalidad. Para él podían durar escasos segundos, donde su parte humana sentía la fragilidad de un cuerpo endeble y poco fortalecido. Cuando las caídas fueron mayores debido al entrenamiento severo al que estaba siendo sometido, respetó la forma de las brechas: más hondas y salvajes. Se atrevió a impregnar las yemas de sus dedos de ese líquido rojo, e incluso llevárselas a la boca para comprobar si Hugo tenía razón y te dejaba un regusto a hierro en la boca. También se percató de que el dolor era más grande cuando la herida era más aparatosa. Sin embargo, no le tuvo miedo. Lo recibió con valentía y honor, ya que era la manera de sentir su humanidad, aunque fueran minutos pasajeros. Lo aceptaba, y se preparaba para su marcha en cuanto iniciaba su recuperación. En ese instante efímero experimentaba una alegría inmensa porque padecía como un ser humano.

No obstante, esas balas fabricadas para matar demonios lo torturaban como nunca. La piel le ardía y el desagradable aroma a quemado lo aturdía por momentos, e incluso intuía cómo su sangre hervía. Estaba padeciendo el dolor de los demonios, y eso lo desconcertaba.

—Hay que llamar a una ambulancia —repetía una y otra vez Elena —. Puede que tengan que operarlo.

—No vamos a llamar a nadie —le respondió tajante su tío—. Vas a ponerte bien, ¿eh, chaval? Es como las otras veces, solo que esta vez tus heridas sanarán algo más tarde.

—Está todo limpio. He atado a algunos de ellos a los árboles —anunció Bianca mientras observaba cómo Gabriel retiraba la primera bala y Oriol trataba de aguantar el calvario—. ¿Qué hacemos ahora?

—Algo que detestan los cazadores: involucrar a la policía —les comunicó, con una sonrisa más que satisfecha.

—No, no, no podemos hacer eso —le dijo Oriol al tiempo que soportaba la presencia de las pinzas en su cadera.

—He pensado en todo —trató de tranquilizarlo—. Yo me encargo de este desastre y hablaré con ellos. Bianca va a cambiar la rueda que han destrozado y se llevará a la familia en el coche en cuanto testifiquen que esta gentuza se presentó aquí con la intención de robarles. Ellos no van a contradecir su versión. No van a incumplir las normas de los cazadores y exponerse aún más. Tragarán con lo que digamos… Así que no te preocupes por nosotros. Sin embargo, tú tienes que largarte de aquí, en cuanto te extraiga esta maldita segunda bala.

Oriol perdió la noción del tiempo. Se había evaporado junto con

sus fuerzas. A duras penas, se puso de pie y consiguió dar dos pasos. Se abrazó a Cris, quien había acudido para despedirse de él. Su tío tenía razón: debía abandonar el lugar a toda prisa, antes de que la policía inundara el paisaje y lo convirtiese en un circo con sus recogidas de muestras, sus interrogatorios fatigosos y su recreación inicial del crimen. En un periquete, Elena le había preparado una mochila con agua y algunos sándwiches. Se la entregó, tratando de contener una cascada de lágrimas frenética y rebelde. El cazador la besó en la mejilla y a continuación posó sus ojos benévolos sobre Roberto, quien asentía con gratitud.

Bianca y Gabriel lo acompañaron hasta los confines de la casa a la vez que él estiraba y recogía la pierna lesionada para comprobar a cuánto esfuerzo podía someterla.

—Creo que va mejor. Caminaré unos kilómetros algo cojo, nada más. Después, todo volverá a la normalidad. —Miró a la pareja con el alma encogida—. Gracias por haber vuelto.

—Oh, no pensarías que íbamos a hacer oídos sordos, ¿verdad? —Bianca le mostró su dentadura imperfecta, marcada por unos colmillos demasiado agresivos—. Puedes ser un capullo exigente, pero sigues siendo de la familia.

—Por favor, cuida bien de ellos.

—Tranquilo, los llevaré a mi búnker particular en Bilbao. Nadie los buscará allí.

Oriol rio hasta percibir cómo los músculos del abdomen se le contraían y le tiraban de la cadera, aumentando su malestar.

—Hay algo más que no te he dicho —le confesó su tío—. Fingí una pelea de bar con el cabecilla de la operación y lo marqué. Un corte limpio en la palma de la mano para que pudieras detectarlo antes de que llegara a la casa. Están dispuestos a exterminar a cualquiera que lleve sangre de demonio en su cuerpo. Van a erradicarlos de la faz de la Tierra. Por eso tengo que preguntarte si conoces a alguien como tú… ¿Has oído hablar de alguien así en Alicante? —Oriol palideció—. Otro de sus amigos nombró que ya estaban preparados para acabar con la bestia allí.

—No es una bestia. Sofía es la llave de los brujos, pero ella no es un demonio —argumentó en voz alta—. Tengo que avisarla.

—¿Tienes el teléfono móvil con el que me llamaste a mí? —Oriol asintió. También contaba con el suyo, aunque estuviese apagado—. Bien. Hazlo. Sin embargo, antes… corre. Corre, Oriol, y no pares hasta que te duela la respiración. No dejes que te capturen. Prométemelo, chaval. No dejes de correr.

10

Remiendo

Sofía se acercó a la ventana tras escuchar el viento silbar. La llamaba. Le rogaba que no desatendiera los mensajes que tenía para ella. Con la mano apoyada sobre el cristal, acercó la oreja y percibió el apático frío del vidrio. A continuación, abrió la ventana, asomó la cabeza para examinar mejor el exterior y se entretuvo unos minutos observando su barrio, compuesto por edificios grises demasiado abúlicos para albergar vida dentro de ellos. Sin embargo, como todas las mañanas, podía oír la algarabía proveniente del bloque del frente, auspiciada por los cuatro hijos pequeños de la vecina. Sonrió enternecida, para luego posar su mirada en el descuidado parque que había detrás de este.

El viento levantaba las hojas caídas y las obligaba a danzar bajo su ritmo impuesto con sus silbos acompasados y sus continuos cambios de tonalidad. Ella se deleitó con su baile y se concentró en las sacudidas de la ventisca. Enérgicas. Rabiosas. El aire se empeñaba en hacerse notar, vociferaba temeroso, y pronto una sensación de ahogo hizo que se agarrara al alféizar para no caer. Su sonrisa se desdibujó de su rostro, pues el viento era portador de malas noticias.

Estaban allí. En la ciudad. No eran muchos, quizá los suficientes para atraparlos a ella y al demonio. Había llegado la hora del asalto, y un inminente escalofrío le recordó que aún no estaba recuperada. Tenía que hacer algo, y rápido. Agitada, se dirigió al salón. Allí distinguió a Iris y Simón riendo mientras ridiculizaban a algunos presentadores de supuestos programas serios de la televisión. Tras dos zancadas, se situó delante de sus compañeros y apagó la tele.

—No tardarán mucho en venir. Lo presiento.

El demonio tragó saliva y abandonó su cómoda posición al tiempo que le brindaba la mano a la vidente para que también esta se levantara.

—¿Has tenido una especie de visión o algo así? —la interrogó Tres.

—No, no... Yo no tengo visiones. Es una fuerte sensación que tengo en la boca del estómago.

El demonio chasqueó la lengua, turbado. A él le bastaba. No estaba en posición de discutir los poderes de la bruja.

—Vale. ¿Y cuántos son?, ¿cuándo llegarán?

—No lo sé…

Tres soltó un resoplido cargado de impotencia e Iris intervino para calmar los ánimos:

—No la estreses. He vivido muchas situaciones con Sofía. Si dice que están aquí, es que están, aunque todavía algo lejos para ser captados por mi radar.

—¿Y los demás? —les preguntó ella impaciente.

—Hugo ha acompañado a León a la estación de tren. No sabes cómo se puso. Quería regresar con el *jeep*…, pero Hugo insistió en que su coche se quedaba con él. No creo que tarde mucho en volver. Quería cerciorarse de que León cogía el tren correcto. Ya sabes cómo es: capaz de perderse hasta en la boca de un metro. —Iris se mordía el labio inferior y sacudía la cabeza con preocupación.

—¿Y el señor Castle?

—¡A saber! No me gusta ese brujo —le confesó la vidente—. Parece que cuando se mueve, espanta a todo bicho viviente. Será uno de los mejores de Inglaterra, pero de momento no ha hecho nada sino tratar de matar a Simón. No tiene cura para tu enfermedad y tampoco puede deshacer el vínculo. No le llega a la altura de los zapatos a Harry.

Sofía arrugó el rostro, desconcertada.

—Sí, es demasiado misterioso. Sin embargo, tenemos que contar con él mientras yo no pueda lanzar ningún hechizo.

—Bien, ¿y qué vamos a hacer ahora? —Desesperado, el demonio inspeccionaba los cerrojos de la puerta y los de las ventanas del piso—. ¿Resistimos aquí, o nos largamos?

Durante un instante, el silencio se convirtió en su enemigo. Hizo que enmudecieran y los condenó a enfrentarse a sus propios miedos. Tres no quería morir. Llevaba demasiado tiempo caminando entre afilados acantilados y cordilleras intransitables como para perecer por una absurda teoría sobre escaleras que conducían al mismísimo Cielo. Cuando les pidió ayuda a sus hermanos, compañeros de batallas con los que había sembrado el terror en el Medievo o auspiciado a ciertos líderes para que estos esparcieran el odio entre sus semejantes, recibió un rotundo «No». Había olvidado que hasta él mismo era un egoísta, y que jamás pondría su pellejo en juego por uno de ellos. Estimaba demasiado la vida como para arriesgarla en una trifulca, en una disputa callejera que apenas le incumbía.

Sin embargo, él era la llave de su especie, aunque no se sintiera merecedor de ella. No había hecho nada sublime para haberla ganado, ni siquiera nada medianamente destacable dentro de su familia. Era un demonio holgazán, no uno de esos generales del primer batallón, quienes siempre estaban elucubrando para inclinar la balanza hacia la guerra y así poder mostrar sus atributos. Su habilidad era la tentación: captar a un alma joven e inocente mientras él se deleitaba saboreando

un racimo de uvas desde el sofá. Un trabajo nada sucio ni agotador. El ser humano era tan manipulable, tan repleto de avaricia, de envidia y de ansias por alcanzar notoriedad, que sus labores se le antojaban fáciles.

No obstante, la misma codicia con la que lidiaba día a día lo había puesto en aquella situación. Un solo hombre, con aspiraciones de poder y al que él en otras circunstancias habría ayudado, lo mantenía en jaque. Y sus hermanos, tan seguros de sí mismos, se reían de las ambiciones de un humano. Nunca nadie había podido desterrarlos de la Tierra por mucho que lo hubieran intentado, y este iba a ser otro fracasado condenado a la desgracia. Ellos no lo temían, y sin embargo estaba espantado.

Observó a la bruja, a quién le había solicitado su amparo. No imaginaba que fuera tan insegura después de todos los rumores que circulaban en su mundo. Comprendía que, sin poderes, no era más que otra insulsa humana sin atractivo ninguno. No obstante, poseía la llave de su gremio, y debía impedir que se la arrebatasen, aunque eso supusiera que ella cayera en un profundo letargo del que no podría despertar jamás. Más valioso era el combate que la rendición antes de que este se produjera.

—Yo guardo algunos trucos en la manga —anunció con tono fanfarrón—. Quizá no deberías esconder los tuyos tan rápido. Si ese tipo abre las puertas, los míos morirán, pero la humanidad quedará condenada.

Sofía entrecerró la mirada y le perturbó la sinceridad de los ojos violáceos del demonio. Tenía razón: no podía quedarse escondida y aguardar un milagro. Si debía intervenir en la lucha, lo haría, sin temor a las consecuencias. Había llegado tan lejos que unos míseros nubarrones y unos coloridos fuegos artificiales no iban a hacerla abandonar. Iba a resistir hasta que en el tablero hubiese un jaque mate.

—Tal vez deberíamos esperar a Hugo antes de tomar alguna decisión. —Confusa, Iris no ocultó su inquietud—. Mientras tanto, deberíamos comprobar las trampas mágicas que hemos instalado.

Sofía asintió con desazón. Esas trampas se habían levantado para repeler a entes oscuros, como una nueva sombra u otro demonio sometido, no para contrarrestar el ataque de supuestos cazadores hermanos. ¿A cuántos había arrastrado Janus a sus filas? ¿Tan hermosa era su promesa que habían apartado sus principios para dedicarse a cazar personas inocentes? De reojo, observó a Simón. Él no era un inocente ni un ángel portador de buenas nuevas. Era un demonio, el enemigo ancestral de los cazadores, y por lo tanto no les causaría ningún remordimiento su aniquilación.

Nada más abrir la puerta, Hugo advirtió las caras largas de las chicas,

incluso la de ese demonio que se creía simpático. Sofía estudiaba los conjuros de uno de los libros que le había cedido Harry mientras los otros dos probaban las salvaguardas instaladas en las ventanas. Simón había salido al balcón y desde allí lanzaba con su puño constantes remolinos de energía que terminaban impactando contra el cristal a la vez que se generaba una reacción súbita en estos. Una onda expansiva de tonos anaranjados y con origen en la ventana se propagaba por toda la pared, impidiendo que el arrojo energético del demonio penetrase en la casa. El escudo funcionaba.

El cazador frunció el ceño, algo molesto.

—No deberíais hacer esto a plena luz del día. Hay vecinos —les recordó, como si él fuera la figura paterna a la que obedecer—. No podemos exponernos de esta manera tan idiota. —Al comprobar que ninguno le prestaba atención, insufló aire y lo soltó con una rapidez que acrecentó su exasperación—. Bien, ¿qué es lo que está pasando aquí?

—Ya vienen —le respondió la vidente de manera escueta.

—Las balas contra demonios pueden ser repelidas por nuestras defensas, pero estas no podrían detener el simple impacto de una piedra contra el cristal. El escudo nos protege de los ataques mágicos, nada más —comenzó a explicarle Sofía mientras mordisqueaba un lápiz—. Así podrían derribar la puerta con una buena patada y entrar.

Hugo chasqueó la lengua, aún más confuso.

—¿De quién demonios se supone que estamos hablando?

—Janus no nos ha enviado a un ser oscuro, sino que está utilizando a cazadores. —La bruja volvió a enterrar la cabeza en el libro—. Por eso estoy buscando algún hechizo que pueda ser útil contra ellos para que el señor Castle lo instale, dado que yo no puedo ni espantar a una mosca.

El muchacho abrió los ojos de par en par.

—¿Cazadores? ¿Cómo estás tan segura de que son cazadores y no simples memos como los que secuestraron a tu madre?

—Ella es la bruja, ¿no? —Tres regresó al interior de la sala y se dispuso a comprobar si había conseguido agrietar la pared junto con la vidente—. Además, Janus nunca enviaría a sus peleles para algo tan importante. Después de todo, sabe que se enfrenta a un demonio y a una preciosa bruja.

Con los brazos en jarra, los miró a todos como si hubiesen enloquecido.

—Ya vienen, Hugo —recalcó Iris—. Y mientras te esperábamos, decidimos ponernos manos a la obra. ¿Cómo nos encaramos con cazadores experimentados?

Él no supo cómo responder. Lo habían sorprendido con la guardia baja. Jamás se había enfrentado a sus propios hermanos; ni en sus

pesadillas más delirantes había luchado contra un cazador. Por supuesto, conocía sus puntos débiles, como también se lamentaba de ser sabedor de sus cualidades, y eran estas las que más temía. Los de su gremio nunca abandonaban una misión, pues preferían la muerte a la vergüenza, ni se rendirían, aunque los apuntases con un arma en la frente. Antes fingirían su sometimiento hasta encontrar el momento en el que un error de su captor les devolviera el control de la situación.

Hugo bufó; un resoplido que sonó a desesperación y a impotencia. Miró a Simón, y él mismo quiso arrancarle la cabeza. Sus hermanos iban a considerarlo un traidor por defender a una bestia sin escrúpulos, a un desalmado que se reía de ellos al tiempo que continuaba infestando a seres indefensos con sueños corrompidos. Sin embargo, las chicas estaban en lo cierto: mientras él continuara con vida, Sofía estaría a salvo. Y ella era lo único que le importaba, la única a la que deseaba entregarse por completo, mostrándole sus carencias y sus debilidades, pues ella ya conocía su valentía y su fuerza. Ella. En ella se concentraba la chispa de la sabiduría infinita de su gremio. En ella convivían la bruja erudita y la aprendiz. En ella... había depositado su amor. Un amor al que no quería renunciar. George tenía razón: estaba aterrado. Temía olvidarse de sus sentimientos una vez que el vínculo fuese cortado. No podría admitir que todo lo que estaba experimentando fuese tan solo una mentira. Tenía miedo a enloquecer, pues no concebía su vida sin ese anhelo que lo arrojaba a robarle un beso todas las mañanas.

Toda esa vorágine de pensamientos dolorosos se evaporó al escuchar unos toques en la puerta. Iris la abrió sin pensar, convencida de que se trataba de un aliado y no de un cazador corrupto. Su rostro candoroso y su sonrisa ecléctica parecieron confirmarlo. Harry estaba de vuelta, con su maleta vieja decorada con numerosas pegatinas de todos los lugares que había visitado desde que sus padres lo llevaron a descubrir la magia de París. Desde entonces, se había convertido en un coleccionista de recuerdos, y lo reflejaba en esas estampitas deterioradas que continuaba luciendo su castigada valija.

Hugo sonrió al verlo, ya que en cierto modo se sintió aliviado. Él también llevaba demasiado equipaje a sus espaldas, tanto que a veces se obnubilaba y no lograba gestionar con celeridad la cantidad de problemas a resolver. Todos estaban provocándole una acidez que nunca antes había padecido: la salud de Sofía, el secretismo de George, la llave de los demonios, el ataque inminente de unos cazadores chiflados y el dichoso vínculo; esa conexión mágica con la bruja de la que cada día que pasaba le costaba más desprenderse.

—Había olvidado que pasabas todos los fines de semana aquí. —El cazador le tendió la mano para saludarlo y el brujo le ofreció la suya de inmediato.

—Y yo ignoraba que ya estabas de vuelta. ¿Ha sido fructífero tu viaje por Inglaterra?

Turbado, se rascó la nuca, más por despejar sus ideas que por un escozor real.

—Encontré a la persona que me indicaste. De hecho, ha viajado conmigo hasta aquí, aunque de momento no puede ser de mucha utilidad —le confesó.

—Bien, ¿y dónde está? No siempre se puede conocer a una eminencia de las artes mágicas. Me han hablado muy bien de él.

—No te hagas muchas ilusiones —intervino Iris—. Es una persona esquiva y bastante agria. Yo te prefiero a ti. Ha salido a dar un paseo demasiado largo, diría yo.

Hugo frunció el ceño, contrariado. Comprobó su móvil y observó que no tenía mensajes del brujo. Decidió entonces salir al balcón y llamarlo para que nadie pudiera escuchar su conversación. Tuvo que hacerlo cuatro veces antes de que el padre de Sofía se dignara a contestar.

—¿Dónde estás? —le reprochó el cazador—. Esto no es muy propio de ti, un ermitaño que prefiere las paredes de su casa.

—Exacto, tú lo has dicho. Esa no es mi casa. Hay demasiada gente que disturba mis reflexiones, así que he decidido pasear para aclarar las ideas. —Hizo una pausa que desestabilizó al cazador, quien ya empezaba a temerse lo peor—. Tenías razón: hay que localizar a Samantha. Y he estado pensando que tal vez tenga que hacer un viaje a los Estados Unidos.

Hugo creyó desfallecer. Le temblaron las piernas e incluso percibió una punzada en el pecho. No, George no podía abandonarlo ahora que había demasiados frentes abiertos.

—No puedes irte ahora. Te necesitamos. Sofía te necesita.

—No puedo ayudarla sin Samantha, y ahora mismo tengo los brazos cruza...

—Ya vienen a por ella, George —lo interrumpió desesperado—. No la abandones de nuevo.

El brujo cortó la llamada y Hugo deseó que sus palabras hubiesen provocado el efecto que necesitaba. George no podía marcharse. Él conocía a Janus, y aunque se había enredado con toda la historia familiar, había comprendido que Jaime del Castillo era primo hermano de Sofía. Y tal vez ella no estuviera en ese momento en las condiciones óptimas para recibir toda esa información de golpe, aunque también entendía que no le correspondía a él desvelársela.

Apretó el teléfono como si se tratara de la cuerda que lo mantenía con vida en las paredes de un acantilado; su última esperanza, lo único a lo que podía aferrarse si quería sobrevivir.

Cuando George regresó a la casa, apenas intercambió una mirada

con él. Y a pesar de que Hugo deseaba zarandearlo para que de una vez por todas se sincerase con el resto, permaneció de pie, con las manos en los bolsillos transformándose en puños que al menos ese día no verían la luz. El brujo no dijo una palabra ni se dignó a brindarles un mísero saludo después de una ausencia injustificada. Hugo trató de ocultar su enojo. George estaba tan acostumbrado a ser un hombre solitario que vivía como le daba la gana, y había olvidado comportarse cuando estaba integrado en un grupo. Las normas sociales no eran su fuerte, y continuaba siendo el invitado de su hija, no el protagonista de la historia.

El hombre se limitó a desprenderse de su chaqueta y colgarla en el perchero de pared situado en la entrada. Después observó los ojos ilusionados de Sofía, y aunque al principio pensó que la joven se alegraba de su llegada, pronto descubrió que su sonrisa honesta era causada por la presencia de un hombre algo más mayor que él, quien sorbía una taza de té como si perteneciera a la nobleza y que hablaba con un profundo acento inglés. Dialogaba con las muchachas con una familiaridad que lo incomodó en demasía. Celos. Sí, no llegó a pensar jamás que volvería a experimentar aquella desagradable sensación. Ya la había apartado una vez de su vida, cuando un artista insufrible coqueteó con su mujer al reparar en que ella mostraba cierto interés en su obra. La halagaba con descaro, a pesar de que él la mantenía sujeta por la cintura, le ofreció una bebida e incluso se permitió invitarla a su fiesta particular después de la inauguración en su apartamento. Por supuesto, él no estaba invitado. Y ese hecho hizo que los celos fueran visibles en el matiz encarnado que habían adquirido sus orejas.

George sacudió la cabeza para apartar ese recuerdo de su mente y examinó al hombre a quien todos le profesaban un manifiesto respeto. Sí, era un brujo. No de una pureza envidiable ni de una magia sublime; más bien era un cruzado que había sabido hacerse valer.

Por fin, el inglés reparó en su presencia y se levantó del sofá para brindarle su mano. Él dudó unos instantes si debía apreciar su gesto o ignorarlo. Al final, se decantó por la primera opción, ya que Sofía parecía albergar una profunda simpatía por aquel hombre algo insulso.

—Tenía muchas ganas de conocerle. Ahora mismo, todas las manos son bienvenidas, ya que, como puede ver, no somos muchos.

Decía pertenecer a su gremio y haber impartido clases en la escuela de magia londinense durante algunos años. Sin embargo, él jamás lo había oído nombrar, así que era de esperar que su currículo no fuera más que papel mojado. Detestaba la idea de trabajar con otro brujo, aunque no podía negarse, ya que estaba en juego la vida de Sofía. Ella lo admiraba y tenía en cuenta sus apreciaciones. Había aprendido con

él algunos trucos de novata no muy encomiables, pues todo el potencial que su hija guardaba con celo no había salido todavía a la luz. Y en las circunstancias actuales, era preferible que se mantuviera escondido. Sofía no podía conjurar ni al fuego para poner un puchero a hervir sin sufrir las malditas consecuencias de su sello. Y eso lo ofuscaba aún más, ya que era el responsable de haber amarrado los poderes de la chica.

—¿Has dado con una solución en tus libros que pueda ayudarla? Sofía no puede enfrentarse a esa gente sin poderes —le recordó Iris.

—He estado estudiando varias opciones. Ninguna la salvaría del todo, sin embargo, podríamos hacer un remiendo...

—¿Y la transferencia? —insistió la vidente—. Ahora que hay un brujo puro aquí, quizá podamos realizarla y que él canalice todo su don.

Harry se retiró las gafas del rostro y lanzó un profundo suspiro a la vez que George arqueaba las cejas, alarmado.

—¿Transferencia? ¿De verdad le has sugerido realizar un conjuro tan peligroso? Estaba considerando la posibilidad de que no fueras un brujo patético, pero esto es ultrajante. ¡Eres un demente!

Harry encajó el golpe con dignidad, sin mover ni una de las arrugas de su rostro mortificado por un tiempo que se le había escapado de las manos. También la arrogancia había habitado en él, como en ese brujo puro que insistía en poseer la verdad, y aunque hacía muchos años de eso, no podía subestimar los efectos de ella en los demás. La arrogancia convertía a un hombre en un ser inflexible, con escasa empatía y grandes dosis de individualismo.

—¡Eres un imbécil! Nadie trata a Harry de esa manera. —Iris salió en defensa del brujo inglés descargando sobre George toda su artillería—. ¿Dónde estabas tú cuando la Sombra quiso extraer la llave de Sofía? ¿Dónde estabas cuando el demonio quiso llevársela para alimentarse de su luz?

Todos estallaron en protestas y continuas descalificaciones que no consiguieron doblar la entereza de George. Este focalizaba todo su desprecio en la joven de los mechones azulados, así que endureció el mentón y reprimió sus ganas de hacerla volar por los aires. Debía mantener la cordialidad y las buenas maneras. Después de todo, era un mero invitado.

—Está bien, Iris. Él tiene razón. —Harry trató de apaciguar los ánimos—. La transferencia es un hechizo muy delicado, y además está considerado un arte oscuro. Y aunque el señor Castle no ha permitido que me explicase, no pensaba cometer tal atrocidad.

—No tenías por qué faltarle el respeto de esa manera —apostilló Sofía—. Al fin y al cabo, soy yo la que da el permiso o no.

Hugo levantó los brazos y comenzó a hacer aspavientos para dar

por finalizada la discusión.

—Haya paz. Estamos todos en el mismo bando, ¿de acuerdo? No sabemos cuándo irrumpirán aquí esos cazadores, pero tenemos que estar preparados y estas discusiones no ayudan. Por favor, Harry continúa con lo que estabas diciendo.

El hombre suspiró y se introdujo una de las patillas de las gafas en la boca. Después extrajo una libreta de unos de sus bolsillos y repasó algunas anotaciones.

—Es evidente que aunque Sofía quiera reprimir sus poderes, en cuanto sienta que está en peligro, estos van a estallar. Todos hemos sido testigos de eso. Y aunque tengo que admitir que ya controla innumerables hechizos, tampoco podemos obligarla a utilizarlos, pues la pondríamos en un riesgo todavía no estudiado. En el entrenamiento fue capaz de crear un muro de agua compacto, demasiado sólido para penetrar en él. Nos aisló de ella al tiempo que ella misma se recluyó...

Sofía estiró el cuello hacia atrás y presionó los labios con fuerza.

—Perdona, Harry, si te interrumpo de nuevo. Antes ya lo hemos hablado: si tengo que impedir que vosotros muráis, lo haré. No habéis hecho otra cosa sino protegerme desde que nos conocimos, y no voy a permitir que nadie se sacrifique por mí.

Pronunció esa última frase mirando a Hugo, quien negaba con la cabeza mostrando ya su opinión:

—Sabes que no voy a permitir que te suceda nada.

Ella estiró una de las comisuras de sus labios. Lo sabía. Era consciente de que Hugo se interpondría entre la primera bala y ella. Sin embargo, no era el final que deseaba para el cazador. Ese no.

—Es un acto heroico el que propones —intervino Iris—. No obstante, te recuerdo que tú no eres dueña de ti misma, y podrías implosionar como una bomba nuclear. Y nadie de los aquí presentes lo contaría. Vale, desecháis la transferencia. Pues busquemos otra manera de anular esos sellos.

—No la hay —sentenció George.

—Las únicas personas que pueden levantar ese sello no están en esta habitación: sus padres —se lamentó el brujo inglés.

George ocultó su rostro tras llevarse una mano a la cara.

—Pues permítame que te diga que tus padres son una mierda —sentenció el demonio—. ¿Qué clase de seres humanos son? Vale, de los que me gustan a mí: egoístas y maquinadores. Sin embargo, ¡eres su hija! Son los primeros que deberían estar en esta sala. Ya lo decía mi padre: «El mundo se va al carajo, ya no hay tanta gente buena a la que poder tentar».

Cabizbaja, Sofía no supo qué responder a eso, pues al demonio no le faltaba razón. Estaba rodeada de amigos dispuestos a dejarse la piel por ella, cuando debería estar arropada por su familia. Una fina lluvia

comenzó a empapar su rostro y pronto comprendió que había brotado de ella. Esta vez no había una nube que la rodease ni que se posara sobre su cabeza. Las gotas de agua nacían del aire y se perdían entre sus labios, apagando una sed de afecto que siempre había convivido con ella en lo más profundo de su corazón, en ese rincón donde se ocultan los sentimientos más devastadores. Lloraba sin derramar una lágrima, pues la lluvia había acudido en su lugar para rociarla con su jugo restaurador, para acompañarla en su tristeza y recordarle que tras ella arriba un arcoíris.

—¡Cierra la boca! —lo amenazó Hugo, quien ya abrazaba a la bruja para ofrecerle su consuelo—. Sofía, trata de pensar en algo más alegre. —El cazador le brindó su chaqueta de cuero mientras buscaba un paraguas para que la lluvia mágica no terminase empapando a la bruja—. ¡Tú puedes con todo esto! Tranquila, tranquila.

Herido en su orgullo y ante la imposibilidad de intervenir ni tan siquiera para acariciar la mano de su hija, George volvió a coger su chaqueta y se dispuso a abandonar la casa. No podía verla sufrir, y más aún cuando todo ese dolor era provocado por sus malas decisiones pasadas.

—Y tú, no te muevas de ahí —lo señaló el cazador—. Esto vamos a solucionarlo entre todos.

—Sí, no puedes irte. Te necesito para realizar el conjuro que he preparado —soltó Harry, cansado de tanto paréntesis—. Todo lo que habéis dicho es verdad. No podemos entrometernos en el nudo del sello para desatarlo, sin embargo, podemos amarrarlo aún más. —George frunció el ceño y le dedicó toda su atención al inglés—. Hemos estado tan centrados en buscar un hechizo que deshiciera ese conjuro, que hemos pasado por alto lo más obvio: encontrar un remedio para evitar que se deteriore más rápido, como hacer un doble nudo que impida que Sofía, incluso usando algunos dones, no consiga hacerlo pedazos.

Sobrecogido, George se aproximó a él y comenzó a reír enajenado. Después de todo, ese cruzado había tenido una ocurrencia ingeniosa.

—Careceré de un don puro —se justificó él—, pero mis libros jamás me decepcionan.

—¿Cómo no lo has comentado antes? —le preguntó Iris, todavía sorprendida.

—He tratado de hacerlo desde que he puesto un pie en esta casa... Y ahora, si me permitís, tengo un ritual que preparar. El hecho de que George esté aquí me facilita las cosas, dado que no tengo que rogarle a un amigo que se presente aquí de inmediato. Tenemos que recrear el amarre que le realizaron sus padres a Sofía. Y aunque he encontrado unos cuantos, creo que he dado con el que ellos pusieron en marcha dieciocho años atrás. —Sonrió satisfecho.

—En eso puedo ayudarte... Soy experto en sellos y amarres —disimuló George.

A media tarde, la bruja estaba tendida sobre el colchón de su cama, el cual habían despojado de las sábanas y mantas. Estaba desnudo, como ella, desprovisto de los suaves tejidos que lo amparaban y de la calidez de su abrigo, como ella, quien tenía que mostrarles su alma a Harry y a un completo desconocido. La cubría una fina tela blanca de pies a cabeza desde la que ella podía observar todos los movimientos de los hombres. Iris los había ayudado a crear un ambiente agradable en la estancia rociando algunas gotas de lavanda y encendiendo diversas velas blancas con aromas conciliadores. Sofía estaba tranquila, a pesar del extraño hormigueo que padecían los dedos de sus pies. Respiraba a través de la tela sin agobios, sin pesares. Confiaba en Harry. Había confiado en él desde la primera vez que pisó la biblioteca del monasterio, y lo descubrió con varios libros en la mano mientras la escudriñaba a través de sus gafas. El brujo poseía esa clase de semblante amigable con el que era imposible no encariñarse. Porque Harry era así: comprensivo, perspicaz y accesible. Era su padre en la magia, el que la había instruido y el que nunca había perdido la fe en ella.

Observó a George, más metódico y práctico, que articulaba los brazos plasmando la vibración de su energía sobre ella, mientras Harry, como si tuviese una aguja entre sus dedos, enhebraba filamentos imaginarios. Pronto la bruja descubrió cómo todos sus órganos se mimetizaban a dos palmos de ella. Pudo distinguir los latidos frescos de su corazón y las contracciones de sus pulmones cada vez que respiraba. Entre todos ellos, discurría una savia dorada que los alimentaba y les insuflaba fuerza. Después observó cómo el brujo, de carácter apático, enterró el puño cerca de sus entrañas. Ella no sintió dolor alguno, solo se limitó a examinar los pasos de George como si estuviera en una clase de anatomía en la que ella era una mera estudiante. A continuación, y del interior de sus vísceras, el brujo extrajo una esfera. Era pequeña y de aspecto metálico, sin embargo, parecía estar cubierta de centenares de hebras plateadas.

Fue entonces cuando Harry intervino, y todos esos filamentos nacidos de esa aguja irreal se cristalizaron ante todos como una malla artesanal, cosida a mano y con esmero; una obra de arte nacida del interior del medio brujo, de su propia delicadeza y de su inmensa pasión. El inglés introdujo la esfera en ella y ambos hombres continuaron remendando la esfera, zurciendo los parches deteriorados y rematándola con puntadas sólidas.

Extasiada ante el hito que estaba contemplando, Sofía entornó los párpados, agotada. No quería perderse ningún detalle, pero la fatiga estaba venciéndola, sumergiéndola en un mar calmo repleto de pétalos

de rosa donde podía percibir el empuje de las suaves olas sobre su piel y la fragancia exquisita de unas flores cortadas en una recién estrenada primavera. Y aunque todavía no se había inaugurado la estación de la vida, ella presentía su llegada fresca y vivaracha, y cómo poco a poco el invierno crudo de ese año se derretía ante las embestidas entusiastas de la inminente primavera.

Mientras tanto, en el salón, los tres chicos esperaban impacientes que el procedimiento tuviera éxito. Iris se mordía las uñas de los dedos sin reparar en que al mismo tiempo se arrancaba trozos diminutos de piel. Simón no apartaba la vista de la ventana. El demonio temía que esos cazadores malavenidos interrumpiesen el ritual de los brujos, dando al traste con sus expectativas de una victoria segura. No conocía a ese tal George Castle, pero podía oler su sangre pura, por mucho que el brujo insistiera en esconder sus habilidades tras un hechizo de ocultación. Tal vez no pudiese individuar su don, conocer a qué elemento rendía pleitesía, no obstante, él interpretaba el canto de las almas. Y la suya, además de ser poderosa, rezumaba arrepentimiento y dolor. Así que confiaba en que ese brujo estirado tuviese en la manga un truco más efectivo que extraer unas palomas de una chistera.

Sí, estaba nervioso aunque le costara admitirlo, pues debía depositar su confianza en sus enemigos naturales. Así que, cuando Iris se ofreció para hacer una infusión, él no pudo decir que no y la acompañó a la cocina. Ese cuerpo moribundo cada vez le pedía más. Cuando no tenía sed, rabiaba de hambre, a pesar de que ya se nutría de su propia energía. Era complicado habitar en la piel de un humano, ya que sus necesidades no dejaban de atosigarlo. Y él, que jamás soñaba, lo había hecho. Y aunque en un principio fue agradable, tuvo que lidiar con los recuerdos de un joven torturado, quien no hacía otra cosa que revivir el momento del atropello. Tres sabía que aquello era una mala señal, puesto que nunca había estado más de una semana en el mismo cuerpo, y temía que esa extraña simbiosis que se daba entre demonio y poseído comenzaba a pasarle factura. A solas, durante la noche, había llorado y también se había horrorizado. Las lágrimas eran propias de los humanos, y no de su especie. Tres se encontraba en una situación difícil, ya que debía cambiar de cuerpo, sin embargo, ante una horda de cazadores despiadados no podría hacerlo. No podía abandonar la casa y buscar a un buen candidato, uno que no estuviese vivo, pues perdería la simpatía de las chicas y también su amparo, pero tampoco podía estar muerto del todo, ya que no podría ejecutarse la posesión. Si el huésped no vivía, el traje apenas serviría para unos días. Sí, en cierto modo les había mentido. Su traje no estaba del todo muerto, aunque su alma sí que vagaba a saber por dónde. La hebra que lo conectaba a ella se debilitaba, y una vez que

desapareciese, su cuerpo comenzaría a pudrirse hasta convertirse en un despojo. Sin embargo, el joven parecía luchar. Él podía percibir sus acometidas cada vez que trataba de regresar a su cuerpo, de ahí esos sueños, esos recuerdos que lo torturaban contemplando a una familia que desconocía pero que le demostraban su amor. Y eso tampoco era bueno. Si la hebra lo fortalecía, el alma del joven no tardaría en enfrentarse a él para tratar de expulsarlo, y ahora no podía hacer otra cosa sino resistir, pues no tenía adónde ir.

—Estaré encantado de degustar unos de esos tés tan ricos que preparas, y mejor si lo acompañamos con unas galletas —rio, disimulando su pesar.

—¿Te apuntas, Hugo? —le ofreció Iris.

El cazador negó con la cabeza mientras mantenía la mirada en la lámpara del techo: una araña ochentera que apenas existía ya en los comercios, demasiado aparatosa y con numerosas bombillas queriendo cumplir la labor que podría realizar una sola. Se entretenía calculando la potencia de cada una de ellas, ya que algunas se empeñaban en alumbrar más que otras. La tarde agonizaba temprano, quizá por los nubarrones que se aproximaban por el este, y como resultado, las bombillas tremaban de frío. Un frío inoportuno que recorría la casa como si estuviera desprovista de sus inquilinos. Sin embargo, la casa estaba habitada. Todos estaban allí. «Los brujos han debido absorber el calor del piso para efectuar el dichoso conjuro», pensó. Un extraño repelús recorrió su espina dorsal y se detuvo en la nuca como un susurro gélido que lo hizo estremecer.

De improviso, una luz proveniente de la estantería llamó su atención. Parpadeaba. Y pronto descubrió que se trataba del móvil de Sofía. Los brujos habían prohibido cualquier tipo de aparato electrónico en la habitación, y ella debió haberlo dejado sobre el libro que había estado consultando esa mañana. Se acercó a él y atisbó de reojo el nombre de Oriol en la pantalla. Hugo dio un respingo. ¿Por qué demonios la llamaba si lo tenía prohibido? ¿Acaso había sucedido algo grave, o tal vez tan solo quería saludarla? Titubeó unos segundos. Si respondía, comenzarían las preguntas de su hermano, sobre por qué tenía el móvil de Sofía en sus manos, y no le apetecía nada en ese momento someterse a un interrogatorio, y menos de él. Y aunque la curiosidad lo torturaba con sus pequeñas patas afiladas, decidió ignorarlo.

Sí, en otra época la duda no habría existido. Habría contestado antes siquiera de terminar de leer su nombre en la pantalla, perteneciera el móvil a quien perteneciera. Sin embargo, muchas cosas habían cambiado, y él no podría soportar el hecho de que se pusiera en contacto con ella para decirle cuánto la echaba de menos. Maldijo por lo bajo y aguardó a que el móvil dejara de iluminarse, ya que

estaba martirizándolo. Se mordió el labio inferior en cuanto el sentimiento de culpa afloró en su piel. Ese comportamiento no era propio de él. Se trataba de su hermano, sangre de su sangre. Tal vez le había sucedido algo a la familia de Sofía, quizá eran ellos los que necesitaban auxilio. Bufó. El maldito vínculo le nublaba los pensamientos, no lo dejaba actuar con claridad. No quería que cortasen su conexión con Sofía, pero detestaba los celos, odiaba sentirse menospreciado y, sobre todo, aborrecía que la inseguridad comenzase a marcar su camino.

Unos minutos más tarde, percibió la vibración de su móvil en el bolsillo del pantalón. Lo presionó con fuerza antes de atreverse a mirar en la pantalla: Oriol. Esta vez lanzó una prolongada exhalación, aunque no dudó en responder:

—¿Sí?

—Hugo, soy yo. ¡Están cazándome!

11

Sueño

Oriol reparó en la respiración entrecortada de su hermano. Necesitaba asimilar toda la información contenida en una frase y le concedió unos segundos de silencio para hacerlo. Intuyó que se dejaba caer sobre un sofá o una cama, ya que escuchó el sonido amortiguado por algún tipo de material mullido. Aguardó a que Hugo se acomodara; después de todo, él también se había detenido unos minutos para descansar y comerse una de las barritas de cereales contenidas en la mochila.

Había corrido durante unos diez kilómetros sin pausa, ni tan siquiera para beber agua, pues para hacerlo empinaba la cantimplora procurando no ralentizar demasiado la marcha, esperando que el líquido al menos mojara sus labios y no desperdiciarlo demasiado. La primera hora era crucial en una huida. Tenía que alejarse con rapidez de la zona cero, puesto que pronto acudiría la policía para comenzar los interrogatorios y las pesquisas. También llegarían nuevos cazadores que procurarían pasar desapercibidos, mezclándose con los curiosos del pueblo y simulando una consternación sentida, aunque, en el fondo, las ansias de venganza borbotearían en su sangre.

Desapareció por el sendero por el que se ejercitaba todas las mañanas y se adentró en el parque natural de Somiedo. De una belleza divina y un endemoniado encanto seductor, el parque abarcaba unas veintinueve mil hectáreas, entre montañas, valles, ríos y lagos. Con un paisaje accidentado, abundaban los bosques de hayas, fresnos, robles, arces y tilos. El parque también contaba con extensas zonas de pastos, donde podías tropezarte con los teitos, construcciones que utilizaban los vaqueiros realizadas con techumbre de escoba. Era un paraje idílico para perderse y esquivar a sus perseguidores mientras aquietaba su mirada en los lagos de Saliencia, de curioso origen glaciar, tan azules como apacibles.

—¿Quién va detrás de ti? —Por fin su hermano reaccionaba.

—Cazadores. Por lo visto, no tengo un billete de entrada para el nuevo mundo que quiere instaurar Janus. Soy medio demonio, ¿recuerdas?

—¿Dónde estás? —le preguntó con preocupación.

—Me he internado en el parque de Somiedo, aunque mi intención es dejar atrás Asturias y entrar en León.

Había utilizado su móvil de siempre para llamarlo. Imaginó que Hugo recelaría de un número desconocido, y no podía permitirse el hecho de que su hermano ignorase la llamada.

—¿Pola de Somiedo? ¿No estuvimos hace tres años ahí?

—Cerca. Vinimos a ahuyentar a un *poltergeist* en Villablino, en una casa de un matrimonio mayor.

—No sé cómo logras recordar todos esos nombres, aunque me acuerdo de la pareja de ancianos. —Hugo chasqueó la lengua—. ¿Qué necesitas?

—Son muchos. Me han disparado con balas para demonios. Por fortuna, conseguí extraerlas y ya me encuentro mejor... No sé adónde ir ni de quién fiarme.

Oriol contempló su rostro castigado por la falta de horas de sueño y la pesadumbre que pesaba sobre su ánimo en las aguas nítidas del lago. Al principio, había seguido el curso del río, más preocupado por llenar su cantimplora en cuanto se le vaciaba que por las huellas que iba dejando atrás. Llegado el momento, lo abandonó, a sabiendas de que sería la primera ruta que escogerían los cazadores, así que prefirió esconder su rastro bajo el cobijo de los árboles. El agua siempre fue su aliada, su consuelo, a pesar de que era el fuego el que habitaba en él. En ella volvía a renacer después de que lo hirieran, de que sangrara y de que sus fuerzas se debilitaran con la salida del líquido. Allí, en el agua, el rojo se diluía, se perdía en el desagüe o iniciaba su desaparición con el transcurrir del río. También el mar lo había ayudado a sanar en varias situaciones. Se sumergía en él, aún percibiendo los latigazos de la sal en sus cortes, y contaba los minutos para su nuevo renacer. Lo había hecho en tantas ocasiones que había olvidado el número de veces que había muerto, que debería haber muerto.

Observó su boca amarga, sus pómulos caídos y sus ojos apáticos endulzados por un reflejo que se le antojaba demasiado benévolo con él. Había alcanzado el Lago de la Cueva, y allí había decidido descansar unos minutos más. Contempló las coloraciones rojizas de la tierra, provocadas por los arrastres de hierro de las minas de Santa Rita y salpicadas por la nieve, que se negaba a abandonar la orilla del lago. Oriol la comprendía. El agua era apetecible, fresca y cautivadora, a pesar de su temperatura gélida, y te invitaba con su sonrisa cristalina a entrar en sus dominios, como el canto de las sirenas decididas a embaucar a los marineros más insensatos. Escuchaba sus susurros y los desatendía. Su vida pendía de un fino hilo, tan delicado como aquel paraje y tan marcado por un destino salvaje como el rojo de sus tierras.

Asumió pronto una verdad que lo ahogaba en ella, que lo congelaba antes siquiera de introducirse en sus aguas calmas: estaba

solo. Solo bajo un inmenso cielo violáceo y rodeado de montañas firmes, inamovibles. Él no quería enfrentarse solo al ejército de Janus. No podía. Era numeroso. Y una y otra vez apartaba de su mente la idea de ser apresado por un grupo de traidores. Le aterraba imaginar que ellos lo consideraban una bestia más, un ser despreciable, sin alma, que aborrecía al ser humano.

—Te necesito. Necesito tu ayuda.

Escuchó el profundo suspiro de su hermano, quien alargó la espera hasta su respuesta demasiado, tanto que llegó a pensar que jamás llegaría:

—Y la tendrás. ¿Tienes dinero en metálico? ¿Comida, agua? ¿Un saco de dormir? No puedes pasar la noche a la intemperie. Procura llegar a un albergue cercano y...

—No puedo alojarme en ningún hostal de la zona. Está atestado de cazadores. Los dos conocemos sus hábitos: intentarán descansar algo por la noche, para luego proseguir con la búsqueda, y si no tienen al objetivo localizado, no osarán internarse en el parque a ciegas. Así que ahora lo que me conviene es seguir caminando y poner más distancia entre ellos.

—Bien, entonces trata de llegar a León. Nos encontraremos allí.

Hubo una pausa entre ellos —injusta para dos niños que habían crecido juntos—, en la que prefirieron no exponer del todo sus verdades. Oriol omitió nombrarle a su tío Gabi y a Bianca, mientras que Hugo decidió que no era el momento de contarle que había encontrado al padre de Sofía y que esta corría un grave peligro debido al sello que sus padres decidieron imponerle cuando apenas era un bebé.

Oriol resopló, aunque sí quiso advertirlo sobre lo que su tío había escuchado:

—Hugo, hay algo más. También están en Alicante. Dijeron que iban a por otro demonio, y puede que hablaran de Sofía. La llamé para avisarla. ¿Sabes si está bien? —le preguntó con una fingida inocencia, pues sabía que si la respuesta era afirmativa, confirmaba el hecho de que Hugo se encontraba con ella.

—Sí, lo está. No te preocupes. Ya sabemos que vienen hacia aquí... —Se mordió la lengua al caer en la cuenta de que había desvelado a su hermano su posición. Y no quería hacerlo. No quería condicionar su huida, que se perdiera entre pensamientos inútiles que ahora resultaban intrascendentes. Tenía que luchar por su vida.

—Entonces, si estás con ella, no puedes dejarla sola. Esta gente está zumbada. Con tal de conseguir sus propósitos, son capaces de hacer cualquier cosa. Intentaré llegar yo a Alicante.

Oriol trató de levantarse con presteza, pese a que su cadera todavía no estaba del todo recuperada.

—¡¿Estás loco?! ¿A pie? Aunque tengas superfuerza y más velocidad que cualquiera de nosotros, tardarías semanas en llegar. Así que déjate de chorradas. Voy a ir a por ti, ¿me oyes? Vuelve a llamarme cuando llegues a León.

Oriol chasqueó la lengua, preocupado.

—Hugo, si todavía estáis en el piso de Sofía, debéis salir de ahí. Puede que no sea el mejor lugar para soportar un ataque. Solo hay una puerta de salida. Es mejor que os mováis. Vete a las afueras, donde la población inocente no se vea comprometida.

—Bueno, hemos blindado la casa. Contamos con ayuda inesperada… Es una larga historia, ya te la contaré en cuanto nos veamos. Saldré por la mañana y te recogeré, no hay más que hablar. Con un poco de suerte, estarás aquí para unirte a la diversión antes de que esos payasos aparezcan.

Oriol rio y después apagó el dibujo de su sonrisa como quien sopla un fósforo después de encenderlo. No estaba preparado para volver a verla, aunque deseaba hacerlo. Todavía le escocía. Imaginó que la distancia lo ayudaría a pensar en frío y a enfrentarse a las decisiones con más cabeza y menos corazón. Sin embargo, desde el principio aniquiló al corazón y no lo dejó intervenir, y ahora era su cerebro el que hablaba y le repetía que Sofía era dañina para él; y él tóxico para ella, que podría obsesionarse como lo hizo con Beatriz, convertirlo de nuevo en un ser visceral, y que ella podría consumirse en su propio fuego. Tal vez debía ser así. Quizá ella estaba mejor en los brazos de su hermano, alejada de sus paranoias y de sus brotes salvajes, donde su bestia lo impulsaba a poseerla. Y aunque había conseguido dominarla, aunque entre ambos existía un equilibrio enriquecedor, temía que, ante ella, aflorara la irracionalidad, la impulsividad y de nuevo el descontrol.

—Oriol, cuídate, y no hagas ninguna locura —le escuchó decir a su hermano antes de colgar.

Locura. No, había dejado a ese ser atrás. Se había elevado hasta conseguir la armonía perfecta. Lo percibía en cada latido, en cada paso que daba y en todas las veces que había sentido el hambre rugir en su estómago. Lo había aplacado sin necesidad de perseguir a una liebre y beber de su sangre. Lo había silenciado hasta que por fin pudo saborear uno de esos sándwiches con mantequilla que preparaba Elena. ¡Había resistido! Y para él era una victoria, una victoria bien merecida, ya que su bestia jamás volvería a salir sin su permiso.

No obstante, su encuentro con Sofía podría de nuevo desestabilizarlo. Ella debía tomar una decisión una vez que ese vínculo fuera eliminado, y él temía no poder soportar el hecho de que prefiriera el calor de Hugo. Su bestia entonces podría emerger de nuevo y destrozar todo lo que había logrado en esas semanas: una paz

interior, tan solo rota por su nombre. Sofía. Sofía. Hasta parecía que las hojas de los fresnos la mencionaban en cuanto él pasaba por su lado. Sí, los árboles le jugaban una mala pasada. Lo distraían. Se empeñaban en burlarse de él mientras buscaba una salida, mientras trataba de salvar su vida y no ser cazado como un conejo.

Los pétalos de las flores más madrugadoras de la primavera, salpicados por el gélido sereno de la tarde, también pronunciaban su nombre a su paso. Y a pesar de que la noche arribó y las estrellas brincaban en el cielo, después de haber permanecido enterradas bajo capas de nubes durante semanas, él no quiso atender sus ruegos. Insistían en que buscara cobijo, que se abrigara con las ramas secas de los árboles, que durmiera unas horas amparado por el calor de una hoguera... Sin embargo, él continuó su camino. Su bestia estaba acostumbrada a las correrías nocturnas, por lo tanto, él no padecía los temores de una oscuridad desconocida ni los problemas de unos sentidos aletargados y afectados por la noche. Su visión se acrecentaba en las horas más oscuras, su oído aumentaba su radio de escucha y el tacto lo alertaba de posibles peligros. Sí, había descubierto cómo la textura suave de una simple hoja se endurecía y se volvía más rígida en cuanto detectaba que alguien podía atentar dentro del bosque. Ignoraba cómo lo hacía, pero era la manera en la que la naturaleza se comunicaba con el resto de los seres vivos. Los árboles, flores y arbustos hablaban, y los animales escuchaban. Si los humanos agudizaran más el sentido del oído, también escucharían sus gritos, sus lamentos, y también sus días de algarabía cuando recibían la visita de personas en comunión con la naturaleza. Y aunque el bosque parecía silenciado, no paró, e hizo que la fogosidad de las estrellas —todavía perplejas, pues podían brillar sin obstáculos—contagiara su ánimo y lo empujara a recorrer más kilómetros a pie.

No obstante, sobre las cinco de la madrugada comenzó a padecer el cansancio sobre su moral. Las piernas ralentizaban su marcha, y su espalda, encorvada por el peso ya insoportable de la mochila, consumía sus energías. Habría preferido detenerse a descansar a las seis de la mañana, sin embargo, su cuerpo lo obligaba a parar una hora antes de lo previsto. Inspeccionó la zona y decidió sentarse sobre un claro de hierba húmeda, rodeado de serbales, que a pesar de que no destacaban por su altura, lo protegían de visitantes repentinos. Se comió otro de los sándwiches de Elena, bebió agua y se recostó, apoyando la espalda en uno de los troncos.

Sí, estaba exhausto. Ahora era cuando advertía la fatiga de su cuerpo. Incluso para un medio demonio como él, su fuga estaba siendo demoledora. Entornó los párpados, repitiéndose que serían unos minutos antes de proseguir, pero pronto sucumbió a los deseos de las estrellas, las cuales ya entonaban una nana de despedida hasta la

noche siguiente.

Oriol no supo discernir cuánto tiempo habría pasado desde que cerró los ojos hasta que escuchó unas pisadas que hicieron que uno de ellos volviera a abrirse. No quiso moverse. Quería darle la falsa sensación a su enemigo de que era una presa fácil, así que decidió aguardar hasta que se aproximara. Presionó la escopeta contra su cuerpo y preparó los dedos en el gatillo. Fuera quien fuese, iba a lamentar su imprudencia. Habría sido mejor que hubiese intentado abatirlo desde la distancia. En el cuerpo a cuerpo, todavía no conocía rival, y menos a un cazador que superase sus habilidades.

Contó sus pasos: uno, dos, tres, cuatro... Eran inseguros, poco sólidos. Cinco, seis, siete... Faltaban pocos para llegar hasta él. Ocho, nueve, diez... ¿Qué pretendía su asesino? ¿Darle un beso de buenas noches antes de pegarle un tiro en la frente? Oriol frunció el ceño, confundido. Desde su posición, podía ya derribarlo, aun así quiso esperarlo.

De pronto, cuando advirtió que un brazo se alargaba para sustraerle la escopeta, abrió los ojos de par en par y de un brinco se abalanzó sobre su enemigo. Escuchó un grito agudo, femenino, demasiado sorprendido para tratarse de un cazador acostumbrado a dar pasos en falso. Entonces detuvo su ataque, y sosteniendo las muñecas de la mujer, reparó en su cabello casi albino, el cual retiró con celeridad de su rostro. Así pudo atisbar sus labios perfilados, su nariz graciosa y sus ojos demasiado azules para ser verdad. El medio demonio se apartó de ella y se dejó caer hacia atrás, desconcertado, con el alma en un puño y el corazón dando brincos de asombro.

—Sofía, ¿qué haces aquí? ¿Cómo puede ser posible?

—Me llamaste. No dejabas de hacerlo. Cada vez que admirabas el frescor de una flor, la fortaleza de las ramas o incluso la sutileza de estos serbales, pronunciabas mi nombre.

—No, yo no. Ellos eran los que insistían en que no te olvidara —le dijo confuso—. ¿Es esto real o un sueño? Debe ser un sueño, porque los cazadores no podemos hacer astrales.

—Tú no lo has hecho. Sigues aquí rodeado de árboles y de una paz infinita. —Ella sonrió mientras contemplaba los alrededores con nostalgia—. Nunca he estado en este lugar, y ya estoy deseando estar. Rezuma concordia.

Oriol observaba a la joven como si fuera una completa desconocida. Parecía más madura, más serena e incluso más guapa de lo que jamás hubiera imaginado.

—Te echo de menos. —De sus labios, ella dejó escapar un susurro que sonó como el murmullo del agua.

—Lo siento. Siento que en Alicante, cuando me despedí, no mirara hacia atrás. Quería hacerlo, pero me dolía demasiado. Aún duele.

—Lo sé. No es culpa tuya. Ni mía. Ni de Hugo. No es culpa de nadie.

Ella se sentó a su lado y él permitió que apoyara la cabeza en su regazo. La abrazó, complacido de que hubiera ido a visitarlo, y con el temor de que solo se tratara de una alucinación, pues ansiaba verla, rodearla con sus brazos.

—¿No vas a preguntármelo? ¿A quién pertenece mi corazón? ¿No es esa la pregunta que has estado haciéndote cada noche antes de dormir?

—No quiero saberlo. Así no. —Oriol suspiró hondo, tan hondo que pensó que consumiría su respiración.

—Se acercan días difíciles y quiero que estés preparado. Necesito que sigas con vida.

—¿Ahora puedes ver el futuro?

—Puedo sentir su crudeza, el frío del hierro y a la vez su insoportable calor. Bailarán sobre tu tumba, entonarán una marcha fúnebre, vaciarán tu sangre hasta que la tierra de la que naciste se hastíe de ella.

—No comprendo qué quieres decirme. —Con el dedo índice, le alzó la barbilla hasta conseguir observar sus pupilas encogidas—. ¿Es un acertijo siniestro? ¿Tratas de decirme que voy a morir? ¿Que ese es mi destino?

—No es culpa tuya. Nunca fue culpa tuya. —Le acarició las mejillas y estiró el cuello hasta alcanzar sus labios—. Sabes que te quiero. Puede que desde el día en el que me arrebataste esa absurda escupidera de las manos.

Oriol no pudo resistirse a sus labios, que le rogaban que juntara los suyos. Él lo hizo muy despacio. Primero los rozó hasta percibir su calor, después quiso hundirse en ellos y dejarse quemar por las llamas que jamás se extinguieron, porque él, a pesar del agua que discurría por su ser, continuaba siendo fuego. Un fuego que bramaba por salir y quemar a la bruja en su hoguera de sortilegios. Ella nunca fue hielo, sino el aire que alimentaba su llama, el aire que lo impulsaba a correr, a vivir y a desear más. Quiso derretirse en su boca hasta que la noche se desvaneciera por completo y el sol comenzase su reinado. Deseó entregarse a ella bajo los serbales mientras la luna los contemplaba ruborizada.

La recostó sobre la hierba y continuó acariciando sus labios con su dedo pulgar, como solía hacerlo. La contempló un instante. A pesar del frío mañanero, no tiritaba. Sus labios mantenían ese tono rosado que lo enloquecía, y quiso acercar los suyos de nuevo. Sin embargo, antes de hacerlo, olisqueó la fragancia de su cuello deslizando la nariz sobre este. Ella lo ignoraba, pero su perfume natural se asemejaba al limón, jugoso, ácido y endulzado con una pizca almizcle. No podía

resistirse a ese aroma, nunca pudo. Lo hechizaba cada vez que se contoneaba al pasar cerca de él, lo sacudía cuando de su boca nacía una palabra, lo trasladaba al mismísimo Infierno si llegaba a rozarlo.

Y ahora ella se estremecía en sus brazos, alzaba la barbilla para permitirle hundir la cabeza en su cuello, y pensó que, si todo era producto de un sueño, no quería despertar jamás, porque prefería vivir en él que llenando de mentiras su corazón para obligarlo a olvidarla. La besó como la primera vez que lo había hecho al ahuyentar a los lobos que los habían acorralado. Ella pensaba que había estado utilizándola, que la había engañado con sus temibles feromonas, cuando en realidad, él, desde el principio, había experimentado una atracción vertiginosa hacia su esencia pura, un deseo que tuvo que controlar hasta que, por fin, esa noche, mientras buscaban a León, pudo desatarse y transmitirle toda el ansia que le suscitaba.

Por eso, fue salvaje, pasional, húmedo. Porque necesitaba que la bruja sofocara todo su anhelo. Necesitaba que ella se rindiese por completo.

—Tengo que irme. Me llaman —le dijo ella mientras su mirada se ausentaba.

—Por favor, no te vayas. Quédate conmigo al menos hasta que el sol pueda abrigarme. Tengo frío y hambre… Y tengo miedo. Me he negado a admitirlo, pero tengo miedo a que me capturen.

Ella le acarició la mejilla con ternura.

—No puedo hacerlo. Pasa algo… Sé que estás asustado, así que sigue corriendo y no mires atrás.

Se desvaneció como una neblina que se eleva en el aire y luego se disipa sin más, sin dejar huella de su presencia ni de su existencia previa.

Oriol se despertó de manera brusca, llevándose una mano al pecho, el cual todavía le hervía y no lo dejaba respirar con normalidad. Recobró el aliento, y fue cuando examinó su entorno. Sofía no estaba. Quizá nunca estuvo y todo aquello fue provocado por sus ansias de verla y por el temor que al mismo tiempo le suscitaba.

Permaneció unos minutos sentado, apoyado sobre el mismo tronco que lo había cobijado durante su sueño, y todavía desconcertado por lo vivido. Recordó las palabras de Sofía: «Bailarán sobre tu tumba, entonarán una marcha fúnebre y vaciarán tu sangre». ¿Era eso lo que Janus pretendía? ¿Humillarlo ante su congregación?, ¿someterlo?, ¿darle una lección?

Un escalofrío se detuvo en su nuca, y aunque sacudió la cabeza, no logró desprenderse de esa sensación de indefensión que lo había acompañado desde que abandonó la cabaña. Él no era así. No era un cobarde que temiese a la muerte o que aguardaba desvalido a que lo apresaran. Era cazador, y ya desde pequeño lo enseñaron a lidiar con

la muerte y a luchar hasta que de sus garras no quedara más que el pellejo. Sin embargo, la incertidumbre lo fustigaba, le hacía imaginar los cientos de posibilidades que existían si Janus conseguía su objetivo, y ninguna era halagüeña para él. Sí, era el hijo de una bella súcuba que murió a las pocas semanas de alumbrarlo, o al menos eso le había contado Rafael. Su padre nunca quiso entrar en detalle sobre la relación que mantuvo con ella. Después de todo, era un demonio seductor, y eso, para un cazador sometido por sus encantos, era un estigma que tendría que soportar durante toda su vida, una vergüenza en su currículo intachable.

Se levantó y cargó la mochila sobre sus hombros sin dejar de pensar en su verdadera madre, a la que nunca le dedicaba un minuto de sus atormentadas reflexiones. Rafael la había descrito una vez como un ser hermoso, de rostro cándido y unos intensos ojos dorados. Su melena era larga y pelirroja, ondulada y con algunos bucles en las puntas, al menos en su apariencia humana. Decía que nunca le mostró unos pechos voluptuosos encorsetados en una blusa demasiado estrecha, sino que siempre se presentaba con un aspecto refinado. Quizá si lo hubiera hecho con una minifalda donde hubiera podido apreciar el balanceo de sus glúteos y unos tacones de aguja exagerados, habría sospechado. Las súcubas jugaban con la tentación y la lujuria, uno de los siete pecados capitales, por lo tanto, los cazadores estudiaban también su comportamiento: vicioso y depravado. Sin embargo, su madre se presentó ante él como una amable arqueóloga, con unas gafas de pasta y una tímida traba atando su extraordinaria melena. Se ofreció para ayudarlo en un caso y él aceptó de buen agrado, pues las adivinanzas y los jeroglíficos de eras prerrománicas nunca fueron su fuerte.

Rafael no quiso entrar en detalles, aunque imaginó que el poder de las feromonas lo atrapó desde un principio en su red cautivadora y de la que no pudo escapar tan fácil. Oriol quiso pensar que también su madre de alguna manera se sintió atraída por la fortaleza y la seguridad de su padre y que todo aquello no fue un simple plan orquestado para debilitar a un cazador, copular con él y engendrar un nuevo monstruo en su vientre. Un monstruo con alma que pudiera caminar entre humanos. Su sentido del romanticismo lo instaba a imaginar que después de todo existió el amor entre ellos, y esa fue la razón por la que su madre lo entregó a Rafael cuando nació. Ella lo quería. Y por eso desoyó las advertencias de su manada cuando le exigieron que se deshiciera de él, por eso recorrió cientos de kilómetros hasta localizar a su padre, por eso le pidió que lo cuidara y le diera una familia. Su madre lo amaba.

Alcanzó el puerto de Farrapona antes de mediodía, dispuesto a iniciar el descenso por una carretera estrecha y de asfalto rugoso.

Quiso emprender la ruta por el sendero más práctico, pues ya había perdido un tiempo sustancial al tratar de despistar a sus perseguidores y trazar su huida dando un rodeo que lo llevó a perderse después de abandonar los lagos. Veintidós kilómetros separaban a Pola de Somiedo del Alto de Farrapona. Solo veintidós malditos kilómetros. Un recorrido que podría haber hecho en menos de cuatro horas, siguiendo la línea de la carretera, lo había alcanzado en el doble de tiempo. Se había asegurado de partir algunas ramas aposta por el camino, de llevar sus huellas a un paraje con muchas alternativas de ruta, para después retroceder en ellas, procurando calcar sus pies en una lenta marcha atrás, para a continuación internarse en una zona más boscosa. Quería hacer creer a los cazadores que atravesaría el parque natural de Las Ubiñas-La Mesa y que su destino final era Oviedo, cuando en realidad siempre había sido la provincia de León.

Respiró hondo antes de comenzar el descenso y disfrutó de la gran riqueza ecológica del lugar mientras marchaba en paralelo con la carretera. Evitaba encontrarse con los numerosos ciclistas que entrenaban en la zona, pues ya no se fiaba de nadie. Todos podían fingir una exagerada amabilidad y un interés desmedido para hacerlo caer en una trampa. Cualquiera podía ser un cazador.

A pocos kilómetros, divisó un pequeño cobertizo con un techo enclenque y cuatro tablones sujetando la estructura para que no se viniera abajo. Oriol estaba exhausto. Apenas había dormido una hora, y a pesar del gorro de lana que cubría sus orejas, el sol quemaba su frente. Decidió entonces parar, entrar en el cobertizo y tumbarse sobre un montón de paja seca, la cual pinchaba su piel sin ninguna compasión.

Necesitaba dormir. Olvidarse de aquella pesadilla. Volver a ser él. Sin miedos que le impidiesen caminar. Sin turbaciones que lo hiciesen flaquear.

12

Cerrojo

Rafael observaba el techo desnudo sin mucho interés. Le irritaba que sus ojos se perdieran en el espacio negro sobre su cabeza cuando lo que ansiaba era dormir. Ya no recordaba cuándo había sido la última vez que había disfrutado de un sueño reparador. Parecía que hacía siglos que sus párpados no se cerraban con suavidad y gozaban de un merecido descanso hasta que llegaba un nuevo amanecer. Sin embargo, el colchón ya no le resultaba tan cómodo como de costumbre ni la almohada poseía esa dureza que tanto apreciaba, ya que su cabeza se hundía en ella como una palmera moribunda en la arena del desierto.

Con las manos descansando sobre su abdomen, suspiró con hartazgo, sin apreciar que su dedo índice golpeaba una y otra vez su ombligo como un metrónomo consumido por las horas. Se forzó a cerrar los ojos con la esperanza de invocar así al poderoso sueño. No obstante, el cariz de los acontecimientos lo perturbaba en demasía como para gozar de un momento de sosiego. Primero habían sido los extraños movimientos de los fieles de Janus, que se aglutinaban en los Pirineos, para comenzar una peregrinación lenta hacia distintos puntos de la geografía española. Después el mensaje que le había hecho llegar ese chiflado a todos los cazadores usando la llave de su gremio. Y, por último, las noticias que traía León desde Alicante, nada halagüeñas.

Las muchachas habían decidido amparar a la llave de los demonios sin su consentimiento. Y, para más inri, Sofía estaba enferma, y un brujo déspota había viajado desde Inglaterra para ayudarla. Por supuesto, había llamado a Hugo para exigirle explicaciones, sin embargo, también este ignoraba que las chicas hubiesen aceptado ayudar a un demonio. Detestaba la idea. Esto confundiría más a los compañeros cazadores que dudaban sobre el bando en el cual debían posicionarse. Janus proclamaba la extinción de los demonios y demás monstruos que se jactaban de marchar por la tierra sin mucha oposición, y ellos se dedicaban a amparar a uno. No estaban dando la buena imagen que se esperaba del gremio. Y esto podría pasarles factura.

Encendió la luz de la mesita de noche al escuchar a alguien

aporrear la puerta. De reojo, observó la hora, y con una mueca de desagrado comprobó que faltaban unos minutos para la medianoche. ¿Quién diantres osaba interrumpir sus horas de paz en la cama? Oyó los pasos seguros de Edith bajar las escaleras como si habitara en ella desde hacía años. La vidente se había instalado en la casa para hacerle compañía a Ariadna y a él tras la marcha de sus hijos. Tampoco ella deseaba quedarse sola en la suya, pues temía que el ojo de Janus irrumpiese por la ventana y la espiase toda la noche mientras dormía o que le susurrase frases perturbadoras; algo que a él le resultaba de lo más divertido. Edith era una gran vidente, y estaba seguro de que podría enfrentarse a Janus si volviese a conectar con ella a nivel telepático, o como lo denominasen los videntes. Ella poseía las armas adecuadas para echarlo de su mente. En cambio, él, un cazador tullido, poco podía hacer contra las intromisiones del fanático vidente.

Se sentó en la cama y, tras estirar el brazo, acercó la silla de ruedas hasta el borde. A continuación, se deslizó hasta él, ayudándose con los puños, para después balancearse y dejarse caer en la silla al tiempo que la puerta de su dormitorio se abría y un exaltado León aparecía tras ella con el rostro desencajado. Sí, también el fortachón temía volver a escuchar las voces en su cabeza y desmayarse en cualquier parte sin que nadie pudiera socorrerlo.

—El padre Carlos está aquí —le anunció—, y no viene solo.

Rafael frunció el ceño, desconcertado, y se dejó empujar hasta el salón por los fornidos brazos del cazador. Allí, atisbó la silueta del sacerdote junto a la de una mujer de unos sesenta años.

—Puedes encender la luz —le sugirió a León—. No vamos a despertar a los vecinos por eso.

—Le he dicho yo que no lo hiciera —intervino el hombre, quien ocultaba su alzacuellos tras un suéter grueso—. Es mejor que nadie sepa que estamos aquí.

Edith se apresuró a despejar una de las sillas de los numerosos papeles en los que permanecía enterrada y le ofreció asiento a la peculiar invitada del padre.

—Eres vidente, ¿verdad? Percibo tu energía, a pesar de que está algo revuelta. Aquí no tienes nada que temer. Puedes sentarte. ¿Prefieres un té o un café? ¿Tal vez agua?

—Un vaso de agua no me vendría mal —le dijo la mujer con voz tímida.

Rafael reparó en sus manos temblorosas y en su rostro convulso, a pesar de que vestía con un abrigo que le cubría con holgura gran parte de su cuerpo. Era de estatura media, más alta que Edith y más recia, aunque sus ojos mostraban una flaqueza acusada; demasiada para tratarse de una vidente consagrada, ya que, a esa edad, los de su gremio alcanzaban una comunión absoluta con sus dones y una

madurez envidiable tanto para brujos como para cazadores, quienes a veces morían sin experimentar la gratitud de un poder completo, aquel que estaban destinados a alcanzar.

Rafael arqueó las cejas y aguardó a que fuera el padre Carlos quien explicara su visita tan tardía. El sacerdote tomó la palabra en cuanto los ojos del cazador se posaron en él, intuyendo que ya había finalizado la evaluación consentida que le había realizado a la invitada. Después de presentarla como Eugenia López, natural de Burgos y reputada vidente de la zona, y tras enumerar los logros de Rafael, León y de la hospitalaria Edith, el sacerdote comenzó con su relato sin atropellos. Hablaba de forma pausada, respirando en cada coma y con la entonación justa:

—Como sabes, he estado siguiendo el rastro *in situ* de una de las facciones de Janus, y eso me ha llevado hasta Cáceres. Decidí brindarle labores de apoyo en la iglesia de uno de mis amigos en Valencia de Alcántara para integrarme así con los lugareños y ganarme su confianza. He estado ofreciendo misas, realizando confesiones, algún que otro bautismo, que siempre es muy satisfactorio, a la vez que observaba los movimientos de un grupo de unas diez personas recién llegadas al pueblo. No eran muchas, y desde el principio mantuvieron un comportamiento ejemplar con los vecinos de la localidad, a quienes se los presentaron como historiadores interesados en los dólmenes de la zona. Eugenia era miembro del grupo, y como buena católica comenzó a desconfiar de las milagrosas intenciones de Janus. Dios jamás permitiría que se ofreciera a uno de sus siervos en sacrificio como pretexto para usar las llaves del Cielo y conseguir la tan ansiada sabiduría que Janus predica. Por eso, Eugenia vino a verme y me expuso sus dudas en secreto de confesión.

—¿Sacrificio? ¿De qué estás hablando? —lo interrumpió Rafael.

—Para usar las cuatro llaves, necesitan un cerrojo —le aclaró el sacerdote—. Un alma inocente libre de pecado para que pueda acceder al Paraíso. No les vale cualquiera, solo un ser humano entregado a los demás que dedique su vida a la ayuda del prójimo sin obtener beneficio alguno.

León carraspeó, mostrando su incomodidad.

—¿Y se puede saber dónde van a encontrar a un santurrón?

Cabizbaja, Eugenia dio un paso al frente y se frotó las manos, nerviosa.

—Para eso necesitaba la colaboración de nosotros los videntes. Nos ha dividido en varios grupos: a unos les ha encargado la tarea de encontrar a esa alma pura, a otros nos ha transmitido el deseo de purificar la zona del sacrificio antes de la llegada del cerrojo, y al último grupo le ha ordenado la vigilancia de las llaves que faltan, además de la de ese demonio que camina entre nosotros como si fuera

uno más.

Rafael arrugó el rostro, expresando su constatada confusión.

—¿De qué demonio está hablando? —le preguntó al padre Carlos, esperando que este rellenara los huecos del discurso de la mujer.

—De tu hijo. De Oriol.

El cazador palideció a la vez que percibía el desagradable pinchazo de una aguja en la nuca. Ya lo había sentido antes, cada vez que el enemigo le propinaba un golpe certero. Era peor que una abrasión, pues esa aguja afilada conseguía paralizarlo al instante, y le recordaba que por mucho que quisiera correr para auxiliar a su familia, no podía. No podía levantarse. Reparó en la mano de Edith, la cual se apoyaba en su hombro después de dar un pequeño traspiés. La mujer, recién llegada de la cocina y que todavía sostenía el vaso de agua, no pudo evitar derramarla sobre la mesa al escuchar el nombre de Oriol.

—¡Oh, por Dios! Él no es un demonio. ¡Es un chiquillo! —exclamó la vidente.

—¿Para qué quiere a mi hijo?

Afectado, le suplicaba con rostro angustiado que no pronunciase la palabra «muerte», que no se atreviera a decir que Janus quería desterrarlo del mundo porque lo consideraba una aberración. Oriol no era un monstruo. Era su hijo. Ella desvió la mirada, buscando apoyo en el semblante sereno del cura.

El padre Carlos presionó los labios antes de hablar:

—Al igual que necesita a un alma noble y bondadosa, también requiere de una corrupta, ennegrecida por sentimientos poco honrados. ¿Y qué mejor que un humano medio demonio? Oriol es impuro de nacimiento, un ser donde el mal ha conseguido tomar forma en carne y hueso.

—¡Tú más que nadie sabes que todo eso son chorradas! —gritó Rafael enojado—. Mi hijo no es una bestia, no es un ser abominable que habita en una cueva. Oriol siente y padece, incluso mucho más que algunos de los que estamos aquí. Incluso más que yo... —Apagó su voz, sofocado por un creciente dolor en el pecho. Se llevó la mano al corazón y trató de controlar su ritmo descompasado.

—Eso no lo dudamos nosotros, pero Janus no conoce su espíritu, su lucha interior, su más que alabada honestidad. Él lo ve como el medio demonio al que deberíamos temer, al engendro que ha creado Lucifer para engañarnos, para tentarnos y hacernos creer que hay amor en él.

—¡Claro que hay amor en él! Todo esto es ridículo. —Rafael negó con la cabeza, rehusando admitir que su hijo también era una pieza clave en toda esa maraña de promesas vacías—. ¿Qué pretenden hacer con él?

Por fin, la mujer dio un paso al frente y se atrevió a hablar:

—Siento mucho todo esto. Una amiga me convenció para que

viajara a Andorra y escuchara uno de sus discursos. Yo soy una cruzada, aunque nunca me importó ese hecho. Sin embargo, tengo cuatro hijos, y dos de ellos nunca se mostraron inclinados a potenciar el don que se les ofrecía. Decían que era cosa de féminas, a pesar de que sabían que era mi padre el que ostentaba la pureza del don y que de él aprendí mucho. Me enseñó a canalizar mis visiones, a escuchar el corazón de los demás y a calmar sus penas. En mi familia siempre han sido las mujeres las que han protegido el regalo que se nos ha dado, y quizá por eso los hombres han preferido buscar la riqueza en los aspectos más materiales. Quería transmitirles a mis hijos que podía ser posible llevar una vida de entrega y al mismo tiempo desempeñar el oficio que más les gustara. Por eso acepté la invitación de esta amiga —confesó avergonzada a la par que retiraba su rostro de las miradas de los presentes—. Y al principio me pareció una idea maravillosa. Si todos pudiéramos abrazar todos los dones, si todos pudiéramos abrir los ojos para crear un mundo mejor..., mis hijos comprenderían la importancia de nuestra labor en el mundo. Y, de alguna manera, mi legado no desaparecería jamás.

Hizo una pausa, donde recibió el cariño de Edith. En cierto modo, ella la comprendía. Iris también era una cruzada, con un don incompleto y contra el cual ella se encaraba a veces porque no era capaz de descifrar los mensajes encriptados de los sueños que recibía. Su hija no tenía premoniciones, sus visiones estaban más enfocadas hacia el presente que estaban viviendo, y aunque ella no lo expresara de forma verbal, la sumía en un profundo pesar. Edith la había ayudado, aconsejado para exprimir al máximo su potencial, y no podía negar que iba por el buen camino, sin embargo, Iris jamás podría acceder a ciertas experiencias a las que ella sí. Y no existía nada malo en ello. No es que fueran indispensables para gozar de una vida plena como vidente ni para alcanzar una vejez sana y agradecida, pero su hija se había obcecado en ayudar a los cazadores, en participar en sus batallas diarias, y a veces se sentía diminuta ante ellos al no poder ofrecerles toda la información que le requerían.

—Prosigue, por favor —la animó ella.

—Creí que estaba formando parte de una gran familia, ya que todos nos apoyábamos, compartíamos experiencias, visiones y preparábamos el lugar para algo grande: la conciliación de los gremios. También había cabida para los humanos que abrazasen esta gran verdad. Sin embargo, comencé a expresar mi opinión en cuanto aquellos que se resistirían a creer. Debíamos darles una segunda oportunidad, ofrecerles nuestra mano y guiarlos para que ellos mismos vieran el mundo magnífico que estaba naciendo... En lugar de ello, comencé a escuchar frases demoledoras: «Si no quieren abrir los ojos, que se mueran. No son merecedores de nuestro gozo», «Si no son capaces de

distinguir la luz de la oscuridad, deberían vivir a oscuras para siempre», «¿Es que no lo sabes? Estamos en guerra, y esos infieles son los culpables de que nuestros planes sufran retrasos». De pronto, caí en la cuenta de que ellos no mencionaban la palabra «perdón», sino «sangre», que no respetaban la voluntad del prójimo, sino que la nuestra sería impuesta. Pretendían que las personas recorrieran en unos días un camino que a nosotros nos llevó siglos de aceptación y aprendizaje. Y entonces pensé en mis hijos. Ni yo misma los había obligado a ver mi verdad, a pesar de que ellos poseían parte de mi don. Nunca me atreví a cuestionarles su camino, porque algunos llegan a la meta rápido y otros deben hacer un rodeo que les lleva toda la vida hasta alcanzarlo. Cada uno tiene su tiempo. Y Janus quiere imponer el suyo.

—Al menos te has dado cuenta del horror que pretende. —Edith la rodeó con sus brazos y trató de consolarla—. Has tenido suerte de tropezarte con el padre Carlos.

Ella asintió agradecida.

—Ahora mi vida corre peligro —continuó alarmada—. No conciben la idea de que nadie los abandone una vez que has conocido a Janus el Conciliador. Aunque intuyo que no soy la única. La sangre no es el camino para el renacer. Proclamar a los cuatro vientos que todos los que no abracen su fe morirán no es un consuelo; es una amenaza.

Rafael observó cómo el sacerdote le daba palmaditas en la espalda a la mujer mientras él rechazaba compadecerse de ella. No debió siquiera escuchar las palabras de Janus, asistir a sus conferencias ni a sus endemoniados rituales. Una vidente íntegra jamás creería en las promesas de otro sin antes escucharse a sí misma.

—Te buscaremos un lugar seguro. Ahora estás a salvo. Todavía hay cazadores de nuestra parte, y también videntes —la animó el sacerdote mientras señalaba a Edith como un ejemplo a seguir; en ese momento, su referencia más cercana—. Protegeremos a tus hijos si hace falta, y a tus nietos... Será mejor que vayas a descansar.

Rafael no le quitó el ojo de encima mientras pasaba a su lado. No había respondido a su pregunta y supuso que le resultaba embarazoso; incluso humillante, ya que se había fiado de un charlatán. Y ahora se desnudaba ante un completo desconocido, un extraño que le permitía dormir en su casa; una noche, nada más. Después habría que buscarle un lugar seguro, fuera del país, donde los videntes de Janus no lograran hallarla. De soslayo, miró a su amigo e imaginó que había reunido más información de la que le había suministrado la mujer en la casa, pues el viaje desde Cáceres en coche había sido largo. Y nada tedioso, imaginó. Desde luego, el sacerdote contaba con unas armas que estaban vetadas para él por su temperamento: la paciencia y la indulgencia. Aun así, no quiso perder la última oportunidad que tenía

con ella y se lanzó a formular una cuestión que estaba rondándole por la cabeza desde el principio. No era una pregunta dañina ni pretenciosa, así que dedujo que la mujer la respondería sin mucha dificultad:

—¿Qué estabais haciendo en Valencia de Alcántara?

No obstante, la vidente dudó unos segundos antes de decidirse a hablar. Buscó el beneplácito del sacerdote, quien asentía con seguridad, y después se atrevió a mirar a su interlocutor.

—Pensaba que había quedado claro. Mi grupo se dedicaba a las labores de purificación y preparación para el ritual. El dolmen del Mellizo es uno de los lugares escogidos.

Se retiró, acompañada por Edith, quien le indicaba que debía subir las escaleras para llegar a la habitación de los invitados, que no era otra sino la que ocupaba él antes de su encuentro con el visitante de alcoba. Ninguno de sus hijos había querido quedarse con ella, a pesar de ser la más espaciosa y la más cálida. Ellos siempre mantuvieron la esperanza de que volviera a caminar algún día y por eso también habían preferido mantener la estancia intacta. Se convirtió en un santuario en el que ninguno se permitía entrar después del ataque, hasta que el sacerdote lo obligó a transformarlo en una habitación de invitados, por la que habían pasado numerosas personas.

—Janus está valorando otros tres lugares más —añadió su amigo—: el dolmen de Merillés, en Asturias; el de Tella, en Huesca, y la Chabola de la Hechicera, en Álava.

—Entiendo que en uno de esos piensa sacrificar a la pobre alma que haya encontrado introduciéndole las cuatro llaves de una manera que todavía no logro imaginar. —Rafael se rascó la barbilla, transmitiendo sus dudas.

—Es difícil saberlo. Aunque he buscado en los libros, no he encontrado ningún sacrificio que se asemeje al que quiere realizar, así que no tenemos ni idea de lo que pretende hacer en el lugar escogido.

León abrió un zumo de tomate que había ido a buscar a la nevera y se lo empurró como si fuera una bota de vino.

—No sucederá nada —objetó mientras se limpiaba las gotas rojas de su impoluta barba—. No va a abrirse ningún boquete en el cielo ni aparecerá ninguna escalera para que pueda subir. Matará a una persona y los demás bailarán a su alrededor, esperando el milagro. ¡Panda de descerebrados!

El padre Carlos bufó, y a Rafael no le pasó desapercibido su malestar. El sacerdote se había mostrado un tanto huidizo cada vez que él lo torpedeaba con su mirada buscando respuestas. No era propio de él, y no tardó en averiguar el motivo de su incomodidad. Le había bastado pronunciar su nombre para que su cuerpo se engarrotara y tratara de estirar el cuello para disimularlo.

—¿Vas a contarme de una vez qué papel juega mi hijo en todo esto? Has estado conteniéndote en todo momento, no sé si para no disgustar a Edith o a mí. Pero sabes que tienes que decírmelo, sobre todo si tengo que localizar a Oriol, del que no tengo noticias desde hace dos meses, para advertirlo. ¿Es grave?

El padre Carlos carraspeó para aclarar una voz que deseaba abandonarlo.

—Necesitan que Oriol esté presente en el ritual. Al mismo tiempo que el cerrojo es abierto para que el Cielo lo acoja en su seno, la sangre del pecador debe ser derramada en la Tierra para expiar sus imperfecciones. El puro viajará al Cielo; el pecador, al Infierno.

—¡¿Qué?! —Rafael lo miró atónito.

—Es un doble cerrojo, o algo parecido. La dualidad del hombre justo y el corrupto. —El cura posó su mirada en el techo y después negó varias veces—. Ya sabes que, para mí, todo esto son pamplinas. En realidad, con la muerte de Oriol pretenden darles una lección a todos los demonios y advertirlos de que llega su final. Jamás debieron hacer pasar a uno de los suyos como humano y dejarlo que se rigiera por nuestras normas. Nunca debieron permitir que se infiltrara en un gremio tan hermético como lo es el nuestro y consentir que se adiestrara con nuestras propias armas.

León le propinó una patada a la silla y terminó derribándola.

—¡Oriol nunca ha matado a ningún inocente! Se ha enfrentado a demonios y entes oscuros como todos nosotros, luchando como un igual. Jamás ha sentido lástima por ninguno de ellos. En cambio, ¿qué ha hecho ese Janus? ¡Invocó a la Sombra y pactó con un demonio! ¡Maldita sea! Ha asesinado a compañeros para conseguir esas dichosas llaves. ¿Es que sus seguidores han olvidado su pasado o lo han perdonado? ¡Mató a mi hermano! Y lo siento, padre, pero de mí jamás obtendrá el perdón.

Rafael contuvo el aliento unos segundos antes de expresar su incredulidad:

—León tiene razón. ¿Cómo pueden tener el cerebro tan absorbido por una convicción que no está demostrada cuando ya el currículo de ese señor deja mucho que desear? En esto tengo que darle la razón a mi hijo Hugo: abrir el Cielo y repartir su sapiencia es una solemne tontería. ¿De dónde ha salido Janus? ¿Quién demonios es?

El padre Carlos se encogió de hombros.

—No lo sé. Si conociéramos su verdadera identidad, tal vez podríamos demostrar que no se trata de un erudito ni de un ser divino, sino de un hombre de carne y hueso con demasiadas pretensiones y sin una base científica ni teológica para hacer tal afirmación.

—Puedo hacerlo. —Tanto Rafael como el sacerdote miraron

sorprendidos al fornido cazador, quien introducía los pulgares en su cinturón—. Puedo hurgar en su pasado, buscar sus miserias y estampárselas en la cara delante de toda su congregación.

—Te lo agradecemos mucho, pero no creo que tengamos mucho tiempo. —El sacerdote entornó los ojos, disgustado—. Pretenden ejecutar su plan durante el equinoccio de primavera, y para ese momento solo nos quedan...

—¡Cinco días! —Rafael se masajeó la frente con inquina. Debían actuar rápido, más rápido de lo que había imaginado, y apenas contaban con un par de pistas sobre el posible paradero de Janus—. Bien, León, llama a mi hijo al móvil. Aunque le he pedido que lo mantenga apagado, sé que de vez en cuando le echa un vistazo. En cuanto compruebe que hay varias llamadas perdidas desde el fijo de casa, sabrá que ha pasado algo grave e intentará contactar con alguno de nosotros.

—De acuerdo —concordó el grandullón mientras se dirigía al teléfono.

El viejo cazador enterró el rostro entre sus manos, buscando un consuelo que se le escapaba con cada exhalación de sus pulmones.

—¿Cómo ha podido ocurrir todo esto? ¿Desde cuándo hemos dejado de perseguir a monstruos para enzarzarnos en una guerra contra nosotros mismos?

El sacerdote se sentó junto a él y deslizó el brazo por sus hombros.

—El mundo siempre ha estado amenazado por personas que se han creído mejores que los demás. Disfrazan su humildad con el peor de los pecados capitales: la soberbia, pues somos capaces de detectar a un hombre avaricioso en un segundo, a uno consumido por la gula o la lujuria en un minuto. Al perezoso no le prestamos atención, y nos alejamos de la ira porque la reconocemos al instante. La envidia es el mal común de la humanidad. Habita en nosotros como si se tratase de un estado de ánimo más, y le damos menos importancia de la que tiene. Sin embargo, la soberbia puede estar enmascarada por una falsa maestría y endulzada con una generosa amabilidad, hasta que el oscuro nos permite contemplar su verdadero rostro, y cuando caemos en la cuenta de ello, pueden pasar años. Y ya no nos queda otra que lamentarnos de nuestro error. Esa gente cree en un falso profeta, y puedes llamarlos ilusos o demasiado confiados, pero continuarán cegados por la luz adulterada de un sol corrompido por la ambición.

Rafael apartó las manos de su rostro y el sacerdote apreció las lágrimas que se aglutinaban en sus ojos.

—¿También escuchaste las voces? —le preguntó descorazonado el cazador.

—Me temo que todos lo hicimos. Los integrantes de nuestro gremio sufrieron un ataque vil y desleal. Nadie puede estar por encima de

nuestras leyes.

—¿Y cómo las soportaste?

—Recé, y continué rezando hasta que se desvanecieron.

Rafael estiró una de las comisuras de sus labios.

—¿Y te sirvió de algo?

—Me ayudó a no perder la cabeza y a mantener mi fe más intacta que nunca. No podemos dejarnos engañar por tentaciones que debilitan nuestro espíritu. Su paraíso es una quimera, no existe, y jamás existirá en esta tierra…, porque el humano es débil, y siempre se verá arrastrado por sentimientos de odio, celos y rabia contenida. No ha habido un momento de paz en este mundo, siempre en una guerra constante. El adversario puede cambiar de nombre, como lo han hecho los países a lo largo del tiempo, modificar sus uniformes y modernizar sus armas. Sin embargo, el enemigo continúa siendo el mismo: los seres humanos. No hay peor enemigo que nosotros mismos… Los monstruos solo se aprovechan de nuestras flaquezas para esparcir su oscuridad, y hay que decir que han hecho un buen trabajo.

Rafael soltó un suspiro, resignado.

—¿Y entonces para qué seguimos luchando?

—Porque necesitamos mantener viva la llama de la esperanza. Nosotros erradicamos a los demonios para que no sigan sembrando la semilla del mal y auspiciando conflictos por todo el planeta. Nosotros les ponemos límites, los doblegamos y les hacemos tragar sus propias mentiras. Mientras sigamos existiendo, jamás conquistarán del todo la humanidad.

Con los dedos pulgar e índice apoyados en su labio inferior, Rafael asintió.

—Eres el amigo que más aprecio, en el que más confío. Podrías haber liderado un batallón de cazadores si hubieras querido. Te habrían seguido sin dudarlo en las horas más oscuras. Eres un gran líder y mejor orador. ¿Por qué diantres te ordenaste sacerdote?

—¿Quieres que te cuente un secreto? —le dijo sonriendo—. No lo hice para celebrar el sacramento de la eucaristía cada domingo ni para practicarles el exorcismo a personas atemorizadas. Lo hice por esto. Por este momento que me has regalado, para insuflarle coraje al abatido y llenarlo de esperanza cuando la copa se ha vaciado. Por esto ha valido la pena mis años de seminarista y mis cursos de formación en Roma: para poder afrontar esta lucha juntos. No puedes perder la fe ahora, cuando todos te necesitamos. Tú siempre has sido el general; yo solo me he limitado a escucharte y a aconsejarte en los momentos complicados.

—Pues ahora necesito con urgencia tu consejo. ¿Qué me sugieres que haga? —le preguntó, frunciendo los labios.

—Bien, todavía contamos con unos cuantos cazadores de nuestro lado, como has dicho. Tenemos que vigilar esos cuatro puntos geográficos y que Janus considera mágicos. También deberíamos adelantarnos a su decisión, ya que uno de esos lugares se convertirá en el centro de sus delirios... Después vendrá lo fácil: impediremos ese ritual, salvaremos al inocente y llamaremos a la policía para comunicarles que una secta pretende un suicidio en masa.

Rafael soltó una carcajada.

—Eso es mentir, y no creo que se te dé bien.

—No es una mentira como tal. León está convencido de que nada sucederá cuando sacrifiquen a esa pobre alma. Pero ¿y si sucediera lo más impensable? ¿Y si existiera algo de verdad en ese ritual mágico? —El cazador inspiró alarmado, temiendo que las reflexiones de su amigo continuasen por derroteros aún más insospechados—. Los humanos no estamos preparados para recibir tal cantidad de poder en nuestro cuerpo sin un previo adiestramiento. Ni siquiera podemos afirmar con seguridad que un cazador pueda recibir el don de la videncia y el de la magia sin sufrir daños cerebrales. Si Janus consiguiera su propósito, habría una masacre. Aunque imagino que él ya habrá valorado esa posibilidad.

El cazador arrugó el rostro, consternado. No fue capaz de pronunciar palabra alguna. Con la fuerza de sus manos, hizo rodar la silla y se aproximó a la ventana. La noche era solitaria, sin ningún transeúnte que la acompañara ni vehículos a los que arropar bajo su manto frío y amargo. Rafael trató de apartar de su mente la cantidad de cuerpos aglutinados sobre un montículo como si fueran desperdicios. Engañados. Vaciados. Sin un alma que les diera vida. Janus era un insensato. Estaba congregando a un rebaño de fieles para después condenarlo.

—Hay algo más —añadió el cura al atisbar su semblante apenado y a la vez lleno de rabia—. ¿Recuerdas a Luca, la llave de los videntes? Cuando lo visité en Roma y me aseguró que hablaba a través de Janus, dijo: «El cazador quiere a Sofía», en nuestro idioma. —Carlos esperó a obtener una reacción de su amigo antes de proseguir. Rafael alzó la barbilla y arrugó la frente, indicándole que contaba con su atención—. Yo pensé en dioses paganos o en algún tipo de control mental, cuando en realidad Luca estaba repitiendo una frase de Janus, dicha por el propio líder de los ofitas.

—¿Qué intentas decirme con eso?

—Janus ha escogido España no porque en estos momentos las dos llaves que necesita se encuentren aquí. Él conoce nuestro idioma, y estoy seguro de que no lo ha estudiado en ninguna academia. Janus es un ciudadano español, y de alguna manera vuelve a casa.

13

Retrato

—Sofía, despierta. Sofía.

Iris susurraba su nombre a la vez que la sacudía por el brazo. A ella le costó abrir uno de los ojos para atisbar la figura de la vidente inclinada sobre su cama mientras la despojaba de las mantas. Tenía frío. Un frío irracional, pues la temperatura de su habitación debía rondar los veinte grados. No obstante, ni los gruesos calcetines que abrigaban sus pies conseguían calentarla. De pronto, cayó en la cuenta. ¿Quién le había puesto el pijama? ¿Quién la había arropado? Espantada, miró a Iris buscando una respuesta. Al ver que ella le acercaba unas zapatillas, se llevó la mano a una sien como si así pudiera aliviar su confusión.

—¿Ha funcionado? El conjuro, ¿ha funcionado?

—No lo sé. —Se encogió de hombros y le señaló el calzado—. Has estado durmiendo unas doce horas.

—Será por eso por lo que me duele todo el cuerpo —se quejó mientras se sentaba—. ¿Qué hora es? ¿Y por qué no enciendes la luz?

Iris la sujetó por los hombros y la obligó a escudriñar en sus ojos grisáceos. Intensos. Enigmáticos. Parecían más rasgados que nunca, con ese aire felino que acostumbraba a mostrar cuando entraba en contacto con su don. Sofía se revolvió en la cama, y fue entonces cuando le dedicó unos segundos a inspeccionar la habitación. La luz todavía no entraba por la ventana, así que no había amanecido. Tampoco escuchaba los pasos de sus vecinos del quinto preparándose para ir a trabajar. Debían estar todos durmiendo. Sin embargo, su amiga llevaba sus vaqueros preferidos y un suéter de pico negro. También reparó en sus botas, en esas en las que guardaba toda una variedad de cuchillos japoneses.

—¿Qué está pasando? —le preguntó, cuidando su tono de voz.

—Ya están aquí. Ahora mismo hay dos cazadores que están forzando el portón del edificio y otros dos que esperan en un coche al otro lado de la calle —la informó en voz baja.

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Lo he intentado, pero estabas adormilada. Ese conjuro debió dejarte K.O. Ahora, ponte los zapatos y vamos al salón.

Sofía no protestó. Con presteza, se calzó las zapatillas y cogió un

abrigo que la cubría hasta el medio muslo, así al menos no recibiría a sus asaltantes en pijama. Iris tiró de ella como si fuera una colegiala que llegaba tarde a clase, y en cuanto llegaron a la sala, la arrastró hasta el perchero de pie situado cerca de la puerta y le rogó que no se moviera de allí.

—Este es tu sitio. Procura no hacer ruido. Está todo controlado. George tiene un plan.

A continuación, la vidente se colocó bajo el dintel de la puerta que daba a la cocina y asintió varias veces. Entonces Sofía, todavía confusa, miró al frente y descubrió a Hugo apoyado en el lado derecho de la estantería. Con la barbilla bien alta, mantenía su Wínchester presionado al cuerpo con una mano, y con la otra le hacía señas a Simón, quien de mala gana se encontraba en el lado izquierdo del mueble.

—Tanto tiempo preparando las defensas mágicas de la casa para evitar que entraran, y ahora les dejamos la puerta abierta —objetó el demonio con sarcasmo.

—¡Shhh! —El cazador lo mandó callar de inmediato.

Sofía sacudió la cabeza, ya que su mente parecía estar sumida en una especie de letargo. No había despertado por completo. Percibía el cosquilleo de la hierba en la planta de sus pies y el gélido viento del norte erizar su piel. Abrió y cerró los ojos con rapidez para intentar no ser transportada de nuevo a ese claro donde presumía que había pasado la última hora. Sin embargo, una fuerza indómita la empujaba a viajar de nuevo al lugar, porque, a pesar del frío, añoraba el calor de unos brazos y el deseo de unos labios. «¿Qué está pasándome? ¿Por qué no consigo mantenerme despierta? —se preguntaba desconcertada—. ¿Será algún efecto secundario del conjuro?».

Entonces, se obligó a mantener los párpados alzados y reparó en la puerta de la entrada. Simón tenía razón. No la habían trancado con los cerrojos aposta para que los cazadores no encontraran ningún obstáculo en su camino. Pretendían entregarles la llave de los demonios. Querían deshacerse de Simón.

Quiso dar un paso al frente, sin embargo, un ligero mareo hizo que se agarrara al perchero que tanto adoraba su madre. Ella, en cambio, lo detestaba, siempre repleto de abrigos y chaquetas que caían en cascada sobre el palo de madera sin que llegaran a rozar jamás el suelo. Era una palmera de ropa en un ángulo muerto del salón y que ahora le servía de escondrijo, ya que su cabeza estaba oculta bajo el abrigo de Harry. Se impregnó de su perfume algo nostálgico con pizcas de cedro y que le recordaba a los veranos con su abuela María en el pueblo.

Inspiró hondo y buscó al brujo por la habitación a oscuras, sin una luz que la guiara. Pronto lo vislumbró junto a la ventana, tras una de

las cortinas que acariciaban los mosaicos del suelo cuando la brisa la mecía. Parecía un fantasma primitivo preparado para asustar a los niños de la casa. Sin embargo, allí no había críos. Cris se había ido, y ella había madurado como jamás hubiera imaginado. El escondite le resultó de lo más absurdo, ya que los cazadores lo abatirían desde que vieran un bulto asomar de la pared. En realidad, toda la escena le pareció ridícula. Estaban al descubierto. No existía el elemento sorpresa ni un gran recibimiento con una artillería pesada. ¿Cuál era la idea? ¿Dejarse atrapar por los malos?

Sofía quiso protestar dando un paso al frente, no obstante, ese constante desequilibrio no la dejaba avanzar. Entonces, volvió a posar sus ojos en Hugo. Él le sonreía, le imploraba con su mirada para que no se le ocurriera estropear el plan. ¡El plan! ¿Por qué a nadie se le había ocurrido contárselo? ¿Por qué no la despertaron antes? Sofía tembló. Un escalofrío se empeñó en recorrer su cuerpo una y otra vez sin buscar una meta. Escuchó los pasos cautelosos de los cazadores subir los escalones. No hablaban entre ellos e imaginó que compenetrarían sus movimientos ayudándose de sus miradas. Así lo hacían Hugo y Oriol. Eran capaces de adelantarse a una situación de peligro y coordinar su defensa sin pronunciar palabra alguna. De alguna manera leían sus pensamientos, interpretaban sus gestos, se comunicaban con la expresión de sus ojos.

De pronto, se enderezó. Ella estaba captando las pequeñas señas de Hugo, a pesar de encontrarse a oscuras. Podía acceder a su mirada, a sus facciones rígidas y determinantes. Ignoraba cómo estaba haciéndolo, pero podía ver los rostros de sus compañeros inmersos en una incierta tiniebla. Prestó de nuevo atención a los labios del cazador, que se movían formando palabras en silencio; frases encadenadas que trataban de enviarle un mensaje. Entrecerró los ojos y se concentró en ellos. ¿Qué pretendía decirle el cazador?: «No hagas ruido, no podrán vernos. George lo ha preparado todo».

¿George? ¿Dónde estaba George? Lo buscó por toda la estancia, sin éxito. No podía andar muy lejos, ya que el piso no era muy grande. ¿Por qué no podía verlo? De pronto, lo divisó saliendo del cuarto de baño, con el mentón en alto y el pecho ensanchado. Caminó seguro hasta el centro de la estancia y desde allí extendió uno de sus brazos con la palma de la mano hacia arriba. Sofía arrugó la frente, sin comprender. Parecía sumido en una concentración hipnótica. A continuación, atisbó por el rabillo del ojo cómo el primer cazador entraba en la sala. Lo hacía empuñando su escopeta y apuntando a todo lo que le pareciera sospechoso. Pocos segundos después, lo hizo el segundo, aunque este prefería protegerse con una pistola. En ese momento, el brujo sopló su mano, creando una brisa apenas imperceptible para los sentidos humanos. Sin embargo, ella pudo

apreciarla. Volaba rauda hasta rodear a los cazadores y configurar una espiral violácea que arrancaba desde sus pies y se desvanecía en sus cabezas. Desde su posición, no podía distinguir sus rostros, aunque sí sus vestimentas oscuras y el destello de algún cuchillo. No obstante, no parecían afectados. No se habían percatado del hechizo mágico bajo el que ahora estaban sometidos. Ella volvió a posar su mirada en Hugo, quien permanecía inmóvil en su posición, sin arquear una ceja, pese a que los cazadores avanzaban por toda la estancia.

—Aquí no hay nadie —dijo el más bajo.

—Será mejor que comprobemos los dormitorios —sugirió el otro.

Sofía tragó saliva mientras uno de ellos retrocedía sobre sus pasos y se detenía para examinar el perchero. Contó las prendas que había en él, incluso se atrevió a inspeccionar los bolsillos del abrigo de Harry. Ella aguantó la respiración y trató de contener sus poderes. Ignoraba si el amarre que le habían realizado los dos brujos había funcionado. En caso necesario, podría arremeter contra él sin sufrir consecuencias devastadoras en su cuerpo.

Percibió cómo sus ojos se tornaban al azul más claro, más amenazante, y se mordió el labio inferior a la espera de detener el proceso. No podía ser la bruja ahora. Hugo se lo había pedido. Debía confiar en él. Sin embargo, un miedo irracional se apoderaba de ella. Podía sentirlo. Las yemas de sus dedos vibraban, deseando que invocara a algún elemento.

—Si se han ido, lo han hecho muy rápido. No han cogido los abrigos. No pueden estar muy lejos —certificó el hombre que se encontraba a un palmo de su nariz.

Escuchó cómo el segundo cazador se internaba en el dormitorio de sus padres, mientras que el otro, por fin, se decidió a registrar la cocina. No la había visto. A pesar de haberla tenido a apenas un suspiro de distancia, la había ignorado. Sonrió para sus adentros y comenzó a calmarse. Inspiró hondo y soltó el aire muy despacio. George debía haber lanzado algún hechizo que lograba cegar a los cazadores y estos eran incapaces de detectarlos. Miró a su izquierda y divisó a Iris. La vidente también temblaba de arriba abajo, pese a que empuñaba uno de sus sais y también era invisible para el enemigo.

—Aquí no hay nadie —volvió a oír.

—Vámonos y ya informaremos. Será mejor que nuestros videntes hagan bien su trabajo. No podemos estar perdiendo un tiempo precioso en lugares donde no hay nada.

Se marcharon, cerrando la puerta tras de sí. Durante unos minutos, ninguno se atrevió a abandonar su posición por temor a que cambiaran de idea, hasta que por fin Iris confirmó que ya no sentía su presencia.

—Deben estar muy lejos ya. —La vidente se acercó a la ventana—.

Había un coche que estaba esperándolos y ya no está.

Con aspavientos, Harry se deshizo de la cortina que lo envolvía y, con los brazos en jarra, se dirigió al centro de la estancia.

—De todas formas, regresarán. Esos videntes con los que trabajan volverán a situarnos aquí, y ellos tendrán que venir a comprobarlo de nuevo. Por cierto, muy astuto el conjuro de ceguera.

—Es la ley del mínimo confrontamiento —explicó George—. Haz creer a tu enemigo que no existes. Sin embargo, Harry tiene razón: este piso está comprometido. No puedo utilizar este conjuro hasta la eternidad, ya que ellos también cuentan con brujos que pronto descubrirán el engaño.

Simón se desperezó y estiró todos los músculos de su cuerpo.

—Bueno, tengo que admitir que, para no ser un hechizo conjurado por la famosa bruja de hielo, no ha estado mal. Tampoco he tenido que usar mis habilidades.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —Sofía se dejó caer en el sofá, desganada—. Estoy cansada de huir, de ocultarme...

—De momento, es lo único que podemos hacer. —Hugo se sentó junto a ella—. A mí me gusta tan poco como a ti, pero hasta que no logremos dar con ese tipo, adelantarnos a sus movimientos es lo que hay.

—Ni siquiera sabemos cómo se llama en realidad, como tampoco podemos ponerle cara —se lamentó la bruja.

Hugo bajó la cabeza, pues conocía las sospechas del padre de Sofía y era evidente que este no pensaba compartir sus teorías.

—Eso no es del todo cierto —intervino la vidente—. Yo pude ver su rostro en el astral que hice, ¿os acordáis? Podría identificarlo si lo viera... ¿No existe un registro de videntes pertenecientes al gremio o algo parecido? ¿Algún álbum de fotos donde pueda husmear para ver si soy capaz de identificar a alguien? Ya sabéis, como en las comisarías de policía.

—Podrías hacer algo mejor. —La voz ronca de George hizo que la joven se sobresaltara—. Podrías mostrárnoslo.

Ella fingió morderse las uñas, sonrojada.

—No soy muy buena dibujante, soy un asco pintando. Para mí, todas las caras son redondas, y las narices, triángulos.

—No es necesario que nos enseñes tus pocas dotes para la pintura —remarcó él—. Podemos intentar hacer un boceto tridimensional juntos, uniendo tu don para la videncia y mi magia. Es algo muy sencillo y que no requiere mucho esfuerzo.

Iris chasqueó la lengua, y enarcando las cejas le preguntó a Hugo su opinión. Este asintió sin dudarlo. Conocía las intenciones ocultas del brujo. George necesitaba corroborar si quien estaba detrás de Janus era su *primo*, sangre de su sangre, y por lo tanto allegado de

Sofía. Si era así, su familiar perturbado había iniciado la rueda de los acontecimientos desafortunados mucho antes de que Sofía naciera. Y él sería el causante de que su hija fuera dada en adopción; por una mentira, un secreto familiar que estaba consumiéndolo.

La vidente accedió a posar sus manos sobre las del brujo bajo la atenta mirada del resto. Entornó los párpados con cierto nerviosismo y trató de navegar por sus recuerdos hasta alcanzar ese astral donde había presenciado la extracción de la llave de los cazadores. Ignoró a todos los asistentes al ritual y se concentró en su anfitrión, en su cabello rubicundo y en sus ojos casi esféricos, como los de un búho que acecha en las horas más negras. Distinguió sus labios finos perfilados con una sonrisa pérfida, y también reparó en sus orejas pequeñas, algo diminutas para el tamaño de su cabeza. No es que fuera grande, sino más bien cumplida, y eso hacía que sus orejas empequeñecieran bajo su melena lacia.

Iris ignoraba que a la vez que ella analizaba cada ángulo de su rostro, este iba tomando forma ante ella. Un pincel invisible dibujaba con purpurina dorada todo lo que ella visualizaba en su mente. Los demás asistían a la creación de un retrato en tres dimensiones, sin borrones ni imprecisiones. Y, por fin, una cabeza comenzó a distinguirse ante ellos como el alfarero que modela su arcilla.

George trataba de mantener la compostura, pues sus peores pesadillas se volvían realidad frente a él. Sin duda, el orquestador de toda aquella locura era Jaime. Cuando la vidente abrió los ojos tras finalizar su obra maestra con un retoque en sus cejas, las cuales le parecieron algo más pobladas, él retrocedió espantado. Sin embargo, no fue el único.

—¡Dios, mío! No me lo puedo creer. —Harry se quitó las gafas como si así pudiera contemplar el rostro de la escultura mejor—. ¡Es James Weber!

—Me temo que así es —corroboró con cierto disimulo el padre de Sofía—. ¿Lo conoce?

—Por supuesto —confesó avergonzado—. Asistí a una de sus conferencias..., y creo que tengo un libro de él en mi casa de Inglaterra. Ya sabéis que intento instruirme en todas las disciplinas —añadió, quitándole hierro al asunto.

—¿De verdad lo conoces? —Hugo se levantó, aún perplejo por la extraña coincidencia.

—Sí, durante unos años fue un vidente muy reputado. Se apoyaba en la magia para teorizar sobre algunos aspectos de los dones incompletos. —Harry ocultaba su consternación tras una actitud de enseñante algo insegura.

—Sin duda, se trata de James Weber. —Hugo torpedeó con la mirada al padre de Sofía con cierta confusión, pues lo había visto en

sus ojos. Había reparado en esa chispa que clamaba venganza en cuanto el retrato fue reconocible, y no comprendía por qué no desvelaba su parentesco con el maníaco. Ahora era el momento perfecto para contarle a Sofía toda la verdad—. Yo también lo conocí mientras ponía en práctica algunas de sus teorías. Es un hombre muy inteligente, y muy curtido. Será mejor que no lo subestimemos.

—¿Y qué pasó con él? Quiero decir, si era tan brillante, ¿qué lo hizo convertirse en el enemigo número uno? —Iris miraba a los dos hombres, sin que ninguno fuera capaz de darle una respuesta convincente.

—Habrá querido más —se atrevió a concluir el cazador—. Ya sabes cómo funciona esta clase de gente. Nunca están conformes con el poder que tienen. Solo tienes que mirar a los ricachones que amasan fortunas, y sin saber ya en qué gastárselas, todavía quieren más. Nunca están satisfechos.

Harry extrajo su móvil del bolsillo a la vez que se secaba el sudor de la frente con su pañuelo de tela.

—Bien, creo que es hora de que pongamos nuestros avances en común. Deberíamos llamar a Rafael antes de abandonar este piso y contarle quién se esconde tras Janus. Puede que así no pase desapercibido por el radar de los cazadores que todavía están con nosotros. ¿Tú qué opinas?

—Sí, sí, está bien —asintió el cazador—. También deberíamos ir preparando lo imprescindible para nuestra marcha. Yo… Tenemos que irnos de aquí. —Presionó los ojos un instante, pues no tenía ni idea de cómo proceder a continuación. Él debía marcharse. Le había hecho una promesa a su hermano y no podía fallarle.

En cuanto se le brindó la oportunidad, Hugo asaltó al padre de Sofía en el balcón, quien contemplaba el amanecer incierto mientras se fumaba uno de sus famosos puros. Su rostro estaba descompuesto. Sus finas arrugas se le marcaban más que otros días en las comisuras de los labios, y el humo que desprendía su boca le otorgaba un tono más grisáceo a su piel. Más opaco.

—¿Por qué no has contado antes toda la verdad?

—¿Acaso habría cambiado algo la situación?

Hugo bufó.

—Tu hija se merece saber quién es el que quiere abrirla en canal para extraerle parte de su alma y por qué. También habría sido una gran oportunidad para ti, para decirle quién eres en realidad. Y que has viajado hasta aquí para ayudarla.

—No es tan fácil.

—¿De qué tienes miedo? —El brujo contuvo la respiración y se apoyó en la balaustrada—. ¿De no cumplir con sus expectativas? ¿De no ser lo que esperaba? Créeme, nadie tiene el padre perfecto.

George enarcó las cejas y examinó al cazador con aires chulescos que le suplicaban sinceridad. No era tan fiero como pretendía aparentar ni tan orgulloso. Estaba ante un niño inseguro, tal vez con falta de afecto y con unas ansias enormes de satisfacer los deseos de su padre. Sin embargo, por el camino se había convertido en un hombre decidido. Había cultivado su propio árbol y ya no necesitaba ampararse bajo la sombra de ningún otro. Y eso lo enaltecía.

—¿Para eso querías hablar conmigo? ¿Para darme una charla sobre buen comportamiento? Que ya no me trates de usted, no significa que seas mi *colega*, o como lo diga la juventud de ahora.

—Ahora te conozco mejor y sé de sobra que no somos *colegas*, pero puedo permitirme hablarte como me da la gana —le respondió con sorna—. Y no es que no tengas mi respeto, porque lo tienes... Después de todo, bajo esa capa de arrogancia y de brujo magistral, late un corazón. Pequeño, pero está ahí.

El hombre se echó a reír ante su osadía. Volvió a sacar un puro de su lata decorada con emblemas londinenses y lo colocó en sus labios. Incluso para eso no podía comportarse como un ser normal y tener una cajetilla de cartón, sino que debía lucir su estúpida caja plateada. Con un chasquido de sus dedos, hizo que se prendiera. Hugo no se asombró ante sus muestras de poder, pues ya lo había visto realizar ese truquillo, como el de cerrar las cortinas sin acercarse a ellas.

—Ese brujo, amigo tuyo, oculta algo —soltó mientras inspiraba el humo y lo mantenía en la boca—. Nadie asiste a las conferencias de Weber sin ninguna pretensión. Es sospechoso.

—¡Oh, por favor! ¿Ahora te pones celoso? Harry ha estado con nosotros desde el principio. Es más transparente que el agua de lluvia. Déjalo en paz. —Hizo una pausa y observó sus ojos turbios mejor—. Que Sofía se sienta más segura con él y no te haga sentir como el padre del año, no significa que Harry sea un espía que trabaja para el idiota de tu primo o sobrino, o lo que demonios sea.

—No seas tan susceptible. Solo digo que un brujo con un currículo tan intachable no viene a España a trabajar con una panda de cazadores.

Hugo soltó una carcajada y se aproximó aún más al brujo.

—Es exactamente lo que estás haciendo tú ahora. —Le arrebató el puro de los labios y lo ahogó en unas de las macetas que avivaban el balcón—. Vamos a tener la fiesta en paz, ¿de acuerdo? Quería pedirte que cuidaras del grupo mientras me ausento durante unas horas, a lo sumo un día. Y ahora me pregunto si estás en condiciones de hacerlo... Eres sin duda el más fuerte, y sé que harás lo que sea para proteger a

tu hija, pero necesito saber que no abandonarás al resto.

El brujo entrecerró la mirada y trató de penetrar en la mente del cazador.

—¿Adónde vas? No puedes dejar a Sofía ahora, acabas de llegar. Y por alguna razón simplista, confía en ti.

—Tengo que resolver un asunto. —Hugo giró sobre sus talones y le dio la espalda.

—¿Cuál? —El brujo resopló al comprobar que el cazador se marchaba sin darle explicaciones—. ¡Eres tú el que me ha acusado de ser poco sincero! ¿Qué es más importante que mi hija?

Él se giró de nuevo y lo encañonó con su determinante mirada.

—Mi hermano me ha pedido ayuda. Está en peligro.

—¿Ese hermano al que no me mencionaste y por el que también suspira Sofía? —El hombre arqueó las cejas, alarmado—. ¿Por qué demonios vas a ayudarlo? ¿No se supone que es tu rival? No soy tonto. Las pocas veces que se ha pronunciado su nombre aquí parece que estamos asistiendo a un funeral. El aire corta.

Hugo soltó una exhalación quejosa.

—Ahora no estoy para estas bobadas.

—Para mí no son bobadas, si pueden desestabilizar a mi hija.

—No te va el hacer de padre ahora. —El brujo lo fulminó con sus ojos incisivos y a Hugo no le quedó más remedio que ceder—: Como habrás imaginado, y dado que no eres tonto, Oriol tenía una relación con Sofía antes de que yo...

George frunció el ceño con desconfianza.

—¿Tu hermano era el novio de mi hija? ¿Otro cazador? ¡Vaya, pensaba que solo suspiraba por sus huesos! —dijo nauseabundo—. Tú sabes muy bien que proviene de un linaje ancestral. Su destino no puede ser un cazador, por muy puro que sea su linaje.

—Según tú, tampoco ella tenía que ser una bruja —le rebatió.

—Esa no es la cuestión. Puede que sea la última descendiente de una rama especial...

—Créeme, yo más que nadie lo sé —lo interrumpió, con ganas de zanjar el tema—. Yo también me opuse a esa relación al principio. Sin embargo, ahora no sé qué pensar.

—Están hablando tus estúpidos sentimientos.

—Sí, o tal vez haya recuperado la cordura. ¡A saber!

El brujo arrugó los labios, tratando de comprender el endiablado triángulo que se había formado entre los dos hermanos y su hija.

—A ti te conozco, a él no. Y estabas empezando a caerme bien. No eres un tipo muy simpático, que digamos. Pero hay garra en tu mirada, hay pasión en todo lo que haces, y hacía mucho tiempo que no observaba en una persona toda esa energía entusiasta por hacer de este mundo un rincón mejor. Eres justo y tienes principios que muchos

de nosotros desearíamos no haber perdido. Los años hacen daño; las traiciones, las malas experiencias, nos convierten en seres más desconfiados y apáticos. Explícame entonces por qué quieres ayudarlo. La vida sería más fácil para ti si él no existiera.

Hugo abrió los ojos de par en par. No daba crédito a lo que estaba escuchando.

—¡Es mi familia! Es mi hermano. Puede que la tuya no se merezca ni una pizca de consideración. Sois una panda de chalados, de narcisistas, y tu árbol genealógico es más complicado que la teoría del caos. Pero en la mía estamos cuando se nos necesita.

George lanzó su mirada al cielo y desconfió de los primeros rayos de sol de la mañana. Eran débiles, unos perdedores, sin embargo, habían querido mostrarse, a pesar de su más que consabida derrota.

—Dime, si tanto quiere a mi hija, ¿por qué no está él aquí con ella?

Hugo entornó los párpados y suspiró con cierto hartazgo.

—Está protegiendo a su familia, a su familia adoptiva.

—Entonces, la familia de Sofía corre peligro.

—No conozco todos los detalles, solo sé que hay cazadores que han decidido ir a por él.

George dio un respingo y lo miró desconcertado.

—¿Por qué? ¿Qué lo ha convertido en un objetivo tan valioso? Vuestra sangre puede ser pura, pero carece de elementos especiales.

El cazador estiró las comisuras de sus labios, dejando entrever una pizca de malicia en sus intenciones.

—¿No lo sabes? Pensaba que con tu capacidad de deducción y tu interés en buscar elementos discordantes en ellos, ya lo habrías averiguado. Oriol es mi medio hermano, solo compartimos los genes paternos. Su madre era una súcuba.

El hombre creyó desfallecer, y quiso imaginar que el joven estaba gastándole una broma. Entonces, examinó sus ojos verdes, hasta que llegó a la conclusión de que no estaba engañándolo.

—Es medio demonio. ¿Cómo puede ser posible? —Sacudía la cabeza como si le hubiera dado un patatús.

—No querrás que te haga un dibujo de esos en tres dimensiones, ¿verdad? —El brujo lo miró asqueado—. Oriol no entra en los planes de Janus. Necesita eliminarlo.

—¿Se lo has contado a Sofía?

—¡Claro que no! Insistiría en venir conmigo, en averiguar por sí misma si su familia se encuentra bien. Y no pienso meterla en la boca del lobo, por eso espero que tú guardes silencio.

—Por supuesto, cuenta conmigo. Yo tampoco quiero que corra un peligro innecesario… ¿No piensas despedirte de ella?

—Creo que será mejor así.

Hugo recogió su mochila mientras los demás corrían de un lado para otro preparando sus maletas. Escuchó el grifo de la ducha y sospechó que Iris se había metido debajo de ella. Siempre hacía lo mismo. Cada vez que el tiempo apremiaba y debían apresurarse para emprender el viaje que fuera, ella decidía que el sudor estaba torturándola. Sonrió para sus adentros, y después de saludar al brujo con un leve movimiento de su cabeza, se marchó. No quiso esperar al ascensor, así que bajó los escalones de dos en dos, sin mirar atrás.

No llevaba recorrida ni la mitad de la escalera cuando escuchó a Sofía desde la puerta:

—¡Hugo, Hugo! ¿Adónde vas?

La joven se apresuró a bajar los escalones y llegar hasta él, quien se había detenido sin saber qué decirle.

—¿Te vas sin nosotros? ¿Tienes que comprobar que todo está despejado, o ha pasado algo?

El cazador resopló. Odiaba mentirle.

—Tengo que arreglar un asunto. Después iré donde estéis. No te preocupes.

—¿Pensabas irte sin despedirte siquiera? —le preguntó sorprendida—. Apenas hemos podido hablar desde que llegaste. Sé que han pasado muchas cosas, y sin poder salir, es imposible encontrar un rincón en la casa para estar a solas, pero...

Hugo bajó la barbilla y entrecerró los párpados.

—No me lo pongas más difícil, Sofía. Te juro que desde que he regresado no hago otra cosa que pensar en ti y en cómo vamos a solucionar lo del dichoso vínculo.

—Yo también. Pensaba que el brujo nos ayudaría —le dijo confusa.

—Primero debemos solucionar otros temas, y después...

Ella desvió la mirada hacia la pared y evitó que terminara la frase:

—¿Crees que en cuanto lo cortemos dejaré de quererte?

—Creo que cuando ya no exista, tu corazón será libre para decidir, como tiene que ser.

En cuanto subió el escalón que los separaba, quiso ser azotado por ese temblor que lo sacudía cuando unía sus labios a los de ella, ese latigazo eléctrico que avivaba su piel y le ponía el vello de punta. Ella no lo rechazó; al contrario, presionó su pecho contra el de él y pudo advertir las sacudidas de su cuerpo que le pedían más. Hugo continuaba provocándole ese deseo salvaje e indómito que la empujaba a perderse en sus propias sombras, sin temores, sin miedo a equivocarse.

Él la apartó con suavidad y le acarició la barbilla.

—Iris podría aparecer en cualquier momento y castigarnos.

Ella se echó a reír y le confesó:

—Cuando estoy contigo, me importan un bledo las consecuencias del vínculo. Sin embargo, cuando mi mente se queda a solas, comienzan los miedos.

—No tienes que justificarte, a mí me pasa igual. Por eso, y aunque no quiera, tenemos que anular el hechizo que formulaste. Tenemos que hacerlo por los dos.

Sofía se cruzó de brazos y descendió dos escalones hasta situarse delante de él.

—¿Y si no quiero?

—No puedes perderte como yo. No lo hagas, mi niña. Ahora no. Tienes que concentrar todas tus energías en escapar de ese loco. ¿Me lo prometes?

Asintió sin estar convencida. A continuación, él se despidió de nuevo con un beso casto y, apartándola, continuó bajando la escalera con ligereza.

—Ya me he perdido, Hugo —dijo para sí misma—. Hace tiempo que estoy perdida.

14

Poesía

Samantha se apuró a beber su infusión de té verde aromatizada con frutos rojos y canela. Tenía prisa, aunque sus piernas se habían estancado junto a la ventana de la cocina. Con empeño, trataba de silenciar esa alarma interior que la empujaba a tomar decisiones de inmediato, y eso la ofuscaba. Sabía que los días en los que su mente no descansaba, tampoco lo hacía su cuerpo. Esa inquietud que la golpeaba en los días serenos la obligaba a actuar, a movilizarse, pero hacía años que había abandonado la batalla. La había dejado atrás junto con su pasado, cuando descendió del avión y se adentró en las calles de Charleston.

Fue amor a primera vista. Las casas *antebellum* de colores pastel, muchas de ellas con inmensos jardines, la transportaron a otra época; ni buena ni mala, solo a otro tiempo donde podía olvidar mientras le ofrecía tantas cosas por descubrir. Incluso de ella misma. La mayoría de esas mansiones elegantes fueron construidas durante los treinta primeros años de la guerra civil estadounidense. Un gran número de europeos, después de la derrota de Napoleón, emigraron a Carolina del Sur y se convirtieron en grandes comerciantes de tabaco, algodón y azúcar. Esa arquitectura sureña, la cual combinaba el estilo clásico con uno más colonial, a veces remarcada con una elegancia francesa, avivaba los recuerdos de la esclavitud y de una época de opulencia para los terratenientes ricos del sur. Eran muchos los que alzaban la voz para que estos edificios fueran derribados, destruidos por considerarse un símbolo de opresión. Pero ahora muchos de ellos se habían convertido en museos históricos, incluso en un reclamo turístico, donde carruajes tirados por caballos esbeltos y vigorosos recorrían los lugares más emblemáticos de la ciudad.

Sí, ella había escuchado el latido de una ciudad floreciente que la invitaba a renacer. Había apreciado su energía histórica manchada por la sangre de inocentes y marcada por una guerra entre hermanos que clamaban libertad, unos para poder gestionar sus asuntos sin remilgos ni injerencias y otros para dar voz a una raza silenciada. No quiso desatender su llanto ni ignorar su esperanza. En ella, sus lágrimas se rociaron hasta quedarse vacía, y fue entonces cuando empezó a llenarse de la vitalidad de su gente, de su energía clamorosa.

Todos los países tenían una historia que contar, relatos de los que avergonzarse y cuentos de heroicidad que mantenían la ilusión y el orgullo de un pueblo. Para ella, una ciudad escribía su propia poesía, y en cada verso expresaba su sentir, sus latidos. Y por eso se enamoró de Charleston, pues ahora respiraba voluntad y franqueza.

Samantha no habitaba en una de esas casas con columnas griegas en la fachada ni contaba con un techo a dos aguas, sino en una vivienda tranquila, con un pequeño jardín separado de la carretera por unos setos frondosos. Allí pasaba grandes ratos, mimando sus flores cuando llegaba la primavera y podando sus setos en los comienzos del otoño. Disfrutaba de su nueva vida en su ciudad adoptiva, de su historia, de sus eventos culturales multirraciales y de su nueva familia.

Desde la ventana, observaba cómo sus dos hijos se enfrascaban en el enésimo combate con sus espadas de madera. Sonreía con un nudo en la garganta cada vez que ellos estallaban en carcajadas, pues había dejado una hija en aquel pasado que se negaba a rememorar, una preciosa niña de ojos añiles, indefensa, frágil, en un mundo que no estaba preparada para recibirla.

Samantha tenía prisa, y lo había olvidado. Había dilatado en el tiempo un viaje que debió emprender mucho antes, el día en el que percibió que su hija despertaba. Debería haberla arropado, guiado por un camino desconocido, tan atractivo como amenazante. Tendría que haberle dado la mano y no habérsela soltado hasta que pudiera dar sus primeros pasos sola. Pero la había abandonado. Dos veces. Y por eso ya no escuchaba los versos hilarantes de una ciudad armónica y floreciente. Ya no dormía. Apenas comía, pues su pasado había mancillado el área histórica de King Street, había penetrado en su librería favorita, Blue Bicycle Books, siempre dispuestos a recibirla con una sonrisa de oreja a oreja, y había ultrajado el paseo costero de Battery Harbor. Los había manchado de nostalgia y culpa. Una culpa que le impedía caminar y respirar el empuje del océano Atlántico y le dificultaba sumergirse en la lectura o contemplar a los autores jóvenes emocionarse al hablar de su primer libro. Y la poesía que la había acompañado durante sus años de felicidad se teñía de palabras fúnebres, de graznidos insoportables que la arrastraban a librar una guerra que debió zanjar mucho tiempo atrás, cuando los augurios aterradores sobre el futuro de su hija apagaron su vitalidad.

Por fin, atisbó el rostro de su marido en la entrada, con una sonrisa amarga, la cual trataba de disimular con su mirada chispeante y repleta de confianza, aunque en ella ya se perfilaran los nubarrones en el horizonte.

—*Ready?*[1] —le preguntó mientras sujetaba su maleta y comprobaba que no pesaba demasiado.

—*Don´t worry, I´ll be back soon.*[2] —Samantha sujetó la mano que

asía la maleta y le hizo una promesa que ignoraba si podía cumplir.

—*Help your daughter, and be careful.*[3]

—*Sorry, but I have no choice.*[4]

—*I know, honey…*[5] —La abrazó, y después de besarla en la mejilla, la acompañó para que pudiera despedirse de sus hijos.

Ella no quiso llorar. Nunca los había dejado solos con su padre ni se había ausentado unos días. Eran demasiado pequeños todavía, demasiado inocentes para comprender el mundo y las intenciones egoístas de muchos. Liam tenía siete años, y Matt, cinco. Contuvo las lágrimas mientras corrían tras ella y se despedían con la mano alzada. El taxi ya estaba allí, y cuando por fin comenzaba a alejarse de su casa, bajó la ventanilla para echarles un último vistazo. Quería grabar en su mente esa fotografía capturada por sus ojos añiles, quería tenerla presente durante todo el viaje. Porque allí tenía a su familia, porque allí había podido rehacer una vida destrozada por los intereses personales de brujos y videntes. Y aunque no había olvidado sus raíces, había encontrado la paz junto a Josh, un hombre alejado de la magia y las tradiciones de su gremio, un hombre con el que fue sincera y le desveló su pasado, pues ella deseaba tener hijos, y era consciente de que estos heredarían parte de sus dones.

Ahora debía emprender rumbo a España, un país al que odiaba por haberle arrebatado a su hija y al que amaba porque había cuidado de ella. Sofía, su luz, su niña, la necesitaba, y ella no iba a ignorar su llamada. No podía hacerlo. Se lo debía. Si su hija quería tener una oportunidad contra esos fanáticos agresores, debía romper el sello que ella misma le impuso, liberarla de sus ataduras y hacer que su poder volase, aunque el mundo no estuviese preparado para ello.

Janus se mordió la lengua para no soltar la cantidad de improperios que contenían sus cuerdas vocales. Las noticias recibidas de España no eran ni las esperadas ni las más favorables. Los cazadores no habían podido capturar al medio demonio. Es más, ese ser indeseable debía estar escondido en algún lugar de la cordillera cantábrica, o eso suponían sus astutos soldados. Rastrearlo no era una tarea complicada; ya lo habían hecho sus videntes antes de enviar a su brazo armado a la región asturiana. Sin embargo, los cazadores, siempre tan presumidos, lo habían dejado escapar. Maldijo por lo bajo, pues no quería sobresaltar aún más a su asistente y a su grupo de pánfilos, siempre expectantes, deseosos de que pronunciara unas palabras de aliento, un vaticinio optimista para lanzarse como buitres a recoger sus visiones y comunicárselas al resto.

Aceptó de buen agrado el vaso de agua que le ofreció Jean Louis,

aunque en vez de beber de él, observó cómo en el líquido se formaba una espiral en su centro cuando él lo removía. Sangre. Continuaba viendo sangre en el agua, y eso lo contrariaba. Miró a los presentes y reparó en sus sonrisas complacientes y en sus ojos centelleantes. Lo agotaba haberse convertido en un dios para ellos, una especie de mesías al que aferrarse y al que le suplicaban con rostros lánguidos más y más. Eran insaciables, y cualquier palabra fuera de tono o pronunciada de manera alarmante lo consideraban una agresión. Incluso cuando había necesitado insultar a alguien para recriminarle su ineptitud, había tenido que invocar a la paciencia; una virtud poco valorada, según él, ya que si todos respiráramos dos veces antes de hablar, nos ahorraríamos muchos ataques de sinceridad innecesaria. Por ese motivo, cuando la crispación le hervía en el estómago y ascendía por su esófago, se retiraba a meditar, para así calmar sus ánimos apaciguándolos con música clásica y con los sonidos rítmicos de la naturaleza. No existía mayor emoción que escuchar los truenos alejados de una tormenta mientras disfrutaba de los acordes de una flauta travesera.

El medio demonio era huidizo, y desde el principio había contado con ello. Nunca fue fácil atrapar a una bestia salvaje. Si lo fuera, haría ya mucho tiempo que los monstruos habrían dejado de campar a sus anchas por el planeta. Ese joven poseía la astucia de un diablo y las habilidades de un cazador. Y aunque siempre consideró a ese gremio como el más débil del eslabón, debía admitir que contaban con cualidades a las que él jamás podría aspirar: agilidad, destreza, fuerza y un espíritu luchador incorruptible. Funcionaban como una gran familia, donde todos los miembros contaban. Todos eran imprescindibles; un sentido de familia del que nunca pudo nutrirse. Su padre era áspero, y sus hermanos, unos bárbaros, exceptuando a su hermana enfermiza. Su cuerpo no maduró al mismo tiempo que lo hacía su don, y ahora, a pesar de su edad, no mucho más pequeña que él, continuaba viviendo en los montes suizos, condenada a moverse con un bastón como una vulgar pastora.

Apretó la mandíbula y alejó los recuerdos hostiles de su cabeza. Debía centrarse en la captura del medio demonio. Su sangre era vital para la ejecución del ritual, y no podía permitirse un retraso en sus planes; no cuando el equinoccio de primavera estaba a la vuelta de la esquina. Volvió a examinar el agua contenida en el vaso, sin embargo, su mensaje no cambiaba. Suspiró contrariado, y a continuación indagó en la mirada cordial de cada uno de los presentes en su diminuto salón: hombres y mujeres ansiosos por recibir unas palabras de su boca, enmudecida por las circunstancias. Quería gritar, sacudirlos, mas no pudo. Se limitó a inclinar la barbilla hacia la izquierda y estirar la comisura del labio.

—Gracias a todos por vuestra colaboración. Os informaré de los siguientes pasos a tomar en unas horas. No podemos entristecernos por los contratiempos que la vida vaya poniéndonos. Hay que aprender a saltarlos. Y los saltaremos juntos, siempre con el corazón rebosante de la dicha de haber sido elegidos para esta empresa. La libertad no tiene precio. —Entornó los párpados con una delicadeza artificiosa y permitió que su pecho se llenara del oxígeno de la estancia—. Ahora, si me permitís, debo descansar un rato.

Janus aguardó a que todos abandonaran la estancia, incluido su a veces entrometido asistente, Jean Louis, por el que sentía una profunda lástima. El hombre albergaba unas aspiraciones demasiado inalcanzables para un alma poco estudiada y empobrecida por años de dogmatismo institucional.

Cuando por fin despejaron la sala, Janus lanzó el vaso de agua contra la pared. Liberó su frustración y dejó a un lado su continua actuación. ¿Por qué no podía expresar con su propio ánimo lo que sentía sin que nadie se sintiera ofendido? ¿Por qué debía utilizar en sus conferencias palabras optimistas y cargadas de esperanzas en lugar de contarles la realidad de lo que estaba por venir? Había visto los muertos. Muchos de los allí presentes no iban a pasar la prueba de fuego, pues sus cuerpos no estaban preparados para recibir la chispa divina. Sin embargo, deberían sentirse dichosos, pues sus muertes eran el sacrificio necesario para obtener una vida mejor. Después de todo, el mundo necesitaba una limpieza. La superpoblación estaba condenándolos a vivir como ratas en edificios de cincuenta pisos, con camas empotradas en las paredes y cocinas reinventadas dentro de un comedor. El ser humano debía ser libre para vagar por las calles y comunicarse con la naturaleza cuando lo requiriese, y no sufrir los atascos continuos y los asaltos en masa a los centros comerciales en épocas de saldo. Los recursos del planeta comenzaban a escasear, y no pasarían muchos años más hasta que el mundo se sumiera en la oscuridad más absoluta: el regreso del tiempo de las cavernas. Toda la existencia se vería comprometida y se impondría la ley del más fuerte. ¿Por qué era tan controvertido adelantar los acontecimientos si a cambio, en lugar del caos, les regalaría el paraíso? ¿Por qué tanto remilgo?

Imaginó al medio demonio corriendo a cuatro patas por los montes y bebiendo el agua de los ríos. ¡Animales! Los animales aceptaban el ciclo vital de su especie sin lamentarse, y eso era lo que lo diferenciaba de los humanos. Los hombres necesitaban buscar respuestas, se cuestionaban el porqué de los hechos y luchaban para obtener un mundo mejor. Un mundo sin prejuicios ni diferencias. Una gran familia, como la de los cazadores, pero enaltecida con los otros dos grandes dones. ¡El ser humano alcanzaría lo divino!

—¿Dónde te has metido, Sofía? ¿Por qué mis videntes no pueden verte? ¿Has vuelto a usar uno de tus conjuros ingeniosos? —se preguntó mientras contemplaba su rostro a través de los cristales rotos —. No quería utilizarla tan pronto, pero no me has dejado otra alternativa, pequeña ingrata.

Se dirigió a su dormitorio, abrió el armario y, tras apartar la ropa que pendía de sus perchas, se concentró en la caja fuerte contenida en la pared. Insertó el código para desbloquearla, y una vez hecho, extrajo de su interior una caja de madera con relieves donde aparecían los cuatro elementos de la naturaleza engarzados a los tres símbolos geométricos pertenecientes a los distintos gremios: el triángulo, el cuadrado y el círculo. Tan sencillos que muchos ignoraban el poder que encerraban. Abrió la caja y suspiró extasiado al comprobar los cuatro frascos bien protegidos bajo el terciopelo negro. Dos de ellos todavía estaban vacíos. Sin embargo, la esencia verdosa de los cazadores ascendía por el primer frasco brincando sobre el cristal que la contenía, mientras que la de los videntes se mostraba con un aire amarillo, más reposado, y acariciaba las paredes de su contenedor con suavidad. ¡Las llaves!

—Son preciosas. ¡Pura poesía!

Extrajo el frasco de la llave de los videntes con delicadeza mientras se deleitaba con su baile interior. Apoyó el dedo índice en el cristal y observó cómo la esencia amarilla se concentraba alrededor de su yema. Percibía su chispa, su vitalidad. Sus versos le susurraban palabras de armonía y acariciaban sus oídos con vaticinios sugestivos. La poesía que recitaba provenía del mismo cielo, de la misma fuente divina que él deseaba instaurar en la Tierra. Se envolvió en su cántico, en su voz satinada y en su música alentadora. Destapó el frasco, cautivado por su copla, sin abrirlo del todo. No quería que la llave se contaminara con el aire rancio que habían dejado sus acólitos en la habitación contigua. Después, acercó la nariz y se impregnó de su gracia, de su fragancia natural y fresca. No necesitaba aspirar su aroma a raudales, tan solo absorber una pizca y permitir que esta recorriera todo su sistema nervioso hasta conectar con su don.

A continuación, y antes de que pudiera entrar en trance, volvió a colocar el frasco en su recipiente y a guardar el estuche de madera dentro de su caja fuerte. Sus acólitos pensaban que mantenía las llaves en el altar de la sabiduría, brillando ante todos cada vez que le ofrecía a la serpiente los dones nacidos de la tierra. Sin embargo, él era consciente de tal estupidez. Una tentación constante no podía estar a la vista de cualquiera. El ser humano siempre había cometido el mismo pecado: ansiar lo inalcanzable.

A los pies de la cama, sobre la alfombra, se colocó en la posición más adecuada para la meditación, aunque esta vez no pensaba calmar

su espíritu ni abrirse a las visiones que el Cielo le tenía preparadas. La llave de los videntes lo conectaba con todas las almas del planeta que poseyeran ese don; ninguna podía escapar de él. Sin embargo, esta vez no las necesitaba a todas, solo era una la que le llamaba la atención. Poco a poco, fue dilucidando todas las hebras que lo conducían hasta las personas de su gremio. Miles de filamentos brotaban de su tercer ojo y emprendían un camino diferente. Se alimentó de sus inseguridades, de sus miedos, pero sobre todo de la vitalidad que caracterizaba a los videntes. Desechó algunas por ser muy viejas y a otras por ser demasiado jóvenes. Buscó confianza, testarudez, impetuosidad y un lazo de amistad reciente pero inquebrantable.

Cuando por fin dio con la hebra justa, sonrió para sus adentros.

—Hola, Iris. Ha llegado la hora de que tú y yo hablemos.

15

Control

Con los brazos en jarra y una mueca de turbación, Iris examinaba su coche aparcado dos calles más abajo. Pensativa, se rascó la coronilla mientras se preguntaba cómo diantres iba a meter a todo el equipo en su cuatro latas. Bufó enojada. Hugo había escogido el peor de los momentos para marcharse y dejarlos solos. Después de todo, él funcionaba como el pegamento en un grupo tan dispar. El brujo que lo había acompañado desde Inglaterra era detestable y demasiado exigente. Todavía no comprendía por qué no se lo había llevado con él a rastras, ya que, por muy poderoso que fuera, jamás se sentiría parte integrante del grupo, y estaba convencida de que el hombre actuaría siempre en su propio beneficio. Era un completo desconocido, a quien le importaba poco el destino de Tres y de Sofía y que le daba igual que fueran utilizados como simples llaves.

De reojo, observó cómo sus amigos introducían el escaso equipaje con el que habían decidido huir en el pequeño maletero. En cambio, George, con un maletín peculiar, se montó en el asiento trasero, justo detrás del conductor para evitar viajar en el centro. Iris le dio varios puntapiés a la rueda situada debajo del asiento del copiloto para comprobar que no estaba tan desinflada como había imaginado. Aun así, negó con la cabeza, presumiendo que no aguantaría el peso de tantos ocupantes.

Sofía se acercó a ella al atisbar su semblante preocupado.

—¿Crees que lo conseguiremos?

—Bueno, yo espero que al menos nos lleve lejos de aquí. Cuando decida pararse, imaginaremos que hemos llegado a nuestro destino y nos buscaremos la vida —le dijo, alzando el morro, para luego soltar una carcajada—. No tenemos de qué preocuparnos. León viene a nuestro encuentro con la furgoneta. He hablado con mi madre esta mañana y me ha contado que tienen una pista interesante. Y aunque no me agrada que Rafael conozca a nuestro amigo el demonio, es algo que tenemos que hacer. Es hora de que unamos nuestras fuerzas y luchemos juntos.

—¿Has quedado con él en algún punto concreto?

—Sí, en el viejo monasterio, si es que conseguimos llegar hasta allí... —Sofía palideció—. Oh, no pongas esa cara. Creo que han

remodelado la capilla y parte de la fachada. Además, como mucho, estaremos un par de horas hasta que llegue la caballería y decidamos el siguiente paso a dar.

—¿Tu madre también viene?

—No. —Iris chasqueó la lengua—. Va a ayudar al padre Carlos a esconder a una vidente que está huyendo de Janus. Ya nos lo contarán todo cuando los veamos. Ahora tenemos que intentar hacer que este viaje sea lo más ameno posible —le dijo, mostrándole una sonrisa fingida a la vez que observaba a los otros integrantes del grupo—. Un brujo con malas pulgas, un demonio interesado, un ratón de biblioteca, una bruja que es una bomba de relojería y yo, una vidente que en los últimos días no consigue ver ni su propio ombligo. ¿Qué puede ir mal?

Sofía la sujetó por el hombro y la atrajo hacia ella para estamparle un beso en la frente.

—Estamos sometidos a mucho estrés.

A continuación, elevó los ojos y reparó en la cantidad de viviendas que habían proliferado en su barrio en los últimos años. No era el mejor escenario para una contienda mágica; ya se habían arriesgado mucho en la lucha en el aparcamiento. Y aunque en los periódicos se habló de una neblina con extrañas luces a los que a muchos les encantó relacionar con el fenómeno ovni, la realidad era que el demonio había logrado entrar en sus mentes y manipular sus sentidos, hecho que facilitó la tarea de limpieza de los cazadores, pues solo en muy pocos casos tuvieron que intervenir.

—Creo que te toca el asiento del medio. —Iris arqueó las cejas, señalándole que Tres ya había escogido el asiento delantero y que Harry esperaba de pie a que ella se introdujera en el vehículo para que pudiera sentarse junto al brujo desagradable.

Ella suspiró resignada y trató durante el viaje de distraerse consultando el móvil o atendiendo a las dudas de su amiga, quien, para ser vidente, se orientaba de manera desastrosa en la carretera. Le costaba interpretar las indicaciones de tráfico y repiqueteaba indecisa los dedos sobre el volante cada vez que se topaba con una rotonda, intentando adivinar la salida que debía tomar.

Apenas habían alcanzado la hora de viaje cuando Iris comenzó a comportarse de manera inusual, errática. Presionaba los ojos con fuerza y los abría al momento para no perder el punto fijo de la carretera. A veces se aproximaba demasiado al arcén, consiguiendo que Sofía se aferrara con ambas manos a los dos asientos delanteros. O lo que era más preocupante aún: llegaba a invadir por una milésima de segundo el carril contrario.

—Está doliéndome la cabeza —se justificó al comprobar las caras de espanto del resto.

—¿Seguro que estás bien? Podemos parar en el arcén y esperar a que se te pase —le sugirió ella.

—No tenemos tiempo que perder —insistió a la vez que aproximaba su pecho al volante.

—Puedo conducir yo —se ofreció Harry—. Hace años que no lo hago, pero, como se dice, es como montar en bici.

—Esta chatarra solo me obedece a mí. Hay que mimarla y hacer que se sienta útil. Si me detengo ahora, contigo como conductor, no arrancará. No lo tomes a mal, Harry, pero no se siente a gusto con extraños.

Divertida, Iris chasqueó la lengua y se concentró de nuevo en el asfalto. Algunos vehículos habían hecho sonar su bocina quejándose de su conducción brusca, y Sofía se humedeció los labios nerviosa. Algo no andaba bien. Iris era impulsiva y le sobraba el coraje, sin embargo, jamás se había comportado de forma temeraria. Intercambió una mirada cómplice con Simón, quien asintió corroborándole que él también percibía algo extraño en la vidente. No quiso mirar a Harry, pues lo imaginaba aferrado a su bolsa de viaje mientras con la otra mano se sujetaba al manillar. Tampoco valoró la idea de transmitirle su preocupación a George, quien no había pronunciado palabra desde que habían abandonado la casa, aunque suponía que también recelaba de la imprudencia de su amiga.

—Iris, sé que quieres llegar lo antes posible al monasterio y así poder reunirnos con León, porque, como todos los aquí presentes, no queremos que los cazadores nos den alcance… Pero creo que deberías parar.

—¿Vas a darme la charla? —le dijo molesta—. Estoy diciéndote que estoy bien. Es un poco de migraña, nada más.

Iris apretó los dientes, convenciéndose a sí misma de que el dolor desaparecería si continuaba respirando tal y como estaba haciéndolo: de forma lenta y pausada, sin alterarse, sin dejar que el pánico se apoderara de ella. Ya había lidiado con los dolores de cabeza muchas veces. Iban y venían sin causar grandes estragos. No era nada más. Nada. Y no comprendía por qué todos parecían tan susceptibles.

De pronto, un insólito zumbido le atravesó el tímpano creando un murmullo similar al de las correntías de agua en su oído izquierdo. Se golpeó la oreja varias veces, tratando de hacer desaparecer el molesto ruido. Sin embargo, a cada golpe que se daba, el sonido se intensificaba aún más. ¿Qué estaba ocurriéndole? Volvió a sujetar el volante con las dos manos ante la mirada atónita de su amiga, quien le insistía en que parase el coche. Ya no era la única. Incluso el amargado de George movía sus labios de manera amenazante, aunque ella era incapaz de escuchar sus exclamaciones. No podía. El murmullo del agua había silenciado las voces de sus amigos al tiempo

que su visión comenzaba a estrecharse por ambos lados. Solo podía observar las líneas blancas del asfalto: continuas, discontinuas, dobles... Demasiadas líneas. Demasiado gris. Y luchaba por mantener a su cuatro latas dentro de su carril. Entonces, al asumir que aquello que estaba sucediéndole no era un simple dolor de cabeza, fue aproximándose al arcén muy despacio a la vez que presionaba el pedal del freno. Tenía que detenerse, dejar que otro tomara el control. Estaba mareada, con náuseas, y el maldito murmullo había tapiado su audición.

Entonces, escuchó un susurro bajo ese torrente de agua en el que se inundaban sus reflejos:

—*Hola, Iris...*

Sofía gritó al reparar en que su amiga no pisaba el pedal del freno, sino el del acelerador. Mantenía una postura rígida al volante, con los brazos extendidos y el cuello en una verticalidad asombrosa. Sus manos no se despegaban del volante, y giraban de un lado para otro sin ninguna precisión. Se abalanzó sobre ella al mismo tiempo que Simón lo hacía, tratando de controlar el manillar, sin embargo, estaba dominada por alguna fuerza externa que la constreñía a seguir adelante sin tener en cuenta las señales de tráfico.

—¿Qué le sucede? —le preguntó boquiabierto el demonio.

Ella ni siquiera sabía qué responder.

—Esto es obra de Janus —intervino George—. Está utilizando la llave de los videntes. No está conduciendo ella, sino él. Tenemos que detenerla.

—¡Oh, Dios mío! —Harry comprobó que su cinturón de seguridad estuviese bien abrochado mientras buscaba en su manual algún hechizo que pudiera contrarrestar los efectos de un conjuro de control.

—Eso no va a servirte de nada —le espetó el brujo—. Las llaves nunca han sido usadas antes en toda nuestra historia, así que no existe ningún hechizo que pueda ayudarnos.

A continuación, colocó las palmas de las manos en las sienes de Iris y las apretó con decisión.

—Tenemos que expulsarlo de su mente —les explicó—. Simón, procura hacerte con el volante y trata de llegar al freno. Sofía, solo otro vidente es capaz de introducirse en la cabeza de un compañero, y te aseguro que tendría que ser muy bueno, así que vas a tener que susurrarle palabras de aliento a tu amiga mientras intento que Janus no penetre demasiado en sus recuerdos. Podría facilitarle información sensible o enseñarle la carretera en la que nos encontramos.

Sofía asintió asustada mientras de reojo observaba cómo Simón

abandonaba su asiento e intentaba arrebatarle a Iris el volante. En ese momento, advirtió que el vehículo volvía a invadir el carril contrario durante un tiempo más prolongado y que un camión se dirigía hacia ellos dando bocinazos.

—Tal vez no podamos actuar sobre la llave, pero sí sobre el coche. —Harry colocó sus brazos, fingiendo ser el piloto desde su asiento trasero, y comenzó a recitar el único conjuro de control que consiguió rescatar de su mente, ya que era poco ético utilizar a un humano como un simple títere. Nunca lo había probado con un vehículo, aunque sí con una cafetera que no paraba de brincar sobre el fuego y amenazaba con explotar como una bomba. En vez de apagar el fuego como habría hecho cualquier otro, quiso dominar la cafetera. Eran viejos tiempos, donde la insensatez se había convertido en una forma de expresar la autenticidad de la magia ante su mujer—. *You´re mine…*[6] —comenzó a recitar en su idioma natal.

Entretanto, Sofía seguía centrada en el camión que estaba a punto de embestirlos, y no conseguía concentrarse en Iris en ese momento. ¡Iban a ser arrollados!

—¡Simón, gira ese maldito volante! —le chilló.

—¡Es lo que intento hacer! Parece que está pegado a ella.

—Sofía, tienes que pensar en Iris. Otros ya están ocupándose del coche. Te necesito aquí conmigo para sacarla del trance —le repitió el brujo de manera autoritaria—. No puedo aguantar mucho más. Janus está quebrando todos los muros que ella está construyendo para alcanzar su alma, y no podemos permitirlo. Necesito tu ayuda.

En ese momento, Harry soltó un chillido victorioso y llevó sus manos hacia la derecha con brusquedad. El vehículo regresó al carril a la vez que eran sobrepasados por el camión, que ya había comenzado a escorarse sobre su derecha para evitar el impacto.

Sofía escuchó las maldiciones del conductor mientras insuflaba aire y aproximaba su boca a la oreja de su amiga.

—Iris, estamos aquí. No estás sola, y todos juntos vamos a enfrentarnos a él —musitó a la vez que rezaba para que esa idea funcionase—. Ninguno de nosotros vamos a abandonarte.

Por fin, Simón pudo estirar la pierna hasta llegar al pedal del freno y apoyar ambas manos sobre las de la vidente. Refunfuñó al hacerlo y torció el gesto mientras una gota de sudor despuntaba sobre su frente.

—Es imposible detener el coche. ¡Ella no lo conduce!

—Está costándome tomar el control por completo —añadió Harry —. Al menos nos mantenemos en nuestro carril.

De pronto, Simón abrió los ojos de par en par al ver una señal de *stop* a unos doscientos metros más adelante.

—Hay un cruce, y no tenemos la preferencia. Esperemos que los otros coches paren al vernos conducir como locos. —El demonio presionó la bocina, esperando alertar al resto de los conductores—. ¡Harry, vas a tener que esquivarlos!

—Desde aquí no tengo buena visión —puntualizó.

—Por favor, Iris, soy tu amiga y sabes todo lo que te quiero. No sé qué está diciéndote ese demente, pero no lo escuches. Escucha mi voz... Concéntrate en mi voz...

—¡Va a derrumbarse de un momento a otro! ¡Maldita seas, niña! ¡No sucumbas a la voz! —El brujo estiró su cuello hacia atrás y colocó la palma de su mano en la frente de la vidente. Esta mantenía la boca entreabierta y los ojos cerrados.

Sofía volvió a tragar saliva en un intento desesperado para que las palabras cobraran vida en su garganta de forma natural, sin pensarlas. Sin embargo, continuaba prestando atención a la carretera. No podía evitar lanzar una mirada de vez en cuando al asfalto.

—Eres una de las personas más valientes que he conocido. Te has enfrentado a monstruos impensables con tus sais, has superado los límites de tu videncia embarcándote en misiones arriesgadas con cazadores que ni conocías bien. Tú eres... Tú eres...

Interrumpió su discurso al ver que se acercaban al cruce a una velocidad fulminante, y contempló espantada la fila de coches que atravesaban la carretera sin percatarse de su situación. Simón insistía en advertirlos, pero muy pocos habían reparado en ellos. Sofía distinguió un vehículo familiar con tres niños en la parte trasera. Iban a chocar con ellos. Iban a morir demasiados por culpa de un psicópata que jugaba a ser Dios con el resto. Abandonó su apoyo a la vidente y sus pupilas calcularon a gran velocidad y con exactitud los daños del impacto: cuatro vehículos involucrados. Cuatro. No podía permitirlo. No podía.

Sacudió la cabeza y rebuscó en su interior algún símbolo o hechizo que pudiera ayudarlos. Había repasado el manual de Harry un centenar de veces, como también había practicado muchos de ellos con éxito. Harry la había enseñado a conocerse a sí misma, a dejar los temores a un lado y a sentir la libertad de la magia. Habían sido muchos los entrenamientos, y por fin lo había comprendido: tenía que conectar con su don, con la tierra que mantenía sus pies en el suelo, percibir el arraigo, las raíces que alimentan a los árboles y los sostenían erguidos. Tierra. El elemento de la fuerza, de la resistencia a los cambios. Firmeza, estabilidad, tenacidad. Así era la tierra, perseverante y paciente. Respiró su coraje y se inundó de su determinación.

—Sofía, no lo hagas. Sea lo que sea que se te esté pasando por la cabeza, ni se te ocurra hacerlo —le prohibió George—. Puede ser muy

peligroso.

Sin embargo, ya era demasiado tarde para dar marcha atrás. Sus pupilas se habían bañado de un azul más electrizante, más transparente, al tiempo que su cuerpo cedía y se entregaba a su don. Ya percibía cómo sus garras araban la tierra y parte de esta quedaba atrapada en sus puños. Tenía que escarbar más, llegar hasta el mismo núcleo, a su origen para desatar su poder. «Tierra, tierra, tierra», se repetía a sí misma, imitando los cánticos de invocación.

De pronto, una tormenta de arena envolvió el vehículo, sumiéndolo en una pesadilla rojiza de la que no podían escapar. La tierra giraba a su alrededor, venerando a su diosa que estaba en el interior. Lo hacía con brío, con un nervio apasionado que traspasó la carrocería del coche, haciéndolo vibrar a su antojo. La tierra estaba en armonía con su dueña, y esta sonreía satisfecha. Entonces, Sofía extendió el brazo derecho hacia el frente y poco a poco fue dirigiéndolo hacia el suelo, hasta que la tormenta se concentró en el punto que indicaba, a tan solo varios metros del vehículo. Después, el asfalto se abrió y una enorme grieta apareció ante ellos. Demasiado grande para saltarla e imposible de sortear sin sufrir daños.

Asustado, Harry trataba de manipular su volante invisible a la vez que Simón pisaba el freno sin mucha esperanza. Iban a estrellarse. No había manera de eludir el socavón.

El demonio gritó, chilló como un chiquillo condenado en un traje deteriorado. Percibió el pavor del alma del muchacho que pululaba alrededor de él, aguardando para recuperar su cuerpo. Y gritó desconcertado, pues jamás había experimentado el dolor físico humano. Y aunque quiso no prestarle la importancia que se merecía, hacía ya unos días que los sentimientos del chico lo sacudían constantemente. Así, tuvo miedo a sentir un dolor terrible, a sufrir un daño irreparable. Tuvo miedo a morir.

—Ha llegado la hora de que tú y yo hablemos.

Los músculos de Iris se contrajeron de inmediato y pudo advertir la tensión de su mandíbula. Alguien estaba hablándole. Alguien trataba de comunicarse con ella, y eso la alertó aún más, porque, aunque quisiera negarlo, Janus había dado con ella, y la llamaba por su nombre.

—Posees un enorme potencial del que todavía no pareces haberte dado cuenta. Debes desechar el término «cruzada» de tu mente, así esta se abrirá hasta límites insospechados. Eres una vidente que desea ser cazadora, que ansía demostrar que su don no es secundario, y yo puedo ofrecerte todo eso y mucho más. Es hora de que te unas a mí. Tú más que nadie has

padecido bajo tu piel las insolencias de los que se llaman así mismo «puros», has advertido las miradas por encima del hombro y oído los cuchicheos que se silenciaban a tu paso… No eres menos que nadie, Iris. No eres culpable de que tu madre no haya sabido escoger a su compañero de vida, y menos aún de que se haya convertido en un borracho. Sí, he visto a través de los ojos de tu madre las humillaciones, las palizas y cómo su don fue nublado por la incapacidad de un energúmeno a comprender.

Iris intentó tragar saliva, sin embargo, no pudo, pues su boca se había secado. Quiso humedecerla, pero sus intentos fueron en vano. Estaba deshidratada. El agua de su cuerpo se había evaporado, se había esfumado, y ella ignoraba cómo resistir el embiste de su enemigo. Controlaba su mente, bloqueaba sus pensamientos, ahondaba en sus recuerdos, y ella se esforzaba por levantar barricadas para que él no pudiera acceder a sus miedos ni a su pasado más oscuro. Su padre. Su rostro todavía la aterrorizaba, la amedrantaba, y no quería que Janus lo utilizase para acorralarla. No quería, porque no podría soportarlo. No podía averiguar su secreto, no podía saber que había sido ella la que había acabado con su vida. Aguantó. Encajó su discurso simulando prestarle toda la atención que él necesitaba. Después de todo, se creía un dios, uno al que todos deberían venerar y seguir, pues un dios sin feligreses no era nadie. No se puede predicar en el desierto, y ella pensó que, escuchando su letanía, encontraría la forma de escapar.

—Es verdad que me he sentido pequeña, que me han infravalorado. Pero estoy aquí, demostrando cada día que yo existo.

—A mí no tienes que demostrarme nada. Yo te extiendo mi brazo para que dejes tus pesadillas atrás y tus sueños sean los que dominen tu mente. Tú tienes el poder, Iris. Nadie más que tú. Y puedo ayudarte a que todo ese torrente, desperdiciado cada día por tus inseguridades, se convierta en tu mayor fortaleza.

—¿Y qué deseas a cambio? Nadie pide nada a cambio de nada.

Creyó escuchar una risa ahogada, tal vez de satisfacción, pues ella no era la niña tonta que suponía.

—Necesito que me desveles hacia dónde te diriges. Muéstrame la carretera por la que viajas, entrégame a las llaves y conseguirás estar a mi derecha. Serás valorada, querida y libre.

—No puedo entregarte a mis amigos.

—¡Oh, Iris! ¿De verdad crees que un demonio sin nombre no te traicionará en cuanto le sea posible? Él no te quiere a ti, sino a la bruja de hielo. Quiere su amparo, no el tuyo. Y no dudará en dejarte atrás si lo considera necesario.

Ella negaba con la cabeza. Quería expulsar esa voz de su mente, impedir que la poseyese por completo. Mientras le hablaba, Janus hurgaba en sus recuerdos más recientes con un bisturí preciso e

imperceptible. No dejaría huella del alcance de su intromisión, se marcharía sin más, pero con un saco repleto de un sinfín de historias. Su tesoro. Él necesitaba conocer, valorar las capacidades de la vidente, aunque también la de sus amigos. Sí, había advertido que se había encariñado con ese demonio de aspecto agradable y de mirada inquietante. Sí, había comprobado los lazos inquebrantables que tenía con su madre, siempre fiel, siempre servicial. Esto era un punto en el que tendría que trabajar, ya que, anulando a su madre, más posibilidades existían de que ella renunciara a los suyos. Sin embargo, lo que más ansiaba era conocer el estado de Sofía. Debía desmitificarla, tenía que crear la duda en la vidente sobre su amistad sincera. Haciéndola caer a ella de su pedestal, también Iris se derrumbaría. Y entonces lo vio: un conjuro, dos cazadores, amor y traición. Había encontrado lo que quería.

—Tampoco puedes confiar en Sofía. Ella no te conoce, ignora tus aspiraciones. Como todos los brujos, es una persona egoísta, más preocupada en sus problemas que en aliviar tu pesar. Dime, ¿en qué ha mejorado tu vida desde que ella apareció? Te lo diré yo: en nada. Ha traído el caos en sus bolsillos, el rencor en su maleta y ha conseguido dividir a tus amigos. Esos dos niños con los que creciste son ahora rivales, enemigos, y todo por culpa de la bruja. Es una imprudente y una codiciosa al pretender poseer el amor de los dos. En ningún momento ha tenido en cuenta tus sentimientos. Tú los has querido como los hermanos que nunca tuviste, y ellos te han arropado haciéndote sentir la princesa que no eras en tu propia casa. Sofía te ha arrebatado tu reino. Ella es la malvada del cuento. Ella te ha ofrecido una manzana envenenada sin que te dieras cuenta... Sofía no se conforma con uno solo, los quiere a los dos, y jugará con ellos hasta conseguir que uno mate al otro.

—Eso no es verdad.

Iris percibía cómo las lágrimas intentaban arremolinarse alrededor de sus ojos enjutos. Le faltaba la respiración y las piernas le fallaban. Ella ya no conducía. Había perdido el control del vehículo hacía mucho tiempo y, lo que era aún peor, el control sobre sí misma. Era demasiado para intentar recuperarlo, para volver a tomar las riendas... Se dejó llevar. Se dejó transportar a un mundo de fantasía donde los ángeles la abrigaban y apartaban el frío de su cuerpo con su calor. Necesitaba volar con ellos. Lejos. Muy lejos. Y no descender hasta que la Tierra fuera un lugar mejor, un lugar donde su pasado más oscuro no existiese, donde la muerte a manos de hermanos no fuera posible, donde la guerra fuera borrada del vocabulario de los seres humanos. No quería volver. Deseaba seguir volando, persiguiendo las nubes blancas que corrían alegres por el cielo azul. Sin metas. Sin obligaciones. Solo por pura diversión.

Sin embargo, un estruendoso golpe la expulsó de su ensoñación y la

hizo aterrizar de forma brusca. Entreabrió los ojos con fatiga y descubrió que había estrellado el coche. Su cuatro latas. Su segundo hogar.

Volvió a cerrar los ojos, pues no soportaba el dolor de una nueva pérdida.

Harry fue el primero en abandonar el vehículo. Lo hizo sin mucha dificultad, ya que en el último momento había conseguido orientar el coche de Iris hacia la zona menos profunda de la grieta. Aun así, las dos ruedas delanteras eran víctimas del socavón, y necesitarían una grúa para que pudieran extraerlo de allí. Le echó un vistazo rápido al humo que salía del capó, comprobando que también el motor había sufrido daños, aunque él no era un experto en mecánica. Apartó con una mano el humo gris que llegaba a su cara y reparó en uno de los cristales rotos de sus gafas. Suspiró resignado al comprender por qué la visión de su ojo izquierdo era mala. Elevó la barbilla, sintiendo una molestia en su mandíbula, y divisó el resto de los vehículos, detenidos cerca del cruce. Estaban intactos. Sofía había conseguido no provocar un accidente múltiple a costa de hundirlos a ellos en una grieta que ella misma había creado.

Observó cómo varios conductores se dirigían hacia ellos para socorrerlos. Sin embargo, no podrían acceder al vehículo, pues la grieta era una falla que debía recorrer unos quinientos metros a lo largo. Arrugó la nariz, quejoso, se quitó las gafas y observó cómo George ayudaba a salir al resto del grupo mientras él se disponía a atender a los buenos samaritanos.

—¿Estáis todos bien? —le preguntó un hombre rechoncho desde el otro lado de la grieta.

—Sí, sí, estamos bien.

—¿Cómo demonios ha aparecido una tormenta de arena de repente? ¿La habéis visto? Surgió de la nada, y nos quedamos sin mucha visibilidad —explicó una mujer de mediana edad—. Lo que no entiendo es si todo ha sido causado por un terremoto o fue ese extraño tornado el que agujereó la tierra.

Harry se encogió de hombros y volvió a colocarse las gafas, a pesar de tener comprometida la visión de un ojo.

—Caballero, sepa que ya hemos llamado a emergencias. Esperemos que la ambulancia no tarde mucho.

—Estamos bien —repitió él mientras le daba la espalda a la decena de curiosos que se habían acercado a contemplar la falla.

El brujo inglés se arrodilló frente a Iris, quien permanecía sentada con la espalda apoyada en el coche, y examinó sus heridas. Tenía un

enorme chichón en la frente, algunas magulladuras en los brazos y un hematoma en el costado izquierdo. Aunque lo que más le preocupaba era que apenas podía mover la pierna derecha. Supuso que podría tener fracturada la tibia, o puede que el peroné. Sacudió la cabeza, consternado.

—¿Está bien? —le preguntó Simón, como si él fuese médico.

—No, no lo está.

Observó todavía sus pupilas dilatadas y cómo unas manchas pardas se instalaban en ellas. Le dio unas palmaditas en las mejillas, esperando que así recobrara la conciencia por completo. Ella comenzó a balbucear al tiempo que trataba de levantarse. Harry la obligó a sentarse de nuevo y a no moverse de su posición. Sin embargo, ella insistía en incorporarse y seguir andando mientras decía palabras sin sentido. El brujo quiso tranquilizarla acercando su rostro al de ella, acariciándole el cabello negro mientras depositaba la oreja en su mejilla.

—Sa…be que esta…mos aquí —pronunció con fatiga.

Harry alzó la mirada y observó el rostro salpicado de sangre del demonio. Frunció el ceño, confuso, pues no había observado ninguna herida abierta en el cuerpo de Iris. Sin embargo, Simón no dijo nada, pese a que se había percatado de la extrañeza del brujo por las gotas rojas de su frente. Él no podía sangrar. Se suponía que había ocupado el traje de un muerto antes de que se pudriera, justo en el momento en el que su alma abandonaba su cuerpo. Pero les había mentido.

Simón se arrodilló junto a él y tomó la mano de Iris. Besó sus nudillos para consolarla y después encañonó con sus ojos violáceos a los del brujo.

—La he oído. Tenemos que irnos de aquí.

—No encuentro a Sofía. —George los miraba desesperado mientras Harry fruncía el ceño, perplejo—. Se evaporó del coche en cuanto recitó la última palabra de ese hechizo tan complicado. Ha debido hacer un conjuro de traslación o algo parecido. ¿Ya lo había hecho antes?

Harry negó con la cabeza.

—Sabe conjurar a los elementos y dominarlos a su antojo, incluso combinarlos de manera única y excepcional, pero jamás la he visto ejecutar un hechizo de traslación.

—¡Maldita sea! —exclamó furioso—. Si no lo conjura con precisión, puede aparecer en cualquier sitio del mundo. ¡Incluso en la boca de un volcán! Tengo que ir a buscarla.

Iris carraspeó quejosa.

—Creo que… sé dónde… está. —Con el ceño fruncido y sin abandonar su arrogancia, el brujo le prestó atención—. Monasterio… Monasterio…

—Sí, puede ser posible. Es el punto de encuentro con León, un lugar que conoce y al que su subconsciente puede dirigirse sin correr mucho peligro —aclaró el inglés.

—Bien, nos vamos.

—Ella no está en condiciones de caminar, y no podemos dejarla aquí sola. La ambulancia llegará en breve.

George se apresuró a extraer su maletín del coche.

—Si no lo hacen los hombres de Janus primero… Lo siento mucho, niña. Pero tu debilidad nos ha puesto a todos en un aprieto. Debiste resistir más, y ahora no sabemos lo que le has mostrado a ese degenerado.

Iris despegó sus labios hinchados para defenderse y volvió a cerrarlos, prefiriendo reservarse su opinión. Estaba muy cansada. Demasiado como para enzarzarse en una lucha dialéctica con un brujo narcisista.

—No creo que se merezca tu desconsideración. No la conoces. —Harry fulminó con la mirada al brujo, dolido por sus comentarios.

—Es evidente que no. Tú puedes quedarte a cuidar de ella, pero yo voy a por mi… a por la llave de los brujos. Sin Sofía, estamos acabados.

George les dio la espalda y emprendió el camino sin preguntar qué dirección debía tomar. Ignoraba qué monasterio debía encontrar, aunque seguiría el rastro de magia que su hija había dejado atrás; con los nervios más contenidos, ya que Sofía no estaba en otro continente ni en otro país. No había ido tan lejos. Y solo unos kilómetros lo separaban de ella.

Histérica, Iris se revolvió en su posición mientras Simón consideraba la posibilidad de marcharse con el brujo. Sofía podía brindarle la protección que necesitaba; de eso estaba seguro. Había expulsado de la mente de Iris a Janus invocando a la tierra, aunque para ello los había conducido a otro desastre. Tensionó el mentón, confuso. Nunca había experimentado esa sensación de indefensión. Dentro del coche había sentido en su propia piel el miedo, la incertidumbre y las ganas irrefrenables de que alguien lo consolara. Maldijo por lo bajo. Ese maldito chico a quien le había robado el cuerpo estaba contaminándolo con sus sentimientos. Y él no podía permitirse quebrar; debía continuar resistiendo, tenía que sobrevivir. Bajó su mirada y observó a la vidente, dolida, extenuada y aún con ansias de guerrear. Era condenadamente valiente, una entusiasta de la vida, a pesar de haber sido golpeada por esta con demasiada dureza.

—No aban…dones a So…fía. No me fío de él —le suplicó a Harry—. Es cul…pa mía.

Harry presionó los labios con fuerza, pues no quería decidir. No se perdonaría dejar a Iris atrás; su conciencia no se lo permitía. Sin

embargo, Sofía era la llave de su gremio, la última llave que Janus trataría de poseer. Y si lo hacía, la humanidad estaría perdida. Se llevó el puño a la boca y lo apretó contra sus labios, después miró a Iris con ojos húmedos a la vez que su cabeza comenzaba a pronunciarse. No podía abandonarla. ¡Al diablo con el mundo!

—Vete, yo me quedo con ella. —Simón se acuclilló junto a ambos, soltando un suspiro resignado—. Te prometo que la cuidaré.

—Tú también corres peligro —le recordó el inglés.

—Ya lo corría antes de conoceros, y supe esconderme bien.

—Pero…

—Vete, antes de que me arrepienta —le ordenó, con los ojos encendidos.

Harry se marchó con su libro de hechizos como único equipaje, y cada vez que daba tres pasos, volvía la vista atrás con la esperanza de atisbar las luces de la ambulancia, con el deseo de que sucediera un milagro, pues solo eso podría salvarlos.

16

Hermanos

Un amanecer sosegado lo acompañó en las primeras horas de viaje. Las bocinas de los coches estaban amordazadas, las pocas personas que transitaban lo hacían enmudecidas, las ramas de los árboles dormían serenas, y él recelaba de ese silencio. Demasiada concordia cuando la guerra ya le susurraba al viento sus planes, y de la tierra brotaban cánticos angustiosos acallados por un cielo tan azul que las nubes, por lástima, lo habían dejado brillar, al menos durante unas horas. No, no le gustaba esa calma aparente en la que los seres vivos bailaban al son de una música miserable, ignorando sus acordes disonantes y sus compases apresurados. El universo continuaba enviando sus mensajes, trataba de alertarlos de que una terrible calamidad estaba a punto de suceder, sin embargo, el ser humano, como de costumbre, hacía oídos sordos, miraba hacia otro lado desatendiendo las señales.

Hugo refunfuñó molesto mientras procuraba distraerse con las canciones que solicitaban los oyentes de una emisora de radio local. Algunas eran buenas, las otras deberían haberlas borrado de la historia hacía mucho tiempo. Ya lo decía su padre: «Los humanos piensan que, cerrando las ventanas, subiendo el volumen de su transistor y tapándose los oídos para no escuchar los gritos de los vecinos, continúan viviendo en un mundo sin amarguras, hasta que la desgracia los sacude a ellos. Es entonces cuando comienzan a golpear las puertas, a gritar como descosidos buscando auxilio. Sin embargo, se topan con las ventanas bajadas, cuatro cerrojos en la madera y unos vecinos que continúan con su vida bailando al son de su propia música». Sí, el ser humano es egoísta, y a veces se preguntaba para qué luchaba, por qué se levantaba cada mañana con el rifle en la mano, dispuesto a acabar con otro monstruo si nadie iba a agradecérselo. ¿Qué más daba una bestia menos cuando entre los humanos había monstruos peores que los propios demonios?

—¡Maldito seas, Janus!

Golpeó el volante varias veces, desahogando su frustración con él. Después cambió la emisora, harto de aguantar las peticiones de reguetón de falsos enamorados, y buscó alguna más acorde con él. *Rock*, *heavy*; le daba igual mientras no tuviera que escuchar letras

encorsetadas y cargadas de frases repulsivas.

Volvió a llamar a su hermano, sin obtener respuesta, y frunció el ceño, preocupado. Esperaba que no le hubieran dado alcance, rezaba para que se encontrara bien. Se había retrasado al salir al verse sorprendido por la intrusión de los cazadores en la casa de Sofía. No imaginó que el ataque fuera inminente, y no tuvo más remedio que posponer sus planes para evitar un desastre mayor. Ahora deseaba que George, su padre, cuidara de ella y arriesgara el pellejo para que no la localizaran en su nueva ubicación, la cual ignoraba todavía. No obstante, esperaba tenerla en sus manos muy pronto, en cuanto rescatara a su hermano de los fanáticos de Janus. «Él la protegerá, aunque no lo haya hecho en el pasado. Esta vez no la defraudará», se repetía una y otra vez.

Chirrió los dientes y se lamentó del tráfico en algunas zonas de la autopista. Siete horas lo separaban de Oriol, algunas menos ya, pues había atravesado la región de la Mancha, y en breve dejaría atrás Madrid. Un suspiro. Le faltaba un suspiro. Un sollozo que estaba siendo agónico y extenuante, ya que apenas se había detenido en una estación para repostar e ir al baño.

Cuando atisbó el cartel de la carretera que le indicaba que estaba adentrándose en la provincia de León, soltó una carcajada de alivio, pese a que todavía no había obtenido respuesta de su hermano. Oriol tenía que enviarle las coordenadas concretas para poder localizarlo. Después recordó que su padre les había puesto un localizador en el maldito reloj digital que les había regalado. Claro que Oriol podría haberse desprendido de él para mantener su escondite a salvo, y eso podría ser un problema. Aun así, decidió probar. Llamó a su padre para que activara el rastreo del reloj de su hermano.

—Estamos a punto de salir para dirigirnos al monasterio —lo informó—. ¿Cómo estás?

—Bueno, he tenido que dejar a las chicas un momento solas. Voy a buscar a Oriol, y necesito que localices su reloj.

—¿Ha pasado algo? —escuchó la voz nerviosa de su padre—. ¿Has conseguido hablar con él? Nosotros estuvimos intentándolo, pero no nos ha devuelto las llamadas. ¿Sabes si su posición está comprometida?

Hugo no quiso entrar en detalles. No quería darle otro motivo de preocupación a Rafael.

—Es lo que trato de averiguar, aunque está bien. Hablé con él anoche y tengo que recogerlo en algún punto de León. Pero ahora no me responde. Puede que se haya quedado sin batería, y necesito que me digas su ubicación.

—Hijo, desconectó el reloj cuando se embarcó en esta misión.

Soltó una exhalación sentida.

—¿Puedes comprobarlo, por favor?

—Ya sabes que van a por él, ¿verdad?

Hugo tragó saliva; ignoraba que su padre estuviera al tanto. Ideó en su mente una frase que no sonara demasiado catastrófica, sin embargo, antes de decirla en voz alta, Rafael volvió a hablar:

—¡La tengo! Ha debido encenderlo. Te paso las coordenadas por mensaje. Y, por favor, cuídate.

—Lo haré… Y cuando llegues al monasterio, avísame y dime si todo va bien —le dijo en tono seco, sin transmitirle el pesar que se le había aposentado en la garganta y que apenas lo dejaba respirar.

Imaginaba que a esas alturas Iris y Sofía ya habrían abandonado la casa, y lo más probable era que en breve alcanzasen el viejo monasterio. Allí, bajo las vidrieras reparadas de la capilla, podrían trazar un nuevo plan, uno que los llevara de una vez por todas a la guarida de Janus. Ya no tenía sentido esconderse. No podían estar huyendo una vida entera. Por fin, había llegado la hora de comportarse como verdaderos cazadores. Estiró una de las comisuras de sus labios, satisfecho en cuanto recibió el ansiado mensaje de su padre, y, tras girar el volante, puso rumbo a las coordenadas del reloj digital.

Cuando se aproximó a la zona, divisó una carretera empinada y estrecha, y gruñó al percatarse de que su *jeep* ocupaba gran parte del camino. Descendió del vehículo soltando un bufido e inspeccionó el lugar, con la mano apoyada en su frente como si fuera una visera, cubriéndose del brillo de un sol dispuesto a cegarlo con sus rayos incisivos. Inició el ascenso a pie a la vez que consultaba Google Maps en su móvil. Oriol estaba cerca. De hecho, no se había movido de su posición inicial desde que Rafael le había enviado la ubicación, y eso lo hacía desconfiar. Arrugó la nariz y continuó el ascenso, observando algunas vacas pastando sobre una hierba tan verde como húmeda. Parecían agradecidas con el entorno, disfrutando de un día cálido mientras se alimentaban sin premura. Una de ellas mugió al verlo abandonar el camino e introducirse en sus bellos dominios, y él la torpedeó con su mirada esmeralda, gesto que hizo que el animal retrocediera unos metros.

Hugo continuó mirando su teléfono y meditando sus pasos. Desde allí, debería divisarlo. Debería verlo caminar entre pastos y esas dichosas flores amarillas que se empeñaban en teñir el paisaje. Faltaba poco para la llegada de la primavera, aunque algunas flores comenzaban a anunciar su arribo. «¿Dónde estás, Oriol?».

Entonces reparó en un pequeño cobertizo que no había podido divisar con anterioridad, pues la pendiente del terreno era muy pronunciada, y, desde abajo, su techo se confundía con un montón de madera apiñada preparada para hacer una hoguera.

Corrió los últimos metros sin dudarlo.

Oriol estaba allí, lo intuía.

Abrió la puerta del cobertizo de golpe y se detuvo en la entrada con el corazón encogido. Su hermano estaba tendido sobre el heno, sin moverse y con la melena cubriéndole gran parte del rostro. Se acercó a él temeroso, para luego acuclillarse y apartarle los mechones de los ojos. Estaban cerrados. Hugo respiró hondo. Le colocó con suavidad los dedos índice y corazón sobre la yugular, y aliviado descubrió que tenía pulso. Se dejó caer hacia atrás y se sentó sobre la paja, descansando los brazos sobre sus rodillas.

Oriol estaba vivo. ¡Vivo! Soltó una carcajada que alertó a su hermano, quien no dudó en asaltarlo por la espalda y colocarle un cuchillo en la garganta. Al principio, no lo reconoció y presionó la hoja con saña, hasta que olfateó la primera gota de sangre que manaba de su cuello.

—¡Soy yo, idiota! —balbuceó Hugo con fatiga.

Oriol apartó la navaja, confuso, y al contemplar sus ojos verdes tan nítidos como el agua pura de un manantial, lo abrazó colgándose de su cuello, sin tener en cuenta la pequeña herida que le había infligido.

—Roncabas como un hipopótamo —bromeó mientras comprobaba con los dedos la sangre en su cuello—. Si hubiera sido uno de tus perseguidores, ya estarías muerto. ¿Qué ha pasado con tu sentido arácnido?

—Estaba demasiado cansado —se justificó al tiempo que se levantaba y sus rodillas volvían a tremar—. No sé si llegaré muy lejos así.

Hugo frunció el ceño, perplejo, y lo ayudó a mantener el equilibrio.

—¿Qué te han hecho?

—Ya te lo dije: balas para demonios. No me han causado un daño severo, pero sí un agotamiento impensable para mí. He vagado por todo el parque, sin apenas dormir y alimentándome con barritas de cereales y dos sándwiches.

—Apóyate en mí. Tengo el coche más abajo, así que tendrás que hacer un último esfuerzo.

Mientras Hugo conducía, Oriol permanecía tumbado en los asientos traseros, sin hablar y ensimismado en sus propios pensamientos, los cuales le prohibían volver a sumirse en un profundo sueño. Aun así, entrecerró los ojos, más calmado, pues estaba a salvo. Había conseguido dejar atrás a sus perseguidores, aunque era consciente de que no era por mucho tiempo. Había comenzado la caza al demonio, y su gremio era tenaz, astuto e implacable. No obstante, ahora que su hermano había llegado, tendría una oportunidad. Hugo era como ellos: persistente, obstinado y un suicida. Muchas veces se dejaba llevar por la pasión del oficio sin valorar antes las consecuencias de su

arriesgada intervención. ¡Cómo lo había echado de menos! Había recorrido media España para rescatarlo sin hacer demasiadas preguntas. A él le bastaba con que se encontrase en apuros.

Luchó contra sus párpados hasta que estos por fin cedieron y pensó en ese momento íntimo que había disfrutado con Sofía. Sus caricias lo habían sostenido para que no cayera, para que no se rindiera, y sus besos lo animaron a continuar, a esconderse por fin de sus enemigos. Y aunque no quería reconocerlo, también la había echado de menos. No era fácil mantenerla alejada de sus pensamientos, porque a pesar de que se oponía a su aparición en ellos para no distraerse de su misión, la injusta realidad era que siempre había sido ella la llama que lo mantenía vivo y le insuflaba esperanza. ¡Ella!

Sofía. Siempre Sofía.

Se despertó desorientado y examinando el papel floreado que cubría las paredes. Estaba repleto de borrones en forma de hojas verdes, y unos minúsculos círculos gualdos salpicaban toda la estancia. El techo se libraba de esa consumida primavera, aunque las humedades germinaban en las esquinas.

—¿Dónde estamos? —le preguntó, llevándose la mano a una de las sienes mientras trataba de recordar lo sucedido en los últimos minutos.

—Te has desmayado. He cogido esta habitación en un hostal porque está anocheciendo y necesitaba estirar las piernas.

—¿Y cuánto llevo durmiendo? —Oriol ya había asumido que su hermano lo había trasladado del coche hasta ese dormitorio deprimente. Tanto la mesita de noche como el armario parecían sacados de la película *Psicosis*.

—Unas cinco horas.

—¿Cin...? —Se sentó en la cama presionando los puños contra el colchón para así tomar impulso y levantarse.

—No te conviene ponerte de pie.

Oriol bufó y observó cómo su hermano aseguraba la única ventana de la habitación. No quería sorpresas. Ahora no, cuando se había visto obligado a detenerse en aquella carretera vacía, perdida entre las montañas, tan solo frecuentada por camioneros y algunos turistas osados en busca de un sendero más abrupto y arriesgado.

—Necesito ir al baño —objetó a la vez que afianzaba los pies en el suelo. Conseguía mantener el equilibrio, y eso era ya todo un avance. Sin embargo, comprobó que su marcha se escoraba hacia la derecha.

—Te examiné en el *jeep* mientras dormías como un oso amoroso. Tienes dos balazos bastante notables. Uno está sellando a buen ritmo, pero al de la cadera está costándole más... ¿Cómo demonios conseguiste extraerte las balas solo?

—Tengo unas uñas afiladas, ¿lo habías olvidado? —bromeó

mientras asomaba la cabeza tras la puerta del baño.

Hugo frunció el ceño, receloso. No le gustaban los misterios, pese a que vivía rodeado de ellos. Y por muy valiente que fuera Oriol, le costaba imaginarlo introduciendo sus dedos en los agujeros para alcanzar las balas y sacarlas con sus uñas en forma de pinza. Y no porque no fuera capaz de ello, sino porque el balazo de la cadera estaba situado más cerca de su nalga que de su abdomen, y eso le dificultaría la extracción.

Refunfuñó por lo bajo, y con un aire que simulaba una despreocupación absoluta, volvió a la carga:

—¿Dónde está la familia de Sofía? —le preguntó, con un semblante más severo.

—Están bien. Los puse a buen recaudo antes de que estallara todo esto. No te preocupes por ellos, no son el blanco ahora. —Oriol atisbó una centella de desazón en la mirada de su hermano y se acercó a él cojeando—. ¿Qué pasa?

—Nadie responde a mis llamadas y nadie contesta a mis mensajes. ¡Nadie! Ni Rafael, ni León, ni Iris, ni Harry, ni… Sofía. Ha debido pasarles algo.

Una mueca agria nació de la boca de Oriol, difícil de desdibujar.

—Todo esto es culpa mía. Te pedí que vinieras a por mí, a sabiendas de que ellos también estaban en peligro. Quizá, más que yo.

—Fui yo quien tomó la decisión de venir. —Hugo escudriñó los ojos de su hermano, para después apartar la mirada y descorrer la cortina. Cada vez que escuchaba el motor de un coche, lo hacía. Tenía que vigilar quién se acercaba a ese hostal de carretera—. Todavía no me has preguntado por ella…, por Sofía.

Oriol tensó la mandíbula. Dándole la espalda, se encaminó hacia la que era su cama.

—Entiendo que mientras estabas a su lado, estaría bien. Protegida, a salvo. Ya me comprendes…

—Quiero que sepas que no la dejé sola. La dejé con su padre biológico. —Oriol abrió tanto los ojos que sus cejas se escondieron tras su flequillo, y volvió a mirar a su hermano—. Sí, lo encontré en Inglaterra. Resultó ser el brujo que debía ayudarnos con el conjuro.

Oriol tragó saliva y elevó los ojos hasta perderse en el brillo artificial del plafón. Jamás habían hablado del hechizo que los había constreñido a soportar esa posición tan incómoda. Los dos evitaron el asunto y quedó enterrado cuando ambos tomaron caminos diferentes. Su hermano decidió ir a Inglaterra y él se prestó voluntario para cuidar de la familia de Sofía. Sí, había sido un cobarde. Huyó. Se limitó a desaparecer para no ser el tercero en discordia cuando sus entrañas le vociferaban que luchara. Sin embargo, su corazón era frágil, demasiado para enfrentarse a un combate que *a priori* estaba

perdido. Cuando la magia se entromete en asuntos personales, es imparable, decidida y no existe quien la doblegue, a no ser que sea la propia magia la que deshaga el daño. No obstante, muchas veces se preguntaba si todo aquello era solo producto de un hechizo mal recitado o había amor sincero entre ellos. Y sí, era un cobarde porque no se atrevió a formularle la pregunta a su hermano, y mucho menos a Sofía, pues una respuesta afirmativa terminaría derrumbándolo.

Se masajeó el cuello, aliviando la tensión en él.

—No sé qué decir. ¿Su padre biológico? —preguntó, sacudiendo la cabeza—. ¿Cómo se lo ha tomado ella?

—No lo sabe. Su padre es más terco que una mula, y cree que protegiéndola de la verdad no la hará sufrir... Lo he visto actuar. Es poderoso. Tanto como ella. Por eso no dudé en venir a por ti, ya que estaba dejándola en las mejores manos. George será un capullo integral, pero no permitirá que le hagan daño a su hija.

Oriol bajó la barbilla y lanzó un suspiro tímido, tan leve que solo él pudo escuchar.

—Entonces estará bien. No tenemos de qué preocuparnos —le dijo, alentando a su hermano pese a que él mismo tenía el alma rasgada.

Hacía meses que no la veía, meses que no tenía noticias de ella, y las primeras que llegaban a sus oídos eran de la boca de su hermano. Volvió a viajar al sueño, a ese tan real, y quiso imaginar que sus besos eran verdaderos, que su amor continuaba latiendo en algún rincón de su corazón, a pesar de conjuros infames y silencios cargados de resentimientos. Después, observó el rostro apesadumbrado de Hugo. Sufría por ella, la amaba de alguna manera que él no lograba comprender. Y pensó que aquello no era un sueño, sino una pesadilla. Una terrible pesadilla en la que alguien iba a resultar herido. No podía existir un final feliz para los tres.

—Sí, llevo repitiéndome esa frase desde que salí de Alicante. —Soltó una exhalación sonora que se propagó por toda la estancia—. Lo siento. —Oriol lo miró de forma interrogante—. Siento haberme enamorado de ella cuando tú ya lo estabas.

Oriol presionó los labios hasta hacerlos desaparecer tras una línea delgada. No quería continuar con esa conversación, pues sabía que una ráfaga de reproches acribillaría a su hermano en menos de un minuto, esos mismos que había estado ensayando en el bosque cuando se los escupía a un árbol imaginando que era Hugo. No quería saber lo que había pasado entre ellos. No quería que le hablara de sus caricias, que le contara cómo el vello se le erizaba cuando acariciaba su piel ni que le desvelara que habían yacido juntos más de una vez. No podría soportarlo.

Se sentó en la cama para después recostarse en ella, dando por zanjada la conversación. Hugo continuó observando la calle unas

horas más, espiando a las personas que llegaban al hostal y la cafetería situada junto a él, sin mirarlo, sin hablarle. Alternaba su vigilancia consultando el móvil cada dos por tres y soltando un bufido apenas perceptible cada vez que comprobaba que no había nada. Ni mensajes ni llamadas.

De reojo, Oriol hacía lo propio con su teléfono, a sabiendas de que pocos se atreverían a marcar su número desconociendo su situación actual. Para muchos, él continuaba con su tapadera. Sintió un pinchazo en la cadera y apretó los dientes para no gritar. Posó la mano en ella y, esperanzado, descubrió que comenzaba a sellarse. «Todo lo que pica, sana», rememoró las palabras de su abuelo, siempre con un saco cargado de refraneros y dispuesto a restregárselos a todos cuando sobraban las palabras. Entrecerró los ojos en paz consigo mismo, con esa tranquilidad que le transmitía el espíritu de su abuelo estuviese donde estuviese, aunque intuía que no muy lejos de él. Y volvió a sumirse en un sueño reparador sin remordimientos ni rencor, solo con la grata satisfacción de que su hermano, a pesar de todo lo que había ocurrido entre ellos, velaría por él.

Ignoraba el tiempo que había pasado desde que navegó por sus sueños como un náufrago buscando su isla hasta que escuchó el sonido de unos cristales rotos. Abrió los ojos sin realizar un movimiento más, y con sus pupilas dilatadas examinó la habitación. Los ojos de Oriol se movían como los de un búho en la noche: con precisión y sigilo. Atisbó a su hermano reptando por el suelo tal y como lo habría hecho una culebra gigante mientras sus ojos continuaban fijos en la ventana. Estaba preparado para cualquier incursión, llevaría su cuerpo hasta el borde de la cama y se dejaría caer a la vez que se haría con una de las pistolas que descansaban sobre la mesita de noche. Cogió aire y lo mantuvo hasta que divisó una pierna internarse en la estancia. Luego, una mano se apoyó sobre el alféizar y después lo hizo la otra mano.

Oriol giró sobre sí mismo y agarró la pistola sin hacer ruido mientras Hugo aguardaba agazapado a que el intruso se confiara y penetrara en la habitación. En el momento en el que el extraño asomó la cabeza, Hugo se abalanzó contra él agarrándolo por el cuello, al tiempo que Oriol, de rodillas, lo apuntaba a la frente sin pestañear.

—¿Así es como tratas a tus invitados? —se atrevió a decir el fisgón mientras forcejeaba.

Sin embargo, al escuchar esa voz descarada, osada y sin duda sugerente, Hugo se detuvo. Soltó a su presa y presionó el interruptor de la luz, dejando al descubierto a su enemigo.

Bianca sonreía triunfante, con los dos brazos en jarra mientras Oriol volvía a depositar la pistola en la mesita de noche, gesto que sorprendió a Hugo, quien todavía perplejo se preguntaba qué hacía

ella en ese hostal de carretera en un pueblo perdido de la provincia de León.

17

Hija

Sofía contemplaba abrumada el brillo que aún transmitía la talla de San Miguel en la capilla. El santo no había sufrido desperfectos en la lucha contra la Sombra, y aunque el padre Carlos les había contado que la espada, la cual había sostenido con garra el arcángel y que había inclinado la balanza de la victoria a su favor, había sido remplazada por una pieza sin impronta mágica, todavía San Miguel desprendía esas centellas fascinantes que la llenaban de optimismo. Ignoraba la localización de la espada original, aunque suponía que debía estar en un sótano secreto custodiada por la hermandad de los cazadores. Elevó la vista hacia el techo y descubrió que las lámparas de araña también habían sido sustituidas por otras menos suntuosas. Soltó un suspiro nostálgico.

¡Estaba en el monasterio! Ignoraba cómo lo había hecho, aunque imaginaba que el conjuro de invocación de la tierra había evolucionado de alguna manera imprevisible. Recordaba la arena custodiar el coche y conseguir que ralentizara la velocidad para evitar que se estrellara con la fila de vehículos que se aglutinaban en el cruce, también la grieta en la carretera, e incluso visualizó a Iris volar entre las nubes mientras ella le rogaba que volviera, que no podía abandonarse de esa manera. Por un segundo, advirtió también la presencia de Janus, satisfecho por el viaje que había emprendido su amiga, aunque no pudo verlo. Sin embargo, percibió su autoridad, su poder... Iris estaba controlada por él como una desconsolada marioneta, ansiosa por que movieran sus hilos por ella. Y aunque la vidente se sentía libre en su vuelo asombroso, sorteando las nubes y atreviéndose a alejarse cada vez más, no lo era. Ese periplo estaba conduciéndola a los dominios de Janus, al centro de su poder, a su propia aniquilación.

Sofía le gritó advirtiéndola del peligro justo cuando la tierra comenzó a temblar. Se atrevió a correr tras ella sin apartar la vista del cielo, a pesar de que el suelo se resquebrajaba. Tenía que obligarla a salir de esa visión, y usó el arma que tenía a mano: uno de los elementos naturales, uno que con su sacudida la haría regresar a la realidad. Con el primer tremor, los árboles de esa poética ilusión se desdibujaron y los ríos abandonaron su cauce. El segundo redujo las

colinas a montones de piedras y tierra, aunque fue el tercero el que vociferó su nombre e interrumpió su aventura en el cielo al hacer que este se agrietara y que las mismísimas nubes cayeran sobre ese paisaje hermoso creado por Janus. Sí, las nubes cayeron como si fueran una masa sólida, e Iris con ellas.

Y mientras toda esa falsa se venía abajo, Sofía estiró el brazo para suavizar la caída de su amiga. De nuevo, volvió a invocar a la tierra para que le preparase un lecho de arena blanda y la abrigara con la calidez de la playa. Su campo de fuerza fue interrumpido por un contratiempo: algo o alguien estaba impidiendo que llegara hasta Iris con todo su poder. ¡Janus! ¡Tenía que ser él! Inició entonces una carrera frenética hasta su amiga, quien continuaba precipitándose en un vacío oscuro. El azul del cielo ya no existía, ni el verde de los pastos, ni el calor que les brindaba el sol. Todo había desaparecido. Los latidos de su corazón bramaban alocados a la vez que su respiración suspiraba por llegar a tiempo.

De pronto, las piernas comenzaron a pesarle y sus brazos decidieron no acompañarla en su carrera. ¡Estaba frenando! No, estaban parándola. Elevó la mirada con seria dificultad y atisbó una figura en la línea del horizonte, donde el negro del cielo se juntaba con el naranja apocalíptico de la tierra. Janus estaba allí, y la miraba con repulsión. Sofía comprendió que no llegaría hasta Iris, que su amiga caería sin más, y cuando advirtió que de los dedos de su enemigo brotaba una onda encrespada hacia ella, su tierra, a la misma que había implorado, la cubrió formando un remolino alrededor de ella. Después, todo fue niebla y confusión en su mente.

Había despertado en el monasterio, a los pies del ángel protector de los cazadores de monstruos. De alguna manera, su subconsciente la había llevado hasta allí, recordando que era el punto fijado para reunirse con León. Pudo desear encontrarse con su familia y Oriol, dondequiera que estuvieran, o aparecer frente a Hugo y rogarle que la ayudara. Sin embargo, no quería abandonar a Iris. Su corazón continuaba latiendo más pausado, entristecido por el destino de la vidente. Las imágenes de su caída se recreaban en su mente una y otra vez, y a pesar de que había conseguido disminuir su velocidad, ella se había precipitado contra el suelo. Debía estar malherida, sangrando o quizá dormida todavía, controlada por Janus. Tenía que ir a por ella, despertarla, sacarla del trance, sacudirla si fuera necesario y curar sus heridas.

Se llevó las manos a los bolsillos de los vaqueros y a continuación las introdujo en la chaqueta. No tenía el móvil con ella. Debió haberlo dejado en el asiento cuando la locura comenzó, o quizá continuaba dentro del bolso. No lograba recordarlo. Fuera como fuese, no podía advertir a los demás e indicarles su posición. Estarían preocupados

preguntándose por su extraña desaparición y por el insólito fenómeno de tierra que había creado en torno al vehículo. ¿Qué podía hacer ahora? ¿Cómo podría saber si Iris se encontraba bien? No le quedó más remedio que aguardar a la llegada del resto del grupo, hecho que ansiaba que no se dilatara en el tiempo.

Se encaminó hacia el exterior y recorrió los anchos pasillos del monasterio, esos que fueron destrozados por la Sombra en su huida suicida y que los llevó a Hugo y a ella a internarse en la capilla. Se detuvo un instante para examinar las baldosas del suelo; muchas habían sido recicladas para adecentar el pavimento. Contaban con las cicatrices de la batalla final, pequeñas fisuras que las convertían en atractivas y, después de todo, con una historia que narrar a sus visitantes en el futuro.

De pronto, se preguntó por qué Hugo se había precipitado a sacarla de la biblioteca. Es verdad que, sin ellos dentro, la Sombra no atacaría al resto del grupo, pero se cuestionaba si esa había sido la única razón. Quizá Hugo ya estuviera sintiendo en sus carnes los efectos del vínculo, y eso supondría que el cazador sucumbió a él mucho antes de lo esperado.

Ahora no tenía importancia, ya que ella también lo había hecho y no se arrepentía. Le daba igual que fuera culpa del conjuro, pues había experimentado el deseo y la pasión con una energía arrebatadora. Y era consciente de que no podía tener al cazador delante sin codiciar sus besos, sin pretender que él se desprendiera de su sujetador. Allí comenzaba una historia, la cual se había negado a admitir, y quizá allí la bestia de Oriol había reaparecido porque lo había olfateado, descubierto el vínculo antes que sus protagonistas.

Aguardó sentada en los escalones de la entrada, y harta de esperar se dirigió al huerto, ahora desaparecido. No era más que tierra removida y descuidada, tal y como había presagiado Oriol. Se permitió derramar unas lágrimas en ella, convencida de que así desahogaría parte de su desconsuelo, lo expulsaría de su cuerpo y no volvería a atosigarla. Sus sentimientos desfilaban alborotados como una comparsa en pleno carnaval, exhibiéndose, manifestándose con alegría y alboroto. Sin embargo, también se contradecían dependiendo de la dirección que tomaba el desfile, y aunque la música la acompañaba mientras bailaba, a veces entonaba una rumba exaltada y, otras, una salsa nostálgica. Le había hecho daño a Oriol cuando no quería hacerlo. Deseó que se hubiese quedado a su lado para ayudarla a saltar las enormes olas que la arrastraban a lo imposible. Necesitó que hubiese sido su anclaje, y así sus deseos se habrían contenido. ¿Qué era lo justo? ¿Amarrarlos o desatarlos? ¿Qué se suponía que debía hacer? Lloró y consiguió apaciguar su alma. Entonces recordó parte del sueño que Iris había interrumpido esa mañana.

El árbol. El claro. ¡Y Oriol!

Una extraña sensación de cercanía la empujó hacia él, y cuanto más se aproximaba a su imagen, más dolía, más sentía esa opresión aplastante en el pecho. Tenía miedo a volver a verlo, a percibir al principio su mirada reprobatoria, para después castigarla con su indiferencia. Tal vez se merecía todo su odio, quizá era la penitencia que debía pagar por su pecado. No se podía amar a dos personas a la vez. No estaba bien.

Recordó el sueño con una sonrisa amarga en los labios, pues en cierto modo había experimentado una libertad como hacía tiempo que no le sucedía. Sus pies descalzos acariciando la hierba, su piel absorbiendo el susurro de la brisa, su espíritu caminando sin grilletes que la contuvieran... Ella estaba atada a sus poderes, a su condición de bruja, a ser la maldita llave del gremio, y quizá a Hugo. Sí, también tenía pánico a deshacer el conjuro y caer en la cuenta de que todo había sido un error fatal, que ese amor jamás debió existir y que esos sentimientos la habían condenado. Después, pensó que quizá fueran verdaderos y que el vínculo no era más que una consecuencia de un amor oculto, de un sentimiento que estaba floreciendo y que potenció de alguna manera el hechizo. ¿Por qué si no iba a recitar ella un conjuro de unión eterna para salvar a alguien que no amaba?

Lamentó su destino, pues ninguna de las respuestas la consolaba. Con las dos siempre terminaba perdiendo, y eso era difícil de asumir.

Escuchó voces en la entrada del monasterio y con presteza se dirigió a la parte delantera del edificio. Con cierta templanza, descubrió a Harry subiendo los peldaños mientras George inspeccionaba con recelo la fachada del edificio. Ella corrió hacia el bibliotecario inglés y se fundió en un largo abrazo con él.

—¡Oh, mi niña! Menos mal que estás bien —le susurró con voz sincera.

—¿Y los demás? —le preguntó, abandonando el cálido abrazo mientras miraba a su alrededor—. ¿Dónde están Iris y Simón? ¿Ya han entrado?

Harry bajó la barbilla, ocultando sus ojos un instante.

—No han venido —le confesó abatido.

—¿Por qué no han venido? ¿Qué ha pasado? ¡Es Iris!, ¿verdad? Está mal... Pude verla caer. —Descendió los escalones y comenzó a caminar hasta la carretera más próxima—. ¿Dónde habéis aparcado? Todavía no comprendo por qué la habéis dejado atrás.

—¡No hay coche! —le gritó George—. No creo que esa chatarra vuelva a funcionar.

Ella se detuvo, y con el ceño fruncido se dio la vuelta hasta encañonar al brujo con los ojos.

—No lo entiendo —musitó a la vez que trataba de poner en orden

sus recuerdos.

—Conjuraste a la tierra. Te pedí que no hicieras nada y me desobedeciste —le reprochó molesto el hombre.

—¡¿Que yo te...?! —Con paso resuelto, se colocó frente a George—. No tengo ni idea de quién eres. Te presentas en mi casa como un amigo de Hugo dispuesto a ayudar, a usar tus poderes de brujo puro para detener esta locura. Pero no te equivoques. Tú no formas parte del grupo, y no tienes derecho a hablarme de esa manera.

Sus ojos se encendieron, y él percibió su don brincando como una niña con botas de agua en charcos demasiado profundos como para arriesgarse a jugar en ese terreno. Aun así, apartó de él esa imagen y quiso tratarla como una adulta:

—No te conviene usar tus poderes, y menos conjurar a los elementos. Te hemos hecho un amarre para que no se desaten y te conviertas en la portadora del caos. Cualquier rasguño en tus nuevos hilos podría llevarte a la muerte.

—¡No me importa morir! —exclamó, mostrándole los dientes—. No me conoces en absoluto. Si mi muerte sirve para liberar a mi familia, a mis amigos y detener a un psicópata, que así sea. Estoy preparada para asumir mi destino.

George entrecerró los ojos y desafió a la bruja con su semblante intimidatorio. Ella no se acoquinó y alzó la barbilla, como si así pudiera alcanzar su altura.

—Admiro tu valor —la halagó él—, pero no lo conviertas en insolencia ni bravuconería. ¡Has hecho que el coche terminara en una grieta con todos nosotros dentro! Tu amiga tiene la tibia rota, puede que también el peroné. Y has recitado un conjuro de traslación que podría haberte llevado a cualquier parte del mundo, incluso a terminar en medio del océano entre tiburones. ¿Es que todavía no te das cuenta de que nos has puesto a todos en peligro y no solo a ti? ¡Iris necesita cuidados médicos de inmediato!

Sofía abrió los ojos de par en par y se permitió retroceder unos pasos mientras asimilaba la información.

—No, no fui yo. Fue él. La dejó caer. Yo quise protegerla... —Se llevó las manos al abdomen al percibir un pinchazo inesperado. Después comenzó a toser angustiada y se dejó caer de rodillas, presionándose con los brazos toda la barriga.

Harry acudió en su auxilio y trató de consolarla. Se acuclilló junto a ella y apoyó en su hombro la cabeza de la joven.

—Ya está. Ya ha pasado.

—No, Harry. ¡Janus estaba controlándola! ¡Va a por ella! Y no entiendo el porqué. Iris no es una llave, ni siquiera tiene sangre pura. ¡Tenemos que ayudarla! Tenemos que impedir que la coja —dijo a la vez que se levantaba.

—Tu amiga está perdida —musitó George.

Ella lo miró con rabia, y con paso decidido se encaró con él. Lo empujó con fuerza, consiguiendo que el brujo se tambaleara. George no se lo impidió. Sofía debía comprender que su conducta errática estaba empeorando la situación.

—Ya te he dicho que aquí tu opinión no importa —lo advirtió de nuevo, mostrándole sus ojos azules cargados de chispas eléctricas.

—Sofía, todavía no entiendes la magnitud del problema, así que es mejor que te calmes —le rogó mientras se adecentaba el jersey, arrugado por la furia de su hija.

—No pienso hacerlo.

—Deberías.

—¿Estás amenazándome?

El brujo se permitió esbozar una sonrisa burlona y dio un paso al frente.

—Yo nunca te amenazaría. Estoy aquí para cuidar de ti.

Sofía arqueó las cejas de forma inesperada.

—¿Por qué te interesas tanto por mí? ¿Por qué has cogido un avión para venir a verme? ¿Porque soy la llave de tu gremio y temes que Janus se haga invencible? ¿Crees que terminará dominando a todos los brujos de la Tierra, incluido a ti, si me atrapa? ¿Por qué, George? ¿Por qué estás aquí?

—Porque eres mi hija.

Ella lo miró divertida y se echó a reír. Después, al observar su postura seria y su rostro tenso como un elástico a punto de romperse, palideció.

—¿Estás diciéndolo en serio? ¿Tú eres mi padre… biológico? —Él guardó silencio, admitiendo así la respuesta, y ella se llevó las manos a la cabeza—. Esto debe ser una broma pesada. Mi padre es una persona comprensiva y honesta, y antes de dejarme con las monjas, me regaló un…

—… talismán con una cruz de doble brazo. Ese que llevas siempre al cuello y que te alerta cada vez que hay una amenaza.

Sofía intentó tragar saliva, sin embargo, el nudo de su garganta le impedía hacerlo. Con manos temblorosas, acarició el colgante que llevaba bajo el suéter de lana. Se aferró a él como siempre hacía cada vez que se enfrentaba a una adversidad. Le recordaba su procedencia, su hogar de antaño, aunque ahora su tacto se le antojaba frío.

—No es que haya funcionado muy bien las últimas veces —dijo bromeando.

—Tus poderes estaban descontrolados. Y si no vuelves a cometer una estupidez como la de antes, puede que tengas una oportunidad de salir de este embrollo.

—La verdad es que suenas como un padre. —Rio nerviosa,

buscando amparo en los ojos de Harry, quien todavía trataba de asimilar esa gran revelación—. Pero no lo eres, y no trates de comportarte como tal. Me abandonaste a mi suerte, y has perdido todos los derechos que tenías sobre mí, si es que alguna vez tuviste alguno. —George quiso cogerle la mano y transmitirle todo su cariño, todo ese amor que jamás pudo darle—. ¡No me toques! ¡Tú no eres mi padre! Mi padre se llama Roberto Galante.

Se encaminó furiosa hacia el interior del monasterio. Su cerebro le chillaba, su corazón rugía y la sangre de su cuerpo le hervía. Pero lo que más le dolía era que su espíritu se había quedado mudo, devastado e indefenso, sin ningún arma con la que sostenerse y ninguna palabra en la que encontrar la esperanza. No quiso mirar atrás. Se dirigió a la capilla y allí se arrodilló ante el protector de los cazadores, rogándole amparo mientras decenas de lágrimas atormentadas desfilaban por su rostro buscando un hogar en el que resguardarse.

Entretanto, fuera, Harry se debatía entre confortar a la bruja o darle un tiempo prudente para que aliviara parte de su dolor a solas. Presionó el puente de sus gafas contra la nariz, y con las manos en los bolsillos se atrevió a mirar al brujo.

—Sé que tratas de hacer lo correcto, pero Sofía no necesita más discursos paternales enfocados a reprochar su conducta. Necesita que alguien comprenda la presión a la que está sometida. —George abrió la boca para defenderse, pero el inglés lo detuvo enseñándole la palma de su mano—. Quiero a esa joven como si fuera mi hija, al igual que a Iris. He tenido que tomar una decisión difícil y dejar a una de ellas atrás, a su suerte, y creo que después de todo hice lo más justo. Es Sofía la que se enfrenta a su destino, la que todavía tiene que demostrar su valía, a pesar de que para mí lo hace cada día con su entrega y empeño. Ella necesita a alguien que la guíe en el camino y no a nadie que juzgue sus acciones. Porque vamos a dejarnos de tonterías: Janus ha conseguido doblegarnos a todos, y pronto llegará hasta tu hija. Ahora eres tú el que tienes que decidir. ¿Vas a seguir protegiéndola, o vas a enseñarle a luchar?

Harry observó su reloj y pensó que ya había pasado el tiempo suficiente para que Sofía derramara sin tapujos las primeras lágrimas. Le faltaban todavía muchas más. Sin embargo, esas primeras que rompen el silencio y se transforman en un quejido ahogado eran las más valiosas.

La encontró en la capilla rezándole a Dios, el cual ignoraba si existía de verdad o eran más que fábulas para mantener encendida la llama de la esperanza de los humanos. Ella lo hacía a su manera, hablándole de tú a tú, narrándole sus pesares y suplicándole un tiempo de tregua para todos.

—¿Crees que está escuchándome? —le preguntó al advertir su presencia—. Mi madre dice que está en todos sitios y por eso no va a misa ni nada de eso. Mi abuela sí lo hacía, y le rezaba con un rosario en las manos mientras observaba a la gente pasar a través de la ventana.

—No lo sé, Sofía. Yo soy un licenciado en Lengua y Literatura. Un brujo. Esas cuestiones deberías hablarlas con el padre Carlos.

—¿Y qué crees que me diría él?

—Que sí, que te escucha porque Dios está en tu corazón.

—Es una respuesta absurda pero alentadora —rio.

Harry se acercó al altar y contempló la talla del arcángel con cierta inquietud. Él no poseía la llave que abría la caja de todos los misterios, ni humanos ni divinos. La fe era un bien preciado al que solo podían acceder algunos.

—Vivimos en un mundo invisible para muchos, donde nuestros gremios son una mera leyenda, y los monstruos, un cuento para asustar a los niños y obligarlos a que hagan las cosas bien. Quizá sea ese nuestro problema: luchamos contra demonios y hemos visto poderes increíbles brotar de nuestras manos. No obstante, para nosotros, Dios también es invisible.

Sofía estiró las comisuras de sus labios y asintió con la cabeza.

—Tú pudiste verla. ¿Cómo estaba ella?

Harry lanzó una exhalación amarga y volvió a introducirse las manos en los bolsillos. Hacía frío. El monasterio había perdido la calidez de los meses atrás, cuando ellos habitaban allí y lo habían convertido en su casa.

—Bien. No había perdido su humor. Además, Simón se prestó voluntario para cuidarla. Ya sabes cómo es Iris.

—¿Simón? Al final le he cogido cariño a ese demonio manipulador e interesado.

El inglés soltó una risita de conformidad, entornó los párpados y decidió sentarse en la primera fila de bancos para descansar sus piernas después del viaje que había emprendido para llegar allí.

—He llamado a Rafael mientras venía de camino, pero no me coge el teléfono. Quería que se dirigiera primero a recoger a Iris o que al menos se asegurase de que se encontraba bien. Ya ha debido llegar la ambulancia, y puede que se encuentre en un hospital y estén atendiéndola —reflexionó, agarrándose a esa idea para que la llama de su esperanza siguiera encendida.

—¿Qué vamos a hacer ahora? ¿Cómo podemos detenerlo? Si no puedo usar mis poderes...

—Buscaremos la manera. —George se adentró en la capilla y se sentó en un banco próximo a ella—. No vamos a dejar que gane la guerra. No puede.

Sofía atisbó su rostro apesadumbrado, pese a las palabras valientes que pronunciaba su boca. Desvió la mirada hacia la pila bautismal de la izquierda y divisó las enormes brechas que existían en el mármol. Le habían puesto un remiendo para que continuara de pie con su brillo habitual, sin embargo, no parecía ser lo bastante fuerte como para aguantar el peso del agua.

—¿Por qué tú estás aquí y mi madre no ha venido a ayudarme? —Sofía volvió a mirarlo, esta vez con ojos incisivos.

—No lo sé. Hace años que no la veo. Ella y yo nos divorciamos hace mucho.

¿Divorciados? Desde luego, no era la familia biológica que esperaba encontrarse ni la que había soñado.

—Vale. ¿Hay algo más que tengas que decirme? Adelante, no te cortes.

—En realidad, sí.

George se levantó y se dirigió a ella, titubeante. No sabía cómo empezar toda aquella historia de traiciones, celos y desencuentros que los habían llevado a la situación actual. Después de todo, era la historia de su familia. Su familia de sangre.

—Conozco a Janus.

Esta vez, Sofía intentó ocultar su sorpresa presionando su labio superior contra el inferior y procurando a la vez que sus ojos no se salieran de sus cuencas.

—¿Es amigo tuyo? —le preguntó temerosa.

—No, Sofía, qué va. Ha adoptado muchos nombres a lo largo de los años: James Noland, James Weber, Jack Riley, Janus... En realidad, se llama Jaime del Castillo, y es tu... primo.

—¡Oh, por Dios! —Ella se dejó caer en el banco junto a Harry mientras este no ocultaba su rostro transparente y sorpresivo.

—Es una historia complicada, pero una que mereces oír. —George carraspeó para aliviar la tensión de sus cuerdas vocales—. Jaime es un cruzado. Nació con el don de la videncia por parte de madre y el de la brujería por parte de padre. Aunque soy su tío, la realidad es que tiene dos años menos que yo, y por ese motivo jugábamos juntos cuando éramos pequeños. Yo lo llamaba primo, y siempre lo he tratado como tal. Mi hermano mayor, Esteban, y padre de Jaime, se mudó a Suiza cuando su hija enfermó. Su mujer, Carol tenía parientes allí... Todos con un don excepcional en la videncia. Y dado que la pequeña sufría convulsiones cada vez que tenía una visión, ambos decidieron que era mejor trasladarla junto a personas que pudieran ayudarla mejor. A veces, a los cruzados les cuesta integrar uno de sus dones.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? —le preguntó ansiosa, pues ya estaba enredándose con los lazos familiares.

—Fue en Suiza cuando Jaime no quiso aceptar su sangre cruzada y

empezó a tener problemas con su padre. Recuerdo que Esteban nos llamó para comunicarnos que Jaime había decidido iniciarse en la videncia, aunque él estaba convencido de que tenía más aptitudes como brujo. También nuestro padre, pero es una decisión personal, y Jaime tomó la suya.

Sofía frunció el ceño, sin comprender el problema.

—No lo entiendo. ¿Por qué no podía tener los dos dones?

—Si eres un cruzado con poderes diferentes, uno dominará al otro —intervino Harry—. Nadie que yo conozca ha conseguido mantener el equilibrio entre los dos. No es el caso de Iris, ya que ella no tuvo que escoger, y a veces es mejor esta opción. Es muy probable que el cuerpo de la hermana de Janus, o Jaime, no estuviera capacitado del todo para integrar los dos poderes a la vez. Por eso, muchos cruzados apuestan por una evaluación antes de decidir a qué gremio quieren pertenecer. Siempre hay uno dominante, y es ese el que deben ejercer, si no, podrían enfermar.

—Exacto —ratificó George—. Es por eso por lo que se obsesionó con la manera de poder ostentar los dos poderes sin repercusiones, y ahí comenzó a estudiar, y averiguó una forma antiquísima de acceder a los dones al tiempo que los liberaba: las llaves.

Cabizbajo, Harry negó con la cabeza. Él había conocido a Janus cuando se hacía llamar James Weber y llegó a transmitirle su obsesión por la transferencia y la exaltación del poder en sí.

—Todo lo que estuvo haciendo hasta entonces no eran más que experimentos para conseguir su verdadero fin: usar las llaves para liberar ese poder oculto, escondido en nosotros —dijo con pesar.

—Él cree fielmente que los cruzados pueden conseguir un poder tan grande como el de un puro. Solo hay que despertarlos y conducirlos por el buen sendero para que no deterioren el cuerpo del cruzado.

Sofía se llevó las manos a la cabeza.

—¿Y por eso me escondisteis? ¿Para que Jaime no diera conmigo?

—No, no fue así. Yo, por aquel entonces, ignoraba los planes de mi primo. Fue su madre, Carol, una vidente extraordinaria, la que vaticinó una desgracia cuando todavía no habías nacido y estabas en el vientre de tu madre. Ella nos aseguró que tu vida corría peligro si no te alejábamos de la magia, que tu poder era tan especial que muchos querrían arrancártelo. —Suspiró arrepentido y evitó mirarla a los ojos—. Ahora creo que mi tía vio a su propio hijo extrayéndote la llave, y no nos lo contó para protegerlo a él, no a ti.

—¡Pues qué bien! Porque su profecía va camino de cumplirse si no hacemos algo.

—Lo siento, Sofía. Si hubiera sabido que estaba manipulándonos de alguna manera, ni tu madre ni yo te habríamos alejado de nosotros.

Ella bajó la cabeza y sus pensamientos se derramaron sobre las

baldosas de la capilla.

—Tú no podías saberlo. —Alzó la mirada, dejando ver sus ojos húmedos—. Ahora necesito dar un paseo, asimilar que tengo una familia que está loca y que mi propio primo es el que pretende matarme.

—Sofía…

Ella hizo caso omiso del quejido imperceptible que profirió su padre cuando abandonaba la capilla. George miró entonces a Harry, quien permanecía ausente, asfixiado por sus propios sentimientos. Al principio, no quiso interrumpir sus pensamientos. Luego, harto de aguardar un justificado bufido, una mísera blasfemia o maldiciones lanzadas con un rencor por doquier, el padre de Sofía se plantó delante del inglés con los brazos en jarra.

—¿Qué fue lo que te hizo? —El inglés alzó la mirada al escuchar la pregunta del brujo—. Janus, o James Weber, o como quiera que se te haya presentado en esa conferencia. No soy estúpido… Sé que estás enfermo. Me he dado cuenta del temblor de tu mano. No puedes usar tus poderes como te gustaría.

—Condené a mi hijo. Un cruzado. Me recomendó hacer un hechizo de transferencia para que la chispa de su poder emergiera, y lo maté en vida.

—Lo siento mucho.

—Estuve buscándolo durante un tiempo para que me aclarara lo que había sucedido, para que me ayudara a arreglarlo, pero se negó a recibirme. Él me dio las instrucciones que debía seguir para que en mi hijo se manifestara el don. Sin embargo, no funcionó, su cuerpo no pudo asimilar tal poder. Y ahora me doy cuenta de que mi hijo fue otro experimento más, que ya estaba allanando el terreno para llegar hasta aquí.

—A Jaime no le han importado nunca las personas, sino los resultados. Y debemos tener en cuenta que, si su hipotética teoría funciona, muchos morirán al no saber cómo manejar todo ese flujo de poder.

—Fui un padre terrible. —Harry hundió su rostro entre sus manos.

—Yo tampoco soy el mejor ejemplo a seguir. Fui un cobarde, ahora lo veo. Mi fe ciega en mi tía me obcecó para que no contemplara otras posibilidades. Debí haber consultado a otros videntes y no actuar como un desesperado. Sin embargo, todo lo hice por amor. No quería que le pasara nada a mi niña. —George se sentó junto al brujo, hincó los codos en las rodillas y luego descansó la barbilla sobre el dorso de sus manos—. ¿Es por eso por lo que te escondes entre cazadores y libros para que ningún compañero del gremio reconozca las marcas de un hechizo prohibido?

—Me oculté de mí mismo. Quise olvidar mi pasado, mi dolor, pero

me di de bruces con él cuando apareció Sofía, tan frágil, sin conocimientos de magia y al mismo tiempo tan llena de poder. Tenía que ayudarla sin usar mis habilidades, sin comprometer aún más mi salud. Pero, como ves, al final me ha resultado imposible.

George soltó una exhalación profunda.

—¿Cuánto tiempo te queda?

—Después de ayudarte a remendar el conjuro de amarre, mucho menos de lo que deseo.

—Podías habérmelo dicho. Habría buscado la manera...

—No es culpa tuya. Hace tiempo ya que me he visto obligado a usar mi don y abandonar mi promesa de no ser un hombre de acción. Las circunstancias lo requerían. —Se levantó ahogando un lamento y estiró las piernas—. Y tampoco me fiaba de ti. No quería dejar a Sofía en manos de cualquiera.

—¿Quién más lo sabe?

—Nadie. Y me gustaría que esta conversación quedara aquí, en esta capilla, entre brujo y brujo.

George alargó el brazo y le ofreció la mano.

—Tienes mi palabra.

Harry la estrechó, y de alguna manera inesperada se sintió aliviado. Al sincerarse con un desconocido, había dejado de lado los sentimentalismos, el pesar enorme de transmitirle a un ser querido que quizá esa fuera su última aventura. Sin lágrimas, sin despedidas dolorosas. Después de todo, los cazadores eran su familia, esa que siempre deseó y nunca fue capaz de tener por sus propios medios, pues un error lo había condenado para siempre a llevar una carga demasiado pesada, carga que ellos habían hecho ligera con el transcurso del tiempo.

Contempló de nuevo la talla de San Miguel, y tuvo celos de todas las personas que tenían una fe inquebrantable, una garra optimista que los hacía levantarse cada mañana pensando que ese día sería mejor que el anterior. Él necesitaba creer como ellos, lo deseaba con todas sus fuerzas, pero no podía. Hacía años que en su corazón no había espacio para la esperanza.

18

Emboscada

Después de haberle enviado a Hugo la ubicación posible de Oriol, Rafael apoyó el codo en la ventanilla de la furgoneta y contó, con el ceño fruncido, las líneas discontinuas del asfalto como el que padece insomnio y visualiza a cientos de ovejas preparadas para saltar una valla roja, desesperado por dejarlas atrás y llegar a su destino. El cazador estaba preocupado, quizá en demasía, sin embargo, prefería tener la mente preparada ante cualquier inconveniente que pudiera surgir. Tampoco había dormido mucho la noche anterior, y los continuos bostezos lo asaltaban sin previo aviso, humedeciendo sus ojos cada vez que su boca se estiraba hasta lo indecible.

Miró a León de soslayo, quien mantenía la vista al frente, concentrado en la carretera como era costumbre en él. A pesar de ser un titán cuando se enfrentaba a un demonio y de correr como un vikingo cuando perseguía a un monstruo, el fortachón se transformaba en un plácido dominguero en el asfalto. Su conducción era más que correcta: evitaba los volantazos bruscos, señalizaba todos los intermitentes y procuraba esquivar los baches de la carretera. Bromeaba lo justo cuando conducía y charlaba lo indispensable, pues lo alteraba cualquier distracción. Rafael reparó en sus ojos enrojecidos causados con toda probabilidad por las pocas horas de descanso que habían tenido en los últimos días. Y aunque el gigantón no lo dijera, le había afectado mucho la intrusión de Janus en su mente. Tenía miedo a dejarse dormir y verse atrapado en un sueño eterno, donde no pudiera escapar y sus gritos de auxilio no pudieran ser escuchados.

Rafael inspiró el oxígeno proveniente del Parque Natural de Barranco del Río Dulce y llenó sus pulmones de optimismo. Se encontraban al norte de la provincia de Guadalajara y pronto llegarían al monasterio. Sin embargo, un vehículo blanco dos coches más atrás de la furgoneta llamó su atención y quiso enfocarlo mejor a través del espejo retrovisor. Sí, no era muy grande y juraría que había visto esa matrícula muchos kilómetros atrás, cuando atravesaban el término municipal de Calatayud. Se enderezó en el asiento y soltó un débil bufido sin apartar sus ojos recelosos del coche, el cual circulaba de forma discreta dejando que otros vehículos ocuparan el espacio entre ambos en la carretera. Jamás se pegaba a ellos ni hacía esfuerzos por

adelantarlos, a pesar de la parsimonia demostrada de León en su conducción. Frunció el entrecejo, agudizando su mirada inquisitiva, y le indicó a su amigo que abandonara la autovía y se internara en el parque.

—Creo que tenemos compañía —le dijo, compartiendo sus sospechas.

—¿Te refieres al Seat blanco?

—Ese mismo.

León gruñó e hizo lo que le pedía el cazador.

—Quería pensar que se trataba de un par de amigotes en busca de alguna aventura de fin de semana. ¡Malditos psicópatas!

—Dirígete hacia Pelegrina y apaguemos los móviles. Ya contactaremos con las chicas más tarde. Si nos siguen, es mejor que no los conduzcamos hasta el monasterio, sino que los hagamos perder el tiempo entre encinas y quejigos. Así que prepárate, amigo, ¡nos vamos de senderismo! Y con un poco de suerte, puede que hasta cacemos un enorme jabalí —anunció, posando sus ojos hundidos en los ocupantes del coche blanco.

—Te recuerdo que yo empujo la silla de ruedas.

—Eso nunca te ha dificultado dar en la diana.

Iris contemplaba el cielo salpicado por algunas nubes osadas con una sonrisa agradecida. Había volado entre ellas, y aunque había caído en picado, experimentó la sensación de libertad mientras extendía los brazos y planeaba como un cóndor sobre valles y montañas. Mientras escuchaba el sonido de las sirenas en la lejanía, se deleitaba con el brillo azul de la atmósfera y con esas centellas naranjas que revoloteaban por encima de su cabeza. Apenas escuchaba a Simón, quien se encontraba presionando su herida y le suplicaba que no se durmiera. Ella no tenía intenciones de cerrar los ojos, pues la belleza de la campiña la había envuelto. Por primera vez desde hacía mucho tiempo, no se sentía agobiada ni presionada, ni tan siquiera por ella misma, pues era más dura consigo que con cualquier otro. Respiraba libre, sin tapujos, a pesar de que ignoraba cómo se encontraba su amiga, si de verdad había aterrizado en el monasterio o había perecido en las aguas de un río bravo. Ella era la responsable de su destino. La había visto correr, desgañitada, a marchas forzadas, gritando su nombre, pero sus esfuerzos habían sido en vano. Sofía nunca llegó a socorrerla, y en parte era consciente de que había sido culpa de ella, pues desoyó sus advertencias e ignoró su llamada. Era tan feliz que quiso saborear hasta el último segundo de dicha, aunque eso supusiera arriesgar su vida.

Notó las palmaditas continuas que Simón le daba en la cara.

—¡Escúchame, no puedes dormirte ahora! Están llegando. De un momento a otro, esto va a inundarse de policías y ambulancias. Van a llevarte al hospital y allí te pondrás bien.

Iris le sujetó la mano y le acarició el dorso con ternura.

—¿Por qué te has quedado conmigo? Has jugado tu peor carta, ¿lo sabes?

Él la miró avergonzado, sin saber qué responder.

—Si te digo la verdad, no tengo ni la menor idea. Aunque puede que ahora esté arrepintiéndome.

—Todavía puedes irte. Estás a tiempo.

—No seas boba. Ya tengo la camisa manchada de sangre... Y no llegaría muy lejos. —Él apartó la mirada, pues oía la voz del chico en su interior, desesperada, asustada, queriendo saber qué era lo que estaba sucediendo y por qué había otro en su cuerpo—. Tengo que confesarte algo, Iris.

—Te has puesto muy serio —le dijo al ver cómo su semblante cambiaba en cuestión de segundos—. No creo que sea un buen momento para asuntos delicados. Estoy muy cansada. Mi cerebro está jugándome malas pasadas. Ya no sé lo que es real o no...

—Tienes que hacerme una promesa —insistió él. La vidente frunció el ceño de forma interrogante—. No puedes dejar que le pase nada a este cuerpo, a mi traje, ¿me entiendes? Si a mí me sucede algo, no dejes que torturen este cuerpo.

Ella sacudió la cabeza, sin comprender.

—¿Por qué? ¿No estaba muerto?

Él tragó saliva y miró hacia atrás, observando cómo los sanitarios abrían la puerta trasera de la ambulancia y tiraban de la camilla. Entonces reparó en los tatuajes en forma de anillos con espinas en los dedos de uno de ellos. Ya los había visto antes, unos años atrás, cuando trataba de cerrar un trato en un cruce de caminos.

Recordaba a la joven atleta que aspiraba a llegar al pódium en los Juegos Olímpicos, y no le sorprendió su ambición ni tampoco su determinación, pues estaba dispuesta a todo por conseguir una medalla. Sin embargo, el pacto fue frustrado por un ávido cazador que no dudó en usar balas de demonios para atraparlo, y aunque su ingenio fue superior al conseguir esquivar en el último momento los disparos del cazador, no tuvo más remedio que evaporarse y soltar el cuerpo tan escultural que tanto le había costado poseer. De todos los demonios era sabido que, cuanto más atractivo se mostrara ante sus presas, más sucumbirían a sus peticiones. Los humanos decían que la belleza estaba sobrevalorada; él comprobaba cada día que un buen fajo de billetes y una percha hermosa le abría todas las puertas.

Examinó a los dos hombres con recelo y apretó los dientes al

descubrir a una mujer con una trenza castaña acercarse a ellos. Era su ansiosa atleta, aquella que quiso engañarlo una vez a él. Y aunque era imposible que lo reconocieran en su nuevo cuerpo, no dudaba de sus malas intenciones. Los cazadores jamás eran portadores de buenos augurios, sobre todo para un demonio como él.

—Son cazadores —le advirtió a Iris.

Ella arqueó las cejas, mostrando su profunda sorpresa. Estaba segura de que se habían unido al grupo cada vez más numeroso de Janus. Rechinó los dientes y rebuscó entre sus pertenencias para agarrar al menos uno de sus sais. No podría luchar erguida, pero intentaría atravesar con su hierro a uno de ellos antes de que abriera la boca. De pronto, Simón la detuvo. Él había dudado si mostrarse ante ellos como lo que era, un demonio resentido y con ansias de venganza por lo sucedido en el pasado, o fingir que desconocía sus verdaderas pretensiones y comportarse como lo habría hecho el joven universitario al que había poseído.

—Será mejor no armar mucho revuelo. No estás en condiciones para luchar.

—Si entramos en esa ambulancia, estamos perdidos —le espetó ella.

—Lo sé.

Tres arrugó el rostro mientras observaba el movimiento de los falsos sanitarios. La mujer apartó la trenza de su cara, para luego arrodillarse ante Iris y comprobar el estado de la pierna. Retiró los improvisados vendajes hechos con los jirones de una chaqueta, muy despacio, a la vez que trataba de calmar a la vidente.

—Tenemos que inmovilizar la pierna antes de subirte a la camilla, y puede que tengas que entrar en quirófano —le explicó, como si fuera una enfermera amable y con muchos años de experiencia—. ¿Podéis alcanzarme una férula?

Iris le entregó el teléfono a Simón y acercó la boca a su oreja.

—Llama a mi madre, por favor —le suplicó.

Él se apartó de la vidente y se situó detrás del coche ante la atenta mirada de los camilleros, quienes no disimulaban su desconfianza, a pesar de estar interpretando los papeles de dos hombres comprensivos y disponibles.

—Tengo que avisar a su familia —se excusó él—. ¿A qué hospital os la lleváis?

—Al Universitario de Albacete.

Tres asintió, fingiendo su conformidad. Hacía kilómetros que habían entrado en la provincia de Cuenca, y lo más correcto habría sido que la transportaran al hospital más cercano. Claro que el falso sanitario, el más rudo y corpulento, tenía menos conocimientos que él sobre geografía española.

El demonio torció el gesto, y sin apartar la vista de los dos hombres, quienes ayudaban a Iris a colocarse en la camilla, pulsó el icono verde del número registrado en el teléfono como «Mamá».

—Iris, cariño, ¿ya estás con Rafael? —escuchó la voz atropellada de Edith al otro lado de la línea.

—Mmm… Soy Simón, un amigo de su hija. Hemos sufrido un accidente de tráfico y…

—¡Dios mío! Sabía que algo no iba bien. Se lo dije a Rafael antes de partir. Había demasiados cuervos posados en el tejado de mi casa y un vecino me llamó para decírmelo… ¿Cómo está mi hija? ¿Por qué no me ha llamado ella? No me mientas, por favor…

—Señora…, está bien. Pero debe saber que estamos a punto de ser apresados por los cazadores de Janus… —Tres advirtió cómo uno de los camilleros se acercaba a él—. Sí, no debe preocuparse. Solo es la pierna, y van a llevarla al hospital de Albacete. La mantendré informada… Sí, claro… Sí.

—Es hora de irnos —lo informó el hombre más bajo.

El demonio se rascó la nuca, aparentando un nerviosismo auspiciado por las circunstancias.

—Bueno, tengo que darle mi testimonio a la policía, y esperaré a que llegue la grúa. No voy a dejar el coche aquí. Esto requiere mucho papeleo… Ya sabe cómo van estas cosas…

—Ya hemos hablado con la policía. Van a interrogaros en el hospital, así que no hay ningún problema. Es mejor que acompañe a su amiga. Está muy alterada y le hemos suministrado un pequeño sedante.

¿Un sedante? Tres quiso disimular la crispación en su rostro, sin embargo, el torrente violáceo de sus ojos comenzó a comportarse como un océano enfurecido. Sus pupilas bailaban arrastradas por el empuje de las olas, y aunque entornó los párpados para ocultar su cólera, todos los músculos de su cuerpo se habían activado, tensado a la vez, preparados para estrujar la cabeza del hombre y estamparla contra el capó del coche. Recordaba a ese cazador insolente, arrogante como el que más, desafiándolo en ese cruce de carretera, burlándose de él porque había caído en la trampa. No era un zoquete como su compañero más regordete, y desde luego no vacilaría antes de abatirlo a tiros.

—Simón, te lo ruego, no la dejes sola… —escuchó al otro lado del teléfono.

—Será mejor que cuelgues ya. No malgastemos el tiempo con estas tonterías.

El cazador le arrebató el móvil y lo estrelló contra el asfalto, y luego se cercioró de inutilizarlo. Lo pisoteó como si fuera una cucaracha molesta, recreándose en el sonido de la pantalla al hacerse

añicos.

—¡Apestas a demonio! Y podría matarte aquí mismo, si no fuera porque Janus te quiere vivo. Pero no me subestimes, aparte de mis balas antiparásitos como tú, cuento con un sinfín de herramientas y con alguien que por lo visto aprecias —lo amenazó al tiempo que con la vista le indicaba a Iris—. Ahora depende de ti. ¿Quieres que montemos un espectáculo en toda regla delante de esos ignorantes que creen que un tornado que ha aparecido de la nada y ha abierto una grieta de esas dimensiones en la tierra, o prefieres venir con nosotros, en silencio y con el rabo entre las piernas, sin que a tu querida amiga le suceda nada?

Tres dudó. Nunca había permitido que nadie lo chantajeara de esa manera, y menos que lo amenazaran sin recibir su merecido. Sin embargo, estaba Iris. Había prometido no abandonarla, se lo había prometido a sí mismo, y aunque las promesas eran para él como las hojas de otoño que el viento despedazaba mientras las hacía volar a su antojo y por lo tanto no contaban con su respeto, no podía abandonar a quien lo había recibido a pesar de su condición.

Asintió sin más y se tragó la sonrisa perversa del cazador.

Simón entró en la ambulancia con ella, y antes de que la falsa enfermera le pusiera unos grilletes marcados con símbolos que contenían su furia y aletargaban sus poderes, se inclinó para comprobar el estado de Iris. Le apartó el flequillo moreno y le acarició la frente como el ángel que vela por los niños antes de sucumbir en un dulce sueño.

—¿Qué le habéis hecho?

—Un relajante muscular. Dormirá un par de horas.

Escuchó los vítores de los dos sanitarios al entrar en la ambulancia y agachó la cabeza, apesadumbrado por su infortunio. Habían atrapado al poseedor de la llave de los demonios y lo celebraban sin tapujos, sin considerar su presencia. ¿Cuándo lo habían hecho? Él solo era un trofeo para los cazadores, uno de tantos que exhibir.

A continuación, se dirigió a la mujer, quien sonreía satisfecha, acompañando a sus amigos en su alegría:

—A ella no la necesitáis. Ya me tenéis a mí —musitó abatido.

—Nuestro jefe tiene un interés especial en la chica —le dijo, encogiéndose de hombros—. ¿Y quién soy yo para cuestionarlo?

Él la acribilló con la mirada.

—Deberías empezar a hacerlo. A veces, los predicadores tienen el ego más grande que los políticos. No te olvides de que ellos también son humanos y difunden su verdad. Y su verdad no es la del universo.

—Él pretende liberarnos de las pretensiones capitalistas, de los que se hacen ricos a costa del trabajo del pueblo. Quiere aniquilar a los bichos indeseables como tú y mostrarle al mundo que las fuerzas

sobrenaturales existen —lo sermoneó con un apasionado discurso.

Simón dejó escapar una risotada que confundió a la cazadora.

—Llevo mucho más tiempo en este planeta que tú, y puedo asegurarte que tu libertador es otro farsante más que engrosará los libros de historia si consigue la fama que tanto ansía. Sus predicciones no vienen del Cielo, sino que nacen en su ego y se desarrollan en su astucia. No pretende establecer un orden mundial. Lo que quiere es la atención de unos padres que nunca le demostraron su cariño, y ambiciona llenar sus inseguridades con un baño de masas que lo veneren. Vosotros, incautos, creéis que quiere reunir más poder para luego ofrecerlo al pueblo. Y sí, por supuesto, eso es un buen incentivo, un poder legítimo para él solito. Sin embargo, lo que de verdad ansía, lo que en realidad lo mueve, es el amor propio.

Ella se revolvió en su asiento y fingió interesarse por las constantes vitales de Iris. La joven tenía que llegar ante Janus en perfectas condiciones. Después, posó de nuevo los ojos en el demonio. Parecía más relajado. La garra que había mostrado al principio, cuando entró en el vehículo, se había evaporado.

—¿Es eso lo que tú quieres? ¿Amor? —Tres la miró confuso—. Los demonios a los que me he enfrentado han luchado con uñas y dientes antes de conseguir someterlos, algunos incluso han huido usando las tretas más variadas. Pero tú no has hecho nada, solo has decidido quedarte con ella.

Él estalló en carcajadas.

—¿Estás insinuando que la amo? Los demonios estamos incapacitados para sentir semejante chorrada. ¿No has leído las diferentes escrituras? Sembramos el caos, nos atrae el odio y nos dedicamos a que la semilla de la envidia florezca en los jardines más inusitados. Esa es nuestra labor, y por lo que veo en ti, estamos consiguiéndolo. Hemos sido capaces de transformar a cazadores entregados a su causa en títeres manejados por un ser despreciable.

Ella apretó la mandíbula con saña e ignoró su último comentario.

—Entonces, ¿por qué lo has hecho? ¿Por qué has arriesgado tu vida por ella?

Tres la miró de soslayo y soltó un resoplido que enaltecía su superioridad. No iba a permitir que nadie lo interrogara de esa manera.

—No me molestes con tus absurdas teorías.

Examinó de nuevo el rostro pálido de la vidente, tan cándido y risueño que parecía estar sumergida en un sueño apacible, a pesar de que le habían suministrado una dosis elevada de algún medicamento que debería ser ilegal y necesitaría prescripción médica. Quizá sí que trabajaba como enfermera en ese hospital de Albacete, ya que manejaba el estetoscopio como una profesional, y sin duda había

colocado la férula en la pierna de Iris con cierta pericia. Después de todo, la mayoría de los cazadores conservaban su profesión, aunque justificaran las ausencias en el trabajo con bajas ridículas. Cuando aparecía un monstruo en la ciudad, su auténtico oficio cobraba importancia e iban a por todas, costase lo que costase.

Apartó la vista de la muchacha al comprobar que la cazadora no le quitaba el ojo de encima. ¿De dónde habría sacado la estúpida idea de que se había enamorado? ¿Acaso había olvidado que él era un demonio?

Refunfuñó incómodo. Ese joven universitario, a quien le había robado el cuerpo, continuaba incordiándolo. A veces conseguía que un sinfín de emociones desbordadas penetraran en su esencia y le era imposible dominarlas todas. Los sentimientos lo golpeaban como si fuera un saco de boxeo, y aunque no conseguían derribarlo, hacían mella en él. Lo envenenaban. Tanto, que había llegado a sentir lástima por el muchacho, quien, desorientado y entristecido, le suplicaba que se marchase y le devolviese su cuerpo. Tanto, que se había encariñado con el grupo que lo había amparado, a pesar de tratarse de sus enemigos. Y quizá demasiado, pues ese afecto que lo empujaba a proteger a la vidente estaba volviéndolo loco. Ese estúpido universitario estaba arrastrándolo a experimentar esos sentimientos humanos. Y tenía miedo, estaba indefenso ante ellos, pues no contaba con armas para luchar contra el amor.

Arrugó el rostro oprimiendo los labios a la vez que sus párpados presionaban sus ojos, se esforzó en expulsar una vez más el alma del muchacho de las inmediaciones de su cuerpo y no se detuvo hasta que consiguió volver en sí. Entonces, alzó la cabeza, satisfecho, pues se había deshecho de toda esa vorágine de sensaciones que lo hacían perder el equilibrio. No más sentimientos, no más sensiblerías. Debía apartarlas de él si quería sobrevivir. Ya había cometido un grandioso error al introducirse en la falsa ambulancia para amparar a la vidente. El vehículo estaba repleto de símbolos contra demonios que le impedían huir de allí. No podía evaporarse y abandonar el cuerpo del universitario sin terminar chamuscado en una de esas runas antiguas que tanto adoraban usar los cazadores. Debía resistir allí, confinado y con unos grilletes, los cuales le imposibilitaban poder usar sus poderes.

Tenía que asumir su destino: estaba atrapado. Y se maldijo por lo estúpido que había sido. Janus iba a destriparlo hasta acabar también con el traje que tanto le costó adquirir, y de alguna manera volvió a sentir lástima por el chiquillo aterrorizado al que había poseído. Puede que esta vez sí que tuvieran que enterrarlo.

19

Llegada

Apretó los brazos contra el pecho para resguardarse de la molesta brisa del norte, frotándose los hombros para que no se helaran, mientras contemplaba inquieta el ocaso. Después, lanzó la mirada hacia el horizonte, esperando divisar una señal, unos faros en la lejanía que le devolvieran la esperanza. Y aunque eso no sucedió, no apartó los ojos de la carretera, la cual se desdibujaba con la llegada del crepúsculo y sucumbía a los encantos de las sombras. Sobrecogida, Sofía tiritaba desanimada, y comenzó a moverse en círculos en un vano intento por alejar el frío de su cuerpo.

Nadie había ido a recogerlos. Nadie.

—Deberías descansar un poco. Aquí fuera solo conseguirás coger una pulmonía —le sugirió Harry—. Tu pa... George ha conjurado el fuego, y tenemos unas llamas relucientes en la chimenea del antiguo comedor. Y yo he rebuscado entre las cajas que no pudimos llevarnos y he encontrado algunas mantas. Si alguien llega, los oiremos. Ahora es mejor resguardarnos.

Sofía asintió sin muchas ganas y permitió que Harry la acompañara hasta el comedor. Allí se sentó frente a la chimenea y se enroscó en un edredón polvoriento que le brindó su padre. No dijo nada. No quiso compartir sus temores en voz alta. Pues si lo hacía, admitiría la angustia que estaba padeciendo y en ese momento no había cabida para el abatimiento. No podía permitírselo, a pesar de que era consciente de que ignoraba el destino de Iris, la razón por la que Rafael no se había presentado en el monasterio y por qué Hugo no había cumplido su promesa. Todo iba mal, muy mal.

—Podéis dormir un poco. Yo haré el primer turno de vigilancia —se ofreció su padre.

—No tengo sueño.

—Sofía, ahora mismo no podemos hacer nada. Es de noche, no contamos con un vehículo y tampoco sabemos hacia dónde ir.

Ella lo miró con rostro serio.

—Puedo intentar repetir el conjuro de traslación.

George dio un respingo ante la osadía de su hija. Tras calmar sus nervios, negó con la cabeza.

—No, no vas a hacerlo. Primero porque no tenemos ni idea de

dónde pueden encontrarse tus amigos y porque no puede conjurarse a lo loco esa clase de hechizos. Y segundo, y lo más importante, es que podrías terminar de romper el sello y tus poderes volverían a descontrolarse.

Desesperado, buscó apoyo en los ojos de Harry, quien asintió.

—Podrías morir —intervino el inglés.

Sofía refunfuñó y clavó su intensa mirada en el rostro afectado de su padre.

—¿Y por qué no lo intentas tú? Se supone que eres uno de los mejores brujos del mundo. No sé a qué estás esperando. Podrías chasquear los dedos y hacer que una tormenta inundase el cuartel de esos idiotas.

George resopló fatigado.

—La magia tiene leyes, y hay que respetarlas. No puedes romper el equilibrio de la naturaleza sin su permiso, no puedes atacar a otros seres humanos desprovistos de don sin sufrir las consecuencias. Y Jaime se rodea de gente inocente que ha cometido el error de depositar su confianza en él. Nuestros gremios se crearon para mantener el contrapeso de la balanza frente a las fuerzas oscuras. Nosotros matamos monstruos, no personas. Para eso ya existen las leyes humanas. —El brujo se frotó la barbilla, deseando que sus argumentos disuadieran a su hija de cometer una imprudencia—. Y, además, yo no puedo hacer conjuros de espacio. Ese don lo heredaste de tu madre.

—¿Y qué puedes hacer tú, aparte de encender chimeneas?

Sus ojos azules la miraron con compasión. Su hija lo desafiaba continuamente, y con toda probabilidad habría aceptado el duelo si las palabras las hubiese pronunciado otro. Sin embargo, se trataba de Sofía, de su hija, y estaba aprendiendo a marchas forzadas que con ella debía cultivar más la paciencia.

—Eso no viene al caso ahora. Es mejor que descanses y no malgastes energías.

Ella contuvo un bufido y se recostó en el suelo de mala gana. Casi de inmediato, escuchó los ronquidos de Harry, y aunque trató de mantenerse despierta, el agotamiento que padecía después de haber invocado a la tierra la empujaba a cerrar los ojos. El vaivén de las llamas de la chimenea tampoco ayudaba. Funcionaba como el péndulo de los hipnotistas, balanceándose de izquierda a derecha sin parar. Y olvidó que se encontraba echada sobre el pavimento de un viejo monasterio y que los aullidos que los asaltaban de vez en cuando eran provocados por algunos lobos solitarios. Poco a poco, sus párpados cedieron, apartando el miedo que constreñía sus huesos.

Al principio, sus sueños la hicieron rememorar momentos de su infancia vividos con su abuela María. Ella saltaba los charcos después

de que un inmenso aguacero hubiera descargado su furia en el pueblo donde solía pasar los veranos y algunos fines de semana. Sofía se divertía estrenando sus relucientes botas amarillas y llenándolas de barro. Su abuela no le reprobaba su conducta como sí lo habría hecho su madre, sino que la animaba a enterrar sus pies para luego salpicar todo lo que se encontraba a su alrededor.

De repente, atisbó la figura de una mujer que se aproximaba con un chubasquero rojo hacia ella, con paso muy lento. Parecía que flotaba entre los charcos, pues los superaba sin mojarse apenas. Sofía la miró con sus enormes ojos curiosos mientras avisaba a su abuela de la llegada de la visitante. Sin embargo, su abuela permanecía estática. Inmóvil como una estatua. Sofía corrió hacia ella y tiró de su vestido para hacerla reaccionar. Al comprobar que María continuaba con los labios estirados hasta las mejillas, sin parpadear y con las manos en la cintura sin mostrar un ápice de fatiga en su semblante, retrocedió unos pasos y volvió la vista hacia la mujer, que se acuclillaba ante ella.

—*¿Quién eres? ¿Qué le pasa a mi abuela? ¿Por qué no se mueve?*

—*Sofía, soy yo* —se presentó mientras se retiraba la capucha—. *Edith, la madre de Iris. No me ha quedado más remedio que contactar contigo de esta manera, a través de tus sueños.*

—*Yo no la conozco.*

—*Sí, me conoces. Aunque todavía eres muy pequeña, lo harás en el futuro. Por eso te digo que no debes tener miedo de mí* —le aseguró mientras le retiraba un mechón de la frente y se lo colocaba detrás de la oreja—. *Escúchame bien: tienen a Iris, y a ese demonio amigo vuestro también. No tienes que entender el mensaje ahora, solo recordarlo cuando despiertes. Llama al padre Carlos, llama al padre Carlos…*

La extraña mujer se desvaneció como una fina neblina que se disuelve al soplar el viento y ella se quedó allí plantada, sin saber muy bien qué hacer.

—*Sofía, será mejor que entremos en casa. Se ha levantado viento.*

Perpleja, observó a su abuela, quien volvía a moverse con toda naturalidad y la cogía de la mano.

—*Abuela, ¿has visto a esa mujer tan rara?*

—*¿Ya estás otra vez jugando con tus amigos imaginarios?*

Ella volvió la vista atrás, para comprobar que la mujer con el chubasquero rojo había desaparecido por completo. No había rastro de ella, y pensó que su abuela tenía razón: que debía ser otra de sus fantasiosas conversaciones con personas que no existían en realidad.

Tras ese sueño, cambió de postura en el suelo, lamentándose de que los mosaicos de piedra no fueran tan cómodos como el heno de un establo o como el lecho andrajoso que había usado durante su estancia en el monasterio. Entonces, percibió el calor procedente de la

chimenea, enroscó aún más su cuerpo para no dejarlo escapar y volvió a sumirse en un sencillo sueño.

Esta vez caminaba sobre un muro de un edificio abandonado a las afueras del pueblo de sus abuelos. Ya no era una niña, sino una curiosa preadolescente a quien le gustaba merodear por la vieja fábrica de ladrillos. Le encantaba pasar los veranos alejada del bullicio de la ciudad, y aunque no contaba con muchos amigos allí, disfrutaba de los encantos de la villa como una aldeana más y ayudaba a su abuelo Pedro y a su abuela María a recoger las almendras sobre finales del mes de agosto, para luego llevarlas al mercadillo del pueblo la primera semana de septiembre.

Bufó al perder el equilibrio y comprobar que unas cuantas piedras caían al suelo rompiendo las ramas secas de un matojo deforme. Aun así, continuó su aventura sin percatarse de que al final de la pared rota se encontraba una mujer aguardando su llegada. Cuando advirtió su presencia, bajó los brazos y se detuvo. Dudó entre saltar y depositar sus pies en el suelo firme o continuar allí, sobre el muro derruido.

—*¿Quién es usted?*

—*Sofía, soy yo. Escúchame, necesito saber dónde estás.*

—*Hace mucho tiempo que dejé de jugar con amigos imaginarios. Me traían muchos problemas* —le aseguró con recelo—. *Así que no quiero saber nada del escondite, ni de adivinanzas, ni de rollos infantiles.*

La mujer esbozó una tierna sonrisa y sus mejillas algo pálidas recobraron el color de la vida.

—*¡Has crecido tan rápido!* —exclamó, acercándose aún más a ella—. *Siento tanto haberme perdido tantas cosas, que a veces la culpa no me deja conciliar el sueño. ¡Eres tan bonita!*

Con el ceño fruncido, Sofía retrocedió mostrando su desconfianza. Sus padres le habían prohibido entablar conversación alguna con desconocidos, sobre todo después de que un día en el supermercado un hombre se acercara a ella cuando contemplaba maravillada la cantidad de galletas de chocolate que había en el estante y le dijera que tenía dos luces en sus ojos, dos luces que no podían permanecer ocultas en el mundo. Su padre, quien la había perdido de vista unos segundos, se enfadó muchísimo con el hombre, y tuvo que intervenir el gerente del supermercado. Y ahora, aunque aquella mujer le resultaba familiar, por muchos esfuerzos que hizo, no recordaba haberla visto antes en el pueblo.

—*Lo siento, no puedo hablar con usted. Tengo que irme a casa.*

—*Sofía, estás inmersa en un sueño muy profundo. Has viajado atrás en el tiempo, a una época donde te sentías segura, pero ya no eres una niña de doce años. Eres una bruja, ¿recuerdas?*

—*Señora, no la conozco. Yo no soy ninguna bruja, no soy mala persona y está asustándome.*

Saltó el muro sin apartar la vista de la mujer y echó a correr en cuanto pudo. Divisó los almendros que rodeaban la casa de sus abuelos y gritó para pedir auxilio. Sin embargo, sus cuerdas vocales no emitieron sonido alguno. Había perdido la voz. Y aunque continuaba esforzándose para chillar y hacerse oír, no conseguía que de su garganta naciera una mísera exclamación. Alarmada, corrió con más ganas. Su cuerpo sí que respondía a su urgencia: los músculos se estiraban y se contraían a un ritmo vertiginoso, y no iba a frenar, no podía detenerse. Entonces, cayó en la cuenta de que la casa parecía estar cada vez más lejos y que le faltaban metros y metros gigantes para llegar hasta ella. Paró en seco, y de rodillas cayó al suelo, desesperada. Desde allí, con las uñas enterradas en la tierra, atisbó los zapatos blancos de la enigmática mujer, quien se aproximaba de nuevo a ella. Alzó la barbilla y la miró compungida.

—*¿Qué quiere de mí?*

—*Que recuerdes* —le dijo a la vez que le tocaba la frente con el dedo índice.

Sofía se mareó, y un sinfín de imágenes desfilaron por su mente: la Sombra del hotel, la huida en coche, su acogida en el monasterio, el demonio en la nieve, su derrota en el aparcamiento, el remolino de tierra envolviendo el coche de Iris, la grieta, sus amigos, el vínculo, Oriol, Hugo…, su verdadero padre.

—*¡Mamá! ¡Eres tú!*

Ella asintió, inclinando la cabeza hacia la derecha.

—*Tu padre está impidiéndoles a todos que te localicen. Muéstrame dónde estás.*

Se despertó con brusquedad. Con una sensación de ahogo que le impedía una respiración normal, incorporó medio cuerpo. Comenzó a toser y se llevó una mano a la garganta. Enseguida, Harry acudió con un vaso de agua mientras su padre la tomaba de las manos y le indicaba que mirase el techo. Poco a poco, recuperó el aliento y tuvo las fuerzas suficientes para levantarse. Bebió el agua que le había brindado Harry sin preocuparse de dónde la había obtenido, caminó por el comedor sin alejarse demasiado de la chimenea y después fulminó a George con la mirada.

—¿Cuándo ibas a decirme que habías lanzado un hechizo para que no rastrearan nuestros pasos?

—Era lo lógico —se justificó él, encogiéndose de hombros—. Jaime trabaja con brujos y videntes, y en cuanto esos cazadores fueron a buscarte a casa, pensé que era lo mejor. Tenemos que bloquear a los enemigos.

—Sí, pero así también consigues que los nuestros estén a ciegas —bufó ansiosa—. Ya hice ese hechizo una vez, y conseguí que el demonio fuera a por mi familia, ¿sabes? —Se enderezó, y después

arrugó la frente, pensativa—. ¿Es por eso por lo que Janus se introdujo en la mente de Iris? ¿Porque sus videntes no lograban localizarnos? —George torció el gesto y evitó enfrentarse a su mirada —. Por eso no querías que usara ningún hechizo, porque Janus podría rastrear mi magia —continuó, maravillándose de sus propias conclusiones—. No es que mis poderes puedan causar un desastre nuclear o que yo pueda implosionar; eso no es lo más importante... ¡Tú no querías que nadie me encontrase!

—No es tan sencillo —se defendió él.

Harry terminó de beberse el agua que ella había dejado en el vaso como si fuera un trago de *whiskey* y luego hizo algunas gárgaras con ella.

—Creo que tengo la laringe algo afectada por el frío que he cogido al caminar varios kilómetros sin la ropa adecuada para llegar hasta aquí —se excusó—. Podéis seguir hablando. Yo... buscaré más agua.

George miró por el rabillo del ojo cómo el inglés se servía otro vaso de agua de una botella, la cual permanecía guardada en una despensa casi vacía. Después arqueó las cejas y se enfrentó a las acusaciones de su hija:

—Intento protegerte.

—Eso ya lo he oído antes. —Sofía se cruzó de brazos y golpeó varias veces el pavimento con la punta de sus botas.

Entonces, su padre frunció el ceño, pensativo, y tras reflexionar sobre la pequeña discusión que estaba teniendo con su hija, se centró en la primera pregunta que le había formulado:

—Explícame algo... ¿Cómo supiste que había lanzado ese hechizo? Perdóname si te subestimo, pero no estás en condiciones ni de oler tu propio perfume.

Ella bajó la cabeza, enterrando su mirada en el suelo.

—Yo sí me había percatado —apuntó Harry—. Estaré en baja forma, pero la magia huele, o al menos los brujos podemos olfatearla.

George ignoró el comentario del maestro de su hija e instó a Sofía a que respondiera. Ella titubeó un instante, para después lanzar un prolongado resoplido.

—Me lo ha dicho mi madre. En sueños.

Su padre dio un respingo y no ocultó su asombro al preguntarle:

—¿Se ha puesto en contacto contigo arrastrándote a un astral? Me aseguré también de instalar un cerrojo a esa posibilidad.

—No ha sido un astral. Se ha metido en mis recuerdos —le explicó ella.

—¡La buena de Samantha! Siempre encuentra un subterfugio. ¿Y qué es lo que quería?

—Saber dónde estamos —le respondió ella sin más.

George llevó la cabeza hacia atrás y después la elevó despacio,

colocándose las manos entrelazadas tras la nuca.

—Debí también cerciorarme de que nadie entrara en ellos. ¡Maldita sea! Janus podría hacer lo mismo.

—No puede sin la llave de los brujos —le recordó Harry, quien, acalorado, se desprendía de su chaqueta y luchaba para relajar el nudo de su corbata.

—Lo que me recuerda que no fue la única —confesó Sofía, abriendo los ojos—. ¡Edith! ¡Dios mío! Tengo que llamar al padre Carlos... ¡Han capturado a Iris! Pero necesitamos un teléfono —dijo apurada—. En cuanto amanezca, bajaré al pueblo. Desde allí podré llamarlo.

—¿Quién es el padre Carlos? —le preguntó mientras observaba cómo ella divagaba, absorta en sus propias conclusiones.

—Edith no es una bruja —farfulló Harry—. Es una vidente increíble. Y de alguna manera entabló algún tipo de conexión con Sofía cuando ambas fueron atacadas por la Sombra. Sí, eso debió ser. Si no, no me explicó cómo ella también ha sorteado tu hechizo. Es eso o tu conjuro ha resultado ser una mierda.

George lo miró como si estuviera perdiendo la cabeza. Lo sujetó por un brazo y lo apartó de su hija, llevándolo a la esquina contraria de la estancia.

—¿Y a ti qué te ocurre? —le preguntó entre dientes.

—Puede que me haya afectado un poquito el ron que me tomado después de nuestra charla. No estoy en mi mejor momento. Encontré una botella en una gaveta de un escritorio... por allí —le explicó, señalando uno de los pasillos—. No estoy acostumbrado a beber. Una copa ya me da migraña. La segunda puede soltarme la lengua. Y la tercera es terrible. ¡Podría bailar la conga en calzoncillos!

—Procura despejarte un poco. Tenemos que prepararnos para una llegada inminente.

El inglés arrugó la frente y, de pronto, sus ojos se iluminaron como dos faros en la costa.

—¡Yo tengo un móvil! —exclamó victorioso a la vez que corría como un demente y lo extraía de su maletín.

—Harry..., ¿y por qué no lo has dicho antes? —Sofía se acercó a él y se lo arrebató de las manos.

—He vivido mucho entre cazadores, y he aprendido que cuando algo va mal, hay que apagarlo. Los monstruos no usan la tecnología, sin embargo, espíritus y demonios pueden aprovecharse de ella para hacerte llegar sus mensajitos. Además, no conozco a ningún cazador que no use uno de esos aparatitos de rastreo y... Me duele la cabeza. Creo que estoy mareándome un poquito.

Ambos lo ayudaron a sentarse, y en cuanto se sintió mejor y le sirvieron otro vaso de agua, Sofía abandonó la habitación en busca de

cobertura. Tenía que hablar con el padre Carlos; él le contaría qué demonios estaba pasando. George permaneció junto al inglés, quien se quitaba y se ponía las gafas una y otra vez, esperando que las lentes enfocaran mejor la estancia.

—¿Quién dices que viene? —le preguntó al brujo, sin reparar en su nerviosismo.

Sofía escuchó la voz del padre Carlos con alivio. Él conseguía transmitirle toda la calma que necesitaba en cada momento. Nunca hablaba de forma atropellada ni levantaba la voz sin razón, aunque se encontraran en una situación delicada. Prestó atención a todo lo que estaba diciéndole: Rafael no había podido llegar hasta el monasterio, se había percatado de que lo seguían y estaba ocupándose del asunto; Simón había llamado a Edith para informarlos de que habían sido capturados; además, contaban con una testigo que les había revelado los cuatro parajes posibles para el ritual que se celebraría en el equinoccio de primavera, y Edith estaba invirtiendo todas sus energías en localizar el lugar, pues allí encontrarían a Iris.

Ella tragó saliva para intentar digerir mejor todas las malas noticias que el sacerdote le enumeraba mientras él dejaba escapar una risita nerviosa.

—Me alegro de que estés con Harry y estéis bien. En cuanto Rafael pueda, irá a por vosotros.

—Tengo que ir a buscar a Iris.

—Sofía, eres una llave, así que es mejor que permanezcas en el monasterio, oculta. No podemos permitirnos que te atrapen también a ti. —Ella no quiso pensar en el destino que correría Simón. Estaría desesperado y puede que incluso asustado, a pesar de tratarse de un demonio astuto y nada cobarde—. Mi niña, también Rafael está preocupado por sus hijos. Ahora mismo no puede comunicarse con ellos.

—¿Qué pasa con ellos?

—Janus quiere darles un ejemplo a todos los demonios usando a Oriol, y Hugo ha salido en su ayuda. —Sofía se desmoronó. Se sentó en la escalera de la puerta principal y enterró la cabeza entre sus rodillas—. ¿Me escuchas? Si alguno de ellos te escribe, por favor, házmelo saber.

—Sí, claro —musitó, dejando escapar un suspiro angustioso.

Antes de regresar al comedor, prefirió permanecer unos minutos a solas, sentada en los fríos escalones de la entrada. No solo debía preocuparse por la suerte que había corrido su amiga Iris y Simón, sino también rezar para que Oriol y Hugo se encontrasen bien. Le

envió un mensaje al cazador con la esperanza de que le respondiera pronto, aunque era consciente de que era de madrugada y quizá estaba durmiendo, o conduciendo como un loco tratando de esquivar las balas de los cazadores, las balas de sus propios compañeros. Después, buscó el número de Oriol en el teléfono de Harry y le preguntó si todo iba bien. Se quedó un instante contemplando la escueta frase, y antes de enviarla, la borró. Se arrepintió de su comportamiento infantil y trató de elaborar otra frase más personal, no tan distante y fría. Sentía que le había fallado al medio demonio, se culpaba por apartarlo de su vida, a pesar de que fue él quien decidió marcharse. Y tenía miedo. Miedo porque no sabría qué decirle la primera vez que lo viera. Miedo porque ese astral lo había empujado a él, recordándole todos los sentimientos que se había negado a admitir. Miedo porque su espíritu conocía sus deseos más profundos y ella todavía era un barco a la deriva.

No podía permitirse dudar en un momento tan arriesgado, tenía que centrarse en el próximo paso a dar. Eso era lo importante. Su bruja la animaba a intervenir, a explorar de una vez por todas los límites que le habían impuesto sus padres. Su don brincaba en su interior, ansioso por dejarse ver. Advirtió una luz en su pecho, dorada como la estrella más brillante. La contempló absorta, deleitándose con su fuerza, y entonces comprendió que había llegado la hora de romper las barreras.

Elevó la barbilla, consciente de que una fuerza la empujaba a actuar. Y entonces lo vio. Un destello plateado se movía entre las sombras, auspiciadas por la luz tenue de un incipiente amanecer. Poco a poco, el destello fue transformándose en una silueta esbelta y airosa, la cual, tras esquivar algunos matorrales, avanzaba hacia ella, decidida.

Sofia se levantó para recibirla y sonrió al verla de cerca.

Su madre había llegado.

20

Bianca

Después de la irrupción de Bianca en la habitación, los cazadores no pudieron pegar ojo. La tirantez que la joven provocaba en ellos había transformado la habitación en una jaula de dimensiones insignificantes, de espacio reducido y con barrotes opresores, demasiado cargante para tres animales acostumbrados a vivir según sus propias leyes. Oriol trataba de disimular su incomodidad centrándose en su herida, aunque esta ya había sanado por completo, mientras que Hugo bufaba continuamente, liberando así la tensión que su presencia le suscitaba. En cambio, ella se movía como una gacela libre por la estancia, sin ataduras, sin cuentas que rendir a nadie, y esa actitud empeoraba aún más la delicada relación de los hermanos.

Y aunque a Oriol no le quedó más remedio que contarle la verdad a Hugo sobre la intervención de su tío Gabriel y de Bianca en la casa donde casi fue apresado, a este no le convencían sus argumentos. Lo escuchó sin abrir la boca, sin exteriorizar todo el enojo que estaba encendiendo no solo sus orejas, sino tensando cada músculo de su cuerpo, por muy pequeño que fuera. Y no quiso objetar nada ante ella. Su aparición lo había trastornado, tanto que, aunque evitaba no mirarla, le resultaba imposible no quedar atrapado en sus ojos negros. Cautivadores. Felinos.

Así aguardaron con impaciencia el arribo del amanecer entre resoplidos y algún carraspeo embarazoso. Oriol prefirió sentarse en la cama para no retrasar la cicatrización de su herida, ya que no quería fastidiarla ahora, cuando percibía las últimas puntadas de su sanación. Hugo optó por la silla y la trasladó cerca de la ventana, pues desde allí podría continuar con su vigilancia, aun sabiendo que Bianca, recostada en su cama, estaba perforándole la espalda con su mirada inquisitiva. Él prefirió ignorarla, a sabiendas de que esa conducta exasperaba los ánimos de la joven.

Bianca era una tigresa. Se contoneaba con elegancia, halagaba a sus presas con algún rugido cautivador y las seducía con sus largos colmillos antes de hincarles el diente. Nunca le importó su objetivo, ya fueran hombres maduros, jóvenes incautos, casados enamorados, comprometidos desesperados, casanovas empedernidos o adolescentes con las hormonas desbocadas, siempre y cuando satisficieran su

apetito voraz de posesión y le rindieran pleitesía; no para toda la eternidad, sino en el momento en el que ella se convertía en la dueña absoluta de sus almas. No pedía nada más. Ni fidelidad ni añoranza, solo deseo.

Cuando un tímido halo de claridad borró todas las sombras de la habitación, la joven decidió que era una hora magnífica para darse una ducha antes de proseguir. Ninguno de los dos dijo nada, y esperaron a que ella cerrara la puerta del baño para enzarzarse en un baño de reproches.

—No va a venir con nosotros. La dejamos aquí —sentenció Hugo antes de que su hermano pudiera argumentar lo contrario.

—No creo que se lo tome bien.

—Me da igual cómo se lo tome. No debiste llamarlos a ellos.

—¿Y a quién, según tú, debía llamar? ¡Estaba solo!

—Podrías haberme llamado a mí. Yo... habría venido desde Inglaterra —titubeó antes de proseguir—: Nunca a Gabriel. Abandonó a la familia y renegó de ser un cazador.

—Por ese motivo lo llamé. Nadie sospecharía. Imaginé que ni siquiera lo tenían vigilado, y así fue. Gracias a él, estoy aquí.

—¿Qué va a pensar Rafael de todo esto? —le espetó entre dientes—. Ni siquiera es capaz de nombrar a su hermano. Para él ha dejado de existir.

—¿Desde cuándo te preocupa lo que piensa papá? —Oriol arqueó las cejas y observó cómo su hermano torcía el gesto—. Eres tú el que no soporta que Bianca esté aquí. No debería alterarte tanto. Si conoces su juego, no tienes nada que temer.

Hugo refunfuñó, introdujo las manos en sus bolsillos para ocultar su nerviosismo y bajó el volumen de su voz para no alertar a la muchacha:

—Bianca es veneno. Es una serpiente manipuladora con más labia que sentimientos. ¿O acaso te olvidas de que se ha convertido en una mercenaria? Ella no trabaja si no recibe nada a cambio. ¿Qué es lo que quiere? ¿Qué te ha pedido?

—¡Nada! No quiere nada.... Y tal vez sea eso lo que necesitamos ahora. Es una guerrera. No va a pensárselo dos veces antes de arrancarle la cabeza a Janus y a todo su séquito.

—¡Está loca! Y a ti no te reconozco, siempre has sido el más sensato de los dos. ¿Bianca? ¿Es que te olvidas de lo que es capaz? ¿De lo que me hizo?

Oriol inspiró despacio y mantuvo el aire en su pecho antes de liberarlo de forma rápida.

—Estamos perdiendo esta guerra, y soy realista. A mí tampoco me gusta un pelo que ande metiéndose en nuestros asuntos y creando mal ambiente, pero ella en sí misma es un arma letal. Y tú sabes que es

buena. Respecto al pasado, eras un crío que se dejó deslumbrar por su belleza y su verborrea insana. Todos lo hicimos. Solo que tú te enamoraste hasta las trancas de ella, como el tío Gabi. Tú lo has superado, él no —confesó, arrugando los labios y transmitiendo su pesar.

Hugo bufó y desvió la mirada hacia la ventana. No quería rememorar esa época. Estaba mejor enterrada y con la lápida bien colocada, sin fisuras en el mármol ni tierra escarbada en los alrededores aguardando iluso a que una flor brotara de ella.

—Fui un niñato estúpido que creyó en sus promesas, y ya está. No voy a hablar más del asunto. No podemos fiarnos de ella, y lo sabes. Es una veleta, toma sus decisiones según sople el viento y como mejor le convenga. —Arrugó el rostro, enfadado—. Está en juego la seguridad de Sofía..., del mundo entero si Janus consigue arrancarle la llave. ¡Ella no viene!

La puerta del baño se abrió y Bianca apareció con una toalla enrollada en su cuerpo, demasiado ajustada para no advertir la forma redondeada de sus senos. Sonrió, dejando ver su hipnótica dentadura a la vez que recorría la habitación con cierto descaro en busca de su mochila.

—Me la he dejado aquí fuera —se excusó mientras se agachaba a recogerla del suelo sin ningún pudor—. Chicos, debéis saber que las paredes de este antro no están insonorizadas, y aunque la puerta esté cerrada y el agua se esmere en recorrer mi piel, os he escuchado.

Hugo se cruzó de brazos e ignoró su provocación.

—¿Cómo diste con nosotros?

—Ya deberías saber que soy la mejor. A mí nadie se me escapa —le respondió con frivolidad.

—¿Seguro que la familia está bien? —Oriol aprovechó que la cazadora parecía contestar con sinceridad para verificar que no debía preocuparse por ellos e ir a su encuentro.

—Me hieres al dudarlo —fingió estar molesta, llevándose la mano al pecho—. Los he dejado en mi búnker particular repleto de comida y de todas las comodidades posibles. Ese que me he construido a base de golpe de talonario y de enviar algunos espíritus de vuelta al Limbo. Así que no debéis preocuparos, allí nadie los buscará. Convencí a Gabi de que se convirtiera en su guardaespaldas mientras yo me aseguraba de que no te habían apresado. Sabes que él lleva fuera de combate unos años, y aunque insistió en venir, le dije que era mejor que dejara esto en manos de una profesional. ¿Alguna pregunta más, o puedo vestirme?

—Haz lo que te dé la gana. Yo voy a buscar el desayuno —anunció Hugo, mostrando su irritación y corroborándolo con el portazo posterior.

Bianca se quedó unos segundos plantada observando el pomo de la puerta, quizá esperando que el cazador cambiara de opinión, puede que asombrada porque no estaba consiguiendo la atención que ella deseaba por parte de Hugo. A Oriol le daba igual. Tenía un sinfín de cosas en las que pensar antes de ponerse en marcha. Encendió el móvil y aguardó unos minutos para comprobar si le entraba algún mensaje, ya que lo había apagado en cuanto Bianca se había presentado por sorpresa. Si ella había podido, cualquiera podría hacerlo, aunque debía admitir que muchos carecían de las habilidades espectaculares de la joven a la hora de rastrear una presa. Ella sí que era una digna competidora si alguna vez decidiera enfrentarse a él. No utilizaba artilugios tecnológicos, sino su instinto. Era observadora, paciente y mortal. Incluso hubo una época en la que Oriol llegó a pensar que tal vez también tuviera una bestia en su interior y que la joven fuera en realidad medio demonio.

Arqueó las cejas al verificar que tenía un mensaje de Harry, sin embargo, antes de poder abrirlo y leerlo, la cazadora se sentó junto a él, con el semblante confuso y sin muchas prisas por vestirse. Él volvió a apagar el móvil antes de que ella pudiera husmear en él.

—¿Quién es Sofía? —Lo torpedeó con sus dos pupilas engrandecidas y con una alarmante chispa de curiosidad—. Creo que la familia que tanto aprecias la nombró un par de veces de camino a Bilbao. Imaginé que era su hija, pero no quise profundizar en el tema, ya que no parecía relevante.

—¿Y ahora sí? —Oriol hizo ademán de levantarse, pero ella lo detuvo apoyando la mano en su muslo. Él se echó a reír por su atrevimiento y decidió zanjar el tema de inmediato—: Es una bruja que desconocía que lo era hasta hace poco. Nuestros enemigos la quieren... Creo que esto ya os lo conté en Somiedo, y que ese Janus es un demente que quiere alcanzar la gloria matando a inocentes. Sofía es una de las llaves que necesita.

Ella frunció los labios y asintió de forma autómata. Después cruzó las piernas y se acercó aún más a él.

—Sí, creo que esa parte la conozco. Pero ¿qué interés tiene Hugo en ella?

Oriol bajó la cabeza y trató de contener un suspiro incómodo, el cual terminó estrellándose en el rostro de la cazadora.

—¡Oh, tú también! —exclamó sorprendida—. Los dos estáis coladitos por ella.

Molesto, se revolvió en el colchón, retiró la mano de su muslo con suavidad y la miró con condescendencia.

—Es algo más complicado...

—¿Más complicado que dos hermanos y una sola mujer?

Ella le agarró el mentón y tiró de él hasta conseguir rozar sus

labios. Oriol percibió su deseo, lo olía, casi podía palparlo con su boca. Bianca era un animal indomable, una felina con la que muchos soñaban, y sus feromonas brincaban desatadas, aguardando a que él respondiera a ese beso. Sin embargo, él había aprendido a dominarlas, a hacerlas retroceder y encarcelarlas en la lámpara del genio. Bianca debió percibirlas; era imposible no hacerlo cuando se ponían en marcha. Y ella era pura dinamita, siempre dispuesta a no desaprovechar una oportunidad, surgiera donde surgiera mientras su víctima lo atrajese, hasta tal punto de hacer resbalar la toalla por su cuerpo.

—Bianca, será mejor que te cubras. Este asunto no te interesa. Y quiero que sepas que si convenzo a Hugo para que vengas, no es para que revolotees alrededor de él, y ni de lejos sobre mí. Gabriel ya me explicó que mantenéis una especie de relación abierta, y si te soy sincero, no me gusta cómo tratas a mi tío, pero ni se te ocurra fantasear con que puedes arrastrarme a tu caos emocional.

—Vaya, me extraña que tu bestia no quiera salir a jugar. ¿Qué le has hecho?

Oriol se levantó, dándole la espalda, y ella envolvió de nuevo sus senos con la toalla, algo irritada aunque sin ningún rastro de vergüenza en su rostro. Pocas cosas llegaban a sonrojarla o a incomodarla, y aunque no estaba acostumbrada al rechazo, alguno que otro había recibido. Rebuscó en su mochila con dignidad y se vistió delante de él para demostrarle que no existía ni un ápice de remordimiento en su piel e invitarlo a entrar en su morada cuando estuviera más despejado.

Oriol, sin prestarle mucho asunto, volvió a guardar el móvil, olvidando que había recibido un mensaje del inglés. Con Bianca, todo podía ser imprevisible y demasiado arriesgado, y pensó que tal vez a su hermano no le faltaba razón: ella solo complicaría la situación en la que se encontraban.

Minutos después, la cazadora abandonó la habitación sin pronunciar palabra alguna. Con ella, las frases sobraban. Él aseguró el frágil cerrojo de la puerta y se metió en la ducha, ya más relajado, con la confianza suficiente de que Bianca no regresaría en un buen rato ni insistiría en meterse en el agua con él.

Sentado en la barra, Hugo saboreaba su tercer café bien cargado de la mañana. Necesitaba despejarse, y aunque muchos habrían ahogado sus penas camuflándolas con un trago de alcohol, él prefería mantenerse despierto a base de chupitos de cafeína. Soltó la taza, colocándola junto a las otras dos, y llamó al camarero para pedir un cuarto café. Mientras se lo servía, examinó las cinco mesas adornadas con una jarra llena de flores silvestres sobre un mantel de cuadros escoceses, las cuales componían ese bar de carretera, y uno a uno fue

analizando la clientela de ese día. Exceptuando a algunos huéspedes del hostal, la mayoría eran camioneros dispuestos a atravesar las líneas fronterizas de las comunidades autónomas o incluso de Francia o Portugal, para transportar su carga y entregarla en su destino. No había nadie que le resultara sospechoso, y por eso se había sentado en uno de los altos taburetes de la barra, a sabiendas de que de vez en cuando debía girarse para escrutar al nuevo camionero que se adentraba en él.

La cafetería gozaba de un aparcamiento apropiado para esa clase de vehículos, y muchos hacían un alto en su ruta para disfrutar de la especialidad de la casa: un bocadillo de serrano, con queso semicurado, tomate y salsa de berros. Todo un lujo para un establecimiento de carretera, aunque él prefirió decantarse por un bollo grasiento repleto de crema pastelera.

Resopló al detectar que una nueva clienta decidía perturbarlo en su recién estrenado taburete. Bianca se acercaba a él con una sonrisa de oreja a oreja mientras recibía los piropos de algunos exaltados. Ocupó el asiento contiguo a él, y satisfecha por su entrada triunfal, le arrebató el bollo de las manos para propinarle un buen mordisco.

—Pensé que ibas a traer el desayuno. —Les echó un vistazo a las tazas vacías y lo encañonó con la mirada—. ¿No es muy temprano para atiborrarte a dulces y cafés?

—Nunca es demasiado temprano.

—Una birra, por favor —le pidió ella al camarero.

—¡Qué atrevida! —se burló él—. Y a estómago vacío. Así, si te encuentras mal de repente, podré dejarte tirada en una cuneta para que te coman los buitres.

—Voy a ir con vosotros —soltó con semblante severo.

—Eso lo decido yo. Y tres son multitud.

Ella improvisó una coleta con su esponjosa melena morena y apoyó medio cuerpo en la barra para que el cazador se viera obligado a mirarla y dejar de esquivar su rostro cada vez que se acercaba más a él.

—¿Qué le ha pasado al lindo muchacho tan inocente y puro que una vez conocí?

—Que se topó contigo y maduró. —Esta vez, Hugo se atrevió a aguantarle la mirada. Lo hizo sin complejos, sin temores.

—Eras un crío impresionable, siempre arrastrado por tu padre de un lado para otro y sin poder conocer a una mujer de verdad. Las niñas de instituto pasaban de ti, preferían a tu hermano, el rey de las feromonas, y a ti no te importaba, porque ninguna conseguía hacerte enmudecer. De alguna manera, te rescaté de tu vida patética llena de espíritus violentos y monstruos detestables. Siempre has sido más consciente que tu hermano de todo a lo que debías renunciar para

concentrarte en esta vida. De forma casi automática, buscaste a una cazadora pura, como lo fue tu madre, para así continuar perpetuando nuestra especie.

Hugo la acribilló con sus ojos esmeralda.

—No metas a mi madre en esto. Ella no tiene nada que ver contigo. Tú fuiste un error, un tachón imborrable en mis recuerdos. Me utilizaste para darle celos a Gabriel cuando creíste que él empezaba a centrarse más en los asuntos familiares y en atender las órdenes de Rafael. No soy estúpido.

Sin apenas hacer ningún movimiento más que una ligera inclinación hacia adelante, Bianca entornó los párpados antes de proseguir:

—Te equivocas. Yo te amé, pero sabía que lo nuestro no tenía futuro. Eras un muchacho lleno de inseguridades que solo quería el cariño de su padre. Gabriel había dejado de aspirar a eso hacía ya tiempo. Tú necesitabas que una mujer te recordara quién eras, y eso hice yo por ti, aunque no pude darte todo lo que ansiabas. Has imaginado muchas veces tropezarte con esa cazadora de raíces puras y afianzar tu destino, y yo corro libre con el viento. —Se echó hacia atrás y apartó su improvisada coleta de su pecho—. ¿O ha cambiado algo desde entonces?

El cazador frunció el ceño, receloso.

—Dime, ¿por qué estamos hablando de esto? ¿Qué es lo que quieres?

—¿Cómo has pasado de pensar en la pureza de la sangre a desear a una bruja inexperta? ¿Qué tiene ella de especial?

Hugo abrió los ojos hasta imaginar que sus pestañas se habían fundido con la piel de su frente. Después, tragó saliva y deslizó la lengua por sus dientes como si quisiera apartar las impurezas de ellos.

—¿Quién te lo ha contado? ¿Oriol? —trató de restarle importancia.

—¡No, por favor! Tu hermano es incluso más reservado que tú.

Él asintió de forma maliciosa.

—Así que tu interés en la misión ha pasado de despedazar a unos cuantos traidores a descubrir quién es Sofía. ¿Por qué? ¿Por qué, Bianca?

—Venga ya, los hermanos Álvarez pillados por la misma chica. ¿Quién iba a decirlo? A ti te gustan las mujeres impulsivas, valientes y algo salvajes, mientras que Oriol las prefiere más observadoras, y si puede ser, mejor tímidas, así su bestia pasa desapercibida... Y puede que más mentales, ya me entiendes... Está tan harto de todas las personas que se exhiben ante él que prefiere que lo seduzcan acariciando su inteligencia. No tenéis los mismos gustos para nada.

Hugo soltó una carcajada y a punto estuvo de rociar la barra con el café de su boca.

—Te has quitado la toalla delante de él —concluyó a la vez que negaba con la cabeza, divertido—. Has cometido un error de novata. Él no funciona de forma tan visceral. ¿Acaso te habías olvidado de las veces que se ha esforzado en contener al animal que lleva dentro?

—Sí —admitió ella mientras le daba un sorbo a su jarra de cerveza —. Aunque no puedes negar que te habrías beneficiado de su arrebato con esa tal… Sofía.

Él hundió la barbilla en la barra y suspiró varias veces antes de encontrarse con fuerzas para encarar de nuevo a la cazadora:

—Puede que en esta *lucha*, yo tenga las de perder —admitió cabizbajo—. Soy yo el tercero en discordia, y tal vez sea ese mi destino: amar a las mujeres de otros.

—No seas tan dramático. No va contigo. —Se acercó a su oreja muy despacio—. No se lo cuentes a Oriol, pero, de los dos, tú siempre fuiste mi preferido —le susurró.

Unas risas cómplices relajaron el ambiente y Hugo apartó las tazas de café para descansar sus manos entrelazadas en la barra.

—Es una tontería. Cuando estoy cerca de ella, siento que nada ni nadie puede interponerse en nuestro camino, que compartimos el mismo vagón de tren y que nos da igual la estación a la que nos lleve. Sin embargo, cuando nos separan kilómetros de distancia, creo que el tren va a descarrilar en cualquier momento y que voy a morir en ese accidente —le confesó abatido—. Ni siquiera sé por qué estoy contándote esto… ¿Por qué has tenido que pronunciar su nombre?

Bianca volvió a su posición inicial, y mirando al frente jugueteó con la cerveza que le restaba en la jarra. La hacía girar en círculos, y mientras la espuma se oponía al movimiento intentando adherirse al vidrio, su centro dorado giraba como un torbellino imparable.

—Me gustaría que esta jarra fuera una bola de cristal y así poder vaticinarte un futuro espléndido, con minicazadores aprendiendo a disparar con su padre y una mujer digna de ti: valiente y entregada. Sin embargo, no lo es. Y yo tampoco soy vidente. Pero sí puedo decirte que, suceda lo que suceda, habrá un Hugo mejor. Yo fui injusta contigo, y eso hizo que te convirtieras en una persona justa y honrada. Así que estoy segura de que de esta experiencia saldrás reforzado, ya sea porque esa bruja se decida por ti o no. Eso no tendrá importancia. Si no es ella, será otra, muchas otras…, pero solo tendrás un hermano. Así que, pase lo que pase, no descuides tu relación con él.

Hugo estiró las comisuras de los labios y clavó la mirada en el aparcamiento.

—No eres tan mala persona —le dijo algo distraído.

—No lo digas por ahí, por favor. Tengo una reputación que mantener. —Bianca se giró en el taburete y siguió la trayectoria de sus ojos suspicaces—. ¿Qué pasa?

—Esas dos mujeres que acaban de llegar en el coche rojo…

Ella se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—No son cazadoras. Créeme, las olería desde aquí —afirmó segura —. No llevan armas ni caminan decididas, y tampoco tienen esa chispa en los ojos que las delataría si se dispusieran a cazar.

Hugo bajó del taburete despacio a la vez que lanzaba sobre la barra un billete de cincuenta euros y le guiñaba un ojo. Bianca miró recelosa el dinero y él asintió sin despegar el ojo de la cristalera.

—No, no lo son. Una de ellas es vidente, y la otra apostaría mi vida a que es bruja… Se han dado cuenta de que los cazadores poco pueden hacer ante Oriol y han enviado refuerzos —apuntó, señalando una furgoneta que maniobraba para aparcar mientras las mujeres se dirigían al hostal.

—Esos sí son cazadores.

Él sujetó a Bianca por los hombros con garra.

—Ve a por Oriol. Prométeme que vas a defenderlo con uñas y dientes.

—¿Y tú qué vas a hacer? —le preguntó temerosa.

—Voy a entretenerlos hasta que consigas sacar a mi hermano de aquí. —Se encaminó a la salida al tiempo que introducía una mano en su chaqueta y rozaba con sus dedos su navaja multiusos.

—No, no, no… ¡Hugo! —Ella corrió tras él y consiguió interceptarlo en la puerta—. No tienes nada con lo que defenderte. En el maletero de mi coche tengo toda clase de armas. Puedo llegar hasta él y ayudarte.

—¡No! Tú procura que esa bruja no se acerque a mi hermano.

Ella examinó su semblante imperturbable, tan rígido y tan formal que no tuvo más remedio que asentir con timidez. Y antes de que él rozara con sus dedos el manillar, sujetó su otra mano, se puso de puntillas y le plantó un beso en los labios. Un beso honesto, demasiado corto para contener todos sus sentimientos y demasiado intenso para tratarse de una despedida.

Él salió a la calle sin volver la vista atrás, convencido de que esta vez Bianca no le fallaría. Corrió hasta adelantar a las dos mujeres y con tono socarrón les pidió si tenían fuego, aunque él no tuviera ningún cigarrillo que encender. Después de todo, ellas no tardarían en descubrir que no era un hombre consumido por la nicotina, sino un cazador dispuesto a pararles los pies.

Aguantó el escrutinio de la bruja con una sonrisa tonta pegada a la cara mientras advertía cómo la transparencia de sus ojos marrones iba nublándose. De reojo, Hugo observó cómo Bianca se introducía en el hostal, y no dudó en aferrarse a su navaja, a sabiendas de que no le sería de gran utilidad.

—No queremos problemas contigo, cazador. Buscamos a un

demonio.

—Por aquí no hay ninguno —les aseguró—. Ya me he encargado yo de inspeccionar la zona.

—¿Y quién eres tú? —lo desafió la vidente—. Puedo palpar tu implicación personal en este asunto. Tu corazón late muy deprisa, y aunque tratas de mantener tu mente en blanco, presiento que un lazo de sangre te une a él.

Hugo chasqueó la lengua, fingiendo encontrarse sorprendido por descubrir su tapadera. Entonces, la vidente llamó a sus amigos cazadores y la bruja cerró la mano en un puño a la vez que despegaba los labios para pronunciar cualquier frase que, con mucha probabilidad, lo enviaría lejos de allí. Sin embargo, antes de que ella pudiera apuntar con su brazo al cielo, Hugo le asestó un tajo en la muñeca, lo suficientemente hondo para que ella emitiera un lamento y recogiera su mano de inmediato.

A continuación, noqueó a la vidente asestándole un golpe inesperado en la nariz, el cual la hizo trastabillar y caer sobre la gravilla, mientras compungida percibía el sabor metálico de la sangre impregnar sus labios. Arrugó la frente, contrariado por la suerte que había corrido la vidente, ya que no había pretendido golpearla tan fuerte.

—¡¿Ahora te dedicas a pegarle a las mujeres?! —lo increpó uno de los cazadores.

Al principio, no lo reconoció. Después, al desprenderse de la gorra que le cubría medio rostro, distinguió sus facciones cuadradas y sus ojos hundidos. ¡Alonso! El cazador al que habían ayudado a localizar a su sobrina cuando fue secuestrada por el demonio en el Monasterio de Piedra. ¡No podía creerlo!

—¿Qué haces tú aquí? Fuimos nosotros los que rescatamos a Pilar. Sabes de sobra que Janus es capaz de cualquier cosa con tal de conseguir lo que quiere.

—No te lo tomes como algo personal, chico —le dijo, encogiéndose de hombros—. Escuché la llamada y mi familia necesita una segunda oportunidad. Necesitan aceptar el don que ellos mismos negaron. Así evitaremos que ocurran más desgracias... Será mejor que nos entregues a tu hermano. De ti no queremos nada.

Hugo tragó saliva y reparó en que muchos clientes del bar los observaban a través de las ventanas y que algunos incluso habían salido al exterior para contemplar la pelea más de cerca.

—No es así como hacemos las cosas. Hay demasiado público.

—¿Y qué más da? —La bruja recobró la compostura y lo encaró con actitud desafiante—. Pronto Janus hará que todos nuestros dones sean visibles y que ya no tengamos que ocultarnos.

Hugo los miró a todos. Uno a uno. Habían perdido el norte, y era

evidente que sus siguientes palabras no iban a disuadirlos:

—Bien. Parto con clara desventaja —admitió, lanzando un resoplido—. Sin embargo, esta es la vida de un cazador. Ninguno abandona el cuadrilátero hasta que no salga con las piernas por delante.

Después de llamar varias veces a Oriol y no obtener respuesta, la cazadora tiró la puerta abajo de una patada y confirmó sus sospechas: la madera estaba podrida y cualquiera podría haberla derribado. Irrumpió como un vendaval en la estancia y descubrió al medio demonio con el torso desnudo, abrochándose los pantalones a la vez que la acribillaba con la mirada.

—¿Era necesario? —le reprochó, señalándole la puerta—. ¿No podías esperar, como todo el mundo?

—No tenemos tiempo que perder. —Bianca recogió su mochila y le lanzó la camiseta a Oriol—. ¡Vístete! Tenemos compañía. Nos vamos, y lo haremos por la ventana del baño.

Desconcertado, el cazador arrugó el rostro.

—¿De qué estás hablando? ¿Dónde está Hugo?

Oriol se apresuró y se acercó a la ventana, ocultándose detrás de la cortina. Entonces divisó a su hermano en el aparcamiento. Se defendía con los puños ante el ataque continuo de dos hombres, y no tardó en dilucidar que se trataba de dos cazadores y que las mujeres que los acompañaban eran una bruja y una vidente.

—Tenemos que ayudarlo.

—Y vamos a hacerlo —le dijo ella a la vez que tiraba de su brazo para que se apartara de la ventana—. Tengo el coche ahí detrás. Solo tenemos que llegar hasta él sin que nos vean y después cogerlos por sorpresa. Hay una bruja con ellos, y las armas de fuego no son suficientes contra ella. Sabes que puede desviar la trayectoria de las balas en menos de un segundo, por lo que podríamos provocar una catástrofe. Tengo algo en el maletero que podría servirnos, además de armas de todo tipo. Tienes que confiar en mí.

Él entrecerró los ojos y escudriñó las pequeñas arrugas que se le habían formado en las comisuras de los labios. Temblaban. Esta era la única señal de inquietud en su rostro. No había sudor en su frente ni duda en su mirada, solo ese gracioso detalle que la hacía parecer más humana. Arqueó las cejas, satisfecho. Incluso Bianca podía mostrarse nerviosa en los momentos más complicados. «Hará lo que sea por Hugo», pensó.

—Bien, vayamos a por esas armas.

Consiguieron saltar desde la ventana del baño a la parte trasera del

edificio. Desde allí no podían ver nada de lo que estaba sucediendo, aunque sí escuchaban el alboroto. «Habrán llamado a la policía y eso va a complicar aún más la situación», pensó Oriol, negando con la cabeza. Bianca le hizo señas y le indicó la posición de su vehículo: un deportivo amarillo que llamaba la atención desde varios kilómetros. El medio demonio prefirió reservarse su opinión sobre los gustos de la mujer, y juntos cruzaron agachados el enorme aparcamiento, ocultándose tras varios camiones. Al alcanzar el deportivo, Bianca abrió el maletero de inmediato. De reojo, Oriol observó la cantidad de armas que guardaba bajo el falso fondo mientras no perdía de vista a su hermano.

De pronto, uno de los cazadores apuntó con un rifle a Hugo, quien no tuvo más remedio que levantar las manos. Escuchó los gritos de los espectadores del bar y centró su atención en el segundo hombre, quien se aseguró de inmovilizar a su hermano tras ponerle unas esposas. Era Alonso, el cazador que le había presentado León. Frunció el ceño, enojado, mientras observaba cómo las dos mujeres accedían al hostal para buscarlo a él. Comenzaron a empujar a Hugo para obligarlo a andar y conducirlo hasta una camioneta vieja aparcada a unos cuantos metros del lugar del enfrentamiento.

—La bruja se ha ido —afirmó tajante—. Es ahora o nunca.

Las respiraciones de Oriol se volvieron más violentas, impredecibles, a la vez que sus fosas nasales se hinchaban. Quería que saliera. Estaba llamándola, y esperaba que no se demorara. Pronto las uñas de sus manos crecieron y se consolidaron en esa forma puntiaguda que las convertían en un arma en sí mismas.

—No puedo permitir que lo hagas.

Oriol se giró y observó, con sus ojos ya empañados por el amarillo de su bestia, a Bianca. Sostenía una jeringuilla entre sus dedos, y antes de que él pudiera preguntarle qué pretendía, se la clavó en el cuello. El medio demonio se sintió mareado casi de inmediato, y mientras perdía el equilibrio y las rodillas le temblaban, le suplicó una explicación con su mirada confusa.

—El trabajo es lo primero, cariño.

21

Elementos

Fascinada, a Sofía le era imposible apartar la mirada del rostro afable de su madre, quien procuraba absorber el calor de la chimenea para recuperar las energías perdidas después de su conjuro de traslación. Arrodillada ante ella y con las palmas de las manos hacia arriba, Samantha mantenía los párpados entornados, concentrada en el baile frenético de las llamas. Sofía pensó que estas danzaban hipnotizadas ante su presencia, como de alguna manera también lo hacía ella. Sus ojos se habían apaciguado y la contemplaban con veneración, optimistas y repletos de confianza. Le habría encantado acribillarla a preguntas, obtener las respuestas que tanto había ansiado, pero su padre se lo había impedido. Samantha necesitaba reposar, regenerar sus células y entregarse unos minutos al silencio.

Observó cómo la primera luz del alba penetraba por la ventana y envolvía a su madre en un halo azulado. Acariciaba sus cabellos rubios, rozaba su piel, haciéndola brillar de una forma casi divina, y mecía su cuerpo con suavidad. Sobrecogida, Sofía contempló aquella estampa como si estuviera dentro de uno de sus sueños, esos en los que su madre se le presentaba para darle un consejo útil o señalarle el camino a seguir, o tal vez abrumarla con un mensaje encriptado, el cual ella se esforzaba en resolver.

De reojo, reparó en los ojos húmedos de Harry, quien parecía estar presenciando un hecho único, donde la pureza de la magia cobraba todo su sentido. Tampoco pasó desapercibida para ella la postura rígida de su padre. George se debatía entre el amor que lo había engrandecido y entregado a esa mujer, y el desgarro que había sufrido cuando decidió marcharse.

Por fin, rompiendo el encanto instaurado en el ambiente, Samantha se levantó y la miró con una ternura que consiguió atravesarle el pecho y hacerla sonrojar.

—¿Has hecho un viaje tan peligroso desde los Estados Unidos? —le preguntó George, todavía desconcertado.

—Por supuesto que no. Habría llamado mucho la atención de nuestro enemigo. —La mujer tomó asiento e invitó a Sofía a hacerlo en la silla contigua. Ella aceptó sin dudarlo—. Llegué hasta Alicante en avión, me dirigí a la casa de nuestra hija y allí percibí tu magia.

Sabía que te encontraría con ella, por eso contacté con Sofía. Necesitaba saber vuestra ubicación, dado que tú habías lanzado un hechizo de ocultación.

—No ha funcionado como esperaba.

Samantha suspiró y se atrevió a acariciar las mejillas de su hija.

—He anhelado tanto este momento que me parece mentira —le confesó a la vez que Sofía se ruborizaba.

—Es mejor que te contemos cómo está la situación y a quién nos enfrentamos —las interrumpió su padre algo molesto.

—A tu primo Jaime, o tu sobrino, me da igual como quieras llamarlo —admitió indignada la bruja—. Lo sé todo, Jorge. Cuando entré en los recuerdos de Sofía, hurgué en ellos, y me resultó reveladora la conversación que tuviste con ella horas antes de que yo llegara.

—No pareces enojada —le señaló él con cierto escepticismo.

—Pues lo estoy, y mucho. —Samantha se levantó y se acercó a su exmarido muy despacio, permitiendo que una maraña de nubarrones oscuros se instalara en sus pupilas. Sus ojos se encendieron como dos luceros que anunciaban un terrible suceso—. Tu tía Carol nos traicionó, nos engañó al no desvelarnos toda la verdad. Fuimos unos incautos al depositar nuestra confianza en ella, y ahora estamos en la situación que queríamos evitar desde el principio, y que nos ha costado una hija y nuestro matrimonio.

La culpabilidad volvió a golpearlo de nuevo y George agachó la cabeza con arrepentimiento.

—Ahora solo podemos enmendar nuestro error, mi error. Debí haberte escuchado, y lo lamento. Insistí en que debíamos hacer caso a los consejos de Carol mientras tú...

Apagó su voz, afectado. Volver a ver a Samantha después de tantos años le devolvía la fragilidad de antaño, esa que no dejó de revolotear sobre su cabeza cuando supo que iba a ser padre. Imaginaba cómo la enseñaría a usar sus primeros poderes, cómo practicarían juntos en el jardín. Tendría que adiestrarla para que pudiera defenderse ella sola, cuando él no estuviera. Ansiaba su nacimiento y a la vez lo temía. Una bruja. Iba a ser padre de una pequeña bruja que heredaría los dones de dos generaciones antiquísimas. Estaba tan absorto en los preparativos que olvidó que el mundo podría sentirse abrumado por el arribo de su hija.

—Creo que todo eso no importa ahora —intervino Sofía—. A Iris la han secuestrado y Simón está en peligro. Debemos centrarnos en el presente y olvidarnos de los reproches. Cuando mis padres me contaron que era adoptada, me pregunté qué tenía yo de malo para que mis verdaderos padres me repudiaran —confesó, conteniendo las lágrimas—. Estuve en varios psicólogos que trataron de quitarme esa

idea de la cabeza, sin embargo, la tenía bien incrustada en el corazón. Y solo cuando he descubierto quién soy, lo que soy, es cuando he empezado a comprender vuestras motivaciones. Yo no os culpo de nada ni os guardo resentimiento. No he tenido una vida fácil, pero mis padres adoptivos se han esforzado para que las montañas solo fueran colinas. Y a su manera, lo han logrado. Me han aceptado tal como soy, y no han dudado en arriesgar sus vidas por mí. Así que me alegro de que estéis los dos aquí, porque ahora creo con firmeza que podemos ganar esta guerra. Juntos.

Samantha la abrazó y ella se dejó querer mientras su madre la llenaba de besos.

—Te juro por mi vida que no voy a volver a defraudarte.

George se acercó a ellas y acarició a su hija en la espalda mientras reprimía el pesar que trataba de ahogarlo.

—No quiero ser aguafiestas —interrumpió Harry, conmovido por la escena—, pero necesitamos un plan. Y uno bueno.

—¡Yo tengo uno! —Sofía se recompuso y los miró satisfecha a los tres—. El padre Carlos me ha pasado las cuatro posibles localizaciones para el ritual. Allí encontraremos a Iris, y desde luego a Janus. Solo necesitamos realizar un hechizo que nos indique el lugar escogido.

Su padre chasqueó la lengua y torció el gesto.

—Eso es imposible. Los brujos no poseemos el don de la premonición. Si Jaime todavía no se ha decidido por ninguno, no podemos adelantarnos. Las líneas temporales son múltiples, por lo que cualquier hecho, por mínimo que sea, puede interferir en el futuro más probable y cambiarlo a uno todavía más siniestro.

—Jorge tiene razón. Jugar con el tiempo siempre tiene consecuencias.

Sofía dio un respingo.

—¿Es que acaso podéis viajar en el tiempo? ¿Puedo hacerlo yo?

—Es una habilidad que posee tu padre y que tú puedes desarrollar o no —puntualizó Samantha.

—Deberías hacerles caso. No es una buena idea —se sumó Harry a la objeción de sus padres.

—No estoy hablando de viajes en el tiempo. Ni siquiera sabía que existían. He leído mucho y sé que existe un conjuro de alto nivel para desvelar el futuro más probable. —Todos comenzaron a rechistar—. Y antes de que me digáis que no, tengo que deciros que me lo he estudiado de memoria, que sé que se necesitan cuatro brujos para su ejecución y que tenemos que invocar a los cuatro elementos junto con los puntos cardinales. ¡Somos cuatro brujos excelentes y estoy segura de que podemos conseguirlo!

George negó con la cabeza.

—Te olvidas de que hemos amarrado tu don. El poder que podría

desatarse en esta estancia te consumiría.

Ella, en cambio, le respondió primero exhibiendo una sonrisa de oreja a oreja, y después se dirigió a sus padres, resuelta:

—Bien, ya estáis los dos aquí. Primero podéis romper los sellos y luego recitaremos el hechizo.

—No es tan sencillo, mi vida. —Su madre arrugó los labios desconsolada—. Romper los sellos, además del remiendo que han forzado Harry y tu padre, puede llevarnos horas, incluso días... Tú misma has creado nuevos nudos y los has sepultado con otros. Tenemos que desatarlos de uno a uno, poco a poco, para evitar que salten por los aires y termines catatónica.

Alarmada, Sofía se llevó las manos a la boca para contener un grito de impotencia y después negó con la cabeza. No iba a rendirse. Ahora no.

—No tenemos tanto tiempo, y tampoco voy a quedarme aquí sentada. Se trata de impedir que ese primo mío abra las puertas del Cielo y que nos condene a todos en la Tierra. Así que, si no me ayudáis, encontraré otra forma, aunque tenga que escarbar en el rincón más oculto del planeta... ¿Quién se apunta? —les preguntó decidida, con los brazos en jarra.

George observó al inglés, quien escondía una mano detrás de la espalda, abriendo y cerrando el puño sin parar. Sus temblores eran cada vez más evidentes, y cualquier intervención en un hechizo complejo podría empeorar su estado.

—Te olvidas de algo. Harry es un cruzado y no está capacitado para llevar a cabo semejante empresa. Se necesitan cuatro brujos puros, así que buscaremos otra manera.

Sofía chasqueó la lengua, turbada.

—El conjuro no especificaba que los brujos debían ser puros.

El inglés dio un paso al frente, determinante. No estaba dispuesto a ser un estorbo ni un obstáculo que impidiera la detención de Janus. ¡Era un brujo! Si le amputaban esa parte de su alma, ¿qué le quedaría?, ¿en quién se convertiría? No quería volver a ser un marginado y que todos renegaran de él por un error pasional hasta declararlo incapacitado. Se había comportado como un temerario cuando no debía, y las cicatrices de su conducta lo habían acompañado durante toda su vida, retrayéndolo, no mostrando su yo completo.

—Está bien. Puedo hacerlo, o al menos intentarlo. Se trata de salvar a la humanidad, y si tengo que poner mi granito de arena, lo haré.

George bajó la cabeza, lamentando la decisión del hombre. Le había lanzado un bote salvavidas y él lo había rechazado.

—Está bien. Si vamos a hacer esta locura, preparémonos para ella —accedió sin poder objetar nada más.

Dichosa, Sofía escogió el elemento tierra, ya que lo había utilizado recientemente, y se sentó en el comedor mirando hacia el norte. Su padre se decantó por el aire y se orientó hacia el este. A continuación, Harry, con una vela en la mano, prefirió colocarse frente a su pupila, entregándose al sur y al elemento que mejor dominaba: el fuego. Samantha, antes de ocupar su lugar, depositó en el centro un papel en el que estaban escritas las diferentes localizaciones que Janus había escogido, para después mirar hacia el oeste, invocando al agua, elemento muy ligado a las emociones.

—Agua que riega nuestras almas —comenzó a decir ella—, báñanos con tu sabiduría.

—Tierra que alimenta nuestras raíces —continuó Sofía—, bríndanos tu fortaleza.

—Aire que renueva nuestro espíritu, manteniéndolo siempre vivo.

—Fuego eterno que revela nuestras pasiones, enardeciendo a las llamas.

Repitieron sus frases como si fuera un cántico, una ofrenda que depositaban al cosmos con sus almas desnudas, despojadas de ataduras que condicionasen su estado. Poco a poco, sus auras, las cuales bailoteaban exaltadas generando una energía única, mudaron su color a uno más acorde con el elemento que invocaban. Mientras el brillo verde de Sofía los sumía en una entrañable primavera, el resplandor azulado de su madre refrescaba sus dones. Harry se dejó llevar por el rojo ecléctico que liberaba sus sensaciones, y George fue acercando su amarillo esponjoso hacia el centro. En este, todos se fusionaron en uno y generaron un vórtice inaudito para muchos brujos, quienes jamás habían podido contemplar el poder real del universo. El remolino giraba imparable, decidido a cumplir su sino y a ayudar a sus hijos en su digna tarea. La magia no podía ser corrompida.

Una brisa agradable irrumpió en la estancia como un duendecillo travieso dispuesto a poner todo patas arriba. No era cálida ni fría. Ni siquiera rugía como un vendaval. Sin embargo, alimentó al torbellino que poco a poco iba expandiéndose por la habitación. Sofía clavó la mirada en el frágil papel que contenía las ubicaciones. Observó cómo levitaba ante la fuerza irresistible de los elementos y cómo era arrastrado por los deseos expresos de ellos. A pesar de que su cabello volaba alocado y desesperado, atizándole las mejillas y buscando un punto en el que poder estabilizarse, ella no perdía de vista el papel. Este, poco a poco, comenzó a desintegrarse, dejando una estela visible como la de los cometas, los cuales, al verse asolados por la luz del sol, estaban condenados a derretir el hielo de las capas externas de su núcleo. Ese fragmento de hoja nada podía hacer ante el asedio de los elementos más que continuar bailando a su son.

—Muéstrenme el lugar, el futuro más acertado, el santuario escogido para poder así salvar la magia. Como legítimos descendientes de la hechicería, ¡os lo imploramos! —exclamó, con los ojos fuera de sí—. Agua, tierra, fuego, aire… Agua, tierra, fuego, aire —susurró al tiempo que los demás se sumaban a la invocación.

Todos clamaban a los cuatro elementos, y no cesaron en sus plegarias hasta que el vórtice abierto en el mismísimo centro se cerró de golpe. Los colores se esfumaron y la brisa que se había levantado cesó sin dejar huellas de su presencia en la estancia. Sofía recuperó la conciencia sobre el presente que la rodeaba. El monasterio. Sus padres. Iris.

El papel cayó sobre el pavimento y Harry se precipitó a recogerlo. Solo quedaba una de las cuatro localizaciones posibles escritas en él. El resto había sido devorado por las fuerzas de la naturaleza.

—El dolmen de Tella en Huesca —leyó, todavía fascinado por el hito que habían logrado juntos.

—¿Estamos todos bien? —les preguntó su padre, más preocupado por el estado del inglés que de sí mismo.

—Sí, sí… —musitó él mientras de sus labios se desprendía una sonrisa jubilosa—. Creo que nunca me había sentido tan dichoso.

—¡Lo hemos conseguido! —Sofía abandonó su puesto en la cruz imaginaria que habían establecido para orientarse con los puntos cardinales y trató de peinar con los dedos su melena enrevesada—. Ahora solo me queda realizar otro conjuro de traslación y estaremos allí en menos de un periquete.

Su madre bajó la barbilla para ocultar su pesar. No quería desilusionar a su hija. Sin embargo, no fue ella la que habló y alentó su desconsuelo, sino George, quien se mordía el labio inferior para frenar así las palabras más hirientes:

—¡Eres la última llave! Ya tiene en su poder la de los demonios. Si te presentas allí, estarás sirviéndole la victoria en bandeja —objetó, con semblante preocupado.

—No pienso esconderme.

—Deja que vayan otros y se enfrenten a él. Tú ya has hecho suficiente —insistió él, conociendo la testarudez de la joven.

Ella arqueó las cejas, poco convencida.

—¿Quién? ¿Estás dispuesto a presentarte voluntario?

—No voy a dejar que vayas sola.

—Muy bien, podéis acompañarme los tres. Ya hemos visto lo que podemos hacer juntos. Janus temblará en cuanto os vea, seguro que ni siquiera sabe que habéis venido a ayudarme y que lo hemos desenmascarado. —Soltó todo el aire de sus pulmones y los miró sin complejos—. Pero no pienso quedarme aquí. No voy a comportarme como una niña llorona, aunque os duela lo que voy a decir. Me

necesitáis.

Su madre soltó un suspiro resignado.

—Sofía tiene razón. Jaime ha absorbido tanto poder que nadie podrá pararlo. Aunque ella es una bruja ancestral: proviene de dos linajes con dones extinguidos para muchos y a los que solo él puede aspirar si consigue su llave. Pero si no se hace con ella, los dones que guarda Sofía en su interior son más poderosos de los que él ha visto jamás. Son los tuyos y los míos. Juntos. Y sé que esto no va a gustarte... Tampoco a mí me agrada... Ella es la única que podría detener las ambiciones de tu primo.

—Te recuerdo que le amarramos los poderes, Samantha. —George entrelazó los dedos detrás de su nuca y resopló al comprobar que su exmujer se posicionaba del lado de su hija—. Todo esto es una locura, y lo sabes. Sin su poder completo, podría eliminarla chasqueando los dedos.

—Pues ya va siendo hora de que deshagamos ese hechizo, ¿no crees?

El brujo bufó contrariado y acribilló a la mujer con sus ojos azules.

Entretanto, Sofía negaba con la cabeza, tratando de ordenar todas las ideas en su mente.

—Pero antes habéis dicho que tardaríais horas, incluso días, en destruir los sellos. No tenemos todo ese tiempo. No puedo quedarme aquí para que experimentéis de nuevo conmigo y abandonar a mis amigos. ¡No puedo!

George se dejó caer en una silla, abatido ante las pocas alternativas que les quedaban. Ninguna era de su agrado. Él habría preferido llevarse a Sofía a Inglaterra y protegerla de la secta entera con sus propias armas si decidían asaltar la casa. No obstante, su hija jamás aceptaría esa solución. Era como su madre: obstinada y compasiva. Aunque él se lo prohibiese, aprovecharía cualquier distracción para huir y tratar de salvar a su amiga.

Resopló, consciente de que, una vez que se pronunciara, no había marcha atrás.

—Podemos crear un holograma exacto de tu organismo y trabajar desde él —la informó su padre mientras asumía que debía dejarla volar—. Solo necesitamos unos minutos para calcar todos tus puntos energéticos y captar la huella de estos dentro de tu espíritu. Una vez completado, podríamos deshacer uno por uno todos los nudos con una cirugía delicada. Sin embargo, necesitamos un espacio en silencio y sin distracciones... Si nos decidimos por esta opción, nos impediría que pudiéramos ir contigo a Huesca.

Samantha arrugó el rostro, compungida.

—Lo haríamos en cuanto terminemos el trabajo —le prometió su madre mientras la cogía de la mano—. Iremos a ayudarte, y

terminaremos con esta guerra que empezó mucho antes de que tú nacieras. Mientras tanto, tendrás que arreglártelas sola.

Ella asintió, comprendiendo la gravedad de la situación. Sus padres no podrían intervenir para protegerla con sus trucos de magia en cuanto se adentrara en territorio enemigo. Estaba sola. Sin Oriol, sin Hugo y sin Iris. ¡Sola!

Harry carraspeó y aguardó a que la familia se centrara en él mientras se secaba el sudor de la frente con un pañuelo de seda.

—Yo voy con ella. No permitiré que arriesgue su vida más de la cuenta. Además, está Iris, y ese demonio exasperante de Simón. Los dejé atrás, y no voy a volver a darles la espalda. No pienso fallarles de nuevo.

Sofía se abrazó al inglés, quien la recibió como si una apisonadora estuviera planchándole los pantalones y su elegante chaleco de lana gruesa.

—Ahora, mientras tus padres preparan ese holograma tuyo, voy a informar al padre Carlos de nuestros avances. Es mejor que ellos también se preparen para un viaje, así por lo menos nos sentiremos en compañía. Seremos la avanzadilla, y ellos... espero que lleguen a tiempo para proteger nuestras espaldas.

Oriol se llevó la mano al cuello a la vez que retenía un bufido quejoso. Despertó en el asiento trasero de un coche, y no fue hasta que distinguió a Bianca con las manos en el volante cuando recordó que la cazadora lo había traicionado inyectándole un líquido anestésico, el cual logró aturdirlo al instante. Agazapado, observaba cómo la joven manipulaba su reproductor de música buscando una canción que fuese de su agrado. Cuando comenzó a tatarear distraída, esmerándose en imitar los acordes imposibles del inicio de la canción, Oriol se incorporó de improviso y le aprisionó el cuello con su brazo musculado. Ella trató de zafarse retorciéndose como una serpiente acorralada mientras el vehículo comenzaba a dar bandazos de un lado a otro. Entonces, Bianca soltó el volante y lo arañó con sus largas uñas. Oriol apretó los dientes reprimiendo un quejido y liberó parte de su garganta para que pudiera respirar mejor. Ella, con los ojos desorbitados, observó cómo se salían de la carretera y retomó la conducción antes de que se estrellaran contra una valla.

—¡Para el coche! —le ordenó Oriol—. Estoy diciéndote que pares el coche. Puedo volver a estrangular tu precioso cuello si es que lo deseas. ¡Te juro que no estoy jugando!

Bianca apoyó el pie en el freno e hizo lo que el cazador le pedía. Detuvo el vehículo en el arcén y lo acribilló con sus ojos oscuros desde

el espejo retrovisor.

—¡¿Estás loco?! ¡Casi consigues que nos matemos!

—Sabía que eras retorcida, pero ¿clavarme una aguja? —Oriol la soltó y se relajó recostando la espalda en el asiento—. ¿Qué demonios pretendías?

—¡Salvarte la vida, joder! —le espetó, golpeando el volante—. Esos tipos no quieren sacarle las vísceras a tu hermano, sino a ti.

—Podríamos haber intervenido. ¡Podríamos haberlo salvado! —exclamó enfadado.

—Si lo hubiéramos hecho, la bruja nos habría puesto de rodillas a todos.

Oriol masculló por lo bajo, mostrando su desacuerdo:

—Dijiste que tenías armas contra ella.

Ella se giró y le mostró las manos.

—¡No tengo nada! ¡Nada! Pensaba que esto era entre cazadores, no que brujos con poca ética se enfrentarían a nosotros. ¡Siempre nos han apoyado!

Oriol guardó unos segundos de silencio y se refugió en sus pensamientos; unos que cada vez eran más funestos. Jamás pensó que se encontraría en una situación similar: hermanos luchando contra hermanos.

—Esta guerra es diferente. Los monstruos somos nosotros.

Ella volvió a mirar al frente, evitando así que Oriol pudiera leer en sus ojos.

—Intentaba que no te apresaran también a ti. Se lo prometí a tu hermano... —De pronto, se enderezó y soltó una risita burlona—. Además, me soltó un billete de cincuenta euros en la barra. No podía negarme. Es mi trabajo.

—¿Te pagó para que me sacaras de allí? —Oriol no daba crédito a sus palabras—. ¿Eso es lo que vale mi vida? ¿Cincuenta euros?

—Lo habría hecho gratis, así que no te lo tomes a mal. —Se encogió de hombros, sin apartar la vista de los coches que circulaban por la carretera—. Hugo sabe cómo manejarme. Nunca rechazo una oferta cuando el dinero está en la mesa. La cantidad era simbólica, nada más. Y ya te he dicho que iba a hacerlo de todas formas. Él solo quería asegurarse.

—¡Los dos estáis mal de la cabeza! —Oriol saltó al asiento delantero y se abrochó el cinturón—. Bien, ¿y adónde pensabas llevarme?

—A un sitio seguro: a mi casa, con la familia de Sofía.

Él negó, mostrando su desacuerdo.

—Creo que va a haber un cambio de planes. ¡Vamos a por Hugo! Venga, yo también te conozco un pelín, y sé que estás deseándolo. Tu vida no es nada divertida si no disfrutas del riesgo y la adrenalina.

¿De verdad vas a perderte un acontecimiento único? ¿Detener a un pirado que pretende abrir las puertas del Cielo? Te lloverán las ofertas de trabajo después de esto. —Ella dibujó una O con sus labios, cada vez más atraída por las palabras del cazador, pero debía cumplir una promesa y arrugó la frente, contrariada—. Si lo prefieres, puedo pagarte. Aunque tengo que admitir que mi cartera está algo vacía.

—Aunque aceptara, no tengo ni idea de hacia dónde se han llevado a tu hermano. —Le guiñó un ojo y arrancó el motor de su deportivo.

Oriol la detuvo colocándole la mano sobre el muslo.

—Yo sí lo sé. Hugo activó el dichoso reloj de mi padre cuando me encontró. Quería que Rafael supiera nuestra ubicación por si nos pasaba algo.

Ella dejó escapar un resoplido manso. Percibía el calor del medio demonio en su pierna, y aunque era consciente de que él estaba utilizando sus feromonas para hacerla cambiar de opinión, deseó que continuara con sus caricias.

—Sé que no eres tan pérfida como pretendes aparentar, y que de alguna manera algo retorcida le has cogido cariño a mi hermano. Tú no quieres dejarlo tirado. No puedes.

Avergonzada, observó en el espejo retrovisor que sus mejillas se sonrojaban, y se humedeció los labios para refrescarlos. Después, vencida, retiró la mano del cazador de su muslo, percibiendo la electricidad que se había generado en su piel.

—Está bien. Tú ganas —aceptó mientras soplaba su rostro para devolverle su color natural—. Sin embargo, después de esta, me deberás una, Oriol Álvarez. Y yo siempre cobro mis deudas. No lo olvides. —Arrancó el motor y volvió a la carretera dando un volantazo —. ¡Ah! Y otra cosa más. No me gusta que me controlen ni física ni mentalmente. Soy yo la que toma mis decisiones, sobre todo si tienen que ver con mi cuerpo, ¿entendido?

Él estiró una de las comisuras de sus labios de manera socarrona y se recostó en el asiento. A continuación, comenzó a manipular su reloj para tratar de detectar la ubicación de Hugo. Sabía que existía una forma, Rafael se lo había explicado a ambos cuando descubrieron que el reloj no solo marcaba las horas. Debió atender más a sus instrucciones en lugar de mostrarse molesto con su padre por el hecho de que lo espiaba. Se esmeró en girar las manecillas de izquierda a derecha y de derecha a izquierda. Prefería averiguar el mecanismo por sí solo que telefonear a Rafael y disgustarlo contándole que habían apresado a Hugo, que se había dejado capturar para que así no lo cogieran a él.

Bianca arqueó las cejas expresando cierta curiosidad, ya que no tenía ni idea de lo que pretendía hacer el cazador.

—El móvil de Hugo está en la guantera. Lo recogí del aparcamiento

en cuanto se fueron. Imagino que él mismo lo dejó caer para que esa secta no accediera a sus mensajes ni llamadas. No ha dejado de sonar durante el trayecto. Sí, ese Harry es muy insistente... No he podido resistirme. Tenía que comprobar quién lo solicitaba con tanto empecinamiento. —Ella le guiñó un ojo y Oriol la miró sin comprender—. También le escribió un par de mensajes, por si te interesan. Y tienes que decirle a Hugo que deje de poner su fecha de nacimiento como código de acceso. No lo ha cambiado desde que lo conocí.

De reojo, Bianca observó cómo un destello dorado se apoderaba de los ojos del medio demonio. Después abrió la guantera sin pensárselo dos veces y comprobó que lo que la cazadora le contaba era cierto. Con un nudo en el estómago, leyó los mensajes del brujo a su hermano. Después tragó saliva al descubrir que, como sospechaba, no era él quién los enviaba. ¡Sofía! Sofía insistía en que le devolviera la llamada, que se trataba de algo urgente, y le pedía por favor que le enviara una prueba de vida. Un escueto «OK» que calmara los sobresaltos de su corazón.

Respiró confuso, y olvidándose de sus sentimientos heridos, pulsó el icono de llamada. Contó los tonos del teléfono con ansia, con una angustia que le impedía respirar con normalidad.

—¡Hugo! —escuchó decir al otro lado de la línea. Era su voz. Su bendita voz, y estrujó tanto el móvil que pensó que terminaría derretido en sus dedos—. ¿Hugo? ¿Estás ahí? Te he llamado muchas veces y he empezado a preocuparme. No puedes hacerme...

—No, Sofía, soy yo —la interrumpió al ver que comenzaba una retahíla imparable, auspiciada por su propio nerviosismo.

Percibió el mutismo de la joven como si el invierno se hubiera recrudecido y los árboles no consiguieran desprenderse de la nieve que castigaba sus ramas.

—¿Por qué tienes el móvil de Hugo? —le preguntó por fin—. ¿Dónde está... él? ¿Le ha pasado algo?

—Lo han capturado... —logró decir sin atragantarse con su propia saliva.

—¡Oh, Dios! ¿También a él?

—¿Cómo que también a él? ¿De qué hablas?

—A Iris la han secuestrado. Por eso llamaba... Te envié un mensaje de madrugada... Tampoco me respondiste... ¡Oh, no me lo puedo creer! ¡Hugo! Tengo que calmarme, tengo que calmarme... Bien, creemos saber dónde pueden encontrarse. La secta va a realizar el ritual en el dolmen de Tella. Tienen que estar allí.... Harry y yo estamos preparándonos para ir...

—No puedes ir, Sofía. Eres una llave. Deja que me encargue yo.

—Ya sé que también necesitan tu sangre. El padre Carlos me lo ha

contado todo. Tenemos que impedir esta locura. Si no lo hacemos nosotros, nadie lo hará... Te prometo que me cuidaré. Procura hacerlo tú también y nos veremos allí.

—Sofía...

Colgó sin darle tiempo a rechistar, a oponerse a su idea suicida de presentarse allí. Aunque, después de todo, ¿quién era él? Habían transcurrido tan solo dos meses y medio desde la última vez que la vio, y había llovido desde entonces, un diluvio más bien, porque el agua no discurría tranquila entre ellos dos. Era como un torrente desbordado que los empujaba a estar en la misma orilla, en el mismo camino.

Recordó entonces que había recibido un mensaje de Harry que no llegó a leer jamás. Se castigó por haberlo olvidado. Los mensajes del equipo cuando estaban en una misión siempre, siempre, eran relevantes. Extrajo el móvil de la chaqueta y buscó el mensaje de texto que nunca fue de Harry, sino de Sofía.

Harry:

Por favor, dime que estás bien. Estoy muy preocupada. He respetado tu decisión y tu intimidad, como me pediste en Alicante. Sin embargo, tengo que admitir que me ha costado mucho hacerlo, sobre todo los primeros días sin ti. Me obligué a mí misma a no descolgar el teléfono y llamarte como una loca desesperada, a pesar de que sabía que tendrías el móvil apagado porque tenías que proteger a mi familia. Creo que no nos merecemos este silencio, pues duele más que el ruido de tus palabras. Por favor, respóndeme, aunque sea con un «Estamos bien».

Reprimió un suspiro y miró por la ventanilla, deseando que los latidos de su corazón se apaciguaran. El verdor de ese paraje tan hermoso le resultó insignificante, ni siquiera la majestuosidad de los árboles era tan grandiosa. Era tan pequeño... Un ser minúsculo dentro de un entramado incomprensible llamado universo. Todos tenían un cometido que cumplir dentro de su misteriosa estructura. Él era un cazador medio demonio que debía demostrarle al mundo que no puede juzgarse al resto por el origen de su apellido. Sofía, una bruja que debía resucitar los dones que su gremio perdió hacía ya demasiado.

Había sido un completo idiota. Sus caminos se habían cruzado por alguna razón, y es que su destino estaba ligado desde el principio. Por Janus. En ese mágico lugar: el dolmen de Tella, zona de brujas ancestrales y de algunos eventos demoníacos documentados. «Tella, Dios te guarde de ella», recordó el dicho como amante de la historia sobrenatural del país, singular y exquisita. Después, tras sugerirle a Bianca que debían llegar a Huesca, entornó los párpados, nostálgico. Siempre Sofía.

Él la amaba. Quiso vendarse los ojos para negar lo evidente, para indicarle a su brújula otro camino a seguir, forzarla a avanzar hacia un futuro desconocido, lejos de ella. Sin embargo, la brújula más poderosa era la del corazón, y su norte siempre sería Sofía. Por mucho que intentara correr hacia el caluroso sur, refugiarse en las misteriosas tierras del este o vivir aventuras increíbles en los valles del oeste, su aguja siempre le marcaría su hogar. Ella. Su destino.

22

Profetisa

Despertó sofocada y con unas ganas enormes de hundir la cabeza en un cubo repleto de hielo, a pesar del chorro de aire fresco que entraba por el minúsculo ventanillo. Estaba sedienta. Se tocó los agrietados labios con las yemas de los dedos y advirtió su aspereza. Iris quiso levantarse de la cama cuando un dolor aprisionador le impidió siquiera moverse. Apartó la sábana con celeridad y apreció el tono enrojecido de su pierna derecha a la altura de la rodilla. El resto estaba vendada, aunque en ciertas zonas pudo distinguir algunas manchas de sangre salpicar la inmaculada gasa. Con cuidado, palpó la zona para tratar de averiguar la gravedad de la herida, sin embargo, tan solo el hecho de rozarla provocaba que sus lágrimas se adueñasen de sus ojos.

Era malo. Muy malo. Se despojó del abrigo, el cual había mantenido el calor de sus huesos, y desesperada buscó algo en la habitación que pudiera ayudarla a salir de ella. No era una estancia muy grande, apenas de unos dos metros cuadrados. Las paredes eran simples tabiques de adobe recubiertos de una capa fina de yeso. No había cuadros que la decoraran ni cortinas que cubrieran el ventanillo de la claridad del día. Su decoración era bastante elemental: contaba con una cama, un armario destartalado y una mesita de noche con las gavetas vacías. ¿Cómo diantres iba a salir de allí? ¿Arrastrándose?

Pensó en Simón y en que quizá había corrido peor suerte. Puede que ya fuera demasiado tarde para él, ya que ignoraba cuánto tiempo había estado durmiendo. Con las dos manos se sujetó la pierna, para después alzarla en un intento desesperado por abandonar la cama. No llegó muy lejos. En el borde, tuvo que depositarla de nuevo entre las sábanas y descansar unos minutos. Se le acababan las ideas. Nerviosa, volvió a inspeccionar el cuartucho. Tenía que encontrar una vara, un palo, cualquier cosa que le sirviera de muleta. Quizá dentro del armario, aunque primero debía llegar hasta él. Enojada, echó la cabeza hacia atrás y se peleó con la almohada. La colocó sobre su cara y la apretó contra sí, desmoralizada. No quería morir allí. No quería que su madre encontrase su maltrecho cuerpo dos semanas después cuando consiguieran dar con su paradero. Morir por inanición o tal vez deshidratada, pues no encontraba ni un vaso de agua para remojar

sus labios resecos.

Ofuscada, se sentó de nuevo en el lecho y se miró la pierna con decisión. Saltaría a la pata coja aunque el dolor la torturase por dentro y la constriñese a parar cada tres segundos. No iba a permitirlo. Reptaría como las serpientes si fuese necesario, pero tenía que llegar primero al maldito armario, para después alcanzar la puerta. Inspiró el oxígeno rancio de la estancia, lo mantuvo unos segundos en los pulmones y luego contó hasta tres. Le dio tal tirón a la pierna al tratar de moverla que se desestabilizó y terminó cayendo al suelo. Percibió el frío del pavimento sobre una de sus mejillas y pensó que escupiría uno o dos dientes de la boca. No fue así. Se había mordido la lengua, y la sangre humedecía sus labios como si fuera un refresco enterrado bajo kilos de arena de una playa hirviendo.

Escuchó cómo alguien retiraba los cerrojos de la puerta y la abría de golpe. «Claro, debí suponer que estaba cerrada con llave», pensó, sintiéndose una idiota. Aunque hubiese llegado hasta ella, habría necesitado un mangual gigante para derribarla.

Sintió cómo dos pares de brazos la recogían del suelo y volvían a depositarla en la escuálida cama, para después secarle la sangre de la boca con un trapo mugriento. Mantuvo los ojos cerrados, ya que no quería que la interrogasen utilizando los métodos de tortura del Medievo. Estaba convencida de que esa gente debía pertenecer a esa época si eran capaces de creer en la superchería de un fanático cruzado fuera de sus cabales.

Aguardó a que los carceleros abandonaran la estancia y deseó que al menos le hubieran suministrado una botella de agua. Ella era una enemiga, no obstante, incluso en la guerra existían normas éticas, ya que un soldado continuaba siendo un ser humano. Esperaba que Janus respetase ese precepto. Escuchó cómo los individuos cerraban la puerta tras de sí, aunque no oyó que la asegurasen con ningún cerrojo. Frunció el ceño, extrañada, y entonces reparó en que había una tercera energía, alguien que le había pasado desapercibido hasta el momento. Tragó saliva, procurando no mover ningún músculo más, pues había reconocido la impronta de su aura al instante. Fascinante. Ambiciosa.

Janus estaba allí con ella.

—No es necesario que sigas fingiendo estar dormida. Sé de sobra que no lo estás.

Iris se hizo la remolona antes de abrir un ojo y luego maldijo resignada, pues había sido descubierta. Se atrevió a mirarlo, y su fisionomía no le pareció tan fiera como las veces que lo había visto en el astral. Era un hombre alto, desgarbado, si tenía en cuenta que sus hombros se inclinaban con ligereza hacia delante. A pesar de poseer un mentón afilado, sus mejillas eran redondeadas, al igual que la

cuenca de sus ojos. ¿Dónde había visto antes esa peculiaridad tan poco corriente? Por mucho que se estrujó el cerebro, no consiguió responder a esa pregunta. Sacudió la cabeza y fue el rostro de Sofía el que apareció en su mente. Se había evaporado antes de que el coche llegara a estrellarse, así que supuso que no habría sufrido daño alguno. Después lanzó un resoplido desgastado, con el cual consiguió que su apresador sonriera.

—Sí, mi tío es George Castle, o Jorge del Castillo, como prefieras llamarlo. Aunque nos criamos como primos.

—¿Así que la bruja conjuró algún tipo de encantamiento? ¿Conoces su paradero? ¿Estás leyéndome la mente? —le reprochó alarmada.

—No necesito grandes esfuerzos para hacerlo. Tampoco es que tú te hayas protegido como deberías. ¿Tu madre no te ha enseñado a levantar muros que impidan la entrada de curiosos? —Ella no le respondió, solo se limitó a encogerse de hombros y mirarlo con una falsa inocencia—. Sin embargo, su escaso conocimiento de la situación hizo que me subestimara, y ahora está pagando las consecuencias. ¿Dónde está Sofía? Perdí su rastro en cuanto abandonó el coche y se alejó de ti. Jamás imaginé que tu mejor amiga pudiera dejarte allí tirada, malherida y sin posibilidad de defenderte. —Iris prefirió seguir apostando por su mutismo—. Sabes que puedo hurgar en tu cabeza, y dependiendo de tu colaboración, puedo hacer que la experiencia sea un paseo por las nubes, como pudiste disfrutar antes, o algo mucho más doloroso.

—¿Dónde está Simón? —le replicó ella, ignorando su amenaza.

Él mostró una mueca de repulsión en su rostro.

—¿Te refieres al demonio?, ¿a ese ente oscuro al que todos nosotros tenemos la obligación de destruir? ¿Es que has olvidado que son parásitos que infestan la Tierra y la llenan de oscuridad? ¿Acaso no recuerdas el juramento de nuestros ancestros? ¡Nuestros dones serán bendecidos mientras erradiquemos el mal y mantengamos la balanza en su justo equilibrio!

—No puedes aniquilarlos a todos y pretender que la balanza no se incline hacia un lado. Eso podría desestabilizar el universo entero.

—¡Se inclinaría hacia la luz! Hacia un mundo sin oscuridad.

Ayudada de sus puños, Iris consiguió mantenerse en una posición cómoda, una en la que podía observar mejor a su captor.

—¿Sabes? Aunque lo consigas, quedaremos los humanos, pasionales, imprudentes y ambiciosos. ¿De verdad piensas otorgarles poderes a narcotraficantes, violadores y asesinos en serie? ¿Crees que de repente se volverán mansos y acatarán tus órdenes?

Él soltó una risilla perniciosa.

—No lo entiendes todavía, Iris. El Cielo solo entregará su sabiduría a aquellos que lo merecen. Los demás morirán suplicando clemencia,

rogando ser perdonados por sus atroces actos. Sin embargo, será demasiado tarde para su redención.

Iris frunció el ceño al recordar las palabras del padre Carlos cada vez que hacía referencia a la destrucción del mundo tal y como lo conocemos: «Se abrirán los Cielos y siete ángeles con siete trompetas serán los encargados de revelar el final de nuestros días. En ese momento, se anunciará el juicio final».

—¿Hablas del Apocalipsis?

—¡Oh, llámalo como quieras! —exclamó, restándole importancia al término—. Se trata del despertar de una nueva conciencia, anunciada en muchas religiones con diferentes nomenclaturas, y la realidad es que no todos van a estar preparados para ello.

—Entonces no solo morirán personas indeseables, sino también aquellos que no estén preparados para albergar un don, aunque sean personas justas. No vas a regalarles la libertad. ¡Vas a cometer un genocidio! —le reprochó en tono acusatorio.

Janus se acercó a ella. Estiró una de las comisuras de sus labios hasta dibujar una mueca de satisfacción, después la borró de un plumazo y le propinó un bofetón que consiguió aumentar más el dolor de su mejilla. Iris se llevó la mano a la cara y trató de aliviar su pesar acariciándose el rostro.

—Creí que tú más que nadie lo entenderías. Eres una cruzada. Hija de un borracho miserable que consiguió amargarte la existencia y al que tú misma mataste. No eres tan distinta a mí... Si alguien te golpea, tú contratacas. Si se burlan de tus limitaciones, tú les demuestras que eres válida. Los dos hemos sufrido con padres despreciables que no consideraban nuestras valías y con madres comprensivas que nos ayudaron a prosperar, a echar abajo esas barreras que nos hacían diferentes a los demás. —Le acarició el corto cabello con afecto mientras ella percibía cómo el vello se le erizaba—. Tú puedes aspirar a ser pura. Yo puedo concederte ese deseo.

—¿Y si no lo quiero? —Observó la rabia en sus ojos, y temiendo que volviera a golpearla, se apresuró en replantear la pregunta—: ¿Y si no soy digna de él? Después de todo, yo también soy una asesina.

Él se sentó en el borde de la cama e Iris se estremeció. Ese hombre era capaz de cualquier cosa con tal de conseguir sus objetivos. Sin embargo, antes de hablar, le sonrió complacido:

—Porque he visto tu futuro y era grandioso. Te convertirás en una gran profetisa, una de las mejores, y muchos acudirán a ti en busca de consuelo. Es por eso por lo que te he escogido. Tu destino es tan brillante que puedes ser el ejemplo vivo para muchos incrédulos. Vas a ser indispensable en mi nuevo mundo, una sacerdotisa a la que venerar, una diosa en la mismísima Tierra. ¿Lo entiendes, Iris? ¡Una cruzada en lo más alto, en la cima!

La vidente tembló de arriba abajo, pues tenía miedo de que su predicción fuese real. No quería trabajar para él. No quería perder todos los principios que le había inculcado su madre.

—¿Cómo puedo llegar a ser esa persona si ni siquiera poseo el don de la premonición?

—Porque una vez que se abran las puertas, nuestros padres, creadores del universo, te obsequiarán con ese regalo tan espléndido. Solo tienes que confiar en mí.

A continuación, Janus apoyó sus dos manos sobre la pierna vendada de la joven. Ella reprimió una mueca de dolor, apretando los dientes hasta hacerlos chirriar. Arrugó el rostro, consternada y asustada, pues ignoraba las pretensiones del líder de la secta. De pronto, advirtió una lluvia de centellas gualdas originarse en las palmas de sus manos y precipitarse sobre su rodilla. Después, las gotas luminosas se expandieron hasta llegar a sus tobillos. Perpleja, contrajo el gemelo y quiso retirar la pierna del influjo mágico del hombre, sin embargo, el hormigueo que estaba experimentando le resultaba placentero.

—¿Qué haces? —le preguntó con miedo.

—Estoy sanando tus heridas.

Enterró las uñas en el vendaje y apretó con garra la antepierna de la vidente. Ella gritó. Gritó como nunca había hecho antes. Temió romper sus cuerdas vocales, pues el dolor era insoportable. Se revolvió, tratando de liberarse de las manos de Janus, incluso consiguió darles un manotazo, pero todo fue en vano. Los ojos del hombre, azules por naturaleza, se tornaron brillantes como el de una galaxia lejana; un bello resplandor en medio de una oscuridad incipiente, un candil esperanzador rodeado por los ladrillos húmedos de un pozo. Ella se quedó hipnotizada por su fulgor y olvidó su angustia.

Janus inspiraba y exhalaba el aire de manera parsimoniosa, casi delicada, aunque sus pupilas echaran fuego y sus brazos se mantuvieran tensos sin soltar la pierna de la vidente. Iris comenzó a percibir ese poder abrasador, el cual liberaba descargas eléctricas complacientes sobre sus músculos. Ya no sentía el desgarro de su piel ni la tortura a la que había sometido sus células. De alguna manera poco ortodoxa, el hombre había calmado su suplicio.

Iris dejó que terminara su labor, aún maravillada por lo que estaba presenciando. Cuando Janus retiró las manos de su pierna, la vidente se apresuró a retirar los vendajes y atónita contempló que no había rastro de sus lesiones ni de los considerables hematomas que había advertido en cuanto salió del vehículo. El hombre había recompuesto el hueso roto como un traumatólogo experto, a pesar de no haber utilizado ningún instrumental propio de los quirófanos. Solo sus

manos.

—¿Cómo lo has hecho? —le preguntó, entre sumida en una confusión palpable y deslumbrada por el hito—. Existen leyendas sobre las videntes milenarias que una vez poseían esta clase de poder. Mi madre me ha contado numerosas historias. Sin embargo, este don se perdió hace mucho tiempo, como tantos otros. Nunca fue preservado. Las continuas mezclas entre los diferentes linajes hicieron que cayera en el olvido. Ahora utilizamos las hierbas que nos proporciona la naturaleza, realizamos infusiones o creamos mejunjes para curar heridas o erupciones en la piel. Incluso el reiki nos ha servido para canalizar una energía superior. Pero esto…

Halagado, posó su mirada repleta de satisfacción sobre la joven.

—Esto es lo que te ofrezco. Sin límites ni trampas. El conocimiento absoluto de nuestros dones a tu disposición.

Ella sonrió desconcertada.

—Pero si todavía no has abierto las puertas del Cielo, ¿cómo es que ya posees ese don milenario?

Él guardó silencio y esperó paciente a que ella llegara a su propia conclusión. Iris apoyó los labios en el dorso de su mano a la vez que reflexionaba sobre el asunto. Negó con la cabeza varias veces, hasta que se atrevió a escudriñar en los ojos ocurrentes del hombre.

—Has estado usando las dos llaves que tienes para entrar en las mentes tanto de cazadores como videntes, y casi sin saberlo has descubierto que también te han dado acceso a su propia sabiduría —dedujo mientras meditaba sus palabras—. Tú eres medio vidente, y por ese motivo te ha sido más fácil explorar su origen y su desarrollo a lo largo del tiempo. Has liberado tus poderes.

—Sí, ha sido una sorpresa agradable —asintió complacido—. Imagina qué podría hacer con mi media mitad brujo si consiguiera la llave del gremio.

Iris ocultó el rostro detrás de sus manos, atónita.

—No comprendo algo —le dijo—. ¿Por qué, si has reunido tanto poder usando las llaves en tu propio beneficio, quieres abrir las puertas del Cielo? ¡Ya eres invencible!

—Porque es verdad, Iris. Todo lo que te dije al principio era real. Quiero que las personas puedan acceder al poder mágico del universo, que puedan nutrirse de él y que consigan la transformación como yo la he logrado.

—Podrías dominarnos a todos, ser un emperador, un rey, un auténtico dios en la Tierra…, ¿y quieres compartir tu felicidad?

—Por fin lo has entendido. —Orgulloso, sonrió—. Los viejos dogmas de los gremios deben ser destruidos y dar paso a un nuevo orden. —Janus se encaminó hacia la puerta. Antes de salir, giró sobre sus talones—. Quiero que me acompañes, pero antes cámbiate. Te he

dejado un vestido en el armario. Espero que sea de tu agrado.

Janus abandonó la estancia y ella se quedó anclada en el colchón, todavía patidifusa ante tal revelación. Después abrió el armario y gustosa contempló un vestido blanco con encajes finos y plateados en las mangas. Se desvistió con celeridad y comprobó que le quedaba como un guante. Su escote en pico resaltaba sus pequeños senos. Después quiso cubrir su melena con la capucha que contenía.

A continuación, abrió la puerta y divisó a Janus al final de un angosto pasillo. Al inicio, titubeó, pues ese hombre al que tanto había temido parecía una persona normal y corriente. Sí, había fundado una especie de secta, y claro, muchos habían decidido seguir sus pasos porque incluso ella estaba maravillada. Sin embargo, aunque quería descubrir más de él, más sobre el nuevo mundo que ofrecía, no podía olvidar que muchos habían muerto para que Janus hubiese conseguido ese poder.

Inspiró hondo y con cierto nerviosismo llegó a su altura.

—¿Adónde vamos?

—Es hora de extraer la llave de los demonios.

Iris dio un respingo y bajó la barbilla.

Segundos después, entraron en una estancia no más grande que la de ella, aunque sí más luminosa. En el centro, y bajo una lámpara de techo extensible, había una camilla, y en ella se encontraba Simón, atado con grilletes de pies y manos. Él abrió los ojos, esperanzados en cuanto la vio entrar, pero volvió a entornarlos cuando descubrió que no estaba sola. La acompañaba Janus. El demonio no comprendía lo que estaba ocurriendo y para qué necesitaba a la vidente. ¿Quería someterlo aún más?, ¿utilizarla para que él desembuchara un plan que desconocía? La bruja lo había abandonado. Se había evaporado. Puff. Y él no tenía ni idea de dónde se encontraba. Ya lo habían interrogado y torturado, y aunque quería escapar, no podía. En esa lámpara fosforescente había una runa dibujada, una que le impedía abandonar el cuerpo del universitario y desvanecerse como un humo casi invisible, al menos para el ojo humano.

—¿Lo habéis preparado para la extracción? —les preguntó Janus a los dos hombres que lo custodiaban.

—Sí. Se ha resistido, pero las ataduras impiden que utilice sus poderes —afirmó el más alto.

Iris advirtió que el color de sus túnicas era granate, y pensó que Janus utilizaba ese método para establecer una jerarquía dentro de aquel edificio del que desconocía su ubicación. Miró al demonio con compasión, y presionó los labios con fuerza para no soltar un improperio e insultar a sus carceleros.

—Bien, no tardaré mucho —sentenció con firmeza—. Iris, quédate aquí con mis hombres. Con ellos estás a salvo.

Ella asintió sin apartar la vista de Simón y escuchó cómo el líder de la secta giraba la llave varias veces. No estaba a salvo con sus soldados; estaba encerrada con ellos.

—¡¿Qué haces con ese loco, Iris?! —le gritó el demonio en cuanto Janus se marchó—. ¿Es que te ha comido la cabeza?

—¡Calla! —El otro hombre, más moreno, lo atizó en las piernas con una vara de hierro—. El próximo va derechito a tu cara.

—¡No! ¡Déjenlo! —La vidente fue acercándose a él muy despacio—. ¿Puedo despedirme? —les preguntó a los hombres.

El más alto, y quien parecía tener el mando, asintió. Ella acercó un taburete a la camilla, desconfiando todavía de los dos soldados, quienes parecían susurrar que debían vigilar sus movimientos. Iris tragó saliva y volvió la vista hacia el demonio. Este rebuznó poseso y la vidente apoyó la mano en su pecho para tranquilizarlo.

—Es mejor que no los alteres más —musitó. Él soltó una exhalación resignada y desvió la mirada hacia el lado contrario del que se encontraba Iris—. Dime, ¿cómo puedo ayudarte? —insistió.

—No puedes. —El demonio giró la cabeza y posó sus extraordinarios ojos violetas sobre ella—. Pero a él sí.

—¿A quién?

—Iris, escúchame bien. Este cuerpo pertenece a un joven que está en coma. Sigue vivo. Y su alma quiere regresar a él. Está desesperado. Pero no puede hacerlo hasta que no me extraigan la llave, o morirá. —La vidente abrió tanto los ojos que pensó que iban a estallarle—. Tienes que salvarle la vida y evitar que Janus le inflija un daño irreparable a su cuerpo, si no, no tendrá adónde regresar y su alma se perderá.

—¿Me mentiste? —le susurró decepcionada.

—No. No te conté toda la verdad. —Acercó sus labios a ella para que pudiera escucharlo mejor—: Lo poseí mientras él estaba en tránsito, en una zona donde tu espíritu decide si continuar el camino o regresar. Así que puedo asegurarte que su alma está intacta, solo algo confundida. Se llama Óscar Ayala...

—¡Bueno, ya está bien! —los amenazó de nuevo el acólito más brusco.

Iris se retiró poco a poco de él mientras con la manga del vestido trataba de secarse unas lágrimas que no terminaban de germinar. El hombre la cogió por los hombros y la hizo bajar del taburete a la fuerza.

—¡Sálvalo! —le suplicó Simón a la vez que recibía otro impacto con la vara, esta vez en el abdomen.

—¡Está bien! Está bien. No le hagan daño. Ya hemos terminado.

—¿Te preocupa el demonio? —rio con sarcasmo el más bajo.

—No, él no. Solo el muchacho al que está poseyendo. —Iris clavó

su mirada fría en el rostro lánguido de Simón y aguantó sus lamentos con estoicidad. Después, observó que una lágrima diminuta despuntaba de sus pestañas inferiores. «Un demonio no llora —se repitió varias veces—. No tienen esa capacidad. No puede estar llorando».

Se sobresaltó al escuchar la puerta abrirse. De inmediato, los dos hombres inclinaron la cabeza para recibir a Janus. Portaba un maletín. O tal vez era una caja con una pequeña asa de madera. La depositó sobre el único mueble que había en la habitación: un pequeño escritorio antiguo de caoba. Sus patas eran tan flacas, tan frágiles, que Iris pensó que en cualquier momento se quebrarían.

Cuando el vidente abrió la caja, ella pudo atisbar su contenido: cuatro frascos de cristal. Dos de ellos estaban vacíos. De los otros dos apreció los colores que los llenaban: el verde y el amarillo. ¡Las llaves! Iris no esperaba que fueran así: dos vahos etéreos sin ningún brillo especial que indicara su valía. Siempre las imaginó con la forma de llaves sólidas, quizá algo grandes, si debían abrir las enormes puertas del Cielo. Nunca así. Aunque, después de todo, eran parte de la esencia de un cazador y de una vidente, y se rio de sí misma al no pensar en lo más obvio. «No se han materializado al ser extraídas, ¡qué idiota soy!», concluyó.

Entonces, el hombre más alto se acercó a Simón con uno de los frascos vacíos. Con solemnidad, dijo unas frases en latín que ella no supo traducir. ¡Oh, cómo detestaba esa lengua muerta! Y cuánto insistía Harry en que aprendiera algo de ella, ya que podría serle de utilidad. Observó que Janus ocultaba sus mechones rubios bajo la capucha blanca de su levita de lino, y colocando sus manos como si fuera a rezar, se situó frente al demonio.

—Quiero que prestes mucha atención —le dijo, otorgándose el papel de maestro.

—Janus... —titubeó—, no olvides que es el cuerpo de un ser humano y sigue vivo.

—Sí, ya he escuchado sus lamentos y su furia por no poder regresar.

—Por favor, permítele que tenga la oportunidad de vivir.

Él chasqueó la lengua.

—No depende de mí, sino de su fortaleza.

Iris recordó el final de Luca, el vidente veneciano hospitalizado con graves lesiones neuronales, y también al cazador sueco, quien había muerto pocos días después de la extracción, ya que, enloquecido, había tratado de huir. ¿Cómo podía ser bueno lo que estaba haciendo? ¿Por qué tenía que decidir él quién moría y quién debía vivir? Simón podría enloquecer, y el cuerpo quedar demasiado dañado para que ese chico, Óscar, pudiera regresar.

Observó cómo los tres iniciaban el ritual entre salmos y cánticos espeluznantes. Janus enterró una de sus uñas en el costado del demonio y este gritó enloquecido. Se retorcía histérico mientras sus soldados se esforzaban en mantenerlo inmóvil a base de golpes. Iris se tensó. No podían tratarlo de esa manera, aunque fuera un demonio. Luego cayó en la cuenta de que los cazadores hacían lo mismo cuando capturaban a uno de su especie. Siempre era la misma historia, el bien contra el mal, la oscuridad contra la luz. Sin embargo, ¿quién era el villano allí?

De pronto, contempló cómo Janus apoyaba su mano sobre la frente de Simón, y este cayó dormido de inmediato. Continuó con su recitación, y eufórico vislumbró una hebra roja despuntar de su nariz. ¡La llave! Acercó el frasco para poder capturarla a la vez que se deleitaba con su triunfo. Entonces, sin esperarlo, Simón comenzó a convulsionar y una espuma blanquecina tiñó su boca.

—¡No podemos perderlo ahora! ¡Sujetadlo bien! —ordenó.

—¡¿Cómo puede ser?! —le preguntó asombrado uno de sus acólitos.

—El demonio está resistiéndose a mi poder. Quiere expulsarme de su mente.

El más alto lo agarró por la cabeza evitando que él mismo se diera golpes contra los hierros de la camilla, mientras que el otro, el más bruto, se echó sobre sus rodillas, queriendo impedir el movimiento de sus piernas.

—Iris, necesito que le hables, que lo tranquilices —le pidió Janus —. Dile que todo pasará en breve. Si se resiste mucho, ese otro chico, al que poseyó, morirá... ¡Óscar puede vivir! Ya casi lo tenemos.

Temerosa, la vidente se acercó a la camilla, miró al líder de la secta asintiendo y, de reojo, comprobó que el frasco estaba casi lleno. Aproximó su boca a la oreja del demonio:

—Estoy aquí. Puedes confiar en mí. Todo pasará pronto —le susurró con tono suave, acariciándole la melena fresca y salvaje.

De pronto, Simón abrió los ojos, fuera de sí.

—¡Iris, no permitas que me hagan daño! —Su voz había cambiado a un tono metálico, más profundo—. ¡Diles que salgan de mi cabeza, o los mataré a todos! ¡Iris!

Janus volvió a colocarle la palma de la mano sobre la frente para dominarlo mientras la vidente observaba sus córneas inyectadas en sangre, sus dientes enfurecidos y las venas marcando un rostro que se desfiguraba por momentos. Simón iba a luchar por su vida, y ella iba a ayudarlo.

Agarró la vara de hierro con la cual lo habían torturado, golpeó con saña la bombilla hasta hacerla añicos y se retiró para contemplar cómo la lluvia de cristales caía sobre el cuerpo de Simón y cómo otros

se estrellaban contra el suelo, sin darle tiempo a Janus para reaccionar. Después corrió a la salida, a sabiendas de que la puerta estaría cerrada. Le daba igual. Tenía que intentarlo. Lo que le importaba era haber destrozado la runa que mantenía a Simón anclado a su traje humano.

Entonces, el hombre más alto se abalanzó sobre ella para detenerla, aunque ya poco importaba, pues había visto el ligero humo grisáceo enroscarse en la concha de la oreja del misterioso universitario antes de abandonar el cuerpo. Ella esbozó una leve sonrisa mientras luchaba contra el hombre para que no le arrebatase la vara. «Anticípate a sus movimientos», parecía escuchar la voz de Simón en su cabeza.

Tenía razón. Podía hacerlo. Había estado entrenando duro para eso, y aunque no contaba con sus sais y ese hombre le sacaba medio cuerpo de altura, ella también era una guerrera. Una vidente. Entrecerró los ojos y se vio a sí misma fuera de su cuerpo, como si fuera una mera observadora de la lucha. Desde allí, valoraba los infinitos ataques con los que podría sorprenderla el acólito y entrenaba en tiempo real cómo defenderse.

—¡Detenla de una vez! —gritó Janus, quien todavía aprovechaba los resquicios rojos que continuaban saliendo del cuerpo amarrado a la camilla, quizá sin vida alguna ya, para completar su preciado frasco.

Ella aprovechó el despiste del acólito al escuchar las palabras de su profeta y le mordió el antebrazo que la mantenía sujeta. Después, sin pensárselo dos veces, tiró de la vara con fuerza hacia atrás, lesionando la piel de su mano, y la asió y la dejó caer como un columpio hacia la entrepierna del hombre. Escuchó su grito agudo, como el de una alarma averiada que deja de entonar la misma nota y emite chirridos espantosos, para luego verlo caer al suelo de rodillas. Apretó la vara con fuerza, pues el segundo hombre ya se dirigía hacia ella a la vez que trataba de rozar el pomo de la puerta con sus dedos largos. No llegó muy lejos. Por la espalda, percibió una súbita ventisca que la hizo volar por los aires y tocar con sus manos el techo. Janus la controlaba. Había decidido utilizar sus poderes de brujo, y ella, desde las alturas, se atrevió a mirarlo con repulsión. El duelo de sus miradas duró escasos segundos. El desconcierto, la decepción y la rabia emanaban de los ojos de él, mientras que Iris solo podía mostrarle su determinación, ya que, aunque volvía a tenerla bajo su dominio, jamás engañaría de nuevo a su espíritu.

Entonces, en ese momento, en ese bendito momento, la puerta se abrió y un tipo desconocido, regordete y de rostro afable entró en la estancia alertado por el alboroto.

—¿Sucede al..?

No terminó la frase, pues al verla suspendida en el aire abrió la

boca hasta que su labio inferior ocultó su barbilla.

—¡¡Veeeteee!! —le ordenó Janus furioso al tiempo que relajaba el brazo que la mantenía sostenida y con el otro echaba a Jean Louis de la habitación, asegurándose de volver a cerrar la puerta a cal y canto.

De improviso, escucharon un leve quejido venido del cuerpo que aún yacía en la cama. Janus se giró extrañado, y al hacerlo trastabilló. Sus manos se descompensaron y ella cayó como un saco de arena sobre el fino mueble del siglo XIX, haciendo que este se partiera por la mitad. Magullada, se percató de que también la preciosa caja tallada con símbolos geométricos había terminado en el pavimento, y de que los frascos rodaban por la estancia como dos boliches en una carrera. Escuchó las continuas maldiciones de Janus y cómo él mismo se abalanzaba a recoger el más cercano a él mientras les ordenaba a sus hombres que se encargaran del otro.

Iris respiró hondo. Estiró la mano hasta sentir los huesos de la espinilla y alcanzó el segundo frasco antes que ellos. Sin dudarlo, lo abrió e inhaló su perfume hipnótico, fresco y primaveral. Percibió cómo un delicado filamento gualdo penetraba por sus fosas nasales y la envolvía en un halo de esperanza, el cual la hizo olvidar el tiempo y el espacio. Ya no se encontraba allí. Su espíritu viajaba a través de galaxias enaltecidas por su presencia y la reverenciaban a su paso. Apenas estuvo dos segundos deleitándose con el aroma palpable de la llave de los videntes, sin embargo, a Iris le parecieron días.

Entonces, advirtió que el frasco resbalaba de sus manos y volaba, alejándose de ella. Abrió los ojos, para descubrir que Janus se lo había arrebatado usando otro de sus conjuros y que era ahora él quien lo sostenía victorioso. Después se acercó a ella, quien todavía permanecía en el suelo extasiada por lo que acababa de experimentar, y le arreó un bofetón que hizo que le sangrara la nariz.

23

Destino

Se despidió primero de su madre con un sentido abrazo, el cual prolongó hasta que Samantha, con un beso en la frente, se retiró de ella. No quería decirle adiós tan pronto, cuando apenas habían pasado unas horas juntas, y se preguntó por qué el destino era tan cruel con ella: primero concediéndole ese regalo, para después arrebatárselo sin compasión.

Suspiró resignada. A continuación, al atisbar el rostro severo y preocupado de su padre, elevó la vista para contemplar el incierto horizonte. Era diecinueve de marzo, faltaba un día para el gran acontecimiento: el equinoccio de primavera. Ya podía escuchar el canto alegre de los pájaros y el discurrir del agua del río sereno. Inquieta, entrelazó los dedos y posó de nuevo la mirada en los ojos turbios de su padre. Profundos. Desconcertantes. Necesitabas sumergirte muy hondo y aguantar la respiración bajo su océano para descubrir sus pensamientos. Y para ella, él continuaba siendo un misterio.

—¿Vas a darme también un abrazo, o esperas quedarte ahí plantada hasta que llegue mañana? —le soltó, rebajando así la tensión.

Sofía se tiró a sus brazos y George la recibió como si su hija hubiera partido hacia un largo viaje en tren y regresara después de tantos años. Se había despedido de una niña, y ahora tenía enfrente a una gran mujer.

—Gracias por apoyarme en esto —musitó ella.

—Tranquila, todo va a ir bien. —Quiso calmarla al percibir su agitación—. En cuanto rompamos los sellos, iremos contigo.

Entonces, su madre comenzó a dibujar en el aire una espiral que se hacía cada vez más grande. Seguidamente, una abertura enorme del tamaño de la puerta de una catedral empezó poco a poco a tomar forma con las pinceladas azuladas que se desprendían de los dedos de ella. A Sofía se le cortó la respiración al contemplar ese círculo concéntrico, el cual debían atravesar sin saber qué les depararía, y agarró con fuerza la mano de Harry. Este inclinó ligeramente la barbilla para saludar a sus padres y desahogó su nerviosismo soltando el nudo de su corbata.

—¡Cuídala! —exclamó George antes de verlos desvanecerse tras la luz azulada. Después agachó la cabeza, esquivando los ojos añiles de su exmujer—. ¿Has traído el sello?

—Por supuesto —le contestó ella—. Si no, ¿qué sentido tiene este viaje?

—Pues entremos entonces.

Él se adelantó resuelto, sin ganas de entablar una charla amistosa con su exmujer, pues debían concentrarse en el trabajo que debían hacer juntos, pero ella lo detuvo sujetándolo de un brazo.

—Jorge, te conozco. Y no es una buena idea lo que estás pensando.

El hombre balanceó los pies y se resguardó las manos en los bolsillos. Después se atrevió a mirarla mostrando su confusión.

—¿De qué estás hablando?

—¡Oh, por Dios! No vamos a empezar otra vez —le recriminó ella, aludiendo a esos días donde el brujo se sumió en un mutismo exasperante, sobre todo después de que dieran a Sofía en adopción—. Sabes que se trata de algo prohibido, y de que existen muchas variables que podrían alterar todos los acontecimientos posteriores. No hablo de los personales, ya que sabemos de sobra que se irían al traste, sino de los mundiales.

George rio resignado, pues Samantha tenía la mala costumbre de adelantarse a sus propios pensamientos.

—Podría ser la solución a todo esto —insistió él—, sin tener que mandar a nuestra hija a una guerra que nosotros provocamos.

—¡No puedes presentarte a tu yo pasado y contarle que tu tía Carol te ha mentido! ¡Cambiarías dieciocho años de la historia, así porque sí!

—¿Y por qué no? Nuestra hija crecería con nosotros, yo mismo me enfrentaría a Jaime y acabaría con él antes de que comenzara toda esta carnicería. Viviríamos felices como siempre deseamos. ¿Qué hay de malo en ello?

Ella se llevó las manos a la cabeza.

—¡Todo! Muchas cosas podrían salir mal. Tú podrías morir en esa batalla imaginaria con tu primo, o él podría comenzar a matar a nuestros seres queridos hasta que le entregásemos a Sofía. Podría ir a por tus padres, a por tu hermana Ángela y a por mi familia también. —Respiró hondo—. Además, le privarías a Sofía de crecer con su nueva familia, puede que ni siquiera su hermano Cris llegue a nacer. Ya sabes que Elena no podía tener hijos, y que fue la presencia de Sofía la que hizo que se produjera el milagro. —Samantha trató de ordenar todo el torrente de acontecimientos que se borrarían de un plumazo—. ¿Y qué pasaría con sus amigos? Por primera vez en su vida, Iris tiene una amiga, Hugo se ha desprendido de su hermetismo y Oriol ama a su bestia.

—¿Cómo sabes todo eso? ¿Has estado espiando en su mente?

Con los brazos cruzados bajo su pecho, la bruja aguardó una excusa, un atisbo de arrepentimiento en su rostro imperturbable. En cambio, él le dio un puntapié a una piedra tratando de liberar su frustración. Detestaba que Sam se interpusiera en sus planes. Odiaba discutir con ella, sobre todo su maldita sensatez.

—¡¿Y por qué tienen que importarme a mí su familia adoptiva o sus amigos?!

—¡Porque se trata de la vida de tu hija ahora! Y porque no puedes perderla también en este tiempo... Sabes que esa clase de viajes están prohibidos por una razón, y la última vez que intentaste hacer algo parecido, tu magia desapareció una semana. ¿Así piensas defenderla de Jaime en el pasado? Si tu obstinación te hiciera perder la magia de nuevo, no podrías protegerla. Todo tiene un límite y siempre hay consecuencias —bufó decepcionada—. ¿Es que todavía no te has planteado por qué la llave decidió instalarse en Sofía desde que nació y no aguardó a que tú murieras?

El hombre tensó el mentón, derrotado, y aun así quiso mantener el talante ante ella estirando el cuello. ¡Cómo la había echado de menos!; incluso esa sinceridad hiriente de la que presumía, la cual le devolvía los pies de nuevo a la tierra.

—Ya me hice esa pregunta.

—¿Y cuál fue la respuesta, Jorge? Dime, ¿cuál fue la respuesta?

Él calló. Prefirió entrar en el monasterio y tragarse su orgullo. De una manera u otra, Sam siempre tenía razón. A veces, él era demasiado visceral, impronta heredada de su mismísimo bisabuelo y que atormentaba a todos los varones de su familia. Puede que incluso se remontara a siglos atrás en la historia, cuando, según cuentan, un conde reputado cegado por los celos petrificó a su amante condenándola a estar viva y poder moverse solo cuando él estaba presente en la estancia. Para los demás, era solo una obra de arte, una escultura pasional que reflejaba los deseos salvajes de una mujer. Para él, era su amor. Por fortuna, muchos conjuros habían sido prohibidos precisamente para evitar aquellos ataques de ira.

George abrió su maletín, extrajo el primer sello y lo depositó sobre la mesa de la biblioteca. Las estanterías estaban vacías, solo algunos tomos polvorientos resistían en esas cuatro paredes abandonadas a su suerte. El hombre contempló el relieve un instante, recordándole lo egoísta que eran a veces los brujos. Latía. Eran pálpitos salvajes. Vivos. Entonces, gruñó por lo bajo y recordó la patética historia a la que Samantha había hecho mención.

A finales de los noventa, el gremio le pidió el favor de que tratara de interceptar a un viajero del tiempo que había enloquecido y se dedicaba a cometer crímenes a lo largo de la historia. Para el Consejo

era imposible hacerlo, pues ninguno poseía ese don ancestral. Sin embargo, él sí. Se obsesionó tanto con el pasado que se olvidó de vivir el presente. Aparecía y desaparecía por la casa mientras Sam lo esperaba con un libro en la mano y el corazón en vilo. Toda esa persecución estaba pasándole factura, a veces incluso se olvidaba de comer. Hasta que, por fin, un día concluyó que ese individuo debía pertenecer a su misma línea genética. No obstante, ¿se trataba de alguien de su futuro o de su pasado remoto? Si era así, no podría entregarlo para que lo encerraran o lo despojasen de sus poderes. Su nacimiento podría verse comprometido. Aunque también ese demente estaba asesinando a personas que no debían morir en aquel entonces, y por lo tanto su descendencia estaba desapareciendo en la actualidad. ¿Qué debía hacer entonces?

Después de pedirle consejo a su tía Carol, esta le aseguró que nada cambiaría en su familia si ese criminal se evaporaba de la faz de la tierra. Como no quería desvelarle al Consejo que el asesino era alguien de su pasado para que no comenzaran a dudar de la reputación de la familia y los sometieran a una vigilancia extrema por si otro miembro se excedía con sus poderes, renunció al caso, y gracias a la videncia de su tía lo localizó en tiempos de la revolución francesa. Lo asesinó antes de que se convirtiera en un joven mujeriego, sin darle la oportunidad de cambiar su destino.

Sí, tenía las manos manchadas de sangre, y siempre pensó que hacía justicia eliminando a un ser abominable que había matado a doce personas y a su futura descendencia. Sí, no era merecedor de esa llave tan pura, tan íntegra... Lo que no comprendía era cómo su primo Jaime era conocedor de todo aquel embrollo y, por ende, de que la llave podría saltar en cualquier momento hacia su hermana Ángela o a su futura hija no nacida, pues él la había deshonrado. Después, resopló al caer en su error. Su tía Carol debió comentarle el asunto y él cometió un disparate al apartar al Consejo. Si hubieran investigado a la familia por completo, habrían detectado el comportamiento errático de su primo.

Soltó una carcajada angustiosa.

El destino. El maldito destino.

Descendieron por una vereda hacia el pueblo con tan solo las pocas provisiones que Harry había podido cargar en su mochila. Al adentrarse en Tella, Sofía caminó por su única calle principal mientras escuchaba los datos que había memorizado el brujo sobre ese pintoresco paraje. El pueblo, situado a más de mil trescientos metros de altitud, permanecía anclado en el Parque Nacional de Ordesa y Monte Perdido, y parecía estar suspendido en una especie de lapsus

temporal a la vez que se dejaba mimar por sus misteriosas montañas. Sus pocos más de doscientos habitantes vivían en casas de piedra fuerte, techadas con tejados de losa, desde los que sobresalían altísimas chimeneas decoradas con espantabrujas. Estos no eran más que piedras porosas en forma de cruces, muñecos feos o simples conos para evitar que las brujas sobrevolasen los tejados de las casas y entrasen a través del único hueco abierto en los hogares: el de las chimeneas. Una de sus grandes atracciones turísticas eran las tres ermitas que podías visitar siguiendo una ruta muy sencilla. Harry le contó que las habían construido formando un anillo telúrico para así proteger a los aldeanos de los entes oscuros.

Sofía seguía sus explicaciones entre un desmesurado interés y un total desconcierto, pues apenas había transeúntes en las calles.

—Harry, ¿por qué esto no está infestado de los seguidores de Janus? Se supone que el equinoccio es mañana.

—El dolmen se encuentra a unos quinientos metros del pueblo. Estarán allí todos reunidos haciendo los preparativos. —Le guiñó un ojo, restándole importancia a ese detalle.

—¿Y dónde se alojan?

—Pues no lo sé, Sofía. Estarán regados por ahí con tiendas de campaña. —El brujo se detuvo y la miró con recelo—. No creerás que nos hemos equivocado de lugar, ¿verdad? El conjuro que escogiste es muy certero. Rara vez se equivoca.

—¿Y entonces por qué el pueblo está tan callado? —insistió ella—. ¿Y a qué te refieres con eso de rara vez? ¿No es fiable?

—No lo sé, Sofía. No lo sé. Se ha ejecutado muy pocas veces, o al menos no existen tantos registros como para elaborar una estadística fidedigna. Los brujos no podemos adivinar el futuro.

El inglés llamó a la puerta de un edificio de dos pisos bastante coqueto y con amplios ventanales, los cuales debían arrojar a su interior mucha luminosidad. En el lateral había un cartel que les anunciaba que habían llegado a una posada. Y no era una posada cualquiera, sino bastante modernizada, ya que contaba con varios apartamentos bien acondicionados y destinados a su uso. Les abrió una señora mayor ataviada con un pañuelo negro en la cabeza y los ojos bizcos. Tras una breve charla con Harry, la señora les indicó que podían alojarse en una de sus habitaciones.

—Puede que nos acompañe un joven que aún no ha llegado —la advirtió, refiriéndose a Oriol—, y también espero a un grupo de amigos interesados en la historia del dolmen.

—Muchos vienen y muchos van. Cuando llega la primavera, comienza la estación aquí. Ya sabe, de curiosos que quieren visitar el pueblo de las brujas y desean tropezarse con alguna.

—¿Han llegado muchos curiosos al pueblo en estos días? —le

preguntó, por las dudas sembradas por Sofía.

—No, sois los primeros. La mayoría prefiere venir los fines de semana, cuando hay descanso. Perdonadme, normalmente es mi hijo el que se ocupa de estas cosas, pero ha salido a comprar algunas naranjas para el desayuno. Tenemos también servicio de restaurante, además de una amplia terraza en la parte trasera.

—Muchas gracias, es usted muy amable.

La anciana les dio la llave de la habitación, ubicada en el segundo piso, y se sorprendieron al descubrir un apartamento acogedor con una pequeña sala muy cuidada y un baño que desearían tener muchos de los hostales de la zona.

Sofía se acercó a la ventana y se deleitó con las vistas del impresionante paraje. Montañas deslumbrantes, el verdor que las circundaba y convertía a Tella en un pequeño pueblo de cuentos, donde hadas y gnomos vivían en una armonía merecida.

—En cuanto llegue Oriol, iremos a echarle un vistazo a ese dolmen. Es mejor no arriesgarnos a ir solos. No sabemos lo que podemos encontrarnos —la informó el brujo, quien había recuperado su móvil ante la resignación de ella, que prefería mantenerse comunicada.

La joven descendió de la nube en la que sus pensamientos se habían instalado y asintió sin objetar. No quería admitirlo, pero estaba nerviosa. Oriol cruzaría esa puerta en cualquier momento, quizá con el cabello más largo y puede que con la graciosa barba de tres días que tantas veces la hizo suspirar, y ella no sabría qué decirle: si atormentarlo con su sinceridad desmedida o callar.

—Y también en cualquier momento veremos a Rafael y a León —continuó—. Han estado reclutando a más cazadores de confianza, y me han avisado de que tanto Sonia como Lucía se han unido para la gran puesta en escena.

—Seguimos siendo pocos. Ignoramos cuántos brujos se han pasado a sus filas.

—No pueden ser muchos. El Consejo lleva unos años marchitándose como las flores sin agua. Les importa poco el orden mundial siempre que puedan meter sus tentáculos en los escondrijos de los políticos —dijo asqueado por en lo que se había convertido su gremio en pleno siglo veintiuno—. Además, no todos sus acólitos viajarán hasta aquí. Muchos recibirán el ansiado cáliz desde sus casas si Janus consigue hacer lo que se propone.

—No lo hará —dijo ella tajante.

—Voy a deshacer la maleta y darme una ducha. Y tú deberías hacer lo mismo.

—No tengo nada. No me he traído siquiera la mochila, ¿recuerdas? ¡Todo se quedó en el cuatro latas de Iris! —Apática, se acercó al brujo—. Y no entiendo cómo tú has conseguido arrastrar esa vieja maleta

por todos sitios.

—Por suerte, da gracias a que soy un brujo y que siempre voy preparado.

Ella lo miró confusa mientras Harry colocaba unas camisas bien planchadas sobre la cama, un par de jerséis y varios pares de calcetines ordenados y clasificados por colores. Continuó hurgando en la maleta hasta encontrar unos vaqueros, un suéter rosa con el dibujo de un búho dormilón y su otro par de zapatillas deportivas, las azules que tanto le gustaban.

—¿Cómo ha llegado todo eso ahí? —le preguntó perpleja al reconocer su ropa y señalando el fondo de la maleta, que parecía no tener fin. Entonces atisbó una docena de libros en su interior y su asombro fue aún mayor—. ¿Cómo te caben los libros? ¿De verdad has traído libros?

—Por supuesto, no viajo sin ellos —dijo orgulloso a la vez que tiraba de las solapas de su chaqueta—. Lo cogí todo antes de marcharnos de tu casa, y metí algunas cosillas tuyas, dado que ahora mismo soy tu tutor. Bueno, lo era, hasta que han aparecido tus padres... Ah, y también tu ropa interior.

—Vale, vale, está bien, no quiero detalles.

—Es una maleta muy práctica y que además está bajo un hechizo. Le regalé una mochila embrujada a León por su cumpleaños hace unos años. Si te gusta, puedo conjurarte una para que te quepa todo. ¡Son muy útiles!

—¿León tiene una? —Rio a carcajadas al haber resuelto el misterio —. Cuando se lo diga a Iris, no va a creérselo.

—¿Por qué? —le preguntó, sin llegar a comprender.

Unos suaves toquecitos en la puerta les advirtieron de que el cazador había encontrado la posada. Esperanzado, Harry se precipitó hacia ella y, confundido, dejó entrar a una joven que casi lo arrolló para acceder al interior. La examinó ante su atenta mirada escondida bajo sus gafas de pasta, a la vez que Sofía se interponía en su camino con los brazos en jarra.

—¿Quién eres tú? ¿Dónde está Oriol?

—Así que tú debes ser la famosa bruja. Me han hablado mucho de ti —soltó la chica, mostrando sus marcados colmillos—. No te imaginaba tan escuchimizada. Demasiadas piernas y poco busto. Tú ya me entiendes. —Rio como si hubiera dicho un gran chiste.

—Disculpa si a mí nadie me ha hablado de ti. Entiendo que no eres del círculo íntimo de la familia. Tú ya me entiendes. Demasiada lengua y poca credibilidad.

Bianca miró con desdén a la bruja y sonrió de medio lado. Después, la apartó de su camino y chocó con el hombro de ella de forma intencionada. Sofía no se achicó. De sus dedos comenzaron a brotar

pequeñas chispas azuladas, las cuales apagó de inmediato en cuanto observó el semblante reprobatorio de Harry, quien se había quedado perplejo, con una mano todavía sujetando el pomo de la puerta. La bruja contuvo resignada un suspiro, y ambos observaron atónitos cómo la cazadora lanzaba sus pertenencias al sofá, para después sentarse y apoyar sus botas en la mesita de cristal que decoraba la sala.

—Me gustas. Tienes agallas. Creo que tú yo podemos llevarnos bien después de todo. —Sofía arqueó las cejas, sin llegar a comprenderla—. He visto tus chispitas y mientras no las uses contra mí, no tendremos ningún problema —le aclaró al tiempo que acentuaba su pérfida sonrisa.

—Todavía no nos has dicho quién eres y qué estás haciendo aquí.

—¡Ah! Soy Bianca. Y si estás tan desesperada por ver a Oriol, debe de estar en el aparcamiento sacando las últimas bolsas del coche. No he querido esperarlo. Ya sabes que es muy meticuloso cuando se trata de elegir las armas adecuadas para cada misión.

Antes de girar sobre sus talones, la bruja la desafió con sus intensos ojos añiles. Tras eso, corrió escaleras abajo sin detenerse a pensar qué era lo que le diría en cuanto lo viese. Le bastaba con saber que su corazón le había dado un vuelco cuando descubrió que esa joven altanera lo había acompañado hasta allí. No eran celos, sino una honda decepción que ni siquiera era capaz de explicar. Al salir a la calle, emprendió el camino empinado que conducía hasta el aparcamiento acondicionado de la zona, a pesar de que una niebla turbia comenzaba a descender desde las montañas, zambulléndose en el pueblo como un pájaro de mal agüero. Sofía ralentizó el ascenso, pues apenas conseguía distinguir el color de los vehículos. Entrecerró los ojos, y distinguió el maletero abierto de un coche amarillo chillón.

Sofía cogió aire y lo contuvo unos segundos en sus pulmones antes de recuperar su respiración normal. No continuó avanzando. Se quedó con los pies anclados en esa tierra desconocida que le vociferaba una y otra vez que el mal se encontraba cerca, que retrocediera, que Janus podría estar acechándola. Sin embargo, no se movió. Prefirió buscar al cazador con ojos desesperados.

Y entonces lo vio.

Distinguió su silueta circundado por una neblina fantasmagórica, tan irreal que le pareció estar inmersa en un sueño. El joven cerró el vehículo y se dio media vuelta dispuesto a recorrer los metros que lo separaban de la posada. Pero antes de dar un paso, su mirada se cruzó con la de Sofía, y ambos permanecieron un instante suspendidos en ese escenario sobrecogedor sin ser capaces de pronunciar palabra alguna. En un silencio que ellos mismos temieron quebrar.

Con los labios trémulos, Sofía sacudió la cabeza y acortó la

pequeña distancia que los mantenía alejados en una última carrera, mientras percibía cómo las gotas diminutas contenidas en la bruma calaban sus huesos. Corrió, hasta que alcanzó sus brazos cálidos y se refugió en ellos ignorando lo que en ese momento él pudiera pensar de ella.

Oriol sintió que su pecho se ensanchaba en cuanto Sofía se cobijó en él, y no pudo hacer nada más, sino derretirse entre su hielo ardiente y su sincero arrebato. Acarició sus cabellos claros mientras apoyaba su mentón en su frente.

—Te he echado de menos —le confesó ella a la vez que rompía a llorar.

—No llores. Por favor, no llores.

—Tengo tantas cosas que decirte. Nunca pude explicarme y...

—Lo sé —la interrumpió—. Pero ahora no digas nada. —La abrazó aún con más fuerza y besó su melena humedecida por la incipiente niebla—. Te prometo que hablaremos, pero ahora es mejor que nos refugiemos en la posada antes de que cojamos una pulmonía.

Ella asintió al tiempo que se apartaba del cazador despacio. Se secó las lágrimas arrastrándolas con las palmas de sus manos y le mostró a Oriol el camino hacia la posada.

—¿Cómo están mis padres? ¿Y Cris? —se interesó.

—Están bien. No te preocupes por ellos. Los he dejado con mi tío Gabriel... —Dejó de hablar de inmediato y pareció pensar algo—. Lo que me asegura que ya has debido conocer a Bianca.

—Sí, una chica muy simpática —le contestó con retintín a la vez que observaba con extrañeza cómo la bruma se replegaba y ascendía de nuevo por las montañas, liberando de nuevo al frágil sol. Un extraño fenómeno que la hacía desconfiar aún más de ese paraje.

En cuanto entraron en el apartamento asignado para ellos, Harry se abrazó al cazador y no se despegó de él hasta que disipó todos sus temores sobre la misión. Ya no estaban tan solos. Oriol había regresado con ellos después de tantos días de ausencia.

Emprendieron la marcha hacia el dolmen en silencio, fingiendo ser apasionados senderistas a pesar de que apenas se paraban para admirar el paisaje. Habían cargado a sus espaldas mochilas con lo indispensable: agua, prismáticos y armas. Oriol, quien encabezaba la expedición con semblante meditabundo, había introducido en su saco un par de pistolas, ya que su escopeta llamaría mucho la atención. Recorrieron el camino intercambiando las palabras justas. Oriol sentía los ojos de Sofía clavados en su nuca, hambrientos de atención. Sin embargo, ahora no podía darle lo que ella demandaba; no en medio de una incursión en territorio enemigo.

A cien metros del lugar donde iba a realizarse el ritual, se detuvieron. Lo hicieron con asombro, pues allí no había nadie. Ningún

acólito desesperado por recibir la bendición del Cielo. Con una mueca torcida, Oriol apartó los prismáticos de su rostro y posó sus ojos perplejos en Harry. No había rastro humano en cientos de metros a la redonda, ni siquiera se habían cruzado en el sendero con algún devoto de Janus que los hiciera pensar que estaban en peligro. Aun así, el medio demonio lo olía. Era una mezcla de fluidos extraños que no lograba descifrar pero que le indicaban que allí ocurría algo.

—Huele a magia —le corroboró el inglés—. No sé a qué hechizo habrá recurrido Janus, puede que a uno de ocultación o tal vez de proyección, por eso los aldeanos no han puesto el grito en el cielo. Como nosotros, no consiguen ver a los cientos de seguidores que deben estar concentrados aquí desde hace días.

—Eso es imposible. No existe la magia perfecta, siempre hay algo que la delata. —Bianca colocó las manos sobre las caderas y refunfuñó —. Esos idiotas no son tan buenos.

—Yo también la huelo. —Sofía percibía un singular aroma a canela, endulzado con una pizca de miel y rematado con algunas hojas de albahaca—. Janus no puede haber usado un hechizo tan potente. No tiene la llave de los brujos, y sigue siendo un cruzado.

—Creo que ha reunido más poder del que imaginamos —indicó el medio demonio.

En ese momento, atisbaron la silueta de una mujer rolliza acercarse a las inmediaciones del dolmen con un cubo de agua. Todos se callaron. La señora de brazos musculados y gruesas piernas caminaba mientras sus ojos saltones miraban de un lado para otro en busca de fisgones. De repente, desapareció. Se esfumó como los magos en un espectáculo tras crear una cortina de humo. Pero allí no había humo. Ni niebla. Ni brumas sobrenaturales. Se había desvanecido en mitad de la nada. ¡Plaf!

Sofía contuvo una exclamación de asombro mientras Oriol les indicaba con la mano que se alejaran de la zona.

—Aquí no estamos seguros. Es mejor que volvamos más tarde, cuando lleguen los refuerzos. Tenemos que descubrir que está pasando antes de lanzarnos a la boca del lobo.

Regresaron a la posada con una amarga sensación de derrota en el paladar. Harry repasaba sus libros, confiado en que Janus había recitado un conjuro de ocultación lo bastante sutil para no alertar a los aldeanos, demasiado grande para poder esconder a todo un ejército. Si estaba en lo cierto, necesitarían más ayuda que un puñado de cazadores fieles y un par de brujos dispuestos a jugársela por un bien mayor. No contaba con los videntes, pues no eran guerreros; como mucho los apoyarían con sus predicciones, y aun así no sería suficiente. Reprimió una mueca de disgusto que rápido convirtió en una sonrisa complaciente. Sofía lo observaba desde el sillón,

convencida de que él podría encontrar algo que desbaratara los planes de Janus en sus libros: el conejo de la chistera. Y por eso enterró de nuevo su rostro en las páginas de ese manual, seguro de que encontraría algo. Sin embargo, cada vez que comprobaba la hora y recordaba lo poco que quedaba para el equinoccio, más se convencía de que tendría que luchar. Tal vez su última batalla, pues sabía que su cuerpo no aguantaría mucho más los crueles efectos de la magia.

Ocultó su pesar tras sus gafas de pasta, y quiso convencerla de que todo saldría bien:

—Vamos a impedirlo. Nadie va a ponerte una mano encima. Te lo prometo, Sofía. Ya se lo prometí a tus padres. Y yo jamás olvido una promesa.

Ella inspiró hondo.

—Harry, estoy segura de que mis padres romperán los sellos, y entonces no sé de lo que seré capaz —le confesó, desvelándole sus temores—. No quiero hacerle daño a nadie ni...

—Yo voy a estar contigo —la interrumpió—. Pase lo que pase, sabes que puedes confiar en mí como yo lo hago en ti.

Ella elevó la mirada al comprobar que Bianca salía del baño enrollada en una toalla de manos que apenas le cubría las nalgas. Sofía no escondió su perplejidad, ni tampoco el brujo inglés, quien carraspeaba de forma inconsciente demostrando su incomodidad. La cazadora sonrió sin más y se introdujo en el dormitorio.

—Bien. Será mejor que vaya a dar una vuelta y dé tiempo a que lleguen los demás. Necesito despejarme. —La bruja abandonó el sillón y se dirigió a la puerta. Sí, necesitaba coger aire, reflexionar sobre todo lo que estaba aconteciendo. No solo se trataba de Janus y de sus feroces acólitos. También Oriol le había robado parte de su oxígeno y a ella le costaba respirar. Quería encontrarlo, pues él había vuelto a abandonar la posada para inspeccionar por sí solo las posibles vías de escape del pueblo después de que regresaran de su excursión al dolmen sagrado.

—No deberías estar tú sola paseando por ahí. Cualquiera podría verte. Y ahora eres el tesoro más codiciado por Janus.

—Puede que sea él el que deba temerme. No le tengo miedo a mi primo, Harry. Solo quiero que termine esta pesadilla.

Sofía recorrió las calles estrechas impregnándose de su magia. Sí, podía olfatear esa impronta de la que los cazadores tanto le habían hablado, y pensó que sus padres iban por el buen camino. Pronto no habría nadie que la detuviera. Es más, no le habría importado cruzarse con algunos de los fanáticos de Janus. Estaba harta de ellos y de su

filosofía llena de margaritas sobre la vida.
Él la sujetó por un brazo y le recriminó que hubiera salido a pasear. Entonces, elevó la mirada y divisó a Oriol rodeando una de las ermitas del pueblo. Él parecía no haberse percatado de su presencia, así que lo siguió, y en cuanto dobló la esquina, el medio demonio la sujetó por un brazo y le recriminó que hubiera salido a pasear.

—Ahora mismo, Tella no es seguro para ti.

—Tampoco lo es para ti. —Se deshizo de su mano y avanzó afianzando sus pasos, dejándolo atrás sin ninguna contemplación. Estaba enfadada consigo misma, pues, aunque lo deseaba, no se merecía la atención de él. No después de lo que le había hecho.

—Sofía, espera. —Él corrió tras ella—. Tienes razón. Tenemos que hablar. Pero esto está siendo muy difícil para mí. Antes, cuando has aparecido en el aparcamiento, he querido decirte que yo también te echo de menos. Sin embargo, tengo un nudo en la garganta que me impide ser sincero. Porque hay ciertas cosas que todavía me duelen.

La joven se detuvo ante el tono grave de sus palabras. No dijo nada. Esperó a que él la alcanzara y continuara un espinoso diálogo que deberían haber tenido meses atrás, en Alicante, antes de su marcha.

—¿Le quieres?

Sofía puso los ojos en blanco y antes de ser capaz de emitir alguna palabra:

—¿Esa es la primera pregunta que me haces después de tanto tiempo? Después de todo lo que nos ha sucedido, ¿eso es lo único que te importa?

Oriol presionó los labios, admitiendo su brusquedad, pero no añadió nada más. Aguardó a que ella respondiera mientras sentía cómo sus piernas flaqueaban. No estaba preparado para escucharla. Pensaba que podría soportarlo. Sin embargo, allí, frente a ella, se había vuelto pequeñito. Frágil.

—¿Se puede amar a dos personas a la vez? Porque ya no sé lo que siento. Y aunque trato de despejar mis sentimientos cada mañana o me obligo a no pensar en ellos, la realidad es que me ahogo. Muchas veces me culpo por no haber sido lo suficientemente fuerte para resistir al conjuro, sobre todo cuando Hugo no está a mi lado. Pero, cuando lo siento cerca, me convenzo a mí misma de que debe haber algo más que un simple hechizo. Sé que la respuesta no te gusta, y puedes odiarme por ello. Pero te has equivocado al formularla. Deberías haberme preguntado si he pensado en ti en estos meses, porque la respuesta habría sido: «Sí, mucho».

Él aguantó el porte como un caballero elegante al que le hubieran dado la primera estocada. Demasiada sinceridad en unos segundos, demasiado rencor con el que lidiar.

—¿Eras tú de verdad? ¿Viniste a verme cuando estaba mal?

Ella entornó los párpados y entrelazó su brazo con el de él. Después lo obligó a proseguir el paseo por una ruta más íntima, más alejada de los aldeanos curiosos que detenían sus miradas en dos foráneos.

—Sí, era yo. De alguna manera, mi alma intuyó que te encontrabas en un aprieto y quise consolarte. He estado pensando en ese astral durante días y... —Acalló la frase mientras se sonrojaba. No podía decirlo en voz alta. Todavía no.

—Sofía, siento si no estuve a la altura de las circunstancias. Puede que me equivocara dejándote sola para que lucharas contra ese conjuro. Mi orgullo estaba herido. Todo había pasado delante de mis narices y yo ni siquiera me había dado cuenta. Debí hacerlo desde el minuto en el que mi hermano arriesgó su vida para encontrarte en la nieve, y después cuando me habló del vínculo. Puede que no quisiera ver lo que estaba ocurriendo... No quería asumir que tal vez pudieras alejarte de mí.

—Quiero que sepas que luché, y que Hugo también lo hizo. Ninguno de los dos queríamos hacerte daño.

—¿Y qué pasará cuando rompas el vínculo? ¿Dejarás de amarlo? ¿O debo temer que unos sentimientos que ya han aflorado jamás sean acallados?

—No lo sé. No tengo las respuestas a todas esas preguntas.

Él resopló algo enojado. Y se arrepintió de haberlo hecho, pues ella había desviado la mirada.

—Sofía, te he odiado. He tratado de sacarte de mi corazón muchas veces. Pero no puedo. No puedo... Explícame tú cómo se puede odiar y amar al mismo tiempo a una persona, porque yo no sé cómo es posible.

Una lágrima despuntó de los ojos de ella, y Oriol se apresuró a recogerla como si fuera una pestaña a la que solicitarle un deseo. Después la liberó con un cálido soplo.

—Sé que no tienes por qué confiar en mis palabras. Pero yo te quiero, Oriol. Más de lo que imaginas. Aun así, entiendo que te he decepcionado y que se ha abierto una brecha enorme entre nosotros. Ojalá algún día puedas perdonarme.

—No lo entiendes. Ya lo he hecho. Eso es lo que he tratado de decirte desde el principio. Me equivoqué al dejarte sola. Esta vez he vuelto para luchar por ti.

La rodeó por la cintura y la atrajo hacia su pecho con cierto temor a que lo rechazara. Sin embargo, no lo hizo. Lo miró con sus ojos dulces, transparentes, y un suspiro de alivio se desprendió de sus labios, envolviéndolos en una serenidad que imaginaban ya perdida. Oriol escuchó sus latidos: ansiosos, furiosos. No iba a volver a reprimirlos, no iba a permitir que el dolor hablase primero.

Y entonces la besó.

Dejó que sus bocas se juntaran con arrebato, con una pasión desenfrenada que creían haber perdido. Sin embargo, había emergido desde lo más profundo de sus almas tras reconocer ese deseo que siempre existió: desde el primer instante en el que sus miradas se cruzaron, desde el primer momento en el que supieron que estaban destinados a ser uno.

Oriol saboreó sus labios mientras le acariciaba la melena clara. A la vez, ella le aprisionaba la nuca para atraerlo aún más hacia su boca. Sentía su calor, su fuego, que llamaba a gritos a su bestia para que sucumbiera ante el delirio de la bruja. Habría querido lanzarla sobre la hierba húmeda que rodeaba sus pies, habría deseado demostrarle todo lo que la había echado de menos, pero la apartó con delicadeza. Debían destruir a un monstruo. Aniquilarlo para que jamás pudiese cumplir sus desvaríos.

—No podemos seguir con esto hasta que aclaremos las cosas con mi hermano. Tampoco es justo para él. Pero quiero que sepas que voy a ayudarte a destruir el vínculo. Después, que pase lo que tenga que pasar. Ahora tenemos que reunirnos con los demás. Hay un chiflado al que tenemos que vencer.

Ella lo abrazó desconsolada, y también aliviada porque el Oriol de siempre había regresado. Y deseaba que jamás se fuera de su lado. Después pensó en Hugo; un pensamiento fugaz que consiguió desarmarla. Tenía que destruir el vínculo, volver a tener el control de su vida y la capacidad de decidir sin ataduras.

24

Fuga

No había ningún músculo del cuerpo que no le doliera. Los inesperados latigazos entre los dedos de los pies, en ese pequeño hueco donde cada uno iniciaba su nacimiento, lo hacía presionar los párpados y contar los segundos entre uno y otro. Hugo percibía esa corriente eléctrica discurrir por ellos con saña, por eso los engurruñaba hasta que el martirio pasara. Podía soportar el martilleo constante de la cabeza, el cual se había convertido en el síntoma más tolerable. No obstante, esas duras descargas que sufrían sus pies lo amedrantaban.

Ignoraba el lugar en el que se encontraba. Cuando sus pupilas se lo permitían, contemplaba el diminuto haz de luz penetrar por el ventanillo. Era su rayo de esperanza. Su clavo ardiente. Todavía no había sucumbido a la oscuridad, al menos por el momento. Trató de buscar una posición cómoda en el camastro al que lo habían relegado, humedeció sus labios con la poca saliva que le quedaba en la boca y se concedió un descanso, a pesar de los estrechos grilletes que presionaban sus muñecas. En ese momento no contaba con las fuerzas suficientes para luchar, para rebelarse contra su enemigo, pues su cuerpo no le respondería. Tenía que cerrar los ojos unos minutos y dejarse vencer por el sueño. Un sueño que no tardó en apoderarse de él.

De pronto, unos labios acariciaron su rostro y se estremeció al sentir las cosquillas bajar desde sus mejillas hasta su mentón. Entreabrió los ojos muy despacio, todavía medio adormilado como para comprender quién deseaba perturbar su frágil paz.

Con asombro, descubrió a Sofía sentada en el borde de la destartalada cama. Le sonreía con dulzura a la vez que rozaba con la yema de los dedos las magulladuras de su cara.

—¡Estás aquí! ¿Has hecho un astral para rescatarme? —Hugo le mostró las cadenas de sus manos, las cuales lo mantenían esposado a los barrotes del cabezal—. No va a ser muy fácil, pero recuerdo que una vez conjuraste a unas hadas para atacar a un visitante de alcoba. Sé que puedes hacerlo. Yo confío en ti.

Sin embargo, ella ignoró su petición y se sentó a horcajadas sobre sus caderas, después inclinó el torso hacia delante para comenzar a

mordisquearle la barbilla. Confuso, él la miraba mientras una oleada de excitación le hacía olvidar los continuos azotes que había padecido su piel.

—Sofía, ¿qué estás haciendo? —le preguntó con voz entrecortada —. Sabes que he estado deseando este momento desde hace mucho tiempo. Tú y yo, solos. Pero no creo que en estas condiciones sea lo más adecuado.

—¿Por qué? Puedes sentirme como si estuviera aquí de verdad.

—Sí, y es muy extraño. Todavía no comprendo si es parte de un sueño o un delirio que está haciéndome enloquecer.

—Sea como sea, suéltate y disfrútalo.

Ella juntó su boca con la de él y buscó su lengua con frenesí. Hugo no pudo decirle que no, y aunque los grilletes le impedían rodearla con los brazos, hizo un esfuerzo para que sus manos llegaran a rozarle los pechos. Sofía se enderezó y se desprendió de su camisa con una sonrisa juguetona, después lo ayudó a que sus dedos se introdujeran por debajo de su sujetador y dibujaran círculos en su pezón. El cazador la contemplaba extasiado, con unas ansias tremendas de liberarse de sus cadenas y enterrarle la cabeza en el pecho.

—Dime que todo esto está ocurriendo de verdad, que no es un maldito sueño.

—¿Por qué dudas? Estoy aquí, contigo.

—Entonces, rompe las cadenas. Desátame y huyamos juntos a cualquier parte donde podamos ser y no estar.

Ella se mordió el labio inferior con gracia, retiró su cabello hacia atrás y le desabrochó el botón del pantalón. Luego, bajó la cremallera con una lentitud que lo hizo estremecerse. Sofía comenzó a balancearse hacia delante y hacia atrás con movimientos suaves y pausados mientras él trataba de acompañarla, a pesar de su condena.

Hugo luchaba contra las cadenas, eufórico, y tiraba de ellas con la esperanza de que los barrotes cedieran. Necesitaba poseerla, agarrarla por la cintura, besar su cuello desnudo hasta que no hubiera rincón de él que no hubiese saboreado. Sofía pareció leer sus pensamientos, pues de nuevo se inclinó hacia él hasta llegar a fundirse en un solo cuerpo. Clavó su mirada determinante en sus ojos esmeralda y después inició una serie de movimientos más salvajes. Hugo alzó la cabeza hasta hundirla entre sus pechos, refugiándose en ellos, y los recorrió con la lengua hasta que llegó a su clavícula. Allí se detuvo para contemplar los ojos encendidos de la bruja, las chispas electrificantes que se desprendían de sus iris, y creyó morir de éxtasis. Sofía se columpiaba como una trapecista en un balancín realizando piruetas imposibles mientras emitía pequeños gemidos que desvirtuaban la inocencia que siempre existía en su mirada. Él ya no quería que parase, solo deseaba convertirse en ese caballo desbocado al que su dueña quería domar.

Había anhelado tanto ese momento, había ansiado en demasía convertirla en suya, que todo ese calor que lo azotaba hizo que la vista se le nublara unos segundos. Unos malditos segundos, donde el sueño y la realidad fueron uno. El rostro de la bruja se difuminó un instante, en el que pudo apreciar las pinceladas de otra mujer asomando tras las dulces facciones de Sofía. Otra persona. Otro ser que le arrebató su momento.

El cazador ahogó un grito y, furioso, le tiró de los cabellos hasta lograr que el cuello de la impostora se doblara.

—Tú no eres Sofía. ¿Quién eres?

—No seas bobo. ¡Claro que soy Sofía! —Ella se resistía a parar. Continuaba su carrera hacia la meta sola, ignorando sus deseos—. Estoy aquí para ser tuya.

—Rompe mis cadenas y te juro que te haré mía —le dijo entre dientes. Una promesa que sonó más a amenaza.

—No puedo hacerlo. Tú lo has dicho antes: esto es un astral. Está ocurriendo en un plano superior donde solo estamos tú y yo. —Ella agarró la mano que tiraba de sus mechones—. Hugo, por favor, suéltame.

El cazador la atrajo hacia él y, presionándole el mentón, examinó las facciones de Sofía. Receloso, acribilló sus ojos añiles, ya no tan eufóricos ni apasionados, sino más bien suplicantes.

—¡¿Quién demonios eres?! Te pareces a ella, pero no hueles a ella. He sido un idiota al no darme cuenta antes.

La joven tragó saliva y bajó la barbilla, avergonzada. De pronto, su verdadero rostro emergió como la criatura del Lago Ness, fascinante y a la vez terrorífica. Los cabellos rubios se convirtieron en una cascada de rizos pelirrojos que cubrieron parte de sus pechos, y sus ojos añiles se tiñeron de un verde oscuro absorbente.

—¡¿Eres una bruja?! —Hugo apretó aún más la boca de la joven hasta hacerla retorcer.

La muchacha negó con la cabeza.

—Soy una cruzada. Hija de una cazadora y un vidente.

—¿Y cómo coño has conseguido transformarte en ella?

—No he sido yo —le confesó, apartando la vista de él—. Lo ha hecho Janus. Me ordenó que te sedujera, que te distrajera para que no interfirieras en sus planes.

—¿Y tú te has vendido? ¿Por qué? ¿Por qué ese hombre tiene tanto poder?

—Tú no lo entiendes, y te pediría por favor que fingieras que te gusto, que estamos pasándolo bien. Tiene ojos en todas partes.

—¡Joder! —Alarmado, la soltó a la vez que trataba de incorporarse. Ese pervertido podría estar espiándolos—. Entonces, ¿esto no es un astral?... Todo ha sido muy real. —Ella asintió con la cabeza y él

entrecerró los ojos, arrepentido por haber caído en la farsa, por haber deseado culminar su ansia—. Bien… —le susurró más calmado—, vas a simular que continuamos con el juego, y después vas a tumbarte a mi lado. Voy a contarte un par de cosas al oído que necesito que hagas por mí, y si viene ese desgraciado, no le mencionaré que te he descubierto. Para mí, todo lo sucedido ha sido con Sofía. Pero si te pones a gritar, te juro que te partiré tu precioso cuello.

—No voy a gritar —le aseguró a la vez que su rostro volvía a ser el de Sofía.

Iris deambulaba de un lado para otro de su celda, preguntándose cuál había sido el destino de Simón y si el cuerpo del joven poseído, Óscar, no había sufrido daños irreversibles para que el muchacho pudiera recuperarse. Todavía le dolía la cara, y no descartaba tener un enorme moratón entre los labios y la nariz, ya que el bofetón la había dejado sin sentido unos segundos.

Pateó varias veces la puerta, incluso al principio se atrevió a golpearla con los brazos y a vociferar exigiendo que la liberaran. Más tarde, con los ánimos más calmados, se sentó en el camastro y comenzó a considerar sus opciones con más frialdad. Había intentado comunicarse con su madre sin muchos resultados, pues a pesar de que había inhalado una pizca de la llave de los videntes y había experimentado un frenesí desbordante, no conseguía canalizar todo ese poder en su cuerpo.

Abatida, se dedicó a meditar mientras los tenues rayos de sol impactaban sobre sus mejillas, y fue entonces cuando cayó en la cuenta de que un nuevo poder bullía en su sangre. Un don desconocido y a la vez inquietante. Jugó con él, quiso conocerlo, dominarlo, hacerlo suyo, y ahora se estrujaba el cerebro para determinar cómo utilizarlo sin llegar a ser demasiado invasiva.

Hizo crujir su cuello y entrelazó las manos detrás de su nuca, meditabunda. Casi lo tenía. Solo debía liberar esa energía suya poco a poco y comprobar hasta dónde podría llegar. Sus pulgares acariciaron sus dedos índices, formando un círculo casi perfecto. Después elevó los codos hasta situarlos debajo de sus axilas y alzó la barbilla para que el sol regara su rostro con su luz cálida.

Y así lo hizo, con mesura, rezando para que Janus no interfiriera en sus ondas energéticas. Ese poder amarillo se hizo palpable en su reducida cárcel, para después atravesar las paredes con celeridad y enviarle mensajes encriptados que cobraban sentido en su mente. En ella se dibujaba un plano de las instalaciones donde Janus había decidido asentar su cuartel general. Su nuevo don salió al exterior y

ella pudo contemplar el creciente verdor de la primavera en sus prados, coronados por sus majestuosas montañas.

De repente, su poder quiso retroceder, regresar al interior. Había captado una energía afín a un aliado, e imaginó que había localizado a Tres. Sin embargo, de pronto, sus ojos se abrieron de par en par. No se trataba de Simón. ¡Era Hugo! Estaba allí en la misma cárcel, y solo lo separaba de ella un maldito pasillo.

Hugo no esperaba que la atractiva pelirroja lo ayudase. Desde el momento en el que cruzó el umbral y lo saludó con timidez alzando la mano, supo que ella misma se delataría ante Janus. Todavía no comprendía cómo ese hombre sin un currículo agraciado había llegado a absorber a unas mentes tan brillantes. Los cazadores podían llegar a ser algo obtusos, pero eran leales al gremio, recelosos contra los que se saltaban sus normas y avispados para detectar el peligro. Janus los había quebrado con sus promesas resplandecientes cargadas de cucarachas, y esa joven cruzada era el mejor ejemplo. No había dudado en seducirlo solo para satisfacer los deseos más perversos de su líder.

Cuando había hablado con ella, mientras se achuchaban en la cama, no le había parecido una mema ni una marioneta desprovista de voluntad. Esa chica había exterminado junto con su familia a toda una manada de hombres lobo, y sin embargo parecía embobada con el discurso de ese fanático. Debía buscar otro plan. Uno más real, ya que ella jamás le entregaría el manojo de llaves para que pudiera escapar.

Abstraído en sus fútiles pensamientos, los cuales saltaban de uno a otro sin arraigo, escuchó una voz que le resultó familiar:

—*Hugo, soy yo. Estoy encerrada, como tú.*

—*¿Iris?* —El cazador sacudió la cabeza, queriendo expulsar la voz de su mente—. *No, no eres tú. ¡Eres Janus! Ya intentaste engañarme antes, pero no vas a conseguir que me vuelva loco.*

—*Pero ¿qué estás diciendo? ¡Soy Iris, idiota!*

—*¡No, no! No lo eres. Tus artimañas no van a funcionar conmigo. Así que ¡sal de mi cabeza!*

—*¡Ay, por Dios! ¡Qué testarudo eres! Sufrimos un accidente, Sofía logró escapar y a mí me apresaron. ¡Estoy aquí! ¡A pocos metros de ti!*

Hugo se golpeó una sien con el puño. Quería silenciar la voz parlanchina que no le permitía elaborar un plan.

—*Iris no es telépata, ni siquiera es capaz de enviar mensajes a nadie que no sea su madre. No vas a engañarme. Conozco muy bien el don de mi amiga.*

Escuchó cómo la voz se enfadaba y soltaba improperios por

doquier.

—*Vale, tú lo has querido. Después no me vengas con historias... ¿Recuerdas aquella vez cuando éramos unos críos que fuimos a bañarnos en el río?* —Él frunció el ceño, receloso, y prefirió no responder—. *Para demostrarnos tu valentía a Oriol y a mí, te metiste en una zona donde había mucha corriente. ¿Te acuerdas ya?* —Hugo mantuvo su silencio—. *Bien, la corriente era tan fuerte que tuviste que agarrarte a un tronco para que no te llevara, pero sí que se llevó tu bañador. Y como no querías mostrar tus vergüenzas, nos gritaste que estabas pasándotelo de miedo, y estuviste una hora sujeto al tronco porque el río estaba lleno de gente. ¿Cuántos años tenías? ¿Diez?... ¿Quieres que siga con la historia, Hugo?* —Él dudó un instante—. *Porque no creo que Janus escarbe tanto en tu cerebro como para extraerte recuerdos que no son de importancia.*

—*Ya he visto lo que eres capaz de hacer. Nada me sorprende. Entraste una vez en la mente de todos los cazadores para que nos uniéramos a tus filas. ¿Por qué esta treta va a ser diferente?* —Dibujó una sonrisa pérfida en sus labios—. *¡Ah, claro! Que ya la pelirroja te ha ido con el cuento...*

—*¿Qué pelirroja? ¿De quién estás hablando?* —El cazador estiró el cuello y alzó una ceja, confuso—. *Hugo, no tenemos tiempo para estas tonterías. ¡Tenemos que salir de aquí! ¡Advertir a Sofía de que ya posee las tres llaves!*

Se llevó las manos a la cabeza y trató de poner en orden sus pensamientos. Esa voz se comportaba como Iris, y parecía desconocer su incidente con la joven cruzada. ¿Y si de verdad fuese su amiga?

—*Espera, ¿Simón ha caído?*

Escuchó un «Sí» quejoso mezclado con un profundo sentimiento de culpa. Janus no podría fingir ese pesar tan hondo, pues aborrecía a los demonios. Y sí, era un medio brujo con muchos recursos, pero no un actor tan bueno.

—*¿Cómo has logrado meterte en mi cabeza? Nunca has podido hacerlo. Tu madre sí, pero...*

—*Es una larga historia... Bueno, no tan larga. Inhalé un poco de la llave de los videntes y detecté tu presencia... Tenemos que salir de aquí, Hugo. ¡Janus está chalado! Tú eres el cazador, experto en cerraduras y derribar puertas. Dime qué tengo que hacer...*

Bufó. Había magia por todas partes, y él no tenía ninguna de sus armas para combatirla.

—*No puedo abrirla. Está hechizada... ¿Puede que tu nuevo poder te ayude a llamar al carcelero y obligarlo a liberarte?*

—*No creo que pueda interferir en la voluntad de las personas* —se lamentó—. *Eso es más de brujería, y de la chunga.*

Hugo se dejó caer en el camastro y se mordió el labio inferior. Tenían que escapar antes de que se iniciara el ritual. Había perdido la noción del tiempo, pero intuía que debían faltar pocas horas. Janus

debería estar desesperado por conseguir la llave de los brujos, gritando como un loco, dirigiendo a todos sus soldados para que atraparan a Sofía. Y él solo deseaba que estuviera muy lejos de allí, custodiada por su padre, por George. Estaba convencido de que el brujo no lo defraudaría.

De improviso, se abrió la puerta y el cazador atisbó unos rizos pelirrojos asomar sobre el umbral. Se incorporó de un salto y se aproximó a la joven, perplejo.

—¡Has vuelto! —exclamó sin creérselo—. ¿Por qué lo has hecho? ¿No me decías que Janus acabaría con todas tus penas?

Ella bajó el mentón, ruborizada.

—Son mis padres los que nos han arrastrado a mis hermanos y a mí aquí. Y esto no es tan idílico como esperaba. Están preparando al cerrojo, una persona de carne y hueso para sacrificarla... Ya tenía mis dudas sobre este lugar. Tú solo me has dado el empujón que necesitaba. Lo que nos espera no puede ser un paraíso cuando se me ha ordenado meterme en la cama de alguien que no me gusta.

Hugo chasqueó la lengua.

—Esa última frase podrías habértela ahorrado, pero me alegro de que hayas cambiado de opinión.

El cazador advirtió un destello argénteo en sus pupilas que aclaró el color de sus ojos herbáceos.

—Solo te he abierto la puerta. Ahora eres tú el que debe salir de aquí.

—Antes me gustaría que me hicieras otro favorcillo. Después de eso, te prometo que no volverás a verme en la vida.

Hugo e Iris avanzaban por los pasillos con mucha cautela, procurando no hacer movimientos bruscos ni ruidos que pudieran alertar a los acólitos, ya inmersos en los preparativos para celebrar el inminente arribo del equinoccio. La vidente le había dejado claro que había accedido a los planos de la construcción y que ella lo guiaría hasta la salida. Así que, por primera vez, el cazador marchaba por detrás de su amiga, asintiendo a todas las indicaciones que esta le proporcionaba. Cuando no comprendía una seña, Iris entraba en su cabeza y lo reprendía como una institutriz estricta. Y él no podía desahogarse ni maldecir en su mente, pues ella lo escuchaba todo. Arrugó el entrecejo, molesto por la nueva situación de la vidente, y se dijo a sí mismo que tendría que hablar con ella para ponerle unos límites y así poder preservar su intimidad.

Doblaron de nuevo una esquina, cuidándose de no ser descubiertos por dos de esos abducidos que lucían túnicas blancas como si se

dirigieran al circo romano, y entonces divisaron un portón rojizo. Era enorme, y Hugo se preguntaba cómo demonios había conseguido Janus que la instalación pasara desapercibida por las personas ajenas a su secta.

En cuanto tuvieron la oportunidad, corrieron hacia él, y se alegraron de que no estuviera cerrado a cal y canto, ni siquiera custodiado para que ningún intruso pudiera acceder al edificio. Los dos lo empujaron con suavidad, y cuando se dispusieron a acariciar el exterior, descubrieron con perplejidad que estaban rodeados por una neblina fantasmagórica.

—*¿Dónde estamos?* —le preguntó a la vidente, desconcertado—. *¿Cuándo se ha vuelto de noche?*

—*No fue esto lo que vi cuando tuve la visión.*

Hugo levantó el pie y pisó con medida la hierba oscura que rodeaba la construcción. Al comprobar que nada sucedía, siguió avanzando, inhalando el gélido oxígeno del lugar. Estaban inmersos en una pradera, rodeados por algunos arbustos frondosos y algún que otro conjunto de pinos solitarios. El cazador elevó la vista con desconcierto, ya que la opresora niebla le impedía apreciar el cielo.

—*Esto no me gusta nada. Este frío no es natural, ya sabes a lo que me refiero... Esto está infestado de espíritus.*

Iris tragó saliva y esta vez prefirió mantenerse detrás del cazador.

—*¿Crees que los ha invocado?*

—*Creo que vamos a tener serios problemas*. —Hugo señaló el frente, donde un sinfín de figuras avanzaban despacio hacia ellos—. *¿Tienes alguna idea? Porque a mí solo se me ocurre correr.*

Iris negó con la cabeza, y quiso expresar su opinión en voz alta:

—No lo entiendo. Esta no es la salida que vi —le recalcó de nuevo —. Esto no puede ser real. Percibo algo extraño... —De pronto, ahogó un grito—. ¡Hugo!

El cazador siguió la mirada de la vidente hasta que distinguió una silueta femenina extender los brazos hacia adelante, esa que había conseguido romper la voz de Iris. Llevaba la melena suelta, tan morena y brillante que resplandecía entre los grises del resto de los espíritus. De sus labios se desprendía una sonrisa cálida, sin embargo, eran sus ojos esmeralda los que habían llamado su atención. Hugo nadó en ellos unos segundos, hasta que, consternado, una lágrima rodó por su mejilla. No podía enfrentarse a ese espíritu. No podía si quiera alzar un dedo, pues no era una amenaza. Esa que acortaba los metros que lo separaban de él con pies descalzos era su madre.

Iris lo sujetó antes de que fuera a su encuentro.

—No es tu madre. Todo esto lo ha orquestado Janus. Laura hace mucho que descansa en paz, no es un alma agitada ni un espíritu vengador. ¡Hugo, no es ella!

El cazador asintió, y retrocedió unos pasos hasta casi situarse sobre el umbral del portón. Entonces, escuchó los alaridos inconfundibles de otro espíritu. Sin embargo, este no lo llamaba a él, sino a Iris. Hugo palideció y contempló los ojos vidriosos de su amiga, quien pensaba que de un momento a otro desfallecería.

—Iris, ¿no es ese tu padre? —Ella no pudo responder, pues su voz había sido silenciada de nuevo—. No lo entiendo. Tu padre no está muerto... Se marchó lejos... ¿Por qué podemos verlo?

Con los hombros hundidos, la joven apartó la mirada del rostro espeluznante que aún la perseguía en sueños.

—Lo está. Lo maté yo misma.

Sacudido por la confesión, entrecerró los ojos y se llevó la mano a la frente. Le pesaba demasiado. Apenas podía pensar. Estaban sin armas y sin escudos con los que protegerse ante una horda de espíritus hambrientos. Miró hacia atrás y atisbó el revuelo que se había organizado en el interior. La puerta roja continuaba abierta, y pronto los cazadores de Janus vendrían a por ellos.

—Tenemos que avanzar.

—¡¿Qué?! ¡No puedo! ¡No me digas eso!

—Tú lo has dicho antes: no son reales. ¡Ese no es tu padre! Y aunque me gustaría hablar con ella una última vez, tampoco es mi madre. Sé que este rollo no va conmigo, pero creo que es hora de que nos enfrentemos a los fantasmas de nuestro pasado.

25

Ilusión

Al regresar a la posada, Oriol distinguió la furgoneta de León aparcada varios metros más arriba. Los refuerzos habían llegado. Con el corazón brincando entre las manos, se presentó en la habitación, muy seguido por los pasos de Sofía. Sin embargo, al entrar, el pecho se le encogió y su aliento envalentonado se desinfló. Corrió hasta su padre y lo rodeó con sus brazos temblorosos, pues esos brazos lo habían echado en falta como nunca. Se había sentido solo mientras huía por los montes de Somiedo, sin poder acudir a él como siempre hacía cada vez que un problema lo turbaba. El viejo cazador sonrió satisfecho, y lo acarició su mano, consolando su desánimo.

Entonces Oriol alzó la barbilla y reparó en que todos se preparaban para salir, incluido el mismísimo Rafael. Y no hacía falta ser muy inteligente para deducir que no pensaban contar con él.

Ofendido, torció el gesto y muy despacio abandonó el achuchón en el que su padre lo mantenía resguardado.

—¿No ibas a avisarme? ¿No fuiste tú el que me pidió prudencia y me insistió en que te esperara?

—No puedes ir, Oriol. ¡Quieren tu sangre! No voy a servirles tu cabeza en bandeja —le dijo a la vez que ajustaba los brazos de su silla de ruedas.

—Hace años que no participas en una misión como activo. Tú siempre te quedas en el control de mando, organizando, vigilando nuestros movimientos... ¿Quieres que me quede para ocupar tu lugar y tú te arriesgas a ir, a pesar de tu más que evidente condición?

—No estoy pidiéndotelo. Estoy ordenándotelo.

El sacerdote dio un paso al frente mientras por primera vez en mucho tiempo se deshacía de su alzacuellos.

—Tu padre va a mantenerse en la periferia, junto con Edith y León. Harry ya nos ha contado que habéis visto a una mujer desaparecer como si nada... Ellos van a investigar ese fenómeno. Los demás vamos a penetrar en esa fortaleza invisible para rescatar a Iris y Hugo. Además, fuera están esperándonos Sonia, Lucía y un puñado de cazadores dispuestos a pararles los pies a Janus.

Oriol negó, dolido por la decisión de su padre.

—No va a ser suficiente. —Elevó los ojos dorados al distinguir a

Bianca salir del dormitorio con su mochila a la espalda—. ¿Tú también te has sumado a esta locura?

—Voy donde esté la acción. Y ahora mismo la diversión está en los alrededores de esa piedra.

Su padre lo acribilló con la mirada a la vez que comprobaba que su escopeta estaba cargada.

—Ya hablaremos de *ella* después.

Oriol sacudió la cabeza, reiterando su desaprobación. Era un buen cazador, mejor que todos ellos juntos, e iban a relegarlo a una misión de control. Tanto esfuerzo, tantas luchas para llegar hasta allí, para que Rafael pensara que era un estorbo.

—Es mejor así —intervino Edith—. Desde que he llegado a este pueblo, he percibido una energía antinatural, forzada... Algo ha hecho Janus que ha modificado hasta el vuelo de los pájaros. Apenas hay aldeanos aquí. Muchos se han marchado al sentir esa fuerza maligna, y los que han decidido permanecer se han encerrado en sus casas. ¡Lo saben! Saben que va a ocurrir algo espeluznante durante el equinoccio. —Se retiró las gafas de los ojos y se frotó las cicatrices—. Ya es hora de que ese monstruo pague por todo lo que ha hecho... Y tú tienes la misión más difícil de todas: evitar que se haga con la última llave. Va a venir a por ella, pero eso ya lo sabes.

Sofía tragó saliva al escuchar a la vidente hablar con rotundidad. En ese momento pensó que se mareaba, y aunque era consciente de que los acólitos de Janus no se detendrían hasta extraerle la llave, escucharlo de la boca de la mujer, siempre tan comedida y serena, hizo que la sangre se le helara en menos de un segundo, y temió no recibir suficiente oxígeno en el cerebro para continuar de pie. De forma instintiva, Oriol se acercó a ella, manteniendo una postura protectora, y Sofía se lo agradeció. Ella también había llegado a Tella para combatir, sin embargo, su lucha se postergaba. No mucho. Quizá unas horas más. Porque si de algo estaba segura, era de que Janus ya era conocedor de su presencia en el pueblo.

—La cuenta atrás se ha iniciado —subrayó Harry—. Muchos creen que el equinoccio entrará en la medianoche, y no es así. Cada año, el arribo de la primavera varía su horario dependiendo de cuando el sol alcance su cenit; es decir, que se sitúe exactamente sobre el ecuador del globo terráqueo. Por eso, el día y la noche tienen la misma duración. Este año, esto ocurrirá a las tres y cero siete de la madrugada del día veinte de marzo. Así que nos quedan unas diez horas para evitar que Janus introduzca las cuatro llaves en el cerrojo. Por eso, Sofía, tienes que largarte de aquí.

Ella negó varias veces.

—No, no, me prometí a mí misma que no huiría más. Mis padres están deshaciendo los sellos, y en cualquier momento se presentarán

aquí para ayudar.

—Les he enviado un mensaje, pero no responden. Eso significa que continúan trabajando en ello, aunque también ignoramos si lograrán romperlos a tiempo. Solo te pido que, hasta que George o Samantha vengan a tu encuentro, te escondas. Puede que tu primo no consiga su objetivo si no posee tu llave. ¿Lo entiendes? Si no te localiza antes del equinoccio, tendrá que posponer la fecha a otra que le sea propicia, y que nosotros aprovecharemos para acabar con él.

—¿Y mientras vosotros lucharéis por nosotros dos? —insistió Oriol poco convencido—. Pensáis distraerlo para que consuma todo su tiempo y no dé con nosotros.

—Si el equinoccio llega y no tiene la sangre que necesita derramar, será vencido igualmente —le reiteró su padre.

—¿Sabéis que cualquiera de vosotros puede morir? —El joven presionó los dientes para evitar que el temor se apoderara de él.

—No le tengo miedo a la muerte. Estoy en paz conmigo misma desde hace unos años —le confesó la vidente.

Los demás asintieron sin querer matizar las palabras de Edith. Oriol no quería darse por vencido, sin embargo, posó la mirada en los ojos apagados de la bruja. Había comprendido antes que él que nada ni nadie los haría cambiar de opinión. Entonces, se acercó a Rafael con ojos húmedos e hincó una rodilla ante él con semblante apenado.

—Papá, al menos quédate tú con nosotros, haciendo lo que mejor se te da: supervisar la misión. Hace mucho que no entras en combate, y esta silla…

—¡Ni siquiera te has percatado de ella! —le recriminó a la vez que le reburujaba los cabellos con su enorme mano—. No es mi silla manual. No necesito que nadie me empuje. Carlos ha conseguido que unos artesanos muy especiales la doten de las armas que necesitamos. No queremos que mueran inocentes... Solo son cuatro diablos que han confiado sus almas al ser equivocado. Puedes estar tranquilo... El padre Carlos tratará de hacerlos entrar en razón.

Oriol arrugó el rostro, desolado.

—Prométeme que apretarás el gatillo si la palabra no funciona, porque esa gente no va a dudar en hacerlo. Te matarán aunque te vean en una silla. ¡Son fanáticos que creen que están luchando para instaurar un nuevo orden mundial!

—No soy tonto, Oriol. Lo sé de sobra. Te repito que me quedaré en la periferia para ayudarlos a entrar, y luego, a escapar.

—No te preocupes tanto. —León inspiró la mucosidad remanente de sus orificios nasales a la vez que con sus manos le señalaba su famoso cinturón de repleto de munición—. Voy a protegerlo con mi vida.

—¡Y yo también!

Todos dirigieron sus miradas hacia la puerta, la cual Bianca había abierto en absoluto silencio mientras los demás se afanaban en alejar el desasosiego de los dos jóvenes.

Oriol dejó caer su mandíbula inferior con estupefacción cuando descubrió a su tío Gabriel bajo el dintel.

—Alguien más va a tener que cubrir las espaldas de este cascarrabias, y yo no fallo jamás un blanco.

—¡¿Qué estás haciendo tú aquí?! —Si Rafael hubiera podido, se habría levantado para arrearle un buen guantazo.

—Lo he llamado yo. —Bianca se colocó entre los dos hermanos—. Aquí faltan manos de fiar. Y aunque no lo creas, él lo es.

Rafael masculló una serie de improperios a la vez que Gabriel saludaba a su hijo con un sonoro abrazo. Desvió su mirada furiosa hacia los ojos del sacerdote, más serenos e inclinados a un perdón que él no estaba dispuesto a discutir en esos momentos.

—¡Tú no vienes! —le gritó Rafael a su hermano—. No me fio de ti. Eres capaz de dejarnos a cualquiera de nosotros en la estacada. Como hiciste con Hugo.

—Ya me he disculpado por eso cientos de veces. ¿Qué más quieres de mí? ¿Que me fustigue? —Gabriel aguantó los ojos implacables del viejo cazador—. Me he presentado para ayudar.

—Tú ni siquiera eres cazador ya.

—Sigo siendo un buen tirador y os faltan manos.

Rafael bufó y escudriñó a su hermano pequeño de manera inquisidora. Parecía cambiado. Su semblante no titubeaba. Mantenía el porte erguido, a pesar de sus arremetidas; ese porte tan característico del apellido Álvarez.

—Esta vez creo que Gabi tiene razón. Cuantos más seamos, mejor —concluyó el padre Carlos, sin darle ninguna opción a rechistar.

Aun así, el cazador prefirió tener la última palabra:

—Si vas a venir, no nos estorbes —sentenció tajante—. Es hora de irnos

De forma inconsciente, Sofía sujetó la mano del medio demonio mientras trataba de enmascarar su miedo con una sonrisa piadosa. Los vio marcharse sin volver la vista atrás, sin pronunciar un «Hasta pronto» o un «En nada, todo acabará». Uno tras otro abandonaron la estancia, dejando tan solo las huellas silenciosas de sus pisadas.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —le preguntó al medio cazador casi sin voz.

—No vamos a marcharnos —le respondió él con seguridad—. ¡Se equivocan! Janus no puede localizarnos ni entrar en nuestras mentes. No tiene la llave de los brujos, y la de los cazadores no funciona conmigo. Tratará de capturarnos con métodos tradicionales. Usará a otros cazadores, y puede que a brujos, pero ninguno de ellos podrá

con nosotros.

—¿Y si no vuelven?

Oriol se mordió el labio inferior con saña, tanta que percibió el sabor inconfundible de la sangre empapar su boca. No podía dejarlos solos. No iba a dejarlos morir.

—Vamos a prepararnos para lo que sea. Hoy todo puede ser posible.

Se situaron en el mismo punto desde el cual Harry había visto a la mujer esfumarse como por arte de magia. Rafael arrugó el entrecejo, contrariado. No existía nada en los alrededores que lo alertase de la presencia de un pasadizo secreto detrás de una piedra, de una entrada misteriosa cavada en el suelo que los introdujese en un templo oculto o de una cueva subterránea.

Uno por uno, fue examinando a todos los presentes. Eran unos veinte, si contaba al inexperto de su hermano Gabi y a su novia presuntuosa. Y allí, escondidos entre arbustos y pinares, podría haber cientos de fanáticos, aunque esperaba con un optimismo decadente que ni la mitad de ellos pertenecieran a ninguno de los gremios y solo fueran humanos desesperados en busca de consuelo.

Sonia regresó de inspeccionar el punto caliente junto con otro cazador de confianza: Raúl. Rafael lo recordaba vagamente de algunas incursiones que había hecho años atrás en tierras gallegas. Era un hombre de mediana edad, musculado y con el tatuaje de un lobo en el brazo. El lobo que se había convertido en su amigo más fiel. Decían que lo había salvado de las garras de un Wendigo cuando apenas era un cachorro. Lo había curado y adiestrado, y el animal había decidido quedarse a su lado. Juntos se adentraban en los bosques para cazar todo tipo de bestias.

—¡No hay nada! —exclamó la mujer, extendiendo los brazos.

—Tenemos que ir más allá —expresó Raúl con gravedad—. Arriesgarnos, si queremos sacar algo en claro.

—Hay algo ahí, lo presiento —intervino la vidente—. No es magia, pero es algo igualmente poderoso.

Rafael observó que el lobo también regresaba de su incursión, con el rabo alzado y el lomo derecho. Se dirigió hacia su amigo, quien lo acarició a su llegada, y le ofreció agua.

—¿Has encontrado algo, Zeus? —le preguntó al escucharlo emitir algún lamento al aire—. ¿Sí? ¿Qué has visto? —El lobo posó su mirada fiera más allá del primer grupo de matojos verdes—. Sin duda, no es un lugar seguro. Si decidimos ir más allá, tendremos que hacerlo con el dedo puesto en el gatillo.

Rafael desconfió del horizonte azul, el cual le presentaba una estampa sosegada y diáfana.

—¿Edith? ¿Harry? ¿Percibís algo más? Me gustaría saber a lo que nos enfrentamos antes de proseguir.

El brujo alargó el brazo con la palma hacia arriba y se permitió cerrar los ojos un instante. No había magia. Sin embargo, percibía una energía extraña, una corriente ajena a ese paraje que conseguía erizar hasta el vello de su ombligo. «Si no se trata de un hechizo, ¿qué ha podido hacer?», se preguntaba al tiempo que se esforzaba para que su mano continuase en posición. Cuando sintió que el poder mermaba, la bajó de inmediato y se la escondió detrás de la espalda mientras abría y cerraba los dedos para evitar que el temblor apareciese.

Después cruzó una mirada cómplice con la vidente y asintió. Ambos habían llegado a la misma conclusión: si no era magia, tendría que ser videncia. Una videncia superior solo en manos de unos pocos afortunados, pues Janus poseía la llave de los videntes y eso le abría muchas puertas.

—¡Es una ilusión! —afirmó Edith—. Ha superpuesto una imagen cotidiana y pacífica sobre la real, así no levantaría las sospechas entre los aldeanos y los curiosos que se acercasen aquí. Solo si cruzas los límites de esa falsa realidad, podrás descubrir la verdad.

—Eso significa que, si continuamos, podemos tropezarnos con cualquier escenario posible, desde un batallón apostado detrás de las piedras hasta una congregación adorando a su nuevo dios —continuó el brujo—. Raúl tiene razón: tenemos que ir armados y bien preparados. Además, aparte de la recreación ilusoria, detecto un movimiento errante en ella. Puede que al penetrar en esa especie de cúpula irreal podamos ser víctimas de una ensoñación o algo peor.

Rafael carraspeó con incomodidad.

—Es decir, que la ilusión es una tapadera, y que además ha puesto trampas para las personas que considera no gratas.

—Exacto. —Harry se humedeció los labios y comprobó el estado de su mano. No parecía haber sufrido daños considerables.

—Bien, no voy a obligar a nadie a que entre ahí a sabiendas de que cualquier cosa podría suceder. Ese maníaco puede hacernos revivir nuestras peores pesadillas, como ya hizo en el Monasterio de Piedra. Pero… voy a aceptar voluntarios, dada la llegada inminente del equinoccio. Puede que les cueste más llegar hasta Sofía y mi hijo si los distraemos aquí.

Ninguno titubeó. Todos dieron un paso al frente mostrando su disponibilidad. Eran conscientes de que habría un baño de sangre si Janus conseguía abrir las ansiadas puertas del Cielo, un apocalipsis premeditado donde las trompetas del juicio final no eran más que instrumentos que decidirían quién estaba en grado de recibir los dones

y quién no lo soportaría. Ninguno de ellos estaba exento de sufrir las consecuencias, pues aunque por sus venas discurría sangre dotada de ciertos atributos mágicos, muchos no sobrevivirían ante la injerencia de un don distinto. Rafael era un cazador puro y temía que su cuerpo rechazara los otros dones. Podría convulsionar, perder el sentido, quizá la memoria de lo que había hecho o quién era, y en el peor de los casos, recibir a la muerte. Esto suponiendo que las ideas demenciales del líder de la secta estuvieran fundadas en una profecía real. Y aunque lo más previsible era que todo fuese un delirio sin fundamento, tampoco sería una tarea fácil, pues sus seguidores sí lo creían, y estarían dispuestos a abalanzarse sobre ellos con tal de que Janus pudiese ejecutar su obra.

Los vio avanzar despacio, controlando sus pisadas y analizando cada tramo del terreno, declarado hostil por todos ellos. Rafael bajó la barbilla y frunció los labios, pesaroso. Eran hombres y mujeres valientes que ponían sus vidas en juego para salvar a una humanidad ignorante. En eso podría darle la razón a Janus, pues ya era hora de que sus méritos, fuesen de videntes, brujos o de los mismos cazadores, fueran valorados por todos y que así pudiesen abandonar su trabajo desde las sombras.

Una mueca cargada de impotencia se perfiló en su rostro. De reojo, observó a su hermano Gabriel clavar la culata de su escopeta en el suelo mientras le daba unas palmaditas en la espalda a León.

—Deberías ir con ellos. Eres un gran guerrero y te necesitan allí.

El grandullón gruñó expresando su desacuerdo. Le había jurado a Rafael que permanecería con él hasta el final.

—Yo me quedaré aquí y cuidaré de mi hermano —le insistió, adivinando sus pensamientos—. Tú sabes que soy un gran tirador. No permitiré que le ocurra nada.

León posó los ojos en el viejo cazador y este asintió para que se marchara sin remordimientos. Gabriel tenía razón: el resto iba a necesitar su instinto y su enorme fuerza en la lucha cuerpo a cuerpo. Nadie se le resistía al fortachón.

Rafael contempló cómo su amigo desaparecía tras la ilusión, y deseó que solo fuera un velo para cubrir las actividades de la secta y que tras él no existiese más que un grupo de exaltados. Pero su optimismo se nubló al comprobar que ninguno respondía a los numerosos llamamientos que les hacía a través del *walkie-talkie*.

—Están solos —afirmó, soltando un suspiro desesperanzador.

—Están bien entrenados. —Gabriel entrecerró la mirada y examinó los apenas trescientos metros que los separaban de la ilusión—. Alguno hallará la forma de comunicarse con nosotros. Bianca lo intentará desde el móvil. Ella no se acobarda con nada.

—Esperemos que pronto podamos tener noticias —apuntó Edith,

quien no paraba de pensar en su hija.

—¿Por qué has venido? —Rafael dejó el resentimiento atrás y elevó la mirada hacia el rostro agraciado de su hermano.

—Oriol me lo pidió. Si tú lo hubieras hecho, también habría venido.

—¡Oh, no digas tonterías! Saliste corriendo con el rabo entre las piernas. Te escondiste como un cobarde después de haber abandonado a Hugo en el bosque. Y decidiste que no eras bueno en esto…

—No me gusta esta vida llena de sobresaltos.

—Y sin embargo estás aquí… ¿Te gusta la vida que llevas ahora?

—No está mal. Tengo tiempo para hacer lo que me dé la gana.

—A mí no me engañas —refunfuñó Rafael—. El que nace cazador, muere cazador. La adrenalina de la caza no es comparable con nada que yo conozca.

—Te recuerdo que estás en una silla de ruedas.

—Prefiero mil veces esta silla que estar en el sofá bebiendo cerveza e ignorando que en el mundo hay monstruos que campan a sus anchas, cometiendo crímenes salvajes, ahogando a personas inocentes con tratos llenos de trampas o acosando a familias enteras hasta llevarlas a la locura. Yo no puedo olvidar quién soy. No puedo. Y creo que tú tampoco puedes… ¿Vas a decirme que en todo este tiempo no has ayudado a nadie compartiendo tus conocimientos, o quizá incluso eliminando a algún carroñero que se alimentaba de la luz de un amigo tuyo?

Gabriel no respondió. Miró al frente y se embelesó con el azul del cielo que les presentaba el dulce espejismo. Sí, puede que su vida también estuviese rodeada por una esfera ilusoria donde solo penetraba lo que él deseaba para sí mismo. ¿Acaso estaba mal? ¿Vivir como los demás en la más cruel ignorancia sobre lo que de verdad pasaba a su alrededor? Sí, algunas veces asomó la cabeza para investigar algún hecho sobrenatural que sacudía a su círculo más íntimo, pero con la misma volvía a esconderla, a pesar de recibir la constante llamada de su sangre a actuar, a movilizarse. Le costó años de batalla consigo mismo para conseguir esa paz que tanto había anhelado. Y muchas noches, cuando la luna de sangre se mostraba ante los ojos humanos, su serenidad se quebraba.

—Está sucediendo algo. —Desconcertada, Edith frunció los labios y apoyó la mano sobre el hombro de Rafael.

Entonces, los dos cazadores percibieron una fina niebla brotar desde la tierra en los límites de la estampa ilusoria, para después viajar hacia ellos con celeridad. Con la boca abierta, Rafael contemplaba cómo una noche incipiente recorría el paraje adueñándose de las horas diurnas. La ilusión cobraba vida. Se expandía. La imagen superpuesta fluctuaba a gran velocidad,

mostrando la realidad de un día mancillado por una oscuridad fantasmagórica.

—¡Viene a por nosotros!

Aunque Gabriel tiró del brazo de la vidente para ayudarla a escapar, pronto se vieron inmersos en la bruma. Y allí dentro no había nada. Era el vacío. Incierto y tenebroso.

Rafael había virado la dirección de la silla y trataba de huir a una velocidad de vértigo. El cazador temió tropezar con alguna piedra y salir disparado de su anclaje. Sin embargo, canalizó todo su empeño en salir de allí. Corría y corría…, hasta que cayó en la cuenta de que hacía ya unos metros que había dejado la silla atrás. Corría con sus piernas, ligero y hábil, sin ningún esfuerzo que entorpeciera el movimiento de sus miembros inferiores. Fue entonces cuando se detuvo, y en ese instante comprendió que era demasiado tarde. La niebla ya vagaba como un silencioso asesino a su alrededor, aunque poco le importaba. ¡Podía caminar! ¡Podía enfrentarse a ella!

Gabriel luchó contra sus propios pensamientos. No era bueno estar atrapado dentro de una niebla ideada para capturar cazadores. Sin embargo, tampoco podía ignorar la felicidad inmensa que experimentaba, pues se sentía libre. Atisbó por el rabillo del ojo el rostro de su padre, quien le sonreía con orgullo. Miró hacia el suelo y buscó la escopeta que había dejado atrás cuando intentaba huir. Cuando la encontró, la recogió y la asió, satisfecho de su decisión. Rafael siempre tuvo razón: nunca fue tan dichoso como cuando combatía contra entes oscuros codo con codo junto a su familia. ¿Cómo no vio antes que había llevado una vida empobrecida al desaprovechar su talento? ¿Cómo fue capaz de renunciar a él tan pronto? ¡Orgullo! Ese siempre había sido su mayor obstáculo y su pecado.

Edith percibió una tenue luz penetrar por sus ojos. Sus pupilas se agrandaron al encontrarse inmersa en una oscuridad salvaje. Presionó varias veces los párpados para despejar las dudas que golpeaban su cerebro. ¡Había recuperado la vista! Y a pesar de que lo que podía observar era una estampa tétrica y deprimente, sonreía. Se sentía afortunada de poder disfrutar de nuevo de su sentido perdido. Sus ojos lloraron la alegría y olvidaron el pesar por el destino corrido por su hija.

La vidente caminó con soltura y se dirigió hacia un grupo de pinos. Se deleitó contemplando el verdor de sus ramas cargadas de un fino rocío traído por la niebla húmeda, y su rostro se le iluminó al verse reflejada en ella como si fuera el espejo de su alma. Sin cicatrices. Sin pesadumbres. Sus ojos oscuros resplandecían en esas gotas de agua.

De repente, un escalofrío recorrió todo su cuerpo y se instaló en su coronilla. Percibía la presencia de alguien más en aquel lugar, pero no recordaba haber ido con nadie a pasear. Curiosa, se acercó a una pared rocosa que le impedía avanzar y se rascó la barbilla, tratando de encontrar respuestas. Desde el otro lado, le llegaba el aroma de un alma fresca e inmensamente poderosa.

—¡Mamá! ¡Mamá!

—¿Iris? ¿Qué haces aquí?

—Te necesito, mamá. ¡Papá ha vuelto!

Una sacudida de terror la hizo despertar de su ensoñación. Se miró las manos, todavía confundida, puesto que, a pesar de haber recuperado su conciencia, sus ojos continuaban enviándole información de todo lo que tenía a su alrededor. ¡Veía! Buscó a Rafael con ansia y lo divisó unos metros más hacia el este, vagando sin ningún rumbo por el lugar. Se acercó a él despacio, temiendo ocasionarle algún trauma si lo hacía volver a la realidad muy rápido. Sin embargo, él la miró aturdido, consciente de estar bajo algún tipo de embrujo.

—¿Qué está sucediendo, Edith?

—Janus está ofreciéndonos lo que más deseamos. Su mensaje es claro: si nos unimos a él, seremos bendecidos con estos regalos.

El cazador pensó en lo cruel que estaba siendo el líder de la secta y torció el gesto tras contemplar sus piernas clavadas en la tierra. Rafael quiso explicarle lo mucho que había echado de menos correr con el viento, caminar sobre la arena de la playa, saltar muros para atrapar a un ente oscuro, no obstante, la miró curvando los labios hasta esbozar una sonrisa amarga. Esos deseos tenían un coste muy alto.

—Ya sé que no podemos aceptarlos —continuó la vidente—, pero podemos aprovecharnos de ellos hasta que desaparezca su efecto.

—Debemos encontrar a los demás. Puede que algunos sientan la tentación, puede que se pierdan por completo en esta ilusión. Yo lo he hecho durante unos minutos…, hasta que he comprendido que los milagros son para las personas con almas puras, sin rencores ni odio. Y yo perdí la mía hace mucho tiempo.

—Tenemos que ser fuertes, Rafael. ¡Por el bien de nuestros hijos!

26

Bruma

Hugo contempló el rostro esperanzado de su madre, candoroso, sin pesares que enturbiaran su alma, y frunció los labios, descorazonado. Ella no era ella. Aun así, algo muy hondo en su interior consiguió removerle las entrañas. Aniquiló la única lágrima que despuntó de sus ojos esmeralda al arrastrarla con su índice y lanzarla lejos de su rostro. Cayó sobre la hierba húmeda con indiferencia y allí murió.

—Dame la mano, hijo mío. ¡Acompáñame a este nuevo mundo! —El espíritu le tendió la mano con ternura, y él la observó un instante como si fuera el mayor tesoro que nadie más pudiera brindarle.

—Ojalá fueras tú. Ni te imaginas lo que he deseado, incluso rezado, que llegara este momento. Pero mi madre nunca vino a despedirse, jamás pudo decirme lo mucho que me quería, a pesar de que yo ya lo sabía. Ahora lo veo. —Entrecerró los párpados, conteniendo un suspiro quejoso—. No necesitó hacerlo porque estaba en paz consigo misma. Su espíritu se elevó y viajó muy lejos, a ese lugar donde las personas buenas descansan después de una vida tortuosa. ¡Ella me quiere! Y sé que de alguna manera me acompaña en cada paso que doy.

El espíritu le mostró un semblante afectuoso y se atrevió a rozarle con los dedos gélidos la mejilla. Hugo no retrocedió. Se quedó allí clavado, examinándole cada ángulo del rostro, cada arruga que se arremolinaba entre aquellos labios, así como las largas pestañas que adornaban esas gemas esmeraldas. Era casi perfecta. Sin embargo, seguía sin ser ella. Por mucho que ansiara que lo fuera, no era su madre. Aun así deseaba escucharla, ansiaba abrazarla y decirle lo mucho que la había echado de menos.

—En el mundo nuevo, podríamos vernos cada día, cuando me necesitaras para aliviar tus penas o cuando quisieras que te arropara en mi regazo. Los espíritus también seremos libres para caminar por la Tierra.

—¿Y me aconsejarías como una madre lo hace? ¿Me dirías cuándo estoy equivocado y me alentarías, si estoy enamorado, a luchar por la mujer que quiero?

La mujer se aproximó aún más a él, con una sonrisa benévola que traspasó sus férreas defensas. Le acercó la boca a su cuello tieso, a su

porte impenetrable que estaba por caer. El ente olía su fragilidad y se regocijaba con ella. Escuchaba los latidos acelerados de su corazón, rabiosos e incontrolados. El cazador estaba a punto de rendirse, de bajar las puertas de su castillo y dejar pasar a su caballo de Troya.

—Siempre estaré a tu lado —le susurró ella.

Hugo agachó la cabeza y apretó los dientes con saña.

—Mamá, ¿y si para conseguir ese nuevo mundo me pidieran que matara a la chica que quiero? ¿Tú qué me dirías?

El ente se apartó unos centímetros de él y lo miró confuso mientras unas manchas negruzcas teñían el herbazal de sus ojos.

—¿Hablas de Sofía? —Hugo no respondió—. Ella debe hacer un sacrificio para que la libertad divina regrese a este mundo.

El cazador se tensó y después negó con la cabeza.

—Tú no eres mi madre… Ella jamás me pediría que hiciera tal cosa. ¡Ni siquiera eres un espectro al que pueda herir con un hierro candente! ¡No eres nada! ¡No existes! —exclamó a la vez que se retiraba de ella—. ¡Eres una ilusión! ¡Una quimera!… Pero has conseguido que me dé cuenta de algo: de que yo también estoy en paz conmigo mismo. Todo lo que he hecho, lo he hecho con convicción. Y si he metido la pata hasta el fondo, lo he hecho sin ánimo de dañar a nadie. Mi trabajo es mi trabajo. Y tú, te presentes con el rostro que te presentes, no dejarás de ser uno de los monstruos a los que me dedico a eliminar. —Aspiró su rabia y se le ensancharon los orificios nasales. Después apoyó las manos en la cintura y frunció el ceño, pensativo—. No tengo ni idea de cómo se derrota a una ilusión degradada que ha surgido de mis propios miedos… —el espectro lo miraba contrariado—, aunque imagino que bastará con un simple «Bu». —Sus labios explosionaron al pronunciar esa sencilla sílaba y el espíritu reaccionó de inmediato rompiéndose en millones de partículas que se asemejaban a las oscuras cenizas emitidas por un volcán—. Hice todo lo que pude para que no murieras. Yo no soy el culpable de tu muerte.

Entonces, de reojo, examinó la fila de espíritus falsos que aguardaban su turno. Había reconocido a algunos de ellos: cazadores que habían sido asesinados cuando perseguían a un demonio y algún que otro espíritu vengativo que ya había echado de la vida de alguno de sus clientes, e incluso le pareció distinguir a un joven que había sido despedazado cuando se suponía que él estaba de guardia.

No tenía tiempo para todos ellos.

Negó con la cabeza y cayó en lo obvio: ninguno podría hacerle daño mientras no se dejara engañar por sus artimañas. ¡No eran reales, sino ilusiones! Como lo había sido la pelirroja que se había hecho pasar por Sofía.

Pensó en Iris y en su padre. Su mayor miedo. Su peor pesadilla.

Tenía que encontrarla, pues sus temores disfrazados de espíritus la

habían rodeado como lo habían hecho con él, separándolo de ella.

Iris se sorbía la nariz como si fuera una niña pequeña aterrada. Gimoteaba, sin atreverse a mirar a su padre. No podía enfrentarse a él, ni siquiera mostrarle la culpabilidad que todavía le escocía y le amargaba sus noches de silencio.

—Sabes que te quiero, hija. Aunque nunca te lo haya demostrado, tienes que saberlo. Nunca quise hacerte daño, sin embargo, ahogué mis penas en vasos de alcohol cuando me despidieron del trabajo y el mismísimo diablo se apoderó de mí. Fue él quien me brindó la primera copa para adueñarse de mi vida. Y lo consiguió —le dijo con arrepentimiento—. También me pidió que me convirtiera en oscuridad porque tú eras luz, y tenía que impedir que vislumbraras el camino que estaba dictado para ti.

—No puedo con esto. No eres real.

—Claro que sí, preciosa. Soy tu padre, y he venido a decirte que te perdono, que comprendo por qué lo hiciste. Tú tenías que acabar con el demonio que había en mí.

—¡No, no, no! —Se llevó las manos a la cara y negó continuamente —. Desde ese momento, mi luz se apagó y solo veo sombras. Al final, el demonio se salió con la suya. Ya no poseo esa luz que me hacía soñar con mundos maravillosos y viajar a ellos. ¡La perdí!

—Antes, Janus te dio la oportunidad de volar de nuevo, como hacías cuando eras una niña. Pudiste disfrutar del nuevo mundo un instante, y con él podrías tenerlo cada día... Janus quiere que estés a su lado. Te ha reservado un puesto entre los más grandes.

—Ahora no lo querrá. He probado la llave de los videntes y...

Se detuvo un momento y contempló la bruma de alrededor, el gris opaco en el que estaba envuelta. ¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué hablaba con su falso padre? Él nunca le daría consuelo. Si estuviera allí de verdad, no se comportaría como un ser comprensivo, sino que sería un espíritu vengativo, un alma manchada por las atrocidades que cometió. Su padre no estaba descansando en paz. Debería estar vagando por territorios estériles, sin consuelo alguno y lleno de ira.

Apretó los ojos y volvió a negar con más fuerza.

—No eres él. Me encantaría que fueras él y me dijeses esas palabras tan bonitas. A veces tengo miedo de mí misma por lo que llegué a hacer, pero era mi vida o la tuya. Y aunque no seas un ente o un demonio, siempre fuiste un monstruo de carne y hueso. ¡Mi monstruo! Ese con el que las personas corrientes estamos destinadas a batallar para no hundirnos en la miseria ni convertirnos en víctimas de nuestras decisiones. Yo aniquilé a mi monstruo de la forma más cruel

y me sentí libre a medias.

—¿Qué dices, hija?

—Que quizá debí buscar otra manera de sacarte de nuestras vidas, pero no te equivoques… —Alzó la barbilla y lo desafió con la mirada —. Volvería hacerlo si fuera necesario, porque ahora sé que puedo respirar sin ti, llorar sin que amorates mis lágrimas a golpes y reír sin tener que ocultar mi sonrisa. ¡Vivir sin miedo!

El espíritu emitió una sonora carcajada, metálica y algo rimbombante, pero eso no amedrentó a Iris, quien continuaba con el cuello estirado en una postura ofensiva.

—¡Janus no permitirá que escapes!

Ella curvó los labios, satisfecha.

—Al menos, me desharé de ti para siempre. No te tengo miedo. Ya no. Estás donde deberías estar: pudriéndote en el Infierno —le dijo mientras avanzaba hacia él sin ningún temor—. ¡Gracias por recordarme quién soy y por qué estoy aquí! ¡Ahora, lárgate!

El espíritu se esfumó adhiriéndose a la niebla que la agasajaba y no la dejaba ver más allá. Elevó la mirada, queriendo divisar el horizonte, pero no encontró una luz, una señal que le indicara cómo salir de allí. Entonces, sintió el peso de unas manos colocarse sobre sus caderas. Sobresaltada, se dio la vuelta, y respiró aliviada al encontrarse con Hugo.

—¡Lo has conseguido! —exclamó él eufórico—. ¡Te has deshecho de tu padre!

—¿Lo dudabas? —le preguntó a la vez que le guiñaba un ojo.

—Ya me explicarás con detalle por qué tu padre está muerto y yo no sabía nada. —Hizo crujir sus dedos aposta—. Ahora será mejor que salgamos de aquí.

Hugo tiró de su mano, pero ella lo detuvo.

—No, no hay salida. Estamos dentro de una especie de cúpula energética donde Janus controla lo que podemos ver o hacer. Este no es el camino. No podemos huir para buscar ayuda. Él no va a dejarnos.

El cazador soltó toda la valentía que había reunido en una sola exhalación.

—¿Y qué quieres hacer?

—¡Acabar con esto! —sentenció resuelta—. No sé si Simón ha logrado huir, pero tenemos que rescatar a Óscar, ya que se lo prometí. Además, tienen al cerrojo en una de las habitaciones… Si llegáramos hasta él, si lográramos liberarlo, Janus se quedaría sin candado por el que introducir las llaves. —El joven torció el gesto, sin dejar de contemplar el paraje esperpéntico en el que estaban inmersos—. Debemos volver, Hugo.

Rafael se abría paso entre una espesura irreal, fantasmagórica. De reojo, observaba a su hermano avanzar como un soldado con sus dos pistolas listas para descargar la munición ante cualquier ente sospechoso. Lo había entrenado bien, a pesar de su falta de interés y desgana. Gabriel era un buen cazador. Y él era consciente de que sus ansias por convertirlo en el mejor lo habían llevado a alejarse de la familia. Apartó la mirada de su hermano cuando este cayó en la cuenta de que lo escudriñaba sin censura. Volvió la vista al frente y arrugó el entrecejo hasta formar una V casi perfecta.

—¿Cómo podemos estar seguros de que todo esto no es más que un sueño del que no podemos despertar? —le preguntó a la vidente—. Puede que siga sentado en mi silla imaginando que correteo de un lado para otro, con la certeza de que sé a dónde voy sin tener ni puñetera idea.

—Esto no es un sueño —le aseguró Edith—. Janus ha intentado penetrar en mi cabeza más de una vez, y he conseguido evitarlo. ¡Puedo ver! ¡Y tú, caminar!

Rafael masculló entre dientes y de nuevo posó los ojos en su hermano.

—¿Y a ti con qué ha tratado de sobornarte para que te pases al otro bando?

Gabriel rehusó responder. Él jamás comprendería sus motivaciones ni sus aspiraciones, pese a que siempre le reiteró su afecto y lo halagó por su destreza con las armas. Su buen humor desapareció cuando su mujer murió, y su empatía, cuando quedó postergado a una silla de ruedas. Lo culpó de un sinfín de sucesos, entre ellos de haber abandonado a Hugo en el bosque. Lo hizo porque quería que escarmentara, que no se convirtiera en un reflejo de su padre. Lo hizo porque estaba dolido, porque Bianca era la única capaz de hacerle olvidar la fatigosa vida de los cazadores, y hasta ella quería arrebatársela su familia. Fue insensato, sí, un imprudente al dejar a un muchacho orgulloso y enamorado en mitad de una noche oscura y peligrosa, cuando él solo pretendía ser aceptado con todos sus defectos en la gran familia Álvarez, descendientes de cazadores reconocidos a lo largo de la historia del país.

No, no quiso desvelarle que Janus le había ofrecido un futuro dentro de la familia más grande que jamás había pisado la Tierra: la de sus fieles.

—Deberíamos centrarnos en localizar a tus amigos —le dijo con cierto retintín.

—Nadie te pidió que vinieras.

—Te equivocas, me lo pidió Oriol, mi sobrino, y por eso estoy aquí. Además, olvidas que Bianca también está ahí dentro.

Rafael le mostró una mueca de desagrado.

—Esa novia tuya es veneno. Nunca me ha gustado.

—No te gusta porque Hugo se encaprichó de ella, y tú temías que lo apartara de tu lado, como hizo conmigo.

—Rompiste la promesa que le hiciste a nuestro padre: la familia siempre por delante.

—Bueno, nunca es tarde para enmendar los errores —apostilló mientras apuntaba a un ratón que se le cruzaba entre los pies.

Edith ignoraba la batalla verbal entre los dos hermanos y procuraba centrarse en los diferentes flujos de energía que captaba. Entre ellos, no distinguía a Iris, a pesar de haberla escuchado minutos atrás. Sin embargo, apreciaba los ramalazos de magia descontrolados de Harry por todo el paraje, y presentía que el hombre estaba luchando contra una visión poco agradable.

—No están muy lejos —afirmó, interrumpiendo a los dos hombres —. Intuyo que ni siquiera se han acercado a la guarida de Janus. Están varados, encallados sin poder avanzar.

Encontraron al grupo no muy lejos de su posición inicial. Cabizbajo, el padre Carlos daba vueltas golpeándose una sien con el dedo índice. Sonia permanecía sentada, balanceándose de atrás hacia delante con la mirada perdida. León vagaba como un muerto viviente, con la boca abierta y las manos alzadas. Y Harry... Harry lanzaba bolas de energía de izquierda a derecha, de arriba abajo, sin moverse de su sitio.

Rafael corrió para interceptarlo, pues podría herir a algunos de sus compañeros con sus esferas violáceas. Se abalanzó sobre él y lo llevó a tierra mientras el brujo murmuraba palabras incomprensibles.

—Tienes que entrar en razón. No sé lo que te ha hecho ver ese malnacido, pero no es real.

Entonces, el cazador vislumbró a un niño detrás de un matorral, muy cerca de donde se encontraban ellos. El pequeño se dio la vuelta, dándoles la espalda, y desapareció.

—No te vayas, William —le oyó decir al inglés.

El cazador se apartó de él y lo ayudó a sentarse.

—Harry, escúchame. Hemos entrado en una especie de bucle imaginario. Janus pretende confundirnos. Sea quien sea ese niño, no está aquí de verdad. ¿Lo entiendes, amigo?

El brujo abrió los ojos y rompió en un llanto angustioso. Rafael trató de consolarlo a la vez que observaba cómo las venas del inglés se teñían del mismo malva que sus esferas mágicas. Sus manos comenzaron a temblar, y pronto sus piernas se tensaron hasta experimentar un rictus inaudito.

—¿Qué te pasa, amigo? —le preguntó mientras le sostenía la cabeza—. Dime cómo puedo ayudarte.

—No... puedes —balbuceó—. Mi magia ha reaccionado de manera

descontrolada a un recuerdo. —Harry presionó los labios y contuvo un quejido. ¡Le dolía todo el cuerpo!—. Se me pasará pronto. No tienes de qué preocuparte.

El brujo hizo unas fuerzas tremendas para levantarse y después se llevó las manos a la espalda como si tuviera ciática, aunque en realidad estaba ocultando sus más que notables temblores.

—¡Edith, te necesito aquí! —gritó el cazador.

—¿Qué ocurre? —preguntó la mujer en cuanto se acercó a ellos.

—No es nada —le aseguró el inglés—. He perdido mucha energía usando mis poderes de manera estúpida. Debéis proseguir, yo os alcanzaré en cuanto pueda.

Rafael receló de su respuesta, y Edith, adivinando sus pensamientos, se ofreció a acompañar al brujo:

—Bueno, deja que te eche primero un vistazo por si has sufrido un desgaste de energía muy rápido. Después, nos pondremos en marcha.

El brujo asintió no muy convencido y volvió a sentarse sobre la hierba mientras Edith le ofrecía agua de su cantimplora. El hombre bebió hasta calmar su sed, y permitió que la vidente posara la mano sobre su frente hirviendo. Ella entrecerró los ojos un momento e inspiró hondo, tratando de canalizar su energía fresca y apaciguada, para calmar el flujo atormentado de su amigo. Escuchó a sus células susurrarle palabras desalentadoras, a su magia vociferar, pues quería ser libre, y fue ahí cuando comprendió que el brujo llevaba mucho tiempo enfermo.

Ella no dijo nada, se limitó a serenar su achaque más reciente, a transmitirle su dulzura y a acallar las voces que rugían en su interior buscando a un niño llamado William.

Janus admiraba la vivacidad de las llaves dentro de sus frascos de cristal. Parecían perfumes exclusivos que podría vender cualquier *boutique* cara con nombres sugerentes y que incitaran a su compra inmediata. Solo uno permanecía vacío, aunque ansioso por ser rellenado con uno de los aromas más exquisitos e hipnóticos del mundo: la llave de los brujos. Arrugó la frente, sin mostrar un atisbo de preocupación, pues esa fragancia pronto caería en sus manos.

Escuchó el carraspeo de su asistente, advirtiéndolo de su presencia en la habitación. Lo invitó a hablar sin demora con un gesto de la mano.

—Hay cientos de fieles orando alrededor del dolmen. Han comenzado con los cánticos y las plegarias. En cambio, algunos miembros de los tres gremios se muestran reacios a unirse a ellos, pues son sabedores de que no hemos atrapado ni a la bruja ni al

demonio, y no entienden el motivo por el cual no los envía a capturarlos.

—Es obvio, Jean Louis. No necesito ir a por ellos, porque ellos vendrán a mí.

Con un rostro que reflejaba sus dudas, su asistente cerró la puerta y se acercó a él.

—¿Lo ha visto en alguna de sus premoniciones?

Janus lo miró por encima del hombro, obviando su pregunta.

—La niebla que he creado está dando mejores resultados de lo que esperaba. Esos idiotas están perdidos, dando vueltas sin ni siquiera atisbar a ninguno de mis acólitos. Les prometí seguridad, y la tienen. Aunque empiecen a llegar coches de policía a tropel, serían incapaces de orientarse con sus luces dentro de la espesura.

—Pero, entonces, ¿cómo...?

—La bruja lo hará —sentenció—. Vendrá con ese demonio que se cree un cazador a rescatarlos, y es ahí cuando quiero que intervengan mis soldados. Mis cazadores se ocuparán del demonio, y yo lo haré de ella.

Sofía tamborileó con sus dedos sobre la madera de la mesa. La espera estaba haciéndosele eterna, y un agujero en la boca del estómago comenzaba a desatar sus nervios.

—¿Cuánto ha pasado? —preguntó preocupada.

—Llevan fuera unas cuantas horas —le respondió Oriol después de comprobar una vez más su reloj.

—¿Y qué sugieres que hagamos? —Sofía se acercó a la ventana y observó cómo las primeras estrellas comenzaban a invadir el cielo.

El cazador resopló y se llevó las manos a la cabeza.

—Tengo un plan, pero seguro que no va a gustarte. —Ella entrecerró sus ojos añiles y lo animó a continuar—: Voy a ofrecerme para hacer un intercambio. Ellos, por mi vida.

Sofía lo miró espantada.

—¡No puedes hacer eso! Ese tipo pretende abrirte en canal para ofrecer tu sangre a Dios sabe quién.

—Es un riesgo que debo correr. Ahora mismo desconocemos si han sido apresados, si están siendo torturados o si Janus los ha eliminado sin más. ¡No contestan, Sofía! —Oriol lanzó un profundo resoplido, pues no quería pensar en esa última opción—. Tienes que entenderlo, ¡es mi familia!

Ella se compadeció del desánimo que revoloteaba sobre el cazador. Y lo comprendía, pues cada mañana se levantaba preguntándose si sus padres y su hermano se encontraban bien.

—¿Cómo puedo ayudarte? —Abrió los brazos de forma interrogante.

—Vigilar mis movimientos desde fuera, evitar que te cojan y esperar a que lleguen tus padres para armarla ahí dentro.

—No sabemos con lo que puedes encontrarte ahí. Habrá cazadores dispuestos a atravesarte con una lanza o a pegarte un tiro, porque Janus les ha sorbido el cerebro contándoles que eres malo.

—Con ellos, puedo arreglármelas. Me preocupa ese psicópata... Ignoramos hasta cuánto ha aumentado su poder.

Sofía asintió.

—Está bien —afirmó resuelta—. Primero, vamos a mejorar ese plan tuyo y prepararlo con todo detalle. Janus no puede indagar en nuestras mentes, así que partimos con ventaja.

27

Amarillo

Con recelo, Hugo observó la errática bruma que trataba de engullirlos como si fuera la boca de un león hambriento, sediento de sangre fresca. Gruñó tensando la mandíbula y volvió a entrar en el recinto con Iris. Maldijo para sí mismo durante unos segundos por su infortunio, ya que detestaba retroceder y verse incapacitado para huir. Agarró el brazo de la vidente y tiró de ella al adentrarse de nuevo en los estrechos pasillos funestos del cuartel general de Janus. Sin embargo, chasqueó la lengua ojiplático al comprobar que no había nadie que estuviera esperándolos. Parecía que todo el mundo se había esfumado con la niebla, evaporado, sin haber dejado rastro de su existencia.

—Esto no me gusta ni un pelo. ¿Dónde demonios se han metido todos? —Compartió con Iris sus pensamientos, y ella se limitó a encogerse de hombros—. No voy a mentirte. Esperaba que una docena de cazadores se nos echaran encima y nos encarcelasen de nuevo. ¿Pero esto...? —Defraudado, suspiró—. ¿Sientes la presencia de alguien o algo que debamos tener en cuenta? ¿Espíritus? ¿Brujos? ¿Otros videntes? ¿Cucarachas observándonos? ¡¿Algo?!

Iris negaba todos y cada uno de los posibles adversarios que el cazador iba citando, y rio cuando nombró a las cucarachas.

—Yo también estoy extrañada. O nos han preparado una encerrona más adelante, o Janus no cree que seamos rivales a su altura.

—¡Que nos subestime si quiere! Nosotros jamás nos rendimos.

La vidente alargó el brazo y consiguió detener a Hugo antes de que doblase la esquina. Él la miró con el ceño fruncido, aguardando una explicación que se demoraba en llegar.

—¿Qué pasa? —se vio obligado a preguntar ante el mutismo de su amiga.

—¡El cerrojo! No está muy lejos...

—¿Cómo estás tan segura? ¿No se supone que es un humano sin magia? ¿Cómo puedes detectarlo?

—Deja ya de hacer tantas preguntas. Lo sé y punto.

Hugo frunció los labios y evitó hacer comentario alguno sobre la brusquedad de la joven. Después supuso que si tan importante era esa persona para Janus, le habría puesto varios guardaespaldas, así que

tendrían que deshacerse primero de ellos para lograr llegar hasta el cerrojo. Iris seguía enfrascada en su silencio misterioso, con el rostro impertérrito y la mirada ausente. Comprendió que de alguna manera estaba recibiendo información, aunque jamás su amiga se había comportado así: retraída y expectante. Ella soltaba todo lo que se le pasaba por la cabeza sin filtro alguno, y esa nueva conducta lo intimidaba, además de irritarlo un pelín.

—Están preparándolo para el ritual. Lo han duchado, peinado y vestido con una túnica blanca que simboliza la pureza.

—¿Estás comunicándote con él? —Ella lo acribilló con la mirada—. Vale, vale, no te interrumpo más, pero ¿quieres decirme cuántos son los que lo custodian?

—Cuatro. Dos cazadores, un vidente y un medio brujo. —Hizo una pausa que enervó al joven, y entrecerró los ojos grises hasta convertirlos en una línea fina que ondulaba alrededor de sus pupilas —. Los demás ya están fuera. Junto al dolmen, esperando a que empiece el ritual.

Hugo negó con la cabeza. ¡Era ridículo! Tanto Sofía como su hermano se encontraban a salvo, así que ¿cómo Janus iba a iniciar una ceremonia sin sus protagonistas? Entonces, sus músculos se tensaron. Había algo en toda esa historia que estaba escapándosele, aunque no lograba averiguar el qué. Se mordisqueó el labio inferior con saña y escudriñó de nuevo en la mirada de su amiga. ¿Qué estaba sucediéndole? ¿Sabía ella algo más que no le había contado?

Con los brazos en jarra, el cazador suspiró resignado.

—No contamos con armas... Podría intentar arrebatárselas a los cazadores, pero me preocupa que el brujo se saque de la manga un torbellino que nos arrastre de nuevo a la maldita bruma de ahí fuera.

Iris lo ignoró y decidió seguir adelante sin desvelarle su plan. Había sentido la llamada, una especie de cántico que borboteaba en su sangre y la empujaba a actuar. Sabía que la vidente de Janus había detectado su presencia, sin embargo, no se lo había contado a los demás, por lo que contaban todavía con el factor sorpresa.

Hugo la siguió, soltando improperios por lo bajo que ella decidió continuar ignorando. Ya tendría tiempo de darle las explicaciones correspondientes al cazador. Ahora, lo que urgía era actuar antes de que el momento propicio se desvaneciera en el espacio como los segundos en un reloj.

Sonrió de medio lado al comprobar que no había errado en sus predicciones: uno de los cazadores se había ausentado unos minutos para ir al baño mientras el otro cubría su falta apoyando la espalda sobre la puerta cerrada. Dentro, con el cerrojo, se encontraban la vidente y el brujo.

Iris ladeó la cabeza y alzó las cejas para indicarle a Hugo que ese

hombre de casi dos metros y manos tan peludas como las de un oso era todo suyo. El cazador no rechistó. Se quitó su chaqueta de cuero negra y decidió que lo embestiría como un toro. Ante una persona tan alta, lo mejor era concentrarse en sus partes bajas, así que corrió hasta él y dirigió su potente puño contra su entrepierna. El hombre se dobló de dolor, llevándose de forma instintiva las manos a su zona delicada. Entonces, Hugo aprovechó para noquearlo con su otro puño en la mandíbula, para después arrebatarle del suelo la pistola, la cual se había estrellado contra el pavimento en el primer golpe, y apuntarlo con ella en una sien. Antes de que el hombre se lamentara, le arreó otro topetazo con la culata del arma que lo hizo perder el equilibrio y caer como una mole de cemento, pero al chocar su gigantesca espalda contra el suelo de piedra, ocasionó que retumbara todo el pasillo, y por consiguiente que la puerta se abriera en un santiamén.

Hugo se giró de inmediato para observar a su siguiente contrincante, no obstante, cruzó su escéptica mirada con la pelirroja que los había ayudado a salir de allí. Titubeó unos segundos sin saber cómo proceder. Entonces, ella arqueó las cejas y sus ojos boscosos le indicaron que el brujo se encontraba en el interior y que se disponía a salir.

El cazador torció el gesto y apartó a la muchacha del umbral con brusquedad. Antes de que el brujo abriera la boca para conjurar Dios sabe qué, le disparó en el hombro. Después llegó hasta él con paso seguro y lo obligó a ponerse de rodillas.

—No quiero matarte —le aseguró—. Después de todo, eres uno de los nuestros... ¿Que te has dejado comer el tarro por ese malnacido? Sí, es verdad... Pero todos cometemos errores... Lo que quiero saber es si vas a ponerte de nuestro lado y estar calladito o...

No tuvo tiempo de terminar su oferta. La pelirroja, con una jeringa en la mano, se acercó a su compañero y se la clavó en todo el brazo como si fuera una banderilla.

—No tenemos tiempo de cháchara —le dijo resuelta—. Y si estás preocupado por si era un veneno o algo así, te diré que es la medicación que estábamos suministrándole a nuestro rehén para relajarlo.

Hugo elevó la mirada y buscó por toda la habitación al cerrojo.

—Está debajo de la cama —le aseguró ella—. Es muy asustadizo.

El cazador se agachó y descubrió a un hombre bajito, casi esquelético, escondido en posición fetal. A pesar de su postura, Hugo advirtió las numerosas arrugas que cubrían su rostro y sus manos.

—Es muy mayor. ¡Un anciano!

—Tiene cierta discapacidad intelectual, y se ha pasado media vida de un centro en otro. ¡Es un alma pura! Un hombre que no ha conocido la maldad, aunque sí la ha padecido.

En ese momento, escucharon los pasos del otro cazador aproximarse a la entrada mientras lamentaba que su compañero yaciera en el suelo inconsciente. Hugo apenas tuvo tiempo de reaccionar cuando la vio aparecer en la puerta. Quiso usar de nuevo la pistola, la cual se había enfundado en la cintura del pantalón, pero la mujer ya estaba encañonándolo con su revólver.

—¡Tira el arma al suelo y pon las manos detrás de la cabeza! ¿Te ha hecho algo? —le preguntó a la pelirroja, ignorando que los había ayudado; no una, sino dos veces.

—No, solo trataba de sacarme información.

—¿Y bien? ¿Has cantado como un pajarito? —Se sopló el flequillo castaño de su frente, apartando uno de los mechones que le caían sobre el párpado.

—No le he contado nada.

—No sé si Janus te quiere vivo o muerto. Pero dado que no has matado a ninguno de mis compañeros, te entregaré a él vivito y coleando.

Hugo dejó caer el arma al suelo en el preciso instante en el que Iris decidió irrumpir en la escena. Tiró muy fuerte de los cabellos de la mujer hacia atrás y le presionó la coronilla con la palma de su mano. La cazadora gritó y trató de deshacerse de la vidente, sin embargo, a pesar de que se revolvía como una serpiente amenazada, continuaba inmovilizada. Hugo no comprendía a qué clase de tortura estaba sometiéndola su amiga, pues jamás la había visto realizar semejante acción, así que, perplejo, contemplaba cómo la cabeza de la mujer se recalentaba hasta adquirir un tono enrojecido y alarmante.

Cuando la mujer se desgañitó gritando como una posesa, Hugo le rogó que se detuviese:

—Iris, déjalo ya. No va a hacernos daño. ¡Iris, por favor! —El cazador se situó frente a ella en dos zancadas y la sujetó por el antebrazo—. Ya es suficiente.

La vidente retiró la mano y la mujer cayó hacia delante, estampándose la frente contra el pavimento. Entonces, Iris escudriñó el rostro de Hugo como si no comprendiera la indulgencia del cazador, como si su amigo fuese un extraño.

De repente, la joven comenzó a convulsionar, y Hugo se apresuró a cogerla entre sus brazos antes de que ella también terminase en el suelo. La acostó en la cama a la vez que impedía que se hiciese daño con sus propias sacudidas.

—¡Tráeme agua, o lo que se te ocurra! —le gritó desesperado a la muchacha pelirroja—. ¡Venga, Iris! Sea lo que sea que esté dominándote, tú puedes controlarlo. Tú siempre has podido controlarlo. ¡Venga, preciosa! Te necesito aquí conmigo.

Sin embargo, Iris estaba muy lejos allí. El perfume amarillo hacía

que su cuerpo reaccionase como si se tratase de un potente tóxico. Sus neuronas no estaban preparadas para asimilar tanto poder de golpe, y se debatía entre luchar o dejarse llevar. Algo estaba cambiando en su interior. Escuchaba las nuevas raíces asentarse sobre las viejas, retorcerse hasta hacerlas suyas, obligarlas a florecer con celeridad. Iris contempló los tallos finos y verdes que prosperaban arrancando las malas hierbas y adhiriéndose a sus venas para encontrar el camino. Las flores amarillas brotaban maravilladas al percibir el canto de la primavera susurrarles con delicadeza.

Sí, contempló, como si fuese una espectadora más, el nacimiento de un nuevo don entre árboles jubilosos y animalillos sonrientes. Aguardó a que llegara hasta ella cuando quiso ser brisa y acariciar sus mejillas. La recibió olvidando sus miedos, su fragilidad y su aparente desaliento que la hacía empequeñecer. Iris maduró. Se convirtió en una mujer sabia, a pesar de su corta edad, y fue entonces cuando se deshizo de sus propias inseguridades cuando las convulsiones cesaron y vio. Aunque no comprendía muy bien las imágenes que aterrizaban en su mente, solo tuvo que aguardar unos segundos para que cobraran sentido.

Observó a Oriol encadenado, alimentando con su sangre a la tierra, que ansiosa esperaba su manjar. Después, contempló a la bruja caer sobre la hierba húmeda y cómo Janus lograba extraerle la llave. Pero no vio al cerrojo, aunque sí cómo un haz de luz brotaba desde el núcleo del planeta y se dirigía con ferocidad hacia el cielo. «Las escaleras», se dijo apenada.

Recuperó el aliento al percibir cómo todo el oxígeno de la habitación penetraba en sus pulmones hasta llegar a saturarlos. Tosió. Quiso que parte de él regresara fuera. Entonces, atisbó por el rabillo del ojo a una joven vidente y medio cazadora que le acercaba un vaso de agua. Entretanto, su amigo le acariciaba sus cortos cabellos y la instaba a coger aire más despacio. Después de dar un par de sorbitos, agachó la cabeza y husmeó debajo de la cama.

—Tenemos que ocultarlo. Es nuestra única opción para que ese ritual no se realice —afirmó con voz débil.

Hugo la miró perplejo.

—¡No, no! Te equivocas... No tienen a Sofía y...

—Sofía y Oriol estarán en la ceremonia —lo interrumpió al tiempo que trataba de levantarse. No obstante, a pesar de sus esfuerzos, no lo consiguió, y su cuerpo volvió a hundirse en el colchón—. Me encuentro muy débil.

El cazador quiso ocultar una mueca de frustración, aunque sin mucho éxito. Después, sus ojos se posaron en el enclenque anciano al que debía proteger para que Janus no le pusiera las manos encima. El viejo asomaba la cabeza por encima del colchón y observaba a Iris

como si fuese una diosa. Iris le acarició los escasos cabellos blancos que todavía poblaban su coronilla.

—Tranquilo —le aseguró ella—. No vamos a dejar que te ocurra nada.

Hugo abandonó la habitación, buscó su chaqueta y se la endosó mientras su mente trataba de idear un nuevo plan más práctico.

—¿Qué vas a hacer?

Se giró para escudriñar mejor a su interlocutora. Después de todo, le había sido de gran ayuda hasta ese momento. Era una joven muy resuelta, y aunque sus ojos verdosos parecían cubiertos por un denso follaje, creyó que podría confiar en ella.

—Bien, necesito que me eches una mano con todo esto. Si pudieras quedarte con Iris y ponerla a salvo... Pronto vendrán más chiflados a por el cerrojo para llevarlo al ritual. Mientras tanto, yo intentaré hacer que se lo trague la tierra y que nadie pueda dar con él. —La cogió por los hombros y la miró fijamente—. ¿Podrás encargarte de mi amiga? No quiero que use más esos poderes suyos hasta que averigüe qué leches está pasándole.

Ella asintió, y sin pronunciar palabra alguna se dirigió de nuevo al interior de la estancia. Al par de minutos, regresó con el anciano y con las armas de los dos cazadores.

—Creo que vas a necesitarlas —le aseguró a la vez que se las entregaba.

El cazador las recibió con una sonrisa de medio lado y se aseguró de que el anciano no se separase de él.

—¿Cómo te llamas? —El hombre bajó la mirada, asustado—. Bien, no importa. Solo debes tener esto muy claro. A partir de ahora, vas a ser mi sombra. Pisarás por donde yo pise y correrás en cuanto yo lo haga, ¿de acuerdo? —Los ojos azules del anciano parecieron brillar, y Hugo dio por sentado que lo había comprendido. Después, se dirigió a la joven cruzada con determinación—: También sería bueno que les administrases una dosis pequeña de ese relajante a los otros dos. No quiero que se despierten y empiecen a armar jaleo... Ah, y por cierto, espero poder cumplir mi promesa y que no volvamos a vernos.

—Yo también lo espero —le respondió con indiferencia.

Él curvó los labios de forma pícara y se enfundó las dos pistolas en la cinturilla del pantalón a la vez que le instaba al anciano a iniciar la marcha. La joven contempló cómo ambos comenzaban a doblar la esquina.

Antes de que desaparecieran, se dirigió al cazador:

—Por si no eres capaz de cumplir tu promesa, me llamo Noelia.

Hugo sonrió de medio lado y dobló la esquina, reparando en la cantidad de habitaciones que había en esa planta. A continuación, advirtió que la puerta del fondo era más grande que las demás, así que

decidió echar un vistazo antes de buscar una salida.

Entró en cuanto comprobó que no había nadie en su interior, y ayudado con la luz de la luna, divisó una gran cantidad de papeles sobre un escritorio. Se acercó a él, arrastrando al cerrojo para que no se separara demasiado, y frunció el ceño al ver las diversas fotografías de un dolmen. Cogió una para examinarla mejor cuando discernió las palabras escritas bajo la imagen: «Dolmen de Tella, en la comarca de Sobrarbe». Así que era ahí donde iban a celebrar el ritual: en Huesca. Esos eran los montes que había visto detrás de la niebla cuando intentó huir con Iris. Y, entonces, ¿en qué edificio se encontraba él?

Rafael se dio por vencido. Se apoyó en una enorme piedra y, abatido, miró uno por uno a los miembros de su equipo, quienes trataban de ocultar su frustración. Estaban dando vueltas en círculos sin llegar a ninguna parte. La segunda vez que pasó por la gigantesca roca no le dio importancia. Se encontraban demasiado inmersos en un paraje singular, lleno de matorrales, algunos pinos dispersos y demasiadas piedras como para percatarse de la forma exacta de cada una de ellas. La tercera vez receló de su abrupta presencia, y ya la cuarta solo pudo dictaminar que no existía salida alguna o entrada que los llevase a las instalaciones de Janus. ¡La bruma estaba hechizada! Y no podían asegurar que cada centímetro de tierra que cubrían fuese real.

De vez en cuando escuchaban un alarido que los ponía en guardia y los empujaba a dirigirse hacia la zona del cual provenía. Sin embargo, al llegar allí no había rastro de nada ni nadie, solo la maldita niebla, más espesa y más negra.

Rafael torció el gesto, pues ahora que podía andar se encontraba más imposibilitado que nunca. Pensó en la suerte de Edith y de Harry, y deseó con todas sus ganas que la vidente hubiera podido estabilizar la energía caótica del brujo. Él nada podía hacer.

Su hermano percibió su fiasco y apoyó una mano en su hombro para compartir su desánimo.

—Tú no te rindes jamás. ¡Ese siempre ha sido mi papel!

—Estamos dando vueltas como tontos.

—Creo que todos nos hemos dado cuenta, y también que hemos dejado a la vidente y al brujo detrás, los únicos que podrían sacarnos de este embrujo o visión fantasma en la que estamos metidos.

Rafael se masajeó la frente con dureza.

—He tenido que hacerlo. Yo… —Se percató de que sus piernas flaqueaban; una sensación desconcertante que había olvidado hacía ya mucho tiempo—. Quiero decir que es mejor…

—… que Bianca y yo seamos la avanzadilla. Puede que nos

convenga que se una a nosotros el hombre con el lobo. Creo que los animales perciben de una forma más extrasensorial el mundo que nos rodea. Los demás podéis descansar un rato.

El viejo cazador elevó los ojos y los hundió en la mirada esperanzadora de su hermano. ¿Desde cuándo Gabriel era más optimista que él? ¿En qué momento había madurado? No lo sabría nunca, pues hacía casi cinco años que no sabía nada de su vida.

—Es mi hijo al que han capturado, y también está Iris…

—Tu equipo te necesita más ahora. Ellos son también tu familia —le recordó él—. Deja que me encargue de Hugo. ¡Confía en mí!

Rafael volvió a examinar los rostros fatigados de sus compañeros de viaje: unos bebían de la cantimplora sin darle tregua a su garganta, otros despegaban de su piel sus camisetas sudadas, mientras que el padre Carlos sujetaba en sus manos un rosario confeccionado con pétalos de jazmín, y eso solo podía significar que el desaliento en su amigo era tan hondo que había recurrido a su fe antes que a su instinto de cazador.

—Está bien —musitó entre dientes—. Si localizas una puerta, abertura o algo que se parezca a una entrada, vuelve a por nosotros.

—¡Lo haré! —le aseguró a la vez que lo estrechaba entre sus brazos; una acción nacida de la impulsividad y que había dejado al viejo cazador sin palabras.

Sin saber muy bien cómo responder, se dejó envolver en el afecto de su hermano y le dio unas palmaditas en la espalda. Después, los vio partir. No eran más que tres, acompañados de un lobo fiel y protector. Quizá ellos tuvieran más suerte, aunque Rafael dudaba del éxito de la empresa. Janus los había envuelto en una ilusión y necesitaban a una vidente en grado de deshacer el engaño, o tal vez a un brujo puro que trasladara la bruma con un simple soplo de aire. Aun así, los cazadores estaban preparados para enfrentarse a cualquier bestia que surgiese de la niebla, fuese real o no, y eso lo animaba a pensar que tal vez no todo estuviese perdido.

George enterró sus ojos azules en el rostro concentrado de Samantha, quien contemplaba todavía perpleja cómo las hebras azuladas que habían atado el nudo principal se habían multiplicado en los años posteriores a su realización. Sofía había conseguido desatar algunas para crear las suyas propias sin ningún orden, y ahora su red mágica era todo un caos difícil de comprender. Ella desgranaba con sumo cuidado los filamentos que se adherían al nudo originario, observando cómo poco a poco el flujo energético de su centro discurría por el canal adecuado.

Se percató de la intensa mirada de su exmarido, y elevando un poco la barbilla asintió. Retiró las manos del holograma sobre el que estaban trabajando y se recostó en la silla, y lanzó un suspiro de alivio tan hondo que consiguió que sus hombros se relajasen.

—¿Cómo ha conseguido generar nuevos nudos sin ayuda alguna? —le preguntó, abriendo los brazos.

—La primera vez que observé su red mágica, me quedé en *shock*. No lograba comprender cómo había logrado sobrevivir con un flujo energético seccionado en diferentes zonas y que discurre a la vez como un coche de carreras sin frenos.

—Por eso su cuerpo estaba llegando al límite —apostilló la bruja. Luego alzó la mirada y enjugó las primeras lágrimas que amenazaban con derrumbarla—. ¡Nos equivocamos con ella! Nunca debimos someterla a este calvario.

—No sabíamos que iba a suceder esto. Nuestra hija se ha protegido de manera inconsciente a los diferentes ataques, y cuando su conciencia ha percibido que el sello podría romperse de forma antinatural, ella misma ha creado los suyos propios, hasta que no ha podido más. De ahí sus ausencias y esos trances inexplicables.

—Hiciste bien al decidir amarrar de nuevo el nudo original. Si no lo hubieras hecho, Sofía podría estar catatónica.

George chasqueó la lengua.

—No fue idea mía, sino de Harry. Ese brujo la ha salvado más de una vez al imponerle una disciplina y comenzar con los hechizos más fáciles. Si no la hubiera obligado a adiestrarse desde el inicio, nos habríamos encontrado con una magia no solo desordenada, sino puede que hasta oscura.

Samantha ocultó su pesar dirigiendo su mirada hacia el pavimento de losas grisáceas que componían el suelo. Aquello nunca debió pasar. Debió haberle insistido más a su marido cuando quiso consultar las predicciones de otro vidente. ¡Una segunda opinión! Se había visto forzada a separarse de su pequeño ángel cuando apenas había disfrutado de unas semanas con ella. ¡Tres vidas rotas en un segundo! Y el sueño que había deseado para su hija de ser una niña normal y no preocuparse por un destino fatal se había roto en pedazos —aunque en ese instante no lo supiera— el mismo día que la dio en adopción.

Su destino estaba sellado incluso antes de que naciera. Jaime siempre supo que la llave de los brujos estaba en su posesión, silente, durmiendo bajo varias capas de mentiras. Por eso se vio obligado a despertarla, a que su don estallara como un volcán enérgico y caprichoso. Por esa razón le envió a la Sombra la primera vez. Debía cerciorarse de que la llave seguía existiendo en ella a pesar de que no practicaba sus poderes. Y más tarde quiso seducirla con un demonio, ya que, si ella aceptaba ese dichoso pacto, él no tendría que

embarrarse los pantalones para obtener lo que tanto ansiaba.

Samantha lo maldijo, mil veces, con inquina y despecho. ¡Él había destrozado sus vidas! Sus ansias de poder habían sentenciado el futuro de una niña, y ella solo podía agradecerle al destino que Sofía se hubiera topado con unos cazadores dispuestos a protegerla como no lo habían hecho ellos. ¡Sus padres!

—Le he enviado un mensaje a Harry preguntándole cómo va la misión, pero no me responde.

—Tenemos que aligerarnos. Apenas quedan unas horas, y si no conseguimos deshacer este entuerto, nuestra hija podría morir.

—Antes de que eso suceda, te prometo que yo mismo me presentaré allí y le arrancaré la cabeza a mi sobrino.

28

Puerta

Sofía inspiró hondo al llegar a las inmediaciones del dolmen. Se respiraba una falsa paz en un paraje tan cautivador como recóndito. Demasiado benévolo para ser verdad, porque ahí, en algún lugar de esa misteriosa pradera, se encontraba Janus con sus acólitos, dispuestos a recibir un equinoccio marcado por la sangre y el engaño.

De reojo, observó las facciones endurecidas de Oriol. Se esmeraba en mantener el talante y de alguna manera no perder la cordura. El medio demonio se había convencido de que su rendición era el único camino para salvarlos a todos, incluido a él mismo, aunque en el fondo su corazón tiritaba de miedo al ser consciente de que su destino estaba en manos de un loco.

Sofía le apretó la mano en un intento desesperado por aliviar su incertidumbre. Después de todo, Oriol contaba con su bestia, a quien había aprendido a amar y a considerar en cuanto los problemas acechaban tras la esquina. Era sin duda un hombre valiente, pues el sacrificio que estaba dispuesto a hacer no lo habría hecho cualquiera.

La bruja entrecerró los párpados, consciente del momento que estaban viviendo, ya que, si las cosas se torcían, puede que fuera la última vez que pudiesen estar juntos, y esa sensación de vacío, la cual se agrandaba en su pecho y no la dejaba respirar, la hizo caer en la cuenta de lo mucho que lo había echado de menos. Y entonces no pudo evitar que un sentimiento de culpabilidad aflorase, manchando las flores que aguardaban expectantes el arribo inminente de la primavera.

Ya no había marcha atrás. Ya no valían los arrepentimientos ni las frases encorsetadas para pedir un perdón que se había llevado el viento. No existía nada que pudiese compensar el daño que le había hecho. Tragó saliva y enredó aún más sus dedos con los de él. Ahora Oriol necesitaba fuerza, entereza y saber que ella jamás se rendiría. Sucediese lo que sucediese en las próximas horas, ella no iba a abandonarlo.

—Todo parece tan tranquilo… —musitó él.

—Más bien espeluznante.

—¿Cómo un grupo tan numeroso puede haber desaparecido sin más? —Oriol paseó la lengua por sus dientes y la apoyó sobre las

muelas.

—Están ahí, lo presiento, solo que no podemos verlos.

El medio demonio bajó la barbilla y observó la suela de sus botas con resignación. Había hecho muchos kilómetros con ellas, para huir, para escapar de las garras de un psicópata, y ahora desandaba lo andado, pues no tenía más remedio que dirigirse hacia él.

—Recuerda todo lo que te he dicho… No entres hasta que tus padres se presenten aquí y te hayan liberado de los sellos. Te necesito fuerte, con todos tus poderes funcionando a la vez. Quiero que la bruja de hielo convierta todo esto en un glaciar, ¿entendido?

Sin embargo, Sofía no respondió. Mantenía la mirada fija en el frente, como un cañón apuntando a los portones de una fortaleza invisible. Primero, un pequeño calambrazo la obligó a soltar la mano de Oriol ante la reacción de perplejidad de este. Luego, un cosquilleo que comenzó en la punta de sus pies se extendió por todo su cuerpo hasta desaparecer por la coronilla. Y, por último, sus ojos se agrandaron hasta iluminarse como dos faros celestes en el incipiente atardecer.

—¡Lo veo! —fue capaz de decir.

—¿El qué? —le preguntó el cazador, quien no dejaba de examinar el punto hacia donde se dirigían las pupilas de la bruja.

—Tiene la forma de una cúpula transparente —añadió—, y se expande por muchas hectáreas de la pradera. ¡Janus ha creado una ilusión! ¡Una enorme esfera para que todos pensemos que allí no hay nada! Sin embargo, están todos ahí.

Oriol se mordió el labio, desesperado.

—¿Cómo has logrado verla? ¿Cómo lo has hecho? —Soltó el aire que presionaba su pecho y posó sus ojos dorados sobre ella—. ¿Ves a mi padre?

—No, hay una nube tenebrosa que me impide divisar al equipo. Pero más allá, después de un quejigo con el tronco doblado, hay una puerta.

El medio demonio sacudió la cabeza, confuso.

—¿La puerta de un recinto? ¿De una casa? ¿Una cabaña, tal vez? —le preguntó, sabiendo que era imposible que Janus hubiese construido un edificio enorme en medio de un paraje protegido sin llamar la atención de los vecinos.

—No, solo una puerta roja. No hay nada más.

Oriol frunció el ceño, comprendiendo la hazaña que debía realizar.

—Es decir, que si encuentro esa puerta, llegaré hasta él.

Sofía abandonó el trance y los músculos de su cuerpo se relajaron. Se humedeció los labios sin ocultar su asombro. Janus había creado un espejismo complejo, capaz de engañar a las mentes más avispadas, y se preguntó si Edith había descubierto la argucia. «Sí, ella tiene que

saber que están en medio de una mentira —sentenció—. Pero ¿sabrá cómo salir de ahí?».

Sus dudas fueron respondidas cuando Oriol se cargó la mochila a la espalda y agarró su escopeta con determinación.

—Es evidente que están atrapados en ese bucle, si no, ya se habrían puesto en contacto con nosotros. Tengo que rescatarlos.

Ella tragó saliva en cuanto lo vio descender el montículo en el cual se habían refugiado y desde el cual espiaban los posibles movimientos del enemigo. Entonces, a medio camino, Oriol se detuvo y giró medio cuerpo hasta que alcanzó a verla.

—Si has podido ver esa cúpula, ¿significa que tus padres lo han conseguido? ¿Han liberado tus poderes?

—No lo sé. No me siento diferente. En realidad, ni siquiera sé cómo debería sentirme —dijo, encogiéndose de hombros—. Pero ellos no han llegado, y si han roto los sellos, deberían estar aquí.

—No creo que se demoren mucho más. —Oriol chasqueó la lengua y arrugó el rostro, preocupado. Un incipiente nerviosismo estaba aposentándose en la boca de su estómago, y eso lo desencajaba. Le hervía la sangre y no sabía cómo refrescarla. No quería dejarla sola... otra vez. Tan solo pensar que jamás volvería a verla le quebraba el alma—. Por favor, no te muevas de ahí hasta que estés segura de que no sufrirás ningún daño si usas tus poderes. Y... cuídate mucho. Procura que no te vean. Y no permitas que te atrapen.

Sofía le sonrió con timidez, haciendo acopio de una entereza que estaba a punto de partirla en dos. No quería que se marchara. Sin embargo, ella ya no era quién para rogarle nada. Ese derecho lo perdió en cuanto comenzaron a aflorar sentimientos hacia su hermano. Lo había traicionado de una manera cruel, y aunque fuese culpa de un conjuro mal recitado, ella debió resistir. El amor siempre debe triunfar. Y ahora lo veía claro: ella había sucumbido a la lujuria. Nunca debió permitir que su lado más oscuro brotara deseando los besos de otro, aunque ese otro fuese Hugo y este le profesase un amor incondicional. Era muy probable que todo fuera fruto del embrujo, de una unión destinada a zozobrar antes de llegar a puerto. Ese vínculo estaba maldito, y en cuanto pudiese, iba a romperlo, así la verdad les devolvería la luz. Así ella podría recuperar su norte.

—Quiero que sepas que yo te... —La culpa ahogó sus palabras. La dejó muda mientras que él alzaba las cejas con suma curiosidad. Le había prometido no volver a hablar de sus sentimientos hasta que destruyese el vínculo y pudiese tener una conversación —la cual se le antojaba complicada— con Hugo. Por ese motivo, no fue capaz de continuar, y, sonrojada, apartó la mirada de sus pupilas expectantes.

—¡Joder!

Oriol cerró los párpados hasta casi hacer desaparecer sus ojos.

Sabía lo que le susurraba su mirada, lo que su boca no era capaz de pronunciar y cuánto habría deseado escuchar esas palabras. No obstante, no quiso desoír el momento. ¡Ese no! Pues ignoraba el destino que le aguardaba y no podía permitir que el orgullo le nublase de nuevo la mente. Así que corrió montículo arriba y, sin pensárselo dos veces, la estrechó entre sus brazos. Después, la besó. Ni siquiera contempló la idea de que ella pudiera rechazarlo, a pesar del pacto que habían hecho. Hugo merecía respeto y él lo sabía, aunque en ese instante su corazón le vociferaba que no, que su hermano jamás pensó en él antes de arrebatarle lo que más quería. La estrujó hasta sentir su aliento estremecerse entre suspiros, y quiso empaparse de sus labios húmedos hasta no dejar gota de su deseo sin saborear.

Cuando calmó su ansia, se retiró apenas de ella, permitiendo que tan solo una hebra de aire transitase entre sus bocas aún sedientas.

—Déjame ir contigo —le susurró ella.

—No. Tenemos que seguir el plan.

Sofía le acarició los cabellos y le colocó un mechón detrás de la oreja.

—Lo siento.

—No digas nada más. No quería despedirme de ti, así sin más. Sé lo que te pedí… Todos necesitamos sinceridad. Y yo solo quería saber que de verdad habías regresado, que nuestra conversación no había sido un sueño…

—¡No lo fue! Te juro que todo fue real.

Él curvó los labios hasta ofrecerle una amplia sonrisa.

—Entonces, prométeme que esperarás hasta que tus padres lleguen.

—Me conoces de sobra, y sabes que si las cosas se tuercen, no podré hacer tal cosa —le confesó riendo.

—Lo suponía.

Volvió a emprender la marcha, esta vez más seguro de sí mismo, convencido de que todo iba a salir bien, pues había alguien que lo esperaba: un amor que jamás olvidó, por mucho que él mismo hubiese querido sepultarlo; una persona que había cambiado por completo su vida y lo había ayudado a abrazar sus feromonas, a dominarlas, a conseguir que brotasen cuando él quisiese. ¡A ser una sola persona!

Antes de penetrar en esa cúpula tenebrosa, Oriol miró una última vez atrás, y estiró una de las comisuras de sus labios al atisbar a Sofía amparándolo con sus ojos añiles. Después, agachó la cabeza y apartó con la bota unas ramas secas; más bien, achicharradas, tal vez porque allí mismo se erigía un muro antinatural, y la magia, fuese cual fuese, siempre dejaba huella en la naturaleza. A continuación, entró en ella.

Primero percibió el gélido viento azotar su rostro sin compasión; luego, cómo el verde encendido característico del lugar se tornaba oscuro y decadente, y al final, cuando pensó que nada más podría sorprenderlo, divisó la bruma. Tenía vida propia. Se movía como un gusano gris, largo y vaporoso, en busca de alimento. Lanzó una exhalación disconforme. Ahí estaba la maldita niebla de la que Sofía lo había advertido. E iba a por él.

Sin dudarlo, cerró unos segundos los ojos y estiró los brazos hasta sentir dolor. ¡Necesitaba a su bestia! No tardó en percibir los efectos de la transformación: sus uñas se arquearon, el vello comenzó a cubrirle el cuerpo y su mandíbula mostró sus dientes afilados. Poco a poco, fue convirtiéndose en el íncubo que tanto había odiado, y cuando por fin la bestia despertó del todo, abrió los ojos hasta exhibir el fuego que emergía de ellos.

Soportó el primer embiste de la bruma sin mover un ápice los músculos de su cuerpo. Aguantó allí plantado, observando cómo el enemigo lo olía, cómo trataba de buscar en su espíritu algo con lo que amedrentarlo. Sin embargo, no encontró nada. Un íncubo siempre sería un íncubo, amigo de la oscuridad, aunque en su pecho brillase un alma humana. Aun así, no desistió. Se enroscó en él como una serpiente dispuesta a estrangular a su víctima, y puede que a asestarle un buen mordisco. No obstante, Oriol tampoco se movió. No quiso defenderse. Si no había encontrado en su espíritu una debilidad con la cual atormentarlo en los primeros minutos de contacto, no iba a hacerlo ahora.

Por fin, la niebla maliciosa se retiró. El gusano decidió que, a pesar de haber nacido de la mismísima tierra, su cuerpo pertenecía a otra dimensión, esa en la que los seres oscuros rivalizan por absorber un poco de luz. El medio demonio sonrió satisfecho. Después pensó en su padre y en los demás. Mientras la piel de su bestia vistiese su cuerpo, no podría acceder al interior de la bruma, y eso significaba que por el momento no podría rescatarlos. Frunció el ceño, pesaroso. Tenía que hallar la puerta que había visto Sofía con presteza, puesto que era la única salida que existía para salir del embrollo. ¡Un intercambio! ¡Su vida por la de sus amigos!

Así que corrió sin deshacerse de su bestia, pues con ella no existía el riesgo de que algún ser de las sombras lo atacase. Corrió sin mirar atrás, con la mandíbula tensa, ya que por el momento no podría ayudar a sus compañeros. Corrió con el alma en vilo, porque desconocía lo que le aguardaba detrás de la puerta.

No supo discernir cuánto tiempo había transcurrido desde que había entrado en la cúpula hasta que divisó el árbol con el tronco doblado. Lo observó maravillado. Sus ramas chocaban con el suelo con una naturalidad pasmosa, y sus hojas parecían nenúfares nadando

en un mar de tierra. Después, buscó en todas las direcciones posibles la dichosa entrada a la guarida del lobo. De hecho, se atrevió a olfatearla. Debía tener algún rastro de magia, ya que realizar un conjuro para modificar el espacio era una tarea ardua que combinaba varios hechizos, o al menos eso le había explicado Harry en sus clases de magia. Todo cazador debía conocer las armas de sus enemigos, y aunque una vez el padre Carlos tuvo que enfrentarse a un brujo poseído, él intuía que el poder de Janus, a pesar de ser medio brujo, había aumentado con los dones de las víctimas que había dejado por el camino.

Desesperado, torció el gesto y volvió a inspeccionar las áreas más cercanas al árbol. ¡Nada! Entonces cayó en la cuenta: Janus jamás permitiría que un monstruo entrase en su guarida. Con una sonrisa que marcaba toda la hilera de dientes que poseía, volvió a ser él. ¡Oriol, el cazador! Abandonó el cuerpo de la bestia. Le bastaron unos segundos para recuperarse del abrupto cambio. Después, soltó una carcajada repleta de regocijo, pues allí enfrente, a solo dos metros de él, se encontraba la puerta roja.

Sofía tenía razón en algo. No era la típica entrada colocada entre el cemento de las paredes ni encajada entre los ladrillos indicando el lugar por el que acceder a una vivienda. Esa maldita puerta se sustentaba sola, en la nada; aunque la bruja debería haberle contado que era más grande de lo esperado. Más bien, era un portón, como el que podrían lucir las iglesias o las basílicas. Alto, sin duda. Envolvente e intimidatorio también.

Oriol tragó saliva, y esta vez no miró atrás, sino al frente, preparado para sortear cualquier clase de peligro que se le viniese encima.

Acólitos enfurecidos.

Cazadores armados hasta los dientes.

Incluso un brujo con malas pulgas.

Sin embargo, su sorpresa fue mayor al descubrir unos muros de piedra gris y una enorme cantidad de angostos pasillos que podrían recordar a un sanatorio. ¿Ese era el célebre centro de mando de Janus? ¡¿Un hospital de mala muerte?! Arqueó las cejas hasta que sus ojos se abrieron al máximo. No quería perder detalle de todo lo que iba a encontrarse a su paso, que, al parecer, era nada. No había cazadores, brujos ni locos aguardando su llegada.

Chasqueó la lengua, y tras examinar una serie de cuartuchos sin suerte alguna, divisó una escalera de cemento, con los peldaños repletos de fisuras que lo hacían recelar de su consistencia. A pesar de ello, inspiró hondo y empezó el ascenso hasta el piso superior.

Comenzó a hartarse al comprobar que, una vez más, nadie iba a su encuentro, ni siquiera un tímido miembro de la secta para advertirlo

del castigo que obtendría si continuaba su camino. Imaginó que los videntes ya habrían puesto al corriente a Janus de su intrusión, pero ¿qué demonios...? Él mismo lo habría detectado ya, desde que decidió atravesar la esfera invisible. Si era capaz de poner en marcha toda esa ingeniería mágica, ¿cómo no iba a conocer quién se entrometía en sus dominios?

Desanimado, continuó avanzando por el pasillo central. Este no era tan oscuro ni tan estrecho como el de los pisos que había dejado atrás. Las paredes estaban pintadas con un blanco inmaculado, y en su mitad inferior, un papel adornado con flores silvestres cubría sus desperfectos.

«Esto es un laberinto —se lamentó—. Demasiados corredores, demasiadas puertas que no llevan a ninguna parte. ¿Dónde demonios estoy? Parece una fábrica abandonada, y al mismo tiempo un hospital macabro».

Entonces, sin todavía creer lo que veían sus ojos, atisbó a un hombre bajito y algo regordete que le hacía señas desde el final del pasillo para que se acercase. Lo hacía sin miedo alguno, más bien con una sonrisa tonta pegada a la boca. Oriol maldijo para sí mismo, pues tanta amabilidad hacía que sus vellos se pusieran de punta. ¿Quién era ese tío?

Cuando llegó a él, pudo observar que una gota de sudor enorme se arremolinaba entre los cabellos revueltos de su frente. Y respiró aliviado, pues en cierto modo su presencia allí le infundía temor.

—Puedes pasar —le dijo al tiempo que le señalaba una puerta a su derecha—. Janus te espera.

Oriol abrió la boca para protestar, pero la cerró de inmediato, ya que una voz profunda desde el interior lo instó a entrar y a no demorarse más:

—No seas tímido. Llevo horas esperándote. Te has retrasado más de lo convenido. —Asomó la cabeza antes de decidirse a pasar, y cuando por fin lo hizo, entrevió una sonrisa maléfica de su contrincante—. Jean Louis, por favor, ya puedes cerrar.

El medio demonio observó cómo el asistente de Janus trancaba la puerta presuroso. Después, elevó la mirada e inspeccionó la amplia estancia con recelo. No contaba con ventanas, o estaban ocultas de alguna manera mágica, y eso ya no le gustaba. La única salida por si las cosas se complicaban era, pues, la misma entrada. Luego, examinó los sillones donde su anfitrión lo invitaba a descansar después del largo viaje. ¡Demasiado blandos! Hundiría su cuerpo en ellos y no podría reaccionar con celeridad si Janus decidía cortarle la garganta allí mismo, sin escuchar primero lo que tenía que ofrecerle. Por fin, decidió detener sus ojos llameantes en su anfitrión.

No tenía una fisionomía desagradable, aunque era algo insulsa:

cabellos rubios, tez blanca y rostro ovalado, nada anguloso. Pese a que estaba sentado, Oriol pudo determinar que se trataba de un hombre que rozaba su altura. Nada que fuera destacable. Sin embargo, sus ojos tan azules como el cielo que los envolvía en un verano despejado estaban mancillados con la misma bruma que lo había amenazado. No eran transparentes, y a pesar de ser celestes, no presumían de una claridad diáfana. Eran sombríos.

—Y bien, ¿dónde está la bruja? —le preguntó, exhibiendo su perfecta dentadura.

—¿Te refieres a tu prima? —Oriol percibió la incomodidad en su rostro. No le había hecho gracia que mencionara los vínculos familiares que tenía con ella—. No tengo ni idea. No ha venido conmigo.

—Vendrá —afirmó con total seguridad—. Después de analizar todos los futuros probables, tienes que saber que en un noventa y ocho por ciento ella se presenta dispuesta a combatir conmigo.

Oriol insufló aire hasta que ensanchó al máximo su cavidad torácica, y prefirió recelar de las predicciones del vidente antes de arrearle un guantazo.

—Siempre nos queda un dos por ciento —soltó, con una sonrisa socarrona.

Janus cruzó las piernas acomodándose mejor en el sofá y descansó parte de su cuerpo en el brazo aterciopelado.

—No deberías desconfiar de las capacidades de los videntes, sobre todo de uno que ha conseguido acceder a la llave de ese gremio y, por lo tanto, a todo su conocimiento. Te sorprendería saber lo que puedo llegar a hacer.

Meditabundo, Oriol se permitió caminar por la estancia como si le perteneciera. Después se detuvo y apoyó las manos en el respaldo del sillón que antes Janus le había ofrecido.

—Mi abuelo me repetía una y otra vez que nuestros dones provenían de la divinidad pero que eso no nos convertía en divinos. Somos humanos. Y los humanos nos equivocamos. Por eso, a veces, un brujo que no esté concentrado puede ejecutar mal un hechizo, un cazador desesperado puede errar el tiro, y un vidente cansado puede equivocarse en sus predicciones. ¡No somos dioses! No poseemos la verdad absoluta. He visto cómo colegas míos ahogados por problemas personales buscaban consuelo en el alcohol, y su destreza, su fuerza y su agilidad en la caza iban mermando hasta quedar consumidos. —Hizo una pausa para desafiar a su interlocutor con la mirada—. Tú no eres especial. En realidad, eres un cruzado que siempre a ambicionado ser algo más. Y por eso tu egocentrismo, tu orgullo al pensar que ningún vidente estaba a tu altura, ha conseguido que tu don se oscureciese. ¿Y sabes lo que pasa cuando eso sucede? ¡Que tus futuros

probables son una mierda! ¡Que todo lo que ves puede estar afectado por tu narcisismo y tu convencimiento de que eres el mejor! ¡Y tú no eres más que nadie! Igual que nuestros dones nos son concedidos, pueden sernos arrebatados cuando no sigues el camino correcto... Y tú has derramado demasiada sangre, has sembrado el odio como la mala hierba entre hermanos y te has proclamado a ti mismo libertador.

Janus estalló en carcajadas, incluso se permitió aplaudirle después de su apasionado discurso. A continuación, su sonrisa se apagó como si hubiese tocado un interruptor. Tras pasarse la lengua por todos los dientes, se puso de pie de un salto.

—¡¿Cómo te atreves a hablar de oscuridad cuando tú, un demonio nauseabundo, has usurpado un cuerpo humano para pasear por nuestros dominios como si fueran tuyos?! ¡Eres una aberración que debió morir antes siquiera de ser concebida! —Con el rostro encendido, Janus acortó los pasos que lo separaban de él—. Tu padre fue débil y yació con una súcuba. Incluso eso podemos perdonárselo, ya que el mal tienta a las personas más capacitadas para derrotarlo. Pero lo que nunca le perdonaremos es que haya sido un cobarde. ¡Debió estrangularte con sus propias manos en cuanto ese demonio te colocó en sus brazos! Él ha abierto la veda para que los demás imiten su comportamiento, y no podemos permitir que se forme un ejército de las sombras con hijos de demonios. ¡Tu destino siempre ha sido morir! —Oriol tragó saliva y quiso mantener la entereza, a pesar de que su corazón palpitaba como una presa acorralada—. ¿O no has venido para eso?

—No he venido a morir porque crea que me lo merezca. Me he presentado ante ti para que liberes a mis compañeros, incluidos a mi padre y a mi hermano.

El hombre abrió los ojos de par en par y regresó al sofá muy despacio.

—¿Quieres hacerme creer que posees un alma benévola y sacrificada? ¿Quizá ablandar mi corazón con tu verborrea propia de entes ingeniosos?

—¡Piensa lo que quieras! La verdad me importa una mierda mientras me des tu palabra de que estarán a salvo. ¡Son ellos a cambio de mí!

El hombre se rascó la barbilla y lo miró con arrogancia.

—No puedo prometerte tal cosa —le dijo al tiempo que cruzaba las piernas—. Una vez que abra las puertas del conocimiento, solo los elegidos podrán beber de la fuente de la sabiduría.

Oriol apretó los dientes para contener su furia.

—Puedo arriesgarme, pero sácalos de la bruma. Deja que vuelvan al pueblo.

—¿Estás suplicándome? —El medio demonio agachó la cabeza y

respiró varias veces para calmar a la bestia que se revolvía en su interior—. ¡Quiero que me lo digas más alto! ¿Es una súplica?

—Sí —le respondió de forma escueta, admitiendo su rendición y su disponibilidad para colaborar en la ceremonia.

—Bien, debes comprender que hasta que no haya ofrecido tu sangre a la Madre Tierra, no puedo liberarlos. —Chasqueó la lengua, y quiso escudriñar en su mirada, leer en su mente, pero esta le estaba vetada, ya que no tenía acceso a sus células demoníacas. ¡Y no lo comprendía! Ya poseía la llave de las bestias y esta parecía no funcionar con él. ¿Por qué? ¡Ese joven era una aberración! Quizá se trataba de eso. No era un cazador ni un demonio, sino un ser sacrílego al que le habían permitido vivir—. Los cazadores son impredecibles e impulsivos. A pesar de nuestro pacto, querrán evitar tu sacrificio, y no puedo entretenerme desarmando a un grupo de sicarios.

Oriol lanzó una respiración sentida.

—¿Y cómo sé que cumplirás tu palabra?

—La bruma se desintegrará en cuanto se abran las puertas del Cielo, y es ahí cuando el futuro de tus amigos no solo dependerá de mí. Si ellos son dignos del nuevo mundo, puedes tener mi palabra de que no seré quien juzgue los designios divinos. Vivirán como los demás. —A continuación, Janus llamó a su asistente, y este se precipitó a entrar con un rostro marcado por sendas gotas de sudor que recorrían sus arrugas—. Y ahora, Jean Louis te acompañará a acicalarte. Queremos que nuestro demonio se presente en condiciones delante de la congregación... Puedes dejar tu escopeta aquí, ya que hemos hecho un trato. No querrás que tus amigos mueran si intentas alguna treta poco considerada, ¿verdad?

Oriol se puso en manos del asistente y le entregó el arma. Después lo acompañó por el pasillo hasta una nueva habitación, no sin antes contemplar el semblante triunfador de Janus. La dicha emanaba por todos los poros de su piel, pues sabía que la victoria estaba cerca. Sin embargo, el líder de la secta oscureció su rostro cuando comprobó que el demonio ya no lo miraba. Había algo en él que no terminaba de convencerlo. Ya sabía que era un monstruo y, por lo tanto, un ser lleno de argucias y bajezas. Su rendición había sido más fácil de lo esperado. No obstante, lo que más lo desconcertaba era el hecho de que no tenía ni la más mínima idea de dónde se encontraba la bruja. Y eso lo enfurecía mucho.

29

Tributo

Sofía volvió a percibir un cosquilleo repentino, esta vez en los dedos de las manos, y esa sensación agradable fue dando paso poco a poco a una más desconcertante. Las uñas le ardían. Podía distinguir pequeños latigazos eléctricos saltar de un dedo a otro sin control.

Corrió hasta el grupo de pinos más próximos y apoyó la espalda en uno de sus troncos fornidos y firmes. Allí comenzó a respirar tal y como Edith le había enseñado, inspirando con conciencia y soltando el aire muy despacio. Continuó con el ejercicio hasta que sus manos se relajaron y dejaron de emitir corriente. Después las inspeccionó con cautela, pues temía que los rayos se desbocaran y alertaran a los soldados de Janus de su presencia. No parecía que sus dedos volviesen a descontrolarse, aun así prefirió sentarse entre la hierba fresca y al amparo de los árboles. Era evidente que sus padres estaban en el buen camino, y rezó para que no tardasen mucho más.

De pronto, sintió un calor sofocante en la mismísima boca del estómago, y se llevó las manos a la barriga para atajar ese resquemor. ¿Qué estaba ocurriéndole ahora? George le había jurado que su cuerpo no notaría las intervenciones mágicas que iban a realizarle, sin embargo, allí estaba, con el estómago ardiendo cuando apenas acababa de sofocar el incendio de sus dedos. Quiso concentrarse en su madre biológica, pues con ella siempre había tenido una conexión telepática mayor, ya fuese en sueños o en astrales.

—*Mamá, ¿estás ahí? ¿Qué está pasándome? ¿Puedes oírme?*

Aguardó unos minutos la respuesta de ella, sin embargo, debía estar centrada en sus labores, ya que ni siquiera la percibió cerca. Entonces, se atrevió a separar las manos de su estómago, y fue cuando atisbó que de este brotaba una luz pequeña. Argéntea. Viva. Asustada, contempló cómo el haz plateado se alargaba hasta alcanzar el tronco de enfrente. «¡Oh, Dios! Parezco una linterna con patas… Ahora sí que van a descubrirme».

Se quitó la chaqueta y la ató a su cintura en un intento por apaciguar el resplandor que salía de su cuerpo. Después, contó hasta diez. Luego, hasta veinte. Y cuando llegó a cien, se echó las manos a la cabeza, pues la noche comenzaba a cernirse sobre ella y no conseguía dejar de brillar.

Desesperada, trató de contactar de nuevo con su madre, sin fortuna alguna. Y cansada de esperar, sin móvil a quien llamar, determinó que sus padres no habían tenido mucho éxito con la operación, que por alguna razón habría surgido un imprevisto y que no se presentarían allí. ¡Estaba sola! ¡No, Oriol estaba solo! Se había entregado a un psicópata desalmado con la esperanza de que sus padres, unos brujos puros, pudiesen atravesar la bruma sin problema y llegar hasta él para impedir el sacrificio. Se había jugado su vida a una sola carta y había perdido.

Maldijo su infortunio y trató de pensar con claridad. Una claridad que ya le alumbraba las orejas, pues el haz de luz no paraba de crecer. «Tengo dos opciones: o salir corriendo para evitar que me extraigan la llave, o entrar por la puerta grande y enfrentarme al codicioso de mi primo». Y, por primera vez, los chillidos de su mente igualaban a los de su corazón. Escuchaba a su demonio en el hombro izquierdo vociferar como un loco: «¡Lárgate de aquí! ¡No pongas tu vida en peligro! ¡No puedes entregarles la llave!», y a su angelito, mirarla con rostro misericordioso: «No puedes desentenderte de los demás. Ahora que te has rencontrado con Oriol, no sería muy noble por tu parte abandonarlo a su suerte».

Con una mano apoyada en el tronco, oteó el horizonte, aunque poco pudo ayudarla este. Desde allí, solo atisbaba el montículo en el que se había refugiado antes, inmóvil y silente. Volvió la vista atrás y descubrió otro conjunto de pinares firmes y sólidos más allá. Por último, elevó la mirada al cielo y lo observó un instante entre la abertura de las copas de los árboles. Ninguno le mostraba una señal, y pensó que tal vez la ausencia de ellas ya era una señal en sí misma. El mundo había enmudecido ante la locura que iba a realizar Janus, y todos permanecían expectantes a que alguien interviniera, alguien tan diminuto como ella, como la bruja de hielo que no había comenzado su ciclo.

Avanzó entonces hacia la cúpula mágica con una calma aparente, pues la realidad era que ella no poseía unos nervios de acero como los cazadores, más bien temblaba como un flan cuando una contienda se aproximaba. Caminó decidida aunque temerosa. Ignoraba lo que se encontraría una vez que cruzara los límites de esa realidad impuesta por Janus. Imaginó que la luz que la acompañaba ya lo habría alertado de su inminente intromisión en la esfera.

Y, entonces, cuando puso un pie en ella, se apagó.

Hugo trastabilló al tropezar con unas ramas secas al final de las escaleras. A oscuras, había descendido varios pisos, imaginando que

habría una salida oculta en la planta subterránea, o al menos el cristal de una ventana que pudiera romper con sus propias manos para después correr al exterior. Sin embargo, tras recuperar el equilibrio, contempló unos muros decadentes, pintarrajeados con grafitis de todos los colores. Extrañado, volvió a mirar por la boca de la escalera, pues allí, en los niveles más bajos, mientras un papel floreado cubría las paredes de las plantas superiores y las puertas contaban con un picaporte, todo parecía estar en ruinas. La luz de la noche hizo que pudiera caminar mejor entre los escombros y montones de piedra, los cuales impedían que avanzase con normalidad. Deseó tener una linterna o la maldita luz de un móvil, pero todo se lo habían arrebatado cuando lo habían capturado, y ahora solo contaba con su astucia y un anciano enclenque, asustadizo y poco colaborador.

Tiró de él hasta situarlo a su altura.

—Te he dicho que no te separes de mí. ¡Mi sombra! ¿Entiendes?

El hombre lo miró con los ojos muy abiertos y le señaló una desvencijada camilla que asomaba de la sala contigua. Hugo arrugó el rostro, desconfiado. Aquella zona del edificio parecía estar abandonada. Las ventanas estaban desprovistas de sus marcos, como también de vidrieras que impidiesen que el frío se instalara en sus paredes. Las salas eran más amplias, separadas unas de otras por arcos redondeados. No había pasillos estrechos ni sendas habitaciones a sus lados. Contrariado, suspiró. Luego se dirigió a la siguiente estancia midiendo sus pasos, y se aproximó a la camilla muy despacio a la vez que tragaba saliva. No le gustaba ni un pelo. Sintió un repelús al apartar las sábanas roídas y contuvo un grito al sostenerla entre sus manos, el cual casi hizo que se le saliera el corazón. Había una pequeña franja verde en la tela, desteñida y agujereada, que le desvelaba el origen de ese trasto con ruedas.

Hizo una mueca que deformó los sutiles rasgos de su cara.

—¿Sabes lo que más me asusta de todos los lugares abandonados que he recorrido en mi corta vida? —El viejo se encogió de hombros —. ¡Los malditos hospitales! Las personas les tienen pánico a los cementerios, incluso a visitar una funeraria, y no es eso lo que debería asustarlos. ¡Son los hospitales! Ahora las almas pasan a mejor vida desde una cama del hospital, y puedes tropezarte con algún que otro espíritu desorientado. Pero son los recintos antiguos donde se practicaban operaciones ilícitas los que deberían temer… ¡Joder, joder! ¿Quieres decirme cómo Janus ha trasladado un hospital entero hasta Tella? —Se dio golpecitos en la frente con los dedos varias veces —. ¡No, no! No lo ha movido. ¡Nos hemos movido nosotros! Ese capullo ha conseguido abrir una puerta que conecta dos espacios diferentes. Por eso no encontramos la salida, ¡porque no hay salida!

Respiró deprisa, intentando que el oxígeno llegase pronto a su

cerebro, aunque era consciente de que, así, lo único que conseguiría sería marearse. Necesitaba pensar. Sus neuronas tenían que empezar a funcionar.

—Está bien. No nos alarmemos —dijo, queriendo calmarse a sí mismo—. Janus ha debido acondicionar algunas de las plantas superiores, esas que está utilizando, para alojar a todo su ejército de chiflados. Sin embargo, los pisos que no necesita tienen el aspecto de siempre: un auténtico asco. Es decir, que si huimos por aquí, abandonaremos Tella, porque este hospital nunca ha estado en esa población. Esto es otro lugar… —Continuó avanzando y observó las pintadas en las paredes realizadas por algunos vándalos, y una de ellas llamó su atención: un paciente gritando con una cara de espanto que le ponía la piel de gallina—. ¡Joder! Mi padre tiene fotos de este sitio en uno de sus archivadores. Estoy casi seguro. De joven, tuvo que realizar varias misiones en la zona. Me contó que pasó todo un verano recopilando datos sobre los diversos hospitales de la zona. ¡Joder! ¡Estamos en la Sierra de Guadarrama! Aquí hay unos cuatro o cinco hospitales ruinosos e infestados de espíritus. ¿Sabes lo que eso significa? —El viejo lo miró desconcertado—. ¡Que tenemos que salir de aquí cagando leches! Bueno, en realidad, lo harás tú. Yo no puedo acompañarte. Si salgo contigo, no podré acceder de nuevo a esta especie de esfera mágica que ha creado Janus. Volvería al hospital en el que estamos ahora, sí, pero no podría viajar hasta Tella. Si salgo de la esfera…, no podré regresar a ella. Y tienes que comprender que no puedo dejar a Iris atrás.

»Así que haremos lo siguiente: te ayudaré a escapar y tú buscarás ayuda. Avisa al primer vecino de lo que está sucediendo, que alerten a la policía… —El anciano negaba con la cabeza. No quería quedarse solo—. No va a ocurrirte nada. Si abandonas el hospital, Janus no tendrá tiempo de localizarte de nuevo. ¡Quiere matarte!

Los dos corrieron por los amplios pasillos del sótano, atravesando diversas salas, unas pintarrajeadas y otras con los restos de velas consumidas. Hugo sabía de buena tinta que en esa clase de hospitales solían celebrarse rituales satánicos y de magia negra.

—¡Por aquí! —le gritó al distinguir el hueco de una ventana desde el que podía apreciar con más claridad la verja que rodeaba al recinto. Con agilidad, se subió al alféizar y descubrió que apenas lo separaba un metro de altura de la tierra firme. El viejo podría saltar sin mucha dificultad desde allí—. Te ayudaré a subir. Estamos en un terreno algo desnivelado, pero no será un problema para ti.

El cazador dio un brinco, aterrizó junto al anciano y luego entrelazó los dedos de las manos para formar un trampolín. El hombre asintió varias veces antes de apoyar un pie en las manos de Hugo. Este lo impulsó para que llegara hasta el alfeizar.

En ese momento, un frío aterrador recorrió su columna vertebral. Alguien no quería que el cerrojo huyera. Hugo miró a su alrededor, sin embargo, no distinguió a nadie cerca de ellos. Instó al anciano a darse prisa, pues el hombre no contaba con la ligereza de una persona joven y no lograba que sus pies alcanzaran el hueco de la ventana.

—¡Vamos! ¡Vamos!

Entonces, escucharon un susurro ininteligible, o al menos al principio pareció serlo. Poco a poco, las palabras fueron cobrando vida hasta que sus oídos captaron el mensaje: «Malo, malo, malo. Eso no se hace».

Hugo dio un respingo y se afanó en empujar al anciano por el trasero. ¡Tenía que salir de allí ya! Cuando el hombre por fin depositó sus pies en el alféizar, su mirada vidriosa y aterrada alertó a Hugo de lo que se encontraba a su espalda. El cazador se preocupó primero por el viejo, y no se giró hasta que lo vio abandonar el recinto. Cuando lo hizo, su rostro desencajado contempló los ojos oscuros de una monja, de sonrisa afable y nariz respingona, quien se aproximaba a él con una jeringuilla en la mano.

—Es hora de la medicina.

La frase retumbó por todo el edificio, logrando que las paredes de la estancia vibraran con su tono armónico y espeluznante. Hugo tragó saliva. No contaba con sus armas, pues las pistolas requisadas a los dos cazadores nada podrían hacer contra un espíritu maligno. Tampoco tenía un puñado de su preciada sal, la cual la haría retroceder, aunque solo fueran unos pasos. Así que, después de barajar todas sus posibilidades, decidió que lo mejor era echar a correr.

Oriol aceptó sin rechistar su nuevo atuendo, pese a que no era más que una tela de seda blanca trabada en su cintura con un broche anticuado y que apenas le cubría la mitad de sus muslos. Lo habían vestido para la ceremonia como una ofrenda humilde, sin abalorios ni opulencias. Le proporcionaron unas sandalias con varias tiras marrones para que no se le clavaran piedras o cristales indeseables y mancillaran su cuerpo antes del sacrificio. E incluso Jean Louis le ofreció un té, que bebió con cierto recelo delante de él, pues temía que se tratase de veneno, aunque él le aseguró que era un relajante. Después, aguardó en esa habitación sentado en un colchón carcomido hasta que unos nudillos inseguros repiquetearon en la puerta.

El medio demonio se levantó y esperó a que sus carceleros le permitiesen abandonar la estancia. En el pasillo lo esperaban dos hombres más, armados hasta los dientes. Cazadores, sin duda. Avanzó por el corredor escoltado por los acólitos de Janus como si fuera un

prisionero de guerra, uno de alto rango. Mantenía la cabeza alta y el pecho hinchado, a pesar de que ya no escuchaba los latidos de su corazón. Habían empequeñecido ante la magnitud del acontecimiento, en el que él era uno de los protagonistas.

Salieron al exterior por otra puerta distinta. No era roja, sino más bien plateada. Oriol echó la vista atrás y contempló cómo el edificio se desvanecía en el aire sin dejar huella de su existencia. Frunció el ceño, preocupado. Todo ese laberinto mágico iba a ser un obstáculo más si quería escapar de allí. Ignoraba dónde se encontraba en ese momento y hacia dónde debería huir para salir de la esfera. Cuando miró al frente, divisó un enjambre de personas sentadas en la hierba en posición de meditación y cantando al unísono una melodía que le resultó desconocida. Sus rostros, aunque apaciguados, no podían esconder la euforia del momento, ya que en breve se dispondrían a abrir las puertas del Cielo. Oriol frunció los labios, pensando en cómo iba a ingeniárselas Janus para comenzar el ritual sin una de las llaves. Aun así, estaba todo preparado, perfectamente organizado para que todos, sin exclusión, recibieran los dones divinos.

Entonces, vislumbró el sencillo dolmen. Ese que lo esperaba para su sacrificio. Un símbolo funerario que había permanecido casi intacto desde el Neolítico. Seis losas verticales sustentaban su lecho de piedra, y conformaban una abertura simple y rectangular donde muchos años atrás habían descubierto, después de unas excavaciones, la presencia de huesos descompuestos.

Cuando el medio demonio se acercó a él, empujado por los cazadores de Janus y con los grilletes antidemonios sujetando sus muñecas, los asistentes comenzaron a aplaudir. Oriol no ocultó su rostro, los miró sin reservas y sin comprender cómo tantas personas se habían deslumbrado por las enseñanzas de una sola.

Los vítores aumentaron cuando el mismísimo Janus se presentó en la pradera como si fuera el nuevo presidente de un país que acababa de ganar las elecciones. Se dejó mimar. Escuchó los cumplidos de sus seguidores con una sonrisa que trataba de ser humilde. Después, dirigió ambos brazos hacia él, presentando a su tributo, al lobo disfrazado de cordero como si fuera su triunfo personal. Oriol alzó la cabeza y examinó el cielo. Los padres de Sofía debían advertirlo de su arribo tiñendo algunas de las escasas nubes que cubrían la noche con una fina luz verde, con el color de la esperanza. Sin embargo, ningún destello las adornaba, ninguna portaba señal alguna.

Janus avanzó hacia él con un aire de satisfacción que hizo que se le revolvieran las entrañas. «No tienes a Sofía —se repetía a sí mismo—. Sin ella, tu espectáculo se irá al traste».

Entonces, antes de que llegara hasta él, fue interceptado por su asistente y dos hombres más. Uno de ellos parecía agitado y tenía un

fuerte chichón en la frente. A pesar de que hablaban en voz baja, el medio demonio pudo oírlos. Los grilletes no le impedían que sus sentidos se resintieran.

—Tenemos un problema —le dijo Jean Louis—. El cerrojo ha desaparecido.

Janus contuvo un ataque de rabia. Tensando el mentón, se dirigió al cazador herido:

—Ha sido el hermano del demonio. Nos cogió por sorpresa y... no pudimos hacer nada más. No estaba solo —se apresuró a añadir—. Había una vidente con él, una bastante buena...

—¡Iris! —se lamentó el líder, pues se había empeñado en convertirla en su mano derecha, pero ella jamás comprendió el alcance de su visión—. ¡Buscad al cerrojo! ¡Y si la vidente o el cazador se interponen, matadlos! Ya no los necesito para nada.

—También hay una buena noticia —le contó Jean Louis para calmar sus nervios—. La bruja ha entrado en la esfera.

Mientras Janus sonreía, Oriol percibió cómo centenares de latigazos acosaban su cuerpo. ¡Aquello no podía ser verdad! Sofía tendría que haber esperado a sus padres. Sus vidas dependían de ello.

—Bien, me encargaré yo mismo de despejarle el camino. Apenas nos quedan veinticinco minutos para iniciar el ritual.

—¿Y qué hacemos si no encontramos al cerrojo a tiempo? —le preguntó desconcertado su asistente.

Janus inspiró el oxígeno de la pradera y, tras colocar las palmas de sus manos una contra la otra para comenzar a orar, se dirigió a sus interlocutores con voz suave:

—Ya no siento su presencia en mis dominios. ¡El viejo ha escapado!

—Entonces, ¿abortamos la misión?

El líder de los ofitas lo miró con cierta incredulidad.

—¡Eres idiota! Mira a tu alrededor, hombre de poca fe. Tenemos aquí acampados a nuestros pies a un centenar de hombres y mujeres dispuestos a sacrificarse por el nuevo mundo. Podemos escoger a cualquiera de ellos.

Ojiplático, Jean Louis observó a su maestro.

—Pero no han pasado las pruebas de calidad pertinentes. Tiene que haber en ellos una bondad que roce lo divino, sin prejuicios contra el prójimo, sin rencillas ni egoísmos.

—Si están aquí, es porque su fe es tan grande como la de sus corazones, y eso puede equilibrar los pecados cometidos en el pasado.

Oriol tragó saliva y examinó los rostros entusiasmados de aquellos que ocupaban las primeras filas. Uno de ellos iba a acompañarlo en la ceremonia. Su sangre demoníaca apaciguaría las ansias de venganza de la mismísima tierra, y la del nuevo cerrojo la bendeciría como un nuevo renacer. Ese hombre monstruoso no tenía límites ni conocía la

palabra «piedad». Pues en cuanto se conociera la buena nueva, muchos comenzarían una desbandada y se abriría la veda a otra cacería.

30

Puente

Sofía contempló la bruma con una fascinación sobrecogedora que la invitaba a aproximarse a sus dominios para aplacar su curiosidad. Al mismo tiempo, esa masa negra ocasionaba que sus tripas se revolviesen en el estómago. La llamaba. Podía escuchar su nombre entre susurros aterciopelados y acrecentado por un eco que retumbaba en sus oídos como si fuese una canción de cuna.

Sin embargo, ella no se movió.

La observó desde la distancia mientras decidía cuál sería su siguiente movimiento. Estaba sola. En la cúpula. Sin ayuda, sin apoyo. No quiso apartar la vista de su esponjosa oscuridad por si esta decidía cogerla por sorpresa y engullirla con sus fauces volubles. Si la atrapaba, estaría perdida. Entraría en un bucle infinito donde sus sentimientos y su resistencia serían puestos a prueba una y otra vez. Apretó los puños hasta sentir las uñas enterradas en la piel, y después de unos minutos eternos, donde parecía que las dos se estudiaban analizando sus puntos débiles, sobre todo los fuertes, decidió que ya era hora de continuar su camino.

Lo hizo con ojos vigilantes, sin querer darle la espalda del todo. Pese a que el mal la había tentado varias veces, y a pesar de siempre salir airosa, sus encuentros terminaban desgastándola hasta el límite de que sus poderes quedaban en parte inutilizados. Y en ese momento no podía permitirse una lucha interna que consumiese sus fuerzas, pues Oriol la necesitaba. Ignoraba si sus padres conseguirían llegar a tiempo, puede que incluso lograran deshacer los sellos cuando todo hubiese terminado. Y eso era demasiado tarde. Para Oriol. Para ella.

Apenas había recorrido unos cuantos metros cuando la bruma giró sobre sí misma y se colocó frente a ella. Sofía se detuvo al instante. Entrecerró sus ojos añiles para adelantarse al siguiente movimiento de la nube negra, sin embargo, dio un respingo al comprobar que la niebla se partía a la mitad, abriéndole un camino, un paso estrecho por el que continuar.

Titubeó.

Podría tratarse de una trampa. La bruma pretendía engañarla para que se adentrara en su territorio con cierta confianza y luego devorarla hasta dejarla sin huesos en el cuerpo.

O tal vez no.

A Janus se le agotaba el tiempo. Apenas quedaban veinte minutos para que comenzase la estación de las flores, y él la necesitaba. ¡Necesitaba la llave! Sofía endureció el mentón. Puede que no hubiese sido una buena idea después de todo adentrarse en la cúpula. Si hubiera resistido en el pueblo, o lejos de allí, su primo jamás habría tenido acceso a la llave y la ceremonia habría sido postergada. No obstante, algo en su interior le vociferaba que ese loco era capaz de intentar abrir las puertas del Cielo solo con las tres llaves, aunque no poseyese la de los brujos.

Desconfiada, arrugó la frente. A pesar de que todas sus cavilaciones internas concluían que era demasiado peligroso atravesar la bruma, quiso arriesgarse. Por Oriol. Por ella. Avanzó con cautela y penetró en sus dominios a la vez que tragaba saliva. No quiso dar un paso en falso, así que atravesaba el corredor que le había preparado Janus paso a paso, metro a metro, sin prisas, sin agobios que pudieran nublarle la mente. Observaba las dos paredes negruzcas con recelo y con cierto rencor a la vez que percibía desde su interior una gélida brisa, la cual estaba en constante movimiento y hacía que las ondulaciones de las paredes fuesen evidentes, pese a aparentar una solidez impertérrita.

De pronto, entre los nubarrones inmensos que la componían, distinguió una figura en su lateral izquierdo. Ella contrajo los músculos al tiempo que se le cortaba la respiración. ¡El padre Carlos estaba allí! ¡En su interior! Sujetaba un rosario con ahínco mientras le rezaba a un cielo anulado por la negrura. Agobiado, buscaba la luz de las estrellas, pero incluso estas habían apagado su brillo.

—¡Padre Carlos! ¡Padre Carlos! —lo llamó desesperada—. ¡Estoy aquí! Por favor, mira hacia aquí, soy yo, Sofía... —Su voz fue sofocándose al comprobar que sus gritos eran inútiles. El sacerdote no la escuchaba. «No puedo dejarlo ahí. Tengo que salvarlo», se repetía a sí misma.

Entonces, una nube más oscura se interpuso entre ambos, impidiéndole verlo. El padre Carlos se había esfumado, se lo había tragado de nuevo la bruma.

Chilló. Chilló con ganas. Y cayó de rodillas al suelo. ¿De qué servían sus poderes si no podía anular una simple niebla? Debería haberla eliminado con un simple chasquido de sus dedos. Después, elevó la mirada con decisión. Sí, claro que podría, solo que ni siquiera lo había intentado. ¡Tenía que entrar en ese nubarrón e invocar a un huracán! El más poderoso. Uno que pudiera arrastrar a la bruma y estrellarla contra una montaña o sumergirla en el mar. ¡Sí, claro que podía!

Se levantó, con el pecho hinchado de valentía, y cuando quiso

abandonar el pasillo en el que se encontraba a salvo e introducir un pie en la negrura, la bruma se evaporó. Se desvaneció sin más. Confusa, miró a su alrededor, y entonces descubrió unos metros más allá la puerta roja. Inmensa. Aterradora. Tenía ante sí una invitación para descender a los infiernos, y estaba dispuesta a hacerlo. Por Oriol. Por los demás.

La empujó sin dudarlo. Al entrar, tuvo que cerrar y abrir los párpados continuamente para acostumbrar sus ojos a la nueva penumbra; no tan sombría y gris, sino más bien decadente y apagada. Apenas tuvo tiempo de habituarse al nuevo escenario creado por Janus, cuando divisó a un grupo de unas cinco personas correr hacia ella. «Tres cazadores, una media bruja y un vidente», dedujo nada más verlos.

—No quiero haceros daño —quiso alertarlos—. No deberíamos luchar entre nosotros. De alguna manera, somos familia. ¡Janus es nuestro enemigo!

No obstante, y a pesar de su advertencia, no se detuvieron, sino que se rieron de sus intenciones. Entonces, el vidente se quedó atrás a la vez que elevaba las manos y movía los dedos como si estuviese tocando un piano. Sofía arrugó el rostro sin comprender. De pronto, una melodía estridente comenzó a sonar en el edificio, dispuesta a espantar a todos los seres vivos de allí. De inmediato, la bruja se tapó los oídos con las manos y se preguntó desde cuándo los videntes podían manipular la música. «¡Ah! No solo es vidente, sino también medio brujo —cayó en la cuenta—. Me he equivocado al valorarlo».

Sin embargo, advirtió que los demás no parecían sufrir la tormentosa canción para desanimar al más optimista. Los tres cazadores se dispusieron a usar sus armas, mientras que la bruja de cabellos grises elaboraba una esfera dorada a la altura de su pecho.

Sofía suspiró resignada y retiró las manos de sus orejas. Soportando los angustiosos acordes de un piano mal afinado, apoyó la palma de su mano derecha en la barbilla y sopló. Un viento gélido brotó de sus labios, cubriendo con una fina capa de hielo las paredes de cemento desgastado. La bruja aguardó a que su invierno congelase las armas de los cazadores, inmovilizase los dedos del vidente —acabando así con la melodía infernal— e hiciese añicos la bola dorada de la bruja.

Ellos se dispusieron a contratacar, pero el rumor de unos aplausos fervientes provenientes del pasillo adyacente los interrumpió.

—¡Braaavooo! ¡Bravo! —Janus se dejó ver entre las sombras dando dos pasos hacia adelante—. Tus poderes han ido aumentando con el tiempo, casi diría que los dominas. No obstante, hay dos cositas que todavía impiden que los uses con plenitud. Tus padres no fueron muy listos al tratar de protegerte con los sellos. —Sofía sintió un ligero mareo que consiguió desequilibrarla unos segundos—. ¿Te sucede

algo, niña? ¿No te encuentras bien? ¡Ah, claro! No es bueno que invoques a los elementos. Esa magia es de categoría mayor, y tu cuerpo se resiente. Un pajarito me ha dicho que es como si llevases una bomba de relojería en tu interior. Yo que tú dejaría de hacerme la valiente y pensaría más en mi salud.

La bruja sacudió la cabeza tratando de mantener la compostura y se atrevió a acribillar a su primo con la mirada.

—Imagino que ese pajarito es Iris. Entraste en su mente para poder llegar hasta mí. ¡Toda una bajeza para un vidente de tu currículo! —le reprochó con saña—. Tú provocaste el accidente, tú hiciste que Iris cayera y se rompiera la pierna.

—Bueno, yo también la he sanado.

Sofía dio un respingo y se puso en guardia. No comprendía qué había querido decir con esas palabras. ¿Iris se había pasado a su bando? ¿La había convencido?

—¡Eres un miserable y un ser patético! Un vulgar cruzado que detestaba a su propia familia y que la usó como si fuesen títeres.

—¡Vaya! También veo que pasar tanto tiempo con esos cazadores te ha vuelto una atrevida y una deslenguada. ¡Deberías sentirte como una patraña! Todos tenían puestas las esperanzas en ti. ¿Y qué hiciste? Confundiste un conjuro de sanación con el de vínculo eterno. —Rio sin mostrar los dientes—. Todos los astros vaticinaban tu inconmensurable poder, y sin embargo se ha quedado chiquitito al ver cómo se debatía entre el amor de dos hermanos. ¿Qué dices a eso, Sofía? ¿Te ha comido la lengua el gato? Dime, ¿a quién has venido a rescatar? ¿Al heroico cazador o al demonio ingrato? ¿Por qué no dejas esta farsa ya y te rindes? Tarde o temprano, tus poderes colapsarán y yo podré extraerte la llave sin remedio. Ese ritual se llevará a cabo con o sin tu ayuda.

Ella se encogió de hombros.

—Más vale que sea tarde.

Janus escudriñó en sus ojos azules, tan claros y profundos cuando conectaban con su flujo mágico, igual que Samantha. Muy pocas veces la vio actuar. Pero cuando lo hacía, experimentaba una fascinación casi delirante por sus movimientos sutiles y etéreos. No podía decir lo mismo de su hija. Las oscilaciones de su cuerpo eran más toscas, más primitivas, y, en parte, él conocía el motivo: había aprendido a dominar la magia sin ninguna guía, o con la ayuda insuficiente de su maestro inglés.

—No puedes leerme —añadió ella—. Nadie puede hacerlo, y nunca tendrás la llave para siquiera intentarlo.

—No soy idiota, Sofía. Sé que estás ocultándome algo. Puede que sea trascendental o puede que no. —La bruja dibujó una media sonrisa en su boca que lo desconcertó aún más. Tenía a todos sus amigos

encerrados en su cúpula. ¿A quién esperaba entonces? —Sin embargo, no tengo tiempo para triquiñuelas baratas. Si no me entregas la llave por las buenas, que sea por las malas.

Sofía sabía que debía estirar las agujas del reloj hasta que estas se partiesen y no pudiesen seguir girando. Era lo único a lo que podía aferrarse. La hora. Los escasos minutos que faltaban para el equinoccio, los deseados segundos para que llegasen sus padres. Janus ignoraba que contaba con ellos, pues Iris desconocía que George era su padre, ya que este le había revelado su secreto en el monasterio, cuando estaban a solas, y así su primo no tenía esa información privilegiada. Es más, su amiga detestaba a George, y siempre estuvo segura de que los abandonaría antes de que pudieran acabar con Janus. Su padre había sido un brujo listo. Había cubierto sus pasos con magia, siempre realizando hechizos para que no detectaran su presencia, ocultando sus propias huellas, su rastro. Era un ser invisible que se paseaba por España con total libertad, y suponía que su madre había hecho lo mismo. Se había introducido en sus sueños porque sabía que Janus no podía acceder a ellos.

Sí, su primo ignoraba que ya había conocido a sus padres biológicos y que estos tenían unas ganas irrefrenables de pararle los pies.

Así que, en ese momento, no le importó que ella misma tuviera una bomba en su interior, y tampoco que no pudiera usar al máximo sus poderes. Janus había absorbido los poderes que le ofrecían las llaves de los cazadores y los videntes, y aunque hablase de integridad, suponía que también se había aprovechado de la llave de los demonios. Sofía era consciente de que iba a perder la batalla, pero había una guerra que ganar. Y solo necesitaba tiempo.

Parpadeó varias veces hasta conseguir que algunas lágrimas limpiasen la turbiedad de sus ojos. Después, alzó la cabeza y se masajeó el cuello. Parecía que sufría las consecuencias de una brutal paliza, sin embargo, Iris no recordaba haber sido apaleada. De hecho, no recordaba nada.

—¿Dónde estamos? —preguntó al advertir que la joven pelirroja vigilaba detrás de la puerta como si fuese un perro guardián.

—En los pisos superiores. Aquí nos alojábamos para preparar la llegada del equinoccio.

—¿Y dónde es «aquí»?

La vidente se sentó en la cama y, depositando los pies en el suelo, continuó, aliviando el dolor de su nuca:

—Es un viejo hospital abandonado. Acondicionamos parte de sus

habitaciones para que pudiesen venir todos los fieles que lo desearan. Es… era un acontecimiento importante para todos. —Lo dijo con arrepentimiento mientras hundía la barbilla en su pecho.

—No puedes castigarte por lo que hayas hecho o dicho en el pasado —le aseguró ella al tiempo que se levantaba y comenzaba a estirar las piernas—. ¡Créeme! Yo lo he hecho durante mucho tiempo y no me ha conducido a nada. Lo importante son tus pensamientos presentes y que te hayas dado cuenta de que ese degenerado no busca la salvación de la humanidad, sino la suya misma.

De repente, Iris volvió a percibir un incesante rumor en la cabeza. Antes de caer al suelo, apoyó la espalda contra la pared y apretó los ojos para alejar el dolor que le provocaban las voces. Distinguió el tono grave y profundo de Janus entre ellas, animando a los presentes a arrodillarse ante una luz desconcertante y cegadora. Después, escuchó los gritos angustiosos de Oriol extinguiéndose entre un reguero de sangre que bañaba su cuerpo. Llamaba por un nombre: «¡Sofía! Sofía!».

La joven recobró el aliento tras un par de sacudidas y volvió en sí.

—Sofía está aquí —afirmó mientras las lágrimas la amenazaban con cubrir su rostro—. Tienes que llevarme al lugar donde va a celebrarse el ritual.

La chica de cabellos rojos e intensa mirada negó con la cabeza mientras retrocedía.

—No, no puedo hacerlo. Janus sabe que lo he traicionado. Si me ven, me matarán.

—¿Quiénes?

—¡Mi familia! Ellos siguen creyendo que es un libertador. Han acudido a la ceremonia y… esperan recibir los dones que Janus les ha prometido. Es mejor que nos quedemos. Aquí estaremos a salvo.

—Eres medio vidente, como yo, ¿verdad? —La muchacha asintió, atemorizada—. ¿Y qué es lo que ves cuando en tu mente retumba la palabra «ritual»?

—¡Sangre!

Iris frunció los labios y la sujetó por los hombros.

—Eso mismo veo yo. Si quieres salvar a tu familia, tienes que ayudarme a llegar hasta ellos. No tienes que acompañarme si no quieres, solo indícame cómo salir de este laberinto de puertas falsas y muéstrame la verdadera.

La pelirroja entornó los párpados. Tras un prolongado suspiro, abrió la puerta.

—Te llevaré hasta allí.

—Bien, después necesito que me hagas otro favor. —Iris quiso ocultar su desaliento, aunque sin mucho éxito—. Quiero que busques a un joven. Se llama Óscar. Es alto, no muy fornido, y tiene el pelo

rubio. Vino conmigo en una ambulancia… Tienes que sacarlo de aquí. Y si lo consigues, llama a emergencias, ya que puede que necesite ayuda urgente.

Las dos se internaron en los pasillos angostos del edificio, y fue cuando Iris descubrió que la noche había caído sobre ellas como una losa de cemento. Implacable. Agobiante. Marchaban con paso ligero, sin luz que les alumbrase el camino más que la que le proporcionaba la luna llena. Iris se detuvo en una de las numerosas ventanas arregladas antes de descender por las escaleras. El paisaje que tenía ante sí era diferente al que había olisqueado con Hugo horas atrás, cuando se había enfrentado a su padre. El aire parecía viciado, opresivo de alguna manera. Receló de las montañas que perfilaban el fondo, como si fueran meros espectadores de lo que estaban sucediendo.

—Noelia, según tú, ¿dónde demonios estamos?

—En la Sierra de Guadarrama, por supuesto. Es donde Janus tiene su cuartel general en España —admitió sin dudarlo.

Ella se giró con brusquedad hacia la muchacha.

—¿Es aquí donde va a celebrarse el ritual? —Sacudió la cabeza para despejar su mente—. ¿Por aquí llegó la ambulancia donde me mantenían retenida?

—Sí que llegaste aquí, al hospital… Pero no sé dónde va a celebrarse la ceremonia… —titubeó—. Janus ha mantenido el secreto hasta el último momento, pero nos dijo a todos que no tendríamos problemas para viajar. Yo no estaba en el grupo de videntes que debían localizar el punto más propicio. Esa tarea era la de otros.

—¿Y cuál era la tuya?

—Localizar al demonio.

Iris chasqueó la lengua, mostrando su disconformidad. Después escudriñó el paisaje sin dejar ningún detalle atrás. ¿Qué estaba sucediendo allí? Su mapa interior estaba confuso, pues le indicaba dos lugares de la geografía española distantes entre sí. Cuando había salido con Hugo por el portón rojo, había respirado otro aire… Diferente, más mágico… Sin embargo, allí, percibía la opresión de unos muros grises. Entonces, lo comprendió. Su nueva magia le mostraba en un mapa mental las dos zonas escogidas por el líder de los ofitas para llevar a cabo su enrevesado plan. Bufó. ¡Janus había creado un puente mágico que comunicaba los dos puntos estratégicos sin que sus seguidores lo supiesen! Así se ahorraba disgustos si alguien decidía abandonar. Todo estaba estructurado en una jerarquía dividida, donde los diferentes grupos ignoraban la labor de los otros. ¡Cuanta menos información, más manipulación! Y cuando acabase el ritual, abandonaría Tella y se internaría en el maldito hospital para después perderse en Madrid sin que nadie pudiese seguir su rastro.

Saltó los escalones de dos en dos con urgencia y con un único objetivo en su mente: tenía que destruir el puente. De pronto, Noelia, quien corría tras ella rogándole que parase, se detuvo, apoyando la mano en la pared. Ella no podía más. Su cuerpo temblaba como una gelatina a punto de ser devorada.

—¡Tienes que ir a la derecha y después girar a la izquierda! —le gritó. Iris se giró para mirarla—. Después verás una puerta pequeña y plateada. Atraviésala y verás a tus amigos.

—¿Estás segura de que no quieres venir conmigo? —La chica asintió, llevándose la mano al pecho. Le faltaba la respiración—. Sabes que te quedarás aquí, en Guadarrama, y que no podrás ayudar a tu familia.

—Confío en ti… Además, te he prometido que encontraré a tu amigo e intentaré llevarlo al hospital.

Iris se despidió de ella elevando ligeramente la barbilla, después se internó en el pasillo de la derecha y no volvió a mirar atrás.

Cuando estuvo ante la puerta plateada, la observó un instante. Con la palma de su mano acarició sus relieves, unos salientes que le recordaban a aquellos con los que estaba decorada la preciosa caja donde Janus guardaba las llaves. Los símbolos de los tres gremios se entremezclaban unos con otros, formando una galaxia de estrellas desconocidas. Iris torció el gesto. ¡Parecía tan real! Y, sin embargo, esa puerta no existía, la había creado Janus, tal y como pretendía hacer con las escaleras hacia el Cielo.

Entonces, sus ojos grises se nublaron. Ese hombre había acumulado tanto poder que podría fabricar unos peldaños ilusorios que ascendiesen hasta los mismísimos cúmulos y engañar así a sus fieles.

Sin demorarse más, extendió los brazos hasta que cada una de sus manos sujetó los dos extremos de la puerta. A continuación, elevó la mirada hasta perderse en la noche infinita, y quiso conectar con esa magia amarilla y furiosa que se había adherido a sus glóbulos rojos. Ella iba a lograr que toda la ilusión de Janus cayese por su propio peso. Ella iba a destruir su puente. Ella lo dejaría atrapado allí, en esa pradera, sin ninguna vía de escape, en cuanto viese que su sueño no era más que una quimera.

Hugo gritó de dolor en cuanto la monja consiguió aprisionarlo por la muñeca. Quemaba. La piel parecía derretírsele como un cubito de hielo entre sus dedos huesudos. Quería golpearla hasta hacerla desaparecer, pero no tenía nada con lo que hacerlo. Como era previsible, las balas de las pistolas que había cogido antes de iniciar la carrera, habían traspasado su vestido negro sin ocasionarle ningún

daño. ¡Era un maldito espíritu! Y, por lo tanto, no poseían un cuerpo de carne y hueso al que poder lastimar. Se revolvió hasta que consiguió deshacerse de su agarre y después huyó escaleras arriba. Blasfemó hasta quedarse sin insultos, pues no tenía sal, ni sus famosas esferas empapadas con óleo y ruda, ni un maldito rosario con el que repeler su ataque. Pero se trataba de una monja, ¡joder! Seguro que tendría los bolsillos repletos de crucifijos.

Tenía que pensar en otro modo de escapar de ella que no fuera tirarse desde un cuarto piso por la ventana y terminar con el cuello roto entre las rocas. Volvió a distinguir las paredes blancas y ese odioso papel floreado de los pasillos. Se encontraba de nuevo en la zona habitable de ese enorme hospital.

—Venga, venga, ¿qué puedes usar de aquí? —Fue abriendo una por una las puertas del corredor, habitadas años atrás por pacientes desesperados y que ahora usaban los fieles de Janus con toda clase de enseres—. Tiene que haber algo.

Entonces, reparó en la antena de una pequeña radio que asomaba detrás del cabezal de una cama, para después desechar la idea de inmediato. La mayoría estaban hechas de cobre o de aluminio, y él necesitaba hierro, hierro puro. De pronto, observó que en una pequeña repisa se encontraba una tetera japonesa, de esas fabricadas con hierro fundido. Edith tenía una en casa. Siempre le decía que mantenía mejor el gusto de la infusión y la temperatura de esta.

La asió sin dudarlo. Era mejor eso que nada. En cuanto se dio la vuelta para volver a salir de la habitación, se tropezó de bruces con la monja. Le obstaculizaba la salida, y con una sonrisa perniciosa le mostraba la maldita jeringuilla.

Él hizo lo propio con la tetera y la confusión apareció en el rostro de la mujer. Después, le arreó un porrazo con ella. La monja desapareció al instante, momento que aprovechó el cazador para regresar al pasillo. Tenía que salir del edificio, por la puerta roja, por esa por la que había entrado. Prefería enfrentarse a la bruma antes que a una monja desquiciada. Continuó corriendo, sin desprenderse de su nueva adquisición. Sin embargo, al doblar la esquina, trastabilló al volver a divisar al espíritu al final del pasillo, y la tetera rodó por el pavimento hasta detenerse en el centro.

—¡Mierda! ¡Joder!

Aceleró para intentar llegar hasta ella antes de que la monja volviera a ponerle un dedo encima. No obstante, cuando ya acariciaba el sabor de la victoria, el suelo tembló. Miró a la mujer para comprobar si ella también se había percatado de la vibración, pero su rostro impávido le indicó que no. En ese momento, la monja lo alzó como si fuese un saco de plumas y le presionó el cuello hasta enterrarle las uñas en la garganta. Hugo ni siquiera podía chillar. Se

asfixiaba. Y lamentó que la tetera estuviera a escasos centímetros de él, en el suelo.

Desde el aire, pataleó, y entonces otra sacudida levantó los mosaicos del suelo. Después, observó cómo las paredes se agrietaban mientras trataba de que el espíritu aflojase la presión de su cuello. Volvió a reparar en ella, en su mano sujetando la jeringa y dirigiéndose hacia su arteria carótida. Percibió el roce de la aguja como si fuese real, y después cerró los ojos, pues no quería ver su sonrisa pérfida con sus dientes podridos celebrar su triunfo. Iba a morir allí, solo. Y no a manos de un demonio poderoso ni una sombra ingeniosa, sino por un ángel de la muerte. ¡Una maldita monja que habría asesinado a pacientes molestos convenciéndose a sí misma de que era lo mejor para ellos!

De pronto, sintió que su cuerpo caía al suelo sin remedio. Pensó que, fuera lo que fuese lo que contenía esa jeringuilla, ya empezaba a hacerle efecto, pues el suelo se desvanecía en sus pies. Entonces, elevó la mirada para observar a su asesina, a pesar de que no quería verla, ya que no quería que fuera el último rostro que se grabase en su mente antes de expirar. Pero no la vio. No estaba allí. Se había esfumado. Palpó su cuerpo, temiendo haber perdido algún miembro importante, y se incorporó de un salto al comprobar que estaba vivo. Miró a su alrededor, confuso.

Entonces, comprendió.

La ilusión de Janus se desmoronaba.

Tenía que salir de allí antes de que se viniera abajo por completo, porque, si no, quedaría atrapado al otro lado, en la Sierra de Guadarrama.

31

Extracción

Sofía besó el suelo. No fue un beso de alivio ni de veneración a una tierra sagrada o bendita. Lo hizo cuando estampó su boca contra el pavimento al no evaluar bien las consecuencias de un golpe que *a priori* le pareció insustancial. Janus no practicaba una magia pura basada en los elementos que la propia naturaleza le proporcionaba; ante todo, él era un vidente. Su padre le había contado que había hecho grandes avances en este campo y que era su don primordial, sin embargo, ella jamás imaginó que su primo llegaría a combinar la precisión de la videncia con la fuerza de la brujería. Y por eso había caído.

De las manos de Janus habían brotado unas espirales imperceptibles y que se transmitían por el aire como las ondas sonoras. Generaban voces fantasmagóricas. No, más bien ampliaban los susurros de los espíritus que vagaban por el recinto y los forzaba a propagarse como si fueran un virus auditivo. Ella los había escuchado, había detectado su presencia al revolotear sobre su cabeza imitando a un enjambre de abejas amenazante y revoltoso. Sin embargo, no creyó que el incordio que estaba padeciendo pudiese ser mortal. Primero advirtió un regusto amargo en el paladar; luego, cómo una repentina sordera la dejaba aislada dentro de un silencio funesto; a continuación, percibió un resquemor por toda su piel y la vista comenzó a nublársele, y finalmente, Janus, al verla desorientada, no tuvo más que mover un dedo para que otra de sus ondas expansivas, esta vez cargada de una electricidad destructora, impactase contra su estómago y la hiciese perder el equilibrio.

Se arrastró unos metros hasta que logró hincar las rodillas en el suelo. Después se levantó despacio, sin apartar la vista de su rostro codicioso. Temía darle la espalda y que le propinase un golpe certero. No obstante, él no se movió.

—No puedo matarte —le confesó sin que en su tono de voz se advirtiera ni una pizca de pesadumbre—. Tengo que extraerte la llave mientras estés viva.

Ella se pasó la lengua por los labios y retiró parte de la sangre que los inundaba.

—Así que si muero, la llave volará hasta conseguir otro huésped

digno.

—¡Oh, no seas boba! No tienes lo que hay que tener para sacrificar tu vida por lo que tú consideras humanidad. Ni siquiera eres capaz de repeler mis ataques sin que tu cuerpo se resienta. ¡Oh, Sofía, Sofía! Has decidido venir a enfrentarte a mí a sabiendas de que no podrías detenerme, y todo por un sentimiento que siempre ha sido sobrevalorado por todos: el amor. Sin embargo, no hay satisfacción mayor que conceder los deseos que ansían los demás. El amor no los alimenta ni los ampara en las noches más oscuras. Ellos necesitan saber que hay alguien que los cuida, que los dirige hacia un nuevo amanecer, y tú solo engendrarás más caos con tus decisiones erráticas. —Se burlaba de sus flaquezas, de su inexperiencia y de la poca reacción que ella podía tener, pues sus poderes continuaban sellados —. ¡El mundo necesita un cambio! Tenemos que ampliar nuestros horizontes, acabar con las estrecheces de miras que siempre nos han impuesto los gremios... Es hora de salir de la clandestinidad y gritarles a los demás que nunca han estado solos. ¡Ven conmigo!

Su primo Jamie le brindó la mano. Se atrevió a extenderle el brazo y ofrecerle su ayuda. Ese miserable egoísta todavía tenía las agallas de hablarle del bien común después de haber iniciado una cacería donde había dejado un reguero de víctimas por todo el mundo. Chasqueó la lengua y clavó la mirada en las paredes aciagas de ese endemoniado pasillo.

Le hervía la sangre. Corría por sus venas y arterias a gran velocidad, y escuchaba el bombeo acelerado de su corazón. ¡Bum, bum! ¡Bum, bum! Entonces, entrelazó sus manos con fuerza a la altura del ombligo, para después separarlas y dirigir la punta de los dedos hacia el suelo. De pronto, este comenzó a resquebrajarse formando una grieta que hacía saltar las piedras por los aires hasta llegar a Janus. Este retrocedió, mostrando una mueca de disconformidad en su rostro.

—No lo hagas, Sofía. Estás poniéndote en un peligro innecesario.

A pesar de que su ritmo cardíaco se aceleraba y un ligero tremor comenzaba a afectarle los músculos de los brazos, no se detuvo. Incrementó la intensidad de su golpe al rasgar la verticalidad de sus paredes y hacer volar los ladrillos que las contenían. De inmediato, Janus se rodeó de una esfera de luz azafranada, impidiendo así que los pedruscos de cemento lo atizaran.

De pronto, Sofía frunció el ceño, confusa. Percibía una extraña vibración bajo sus pies, un traqueteo que ella no había originado, y acribilló a su adversario con su mirada cristalina. ¿Qué clase de magia estaba utilizando ahora? Sin embargo, él parecía mirarla con la misma perplejidad que ella mostraba.

—Sea lo que sea lo que estás haciendo, deberías parar —le aconsejó

su primo con inquina—. Vas a conseguir que todo el edificio se derrumbe sobre nuestras cabezas.

—Siento comunicarte que yo no estoy provocando esto —le dijo, tratando de ocultar su estupefacción y también su miedo.

Los muros del edificio fluctuaban dejando ver sus entrañas: los hierros oxidados, las tuberías desgastadas, el hormigón que lo recubría... Todo lo que escondía Janus tras un papel floreado y unas falsas paredes blancas.

—¿También tu guarida es una ilusión? —le preguntó ella desconcertada.

—No del todo.

Janus clavó la mirada en el techo. Su obra maestra se desmoronaba, todo lo que había construido, todo lo que había planificado. El puente se venía abajo, y era consciente de que estaba en el lugar equivocado. Si permanecía allí, quedaría atrapado en Guadarrama y sin la posibilidad de alcanzar Tella antes de que se produjese el equinoccio. Se maldijo a sí mismo por haber interceptado a la bruja en el hospital y no cuando hubiese salido de él. Entonces, de forma instintiva echó a correr. No tenía mucho tiempo. Tenía que llegar a la puerta antes de que se cerrase del todo.

Sofía dudó unos segundos antes de emprender su propia carrera. Si su primo había olido el peligro, ella no estaba tan loca como para enfrentarse sola a lo que estuviera por venir, así que lo siguió. Trató de no perderlo de vista, hasta que por fin sus ojos azulados atisbaron la ranura de una puerta plateada. Una salida que también estaba recibiendo los latigazos de una ilusión que se desvanecía. La puerta se desdibujaba, para después volver a hacerse visible en apenas un abrir y cerrar de ojos. Sofía divisó cómo Janus la cruzaba con algunas dificultades, y aceleró sus pasos antes de que esta desapareciera por completo.

Cuando por fin estuvo frente a ella, la puerta se desvaneció, y la bruja contempló a su espalda las paredes grises y pintarrajeadas que conformaban el edificio. Con el vello erizado, rezó para que la puerta regresara, al menos una última vez. Y en el preciso instante en el que distinguió la figura de una monja arrebatada asomar por su derecha, atisbó el haz de luz procedente de la salida. No se lo pensó dos veces y saltó. Cerró los ojos antes de hacerlo, pues no tenía ni idea de dónde iba a aterrizar.

Cuando los abrió, descubrió un paisaje nocturno rodeado de algunos pinares, y respiró tranquila al comprobar que estaba en Tella. Ignoraba cuál era la ubicación del recinto anterior, sin embargo, algo le decía que estaba muy lejos de allí. Entonces, escuchó los cánticos de una multitud proveniente de una pradera situada a su izquierda y dedujo que se trataba del lugar donde iba a realizarse la ceremonia.

Se encaminó hacia el dolmen tras echarle una ojeada al cielo. Las nubes de un gris esponjoso comenzaban a arremolinarse sobre la congregación, y ninguna reflejaba el esperado esmeralda que sus padres le habían indicado.

De pronto, sintió un despiadado azote en la espalda, el cual la hizo detenerse tras abrirle la piel. Después, vino un segundo y un tercero que consiguieron rasgarle la camisa. La bruja se dio la vuelta con los ojos encendidos y agarró el látigo que estaba amedrentándola. Tiró de él mientras congelaba la soga trenzada de cuero, y cuando el causante de su dolor terminó arrodillado ante ella, le sopló en los ojos. En sus pestañas se formaron unas estalactitas que cayeron sobre sus pupilas impidiéndole ver. El hombre le suplicó por su vida, le contó que tenía hijos a los que alimentar y que dependían de él. Ella apenas escuchó su verborrea, lo empujó y este cayó hacia atrás sin oponer resistencia.

Al volver la vista al frente, descubrió que no era el único que aguardaba su momento. Ella los dejó avanzar, incluso permitió que una cazadora le disparase una flecha. Sofía esperó a que casi acariciase su rostro para soltar un vaho invernal que la heló al instante. Después la sujetó con una de sus manos y se la devolvió a su portadora. Sin embargo, eso no condicionó a los demás, pues continuaban aproximándose a ella con cautela. La bruja taconeó con el pie derecho la tierra que pisaba y la sustentaba, y poco a poco fue cubriéndola con una capa de hielo resbaladiza.

Sus atacantes intentaron retroceder, pero muchos no pudieron y terminaron atrapados en su nueva pista de patinaje. A continuación, con un giro de su muñeca, alertó a los pinos para que la ayudaran, y uno a uno fueron alargando sus ramas hasta enroscar a sus agresores y dejarlos inmovilizados.

Entonces, Sofía respiró. Abandonó sus ojos glaciares y sus cabellos regresaron poco a poco a su color natural. Dirigió su mirada a la pradera y desde allí observó a Oriol, postrado ante el dolmen sagrado. Tenía que hacer algo pronto si quería salvarlo de esos fanáticos. Sin embargo, al querer dar un paso, se sintió mareada. Sus párpados aguantaban un peso descomunal y apenas conseguía resistir con los ojos abiertos. Percibió los latidos desbocados de su corazón, los cuales lentamente disminuían su ritmo y la invitaban a un letargo deseado. ¿Qué estaba sucediéndole? ¿Por qué apenas lograba mantenerse en pie? Cayó de rodillas y combatió para mantenerse erguida.

—Te he forzado a usar tu potencial. —La voz de Janus retumbaba como un eco funerario en su cabeza—. Sabía que era la única manera de que detuvieras tus comportamientos suicidas y reducirte sin que yo sufriera daño alguno. Todavía me parece increíble que estuvieras dispuesta a morir en una batalla que ya tienes perdida de antemano.

—No vas a conseguir la llave —lo amenazó con un hilo de voz que

se extinguió antes de que golpease sus oídos.

—¿Qué has dicho? —Janus se acuclilló frente a ella y contempló sus ojos vidriosos, rotos por el esfuerzo—. En estas condiciones, no puedes hacer nada. ¡Ya eres mía!

Le tiró del cabello hacia atrás y con su dedo índice le acarició la garganta. Después, la tumbó en el suelo a la vez que dos de sus videntes le acercaban el instrumental necesario para comenzar la extracción. Ella apenas percibió el corte que le practicaban detrás del lóbulo de la oreja, aunque sí atisbó la hebra azulada que partía de él e iniciaba su recorrido para rellenar el frasco que Janus sostenía con regocijo entre sus manos.

Con los grilletes haciendo presión sobre sus muñecas y arrodillado ante el dolmen, Oriol observó cómo una decena de videntes posaban sus manos en las cabezas de los asistentes con la excusa de bendecirlos antes de la ceremonia. El medio demonio torció el gesto, pues sabía que estaban leyendo los pecados de sus más fervientes seguidores para escoger al que considerasen más puro, al nuevo cerrojo, a la persona que se sacrificaría por todos.

Asombrado por la escasa empatía que mostraban los videntes, descubrió que a los posibles candidatos les dibujaban un círculo en la frente, y entre ellos, cómo no se espantaban al seleccionar a una niña de unos nueve años, quien les sonreía como si fuese a recibir un regalo de cumpleaños. Apretó los dientes con rabia. Después, volvió a mirar al cielo. Nada. Silencio. Quizá había confiado demasiado en los padres de Sofía, unos brujos todavía desconocidos para él. Y aunque ahora su hija hablase maravillas de sus dones, ellos ya la habían abandonado una vez.

Unos brazos musculados lo forzaron a alzarse y él no se resistió. Tenía que aguantar la farsa hasta el final, ser la víctima cooperadora para que Janus liberase a sus amigos. El hombre, quien desprendía un aroma a cazador por todos los poros de su piel, lo condujo hacia una especie de altar de madera donde un atril más elaborado hacía las veces de un ambón de iglesia. Allí lo exhibió como si fuese una atracción de circo: el gigante con un ojo en la frente o la mismísima mujer barbuda, solo que él era el hijo de una súcuba y un cazador. Los acólitos estallaron en aplausos al escuchar que era un demonio, y como tal iba a ser devuelto a los infiernos. Oriol podría haber abierto la boca, contarles a todos la verdad: que no era más que un joven cazador que siempre había vivido en la Tierra, que en esta había nacido y que, como el resto de los cazadores, su misión era aniquilar bestias. Sin embargo, calló. Se limitó a contemplar el alboroto que

había generado entre los presentes y de alguna manera rezar por sus almas, pues no tenían ni idea de la atrocidad en la que estaban participando.

Entonces, un alarido desgarrador lo forzó a mirar hacia atrás. Habría reconocido ese chillido agudo en mitad de la noche. Desesperado. Encolerizado. ¡Sofía estaba allí! Trataba de llegar hasta él. Tragó saliva antes de cruzar una mirada con el cazador que lo retenía y arrearle un guantazo con ambas manos. El hierro de sus cadenas impactó en su mandíbula hasta hacerle saltar un par de dientes. Sin embargo, poco más pudo hacer antes de que una docena de hombres se abalanzaran sobre él y lo arrastraran hasta el dolmen. Lo depositaron sobre la losa fría, a pesar de que se retorcía como una fiera salvaje. Reforzaron las cadenas de sus manos, encadenaron sus pies y lo ataron para que no pudiese mover ninguna extremidad. Y al fin, su cuerpo extendido sobre la piedra dibujó la imagen del Vitruvio de da Vinci, con las piernas abiertas y los brazos extendidos.

Contuvo las lágrimas que querían golpear su rostro, resignado. Ya no podía hacer nada por ella. Estaba encadenado a unos grilletes mágicos, por lo que, de esta manera, su bestia no podría emerger. Una gota salada consiguió escapar de la prisión de sus ojos cuando volvió la vista hacia la izquierda. Entre los pinos, más allá de un pequeño montículo, distinguió un destello azulado que palpitaba sereno. «¡La llave! ¡Janus ha conseguido la llave! —se maldijo a sí mismo—. ¡Dios mío, Sofía!». Imaginó su cuerpo tendido en medio de la nada, malherido, sin nadie que pudiera asistirla, y lloró.

Iris se mantuvo bajo el dintel de la puerta plateada hasta que los cimientos de la ilusión comenzaron a resquebrajarse. El viejo hospital fluctuaba, buscaba su lugar entre todo aquel caos, ese en el que se había edificado. Y a pesar de que nunca se movió de allí, de ese precioso valle en medio de la Sierra de Guadarrama, se sentía ultrajado. Sus fantasmas habían despertado y vagaban por él en busca de luces que los ayudaran a escapar del encierro, mientras que otros espíritus, más siniestros, más oscuros, se las ingeniaban para acosar a los vivos.

Hugo corría como un demente tratando de escapar de las garras de algunos de los pacientes que ocuparon sus camas de antaño. Imaginó que habían experimentado con ellos en vida, pues varios se

presentaban con parte de la cabeza seccionada. Los esquivaba al tiempo que ellos también iban desvaneciéndose, transformándose en un hilo oscuro que se elevaba hasta teñir el techo con una negrura, como la monja que lo había hostigado.

De pronto, atisbó un brillo plateado al final del pasillo, y supuso que se trataba de la salida. O al menos de la puerta que estaba buscando, esa que mantendría sus pies en el lugar del sacrificio.

Impulsó sus piernas para que hicieran un último esfuerzo al tiempo que sorteaba algunas piedras que no resistían la caída del velo mágico que hasta entonces los había cubierto. El hospital se revolvía ante el sacrilegio que habían cometido con él, pues nunca debió ser parte de una conspiración ni de que su espacio fuera alterado, así que escupía los ladrillos más débiles para sobrevivir de nuevo al cambio. El cazador sintió lástima del edificio y de que hubiera sido usado para fines oscuros. Allí habían dormido los fieles de Janus, allí habían ideado su plan *divino*, de allí habían partido cazadores, videntes y brujos, dispuestos a traicionar los dogmas de sus respectivos gremios. Ese siempre había sido el cuartel general de sus acólitos en España, y en él se habían reunido soldados provenientes de otros países. Cuando Janus abandonó los Pirineos, siempre tuvo claro que se dirigiría a la Sierra de Guadarrama, pues hacía años que sus acólitos más fieles habían iniciado la remodelación de los pisos que necesitaban. Desde ese punto, controlaría todo lo que sucediese en el país sin necesidad de moverse, y cuando tuvo claro el lugar del sacrificio, creó el puente para no trasladar a una infinidad de personas a un pequeño pueblo donde la invasión de sus fervientes seguidores habría hecho saltar las alarmas.

Hugo creyó morir en cuanto la puerta se le hizo más visible, porque, con los brazos extendidos y aguantando para que el marco no se viniera abajo antes de tiempo, estaba Iris. Era ella la causante de todo ese estropicio. Era ella la que derribaba el puente que Janus había creado.

Frenó en seco cuando la tuvo delante.

—Tenemos que salir de aquí antes de quedarnos atrapados en el otro lado —le aseguró al distinguir la hierba que crecía detrás de la puerta.

Iris elevó la mirada y asintió. Después, sujetó la mano que Hugo le brindaba y salieron al exterior. Corrieron unos cuantos metros hasta alejarse de la zona y luego se detuvieron un segundo para respirar el aire puro de las montañas mientras contemplaban cómo la puerta comenzaba a fluctuar. Un segundo en el que observaron cómo Janus también cruzaba el umbral y desaparecía entre los pinares. Un segundo en el que los cánticos que acompañaban la noche provocaron que ambos sintieran un horripilante escalofrío recorrer su piel.

Cuando la esfera cayó, la bruma que los mantenía retenidos en un bucle incesante de imágenes y pensamientos claustrofóbicos se disipó. Lo hizo sin previo aviso. Desapareció sin dejar huella de su existencia y todos pudieron contemplar el vibrante centelleo de las estrellas del cielo. Todos menos una. Edith fue condenada a regresar a su ceguera, y aunque palpó sus ojos para hacerlos reaccionar, la realidad se había impuesto de nuevo. Ella no veía.

Agitada, llamó a Rafael hasta que sus cuerdas vocales se quebraron. Y en ese silencio amargo que prosiguió a la bruma escuchó la tímida voz del padre Carlos:

—Está bien. Creo que todos estamos bien —afirmó a la vez que se aseguraba de que ninguno faltaba—. Pensábamos que habíamos avanzado, y de hecho no nos hemos movido de aquí.

Rafael elevó la mirada para contagiarse de la templanza de su amigo, pues él se había desplomado como un castillo de naipes cuando la niebla incierta se evaporó. Con ella, lo hicieron sus esperanzas de volver a caminar, de guerrear como lo había hecho en el pasado, de pasear junto al río Ebro mientras elucubraba un nuevo plan para liberar a una familia de un espíritu oscuro. Sus piernas volvían a condenarlo. Las arrastró hasta conseguir apoyar la espalda en una piedra y comprobó que la hora de su reloj de pulsera se había detenido. Lo golpeó varias veces, pero no echó a andar. Sus manecillas se paralizaron al entrar en contacto con la bruma oscura.

—Hemos perdido un tiempo precioso —dijo, maldiciéndose por su infortunio—. Tenemos que continuar si queremos impedir el ritual. Bueno, más bien vosotros debéis seguir. Yo no puedo hacer nada.

—Te buscaré la silla. No puede estar muy lejos de aquí —se ofreció León.

Rafael negó con la cabeza. Con ojos húmedos, observó al grupo de valientes que estaban dispuestos a morir para salvar la humanidad, y cuánto deseó ser parte de ellos.

—Eres parte de nosotros —le dijo la vidente, anticipándose a sus palabras—. Siempre has sido la brújula de este grupo.

El viejo cazador clavó la mirada en el rostro de Harry, quien, a pesar de encontrarse debilitado, se mantenía en pie.

—¿Cómo estás, amigo?

—Bien. La niebla estaba ocasionándome algunos problemas con la magia —le confesó avergonzado—. Nada de lo que debamos preocuparnos ahora.

El brujo ocultó su mano temblorosa detrás de la espalda y bajó la barbilla para disimular su consternación. Había visto a su hijo inmerso en la bruma, correteando como el niño que una vez fue, riendo con ese buen humor que siempre lo caracterizó, y quiso pedirle perdón. Un perdón que no aceptó. William quería que lo curase con la misma

magia que lo había enfermado, le suplicaba que usase los conjuros que una vez fracasaron, para que su don despertase por fin. Y en medio de la negra espesura, él quiso agradarlo, y susurró hechizos que creyó haber olvidado, enterrados para siempre en el jardín trasero de su bonita casa. Hasta que se descontroló. Su cuerpo comenzó a resentirse hasta el punto de no recordar quién era ni dónde estaba.

La bruma le mostró el futuro que le esperaba, y les ocultó su dramático final a sus amigos. Tenía que salvar la vida de Sofía, debía rescatar a esa niña que creció sin poderes y de pronto se vio asaltada por ellos. Por él mismo. Por William.

—Todavía puedo enfrentarme a un par de fanáticos. Necesitáis a un brujo. Allí va a haber mucha magia.

Rafael asintió, a sabiendas de que no le contaba toda la verdad. Con las manos clavadas en la tierra, se ayudó para buscar una posición mejor en la roca, y después miró a su hermano, quien nunca se alejó de allí, a pesar de que pensaba haber recorrido kilómetros.

—No hace falta que digas nada —añadió Gabriel—. No sé qué demonios está pasando aquí o cuántos dones habrá absorbido ese malnacido para lograr hipnotizarnos a todos, pero voy a llegar hasta el final. De alguna manera, te lo debo, y te prometo que sacaré a mis sobrinos de allí.

Rafael inspeccionó el horizonte como si se tratara de un perro sabueso. Olfateó la llanura que se presentaba ante él: envenenada y traicionera. Un grupo de nubes gruesas pretendía aniquilar la luz de la luna que aún les mostraba el camino, mientras que los animales que habitaban ese campo habían acallado su voz. El lobo también lo había hecho. Exhausto, buscaba las manos de su dueño para que le acariciase la cabeza. No gruñía ni aullaba. Sin embargo, estaba agitado. Él también desconfiaba de ese paraje de ensueño, de la tranquilidad aparente que reinaba en la pradera. Era la calma que precedía a la tormenta, y las señales ya estaban advirtiéndolo de que allí iba a librarse una guerra.

Entonces escuchó vítores. Después llegaron los aplausos.

La fiesta había comenzado.

32

Escalera

Janus examinó uno por uno a los seleccionados por sus videntes para ocupar el lugar del cerrojo. No quería detenerse demasiado en la elección, pues el tiempo apremiaba. Indagó en los ojos marrones de la niña, vivaces y llenos de esperanza. A pesar de que detestaba utilizar a los más pequeños para los rituales de mayor trascendencia, ya que solían ser muy inestables, accedió a realizar una excepción.

La acompañó al altar de madera que sus propios fieles habían erigido, la ayudó a acomodarse sobre una tela satinada rojiza y después, uno por uno, extrajo los frascos que contenían las llaves y los depositó en cada una de las esquinas de la tabla. A continuación, tocó la frente de la niña, quien pareció contagiarse de una felicidad beata bajo la expectación de todos los asistentes.

Entonces, le hizo una señal a su asistente, y este le ordenó al cazador que estaba más próximo a Oriol que podía iniciar el ritual. El hombre no dudó en asir un cuchillo y realizarle dos profundos tajos en las muñecas y otros dos en los tobillos. A pesar de que Oriol se resistió, no pudo evitar que la sangre manara de su cuerpo como un apetecible abrevadero en días calurosos. Gota tras gota, su sangre fue inundando poco a poco el dolmen, para después caer sobre la tierra que lo había visto nacer y que ahora lo olvidaba.

Al principio, el medio demonio luchó con todas sus fuerzas. No era así como debería haber sucedido todo. Janus nunca debió haber conseguido la llave de los brujos, Sofía no debió haber entrado sola en la bruma y sus padres debieron haber resuelto el problema de los sellos antes de que el caos se desatara. Oriol se había arriesgado y había perdido. Lanzó una mirada quejosa hacia una de sus manos. Su regeneración estaba afectada por los grilletes mágicos y sus heridas no cicatrizaban, aunque al menos la sangre no se escapaba de su cuerpo a borbotones, sino de una manera lenta y trágica. Así sería su muerte: agónica y dramática.

Después, sus ojos se posaron en la niña de aspecto dócil e inocente. Sonreía feliz mientras Janus la apremiaba a inhalar el contenido de los diversos frascos. ¡Las llaves! Oriol observó cómo sus eclécticos colores se entremezclaban conformando un aura divina alrededor de la pequeña. Escuchó las exclamaciones de asombro del público como si

estuvieran asistiendo a un milagro. Un milagro que les recordaba la grandeza de la vida. Atendió a las plegarias espontáneas que se sucedían a ese hecho extraordinario mientras él regalaba su sangre a la hierba fresca donde tantas veces había jugado con sus hermanos. Después, enterró la vista en el cielo para que fuera testigo de su inmediata sepultura, y aunque quiso orar para que también a él se le concediese un último deseo, no pudo. Sus lágrimas estaban secas, y su corazón, encogido.

De pronto, la niña comenzó a convulsionar, para espanto de su familia, quien la había entregado con honor a su salvador. Una espuma blanquecina comenzó a salir de su boca mientras su cuerpecillo se agitaba como banderolas sacudidas por un huracán.

Janus debió haberlo previsto.

Un cuerpo humano jamás soportaría la carga de los cuatro dones, incluido el demoníaco, y menos aún el de una pequeña tan frágil.

Sin embargo, el líder de la secta mantuvo la compostura ante tal adversidad y decidió continuar con el espectáculo, a pesar de los gritos salvajes de la madre para que la liberara, para que le permitiese abrazar a su hija. La incertidumbre cubrió el rostro de sus acólitos, pues ignoraban qué estaba sucediendo, hasta que, sin compasión alguna, Janus hizo un tajo en la palma de la mano de la niña y su sangre se derramó, confundiéndose con el tono escarlata de la tela, la cual la abrigaba con desconsuelo.

No obstante, su líquido rojo no cayó a la tierra, sino que se elevó hasta fundirse con el sobrecogedor halo que las llaves habían creado alrededor de la niña. De pronto, de su vientre brotó un haz de luz que conmovió a todos los asistentes, una luz cegadora y frenética que partió como un rayo en busca del cielo. Incrédulo, Oriol la vio ascender hasta que sus destellos se perdieron en las nubes, y entonces la noche se convirtió en día. Y un sol extraño, blanco y fantasmagórico se apoderó del firmamento, y fue cuando la luna lloró lágrimas de sangre mientras se desvanecía en la claridad forzada.

—¡No me lo puedo creer! ¡Está haciéndolo! ¡Está abriendo las puertas del Cielo! —exclamó el medio demonio, sin atender a quien pudiera escuchar su asombro.

—¿De verdad pensabas que era una fábula?

Oriol clavó su mirada estupefacta en el rostro apático del asistente de Janus, quien no parecía muy contento con la hazaña de su maestro; más bien recelaba del futuro que les había prometido. Los dos mantuvieron sus ojos contemplando el extraño circo que se había formado en el cielo, hasta que un trueno ensordecedor los hizo despertar de la ensoñación.

Entonces, llegó el caos.

Hugo había visto cómo los soldados de Janus atacaban a Sofía y cómo esta se defendía creando un invierno estremecedor a su alrededor. Quiso llegar hasta ella antes de que su primo lo hiciera. Lo había visto observarla con una sonrisa pérfida pegada a su cara detrás de unos arbustos. Se frotaba las manos como un niño ansioso por soplar las velas de su cumpleaños para luego abrir los regalos. ¡Sofía era su regalo!

Corrió hacia ella para impedir que cayese en su poder, pero apenas pudo avanzar dos metros, ya que, en medio de la espesura de la noche, el medio brujo al que había noqueado cuando rescataba al cerrojo apareció ante él transportado por una inquietante nube de polvo, interponiéndose de nuevo en su camino. Lanzó una exhalación cansina, pues estaba harto de ingeniárselas sin sus armas, puesto que en la huida del hospital había perdido también las dos pistolas.

Iris fue a su encuentro, dispuesta a inmovilizarlo con uno de sus nuevos poderes, sin embargo, hasta que consiguió entrar en su mente y adueñarse de sus pensamientos, el brujo lo levantó por los aires y lo lanzó varios metros más allá. Su espalda fue la peor parada en la caída, tanto que el cazador pensó que la columna se le había partido en dos. A cuatro patas, avanzó hasta alcanzar la posición de Iris, pues suponía que la vidente se encontraba luchando con sus puños contra un hombre que le doblaba el tamaño. No obstante, su sorpresa fue mayor cuando descubrió al brujo agazapado detrás de una roca, llorando como un descosido y pidiéndole perdón a su amiga mientras esta le acariciaba los cabellos.

Al verlo por el rabillo del ojo, Iris se dio la vuelta y le tendió la mano para ayudarlo a levantarse. Él lo hizo sin ocultar el dolor de sus huesos, quejándose de no tener su preciado Wínchester para agujerear un par de cerebros manipulados por su propio ego.

—¿Vas a contarme cómo has transformado a un brujo repelente en un cachorrito adorable? —le preguntó mientras ella emprendía el camino.

—Es una larga historia que estoy segura de que te aburrirá —afirmó resuelta—. ¡Date prisa! Sofía nos necesita.

—No me gusta que hayas absorbido tanto poder.

—Pues ahora lo necesitamos.

Hugo se tragó unos cien improperios antes de seguir a la vidente, aunque no disimuló sus malos modos. Se adelantó a ella, tomando la iniciativa, y corrió sin advertirla, dejándola atrás cuando vio a Sofía tendida en el suelo.

El cazador observó cómo la capa de hielo que la rodeaba se derretía lentamente, dejando ver de nuevo la hierba húmeda del lugar. Apoyó

la cabeza en su pecho y comprobó que estaba fría, como la escarcha que había nacido de sus dedos. Le acarició las mejillas con ganas, deseando que el color brotase de su piel blanquecina. Ahogó un grito y miró a Iris, desesperado.

—Hemos llegado tarde —se lamentó a la vez que balanceaba su cuerpo roto entre sus brazos—. Esto no puede acabar así.

Iris elevó la barbilla y su mirada viajó más allá, donde una niña pequeña descansaba sobre un altar.

—Janus tiene la llave de los brujos. Ha conseguido extraerle la llave —afirmó resignada.

Después, abatida, la vidente se sentó frente al cazador y sintió su dolor como si fuera el de ella: la pérdida de un amor que jamás regresaría. Lo cogió de la mano, la apretó con fuerza y la colocó sobre el pecho de Sofía. Iris se inclinó hacia adelante para besar la frente de su amiga, y con los ojos entreabiertos, dijo con un suspiro:

—No está muerta. Solo dormida.

Los filamentos azulados fueron desenredándose y adquiriendo un tono más dorado. George contemplaba esperanzado cómo el aura mágica de su hija se equilibraba entre nudos deshechos y hebras deshilachadas. Sonrió de medio lado, advirtiendo a Samantha de que había llegado el momento de coger sus respectivos sellos. El brujo colocó el suyo a los pies de su hija, mientras que su exmujer lo hizo situando el de ella en la coronilla.

George no pudo reprimir ese instante de felicidad, y en ese momento abrazó a Samantha y le estampó un beso corto en la boca. Ella no reaccionó, ni para bien ni para mal. Se quedó observándolo como si fuese una estatua de sal, sin expresar unos sentimientos que pudieran darle una pista a él de lo que pudiera albergar su mente privilegiada.

—Lo siento. No pretendía incomodarte. Ha sido la alegría del momento, después de tantas horas...

—Tengo una familia —le desveló ella.

—Lo sé. Lo supe desde el momento en el que te vi aparecer —le confesó abatido—. Mejor si continuamos con esto. Tenemos que ayudar a nuestra hija.

De repente, Samantha palideció. ¡Algo no iba bien! El holograma de Sofía estaba tiñéndose de un color plomizo, como el que presentaban las nubes antes de descargar la inesperada tormenta.

—¿Qué está pasando? —le preguntó George, sorprendido por la irrupción de ese gris aciago en las conexiones mágicas de su hija.

—¡Sofía está colapsando! ¡Ha debido usar sus poderes! Está

entrando en una especie de catatonia.

—¡No, no, no! Estábamos consiguiéndolo. —El brujo se maldijo al ver cómo algunos de los filamentos se deshacían delante de sus propias narices y se convertían en ceniza—. ¡Tenemos que hacer algo! ¡Sam, piensa! ¡Se trata de la vida de nuestra hija!

Sin embargo, se quedó paralizada, petrificada ante el hecho de que su pequeña iba a morir por culpa de sus errores pasados. Debió haberla protegido más, como hacía ahora con sus hijos, quererla más, estar a su lado, a pesar de que ambas tenían una nueva familia. ¡No debería haberla abandonado! ¡Nunca!

—¡No sé qué hacer! —gritó desmoralizada—. No podemos hacer nada si ella no está aquí, en su forma física.

Entonces, George tomó una decisión desesperada. Se aproximó a su sello mientras de su mano hacía brotar una pequeña esfera de fuego.

—¡Rompe tu sello! —le gritó a su exmujer.

Ella dudó unos instantes.

—Es una locura, ya es demasiado tarde.

—Eso no lo sabemos. Nunca habíamos hecho nada de tal índole —trató de convencerla—. Ya no tenemos nada que perder… Debemos hacerlo antes de que su holograma se desvanezca por completo… ¡Sam, te lo ruego!

Ella apretó la mandíbula hasta sentir una tensión en su cuerpo como jamás lo había hecho. Después, abrió y cerró el puño con celeridad, creando una corriente de aire que no tardó en estampar contra su sello. Lo partió en dos. Con rabia. Con frustración. Pues estaba harta de perder las guerras. Ya había perdido una en el pasado, y no quería perder esta.

Sam contempló cómo el sello de su exmarido explosionaba al entrar en contacto con la esfera ardiente y se hacía añicos. Ella tembló de miedo. Sus piernas flaqueaban mientras aguardaba una respuesta directa en el holograma. George se acercó a ella y la rodeó con sus brazos, queriendo transmitirle una tranquilidad que ya había muerto en él. Y deseó que los filamentos mágicos le dieran una pronta respuesta sobre la decisión apenas tomada, fuera buena o mala, ya que la incertidumbre estaba matándolo por dentro.

Sofía ahogó un grito. Sus pulmones fueron asediados por una cantidad de oxígeno tan grande que no conseguía reconducir su respiración. Luego, su corazón comenzó a bombear con una fuerza desmesurada que la empujaba a levantarse, a moverse, a tomar el control de su cuerpo. Entonces, abrió los ojos. Dos luceros cristalinos la ayudaron a reconocer el lugar donde había caído, ese en el que la bruja de hielo

había sido despojada de su llave. Lo examinó con calma, todavía con la visión nublada.

Entonces, a su lado, vio a Iris.

Y a Hugo.

Quiso llorar de felicidad, pero incluso ese momento fue transgredido por una enorme sacudida que la obligó a adoptar una posición fetal. Sus músculos se tensaron, y la rigidez de sus extremidades la condenó a mirar hacia el cielo. No pudo pronunciar palabra alguna, ni siquiera conseguía que sus labios se despegasen para intentarlo. De pronto, de su pecho nació una luz dorada, tan cálida y reconfortante como los días de verano que pasó junto a sus abuelos. Y dejó de temer a la oscuridad.

De nuevo, su piel comenzó a brillar, esta vez con más intensidad, hasta que el haz de luz alcanzó su boca y la obligó a abrirla. Un potente resplandor brotó de ella, al igual que de la punta de sus dedos, y entonces sintió que volaba. ¡Era libre! Sus células brincaban de alegría, vibraban como si fuesen una sola, al unísono.

Con un gozo interno que rozaba una felicidad divina, distinguió los rostros de decenas de brujos y brujas que la acompañaban en su transformación. Formaban parte de la luz y le sonreían con devoción a la vez que le entregaban sus dones: sus regalos de bienvenida a ese nuevo mundo. Ella los aceptó de buen grado, uno por uno, comprobando que la estirpe de su padre siempre dominó los elementos; en cambio, la de su madre siempre veneró la naturaleza, la vida intrínseca en ella.

Sofía respiró su calma, su bien hacer, y se preparó para el futuro que la llamaba incesante. Y comprendió cuál había sido siempre su destino: que los tres gremios se convirtieran en uno solo.

Hugo tuvo que soltarla en cuanto su cuerpo se estiró imitando las cuerdas de una guitarra recién afinada. Luego, pasmoso, contempló cómo de su piel nacían unos destellos similares al brillo de las estrellas en la noche. Después, el cazador cayó de espaldas al comprobar atónito cómo Sofía se levantaba sin hacer esfuerzo alguno mientras una luz cimbreante la envolvía por completo.

—Creo que estamos asistiendo a su verdadero despertar —apuntó Iris, quien la observaba atraída por los miles de centellas palpitantes.

—¡Ese puñetero de George! ¡Lo ha conseguido! —exclamó mientras soltaba una exhalación de alivio.

—¡Sí! ¡Sí! —rio la vidente—. ¿Pero qué demonios vamos a hacer ahora con ella?

Hugo chasqueó la lengua y le indicó a su amiga que Sofía ya había

recuperado la verticalidad. En cuanto la bruja apoyó los pies en la tierra, esta tembló a su alrededor y un trueno estrepitoso se propagó por todo el paraje.

—¿Estás bien? —le preguntó Iris al descubrir que cobraba el conocimiento.

—Nunca he estado mejor —le respondió ella, sacudiéndose los pantalones.

—Sofía, ese psicópata tiene tu llave. —Hugo quiso devolverla a la realidad del momento—. Pensé que tus neuronas enloquecerían como lo hicieron las del vidente italiano... Yo... —Y rindiéndose a la dicha del momento, la abrazó—. Pensaba que iba a perderte, que sin la llave no podrías vivir...

Ella le acarició su cabello oscuro.

—La llave nunca fue la fuente de mis poderes, sino mi propia genealogía. Soy descendiente de dos brujos puros con raíces ancestrales. Los he visto a todos ellos, ¡a mis antepasados! Están aquí conmigo, y van a ayudarnos.

Hugo respiró aliviado. Puede que después de todo tuviesen una oportunidad, e intercambió una mirada optimista con la vidente. Sin embargo, la alegría se esfumó de su rostro cuando, horrorizado, descubrió que la noche se transformaba en día y que un sol desconocido se adueñaba del firmamento.

Desconcertados, los tres elevaron las miradas y comprobaron con sus ojos que una especie de aurora boreal se instalaba sobre sus cabezas, y que entre los tonos turquesas y violáceos del extraño fenómeno se abría un claro inaudito, un orificio que los invitaba a entrar.

—¡La maldita escalera! —exclamó Hugo, aún incrédulo.

33

Tiempo

—¡Tenemos que cerrar ese agujero ya! —gritó el cazador mientras instaba a las chicas a seguirlo.

Los tres emprendieron una carrera contra reloj, sin conocer cuánto tiempo les quedaba antes de que el cielo se rompiera en pedazos sobre ellos.

—¿Cómo vamos a hacerlo? —le preguntó Iris, acelerando la marcha.

—¡No lo sé! Solo sé que puse al cerrojo a salvo, y que no tengo ni idea de cómo ese malnacido se las ha ingeniado para comenzar el ritual sin él. ¡Maldita sea! ¡Yo mismo lo hice salir del hospital abandonado!

—No te martirices, Hugo. Habrá encontrado un sustituto en menos de lo que canta un gallo —apuntó la vidente—. Y si es así, ese cuerpo no estará preparado para recibir todos esos dones al mismo tiempo.

—Bien. Eso nos dará cierta ventaja.

Sofía cerraba filas sin intervenir en el diálogo de sus amigos. Todavía se encontraba abrumada por lo que apenas había experimentado. Escuchaba las voces de sus antepasados apremiarla a continuar corriendo mientras por su mente desfilaban centenares de conjuros desconocidos, como si hubiese abierto un libro polvoriento y sus páginas pasasen ante ella, de adelante hacia atrás, mostrándole todos sus secretos.

Pensó en sus padres biológicos y en que, si habían logrado romper los sellos, no tardarían en sumarse a la lucha. Sin embargo, no pudo manifestar su alegría, ya que si Janus había abierto las poderosas puertas del Cielo, solo podía significar que Oriol había muerto. Y por esa razón no quiso compartir sus pensamientos con la vidente y el cazador, pues no quería desterrar el nuevo optimismo que se había encendido en ellos.

Cuando por fin atisbaron el dolmen, Hugo gritó de rabia al distinguir el cuerpo de su hermano sobre él, lívido e inmóvil, permitiendo que su sangre alimentara las culebras que se retorcían en la tierra. Después observó cómo una maraña de gente se agolpaba frente a un altar y le impetraban a Janus ser los primeros en recibir los dones del Cielo. Otros, los más cautos, se alejaban de la zona,

espantados por la terrible profanación que su líder había cometido: una dulce niña desfallecida y envuelta en una luz apocalíptica yacía sobre la madera mientras Janus, con las manos implorantes y la mirada clavada en el claro que se había abierto sobre su cabeza, les rogaba a los ángeles que los bendijese con un milagro.

Hugo torció el gesto, defraudado, pues esa gente de mentes simples alababan a un impostor, a pesar de que tenía las manos manchadas de sangre, de la sangre de una niña. A continuación, buscó a su alrededor algo que le sirviera como arma, tal vez una rama gruesa, o puede que una piedra con la que poder asestarle un buen golpe a ese criminal.

Sin embargo, fue Sofía la primera en reaccionar. Se acuclilló, aprovechándose de que nadie había detectado su presencia, pues sus miradas continuaban clavadas en la incierta abertura lumínica, y enterró las manos en la tierra. Después las colocó a la altura de su pecho, ambas repletas del barro del campo, y las observó con veneración. A continuación, de sus labios nacieron frases en una lengua muerta, en el idioma de sus ancestros. Invocó a la Madre Tierra y esta le respondió con una fuerte sacudida. El suelo tembló provocando un terremoto localizado, allí, en la pradera de Tella. Las piedras se resquebrajaron y los árboles se inclinaron, provocando que sus ramas golpeasen a los cazadores que les impedían a algunos asistentes que abandonasen el lugar. Después, una grieta se abrió desde sus pies y se dirigió hacia Janus, quien había interrumpido su plegaria para descubrir a la persona que osaba interponerse en los dictámenes divinos.

—¡No puedes ser tú! —le dijo con rabia—. ¡Deberías haber entrado en coma! Te he quitado la llave.

La fisura ascendió por las cuatro patas que soportaban la tabla del improvisado altar, y al llegar a ella se unieron en su centro, partiéndola en cuatro trozos. Los frascos que continuaban abiertos en sus esquinas, nutriendo la luz que nacía del cuerpo de la pequeña, se precipitaron contra el suelo. Janus gritó. Y en un intento desesperado por evitar que se perdieran en la tierra, se abalanzó sobre el más próximo, el que contenía la llave de los demonios, y comenzó a inhalar su jugo.

En un primer momento, Iris pensó que la niña caería con la madera, pero su cuerpo permaneció intacto, en el aire, amparado por la luz que ya emanaba de su vientre. Sofía no había logrado romper del todo el vínculo que había brotado entre el cerrojo y las puertas divinas, aunque sí le había asestado un buen golpe a su contrincante.

Mientras Janus, de rodillas, trataba de absorber los míseros residuos que escapaban de sus contenedores rotos, Hugo decidió que era un buen momento para cogerlo desprevenido. Corrió montículo abajo, sin armas con las que defenderse más que sus puños.

Entretanto, sus acólitos, quienes habían sufrido también parte de las consecuencias de ese mágico terremoto, comenzaron a gritar y a huir despavoridos. Incluso alguno de los integrantes de los tres gremios miraba estupefacto cómo su líder se arrastraba entre las astillas del altar aspirando los diversos perfumes que se desvanecían en el caos originado.

Desde su posición, la bruja observó cómo los asistentes al equinoccio corrían de un lado a otro como cucarachas asediadas por un insecticida, sin una escapatoria segura y asolados por los numerosos cazadores que los constreñían a arrodillarse y a colocarse las manos detrás de la nuca.

—Nunca imaginé que llegaría a ver a cazadores, videntes y brujos luchando contra humanos —dijo Iris con tristeza—. No se nos concedió un don para esto, sino para ayudarlos a encontrar su camino.

—¿Podrás hacer algo? —le preguntó Sofía.

—Puedo intentarlo.

—Yo tengo que salvar a Oriol...

Sin embargo, sus palabras quedaron suspendidas en el aire, como si el oxígeno se hubiese estancado en el ambiente y una atmósfera espesa cubriese el lugar. Sofía apenas tuvo tiempo de mirar la abertura celestial, pues de ella comenzó a caer una llovizna amarilla que ahogó con presteza la hierba que pisaba y salpicó con grandes charcos una pradera que gritaba auxilio.

Oriol se moría. Y él lo sabía. Sus cicatrices se cerraban, para de nuevo abrirse, infligiéndole un gran dolor antes de regar el suelo con su sangre. Su vida se extinguía. Poco a poco. Aunque su bestia había luchado para contener al líquido rojo en el interior, la realidad era que había fracasado. Los grilletes mágicos habían hecho su labor, y mientras estos lo aprisionaran, nada podría hacer. Su alma estaba cansada, ya no luchaba, quería dormirse, pues el mundo que se avecinaba traería la muerte para muchos. Para él. Para Sofía.

Le habían arrebatado la llave, y su cuerpo maltrecho estaría abandonado en algún lugar de esa bella pradera, a las faldas de las impresionantes montañas, que nada pudieron hacer para que la bruja viviese.

Por eso quería morir. No deseaba vivir en un mundo donde cazadores aniquilaban a otros cazadores, donde videntes narcisistas no fueran capaces de mirar más allá de sus ombligos, donde los brujos alimentasen sus egos con conjuros prohibidos. ¿Para qué vivir, si la mayoría de sus amigos perecerían ese día? ¿Para qué, si la única persona a la que había amado sin temor ya no estaba?

Escuchó una voz susurrarle palabras incomprensibles al oído. Ya no le importaban. Después, cómo varios golpes mortificaban sus muñecas y a continuación sus tobillos. «¿Todavía no tienen suficiente? ¿Es que quieren dejarme sin una gota en el cuerpo?», pensó resignado.

De repente, sus ojos se abrieron como un resorte, y consiguió inclinar su torso hacia adelante hasta sentarse. Confuso, miró al asistente de Janus, quien asía un hacha en la mano con orgullo.

—Tenía que esperar el momento oportuno para liberarte. Así que no me tomes en cuenta si has derramado demasiada sangre —le dijo al tiempo que le señalaba una especie de montículo—. ¡Por fin la bruja ha despertado!

Oriol percibió los abruptos bombeos que estaba sufriendo su corazón, y de reojo observó cómo las heridas de sus brazos cicatrizaban a un ritmo vertiginoso. Cuando la sangre inundó su cerebro, pensó que se mareaba. Y entonces observó cómo sus dedos iniciaban la tan ansiada transformación. Su bestia iba a salir.

—¿Por qué has hecho esto? —le preguntó, todavía confuso.

—Dale a Iris las gracias por haberme salvado. No voy a negar que quise huir y esconderme en los confines del mundo, pero después de valorar la situación, decidí quedarme un poco más en este cuerpo regordete y devolverle el favor.

—¿Quién eres?

Él lo miró extrañado, ya que un medio demonio tan renombrado como era debería haberlo reconocido. Después, dedujo que, encontrándose tan debilitado, quizá no distinguiera su pie derecho del izquierdo, así que exhibió una sonrisa pícara mientras estiraba el cuello.

—¡Soy Tres! Aunque también puedes llamarme Simón.

Oriol lo examinó con cierta dificultad, pues sentía que le habían succionado toda su energía, y ahora, la que le restaba estaba concentrándose en convertir su mano izquierda en una garra.

El insólito personaje le hizo una reverencia y se alejó de él.

—Yo he cumplido con mi parte. Ahora os toca a vosotros —le aseguró mientras lo saludaba con la mano—. No creo que aguante mucho en este cuerpo rechoncho.

Simón observó de lejos a las dos chicas, quienes encañonaban a Janus con sus poderosas miradas mientras el cazador descendía el pequeño saliente, dispuesto a asestarle un golpe fatal al responsable de aquella locura. De alguna manera, estaba orgulloso de ambas, ya que desde allí percibía la inmensa energía contenida en sus cuerpos mortales. «Nadie me creerá cuando les diga que, un día, ellas dos fueron amigas mías», rio para sí mismo, y continuó caminando entre la gente desesperada que trataba de huir del lugar.

Después lanzó una profunda exhalación y recordó la gran

oportunidad que le había brindado Iris al tratar de rescatarlo. Tan solo tuvo que abrir la puerta para que el memo de Jean Louis asomase la cabeza. Ahí decidió que podría sobrevivir en ese cuerpo unos días, y aunque al principio quiso alejarse de los problemas que habían ocasionado los humanos, pensó que podría divertirse un poco haciéndose pasar por el fiel servidor del cruzado psicópata. Y sí, se lo había pasado muy bien fingiendo que obedecía todas sus órdenes y que preparaba a Oriol para la gran ceremonia.

En realidad, nunca le dio el té para adormentarlo ni ajustó del todo los grilletes; así consiguió que el medio demonio siempre estuviera despierto en todo momento y que su sangre abandonase su cuerpo de una manera más lenta. Pero no podía liberarlo desde el principio, ya que él mismo se había entregado y debía esperar paciente a que llegaran los refuerzos, como había sucedido.

Cuando estuvo a punto de abandonar el paraje, volvió la mirada atrás y asintió satisfecho al comprobar que Oriol había recuperado sus fuerzas.

El medio demonio no se transformó por completo. Solo parte de su pecho, el brazo izquierdo, su espalda y algunas zonas de su cabeza habían sufrido la conversión. Su rostro se mantuvo inalterable. Sus piernas, aunque continuaban siendo humanas, habían reunido la fuerza suficiente para entrar en batalla. La guerra había comenzado, una guerra entre hermanos que jamás pensó vivir.

Escuchó unos gruñidos a su espalda y levantó el brazo antes de que unos dientes afilados se clavaran en su garganta. Había distinguido la carrera de vértigo que había iniciado el animal y después el salto perfecto que había ejecutado para degollarlo. ¡El lobo! El maldito lobo le mordía con saña el codo. Quiso mirarlo a los ojos para tratar de que el animal lo reconociera, cuando atendió los silbidos de su dueño.

—Lo siento —se excusó Raúl al tiempo que le acariciaba el lomo—. Demasiada sangre de demonio lo ha alterado, y también, confundido.

Oriol desvió la mirada a su derecha y descubrió al grupo cohesionado que había organizado su padre, quien corría a su encuentro mientras se deshacían de algún que otro cazador que trataba de impedírselo. Dibujó una sonrisa en sus labios. Sin embargo, no distinguió a Rafael por ninguna parte.

—No ha podido venir, aunque estaba deseándolo —respondió León a sus pensamientos a la vez que le daba palmaditas en el hombro—. Y tengo que serte sincero: ¡qué feo eres con estas pintas!

Con los puños preparados y la mandíbula apretada, Hugo emprendió un descenso vertiginoso por el montículo. Toda su energía estaba centrada en el mísero vidente que los había puesto en jaque durante mucho tiempo. Lo veía recogiendo las miguitas de las llaves antes de que estas se disiparan con el viento, sin prestar atención a la lluvia amarilla, la cual empapaba su rostro otorgándoles un aspecto diabólico a sus facciones.

Al llegar hasta él, le asestó sin dudar una patada en el estómago que lo hizo caer sobre las tablas del altar. Después se abalanzó sobre su cuerpo y comenzó a golpear con sus puños furiosos su sonrisa macabra. Lo había cogido por sorpresa, ensimismado en su tarea de absorber más poder, sin importarle la abertura que había generado en la noche, sin importarle el destino de la niña, quien levitaba sobre ellos, inconsciente.

El cazador se detuvo al comprobar que le había dejado la cara como un trapo, amoratada e hinchada, y que ya no se movía. No se defendía. Permanecía tieso, sin abrir los ojos. Entonces, se echó hacia un lado, cogió aire de nuevo y corrió hacia la pequeña. La rodeó con sus brazos para apartarla del altar, pero cuando quiso trasladarla del lugar, no pudo. Su cuerpo parecía suspendido en el aire con cuerdas invisibles que él no lograba distinguir. La empujó y trató de aterrizar sus pies en el suelo, pero ella permanecía inmóvil. Quieta. Entonces, se inclinó hacia adelante y le cubrió con el torso la luz que brotaba de sus entrañas. Percibió la fuente de calor que emanaba de ella y cómo penetraba ahora en su pecho, produciéndole un resquemor intenso.

Hugo elevó la mirada, y satisfecho descubrió que el orificio perturbador del cielo poco a poco se cerraba. De alguna manera, sus células estaban soportando el asalto continuo del haz de luz brillante, y pensó que podría descansar allí hasta que a alguien se le ocurriera una idea mejor para borrar las señales apocalípticas del cielo.

—¡La arrogancia de los cazadores! —escuchó decir tras de sí—. Infravaloráis al adversario, os creéis mejor que nadie.

Hugo apretó los párpados con fuerza, maldiciendo su destino. No tuvo tiempo de reaccionar. Janus se había arrastrado hacia él, sigiloso, sin abandonar el suelo para no alertarlo. Desde su posición, giró la muñeca hasta hacerla retorcer en su propio brazo, y esta acción se mimetizó en el cazador. Advirtió cómo su cuello rotaba sin tener control alguno sobre él. La barbilla rozó su hombro izquierdo, para luego forzar su movimiento unos centímetros más allá. Él se resistía. Las lágrimas de esfuerzo salpicaban sus mejillas a la vez que sus ojos esmeralda se abrían de una forma indecible.

Gritó de dolor. Janus iba a desnucarlo.

Entonces, soltó a la niña y permitió que la luz ascendiera de nuevo como una columna en llamas. Janus se cubrió los ojos con el brazo, lo que le proporcionó al cazador unos segundos vitales. Este alargó el brazo hasta alcanzar una de las patas de madera que habían sostenido al altar y se la clavó en el corazón sin dudarlo, como si de una estaca se tratara y él no fuera más que un maldito chupasangre.

Hugo inclinó hacia delante el torso y apoyó las manos sobre sus rodillas. Extenuado, quiso recobrar el aliento mientras observaba la sangre extenderse sobre el pecho de su enemigo. Después miró a su derecha, buscando la aprobación de las dos chicas, quienes ya descendían increpándolo por su temeridad.

—¡Estás loco! —le gritó Iris.

—Tenías que ayudarme a salvar a tu hermano, no hacerte el héroe —le reprochó Sofía enojada—. Podría haberte matado.

—Quería salvar a la niña —se justificó—, pero no consigo sacarla del trance. ¿Puede alguna de vosotras ayudarla mientras voy a rescatar al mártir de mi hermano?

De pronto, observó que ambas chicas palidecían y que, una milésima después, desaparecían tras una nube de polvo.

Hugo giró sobre sus talones e, incrédulo, descubrió a Janus erguido sobre sus dos piernas, sin la estaca de madera clavada en su pecho y sin ningún moratón en su cara ni sangre que cubriera su piel.

—¿Sabías que la llave de los demonios mantiene intactos algunos de los dones que alguna vez fueron divinos? A ver si me explico bien... Cuando muchos ángeles cayeron y fueron desterrados del Cielo, sus dones celestiales apenas sufrieron cambios, a pesar de que, después, todos ellos se convirtieran en aberraciones que caminaban por la Tierra engendrando a una descendencia miserable y condenando a los humanos. —Janus le hablaba como si fuera su maestro de religión—. La llave de los demonios fue siempre la llave de los Caídos, por eso era tan necesaria para abrir las puertas como las otras. La regeneración es uno de esos poderes divinos que permanecieron en algunas de las especies demoníacas. ¡Los hace prácticamente inmortales!

Hugo bufó.

—Ya había entendido todo ese rollo desde que te vi vivito y coleando. No necesitaba que me echaras el sermón. Estoy más familiarizado con la regeneración que tú.

—Habrías sido un gran general a mi lado. Siempre has defendido la pureza de la sangre, y aunque no despreciabas a los cruzados, en tu interior eras consciente de que, con ellos, la estirpe divina en la Tierra se acabaría algún día. Yo solo estoy dándoles la posibilidad a todos de completarse con los regalos que una vez los ángeles nos entregaron.

El cazador alzó las cejas y negó con la cabeza.

—Tú no eres quien decide quién merece ser portador de un don u

otro ni quién debe morir o vivir. Si algo he aprendido en este último año, es que debemos aceptar lo que se nos ha dado con humildad, ya prevalezca la pureza en tu sangre, seas un cruzado o un humano. Después, lo que hagas con tus capacidades lo eliges tú y nadie más. —Soltó una carcajada que desconcertó a Janus—. Sé que voy a morir. Pero no lo haré sin decirte que tu plan es una mierda. ¿Darle dones a asesinos, violadores, racistas y psicópatas? ¿Esa es la barbarie que quieres ofrecerles a los demás? ¡Tú mismo eres el ejemplo de un don corrupto! —Hugo escupió a sus pies y después elevó la mirada hasta torpedearlo con sus ojos verdes.

Janus lo observó con asco. La mente obtusa del cazador no comprendía que, eliminando a los demonios de la ecuación, la Tierra sería el nuevo Paraíso. Cruzó los brazos y se los llevó al pecho a la vez que entrecerraba los ojos. Ese joven ignorante iba a morir, y él lo sabía, pues ni siquiera pestañeó cuando de su boca se desprendieron las primeras palabras de su hechizo.

Hugo no cerró los ojos ante un hombre que ahora poseía todos los poderes del universo, pues no cabía escapatoria posible, y en silencio aguardó la muerte.

De pronto, por el rabillo del ojo, distinguió a su hermano galopando como si fuera un caballo desbocado. Instintivamente, se agachó para permitir que Oriol saltase sobre su cabeza y fuese directo hacia el cuello de Janus. Este cayó hacia atrás antes de poder terminar el conjuro, y el medio demonio lo atacó como si fuese un animal rabioso.

—Ha inhalado todos los poderes. Así que se regenera —lo advirtió Hugo—. Va a ponérnoslo difícil.

Entonces, entre los gritos de los asistentes, el grupo de Rafael y las diversas luchas que estaban produciéndose entre los que todavía continuaban apoyando a Janus, la lluvia amarilla cesó. Y miles de rayos comenzaron a asolar el paraje, carbonizando al instante los árboles, los matorrales y las pequeñas florecillas, que se resistían a morir cuando la primavera apenas había llegado.

Sin embargo, Hugo no clavó la vista en el orificio desde el cual se originaban, sino en la niña, que estaba convulsionando, y reparó en el llanto de la madre, quien forcejeaba con uno de los acérrimos seguidores de Janus. A continuación, observó a Oriol, que parecía entretenido arrancándole la piel a mordiscos a su contrincante, a pesar de que este sanaba las heridas antes de que pudieran infligirle algún daño. Y por fin miró hacia el lugar donde había visto desaparecer a Sofía y a Iris, para descubrir que la barrera de polvo caía como si fuera un telón y que la bruja corría hacia él con una esfera plateada sobre la mano.

—¿Por qué has tardado tanto en deshacerte de esa nube de polvo?

—le reprochó.

—No era solo tierra. Estaba cargada con corriente eléctrica. Janus se ha hecho más fuerte.

—En teoría, tú también.

Sofía le dedicó una sonrisa burlona.

—Por eso, yo voy a encargarme de Janus, e Iris tratará de romper la conexión de la niña con las llaves. ¡Necesitamos cerrar ese agujero ya!

Hugo observó cómo la vidente colocaba las dos manos en las sienes de la pequeña y se concentraba para entrar en su mente.

—¿Y qué quieres que haga yo?

—Salva a toda esta gente. Ábreles un paso seguro y guíalos lejos de aquí, donde los rayos no caigan como lanzas incendiarias. ¡Están muriendo personas!

—No voy a dejarte sola con ese maníaco mientras se ha desatado aquí la tormenta del siglo. ¡Ni hablar!

—Hugo, por favor...

El cazador frunció los labios y entrecerró la mirada, sondeando los pensamientos de la bruja. Con ella, siempre resultaba imposible adivinar lo que se proponía. Después de fracasar en su intento, volvió a sujetar su estaca improvisada y corrió a ayudar a la madre de la niña.

Sofía suspiró aliviada, obsequió a Iris con una sonrisa cargada de valentía y se concentró en la lucha que estaba produciéndose a su espalda.

Con los codos pegados a sus costados, fue elevando los brazos despacio, manteniendo las palmas de las manos a la misma altura.

—Liviano como una pluma, dócil como el cordero. Liviano como una pluma, dócil como el cordero...

Sin percatarse de lo que estaba sucediendo, tanto el medio demonio como el líder de la secta fueron despegándose del suelo, sin sentir los efectos de la gravedad en sus cuerpos. Entonces, con un movimiento brusco, Sofía dirigió un puño hacia la derecha y otro a la izquierda, y ambos fueron arrastrados como marionetas de trapo, uno a la esquina contraria del otro. La bruja comprobó las quemaduras en el pecho de Oriol causadas por los dedos llameantes de su primo, quien todavía los exhibía con orgullo. Las heridas del medio demonio no sanaban tan rápido como las de Janus, ya que él había sufrido una pérdida de sangre cuantiosa.

Chasqueó los dedos y apagó el fuego de las manos de su enemigo. Luego, siendo consciente del tiempo que le quedaba antes de que Janus recobrase su autonomía, miró a Oriol con ojos suplicantes.

—No tienes por qué hacerlo tú sola —le dijo él mientras daba un respingo, pues un rayo había caído a apenas un metro de distancia de

su posición.

—Debo intentarlo, y lo sabes. —Oriol negó con la cabeza, rehusando escuchar las palabras de la bruja—. Esta lucha empezó por mí y acabará conmigo. Ve y ayuda a salvar al máximo de inocentes que puedas. A ellos les envenenaron las cabezas con mentiras, sin saber que existía un mundo invisible dentro del nuestro. Si vosotros no me hubierais recogido en aquella carretera cuando tuvimos el accidente de coche, yo tampoco sabría lo que sé ahora. Se merecen una segunda oportunidad.

Oriol suspiró abatido, y cuando ella rompió las ataduras que lo mantenían preso, sin poder moverse, corrió a su lado y le estampó un beso dulce en los labios. A continuación, fue al encuentro de su tío Gabi, quien resistía a duras penas ante la presión ejercida de una bruja en su garganta.

Por fin, Sofía se dignó a mirar a los ojos a su primo. Se aproximó a él, a sabiendas de que ya había roto su conjuro y que sus manos volvían a ser libres para prenderle de nuevo fuego a sus dedos. Lo escudriñó con sus ojos transparentes, retándolo a atacarla, sin embargo, él se tomó su tiempo para evaluarla, para tratar de entrar en su mente y descubrir ese secreto que guardaba con un candado irrompible. Ahora poseía también la llave de los brujos, y eso le daba acceso a sus pensamientos, pero aun así no pudo leerla. La bruja mantenía su mirada límpida, y en su interior tan solo pudo escuchar el vaivén de las olas. «Ha aprendido a defenderse, a crear una barrera para que nadie la toque», sentenció.

Entonces, Janus alzó la mano y, como si tuviera un pincel entre sus dedos, dibujó una runa de fuego. Sofía no la reconoció de inmediato. Después, al apreciar cómo un torbellino naranja se presentaba ante ella desafiante, recordó que se trataba de una de las runas escandinavas que Harry tanto se empeñó en que aprendiera. «No puedes improvisarlas, esperando que tu don las conjure porque sí. Tienes que conocerlas, dominarlas, pues llegará el día en el que las necesites», pareció escucharlo en su mente. ¡Y ese día había llegado!

Antes de que el remolino se hiciese más evidente, se atrevió a invocar al agua creando un muro líquido entre ambos. Ya lo había hecho mientras entrenaban en la sierra del Maigmó, pero esta vez se aseguró de no quedar petrificada tras él. Luego atravesó la columna de agua con el brazo y agarró a Janus por la muñeca. Tiró de él hasta hacer que todo su cuerpo se sumergiese en el muro.

Su primo no pudo hacer nada para evitarlo. Su cara impactó contra la columna líquida, la cual pronto se convirtió en un océano. Con los ojos fuera de sus órbitas, descubrió que ambos nadaban en las profundidades de algún mar remoto. Aguantó la respiración y decidió comunicarse con ella de forma telepática:

—Ya veo que has descubierto que posees el don del espacio, heredado de tu querida madre. Sin embargo, no creo que puedas respirar bajo el agua. —Ella continuó nadando, arrastrándolo a él en su periplo—. *Crees que estás castigándome con tu silencio, pero esto que has hecho no tiene ningún sentido. ¿Piensas atarme con cadenas en el fondo marino? ¿Acaso te olvidas de que he absorbido parte de la llave de los brujos?*

—El don del espacio no está dentro de las capacidades de la llave, aunque sí algunos sucedáneos, por eso conseguiste crear un puente entre dos tierras. Así que ahora olvidas tú que la llave solo recoge los poderes antiguos más usados por los brujos. Sin embargo, este siempre perteneció a la familia de mi madre, y es una rareza en sí mismo. No puedes salir de aquí, a menos que yo te lo permita.

Janus comenzó a sentir la falta de oxígeno. Luchaba contra su propio cuerpo para que no se atreviera a respirar. Sofía lo miró de reojo, y esta vez tiró de él con más fuerza.

De pronto, ambos se encontraron en un paraje muy distinto. Los bloques de hielo se erigían sobre ellos como carceleros despiadados dispuestos a pisotearlos en cuanto dieran un paso en falso. Janus se revolvió en la nieve y, a cuatro patas, tosió como un descosido. Le faltaba el aire. Sin embargo, la bruja, de pie, lo observaba como si fuera un mísero gusano. Después, se alejó de él para otear el horizonte, negro e incierto. Se acercaba una gran tormenta, una que arrasaría con los glaciares y los convertiría en agua. ¡Todo por culpa de Janus! Había puesto en peligro el equilibrio del universo.

—¿Piensas dejarme aquí para que muera congelado? —le preguntó de manera burlona en cuanto recuperó el aliento.

—¡Mira lo que has hecho!

Él elevó la mirada, para descubrir un insólito remolino oscuro entre las nubes.

—No todos pueden sobrevivir en el nuevo orden. Muchos deben hacer un sacrificio —se justificó—. El mundo es corrupto y lo manejan un par de ambiciosos que siempre cuidan sus intereses.

—¿Y qué eres tú? —Sofía clavó la mirada en el gigantesco ciclón que comenzaba a dominar el cielo.

—¡La salvación!

En ese momento, Janus estiró el brazo y agarró la pierna de la bruja. De pronto, numerosas lianas rompieron el hielo, enredándose primero en su tobillo y luego en el gemelo hasta alcanzar su rodilla. Poco a poco, su pierna fue convirtiéndose en el tronco de un árbol del que brotaban pequeñas ramas que giraban entre sí, para terminar alcanzando su cadera.

Su primo se levantó y se sacudió la nieve de los bajos de su túnica, a pesar de que todavía estaba mojado debido al chapuzón que se había dado en el océano.

—No voy a esperar a que ese huracán o lo que sea nos alcance. No pienso morir aquí. Pero tú puedes ser el árbol de la vida en este paraje inhóspito.

Se dio la vuelta y emprendió el camino blanco, que se le antojó menos peligroso, mientras ideaba en su mente un plan para escapar de ese invierno eterno.

Sofía resopló indignada. Insufló todo el aire que pudo e hinchó sus pulmones, luego lo soltó de forma explosiva y gritó. La madera que la mantenía cautiva reventó, se hizo añicos, y centenares de astillas volaron buscando un nuevo lugar en el que incrustarse. Después, corrió tras Janus. Este, al contemplar su rostro furioso, quiso huir más rápido a la vez que se esforzaba en diseñar una runa en movimiento. Sin embargo, en la nieve era torpe. Sus pies no avanzaban como él quería, y sus dedos violáceos no conseguían dibujar nada decente mientras escapaba. Sofía lo alcanzó. Lo derribó por la espalda, y cuando pensó que su boca se estamparía y tragaría nieve sin remedio, se percató de que era arena la que se pegaba a sus labios.

—Empiezo hartarme de tus jueguecitos. ¿Qué vendrás después? ¿Piensas empujarme dentro de un volcán en erupción?

—¡Quiero que comprendas lo que has hecho! —exclamó a la vez que le señalaba un profundo boquete a varios metros del lugar donde se encontraban. La arena resbalaba en su interior como si fuese una cascada asustadiza—. No habrá un lugar en este planeta que sea habitable. ¡Estás destruyéndolo todo! Tienes que romper la conexión que has creado con la niña. ¡Ella es inestable!

—¿Es que Iris no está haciendo progresos? ¡¿Todavía no domina el maldito poder que me ha robado?! —Sus ojos se inyectaron en sangre y Sofía observó su vileza.

Ella se sentó en la arena con resignación.

—No vas a comprenderlo nunca, ¿verdad? Estás tan ciego que no eres capaz de reconocer tus errores. ¡Te importa un carajo si el mundo entero se va al traste!

Janus tragó saliva y desvió la mirada. A continuación, se puso de pie, sacudiendo sus sandalias. ¡El desierto lo irritaba!

—No, la que no entiendes eres tú. —Elevó las manos, consiguiendo que incluso la más ínfima partícula de arena se alzara hasta perderse en las nubes—. Puede que no me sea tan fácil como a ti salir de aquí, pues no poseo el don del espacio de tu madre. Pero te recuerdo que el don del tiempo siempre existió en mi familia desde el inicio de la vida en este planeta. Y la llave de los brujos ha potenciado esa parte que estaba dormida en mí. —Sofía frunció el ceño, enojada—. ¿No lo sabías? ¿O sí? Tu padre siempre fue muy hábil con el tiempo, tanto que lo ha utilizado como le ha dado la gana, incluso infringiendo la norma más sagrada del gremio: no aniquilar a nadie que no sea un

ente oscuro.

La bruja se levantó de inmediato e intentó sujetar a Janus de nuevo. Sin embargo, esta vez él fue más rápido. Golpeó con el dedo índice su reloj de pulsera y las agujas empezaron a girar en sentido contrario como si hubiesen enloquecido.

—¡Es irónico! Me has regalado el tiempo que necesitaba para idear un nuevo plan. —Sonrió orgulloso—. ¡Nos vemos en el pasado!

34

Conversión

Atónita, Sofía examinó la columna de tierra, la cual se elevaba ante ella como un muro sólido e infranqueable. Parpadeó varias veces y sacudió la cabeza para despejar la insólita confusión que se había instalado en su mente: «¿Qué ha pasado? ¿Dónde estoy?».

—Bien, imagino que esto es como traspasar una cascada de agua —escuchó la voz de Iris, y de reojo comprobó que se encontraba a su izquierda—. Ya sabes lo que quiero decir —continuó la vidente—. Janus nos ha encerrado en una cárcel de tierra, pero estoy segura de que se trata de una visión, como ha hecho con el hospital. La cruzamos y cerramos los ojos por si nos entra arenilla ficticia. Yo creo que así saldremos al otro lado.

Sofía negó preocupada. Luego se presionó la frente, obligándose a recordar.

—¡No, no! Ha conjurado al tiempo. Esto lo hemos vivido antes... —dijo, todavía perpleja por lo que estaba ocurriendo.

—Pero ¿qué dices? —Iris la miró como si hubiese enloquecido, y obviando su ocurrencia, dirigió su brazo hacia la nube de polvo. De pronto, la bruja la apartó de un manotazo—. ¿Qué haces? Estás muy rara. ¡Es solo una visión! Ese pirado solo trata de confundirnos.

—Escúchame bien. Eso mismo dijiste antes, y sufriste una descarga que te hizo volar por encima de ese quejigo de ahí. —Su amiga esbozó una mueca repleta de desconcierto y miró el árbol al que se refería—. La tierra está cargada con corriente eléctrica, ¿entiendes?

—¡Vaya, qué astuto! —exclamó, chasqueando la lengua—. ¿Y tú cómo lo sabes?

—Estoy intentando explicártelo —le dijo, lanzando un suspiro cansino—. Tiene el poder del tiempo, ya que siempre ha estado presente en la familia de mi padre, solo que algunos no podían desarrollarlo porque se necesita una gran cantidad de poder para ello.

—¡Y él ahora es invencible! —se lamentó la vidente—. Espera... Entonces... hemos retrocedido en el tiempo. ¿Por qué aquí? ¿Por qué no ha viajado hasta un punto donde pueda evitar que entres en la cúpula?

—Porque entonces no obtendría la llave de los brujos —reflexionó en voz alta—. Necesitaba tener ventaja desde un punto en el que

poseyera la llave.

Pensativa, Iris rechinó los dientes.

—Se supone que aunque su yo pasado no la tenga, su yo futuro sí que podría utilizarla.

Sofía abrió los ojos de par en par, agobiada.

—¡No tengo ni idea de si podría hacer tal cosa! Yo no sé cómo funciona el tiempo. Esto también es nuevo para mí. Y… supongo que él tampoco quería arriesgarse.

Con los brazos en jarra, la vidente se mordisqueó los labios a la vez que observaba la maldita columna de tierra.

—Él espera que salgamos por ahí, y eso dejaría de ser un efecto sorpresa, ya que lo hemos hecho antes. ¿Y si saltas tú también en el tiempo? ¿Y si buscamos un punto en el que podamos derrotarlo?

Aterrada, Sofía quiso disuadir a la vidente:

—No lo he hecho nunca, y no sé si este don acarrea consecuencias. Janus dijo algo antes… —Calló. No quería desvelarle a su amiga en ese preciso momento que tal vez su padre era un asesino. Entrecerró los ojos y se dijo a sí misma que no le quedaba mucho tiempo y que no podía malgastarlo con pensamientos que la ofuscaran. De pronto, una idea asaltó su mente sin darle tregua para desmenuzarla—. ¿Y si retrocediera hasta el momento en el que mis padres están decidiendo las vacaciones? Me negaría ir a ese castillo, aunque tuviera que fugarme de casa…. Así no quedaría expuesta ante los espíritus, mi don no despertaría y, por lo tanto, Janus no tendría acceso a la llave.

Iris la miró con una mueca de estupefacción.

—Creo que es la idea más estúpida que has tenido en tu vida. Aunque tus poderes no despierten ahí, Janus buscaría la manera de hacerlo en cualquier otro momento de tu vida. Además, jamás me conocerías, y sabes que soy una buena influencia para ti.

La bruja suspiró abrumada.

—Sí, podría enredar las cosas más… Tal vez debería viajar más atrás y advertir a mis padres biológicos de los planes de Janus antes de que me den en adopción.

Iris frunció los labios y negó con la cabeza.

—Uy, esos son muchos años. Podrías desencadenar una catástrofe mundial.

—¿Peor que esta?

—Mucho peor —le aseguró la vidente—. Y, sinceramente, aunque mi vida no haya sido un cuento de hadas, quiero nacer. Me entiendes, ¿no? Podrías cargarte la línea temporal. Confía en mí, he visto muchas películas sobre esto.

Sofía asintió, pensativa.

—Estamos igual que al principio, y el tiempo se nos agota. —Soltó un resoplido cargado de frustración y clavó sus ojos cristalinos en la

arena, la cual chisporroteaba recordándole que estaban encerradas en una especie de verja electrificada—. Si no podemos arriesgarnos viajando tan atrás en el tiempo, también deberíamos asegurarnos de que el momento escogido sea posterior a la rotura de los sellos. ¡Mis padres lo consiguieron! Y entonces, al menos, tendríamos una oportunidad para derrotarlo.

Dio un respingo cuando su amiga dio una palmada sonora.

—¡Eso es! Él no ha escogido un evento muy lejano por temor a las consecuencias, y puede que esté esperando a que tú reacciones de la misma manera. Me equivocaba... ¡Janus no es idiota! ¡Ya ha valorado la opción de que tú cambies el tiempo! Pero no se espera... —reflexionó mientras caminaba en círculos— que vuelvas a salir por donde lo hiciste antes. —La cogió por los brazos y clavó su mirada de gata sobre ella—. ¿Recuerdas qué estaba pasando en ese preciso instante?, ¿cuando nos deshicimos de toda esta arena?

Sofía frunció el ceño y se obligó a recordar:

—Janus estaba dándole una paliza a Hugo, y Oriol aparecía semitransformado en su bestia. Entonces, yo les dije que ayudaran a los demás, que yo podría encargarme de mi primo... Y tú... Tú te concentrabas en cortar la conexión de la niña. —Lanzó un resoplido victorioso—. Sí, eso es lo que estaba pasando.

Iris arrugó la nariz, meditabunda. Si querían que el plan funcionase, tendrían que actuar de forma diferente.

—No quites de la ecuación a los chicos —sentenció al darle un puntapié a una piedra y comprobar cómo terminaba chamuscada en la columna de tierra—. Deja que se enfrenten a él como mejor saben. Janus está esperando que seas tú quien lo desafíe. Pero, tú, amiga mía..., vas a concentrarte en el agujero del cielo. ¡Vas a cerrarlo, Sofía! Y ahora, ¡por Dios!, sácanos de esta cortina de arena usando el conjuro que hiciste antes. ¡No lo cambies!

La bruja palideció mientras se preguntaba cómo demonios iba a coser un boquete tan grande como el de cinco piscinas olímpicas. Asustada, intercambió una mirada profunda con la vidente, de esas en las que se dice mucho sin decir nada, y su amiga, en un arrebato sentimental, la abrazó. ¡El plan tenía que funcionar!

Sofía no descendió el montículo de inmediato. Aguardó unos segundos, tal y como le había sugerido Iris. Debía esperar a que ella ejecutase su plan. Así, la vidente se llevó los dedos a las sienes, presionando la piel con intensidad, y entornó los párpados a la vez que se concentraba en un sonido. Uno agudo. Chirriante. Cuando por fin lo generó en su mente, consiguió que esa nota estridente se

propagara por toda la pradera. Todos los presentes, no importaba si eran cazadores, brujos, videntes o humanos, percibieron ese rumor como una intrusión salvaje en sus oídos. Incluso Oriol, acostumbrado a detectar sonidos imposibles para el umbral humano, se apartó del líder de los ofitas y se cubrió las orejas con las manos mientras este se retorcía en la madera tratando de apaciguar el golpe auditivo.

Entonces, Sofía, quien había bloqueado sus sentidos para no ser una víctima más del plan arriesgado de Iris, corrió hasta la pequeña y la envolvió en un escudo de protección. Era uno de los primeros hechizos que Harry le había enseñado y que había usado en la cabaña para aislar a Iris y a León de la Sombra, ya que el cazador estaba malherido. Sin embargo, esta vez no necesitó quedarse fuera para invocarlo, pues había aprendido a ejecutarlo para que ella también quedara aislada del mundo, resguardada de los ataques provenientes del exterior. Los rayos habían comenzado a asolar el paraje, otra vez, y sabía que su vida no corría peligro allí dentro.

Miró a la niña y comprobó que todavía tenía los ojos en blanco. Ausentes. Sin alma. Y pensó que quizá ya no habría forma de recuperarla. Desechó ese pensamiento pesimista de su mente, pues conocía la manera más fácil de romper la conexión con las llaves: matándola. Así las llaves dejarían de sabotear su cuerpecillo y empujarla a realizar sus caprichos, a pesar de que la pequeña no estaba preparada para asimilar todo ese torrente de energía mágica. Era tan sencillo cerrar el orificio de esa manera que se arrepintió de haber valorado siquiera esa posibilidad. Así que se aferró a la idea de que, en algún lugar de su diminuto cuerpo, el alma de la niña chillaba asustada. Quería suponer que todavía no estaba del todo perdida y que de alguna manera podrían rescatarla de ese vacío en el cual se encontraba.

Posó sus manos en el vientre de la pequeña, taponando la salida de ese nuevo flujo energético. Potente. Desestabilizador. Sintió el hervor en su piel. Quemaba. Después quiso mirar fuera, y observó cómo Iris pateaba a Janus cuando todavía continuaba en el suelo y trataba sin éxito zafarse de las acometidas de la vidente. Sofía no escuchaba las voces ni los golpes de la pelea. Dentro de la esfera, estaba sumida en un silencio profundo, y desde allí la batalla parecía irreal. Una película muda de la cual todavía no se había escrito el final.

Intuyó que el pitido inhumano que Iris había provocado se había esfumado sin más, ya que, de pronto, Janus volvió a la carga con más fuerza, haciendo alarde de sus dedos llameantes. Había sujetado a la vidente por el codo, y aunque no la oyó gritar, observó cómo su boca se abría hasta deformar su cara. Iris chillaba. Y temió por su vida cuando la lanzó por los aires y la perdió de vista. Su amiga podría estar malherida en cualquier lugar recóndito de ese paraje encantado,

suplicando auxilio, o puede que expirando su último aliento.

Sacudió la cabeza, pues tenía que concentrarse en la pequeña. Sin embargo, no podía apartar la mirada de la batalla. Temía que su primo fuera a por ella y consiguiera destruir su escudo protector.

Entonces, contempló cómo Oriol lo embistió con todas sus fuerzas. Había saltado sobre el hombre, profiriéndole un cabezazo con uno de los cuernos que sí había tomado forma en su transformación incompleta. Pero Janus había recuperado su poder, y esas flamas localizadas en sus dedos pronto ascendieron hasta sus brazos. El medio demonio consiguió esquivar un primer ataque, saltando a la vez que giraba sobre sí mismo. Y antes de que Janus probara un segundo, apareció Hugo con una estaca de madera y se la clavó en el costado mientras el hombre se concentraba en arrollar a Oriol. Esto provocó que se retrasara unos segundos, y así ambos hermanos pudieron tomar posiciones.

No obstante, el líder de los ofitas no quiso complicarse la vida, así que les lanzó llamaradas incesantes a los cazadores para que retrocedieran. Desde su posición, a Sofía le costaba seguir la pelea. Alzó el cuello para individuar a los hermanos y comprobar que no habían sufrido heridas serias. Sin embargo, el alma se le encogió al ver a Hugo en el suelo mientras Oriol trataba de alejarlo de las llamas de Janus.

El líder de los ofitas sonreía dichoso, y sacudió su mano para alejarlos de la contienda mientras decenas de piedras de todos los tamaños se les echaban encima. Oriol cubrió con su cuerpo a su hermano para evitar que este recibiera los golpes más mortales al tiempo que la bruja contenía un chillido de espanto.

«No, no, así no tendría que haber pasado», se repetía.

A continuación, observó que su primo giraba sobre sus talones y se aproximaba por fin hacia ella. Había temido ese momento, ese instante donde se sentía vulnerable, pues estaba cuidando de la pequeña. Aun así, Sofía no quiso apartar la vista de Janus. Es más, se atrevió a desafiarlo con su mirada encendida, pese a que este tenía el rostro desencajado y de sus ojos se desprendía una rabia desmesurada.

—¡Sal de ahí y enfréntate a mí! —le gritó encolerizado.

Y aunque ella no escuchó las palabras concretas de Janus, sabía que de alguna manera estaba retándola. Sofía contempló a la niña, debilitada y lívida, y le presionó aún más las manos sobre el vientre; esta vez, concentrándose en la labor que Iris le había encomendado. No podía permitir que su primo la sometiera de nuevo y obligara a las llaves a acelerar su conversión. La niña no estaba preparada para todos esos embistes de energía. ¡Moriría! Aunque puede que, así, Janus comprendiera que su plan siempre estuvo condenado al desastre, puesto que, con su muerte, el orificio en el cielo se cerraría.

Volvió a castigarse por sus pensamientos funestos. ¡Ella estaba allí para salvarla! Esa niña era un ser inocente.

De pronto, percibió que comenzaba a canalizar la fuente de energía que alimentaba a la pequeña. El calor se propagaba por todo su cuerpo, y de nuevo empezaba a emitir destellos de luz.

Desesperado, Janus lanzó bolas de fuego contra la esfera protectora mientras estas rebotaban sin hacer daño alguno a su pared transparente.

—¡No te atrevas a hacer lo que estás pensando! —volvió a amenazarla.

La bruja entrecerró la mirada y se centró en la energía incandescente de la niña. Con ella, y sin apartar las manos de su vientre, comenzó poco a poco a oscurecer la esfera. Aunque muy despacio, su escudo fue volviéndose opaco, para frustración de Janus. Así ya no podría verla. No podría adivinar qué hechizo ejecutaría a continuación, y jamás podría frenarla.

En ese preciso instante, por el rabillo del ojo atisbó a Oriol, quien le hacía señas mientras se desgañitaba en comunicarle algo. Sofía prestó atención a sus labios y trató de leerlos. ¿Qué quería decirle el cazador?

—¡¡La señal!! ¡¡La señal!! —gritaba a la vez que apuntaba con su dedo hacia el cielo.

Ella alzó la barbilla, y sonrió dichosa al distinguir unas manchas verdes alrededor de algunas nubes. Volvió a mirar una vez más al medio demonio para transmitirle su alegría. En ese momento, la esfera completó su conversión y se tiñó de un oscuro aciago. La única luz del interior provenía de la niña, la cual disminuía lentamente mientras su piel centelleante digería su absorción. No tuvo duda alguna. Estaba tomando el control de las llaves.

Cuando sus pies rozaron el suelo de Tella, George observó desmoralizado la batalla campal que había estallado en sus montes. Reconoció a Harry entre los combatientes que se esforzaban en abrir un camino seguro a los inocentes que querían huir de allí, y bajó la cabeza, consternado. El inglés no debería estar allí, consumiendo sus fuerzas a una velocidad desproporcionada. Luego, lanzó la vista más allá y distinguió a Hugo tendido sobre la arena, cubierto con algunas piedras. Tensó el mentón con frustración, pues le había cogido al joven un cariño que llegaba a sorprenderlo a él mismo, y se lamentó por no haber llegado antes.

—¡Está ahí! ¡En esa plataforma de madera! —exclamó Samantha al individuar a Jaime.

El brujo posó su mirada enfurecida sobre el cuerpo llameante de su sobrino, al que siempre había querido como su primo. Examinó su rostro enajenado y se preguntó cuándo había dejado de ser ese niño generoso y valiente con el que jugaba a diario en las playas de Valencia. Si su hermano aún viviese, se arrepentiría aún más de haberlo dejado actuar a sus caprichos y antojos.

—No veo a Sofía —le dijo ella preocupada.

—¡La encontraremos! No perdamos más el tiempo. Jaime tiene que saber dónde se encuentra. —George cerró las manos en puños y focalizó toda su energía en ellos.

Janus se esforzaba en derribar la muralla que la bruja había construido a la vez que esquivaba las arremetidas del medio demonio contra él, quien se había puesto de pie de nuevo. Había observado que la abertura del cielo ya no escupía los rayos que eliminaban a los no elegidos de su fórmula mágica para el ascenso. Y arrugó la frente, malhumorado, pues sabía que su querida prima tenía la culpa de ello. Si la bruja conseguía detener la selección de las almas, jamás comenzaría el siguiente paso: la bendición de los dones para los que habían sobrevivido a la primera fase.

Harto ya de las triquiñuelas del medio demonio, y dado que no conseguía asestarle un golpe fatal a semejante bestia, pues había conseguido sobrevivir a su sepultura de piedras, alzó el dedo índice y, moviéndolo en círculos, lo atrapó en una celda de fuego giratoria. Así al menos lo mantendría entretenido un rato, hasta que consiguiera reanudar el proceso de selección y un rayo lo eliminara de la faz de la Tierra tarde o temprano.

—¡Sofía! ¡Quedamos tú y yo! Y ten seguro que destrozaré tu bonito escudo de un momento a otro —la amenazó mientras la acosaba con sus llamaradas.

—¡No estés tan seguro!

Janus desvió la mirada y encañonó a la persona que se había atrevido a distraerlo. Disimuló una sonrisa pérfida al reconocer a su querido tío Jorge, de quien imaginaba que había abandonado su viejo sillón en Inglaterra para ayudar a su hija. A continuación, soltó una carcajada demente al observar que Samantha lo acompañaba, y retrocedió dos pasos. No comprendía cómo habían llegado hasta allí. Iris jamás le desveló su presencia cuando hurgó en su mente.

—¡Así que erais vosotros! Sabía que Sofía me ocultaba algo, algo importante... —Clavó sus ojos fascinados en la bruja—. ¿Sabes que traté de localizarte en cuanto la diste en adopción? Quería expresarte mis condolencias y comprender cómo una madre tan generosa se

había desprendido de su pequeña. Pero nunca te encontré. Cubriste tus huellas muy bien. ¡Te desvaneciste! ¡Puf! Para mí, de los dos siempre fuiste la mejor: tan serena, tan perfecta… En cambio, nunca perdí el rastro de Jorge. Se convirtió en un ser apático encerrado en su casita de Eastbourne y negándose a recibir visitas. —Se apartó varios mechones de la frente para despejar su rostro—. Por eso Sofía ha recuperado sus poderes y no ha muerto en el intento. ¡Habéis roto los sellos! Debí imaginarlo, pero he estado muy ocupado solucionando algunos problemillas.

—Intentando matar a nuestra hija, querrás decir. —Su tía lo miró con desprecio.

—Nooo, solo pretendo construir un mundo mejor. Sin fieras ni holgazanes.

—¡Eso son chorradas! Mira a tu alrededor, Jaime, ¿qué ves? —George contenía sus puños de acero, a pesar de que estos ya dibujaban el golpe sobre su cara. Janus alzó las cejas y se rascó la coronilla, divertido—. Te lo diré yo. ¡Muerte, sangre y mucha gente asustada por tus delirios de grandeza!

Janus volvió a reír.

—Sus mentes obtusas lo comprenderán luego. Cuando obtengan los dones, dejarán de quejarse.

—¡Estás loco! ¿Qué dones? —lo increpó el brujo—. ¡Aquí lo único que has desatado es el infierno!

Janus ladeó la cabeza y observó a su tío mejor. Siempre le tuvo algo de envidia, al menos hasta que se convirtió en un ermitaño desagradable que se lamía las heridas como una víctima quejosa.

—La llave siempre debió ser mía. Mi padre era el primogénito, y a pesar de sus infidelidades y de ser un egocéntrico malhumorado, en cuestiones de magia siempre mantuvo una conducta intachable. Y yo… era su primer hijo, nacido del vientre de una de las videntes más poderosas del mundo. A pesar de ser un cruzado, esa llave debió ser mía. ¡Y no saltar a ti! —Lo señaló de manera condenatoria—. ¿Cuánto tiempo la tuviste en tu poder? ¡Unos años antes de convertirte en un asesino! Por eso te rechazó la llave, por eso entró en suspensión. No quiso irse con la tía Ángela, lo que habría sido más gratificante para mí, pues no tendría que haber esperado al nacimiento de tu hija. ¡Las llaves son caprichosas! Sobre todo la de los brujos… Encontrar una persona fiel y honesta en nuestro gremio es una tarea ardua… ¡Tuve que esperar a que ella se decidiera por fin por Sofía! Y aguardé en silencio su decisión mientras ideaba un plan para extraérsela… —Negó con la cabeza varias veces—. ¿Por qué tuvisteis que amarrarle los poderes? ¡¿Por qué?! Eso me obligó a poner en marcha mi segundo plan y forzarla a despertar.

George lo miró con lástima y a la vez con una repugnancia que le

revolvía las entrañas.

—Tu madre siempre supo que te convertirías en un criminal, y trató de impedirlo a su manera.

Él sonrió recordando las caricias de ella, su preocupación constante y la manera de abrazarlo cuando discutía con su padre.

—No, mi madre me quería. Había visto mi futuro y sabía que haría grandes cosas por la humanidad. —Soltó un suspiro nostálgico—. Pero vosotros me habéis obligado a esto. ¡Ella me ha obligado a esto! —exclamó, señalando la bola oscura que había a su derecha.

Samantha intercambió una mirada cómplice con el brujo, pues Jaime les había confirmado dónde se encontraba su hija. Ya desde el principio, ella había percibido una energía vibrante dentro de la esfera, y aunque no conseguía penetrar en su interior, pues sus escudos eran férreos, rezó para que fuese Sofía la que continuaba dentro.

—No hagamos esto más largo y ríndete de una vez —le sugirió el brujo.

Janus estalló en carcajadas, más desconcertantes, más inestables.

—¿Que me rinda, dices? ¡Yo tengo el poder de las cuatro llaves! Yo soy quien va ganando la partida, y yo decidiré cuándo acaba.

El hombre volvió a encender sus brazos de fuego y comenzó a lanzar esferas ardientes contra los brujos. De inmediato, Samantha entrelazó sus dedos pulgares e índices, y luego los separó como si entre ellos existiese un elástico. Moviendo el filamento con destreza, fue absorbiendo cada una de las bolas incendiaras de Jaime. Después tejió una malla plateada que le arrojó a los puños. Ambos quedaron inutilizados en cuestión de un suspiro y las llamas se extinguieron.

—Tenemos que forzarlo a usar todos sus poderes. No hay cuerpo mortal que aguante todo el poder que ha absorbido. Vamos a llevarlo al límite —le susurró ella al brujo.

Entonces, George lo atacó con ráfagas de viento para lograr que perdiese el equilibrio, y Samantha continuó atando uno tras otro todos los hechizos que nacían de los labios de su sobrino, no dejándolos crecer. Quería desesperarlo, obligarlo a recitar un sinfín de conjuros sin darle tregua a recapacitar sobre ellos y conseguir así una defensa férrea.

Janus se percató de que los latigazos de aire le provocaban sendos cortes en la piel, sin embargo, esta se regeneraba una y otra vez. Aun así, George no desistía, continuaba generando torbellinos de aire, los cuales mezclaba con la tierra propia del lugar para después arremeter contra él sin compasión y condenarlo a hallar la manera de liberarse de las rachas de viento. No quería dejarlo respirar, así lo acosaba en desmedida mientras Samantha deshacía las famosas bolas de fuego antes de que los alcanzaran.

Janus reprimió un grito cargado de frustración. A continuación, concentró todo su poder en su centro. Percibió las burbujas gualdas de los videntes arremolinarse con el fuego propio de los demonios. Luego advirtió cómo el aire azul de los brujos arrastraba el ímpetu de los cazadores hasta su abdomen. ¡Allí estaban todos! ¡Dispuestos a asestarles el golpe mortal a sus tíos!

Presionó las manos en su centro y echó la cabeza hacia atrás a la vez que un alarido desconcertante brotaba de sus cuerdas vocales. ¡Janus saboreó el poder! Despegó sus pies del suelo ante la mirada atónita de los brujos y luego enfocó todo ese torrente de energía contra ellos. Sin embargo, nada partió de su cuerpo. Él continuaba allí, levitando a escasos centímetros de la madera, encendiéndose como un farolillo luminoso y anunciador de una hecatombe.

De pronto, comenzó a tiritar. Un frío espantoso se adueñaba de él, y aunque invocaba a los cuatro poderes, estos parecían haber abandonado su cuerpo. Primero, percibió una capa de hielo en sus piernas, y luego, cómo esta ascendía hasta aposentarse en su torso. Movió sus dedos, queriendo provocar el fuego de nuevo en ellos, pero no prendían. Entonces, se desplomó sobre la madera, aquejado de un invierno cruel, uno que se había apoderado de las células de su cuerpo y había congelado su sangre. Desvalido, miró a sus tíos mientras los temblores se acentuaban aún más.

Sofía permanecía ajena a todo lo que sucedía en el exterior, aunque deseaba que sus padres hubiesen llegado y lograsen acabar con los planes de Janus. Se había encerrado para intentar controlar el mecanismo de las llaves, el cual oscilaba de forma errática en el cuerpo de la niña y se trasvasaba hacia ella. Percibía las bajadas y subidas de temperatura en su flujo energético, y de alguna manera, la bruja trataba de estabilizarla. Sin embargo, ignoraba cuanto más podría continuar así, recibiendo las acometidas de una energía salvaje y desconocida.

Quiso pensar que, con su actuación, estaba evitando que la abertura del cielo aumentase, y tal vez con un poco de suerte incluso menguase, ya que Hugo había conseguido esa hazaña durante unos segundos. Quizá el escudo había cortado el flujo, tal vez ya no estaba siendo alimentada por las llaves, pero no podía asegurarlo por completo.

Sintió unos pequeños pinchazos en la piel que ascendían por sus brazos hasta llegar a su cabeza. Observó a la niña un instante. Un instante que le pareció eterno, pues parecía dormida, envuelta en un haz de luz celestial, aunque ella sabía que eso era verdad en parte. En

su interior, la pequeña luchaba con todas sus fuerzas para sobrevivir. Entonces, la vio parpadear unos segundos, y Sofía quiso consolarla con palabras de ánimo, las cuales no la convencían ni a ella misma.

—Todo va a terminar pronto, te lo prometo.

De repente, sus manos comenzaron a vibrar, a experimentar sacudidas, al tiempo que la niña se retorcía sobre sí misma. La bruja abrió los ojos de par en par al no comprender qué estaba sucediendo. Trató de contenerla presionando aún más su vientre, sin embargo, no podía, pues casi toda la energía proveniente de las llaves vivía ya en ella. Un ligero mareo consiguió apartarla de la niña, y aturdida comprobó que la pequeña había dejado de emitir esa luz potente. Sonrió para sus adentros. ¡Había conseguido detener el flujo de las cuatro llaves! ¡Ella sola!

Quiso saltar de alegría, abrazar a la pequeña y destruir el escudo que ella misma había conjurado, no obstante, la pesadez de su cabeza evitó que pudiera dar un paso. Tenía la boca seca, y un sabor amargo en el paladar la condenaba a tragar saliva una y otra vez. Con fatiga, se llevó la mano a la frente. Tenía fiebre. Su cuerpo estaba calentándose por momentos. Con los ojos entrecerrados, descubrió que sus pies no tocaban el suelo, y se inclinó hacia adelante para observarlos mejor. «¿Qué está ocurriéndome? ¿Por qué no puedo bajar?».

Tras eso, distinguió el tono dorado que pululaba en las venas de su antebrazo. Las contempló cómo si fueran ajenas a ella, un virus que las había infectado. Percibió cómo su sangre recorría todo su cuerpo a gran velocidad y cómo el corazón se le aceleraba. «¡No puede ser! ¡No puede ser!».

Sin embargo, lo era.

Al tratar de salvar a la niña, su sangre había asimilado poco a poco la energía indómita de las llaves. Y esta, en lugar de estabilizarse, había recuperado el arrojo necesario para hacerse presente.

No tuvo tiempo de gritar auxilio, ni siquiera de lanzar un hechizo para repeler el torrente que la invadía, pues, de repente, el cascarón donde había hallado el escondite para proteger a la niña y a ella misma reventó. Voló por los aires. Sofía salió despedida hacia arriba como una bala humana.

Escuchó la risa nauseabunda de Janus, quien parecía no haber muerto a pesar de encontrarse malherido en el suelo.

—¡Se ha convertido en el cerrojo!

Ella ascendió de forma vertiginosa y clavó su mirada en la abertura. Aterrorizada, negó con la cabeza. Ese no podía ser su destino. No podía ser ella la que terminara de abrir las puertas del Cielo y generara el caos en la Tierra. ¡Ella no! Pero la bruja no mantenía el control de su cuerpo y apenas podía intervenir en la

verticalidad de este. Así que se limitó a contemplar la luz que brotaba del orificio, grandiosa e hipnótica, mientras una lágrima rodaba por su mejilla.

35

Ascensión

Cuando Sofía inició el vuelo, la extraña noche convertida en falso día perdió sus colores. Y la misteriosa esfera blanca, que había aparecido para confundirlos y anunciarles un nuevo amanecer, desapareció. Las estrellas no regresaron al firmamento, ni siquiera la luna llena se atrevió a brillar, ya que todas las miradas se concentraban en la abertura.

La lucha cesó. El padre Carlos dejó caer su espada al suelo y rezó. León apartó como si se tratase de un mosquito insolente al cazador con el que luchaba puño con puño, pues embobado contemplaba el cielo. Edith sentía la magnitud de lo que estaba sucediendo, y Rafael, resguardado detrás de una roca, lejos de la zona cero, lloró. Lloró como hacía años que no lo hacía, lloró por todas las veces en las que debió hacerlo y no lo hizo, lloró hasta sentir la fragilidad golpear sus huesos y la frustración inundar su alma.

George torpedeó con su mirada cargada de ira a su sobrino, quien parecía aplaudir desde el suelo que su hija se hubiese convertido en un cohete espacial.

—Resulta irónico, ¿verdad? ¡Sofía nos regalará a todos el nuevo mundo! —exclamó mientras tosía.

—¡Cierra la boca!

Jaime observó los rayos emergentes de las pupilas de su tío. Buscaban un blanco, desesperados.

—No serás capaz... Tú no eres así... —Tragó saliva al ver que el brujo no se inmutaba con sus palabras—. ¡Vamos, Jorge! ¡Soy el maestro de ceremonias! No puedes dejarme sin el final del espectáculo... Tú no eres un asesino...

—Te equivocas, Jaime. Tú te has encargado de recordármelo antes —le dijo, estirando las comisuras de sus labios—. ¡Soy un asesino de brujos!

Dirigió la mano hacia el rostro horripilado de su sobrino y descargó toda su furia sobre él, esa que había contenido desde el instante en el que fue conocedor de que su tía Carol lo había engañado para proteger a su hijo. Había aplacado la sed de venganza con sorbitos de *whiskey* y una cantidad absurda de puros habaneros mientras aguardaba impaciente el momento en el cual le arrebataría la sonrisa

a su sobrino. No sintió pena ni arrepentimiento, sino una profunda satisfacción al ver cómo su cara retorcida se derretía ante sus ojos.

Samantha no dijo nada, ni siquiera le impidió que llevara a cabo tal crueldad. Se limitó a mantener la vista sobre su hija, quien se alejaba cada vez más del suelo.

—Tenemos que impedir que llegue arriba. ¡Morirá! Dentro de poco, comenzará a faltarle el oxígeno.

El brujo se situó junto a su mujer sin dudarlo y alargó el brazo. De este, nació un filamento dorado que se elevó con celeridad en busca de su hija. Samantha lo imitó. Tenían que paralizar el ascenso y obligarla a bajar.

De pronto, Harry se acercó a la posición de ambos y se unió a ellos, forzando a un nuevo filamento a ir al encuentro de Sofía. George negó con la cabeza mientras le suplicaba que no lo hiciese.

—No tienes por qué hacer esto. Deja que Sam y yo seamos los que expongamos nuestras fuerzas.

—¡Claro que debo hacerlo! —insistió el inglés—. De alguna manera, ella me ha salvado. ¡Os lo debo a todos!

Sin esperarlo, varios brujos más, quienes en un principio habían apoyado las locuras de Janus, se sumaron a ellos sin dudarlo. Formaron un círculo amplio en el que canalizaron la energía de la tierra para devolver a la bruja al suelo.

Oriol supo que el líder de la secta había muerto en cuanto las llamas que lo contenían se volatilizaron. Entonces, observó a una decena de brujos dirigir su magia hacia el cielo. Elevó la mirada, sin comprender muy bien qué estaban haciendo. Distinguió una figura ascender a la velocidad de un rayo mientras las nubes se disipaban a su paso, y su rostro desconcertado mudó a uno repleto de pánico en cuanto la reconoció. ¡Era Sofía!

Corrió, observando el rumbo que tomaba la bruja, temeroso de que en cualquier momento pudiese caer. Escuchó los gritos desesperados de Iris, quien había despertado de su ensoñación al tiempo que él.

—¿Por qué está allí arriba, Oriol? ¿Qué me he perdido? —le preguntaba a la vez que empezaba una carrera detrás de él.

—¡Busca a Hugo! ¡Sofía va a abrir las puertas!

Con su mirada, la vidente saltó de un lugar a otro para intentar localizar al cazador. Su mente estaba obnubilada y no podía percibir los latidos del joven. Agobiada, caminó entre los arbustos, y no respiró con normalidad hasta que lo halló bajo una decena de piedras. Una por una, fue retirándolas de su cuerpo, apartando primero las que estaban más próximas a su cabeza.

—¡Hugo, háblame, por favor! —Iris le daba palmadas en las mejillas, esperando que el joven recobrase el color.

Después de unos minutos, observó que despegaba los labios y

trataba de susurrarle algo. Ella acercó la oreja a su boca:

—Me ha enterrado vivo, y ahora voy a morir…

—¡No seas quejica! ¡No vas a morir!

Él rio ante el atrevimiento de la joven. Tenía medio cuerpo aplastado, y de una de sus sienes brotaba un hilo de sangre que se resistía a bañar la tierra. Culebreaba por su rostro y descendía por su cuello, para finalmente alcanzar su corazón. Sin embargo, ningún golpe parecía ser mortal.

Entonces, Iris respiró de forma consciente hasta conseguir calmarse. A continuación, depositó una mano en la frente del cazador y la otra en su pecho. Se concentró en su energía amarilla. Había visto con sus propios ojos cómo Janus la había sanado, sellando su hueso roto. Lo había hecho como quien ponía una tirita. Y ella se prometió a sí misma que no se despegaría de su amigo hasta que reparara cada una de sus heridas, sobre todo aquellas que podrían suponer un riesgo.

—Vas a estarte muy quieto y no refunfuñar —le advirtió.

—No pienso ir a ningún sitio por el momento. —Una sonrisa fugaz se dibujó en sus labios—. Pero no creo que tus hierbas sirvan para mucho.

Entonces, el cazador advirtió cómo una ola de calor invadía su cuerpo, y ojiplático contempló una luz azafranada brotar de los dedos de Iris. No pudo decir nada. Ni se movió, pues esa sensación cálida borraba el dolor de su cuerpo y lo inundaba de gozo.

Sofía estaba a punto de perder el conocimiento cuando detectó que varias hebras procedentes de la tierra impactaban sobre su columna vertebral. Tiraban de ella. La constreñían a descender. Entonces, supo que debía luchar. El oxígeno disminuía en altura, y ella debía encontrarse a unos cinco mil metros por encima del nivel del mar. No se había preparado para un ascenso tan rápido, e imaginó que sus células mágicas estaban atenuando las graves consecuencias de una hipoxia. Aun así, era consciente de que no resistiría mucho más.

Y se le ocurrió una idea descabellada.

Ya había bloqueado antes sus sentidos para evitar ser castigada con el látigo auditivo que su amiga había conseguido crear, así que tal vez podría intentar que sus funciones vitales entraran en letargo para que no consumieran tanto oxígeno, sin terminar perdiendo el conocimiento. Sabía que era arriesgado, pero así les daría un tiempo precioso a sus padres para que consiguieran sacarla de ese atolladero.

«Agua, fuente de vida, ralentiza tu caudal. Demora tu paso por los puertos sin impedir a los barcos navegar».

En cuestión de segundos, percibió su respiración más pausada y el

bombeo de su corazón más pacífico. Posó su mirada serena en la abertura del cielo, la cual se le antojaba aún lejana. Ignoraba cuántos metros más debería subir para activar las catástrofes anunciadas por Janus, y pensó que la niña habría muerto antes de ni siquiera iniciar el despegue. Sin embargo, advirtió que su espalda se curvaba cada vez más, forzándola a descender, y tal vez nunca llegaría a ese punto crucial en el que el Cielo descargaría toda su furia. Deseó que fuera así, pues ignoraba qué cataclismo los aguardaba a continuación. Sonrió dichosa, para sus adentros, ya que sus padres estaban consiguiéndolo.

Adormilada, atisbó una masa violácea en el interior del orificio. Quería salir. Bajar a la tierra y adueñarse de ella. Arrugó el rostro, horrorizada.

«¡Sofía se ha convertido en el cerrojo!».

Algo semejante había dicho Janus. Ella era ahora el cerrojo. ¡Ella! Y entonces cayó en la cuenta de lo más obvio. ¡Las llaves abren puertas, pero también las cierran!

Percibió que estaba alcanzando su altura máxima antes de iniciar el descenso que sus padres se esforzaban en conseguir. «Tengo que hacerlo en ese momento, antes de caer —pensó decidida—. Cuanto más alto llegue, más posibilidades tendré», se repetía a sí misma.

Así que, cuando percibió que sus piernas se elevaban por encima de su cuerpo y la columna vertebral se le arqueaba por última vez antes de bajar, extendió los brazos en cruz y se dejó llevar. Flotó entre las nubes, dejándose mecer por ellas, y aspiró su aroma húmedo. Acercó las manos y dio una palmada. Seca. Sonora.

—¡Ciérrate, Sésamo!

Fue la única estupidez que su mente aletargada consiguió elaborar. Una frase extraída de *Las mil y una noches*, y que contra todo pronóstico funcionó. El orificio se cerró a cal y canto y su luz incierta se apagó. Entonces, Sofía descubrió la vastedad del cielo y de todas las estrellas que dormían en él, mientras la luna llena atizaba sus mejillas con su resplandor inmaculado. Era lo más hermoso que había visto en su vida, la estampa más conmovedora que jamás había contemplado. ¡La inmensidad del cosmos!

Lanzó una exhalación, pletórica.

Y cayó.

La alegría inundó los ojos húmedos de Harry, quien había resistido hasta el final a pesar de la creciente fatiga que asolaba su cuerpo. Sin embargo, no se apartó del grupo de brujos, pues ahora tenían que lograr amortiguar la brusca caída de la bruja. Debía rebuscar en su

mente un conjuro que funcionase como colchón. No obstante, la hebra de luz que nacía de sus viejos dedos se extinguió de pronto. Se llevó la mano temblorosa al pecho, consciente de que las agujas del tiempo se detenían para él.

Se desplomó frente a todos mientras observaba cómo Sofía descendía cada vez más despacio. Los brujos unidos, dejando atrás su individualismo, habían conseguido una hazaña histórica, pues controlaban su caída. Y sonrió, abrazando ese gran final. Para ella. Para él.

Unas manos finas rozaron su frente mientras advertía que alguien se arrodillaba junto a su cuerpo. Era Edith, quien le susurraba palabras de aliento que ya no lograba escuchar.

—¡Iris! —la oyó gritar.

La joven vidente regresaba al altar, arrastrando los pies de Hugo al tiempo que lo sujetaba por los brazos. Elevó la mirada al escuchar a su madre y partió como una flecha, olvidándose de la debilidad del cazador, quien se apoyó quejoso en el tronco de un árbol segado por los rayos. Iris deslizó las rodillas sobre la madera hasta llegar a levantar ligeramente la cabeza del inglés.

—¿Qué le ocurre? —le preguntó mientras rasgaba su camisa.

—Se muere —musitó su madre—. Estoy intentando llegar a su conciencia, pero no lo consigo.

—Déjame a mí.

Repitió con presteza los mismos pasos que la habían llevado a recuperar al cazador, y pronto, su nueva luz amarillenta brotó de sus manos. Su madre la miraba desconcertada, sin atinar cómo en tan poco tiempo su hija había desarrollado ese poder.

Harry posó su mirada tierna en su rostro decidido.

—Está abriendo los ojos —la informó su madre—. Sea lo que sea lo que estás haciendo, ¡está funcionando!

—Harry, vas a ponerte bien —le anunció con cariño—. Tengo un nuevo don. Uno capaz de sanar cualquier herida.

De improviso, escuchó unos lamentos desgarradores. Alzó la barbilla para localizar de dónde provenían, cuando descubrió a una mujer con una niña en brazos. La niña que Janus había utilizado en el ritual.

—Tienes que salvarla a ella —musitó el inglés.

—¡No!

—Es una niña, y yo solo un viejo brujo que perdió la razón de vivir hace mucho tiempo —le confesó mientras tosía—. Estás malgastando una energía preciosa conmigo.

—No voy a dejarte, Harry.

Observó cómo su madre se acercaba a la niña y la tomaba en sus brazos mientras la mujer lloraba angustiada rogándole al cielo un

milagro.

—Iris…

—Por favor, no me pidas que te deje —le suplicó entre lágrimas.

El brujo posó su mano en la de ella y la acarició un instante. Después se la retiró, sin que la vidente hiciera esfuerzo alguno por mantenerla sobre su pecho.

—Vete.

—¡No!

—Mi niña, sabes que es lo correcto.

Iris lo miró con una seguridad que se le quebraba por segundos. No quería abandonarlo a su suerte, pero comprendía que tampoco podía desatender a la niña.

—Volveré a por ti —afirmó mientras le estampaba un beso en la frente—. No te me mueras, Harry. Espera a que vuelva.

La vidente corrió hacia la niña y la apartó de su madre con brusquedad. No tenía tiempo que perder. Depositó sus manos en ella a la vez que sus filamentos gualdos comenzaron a recorrer su diminuto cuerpo. Escuchaba como un eco lejano los ruegos de su madre, pues sus ojos se posaban en el rostro del inglés una y otra vez mientras comprobaba cómo su madre utilizaba todos los medios posibles para que el hombre no cerrara los ojos.

Entornó los párpados para centrarse mejor en la pequeña al tiempo que percibía cómo su energía amarilla impulsaba su corazón y lo constreñía a arrancar como si fuera un motor. «¡Vamos, vamos!», se repetía a sí misma, pues ignoraba si este nuevo don podría consumirse en un tiempo concreto y no volver a florecer hasta que reposara unas horas. Ya lo había utilizado para sanar a Hugo y devolverle la conciencia a Harry, sin embargo, la niña estaba dejándola extenuada. Sin fuerzas.

En cuanto detectó que su corazón se ponía en marcha y que una hebra de aire entraba en sus pulmones, se la devolvió a su madre, quien la abrazaba para decirle que ya estaba a salvo. Ella no miró atrás. Corrió al encuentro del brujo y se arrodilló de nuevo junto a él, tal y como le había prometido. Harry estaba demasiado pálido. Sus ojos marrones, aún con el brillo habitual que desprendía el inglés, trataban de insuflarle coraje a un rostro ya de por sí demacrado. Intercambió una mirada funesta con su madre al tiempo que el resto de los integrantes del grupo se aproximaban a él.

El padre Carlos se acuclilló y tomó su mano para reconfortarlo mientras León trataba de contener sus sonoros gimoteos. Entonces, Edith se recostó a su lado y le acarició las mejillas blanquecinas. Sin embargo, Iris no quería rendirse. Se frotó las manos, forzando a su don a actuar con más rapidez, y a continuación presionó su frente con más fuerza.

—No me hagas esto, Harry. ¡Tú no!

Atisbó que el brujo despegaba los labios, y ella se inclinó hacia adelante para escuchar su último aliento, sus últimas palabras:

—Ayuda… William…

Después, Harry dejó de respirar. Su espíritu se marchó, lejos, muy lejos. Quizá a ese cielo donde las personas buenas se reúnen para contar sus batallas mientras cuidan de los seres queridos que dejaron atrás, como le decía siempre Hugo. Quizá, Harry cumpliría su sueño de entrar en la biblioteca más grande, aposentada entre las estrellas más brillantes, y descansaría allí, entre libros que hablasen de los orígenes del universo y pergaminos que desvelasen los grandes misterios de la vida.

Al menos, Iris quería pensar que sería así mientras le cerraba los ojos, todavía anegados por la luz amarilla que quiso salvarlo. Desolada, se abrazó a su cuerpo inerte y rompió a llorar angustiada, sin que nadie consiguiera aliviar su dolor.

Sofia se sorprendió al detectar que los últimos metros del descenso eran como pasear entre las nubes. Miró hacia abajo y sonrió al ver a Oriol correr como un descosido entre la maleza. Antes de que sus pies rozaran el suelo, el medio demonio saltó para sujetarla entre sus brazos. Y ella rio.

—No iba a estamparme contra las rocas. Lo tenía todo controlado —le dijo a la vez que sus brazos le rodeaban el cuello.

—No quería arriesgarme. —Apoyó su frente contra la de ella y percibió el deseo que nacía de sus labios. Sin embargo, lo apagó con un suspiro.

Entonces, atisbó de reojo la silueta de su hermano dirigirse hacia ellos, cojeando. Desconcertado, Oriol frunció el ceño, pues tenía mal aspecto. Recordaba haberlo protegido con su cuerpo para que las piedras no le aplastaran los huesos, y después que la propia ventisca generada por el impulso de las rocas lo había apartado de él.

Oriol depositó a Sofía en el suelo al tiempo que observaba los pasos inseguros de su hermano. Hugo trastabilló y él fue a su encuentro. Mantenía la cabeza gacha para esconder unas lágrimas que poco a poco fueron más evidentes. Sofía también se aproximó al cazador.

Este la miró devastado.

—Harry… ha muerto —logró balbucear.

—Pero… ¿qué dices? —La bruja abrió tanto los ojos que el cazador pudo contar las gotas de lluvia que se arremolinaban en el interior de sus dos nubes.

—Lo siento.

Sofía inició una carrera hacia el altar, una donde sus músculos se fortalecían para ayudarla en su empresa. Sin embargo, había estado sometida a una pérdida de energía continua, y podría haberse convertido en la bruja de hielo que todos auguraban, podría poseer los dones más increíbles que jamás nadie hubiera soñado, pero era humana. Y sentía, tanto que el dolor le paralizó las piernas y pronto le oprimió el pecho. Sofía cayó de rodillas, y agarrando la tierra de ese hermoso lugar, gritó. Un grito que sacudió al universo entero, que hizo vibrar a los planetas y que le recordó que, ante la muerte, continuaba siendo pequeñita.

36

Caminos

Con lágrimas secas, Sofía contempló la urna nacarada donde descansaban las cenizas de Harry. Tres días habían pasado desde el fatal desenlace, y allí, en el monasterio ruinoso, en la antigua capilla custodiada por el arcángel San Miguel, habían decidido despedirlo.

El padre Carlos se había esmerado en realizar un oficio emotivo y cargado de buenas anécdotas, a pesar de que el brujo inglés ni siquiera era católico. Sin embargo, era considerado un miembro más de la familia de los cazadores, y como tal debía ser honrado, así que todos ellos, con independencia de sus creencias, asistieron a su último adiós. Un último adiós sentido y, para muchos, trágico.

Cuando la ceremonia finalizó, Sofía permaneció sentada en el primer banco, en ese mismo que noches atrás Harry había ocupado para animarla a continuar y prestarle todo su apoyo. Curvó los labios, ahogada por el pesar, y recordó el enfrentamiento que había tenido con George minutos después del fallecimiento del brujo. Ella insistía en que debían retroceder en el tiempo para salvarle la vida, pero él se negaba en rotundo:

—Hay dos puntos en la vida de una persona en los que jamás debemos interferir: el día de su nacimiento y el día de su muerte. Estas fechas están escritas a fuego en las estrellas.

—Pues tú mataste a un brujo sin importarte su destino —le reprochó con rabia.

—¿Quién sabe? Quizá estaba escrito que debía morir a manos mías —le respondió con seriedad. Después, George suavizó el tono y la cogió de la mano con cierta congoja—. Ha sido el segundo error más grande que he cometido en mi vida. El primero fue confiar en mi tía Carol. No quiero que cargues con una culpa que no es tuya. Harry llevaba mucho tiempo enfermo.

Ella lo miró con ojos húmedos y labios trémulos mientras él trataba de deshacer un nudo en la garganta demasiado apretado. Sin esperarlo, Sofía se lanzó a sus brazos y lloró. Lloró hasta que sus sollozos se transformaron en una angustia insoportable, y esta, después de unos minutos, en una calma aparente, donde ya no existía el dolor ni la pena, ni siquiera el enojo visceral por no poder controlar todos los acontecimientos importantes de su vida.

Allí en la capilla, la bruja jugaba entrelazando sus dedos de todas las maneras posibles mientras sus sentimientos arrebatados danzaban sobre su piel, recordándole su frágil humanidad. La tristeza había empañado al resto, obligándola a enmascarar un torbellino de emociones contradictorias bajo su rostro atormentado. Sí, desde el momento en el que ambos sellos fueron destruidos, ella había tomado el mando de su cuerpo, y sí, casi sin percatarse de ello había roto el vínculo que había creado para salvar a Hugo. Y ahora era libre y no lo era, pues otros sentimientos habían aflorado para condenarla de nuevo.

Elevó la mirada al escuchar unos pasos amables acercarse a ella. Su madre se sentó a su lado y respiró la misma frustración que entraba en sus pulmones.

—No deberías torturarte de esa manera. Harry quiso acompañarte y no dejarte sola, a sabiendas de que no se encontraba bien —la consoló con un ligero acento inglés, el cual le recordó al mismísimo brujo, pues había nacido en Mánchester—. Te quería mucho.

—Lo sé.

Hubo un silencio auspiciado por todo lo que deseaban decirse y no saber por dónde empezar a desgranar las espigas que durante muchos años crecieron y se aferraron a la tierra. Ella suspiró, y su madre comprendió el caos en el que estaba envuelta.

—Deberías hablar con él. No postergar más esta historia. Tiene derecho a saber lo que sientes, y que jamás quisiste hacerle daño.

—¿Y cómo se hace todo eso sin herirlo?

Sofía estiró las comisuras de sus labios a la vez que negaba con la cabeza. Todo se había descontrolado. Ella lo había empeorado, y ahora debía admitir su error. Un error que la vaciaba por dentro y la empujaba a revivir sus besos como si hubieran sido una ilusión que jamás debió ser. Un engaño. No obstante, tan real que aún le quemaba la piel.

—Dile la verdad. Con ella, a veces ni se gana ni se pierde, pero sigue siendo la verdad.

En el exterior, el padre Carlos leía el titular de uno de los periódicos del día: «Continúan las investigaciones sobre el objetivo de una secta de realizar un suicidio en masa en la localidad de Tella durante el equinoccio de primavera». El hombre arrugó la frente mientras observaba cómo su amigo, al teléfono durante más de media hora, colgaba la llamada. En los últimos días, Rafael había recibido numerosas condolencias por parte de los miembros mejor posicionados de los tres gremios, al tiempo que le pedían disculpas por

no haber sido capaces de controlar a sus respectivos rebaños.

El cazador alzó las cejas e hizo referencia al artículo que el sacerdote ojeaba:

—Al menos no han contabilizado a Harry como una de las catorce víctimas, y eso te lo debemos a ti.

El padre Carlos alzó la barbilla. Con los labios fruncidos, se alegró de que el sol de cada mañana volviera a brillar.

—Lo sacamos entre todos de allí. Yo solo me dediqué a mover unos hilos dentro de la Iglesia. El honor de Harry no podía ser mancillado de esa manera. ¡Suicidio! ¡Qué despistados están!

—A nosotros nos viene bien, y que piensen que unos acólitos se sublevaron contra otros al arrepentirse de su decisión y no querer morir mientras una tormenta de rayos asolaba el lugar.

—¿Y qué han dicho de las luces del cielo? ¿Extraterrestres de nuevo? —le preguntó jocoso el sacerdote.

—No, están diciendo que fueron provocadas por basura espacial... Algo de un satélite chino... —Soltó una exhalación—. Para serte sincero, me da igual. Ahora, los gremios tienen mucho trabajo por delante, además de recoger los pedazos de todo el estropicio provocado por un solo hombre. ¡Uno solo ha conseguido destruir los cimientos creados hace miles de años!

—Nos ha hecho un daño muy grande.

Cabizbajo, Rafael comprobó que su móvil comenzaba a vibrar de nuevo, pero esta vez decidió no responder.

—¡Podía caminar, Carlos! Durante unas horas, volví a sentir mis piernas, y corrí desesperado para buscar a mis hijos. Sin embargo, a pesar de que estaban vivas y se había cumplido uno de mis sueños, nunca me sentí tan imposibilitado. Tan incapacitado para llevar a cabo mi misión. Es irónico, ¿verdad? —Soltó una risita trágica—. Cuando me di cuenta del engaño, quise que mis piernas volvieran a dormirse, pues así sabría que tendría una oportunidad para continuar y acabar con ese malnacido.

—A veces, las formas que tiene nuestro Señor de hacernos llegar un mensaje no son las más sutiles. Ya me entiendes. Te empecinaste en acabar con ese visitante de alcoba, te revolviste en esa silla desatendiendo a tus hijos y llegaste a contrariarte con el mundo entero, cuando lo que siempre debiste hacer fue aceptar tu nueva condición.

Rafael carraspeó de forma exagerada.

—No me seas tan *cura*. Aunque comprendo lo que quieres decirme. Yo he tenido una segunda oportunidad; Harry no.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—Pienso abrir un centro en su honor, una casa para todos los cazadores que lo necesiten. Bueno, también para videntes y brujos

desamparados. Esta historia nos ha pasado factura a todos, ya que todos decidimos tomar un bando —dijo apenado al recordar que hermanos habían luchado contra hermanos—. Edith me ayudará a gestionarlo… Un hogar como el que tuvimos cuando vivimos aquí, en este monasterio perdido en tierras de la Mancha. —Lanzó la mirada más allá, hacia el lugar donde Hugo y Oriol charlaban de manera amistosa—. Mis hijos crecen, y pronto volarán del nido. Solo quiero que cuando regresen, lo hagan orgullosos de su padre. Por eso quiero dedicarme a instruir a jóvenes cazadores, a enseñarlos a distinguir un monstruo de otro y a recelar de aquel que quiera alcanzar la gloria a costa de los demás.

—Es un buen futuro —le auguró el sacerdote—. Yo seguiré el camino de siempre, ayudando al desconsolado y expulsando a algún que otro demonio del cuerpo de un inocente.

—Te llamaré para las clases de teología.

—Vendré siempre que me necesites.

Rafael asintió dichoso y clavó su intensa mirada en el rostro de su hermano Gabriel, quien había decidido quedarse junto a Bianca hasta el funeral. Gabi le lanzaba miradas furtivas, esperando ansioso que de su boca se desprendieran palabras de agradecimiento. Después de todo, el hijo pródigo había regresado al hogar cuando más lo necesitó.

—Pero antes de todo esto, es hora de pedir perdón.

El padre Carlos sonrió, adivinando las intenciones del cazador, pues no podía construirse un nuevo futuro sin saldar las deudas del pasado. Así que volvió a enterrar la mirada en la noticia del día mientras su amigo se dirigía a confesarle todos sus pecados a su hermano, y del que estaba seguro de que obtendría la absolución.

Sentado en una roca, Oriol quiso alejarse de todos los presentes en el funeral acompañado por Hugo, quien, tras darle un beso en la mejilla a la pequeña Ariadna, había decidido respaldar el silencio de su hermano. Ambos contemplaban las aguas tranquilas del riachuelo mientras sus mentes viajaban a dos mundos completamente diferentes: uno más sosegado y el otro cargado de nuevas aventuras y desafíos.

—Quiero que sepas que me voy a Inglaterra con Iris, a ayudarla a cumplir el último deseo de Harry. Vamos a buscar a William. —Hugo rompió la calma, la cual los había hecho conectar de nuevo con el presente y valorar el futuro incierto—. No me fío todavía del todo de sus nuevos poderes, y sabes que es impulsiva. Siempre dice lo que se le pasa por la cabeza. No quiero que se meta en líos… Solo quería avisarte de que nos vamos en unos minutos. Aquí no podemos hacer mucho más.

Oriol lo miró sorprendido, sin dar crédito a sus palabras.

—¿Y… Sofía? —musitó desconcertado—. ¿No quieres esperar a que hable con… nosotros? A su…

—No soy tan idiota, hermanito —lo interrumpió—. Creo que, en el fondo, siempre lo supe. Todo esto no ha sido más que una mentira para los dos, que me empeñé en continuar y a la que me aferré. Nuestra querida vidente Mila siempre tuvo razón… Estos sentimientos eran dañinos y solo podían llevar a la destrucción. No necesito esperar a que Sofía me lo cuente.

El medio demonio entrecerró la mirada, queriendo internarse en la inmensa marea verde que nacía de los ojos de su hermano.

—¿Es que has notado algo diferente? ¿Crees que ya no existe el vínculo y por eso te sientes distinto?

Hugo encogió los hombros, restándole importancia al asunto.

—Puede ser. Tal vez ese lazo mágico se haya esfumado y vuelva a ser yo. ¿Y qué más da? Solo quiero que sepas que siento mucho haberla cagado de esta manera. Y que puede que no sea el mejor hermano del mundo, pero es el que tienes.

Oriol le dio una palmada sonora en la espalda y dejó que su mano descansara en su hombro.

—Pero ¿irte sin más?

—Quiero ahorrarle el mal trago a Sofía de tener que decírmelo a la cara. Sabes que va a llorar, y esta semana no puedo soportar más dramas.

De nuevo, el silencio quiso acompañarlos unos minutos más, hasta que esta vez Oriol quiso mancillarlo con sus dudas:

—¿Cómo vamos a superar todo esto? —le preguntó mientras observaba al resto de los cazadores vestidos de negro y los rostros apáticos de algunos videntes que decidieron ignorar las señales.

—¡Lo haremos! Siempre lo hacemos. Vendrá un nuevo demonio, un espíritu maligno, un duende enfadado…, ¡qué se yo! ¡Alguien! Y volveremos a la lucha. Somos cazadores, y no podemos olvidarnos de nuestro destino. Estoy seguro de que vendrán muchas más aventuras que podremos contarles a nuestros nietos. Esto no se acaba aquí. —Hugo se levantó al ver que Iris lo llamaba. Antes de alejarse, miró a su hermano con una sonrisa en los labios—. Ahora que este caso nos ha convertido en leyendas, tenemos un estatus que mantener. Van a llovernos las ofertas, y quiero tenerte a mi lado, luchando como siempre haces.

—¡Dalo por hecho! Nos vemos a tu regreso.

Hugo asintió satisfecho, para luego alzar las cejas, divertido.

—¡Ah! Otra cosa… No sabes lo que me alegra no tener que lidiar con un suegro paranoico —le confesó riendo.

—Me llevo muy bien con Roberto.

—No me refería a ese suegro.

Oriol permaneció pensativo unos segundos, sin comprender del todo las palabras de su hermano, mientras este inspiraba hondo y giraba sobre sus talones. Hugo le dio la espalda para que no contemplase cómo su sonrisa guasona se apagaba. Caminó despacio, a pesar de que Iris lo apremiaba para que se diera prisa. Sin embargo, él quiso despedirse del grandioso edificio, donde todo había empezado y donde todo acababa. Se detuvo un segundo para recordar la increíble biblioteca que Harry había levantado en unos meses y todos esos momentos que quedarían grabados en sus muros, aunque el tiempo los olvidase. Le vino a la memoria el instante en el que Sofía les había desvelado sus poderes, haciendo volar por los aires la silla donde él permanecía sentado.

Bajó la barbilla y le dio un puntapié a una pequeña piedra, la cual rodó hasta alcanzar unos zapatos relucientes que detuvieron su movimiento. Hugo elevó la mirada con la intención de descubrir quién era el osado que interrumpía la trayectoria de su lanzamiento.

George arrugó la frente y se acercó a él con semblante taciturno.

—¿Te ibas sin despedirte?

—No me pareces la clase de hombre que disfruta con las escenas sensibleras. —Al ver que el brujo no se inmutaba, el cazador resopló, dándose por vencido—. Ya lo he hecho de mi padre y de mis hermanos.

George movió la cabeza de un lado a otro, tanteando la decisión del joven.

—Pensaba que tú y yo habíamos conectado de alguna manera…

Hugo estalló en carcajadas.

—No has hecho sino amargarme la vida desde que nos conocimos.

—Eso no es del todo cierto. Te ponía a prueba. Tenía que saber si eras el adecuado para mi hi… —George lamentó haber pronunciado la última frase.

—Eso ya no tiene importancia.

Hugo desvió la mirada hacia Iris, quien estaba a punto de estallar mientras se introducía en el asiento del conductor. Él chasqueó la lengua. No tenía intenciones de ser el copiloto de la vidente.

Antes de que se encaminara hacia el vehículo, George lo sujetó por el brazo.

—¿Por qué no se lo has contado? —El cazador arrugó el rostro, fingiendo no comprender a qué estaba refiriéndose—. Cuando Sofía conectó con sus poderes ancestrales, tú sentiste que el lazo que os ataba desaparecía. Desde el primer momento que se rompió el vínculo, tú lo percibiste como ella. ¿Por qué no se lo dijiste?

—¿El qué?

—Que todavía sientes algo por ella… —Hugo negó con la cabeza

varias veces—. Sabías que existía la posibilidad de que ese sentimiento, una vez aflorado, ya no remitiese... ¡Por Dios! He visto cómo has estado mirándola estos días y cuánto deseabas consolarla.

—Te equivocas. Tú mismo te encargaste de recordarme que todo eso era una estupidez, y que era muy probable que, si existía esa chispa en mí antes, jamás se habría encendido, ya que estaba bien escondida. ¡Asunto solucionado!

El brujo abrió los brazos, sin entender la actitud del muchacho.

—¿Y ya está? ¿Te rindes?

—No me rindo, George. Sofía siempre quiso a mi hermano, y si no hubiera conjurado ese hechizo, no tendríamos que habernos enfrentado a este problema jamás. ¡La vi despertar! Y sus ojos de hielo no se abrazaron a mí ni me dijeron que me había echado de menos. Por lo que a mí respecta, rompió el vínculo y todo acabó ahí. —De reojo, observó a su hermano jugar con el lobo de Raúl como si este fuera un cachorrito deseoso de caricias—. Oriol se merece ser feliz y estar con alguien que comprenda su otra mitad. No voy a ser yo quien arruine su vida ni la de Sofía. Es mejor que tu hija piense que se acabó y que no se torture más. Por el bien de todos... Y ahora, si me permites, tengo un viaje que emprender.

El brujo agachó la cabeza, admirando la decisión del muchacho.

—Espero que vengas de visita a mi casa de vez en cuando. Rose se pondrá muy contenta.

—¡Ni en sueños!

Esta vez, George no disimuló una sonrisa.

—Me caes bien, cazador. Para mí, eres el adecuado.

Hugo estiró las comisuras de sus labios.

—¡Ufff, tengo que sentirme muy afortunado, viniendo de ti!

El joven continuó su camino para alegría de la vidente, quien fingía dormir en el volante mientras lo esperaba. De pronto, escuchó su nombre resonar entre los quejigos solitarios del lugar y se detuvo sin atreverse a mirar hacia atrás. ¡Su nombre!, pronunciado con brío para desgarrar al viento y obligarlo a cambiar de dirección. Y apretó los ojos mientras escuchaba los pasos de Sofía correr hasta él, para luego verse atrapado en un abrazo demasiado afectuoso, demasiado emotivo.

—¿Por qué no me has dicho que te ibas? Quería hablar contigo, tener unos minutos para estar a solas y poder sincerarme, y...

Él la acalló acariciándole la mejilla.

—No necesitas explicarte ni decirme nada. Lo comprendo. Y está bien, mi niña. Fuimos dos idiotas hipnotizados por un conjuro, y ya acabó.

—No quiero que por esto me odies ni...

—No te odio, Sofía. ¿Cómo podría?

Ella enterró el rostro en su pecho y se aferró a su camisa con ambas manos.

—Gracias.

Le dio un beso casto en la frente y por fin se introdujo en el vehículo, no sin antes rebuznar porque Iris se negaba a dejarlo conducir. Ella arrancó el motor y Hugo contempló desde la ventanilla los ojos cristalinos de la bruja. Sin pesares. Sin dudas. No dejó de mirarla hasta que el coche la dejó atrás. Después, se hundió en el asiento.

—¿Por eso te vienes conmigo? ¿Para no tener que verla?

—Deja de hurgar en mi mente. No puedes hacerlo, Iris. ¡No puedes! Tienes que preservar la intimidad de los demás. —Resopló afectado—. Además, no me voy por eso. Necesito cambiar de ambiente durante algún tiempo, crecer como persona y también mejorar mis capacidades como cazador.

Iris lo miró de reojo y soltó un suspiro, resignada.

—Crees que estás condenado a amar a personas que ya quieren a otras, como Bianca y Sofía. Y temes que sea por tu miedo a comprometerte con alguien.

—¡¿Quieres dejar de hacer eso?! De verdad, Iris estás volviéndote insoportable. ¡Prohibido leer mentes!

Ella se encogió de hombros, sin importarle lo que podría pensar el cazador.

—Bueno, para levantarte el ánimo, te diré que hay alguien para ti ahí fuera, y que pronto volverás a ver. Te lo anticipo para que dejes esa cara de mustio y podamos tener un viaje tranquilo.

—Pero ¿qué acabo de decirte?

—¡Ahora no estaba leyéndote la mente, solo he tenido una premonición!

—No quiero saber nada. Ni de mi pasado, ni de mi presente, ni de mi futuro. ¡Quiero descansar un rato antes de llegar al aeropuerto!

La vidente se mordió el labio inferior, y por el rabillo de ojo atisbó que su compañero entornaba los párpados.

—Antes pasaremos por el Gregorio Marañón.

Hugo arrugó la nariz, sin atreverse a contrariarla. Ya imaginaba sus intenciones.

—No deberías exponer demasiado tu don. Si te reconocen, tendrás una cola gigantesca de personas peregrinando hasta tu casa. Y eso no es bueno. No es nada bueno.

Al llegar a Madrid, el cazador prefirió esperarla en su nuevo coche, que según su apreciación continuaba siendo un cuatro latas. Iris

ignoró su comentario y se internó en el hospital, algo nerviosa. Se subió en el ascensor hasta la quinta planta y, tras doblar a la derecha, se internó en la tercera habitación del pasillo. Al entrar, dio un respingo, pues se encontró con una mujer de cabellos rubios, sentada en una silla mientras le leía un libro al joven postrado en la cama.

Al verla, la señora dejó la lectura, y con una sonrisa amable, la recibió.

—¿Eres compañera de Óscar en la universidad?

Ella se rascó una sien sin saber muy bien qué responder:

—No, nos conocemos de un grupo de lectura.

—Sí, a mi hijo siempre le ha gustado leer —asintió la mujer con ojos felices—. Tiene una estantería repleta de libros de ciencia ficción, aunque su favorito siempre fue Tolkien.

Iris avanzó unos pasos y se aventuró a examinar al joven intubado y conectado a una máquina, la cual imaginaba que lo ayudaba a respirar.

—Nadie tiene ni idea de cómo llegó hasta la sierra. ¿Sabías que se había escapado del hospital? Puede que despertara desorientado y tratara de llegar a casa, sin embargo, una joven llamó a la policía al verlo inconsciente tirado en una cuneta. —La vidente tragó saliva—. Lo más asombroso de todo es que llegó a cambiarse de ropa, pero la policía es incapaz de recrear sus pasos desde que se marchó de aquí. ¿Dónde habrá estado estos meses? ¿Y cómo ha logrado sobrevivir?

—Sí, la verdad suena todo un poco extraño, pero estoy segura de que se encontró con personas que de alguna manera lo ayudaron. —Iris se acercó aún más a él y le rozó con sus dedos la mano—. ¿Va a ponerse bien?

—Los médicos están estudiando sus posibles daños cerebrales, aunque yo soy optimista. Si despertó una vez, lo hará una segunda.

Ella asintió esperanzada a la vez que sus dedos ascendían por el antebrazo, imitando el recorrido de la arteria braquial.

—Imagino el infierno por el que habrá pasado. —Llevó su mano hasta la axila, obviando la fina bata del camisón, y continuó su camino hasta la carótida. La vidente percibía los pequeños latigazos de su energía amarilla sacudiendo la piel del muchacho. —Es un chico fuerte. Y estoy de acuerdo con usted: si ya despertó una vez...

En ese momento, Óscar abrió con ligereza los ojos ante los gritos de sorpresa de la mujer. El joven examinó a su madre primero, para después posar su mirada en la vidente.

—Me resultas... muy familiar —consiguió musitar.

—¡Sí! Es una de tus compañeras en tu club de lectura.

Óscar la observaba confuso mientras su madre se abrazaba a él y presionaba el timbre para que las enfermeras fueran partícipes del milagro. Iris se quedó plantada ante él unos segundos, y cuando el

alboroto fue mayor en la habitación, se despidió de él con un beso puro en los labios. La vidente había aprendido que su don salvaba vidas, aunque para ello padeciera un desgaste energético inaudito. Lo había comprobado en la pradera. Se había desmayado a los pocos minutos de asistir a Harry y que no pudiera hacer nada por su vida. Había consumido su don amarillo al ayudar a Hugo y salvarle la vida a la niña.

Ahora era consciente de que debía ser más cauta, más equilibrada y no malgastar su fuente de vida sin razón de uso. Sin embargo, a pesar de que se tambaleaba por el pasillo y su visión quedaba reducida, sonrió dichosa. Se lo debía a Simón. Se lo debía a Óscar.

Al día siguiente, Oriol aparcó el *jeep* de su hermano en las inmediaciones del edificio donde vivía Sofía en Alicante. Al igual que ella, estaba ansioso por ver a su familia, y aunque la bruja había insistido en que George y Samantha viajaran con ellos para conocer a sus padres adoptivos, él habría preferido que ese momento hubiese sido más íntimo.

Bajó del vehículo y respiró la brisa levantina, que lo inundaba de nuevas sensaciones. Incluso el canto de los pájaros se le antojó más pacífico y cordial. La ciudad lo recibía en calma, y olvidó la paz fragmentada de los últimos meses, donde sus capacidades habían sido puestas al límite. Contempló el cielo primaveral que los resguardaba de tempestades imprevistas y se sintió venturoso, pues había resistido con cordura a todos los embistes del destino.

Sofía corrió escaleras arriba, sin dar tregua a que el ascensor llegase a la planta baja, y él la siguió, sin impedir que sus latidos enloqueciesen, puesto que le había cogido cariño a la familia. La bruja se abrazó a sus padres en el rellano, entre lágrimas de alegría y frases entrecortadas de aliento, mientras Cris se abalanzaba sobre él como si fuese el hermano perdido y que había recuperado después de meses eternos de espera.

Samantha y George asistieron al encuentro, conmovidos porque, después de todo, su hija había crecido en una buena familia. Una familia que ahora los recibía a ellos con los brazos abiertos.

Después de una cena distendida, donde obviaron lo sucedido en Tella y se aseguraron de que todos se sintieran cómodos en la mesa, Sofía salió al balcón para contemplar el ocaso anaranjado sin nubes que enturbiaran su porvenir. Respiró serena al advertir los brazos de Oriol rodearla por la cintura.

—Se acabó. —La bruja se dejó mecer mientras él apoyaba la barbilla en su frente.

—Pensé que te convertirías en polvo de estrellas si alcanzabas el agujero. Ni te imaginas cómo corrí por la pradera como si pudiera alcanzarte.

—Puedo imaginármelo. —Sonrió de medio lado y elevó la mirada para perderse en sus anillas de fuego—. Por fin, las llaves han encontrado su nuevo huésped. Y dormirán tranquilas, transmitiéndoles sus secretos a las nuevas generaciones. George ha prometido que se las ingeniará para ocultar su rastro en el tiempo, por si algún loco más quisiera hacerse con ellas.

—Pero ¿tú sigues teniendo la de los brujos?

Ella lo miró divertida.

—Eso es un secreto que me llevaré a la tumba. —Se dio la vuelta y quiso saborear sus labios con un beso dulce—. Mi madre me ha pedido que pase el verano en Estados Unidos, ya sabes, para conocernos y pasar algo de tiempo juntas. Además, me encantaría conocer a mis nuevos hermanos, aunque necesite un curso acelerado de inglés… Me gustaría que vinieras conmigo.

Oriol exageró su semblante meditabundo, hasta que no pudo resistirse a su mirada expectante.

—Me encantaría pasar unas vacaciones contigo. —Le acarició la boca con su dedo pulgar—. ¿Y qué hay de George? Esto de tener cuatro padres va a ser un rollazo. Yo tengo uno y me trae de cabeza.

—Ya le he dicho que iré a visitarlo, y que puede venirse aquí a pasar las navidades con nosotros, dado que está solo.

Oriol alzó las cejas, y de reojo atisbó al brujo sentado en el sofá acechándolo con ojos perniciosos. Hugo tenía razón. Ese hombre era un hueso duro de roer. Después, lanzó la mirada hacia el horizonte y asistió a la despedida del sol, al menos por ese día. Suspiró satisfecho, pues por primera vez en mucho tiempo tenía nuevos objetivos en la vida, además de la caza. Quería iniciar sus estudios de biología, viajar por el mero hecho de conocer lugares apasionantes, sin que un ente oscuro lo obligara a trasladarse, pero sobre todo quería amar. Sin ataduras. Sin condiciones.

Miró el mundo desde otra perspectiva, pues continuarían los monstruos, las guerras auspiciadas por demonios avariciosos y los inocentes acosados por sombras cargadas de envidias y celos. Y aunque él no abandonaría la lucha, esta vez las estrellas le auguraban un destino alentador.

Su futuro.

Su nuevo camino.

Fin

Fin

Biografía de la autora

Nacida en la isla de Tenerife, licenciada en Artes Escénicas y diplomada en Turismo.

Mi afán por aprender idiomas me llevó a vivir en Inglaterra y, posteriormente, en Italia. Mi fascinación por otras culturas siempre estuvo unida a mi inquietud por la interpretación y la dramaturgia.

Mi pasión por las artes comenzó desde muy joven. Más que leer libros, los devoraba. Entonces decidí escribir mis propios relatos, para, más tarde, enfrascarme en miles de aventuras interpretando a todos los personajes que creaba.

Al obtener el primer premio en el I concurso de relato corto organizado por la Asociación Down Burgos con Mi Príncipe Chino, decidí abrir esos cajones viejos donde había guardado mis obras y sumergirme en la hazaña de ser escritora. Un año después conseguí ser finalista en el concurso de novela juvenil convocado por Editorial LxL con La Tienda de los Cuentos de Hadas, primer volumen de la trilogía de fantasía Crónicas de Silbriar. Este título es además seleccionado en el festival del Ciff Market 2019 de Tenerife para su posible producción audiovisual. Le suceden la publicación de las otras dos novelas que la componen: La Reina en el Castillo de Arena y El Guardián de la Capa Olvidada.

En la primavera del 2020, publiqué El Despertar de la Bruja de Hielo, primer libro de una trilogía de fantasía sobrenatural Cazadores de Leyenda, que además es seleccionado por el festival del Ciif Market 2021 y al que tuve el honor de volver a asistir este pasado abril. Ahora presento el segundo volumen de estas aventuras paranormales: El Cazador que luchó contra el Viento, donde sus protagonistas no solo tienen que enfrentarse a una nueva amenaza oscura, sino también a sus propios miedos y a sentimientos que logran hacer tambalear su mundo tan organizado.

Tu opinión nos importa

Llegados a este punto nos gustaría pedirte que, si puedes y lo deseas, no olvides dejar tu valoración en cualquier plataforma para contarnos tus impresiones. Gracias a eso podremos mejorar y ayudarás a muchos autores.

Tu opinión sí nos importa.

Muchísimas gracias.

Entre Libros Editorial

Notas

[←1]

Del inglés: ¿Lista?

[←2]

Del inglés: No te preocupes. Volveré pronto.

[←3]

Del inglés: Ayuda a tu hija, y ten cuidado.

[←4]

Del inglés: Lo siento, pero no tengo opción.

[←5]

Del inglés: Lo sé, cariño…

[←6]

[6] Del inglés: Eres mío…

· Autora *Best seller* con la *Serie solo por ti* ·

ANGY SKAY

PROVÓCAME



SERIE SOLO POR TI VOL.1



Provócame

Skay, Angy 9788494383212
494 Páginas Cómpralo y empieza a leer

¿Qué hacer cuando el destino te pone a prueba?
¿Serias capaz de sacrificar a otra persona por ti?
¿De destrozar su vida?
El irresistible y misterioso **Bryan Summers** se trasladará a Marbella para cerrar un trato e, inevitablemente, **Annia Moreno**, una mujer que trabaja como personal *shopper* en la ciudad malagueña, se cruzará en su camino haciendo que todas sus alarmas exploten. La palabra "peligro" aparecerá reflejada en ella, pero él será incapaz de cejar en sus empeños por conquistarla, hasta que poco a poco descubra el camino de espinas que deberá de atravesar. Lujuria, desenfreno y un oculto pasado lleno de dolor crearán una mezcla explosiva entorno a su historia prohibida. ¿Quieres saber algo más? Todo esto y mucho más lo descubrirás en esta fascinante historia. Provócame, el primer volumen de la Serie Solo por ti.
¿Te atreves a provocarme?

Cómpralo y empieza a leer


De la autora Best seller de la «Serie Solo por ti»
~ ANGY SKAY ~
MATAR
A LA REINA
Serie Diamante Rojo vol.1



Matar a la Reina

Skay, Angy

9788417160661

520 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

· ***Bienvenido al mundo de la reina de los villanos*** ·
Las alegres Navidades de Micaela Bravo se ven interrumpidas cuando, con solo doce años, alguien a quién creía de su familia le arranca la infancia acabando con lo que más quiere. Todos sus seres queridos son asesinados sin piedad y, ella, ultrajada y agredida hasta tal punto que sus agresores piensan que han terminado con su vida.

En su último aliento, su alma se impregna de un sentimiento vengativo que la hará tomar las riendas de su vida unos años después, por un oscuro y tenebroso mundo donde las mafias y el peligro son algo constante.

En otra parte del planeta, un asesino a sueldo recibe una llamada que hará cambiar su existencia por completo cuando descubra una lista con seis nombres, teniendo que asesinar a cada persona por orden correlativo, según su antiguo instructor, Anker Megalos.

Matar a la Reina es la primera parte de la serie *Diamante Rojo*, donde la mafia, los asesinatos, la acción y un amor peligroso se juntarán, dándole lugar a las personas que, al parecer, nunca tienen oportunidad de vivir un futuro a su antojo: los villanos.

En esta ocasión, **"El objetivo, eres tú".**

Cómpralo y empieza a leer

De la autora ***Best Seller*** con la ***Serie Solo por ti***

Te robé un beso

ANGY SKAY





Te robé un beso

Skay, Angy

9788494383274

333 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Sara Martínez tiene veintinueve años. Es soltera, una mujer de armas tomar, aunque muy insegura de sí misma. Huye del amor por una turbia relación del pasado y busca una vida normal, tranquila y sin ataduras. Le encanta su trabajo y vivir el día a día junto a su mejor amiga; Patricia.

César Fernández tiene treinta años. Es soltero, de mirada inolvidable y un cuerpo que incita al pecado. Un don Juan en toda regla. El típico "chico malo" al que su padre intenta encarrilar sin éxito alguno. Con una vida desahogada, gracias a un "golpe de suerte".

Sus caminos se juntan sin esperarlo y una atracción letal les arrastra por completo. Lo que Sara no sabe es que César oculta un pequeño secreto que ella jamás esperaría y un encuentro en el pasado que no recordaba.

¿Podrá un **ladrón** de corazones **robarle** un **beso** y derribar las barreras de su **corazón**?

Comienza la serie ***¿Te atreves a quererme?***

Y tú, ¿te atreves a empezarla?

Cómpralo y empieza a leer

· Autora *Best Seller* con la *Serie Solo por ti* ·

ANGY SKAY

Y Quiéreme

SERIE SOLO POR TI VOL.2





Y quiéreme

Skay, Angy 9788494383229

460 Páginas Cómpralo y empieza a leer

Cuando el amor golpea devastadoramente tu corazón y se hace paso sin pedir permiso, la pasión y el desenfreno ciegan detalles muy significativos de una pareja.
Detalles que cuando salen a la luz atormentan. Bryan no podrá vivir sin ella, pero ¿y ella? ¿podrá vivir con inesperados y sorprendentes percances que transcurrirán, dejándola fuera de lugar?
Conoceremos a Annia por completo, sin embargo, ¿qué pasa con Bryan? Esta historia abrirá muchos caminos y, con ellos, demasiadas dudas.
Tras el impresionante Provócame, llega la esperada segunda parte de la Serie Solo por ti. *¿Podrás quererme?*

· Autora *Best Seller* con la *Serie Solo por ti* ·

ANGY SKAY

INCÍTAME

El secundario más deseado de la *serie Solo por ti*



SERIE SOLO POR TI VOL.4



Incítame

Skay, Angy

9788494436277

444 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

El **atractivo e irresistible** Máximo Collins viaja a la ciudad donde su mejor amigo, Bryan Summers, esconde su identidad junto a su familia.

En ese trayecto casi atropella a una mujer de ojos negros como la noche y, aparentemente de lengua afilada. Pero lo que Max desconoce, es que esa mujer es una heroína.

Tras la apariencia de hombre divertido, *sexy* y romántico, se encuentra un alma rota, junto a un corazón desintegrado que tendrá que enfrentarse a su mayor temor: el pasado.

Un último amor, una familia oculta y un trauma persistente provocarán que los días de Máximo Collins sean un calvario difícil de resolver.

¿Será capaz Max Collins de afrontar todas las trampas que le depara el destino?

Cómpralo y empieza a leer